La Revolución rusa (1891-1924)

LA TRAGEDIA DE UN PUEBLO

Orlando Figes

Ensayo histórico 

LA REVOLUCIÓN RUSA

ORLANDO FIGES

Traducción de César Vidal



Título original: *A People's Tragedy The Russian Revolution 1891-1924*

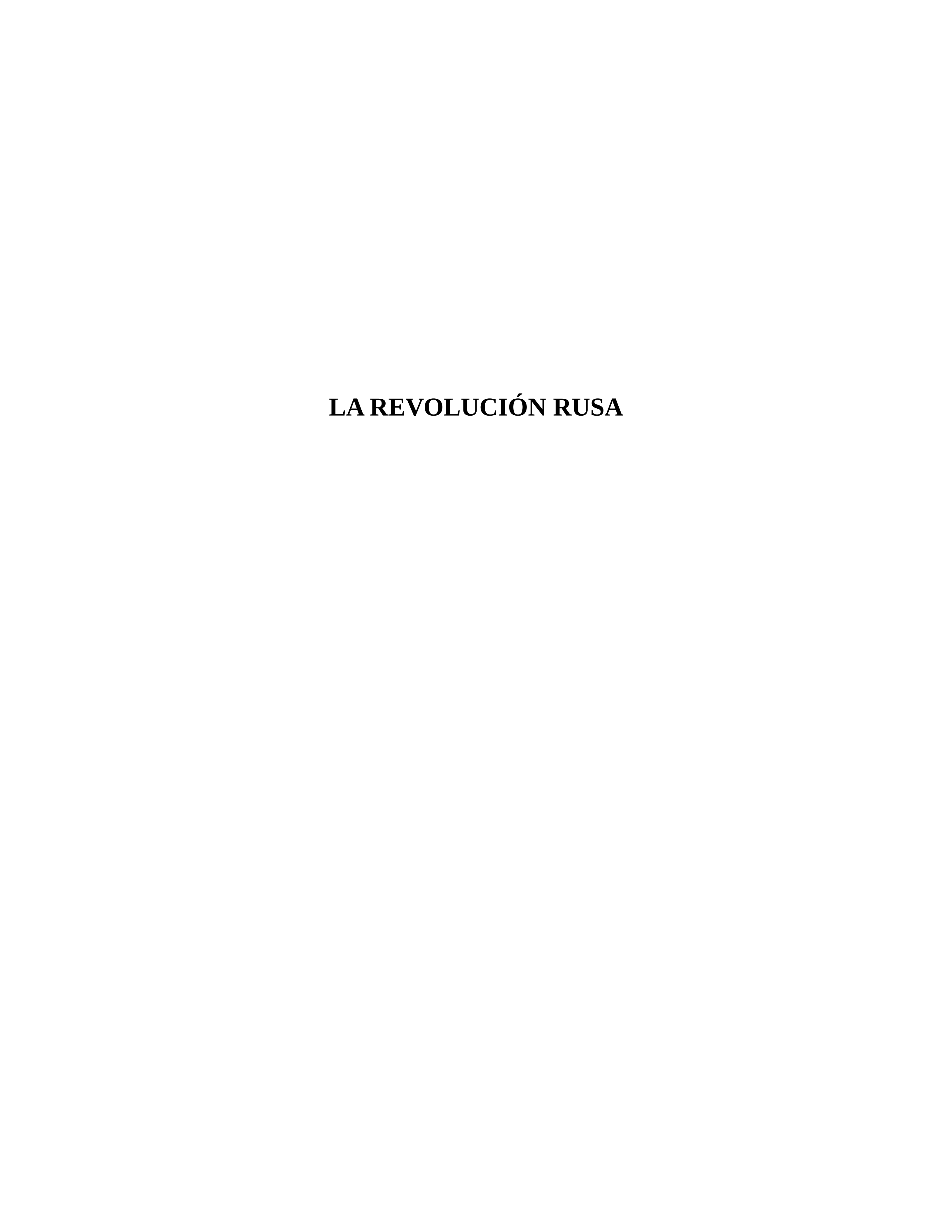
Diseño de la cubierta: Jordi Sábat
Archivo de Documentos Cinematográficos y Fotográficos del Estado Ruso

Primera edición impresa: noviembre de 2010
Primera edición en e-book: junio de 2017

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es
Avda. Córdoba 744, 2°, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-84-350-4616-9

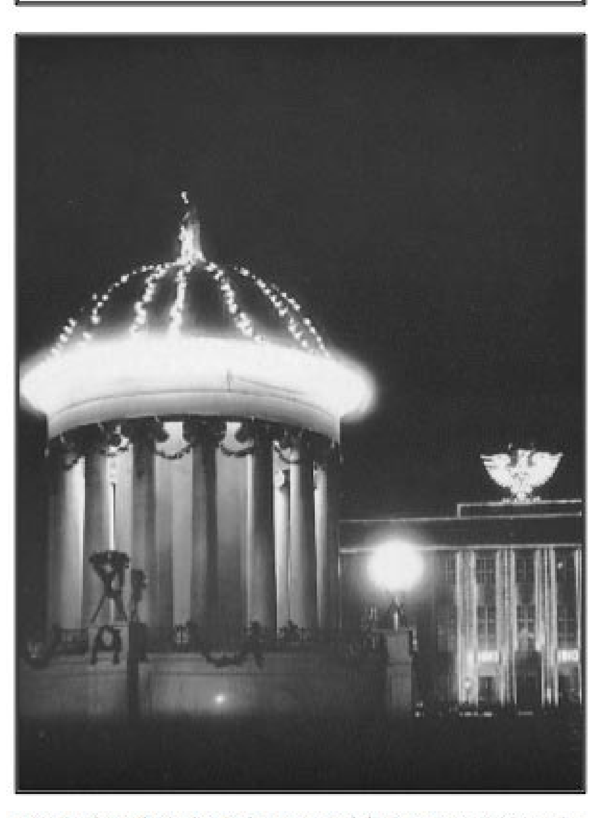
A Laura



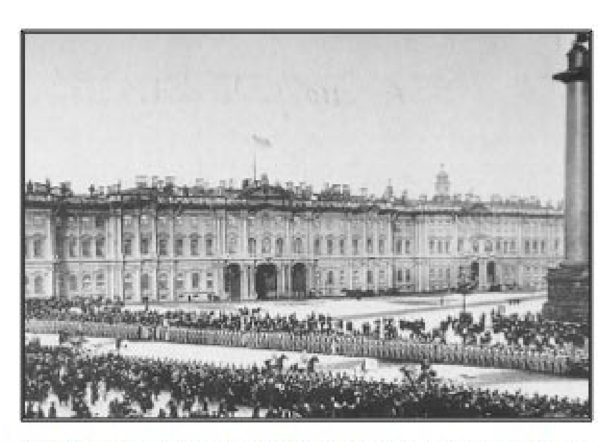
LA REVOLUCIÓN RUSA

LÁMINAS

IMÁGENES DE LA AUTOCRACIA



1. San Petesburgo iluminada para el tricentenario de los Romanov en 1913. Este despliegue eléctrico del poder estatal fue el mayor espectáculo de luz de la historia zarista.



2. La familia imperial se dirige desde el Palacio de Invierno a la catedral de Kazán para la ceremonia de inauguración del tricentenario.



3. Nicolás II cabalga en público por primera vez desde la revolución de 1905.



4. Los famosos almacenes Yeliseyev de la perspectiva Nevsky aparecen decorados para celebrar el tricentenario.



5. Oficiales de la guardia saludan a la familia imperial en la catedral de Kazán. Obsérvense los iconos, los estandartes religiosos y las cruces de los espectadores.



6. Habitantes de la ciudad y aldeanos acuden a ver al zar en Kostroma durante el recorrido provincial con ocasión del tricentenario.



7. El baile de la corte de 1903 fue un jalón en el culto de la antigua Moscovia. Todos los invitados se vistieron con atavíos del siglo XVIII de acuerdo a su rango del siglo XX. El zar y la zarina aparecen de pie en el centro de la primera fila.



8. El Templo de la Resurrección de Cristo en el Canal Catalina, un espantoso ejemplo de los esfuerzos del último zar por «moscovitizar» San Petersburgo.



9. La estatua de Alejandro III realizada por Trubetskoi y situada en la plaza Znamenskaia en San Petersburgo. Los trabajadores la denominaban «el hipopótamo».



10. La estatua moscovita de Alejandro III (dando la espalda a la catedral de Cristo el Salvador) en su ceremonia de inauguración en 1913.



11. La familia imperial (de derecha a izquierda): Olga, Tatyana, Nicolás, Alejandra, María, Alexis y Anastasia.

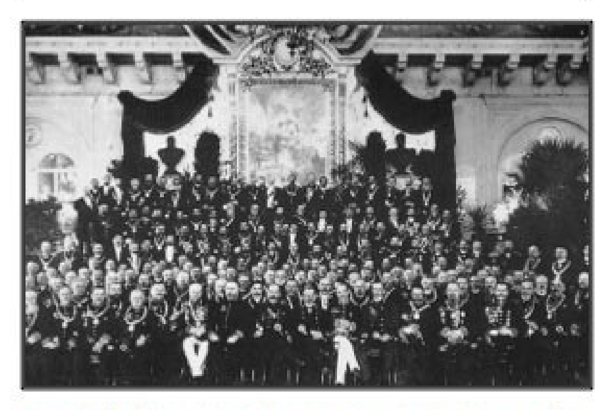


12. Rasputin con sus admiradores. Anna Vyrubova, la amiga más íntima tanto de Rasputin como de la emperatriz, aparece de pie, la quinta a la izquierda.



13. El zarevich Alexis con su compañero de juegos y protector, el marinero Derevenko. Después de la Revolución de Febrero, Derevenko se unió a los bolcheviques.

LA VIDA COTIDIANA BAJO LOS ZARES



14. Los alcaldes de las ciudades de Rusia reunidos en San Petersburgo para el tricentenario de 1913.



15. Los defensores del orden patriarcal en el campo: un grupo de ancianos de los volost en 1912.



16. Un quiosco de periódicos en San Petersburgo en 1910. Se produjo un auge de los periódicos y de los panfletos a medida que se extendió la alfabetización y se relajó la censura después de la Revolución de 1905.



17. Un comercio de alimentación en San Petersburgo en fecha cercana a 1910. Nótese el icono en el lado izquierdo-superior, una señal de la omnipresencia de la Iglesia.



18-19. Una sociedad de ricos y pobres extremos. *Arriba:* Cena en el curso de un baile dado por la condesa Shuvalov en su espléndido palacio junto al Canal Fontanka, en San Petersburgo, a inicios de 1914. *Abajo:* Un comedor para desempleados en el San Petersburgo anterior a la guerra.





20. Campesinos de una aldea del norte de Rusia, a mediados de la última década del siglo XIX. Nótese la carencia de calzado y la uniformidad de su atavío y de las casas.



21–22. Se esperaba que las mujeres campesinas realizaran trabajos pesados además de sus deberes domésticos. *Arriba*: Las dos hijas de un campesino le ayudan a trillar el trigo. *Abajo*: Mujeres campesinas tiran de una sirga en el río Sura bajo la vigilancia de un contratista.





23. La servidumbre continuaba siendo un recuerdo viviente. Dos hermanos gemelos, antiguos siervos, de la provincia de Chernigov (1914).



24. Una típica familia campesina rusa (dos hermanos, uno de ellos viudo, con cuatro hijos cada uno) del distrito de Volokolamsk (hacia 1910).



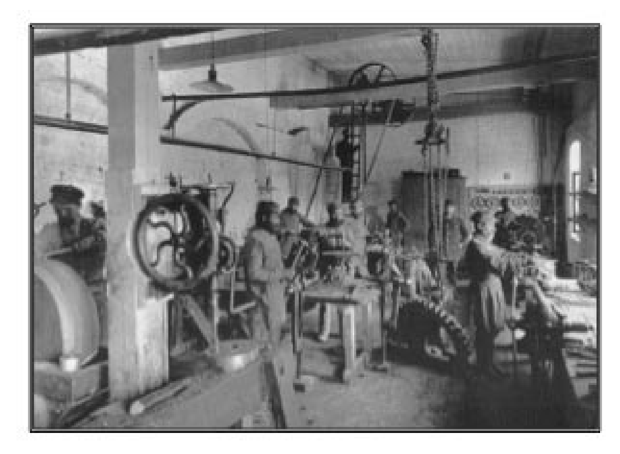
25. Una reunión de ancianos de aldea (1910). La mayoría de las reuniones de las aldeas eran menos ordenadas que ésta.



26. Una procesión religiosa en la provincia de Smolensko. No todos los campesinos eran igualmente devotos de la Iglesia ortodoxa.



27. El espacio en el que tenían que vivir cuatro trabajadores de Moscú en el dormitorio de la fábrica Sukon-Butilokovy antes de 1917.



28. Interior de un taller de Moscú (hacia 1910).

DRAMATIS PERSONAE



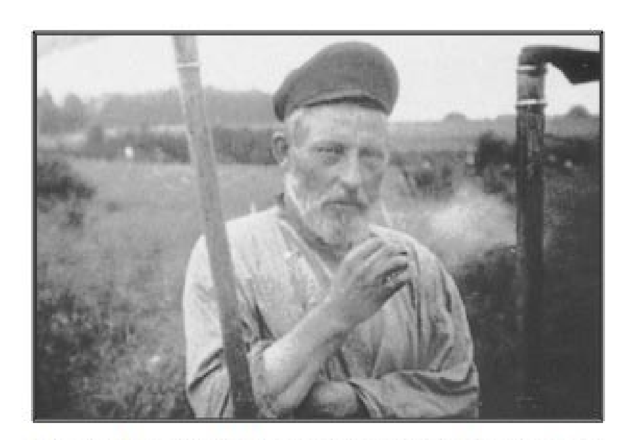
29. El general Brusilov en 1917, poco después de su nombramiento como comandante en jefe del Ejército ruso. Uno de sus subordinados lo describió como «un hombre de estatura corriente con rasgos suaves y una manera de actuar naturalmente agradable, pero con tal aire de dignidad de mando que, cuando se le mira, se siente la obligación de amarlo y a la vez de temerlo».



30. Máximo Gorky en 1917. «Era imposible discutir con Gorky. No se podía convencerle de nada, porque tenía una capacidad sorprendente: no escuchar lo que no le gustaba, ni responder a las preguntas que se le formulaban y para las que no tenía respuesta» (Nina Berberova). Fue sin duda esta capacidad la que permitió a Gorky vivir en la Rusia de Lenin.



31. El príncipe G. E. Lvov, el primer jefe de gobierno de la Rusia democrática, en marzo de 1917. Durante sus cuatro meses en el cargo el cabello de Lvov se volvió blanco.



32. Serguei Semyonov en 1917. El activista campesino fue lo suficientemente bien conocido en su distrito nativo de Volokolamsk como para merecer este retrato.



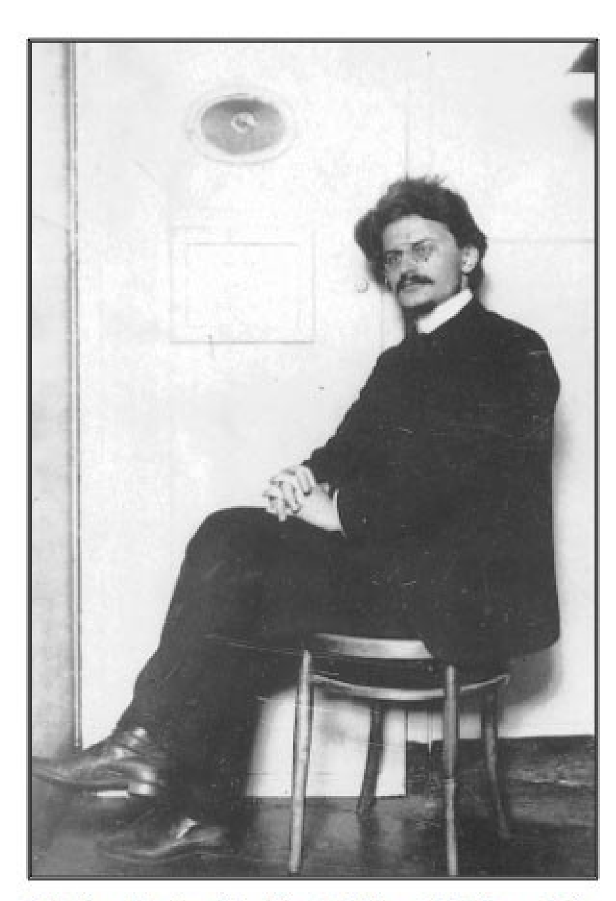
33. Dmitry Os'kin (sentado en el centro) con el Comisariado Militar de Tula en 1919. La historia de su ascenso desde el campesinado a los rangos de mayor importancia del Ejército rojo fue contada posteriormente por Os'kin en dos volúmenes autobiográficos de 1926 y 1931. Como la autobiografía de Kanatchikov, formaron parte del género soviético de memorias escritas por las masas.



34. Alexander Kérensky en 1917. Éste fue sólo uno de los muchos retratos de Kérensky que circularon entre las masas en forma de postal como parte del culto a su personalidad.



35. Lenin arenga a la multitud. El fotógrafo fue Piotr Otsup, uno de los precursores de la escuela soviética de periodismo gráfico.

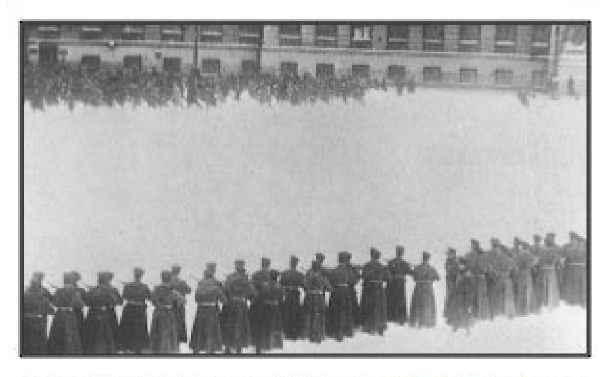


36. Trotsky en la Fortaleza de San Pedro y San Pablo en 1906. Trotsky vestía atildadamente incluso cuando estaba en la cárcel. Aquí, en palabras de Isaac Deutscher, parece más «un próspero intelectual *fin de siècle* de Europa occidental a punto de asistir a alguna recepción formal [que] un revolucionario que espera juicio en la Fortaleza de San Pedro y San Pablo. Sólo la austeridad del muro desnudo y el ojo de buey en la puerta nos ofrecen un destello del trasfondo real».



37. Alexandra Kollontai en 1921, cuando unió su suerte a la Oposición de los Trabajadores. La ruptura de la Kollontai con Lenin resultó especialmente significativa porque había sido la única bolchevique veterana que había apoyado desde el principio sus *Tesis de Abril*.

ENTRE REVOLUCIONES



38. Los soldados disparando sobre los obreros que se manifiestan el Domingo Sangriento de 1905.



39. Los manifestantes se enfrentan con un grupo de cosacos montados a caballo en la perspectiva Nevsky en 1905.



40. La inauguración de la Duma estatal en la Sala de la Coronación del Palacio de Invierno, el 27 de abril de 1906. Las dos Rusias (la autocrática y la democrática) se enfrentaban situadas a uno y otro lado del trono. A la izquierda, los designados por la corona; a la derecha, los delegados de la Duma.



41. El Palacio de Táuride, la ciudadela de la frágil democracia de Rusia entre 1906 y 1918.



42. Piotr Stolypin en 1909. Muchas características del primer ministro, su origen provincial y su brillante intelecto, le convirtieron en un marginado de su propia burocracia.



43. Voluntarios patriotas hacen paquetes destinados al frente (Petrogrado, 1915). La campaña bélica activó y politizó al pueblo.



44. La gente selecta de Petrogrado durante el Año Nuevo de 1917. Nótese la anglofilia, el whisky y el champán. Este tipo de hedonismo ostentoso se hizo bastante común entre las clases superiores; y en una época de enormes sacrificios bélicos provocó un profundo resentimiento entre los obreros.



45. Las tropas limpian con una bomba una trinchera del frente norte. La penosa construcción de las trincheras, una ciencia que el Estado Mayor zarista nunca había pensado que mereciera la pena conocer, contribuyó considerablemente a las enormes pérdidas rusas durante la primera guerra mundial.



46. Los cosacos patrullan las calles de Petrogrado a inicios de febrero de 1917. Reclutados en las regiones más pobres del Kubán y del Don, pronto se unieron a las multitudes revolucionarias.

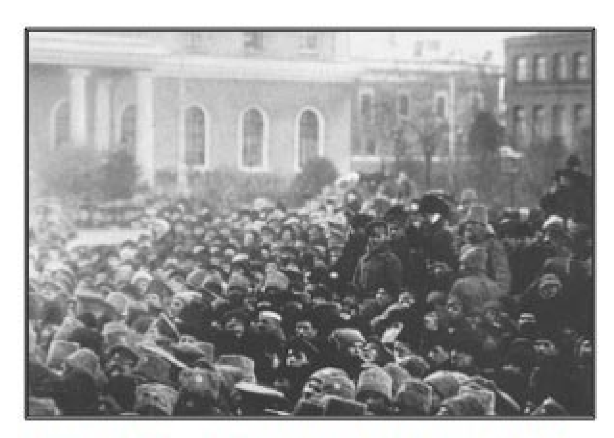


47. Un «faraón» (el nombre de los policías en jerga) es arrestado por un grupo de soldados durante los Días de Febrero en Petrogrado.



48–49. La destrucción de los símbolos zaristas. *Arriba:* Un grupo de obreros de Moscú jugando con la cabeza de piedra de Alejandro II enfrente de una cámara cinematográfica. *Abajo:* Una muchedumbre situada en la perspectiva Nevsky en torno a una hoguera alimentada con emblemas zaristas arrancados durante los Días de Febrero. Aquí también la exhibición ante la cámara fue una parte importante del acontecimiento.





50. La multitud en el exterior del Palacio de Táuride, el 27 de febrero de 1917.



51. Soldados en el frente oeste reciben el anuncio de la abdicación de Nicolas II.

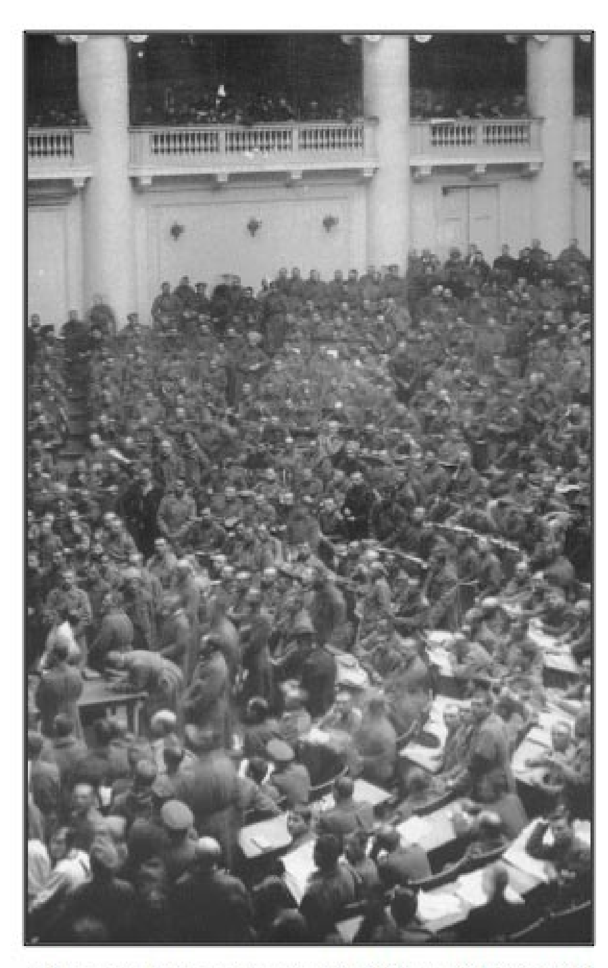
IMÁGENES DE 1917



52. El primer Gobierno Provisional en el Palacio Marinsky. El príncipe Lvov está sentado en el centro, Miliukov es el segundo desde la derecha, mientras que Kérensky está en pie detrás suyo. Nótese que los retratos (de Alejandro II y Alejandro III) no han sido retirados.



53. Un raro momento de unidad nacional: el entierro de las víctimas de la Revolución de Febrero en el campo de Marte en Petrogrado (23 de marzo de 1917).



54. Una reunión del Soviet de diputados de los soldados en el Salón Catalina del Palacio de Táuride.



55. Camareros de ambos sexos de Petrogrado en huelga. La pancarta principal dice: INSISTIMOS EN QUE SE RESPETE A LOS CAMAREROS COMO SERES HUMANOS. Las otras tres pancartas piden el final de la degradante práctica de dar propinas. Este énfasis en el respeto hacia los obreros como ciudadanos fue un rasgo prominente de muchas huelgas. Nótese en este contexto que los huelguistas van bien vestidos, podrían ser confundidos con ciudadanos burgueses, puesto que se trataba de una demostración de su dignidad.



56. El Congreso Panruso de los diputados campesinos en la Casa del Pueblo de Petrogrado, el 4 de mayo. Una delegación de soldados (de pie en la sala) saluda a los diputados (en los balcones). En el segundo balcón a la izquierda están (de izquierda a derecha) los cuatro veteranos dirigentes eseristas: Viktor Chernov, Vera Figner, Ekaterina Breshko-Breshkovskaya y N. D. Avksentiev.



57. Fedor Linde dirige al Regimiento de Finlandia hacia el palacio Marinsky el 20 de abril para protestar contra la continuación de la guerra por fines imperiales.



58. Kérensky adopta una postura bonapartista durante un discurso pronunciado ante los soldados del frente a mediados de mayo.



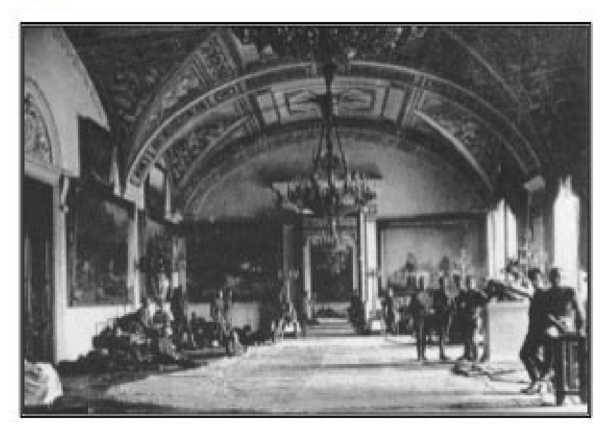
59. El patriarca Nikón bendice el Batallón de la Muerte formado por mujeres en la Plaza Roja de Moscú, antes de su marcha hacia el frente en junio. Una de las mujeres estaba demasiado gruesa para utilizar los pantalones del uniforme y tuvo que acudir al combate llevando una falda.



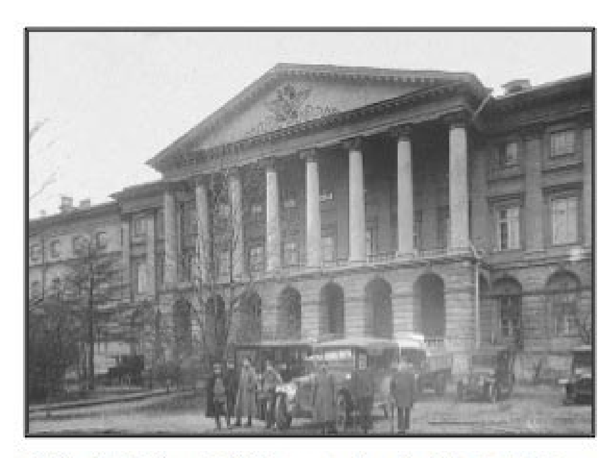
60. El general Kornilov es saludado como un héroe por los miembros derechistas de la Unión de Oficiales a su llegada a Moscú para la Conferencia de Estado del 12 de agosto.



61. Miembro del femenino Batallón de la Muerte esperan el asalto final contra el Palacio de Invierno el 25 de octubre de 1917. Cuando el *Aurora* disparó su primera salva las mujeres se dejaron llevar por la histeria y tuvieron que ser confinadas en el sótano.



62. Más de los últimos defensores de Kérensky, atrincherados en el interior del Palacio de Invierno, esperan el asalto de las fuerzas bolcheviques el 25 de octubre.



63. El Instituto Smolny, sede del Soviet y centro de mando del Partido Bolchevique, a principios de octubre.



64. La Guardia Roja de la factoría Vulkan en Petrogrado. Nótense las corbatas y los trajes de muchos de los guardias.

LA GUERRA CIVIL



65. El general Alexeev, último jefe de Estado Mayor del Ejército Imperial y, junto con Kornilov, fundador del movimiento blanco en el sur de Rusia.



66. El general Denikin, jefe de las Fuerzas Armadas blancas en el sur de Rusia entre 1918 y 1920.



67. El almirante Kolchak, principal caudillo blanco en el este de Rusia y, gracias a sus conexiones con los aliados, jefe nominal de todo el movimiento blanco.



68. El barón Wrangel, que dirigió la última campaña blanca en Crimea durante 1920.



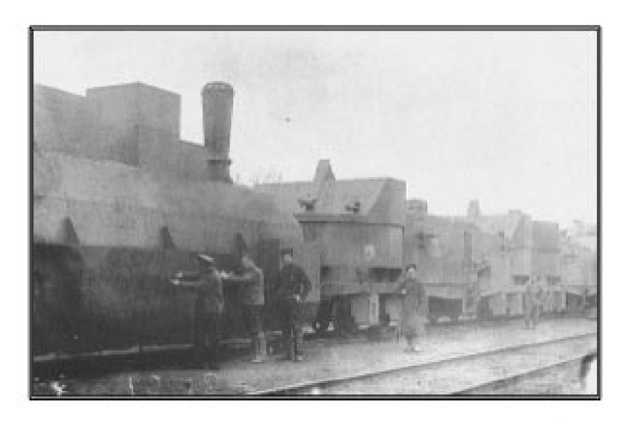
69. El Ejército rojo no era adversario para la Legión Checa, retratada aquí durante la toma de Vladivostock en junio de 1918. El objetivo de los checos era viajar hacia oriente con la intención de llegar a Estados Unidos, y desde allí regresar a la guerra en Europa.



70. Los ejércitos blancos tenían una cúpula excesiva, demasiados generales y soldados insuficientes. Un grupo de oficiales blancos espera la llegada del almirante Kolchak durante un desfile militar en Omsk (diciembre de 1918).



71. Por el contrario las fuerzas rojas tenían una base excesiva, demasiada infantería e insuficientes comandantes dotados. El «espíritu de comité» de 1917 permanecía vivo en las filas de las unidades partisanas del Ejército rojo tales como las de Majnó, retratadas aquí en 1920, donde la táctica era decidida por el voto a mano alzada de los soldados.



72. Trenes blindados como éste desempeñaron un papel vital en la guerra civil.



73. Parte del Ejército rojo, la división letona, atraviesa una aldea cerca del frente suroccidental (1919).



74. Dos soldados del Ejército rojo descansan durante el combate en el frente suroccidental (1919).



75-76. El Ejército rojo sirvió como un canal importante para la extensión de la alfabetización y de la propaganda. *Arriba:* Soldados de Tula leyendo los panfletos del Ejército rojo, primavera de 1919. *Abajo:* El Ejército rojo acerca su propaganda a la aldea. La biblioteca móvil del II Cuerpo de Caballería, 1922.



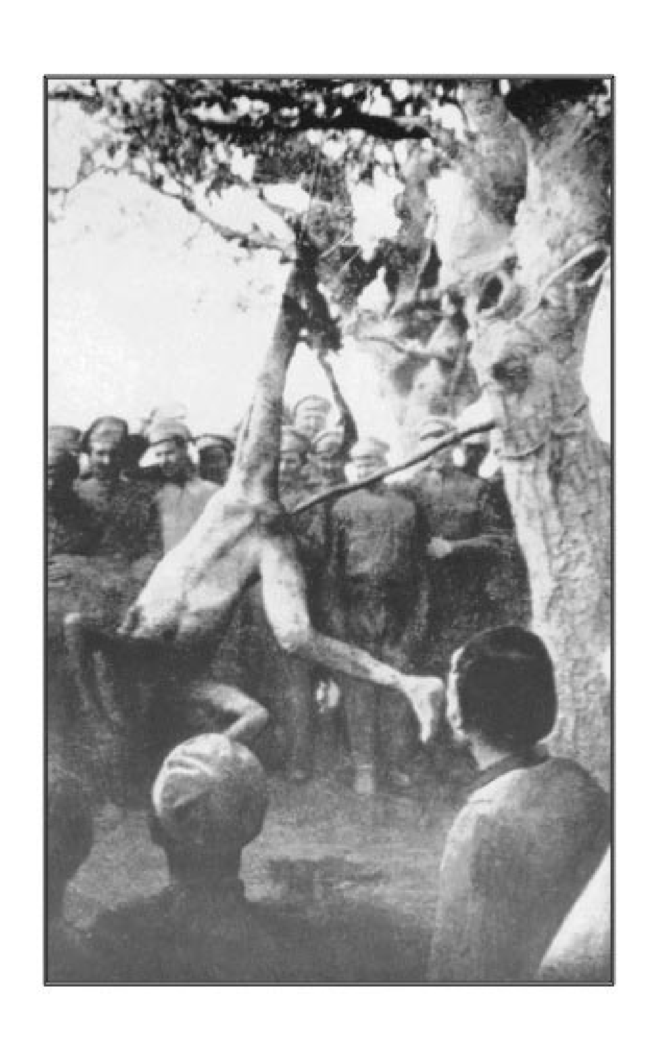


77. Nestor Majnó en 1919. Al enfrentarse con la aniquilación a manos de los bolcheviques, Majnó y los restos de su ejército abandonaron el territorio ruso en 1921. Después de breves periodos de encarcelamiento en Rumania y Polonia, el dirigente anarquista vivió en París hasta su muerte en 1935.

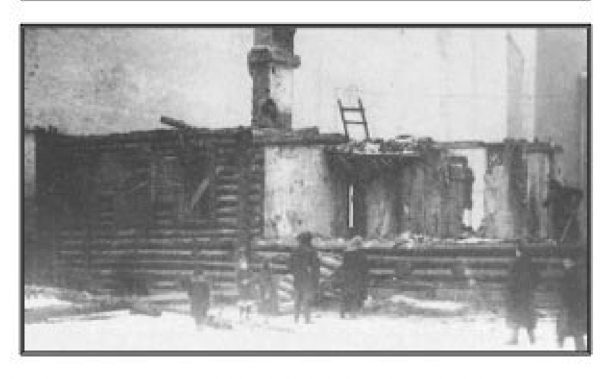


78-80. El terror fue un arma de todos los ejércitos en la guerra civil. *Arriba:* Los blancos ahorcan a un campesino de la provincia de Kursk por poseer una vieja escopeta de caza (septiembre de 1919). *Abajo:* Sólo una víctima judía de un pogromo llevado a cabo por los nacionalistas ucranianos de la provincia de Poltava. *Página siguiente:* Los rojos matan a un oficial polaco durante la guerra contra Polonia en 1920. El hombre desnudo fue colgado cabeza abajo, golpeado, cortado y torturado hasta que murió.





LA VIDA COTIDIANA BAJO LOS BOLCHEVIQUES



81-82. La crisis de energía en las ciudades. *Arriba:* Los moscovistas desmantelan una casa de la ciudad para conseguir leña. *Abajo:* Un sacerdote es utilizado para ayudar a transportar leña. Muchos caballos murieron por falta de comida, de manera que hubo que recurrir a la tracción humana.





83-84.Venta para comer. *Arriba:* Mujeres de las «clases anteriores» venden sus últimas posesiones en las calles de Moscú. *Abajo:* Un soldado compra un par de zapatos a un grupo de *burzhooi* que atraviesan una mala racha.



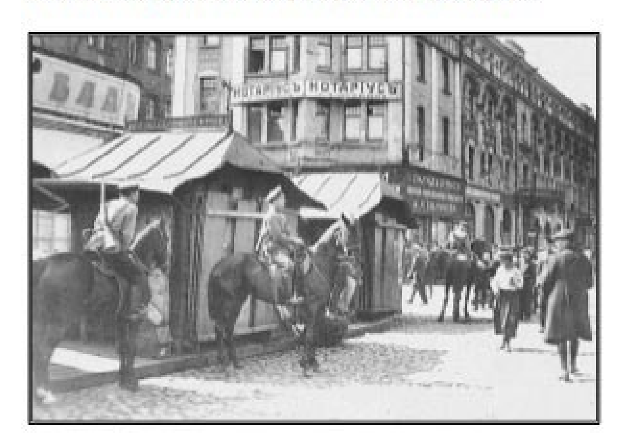


85-86. Venta para comer. *Arriba:* Un funcionario del partido de rango inferior examina una bufanda de piel que le ofrece una mujer en el mercado de Smolensko. La mujer de la izquierda tiene la apariencia de ser una *burzhooika*. *Abajo:* Comerciantes del mercado de Smolensko (Moscú, 1920). La mujer con la bolsa de red y la hogaza de pan es casi con seguridad una prostituta.





87. Las clases acomodadas obligadas a trabajar. Dos antiguos oficiales zaristas son obligados a limpiar las calles bajo la vigilancia de un comisario con guardias, mercado Apraksin en Petrogrado (1918). El propósito principal de este tipo de trabajo forzado era humillar y degradar a las clases privilegiadas del Antiguo Régimen.



88. La guerra bolchevique contra el mercado. Los soldados de la Cheka cierran los puestos de los comerciantes en el Ojotnyi Riad (Paseo del cazador) en Moscú (mayo de 1919).



89. Requisa del grano de los campesinos.



90. «Hombres del saco» viajando a lo largo del país cambiando comida por bienes manufacturados. El resultado fue el caos en las líneas férreas.



91. El *subbotnik* del 1 de mayo (trabajo «voluntario» en sábado) en la Plaza Roja de Moscú (1920).



92. En 1920 el Estado estaba alimentando (o más bien subalimentando) a treinta millones de personas en cafeterías improvisadas como ésta en la Estación de Kiev en Moscú.



93. La nueva clase dirigente: delegados del IX Congreso Panruso del Partido (Moscú, 1920).



94. Un ejemplo típico de la nueva burocracia: el Departamento de Agitación y Propaganda del Comisariado de Suministros y Distribución en la región norte. Nótese el retrato de Marx, el comisario vestido de cuero, y las hijas de los burgueses que servían en números considerables como secretarias.



95. El Instituto Smolny en el aniversario del golpe de octubre. Se estaba convirtiendo, aceleradamente, no tanto en un bastión de la revolución marxista como en uno de la corrupción de la élite del partido.

LA HERENCIA REVOLUCIONARIA



96-97. El pueblo rechaza a los bolcheviques. *Arriba:* Las tropas del Ejército rojo asaltan la base naval de Kronstadt (16 de marzo de 1921). *Abajo:* Campesinos rebeldes («verdes») atacan un tren de trigo requisado (febrero de 1921).





98-100. La hambruna de 1921-1922. *Arriba:* Comisarios bolcheviques inspeccionan el fracaso de la cosecha en la región del Volga (1921). Esta crisis en buena medida se debió a las requisas excesivas de los bolcheviques. *Abajo:* Las víctimas de la crisis; un cementerio abarrotado en el distrito de Buzuluk (1921). *Página siguiente:* Caníbales con sus víctimas (provincia de Samara, 1921).







101-3. Huérfanos de la revolución. *Arriba:* Huérfanos de la calle en Saratov a la búsqueda de restos de comida en un vertedero de basura (1921). *Página siguiente:* Los huérfanos estaban maduros para el adoctrinamiento político. Este jovencito, que aparece aquí pronunciando un discurso desde el agit-tren *Revolución de octubre*, era el secretario del komsomol de Tula. Era parte de la generación que, una década más tarde, iniciaría el asalto stalinista contra la vieja Rusia. *Página siguiente abajo:* Los huérfanos también actuaron como buenos soldados: una unidad nacional del Ejército rojo en Turkestán, (1920).


Й ПОЕЗД





104. La guerra contra la religión: soldados del Ejército rojo confiscan objetos de valor del monasterio Semyonov en Moscú (1923).



105-106. La revolución se extiende hacia Oriente. *Arriba:* El Ejército rojo llega a Bujara y explica el significado del poder soviético a los antiguos súbditos del emir (septiembre de 1920). *Abajo:* Dos comisarios bolcheviques en Extremo Oriente.





107. Lenin agonizante con uno de sus médicos y su hermana menor María Ul'ianova, durante el verano de 1923. En la época en que se tomó esta fotografía, el ascenso de Stalin al poder estaba prácticamente asegurado.

Procedencia de las fotografías

Archivo Bajtemeff, Universidad de Columbia: 58; Museo de Fotografia de California, Universidad de California, Riverside: 20. Institución Hoover de Guerra, Revolución y Paz, Stanford, California: 82-84; *Life on the Russian Country Estate. A Social and Cultural History,* de Priscilla Roosevelt (Yale University Press, 1995): 26; Museo de la Revolución, Moscú: 7, 15, 36, 52, 61-62, 77-78, 90; Fotojronika Tass, Moscú: 107; colecciones privadas: 10, 32, 97; *Russian in Original Photographs 1860-1920*, por Marvin Lyons (Routledge & Kegan Paul, Londres, 1977): 25, 47; *Russie, 1904-1924: La Révolution est la*, Baschet, París, 1978: 80; *The Russian Century,* de Brian Moynahan, Chatto & Windus, Londres, 1994: 13, 28 (cortesía de la Slava Katamidze Collection/Endeavour Group, Londres, 46 (cortesía del Endeavour Group, Londres); Archivo de Documentos Cinematográficos y Fotográficos del Estado Ruso, Krasnogorsk: 18-19, 21-23, 35, 37-38, 40, 45, 48, 51, 59-60, 65-71, 73-76, 79, 81, 85-93, 98106; Archivo de Historia Militar del Estado Ruso, Moscú: 29; Biblioteca Saltykov-Shchedrin, San Petersburgo: 12; Archivo de Documentos Cinematográficos y Fotográficos del Estado, San Petersburgo: 1-6, 8-9, 11, 14, 16-17, 24, 27, 30-31, 34, 39, 41-44, 49-50, 53-57, 63-64, 72, 94-96; Museo del distrito de Tula: 33.

Prefacio

En estos días denominamos a tantísimas cosas «revolución» (un cambio en la política gubernamental sobre el deporte, una innovación tecnológica o incluso una nueva tendencia del mercado) que puede resultar difícil para el lector de este libro el percatarse de la enorme importancia de su tema desde el principio. La Revolución rusa fue, al menos en cuanto a sus efectos se refiere, uno de los acontecimientos mayores de la historia del mundo. Al cabo de una generación del establecimiento del poder soviético, una tercera parte de la humanidad estaba viviendo bajo regímenes modelados sobre éste. La revolución de 1917 ha definido la configuración del mundo contemporáneo, y sólo ahora estamos emergiendo de su sombra. No se trató tanto de una sola revolución (la erupción compacta de 1917 tan a menudo referida en los libros de historia) como de un complejo entero de revoluciones distintas que hicieron explosión a mediados de la primera guerra mundial e iniciaron una reacción en cadena de más revoluciones y de guerras civiles, étnicas y nacionales. Cuando todo terminó, había saltado por los aires (y se había vuelto a reconstruir) un imperio que cubría la sexta parte del planeta. Aun a riesgo de parecer duro, lo cierto es que la manera más fácil de abarcar el espectro de la revolución es señalar las maneras en que desperdició vidas humanas: decenas de miles fueron asesinados por las bombas y las balas de los revolucionarios, y al menos un número igual por las represiones del régimen zarista, antes de 1917; millares murieron en las calles combatiendo ese año; centenares de miles a causa del Terror de los rojos (y un número igual del Terror de los blancos, si se cuentan las víctimas de sus pogromos contra los judíos) durante los años que siguieron; más de un millón perecieron en el curso de los combates de la guerra civil, incluyendo civiles en la retaguardia, y todavía más gente murió de hambre, de frío y de enfermedad que de todas las otras causas juntas.

Todo esto imagino que es una excusa por la considerable extensión del libro (el primer intento de una historia global de todo el período revolucionario en un

solo volumen). Su narración comienza en la última década del siglo XIX, cuando empezó realmente la crisis revolucionaria, y más específicamente en 1891, cuando la reacción de la gente ante la hambruna provocó por primera vez un enfrentamiento con la autocracia zarista. Y nuestra historia concluye en 1924, con la muerte de Lenin, en la época en que la revolución había trazado un círculo completo y las instituciones básicas, si es que no todas las prácticas, del régimen estalinista ya existían.

La razón de esta disposición es el deseo de proporcionar a la revolución un arco temporal mucho más amplio del habitual. Pero tengo la impresión de que, con una o dos excepciones, las historias anteriores de la revolución han sido centradas demasiado estrechamente en los acontecimientos de 1917, y esto ha tenido como consecuencia que el conjunto de sus posibles resultados parezca mucho más limitado de lo que realmente fue. No resultó en absoluto inevitable que la revolución concluyera con la dictadura bolchevique, aunque el centrar la vista en ese fatídico año conduciría a esa conclusión. Hubo un conjunto de momentos decisivos, tanto antes como durante 1917, en que Rusia pudo haber seguido un camino más democrático. La finalidad de LA REVOLUCIÓN RUSA 1891-1924, al enfocar la revolución a *longue durée* es explicar por qué no fue así en ninguno de los casos. Como el subtítulo pretende sugerir, el libro descansa sobre la tesis de que el fracaso democrático de Rusia estaba profundamente enraizado en su cultura política y en su historia social. Muchos de los temas de los cuatro capítulos introductorios de la primera parte (la ausencia de un contrapeso estatal al despotismo del zar, el aislamiento y la fragilidad de la sociedad civil liberal, el atraso y la violencia de la aldea rusa que impulsó a tantísimos campesinos a marcharse y buscar una vida mejor en las ciudades industriales y el extraño fanatismo de la *intelligentsia* radical rusa) reaparecerán como temas constantes de la narración de las partes segunda, tercera y cuarta.

Aunque la política nunca anda lejos, ésta, en mi opinión, es una historia social en el sentido de que se centra sobre todo en la gente corriente. He intentado presentar a las fuerzas sociales más importantes (el campesinado, la clase obrera, los soldados y las minorías nacionales) como los participantes de su propio drama revolucionario en lugar de como las «víctimas» de la Revolución. Esto no significa negar que hubo muchas víctimas. Ni significa adoptar el enfoque «finalista» tan de moda estos días entre los historiadores «revisionistas» de la Rusia soviética. Sería absurdo (y en el caso de Rusia, obsceno) llegar a la conclusión de que cada pueblo tiene el gobierno que se merece. Pero, al mismo

tiempo, ya no resulta adecuado el tipo de historias politizadas y «elitistas» de la Revolución rusa que se solían escribir en la época de la guerra fría en las que el pueblo llano aparecía como el objeto pasivo de las perversas maquinaciones de los bolcheviques. Ahora tenemos una bibliografía rica y creciente, basada en la investigación de los archivos recientemente abiertos, sobre la vida social del campesinado ruso, de los obreros, de los soldados y de los marineros, de las capitales de provincia, de los cosacos y de las regiones no rusas del Imperio durante el período revolucionario. Estas monografías nos han proporcionado un retrato mucho más complejo y convincente de la relación entre el partido y el pueblo que la que se presentaba en la antigua versión «elitista». Han puesto de manifiesto que en lugar de una sola revolución abstracta impuesta por los bolcheviques sobre toda Rusia, a menudo ésta quedó configurada por las pasiones y los intereses locales. LA REVOLUCIÓN RUSA 1891-1924 es un intentó de sintetizar esa reevaluación y de avanzar la discusión otro paso más. Intenta poner de manifiesto, como indica su título, que lo que comenzó como una revolución del pueblo contenía las semillas de su propia degeneración en la violencia y la dictadura. Las mismas fuerzas sociales que provocaron el triunfo del régimen bolchevique se convirtieron en sus víctimas principales.

Finalmente, la narración de LA REVOLUCIÓN RUSA 1891-1924 entrelaza las esferas privada y pública. Siempre que ha sido posible, he intentado subrayar el aspecto humano de sus grandes acontecimientos escuchando las voces de los individuos cuyas vidas se vieron atrapadas por la tempestad. Sus diarios, cartas y otros escritos privados aparecen de manera importante en este libro. De manera más sustancial, las historias personales de varios personajes han sido entrelazadas con el curso de la narración. Algunos de estos personajes son muy conocidos (Máximo Gorky, el general Brusilov y el príncipe Lvov), mientras que otros son desconocidos incluso para los historiadores (el reformador campesino Serguei Semyonov y el soldado-comisario Dmitri Os'kin). Pero todos ellos tuvieron esperanzas y aspiraciones, temores y decepciones, que fueron típicas de la experiencia revolucionaria en su conjunto. Al seguir los destinos de estos personajes, mi objetivo ha sido trazar el caos de estos años, tal como fue sentido por hombres y mujeres corrientes. He intentado presentar la revolución no como un desfile de fuerzas sociales e ideologías abstractas, sino como un acontecimiento humano de complicadas tragedias individuales. Fue una historia, desde todos los puntos de vista, de gente, como los personajes de este libro, que arrancó de altos ideales encaminados a la consecución de una cosa sólo para

descubrir posteriormente que el resultado era bastante diferente. Ésta es, de nuevo, la razón por la que elegí subtitular el libro LA TRAGEDIA DE UN PUEBLO, porque no sólo trata del trágico cambio que aconteció en la historia de un pueblo, sino también de las formas en que la tragedia de la revolución anegó los destinos de aquellos que la vivieron.

Este libro ha exigido seis años de trabajo e implica una gran deuda con muchas personas.

Sobre todo tengo que dar las gracias a Stephanie Palmer, que ha tenido que soportar muchas egoístas horas de oficina, fines de semana y vacaciones estropeadas por el trabajo realizado en casa y por el comportamiento generalmente imposible de su esposo que no tenía ningun derecho a esperar. A cambio he recibido su amor y su apoyo en una proporción mucho mayor de la que merecía. Stephanie cuidó de mí durante los tenebrosos años de debilitante enfermedad con los que coincidieron las primeras fases de este libro y, además de sus propias pesadas tareas laborales, dedicó más tiempo del que le correspondía cuidando a nuestras hijas, Lydia y Alice, después de que nacieran en 1993. Le dedico este libro con gratitud.

Neil Belton, de Jonathan Cape, ha representado un inmenso papel en la redacción de este libro. Neil es el editor soñado por cualquier escritor. Leyó cada capítulo en cualquiera de sus redacciones y me hizo comentarios al respecto en cartas largas y detalladas en la prosa más exquisita. Sus críticas eran siempre exactas, su conocimiento del tema resultaba constantemente sorprendente y su entusiasmo era inspirador. Si existe algún lector al que este libro esté dirigido es a él.

La segunda redacción fue leída también por Boris Kolonitskü en el curso de varias reuniones en Cambridge y San Petersburgo. Le estoy muy agradecido por sus muchos comentarios, que en todos los casos tuvieron como resultado la mejora del texto, y tengo la esperanza de que, aunque haya estado tan escorada hacia un lado, éste pudiera ser el inicio de una colaboración intelectual duradera.

Tengo una gran deuda con dos mujeres sublimes. Una es mi madre, Eva Figes, una antigua maestra del arte de narrar que siempre me dio buenos consejos sobre la manera de practicarlo. La otra es mi agente, Deborah Rogers, que me rindió un gran servicio al realizar los arreglos para el matrimonio con Cape.

En Cape hay otras dos personas que merecen un agradecimiento especial. Dan

Franklin examinó el libro durante su fase final con sensibilidad e inteligencia, y Liz Cowen recorrió todo el texto línea a línea sugiriendo mejoras con un meticuloso cuidado. Estoy profundamente agradecido a ambas personas.

Por su asistencia en la preparación del texto final también debería dar las gracias a Claire Farrimond, que me ayudó a comprobar las notas, y Laura Pieters Cordy, que trabajó en demasía para introducir las correcciones en el texto. También debo dar las gracias a Ian Agnew, que dibujó unos espléndidos mapas.

Los últimos seis años han sido una época emocionante para la investigación histórica en Rusia. Me gustaría dar las gracias al equipo de los muchos archivos y bibliotecas rusos en los que se concluyó la investigación de este libro. Tengo una gran deuda con el conocimiento y el consejo de demasiados archiveros para nombrarlos de manera individual, pero debo hacer una excepción única con Vladimir Barajov, director del Archivo Gorky, que fue más que generoso con su tiempo.

Muchas instituciones me han ayudado en la investigación relacionada con este libro. Debo dar las gracias a la British Academy, al Leverhulme Trust y (aunque no pudo ser aceptada su beca de investigación) al Woodrow Wilson Center en Washington por su generoso apoyo. Mi propio *college* de Cambridge, el Trinity, que es tan generoso como rico, me ha sido de enorme ayuda, proporcionándome tanto becas como tiempo para el estudio. Entre los santos e indivisos profesores del *college* debo dar gracias especiales a mis colegas docentes, Boyd Hilton y John Lonsdale, por sustituirme durante mis frecuentes ausencias; al inimitable Anil Seal por su apoyo, y, sobre todo, a Raj Chandavarkar, por ser un crítico tan agudo y un amigo leal. Finalmente, de la Facultad de Historia, debo dar, como siempre, las gracias a Quentin Skinner por sus esfuerzos en mi favor.

Lo mejor de la Universidad de Cambridge es la calidad de sus estudiantes, y en el curso de los últimos seis años he tenido el privilegio de enseñar a algunos de los más brillantes en mi especialidad, la Revolución rusa. Este libro es en no poca medida el resultado de esa experiencia. Hubo muchas ocasiones en que salí corriendo del aula para escribir las ideas que habían surgido en el curso de las discusiones con estudiantes. Si no se les puede otorgar un reconocimiento en las notas, espero al menos que aquellos que lean el libro lo consideren como un tributo de mi gratitud hacia ellos.

ORLANDO FIGES

Cambridge
Noviembre de 1995

Glosario

Atamán: Jefe cosaco.

Bund: Organización socialdemócrata judía.

Burzhooi: Término popular para un burgués u otro enemigo social.

Cheka: Policía secreta soviética en 1917-1922 (más tarde convertida en la OGPU, el NKVD y el KGB); el nombre completo de la Cheka era Comisión Extraordinaria Panrusa para la Lucha contra la Contrarrevolución y el Sabotaje. Grupos paramilitares de extrema derecha.

Defensistas: Partidarios socialistas de la guerra (1914-1918) para la defensa nacional; los partidos menchevique y eserista se dividieron entre defensistas e internacionalistas.

Desyatina: Medida de superficie agraria, equivalente a 1,09 hectáreas o 2,7 acres.

Duma: La Duma estatal era la cámara baja elegida del Parlamento ruso en 1906-1917; las dumas municipales eran ayuntamientos electivos.

Eseristas Socialistas Revolucionarios: Partido revolucionario no marxista, dividido en eseristas de derechas y de izquierdas durante 1917.

Guberniia: Provincia (subdividida en *uezdy* **y** *volostí).*

Internacionalistas: Socialistas opuestos a la guerra (1914-1918) que realizaron una campaña en favor de la paz inmediata en virtud de la colaboración socialista internacional; los partidos mencheviques y eseristas se dividieron en defensistas e internacionalistas.

Kadetes: Partido constitucional democrático.

Koljoz: Granja colectiva.

Komuch: Gobierno antibolchevique establecido en Samara durante el verano de 1918; su nombre completo era el Comité de Miembros de la Asamblea Constituyente.

Krug: Asamblea cosaca.

Kulak: Campesino capitalista.

Mir: Comuna de la aldea.

NPE: Nueva Política Económica (1921-1929).

Obshchina: Comuna agraria campesina.

Octubristas: Partido político liberal-conservador.

Pud: Medida de peso, equivalente a 16,38 kilos.

Socialdemócratas: Partido marxista (conocido por su nombre completo de Partido Ruso Socialdemócrata de los Trabajadores), dividido en las facciones menchevique y bolchevique después de 1903.

Sjod: Asamblea comunal o de aldea.

Sovjoz: Explotación agraria soviética.

Stavka: Cuartel general del ejército.

Uezd: Distrito (subdivisión de la *guberniia).*

Versta: Medida de longitud equivalente a 0,66 millas.

Voisko: Comunidad cosaca autogobernada.

Volia: Libertad; autonomía.

Volost: Municipio rural y unidad administrativa básica que generalmente comprendía varias aldeas.

Zemstvo: Asamblea electiva de gobierno local dominada por la nobleza rural en las áreas de provincia y de distrito (1864-1917); un *zemstvo* de *volost* fue establecido finalmente en 1917, pero pronto fue suplantado por los soviets.

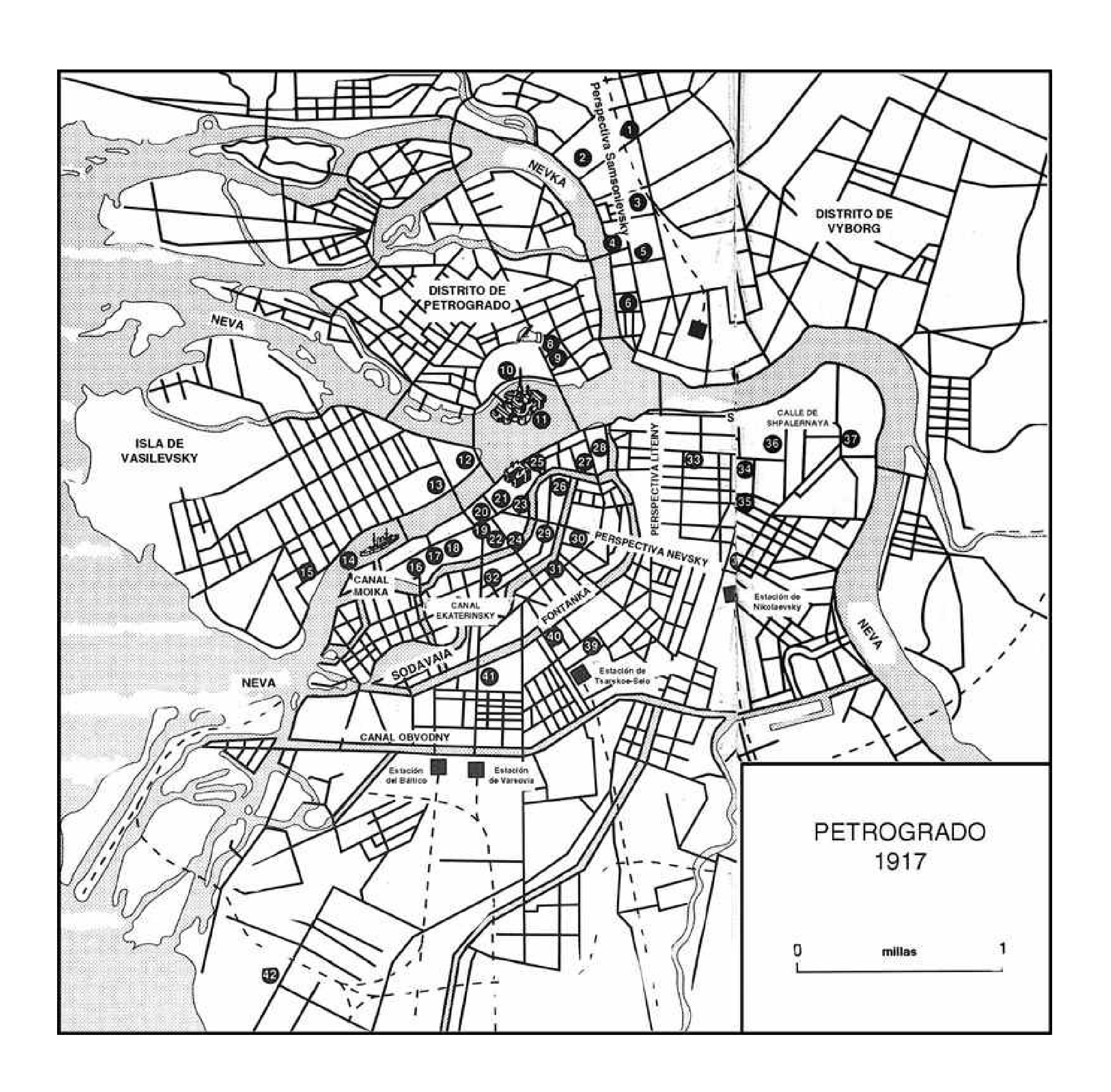
Nota sobre las fechas

Hasta febrero de 1918 Rusia utilizaba el calendario juliano; este iba retrasado trece días en relación con el gregoriano, que se utilizaba en Europa occidental. El Gobierno soviético adoptó este último la medianoche del 31 de enero de 1918; el día siguiente fue declarado 14 de febrero. Las fechas relativas a acontecimientos internos son dadas según el calendario juliano hasta el 31 de enero de 1918, y según el gregoriano después. Las fechas relacionadas con acontecimientos internacionales (por ejemplo, negociaciones diplomáticas y batallas militares de la primera guerra mundial) se dan en el libro según el calendario gregoriano.

Mapas

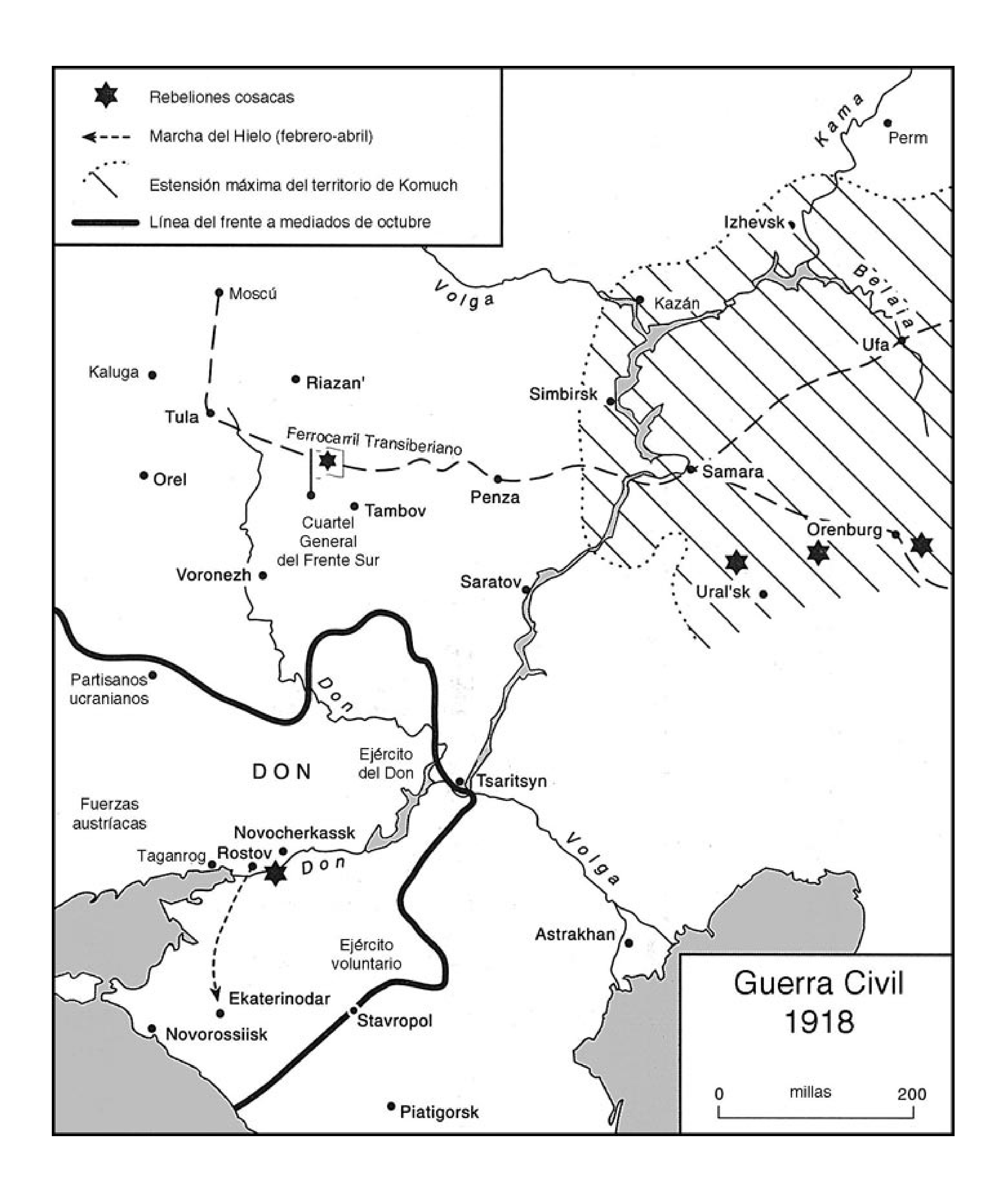

RUSIA EUROPEA
hacia 1900
Murmansk
SUECIA
Arcángel
FINLANDIA
Helsingfors
(Helsinki)
Ob
MONTES URALES
Tobolsk
Mar
Báltico
SAN PETERSBURGO
ESTONIA
Novgorod
Vologda
Tiumen'
Omsk
Perm
Pskov
Kostroma
Viatka
Riga
Yaroslavl'
Ekaterinburg
Kovno
Nizhnyi Novgorod
Volga
Kazan
Wilno
Vitebsk
Cheliabinsk
LITUANIA
Smolensk
Moscú
Ufa
Varsovia
Minsk
Moguilev
Tula
Simbirsk
BIELORRUSIA
POLONIA
Brest-Litovsk
Samara
Tambov
Chernigov
Orel
Orenburg
Saratov
Lvov
Kiev
Voronezh
UCRANIA
GALITZIA
Kharkov
Poltava
Dnieper
Tsaritsyn
Kishinev
Volga
Odessa
Rostov
Don
RUMANIA
ASIA
CENTRAL
Sebastopol
Stavropol
BULGARIA
MAR NEGRO
GEORGIA
Jiva
Tiflis
AZERBAIJAN
Bujara
ARMENIA
Baku
IMPERIO
OTOMANO
MAR
CASPIO
PERSIA
0
millas
500


FRENTE ORIENTAL
EN LA PRIMERA
GUERRA MUNDIAL
Petrogrado
Pskov
Moscú
Riga
0 millas 200
Kovno
Wilno
Konigsberg
Gumbinnen
Minsk
Mogulev
Danzig
Grodno
Baranovichi
Tannenberg
Gomel
Máximo avance
alemán
febrero de 1918
Brest-Litovsk
Pinsk
Posen
Varsovia
Lodz
Ofensiva
de Brusilov
Lublin
Breslau
Kiev
Brody
Frente ruso
noviembre 1915
Praga
Lvov
Rostov
Cracovia
Gorlice
Galich
Czernowitz
Máximo avance
ruso 1914-1915
CARPATOS
Odessa
Campañas de 1914
Batallas de 1914
Retirada rusa de 1915
Línea del frente ruso en febrero de 1917
Sebastopol
Bucarest

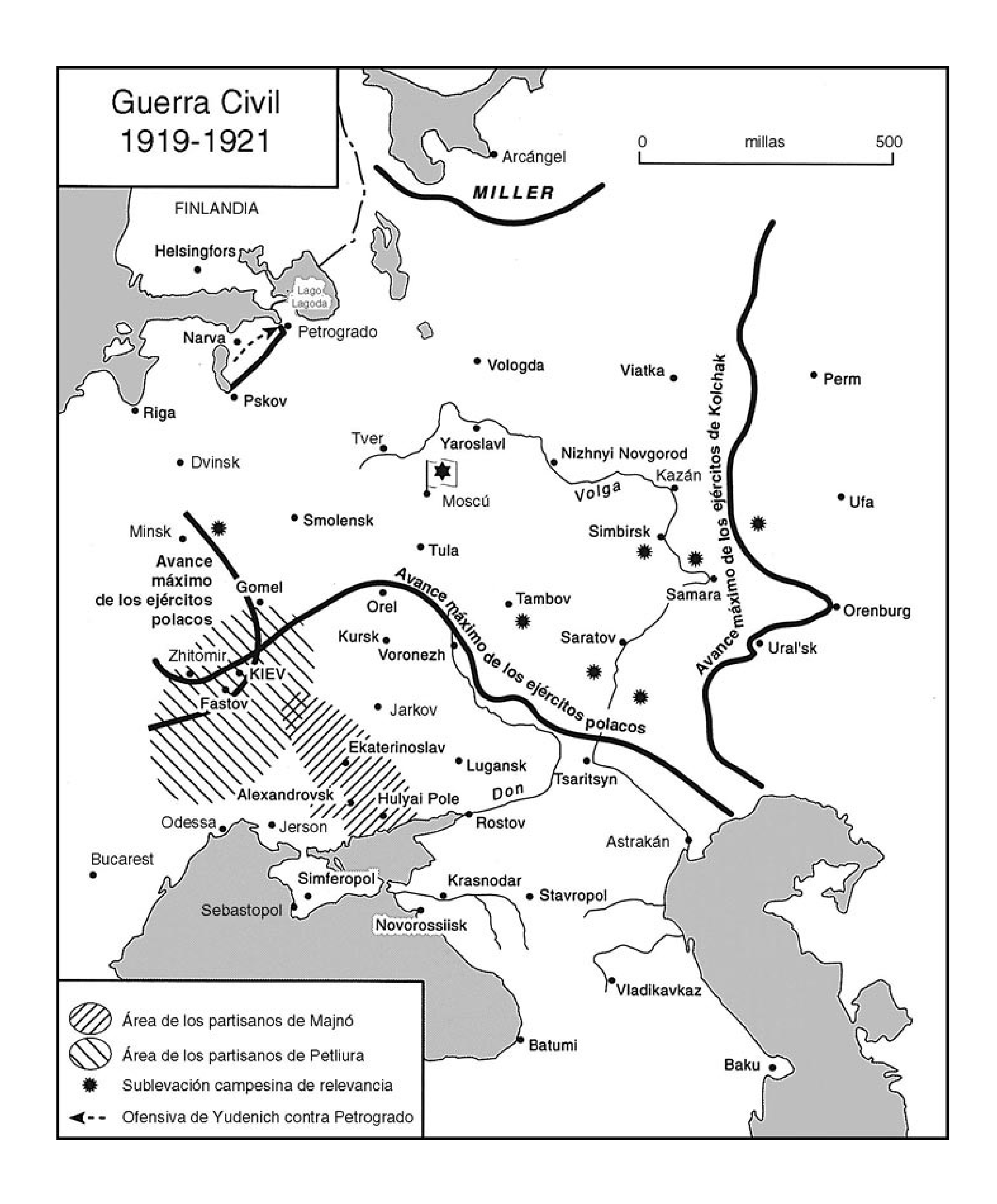


Perspectiva Samsonievsky
NEVKA
DISTRITO DE
VYBORG
DISTRITO DE
PETROGRADO
NEVA
ISLA DE
VASILEVSKY
CALLE DE
SHPALERNAYA
PERSPECTIVA LITEINY
PERSPECTIVA NEVSKY
CANAL
MOIKA
CANAL
EKATERINSKY
FONTANKA
Estación de
Nikolaevsky
NEVA
SODAVAIA
Estación de
Tsarskoe-Selo
NEVA
CANAL OBVODNY
Estación
del Báltico
Estación
de Varsovia
PETROGRADO
1917
0
millas
1

«Casa de Gorky; **1.** Fábrica de la Renault rusa; **2.** Fábrica N. Lesiner; **3.** Regimiento de Moscú; **4.** Fábrica de Erickson; **5.** Primer regimiento de ametralladoras; **6.** Cuartel general bolchevique, distrito de Vyborg; **7.** Prisión Kresty; **8.** Circo Moderno; **9.** mansión de Kshesinskaya; **10.** Arsenal; **11.** Fortaleza de San Pedro y San Pablo; **12.** Bolsa; **13.** Universidad de S. Petersburgo; **14.** *Aurora;* **15.** Regimiento de Finlandia; **16.** Oficina central de telégrafos; **17.** Agencia telegráfica de Petrogrado; **18.** Correos; **19.** Ministerio de Guerra; **20.** Almirantazgo; **21.** Plaza de Palacio; **22.** Catedral de S. Isaac; **23.** Cuartel General del Estado Mayor; **24.** Telefónica de Petrogrado; **25.** Palacio de Invierno; **26.** Redacción y rotativa del *Pravda;* **27.** Regimiento de Paulovsky; **28.** Campo de Marte; **29.** Catedral de Kazán; **30.** Duma de la ciudad; **31.** Banco del Estado; **32.** Palacio de Marinsky; **33.** Regimiento Lituano; **34.** Regimiento Preobrazhensky; **35.** Regimiento Volynsky; **36.** Palacio de Turide; **37.** Instituto Smolnt; **38.** Plaza de Znamenskaya; **39.** Regimiento de Semenovsky; **40.** Central eléctrica de Petrogrado; **41.** Regimiento de Petrogrado; **42.** Fábrica de Putilov



Rebeliones cosacas
Marcha del Hielo (febrero-abril)
Estensión máxima del territorio de Komuch
Línea del frente a mediados de octubre
Kama
Perm
Izhevsk
Belaia
Volga
Moscú
Kazán
Ufa
Kaluga
Riazan'
Simbirsk
Tula
Ferrocarril Transiberiano
Samara
Orel
Penza
Tambov
Cuartel
General
del Frente Sur
Orenburg
Voronezh
Saratov
Ural'sk
Partisanos
ucranianos
Don
DON
Ejército
del Don
Tsaritsyn
Fuerzas
austríacas
Novocherkassk
Taganrog
Rostov
Don
Volga
Ejército
voluntario
Astrakhan
Guerra Civil
1918
Ekaterinodar
Stavropol
Novorossiisk
0
millas
200
Piatigorsk



Guerra Civil
1919-1921
0
millas
500
Arcángel
MILLER
FINLANDIA
Helsingfors
Lago Lagoda
Petrogrado
Narva
Pskov
Riga
Vologda
Viatka
Perm
Tver
Yaroslavl
Nizhnyi Novgorod
Dvinsk
Kazán
Volga
Moscú
Ufa
Smolensk
Minsk
Simbirsk
Tula
Avance máximo de los ejércitos polacos
Gomel
Avance máximo de los ejércitos polacos
Samara
Avance máximo de los ejércitos de Kolchak
Tambov
Orel
Orenburg
Kursk
Saratov
Voronezh
Ural'sk
Zhitomir
KIEV
Fastov
Jarkov
Ekaterinoslav
Lugansk
Tsaritsyn
Alexandrovsk
Hulyai Pole
Don
Odessa
Jerson
Rostov
Astrakán
Bucarest
Simferopol
Krasnodar
Stavropol
Sebastopol
Novorossiisk
Vladikavkaz
Batumi
Baku
Área de los partisanos de Majnó
Área de los partisanos de Petliura
Sublevación campesina de relevancia
Ofensiva de Yudenich contra Petrogrado

Primera parte

RUSIA BAJO EL ANTIGUO RÉGIMEN

I La dinastía

I El zar y su pueblo

En una mañana húmeda y ventosa de 1913 San Petersburgo celebró los trescientos años de gobierno de los Romanov sobre Rusia. La gente había estado hablando del gran acontecimiento durante semanas y todos estaban de acuerdo en que no volverían a ver nada parecido en su vida. El poder majestuoso de la dinastía se vería desplegado, como nunca antes, en una extravagante manifestación de pompa. Mientras se aproximaba el jubileo, dignatarios procedentes de las partes más lejanas del Imperio ruso llenaban los grandes hoteles de la capital: príncipes de Polonia y de las tierras del Báltico; prelados de Georgia y Armenia; *mulahs* y jefes tribales de Asia central; el emir de Bujara y el *jan* de Jiva. La ciudad era un hervidero de curiosos procedentes de las provincias, y los transeúntes usualmente bien vestidos que paseaban en torno al Palacio de Invierno se veían ahora superados en número por las masas sin lavar (campesinos y trabajadores ataviados con sus blusas y gorras, y mujeres vestidas de harapos con pañuelos en la cabeza). La perspectiva Nevsky experimentó los peores embotellamientos de su historia cuando los tranvías y los carros de caballos, los coches y los trineos, convergieron sobre ella. Las principales calles se cubrieron con los colores imperiales: blanco, azul y rojo; las estatuas se vistieron con guirnaldas y cintas, y los retratos de los zares, hasta Miguel Romanov, el fundador de la dinastía, colgaban de las fachadas de los bancos y de los almacenes. Sobre las líneas de tranvías había extendidas cadenas de luces de colores, que se encendían por la noche con las palabras «Dios salve al zar» o con el águila bicéfala de los Romanov y las fechas 1613-1913. Los forasteros, muchos de los cuales nunca habían visto la luz eléctrica, miraban y se rascaban la cabeza sorprendidos. Había columnas, arcos y obeliscos de luz. Enfrente de la catedral de Kazán se alzaba un pabellón blanco lleno de incienso, piñas y palmeras, que temblaban por el gélido aire ruso.

Los rituales empezaron en la catedral de Kazán con un acto solemne de acción de gracias presidido por el patriarca de Antioquía, que había venido de Grecia especialmente para la ocasión, los tres metropolitanos rusos y cincuenta sacerdotes de San Petersburgo. La familia imperial salió del Palacio de Invierno en carruajes descubiertos escoltados por dos escuadrones de la guardia montada y de los jinetes cosacos de su majestad vestidos con los caftanes negros y los gorros rojos del Cáucaso. Era la primera vez que el zar había cabalgado en público desde la revolución de 1905 y la policía no deseaba correr riesgos. La ruta fue cubierta por los guardias imperiales alegremente ataviados con sus *shakos* de plumas y sus uniformes de color escarlata. Las bandas militares entonaban el himno nacional y los soldados gritaban estrepitosamente «¡hurra!» a medida que el desfile pasaba por delante de ellos. En el exterior de la catedral las procesiones religiosas procedentes de diversas partes de la ciudad habían estado convergiendo desde primera hora de la mañana. La vasta muchedumbre, un bosque de cruces, iconos y estandartes, se arrodilló cuando se aproximó uno de los carruajes. En el interior de la catedral se encontraba la clase dominante de Rusia: grandes duques y príncipes, miembros de la corte, senadores, ministros, consejeros de Estado, parlamentarios de la Duma, importantes funcionarios civiles, generales y almirantes, gobernadores de provincias, alcaldes, dirigentes de los *zemstvos* y mariscales de la nobleza. Apenas se veía un pecho sin una fila de brillantes medallas o una estrella de diamantes; apenas un par de piernas sin una espada. Todo lanzaba destellos a la luz de las velas (el iconostasio de plata, las mitras enjoyadas de los sacerdotes y la cruz de cristal). En medio de la ceremonia dos palomas descendieron volando desde la oscuridad de la cúpula y aletearon durante algunos momentos sobre las cabezas del zar y de su hijo. Transportado por la exaltación religiosa, Nicolás lo interpretó como un símbolo de la bendición de Dios sobre la casa de los Romanov.

Mientras tanto, en los distritos obreros se cerraron las fábricas para celebrar una fiesta pública. Los pobres hicieron cola en el exterior de las cantinas municipales, donde se sirvieron comidas gratis para celebrar el aniversario. Las casas de empeños se vieron asediadas por las multitudes después de que corrieran rumores de que una dispensa especial iba a permitir a la gente redimir sus bienes empeñados sin pagar los intereses; cuando se descubrió que esos rumores eran falsos, las multitudes fueron presa de la cólera y las ventanas de varias casas de empeños fueron destrozadas. Las mujeres se congregaron en el exterior de las cárceles de la ciudad con la esperanza de que sus seres queridos

se encontraran entre los dos mil presos liberados en virtud de la amnistía que celebraba el tricentenario.

Por la tarde, gigantescas muchedumbres entraron en el centro de la ciudad para disfrutar del largamente esperado espectáculo de *son et lumiere*. Tenderetes situados a lo largo del camino vendían jarras de cerveza y pasteles, banderas de los Romanov y *souvenirs*. Había verbenas y conciertos en los parques. Cuando se hizo de noche, la perspectiva Nevsky se convirtió en una masa sólida de gente. Todos los rostros se elevaron mientras el cielo se encendía en una estela de color producida por los fuegos artificiales y las luces cruzaban la ciudad, pasando por encima de los tejados para aterrizar por un momento sobre monumentos significativos. La aguja dorada del almirantazgo ardió como una antorcha sobre el trasfondo del negro cielo, y el Palacio de Invierno apareció brillantemente iluminado con tres gigantescos retratos de Nicolás II, Pedro el Grande y Miguel Romanov.

La familia imperial permaneció en la capital durante otra semana de auto-congratulaciones rituales. Tuvieron lugar pomposas recepciones en el Palacio de Invierno, donde prolongadas filas de dignatarios que realizaban genuflexiones se extendían a través de las habitaciones para presentarse ante Nicolás y Alejandra en el salón del concierto. Se celebró un suntuoso baile en la Asamblea de la Nobleza al que asistieron la pareja imperial y su hija mayor, Olga, en uno de sus primeros compromisos sociales. La princesa bailó la polonesa con el príncipe Saltykov, que produjo un escalofrío al olvidar quitarse el sombrero. En el teatro Marinsky se celebró una representación de gala de la ópera patriótica de Glinka, *La vida por el zar,* que relataba la leyenda del campesino Susanin, quien había salvado la vida del primero de los Romanov. Las gradas «resplandecían de joyas y tiaras», según Meriel Buchanan, la hija del embajador británico, y los guardarropas estaban llenos de los uniformes escarlata de los oficiales de la Corte, que aparecieron unidos «como un campo de amapolas» cuando se pusieron en pie para saludar la llegada del zar. Mathilde Kshesinskaya, antigua amante del zar, salió de su retiro para bailar las mazurcas en el segundo acto. Pero la sensación de la tarde fue la aparición silenciosa del tenor, Leonid Sobinov, junto a Shaliapin, que atravesó el escenario a la cabeza de una procesión religiosa ataviado como Miguel Romanov. Fue la primera (y la última) ocasión en la historia del teatro imperial en que la figura de un zar Romanov apareció representada en el escenario.[1]

Tres meses más tarde, en el curso de un mayo usualmente cálido, la familia

imperial realizó la peregrinación típica de los Romanov a las ciudades de la antigua Moscovia asociadas con los inicios de la dinastía. Hicieron la ruta seguida por Miguel Romanov, el primer zar Romanov, desde su hogar en Kostroma, en el Volga, hasta Moscú después de su elección para el trono ruso en 1613. La comitiva imperial llegó a Kostroma en una flotilla de barcos de vapor. La orilla del río estaba abarrotada de gente de la ciudad y de campesinos, con los hombres ataviados con blusas y gorras y las mujeres, con los tocados tradicionales con los colores azul claro y blanco de Kostroma. Centenares de curiosos se adentraron profundamente en el río para estar más cerca de los visitantes regios. Nicolás visitó el monasterio Ipatiev, donde Miguel se había refugiado de los invasores polacos y de las guerras civiles que habían asolado Moscovia en vísperas de su llegada al trono. Allí recibió a una delegación campesina procedente de las tierras que habían pertenecido al monasterio y posó para una fotografía con los descendientes de los boyardos que en 1613 habían viajado desde Moscú para ofrecer la corona a los Romanov.

Desde Kostroma la comitiva se dirigió a Vladimir, Nizhnyi Novgorod y Yaroslavl. Viajaron en el tren imperial, hermosamente ataviado, adornado con habitaciones recubiertas de caoba, sillones de suave terciopelo, escritorio y piano de cola. El cuarto de aseo incluso contaba con un dispositivo especial destinado a impedir que el agua del baño de su majestad se derramara cuando el tren estaba en movimiento. No había vía férrea entre Vladimir y la pequeña ciudad donde se encontraba el monasterio de Suzdal, de manera que la comitiva tuvo que realizar el viaje por polvorientos caminos campesinos en una flota de treinta Renault descubiertos. En las aldeas los ancianos campesinos se arrodillaban a medida que pasaban velozmente los automóviles. Enfrente de sus modestas cabañas de madera, apenas percibidas por los viajeros, habían colocado mesitas con flores, pan y sal, las ofrendas tradicionales rusas para los extraños.

La peregrinación regia llegó a su clímax con una entrada triunfal en Moscú, la antigua capital de Rusia, donde el primer zar Romanov había sido coronado, seguida por otra manifestación de pompa y gastronomía. El baile en la Asamblea de la Nobleza de Moscú fue particularmente lujoso, superando incluso los sueños más exagerados de Hollywood. Se instaló un ascensor especialmente para que los miembros de la familia regia que bailaran el vals no tuvieran que cansarse subiendo al salón de baile del segundo piso. La comitiva imperial llegó a Moscú en tren y fue saludada en la estación Alexandrovsky por una vasta delegación de dignatarios. El zar cabalgó solo en un caballo blanco, sesenta pies

por delante de su escolta cosaca y del resto de la comitiva imperial, en medio de gigantescas multitudes que lo aclamaban en su camino hacia el Kremlin. La decoración a lo largo de la calle Tverskaya, bañada por la brillante luz del sol, resultó incluso más magnífica que en San Petersburgo. En el bulevar se amontonaban los estandartes de terciopelo castaño con los emblemas de los Romanov. Los edificios estaban envueltos en banderas y penachos de colores, y cubiertos con luces que se encendían por la noche para poner de manifiesto incluso más emblemas inventivos de los que había en la perspectiva Nevsky. En los escaparates de las tiendas y en los balcones de los pisos privados había estatuas del zar cubiertas de guirnaldas. La gente cubrió la procesión con confetis. El zar desmontó en la Plaza Roja, donde las procesiones religiosas de todas las partes de la ciudad habían convergido para salir a su encuentro, y caminó en medio de filas de sacerdotes que cantaban hasta entrar en la catedral Uspensky para llevar a cabo las oraciones. La emperatriz y el zarevich Alexis iban también a recorrer caminando los últimos escasos centenares de yardas. Pero Alexis se vio afectado otra vez por su hemofilia y tuvo que ser llevado por un guardaespaldas cosaco. Cuando la procesión realizó una pausa, el conde Kokovtsov, el primer ministro, escuchó, procedentes de la multitud, las «exclamaciones de pesar al contemplar a este pobre niño desvalido, heredero del trono de los Romanov».[2]

La dinastía Romanov se presentaba ante el mundo durante su tricentenario como una brillante imagen de poder y opulencia monárquicos. No era un simple ejercicio de propaganda. Los rituales de homenaje de la dinastía y la glorificación de su historia iban, por supuesto, encaminados a inspirar reverencia y apoyo popular hacia el principio de la autocracia. Pero su finalidad era también *reinventar* el pasado, volver a contar la épica del «zar popular» para investir a la monarquía de una mítica legitimidad histórica y proporcionarle una imagen de perdurable permanencia en un tiempo de ansiedad en que su derecho a gobernar se veía desafiado por la democracia emergente en Rusia. Los Romanov se estaban retirando al pasado con la esperanza de que los salvaría del futuro.

El culto a la Moscovia del siglo XVII era la clave para esta reinvención y el *leitmotiv* del jubileo. Tres principios concretos de los zares de Moscovia apelaban a los Romanov en sus años finales. El primero era la noción de patrimonialismo en virtud de la cual se consideraba literalmente que el zar

poseía toda Rusia como su feudo privado *(votchina)* a la manera de un señor medieval. En el primer censo nacional de 1897 Nicolás se describió como «terrateniente». Hasta la segunda mitad del siglo XVIII esta idea había mantenido a Rusia separada de Occidente, donde, como contrapeso de la monarquía, había emergido una clase terrateniente independiente. El segundo principio de Moscovia era la idea del gobierno personal: como encarnación de Dios en la tierra, la voluntad del zar no debería estar limitada por las leyes ni por la burocracia y se le debería consentir que gobernara el país según su conciencia del deber y de lo recto. Esto también había distinguido la tradición bizantina del despotismo del estado absolutista occidental. Los conservadores, tales como Konstantin Pobedonostsev, tutor e ideólogo principal tanto de Nicolás como de Alejandro III, los dos últimos zares, sostenían que esta autocracia religiosa era lo único que encajaba en el espíritu nacional ruso, que un autócrata de carácter divino era necesario para reprimir los instintos anárquicos del pueblo ruso.[1*] Finalmente estaba la idea de que existía una unión mística entre el zar y el pueblo ortodoxo, que le amaba y le obedecía como a un padre y a un dios. Era la fantasía de un gobierno paternal, de una edad dorada de la autocracia popular, libre de las complicaciones de un Estado moderno.

Los dos últimos zares tenían razones obvias para aferrarse con tanta firmeza a esta visión arcaica. Ciertamente, en la medida en la que creían que su poder y prestigio se veían debilitados por la «modernidad» en todas sus formas (las creencias seculares, las ideologías constitucionales occidentales y las nuevas clases urbanas), resultaba completamente lógico que buscaran retrasar el reloj hacia alguna distante edad de oro. Durante el siglo XVIII y el reinado de Pedro el Grande («vuestro Pedro», como Nicolás le llamaba cuando hablaba con los funcionarios) era cuando, según su punto de vista, había empezado a establecerse la corrupción. Había dos modelos opuestos de autocracia en Rusia: el petrino y el moscovita. Emulando el absolutismo occidental, el modelo petrino buscaba sistematizar el poder de la Corona en virtud de las normas legales y de las instituciones burocráticas. Esto era considerado una limitación sobre los poderes del zar, que por tanto se vería obligado a obedecer sus propias leyes. El zar que no lo hiciera era un déspota. La tradición petrina implicaba también un cambio en el enfoque del poder desde la persona divina del zar al concepto abstracto del Estado autocrático. Nicolás veía esto con especial desagrado. Como a su padre, Alejandro III, se le había enseñado a defender los principios del gobierno personal, manteniendo el poder en la corte y desconfiando de la

burocracia como una especie de «muralla» que quebraba el vínculo natural existente entre el zar y su pueblo. Esta desconfianza puede ser explicada por el hecho de que durante el siglo XIX la burocracia imperial había empezado a emerger como una fuerza de modernización y de reforma. Progresivamente se convirtió en una entidad independiente de la corte y más cercana a la opinión pública, lo que, desde el punto de vista de los conservadores, estaba destinado a conducir hacia las peticiones revolucionarias en favor de una constitución. El asesinato de Alejandro II en 1881 (después de dos décadas de prudentes reformas) pareció confirmar su punto de vista de que había llegado la hora de detener la podredumbre. Alejandro III (que una vez proclamó que «despreciaba la burocracia y bebía champán para su destrucción»)[3] instituyó un regreso a las formas personales de gobierno autocrático tanto en el gobierno central como en el local. Y el camino abierto por el padre fue continuado por el hijo.

El modelo de autocracia de Nicolás era casi enteramente moscovita. Su zar favorito era Alexis Mijailovich (1645-1676), cuyo nombre puso al zarevich. Emulaba su tranquila piedad, que, según se decía, le había proporcionado la convicción para gobernar Rusia de acuerdo con su conciencia religiosa. A menudo Nicolás gustaba de justificar su política sobre la base de que la idea le había «venido» de Dios. Según el conde Witte, uno de sus ministros más ilustrados, Nicolás creía que «la gente no influye en los acontecimientos, que Dios dirige todo, y que el zar, como ungido de Dios, no debería aceptar consejos de nadie, sino seguir sólo su inspiración divina». Tan grande era la admiración que sentía Nicolás por las costumbres semiasiáticas de la Edad Media que intentó introducirlas en la corte. Ordenó el mantenimiento de las antiguas formas alfabéticas eslavas en los documentos y publicaciones oficiales mucho tiempo después de que hubieran quedado desfasadas en el ruso literario. Hablaba de *Rus*, el antiguo término moscovita para las tierras centrales de Rusia, en lugar de usar *Rossiia*, un término para el Imperio que había sido adoptado desde la época de Pedro el Grande. Le desagradaba el título de *Gosudar Imperator* (emperador soberano), también introducido por Pedro, porque implicaba que el autócrata no era más que el primer siervo del estado abstracto (el *gosudarstvo)*, y prefería con mucho el antiguo título de zar (derivado del término griego *kaisar)*, que se retrotraía a la época bizantina y que llevaba consigo connotaciones religiosas de gobierno paternal. Incluso jugaba con la idea de hacer que todos sus cortesanos llevaran largos caftanes, como los de los antiguos boyardos moscovitas (lo único que le desanimaba era el coste). El ministro del interior, D. S. Sipiaguin, que le

había dado la idea, había decorado sus propias oficinas de acuerdo con el estilo moscovita. En una ocasión recibió al zar, que acudió vestido como Alexis, con todos los rituales de la corte del siglo XVII, incluyendo una fiesta rusa tradicional y una orquesta gitana. Nicolás estimulaba la moda cortesana rusa (que había empezado en el reinado de su padre) de usar los vestidos de baile del siglo XVII. En 1903 él mismo dio uno de los más lujosos. Los invitados aparecieron ataviados con réplicas del atuendo cortesano del reinado de Alexis y bailaron danzas rusas medievales. Las fotografias de todos los invitados se publicaron en dos álbumes ricamente elaborados, identificado cada uno de ellos de acuerdo con su respectivo rango en la corte de los siglos XVII y XX. Nicolás aparecía ataviado con una réplica de la ropa procesional utilizada por Alexis, y Alejandra, con el traje largo y el tocado utilizados por la zarina Natalia.[4]

Nicolás no convirtió en ningún secreto el hecho de que prefería con mucho Moscú a San Petersburgo. La antigua «ciudad santa», con sus mil cúpulas en forma de cebolla, defendía las tradiciones orientales y bizantinas que yacían en el corazón de su cosmovisión moscovita. Desprovista de la influencia occidental, Moscú retenía el «estilo nacional» tan favorecido por los dos últimos zares. Ambos consideraban San Petersburgo, con su estilo arquitectónico clásico, sus tiendas y su burguesía occidentales, ajena a Rusia. Intentaron *moscovitizarla* edificando iglesias de estilo bizantino (una moda iniciada bajo Nicolás I) y añadiendo rasgos arquitectónicos arcaicos a su configuración urbana. Alejandro III, por ejemplo, ordenó la construcción de un Templo de la Resurrección de Cristo, que fue construido siguiendo el antiguo estilo moscovita, para consagrar el lugar en el Canal de Catalina donde su padre había sido asesinado en 1881. Con sus cúpulas en forma de cebolla, sus mosaicos coloristas y sus decoraciones ornamentales, presentaba un curioso contraste con las otras grandes catedrales de la ciudad, la catedral de Kazán y la de San Isaac, que fueron construidas siguiendo el estilo clásico. Nicolás reestructuró algunos edificios siguiendo la moda neobizantina. El Consejo del Santo Sínodo fue reformado como el monumento-templo de Alejandro Nevsky embelleciendo su fachada clásica con motivos moscovitas y añadiendo a su tejado plano cinco cúpulas en forma de cebolla y un campanario triangular. Se construyeron más edificios de acuerdo con el antiguo estilo ruso para señalar el jubileo de los Romanov. La catedral del Tricentenario, cerca de la estación de Moscú, por ejemplo, fue construida imitando explícitamente el estilo eclesial de Rostov del siglo XVII. El pueblo de Fedorov, edificado por Nicolás en Tsarskoe Selo, justo a las afueras de la capital,

recreó de manera elaborada un kremlin y una catedral del siglo XVII.[5] Era una especie de parque moscovita.

Nicolás y su padre, Alejandro, visitaron a menudo Moscú y lo utilizaron cada vez más para despliegues rituales en homenaje a la dinastía. La coronación del zar, que tradicionalmente tenía lugar en Moscú, se convirtió en un importante evento cargado de simbolismo (mucho más de lo que había sido en el pasado). Nicolás adquirió el hábito de visitar Moscú en Pascua, algo que ningún zar había hecho desde hacía más de cincuenta años. Se convenció a sí mismo de que sólo en Moscú y en las provincias encontraría su comunión espiritual con el pueblo ruso corriente. «Unido en oración con mi pueblo —escribió al gobernador general de Moscú en 1900, después de su primera visita de Pascua a la antigua capital—, obtengo nueva fuerza para servir a Rusia, para su bienestar y su gloria.»[6] Después de 1906, cuando San Petersburgo se convirtió en la sede de la Duma, Nicolás volvió todavía más su vista hacia Moscú y hacia las provincias como una base sobre la que edificar su «autocracia popular» como una rival del parlamento. Con el apoyo de la gente rusa sencilla (representada progresivamente por Grigorii Rasputin)[2*] aseguraría el poder del trono, que durante demasiado tiempo se había visto obligado a retirarse ante la burocracia y la sociedad.

El jubileo del tricentenario marcó la culminación de este uso de la herencia moscovita. Fue una celebración dinástica, centrada en los símbolos del zar, que desplazó firmemente hacia un segundo plano los relacionados con el Estado. La controversia entre Rasputin, el escandaloso «hombre santo» campesino cuya influencia había llegado a dominar la corte, y Mijail Rodzianko, presidente de la Duma, durante el servicio en la catedral de Kazán resultaba todo un símbolo de esta situación. Rodzianko se había ofendido porque los miembros de la Duma recibieron los asientos últimos, muy por detrás de los lugares reservados a los consejeros de la corte y a los senadores. Esto, se quejó al maestro de ceremonias, no estaba «de acuerdo con la dignidad» del parlamento. «Si el jubileo tenía la intención de ser un motivo de regocijo verdaderamente nacional, no debería pasarse por alto que en 1613 fue una asamblea del pueblo y no un grupo de funcionarios la que eligió a Miguel Romanov zar de Rusia.» El comentario de Rodzianko fue aceptado y los lugares de la Duma resultaron debidamente cambiados por los de los senadores. Pero cuando se acercó a sentarse en su propio lugar lo encontró ocupado por un hombre de barba oscura y vestiduras campesinas al que inmediatamente reconoció como Rasputin. Los dos hombres

se enfrentaron en una acalorada discusión, insistiendo uno en la santidad de su posición como presidente del Parlamento elegido por la nación, mientras que el otro reclamaba el apoyo del mismo zar, hasta que se llamó a un sargento para que restaurara la paz. Con un fuerte gruñido, Rasputin se deslizó hacia la salida, donde le ayudaron a ponerse el abrigo de marta y se le mostró un carruaje que le esperaba.[7]

El primer ministro se sintió igualmente ultrajado por la actitud despectiva de la corte hacia el gobierno durante los rituales del jubileo. Se esperaba que los ministros se hicieran con su propio transporte y acomodo mientras acompañaban a la comitiva real en su viaje por las provincias. Según recordaba el conde Kokovtsov:

> La actitud corriente parecía sugerir que el gobierno era una barrera entre el pueblo y su zar, al que miraban con ciega devoción porque estaba ungido por Dios... Los amigos más cercanos al zar en la corte quedaron persuadidos de que el soberano podía hacer cualquier cosa simplemente descansando en el amor ilimitado y en la profunda lealtad del pueblo. Los ministros del gobierno, por otra parte, no se sentían atraídos hacia esta clase de autocracia; ni tampoco la Duma, que insistentemente buscaba controlar el poder ejecutivo. Ambos eran de la opinión de que el soberano tenía que reconocer que habían cambiado las condiciones desde el día en que los Romanov se habían convertido en zares de Moscú y señores de Rusia.

El primer ministro intentó en vano decir al zar que no podía salvar su trono intentando adoptar «el halo del zar moscovita que gobernaba Rusia como si se tratara de su propio patrimonio».[8]

La comunión entre el zar y su pueblo era el tema central del jubileo. El culto del campesino Ivan Susanin se suponía que reforzaría el mensaje de que la gente sencilla amaba al zar. Susanin había vivido en las posesiones de los Romanov en Kostroma. La leyenda decía que, a costa de su propia vida, salvó a Miguel Romanov engañando a los polacos que habían acudido a matarlo la víspera de su ascenso al trono. Desde el siglo XIX fue promovido oficialmente como un héroe nacional y celebrado en poemas y óperas patrióticas como *La vida por el zar,* de Glinka. Durante las celebraciones del tricentenario *La vida* fue representada en

todo el país por compañías de aficionados, escuelas y regimientos. La prensa y los panfletos populares relataron el mito de Susanin *ad nauseam.* Se decía que simbolizaba la devoción del pueblo y su deber para con el zar. Un periódico del Ejército informó a sus lectores de que Susanin había mostrado a todos los soldados cómo cumplir con su juramento para con el zar. La imagen del campesino héroe del siglo XVII fue reproducida por todas partes durante el jubileo, fundamentalmente en la base del monumento de los Romanov en Kostroma, donde una figura femenina que representaba a Rusia bendecía a un Susanin arrodillado. Durante su viaje de Kostroma, Nicolás recibió incluso a una delegación de campesinos de Potemkin[3*] que pretendían ser descendientes de Susanin.[9]

Según la propaganda del jubileo, la elección de los Romanov en 1613 fue un momento crucial del despertar nacional, el primer acto real de la nación Estado rusa. La «tierra entera» había participado en la elección según se decía, proporcionando así un mandato popular a la dinastía, aunque había sido ampliamente aceptado por los historiadores del siglo XIX que la elección se debió más a las maquinaciones de unos pocos boyardos poderosos que a la gente corriente. Mediante su elección, se pretendía, los Romanov habían llegado a personificar la voluntad de la nación. «El espíritu de Rusia está encarnado en su zar», escribió un propagandista. «El zar sigue significando para su pueblo el concepto más alto del destino y los ideales de la nación.» Rusia, en resumen, era los Romanov. «En cada alma hay algo Romanov —proclamaba el periódico *Novoe Vremia*—. Algo del alma y el espíritu de la dinastía que ha reinado durante trescientos años.»[10]

Nicolás Romanov, Rusia encarnada: ése era el culto promovido por el jubileo. Buscaba construirse sobre el *status* religioso del zar que había en la conciencia popular. Rusia tenía una larga tradición de príncipes santos (gobernantes que fueron canonizados por dar sus vidas *pro patria et fides)* que llegaba hasta el siglo X. En la mente del campesino corriente el zar no era sólo un gobernante regio, sino un dios en la tierra. Pensaba en él como en una figura paternal (el *Tsar Batiushka,* o padre-zar de los cuentos populares), que conocía el nombre de todos los campesinos personalmente, comprendía sus problemas en todos sus mínimos detalles y, si no fuera por los malos boyardos, los funcionarios nobles, que le rodeaban, satisfaría sus demandas en virtud de un manifiesto dorado que les proporcionaría la tierra. De aquí la tradición campesina de enviar peticiones directas al zar, una tradición que (como la psique monárquica reflejaba en la

gente corriente) continuó durante bastante tiempo en la era soviética cuando peticiones similares fueron enviadas a Lenin y a Stalin. Este «ingenuo» mito campesino del buen zar podía ser utilizado a veces para legitimar las rebeliones campesinas, especialmente cuando una reforma gubernamental largo tiempo esperada fracasaba a la hora de satisfacer las expectativas del pueblo. Pugachov, el dirigente rebelde cosaco de la década de los setenta del siglo XVIII, se hizo pasar por el zar Pedro III; mientras que los campesinos rebeldes posteriores a 1861 también se alzaron en el nombre del verdadero zar cuando la emancipación de los siervos de ese año no llegó a satisfacer las quejas del campesinado. Pero en general el mito del buen zar funcionaba en beneficio de la Corona, y a medida que la crisis revolucionaria se fue agudizando los propagandistas de Nicolás se apoyaron crecientemente en él.

La propaganda del tricentenario fue la floración final de esta leyenda. Presentaba a Nicolás como un padrino de sus súbditos, que conocía íntimamente a todos ellos y que se preocupaba por todas sus necesidades. Fue alabado por su modesto estilo de vida y sus gustos sencillos, por su accesibilidad a la gente corriente, su gentileza y su sabiduría. Se ordenó la redacción de una biografía popular de Nicolás especialmente para el jubileo, la primera que se publicaba de un zar vivo. Le retrataba como el «padre de su pueblo, sobre cuyas necesidades mantiene una vigilancia atenta y compasiva». Se decía que dedicaba «un cuidado y una atención especiales a la salud y al desarrollo moral» de los campesinos, en cuyas cabañas frecuentemente entraba «para ver cómo viven y compartir su leche y su pan negro». En sus funciones oficiales «hablaba genialmente» con los campesinos que entonces «se ruborizaban y se sentían más felices para el resto de sus vidas». Compartía los hábitos y las metas sencillas del pueblo, vestía una blusa campesina y comía humildes platos campesinos como el *borscht* y los *blinies.* Durante el jubileo el zar fue fotografiado en simbólicos actos de homenaje al pueblo, tales como inspeccionar un nuevo tipo de arado o probar las raciones de sus soldados. Tales imágenes estaban calculadas para reforzar el mito popular de que nada de las vidas diarias del pueblo, por trivial que fuera, escapaba de la atención del zar y que su influencia estaba en todas partes. «Millares de hilos invisibles tienen su centro en el corazón del zar —escribió el biógrafo real—, y estos hilos se extienden hasta las chozas de los pobres y los palacios de los ricos. Y ésa es la razón por la que el pueblo ruso siempre aclama a su zar con un entusiasmo tan ferviente, ya sea en San Petersburgo, en el Teatro Marinsky [...] o cuando atraviesa ciudades y aldeas.»[11]

«Ahora puedo ver por mí misma lo cobardes que son esos ministros de Estado —dijo la emperatriz Alejandra a una dama poco después del jubileo—. Están asustando constantemente al emperador con amenazas de revolución y aquí (lo puedes ver por ti misma) sólo necesitamos mostrarnos e inmediatamente sus corazones son nuestros.» Si los rituales del jubileo tenían la intención de crear la ilusión de una dinastía poderosa y estable, lo cierto es que habían convencido a pocas personas con excepción de la propia corte. Los Romanov se convirtieron en víctimas de su propia propaganda. Nicolás en particular regresó de su viaje por las provincias confirmado en su autoengaño de que «mi pueblo me ama». Esto provocó un deseo inmediato de viajar por el interior ruso. Hablaba de un viaje en barco descendiendo por el Volga, una visita al Cáucaso y a Siberia. Estimulado por la creencia en su propia popularidad, empezó a buscar maneras de avanzar un paso más hacia el sistema de gobierno personal que tanto admiraba en la antigua Moscovia. Animado por sus ministros más reaccionarios, incluso consideró la idea de disolver la Duma o de convertirla en un cuerpo puramente consultivo como la Asamblea de la Tierra *(Zemskii Sobor)* de los siglos XVI y XVII.

Los observadores extranjeros favorables a la monarquía se vieron fácilmente arrastrados por la retórica entusiasta. «Ninguna esperanza parece demasiado exagerada o demasiado brillante», señalaba el *Times* de Londres, refiriéndose al futuro de los Romanov en una edición especial sobre el jubileo. Convencido de la devoción popular hacia el zar, informaba de que una serie de sellos de correos con retratos de los gobernantes Romanov había sido emitida para celebrar el tricentenario, pero se había retirado cuando algunos empleados de correos realistas se negaron a imprimir el matasellos sobre aquellos rostros sagrados. «Estos escrúpulos leales y eminentemente respetables —concluía el *Times*— son típicos de la mentalidad de vastas masas del pueblo ruso.» El Ministerio de Asuntos Exteriores británico se hizo eco de tales sentimientos. «Nada podría exceder el afecto y la devoción hacia la persona del emperador desplegados por la población en cualquier lugar donde apareciera su majestad. No hay duda de que en esta fuerte relación de las masas [...] con la persona del emperador se encuentra la gran fuerza de la autocracia rusa.»[12]

De hecho, el jubileo tuvo lugar en medio de una crisis política y social profunda (algunos incluso dirían que revolucionaria). Sus celebraciones tenían

como telón de fondo varias décadas de violencia, sufrimiento humano y represión crecientes, que habían situado al pueblo del zar contra su régimen. Ninguna de las heridas de la revolución de 1905 había sido curada todavía; y algunas de ellas se habían infectado y estaban en peor situación. El gran problema campesino permanecía sin resolver, a pesar de los esfuerzos tardíos de la reforma agraria; y de hecho, si algo había sucedido, era que la nobleza terrateniente se había convertido en un sector todavía más opuesto a la idea de otorgar concesiones a los campesinos desde la revolución de 1905, cuando las multitudes habían asaltado sus posesiones. También se había producido un resurgimiento de las huelgas industriales, mucho más militantes que sus predecesoras a inicios del siglo XX, con los bolcheviques constantemente ganando terreno a costa de sus rivales más moderados, los mencheviques, en las organizaciones laborales. Y por lo que se refería a las aspiraciones de los liberales, que habían parecido tan cercanas en 1905, se estaban convirtiendo en una perspectiva más distante a medida que la corte y sus partidarios bloqueaban todas las reformas liberales de la Duma y (con el proceso de Beiliss de 1913, que incluso después del caso Dreyfus conmovió a la totalidad de Europa con su persecución medieval de un judío inocente, acusado falsamente de haber cometido el asesinato ritual de un muchacho cristiano) pisoteaban su ideal frágil de los derechos humanos. Había, en resumen, un abismo de desconfianza que se agrandaba no sólo entre la corte y la sociedad (un abismo resumido en el escándalo de Rasputin), sino también entre la corte y muchos de sus partidarios tradicionales en el funcionariado civil, la Iglesia y el Ejército, en la medida en que el zar resistía sus propias demandas de reforma. Mientras los Romanov se honraban y se adulaban a sí mismos con la fantástica creencia de que podrían gobernar otros tres siglos, fuera de sus propios estrechos círculos cortesanos existía un sentimiento creciente de una crisis y una catástrofe inminentes. Este sentimiento de desesperación tuvo como su mejor voz la de los poetas de la denominada «Edad de Plata» de la literatura rusa (Blok y Belyi especialmente), que presentaban a Rusia como si estuviera viviendo sobre un volcán. En palabras de Blok: «Y sobre Rusia contemplo un tranquilo / Extendido fuego que consume todo».

¿Cómo vamos a explicar el colapso de la dinastía? La palabra justa que hay que utilizar es precisamente colapso. Porque el régimen de los Romanov cayó bajo el peso de sus propias contradicciones internas. No fue derribado. Como en todas las revoluciones modernas, los primeros resquebrajamientos se produjeron

en la cima. La revolución no empezó con el movimiento de los trabajadores, de ahí la preocupación de los historiadores izquierdistas en Occidente. Ni empezó con la ruptura de los movimientos nacionalistas en la periferia: como sucedió con el colapso del Imperio soviético que fue edificado sobre las ruinas del de los Romanov, la revuelta nacionalista fue una consecuencia de la crisis en el centro más que su causa. Una afirmación más convincente podría formularse diciendo que todo empezó con la revolución campesina por la tierra, que en algunos lugares dio inicio en fecha tan temprana como 1902, tres años antes de la revolución de 1905, y que ciertamente estaba condenada a producirse en la medida en que Rusia era una sociedad abrumadoramente campesina. Pero mientras que el problema campesino, como el de los trabajadores y las nacionalidades, introdujo debilidades estructurales fundamentales en el sistema social del antiguo régimen, no determinó su politica; y el problema era fundamentalmente político. No hay razón para suponer que el régimen zarista estaba condenado a colapsarse de la manera que los deterministas marxistas pretendieron alguna vez partiendo de su estrecho punto de vista sobre las «contradicciones» sociales. Podría haberse salvado mediante una reforma. Pero ahí está el meollo del asunto. Los dos últimos zares de Rusia carecieron de voluntad para llevar a cabo una reforma real. Ciertamente, en 1905, cuando el zar fue casi desplazado del trono, se vio forzado a conceder reformas a regañadientes; pero una vez que hubo pasado la amenaza volvió a situarse al lado de los partidarios de la reacción. Ésta es la debilidad fatal en el argumento de aquellos historiadores de derechas que pintan una imagen rosada del imperio zarista en vísperas de la primera guerra mundial. Pretenden que el régimen zarista estaba siendo reformado o «modernizado» según los patrones liberales occidentales. Pero los dos últimos zares y sus partidarios más reaccionarios (en la nobleza, la Iglesia y los círculos políticos derechistas) eran, como mucho, ambiguos en relación con la idea de «modernización». Sabían, por ejemplo, que necesitaban una economía industrial moderna para competir con las potencias occidentales; pero al mismo tiempo eran profundamente hostiles a las demandas políticas y a las transformaciones sociales del orden industrial urbano. En lugar de abrazar la reforma se adhirieron obstinadamente a su propia visión arcaica de la autocracia. Para ellos resultó trágico que en el momento en que Rusia estaba entrando en el siglo XX intentaran hacerla regresar al siglo XVII.

Aquí, por lo tanto, estuvieron las raíces de la revolución, en el conflicto creciente entre una sociedad que con rapidez se estaba haciendo más educada,

más urbana y más compleja, y una autocracia fosilizada que no tenía intención de ceder a sus demandas políticas. Ese conflicto se agudizó en primer lugar (ciertamente de manera revolucionaria) después del hambre de 1891, cuando el Gobierno se enfrentó con una crisis y la sociedad liberal se politizó al poner en funcionamiento su propia campaña de ayuda; y aquí es donde comienza la narración de la segunda parte. Pero antes tenemos que examinar de manera más cercana a los principales protagonistas del conflicto, empezando con el zar.

II El miniaturista

Cuatro años antes del tricentenario, el príncipe P. N. Trubetskoi, el brillante escultor, había completado una estatua ecuestre del antiguo zar Alejandro III que fue erigida en la plaza Znamenskaya, frente a la estación Nikolaevsky, en San Petersburgo. Era una representación de la autocracia en forma humana tan ingeniosa y formidable, que después de la revolución los bolcheviques decidieron dejarla en su lugar como un recordatorio temible del antiguo régimen; y allí permaneció hasta la década de los treinta.[4*] La gigantesca estatua de bronce de Alejandro se sentaba rígidamente recta sobre un pesado caballo de proporciones arquitectónicas, con sus cuatro gruesas patas fijadas como pilares al terreno. Jinete y caballo parecían tan pesados y sólidos que daba la impresión de que era imposible que se movieran. Muchas personas consideraron esto un símbolo de la propia inercia de la autocracia, y quizás existió un elemento de ironía no del todo inocente en ello. Los trabajadores reconocieron con rapidez el lado divertido de la estatua. La bautizaron «el hipopótamo» y recitaron las ingeniosas líneas que decían: «Aquí se erige una cómoda, / Sobre la cómoda hay un hipopótamo / Y sobre el hipopótamo está sentado un idiota». Incluso el gran duque Vladimir Alexandrovich, presidente de la Academia de las Artes y hermano del fallecido zar, denunció la estatua como una caricatura. Era ciertamente una cruel ironía del destino que Trubetskoi hubiera decidido erigir la estatua en forma ecuestre, puesto que Alejandro III siempre tuvo miedo de los caballos. Sus dificultades con ellos habían aumentado en sus últimos años a medida que él ganaba peso. Resultó casi imposible encontrar un caballo que estuviera dispuesto a montar.[13]

Nicolás pasaba por alto tales ironías. Para él, la estatua de Trubetskoi simbolizaba el poder y la solidez de la autocracia durante el reinado de su padre. Ordenó que una estatua de Alejandro todavía mayor fuera erigida en Moscú, su capital favorita, a tiempo para el tricentenario. Se necesitaron dos años para construir el sobrecogedor monumento, que el mismo Nicolás inaguró en el curso de una gran ceremonia que tuvo lugar durante las celebraciones del jubileo. A diferencia de su hermana de San Petersburgo, que había combinado una buena semejanza representativa del zar con un fuerte aspecto simbólico, la nueva estatua no tenía pretensiones de mérito artístico. La figura gigante del zar era un maniquí sin expresión humana, una encarnación monolítica del poder autocrático. Se sentaba con la espalda recta en su trono, las manos en las rodillas, encumbrado con todos los símbolos de la autoridad zarista (la corona, el cetro y el globo terrestre, el manto imperial y el atavío militar completo), y mirando hacia el Kremlin dando la espalda a la catedral, a la manera de un faraón que no tiene nada que pensar excepto en la fuente de su propio poder ilimitado.[14]

Desde la muerte de Alejandro, en 1894, Nicolás había desarrollado una reverencia casi mística hacia la memoria de su padre. Pensaba en él como en el autócrata verdadero. Alejandro había gobernado Rusia como un señor medieval lo haría con su patrimonio privado. Había centralizado el poder en sus manos y dado órdenes a sus ministros como un general en tiempo de guerra. Incluso tenía el aspecto que un autócrata debería tener: un hombre gigante, con una estatura de un metro noventa y con un rostro firme bordeado por una imponente barba negra. Era un hombre que gustaba de divertir a sus compañeros de copas atravesando puertas cerradas y doblando rublos de plata con su pulgar imperial. Al abrigo de los oídos de otros tocaba la trompeta con similar vigor en un rincón privado de su palacio. Existía la leyenda de que en 1888 incluso había salvado a su familia de una muerte segura sosteniendo sobre sus hombros hercúleos el colapsado techo de acero del vagón-comedor del tren imperial, que había sido descarrilado por los revolucionarios en su camino hacia Crimea. Su única debilidad, al parecer, era su adicción fatal al licor. Cuando cayó enfermo con una dolencia de los riñones, la emperatriz le prohibió beber. Pero logró eludir la prohibición valiéndose de un par especial de botas fabricadas con compartimentos ocultos de la suficiente envergadura como para llevar en ellos una botella de coñac. El general P A. Cherevin, uno de sus favoritos, recordaba: «Cuando la zarina estaba a nuestro lado, nos sentábamos tranquilos y jugábamos

como buenos chicos. Pero en cuanto se retiraba un poco, intercambiábamos miradas. Y entonces (¡uno, dos, tres!) sacábamos nuestras botellas, echábamos un trago y seguíamos actuando como si no hubiera sucedido nada. A él [Alejandro] le complacía enormemente esta diversión. Era como un juego. La denominábamos "La necesidad aguza el ingenio". "Uno, dos, tres. ¿Necesidad, Cherevin?" "Ingenio, su majestad." "Uno,dos y tres", y echábamos un trago».[15]

Nicolás creció a la sombra de este enorme coloso, profundamente consciente de su propia inferioridad. De natural tímido y de apariencia juvenil, sus padres continuaron tratándole como a un niño pequeño *(Nicky* era su nombre entre la familia) mucho después de que hubiera superado la adolescencia. Nicolás retuvo muchos de sus gustos y metas infantiles. Los diarios que escribió cuando apenas tenía veinte años están repletos de ingenuas notas acerca de los juegos y de las travesuras. En 1894, a la edad de veintiséis años, por ejemplo, menos de un mes antes de su acceso al trono, registró una épica batalla de castañas con el príncipe Jorge de Grecia que tuvo como escenario el parque real: «Empezamos enfrente de la casa y terminamos en el tejado». Unos cuantos días más tarde describió otra batalla, esta vez con piñas. Alejandro, que no sabía nada de los complejos fisicos o emocionales, le consideraba débil y un tanto imbécil. Le llamaba «niñita» y pensaba que no tenía mucho sentido prepararle para las tareas de gobierno. Cuando el conde Witte, su ministro de

Finanzas, sugirió que había llegado la hora de instruir al heredero del trono en los asuntos de Estado, Alejandro pareció sorprendido. «Dígame —preguntó al ministro—, ¿ha hablado usted alguna vez con su alteza imperial, el gran duque Zarevich?» Witte admitió que lo había hecho. «¡Entonces no me diga que no se ha dado nunca cuenta de que el gran duque es un estúpido!»[16]

La educación había reportado a Nicolás todos los talentos y encantos de un alumno de escuela pública inglesa. Bailaba con gracia, cabalgaba con elegancia, era un muy buen tirador y destacaba en algunos otros deportes. Hablaba inglés como un profesor de Oxford, y también francés y alemán. Sus maneras eran, casi resulta innecesario decirlo, impecables. Su primo y amigo de juventud, el gran duque Alejandro, consideraba que era «el hombre más educado de Europa». Pero del conocimiento práctico necesario para gobernar un país de las dimensiones de Rusia (y un país, además, en una situación prerrevolucionaria) Nicolás no poseía casi nada. Su tutor principal, un caballero inglés llamado Mr. Heath, pintaba bien acuarelas y era extremadamente aficionado a la vida al aire libre. Pero carecía de la ventaja de una educación universitaria y no sabía nada

sobre Rusia excepto unas pocas palabras básicas de su lengua. De V. O. Kliuchevsky, el distinguido historiador, Nicolás aprendió algo de la historia de su país, pero nada de sus problemas contemporáneos. Cuando Pobedonostsev intentó instruirle en las tareas del Estado, se vio «activamente absorbido en rascarse la nariz». La política aburría a Nicolás. Siempre se encontraba más a gusto en compañía de oficiales y de mujeres de sociedad que de ministros y de políticos.[17]

Poco entusiasmado por la capacidad de su hijo para aprender el arte de gobernar a partir de los libros, Alejandro le enroló en el cuerpo de oficiales de la Guardia con la esperanza de que el ejército le fortalecería el carácter y le enseñaría algo del mundo. Nicolás amaba la vida militar. El espíritu de camaradería de los oficiales, más semejante a un club de caballeros que al cuartel militar, seguiría siendo parte de su carácter durante el resto de su vida al igual que los buenos recuerdos de los días anteriores a verse sujeto a las responsabilidades de su cargo. En aquel entonces fue cuando se enamoró de la bailarina Mathilde Kshesinskaia. Su grado de coronel en los Guardias de Preobrazhensky, concedido por su padre, seguía siendo una fuente de inmenso orgullo. Se negó a aceptar un grado mayor, incluso durante la primera guerra mundial, cuando asumió las funciones de comandante en jefe. Esto perjudicó su prestigio en el Ejército, donde llegó a ser conocido como el «coronel Romanov».

En 1890 Alejandro envió a su hijo a realizar un gran viaje por Siberia, Japón, Indochina, Egipto y Grecia. La finalidad del viaje era ampliar la educación política del heredero. Pero la naturaleza de su séquito durante el viaje (el complemento usual de oficiales de la Guardia oscuros y hedonistas) contribuyó enormemente a impedirlo. Durante el viaje Nicolás llenó su diario con las mismas entradas banales y triviales con las que lo había hecho habitualmente en casa: notas ligeras sobre la temperatura, las distancias cubiertas cada día, la hora de salida de un puerto y de llegada al siguiente, la compañía en las comidas y otras cosas similares. Da la sensación de que nada durante sus viajes lo había impulsado a ampliar su visión y sus observaciones sobre la vida. El único efecto perdurable del viaje fue desafortunado. En Otsu, en Japón, a duras penas escapó de un atentado mortal llevado a cabo por un terrorista perturbado mentalmente. La experiencia le dejó un profundo odio hacia los japoneses (los llamaba «monos», *makaki)* y a menudo se ha discutido si esto no le hizo vulnerable a la influencia de aquellos miembros de su corte que impulsaron la desastrosa guerra con Japón en 1904-1905.

Si Alejandro hubiera vivido setenta años, el destino del Imperio ruso podría haber sido muy diferente. Pero tal como lo dispuso el destino, murió de una enfermedad renal en 1894, a la edad de sólo cuarenta y nueve años. Cuando la muchedumbre de parientes, médicos y miembros de la corte se reunió alrededor del lecho mortuorio del gran autócrata, Nicolás estalló en sollozos y exclamó patéticamente ante su primo Alejandro: «¿Qué va a ser de mí y de toda Rusia? No estoy preparado para ser un zar. Nunca quise serlo. No sé nada de cuestiones de gobierno. Ni siquiera sé cómo hablar a los ministros».[18] Luis XVI, con el que Nicolás tenía mucho en común, realizó una afirmación sorprendentemente similar cuando supo por primera vez, en 1775, que iba a ser el rey de Francia.

El reinado del último zar de Rusia comenzó desastrosamente. Unos pocos días después de la coronación, en mayo de 1896, se organizó una fiesta de celebración en el campo de Jodynka, un terreno de entrenamiento militar situado a las afueras de Moscú. A primera hora de la mañana, cerca de medio millón de personas se había reunido ya esperando recibir de su nuevo zar regalos conmemorativos consistentes en jarras de cerveza y galletas con la fecha y la ocasión inscritas. Iban a ser distribuidas gratis enormes cantidades de cerveza y de salchichas. A medida que iba llegando más gente, fue corriendo el rumor de que no habría suficientes regalos para todos. La multitud avanzó. La gente tropezó y cayó en los fosos militares, donde se ahogaron y fueron aplastados hasta que murieron. En pocos minutos murieron mil cuatrocientas personas y seiscientas resultaron heridas. Sin embargo, se convenció al zar para que continuara con las celebraciones. Por la tarde, mientras retiraban los cadáveres, incluso asistió a un baile dado por el embajador francés, el marqués de Montebello. Durante los días siguientes, el resto de las actividades preparadas (banquetes, bailes y conciertos) se siguieron celebrando como si no hubiera sucedido nada. La opinión pública se sintió ultrajada. Nicolás intentó expiar lo ocurrido nombrando a un antiguo ministro de Justicia para que averiguara las causas de la catástrofe; pero cuando el ministro descubrió que el gran duque Sergio, gobernador general de Moscú y esposo de la hermana de la emperatriz, era el culpable, los otros grandes duques protestaron furiosamente. Sostuvieron que menoscabaría los principios de la autocracia el admitir la falta de un miembro de la familia imperial. El asunto quedó cerrado; pero fue contemplado como un mal augurio para el nuevo reinado y ahondó el abismo creciente que existía entre la corte y la sociedad. Nicolás, que cada vez creía con más convicción que estaba sujeto a un destino desdichado, contemplaría

retrospectivamente este incidente como el inicio de todos sus problemas.[19]

A lo largo de su reinado, Nicolás dio la impresión de ser incapaz de ocuparse de la tarea de regir un vasto imperio que se enfrentaba con una crisis revolucionaria creciente. Es cierto que sólo un genio podría haberse enfrentado con esa situación. Y Nicolás, ciertamente, no era un genio.[5*] Si las circunstancias y sus propias inclinaciones hubieran sido diferentes, podría haber salvado su dinastía apartándose del gobierno autocrático y dirigiéndose hacia un régimen constitucional durante la primera década de su reinado, mientras todavía existía la esperanza de apaciguar a los liberales y de aislar el movimiento revolucionario. Nicolás tenía muchas de las cualidades personales que se requieren para ser un buen monarca constitucional. En Inglaterra, donde sólo era necesario ser un «buen hombre» para ser un buen rey, habría sido un admirable soberano. Ciertamente, no era más obtuso que su doble, su primo Jorge V, que fue un modelo de rey constitucional. Nicolás tenía buenas maneras, disfrutaba de una excelente memoria y de un sentido perfecto del decoro, todo lo que le convertía en potencialmente ideal para las tareas ampliamente ceremoniales de un monarca constitucional. Pero Nicolás no había nacido para ese papel: era el emperador y el autócrata de todas las Rusias.[6*] La tradición familiar y la presión de los aliados tradicionales de la Corona le impulsaron no sólo a reinar, sino también a gobernar. No era apropiado para un Romanov desempeñar el papel de un monarca ceremonial, dejando los asuntos reales del gobierno a la burocracia. Ni tampoco lo habría sido el retroceder ante las demandas de los liberales. La manera de actuar de los Romanov, frente a la oposición política, era asegurar la «autoridad divina» del monarca absoluto, confiar en el «vínculo histórico entre el zar y el pueblo» y gobernar con fuerza y resolución. A pesar de su origen anglogermánico, la emperatriz adoptó con prontitud todas las tradiciones medievales del despotismo bizantino, y constantemente impulsó a su esposo, caracterizado por las buenas maneras, para que se convirtiera en alguien similar a Iván el Terrible y a Pedro el Grande. La veneración que Nicolás sentía por su padre y su propia ambición creciente de gobernar a la manera de sus antepasados moscovitas hicieron inevitable que se entregara a representar el papel de un verdadero autócrata. Como advirtió a los nobles liberales de Tver poco después de su coronación, veía como su deber ante Dios «mantener el principio de la autocracia tan firme y tan inquebrantablemente como fue preservado por mi inolvidable padre muerto».[20]

Pero Nicolás no había sido bendecido ni con la fuerza de carácter de su padre

ni con su inteligencia. Esa fue la tragedia de Nicolás. Con sus limitaciones solamente podía representar el papel de un autócrata, mezclándose la labor de gobierno (y trastornándola) sin dotarla de ninguna capacidad de dirección. Era una persona de maneras demasiado suaves y tímidas como para conseguir ninguna autoridad real sobre sus subordinados. Al tener sólo una estatura de metro setenta, lo que era prácticamente femenino, ni siquiera tenía el aspecto de un autócrata. Las figuras dominantes, como su madre, la emperatriz María Fedorovna, sus tíos, los cuatro grandes duques, y su antiguo tutor, Konstantin Pobedonostsev, le contemplaron como si fueran torres durante los primeros años de su reinado. Más tarde su esposa «llevaría los pantalones» como inmediatamente se lo hizo saber en una carta.

Sin embargo, resultaría erróneo asumir, como han hecho tantos historiadores, que el fracaso de Nicolás partió de una fundamental «debilidad de voluntad». La concepción generalmente aceptada ha sido la de que Nicolás era una víctima pasiva de la historia, que progresivamente se fue haciendo místico e indiferente hacia su propio destino cuando se dio cuenta de su impotencia creciente frente a la revolución. Esta interpretación debe mucho a las observaciones de sus enemigos revolucionarios, que dominaron los primeros escritos acerca de él. Viktor Chernov, el dirigente eserista, por ejemplo, arguyó que Nicolás se había enfrentado con la adversidad con «una especie de pasividad testaruda, como si deseara escapar de la vida... No parecía un hombre, sino una pobre copia de hombre». Trotsky, de manera similar, retrató al último zar como oponiendo «solamente una estúpida indiferencia» a la «corriente histórica» que fluía cada vez más cerca de las puertas de palacio. Por supuesto, existe un elemento de verdad en todo esto. Frustrado en sus ambiciones para gobernar como pensaba que debería hacerlo un verdadero autócrata, Nicolás se retiró paulatinamente al ámbito privado e igualmente dañado de su familia. Sin embargo, esta oculta admisión del fracaso político no se produjo por falta de intentos. Por debajo de su exterior dócil, Nicolás tenía un fuerte sentido de su deber de mantener los principios de la autocracia. A medida que fue creciendo en confianza durante su reinado desarrolló un intenso deseo de gobernar, como sus antepasados moscovitas, sobre la base de su propia conciencia religiosa. Testarudamente defendió sus prerrogativas autocráticas contra las intrusiones de sus ambiciosos ministros e incluso de su propia esposa, cuyas persistentes demandas (a menudo en nombre de Rasputin) procuró ignorar y resistir. No fue una «debilidad de la voluntad» lo que destruyó al último zar, sino, por el contrario, una voluntaria

determinación de gobernar desde el trono, a pesar del hecho de que claramente carecía de las necesarias cualidades para hacerlo.[21]

La completa incapacidad para manejar y dar órdenes a sus subordinados era una deficiencia obvia. A lo largo de su vida Nicolás sintió el peso de un sentido bastante poco natural del decoro. Escondió sus emociones y sentimientos detrás de una máscara de reserva pasiva que daba la impresión de indiferencia a aquellos que, como Chernov y Trotsky, le observaron a distancia. Haciendo uso del tacto, se declaraba de acuerdo con cualquiera que le hablara antes que sufrir el embarazo de tener que contradecirle. Esto provocó el dicho, que circulaba por los salones de San Petersburgo, de que el hombre más poderoso de Rusia era el último hombre que hubiera hablado con el zar. Nicolás era demasiado cortés para enfrentarse con sus ministros para quejarse de su labor, así que dejaba a otros que les informaran de su cesantía. El conde Witte recordó su propia dimisión como presidente del Consejo de Ministros: «Hablamos [Nicolás y Witte] durante dos horas enteras. Me estrechó la mano. Me abrazó. Me deseó toda la suerte del mundo. Regresé a casa lleno de felicidad y encontré encima de mi escritorio una orden escrita dejándome cesante». Witte creía que el zar obtenía alguna curiosa satisfacción al atormentar a sus ministros de esa manera. «Nuestro zar —escribió en sus memorias— es un oriental, un bizantino ciento por ciento.» Tal comportamiento impredecible provocó sentimientos de inseguridad dentro de los círculos dominantes. Empezaron a circular rumores dañinos en el sentido de que el zar estaba envuelto en varias conspiraciones cortesanas, o, incluso peor, de que no era dueño de sus propios actos y se había convertido en el instrumento estúpido de fuerzas oscuras y ocultas que se movían tras las bambalinas. El hecho de que Nicolás se apoyara en un gabinete reducido de consejeros reaccionarios (incluyendo a Pobedonostsev, procurador general del Santo Sínodo, y al notorio editor de diarios, el príncipe Meshchersky, cuyos amantes homosexuales eran ascendidos a importantes posiciones en la corte) simplemente añadió leña al fuego de esta teoría conspiratoria; como, por supuesto, sucedió en años posteriores con Rasputin.

Lo que Nicolás no tenía de capacidad de dirección lo suplió con su duro trabajo. Era un monarca industrioso y consciente, especialmente durante la primera mitad de su reinado, sentándose con diligencia en su escritorio hasta que terminaba sus deberes administrativos cotidianos. Todo esto lo hacía a la manera de un conserje (el «conserje jefe del Imperio»), dedicando todas sus energías a las minucias rutinarias de su oficina, sin ni siquiera detenerse a considerar las

cuestiones políticas más amplias. Mientras que su padre se había detenido solamente en las cuestiones más importantes de la política y había delegado la mayoría de sus funciones ejecutivas menores en sus subordinados, Nicolás demostró ser bastante incapaz de ocuparse de otra cosa que no fueran los asuntos más triviales. Personalmente se ocupó de cosas tales como el presupuesto de reparaciones de una escuela de educación agrícola o el nombramiento de las comadronas provinciales. Era evidente que encontraba una satisfacción auténtica en estas rutinas burocráticas menores: creaban la ilusión de un gobierno que marchaba sobre ruedas y le otorgaba un sentimiento de tener un propósito. Cada día registraba cuidadosamente en su diario el tiempo y la duración de sus reuniones con sus ministros y sus otras actividades oficiales, junto con notas breves sobre el tiempo, la hora en que había tomado el café de la mañana, la compañía en el té y cosas similares. Estas rutinas se convirtieron en una especie de ritual: a la misma hora cada día realizaban las mismas funciones, de tal manera que sus funcionarios a menudo decían en tono de broma que se podía ajustar el reloj por él. A Nicolás, cuya mente estaba dedicada a las cosas pequeñas, le parecía que el papel del verdadero autócrata, que rige en persona desde el trono, era precisamente el de ocuparse de todos los detalles menores de la administración de sus vastos territorios. Pasaba horas, por ejemplo, ocupándose de las peticiones dirigidas a la cancillería: Cada mes llegaban centenares de éstas, muchas de ellas procedentes de campesinos con nombres poco halagüeños (por ejemplo, motes serviles como Maloliente o Feo, que habían terminado convirtiéndose en apellidos) que no podían cambiar sin el consentimiento del zar. Nicolás demostró que era incapaz de elevarse por encima de estas ínfimas tareas. Progresivamente fue sintiendo celos de las funciones burocráticas de sus ministros, confundidas por él con el ejercicio del poder, y lamentó tener que delegarles autoridad, puesto que lo veía como una usurpación de sus propios poderes autocráticos. Tanto protegía sus ínfimas prerrogativas ejecutivas que incluso se negó a nombrar un secretario privado, prefiriendo por el contrario ocuparse de su propia correspondencia. Incluso instrucciones tan sencillas como la amonestación de un funcionario o la reparación del motor de un automóvil eran escritas en una nota y cerradas en un sobre por la propia mano gentil del zar. Nunca se le ocurrió que un autócrata podía ser empleado más útilmente resolviendo las amplias cuestiones de Estado. Su mente era la de un miniaturista, muy bien amoldado a los detalles más pequeños de la administración pero completamente incapaz de sintetizarlos en principios

generales de gobierno. Como Pobedonostsev dijo una vez de él: «Sólo comprende el significado de algún hecho aislado, sin conexión con el resto, sin apreciar la interrelación con otros hechos, eventos, tendencias y sucesos pertinentes. Se apega a su insignificante e ínfimo punto de vista».[22]

Para defender sus prerrogativas autocráticas, Nicolás creía que necesitaba mantener a sus funcionarios en un estado de debilidad y división. Cuanto más poderoso se hacía un ministro, más celoso se sentía Nicolás de sus poderes. Primeros ministros capaces, tales como el conde Witte y Piotr Stolypin, que por sí solos podían haber salvado el régimen zarista, se vieron empujados a esta niebla de desconfianza. Sólo las mediocridades grises, tales como el «viejo» Iván Goremykin, sobrevivieron durante bastante tiempo en cargos elevados. El éxito de Goremykin fue expresado por el comentarista británico Bernard Pares, al señalar el hecho de que era «aceptable» tanto para el zar como para la zarina «por su actitud de mayordomo que comunica las instrucciones a los otros sirvientes». Ciertamente, como corresponde a un zar que gobernaba sobre Rusia como un señor medieval, Nicolás contemplaba a sus ministros como a los siervos de su propia casa privada más que como a funcionarios del Estado. Es cierto que ya no se dirigía a ellos con el familiar *tyi* (el «tú» reservado a los animales, los siervos y los niños); pero de ellos esperaba una impensable devoción y situaba la lealtad muy por encima de la competencia en la estima de sus ministros. Incluso el conde Witte, que era todo salvo humilde en su comportamiento normal, se vio reducido en presencia del zar a colocar sus pulgares en línea recta con las costuras de los pantalones, como si fuera un sirviente privado.

Nicolás explotó las rivalidades y las divisiones entre sus diferentes ministros. Enfrentaba los puntos de vista de uno contra los de otro para salirse con la suya. Esto provocaba una escasa coherencia en el gobierno, pero en la medida en que fortalecía su posición no parecía molestarle. Aparte de una breve época en 1901, Nicolás rehusó de manera constante coordinar la labor de los diferentes ministerios manteniendo reuniones del Consejo de Ministros: da la sensación de que temía que se pudieran formar facciones poderosas, lo que le forzaría a adoptar políticas que desaprobaba. Prefería ver a sus ministros de uno en uno, lo que tenía el efecto de mantenerlos divididos pero a la vez era una razón del caos y de la confusión. Estas audiencias podían resultar extremadamente frustrantes para los ministros, porque, mientras que Nicolás invariablemente daba la impresión de que estaba de acuerdo con las propuestas de un ministro, nunca se

podía confiar en que las apoyaría en contra de las de otro. Los debates continuados y generales sobre política eran extremadamente raros. Si un ministro hablaba demasiado de política, el zar le dejaba claro que estaba aburrido y cambiaba de conversación adoptando un tema como el tiempo o algún otro tópico más agradable. Conscientes de que el zar encontraba sus informes aburridos, los ministros los acortaban a propósito. Algunos incluso se los saltaban y le divertían con anécdotas y murmuraciones.[23]

El resultado de todo esto fue privar al gobierno de una dirección o una coordinación efectivas durante los últimos años del régimen zarista. Nicolás fue el origen de todos los problemas. Si hubo un vacío de poder en el centro del sistema gobernante, él fue ese espacio vacío. En cierto sentido, Rusia ganó en él el peor de ambos mundos: un zar determinado a gobernar desde el trono pero bastante incapaz de ejercer el poder. Fue una «autocracia sin autócrata». Quizá nadie podía cumplir el papel que Nicolás había labrado para sí mismo: la labor de gobierno se había convertido en demasiado vasta y compleja para un solo hombre; la misma autocracia era un anacronismo. Pero Nicolás estaba equivocado al intentarlo en primer lugar. En lugar de delegar poder se entregó a una fantasía de poder absoluto. Tan celoso era de sus propias prerrogativas que intentó pasar por encima de las instituciones estatales y centrar el poder en la corte. Pero ninguno de sus cortesanos, amigables pero necios, era remotamente capaz de proporcionarle el sólido consejo que necesitaba para regir el país, procediendo como procedían de un estrecho círculo de oficiales aristocráticos de la

Guardia que no sabían nada de la Rusia que se extendía más allá de las calles de moda de San Petersburgo. La mayoría de ellos tenían resquemor hacia Rusia, hablaban francés, y no ruso, y pasaban más tiempo en Niza y en Biarritz que en sus haciendas de provincias. Bajo el creciente dominio de la corte, el gobierno de Nicolás fue incapaz de crear una política coherente que se ocupara de los crecientes problemas de la sociedad que estaban conduciendo de manera inexorable hacia la revolución. Durante sus últimos años, especialmente después de la caída de Stolypin en 1911, el gobierno se fue a la deriva peligrosamente a medida que una mediocridad aduladora tras otra era nombrada primer ministro por el zar. El mismo Nicolás pasaba cada vez más tiempo fuera de su oficina. En ocasiones los asuntos de gobierno tenían que ser retrasados durante semanas, mientras él se dedicaba a partidas de caza, a fiestas en yate y a vacaciones familiares en Crimea. Pero en el aparentemente seguro refugio de su familia se

estaba desarrollando otra tragedia.

III El heredero

La emperatriz Alejandra consideró las celebraciones del jubileo un engorro. Se obligó a asistir con dificultad a todas las funciones públicas, pero a menudo se marchaba enseguida con obvias señales de disgusto. En el magnífico baile ofrecido por la nobleza de Moscú se sintió tan enferma que apenas podía mantenerse en pie. Cuando el emperador acudió en su rescate, lo hizo justo a tiempo para llevársela y evitar que se desmayara en público. Durante la gala celebrada en el Teatro Marinsky apareció pálida y sombría. Sentada en el palco adyacente, Meriel Buchanan, la hija del embajador británico, observó cómo el abanico que sostenía en sus manos temblaba, y cómo su respiración trabajosa

hacía que los diamantes que cubrían el corpiño de su vestido subieran y bajaran, lanzando destellos y temblando con un millar de incómodas chispas de luz. De hecho, parecía que esta emoción o pesar se apoderaba de ella completamente, y, tras susurrar unas pocas palabras al emperador, se levantó y se retiró a la parte de atrás del palco para que no se la viera más aquella tarde. Por el teatro circuló entonces una ligera ola de resentimiento.[24]

Lo cierto es que la emperatriz no había aparecido en público más de una docena de ocasiones en el curso de la década anterior. Desde el nacimiento de su hijo hemofilico, el zarevich Alexis, en 1904, se había encerrado en el Palacio Alejandro, en Tsarskoe Selo, y en otras residencias imperiales apartadas de la capital. Se esperaba que utilizara la oportunidad del tricentenario para mejorar su imagen pública. Al haber dado la espalda a la sociedad, había llegado a ser contemplada como un ser frío y arrogante, mientras que su dependencia del «hombre santo» Rasputin había sido durante mucho tiempo un asunto de preocupación política a causa del creciente dominio que éste ejercía sobre la corte. Pero poco antes del jubileo, la enfermedad de su hijo había experimentado un cambio a peor, y esto rondó a menudo por su mente durante las celebraciones. Para empeorar las cosas, Tatiana, su segunda hija, había

caído enferma de tifus después de beber el agua infectada de la capital. Alejandra hizo todo lo posible para ocultar al público su angustia interior; pero carecía de fuerza para salir a ganarse su simpatía.

Alejandra era una extraña para Rusia cuando se convirtió en su emperatriz. Desde el siglo XVIII, había sido costumbre que los gobernantes Romanov se casaran con princesas extranjeras. A finales del XIX, ese tipo de matrimonio había convertido a los Romanov en una parte integral de la familia de las testas coronadas europeas. Sus oponentes gustaban de llamarlos «la dinastía Gottorp-Holstein», lo que en términos genealógicos no estaba lejos de la verdad. La mayoría de los hombres de Estado compartían el punto de vista de que el equilibrio del poder en Europa se vería asegurado por estos vínculos dinásticos. De manera que había razones para dar la bienvenida al compromiso contraído en abril de 1894 por el zarevich Nicolás con la princesa Alejandra, o Alix, para abreviar, hija del gran duque de Hesse-Darmstadt y de la princesa Alicia de Inglaterra. Se esperaba que la princesa tendría mucho tiempo para prepararse para el papel de emperatriz. Pero Alejandro III murió sólo seis meses más tarde, y la mujer de veintidós años se encontró repentinamente sentada en el trono ruso.

Aunque en años posteriores iba a ser maldecida por sus súbditos como *la Alemana,* Alejandra era en muchos aspectos la quintaesencia de la mujer inglesa. Después de la muerte de su madre, en 1878, había sido criada en Inglaterra por su abuela, la reina Victoria, cuya moral, actitudes y gustos estrictos, por no hablar de su tenacidad de carácter, había asimilado. Alejandra hablaba y se escribía con Nicolás en inglés. Hablaba el ruso muy pobremente, con un fuerte acento inglés, y sólo con los siervos, los funcionarios y el clero. Su manera de dirigir la casa en el Palacio Alejandro era austeramente victoriana. Los muebles elaborados en fábricas eran traídos desde Maples, la tienda inglesa de clase media, prefiriéndolos a los finos muebles imperiales, que encajaban mucho mejor con el estilo imperial clásico del Palacio Alejandro. Sus cuatro hijas compartían habitación, donde dormían en estrechas literas; se sabía que la misma emperatriz les cambiaba las sábanas. Todos los días tomaban baños fríos. Desde muchos puntos de vista, la ambición modesta de Nicolás y Alejandra era llevar el estilo de vida propio de la clase media inglesa. Hablaban el curioso lenguaje doméstico de la burguesía victoriana: *Hubby* y *Wifey* eran sus motes.[25] Pero la emperatriz se equivocaba al asumir, como lo hacía partiendo de su conocimiento

de la corte inglesa, que un estilo de vida semejante, que en Inglaterra era un resultado del apartamiento directo del monarca del ámbito del poder ejecutivo, podría ser disfrutado por un autócrata ruso.

Desde el principio Alejandra dio la impresión de lamentar el papel público que su posición le obligaba a desempeñar. Aparecía sólo raramente ante la corte y en las funciones sociales y, siendo por naturaleza tímida, adoptó un aire de reserva en sus primeras apariciones que le hacía parecer extraña y antipática. Se ganó una reputación de frialdad y altivez, dos vicios muy poco rusos. «La zarina no gustaba a nadie —escribió la anfitriona literaria Zinaida Gippius—. Su cara afilada, hermosa pero de mal temperamento y deprimida, con labios finos y fuertemente apretados, no gustaba; su altura alemana y angular no complacía.» Al saber de la impopularidad de su nieta, la reina Victoria le escribió aconsejándola:

> No existe oficio más duro que nuestro oficio de gobernar. He gobernado durante más de cincuenta años en mi propio país, que he conocido desde mi infancia, y no obstante todos los días pienso que necesito retener y fortalecer el amor de mis súbditos. Cuánto más difícil es tu situación. Te encuentras en un país extranjero, un país que no conoces en absoluto, donde las costumbres, la manera de pensar y la gente misma te resultan completamente ajenas, y no obstante es tu primer deber el ganar su amor y respeto.

Alejandra contestó con una arrogancia que sugería que su reputación era merecida:

> Estás equivocada, mi querida abuela; Rusia no es Inglaterra. Aquí no tenemos que ganarnos el amor de la gente. El pueblo ruso reverencia a sus zares como a seres divinos, de los que derivan todo bienestar y fortuna. Por lo que se refiere a la sociedad de San Petersburgo, es algo que se puede desechar completamente. Las opiniones de los que componen esta sociedad y sus burlas no tienen ningún significado.

El contenido de esta correspondencia pronto llegó a ser conocido en los círculos de San Petersburgo, teniendo como resultado el completo colapso de las

relaciones entre los dirigentes de la alta sociedad y la emperatriz. Ésta se limitó a reducir sus apariciones públicas y estrechó su círculo de amigos a aquellos de los que esperaba una devoción servil. Aquí se encuentran las raíces de su insistencia paranoica en dividir la corte y la sociedad en «amigos» y «enemigos», lo que significaba llevar a la monarquía al borde de la catástrofe.[26]

La impopularidad de la emperatriz no habría importado tanto si no se hubiera aferrado a la voluntad de desempeñar un activo papel político. Por su carta a la reina Victoria resulta obvio que las atracciones místicas propias del despotismo bizantino ya se habían apoderado de ella. Incluso más que su esposo, de maneras más suaves, Alejandra creía que Rusia podía ser todavía gobernada (y ciertamente tenía que serlo) como lo había sido por los zares medievales. Contempló el país como el feudo privado de la Corona: Rusia existía para beneficio de la dinastía en vez de a la inversa. Los ministros del gobierno eran los siervos privados del zar, no los siervos públicos del Estado. A su manera despótica, intentó organizar el Estado como si fuera parte de su casa. Constantemente impulsó a su marido a ser más fuerte y a afirmar su voluntad autocrática. «Sé más autócrata que Pedro el Grande —le decía a su esposo— y más duro que Iván el Terrible.» Deseaba que gobernara, como los zares medievales, sobre la base de sus propias convicciones religiosas y sin contemplaciones hacia los límites de la ley. «Tú y Rusia sois uno y lo mismo», le decía mientras le empujaba en esa dirección y actuaba así siguiendo sus propias ambiciones, vanidades, temores y celos. Fueron la zarina y Rasputin quienes (al menos tal y como pensaba la gente) se convirtieron en los gobernantes reales de la Rusia zarista durante los últimos años catastróficos. Alejandra gustaba de compararse con Catalina la Grande; pero, de hecho, su papel recordaba mucho más a María Antonieta, la última reina de la Francia del *Ancien Régime,* cuyo retrato colgaba sobre su escritorio del Palacio Alejandro.[27]

Alejandra adoptó como misión el proporcionar a la dinastía Romanov un hijo y heredero sano. Pero dio a luz a cuatro hijas sucesivas. Desesperada, se volvió hacia el doctor Philippe, un practicante de la «medicina astral» que había sido presentado a la familia imperial en 1901 durante su visita a Francia. La convenció de que estaba encinta de un hijo, y ella se comportó debidamente hasta que un examen médico reveló que no se trataba nada más que de un embarazo psicológico. Philippe era un charlatán (había sido multado tres veces en Francia por fingir ser un médico regular) y abandonó Rusia tras caer en desgracia. Pero el episodio había puesto de manifiesto la susceptibilidad de la

emperatriz hacia las formas charlatanescas del misticismo. Se podía haber predicho esto partiendo de la naturaleza emocional de su conversión a la ortodoxia. Después del frío y espartano mundo espiritual del protestantismo del norte de Alemania, se vio seducida por los rituales solemnes, las oraciones cantadas y los himnos llenos de fuerza espiritual de la Iglesia rusa. Con todo el fervor del neófito, llegó a creer en el poder de la oración y de los milagros divinos. Y cuando, en 1904, finalmente dio a luz a un hijo, quedó convencida de que se había debido a la intercesión de san Serafín, un piadoso anciano procedente del campesinado ruso, que en 1903 había sido canonizado, hasta cierto punto de manera irregular, gracias a la insistencia del zar.

El zarevich Alexis creció hasta convertirse en un agradable niño. Pero pronto se descubrió que sufría hemofilia, una dolencia en aquel tiempo incurable y en la mayoría de los casos fatal. La enfermedad era hereditaria en la casa de Hesse (uno de los tíos de Alejandra, uno de sus hermanos y tres de sus sobrinos murieron de ella), y no había duda de que la emperatriz la había transmitido. Si los Romanov hubieran sido más prudentes, podrían haber impedido que Nicolás se casara con ella; pero entonces la hemofilia era tan común en las casas reales de Europa que se había convertido en una especie de gaje del oficio. Alejandra contemplaba la enfermedad como un castigo de Dios y, para expiar su pecado, se entregó a la religión y a los deberes de la maternidad. Si la naturaleza de la enfermedad de su hijo no hubiera sido mantenida en secreto, podría haber obtenido como madre esa medida de simpatía popular que había fracasado tan completamente al intentar conseguirla como emperatriz. Alejandra vigilaba constantemente al niño para que no se cayera y se produjera la hemorragia interna mortal que pueden sufrir las víctimas de hemofilia. No había forma de que pudiera llevar la vida de un niño normal, puesto que el más ligero accidente podía desencadenar la hemorragia. Un marino llamado Derevenko fue nombrado para acompañarle a todas partes y para llevarle cuando, como sucedía a menudo, no podía caminar. Alejandra consultó con varios médicos, pero la ciencia no conocía ninguna cura. Llegó a la convicción de que sólo un milagro podía salvar a su hijo y luchó para hacerse digna del favor de Dios donando dinero a las iglesias, realizando buenas obras y pasando interminables horas en oración. «Cada vez que la zarina le veía con las mejillas enrojecidas, o escuchaba su alegre risa, o miraba sus jugueteos —recordaba Pierre Gilliard, el tutor del zarevich—, su corazón se llenaba de una inmensa esperanza y decía: "Dios me ha escuchado. Se ha compadecido de mi pesar al final". Entonces la enfermedad

repentinamente volvía a apoderarse del niño, lo postraba en el lecho del dolor y lo conducía hasta las puertas de la muerte.»[28]

Fue su desesperada necesidad de encontrar una cura milagrosa lo que introdujo a Rasputin en su vida y en la vida de Rusia. Grigorii Rasputin había nacido en una familia campesina relativamente acomodada en la aldea de Pokrovskoe, en Siberia occidental. Hasta hace poco se pensaba que había nacido a inicios de los años sesenta del siglo XIX, pero ahora se sabe que era más joven de lo que pensaba la gente (de hecho nació en 1869). Poco más se sabe de los primeros años de Rasputin. Una comisión nombrada por el gobierno provisional en 1917 entrevistó a un cierto número de sus paisanos, quienes recordaban a un muchacho sucio e ingobernable. Más tarde fue conocido como ladrón, libertino y ladrón de caballos, de donde precisamente adquirió su sobrenombre, derivado de la palabra *rasputnyi*, que significa «disoluto».[7*] En algún momento se arrepintió y se unió a un grupo de peregrinos que se dirigían al monasterio cercano de Verjoturye, donde se quedó durante tres meses antes de regresar a Prokrovskoe como un hombre muy cambiado. Había renunciado al alcohol y al consumo de carne, aprendió a leer y a escribir un poco y se convirtió en una persona religiosa y reservada. La principal causa de su conversión parece haber sido el «santo hombre» o *starets* Makarii, un monje del monasterio de Verjoturye, cuyos poderes espirituales, como los del *starets* Zosima en *Los hermanos Karamazov*, de Dostoyevsky, habían atraído discípulos de toda la región. Makarii había sido recibido por el zar y la zarina, que andaban siempre a la búsqueda de hombres de Dios entre la gente sencilla, y fue el ejemplo de Makarii el que posteriormente pretendió Rasputin que le había inspirado. No hay ninguna prueba de que Rasputin fuera jamás discípulo de Makarii: nunca había recibido la educación formal necesaria para convertirse en monje, y ciertamente parecía bastante incapaz de ello. Cuando el puesto de confesor del zar quedó vacante en 1910, Alejandra insistió en que Rasputin recibiera la educación para ser ordenado de manera que pudiera desempeñar esta función. Pero pronto quedó de manifiesto que era incapaz de leer algo salvo las partes más básicas de las Escrituras. La capacidad de memorizar, que era esencial para el sacerdocio, demostró estar muy por encima de sus posibilidades (la memoria de Rasputin era de hecho tan pobre que a menudo incluso olvidaba los nombres de sus amigos; de manera que les daba motes tales como Belleza o Gobernador, que eran más fáciles de recordar). En cualquier caso, no fue exactamente la fe ortodoxa lo que Rasputin trajo consigo a San Petersburgo procedente de los bosques de Siberia. Su extraña

mezcla de misticismo y erotismo tenía más similitud con las prácticas de los *jlysty*, una secta ilegal con la que realmente se había encontrado en Vegoturye, aunque las frecuentes acusaciones de que él mismo fue un miembro de la secta nunca fueran probadas de manera concluyente. Los jlysty creían que el pecado era el primer paso hacia la redención. En sus reuniones nocturnas danzaban desnudos para conseguir un estado de frenesí y se entregaban a la flagelación y al sexo en grupo. Ciertamente había mucho en común entre los puntos de vista de los jlysty y las creencias semipaganas del campesinado ruso que reflejaba el misticismo de Rasputin. El campesino ruso creía que el pecador podía tener tanta intimidad con Dios como el hombre piadoso, e incluso alcanzar una mayor.[29]

Cuando tenía veintiocho años, o por lo menos eso fue lo que pretendió posteriormente Rasputin, contempló una aparición de la Virgen y fue en peregrinación a Jerusalén. No existe prueba de esta peregrinación y lo más probable es que se limitara a unirse al conjunto de vagabundos campesinos, sabios y profetas que durante siglos ha recorrido Rusia a lo largo y a lo ancho viviendo de las limosnas de los aldeanos. Desarrolló un aura de autoridad espiritual y un don para la predicación que pronto atrajeron la atención de algunos de los clérigos más importantes de Rusia. En 1903 apareció por primera vez en San Petersburgo con el respaldo del archimandrita Teófanes, el confesor de Alejandra, el obispo Hermógenes de Saratov y el celebrado padre Juan de Kronstadt, que era también un amigo íntimo de la familia real. La Iglesia ortodoxa buscaba hombres santos, como Rasputin, que procedieran del pueblo común, para revitalizar su mermada influencia entre las masas urbanas y aumentar su prestigio en la corte de Nicolás.

Era también una época en que la corte y los círculos sociales de San Petersburgo estaban interesados en las formas alternativas de religión. En los salones de la aristocracia y en los cenáculos de las clases medias existía un fermento de curiosidad relacionado con todas las formas del espiritismo y de la teosofía, de lo oculto y de lo sobrenatural. Las sesiones de espiritismo y las tablas *ouja* estaban de moda. En parte, esto reflejaba una busca hedonista de nuevas formas de creencia y experiencia; pero era también parte de un sentido más general y profundo de desequilibrio moral, que tiene eco en las obras de escritores como Blok y Belyi, y era sintomático de la cultura europea durante la década anterior a 1914. Varios hombres santos y espiritistas se habían establecido en los palacios de Rusia muchísimo antes de que Rasputin entrara en escena. Su éxito le abrió el camino. Fue presentado en las fiestas y *soirées* como

un hombre de Dios, un pecador y un penitente, que había sido agraciado con extraordinarios poderes de clarividencia y curación. Su desagradable apariencia fisica sólo añadía morbosidad a sus encantos morales. Vestido con una blusa campesina y unos anchos pantalones, su grasiento cabello negro le descendía sobre los hombros, en su barba había incrustados rancios pedazos de comida y sus manos y su cuerpo no se lavaban nunca. Tenía un fuerte olor corporal que muchos comparaban con el de un carnero. Pero eran sus ojos los que captaban la atención de su audiencia. Su brillo penetrante y su poder hipnótico causaban una impresión perdurable. Algunas personas incluso pretendían que Rasputin podía hacer que sus pupilas se expandieran y se contrajeran a voluntad.[30]

Rasputin fue presentado por primera vez al zar y la zarina en noviembre de 1905 en calidad de curandero de su hijo. Desde el principio, pareció poseer algún poder misterioso en virtud del cual podía frenar la hemorragia interna. Profetizó que Alexis no moriría y que la enfermedad desaparecería cuando alcanzara la edad de trece años. Alejandra se persuadió de que Dios había enviado a Rasputin en respuesta a sus oraciones, y sus visitas al palacio se hicieron más frecuentes a medida que ella se apoyaba crecientemente en él, lo que confirmó la predisposición tanto de Alejandra como de Nicolás a creer que un sencillo campesino ruso que estaba cerca de Dios debería ser capaz de hacer aquello que estaba fuera del alcance de todos los médicos. En los muchos libros sobre este tema no existe una palabra final sobre el secreto don de curación de Rasputin. Hay numerosos testimonios de que su presencia tenía un efecto notablemente tranquilizador tanto sobre los niños como sobre los animales, y de que esto podía muy bien haber ayudado a detener la hemorragia de Alexis. También se sabe que había sido entrenado en el arte del hipnotismo, que puede tener poder para efectuar un cambio fisico así como la contracción de los vasos sanguíneos. Rasputin mismo confesó una vez a su secretario, Aron Simanovich, que a veces utilizaba drogas tibetanas o cualquier cosa que le cayera en las manos, y que a veces sólo fingía utilizar remedios o musitaba palabras sin sentido mientras oraba. Esto es una reminiscencia de la curación por la fe, y puede ser que el éxito más notable de Rasputin tenga que ser atribuido a métodos de este tipo. En octubre de 1912 el zarevich sufrió un episodio de hemorragia particularmente malo después de acompañar a su madre en un paseo en carruaje cerca de Spala, la posesión imperial de caza en Polonia oriental. Los doctores fueron incapaces de hacer nada para prevenir la formación de un tumor grande y doloroso en su ingle y aconsejaron a la familia imperial que se preparara para su

muerte inminente. Todos pensaban que sólo un milagro, tal como la espontánea reabsorción del tumor, podía salvar al muchacho. La situación fue considerada tan grave que por primera vez se publicaron boletines médicos sobre la condición del paciente en la prensa nacional, aunque no se hizo ninguna mención sobre la naturaleza de su enfermedad. Se celebraron cultos de oración en las iglesias del país y se administraron a Alexis los últimos sacramentos, mientras estaba postrado atormentado por el dolor. Desesperada, Alejandra envió un telegrama a Rasputin, que estaba en su casa en Pokrovskoe. Según el testimonio de su hija, pronunció algunas oraciones y después fue a la oficina local de telégrafos, donde cablegrafió a la emperatriz: «Dios ha visto tus lágrimas y escuchado tus oraciones. No te apenes. El pequeño no morirá». Al cabo de unas horas, el paciente había experimentado una repentina recuperación: la hemorragia se había detenido, le había bajado la fiebre, y los sorprendidos doctores confimaron que el peligro había pasado. Aquellos que son escépticos acerca del poder de la oración para curar mediante un telegrama pueden desear explicar esto como una notable coincidencia. Pero Alejandra tenía una convicción muy distinta, y después del «milagro de Spala» la posición de Rasputin en su corte se convirtió en inexpugnable.[31]

La posición de Rasputin en la corte le proporcionó un inmenso poder y prestigio. Se convirtió en un *maítre de requétes,* aceptando sobornos, regalos y favores sexuales de aquellos que acudían a él con la esperanza de que utilizara su influencia en su favor. Durante la primera guerra mundial, cuando su influencia política estaba en su cenit, desarrolló un lucrativo sistema de colocaciones en el gobierno, la Iglesia y el funcionariado, que, según presumía, estaban bajo su control. Para los centenares de mortales de menor importancia que hacían cola fuera de su vivienda cada día (mujeres que solicitaban la exención militar para sus hijos y esposos, gente que buscaba algo de lo que vivir) simplemente tomaba un pedazo de papel, ponía una cruz en el encabezamiento y con sus rasgos semianalfabetos escribía a algún funcionario: «Mi querido y valioso amigo. Haz esto por mí, Grigorii». Tal nota era llevada a la dirección del secretariado de la corte por una hermosa joven de la que claramente gustaba Rasputin. «Hazlo por ella. Está bien. Grigorii.» Cuando el funcionario le preguntaba lo que deseaba, la muchacha respondía que deseaba convertirse en una *prima donna* en la Ópera Imperial.[32]

A menudo se ha asumido que, puesto que aceptaba sobornos, Rasputin estaba motivado por la ganancia financiera. Esto no es realmente cierto. No se

complacía en la acumulación de dinero, que gastaba o daba tan rápidamente como lo había ganado. Lo que le emocionaba era el poder. Rasputin era el supremo egotista. Siempre tenía que ser el centro de atención. Le gustaba jactarse de sus conexiones en la corte. «Puedo hacer cualquier cosa», decía a menudo, y de ahí procedían los exagerados rumores sobre su omnipotencia política. Los regalos que recibía de sus acaudalados patrones le importaban no porque fueran valiosos, sino porque confirmaban su influencia personal. «Mira, esta alfombra vale cuatrocientos rublos —se jactó en cierta ocasión ante un amigo—; me la envió una gran duquesa por bendecir su matrimonio. Y ¿sabes que tengo una cruz de oro? Me la dio el zar.» Sobre todo, Rasputin disfrutaba del prestigio que le proporcionaba su posición y también del poder que le otorgaba, a él, que no era más que un campesino, sobre hombres y mujeres de una clase social más elevada. Le encantaba mostrarse grosero con las damas de buena familia que se sentaban a sus pies. Metía su dedo sucio en un plato de mermelada y lo dirigía hacia una de ellas diciendo: «Humíllate. ¡Lámelo hasta que quede limpio!». La primera vez que fue recibido por Varvara Uexküll, la acaudalada socialista, la atacó por su costoso gusto en arte: «¿Qué es esto, madrecita, retratos en la pared como si se tratara de un museo real? Tengo la sensación de que se podrían alimentar cinco aldeas de gente hambrienta con lo que cuelga de una sola pared». Cuando Uexküll le presentó a sus invitados, miró intencionadamente a cada mujer, tomó sus manos y les formuló preguntas del tipo de: «¿Estás casada?»; «¿dónde está tu esposo?»; «¿por qué viniste sola?»; «si hubierais estado aquí juntos podría haberos observado, visto cómo coméis y vivís». Calculaba que tamaña insolencia le convertía en un ser todavía más atractivo para los acaudalados aristócratas que lo protegían. Las damas ricas de una sociedad insatisfecha se sentían particularmente atraídas hacia este campesino carismático. Muchas de ellas experimentaban una curiosa excitación sexual al ser humilladas por él. El placer que él obtenía de tales conquistas sexuales probablemente tenía tanto que ver con el dominio psicológico de sus víctimas como con la gratificación de sus deseos físicos. Decía a las mujeres que podían obtener la salvación mediante la aniquilación de su orgullo, lo que implicaba entregarse a él. Una mujer confesó que la primera vez que hizo el amor con él su orgasmo fue tan violento que se desmayó. Quizá su potencia como amante tenía también una explicación fisica. El asesino y supuesto amante homosexual de Rasputin, Félix Yusupov, pretendía que su proeza quedaba explicada por una gran verruga situada estratégicamente en su pene, que era de

tamaño excepcional. Por otro lado, existen pruebas para sugerir que Rasputin era de hecho impotente y que, aunque yacía desnudo con muchas mujeres, tenía relaciones sexuales con muy pocas. En resumen, era un gran lascivo pero no un gran amante. Cuando Rasputin fue examinado médicamente después de ser apuñalado en el fallido intento de asesinato de 1914, se encontró que sus genitales eran tan pequeños y encogidos que el doctor se preguntó si era capaz del acto sexual en absoluto. El mismo Rasputin se había jactado en cierta ocasión ante el monje Iliodor de que podía yacer con mujeres sin sentir pasión porque su «pene no funcionaba».[33]

A medida que el poder de Rasputin creció, lo hicieron también las leyendas sobre sus crímenes y vesanias. Existían terribles historias acerca de sus comportamientos sexuales, algunos de ellos no deseados, incluyendo la violación. Incluso se rumoreó que la hermana del zar, Olga Alexandrovna, había sido víctima de sus manoseos. Además, estaban las borracheras, los días pasados en las casas de baños con prostitutas y las noches transcurridas en juergas en restaurantes y burdeles. El escándalo más famoso tuvo lugar en el Yar, un famoso restaurante gitano en marzo de 1915. Rasputin había acudido allí con dos periodistas y tres prostitutas. Se emborrachó, intentó echar mano de las gitanas, y empezó a jactarse en voz alta de sus éxitos sexuales con la emperatriz. «¿Veis este cinturón? —dijo—. Es obra de su majestad; puedo lograr que haga cualquier cosa. Sí, yo, Grishka Rasputin, podría hacer que la vieja bailara así si lo deseara», y realizó un gesto similar al del acto sexual. Por aquel entonces, todos miraban a Rasputin y varios se preguntaban si realmente era el famoso hombre santo. Rasputin se bajó los pantalones y agitó el pene ante los espectadores. El agente británico Bruce Lockhart, que estaba en el restaurante, escuchó «los salvajes gritos de las mujeres, el vidrio roto y los portazos». Los camareros acudieron apresuradamente, se llamó a la policía, pero nadie se atrevió a presentar acusaciones contra el hombre santo. Las llamadas telefónicas a funcionarios cada vez más elevados llegaron finalmente al jefe del Cuerpo de Gendarmes, que ordenó el arresto de Rasputin. Fue detenido y encarcelado por una noche; pero a la mañana siguiente llegaron órdenes del zar para que fuera liberado.[34]

Lo que convirtió estos rumores en algo tan dañino políticamente fue la creencia extendida, que el mismo Rasputin había animado, de que era el amante de la zarina. Incluso hubo rumores de que la emperatriz y Rasputin se entregaban a salvajes orgías con el zar y Anna Vyrubova, su camarera, de la que se decía

que era lesbiana. Similares retratos pornográficos acerca de María Antonieta y del «impotente Luis» circularon en vísperas de la Revolución francesa. No existía ninguna evidencia de tales rumores. Es verdad que había una infame carta de la emperatriz a Rasputin, filtrada a la prensa en 1912, en la que había escrito: «Beso sus manos y deposito mi cabeza sobre sus benditos hombros. Entonces me siento feliz. Entonces todo lo que deseo es dormir, dormir para siempre sobre su hombro, abrazada a usted».[35] Pero, dado que no sabemos prácticamente nada más de la emperatriz, resultaría una exageración leerla como una carta de amor. Era una esposa y madre leal y devota que se había vuelto a Rasputin en un período de desesperación espiritual. En cualquier caso, probablemente era una mujer de mente demasiado estrecha para tener un amante.

No obstante, el hecho de que existieran los rumores, más que el de que fueran verdad, fue lo que produjo semejante alarma entre los partidarios del zar. Intentaron convencerle de la pésima influencia de Rasputin y conseguir que fuera expulsado de la corte. Pero, aunque Nicolás conocía su mal comportamiento, no estaba dispuesto a desprenderse de Rasputin mientras la emperatriz continuara creyendo que él, y sólo él, podía ayudar a su hijo moribundo. El efecto tranquilizador de Rasputin sobre la emperatriz era demasiado apreciado por su atemorizado esposo, que una vez se atrevió a decir en un momento de imprudencia: «Mejor un Rasputin que diez ataques de histeria cada día». El archimandrita Teófanes, que había ayudado a traer a Rasputin a San Petersburgo, fue sin embargo expulsado de la capital en 1910 después de intentar conseguir que la emperatriz conociera la escandalosa naturaleza del comportamiento de su hombre santo. El monje Iliodor y el obispo Hermógenes fueron encarcelados en remotos monasterios en 1911, después de enfrentar a Rasputin con una larga crónica de sus fechorías y llamarle al arrepentimiento. Fue Iliodor, en venganza, quien filtró entonces a la prensa las cartas dirigidas por la emperatriz a Rasputin. El zar impidió que la prensa publicara más historias sobre Rasputin, a pesar de las garantías que había dado en vísperas de la revolución de 1905 de abolir la censura previa. Efectivamente, esto silenció a la Iglesia, especialmente tras el nombramiento de Vladimir Sabler, un estrecho aliado de Rasputin, como procurador general del Santo Sínodo.[36]

Los políticos no tuvieron más éxito en sus esfuerzos para derribar a Rasputin. Presentaron pruebas de sus pecados al zar, pero de nuevo Nicolás se negó a actuar. ¿Por qué era tan tolerante con Rasputin? La respuesta seguramente descansa en el hecho de que Rasputin era un hombre sencillo, un campesino, del

«pueblo», y que Dios le había enviado para salvar a la dinastía Romanov. Rasputin confirmaba sus prejuicios y adulaba sus fantasías de autocracia popular. Era un símbolo de la creencia del zar en la trinidad bizantina (Dios, zar y pueblo), que pensaba que le ayudaría a reestructurar el régimen de acuerdo con la Moscovia del siglo XVII. «Es sólo un ruso bueno, religioso y de mente sencilla —dijo una vez Nicolás a uno de sus cortesanos—. Cuando tengo problemas o me encuentro acosado por las dudas, me gusta charlar con él e, invariablemente, después me siento en paz conmigo mismo.» Rasputin se aprovechaba conscientemente de esta fantasía dirigiéndose a sus patrones regios con los términos populares de *batiushka-Tsar* y *matiushka-Tsarina* (padrecito-zar y madrecita-zarina) en lugar de «su majestad imperial». Nicolás creía que sólo la gente sencilla (gente que no había sufrido la contaminación procedente de sus conexiones con las facciones políticas de San Petersburgo) era capaz de decirle la verdad y de prestarle un consejo desinteresado. Durante cerca de veinte años recibió informes directos de Anatoly Klopov, un funcionario del Ministerio de Finanzas. Rasputin encajaba en la misma categoría. Como encarnación del ideal de Nicolás sobre el leal pueblo ruso, no podía hacer daño. Nicolás descartaba los rumores sobre él partiendo de la base de que cualquier persona a la que se le mostrara tal favor en la corte, especialmente si se trataba de un campesino sencillo como Rasputin, estaba condenado a atraer críticas envidiosas. Además, consideraba claramente a Rasputin como un asunto familiar y contemplaba tales críticas como una violación de su patrimonio privado. Cuando el primer ministro Stolypin, por ejemplo, le entregó un dossier de informes policiales secretos sobre las indiscreciones de Rasputin, el zar dejó claro que contemplaba esta advertencia no requerida como un grave quebrantamiento de la etiqueta: «Sé, Piotr Arkadevich, que siente usted por mí una devoción sincera. Quizá todo lo que usted diga es verdad. Pero le pido que nunca más me hable sobre Rasputin. No existe de todas formas nada que yo pueda hacer». El presidente de la Duma no consiguió más cuando presentó un dossier todavía más dañino basado en los materiales proporcionados por Iliodor y el Santo Sínodo. Nicolás, aunque claramente trastornado por las pruebas, dijo a Rodzianko: «Rasputin es un campesino sencillo que puede aliviar los sufrimientos de mi hijo mediante un extraño poder. La confianza de la zarina en él es un asunto familiar y no permitiré que nadie se mezcle en mis asuntos».[37] Da la impresión de que el zar, en su adhesión obstinada a los principios de la autocracia, consideraba cualquier cuestionamiento de su juicio como un acto de deslealtad.

Y el asunto de Rasputin continuó así sin resolverse. Envenenó cada vez más las relaciones de la monarquía con la sociedad y con sus tradicionales columnas de apoyo en la corte, la burocracia, la Iglesia y el Ejército. El episodio a menudo ha sido comparado con el asunto del collar de la reina, un escándalo muy parecido que dañó de manera irreparable la reputación de María Antonieta en vísperas de la Revolución francesa. Cuando se produjo el asesinato de Rasputin, en diciembre de 1916, la dinastía de los Romanov estaba a punto de colapsarse.

2 Los pilares inestables

I Los burócratas y los que vestían bata

En la primera mañana de 1883 los lectores de las *Noticias Gubernamentales (Pravitel'stvennyi vestnik)* abrieron sus periódicos para enterarse de que el príncipe A. A. Polovtsov había sido nombrado secretario imperial. Dificilmente era el tipo de anuncio que provoca que alguien rebose de emoción. A la edad de cincuenta y un años, Polovtsov poseía todas las credenciales adecuadas para este importante empleo del funcionariado civil. Hijo de un noble terrateniente, se había casado con la heredera de una fortuna bancaria, se había graduado en la elitista Facultad de Derecho, y de manera continuada había ido ascendiendo por el escalafón de la burocracia imperial. Era, según todos los relatos, refinado, culto y de buenas maneras; Witte incluso le consideraba un poco vano. Polovtsov se sentía confiado y totalmente a gusto en los círculos aristocráticos de San Petersburgo, contando con varios grandes duques entre sus amigos más íntimos. Incluso pertenecía al Club Náutico Imperial, el cuartel general del ocio de la elite gobernante de Rusia, donde una Nochevieja se le había comunicado su ascenso.[1] En resumen, Alexander Alexandrovich era un representante modelo de esa tribu pequeña y privilegiada que administraba los asuntos del Estado imperial.

La burocracia imperial rusa era una casta elitista situada por encima del resto de la sociedad. En ese sentido no se diferenciaba de la burocracia comunista que iba a sucederle. El sistema zarista estaba basado en una jerarquía social estricta. En su cima se encontraba la corte; debajo de ésta se hallaban sus columnas de apoyo en el funcionariado civil y militar, y la Iglesia, formada por miembros de los dos primeros estamentos; y en la base del orden social, el campesinado. Existía una estrecha relación entre la autocracia y esta rígida pirámide de estamentos sociales (nobles, clero, comerciantes y campesinos), que eran ubicados de acuerdo con su servicio al Estado. Se trataba de una jerarquía social

fija con cada estamento demarcado por derechos y deberes legales específicos. Nicolás lo comparaba con el sistema patrimonial. «Concibo a Rusia como una posesión agraria —declaró en 1902— cuyo propietario es el zar, cuyo administrador es la nobleza y cuyos trabajadores son el campesinado.» No podía haber escogido una metáfora más arcaica para la sociedad en el cambio de siglo.

A pesar del rápido progreso del comercio y de la industria durante las últimas décadas del siglo XIX, la elite gobernante de Rusia todavía procedía de manera predominante de la antigua aristocracia terrateniente. Los nobles constituían el 71 por ciento de los cuatro cargos principales del funcionariado civil (es decir, los situados por encima del rango de consejero civil) en el censo de 1897. Es cierto que las puertas del funcionariado civil se estaban abriendo a los hijos del pueblo llano si contaban con un título universitario o con un título de bachillerato con honores. Es verdad también que estaba creciendo la brecha, tanto en términos de trasfondo social como en términos de *ethos,* entre los nobles dedicados al funcionariado y los dedicados a la explotación agrícola. Muchos de los nobles dedicados al funcionariado habían vendido sus tierras, desplazándose de manera permanente a la capital, o incluso no habían poseído nunca tierras y habían sido ennoblecidos por el servicio prestado al Estado. En otras palabras, el funcionariado civil se estaba convirtiendo en un camino hacia la nobleza como la nobleza hacia el funcionariado civil. También tenía sus propios valores de elite, que sólo los marxistas más crudos intentarían presentar como sinónimos de los «intereses de clase» de los nobles terratenientes. No obstante, el aforismo del escritor Iurii Samarin de que «el burócrata es sólo un noble de uniforme, y el noble es sólo un burócrata con bata» siguió siendo generalmente verdad en 1900. Rusia seguía siendo un antiguo reino agrario y su élite gobernante estaba todavía dominada por las familias terratenientes más ricas. Eran los Stroganov, los Dolgorukov, los Sheremetev, los Obolensky, los Volkonsky y otros similares, poderosas dinastías que habían estado cerca de la cima del Estado moscovita durante su gran expansión territorial entre los siglos XV y XVIII y que habían sido recompensados con generosas dotaciones de tierra fértil, principalmente en el sur de Rusia y en Ucrania.[2] La dependencia que tenían del Estado para su riqueza, y ciertamente la mayoría para su empleo, había evitado que la aristocracia rusa se convirtiera en una clase terrateniente independiente que contrapesara a la monarquía de la misma manera que lo había hecho en la mayor parte de Europa desde el siglo XVI.

Como sabrán los lectores de Gogol, el funcionariado civil imperial estaba

obsesionado por el rango y la jerarquía. Un elaborado conjunto de reglas, expresado en 869 artículos del volumen primero del Código Legal, distinguía catorce rangos diferentes del funcionariado civil, teniendo cada uno de ellos su uniforme y título correspondientes (todos ellos traducciones del alemán). Polovtsov, por ejemplo, al ser nombrado secretario imperial, recibió la cinta azul marino y la estrella de plata de la Orden del Águila Blanca. Como todos los funcionarios civiles de los dos rangos superiores, tenía que recibir el tratamiento de «excelentísimo»; los pertenecientes a los rangos tercero y cuarto tenían que recibir el tratamiento de «su excelencia», y así continuaba descendiendo el escalafón hasta llegar a los rangos inferiores (del nueve al catorce), a los que simplemente se les daba el tratamiento de «señoría». El *chinovnik* o funcionario civil era agudamente consciente de estos símbolos del *status*. El paso del pantalón blanco al negro, el cambio de una cinta roja a otra azul o el simple añadido de una barra eran acontecimientos rituales de un inmenso significado en su bien ordenada vida. El ascenso quedaba determinado por el escalafón de rangos establecido en 1772 por Pedro el Grande. Un funcionario sólo podía ocupar aquellos cargos que se hallaban a la misma altura o por debajo de su rango personal. En 1856 se establecieron los intervalos habituales para obtener un ascenso: un grado cada tres años en los grados del catorce al ocho y uno cada cuatro años del ocho al cinco. Los cuatro grados superiores, que incluían un título hereditario, eran designados directamente por el zar. Esto significaba que, a menos que lo impidiera algún pecado vergonzoso, incluso el burócrata más vulgar podía esperar con la edad ascender de manera automática para convertirse, por ejemplo, en consejero civil a la edad de sesenta y cinco años. El sistema estimulaba esa especie de mediocridad contemporizadora que los escritores como Gogol retrataron como la esencia del funcionariado en la Rusia del siglo XIX. A finales de siglo, sin embargo, este sistema de ascenso automático estaba cayendo en desuso a medida que el mérito se fue haciendo más importante que la edad.[3]

Con todo, los rangos superiores en San Petersburgo estaban dominados por una reducida elite de familias nobles. Se trataba de un diminuto mundo político en el que todos se conocían. Toda la gente de importancia vivía en las calles residenciales de moda alrededor de las perspectivas Nevsky y Liteiny. Estaban estrechamente conectados por vínculos matrimoniales y de amistad. La mayoría de ellos patrocinaban las mismas escuelas de elite (el Corps des Pages, la Escuela de Guardias Portaestandartes y los *junkers* de Caballería, el Liceo

Alejandro y la Facultad de Derecho) y sus hijos se alistaban en los mismos regimientos de elite (los Chevaliers Gardes, la Guardia Montada, el Regimento de Húsares de la Guardia del propio emperador y el Preobrazhensky), partiendo de los cuales podían estar seguros de que contarían con un camino rápido hacia la cima del funcionariado civil o militar. Los contactos sociales eran esenciales en este mundo, como revela el diario de Polovtsov, porque buena parte de la actividad política real se llevaba a cabo en bailes y banquetes, en salones privados y recepciones, en el restaurante del Hotel Evropeiskaya y en el bar del Club del Yate Imperial. Se trataba de un mundo exclusivo pero no estirado. La aristocracia de San Petersburgo era demasiado cosmopolita como para caer realmente en el esnobismo. «San Petersburgo no era Viena», nos recuerda Dominic Lieven en su magistral estudio sobre la elite gobernante rusa, y siempre existía un lugar en sus círculos aristocráticos para encantadores y excéntricos. Tomemos, por ejemplo, al príncipe Alexei Lobanov-Rostovsky, uno de los mejores ministros de asuntos exteriores de Nicolás II, un *grand seigneur* octogenario, coleccionista de libros hebreos y de amantes francesas, que «brillaba en los salones» y «asistía a la iglesia en bata», o el príncipe M. I. Jilkov, un «vástago de una de las familias aristocráticas más antiguas de Rusia», que trabajó durante algunos años como maquinista en América del Sur y como empleado de unos astilleros en Liverpool antes de convertirse en el ministro de comunicaciones de Rusia.[4]

A pesar de su talento, realmente la burocracia nunca se convirtió en un instrumento efectivo en manos de la autocracia. Existieron tres razones principales para ello. En primer lugar, su dependencia de la nobleza se convirtió en una fuente de debilidad a medida que el estamento nobiliario entró en decadencia durante la última parte del siglo XIX. Se produjo una creciente escasez de expertos (especialmente en el terreno industrial) a la hora de enfrentarse con las demandas del Estado moderno. La brecha podía haberse cubierto reclutando a los funcionarios civiles de entre las nuevas clases medias industriales; pero la elite gobernante estaba demasiado entregada a su propia visión arcaica del orden zarista, en el cual la nobleza tenía un orgullo de posición, y temía la amenaza demócrata planteada por estas nuevas clases. En segundo lugar, el aparato estaba financiado con demasiada escasez (era difícil recaudar suficientes impuestos en un país campesino tan vasto y tan pobre), de manera que los ministerios, y todavía más el gobierno local, nunca tenían realmente los recursos que necesitaban para controlar o reformar la sociedad.

Finalmente, había demasiadas jurisdicciones que se solapaban y divisiones entre los diferentes ministerios. Esto era el resultado de la manera en que se había desarrollado el Estado, con cada ministerio creciendo como una extensión separada, casi *ad hoc*, de los propios poderes del autócrata. Las agencias gubernamentales nunca fueron sistematizadas de manera adecuada, ni su trabajo coordinado, posiblemente porque convenía a los mejores intereses del zar mantenerlas débiles y dependientes de él. Cada zar favorecía a un grupo diferente de agencias en un campo político determinado, a menudo simplemente pasando por encima de aquellas establecidas por sus predecesores. El resultado fue el caos y la confusión burocráticos. Se dejó que todos los ministerios se desarrollaran a su modo sin una institución semejante al Gobierno que coordinara el trabajo entre ellos. Los dos ministerios más importantes (Finanzas e Interior) reclutaban a la gente a través de sus propias clientelas en las familias y las escuelas de elite. Competían entre sí por los recursos, por el control de la política y por la influencia sobre los ministerios menos importantes y el gobierno local. No existía una clara distinción entre las funciones de las diferentes agencias, ni entre el rango de las diferentes normas *(nakaz, ukaz, ustav, zakon, polozhenie, ulozhenie, gramota* y *manifest*, por mencionar sólo algunas), de tal manera que la intervención personal del zar era constantemente requerida para deshacer estos conflictos de jurisdicción y legislación. Desde la perspectiva del individuo, el efecto de esta confusión era hacer que el régimen tuviera la apariencia de arbitrariedad: nunca quedaba claro dónde se encontraba el poder real, si una ley podía ser sobrepasada por las regulaciones especiales del zar o si la policía respetaría la ley en absoluto. Algunos filósofos complacientes argüían sobre esta base que, de hecho, no existía una autocracia real. «Hay una autocracia del policía y de los capitanes rurales, de los gobernadores, de los jefes de los departamentos y de los ministros —escribió el príncipe Serguei Trubetskoi en 1900—. Pero una autocracia unitaria zarista, en el sentido adecuado de la palabra, ni existe ni puede existir.» Para los menos privilegiados era esta arbitrariedad (lo que los rusos maldecían como *proizvol)* lo que hacía que el poder del régimen se dejara sentir como algo tan opresor. No había principios ni regulaciones claras que permitieran al individuo desafiar la autoridad o al Estado.[5]

Era, de hecho, una burocracia que fracasó a la hora de desarrollarse y convertirse en una fuerza política coherente que, como la burocracia prusiana analizada por Max Weber, fuera capaz de servir como instrumento de reforma y

de modernización. En lugar de un sistema burocrático «racional» como el descrito en el tipo ideal de Weber (basado sobre relaciones institucionales fijas, divisiones funcionales claras, procedimientos regulares y principios legales), Rusia tenía un Estado híbrido que combinaba elementos del sistema prusiano con un patrimonialismo más antiguo, que dejaba al funcionariado civil sometido al patrocinio y a la intervención de la corte, y así evitaba la aparición completa de un *ethos* burocrático profesional.

No tenía por qué haber sido de esa manera. Hubo una época, a mediados del siglo XIX, cuando la burocracia imperial podía haber realizado su potencial como una fuerza creativa y modernizadora. Después de todo, los ideales de los «burócratas ilustrados», denominados correctamente así por W. Bruce Lincoln, trazaron las grandes reformas de la década de los sesenta del siglo XIX. Entonces existía una nueva clase de funcionarios civiles de carrera, en su mayor parte hijos de nobles sin tierras y de matrimonios mixtos *(raznochintsy)* que habían entrado en la profesión a través de los canales cada vez más amplios de la educación superior durante los años treinta y cuarenta del siglo XIX. Eran hombres rectos y de mente seria, como Karenin en *Anna Karenina,* de Tolstoi, que hablaban correctamente, aunque de manera ligeramente pedante, acerca del «progreso» y las estadísticas; que se burlaban de los aristócratas aficionados que ejercían elevadas funciones, tales como el conde Vronsky, el amante de Anna, que entraba como un usurpador en el terreno en el que era experto; y que creían en la misión de la burocracia de civilizar y reformar a Rusia siguiendo los patrones de conducta occidentales. La mayoría de ellos se quedaban a escasa distancia de la petición liberal de un Estado basado en el dominio de la ley con libertades civiles y un Parlamento: su comprensión del *Rechtsstaat* no era realmente mayor que la de un Estado burocrático que funcionara sobre la base de procedimientos racionales y leyes generales. Pero pedían una mayor apertura en la labor del Gobierno, lo que denominaban *glasnost*, como un freno público contra el abuso de poder y como medio de implicar a los expertos de la sociedad en los debates relacionados con la reforma. Los funcionarios progresistas entraron en los círculos de la *intelligentsia* liberal de la capital y fueron denominados el «Partido del Progreso de San Petersburgo». Eran vistos regularmente en el salón de la gran duquesa Elena Pavlovna y disfrutaban del patrocinio del gran duque Constantino, quien, como presidente del Consejo de Estado, hizo mucho para promocionar a los funcionarios reformistas en los círculos gubernamentales de Alejandro II. También tenían estrechas relaciones

con las instituciones públicas, como la Sociedad Geográfica Imperial, a la que encargaron análisis estadísticos en preparación de la gran legislación reformadora de los años sesenta del siglo XIX.[6]

Las grandes reformas fueron el cenit de esta ilustración burocrática. Fueron concebidas como un proceso modernizador (lo que en Rusia significaba occidentalizador) con la finalidad de fortalecer al Estado después de su derrota en la guerra de Crimea. Las libertades y las reformas limitadas se concedieron con la esperanza de activar la sociedad y crear una economía dinámica sin alterar el entramado político básico de la autocracia. En este sentido fueron similares en su concepción a la *perestroika* de Mijail Gorbachov un siglo más tarde. En 1861 los siervos fueron emancipados *de iure* (aunque no *de facto)* de la tiranía de su terrateniente, y se les otorgaron algunos de los derechos de los ciudadanos. Todavía estaban vinculados a la comuna de la aldea, lo que reforzaba el antiguo orden patriarcal, privados del derecho de poseer la tierra individualmente y considerados legalmente inferiores a los nobles y a otros estamentos. Pero por lo menos se habían colocado los cimientos para el desarrollo de una agricultura campesina. Una segunda reforma relevante en 1864 determinó el establecimiento de asambleas locales de autogobierno, denominadas *zemstvos*, en la mayoría de las provincias rusas. Para preservar el dominio de los nobles terratenientes, se establecieron sólo en las áreas provinciales y de distrito; por debajo de éstas, en el área del *volost* y de la aldea se permitió que las comunas campesinas se gobernaran a sí mismas con sólo una mínima supervisión de la nobleza. Las reformas judiciales del mismo año establecieron un sistema legal independiente con juicios públicos con jurado para todos los estamentos excepto los campesinos, que permanecieron bajo la jurisdicción de la ley consuetudinaria local. Hubo también nuevas leyes que relajaron la censura (1865), que concedieron mayor autonomía a las universidades (1863), que reformaron la enseñanza primaria (1864) y que modernizaron el Ejército (1863-1875). Boris Chicherin (con el beneficio de la perspectiva) resumió sus ideales progresistas:

> Reestructurar completamente el enorme Estado, que había sido confiado a su cuidado [de Alejandro], abolir un orden antiguo fundado en la esclavitud, reemplazarlo con la decencia y la libertad cívicas, establecer la justicia en un país que nunca había conocido el significado de la legalidad, volver a diseñar toda la administración, introducir la

> libertad de prensa en el contexto de una autoridad ilimitada, traer a la vida nuevas fuerzas y establecerlas sobre firmes fundamentos legales, poner en pie a una sociedad reprimida y humillada y proporcionarle la oportunidad de utilizar sus músculos.[7]

Si el espíritu liberal de la década de los sesenta del siglo XIX hubiera continuado impregnando la labor del gobierno, Rusia se podía haber convertido en una sociedad de estilo occidental basada en la propiedad privada y en la libertad defendida por el imperio de la ley. La revolución no tenía por qué haberse producido. Por supuesto habría sido un proceso lento y doloroso. El campesinado, en particular, habría seguido siendo una amenaza revolucionaria mientras se hubiera visto excluido de la propiedad y de los derechos civiles. El antiguo sistema patriarcal del campo, que incluso después de la emancipación preservó la hegemonía de los nobles, exigía ser reemplazado por un sistema moderno en el que los campesinos tuvieran una oportunidad mayor. Pero, por lo menos, había, dentro de la elite gobernante, una conciencia creciente de lo que resultaba necesario (y ciertamente de lo que costaría) para que tuviera éxito esta transformación social. El problema era, sin embargo, que la elite estaba crecientemente dividida acerca de si resultaba deseable esta transformación. Y como resultado de estas divisiones fracasó a la hora de desarrollar una estrategia coherente que se enfrentara con los desafios de la modernización.

Por un lado estaban los reformistas, los «hombres de 1864», como Polovtsov, que aceptaron claramente la necesidad de un orden social burgués (incluso a costa de la nobleza), la necesidad de concesión de libertades políticas (especialmente en el gobierno local) y la necesidad de un *Rechtsstaat* (que progresivamente comprendieron que significaba no sólo un Estado basado en leyes universales, sino uno que se basara en el dominio de la ley). A finales de la década de los setenta del siglo XIX, esta visión reformista había evolucionado hasta exigir una constitución. Los estadistas ilustrados señalaban abiertamente que las tareas de gobierno en la edad moderna se habían convertido en demasiado complejas para que el zar y sus burócratas se ocuparan de ellas por sí solos, y que el público leal y educado tenía que ser atraído hacia las labores de gobierno. En enero de 1881 Alejandro II instruyó a su ministro del interior, el conde Loris-Melikov, para que trazara los planes para una constitución limitada que proporcionaría a figuras invitadas del público un papel asesor en la

legislación. «El trono —argüía el ministro de Finanzas A. A. Abaza durante los debates en torno a estas propuestas— no puede descansar exclusivamente sobre un millón de bayonetas y un ejército de funcionarios.» Semejantes sentimientos reformistas eran comunes entre los funcionarios del Ministerio de Finanzas. Al ser responsables de la industrialización, fueron los primeros en ver la necesidad de apartar los obstáculos que existieran frente a la capacidad de empresa e iniciativa burguesas. Muchos de ellos, además, como Polovtsov, que se habían casado en el seno de una familia de banqueros, habían sido tomados de la «nueva Rusia» del comercio y de la industria. Witte, el gran ministro de Finanzas reformador de la última década del siglo XIX, que había trabajado durante veinte años en la administración de ferrocarriles (empezando como un taquillero menor) antes de entrar en el funcionariado gubernamental, sostenía que el sistema zarista podía evitar una revolución sólo si transformaba Rusia para que se convirtiera en una sociedad industrial moderna donde «las iniciativas personales y públicas» fueran estimuladas por un Estado sustentado en el dominio de la ley con garantías de las libertades civiles.[8]

Por otro lado estaban los partidarios del orden zarista tradicional. No era casualidad que su base más fuerte se encontrara en el Ministerio del Interior, puesto que sus funcionarios eran extraídos casi de manera exclusiva de la «vieja Rusia», oficiales y terratenientes procedentes de la nobleza que creían de la manera más rígida en el *Polizeistaat.* La única manera, pretendían ellos, de evitar una revolución era gobernar Rusia con mano de hierro. Esto significaba defender el principio autocrático (tanto en el gobierno central como en el local), los poderes ilimitados de la policía, la hegemonía de la nobleza y el dominio moral de la Iglesia, contra los desafios liberales y seculares del orden urbano-industrial. Otorgar constituciones y derechos políticos sólo serviría para debilitar al Estado, argüían P. N. Durnovo y Viacheslav von Plehve, los dos grandes ministros de Interior durante la época de Witte en el Ministerio de Finanzas, porque las clases medias liberales que llegarían al poder como resultado no tendrían autoridad entre las masas e incluso serían despreciadas por ellas. Sólo cuando el avance económico hubiera eliminado la amenaza de una revolución social estaría maduro el tiempo para las reformas políticas. El atraso de Rusia necesitaba una estrategia similar (liberalismo económico más autocracia). Porque como argüía Durnovo (no sin razón): «No se puede en el curso de dos semanas introducir un sistema como el norteamericano o el inglés en Rusia».[9] Ésa iba a ser una de las lecciones de 1917.

Los argumentos de los reaccionarios se vieron enormemente fortalecidos por el trágico asesinato de Alejandro II en marzo de 1881. El nuevo zar fue convencido por su tutor y consejero, el procurador del Santo Sínodo, Konstantin Pobedonostsev, de que continuar con las reformas liberales sólo ayudaría a crear más revolucionarios como los que habían asesinado a su padre. Alejandro III pronto abandonó el proyecto de una constitución, sosteniendo que no deseaba un gobierno de «alborotadores y abogados problemáticos»; forzó la dimisión de sus ministros reformistas (Abaza, de Finanzas; Loris-Melikov, de Interior, y Dmitri Miliutin, de Guerra), y promulgó un manifiesto que reafirmaba los principios de la autocracia.[10] Ésta fue la señal para el inicio de una serie de contrarreformas durante el reinado de Alejandro III. Su finalidad era centralizar el control y reducir los derechos del gobierno local, reafirmar el gobierno personal del zar a través de la policía y sus agentes directos y revigorizar el orden patriarcal (encabezado por la nobleza) en el campo. No existía nada más susceptible de desencadenar una revolución. Porque en esa misma época las clases liberales de la sociedad provincial estaban llegando a la conclusión de que sus intereses e identidad comunes implicaban la defensa de los derechos del gobierno local contra la burocracia centralizadora de la que tanto dependía el nuevo zar.

II El fino barniz de la civilización

Cuando el príncipe Serguei Urusov fue nombrado gobernador de Besarabia en mayo de 1903, lo primero que hizo fue adquirir una guía de la zona. Esta provincia suroccidental del Imperio, situada entre el mar Negro y Rumania, era totalmente desconocida para el antiguo graduado de la Universidad de Moscú elegido tres veces mariscal de la nobleza de Kaluga. «Sabía tan poco de Besarabia —admitiría más tarde— como de Nueva Zelanda, o incluso menos.»

Tres semanas después, tras detenerse en la capital para mantener una entrevista con el zar, salió en tren de Moscú con destino a Kishinev, la capital de Besarabia, situado a unos 14.000 kilómetros de distancia. El viaje le llevó dos noches y tres largos días, en un tren que avanzaba cada vez más lentamente a medida que se adentraba en el campo ucraniano. Solo en su compartimento especial, Urusov dedicó el tiempo a estudiar su guía, preparándose para sus primeros encuentros

con los dignatarios civiles que esperaba encontrarse a su llegada. Había escrito al vicegobernador pidiéndole que la fiesta de recepción fuera modesta; pero cuando su tren entró en la estación de Bendery, la primera ciudad de importancia de la provincia, vio a través de la ventana de su vagón un andén abarrotado de gente y lo que presentaba la apariencia de ser una banda de música. En el centro, acordonados por un anillo de policías, se encontraban el vicegobernador con uniforme de gala y el alcalde de la ciudad con la cadena de su función, llevando una bandeja con el pan y la sal. Así era como se había dado siempre la bienvenida al nuevo gobernador de Besarabia y no se iba a hacer una excepción con Urusov. En Kishinev, una hora y media más tarde, su excelencia el gobernador fue llevado a través de la ciudad en un coche descubierto tirado por seis caballos blancos. «Los hombres, las mujeres y los niños estaban situados en abarrotadas filas en las aceras —recordó Urusov—. Se inclinaban, saludaban con los pañuelos y algunos de ellos incluso se ponían de rodillas. Me sentí bastante impresionado por esto último, porque no estaba acostumbrado a escenas similares.» Después de una breve parada en la catedral, donde se invocó la bendición de Dios para la labor que tenía por delante, Urusov fue llevado a la casa del gobernador, un imponente palacio neoclásico situado en el centro de la ciudad, desde el cual gobernaría como virrey del zar sobre ese distante rincón del Imperio ruso.[11]

Con una población de 120.000 personas, Kishinev era una típica ciudad provincial. El centro administrativo, situado en la «ciudad superior», en lo alto de una colina, era una red formal de calles anchas y rectas bordeadas por álamos y acacias blancas. El bulevar principal, el Alexandrov, era particularmente elegante, con unas arterias lo suficientemente anchas como para que los tranvías de caballos circularan por sus límites. Además de la casa del gobernador, presumía de un cierto número de grandes edificios de piedra, oficinas e iglesias, que a juicio de Urusov «no habrían causado una impresión desfavorable ni siquiera en las calles de San Petersburgo». Pero a menos de un tiro de piedra de estas elegantes fachadas neoclásicas, en la «ciudad inferior» que descendía por la colina, había un mundo totalmente diferente; un mundo de calles ventosas, estrechas y sin pavimentar, llenas de fango en primavera y de polvo en verano; de covachas de madera y tugurios abarrotados que servían de hogares y tiendas a los obreros rusos, judíos y moldavos; un mundo de cerdos y de vacas que se movían por los callejones, de alcantarillas abiertas y montones de basura en las plazas públicas; un mundo donde las epidemias de cólera se producían como

término medio un año de cada tres. Éstas eran las dos caras de todas las ciudades rusas: una de poder imperial y de civilización europea, la otra de pobreza y mugre de proporciones asiáticas.[12]

Apenas se podía culpar a Urusov por ver su nombramiento como una especie de exilio. Muchos gobernadores sentían lo mismo. Acostumbrados al mundo cosmopolita de las ciudades capitalinas, estaban condenados a encontrar en comparación la sociedad provincial aburrida y estrecha. La cultura cívica de la Rusia provincial estaba, incluso a finales del siglo XIX, todavía en los primeros estadios de desarrollo cuando se la comparaba con las sociedades occidentales. La mayoría de las ciudades de Rusia habían evolucionado históricamente como puestos administrativos o militares del Estado zarista en lugar de como centros comerciales o culturales por propio derecho. Generalmente comprendían una pequeña nobleza, en su mayor parte empleada en el funcionariado civil local, y una gran masa de pequeños comerciantes, artesanos y trabajadores. Pero no existía una «burguesía» o «clase media» real en el sentido occidental. Los burgueses, que en la Europa occidental habían contribuido al avance de la civilización desde el Renacimiento, brillaban notablemente por su ausencia en la Rusia campesina. Las profesiones fueron demasiado débiles y dependientes del Estado como para asegurar su autonomía hasta las últimas décadas del siglo XIX. Los artesanos y los comerciantes estaban también divididos entre sí (eran histórica y legalmente dos estamentos separados) y divorciados de las clases educadas como para proporcionar a las ciudades rusas su perdido *Bürgertum.* En resumen, Rusia parecía verificar la frase de Piotr Struve: «Cuanto más al este se va en Europa, más débil en la política, más cobarde y más baja se hace la burguesía».[13]

Como sabrá cualquiera que esté familiarizado con las obras de Chejov, la vida cultural de la ciudad de provincias normal era extremadamente aburrida y pueblerina. Al menos, así es como la *intelligentsia* (impregnada de la cultura de Europa occidental) veía, con cierto disgusto, la vida atrasada de las provincias rusas. Escuchemos al hermano de *Las tres hermanas* describiendo el lugar en que vivían:

> Esta ciudad ha existido durante doscientos años; cien mil personas viven en ella, pero ¡no existe ninguna diferente entre ellas! Nunca ha habido un erudito o un artista o un santo en este lugar; nunca un solo

> hombre suficientemente notable como para hacerte sentir con pasión que deseabas emularlo. La gente aquí no hace más que comer, beber y dormir. Después se mueren y otros toman sus lugares, y comen, beben y duermen también; y sólo para introducir un poco de variación en sus vidas, para evitar el llegar a ser completamente estúpidos por aburrimiento, se entregan a su desagradable murmuración, al vodka, al juego y a los procesos judiciales.

Kishinev era a este respecto una ciudad muy similar al promedio. Tenía doce escuelas, dos teatros y una sala de música al aire libre, pero ninguna biblioteca ni galería de arte. El centro social de la ciudad era el Club del Noble. Allí era donde, según Urusov, «el carácter general de la sociedad de Kishinev encontraba su reflejo más conspicuo. Las salas del club siempre estaban llenas. Los habituales del club se reunían en torno a las mesas de juego desde una hora tan temprana como las dos de la tarde, y no se marchaban antes de las tres o las cuatro de la madrugada en invierno; y en verano no lo hacían antes de las seis o las siete». En Kishinev, como en la mayoría de las ciudades provinciales, los hábitos sociales de la nobleza tenían mucho más en común con los de los comerciantes locales que con los de los aristócratas de San Petersburgo. La hija de Stolypin, por ejemplo, recordaba que en Saratov, donde su padre fue una vez gobernador, las esposas de los nobles «se vestían de una manera tan informal que en las invitaciones resultaba necesario especificar que se exigía traje de noche. Incluso entonces aparecían a veces en los bailes vestidas con batas».[14]

En una sociedad como ésta el gobernador provincial desempeñaba inevitablemente el papel de una celebridad relevante. El punto máximo de cualquier evento social era el momento en que su excelencia llegaba a complacer al conjunto de invitados con su presencia. Recibir una invitación para el baile anual en casa del gobernador significaba haber llegado a la cima de la sociedad provincial. El príncipe Urusov, que era un hombre modesto, se quedó asombrado de la consideración casi divina en que era tenido por los residentes locales: «Según la costumbre de Kishinev, tenía que salir exclusivamente en carruaje, escoltado por un guardia montado, con el jefe de policía en la parte delantera. Dar un paseo a pie o salir de compras significaba por mi parte un grave quebrantamiento de la etiqueta». Pero otros gobernadores, menos modestos que él, se aprovecharon de su posición para comportarse como pequeños autócratas.

Un gobernador provincial, por ejemplo, ordenó que la policía detuviera todo el tráfico siempre que él atravesaba la ciudad. Otro no permitía que la obra comenzara antes de que él llegara al teatro local. Para los amantes de la libertad, el gobernador provincial era la misma personificación de la opresión y el despotismo del zar. Gorky no pudo encontrar una manera mejor de condenar el autoritarismo de Tolstoi que compararlo con un gobernador.[15]

El cargo que asumió Urusov se retrotraía a la Edad Media, aunque su forma exacta se vio alterada en muchas ocasiones. En un país tan vasto y difícil de gobernar como Rusia, las tareas de recaudar impuestos y mantener la ley y el orden superaban obviamente las capacidades de un diminuto estado medieval. De modo que fueron entregadas a los gobernadores, plenipotenciarios del zar, a los que a cambio de su servicio al Estado se les permitía «alimentarse» a expensas de los distritos que gobernaban, usualmente con un grado considerable de violencia y corrupción. La incapacidad del Estado para construir un sistema efectivo de administración provincial aseguraba el poder de estos gobernadores. Incluso en el siglo XIX, cuando la burocracia extendía sus organismos a las provincias, los gobernadores nunca se integraron de manera total en el aparato centralizado del Estado.

Los gobernadores provinciales estaban a cargo de la policía local, de la que técnicamente eran responsables ante el Ministerio del Interior. También servían como presidentes de las juntas provinciales, cuya labor caía dentro de la competencia de otros ministerios, tales como el de Justicia, el de Finanzas y el de Transportes. Esta fragmentación del poder ejecutivo obligó progresivamente a los gobernadores a negociar, persuadir y llegar a compromisos (a representar el papel de un político moderno) durante los últimos años del siglo XIX. No obstante, a causa de sus estrechas relaciones con la corte, podían seguir ignorando las demandas de los ministerios en San Petersburgo, y a menudo lo hacían así cuando consideraban que éstas chocaban con los intereses del estamento nobiliario, del cual salían todos los gobernadores provinciales. Por ejemplo, las reformas locales del gobierno de Stolypin, que intentó introducir después de 1906, se vieron detenidas de manera efectiva por los gobernadores, que las contemplaron como un desafio al dominio de la nobleza. A. A. Jvostov, uno de los sucesores de Stolypin en el Ministerio del Interior, se quejaba de que era «virtualmente imposible» evitar que los gobernadores sabotearan la labor de su ministerio a causa de sus «altos protectores» en la corte: «Uno tiene una tía que disfruta de la amistad de la emperatriz, otro es un gentilhombre de cámara

de un pariente, y un tercero un primo que es oficial de la Caballería imperial». El extraordinario poder de los gobernadores arrancaba del hecho de que eran los virreyes personales del zar: encarnaban el principio autocrático en las provincias. Los dos últimos zares de Rusia rehusaron de una manera particular aceptar la idea de subordinar los gobernadores a la burocracia porque los veían como sus partidarios más leales y porque, en palabras de Richard Robbins, «como representantes personales del soberano, los gobernadores evitaban que los emperadores dependieran de sus ministros y [les] proporcionaban una conexión directa con las provincias y con el pueblo». Dos de las contrarreformas de Alejandro III, en 1890 y en 1892, aumentaron considerablemente los poderes de los gobernadores sobre los *zemstvos* y las instituciones municipales. Al igual que su hijo, Alejandro vio esto como una manera de acercarse a la fantasía de gobernar Rusia directamente desde el trono. Pero el resultado fue la confusión en la administración provincial: los gobernadores, las agencias de los ministerios centrales y los organismos electivos locales fueron colocados los unos contra los otros.[16]

El poder del gobierno imperial efectivamente se detenía en las ochenta y nueve capitales de provincia donde los gobernadores desempeñaban sus funciones. Por debajo de esto no existía una administración estatal real de la que se pudiera hablar tampoco. Ni el *uezd* o capital de distrito ni el *volost* o ciudad rural tenían ningún funcionario estable del Gobierno. Sólo existían una serie de magistrados que aparecían de vez en cuando con alguna misión específica, generalmente recaudar impuestos o solventar algún conflicto local, y después volvían a desaparecer de nuevo. Los asuntos de la Rusia campesina, donde vivía el 85 por ciento de la población del país, eran completamente desconocidos para los burócratas de las ciudades. «Sabíamos tanto del territorio de Tula —confesó el príncipe Lvov, dirigente del *zemstvo* de Tula en la última década del siglo XIX— como sabíamos de Asia central.»[17]

La debilidad crucial del sistema zarista era el *subgobierno* de las localidades. Este hecho vital es demasiado a menudo ocultado por la imagen mítica de los revolucionarios enfrentados con un antiguo régimen omnipotente. Nada podía estar más lejos de la verdad. Por cada mil habitantes del Imperio ruso había sólo cuatro funcionarios estatales a finales de siglo, comparados con los 7,3 en Inglaterra y Gales, los 12,6 en Alemania y los 17,6 en Francia. La policía regular, diferenciada de la rama política, era extremadamente pequeña de acuerdo con los patrones europeos. El gasto ruso *per capita* en policía de la

población era menos de la mitad del que se daba en Italia o en Francia y menos de la cuarta parte del que se producía en Prusia. Para una población rural de cien millones de personas, Rusia en 1900 no tenía más que 1.852 sargentos de policía y 6.864 agentes. El agente era responsable por término medio de vigilar a cincuenta mil personas distribuidas en docenas de localidades que se extendían a lo largo de unos 5.180 kilómetros cuadrados. Muchos de ellos no tenían ni siquiera un caballo o un carro. Es cierto que desde 1903 los agentes se vieron ayudados por agentes campesinos, de los que se nombraron unos cuarenta mil. Pero éstos eran claramente indignos de confianza y, en cualquier caso, contribuían muy poco a reducir las cargas crecientes de la policía. Sin sus propios órganos efectivos en el campo, la burocracia central estaba asignando cada vez más tareas a la policía local: no sólo el mantenimiento de la ley y el orden, sino también la recaudación de impuestos, el cumplimiento de las leyes gubernamentales y de los decretos militares, el reforzamiento de los reglamentos de sanidad y seguridad, la inspección de los caminos y los edificios públicos, la elaboración de estadísticas y la supervisión general de la «moral pública» (por ejemplo, asegurarse de que los campesinos se lavaban la barba). La policía, en resumen, estaba acostumbrada a ser una especie de órgano ejecutivo que servía para todo. A menudo eran los únicos agentes del Estado con los que los campesinos llegaban a tener contacto.[18]

El atraso general de Rusia (su pequeña base impositiva y sus pobres comunicaciones) deriva en buena medida de este subgobierno. El legado de la servidumbre también tenía su parte de responsabilidad. Hasta 1861 los siervos habían estado situados bajo la jurisdicción de sus propietarios nobles y, puesto que pagaban sus impuestos, el Estado no intervenía en las relaciones entre ellos. Sólo después de la emancipación (y entonces muy lentamente) el Gobierno zarista se ocupó del problema de cómo extender su influencia sobre los nuevos «ciudadanos» en las aldeas y de cómo establecer una política que contribuyera al desarrollo de la agricultura campesina. Inicialmente, durante la década de los sesenta del siglo XIX, el régimen dejó los asuntos de los distritos campesinos en manos de los nobles locales.

Éstos dominaban las asambleas de los *zemstvos* y cubrían casi las tres cuartas partes de los puestos en las juntas de los *zemstvos* provinciales. Las asambleas nobiliarias y sus jefes electivos siguieron disfrutando de amplios poderes administrativos, especialmente en el área de distrito *(uezd)*, donde eran virtualmente los únicos agentes en los que podía confiar el régimen zarista.

Además, los nuevos magistrados *(mirovye posredniki)* recibieron amplios poderes judiciales que no eran distintos de los de sus predecesores bajo la servidumbre, incluido el derecho de flagelar a los campesinos por crímenes y faltas menores.

Resultaba lógico que el régimen zarista buscara basar su poder en las provincias con nobleza terrateniente, su aliado más cercano. Pero fue una estrategia peligrosa y el peligro fue creciendo a medida que pasaba el tiempo. La nobleza terrateniente se encontraba sometida a una fuerte decadencia económica durante los años de la depresión agrícola a finales del siglo XIX, y se estaba volviendo hacia los *zemstvos* para defender sus intereses locales agrarios contra la burocracia centralizadora e industrializante de San Petersburgo. En los años anteriores a 1905 esta resistencia se expresó fundamentalmente en términos liberales: era vista como la defensa de la «sociedad provincial», un término que ahora se utilizaba por primera vez y que conscientemente se ampliaba para incluir los intereses del campesinado. Este movimiento liberal de los *zemstvos* culminó en la petición política de mayor autonomía para el gobierno local, de un parlamento nacional y de una constitución. Aquí estuvo el inicio de la revolución: no en los movimientos socialistas o de los trabajadores sino (como en Francia en la penúltima década del siglo XVIII) en las aspiraciones del más antiguo aliado del régimen, la nobleza provincial.

La emancipación tuvo el efecto de un duro golpe no sólo para la economía, sino también para el conjunto de la civilización provincial de la nobleza. Privados de sus siervos, la mayoría de los nobles terratenientes se sumergieron en una decadencia terminal. Muy pocos pudieron responder a los nuevos desafíos del mundo comercial en el cual como agricultores (y menos a menudo como hombres de industria y comerciantes) se vieron obligados a sobrevivir en adelante. Todo el período entre 1861 y 1917 podría ser presentado como la muerte lenta de la antigua elite agraria sobre la que siempre había descansado el sistema zarista.

Desde Gogol a Chejov, la figura del noble terrateniente empobrecido resultó perenne en la literatura rusa del siglo XIX. Era una obsesión cultural. El drama de Chejov *El huerto de los cerezos*[8*] (1903) se hizo eco de manera particular y sutil de los temas familiares para la nobleza en decadencia: las posesiones elegantes pero con pérdidas se venden a un hombre de negocios hecho a sí mismo, el hijo de un siervo de aquella misma posesión, que tala el huerto para edificar casas. La mayoría de los caballeros, como los Ranevsky en el drama de Chejov,

demostraron que eran incapaces de transformar sus posesiones agrarias en granjas comercialmente viables una vez que la emancipación les privó del apoyo del trabajo gratuito de los siervos y los forzó a entrar en el mundo capitalista. No podían seguir los pasos de los *junkers* prusianos. La antigua economía servil rusa nunca había tenido como finalidad, en términos generales, la de conseguir beneficios. Los nobles obtenían prestigio (y en ocasiones, un puesto elevado) por el número de siervos que poseían (de ahí el relato de Chichikov en *Almas muertas* [1842] de Gogol, que viaja por las posesiones agrarias de Rusia comprando las listas de siervos muertos [o «almas», como entonces eran denominados]) cuya muerte todavía no había sido registrada, y por la ostentación de sus mansiones señoriales más que por el éxito de sus explotaciones. La mayoría de las posesiones señoriales eran labradas por siervos que disponían de los mismos instrumentos y métodos primitivos que utilizaban en sus propios huertos domésticos. Muchos de los caballeros gastaban los reducidos ingresos de sus posesiones en los costosos lujos importados de Europa en lugar de invertirlos en sus posesiones agrarias. Pocos parece que llegaran a comprender que los ingresos no eran lo mismo que los beneficios.

A mediados del siglo XIX muchos de los caballeros se habían endeudado desesperadamente. Hacia 1859, una tercera parte de las posesiones y dos terceras partes de los siervos poseídos por los nobles terratenientes habían sido hipotecados en favor del Estado y de los bancos aristocráticos. Esto, más que otra cosa, ayudó al gobierno a forzar la emancipación en contra de la considerable oposición de la nobleza. No es que las condiciones de la liberación fueran desfavorables para los terratenientes: recibieron un buen dinero por la tierra (a menudo de baja calidad) que decidieron transferir a los campesinos.[9*] Pero ahora los caballeros dependían de sus propios recursos, privados del trabajo gratuito de los siervos y de sus herramientas y animales. Ya no podían seguir viviendo una existencia cómoda: su supervivencia dependía de su lugar en el mercado. Tenían que pagar las herramientas y el trabajo y aprender la diferencia existente entre el beneficio y las pérdidas. Sin embargo, no existía prácticamente nada en su trasfondo que los preparara para enfrentarse con el desafio del capitalismo. La mayoría de ellos casi no sabía nada de agricultura o contabilidad y siguió haciendo gastos de la misma manera lujosa, amueblando sus mansiones al estilo Imperio francés y enviando a sus hijos a las escuelas más costosas. Una vez más, sus deudas aumentaron, obligándolos a arrendar o vender primero uno o dos y después cada vez más pedazos de tierra. Entre 1861 y 1900 más del 40

por ciento de la tierra de la nobleza fue vendida a los campesinos, cuya creciente hambre de tierra, debida a la explosión demográfica, condujo a multiplicar por siete el valor de la tierra. Se produjo un incremento similar de los costos de arrendamiento y, hacia 1900, dos terceras partes de la tierra cultivable de la nobleza ya habían sido arrendadas a los campesinos. Resulta irónico que la depresión de los precios agrícolas que se produjo en las dos últimas décadas del siglo XIX fuera lo que forzó a los campesinos a aumentar la tierra que cultivaban, y también lo que hizo que resultara más beneficioso para los caballeros el arrendar o vender su tierra en lugar de cultivarla. Sin embargo, a pesar de estas ganancias especulativas, al finalizar el siglo la mayoría de los caballeros descubrieron que ya no podían seguir viviendo de la manera a la que se habían acostumbrado. Sus mansiones neoclásicas, con sus pinturas italianas y sus bibliotecas, sus salones de baile y sus jardines, fueron entrando lentamente en decadencia.[19]

No todos los caballeros aceptaron de manera voluntaria esta situación. Muchos de ellos hicieron un intento por gobernar sus posesiones como empresas comerciales, y de estos círculos emergieron los hombres liberales del *zemstvo* que desafiaron a la autocracia durante las últimas décadas del siglo.

El príncipe G. E. Lvov (1861-1925), que iba a convertirse en el primer presidente de Gobierno de la Rusia democrática en 1917, fue un paradigma de este tipo de hombres. Los Lvov eran una de las familias más antiguas de la nobleza rusa. Podían rastrear sus raíces a lo largo de treinta y una generaciones llegando al mismo Rurik, que había fundado en el siglo IX el «Estado» ruso. Popovka, el hogar ancestral de los Lvov, estaba en la provincia de Tula, a menos de 200 kilómetros (pero por culpa de los primitivos caminos de Rusia, al menos a dos días de viaje en diligencia) de Moscú. La hacienda de Tolstoi enYasnaya Polyana se encontraba solamente a unos pocos kilómetros de distancia, y los Lvov consideraban al gran escritor como uno de sus amigos más íntimos. La mansión de Popovka era bastante grande para lo que, con sólo 400 hectáreas, constituía una pequeña hacienda según los patrones rusos. Se trataba de una residencia de dos plantas, construida en estilo Imperio durante la tercera década del siglo XIX, con más de veinte habitaciones, cada una con un techo doble, postigos y ventanas, que daban a un jardín plantado con rosas y estatuas clásicas al frente. Había un parque detrás de la casa con una capilla grande de piedra blanca, un lago artificial, un huerto de naranjos, una avenida de abedules y un huerto. El régimen doméstico era el habitual en la nobleza provincial del siglo

XIX. Había una gobernanta inglesa llamada miss Jenny (el inglés fue la primera lengua que Lvov aprendió a leer). El padre de Lvov era un liberal reformista, un hombre de 1864, y gastó todo su dinero en la educación de sus hijos. Los cinco hijos, aunque no la única hija, fueron todos enviados a las mejores escuelas de Moscú. Los lujos eran mínimos si se comparan con los pródigos patrones de la clase nobiliaria rusa: el clásico mobiliario de caoba Primer Imperio, uno o dos paisajes flamencos del siglo XVIII; unos pocos perros para cazar en otoño y un carruaje inglés con caballos de pedigrí, pero muy poco que pudiera impresionar a los mucho más importantes Tolstoi.

Sin embargo, con todo, a finales de los años setenta del siglo XIX, los Lvov se las habían arreglado para acumular unas enormes deudas que superaban considerablemente los ciento cincuenta mil rublos. «Con la abolición de la servidumbre —recordaba Lvov—, pronto entramos en la categoría de los terratenientes que carecían de medios para vivir de la manera a la que su círculo estaba acostumbrado.» La familia tuvo que vender sus otras dos posesiones agrarias, una en Chernigov por treinta mil rublos y la otra en Kostroma por algo menos, así como una fábrica de cerveza en Briansk y el piso de los Lvov en Moscú. Pero aun así continuaron considerablemente endeudados. Entonces tuvieron que elegir entre vender Popovka o convertirla en una hacienda que rindiera beneficios. A pesar de su inexperiencia, y en el inicio de la peor depresión agrícola del siglo, los Lvov no tuvieron dudas a la hora de optar por lo último. «La idea de renunciar al hogar de nuestros antepasados era impensable», escribió más tarde Lvov. La explotación agrícola de Popovka había sido gobernada tan pésimamente durante décadas de negligencia que cuando los Lvov regresaron allí por primera vez para administrarla, incluso los campesinos de las aldeas vecinas sacudieron la cabeza y manifestaron su compasión por ellos. Se ofrecieron para ayudarlos a restaurar los edificios de la hacienda y para limpiar el bosque de los hierbajos de los campos. Los cuatro hermanos mayores se encargaron de la hacienda (su padre era demasiado anciano y estaba demasiado enfermo para trabajar) mientras Georgii estudiaba derecho en la Universidad de Moscú y regresaba a Popovka durante las vacaciones. La familia se desprendió de los sirvientes, dejando todo el trabajo de la casa a la hermana de Georgii, y vivieron como campesinos de pan de centeno y de sopa de col. Más tarde Lvov volvería la mirada hacia esta época como el origen de su propia emancipación (su propia revolución personal) de la cultura de los terratenientes del orden zarista. «Nos separó de la corteza superior y nos convirtió en demócratas.

Comencé a sentirme incómodo en compañía de aristócratas y siempre me sentí mucho más cercano a los campesinos.» Gradualmente, gracias a su propio arduo trabajo en los campos, los Lvov restauraron la hacienda. Aprendieron métodos de labranza de sus vecinos campesinos y de textos de agricultura comprados en Moscú por Georgii. Resultó que el suelo acabó siendo ideal para cultivar tréboles y, alternándolo con el centeno, incluso empezaron a lograr beneficios impresionantes. A finales de la penúltima década del siglo XIX Popovka se había salvado, todas sus deudas habían quedado saldadas y el recientemente graduado Georgii regresó para transformarla en una hacienda mercantil. Incluso plantó un huerto y construyó una fábrica de enlatado cerca de la hacienda para hacer puré de manzana con destino al mercado moscovita.[20] ¿Podría existir un contrapunto más adecuado a la visión de Chejov de una nobleza en decadencia?

El príncipe Lvov se convirtió en un miembro dirigente del *zemstvo* de Tula durante los primeros años de la última década del siglo XIX. Los ideales y limitaciones que compartía con los hombres liberales del *zemstvo* iban a dejar su impronta en el gobierno que dirigió entre marzo y julio de 1917. El príncipe Lvov no era la clase de hombre que se esperaría encontrar a la cabeza de un gobierno revolucionario. Cuando era niño había soñado con convertirse «en un leñador y vivir por sus propios medios en los bosques». Este aspecto místico de su carácter, una especie de naturalismo tolstoiano, nunca se extinguió. Ekaterina Kuskova dijo que «en una conversación podía hablar con sentimiento sobre el misticismo y después volverse inmediatamente al precio de las patatas». Por temperamento, encajaba mucho mejor en los círculos íntimos *(kruzhki)* de los activistas del *zemstvo* que en el mundo agresivo de la política moderna de partidos. El príncipe era tímido y modesto, gentil y retraído, y bastante incapaz de dar órdenes a la gente basándose en otra cosa que en una autoridad puramente moral. Ninguna de estas virtudes lo eran a los ojos de los políticos más ambiciosos, que lo encontraban «pasivo», «gris» y «frío». El rostro triste y noble de Lvov, que raramente evidenciaba señales de emoción o de excitación, le hacía parecer todavía más remoto. La elite arrogante de la metrópoli consideraba a Lvov provinciano y estúpido —el dirigente liberal Pavel Miliukov, por ejemplo, le llamaba «simplón» *(shliapa)*—, y de esto deriva en buena medida la pobre reputación de Lvov, incluso su descuido, en los libros de historia. Pero ambas actitudes implican malinterpretar y subestimar a Lvov. Tenía una mente política práctica, formada por años de trabajo en el *zemstvo* dedicados a mejorar las condiciones rurales, y no teórica como la de Miliukov. El liberal V. A.

Obolensky, que conocía bien a Lvov, aseguraba que «ni una sola vez le había escuchado hacer una afirmación de naturaleza teórica. Las "ideologías" de la *intelligentsia* le resultaban completamente ajenas». Pero este carácter práctico (lo que Obolensky llamaba su «sabiduría natural») no convertía necesariamente a Lvov en un político inferior. Tenía una inteligencia sólida para los asuntos técnicos, ingentes cantidades de sentido común y una rara capacidad para juzgar a la gente; todas ellas buenas cualidades políticas.[21] Lvov no era sólo un extraño revolucionario: era un revolucionario a regañadientes. Sus ideales derivaban de las grandes reformas (había nacido simbólicamente en 1861) y, en lo profundo de su corazón, siempre iba a seguir siendo un monárquico liberal. Creía que la misión de la clase nobiliaria era dedicarse al servicio del pueblo. Esta clase de populismo paternal era común entre los hombres de los *zemstvos.* Eran funcionarios públicos de buenas intenciones y dedicación, de la especie que llena las páginas de Tolstoi y Chejov, que soñaban con traer la civilización al campo oscuro y atrasado. Como los liberales (e igual de culpabilizados) hijos de los antiguos propietarios de siervos, muchos de ellos sin duda sentían que de esta manera estaban ayudando a pagar sus deudas con los campesinos. Algunos estaban dispuestos a realizar considerables sacrificios personales. Lvov, por ejemplo, pasaba tres meses al año viajando por las aldeas inspeccionando escuelas y tribunales. Utilizó algunos de los beneficios de la hacienda de Popovka para construir una escuela e instalar un sistema mejorado de agua para las aldeas cercanas. Bajo su dirección en la última década del siglo XIX, el *zemstvo* de Tula se convirtió en uno de los más progresistas de todo el país. Estableció escuelas y bibliotecas, levantó hospitales y asilos para enfermos mentales, construyó nuevos caminos y puentes, proporcionó servicios veterinarios y agrícolas al campesinado, invirtió en negocios e industrias locales, financió sistemas de seguridad y crédito rural, y, siguiendo la mejor tradición liberal, llevó a cabo ambiciosos exámenes estadísticos en preparación de reformas ulteriores. Fue un modelo de la misión del *zemstvo* liberal: vencer el atraso y la apatía de la vida provincial e integrar al campesinado, como «ciudadano», en la vida de la nación.

Las expectativas optimistas de los liberales del *zemstvo,* casi resulta inútil decirlo, nunca se realizaron. La suya era una vasta tarea que superaba con mucho las limitadas capacidades de los *zemstvos.* Se produjeron algunos logros, especialmente en lo que se refiere a la educación primaria, que se reflejaron en el incremento general de los gastos de los *zemstvos* de quince millones de rublos al

año en 1868 a noventa y seis millones al concluir el siglo. Sin embargo, el nivel general de gastos no era muy alto si se considera el amplio espectro de responsabilidades de los *zemstvos;* y la proporción de impuestos locales a estatales (en torno a un 15 por ciento) permaneció muy baja en comparación con la de la mayoría de Europa, donde superaba el 50 por ciento.[22] Había, además, un problema fundamental, que socavaba todo el proyecto liberal, y era el de cómo implicar a los campesinos en la labor del *zemstvo.* Los campesinos, después de la emancipación, continuaban estando aislados en sus comunas aldeanas sin derechos legales similares a los de la nobleza o incluso privados del derecho a elegir delegados directamente para el *zemstvo* de distrito. Veían los *zemstvos* como una institución de la nobleza y pagaban sus impuestos a regañadientes.

Pero un problema todavía más arduo para los *zemstvos* lo constituía la creciente oposición del Gobierno central a su labor bajo los dos últimos zares. Alejandro III contempló los *zemstvos* como un peligroso caldo de cultivo del liberalismo. La mayoría de sus burócratas estaban de acuerdo con él. Polovtsov, por ejemplo, pensaba que los *zemstvos* habían «traído al campo una estirpe totalmente nueva de tipos urbanos (escritores, prestamistas, funcionarios y gente semejante) que eran bastante ajenos al campesinado». El Gobierno estaba muy preocupado con los setenta mil empleados profesionales de los *zemstvos* (maestros, doctores, estadísticos y agrónomos), que eran conocidos colectivamente como el «tercer elemento». En contraste con los dos primeros elementos del *zemstvo* (los administradores y diputados electivos), que eran extraídos principalmente de la nobleza terrateniente, estos profesionales procedían a menudo de trasfondos campesinos o de la clase baja, y eso proporcionaba a su política un enfoque democrático y radical. Cuando su número aumentó en las dos últimas décadas del siglo XIX, intentaron ampliar la misión social de los *zemstvos.* En efecto, los transformaron de órganos de la nobleza en órganos principalmente del campesinado. Se avanzaron ambiciosos proyectos para la reforma agrícola y para mejoras en salud e higiene en vísperas de la gran hambre que golpeó la Rusia rural en los primeros años de la última década del siglo XIX. Los terratenientes liberales como Lvov los apoyaron. Pero la mayoría de los terratenientes, que eran más conservadores, fueron muy hostiles al incremento de impuestos que semejantes proyectos exigían (después de más de una década de depresión agrícola muchos de ellos se encontraban en la miseria financiera) y realizaron una campaña contra el tercer elemento.

Encontraron un aliado natural y poderoso en el Ministerio del Interior, que desde el inicio del reinado de Alejandro había desarrollado una campaña para evitar las tendencias democráticas del gobierno local. Sucesivos ministros del Interior, al igual que sus jefes de policía, consideraron al tercer elemento como revolucionarios («cohortes de *sansculottes*», en palabras de Plehve, director del Departamento de Policía y posteriormente ministro del Interior) que estaban utilizando sus posiciones en los *zemstvos* para agitar al campesinado.

Como respuesta a su presión, se promulgó un estatuto en 1890 que incrementaba el dominio de los nobles terratenientes sobre los *zemstvos*, al excluir a los judíos y a los propietarios campesinos de las elecciones a estas asambleas. También situó la labor de los *zemstvos* bajo el estrecho control de una nueva oficina provincial, presidida por el gobernador provincial y subordinada al Ministerio del Interior, al que se concedió un amplio veto sobre los nombramientos del personal de los *zemstvos*, las publicaciones y presupuestos de los *zemstvos* y sus resoluciones cotidianas. Provisto de estos impresionantes poderes, el ministerio y sus agentes provinciales obstruyeron de manera constante la labor de los *zemstvos*. Impusieron tremendos límites en sus presupuestos sobre la base de que algunos de sus gastos eran innecesarios. Algunos de éstos eran extremadamente pequeños. Por ejemplo, el *zemstvo* de Perm tenía su presupuesto bloqueado por encargar un retrato del doctor Litvinov, el veterano director del asilo provincial de enfermos mentales. El *zemstvo* de Suzdal fue castigado de manera similar por utilizar cincuenta rublos de un fondo de reserva para ayudar a pagar la construcción de una biblioteca. La policía también bloqueó la labor de los *zemstvos*. Arrestaron a estadísticos y agrónomos como «revolucionarios» y les impidieron viajar por el campo. Realizaron incursiones en las instituciones de los *zemstvos*, incluyendo hospitales y asilos mentales, en busca de «sospechosos políticos». Incluso arrestaron a mujeres que pertenecían a la nobleza local por enseñar a los niños campesinos a leer y escribir en su tiempo libre.[23]

Las contrarreformas del reinado de Alejandro, de las cuales fue una piedra angular el Estatuto de 1890, fueron esencialmente un intento de restaurar el principio autocrático en el gobierno local. Los gobernadores provinciales, cuyos poderes sobre los *zemstvos* y las instituciones municipales habían sido enormemente incrementados por las contrarreformas, iban a desempeñar el papel de un zar en miniatura. La misma idea subyace en la institución de los capitanes territoriales *(zemskie nachal'niki)* como resultado de otra contrarreforma en

1889. Siguieron siendo los agentes centrales del régimen zarista en el campo hasta 1917, aunque después de la revolución de 1905 sus poderes se vieron considerablemente diluidos. Nombrados por los gobernadores provinciales y subordinados al Ministerio del Interior, los dos mil capitanes territoriales, procedentes principalmente de la nobleza, recibieron un amplio abanico de poderes ejecutivos y judiciales sobre los campesinos, entre los que eran conocidos como los «pequeños zares». Sus poderes incluían el derecho de impedir las decisiones de las asambleas de las aldeas, de deponer a los funcionarios campesinos electivos y de conocer las disputas judiciales. Hasta 1904 incluso podían ordenar la flagelación pública de los campesinos por faltas menores, tales como (y de la manera más general) entrar en la tierra de un noble o dejar de pagar los impuestos. Resulta difícil enfatizar en demasía el impacto psicológico de esta flagelación pública, décadas después de la emancipación, sobre la mente campesina. El escritor campesino Serguei Semyonov[10*] (1868-1922), con el que volveremos a encontrarnos a lo largo de este libro, escribió que sus compañeros campesinos veían a los capitanes de la tierra como «un regreso a los días de la servidumbre, cuando el amo gobernaba la aldea como un señor». Semyon Kanatchikov, otro hijo de campesinos con el que volveremos a encontrarnos, también prestó su voz al resentimiento causado por el trato feudal del campesinado llevado a cabo por los capitanes. Un campesino, que había sido arrestado por dejar de quitarse el sombrero e inclinarse ante el capitán de la tierra mientras realizaba un discurso ante la aldea, preguntó a Kanatchikov: «¿Qué significa un pobre campesino para un noble? Porque es peor que un perro. Al menos un perro puede morder, pero el campesino es manso y humilde y tolera todo».

Preocupado por el daño que los capitanes de la tierra estaban causando a la imagen del régimen en el campo, muchos de los burócratas más liberales (e incluso algunos de los conservadores) presionaron para lograr su abolición durante la primera década del reinado de Nicolás. Señalaron al escaso calibre de los capitanes territoriales, que a menudo eran oficiales del ejército retirados o segundones de la nobleza local demasiado obtusos para avanzar dentro de la burocracia regular, y advirtieron de que su disposición a echar mano del látigo podía provocar una rebelión campesina. Pero Nicolás no escuchó una palabra contra ellos. Vio a los capitanes territoriales como los «sirvientes caballeros» de su poder personal en el campo. Le proporcionaban un vínculo directo con el campesinado, un vínculo que la «muralla» de la burocracia había bloqueado, y le

ayudaban a convertir en realidad su sueño de una autocracia popular al estilo moscovita. A través de su poder buscaba restaurar el orden tradicional de la sociedad, con su nobleza terrateniente a la cabeza, contrarrestando por lo tanto las tendencias democráticas del mundo moderno.[24]

Las contrarreformas del reinado de Alejandro fueron un punto de inflexión vital en la prehistoria de la revolución. Colocaron al régimen zarista y a la sociedad rusa en el sendero del conflicto creciente y, hasta cierto punto, determinaron el resultado de los acontecimientos que se produjeron entre 1905 y 1917. La reacción autocrática contra los *zemstvos,* como la reacción de la nobleza contra la democracia con la que se asoció, tuvo tanto la intención como el efecto de excluir a la masa del pueblo del ámbito de la política. El sueño liberal de los «hombres de 1864» (convertir a los campesinos en ciudadanos y ampliar la base del gobierno local) se vio erosionado cuando la corte y sus aliados intentaron reasegurar el viejo sistema paternal, presidido por el zar, su clero y sus caballeros, en el cual los campesinos, como niños o salvajes, eran considerados demasiado primitivos como para representar un papel activo. El abandono de la agenda liberal no llegó a estar plenamente claro hasta la derrota de las reformas del primer ministro Stolypin (sobre todo su proyecto para establecer un *zemstvo* del *volost* dominado por el campesinado) entre 1906 y 1911. Pero sus consecuencias previsibles resultaron claras mucho antes. Como habían señalado sus precursores, los *zemstvos* eran la única institución capaz de proporcionar una base política para el régimen en el campo. Si se les hubiera permitido integrar a los campesinos en el sistema de política local, entonces quizá la antigua división entre las «dos Rusias» (según la famosa expresión de Herzen), entre la Rusia oficial y la Rusia campesina, podía haber sido disminuida, si no eliminada. Esa división definió el curso total de la revolución. Sin ninguna oportunidad en el antiguo sistema de gobierno, los campesinos no dudaron en 1917 en derribar todo el Estado, creando de esa manera un vacío político para que los bolcheviques se hicieran con el poder. El zarismo, de esta manera, se socavó a sí mismo; pero también creó las condiciones básicas para el triunfo del bolchevismo.

III Los restos de un ejército feudal

«Prometo y juro ante Dios todopoderoso, ante sus santos Evangelios, servir a su majestad imperial, el autócrata supremo, verdadera y fielmente, obedecerle en todas las cosas y defender su dinastía, sin escatimar mi cuerpo, hasta la última gota de mi sangre.» Todos los soldados pronunciaban este juramento de fidelidad al entrar en el Ejército imperial. De manera significativa, el soldado juraba su lealtad al zar y a la preservación de la dinastía en lugar de al Estado o incluso a la nación. Todos los soldados tenían que renovar este juramento al producirse la coronación de cada nuevo zar. El ejército ruso pertenecía al zar en persona; sus oficiales y soldados eran de manera efectiva sus vasallos.[25]

El principio patrimonial sobrevivió más tiempo en el Ejército que en ninguna otra institución del Estado ruso. Nada era más cercano a la corte de los Romanov o más importante para ella que el Ejército. El poder del Imperio se fundaba sobre él, y las necesidades del Ejército y de la Marina siempre tenían precedencia en la conformación de la política imperial. Todas las reformas más importantes de la historia rusa habían sido motivadas por la necesidad de enfrentarse y competir bélicamente con los rivales del Imperio en occidente y en el sur: las reformas de Pedro el Grande habían sido llevadas a cabo por las guerras con Suecia y los otomanos; las de Alejandro II por la derrota militar en Crimea.

La corte se encontraba impregnada del *ethos* de lo militar. Desde finales del siglo XVIII se había convertido en costumbre de los zares jugar a los soldados con sus familias. La casa real era gobernada como un enorme estado mayor, con el zar como jefe supremo, con todos sus cortesanos divididos en rangos, y sus hijos, que eran enrolados en la Guardia, sometidos desde una temprana edad a esa especie de cruel humillación que deberían encontrar en el círculo de los oficiales, para inculcarles los principios de disciplina y subordinación que se pensaba que necesitarían para poder gobernar. El mismo Nicolás sentía pasión por la Guardia. Sus recuerdos más queridos eran los de sus días tranquilos de juventud como coronel en el Regimiento Preobrazhensky. Sentía debilidad por los desfiles militares y no reparaba en gastos en los galones dorados de sus soldados. Incluso restauró algunos de los embellecimientos más arcaicos y exagerados de los uniformes de los regimientos de guardia que Alejandro III había pensado que sería mejor abolir en interés de la economía. Nicolás estaba haciendo constantemente traviesas alteraciones en los uniformes de sus unidades favoritas (un botón extra aquí, otro entorchado allí) como si todavía estuviera jugando con los soldados de juguete de su juventud. Todas sus hijas, al igual que su hijo, fueron enroladas en regimientos de la Guardia. En las onomásticas y

cumpleaños llevaban sus uniformes y recibían delegaciones de sus oficiales. Hacían acto de presencia en los desfiles y revistas militares, en la entrega de despachos, en la presentación de banderas, en las comidas de regimientos, en los aniversarios de batallas y en otras ceremonias. Los oficiales de la Guardia de la Suite Imperial, que los acompañaban a todas partes, eran tratados casi como miembros lejanos de la familia Romanov. Ningún otro grupo era tan cercano ni tan leal a la persona del zar.[26]

Muchos historiadores han considerado el Ejército como un baluarte fanático del régimen zarista. Ése fue también el punto de vista de la mayoría de los observadores hasta la revolución. El comandante Von Tettau, del estado mayor alemán, escribió en 1903, por ejemplo, que el soldado ruso «está lleno de desprendimiento y lealtad hacia su deber» de una manera «que apenas se puede encontrar en ningún otro ejército del mundo». Trabajaba con ahínco y siempre estaba «contento, satisfecho y feliz, incluso después de trabajos y privaciones».[27] Pero en realidad existían tensiones crecientes entre el Ejército (en todos los rangos) y el régimen de los Romanov.

Para los jefes militares del país, la raíz del problema se encontraba en el terrible historial del Ejército a lo largo del siglo XIX, del que muchos de ellos llegaron a acusar a la política del Gobierno. La derrota en la guerra de Crimea (1853-1856), seguida por una costosa campaña contra Turquía (1877-1878), y después la humillación de la derrota ante los japoneses (la primera vez que una potencia europea de relevancia había sido vencida por un país asiático) en 1904-1905, dejaron al Ejército y a la Marina desmoralizados. Las causas de la debilidad militar de Rusia eran en parte económicas: sus recursos industriales no lograron sostener sus compromisos militares en una época de creciente competencia entre los imperios. Pero esta incompetencia también tenía un origen político: durante el final del siglo XIX el Ejército había perdido gradualmente su lugar en la cima de las prioridades de gasto del Gobierno. La derrota de Crimea había desacreditado a las fuerzas armadas e indicado la necesidad de distraer recursos del Ejército para la modernización de la economía. El Ministerio de la Guerra perdió la posición de favor de que había disfrutado en el sistema de gobierno de Nicolás I (1825-1855) y se vio sustituido por los ministerios de Finanzas y del Interior, que desde entonces recibieron una parte de los gastos estatales. Entre 1881 y 1902 la porción del presupuesto recibida por las fuerzas armadas descendió del 30 al 18 por ciento. Diez años antes de la primera guerra mundial el ejército ruso solamente estaba gastando el 57 por ciento de la

cantidad empleada en cada soldado en el ejército alemán, y sólo el 63 por ciento de la que se empleaba en el austríaco. En resumen, el soldado ruso fue a la guerra peor entrenado, peor equipado y con servicios más pobres que su enemigo. El Ejército estaba tan escaso de dinero que debía apoyarse en buena medida en su propia economía interna para vestirse y alimentarse. Los soldados cultivaban su propio alimento y tabaco, y reparaban sus uniformes y botas. Incluso ganaban dinero para el regimiento yendo a trabajar como trabajadores temporeros en haciendas campesinas, en fábricas y minas cercanas a sus guarniciones. Muchos soldados pasaban más tiempo cultivando verduras o arreglando botas que aprendiendo a manejar sus fusiles. Al reducir el presupuesto militar, el régimen zarista creó un ejército de granjeros y zapateros remendones.

La desmoralización del Ejército estaba también ligada a su papel creciente en la supresión de las protestas civiles. El Imperio ruso se vio cubierto con una red de guarniciones. Su tarea era proporcionar una asistencia militar más o menos rápida a los gobernadores provinciales o a la policía que tuviera que ocuparse de los disturbios. Entre 1883 y 1903 se recurrió a las tropas aproximadamente unas mil quinientas veces. Los oficiales se quejaban con amargura de que este deber policial estaba por debajo de la dignidad de un soldado profesional, y de que apartaba al Ejército de su función militar más adecuada. También advirtieron del efecto dañino que iba a tener sobre la disciplina. La historia demostró que tenían razón. La inmensa mayoría de los soldados rasos eran campesinos, y su moral se vio fuertemente influida por las noticias que recibían de sus aldeas. Cuando el Ejército fue llamado para sofocar los levantamientos campesinos de 1905 y 1906, muchas de las unidades, especialmente de la infantería dominada por los campesinos, se negaron a obedecer y se amotinaron en apoyo de la revolución. Hubo más de cuatrocientos motines entre el otoño de 1905 y el verano de 1906. El Ejército se vio arrastrado al borde del colapso, y necesitó años para restaurar una apariencia de orden.[28]

Muchos de estos motines fueron parte de una protesta general contra las condiciones feudales que prevalecían en el Ejército. Tolstoi, que había servido como oficial en la guerra de Crimea, las describió en su última novela, *Hadji-Murad*. Los soldados campesinos, en particular, censuraban la manera en que sus oficiales se dirigían a ellos con el familiar «tú» *(tyi)*, normalmente utilizado para los animales y los niños) en vez del más correcto «usted» *(vyi)*. Era como si, una vez más, los amos se dirigieran a sus siervos; y puesto que la mayoría de los

oficiales eran nobles, y la mayoría de los soldados eran hijos de antiguos siervos, esta forma de tratamiento simbolizaba la continuación del antiguo mundo feudal en el interior del Ejército. Lo primero que hacía un recluta al unirse al Ejército era aprender los diferentes títulos de sus oficiales: «señoría» hasta el grado de coronel, «excelencia» para los generales e «ilustrísima» o «muy ilustrísima» para los oficiales con título. Los coroneles y los generales tenían que ser saludados no sólo con el sencillo saludo realizado con la mano, sino deteniéndose y haciéndose a un lado para la revista, mientras el oficial pasaba a un número de pasos estrictamente prescrito. El soldado era entrenado para responder a sus superiores según las diferentes títulos de éstos: «En absoluto, señoría»; «feliz de servirle, excelencia»... Cualquier desviación era susceptible de ser castigada. Los soldados podían esperar un golpe en la cara, un golpe en la boca con la culata de un rifle y a veces incluso la flagelación por faltas relativamente menores. A los oficiales se les permitía utilizar una amplia gama de términos insultantes, tales como «escoria» y «sabandija» para humillar a sus soldados y mantenerlos en su lugar. Incluso cuando se encontraba fuera de servicio, el soldado raso se veía privado de los derechos de un ciudadano normal. No podía fumar en los lugares públicos, acudir a restaurantes o teatros, subir a los tranvías u ocupar un asiento de primera o de segunda clase en un coche del ferrocarril. En los parques públicos aparecían letreros que decían: PROHIBIDA LA ENTRADA DE PERROS Y SOLDADOS. La determinación de los soldados por derribar esta «servidumbre del ejército» y obtener la dignidad de la ciudadanía iba a convertirse en uno de los episodios más relevantes de la revolución.[29]

No fue solamente la infantería campesina la que se unió a los motines después de 1905. Incluso una parte de la caballería cosaca, que desde el inicio del siglo XIX había sido un modelo de lealtad al zar, se unió a las rebeliones. Los cosacos tenían quejas específicas. Desde el siglo XVI se habían desarrollado como una casta militar elitista, que en el siglo XIX vino a estar bajo el control del Ministerio de la Guerra. A cambio de su servicio militar, se concedían a los cosacos generosas porciones de tierra fértil, principalmente en las fronteras del sur que tenían que defender (el Don y el Kubán) y en las estepas orientales, así como una considerable libertad política para sus comunidades autogobernadas *(voiskos*, de la palabra «guerra»). Sin embargo, durante las últimas décadas del siglo XIX, los costes de equiparse a sí mismos para las tareas de la caballería, de comprar sillas de montar, arneses y caballos de guerra, a lo que estaban obligados en los fueros

de su estamento, se hicieron progresivamente onerosos. Muchos campesinos cosacos, que ya combatían contra la depresión, tuvieron que vender una parte de su ganado para enfrentarse a sus obligaciones y poder equipar a sus hijos. Los *voiskos* exigían cada vez más concesiones, tanto económicas como políticas, como precio de su servicio militar. Comenzaron a ondear la bandera del «nacionalismo cosaco», una forma provinciana y dudosa de patriotismo local basado en la idea de la superioridad étnica de los cosacos frente al campesinado ruso, y la memoria de un pasado distante y ampliamente mítico cuando los cosacos se habían gobernado a sí mismos a través de sus «antiguas» asambleas de ancianos y de sus atamanes electivos.[30]

El trato que dispensaba el Gobierno al Ejército provocó un creciente resentimiento entre la elite militar de Rusia. La oposición más acusada procedió de las nuevas generaciones de los denominados militares profesionales que surgieron dentro del cuerpo de oficiales y del mismo Ministerio de la Guerra durante las últimas décadas del antiguo régimen. Muchos de ellos eran graduados de las escuelas militares de *junkers* que se habían abierto y revitalizado en vísperas de la derrota de Crimea para proporcionar un medio para que los hijos de los que no eran nobles llegaran a los rangos superiores. Los oficiales de carrera dedicados a la modernización de los servicios armados eran amargamente críticos con las doctrinas militares arcaicas de las academias de élite y del estado mayor. Para ellos, las principales prioridades de la corte parecían ser el nombramiento de aristócratas leales al zar en los puestos superiores de mando y el gasto de recursos en lo que en la Edad Moderna había llegado a ser una caballería en buena medida ornamental. Argüían, por el contrario, que era más necesaria la atención que debía prestarse a las nuevas tecnologías (artillería pesada, ametralladoras, transportes motorizados, realización de trincheras y aviación), que estaban condenadas a ser decisivas en las futuras guerras. Las tendencias hacia la modernización en la política de la autocracia eran tan aparentes en el Ejército como lo fueron en todas las demás instituciones del antiguo régimen.

Alexei Brusilov (1853-1926) tipificaba el nuevo panorama profesional. Quizá fue el comandante de más talento producido por el antiguo régimen en sus últimas décadas; sin embargo, después de 1917, hizo más que nadie para asegurar la victoria de los bolcheviques. Por eso llegaría a ser más tarde vilipendiado como «traidor a Rusia» por los rusos blancos emigrados. Pero el conjunto de su extraordinaria carrera, desde su prolongado servicio como

general en el Ejército imperial a su época como comandante del ejército de Kérensky en 1917 y finalmente a sus años como asesor de alto rango en el Ejército Rojo, estuvo dedicado a la defensa militar de su país. En muchos aspectos la amarga vida de Brusilov, que iremos detallando a lo largo de este libro, simbolizó la tragedia de su clase.

No había nada en el origen de Brusilov o en sus primeros años que sugiriera la senda revolucionaria que emprendería más tarde. Incluso físicamente, con sus agradables rasgos zorrunos y su fino mostacho, tenía el aspecto de un típico general zarista del siglo XIX. Un amigo le describió como un «hombre de estatura corriente, con rasgos agradables y una forma de ser simpática por naturaleza, pero con tal aire de dignidad de mando que, cuando se le mira, uno se siente obligado a amarle y al mismo tiempo a temerle». Brusilov procedía de una antigua familia de la nobleza rusa con una prolongada tradición de servicio militar. Durante el siglo XIX uno de sus antepasados se había distinguido en la batalla de Ucrania contra los polacos (una hazaña que él emularía en 1920) y por esto la familia había recibido una amplia extensión de tierra fértil en Ucrania. A la edad de diecinueve años Brusilov se graduó en el Corps de Pages, la más elitista de todas las academias militares, donde los oficiales recibían la educación para formar parte de la Guardia imperial. Se unió a los Dragones del Regimiento de Tver en el Cáucaso y combatió en ellos con distinción, obteniendo varias medallas, en la guerra contra Turquía en 1877-1878, antes de regresar a San Petersburgo y entrar en la escuela de Guardias Portaestandartes y de los *junkers* de Caballería, donde llegó a convertirse en uno de los mayores expertos en caballería de Rusia. No resulta sorprendente, con esta formación, que de manera instintiva compartiera las actitudes y los prejuicios básicos de sus iguales. Era monárquico, nacionalista granruso, partidario de una férrea disciplina con sus soldados y un patriarca en el ambiente familiar. Sobre todo, era un creyente devoto, incluso místico, en la fe ortodoxa. Era esto, según su esposa, lo que le proporcionaba su legendaria tranquilidad y su autoconfianza incluso en momentos en que se avecinaba el desastre de sus tropas.[31]

Pero los puntos de vista de Brusilov eran más amplios y más inteligentes que los de los oficiales corrientes de la Guardia. Aunque por educación era un soldado de caballería, fue de los primeros que reconoció la decreciente importancia militar del caballo en una época de guerra moderna dominada por la artillería, los ferrocarriles, los teléfonos y el transporte motorizado. «Teníamos demasiada caballería —recordaría más tarde en sus memorias—, especialmente

cuando la guerra de trincheras sustituyó al combate a campo abierto.»[32] Creía que todo tenía que ser subordinado a la meta de preparar el Ejército imperial para una guerra moderna. Esto significaba de manera inevitable sacrificar el dominio arcaico de la caballería, y si era necesario, incluso los intereses dinásticos de la corte, por el bien de defender a la patria rusa. Mientras que instintivamente era monárquico, colocaba el Ejército sobre la política, y su lealtad al zar se debilitó cuando la vio socavada y destruida por los dirigentes de la corte.

El desapego de Brusilov hacia la monarquía iba a concluir en 1917 cuando se sumó a la revolución. Pero las raíces de esta conversión se podían retrotraer a la primera década del siglo XX, cuando, a semejanza de muchos profesionales nuevos, llegó a ver el dominio que la corte ejercía sobre el Ejército como un obstáculo relevante para la reforma y la modernización de éste en preparación para una guerra europea que, a medida que pasaban los años, cada vez le parecía más posible que estallara en las fronteras occidentales de Rusia. El punto de inflexión crítico fue el fracaso del estado mayor a la hora de aprender las lecciones de la derrota desastrosa en la guerra contra Japón de 1904-1905. Como muchos oficiales, lamentó amargamente la manera en que el Ejército había sido forzado a esta campaña, a casi diez mil kilómetros de distancia y casi sin preparación, por un pequeño grupo de la corte. La guerra en Extremo Oriente había llevado a la ruina de las defensas del país en occidente. Cuando, en 1909, asumió el mando del XIV Ejército, en la región fronteriza crucial de Varsovia, Brusilov se encontró con un estado de «profundo caos y desorganización en todas nuestras fuerzas»:

> En caso de movilización, no habrían existido ropas ni botas para los hombres movilizados y los camiones se habrían venido abajo en el momento en que los hubieran puesto en camino. Teníamos ametralladoras, pero sólo ocho por regimiento, y no tenían cureñas, de tal manera que en caso de guerra hubieran tenido que ser transportadas en carros campesinos. No contábamos con baterías de obuses y sabíamos que estábamos muy cortos de munición tanto para la artillería de campo como para los fusiles. Supe (más tarde) que en todas partes la situación era similar a la del XIV Ejército. En ese momento habría resultado completamente imposible llevar a cabo una guerra, aunque Alemania

> hubiera tenido la intención de apoderarse de Polonia o de las provincias del Báltico.[33]

Muy pocos soldados rusos recibieron entrenamiento para la guerra de trincheras. Los oficiales veteranos continuaban creyendo que la caballería estaba destinada a representar el papel clave en cualquier guerra futura, igual que había sucedido en el siglo XVIII. Despreciaron los intentos de Brusilov de emplear a los soldados en batallas de artillería simuladas por considerarlas un derroche de munición. Su noción del entrenamiento era hacer que los hombres marcharan arriba y abajo en desfiles y revistas: éstas podían ser contempladas con agrado y proporcionaban la impresión de disciplina y precisión militares; pero como preparación para una guerra moderna no tenían ningún valor. Brusilov creía que semejantes prácticas arcaicas se debían al dominio del estado mayor por parte de la corte y de la aristocracia. Estas gentes incluso daban la impresión de pensar que todas las divisiones de la infantería podían ser mandadas por necios y estúpidos con tal de que hubieran pasado por una de las escuelas militares de elite reservadas para nobles. Actitudes semejantes a éstas apartaron a los nuevos oficiales de carrera procedentes de las escuelas de *junkers*, que, a diferencia de los hijos pródigos del estado mayor, a menudo habían ido ascendiendo en los diferentes grados sólo debido a la competencia. No es ninguna coincidencia que, como Brusilov, más de unos pocos se unieran posteriormente a los rojos.

Las quejas de los militares profesionales los obligaron gradualmente a entrar en la política. La aparición de la Duma después de 1905 les proporcionó un órgano a través del cual expresar su oposición a la dirección del Ejército por parte de la corte. Muchos de los más progresistas entre ellos, como A. A. Polivanov, el ministro ayudante de la Guerra, unieron fuerzas con los políticos liberales de la Duma, tales como Alexander Guchkov, quien, mientras argumentaba en favor de un gasto superior en el Ejército y especialmente en la Marina, deseaba que éste estuviera conectado con reformas militares que incluyeran la transferencia de ciertos controles de la corte a la Duma y al Gobierno. De manera lenta pero segura, el zar estaba perdiendo su autoridad sobre los elementos de mayor talento de la elite militar. Nicolás intentó asegurar su influencia nombrando al elegante y eminentemente leal cortesano V. A. Sujomlinov para el puesto de ministro de la Guerra en 1908. En la crisis del estado mayor de la Marina del año siguiente realizó un gran despliegue al forzar

a la Duma y al Gobierno a reconocer su control exclusivo del mando militar. Pero, ciertamente, casi era demasiado tarde para que el zar recuperara los corazones y las mentes de los militares profesionales como Brusilov. Éstos ya tenían en cuenta a la Duma y su visión más amplia de reforma para restaurar la fortaleza de su amado Ejército. Aquí estuvieron las raíces de la coalición de la época de la guerra que ayudó a provocar la caída del zar.

IV La no tan santa Rusia

Dios salve al zar ortodoxo,
gran príncipe Miguel Fedorovich;
que detente el gobierno moscovita
y gobierne toda la Santa Tierra Rusa.

Según una canción popular, en 1619 Miguel Romanov había sido bendecido por su padre, el metropolitano Filareto, con esta oración seis años después de ascender al trono ruso. El mito de la «Santa Tierra Rusa» era la idea fundadora del zarismo moscovita desde que fue desarrollado por los Romanov a principios del siglo XVII. El fundamento de su dinastía, tal como se presentaba en la propaganda del jubileo de 1913, simbolizaba el despertar de una nueva conciencia nacional rusa basada en la defensa de la ortodoxia. Según la leyenda, Miguel Romanov había sido elegido por todo el pueblo ruso después de la guerra civil y de la intervención polaca durante el Período de los Disturbios (1598-1613). La «Santa Tierra Rusa» quedo así unificada tras la dinastía Romanov, y Miguel salvó a la Rusia ortodoxa de los católicos. Desde este punto de vista, la idea de la «Santa Rusia» como una fortaleza para la defensa de la ortodoxia se convirtió en el mito legitimador fundamental de la dinastía.

No es que la idea de la Santa Rusia careciera de una base popular. Las canciones populares y las epopeyas cosacas habían hablado de la Santa Tierra Rusa al menos desde el siglo XVII. Resultaba completamente natural que el cristianismo se convirtiera en un símbolo de la autoidentificación popular de los eslavos en esta llana masa de tierra euroasiática amenazada de manera tan frecuente por la invasión de los mongoles y de los tártaros. Ser ruso era ser

cristiano y miembro de la fe ortodoxa. Lo cierto es que el sintagma «Santa Rusia» *(Sviataia Rus')* sólo podía ser aplicado a este antiguo término para Rusia, del cual derivaba la misma palabra para ruso *(russkii);* era imposible decir *Sviataia Rossiia*, puesto que Rossiia, el término más nuevo para Rusia, estaba solamente conectado con el Estado imperial.[11*] Incluso más sugestivo resulta el hecho de que la palabra en ruso para campesino *(krest'ianin),* que en todas las otras lenguas europeas procedía de la idea de campo o de tierra, estaba relacionada con la palabra para cristiano *(j'rist'ianin).*

Pero si el mito popular de la Santa Rusia había santificado al pueblo y a sus costumbres, el oficial santificaba al Estado en la persona del zar. Moscú se convirtió en la «tercera Roma», heredera del legado de Bizancio, la última capital de la ortodoxia; y Rusia se convirtió en una «tierra santa» elegida por Dios para la salvación de la humanidad. Esta misión mesiánica proporcionó a los zares un papel religioso único: predicar la verdadera palabra y combatir las herejías en todo el mundo. La imagen del zar no era sólo la de un rey mortal como hombre pero que gobernaba de acuerdo a un derecho divino (como en las tradiciones medievales de occidente), sino que era contemplado como un Dios en la tierra debidamente ordenado como gobernante y santo como hombre. Existía una larga tradición en Rusia de canonizar a los príncipes que habían entregado sus vidas *pro patria et fide,* como Michael Cherniavsky ha mostrado en su soberbio estudio de los mitos rusos. Los zares utilizaron las leyes canónicas, a diferencia de los gobernantes occidentales, para perseguir a sus adversarios políticos. La totalidad de Rusia se vio transformada en una especie de vasto monasterio, bajo el dominio de un zararchimandrita, en el que todas las herejías fueron desarraigadas.[34]

Sólo gradualmente, a partir del siglo XVIII, esta base religiosa del poder zarista fue reemplazada por otra secular. Pedro el Grande pretendió reformar las relaciones entre la Iglesia y el Estado sobre las bases de unas líneas absolutistas occidentales. En un esfuerzo por subordinarla al Estado, la administración eclesial fue transferida del patriarcado al Santo Sínodo, un organismo de laicos y clérigos nombrado por el zar. Durante el siglo XIX, su representante secular, el procurador general, había alcanzado efectivamente el *status* de ministro de asuntos eclesiásticos con el control de los nombramientos episcopales, la educación religiosa y la mayoría de las finanzas de la Iglesia, aunque no de las cuestiones relativas al dogma teológico. El Santo Sínodo siguió siendo, por regla general, un fiel instrumento en manos del zar. A la Iglesia no le interesaba que la

situación cambiase: durante la primera mitad del siglo XVIII había perdido buena parte de su tierra en favor del Estado, y ahora dependía de él para conseguir los fondos que le permitieran mantener a los cien mil párrocos y a sus familias.[12*] No obstante, resultaría erróneo presentar a la Iglesia como un órgano sometido al Estado. El sistema zarista se apoyaba en la Iglesia de la misma manera que la Iglesia se apoyaba en él: su dependencia era mutua. En un vasto país campesino como Rusia, donde la mayor parte de la población era analfabeta, la Iglesia era un arma de propaganda esencial y un medio de control social.[35]

> Los sacerdotes eran convocados para denunciar desde el púlpito todas las formas de disidencia y oposición al zar, e informar a la policía acerca de los elementos subversivos que pudieran existir en el seno de su parroquia, incluso si habían obtenido la información a través de la confesión. Se veían sometidos a la carga de ínfimos deberes administrativos: ayudar a la policía a controlar a los vagabundos, leer los manifiestos y decretos imperiales, proporcionar a las autoridades estadísticas de los nacimientos, muertes y matrimonios registrados en los libros parroquiales, y cosas similares. Gracias a sus cuarenta y una mil escuelas parroquiales se esperaba también que el clero ortodoxo enseñara a los niños campesinos a mostrar lealtad, deferencia y obediencia, no sólo al zar y a sus funcionarios, sino también a sus ancianos y superiores. Esta es una sección del catecismo básico escolar preparado por el Santo Sínodo:
>
> P. ¿Cómo deberíamos mostrar nuestro respeto al zar? R. 1) Deberíamos sentir una lealtad completa hacia el zar y estar preparados para sacrificar nuestras vidas por él. 2) Deberíamos, sin objeción, cumplir sus órdenes y obedecer a las autoridades nombradas por él. 3) Deberíamos rezar por su salud y salvación, y también por la de toda la dinastía reinante.
>
> P. ¿Qué deberíamos pensar de aquellos que violan su deber hacia su soberano?
>
> R. Son culpables no sólo ante el soberano, sino también ante Dios. La palabra de Dios dice: «Cualquiera por tanto que se resiste al poder, se resiste al mandato de Dios» *(Rom.* 13, 2).[36]

Por su parte, la Iglesia ocupaba una posición preeminente en el orden moral

del antiguo régimen. Sólo a ella se le permitía realizar proselitismo y trabajo misionero en el seno del Imperio. La política de rusificación del régimen ayudó a promover la causa ortodoxa: en Polonia y en el Báltico, por ejemplo, cuarenta mil católicos y luteranos fueron convertidos a la Iglesia ortodoxa, aunque sólo fuera nominalmente, durante el reinado de Alejandro III. La Iglesia aplicaba un amplio abanico de presiones legales contra las sectas religiosas disidentes, especialmente los «antiguos creyentes».[13*] Hasta 1905, seguía siendo una ofensa para cualquiera que estuviera en el seno de la Iglesia ortodoxa convertirse a otra fe o publicar ataques contra ella. Todos los libros sobre religión y filosofía tenían que pasar por los censores eclesiásticos. Además, había todo un abanico de cuestiones morales y sociales donde la influencia de la Iglesia seguía siendo dominante e incluso a veces precedía a la de las autoridades seculares. Los casos de adulterio, incesto, zoofilia y blasfemia eran juzgados en tribunales eclesiales. Las condenas consistían en la aplicación de castigos exclusivamente religiosos, por no decir medievales, tales como la penitencia y la reclusión en un monasterio, puesto que el Estado dejaba tales cuestiones en manos de la Iglesia y se abstenía de formular sus propios castigos. En relación con el divorcio también la influencia de la Iglesia siguió siendo dominante. La única manera de conseguir un divorcio era sobre la base del adulterio y pasando por los tribunales eclesiásticos, lo que era un proceso difícil y a menudo doloroso. Los intentos de liberalizar las leyes del divorcio y de trasladar toda la cuestión a los tribunales penales se vieron bloqueados con éxito a finales del siglo XIX por una Iglesia que se iba haciendo cada vez más dogmática en cuestiones de sexualidad privada y que, al defender el antiguo orden patriarcal, forjó una alianza natural con los dos últimos zares en su lucha contra el moderno mundo liberal. En resumen, la Rusia imperial de los últimos tiempos era, en muy buena medida, un Estado ortodoxo.[37]

Pero ¿también era santa? Ésa era la pregunta que preocupaba a los dirigentes de la Iglesia. Y por esta preocupación, muchos de los miembros más liberales del clero ortodoxo pidieron una reforma de las relaciones entre la Iglesia y el Estado durante las últimas décadas del antiguo régimen. Después de 1917 había muchos cristianos conmocionados (Brusilov era un ejemplo típico) que afirmaban que la revolución se había producido por la decadencia del influjo de la Iglesia. Esto, por supuesto, era un punto de vista simplista. Pero no hay duda de que la revolución social estuvo estrechamente relacionada con la secularización de la sociedad, y que en una buena medida dependió de ella.

La urbanización fue la causa principal. El crecimiento de las ciudades superó el ritmo de construcción de iglesias en éstas, con el resultado de que millones de trabajadores que habían sido desarraigados de la aldea en la que había iglesia se vieron obligados a vivir en un estado de ausencia de Dios. El suburbio industrial de Orejovo-Zuevo, en las afueras de Moscú, por ejemplo, sólo tenía una iglesia para cuarenta mil residentes a finales de siglo. Iuzovka, la capital minera del Donbass, hoy llamada Donetsk, tenía sólo dos para veinte mil. Pero no era sólo una cuestión de construcciones. La Iglesia tampoco consiguió llevar a cabo una misión urbana, ni enfrentarse con los nuevos problemas de la vida ciudadana como, por ejemplo, había hecho el metodismo durante la revolución industrial británica. El clero ortodoxo demostró ser incapaz de crear una religión popular para el mundo de las fábricas y de las casas de vecindad. Aquellos que lo intentaron, como el padre Gapón, el predicador radical de San Petersburgo que condujo la marcha de los trabajadores hasta el Palacio de Invierno en enero de 1905, fueron pronto objeto de desaprobación por parte de los dirigentes conservadores de la Iglesia, que no tenían nada que ver con los llamados a la reforma social inspirados por causas religiosas.[38]

La experiencia de la urbanización fue una presión añadida a la secularización. Los campesinos jóvenes que emigraron a las ciudades dejaron detrás la antigua cultura oral de la aldea, en la que los sacerdotes y los ancianos campesinos eran dominantes, y se integraron en una cultura urbana donde la dominante era la palabra escrita y donde la Iglesia se veía obligada a competir con la nueva ideología socialista. Un campesino que dio este salto fue Semyon Kanatchikov, durante su paso por la escuela industrial hasta llegar a las filas de los bolcheviques. En sus memorias recuerda cómo su apostasía se vio lentamente alimentada en la última década del siglo XIX, cuando cambió su aldea natal por Moscú y fue a trabajar a una fábrica de máquinas de la construcción donde los socialistas realizaban a menudo su agitación. Para empezar, se sentía de alguna manera temeroso de aquellos «estudiantes», porque «no creían en Dios y podían trastornar su fe también, lo que le podía haber provocado eternos tormentos infernales en el otro mundo». Pero también los admiraba «porque eran tan libres, tan independientes, tan bien informados sobre todo, y porque no había nadie ni nada en la tierra a lo que temieran». Cuando el muchacho campesino creció en confianza e intentó emular su individualismo, se vio todavía más influido por ellos. Las historias de sacerdotes corruptos y de milagros fraudulentos empezaron a sacudir «los cimientos morales con los que había vivido y crecido».

Un joven obrero le «demostró» que Dios no había creado al hombre al mostrarle que, si uno llenaba una caja con tierra y la dejaba que recibiera el calor, en ella aparecían gusanos e insectos. Esta especie de ciencia vulgar predarwinista, que se encontraba ampliamente en los panfletos izquierdistas de la época, tuvo un tremendo impacto en jóvenes trabajadores como Kanatchikov. «A partir de entonces mi emancipación de antiguos prejuicios avanzó a un paso acelerado —escribió más adelante—. Dejé de ir a confesarme con el sacerdote, no asistí más a la iglesia y empecé a comer "comida prohibida" durante los días de ayuno de la Cuaresma. Sin embargo, durante un buen tiempo no abandoné el hábito de santiguarme, especialmente cuando regresaba a la aldea de vacaciones.»[39]

¿Y qué sucedía en el campo? Éste era la cuna de la «Santa Rusia», el supuesto bastión de la Iglesia. La religiosidad del campesino ruso ha sido uno de los mitos más perdurables, junto con el de la profundidad del alma rusa, de la historia de Rusia. Pero en realidad, el campesino ruso no ha estado nunca más que apegado a medias a la religión ortodoxa. Únicamente se había pintado una fina capa de barniz de cristianismo sobre su antigua cultura popular pagana. Por supuesto, el campesino ruso desplegaba un gran aparato de devoción externa. Se santiguaba continuamente, pronunciaba el nombre del Señor en cada frase, iba con regularidad a la iglesia, observaba siempre el ayuno de cuaresma, nunca trabajaba en las festividades religiosas e incluso se sabe que de vez en cuando iba en peregrinación a santuarios sagrados. Los intelectuales eslavófilos, como Dostoyevsky o Solzhenitsyn, desearían ver esto como una señal del profundo apego del campesino a la fe ortodoxa. Y, ciertamente, es verdad que la mayoría de los campesinos se consideraban ortodoxos. Si se iba a una aldea rusa a finales de siglo y se preguntaba a sus habitantes qué eran, probablemente se recibía la respuesta: «Somos ortodoxos y de aquí». Pero la religión de los campesinos distaba del cristianismo libresco del clero. Mezclaban cultos y supersticiones paganas, magia y brujería, con su adhesión a las creencias ortodoxas. Ésta era la religión vernácula de los campesinos, amoldada para encajar en las necesidades de sus precarias vidas agrícolas.

Al ser analfabeto, el campesino corriente conocía muy poco de los Evangelios. El Padrenuestro y los Diez Mandamientos le resultaban desconocidos. Pero comprendía vagamente los conceptos de cielo e infierno, y sin duda esperaba que la observancia a lo largo de su vida de los rituales de la Iglesia de alguna manera salvaría su alma. Concebía a Dios como un ser humano real, no como un espíritu abstracto. Gorky describió así a un campesino que se encontró en una

aldea cerca de Kazán:

> Representaba a Dios como un anciano grande y hermoso, el dueño gentil e inteligente del universo, que no podía vencer al mal sólo porque: «No puede estar en todas partes a la vez; han nacido demasiados hombres. Pero acabará teniendo éxito, ya lo verá. ¡Pero no puedo entender a Cristo en absoluto! No tiene ningún sentido tal como yo lo veo. Existe un Dios y eso es bastante. ¡Pero ahora hay otro! Le llaman el hijo. Pero qué más da que sea el hijo de Dios. Dios no está muerto, al menos que yo sepa».

El icono era el centro de la fe del campesino. Seguía las historias de la Biblia a partir de los iconos que había en su iglesia y creía que éstos tenían poderes mágicos. El rincón en la cabaña del campesino donde colocaba el icono de la familia era, como la estufa, un lugar santo. Proporcionaba albergue a las almas de sus antepasados fallecidos y protegía la casa de los malos espíritus. Siempre que el campesino entraba o salía de su casa se suponía que se quitaba el sombrero, se inclinaba y se santiguaba frente a él. Sin embargo, como Belinsky señaló a Gogol, el campesino también encontró otro uso para este objeto sagrado. Dice del icono: «Sirve para rezar, y también se pueden tapar con él las cazuelas».[40]

El campesino participaba en el culto a los santos de la Iglesia de una manera similarmente apegada a la tierra, al añadir sus propios dioses y espíritus paganos vinculados al mundo agrícola. Estaban Vlas (el santo patrón del ganado), Frol y Lavr (los santos de los caballos), Elías (el santo del trueno y del rayo), Muchenitsa Paraskeva (la santa del lino y del hilo), así como incontables espíritus y deidades (de la casa, el río, el bosque, la montaña, los lagos y los mares) invocados por comadronas, curanderos, sangradores, ensalmadores, encantadores y brujas en sus encantamientos y oraciones.

Los campesinos eran proverbialmente supersticiosos. Creían que sus vidas estaban acechadas por demonios y malos espíritus que lanzaban sus conjuros sobre las cosechas y el ganado, provocaban que las mujeres fueran estériles, causaban la desgracia y la enfermedad y traían de regreso a las almas de los muertos para su tormento. Los conjuros solamente podían ser exorcizados por un sacerdote o alguna persona dotada con la ayuda de iconos, velas, hierbas y una

primitiva alquimia. Era un extraño mundo religioso que, a pesar de la mucha buena investigación que se ha realizado en los últimos años, nunca podemos esperar comprender de manera completa.[41]

La posición del párroco, que vivía en una frontera muy inestable entre la religión oficial de la Iglesia y el paganismo de los campesinos, era precaria. Según todos los relatos, los campesinos no tenían a sus sacerdotes en alta estima.[14*] Los campesinos rusos contemplaban a sus sacerdotes locales, en palabras de un contemporáneo, no como «guías o consejeros espirituales sino como una clase de comerciantes que vendían al por mayor y al por menor los sacramentos». Incapaces de sostenerse a sí mismos con los reducidos subsidios que recibían del Estado, o con el laboreo de sus propias escasas tierras en torno a la capilla, los clérigos dependían considerablemente de las ofrendas que recibían de los campesinos a cambio de sus servicios: dos rublos por una boda, una gallina por una bendición de las cosechas, unas pocas botellas de vodka por un funeral, y cosas similares. La terrible pobreza de los campesinos y la proverbial codicia de los sacerdotes a menudo convertían esta negociación en algo prolongado y acalorado. Las esposas de los campesinos permanecían en pie en la iglesia durante horas, o el muerto se quedaba sin enterrar durante días, mientras los campesinos y el sacerdote discutían la tarifa. Este regateo desvergonzado (aunque a menudo necesario) en el que intervenía el clero estaba condenado a dañar el prestigio de la Iglesia. El bajo nivel educativo de muchos sacerdotes, su tendencia a la corrupción y al alcoholismo, sus bien conocidas conexiones con la policía y su servilismo general hacia la nobleza local se sumaron a la baja estima en la que eran tenidos. «En todas partes —escribió un párroco del siglo XIX—, desde los más brillantes salones a las humeantes cabañas campesinas, la gente desprecia al clero con las burlas más terribles, con palabras de la más profunda mofa y de disgusto infinito.»[42]

Apenas era una posición de fuerza aquella desde la que la Iglesia podía esperar defender su rebaño campesino de la insidiosa cultura secular de la ciudad moderna. Hacia finales del siglo XIX un número creciente de clérigos ortodoxos llegaron a darse cuenta de ello. Estaban preocupados por el nivel decreciente de asistencia a la iglesia, que atribuyeron al aumento del «gamberrismo», a los ataques violentos de la propiedad rural y a otros males sociales del campo. Dada esta preocupación por la guía cristiana de los campesinos, los llamamientos en favor de una reforma radical de la Iglesia fueron en aumento. Primero fueron formulados por la generación de clérigos liberales que había surgido de los

seminarios durante las décadas de mediados de siglo. Mejor educados y más conscientes que sus predecesores, estos «clérigos liberales» se inspiraban en las grandes reformas de la década de los sesenta del siglo XIX. Hablaban de revitalizar la vida de la parroquia y de inspirar un cristianismo «consciente» en las mentes de los campesinos. Pensaban que esto lo podrían conseguir acercando la parroquia a las vidas de los campesinos. Los fieles habrían de tener un mayor control de su iglesia local, debería haber más escuelas parroquiales y los párrocos tendrían que disponer de autorización para concentrarse en los asuntos religiosos y pastorales, en lugar de verse agobiados por pequeñas tareas burocráticas. A finales de siglo, cuando resultó evidente que la Iglesia no podía verse revitalizada a menos que fuera liberada de sus obligaciones para con el Estado, las demandas del clero liberal se habían desarrollado en un movimiento más amplio de reforma general de las relaciones de la Iglesia con el estado zarista. Este movimiento llegó a su clímax en 1905 con las peticiones de un amplio sector del clero en favor de un Consejo Eclesial *(Sobor)* que reemplazara al Santo Sínodo. Muchos también abogaron por la descentralización del poder eclesiástico de San Petersburgo y de la jerarquía monástica en favor de las diócesis y de éstas en favor de las parroquias. Aunque sería erróneo pretender que este movimiento fue parte de la revolución democrática de 1905, ciertamente existieron paralelos entre las peticiones del clero en favor de una reforma eclesiástica y las peticiones de los liberales en favor de una reforma política. Al igual que los hombres del *zemstvo*, los clérigos liberales deseaban más autogobierno para poder servir mejor a la sociedad en sus comunidades locales.[43]

Esto era mucho más de lo que los conservadores de la jerarquía eclesiástica estaban dispuestos a consentir. Aunque apoyaban la noción general de autogobierno de la Iglesia, no estaban preparados para ver la autoridad de los obispos designados o del clero monástico debilitada de ninguna manera. Incluso estaban todavía menos inclinados a aceptar el argumento planteado por el primer ministro, el conde Witte, al proponer la Ley de Tolerancia Religiosa de 1905, en el sentido de que terminar con la discriminación contra los rivales de la ortodoxia no dañaría a la Iglesia siempre que ésta aceptara las reformas que revitalizarían su propia vida religiosa. Los jerarcas principales de la Iglesia pudieron incluso haber coqueteado durante un tiempo con las ideas de autogobierno defendidas por sus hermanos liberales; pero la insistencia de Witte por convertir la tolerancia religiosa en precio de tal autonomía (una política

motivada por la perspectiva de galantear a los importantes grupos comerciales existentes en las comunidades de antiguos creyentes y de judíos) garantizó que se arrojaran nuevamente en brazos de la reacción. Después de 1905 se aliaron con la corte y las organizaciones de extrema derecha, tales como la Unión del Pueblo Ruso, oponiéndose a todos los intentos posteriores llevados a cabo por los liberales de reformar la Iglesia y extender la tolerancia religiosa. La antigua alianza de «autocracia, ortodoxia y nacionalidad» fue así revitalizada contra la amenaza de un orden moral liberal. Este choque de ideologías fue uno de los más decisivos a la hora de configurar la historia rusa situada entre los años 1905 y 1917.

Con la derrota del clero liberal, la Iglesia quedó en un estado de división terminal y de debilidad. El pilar ideológico central del régimen zarista estaba empezando finalmente a colapsarse. La llegada de Rasputin al poder en el seno de la Iglesia hizo que ésta cayera en desgracia. «¡El Santísimo Sínodo nunca había caído tan bajo! —dijo un antiguo ministro al embajador francés en febrero de 1916—. Si deseaban destruir todo respeto hacia la religión, hacia toda fe religiosa, no podían haberlo hecho de mejor manera. ¿Qué quedará de la Iglesia ortodoxa dentro de poco? Cuando el zarismo, en peligro, busque su apoyo, descubrirá que no le queda nada.»[44]

V Prisión de pueblos

El colapso del sistema zarista, como el de su sucesor, estuvo íntimamente conectado con el crecimiento de los movimientos nacionalistas en las partes del Imperio que no eran rusas. Ni en el caso zarista ni en el soviético fueron estos movimientos la causa directa del colapso. Más bien se desarrollaron como una reacción frente a éste al principio planteando propuestas moderadas de autonomía y después, sólo cuando la impotencia de Rusia fue evidente, avanzando hasta la exigencia de una independencia total. Pero en ambos casos el antiguo régimen se vio debilitado por el crecimiento de las aspiraciones nacionalistas durante las décadas de gradual decadencia que condujeron a su derrocamiento final.

Desde la perspectiva posterior a la Unión Soviética, todo esto puede parecer

obvio. El nacionalismo es hoy en día una fuerza tan potente que nos sentimos inclinados a creer que es, como siempre ha sido, una parte de la naturaleza humana.

Pero, como el malogrado Ernest Gellner advirtió: «Tener una nación no es un atributo inherente de la humanidad». El desarrollo de una conciencia nacional de masas no se produjo en la mayor parte de Europa oriental hasta las últimas décadas del siglo XIX. Fue contingente con otros muchos factores asociados con el surgimiento de una moderna sociedad civil: la transición de una sociedad y una política agrarias a una urbana industrial, el paso de una cultura popular a otra nacional mediante el desarrollo de la educación, de la alfabetización de masas y de la comunicación y un aumento en la movilidad de la población, que no solamente la convirtió en más consciente de sus propias diferencias y desventajas étnicas, comparada con otros grupos en el resto del mundo, sino que también tuvo como resultado en sus hijos y nietos alfabetizados el que se unieran a la dirección de la embrionaria nación. En resumen, el fracaso del sistema zarista para enfrentarse con el crecimiento del nacionalismo no fue sino otro reflejo de su fracaso para enfrentarse con los desafíos del mundo moderno.[45]

Estos movimientos nacionales eran tan novedosos que, incluso después de los levantamientos polacos del siglo XIX, tomaron al régimen zarista considerablemente por sorpresa cuando aparecieron como una fuerza política durante la revolución de 1905. Ninguna de las dos escuelas de pensamiento mayoritarias en Rusia podía manejar los problemas conceptuales provocados por el surgimiento del nacionalismo. Tanto los conservadores como los liberales se vieron atrapados por el hecho de que Rusia se había convertido en un imperio antes de convertirse en nación, porque los obligaba como patriotas a identificarse con las pretensiones imperiales de Rusia. Para los defensores derechistas de la autocracia, los territorios que no eran rusos constituían simplemente las posesiones del zar. El Imperio ruso era indivisible, al igual que el poder del zar era divino. Incluso Brusilov, que en 1917 unió su suerte a la de la República, no podía rechazar la idea del Imperio ruso, y fue eso lo que le llevó a unirse a los rojos, cuyo régimen estaba destinado a preservarlo. Además, según el punto de vista de los derechistas, la ortodoxia era la base de la nación rusa, los ucranianos y los bielorrusos no eran pueblos separados, sino rusos «pequeños» y «blancos»; pero siguiendo el mismo razonamiento, los polacos, los musulmanes y los judíos no podían nunca ser asimilados en el seno de la nación rusa o recibir derechos iguales al pueblo ruso, sino que tenían que ser mantenidos en el seno del Imperio

en una especie de *apartheid* permanente. De ahí que los partidarios de la autocracia no tuvieran forma conceptual de ocuparse del problema del nacionalismo: porque incluso reconocer la validez de las pretensiones de los no rusos significaría socavar la base racial de su propia ideología dominante. Sin embargo, los liberales eran igualmente incapaces de enfrentarse con los desafíos del nacionalismo. Subordinaban la cuestión de los derechos nacionales a la lucha en favor de la libertad civil y religiosa, creyendo que una vez ésta hubiera sido conseguida el problema del nacionalismo desaparecería de alguna manera. Algunos liberales estaban preparados para hablar de una federación rusa en la cual los no rusos recibirían algunos derechos de autogobierno y libertades culturales. Pero ninguno de ellos estaba dispuesto a conceder que las aspiraciones de los pueblos que no eran rusos pudieran ser extendidas de manera legítima a la petición de un Estado independiente. Tampoco el príncipe Lvov podía comprender las pretensiones ucranianas de convertirse en una nación: desde su punto de vista, los ucranianos eran campesinos pequeño-rusos que tenían diferentes costumbres y un dialecto diferente de los granrusos del norte.

Sólo los partidos socialistas de Rusia apoyaron las ideas de una autonomía e independencia nacionales, aunque incluso ellos tendieron a subordinar la cuestión nacional a la lucha democrática más amplia en el seno de Rusia. Por lo tanto, apenas resulta sorprendente que los movimientos nacionales de liberación se hayan formado como una parte central del movimiento revolucionario en su conjunto. Ciertamente, éste fue el pretexto de la derecha para perseguirlos: el sencillo hecho de ser polaco o, incluso peor, de ser judío era ser un revolucionario desde su punto de vista. Este componente socialista de los movimientos nacionalistas es digno de mención. A finales del siglo XX el lector podría verse tentado a asumir, sobre la base del colapso del comunismo y la aparición del nacionalismo en Europa oriental, que tendrían que haber estado opuestos a metas socialistas. Lo que resulta sorprendente en los movimientos nacionalistas del Imperio ruso es que sus variantes políticas de mayor éxito eran casi siempre socialistas en la forma: el Partido Socialista Polaco de Joseph Pilsudski dirigió el movimiento nacional en Polonia; el Partido Socialista se convirtió en el partido nacional de los finlandeses; los movimientos bálticos fueron dirigidos por socialistas, los eseristas ucranianos fueron el partido nacional ucraniano más importante; los mencheviques dirigieron el movimiento nacional georgiano, y los socialistas del Dashnak, el armenio. Esto se debió en parte al hecho de que el conflicto étnico principal también discurrió junto a

cuestiones sociales: los campesinos estonios y letones contra los terratenientes y comerciantes alemanes, los campesinos ucranianos contra los terratenientes y los funcionarios polacos o rusos, los obreros azeríes o los campesinos georgianos contra la burguesía armenia, los pastores kazajos y kirguizes contra los hacendados rusos, y otros casos similares. Los partidos que apelaban exclusivamente al nacionalismo se privaron de manera efectiva del apoyo de las masas, mientras que aquellos que combinaron con éxito la lucha nacional y la social tenían una fuerza democrática casi imposible de detener. En ese sentido merece la pena repetir, dada la comprensible mala prensa que el nacionalismo ha tenido en el siglo XX, que para los pueblos sometidos del Imperio zarista, como ciertamente para los del Imperio soviético, el nacionalismo era un medio de liberación humana de la opresión y del dominio extranjero. Lenin mismo reconoció esto cuando, parafraseando al marqués de Custine, denominó a la Rusia imperial una «prisión de

pueblos».[46]

La mayoría de los movimientos nacionales en el seno del Imperio zarista empezaron con el surgimiento de un nacionalismo literario y cultural a mediados del siglo XIX. Los escritores románticos, los estudiantes y los artistas, alejados de la vida de las ciudades, viajaron al campo en busca de estímulo e inspiración. Idealizaron la forma de vida rústica y sencilla de sus paisanos campesinos y añadieron temas populares a sus obras en un esfuerzo por crear un «estilo nacional». Esta apropiación de la cultura nativa (de las canciones populares y del folklore, de las costumbres sociales y los dialectos, de los oficios y los atavíos campesinos) fue más que una moda pasajera de lo pastoril. Formó parte de un proyecto más amplio llevado a cabo por una clase media urbana nuevamente consciente: la creación de un conjunto de símbolos étnicos como base de su propia identidad y *ethos* nacional. Ésa era su «comunidad imaginada». La *intelligentsia* urbana no se dedicó tanto a observar la vida campesina como a reinventarla y mitificarla a su propia imagen. La cultura popular del campo, que creía que era el antiguo origen de su nación, fue de hecho a menudo poco más que el producto de su propia imaginación fértil. Crecientemente fueron las clases medias urbanas, más que los campesinos, las que se vestían con los atavíos populares cuando iban a la iglesia, y las que llenaban sus hogares de muebles y cubiertos al «estilo campesino». Fueron ellas las que acudieron en masa a los museos etnográficos y populares que se abrieron en distintas ciudades de Europa occidental a finales del siglo XIX.[15*] Pero si en lugar de a estos museos se

hubieran dirigido a las propias aldeas para observar esta cultura popular, por así decirlo, en su hábitat nativo, habrían descubierto que estaba desapareciendo con rapidez. Los antiguos oficios manuales estaban muriendo a causa de la competencia de la industria, más barata. Los campesinos estaban utilizando de manera creciente las mismas ropas manufacturadas que los obreros urbanos, comprando la misma comida enlatada y en conserva, los mismos muebles, utensilios domésticos y ropa procedentes de las fábricas. Solamente las clases medias urbanas podían permitirse comprar los antiguos objetos artesanales.[47]

El carácter esencialmente burgués de este tipo de nacionalismo resultaba claramente visible en Finlandia. El Gran Ducado de Finlandia disfrutaba de mayor autogobierno y autonomía que ninguna otra parte del Imperio zarista a causa de que, al haber sido arrebatada a Suecia en 1808-1809, los rusos confirmaron los mismos derechos y privilegios que les habían sido concedidos a los finlandeses por los suecos, que eran más liberales. Estas libertades culturales permitieron el crecimiento de una *intelligentsia* nativa, pequeña pero nacionalmente consciente, que se inspiró en la publicación de epopeyas populares finlandesas como el *Kalevala* y que, desde la década de los años sesenta del siglo XIX, se unificó progresivamente gracias a la campaña nacional en favor de la lengua finlandesa, favorable a colocar ésta en pie de igualdad con el sueco, históricamente dominante.[48]

En las provincias bálticas se produjo un movimiento cultural similar basado en la campaña en pro de la lengua nativa en escuelas y universidades, en las publicaciones literarias y en la vida oficial. Se dirigió menos contra los rusos que contra los alemanes (en Estonia y Letonia) o contra los polacos (en Lituania), que habían dominado estas regiones antes de su conquista por los rusos en el siglo XVIII. Aquí las lenguas nativas habían sobrevivido solamente en remotas áreas rurales (las elites nativas se habían asimilado a la cultura lingüística dominante). Realmente, no eran más que dialectos campesinos, estrechamente relacionados pero variados localmente, su situación era similar a la del gaélico de los irlandeses y de los escoceses. Durante el siglo XIX los lingüistas y los etnógrafos recopilaron y uniformizaron estos dialectos en forma de lenguaje escrito con una gramática y una ortografía establecidas. Irónicamente, incluso en el caso de que los campesinos hubieran podido leer esta «lengua nacional», la mayoría la hubieran encontrado difícil de entender, porque por lo general, o se basaba sólo en uno de los dialectos dominantes o era una construcción artificial, una especie de esperanto campesino formado a partir de los distintos dialectos.

No obstante, esta creación de una lengua nativa literaria, y la publicación de una literatura y una historia nacionales escritas en su prosa, contribuyeron a iniciar el proceso de construcción nacional y posibilitaron, en las siguientes décadas, educar al campesinado en esta emergente cultura nacional. En Estonia las marcas culturales de este renacimiento nacional fueron la publicación del poema épico *Kalevipoeg,* de Kreutzwald, en 1857, y la fundación, el mismo año, de un periódico en lengua estonia, *Postimees,* dirigido a los lectores campesinos. En Letonia también existió, desde 1878, un periódico en lengua nativa, *Balss (La Voz),* que, como la Asociación Letona, tenía como finalidad la idea de unir al pueblo de las dos provincias de Livonia y Curlandia (que entonces comprendía el territorio de Letonia) para formar una sola nación letona. Finalmente, en Lituania, que durante tanto tiempo había sido dominada por los polacos, también se desarrolló una lengua nacional escrita durante la última mitad del siglo XIX (sólo para diferenciarse de los polacos, se basó en el alfabeto checo) y comenzó a hacer acto de presencia una literatura nativa.[49]

Por lo que se refiere al Báltico, especialmente a la Polonia posterior a la partición, la nación era una idea, aunque no un lugar. Polonia existía solamente en la imaginación y en la memoria del reino polaco histórico, que había existido antes de su derrota y subyugación bajo las grandes potencias de Europa oriental a finales del siglo XVIII. Su espíritu se expresaba en la poesía de Adam Mickiewicz, en los himnos patrióticos de la Iglesia católica (o al menos así lo pretendían los patriotas, porque era medio francés), en la música de Chopin. Este nacionalismo cultural era un consuelo para los polacos y un sucedáneo de la política. Muy pocas personas estaban involucradas en la vida pública, y mucho menos en una abierta oposición a Rusia. La censura y el peligro constante de arresto forzaron a la población educada a retirarse hacia el mundo de la poesía (como en Rusia, la literatura en Polonia sirvió como una metáfora de la política). La sublevación polaca de 1830, incluso la gran sublevación de 1863, fueron la obra de una minoría nacionalista relativamente pequeña, compuesta en su mayor parte por estudiantes, funcionarios, sacerdotes y los terratenientes nobles más liberales. Ninguno de los dos levantamientos obtuvo mucho apoyo del campesinado, que tenía una pobre opinión de ellos como polacos y que, en cualquier caso, estaba mucho más interesado en conseguir su propia tierra y libertad de los nobles que en combatir por una causa dirigida por nobles e intelectuales.[50]

Esta expresión, primera y fundamentalmente cultural, de las aspiraciones a

convertirse en nación no resultó en ningún sitio más evidente que en Ucrania, sin duda en parte debido al hecho de que, de todas las nacionalidades sometidas al Imperio, los ucranianos eran los que estaban culturalmente más cerca de los rusos. Los rusos llamaban a Ucrania la «Pequeña Rusia», y declararon ilegal imprimir la palabra Ucrania. Kiev, la capital ucraniana, era el lugar donde se había fundado el cristianismo ruso en el siglo X. Las diferencias culturales entre Rusia y Ucrania (principalmente en aspectos como la lengua, los derechos reales y el vestuario) se habían desarrollado realmente entre los siglos XIII y XVII, cuando Ucrania occidental cayó bajo el dominio polaco-lituano. De manera que los nacionalistas ucranianos se ocuparon de defender estas distinciones como la base de una cultura nacional separada.

Tomaron su inspiración del movimiento nacional ucraniano en la cercana Galitzia. Como parte del Imperio austro-húngaro, Galitzia había recibido unos derechos de autogobierno relativamente liberales. Esto había permitido que los ucranianos, o «rutenos» (la palabra latina para rusos), como eran conocidos por los austríacos, impulsaran su propia lengua ucraniana en las escuelas primarias y en la vida pública, editaran periódicos y libros en lengua nativa y avanzaran en el estudio de la historia y de la cultura popular ucraniana. Galitzia se convirtió en una especie de «Piamonte ucraniano» para el resto del movimiento nacional en la Ucrania zarista: un refugio de la conciencia nacional y un oasis de libertad para los intelectuales nacionalistas. Lviv, su capital, también conocida como Lemberg por los alemanes y como Lvov por los rusos, era un pujante centro de cultura ucraniana. Aunque sometidos al zar, tanto el compositor Lysenko como el historiador Hrushevsky habían encontrado su nación en Galitzia. Los intelectuales nacionalistas, que fueron precursores del lenguaje literario ucraniano a mediados del siglo XIX, tomaron todos términos del dialecto de Galitzia, que consideraban más avanzado; aunque más tarde, cuando intentaron llegar al campesinado con periódicos y libros, se vieron obligados a basarse en la lengua popular de Poltava, que, como el dialecto de Ucrania central, era la más comúnmente entendida. Los textos iniciales de este renacimiento literario nacional fueron publicados por la Hermandad de los Santos Cirilio y Metodio antes de su disolución por las autoridades zaristas en 1847. La poesía romántica de Taras Shevchenko, que desempeñó el mismo papel que la poesía de Mickiewicz en Polonia, al dar forma a la conciencia nacional de la *intelligentsia,* fue la más importante de éstas. Las publicaciones en lengua ucraniana continuaron apareciendo, a pesar de las restricciones legales que pesaban sobre

ellas. Muchas fueron publicadas por la sección de Kiev de la Sociedad Geográfica Rusa, cuyos miembros crecientemente nacionalistas se entregaron al estudio de la cultura popular, la lengua y la historia de Ucrania.[51]

En los sectores no europeos del Imperio, este estadio cultural de los movimientos nacionales tardó más tiempo en alcanzarse. La *intelligentsia* armenia había dado la bienvenida a la extensión del gobierno zarista a la mitad oriental de su país después de la derrota rusa de Persia, en 1827. Ahora tenían un gobernante cristiano que los protegiera de los turcos y, así lo esperaban, liberaría a la mitad mayor del pueblo armenio que seguía estando sujeta al Imperio otomano. La defensa de la cultura armenia continuó estando centrada en la Iglesia gregoriana y en sus escuelas, que, al menos hasta la campaña de rusificación de la penúltima década del siglo XVIII, unieron a los armenios con los rusos como correligionarios cristianos contra los turcos. En la cercana Georgia, por el contrario, la lengua, más que la religión, fue la clave para la evolución de la identidad nacional. La Iglesia georgiana, a diferencia de la armenia, se había unido a la ortodoxa rusa; mientras que el sistema social georgiano, producto histórico de una forma específica de feudalismo, había sido asimilado, aunque de manera imperfecta, al sistema ruso de haciendas durante el medio siglo que siguió a la anexión de Georgia en 1801. Los nobles georgianos, arruinados por la emancipación de sus siervos en los años sesenta del siglo XIX, dominaban la *intelligentsia*. El suyo era un nacionalismo nostálgico: la poesía romántica de Chavchavadze y de Baratashvili lamentaba la grandeza perdida de los reinos georgianos de la Edad Media. Finalmente, en Azerbaiján, conquistado por Rusia a principios del siglo XIX, el surgimiento de una conciencia nacional se vio complicado por la dominación del islam, que tendía hacia formas supranacionales y bloqueaba el crecimiento de una cultura secular y de una lengua escrita para las masas. Inicialmente, y resulta irónico, fueron los rusos los que estimularon el desarrollo de la cultura secular de los azeríes, promoviendo las obras de Ajundzada, el *Moliere tártaro*, y ordenando que se redactaran historias de la cultura popular y de la lengua azerí como una estrategia para debilitar la influencia de los poderes musulmanes en el sur.[52]

Aquí, más que en ningún otro sitio, la incipiente *intelligentsia* nacionalista demostró su capacidad para influir en las masas campesinas obstaculizadas por el atraso general de la sociedad. Ése fue un problema en todo el Imperio zarista. Aislada en sus localidades remotas, sin escuelas o comunicaciones con el mundo exterior, la inmensa mayoría de los campesinos no tenía ningún concepto de su

nacionalidad. La suya era una cultura local dominada por la tradición y la palabra hablada. Se reducía a un mundo pequeño y estrecho: la aldea y sus campos, la parroquia, la mansión del terrateniente y el mercado local. Más allá de eso existía una tierra extranjera. En Estonia, por ejemplo, los campesinos simplemente se denominaban *maarahvas,* lo que significa «gente del campo», mientras que entendían el término *saks* (de «sajón», es decir, alemán), como si significara, sencillamente, un terrateniente o un amo; sólo a finales del siglo XIX, cuando los intelectuales de Tallinn extendieron su influencia a las aldeas, estos términos adoptaron un nuevo significado étnico. Algo muy similar sucedía en Polonia. «Yo no sabía que era polaco hasta que empecé a leer libros y periódicos», recordaba un campesino en los años veinte del siglo XIX. La gente de su región, no lejos de Varsovia en el Vístula, se denominaban a sí mismos masurianos en lugar de polacos.[53]

En Bielorrusia y el norte de Ucrania había tanta mezcla étnica y religiosa (en un área del tamaño de Cambridgeshire [3.409 km^2] podía haber una mezcla de localidades bielorrusas, ucranianas, rusas, polacas, judías y lituanas), que resultaba difícil para todos, salvo para una forma localizada de identidad étnica, arraigarse en la conciencia popular. Un diplomático británico (aunque, sin duda, un gran imperialista y, por tanto, de alguna manera opuesto a las pretensiones de las pequeñas naciones campesinas como Ucrania) concluyó que éste seguía siendo el caso en una fecha tan tardía como 1918:

> Si uno fuera a preguntar al campesino corriente de Ucrania su nacionalidad, respondería que es greco-ortodoxo. Si se le siguiera presionando para que dijera si es granruso, polaco o ucraniano, probablemente contestaría que es campesino. Si uno insistiera en conocer la lengua que hablaba, diría que hablaba «la lengua local». Quizá se podría lograr que se denominara a sí mismo por un nombre nacional apropiado y dijera que es «russki», pero esta declaración apenas prejuzgaría la cuestión de una relación ucraniana; simplemente, no piensa en la nacionalidad en términos familiares para la *intelligentsia.* De nuevo, si se intentara descubrir a qué Estado desea pertenecer (si desea ser gobernado por los rusos o por un gobierno ucraniano autónomo) se descubriría que, en su opinión, todos los gobiernos por igual son una molestia, y que sería mejor si se dejara a su libre arbitrio «al pueblo

cristiano campesino».

Estas formas de identidad localizadas resultaban incluso más acentuadas en las regiones musulmanas del Cáucaso (entre los chechenos, daguestaníes y azeríes), así como en buena parte de Asia Central, donde los feudos tribales seguían siendo dominantes a pesar de la superposición de las estructuras administrativas zaristas.[54]

Claramente, por lo tanto, el proceso de exponer al campesinado a esta emergente cultura nacional centrada en las ciudades y de llevarlo a pensar en términos nacionales, dependía de la apertura general de su estrecha cultura aldeana hacia el mundo exterior. Éste fue un fenómeno paneuropeo durante la última mitad del siglo XIX, como Eugen Weber ha mostrado en su espléndido libro *Peasants into Frenchmen.* Dependía de la extensión de la educación estatal en el campo, del crecimiento de las instituciones rurales, tales como los clubes y las sociedades, los mercados y las cooperativas, las uniones campesinas y los partidos de masa, que estaban integrados en el área nacional, y la penetración de los caminos y los ferrocarriles, los servicios postales y los telégrafos, los diarios y las revistas, en las remotas áreas rurales.

En Polonia, por ejemplo, el desarrollo de una conciencia nacional entre las masas del campesinado siguió a la extensión de la escolarización rural y de las instituciones rurales, tales como las cooperativas, y al creciente movimiento de los campesinos hacia las ciudades. En Georgia el surgimiento del nacionalismo popular estuvo ligado a procesos similares. Los campesinos de Georgia se estaban integrando progresivamente en la economía de mercado, vendiendo cereales, fruta, vino y tabaco a los comerciantes armenios, mientras que la misma Tiflis, que en cierta época fue una ciudad predominantemente armenia, se convirtió en una georgiana cuya clase trabajadora procedía de los campesinos más pobres y los inmigrantes. Lo mismo que en Tiflis sucedió en Bakú, donde la dominación de los comerciantes e industriales armenios sirvió como un foco para la creciente conciencia nacional y de clase de los inmigrantes campesinos azeríes que afluían a los suburbios industriales petrolíferos de Bakú durante las últimas décadas del siglo. En las regiones tártaras del Volga los orígenes del nacionalismo panturco iban a encontrarse en el movimiento jadidista, que abogaba por la educación secular de los nativos, en oposición a las escuelas de la antigua élite proporcionada por los dirigentes religiosos musulmanes. Hacia

1900 los jadidistas del Volga controlaban más de un millar de escuelas primarias. Mientras tanto, en la Escuela de Maestros de Kazán y en la Universidad de Kazán, se gestaba una *intelligentsia* tártara nativa y crecientemente rebelde, aunque la misma Kazán era principalmente rusa.[55]

En Ucrania occidental (Galitzia), el desarrollo de la conciencia nacional campesina iba de la mano con la formación de una red de instituciones rurales tales como clubes de lectura, instituciones crediticias, cooperativas, coros, agencias de seguros, servicios de bomberos voluntarios y sociedades de gimnasia, que estaban vinculadas al movimiento nacional. El periódico en lengua ucraniana *Baktivshchyna (Patria)* era el camino principal de los nacionalistas hacia la aldea. Atraía a una masa de lectores campesinos mediante su intensa atención a los asuntos locales, que mezclaba con una sutil propaganda de la causa nacional. Los lectores de *Baktivshchyna,* como los miembros de los clubes de lectura y otras instituciones primarias del movimiento nacional, eran principalmente campesinos que pertenecían al tipo nuevo y consciente (jóvenes y educados, ahorrativos y sobrios, y, sobre todo, autodidactas) que surgió de las escuelas parroquiales en torno al cambio de siglo. Constituían la cohorte aldeana del movimiento nacional, junto con los sacerdotes locales, cantores y maestros, que lentamente arrancaron el gobierno local de los alcaldes mayores y de sus esbirros (principalmente judíos) de las aldeas, la mayoría de los cuales habían sido nombrados por los terratenientes polacos. En este sentido, el movimiento nacional era profundamente democrático: llevaba la política al campo.[56]

El aspecto más notable del movimiento nacional ucraniano, tanto bajo el gobierno austríaco como bajo el zarista, era que permanecía basado en los campesinos. La mayoría de los movimientos nacionalistas se centraban en las ciudades. En las elecciones para la Asamblea Constituyente de noviembre de 1917 (las primeras elecciones democráticas en la historia del país) el 71 por ciento de los campesinos ucranianos votaron por los nacionalistas. Al final, por supuesto, cuando se produjeron las crudas luchas por el poder de 1917-1921, ésta sería la debilidad fundamental del movimiento nacional: la historia de casi todos los países muestra que los campesinos son demasiado débiles políticamente para sustentar un régimen revolucionario sin el apoyo de las ciudades. Pero en el período inicial, cuando la principal preocupación del movimiento nacional era construir una base popular, este carácter campesino distintivo era una fuente de fuerza. El 90 por ciento del pueblo ucraniano vivía en las zonas rurales. Las ciudades de Ucrania estaban dominadas por los rusos,

los judíos y los polacos; e incluso aquellos pocos ucranianos que vivían en ellas, en su mayor parte profesionales y administradores, se rusificaron con facilidad. De manera que ser un ucraniano significaba efectivamente ser un campesino (es decir, padecer dos desventajas). Ciertamente esto quedaba simbolizado por el hecho de que la palabra original ucraniana para «ciudadano» *(hromadjanyn)*, que en todas las demás lenguas europeas deriva de la palabra «ciudad», derivaba de la palabra que designaba la asamblea de aldea *(hromada)*. El movimiento nacional ucraniano se desarrolló como un movimiento campesino contra la influencia de las ciudades «extranjeras». Los agitadores nacionalistas culparon de todos los males que los campesinos asociaban con las ciudades (la opresión del Estado, la riqueza y privilegio de la nobleza, la codicia y las estafas de usureros y comerciantes) a los rusos, a los polacos y a los judíos que vivían allí. Contraponían la forma de vida pura y simple de la aldea ucraniana con la corrupción de este extraño mundo urbano; y cuando la influencia de este último creció, con la penetración en el campo ucraniano del capitalismo, de los bienes elaborados en las fabricas y de las modas ciudadanas, en el campo ucraniano pudieron presentarlo como una amenaza contra la «forma nacional de vida». Cada vez son más los oficios tradicionales que se ven desterrados, decían, por los bienes manufacturados. El «honrado» tendero ucraniano sería desplazado por el «embustero» judío. El movimiento cooperativista, que se convirtió en la espina dorsal de la organización nacionalista ucraniana en el campo, se desarrolló con la finalidad (y la retórica) de proteger a los sencillos campesinos de la explotación llevada a cabo por los comerciantes y prestamistas judíos.[57]

Pero no sería justo sugerir que el poder de convocatoria que los nacionalistas tenían sobre el campesinado se basaba únicamente en la xenofobia y el odio hacia las ciudades. La lucha campesina por la tierra, por ejemplo, estaba entrelazada con el movimiento nacionalista en Ucrania, donde las tres cuartas partes de los terratenientes eran o rusos o polacos. No es ninguna coincidencia que la revolución campesina por la tierra hiciera primero su erupción, en 1902, en aquellas regiones en torno a la provincia de Poltava donde el movimiento nacionalista ucraniano estaba también muy avanzado. El movimiento nacional fortaleció y politizó el conflicto entre los campesinos y los terratenientes. Unió la lucha de una aldea individual con el movimiento de liberación nacional del conjunto del pueblo ucraniano contra una clase extranjera de terratenientes y funcionarios. ¿Cómo realizaron esta unión los nacionalistas? Consideremos dos ejemplos de su retórica. Uno se refiere al conflicto de los campesinos con los

terratenientes por los bosques y los pastos. Durante la emancipación en Ucrania, los terratenientes habían cercado los bosques y pastos como si se tratara de su propiedad particular, privando así a los campesinos de sus derechos tradicionales de acceso a estas tierras, concedidos bajo la servidumbre, para conseguir madera y pasto. Al ayudar a los campesinos en su lucha larga y amarga en favor de la restauración de estos derechos, los nacionalistas pudieron implicarlos en su movimiento político, que era más amplio. Ciertamente, es significativo que buena parte de la cultura popular romántica y nacionalista de este período se centrara en el tema de los bosques y de los pastos como un símbolo primario del suelo nativo: nada habría estimulado más las pasiones y las emociones del campesinado. Un segundo ejemplo está relacionado con las causas de la pobreza rural. Los agitadores nacionalistas explicaban su pobreza a los campesinos en el contexto más amplio de la explotación semicolonial de Ucrania. Les dijeron que más de la mitad de sus excedentes agrícolas eran exportados a Rusia o al extranjero, y que el campesino ucraniano era pobre a causa de los elevados impuestos que pesaban sobre los productos rusos, tales como el queroseno, el vodka y las cerillas, lo que les obligaba a vender la mayoría de su producción alimenticia para poder hacer frente a sus necesidades domésticas básicas. El campesino estaría mejor en una Ucrania independiente. Al quedar expuestos a tales argumentos, los campesinos ucranianos interpretaron progresivamente sus propias luchas económicas dentro de un contexto nacional más amplio, y como resultado obtuvieron tanto fuerza como unidad. Un erudito reciente ha descubierto, por ejemplo, que los campesinos coordinaban sus patrones de votación en todo un distrito para asegurar la derrota de los candidatos polaco judíos o rusos más poderosos en las elecciones al gobierno local.[58]

La lucha nacionalista por los derechos lingüísticos fue también un movimiento de liberación para los campesinos. A menos que los campesinos pudieran entender la lengua del gobierno y de los tribunales, no tenían acceso directo a los derechos políticos o civiles. A menos que pudieran aprender a leer en su propia lengua, no tenían ninguna esperanza de mejora social. Y a menos que pudieran entender a sus sacerdotes, tenían razones para temer por sus almas. Sin embargo, la utilización pública de su lengua nativa no era sólo una cuestión de necesidad. Se convirtió en un asunto de orgullo y dignidad personal para el campesinado ucraniano y esto proporcionó a los nacionalistas una base profunda de apoyo emocional. Como el mismo Trotsky reconoció más tarde, al contemplar retrospectivamente los acontecimientos de 1917: «Este despertar político del

campesinado no podía haber tenido lugar de otra manera [...] que a través de su propia lengua nativa, con todas las consecuencias resultantes a las escuelas, los tribunales y la propia administración. Oponerse a esto hubiera sido intentar devolver a los campesinos a la no existencia».[59]

La aparición de estos movimientos nacionalistas no tendría que haber significado el final del Imperio ruso. Ni siquiera los más avanzados de entre ellos se habían desarrollado como un movimiento político de masas antes del reinado del último zar. La mayoría de ellos quedaban principalmente limitados a las nietas culturales, que no eran necesariamente incompatibles con la continuación del gobierno imperial. No existía ninguna ley histórica que estableciera que este nacionalismo cultural tenía que evolucionar en movimientos que persiguieran completamente la independencia nacional contra Rusia. Ciertamente, resultaba obvio que muchos de los dirigentes nacionalistas veían que los intereses de su país estarían mejor servidos preservando la unión con Rusia, aunque con vínculos más flexibles y con más autonomía. Pero la ideología zarista no toleraba semejante autonomía; su lema de gobierno de «autocracia, ortodoxia y nacionalidad» significaba subordinar a los pueblos no rusos a la dominación cultural de Rusia. Más que cualquier otra cosa, fue esta política de rusificación, perseguida de manera creciente por los dos últimos zares, la que politizó los movimientos nacionalistas y los convirtió en enemigos de Rusia. Hacia 1905 los partidos nacionalistas habían aparecido como una fuerza revolucionaria importante en la mayoría de las tierras fronterizas no rusas. Al fracasar a la hora de llegar a un acuerdo con el nacionalismo, el régimen zarista había creado otro instrumento destinado a contribuir a su propia destrucción. Lo mismo sucedió con su torpe manejo del movimiento liberal antes de 1905: al reprimir esta oposición moderada contribuyó a crear una revolucionaria. Sir John Maynard, un inglés que escribía desde la perspectiva del Imperio británico, estaba en buena posición para apreciar los peligros del nacionalismo colonial, y fue tan lejos como para decir que la mitad de las causas de la Revolución rusa residían en las políticas de los dos últimos zares hacia sus súbditos no rusos.[60]

No había nada nuevo en la política de rusificación. Siempre había sido un objetivo central de la filosofia imperial zarista asimilar a los pueblos no rusos en el sistema cultural y político ruso, convertirlos en «verdaderos cristianos, súbditos leales y buenos rusos», aunque los diferentes zares enfatizaran de

manera distinta los tres principios de esta política. Dentro del sistema de gobierno zarista había una jerarquía étnica (paralela a la social) que distribuía las diferentes nacionalidades de acuerdo con su lealtad hacia el zar y proporcionaba a cada una de ellas un conjunto distinto de derechos y privilegios legales. En la cima estaban los rusos y los germano-bálticos, que entre ellos ocupaban las posiciones dominantes en los tribunales y en los funcionariados civil y militar. Debajo de ellos estaban los polacos, los ucranianos, los georgianos, los armenios y otros. Los cinco millones de judíos del Imperio, en la base de la jerarquía étnica, estaban sometidos a una considerable gama de incapacitaciones y discriminaciones legales que a finales del siglo XIX abarcaba unos 1.400 diferentes estatutos y reglamentos, así como millares de reglas, provisiones e interpretaciones judiciales de menor rango. Era el único de todos los grupos étnicos sobre el que pesaba la prohibición de poseer tierra, de entrar en el funcionariado civil o de servir como oficiales en el Ejército; existían cuotas estrictas para la admisión de judíos en los institutos y las universidades, y, aparte de unas pocas excepciones, los judíos se veían forzados por la ley a vivir dentro de las quince provincias de Ucrania occidental, Bielorrusia, Lituania y Polonia, que componían el Territorio de Confinamiento. Ésta era la versión zarista del sistema hindú de castas, con los judíos representando el papel de intocables.[61]

Sin embargo, a medida que los miedos del régimen relacionados con el nacionalismo aumentaron, a finales del siglo XIX, sus políticas de rusificación se intensificaron gradualmente. Una causa de ansiedad era que los rusos estaban perdiendo su dominio demográfico, especialmente como resultado de la expansión territorial del Imperio en Asia, con sus elevadas tasas de nacimiento y su superpoblación. El censo de 1897 mostraba que los rusos eran sólo el 44 por ciento de la población del Imperio y que, incluso de manera más alarmante, eran uno de los grupos étnicos que crecía con más lentitud.[62] Los nacionalistas eslavófilos, que fueron responsables de diseñar las campañas de rusificación de los dos últimos zares, argumentaban que en esa época de creciente nacionalismo y de competencia imperial, el Imperio ruso acabaría quebrándose a menos que se hiciera algo para preservar el dominio cultural de los rusos. En resumen, sostenían que el nacionalismo ruso debería ser movilizado como una fuerza política y consolidado en el corazón del sistema de gobierno zarista como un contrapeso frente a las fuerzas centrífugas de las nacionalidades no rusas.

Junto con la persecución de su religión, la prohibición de las lenguas nativas no rusas en las escuelas, literatura, señales de las calles, tribunales y oficinas

públicas era la medida más conspicua y opresiva de rusificación perseguida después de 1881. La prohibición de la lengua era particularmente torpe. Uno de sus efectos fue bloquear el camino para la creciente *intelligentsia* en lengua nativa a través del sistema educativo y de la burocracia, de manera que se viera progresivamente arrastrada hacia la oposición nacionalista y revolucionaria. Intentar desarraigar la lengua nativa no sólo era una política insultante y desmoralizante en lo que se refería a los no rusos; era también ridícula. Los estudiantes polacos de la Universidad de Varsovia, por ejemplo, tenían que soportar la absurda indignidad de estudiar su propia literatura nativa en traducción rusa. Los estudiantes de instituto podían ser expulsados por hablar en polaco en sus dormitorios, como descubrió el dirigente bolchevique y fundador de la Cheka, Felix Dzerzhinsky. Incluso Antón Denikin, el que sería dirigente de los Blancos (que, como ruso, en el instituto del distrito de Varsovia durante la mitad de la penúltima década del siglo XIX estaba obligado a vigilar las conversaciones de sus compañeros de clase polacos), pensaba que la política era «tan dura que rozaba la insensatez» y siempre escribía «sin novedad». Pero si el prohibir que los estudiantes de instituto hablaran en polaco era duro (al menos ellos habían aprendido a hablar en ruso), hacer lo mismo con los mozos de ferrocarril, la mayoría de los cuales nunca habían aprendido el ruso que como «funcionarios públicos» se les ordenaba hablar, era entrar en un surrealismo cruel. No era el único acto de locura burocrática. En 1907 el comité médico de la provincia de Kiev se negó a permitir que las noticias de la epidemia de cólera se publicaran en ucraniano, con el resultado de que muchos de los campesinos, que no sabían leer en ruso, murieron al beber agua contaminada.[63]

De todas las nacionalidades no rusas, los judíos fueron los que más sufrieron por causa de este gran retroceso nacionalista de los granrusos durante los últimos años del zarismo. Por regla general, aunque de forma equivocada, se culpaba a los judíos del asesinato de Alejandro II en 1881. Fueron las víctimas de centenares de pogromos en Ucrania en ese año. En contra del mito antiguo y bien establecido, ninguno de estos pogromos (e iba a haber muchos más, por ejemplo en Kishinev en 1903 y por todo el Imperio en 1906) fue nunca instigado por el Gobierno. Es cierto que las autoridades fueron lentas a la hora de restaurar el orden y que pocos participantes de los pogromos fueron llevados ante un tribunal. Pero eso no fue parte de una conspiración, sólo un reflejo de la falta de efectividad de las autoridades y de su hostilidad general hacia los judíos. Durante la penúltima década del siglo XIX, en una época en que tanto el Imperio

alemán como el austríaco estaban comenzando a derogar sus restricciones legales hacia los judíos, el régimen zarista continuaba añadiendo su propia indigna estructura de antisemitismo institucionalizado. Los dos últimos zares fueron antisemitas confesos (ambos asociaron a los judíos con las amenazas de la modernidad urbana, del capitalismo y del socialismo), y en los círculos oficiales se puso de moda repetir sus prejuicios raciales. Nicolás II, en particular, estuvo crecientemente inclinado a ver los pogromos antijudíos de su reinado como un acto de patriotismo y lealtad llevado a cabo por el «bueno y sencillo pueblo ruso». Ciertamente, en la época del asunto Beiliss de 1911-1913, cuando un judío fue arrastrado ante los tribunales de Kiev por acusaciones amañadas de asesinato ritual, Nicolás estaba sin duda contemplando la posibilidad de utilizar el extendido antisemitismo dentro de la población, propugnado por grupos nacionalistas extremistas tales como su querida Unión del Pueblo Ruso, como una bandera bajo la que formar a las masas contra los oponentes de su desfalleciente régimen.[64]

Es poco sorprendente, por tanto, que los judíos desempeñaran un papel tan amplio y prominente en el movimiento revolucionario.[16*] Incluso Witte, hablando en vísperas del pogromo de Kishinev en 1903, se vio obligado a admitir que si los judíos «comprenden aproximadamente el 50 por ciento de los miembros de los partidos revolucionarios», eso era «culpa de nuestro gobierno. Los judíos están demasiado oprimidos». El Bund judío fue el primer partido marxista de masas de Rusia. Fundado en 1897, tenía treinta y cinco mil miembros en 1905. Declaraba que los judíos eran una «nación» y exigía una autonomía nacional plena para ellos, con el yidis como lengua oficial, dentro de una federación rusa. Tales exigencias fueron rechazadas por los marxistas rusos (incluyendo a Iulii Martov y León Trotsky, que eran judíos), que colocaron los intereses de clase por encima de los nacionalistas y que, en cualquier caso, eran profundamente hostiles al nacionalismo judío de los bundistas (Gueorguii Plejanov los acusaba de ser sionistas que tenían miedo a marearse). El resultado fue que los dos movimientos marxistas siguieron caminos separados. También existió un importante movimiento sionista, que el régimen zarista había permitido crecer después del inicio de 1880, porque promovía la emigración judía como respuesta a los pogromos; aunque también fue prohibido en 1903 sobre la base de que en el interior de Rusia servía como un vehículo del nacionalismo judío.[65]

No fueron sólo los judíos los que se volvieron hacia el nacionalismo en

respuesta a la creciente discriminación que existía contra ellos a finales de siglo. Por todo el Imperio el efecto de la campaña de rusificación fue impulsar a los no rusos hacia los nuevos partidos antizaristas. Virtualmente, la totalidad de la población finlandesa se unió a los Jóvenes Finlandeses, a los socialdemócratas y al Partido de la Resistencia Activa, contra la imposición del Gobierno ruso y el reclutamiento militar en contravención de los derechos de autogobierno de Finlandia, después de 1899. En las provincias bálticas la población nativa se volvió hacia los socialdemócratas para defender sus derechos nacionales contra el estado zarista. En Polonia se volvieron hacia el Partido Socialista Polaco, que insistía en que el problema polaco solamente podía ser resuelto por la combinación de una revolución social y nacional. En Ucrania fue el Partido Revolucionario Ucraniano, fundado en 1902, el que llevó a cabo los primeros intentos de una revolución nacional y social, desempeñando un papel clave en los levantamientos campesinos de 1902, aunque fue rápidamente superado por el Partido Nacional Ucraniano y los Socialdemócratas Ucranianos. En Georgia los socialdemócratas dirigieron la revolución nacional, que fue a la vez antirrusa y socialista, en 1904-1906. Incluso los armenios, que habían sido siempre los más leales a sus amos rusos, se unieron a los Dashnaks después de 1903 oponiéndose a la rusificación de sus escuelas locales. En resumen, el conjunto del Imperio zarista estaba maduro para colapsarse en vísperas de la revolución de 1905. Sus pueblos deseaban escapar.

3 Iconos y cucarachas

I Un mundo aparte

A primera hora de una mañana de marzo de 1888, Mijail Romas abandonó Kazán y navegó treinta millas descendiendo por el río Volga hasta llegar a la aldea de Krasnovidovo. Allí esperaba cambiar la vida de los campesinos estableciendo un almacén cooperativo. Romas era un populista, un miembro del grupo clandestino Derecho del Pueblo, que había regresado recientemente tras doce años de prisión y exilio por intentar organizar a los campesinos. Siberia no había conseguido que cambiara sus puntos de vista. En Krasnovidovo intentó rescatar a los campesinos de las garras de los comerciantes locales vendiéndoles bienes manufacturados baratos y organizándolos en cooperativas de horticultores que vendieran frutas y verduras directamente a Kazán.

Tomó consigo a Alexei Peshkov, que más tarde iba a ser conocido como el escritor Máximo Gorky (1868-1936), que por entonces rondaba los veinte años y que ya era conocido como un «viejo» (Tolstoi dijo una vez de él que parecía «haber nacido crecido»). En sus ocho primeros años de vida, Gorky había experimentado más sufrimiento humano del que el conde escritor vería en el conjunto de sus ocho décadas de vida. La casa de su abuelo en Nizhnyi Novgorod, donde él había crecido después de la muerte de su padre, era, como la describió en *Mi infancia*, un microcosmos de la Rusia provincial, un lugar de pobreza, crueldad y cólera, donde los hombres se aferraban a la botella desmesuradamente y las mujeres encontraban consuelo en Dios. A los nueve años de edad, Gorky ya había sido puesto a trabajar recogiendo trapos, huesos y clavos, y ocasionalmente robando madera de las orillas del Volga. Entonces su madre había muerto y su abuelo le había enviado al mundo para que se ganara la vida. Como otros incontables huérfanos abandonados, Gorky había merodeado por las pujantes ciudades industriales del Volga, como un pillete callejero sin zapatos y vestido con harapos. Había trabajado como lavaplatos en un barco de

vapor, como estibador, como vigilante, como aprendiz de zapatero remendón, como dibujante, como pintor de iconos y finalmente como panadero en Kazán, donde Romas se lo había encontrado y se había compadecido del muchacho después de que éste intentara suicidarse disparándose en el pecho.

Krasnovidovo estaba situada en una colina empinada que dominaba el río Volga. En la cima de la colina había una iglesia con una cúpula bulbosa de color azul claro, y debajo había una fila de cabañas de troncos que descendían hacia el río. Más allá de éstas se encontraban los jardines de la cocina, las casas de baños y los raquíticos cobertizos de los animales, y después los oscuros campos arados que «suavemente se extendían hacia la colina azulada del bosque en el horizonte». Se trataba de una aldea relativamente próspera. Su proximidad con Kazán la había convertido en un centro de producción para el mercado y sus granjeros de más éxito habían llegado a disfrutar un mínimo de comodidad. Sus bien edificadas cabañas tenían tejados construidos con tablones y una ornamentación colorista, con tallas de animales en sus postigos de madera y en las estructuras de las ventanas. Dentro de ellas se encontraba un conjunto de objetos elaborados en las pujantes fábricas de Rusia: cazuelas y sartenes de hierro, samovares, cortinas, espejos, armazones de camas, lámparas de queroseno, acordeones y cosas parecidas. De manera lenta pero segura, como el resto de la Rusia campesina, Krasnovidovo se estaba viendo arrastrada a la economía de mercado.[1]

Esto la situó en la línea de frente de la batalla de los populistas por el campesinado. Para su filosofía resultaba central la idea de que las costumbres igualitarias de la comuna campesina podían servir como un modelo para la reorganización socialista de la sociedad. Si la aldea se veía protegida contra las intrusiones del capitalismo, Rusia, según creían, podría moverse directamente hacia la utopía socialista sin pasar por el «estadio burgués de desarrollo» (con todos los rasgos negativos que éste entrañaba) como había sucedido en Europa occidental. La antigua comuna campesina sería preservada como la base del comunismo ruso.

En respuesta a las llamadas de los dirigentes populistas de «ir al pueblo», durante la década de los setenta del siglo XIX millares de estudiantes radicales, entre ellos Mijail Romas, se dirigieron al campo con la ingenua creencia de que podrían ganar al campesinado para su causa revolucionaria. Al encontrar en el mundo de la aldea un reflejo de sus propias aspiraciones románticas, se convencieron de que encontrarían en los campesinos almas gemelas y aliados en

su lucha socialista. Algunos de ellos intentaron vestirse y hablar como los campesinos para identificarse con su «sencilla forma de vida». Uno de ellos, un judío, incluso se convirtió a la ortodoxia creyendo que esto le acercaría más al «alma campesina». Estos románticos concebían la aldea como una comunidad colectiva y armoniosa que daba testimonio de los instintos socialistas básicos del pueblo ruso. Entre el campesinado, escribió uno de los dirigentes populistas, «existe más atención por el valor del hombre individual, menos indiferencia hacia aquello a lo que se asemeja mi vecino y la forma en que yo aparezco ante mi vecino». Tal era su idealizado punto de vista de los campesinos que muchos populistas incluso pretendieron que en asuntos sexuales eran más morales y castos que la corrompida población urbana. Así, por ejemplo, creían que la prostitución no existía entre los campesinos (incluso aunque la mayoría de las prostitutas urbanas eran en su origen mujeres campesinas), que no había violaciones ni asaltos sexuales en las aldeas (a pesar de la costumbre campesina del *snojachestvo,* que proporcionaba a los patriarcas de la casa un derecho sexual sobre sus nueras en ausencia de sus maridos), y que mientras la sífilis (que era endémica en toda Rusia) podía haber sido venérea en las ciudades depravadas, en las aldeas era causada de manera más inocente por la costumbre campesina de compartir las cucharas y las escudillas de madera.[2]

Estos misioneros románticos quedaron destrozados ante la realidad que se encontraron en el campo. La mayoría de los estudiantes se enfrentaron con una prudente sospecha u hostilidad por parte del campesinado y fueron pronto arrestados por la policía. Al contemplar retrospectivamente su experiencia desde la prisión y el exilio, los populistas moderados, tales como Romas, quedaron convencidos de que el problema básico había sido el aislamiento que sufría el campesinado en relación con el resto de la sociedad. A través de siglos de servidumbre, los únicos forasteros con los que se habían encontrado habían sido los nobles y los funcionarios del Estado, de manera que poco sorprendente resultaba que fueran precavidos ante los agitadores estudiantiles. Lo que se necesitaba ahora eran años de trabajo paciente para labrar vínculos de confianza entre los campesinos y la *intelligentsia* populista. Por eso había llegado Romas a Krasnovidovo.

Sus esfuerzos resultaron vanos. Desde el principio los campesinos sospecharon de su cooperativa. No podían comprender por qué los precios eran mucho más baratos que en los otros establecimientos al por menor. Los campesinos más ricos, que estaban estrechamente vinculados con los comerciantes establecidos,

amenazaron a Romas y a sus aliados. Llenaron uno de sus troncos para hacer leña con pólvora, provocando una explosión menor. Amenazaron a los pobres campesinos que empezaron a mostrar un interés en la cooperativa, y asesinaron brutalmente a uno de los que participaban en ella, un pobre campesino de la aldea, dejando su cuerpo horriblemente mutilado y diseminado a lo largo de la orilla del río. Finalmente volaron la cooperativa (junto con la mitad de la aldea) al prender fuego al almacén de queroseno. Los enemigos de Romas le culparon a él y a Gorky por el fuego, y enfurecieron a los campesinos contra ellos. Pero los «herejes» combatieron para liberarse y huyeron para salvar la vida.

Romas aceptó la derrota filosóficamente atribuyéndola a la ignorancia de los campesinos. Se negó a renunciar a su creencia en el potencial socialista de éstos y cuando, quince años más tarde, Gorky volvió a encontrarse con él, ya había cumplido otra sentencia de diez años de exilio en Siberia por su relación con el movimiento populista. Pero para Gorky la experiencia fue una amarga desilusión. Le llevó a la conclusión de que, por buenos que pudieran ser por separado, los campesinos perdían todo lo que era bueno en ellos cuando se «juntaban en una masa gris»:

> Un deseo canino de complacer a los fuertes de la aldea se apoderaba de ellos y entonces me resultaba desagradable hasta mirarlos. Se aullaban salvajemente los unos a los otros, dispuestos a luchar, y luchaban por cualquier bobada. En esos momentos resultaban aterradores y parecían capaces de destruir la misma iglesia donde tan sólo la tarde anterior se habían reunido humilde y sumisamente como ovejas en un aprisco.[3]

El «noble salvaje» que los populistas habían visto en el campesino sencillo era, como Gorky concluía entonces, sólo una ilusión romántica. Y cuanto más experimentaba la vida cotidiana de los campesinos, más los describía como salvajes y bárbaros.[17*] Semejantes errores de comprensión fueron un tema constante en la historia de las relaciones entre la Rusia educada y la Rusia campesina; «las dos Rusias», como una vez las denominó Herzen. Los populistas, aunque quizás eran los más conspicuos, no fueron las únicas personas que intentaron imponer sus ideales sobre los campesinos. Prácticamente todas las corrientes del pensamiento social ruso cayeron en la misma trampa. Como escribió Dostoyevsky:

> Nosotros, que amamos al «pueblo», lo contemplamos como una parte de una teoría, y parece que a ninguno de nosotros realmente le gusta como es en realidad, sino sólo como cada uno de nosotros lo ha imaginado. Además, si el pueblo ruso, en alguna época futura, resultara no ser como lo imaginamos, entonces nosotros, a pesar de nuestro amor por él, inmediatamente renunciaríamos a él sin lamentarlo.[4]

Mucho antes de que los populistas salieran a escena, los escritores eslavófilos habían defendido la superioridad moral de la «antigua» comuna campesina sobre los modernos valores occidentales. «Una comuna —escribió Konstantin Aksakov— es una unión de gente que ha renunciado a su egoísmo, a su individualidad, y que expresa su acuerdo común; esto es un acto de amor, un noble acto cristiano.» Virtudes similares eran atribuidas a los campesinos por los grandes escritores románticos del siglo XIX. Dostoyevsky, por ejemplo, pretendía que el sencillo campesino ruso (el *«muzhik* de la cocina», como una vez lo denominó en una famosa discusión) vivía en un plano moral más elevado que los ciudadanos más sofisticados de Europa occidental. Los campesinos, había escrito en su *Diario de un escritor*, eran verdaderamente cristianos y sufridos. Eran ellos los que «debían mostrarnos un nuevo camino, una nueva senda que nos sacara de nuestras dificultades aparentemente irresolubles. Porque no será San Petersburgo la que finalmente establezca el destino ruso [...] La luz y la salvación vendrán de abajo». Tolstoi también vio al simple campesino como un sabio natural. Así es como el príncipe Levin aprende cómo vivir en *Anna Karenina*, fijándose en los campesinos; como en *Guerra y paz*, gracias a Karatayev, un humilde campesino ruso, Pierre Bezujov llega a comprender el significado espiritual de la vida. El carácter de Karatayev, espontáneo, directo y desprendido, era una proyección de la propia filosofia moral de Tolstoi. Vivía en armonía con el mundo y la humanidad.[5]

Estas visiones románticas del campesinado se veían constantemente deshechas por el contacto con la realidad, a menudo con devastadoras consecuencias para sus defensores. Los populistas, que dedicaron mucho de sí mismos a su concepción de los campesinos, fueron los que más sufrieron al respecto, puesto que la desintegración de esa concepción amenazaba con socavar no sólo sus creencias radicales, sino también su propia identidad. El escritor Gleb Uspensky, por citar un ejemplo extremo y trágico, acabó loco después de años de intentar

reconciliar su punto de vista romántico sobre los campesinos con la desagradable realidad de las relaciones humanas que se vio forzado a observar en el campo. Muchos de los escritores «realistas» de la década de los sesenta del siglo XIX que describieron el lado más oscuro del campo acabaron alcohólicos. Existía una sensación general de *angst* entre las clases liberales educadas siempre que los duros hechos de la vida campesina turbaban sus imágenes idealizadas de ésta. Un testigo de esto es la violencia del debate ocasionado por el retrato nada adulador de la vida de aldea que aparece en *Campesinos* (1897), de Chejov, el relato de un camarero enfermo de Moscú que regresa con su esposa a su aldea natal, sólo para descubrir que su familia, golpeada por la pobreza, le ve con malos ojos por traer otras dos bocas que alimentar. O el ultraje público todavía mayor que supuso la publicación de la novela de Bunin *La aldea* (1910), que no respetaba nada en su oscuro retrato de la pobreza y la crueldad campesina. «Lo que sobrecogió al lector ruso de este libro —señaló un crítico contemporáneo— no era el retrato de la pobreza material, cultural y legal (de los campesinos) [...], sino la conciencia de que no existía escapatoria de ésta [...] Lo más que el campesino ruso, tal como quedaba retratado por Bunin, era capaz de conseguir [...] era únicamente la conciencia de su desesperado salvajismo, de que estaba condenado.»[6]

Gorky escribió sobre *La aldea* que había obligado a la sociedad a pensar «seriamente, no sólo acerca del campesino, sino también acerca de la grave cuestión de si Rusia iba a ser o no ser».[7] El enigma del campesino se mantenía en el corazón del problema de la identidad nacional de Rusia. La «cuestión campesina» era el punto de inicio de todos esos interminables debates (que llenan las páginas a menudo no leídas de las novelas rusas del siglo XIX) acerca del futuro de la misma Rusia.

Rusia seguía siendo un país campesino a inicios del siglo XX: el 80 por ciento de la población estaba clasificada como perteneciente al campesinado; y la mayoría del resto tenía sus raíces en él. Bajo la superficie de un habitante de una ciudad rusa casi siempre se encontraba un campesino. La mayoría de los trabajadores de las fábricas y de los talleres de las ciudades, de las lavanderías y de las cocinas, de las casas de baños y de las tiendas, o eran emigrantes del campo o hijos de estos emigrantes, que seguían regresando a sus casas para la cosecha y enviaban dinero a sus aldeas. Los restaurantes empleaban vastos ejércitos de camareros campesinos, mientras que las casas de la gente acaudalada dependían de los empleados del hogar campesinos en cifras tales que causaban el

pasmo de los visitantes europeos. Los vendedores que había en las calles de la ciudad eran en su mayoría originariamente campesinos, como lo eran los cocheros, porteros, transportistas, albañiles, jardineros, barrenderos, carreteros, buhoneros, mendigos, ladrones y prostitutas. Las ciudades y las urbes de Rusia seguían siendo esencialmente «campesinas», tanto por su composición social como por su carácter. A sólo unos kilómetros de cualquier centro ciudadano se podía uno encontrar ya en los bosques, donde había bandidos que vivían entre el follaje, donde los caminos se convertían en vericuetos fangosos en primavera y donde las señales externas de vida en los remotos caseríos habían seguido siendo esencialmente las mismas desde la Edad Media. Sin embargo, a pesar de vivir tan cerca de los campesinos, las clases educadas de las ciudades prácticamente no sabían nada de su mundo. Les resultaba tan exótico y ajeno como los nativos de África lo eran para sus distantes gobernantes coloniales. Y en esta mutua incomprensión, en la brecha cultural que existía entre las dos Rusias se encuentran las raíces de la revolución social y de su trágico destino.

El aislamiento del campesinado en relación con el resto de la sociedad se manifestaba prácticamente en todos los ámbitos: legal, político, económico, cultural, social y geográfico. Los campesinos habitaban tres cuartos de millón de enclaves rurales distribuidos sobre una sexta parte de la superficie del mundo. Raramente atravesaban los estrechos confines de su propia aldea y de sus campos, la iglesia parroquial, la mansión del caballero y el mercado local. La comunidad de la aldea era el centro de este pequeño y aislado mundo. Ciertamente, el antiguo término campesino para ésta (el *mir)* también tenía el significado en ruso de «mundo», «paz» y «universo». El mir era gobernado por una asamblea de ancianos campesinos que, junto con la comuna territorial *(obshchina)*, regulaban todos los aspectos de la vida en la aldea y en el campo. Sus competencias de autogobierno habían sido ampliadas considerablemente por la emancipación, cuando se hizo con la mayoría de las funciones administrativas, policiales y judiciales de los terratenientes y se convirtió en la unidad básica de la administración rural *(obshchestva)*, subordinada a los órganos rudimentarios de la administración estatal en el *volost.* Controlaba la tierra de los terratenientes transferida a los campesinos y se convirtió en responsable solidaria de los pagos de redención que se debían por la tierra. En la mayor parte de Rusia la tierra arable era poseída comunalmente y cada pocos años el mir volvía a distribuir los

centenares de parcelas arables entre las casas campesinas según el número de trabajadores o «comedores» que había en ellas. También establecía los patrones comunes de cultivo y pastoreo en el rastrojo necesario por el sistema de campo abierto de barbecho,[18*] gestionaba los bosques y las tierras de pastos comunales, contrataba a los vigilantes de la aldea y a los pastores, recaudaba impuestos, llevaba a cabo el reclutamiento de soldados, se ocupaba de la reparación de caminos, puentes y edificios comunales, establecía organismos de caridad y otras instituciones de beneficencia, organizaba las fiestas de la aldea, mantenía el orden público, arbitraba en las disputas de menor rango y administraba la justicia de acuerdo con la costumbre local.

El mir podía engendrar fuertes sentimientos de solidaridad comunitaria entre los campesinos, unidos como estaban por sus vínculos comunes a la aldea y a la tierra. Esto se reflejaba en muchos dichos campesinos: «Lo que uno no puede soportar lo puede soportar el mir», «Nadie es más grande que el mir», etcétera.[8] La existencia de tales vínculos puede encontrarse en las comunidades campesinas de todo el mundo. Dan testimonio no tanto del «colectivismo natural» del pueblo ruso, tan amado por los eslavófilos y los populistas, como de la lógica funcional de la autoorganización campesina en la lucha por la supervivencia contra las difíciles realidades de la naturaleza y los poderosos enemigos externos, tales como los terratenientes y el Estado. Ciertamente, debajo de la capa de solidaridad observada por los extraños, los aldeanos continuaban luchando entre sí para conseguir ventajas individuales. La aldea era una colmena de intrigas, venganzas, codicia, falta de honradez, mezquindad y a veces terribles actos de violencia cometidos por un campesino contra otro; no era el ámbito de armonía comunitaria que los intelectuales de la ciudad se imaginaban. Se trataba, sencillamente, de que los intereses individuales de los campesinos eran por regla general mejor atendidos por una actividad colectiva. La brevedad de la estación agrícola en Rusia (desde el deshielo y el inicio del tiempo de la arada primaveral en abril hasta las primeras nieves a inicios de noviembre) convertía en esencial una forma de cooperación en las tareas, de manera que los trabajos más importantes del ciclo agrícola pudieran ser completados en breves períodos de intensa actividad. A esto se debe que la hacienda campesina tradicional tendiera a ser mucho mayor que su equivalente europea, a menudo conteniendo más de una docena de miembros con las esposas y las familias de dos o tres hermanos que vivían bajo el mismo techo que sus padres. Los estudios estadísticos señalan de manera consistente las ventajas

económicas de las haciendas mayores (una proporción mayor de trabajadores masculinos adultos, más tierra y ganado por cabeza, etcétera) y que esto tenía mucho que ver con los beneficios de la cooperación en el trabajo. Las dificultades del trabajo campesino a pequeña escala, que en la amplia mayoría de las casas se realizaba con sólo un caballo y un pequeño almacén de semilla y de herramientas, también convertía las formas sencillas de cooperación entre vecinos, tales como el prestar, en ventajosas para todas las partes. Finalmente, había muchos proyectos que merecían la pena y que solamente podían ser realizados por la aldea en su conjunto, tales como la limpieza de bosques y pantanos, la construcción de graneros, la construcción de caminos y puentes, y la organización de los sistemas de riego.

A la asamblea de la aldea, o *sjod*, donde se tomaban estas decisiones, asistían los ancianos de las propiedades campesinas y generalmente se celebraba en un día de fiesta en la calle o en un prado, puesto que pocas aldeas tenían un edificio lo suficientemente grande como para acomodar a todos los reunidos. No existía un proceso formal como tal. Los campesinos se situaban en círculo en grupos amplios, bebiendo, fumando y discutiendo los diferentes temas de interés local, hasta que el anciano de la aldea, despúes de mezclarse entre la multitud y comprobar los sentimientos de los campesinos más importantes, convocaba a la reunión para que votara una serie de resoluciones. El voto se hacía por aclamación o poniéndose de pie en grupos, y todas las resoluciones eran aprobadas por unanimidad, porque cuando la opinión estaba dividida la minoría siempre se sometía a la mayoría o, como los campesinos decían, a la «voluntad del mir». Los observadores románticos consideraron esta conformidad autoimpuesta como una señal de armonía social. En palabras de Aksakov, la comuna expresaba su voluntad como una sola voz, como un «coro moral». Pero de hecho la toma de decisiones estaba generalmente dominada por un pequeño grupo de los cabezas de familia más antiguos, que eran a menudo también los granjeros de mayor éxito, y el resto de los aldeanos tendían a seguir su orientación. La unanimidad del mir no era el reflejo de ninguna armonía campesina natural, sino una conformidad impuesta desde arriba por los ancianos patriarcas de la aldea.

Algunos observadores de la vida campesina (y esto incluiría a los bolcheviques) describieron a estos patriarcas dominantes como «devoradores de la comuna» *(miroyedy)* o *kulaks*.[19] Éstos eran los denominados campesinos «ricos» y «astutos», «los empresarios pequeñocapitalistas», los «usureros», los

«parásitos» y los «hombres de importancia», a los que el resto de los aldeanos temían y cuya codicia e individualismo conduciría finalmente a la destrucción de la comuna. «En las asambleas de la aldea —escribió un jurista a principios del siglo XX—, la única gente que participa son los alborotadores y los lacayos de los ricos. Los campesinos que trabajan honradamente no asisten, porque se dan cuenta de que su presencia es inútil.»[9]

Pero esto también era, en buena medida, el resultado de contemplar a los campesinos no como eran, sino como la prueba de alguna teoría abstracta, en este caso la marxista. Los campesinos dominantes dentro de la aldea eran, en su conjunto, los patriarcas más ancianos, que también eran a menudo, aunque no necesariamente, los cabezas de las familias más ricas. La aldea rusa de finales del siglo XIX todavía conservaba muchos de los rasgos de lo que los antropólogos llamarían una «sociedad tradicional». Aunque el capitalismo se estaba desarrollando en Rusia en su conjunto, con la excepción de unas pocas regiones específicas aún no había penetrado en las aldeas, donde el objetivo de la comuna iba a limitar sus efectos. El dominio de los patriarcas campesinos no se basaba en la explotación capitalista, sino en el hecho de que, en general, ésta seguía siendo una cultura oral, donde las costumbres del pasado, transmitidas a través de generaciones, servían como modelo para las acciones colectivas de la aldea en el presente y en el futuro: «Nuestros abuelos lo hicieron de esta manera, y así debemos hacerlo nosotros». En este tipo de cultura los ancianos eran considerados invariablemente como la gente más importante de la aldea (tenían la mayor experiencia de cultivo y eran los que más sabían de la tierra), y su opinión, por lo general, era decisiva. Las ancianas también eran respetadas por su dominio de la artesanía, de la medicina y de la magia. Era una cultura ampliamente conservadora. Es cierto, como ha puesto de manifiesto la ingente obra del antropólogo social Jack Goody, que hay muchas maneras en que la cultura oral puede producir un dinamismo informal: puesto que nadie sabía a ciencia cierta lo que hacían sus abuelos, los ancianos campesinos podían recrear la tradición cada generación para que encajara con sus necesidades cambiantes. Pero, en su conjunto, los patriarcas campesinos tenían una congénita desconfianza de cualquier idea que procediera del mundo exterior a su propia experiencia. Pretendían preservar las tradiciones de la aldea y defenderlas contra el progreso. La «antigua forma de vida» siempre era considerada mejor que la nueva. Existió, según creían, una utopía campesina en el pasado remoto, mucho antes de que la nobleza y el Estado hubieran impuesto su dominio sobre la aldea.

Por supuesto, era verdad que había fuerzas mayores que conducían a la decadencia de este mundo patriarcal. La economía monetaria estaba penetrando lentamente en las lejanas áreas rurales. Las manufacturas urbanas estaban reemplazando los antiguos productos artesanales de los campesinos. Las nuevas tecnologías estaban poniéndose al alcance de los campesinos emprendedores. Los ferrocarriles, los caminos, los servicios postales y los telégrafos estaban abriendo la aldea al mundo exterior. Los hospitales y las escuelas, los clubes de lectura y las bibliotecas, el gobierno local y los partidos políticos, se estaban acercando en su conjunto al campesinado. El incremento de la educación rural, en particular, estaba dando lugar a una nueva generación de campesinos y campesinas «conscientes» (jóvenes y educados, ahorrativos y sobrios, con deseos de progresar e individualistas), que buscaban trastornar el antiguo mundo de la aldea.

Podemos verlo, en primer lugar, en la fragmentación de la hacienda patriarcal durante los últimos años del siglo XIX. Hubo un considerable incremento en la tasa de particiones de las haciendas familiares después de la emancipación. Entre 1861 y 1884 la tasa anual de particiones pasó de ochenta y dos mil a ciento cuarenta mil. Más del 40 por ciento de todas las explotaciones campesinas se dividieron en estos años. Como resultado, la explotación promedio en Rusia central pasó de 9,5 miembros a 6,8. Los campesinos se estaban apartando de la familia extensa tradicional en dirección a la familia nuclear moderna. Tales particiones tenían poco sentido económico (las explotaciones recientemente divididas, como aquellas de las que se habían separado, se quedaron con mucho menos ganado, herramientas y trabajo que antes), y ésta fue una causa de considerable ansiedad para el gobierno zarista, que por razones morales y sociales, tanto como por razones económicas, veía la existencia del campesinado dependiente de la supervivencia de la familia patriarcal. Pero fueron las aspiraciones individualistas de los campesinos más jóvenes las que mantuvieron la presión en favor de estos repartos, a pesar de su coste económico. Los hijos de los campesinos y sus esposas jóvenes, hastiados de la tiranía del patriarca familiar, se estaban independizando para establecer sus propias explotaciones en lugar de esperar hasta su muerte (cuando ellos podrían ya tener cuarenta o cincuenta años) para tomar su lugar a la cabeza de la explotación. Sus nuevas haciendas podían ser pequeñas y débiles, pero al menos estaban trabajando para sí mismos. «En la familia pequeña —explicaba un campesino joven en la penúltima década del siglo XIX— cada uno trabaja para sí mismo, cada uno gana

algo para sí mismo; pero si la familia es grande, entonces no consigue nada para sí mismo.» La tasa de reparto estaba directamente relacionada con el grado de implicación del campesinado en empleos fuera de la granja en calidad de temporero. Una vez que los campesinos jóvenes ganaban un salario, se producía un marcado incremento de las discusiones entre ellos y las personas mayores de su casa por razones de dinero y de propiedad. Los hijos campesinos se negaban a enviar sus salarios a casa, o establecían su propia granja en lugar de compartir las ganancias en un fondo familiar común. Distinguían entre sus propias ganancias privadas fuera de la granja y la propiedad común de la familia derivada del trabajo colectivo.[10] Era una señal de su propio sentimiento creciente de valor individual: «Gano dinero, luego existo».

La progresiva educación de los campesinos más jóvenes fue otro de los orígenes de su individualismo lleno de aspiraciones. La alfabetización en Rusia pasó del 21 por ciento de la población del Imperio en 1897 al 40 por ciento en vísperas de la primera guerra mundial. Las tasas más elevadas en el campo se encontraban entre los varones jóvenes de aquellas regiones más cercanas a las ciudades. Nueve de cada diez reclutas campesinos en el Ejército imperial procedentes de las dos provincias de San Petersburgo y Moscú eran considerados alfabetizados en 1904. Estos jóvenes campesinos fueron los principales beneficiarios del florecimiento de la escolarización rural durante las últimas décadas del antiguo régimen. El número de escuelas primarias se cuadruplicó (de veinticinco mil a cien mil) entre 1878 y 1911, y bastante más de la mitad de los niños campesinos en edad escolar (de ocho a once años) ingresaron en escuelas primarias durante este año.[11]

El vínculo entre la alfabetización y las revoluciones es un fenómeno histórico bien conocido. Las tres grandes revoluciones de la historia europea moderna (la inglesa, la francesa y la rusa) tuvieron lugar en sociedades donde la tasa de alfabetización se iba acercando al 50 por ciento. Los activistas locales de la Revolución rusa fueron extraídos principalmente de esta generación que acababa de ser alfabetizada. Irónicamente, en sus esfuerzos encaminados a educar a la gente corriente, el régimen zarista estaba colaborando a cavar su propia tumba.

La alfabetización tiene un profundo efecto en la mente y en la comunidad campesina. Promueve el pensamiento abstracto y capacita al campesino para dominar nuevas habilidades y tecnologías, que a su vez le ayudan a aceptar el concepto de progreso que nutre el cambio en el mundo moderno. También debilita el orden patriarcal de la aldea al derribar las barreras que existen entre

ésta y el mundo exterior, y al desplazar el poder dentro de la aldea hacia aquellos que tienen acceso a la palabra escrita. El campesino joven y educado estaba mucho mejor equipado que su padre para utilizar las nuevas tecnologías agrícolas de finales del siglo XIX; los métodos de contabilidad del sistema monetario, los contratos escritos, los asuntos relacionados con la gestión de la tierra y los de préstamos, y con todo el nuevo mundo de la administración (desde la simple constatación de las horas y las fechas a la lectura de documentos oficiales y la formulación de resoluciones y peticiones de la aldea ante las autoridades superiores) en el cual habían entrado después de 1861. El *status* del campesino joven y con educación se elevó a medida que el mercado y la burocracia se filtraban en el área de las aldeas y la comunidad campesina dependía cada vez más de dirigentes con las habilidades que exigía esta nueva sociedad.

La palabra escrita dividió a la aldea en dos grupos generacionales. La generación antigua y analfabeta temía y desconfiaba del exceso de educación («los libros no se pueden comer») e intentó limitar sus efectos corrosivos sobre la cultura tradicional de la aldea. Estaban preocupados por la forma de vida urbana e individualista (las modas y los cortes de pelo, la creciente falta de respeto hacia los ancianos campesinos y las peligrosas ideas políticas) que los jóvenes adquirían leyendo. Como escribió en 1911 un inspector de escuelas eclesiásticas que simpatizaba con este tipo de preocupaciones:

> Lo único que se observa [como resultado de la escolarización] es un elevado interés por un dandismo insípido e inútil. En muchas zonas, la ropa campesina normal está siendo reemplazada por estilos urbanos, que perjudican gravemente el escaso presupuesto de los campesinos, obstaculizando mejoras importantes en otros aspectos mucho más relevantes de la vida campesina [...]. Los vínculos familiares, el mismo fundamento del bienestar del Estado y de la sociedad se han visto profundamente transtornados. Las quejas por la insubordinación contra los padres y ancianos son generalizadas. Los jóvenes y los adolescentes a menudo atacan verbalmente a sus mayores e incluso los golpean; presentan demandas ante los tribunales y se llevan de la casa cualquier [posesión] que pueden. Da la impresión de que los padres han perdido toda autoridad sobre los hijos.[12]

Por otro lado, los campesinos más jóvenes (y con la explosión demográfica de la población rural se estaban convirtiendo a pasos agigantados en la mayoría: en 1897 el 65 por ciento de la población rural tenía menos de treinta años)[13] situaron la educación en la cima de su lista de prioridades. Era la clave para la promoción social. Esta división cultural iba a ser un rasgo fundamental de la revolución campesina. Una parte de ésta era progresista y reformadora: buscaba acercar la aldea a la influencia del mundo urbano moderno. Pero otra parte de la revolución campesina era restauradora: intentaba defender la aldea tradicional contra estas mismas influencias. Tendremos ocasión de ver cómo estas dos fuerzas en conflicto afectaron la vida de una sola aldea cuando volvamos a la historia de Serguei Semyonov y la revolución de Andreevskoe.

No obstante, a pesar de estas fuerzas modernizadoras, la estructura básica de la política campesina siguió siendo esencialmente patriarcal. Ciertamente, los partidarios del orden patriarcal tenían una gama completa de controles sociales con los que paralizar la oleada de modernidad. En todos los aspectos de la vida de los campesinos, desde su cultura material a sus costumbres legales, existía una conformidad innegable. Todos los campesinos usaban las mismas ropas básicas. Incluso su corte de pelo era el mismo: los hombres, la raya en medio y cortado a tazón, las mujeres, con el pelo en trenzas hasta que contraían matrimonio, y después, cubierto con una cofia. No se suponía que los campesinos de la aldea tradicional tuvieran que afirmar su identidad individual como lo hacía la gente de la ciudad, mediante una moda de vestir particular. Tenían muy poco sentido de lo privado. Todos los miembros de la familia compartían sus comidas de una olla común y dormían juntos en una habitación. La falta de espacios privados, por no hablar de los ritos de fertilidad, dictaban que el acto sexual fuera mantenido, al menos en parte, en el dominio público. Seguía siendo todavía una práctica común en algunas partes de Rusia que la esposa campesina fuera desflorada delante de toda la aldea; y si quedaba demostrado que el novio era impotente, su lugar podía ser tomado por un hombre mayor o por el dedo de la casamentera. El pudor tenía muy poco espacio en el mundo campesino. Los retretes estaban al aire libre. Las campesinas se estaban sacando continuamente los pechos, para observarlos y acariciárselos o para dar de comer a sus bebés, mientras que los campesinos no tenían ningún reparo en jugar con sus genitales. Los doctores urbanos se quedaban sorprendidos de las costumbres campesinas de escupir en el ojo de una persona para librarle de los orzuelos, de alimentar a los niños boca a boca o de calmar a

los pequeños chupándoles el pene.[14]

Las chozas de los campesinos, tanto por su aspecto externo como por sus muebles y trazado interno, encajaban con el mismo rígido patrón que gobernaba el resto de sus vidas. En toda Rusia, de hecho, había solamente tres tipos básicos de casa campesina: la *izba* norteña, o choza de troncos, con los cuartos para vivir y las dependencias exteriores situadas bajo un solo techo en torno a una superficie cuadrangular; la *izba* del sur, con las dependencias externas separadas de los cuartos donde se hacía la vida, y la *jata* ucraniana, que era un edificio separado hecho de madera o de barro, pero con un tejado de paja. Cada choza contenía los mismos elementos básicos: un espacio para cocinar, donde se ubicaba la estufa, sobre la que los campesinos (a pesar de las cucarachas) gustaban de dormir; un rincón «rojo»[20*] o «santo» donde se colgaban los iconos, se atendía a los invitados y comía la familia en torno a una mesa blanca, y una zona para dormir, donde en invierno era común encontrar cabras, potros y terneros acomodados en la paja al lado de los seres humanos. El calor húmedo y el olor de los animales, las humaredas negras de las lámparas de queroseno y el olor acre del tabaco cultivado en casa, que los campesinos fumaban enrollado en papel de periódico, se combinaban para crear una atmósfera única y nociva. «Las puertas estaban firmemente cerradas, las ventanas herméticamente selladas y la atmósfera no puede ser descrita —escribió un cuáquero inglés desde una aldea del Volga—. Su carácter venenoso sólo puede ser comprendido a través de la experiencia.» Dadas tales condiciones insalubres, no resulta en absoluto sorprendente que en fecha tan tardía como la primera década del siglo XX uno de cada cuatro bebés campesinos muriera antes de llegar a la edad de un año. Aquellos que sobrevivieran podían esperar vivir con escasa salud un promedio de treinta y cinco años.[15] La vida campesina en Rusia era realmente terrible, brutal y breve.

Esta vida se encontraba también limitada por la estricta conformidad con las costumbres sociales de la aldea. El comportamiento disidente ocasionaba a sus protagonistas diversos castigos, tales como multas de la aldea, el ostracismo o alguna forma de humillación pública. La forma más común de humillación era la «cencerrada», o *charivari*, como era conocida en el sur de Europa, en la que los campesinos causaban un alboroto fuera de la casa de la persona culpable hasta que él o ella aparecía y se entregaba a la muchedumbre, quien la sometía entonces a la pública vergüenza o incluso a un castigo violento. Las esposas adúlteras y los ladrones de caballos sufrían los castigos más brutales. No era raro

que las mujeres que habían engañado a su esposo fueran desnudadas y golpeadas por sus maridos o atadas al extremo de una carreta y arrastradas desnudas a través de la aldea. Los ladrones de caballos podían ser castrados, golpeados, marcados con hierros al rojo vivo o ejecutados con hoces. Se sabe de otros transgresores a los que les arrancaron los ojos, les hundieron clavos en el cuerpo, les cortaron las piernas y los brazos o les atravesaron el cuello con estacas. Un castigo muy apreciado era elevar a la víctima con una polea con los pies y las manos unidos con una cuerda, y soltarlo de manera que las vértebras de la espalda se rompieran; esto se repetía varias veces hasta que quedaba reducido a un amasijo con la columna vertebral destrozada. En otra forma de tortura la víctima desnuda era envuelta en un saco húmedo, se le ataba una almohada al torso y se le golpeaba en el estómago con martillos, troncos y piedras, de manera que sus órganos internos quedaran destrozados sin dejar ninguna marca externa en el cuerpo.[16]

Es difícil decir de dónde procedía esta barbarie, si era de la cultura de los campesinos rusos o del terrible medio ambiente en el que vivían. Durante la revolución y la guerra civil los campesinos desarrollaron formas incluso más terribles de matar y torturar. Mutilaban los cuerpos de sus víctimas, les cortaban la cabeza y les arrancaban sus órganos internos. La revolución y la guerra civil son situaciones extremas, y no hay garantía de que nadie, sea cual sea su nacionalidad, no actuará de manera similar en tales circunstancias. Pero es seguramente correcto preguntarse, como lo hizo Gorky en su famoso ensayo *Sobre el campesinado ruso* (1922), si de hecho la revolución no había sacado a la luz, como él lo expresó, «la crueldad excepcional del pueblo ruso». Era una crueldad formada por la historia. Mucho después de que la servidumbre hubiera sido abolida, los terratenientes ejercían su derecho a flagelar a los campesinos por faltas de poca importancia. Los liberales advirtieron correctamente sobre los efectos psicológicos de esta brutalidad. En 1895, un médico, dirigiéndose a la Sociedad Médica de Kazán, dijo que «no sólo rebaja, sino que incluso endurece y embrutece la naturaleza humana». Chejov, que era también un médico practicante, denunció el castigo corporal, añadiendo que «endurece y embrutece no sólo a los delincuentes, sino también a aquellos que ejecutan el castigo y a aquellos que lo presencian».[17] La violencia y la crueldad que el antiguo régimen infligió al campesino se transformó en una violencia campesina que no sólo desfiguró la vida cotidiana de la aldea, sino que también se lanzó contra el régimen en la terrible violencia de la revolución.

Si la aldea rusa era un lugar violento, la familia campesina era todavía peor. Durante siglos los campesinos habían reclamado el derecho de golpear a sus esposas. Los proverbios rusos campesinos están llenos de advertencias sobre la sabiduría de tales palizas: «Golpea a tu esposa con el mango del hacha, inclínate y mira si respira. Si respira es que está fingiendo y quiere más», «cuanto más golpees a la vieja, mejor sabrá la sopa», «golpea a tu esposa como a un abrigo de piel, ya verás como habrá menos ruido», «la esposa es buena en dos ocasiones: cuando la traen a casa [como esposa] y cuando se la llevan para enterrarla». Los proverbios populares también atribuían un valor considerable a las palizas de los hombres: «Por un hombre que ha sido golpeado tienes que ofrecer dos sin golpear, e incluso entonces puede que no cierres el trato». Había incluso dichos campesinos que sugerían que una buena vida no estaba completa sin violencia: «Oh, es una vida alegre, sólo que no hay nadie a quien golpear». La lucha era uno de los pasatiempos favoritos de los campesinos. En Navidades, Epifanía y Carnestolendas había colosales peleas a puñetazos (a menudo fatales) entre las diferentes partes de la aldea, a veces incluso entre aldeas, con las mujeres y los niños incluidos, acompañadas por considerables excesos en el consumo de alcohol. Las pequeñas disputas en la aldea frecuentemente acababan en palizas. «Sólo a causa de un puchero de barro roto que valía doce kopecks —escribió Gorky acerca de su época en Krasnovidovo—, tres familias combatieron a garrotazos, le rompieron el brazo a una anciana y a un joven le fracturaron el cráneo. Las disputas de este tipo sucedían cada semana.»[18] Era ésta una cultura en la que la vida tenía escaso valor y, se expliquen como se expliquen los orígenes de esta violencia, iba a desempeñar un papel muy relevante en la revolución.

Muchas personas explicaron la violencia del mundo campesino en virtud de la debilidad del orden legal y de la ilegalidad general del Estado. La emancipación había liberado a los siervos de la tiranía judicial de sus señores, pero no los había incorporado al mundo regido por la ley que incluía al resto de la sociedad. Excluidos de la ley escrita administrada por los tribunales civiles, los campesinos recientemente liberados fueron mantenidos en una especie de *apartheid* legal después de 1861. El régimen zarista los consideraba como un cruce de salvajes y niños, y los sometía a magistrados nombrados de entre la nobleza. Sus derechos legales se vieron confinados a los tribunales de la clase campesina que actuaban sobre la base de la costumbre local. Los campesinos fueron privados de muchos derechos civiles que se daban por supuestos en los

miembros de las otras clases sociales. Hasta 1906 no tuvieron derecho a poseer sus propios terrenos. Las restricciones legales limitaron severamente su movilidad. Los campesinos no podían abandonar la comuna de la aldea sin pagar su parte de la carga fiscal colectiva o de los pagos de redención de la tierra de los nobles durante la emancipación. Para que una casa se separara de la comuna, era necesario un complejo procedimiento burocrático, que exigía el consentimiento de al menos las dos terceras partes de la asamblea de la aldea, y esto era difícil de conseguir.[21*] Incluso un campesino que deseara abandonar la aldea por sólo unas pocas semanas para realizar un trabajo temporal no podía hacerlo sin obtener primero un pasaporte interno de los ancianos de la comuna (que generalmente se oponían a tal tipo de migración aduciendo que debilitaba la familia patriarcal e incrementaba la carga fiscal sobre el resto de la aldea). Las estadísticas muestran que la entrega de pasaportes estaba claramente restringida, a pesar de las demandas de la industrialización y de la agricultura comercial de mano de obra emigrante.[19] Los campesinos seguían atados a la tierra y, aunque la servidumbre había sido abolida, ésta disfrutaba de una poderosa continuación de su vida en la regulación que afectaba al campesino. Privado de la conciencia y de los derechos legales de ciudadanía, apenas sorprende que los campesinos no respetaran ni la ley estatal ni su autoridad cuando su poder coercitivo desapareció en 1905, y después en 1917.

Es erróneo suponer, como hacen muchos historiadores, que el campesinado ruso no tenía en absoluto ni orden ni ideología moral que sustituyera al estado zarista. Richard Pipes, por ejemplo, en su reciente historia de la revolución, retrata a los campesinos como gente primitiva e ignorante que sólo podía representar un papel destructor en la revolución y que, por lo tanto, estaba lista para la manipulación de los bolcheviques. Sin embargo, como veremos, durante 1917 y 1918 los campesinos demostraron que eran suficientemente capaces de reestructurar el conjunto de la sociedad rural, partiendo del sistema de relaciones de la tierra y del comercio local hacia la educación y la justicia, y al hacerlo demostraron a menudo una notable sofisticación política, que no surgió de un vacío moral. Los ideales de la revolución campesina tenían sus raíces en una larga tradición de sueños y de filosofia utópica campesina. A través de los proverbios, mitos, cuentos, canciones y leyes consuetudinarias de los campesinos, surge una ideología distintiva que se expresó en las acciones de los

campesinos durante los años revolucionarios que van de 1902 a 1921. Esa ideología había sido modelada por siglos de oposición al estado zarista. Como señaló Herzen, durante centenares de años «toda la vida del campesino había sido una oposición larga, muda y pasiva al orden existente de cosas: había soportado la opresión, había gemido bajo su peso; pero nunca había aceptado nada de lo que sucedía fuera de la vida de la comunidad».[20] Fue en esta confrontación cultural, en la manera en que el campesino miró al mundo que existía fuera de su aldea, donde la Revolución tuvo sus raíces.

Examinemos más de cerca esta cosmovisión campesina tal como se expresaba en la ley consuetudinaria. En contra del punto de vista de algunos historiadores, la ley consuetudinaria de los campesinos contenía un conjunto de conceptos morales considerablemente amplio. Es cierto que éstos no siempre se aplicaban de manera uniforme. Los tribunales de la clase campesina a menudo funcionaban de una manera aleatoria, conociendo los casos sobre la base de la reputación y de las conexiones del litigante, o sobre la base de la parte que estaba dispuesta a sobornar a los jueces elegidos con más vodka. Sin embargo, en medio de todo este caos se podían discernir algunos conceptos pragmáticos de justicia, que arrancaban de las vidas cotidianas de los campesinos y que habían cristalizado en unas normas legales más o menos universales, aunque con variaciones regionales menores.

Tres ideas legales, en particular, conformaron la mente revolucionaria campesina. La primera era el concepto de propiedad familiar. Los bienes de la explotación campesina (el ganado, las herramientas, las cosechas, los edificios y su contenido; pero no la tierra que estaba debajo de ellos) eran contemplados como la propiedad común de la familia.[22*] Se consideraba que todos los miembros de la casa tenían el mismo derecho a utilizar estos bienes. Es cierto que el patriarca de la casa, el *bol'shak*, tenía una influencia autoritaria en la gestión de la hacienda y en la disposición de sus bienes. Pero la ley consuetudinaria dejaba claro que se esperaba que actuara con el consentimiento de los otros miembros adultos de la familia y que, a su muerte, no podía legar ninguna parte de la propiedad de la hacienda, que seguiría siendo propiedad común de la familia bajo un nuevo *bol'shak* (generalmente, el hijo mayor). Si el *bol'shak* gestionaba equivocadamente la hacienda familiar, o se emborrachaba demasiado a menudo o cometía actos de violencia con demasiada frecuencia, la comuna podía reemplazarle por otro miembro de la casa en virtud de la ley consuetudinaria. La única manera en que la propiedad familiar podía ser dividida

era mediante el reparto de una hacienda extensa en unidades más pequeñas, según los métodos establecidos por la ley consuetudinaria local. En todas las regiones de Rusia, esto significaba que la propiedad iba a ser dividida sobre una base igual entre todos los adultos varones, realizándose alguna provisión para las mujeres ancianas y las solteras.[21] Los principios de la posesión familiar y del reparto igualitario estaban profundamente arraigados en la cultura campesina rusa. Esto ayuda a explicar el fracaso de las reformas agrarias de Stolypin (1906-1917), que, como parte de su programa para crear un estrato de agricultores capitalistas acomodados, intentó convertir la propiedad familiar de la hacienda campesina en la propiedad privada del *bol'shak*, capacitándole así para dejarla a uno o más de sus hijos.[23]* La revolución campesina de 1917 aniquiló de manera clara estas reformas, produciéndose un retorno a los principios legales tradicionales de posesión familiar.

La hacienda familiar campesina estaba organizada y se definía según el principio del trabajo, el segundo principio legal campesino de relevancia. Se era miembro de la familia en virtud de la participación activa en la vida de la hacienda (o, como lo expresaban los campesinos, «porque se comía de la olla común»), más que por sangre o por vínculos de parentesco. Un extraño adoptado por la familia que viviera y trabajara en la hacienda era considerado generalmente un miembro de la familia a todos los efectos, con derechos iguales a los de los parientes de sangre, mientras que un hijo de la familia que abandonaba la aldea para ganarse la vida en cualquier otro sitio, con el tiempo dejaba de ser visto como un miembro de la familia. Esta misma vinculación de los derechos al trabajo puede verse también en relación con la tierra.[24]* Los campesinos creían en la existencia de un vínculo sagrado entre la tierra y el trabajo. La tierra no pertenecía a nadie sino a Dios, y no podía ser comprada ni vendida. Pero cada familia tenía el derecho a mantenerse de la tierra sobre la base de su propio trabajo, y la comuna tenía, por lo tanto, que asegurar su distribución equitativa entre ellas.[22] Sobre esta base (la de que la tierra debería estar en manos de aquellos que la trabajaban), los caballeros no poseían la tierra de manera justa, y los campesinos hambrientos estaban justificados en su lucha para arrebatársela. Se produjo así una batalla constante entre la ley escrita del Estado, elaborada para defender los derechos de propiedad de los terratenientes, y la ley consuetudinaria de los campesinos, utilizada por ellos para defender sus propias transgresiones de los derechos de propiedad. Bajo la ley consuetudinaria, por ejemplo, nadie consideraba malo el que un campesino robara madera del

bosque del terrateniente, puesto que el terrateniente tenía más madera de la que podía utilizar personalmente y, como decía el proverbio, «Dios hizo que el bosque creciera para todos». El Estado tipificaba como «delito» un amplio conjunto de actividades que la costumbre campesina no consideraba como tales: cazar furtivamente y pastorear el ganado en la tierra del caballero, recoger setas y bayas de su bosque, arrancar fruta de sus huertos, pescar en sus estanques, etcétera. La ley consuetudinaria era un instrumento que los campesinos utilizaban para subvertir un orden legal que, desde su punto de vista, mantenía la dominación injusta de los terratenientes y la del mayor terrateniente de todos: el Estado.[25*] No es ninguna coincidencia que la legislación agraria revolucionaria de 1917 y 1918 se basara en los principios del trabajo que se encontraban en la ley consuetudinaria.

El acercamiento subjetivo a la ley, juzgando los méritos de un caso según la posición social y económica de las partes enfrentadas, era el tercer aspecto específico del pensamiento legal del campesinado que tenía una afinidad con la revolución. Tuvo su eco en el concepto bolchevique de «justicia revolucionaria», el principio rector de los Tribunales Populares de 1917-1918, según los cuales la clase social de un hombre era considerada el factor decisivo a la hora de determinar su culpabilidad o su inocencia. Los campesinos consideraban que robar a un rico, especialmente si lo hacía un pobre, era una ofensa mucho menos seria que robar a un hombre que apenas podía alimentarse a sí mismo y a su familia.[26*] Desde el punto de vista de los campesinos estaba incluso justificado, como hemos visto, matar a alguien culpable de una ofensa seria contra la comunidad. Y asesinar a un extraño que procedía de fuera de la aldea no era obviamente tan malo como matar a un vecino de ésta. De manera similar, mientras que engañar a un vecino era considerado por los campesinos obviamente inmoral, estafar al terrateniente o a un funcionario del Gobierno no estaba sujeto a ninguna censura moral; tal «engaño» era sólo una de las muchas formas cotidianas de resistencia pasiva utilizadas por los campesinos para subvertir un orden establecido injusto.[23] Dentro del contexto de la sociedad campesina este enfoque subjetivo no carecía de su propia lógica, puesto que los campesinos contemplaban la justicia en términos de sus efectos prácticos directos sobre sus propias comunidades más que en términos generales o abstractos. Pero, a menudo, podía desembocar en una especie de pensamiento embarullado que hacía que la gente considerara a los campesinos «turbios». En *El criminal*, por ejemplo, Chejov cuenta la verdadera historia de un campesino

que es llevado ante los tribunales por robar un cerrojo de los carriles de ferrocarril para usarlo como peso de su aparejo de pesca. No consigue comprender su culpa y al intentar justificarse habla repetidamente de «nosotros» (los campesinos de su aldea): «¡Bah! Mirad cuántos años hemos estado quitando cerrojos y Dios nos protege, y ahora estamos hablando aquí de un choque, de gente muerta. No los quitamos todos; siempre dejamos algunos. No actuamos sin pensar. Tenemos entendimiento».

Aquí, en esta subjetividad moral, descansaba la raíz del anarquismo instintivo del campesino. Vivía fuera del ámbito de las leyes estatales, y ahí es donde decidía permanecer. Los siglos de servidumbre habían nutrido dentro del campesino una profunda desconfianza hacia toda autoridad situada fuera de su propia aldea. Lo que deseaba era *volia,* el antiguo concepto campesino de libertad y autonomía sin frenos de cualquier poder. «Durante centenares de años —escribió Gorky—, el campesino ruso ha soñado en un Estado que no tenga derecho a influir en la voluntad del individuo y en su libertad de acción, un Estado sin poder sobre el hombre.» Ese sueño campesino se mantenía vivo gracias a relatos subversivos sobre Stenka Razin y Emelian Pugachov, los revolucionarios campesinos de los siglos XVII y XVIII, cuyas imágenes míticas seguían siendo vistas, en fechas tan tardías como la primera década del siglo XX, volando como cuervos sobre el Volga para anunciar el advenimiento de la utopía. E igualmente existían cuentos fabulosos de un «reino de Opona», en algún lugar en el borde de la tierra plana, donde los campesinos vivían felizmente sin que los molestara la nobleza ni el Estado. Algunos grupos de campesinos incluso iniciaron expediciones hacia el extremo norte con la esperanza de encontrar esta arcadia.[24]

Cuando el Estado pretendió extender su control burocrático en el campo durante los últimos años del siglo XIX, los campesinos intentaron defender su autonomía desarrollando formas incluso más sutiles de resistencia pasiva contra él. Lo que hicieron, en efecto, fue establecer una estructura dual de administración en las aldeas: una formal, relacionada con el Estado, que permanecía inactiva e ineficiente, y una informal, referida a los campesinos, que era exactamente lo contrario. Los ancianos de la aldea y los recaudadores de impuestos optaron por servir en los órganos de la administración estatal de las aldeas *(obshchetsva)* y los municipios del *volost (upravy)* resultaron, en palabras de un frustrado funcionario, «considerablemente indignos de confianza e insatisfactorios», al haber sido muchos de ellos elegidos deliberadamente por su

incompetencia para sabotear la labor del Gobierno. Hubo incluso casos en que los campesinos eligieron al tonto del pueblo como su anciano.[25] Mientras tanto, el centro real del poder siguió estando en el mir, la antigua asamblea aldeana dominada por los patriarcas. El poder del Estado zarista nunca penetró realmente en la aldea, y ésta siguió siendo su debilidad fundamental hasta 1917, cuando el poder del Estado desapareció por completo y la aldea obtuvo su *volia.*

Las clases instruidas siempre habían temido que una *volia* campesina degeneraría pronto en licencia anárquica y en violenta venganza contra las personas de autoridad. Belinsky escribió en 1837: «Nuestro pueblo comprende la libertad como *volia,* y *volia* para el pueblo significa cometer desafueros. La nación rusa liberada no se dirigirá hacia el Parlamento, sino que correrá a la taberna a beber licor, a destrozar vasos y a ahorcar a los nobles, cuya única culpa es afeitarse la barba y utilizar una levita en lugar de una blusa campesina».[26] La revolución, de demasiadas maneras, cumpliría la profecía de Belinsky.

II El intento de aniquilación del pasado

Cuando era joven, en la primera década del siglo XX, la escritora Nina Berberova acostumbraba a observar a los campesinos que iban a consultar a su abuelo en su estudio de la residencia familiar, cerca de Tver.

> Eran de dos clases —recuerda— y me parecía que eran de dos estirpes completamente diferentes. Algunos *muzhiks* (campesinos) eran comedidos, estaban bien alimentados, poseían una apariencia de importancia, tenían el pelo grasiento, las panzas gruesas y los rostros relucientes. Se vestían con sus camisas bordadas y sus caftanes de tela fina. Éstos eran los que más tarde fueron denominados *kulaks.* [...] Derribaban árboles para construir casas nuevas en los espesos bosques que hasta hacía poco habían sido del abuelo. Recorrían la iglesia con las bandejas de la colecta y colocaban velas delante del icono de santa María Consuela Mi Dolor. Pero ¿qué clase de dolor podían tener? El banco de crédito campesino les concedía préstamos. En sus casas, que a veces yo misma visitaba, había geranios en los alféizares de la ventana y de los

> hornos se desprendía el aroma de ricos manjares. Sus hijos crecían como hombres enérgicos y ambiciosos, empezaban nuevas vidas para sí mismos y creaban una nueva clase embrionaria para Rusia.
> Los otros *muzhiks* utilizaban abarcas burdas, se vestían de harapos, se inclinaban servilmente, nunca pasaban de las puertas y tenían rostros que habían perdido toda expresión humana [...]. Su estatura era inferior a la normal y a menudo dormían en cunetas cercanas a la taberna estatal. Sus hijos no crecían porque estaban desnutridos. Sus consumidas esposas parecían estar siempre en el último mes del embarazo, los niños estaban cubiertos de un eczema supurante, y en sus hogares, que yo también visitaba, las ventanas rotas estaban cubiertas de harapos y las gallinas y los terneros se guardaban en los rincones. Había un olor acre.[27]

Las diferencias entre los campesinos pobres y los ricos habían sido ampliamente debatidas desde la década de los setenta del siglo XIX, cuando toda la cuestión de la pobreza rural y de sus causas había hecho acto de presencia por primera vez ante la sorprendida atención del público ruso. Para los marxistas y para muchos liberales era axiomático que el campesinado se dividiría en dos clases separadas (por un lado los hacendados emprendedores y por otro los trabajadores sin tierra) cuando el capitalismo arraigara en el campo ruso. Pero los populistas, que soñaban con un campesinado unido que guiara a Rusia directamente hacia el socialismo, negaban que este proceso estuviera teniendo lugar en absoluto. Cada parte originó una biblioteca de estadísticas para demostrar que el capitalismo estaba conduciendo o no a la desintegración del campesinado, y los historiadores todavía hoy siguen discutiendo su significado.

Había, es cierto, crecientes desigualdades entre los sectores más ricos y los más pobres del campesinado. En un extremo existía una clase pequeña pero creciente de empresarios campesinos acaudalados; en el otro, un campesinado progresivamente empobrecido obligado a abandonar sus granjas y a unirse al ejército de asalariados emigrantes que se dedicaban a la agricultura, a la minería, al transporte y a la industria. El joven Lenin intentó probar en la última década del siglo XIX que estos dos extremos eran el resultado del desarrollo capitalista. Pero esto no es necesariamente cierto.

Las diferencias fundamentales en el nivel de vida del campesinado eran de hecho geográficas. La agricultura comercial había arraigado en una zona circular

de regiones en torno a la periferia del antiguo centro moscovita de Rusia durante el siglo XIX. En algunas partes del Báltico la emancipación de los siervos en 1817 había permitido a los terratenientes locales, que tenían acceso a los mercados occidentales de grano, convertir sus explotaciones en haciendas capitalistas trabajadas por asalariados. También en Ucrania occidental los nobles habían establecido extraordinarias explotaciones azucareras. Mientras tanto, en las regiones fértiles del sur de Rusia, del Kubán y del norte del Cáucaso un acaudalado estrato de agricultores mixtos había surgido de entre los campesinos y los cosacos. Lo mismo sucedía en Siberia occidental, donde la construcción del ferrocarril Transiberiano había posibilitado que algunos pequeños propietarios se enriquecieran produciendo cereales y productos lácteos para el mercado. De estas regiones dependía el incremento nacional en el nivel de vida del campesinado (reflejado en su creciente poder adquisitivo), que los recientes historiadores han detectado y utilizado para refutar la antigua ortodoxia histórica de que los campesinos estaban empobreciéndose antes de 1917.[28] Lo que estaba emergiendo, en realidad, era una creciente separación en la posición económica del campesinado entre nuevas y relativamente prósperas áreas de explotación agrícola comercial en el oeste, el sur y el este, por un lado, y, por el otro, la antigua y crecientemente sobrepoblada zona agrícola central, donde estaban la mayoría de las haciendas de la nobleza, y donde los atrasados métodos de cultivo eran incapaces de mantener a todos los campesinos de la zona. No es ninguna coincidencia que después de 1917 las regiones agrícolas más ricas se convirtieran en baluartes de la contrarrevolución, mientras que la zona central empobrecida continuara siendo leal a la revolución.

En la zona agrícola central de Rusia había pocas señales de comercialización, y las principales desigualdades en el nivel de vida de los campesinos se explican por las diferencias locales de calidad del suelo o por legados históricos que se retrotraían a los días de la servidumbre. Así, por ejemplo, las aldeas formadas por antiguos campesinos del Estado (es decir, campesinos establecidos en tierras del Estado) tendían a ser más ricas en tierra que las aldeas de los antiguos siervos. La economía de mercado era débil en estas regiones y la mayoría de los campesinos se relacionaban con un sistema natural de producción. Vendían una pequeña parte del producto y quizás algunos bienes artesanales, el resultado de su trabajo durante el invierno, para pagar sus impuestos y comprar unos pocos bienes necesarios para la casa. Pero aparte de eso, su producción estaba encaminada hacia las necesidades básicas alimentarias de la familia. Según un

estudio de un *zemstvo* realizado en la penúltima década del siglo XIX, dos de cada tres casas campesinas de la provincia de Tambov, en Rusia central, eran incapaces de alimentarse sin contraer deudas. «En nuestra aldea —recordaba Semyonov— sólo cinco o seis familias lograban sobrevivir durante todo el año con sus propios medios. Por lo que se refiere al resto, algunos aguantaban hasta la fiesta de Mijailov [a principios de noviembre], algunos hasta Navidades y algunos hasta Carnestolendas; pero entonces tenían que pedir prestado para comprar grano.» Era la tragedia de millones de campesinos: que las deudas constantes y los impuestos les obligaran a vender su grano en otoño, cuando los graneros estaban llenos y los precios eran bajos, sólo para volver a comprar en la hambrienta primavera, cuando los precios estaban en su momento más alto. Todo *volost* tenía su puñado de usureros y comerciantes (los campesinos los llamaban *kulaks)* que compraban barato el grano de los campesinos en otoño y, seis meses más tarde, se lo volvían a vender por el doble. La suya era una codicia áspera y cruel, del tipo que se encuentra, como lo expresó un contemporáneo, en «un hombre totalmente desprovisto de educación, que se ha abierto camino desde la pobreza hasta la riqueza y que ha llegado a considerar el hacer dinero, por el medio que sea, como la única meta a la que debería dedicarse un ser racional». Había aldeas enteras que estaban endeudadas con estos *kulaks*, y muchas se vieron forzadas a vender parte de su tierra para pagarlos. Si esto era «capitalismo», como pretendían los bolcheviques, era de una clase primitiva.[29]

El número de campesinos «capitalistas» (aquellos que empleaban asalariados de manera permanente) no superaba probablemente el uno por ciento.[30] El que no surgieran más tuvo mucho que ver con la redistribución periódica de la tierra comunal, y con el hecho de que las explotaciones campesinas más ricas, que también eran las que tendían a tener más miembros, dividían consuetudinariamente su propiedad cuando los hijos varones adultos se casaban y podían establecer nuevas haciendas propias.[27*] En otras palabras, los campesinos no consiguieron convertirse en capitalistas porque rara vez mantenían su propiedad durante un espacio de tiempo superior a una generación.

Tampoco tuvo mucho que ver la pobreza campesina con el desarrollo del capitalismo. El problema básico en la zona agrícola central era que las costumbres igualitarias del campesinado le proporcionaban escaso incentivo para producir otra cosa que niños. La tasa de nacimiento en Rusia (en torno a cincuenta nacimientos por cada mil personas cada año) era casi dos veces el promedio europeo durante la segunda mitad del siglo XIX, y las tasas más altas de

todas estaban en las áreas de propiedad comunal donde la posesión de la tierra se fijaba de acuerdo al tamaño de la familia. El crecimiento astronómico de la población campesina (de cincuenta a setenta y nueve millones durante 1861-1897) tuvo como resultado una creciente escasez de tierra. A finales de siglo el 7 por ciento de las familias campesinas no tenían tierra en absoluto, mientras que una de cada cinco tenía sólo una pequeña parcela de menos de una *desyatina* (0,83 hectáreas). Esto puede parecer extraño en un país de las dimensiones de Rusia; pero en Rusia central, donde vivía la mayoría del campesinado, la densidad de población era similar a la de la Europa occidental. La posesión campesina media, de 2,6 *desyatiny* en 1900, era comparable en tamaño a la típica explotación agrícola pequeña en Francia o en Alemania. Pero el cultivo agrícola campesino en Rusia era mucho menos intensivo, con cultivos de grano que apenas alcanzaban la mitad del resto de Europa. El arado de madera utilizado por la mayoría de los campesinos rusos, tirado por un solo caballo, o por un par de bueyes, era similar al *aratrum* utilizado en el Imperio romano y considerablemente inferior al pesado arado de hierro utilizado en Europa occidental, con un tiro de cuatro a seis caballos. La pequeña hoz manual todavía era utilizada en la mayoría de las explotaciones campesinas de Rusia en vísperas de la primera guerra mundial, más de medio siglo después de que hubiera sido reemplazada por la guadaña y la hoz pesada en Occidente. Sembrar, trillar y aventar eran tareas que se realizaban todas a mano mucho después de que se hubieran convertido en mecánicas en otros lugares. La utilización del abono, no digamos ya de los fertilizantes químicos, estaba muy por detrás de los niveles europeos. Y el avanzado cultivo rotatorio, las cosechas alternadas con cereales, que se habían introducido en Europa occidental durante la revolución agrícola del siglo XVIII, todavía eran ampliamente desconocidas en la atrasada Rusia campesina.[31]

Bajo estas circunstancias, al carecer de capital para modernizar sus explotaciones agrícolas, la única manera en que los campesinos podían alimentar el creciente número de bocas era conseguir más tierra para cultivar. La forma más fácil de lograrlo dentro del sistema de cultivo de rotación era reducir el tamaño del terreno dedicado al barbecho, y millares de aldeas así lo hicieron. Pero esto, a largo plazo, sólo empeoró la situación, puesto que el suelo se vio agotado por el sobrecultivo, mientras que el ganado (la fuente principal de fertilizante) se vio reducido a causa de la escasez de barbecho y de otras tierras de pastos. A finales de siglo una de cada tres explotaciones campesinas ni

siquiera tenía un caballo.[32] Para cultivar su tierra tenían que alquilar caballos o uncirse ellos mismos al arado. No existe un símbolo más triste de la terrible pobreza en la que millones de campesinos se veían forzados a vivir que la imagen de un campesino y de su hijo bregando para arrastrar un arado a través del barro.

La solución más tentadora para el hambre de tierra del campesinado podía ser vista cada día desde sus aldeas en la forma de las posesiones del caballero. «Todo campesino —escribió el príncipe Lvov— creía desde lo más profundo de su alma que un día, antes o después, la tierra del caballero le pertenecería.» Una tercera parte de la tierra cultivable en Rusia era posesión de los nobles tres décadas antes de que concluyera el siglo XIX. Hacia 1905 esta proporción se había reducido al 22 por ciento, principalmente como resultado de compras comunales campesinas (la participación del campesinado en la tenencia de tierras había aumentado en estos años del 58 al 68 por ciento). Además, por esta época aproximadamente una tercera parte de la tierra de la nobleza era arrendada al campesinado. Sin embargo, esto no debería engañarnos llevándonos a pensar, como han pretendido muchos historiadores de derechas, que no existía problema de la tierra. La mayoría de los campesinos que arrendaban la tierra de los nobles lo hacían bajo la presión de la pobreza más que bajo la de la riqueza: con el rápido ascenso de la población campesina habían llegado a depender del arrendamiento de tierra extra para alimentarse a sí mismos y a sus familias. Por esta razón, a menudo estaban preparados para pagar un arrendamiento más elevado del que merecía la tierra en términos estrictamente económicos. Fue la disposición de la familia campesina para trabajar en el terreno con la finalidad de alimentarse lo que multiplicó por siete el valor de los arrendamientos en los que vivía la nobleza del siglo XIX.[33]

Existió un claro patrón geográfico en las relaciones territoriales entre el campesinado y la nobleza que ayuda a explicar la distribución específica de la violencia agraria durante la revolución. La guerra campesina contra los nobles, tanto en 1905 como en 1917, se concentró en un arco de provincias situado en torno al extremo sur de la zona agrícola central (de Samara a Saratov en el sudeste, pasando por Tambov, Voronezh, Kursk, Jarkov, Chernigov, Ekaterinoslav, Jerson y Poltava, y llegando a Kiev y Podolia en el sudoeste). Éstas eran regiones de superpoblación campesina y dominio terrateniente a gran escala por parte de la nobleza. Los arrendamientos de la tierra eran elevados y los salarios, bajos. Eran también regiones donde el suelo fértil y la estación de

cultivo relativamente prolongada favorecían el desarrollo de la explotación agrícola comercial de trigo, remolacha azucarera y otras cosechas adecuadas para la mecanización. En otras palabras, los campesinos de estas regiones de transición se encontraban atrapados en el peor de todos los mundos posibles: entre el antiguo sistema precapitalista de la agricultura central y el emergente sistema de la explotación agrícola comercial de la periferia. En la medida en que los terratenientes continuaban arrendándoles su tierra, aunque a precios exorbitantes, los campesinos podían siquiera sobrevivir. Con la depresión de los precios agrícolas mundiales entre 1878 y 1896, la mayoría de los terratenientes se habían limitado a hacer eso. Pero entonces los precios de los cereales se elevaron, los fletes se abarataron, y, estimulados por la perspectiva de elevados beneficios, muchos terratenientes regresaron a sus haciendas para convertirlas en explotaciones agrícolas comerciales. Entre 1900 y 1914 la cantidad de tierra cultivable explotada por la nobleza terrateniente en Rusia se incrementó casi en un tercio, y en estas regiones de transición el incremento fue considerablemente mayor. En la provincia de Poltava, por ejemplo, que asistió a la primera oleada de auténtica violencia campesina en 1902, el conjunto de tierra explotada por los nobles prácticamente se duplicó en estos años. La tierra que previamente había sido arrendada a los campesinos (y de la cual éstos habían dependido para alimentar a sus familias) se les arrebató, o les fue arrendada en unas condiciones de todavía mayor explotación. Éstas implicaron a menudo un cambio del pago en dinero por pagos mediante trabajo en la finca del caballero *(otrabotka)* que los campesinos contemplaron como una nueva manera de servidumbre. Además, muchas de estas grandes explotaciones agrarias comerciales se vieron mecanizadas con la introducción de las máquinas cosechadoras y trilladoras, de manera que la necesidad de mano de obra campesina (y por tanto el nivel salarial) se vio todavía más reducida. Muchas familias campesinas que dependían del trabajo temporero se vieron forzadas a abandonar la tierra.[34]

En los años finales del antiguo régimen millones de campesinos fueron gradualmente arrojados de la tierra por la pobreza o por alguna otra desgracia, tal como un incendio o la muerte de un trabajador adulto, lo que para la familia pobre, metida hasta el cuello en deudas, era suficiente como para marcar la diferencia entre la supervivencia y la catástrofe. La bebida fue también una causa creciente de las deudas de los campesinos y de su ruina. Semyonov describió una clase completa de alcohólicos en Andreevskoe: «Los adultos eran siempre gordos y miraban arriba y abajo; los niños estaban raquíticos, con los cuellos

hinchados y escrofulosos, con grandes ojos aterrorizados colocados en rostros pálidos y anémicos, y con vientres hinchados sostenidos por unas piernas de mono».[35]

Algunos de estos pobres campesinos se las arreglaron para conseguir vivir con oficios locales, como el tejido, la carpintería, la alfarería, la confección de calzado, la tala de árboles y el acarreo, aunque muchos de estos oficios se estaban viendo aniquilados por la competencia de las fábricas. Otros emigraron a Siberia, donde existía tierra disponible para los colonos. Más de un millón de campesinos, especialmente de Ucrania, realizaron este viaje durante la década que siguió al hambre de 1891. Pero una amplia mayoría se unió al ejército de trabajadores temporeros que cada primavera realizaban su camino por las fangosas sendas del país a pie o en carros, descendían por los abarrotados ríos en barcas caseras o viajaban de polizones en vapores, y cruzaban Rusia en ferrocarril, en vagones sin calefacción o subidos a los techos de los trenes. Este ejército de nómadas, que contaba de unos nueve millones de personas a finales de siglo,[36] se dirigía a las ferias de Pascua, donde los hombres eran contratados para arar en grandes haciendas comerciales. Después, en verano, eran seguidos por refuerzos para la cosecha. Y a continuación se dispersaban por toda Rusia en busca de un trabajo invernal en los ferrocarriles, en los muelles, en las minas, en la construcción, en los talleres y en las fabricas, sólo para volver a repetir todo el ciclo a la siguiente primavera.

Cada año, en cuerpo y alma, estos campesinos emigrantes eran apartados de sus aldeas y arrastrados hacia el nuevo mundo de la revolución industrial en Rusia. En el último medio siglo del antiguo régimen la población urbana del Imperio se cuadruplicó, pasando de siete a veintiocho millones. La mayor parte del incremento se debió a la afluencia de campesinos a las ciudades en busca de trabajo. Primero llegaron los jóvenes campesinos, siendo muchos de ellos poco más que críos, seguidos por los hombres casados, luego las muchachas solteras y finalmente las mujeres casadas y los niños. En 1914 tres de cada cuatro personas que vivían en San Petersburgo estaban registradas como campesinas de nacimiento, comparadas con menos de una tercera parte cincuenta años antes. La mitad de una población de 2,2 millones de personas había llegado durante los veinte años anteriores.[37] El efecto de esta masiva inmigración campesina resultó aún más pronunciado en Moscú. La multitud de campesinos en las calles, los numerosos mercados al aire libre (incluso había uno en la Plaza Roja), las calles sin pavimentar, las casas de madera y el ganado que discurría libremente por los

enclaves obreros proporcionaron a considerables zonas de la ciudad un aspecto rural. Fue entonces cuando Moscú recibió el mote de la «Gran Aldea».

Semyon Kanatchikov (1879-1940) fue uno más de los millones de campesinos que realizaron ese paso de la aldea a la ciudad durante la explosión industrial de la última década del siglo XIX. Muchos años después, como un personaje de importancia menor en el Gobierno bolchevique, recordó la experiencia en sus memorias. Había nacido en el seno de una familia campesina pobre de la aldea de Gusevo, en el distrito de Volokolamsk, en la provincia de Moscú. Su padre había nacido siervo y, aunque había intentado mejorar su suerte arrendando tierra, dedicándose al comercio y aprendiendo por sí mismo a leer, había vivido en la frontera de la pobreza como la mayoría de los campesinos de su distrito. Cada invierno abandonaba la aldea para trabajar como temporero en la ciudad, dejando a su esposa enferma y débil, había perdido a catorce de sus dieciocho hijos, para que se ocupara de su explotación agraria. Los años de desilusión le habían convertido en un tremendo borracho, y cuando estaba bebido golpeaba a su esposa y a los niños. Y sin embargo, como muchos rusos, mezclaba la embriaguez impenitente con un profundo temor de Dios, y sólo deseaba que su hijo se convirtiera en un «buen campesino». El joven Kanatchikov encontró insoportable la vida. Después de la muerte prematura de su madre, de la que culpó a su padre, decidió huir. «Deseaba librarme de la monotonía de la vida de la aldea tan rápidamente como resultara posible —escribió más tarde—, librarme del despotismo y de la tutela de mi padre, empezar a vivir una vida autónoma e independiente.»[38] No pasó mucho tiempo antes de que la pobreza obligara a su padre a ceder a sus peticiones. A los dieciséis años Kanatchikov marchó finalmente en dirección a Moscú, donde su padre le había conseguido un trabajo como aprendiz en la fábrica metalúrgica de Gustav List. Allí, como millares de otros emigrantes campesinos, empezó a redefinirse como trabajador y como «camarada» en el movimiento revolucionario.

Las motivaciones de Kanatchikov para desear abandonar la aldea eran las típicas de su generación. Las necias rutinas de la vida campesina y el aislamiento de la aldea resultaban una carga pesada para hombres jóvenes como él. Resultaba incluso más difícil una vez que habían aprendido a leer, porque las historias de la vida urbana que aparecían en los periódicos y en los panfletos sólo podían fortalecer la conciencia de estas restricciones. Cualquier empleo de la

ciudad parecía emocionante y deseable comparado con las asperezas de la vida campesina. «Todos los hombres jóvenes saludables y capaces se escapaban de nuestra aldea para dirigirse a Moscú y aceptaban cualquier trabajo que pudieran encontrar —recordaba Semyonov—. Esperábamos con ansiedad la época en que tuviéramos la edad suficiente para encontrar algo en Moscú y poder abandonar nuestra aldea natal.» Andreevskoe, la aldea de Semyonov era, como Gusevo, un enclave cercano a Moscú, y la ciudad resultaba un imán para los jóvenes campesinos. «La proximidad de nuestra aldea a Moscú —escribió Semyonov a un amigo en 1888— había hecho que nuestros campesinos se hastiaran de la tierra. El deseo de una vida social, de vestidos de moda, de bebida, de la consecución de una vida más fácil; todo esto pesaba enormemente en ellos. A ninguno le importaban ya las labores agrícolas. Todos intentaban, en la medida de lo posible, liberarse de ellas y encontrar una forma de existencia más fácil.»[39]

El deseo de mejora social era muy a menudo sinónimo de deseo de abandonar la aldea y encontrar un trabajo distinto de la agricultura. Convertirse en conserje o en dependiente de una tienda era contemplado por los campesinos más jóvenes como un ascenso en el mundo. Sobre todo a las jóvenes campesinas, que se encontraban en la base de la pirámide patriarcal, trabajar como criadas en la ciudad (que es lo que hacía la mayoría de ellas) les ofrecía una vida mejor y más independiente. Muchos comentaristas sociales se percataron de tales aspiraciones. Un estudio de los escolares rurales en la primera década del siglo XX, por ejemplo, puso de manifiesto que casi la mitad de ellos deseaba proseguir una «profesión educada» en la ciudad, mientras que menos del 2 por ciento quería seguir las huellas de sus padres campesinos. «Yo quiero ser dependiente en una tienda —decía un escolar de aldea— porque no me gusta caminar en el barro. Quiero ser de esas personas que van vestidas limpiamente y que trabajan como dependientes de una tienda.» Los padres y los educadores quedaron alarmados ante el hecho de que muchos muchachos campesinos, en particular una vez que habían aprendido a leer y escribir, se negaban a realizar el trabajo agrícola e intentaban distinguirse del resto de la aldea paseando con extravagantes ropas de ciudad.

Si la ambición social era a menudo la motivación principal de aquellos campesinos que iban a las ciudades, más comúnmente, como en el caso de Kanatchikov, era la consecuencia inesperada de un movimiento forzado por la pobreza. Pero en cualquiera de los casos, la experiencia de la ciudad transformó la manera en que pensaban la mayoría de los campesinos acerca del mundo, de sí

mismos y de la vida de la aldea que habían dejado detrás de sí. En su conjunto, tuvo el efecto de hacerles pensar de forma secular, más racional y más humanista, lo que les acercó a la *intelligentsia* socialista, y los llevó a rechazar e incluso a despreciar la cultura de la aldea, con sus supersticiones y sus formas de vida oscuras y atrasadas. Ésa era, en expresión de Trotsky, la Rusia de «iconos y cucarachas», mientras que la ciudad y (para muchos de ellos) la cultura urbana del movimiento revolucionario, significaba progreso, ilustración y liberación humana. Las bases del partido bolchevique se reclutaron entre campesinos como Kanatchikov. La desconfianza y también la preocupación que iban a demostrar hacia el campesinado, una vez en el poder, puede explicarse por este hecho social. Porque asociaban el decadente mundo campesino con su propio pasado infeliz, y se trataba de un impulso vital de su propia identidad emergente como personas y como clase, al igual que de su compromiso con la revolución, que se produjera la abolición de este mundo.

El padre de Kanatchikov le había conseguido un trabajo como aprendiz en la fábrica Gustav List gracias a un vecino de Gusevo que había ido a trabajar allí algunos años antes. La mayoría de los emigrantes se apoyaban en contactos de este tipo para lograr establecerse en la ciudad. Los campesinos de una aldea o de una región formaban una asociación (o un *artel* o un *zemliachestvo)* a fin de asegurar a sus paisanos trabajos en la fábrica y lugares donde alojarse. Fábricas y zonas enteras de la ciudad eran «colonizadas» por los campesinos de una localidad o de otra, especialmente si compartían algún valioso oficio regional, y no era raro que los empresarios utilizaran tales organizaciones para reclutar trabajadores. El suburbio industrial de Sormovo, cerca de Nizhnyi Novgorod, por ejemplo, donde se localizaba uno de los enclaves más importantes de ingeniería del país, reclutaba a todos sus trabajadores de un puñado de aldeas cercanas, donde la metalurgia era un oficio establecido. A través de tales asociaciones, los inmigrantes campesinos pudieron mantener los vínculos con sus aldeas nativas. La mayoría de ellos complementaban sus ingresos en la fábrica manteniendo su parcela de tierra en la comuna y regresando a sus aldeas en verano para ayudar a sus familias en la cosecha. Las fábricas sufrían considerables trastornos en la época de cosecha.[28*] Otros campesinos enviaban regularmente a casa dinero para sus familias. De esta manera podían mantener un pie en la aldea, mientras su posición económica en la ciudad seguía siendo insegura. Ciertamente, en algunas regiones industriales, tales como los Urales y las áreas mineras del sur, era común que los trabajadores vivieran en las aldeas,

donde sus familias mantenían una parcela destinada al cultivo de verduras, y viajaran a las fabricas y minas.

Muchos de estos inmigrantes continuaron contemplándose a sí mismos como esencialmente campesinos y veían el trabajo industrial como una forma de «conseguir» dinero contante y sonante para mantener las explotaciones agrarias de la familia. Conservaban su apariencia campesina, usando sus ropas tradicionales hechas en casa con algodón más que las manufacturadas, cortándose el pelo a tazón en lugar de seguir los nuevos estilos urbanos y negándose a afeitarse la barba. «Vivían en condiciones de hacinamiento y suciedad y se comportaban tacañamente, negándose todo con la finalidad de acumular más dinero para la aldea —recordó Kanatchikov—. En vacaciones asistían a misa y visitaban a sus paisanos, y sus conversaciones giraban fundamentalmente en torno al grano, la tierra, la cosecha y el ganado.» Cuando habían ahorrado el suficiente dinero regresaban a su aldea y compraban un pequeño pedazo de tierra. Otros, sin embargo, como Kanatchikov, preferían ver su futuro como obreros urbanos. Contemplaban la tierra que tenían en la aldea como un retraso temporal mientras se establecían en la ciudad.[41]

A través de un *artel* de quince trabajadores emigrantes, Kanatchikov encontró un «rincón» en una habitación de una «casa grande y maloliente habitada por pobres de todas clases». Los quince hombres que compartían la habitación compraban comida y pagaban colectivamente a una cocinera. Cada día al mediodía se apresuraban a llegar a casa procedentes de la fábrica para comer sopa de coles, igual que hacían los campesinos, «de una olla común con cucharas de madera». Kanatchikov dormía en un pequeño catre con otro aprendiz. Su «rincón», carente de ventanas, estaba sucio y lleno de «chinches y pulgas» y de olor a «humanidad». Pero, de hecho, tenía la suerte de estar en una habitación privada. Muchos trabajadores tenían que arreglárselas con un jergón estrecho en las barracas de la fábrica, donde centenares de hombres, mujeres y niños dormían juntos por turnos, con ninguna ropa de cama salvo sus propios vestidos sucios. En esas barracas, que Gorky comparó con las «moradas de un pueblo prehistórico», no había ni facilidades para lavarse ni para cocinar, de manera que los obreros tenían que ir a la casa de baños y comer en cantinas. Había familias enteras viviendo en tales condiciones. Intentaban arreglárselas de la mejor manera posible para tener algo de vida privada colgando una cortina alrededor de sus jergones. Otros, todavía menos afortunados, se veían obligados a vivir en una pensión de mala muerte o a comer y dormir al lado de sus

máquinas. Era tanta la demanda de alojamiento que los trabajadores no dudaban en absoluto en gastar la mitad de sus ingresos en el alquiler. Los propietarios dividían las habitaciones, las buhardillas, los sótanos y las cocinas para obtener el máximo de beneficio. Empresarios especuladores se apresuraron a construir altos edificios, que fueron inmediatamente subdivididos. En un apartamento de San Petersburgo, vivían una media de dieciséis personas, seis en cada habitación, según un estudio de 1904. En los distritos obreros las cifras eran todavía más elevadas. El Ayuntamiento podía haber aliviado la crisis de la vivienda construyendo suburbios y estableciendo transportes baratos; pero la presión de los propietarios del centro bloqueó los planes de este tipo.[42] Como la mayoría de las ciudades industriales de Rusia, San Petersburgo se había desarrollado sin ningún tipo de planificación. Se habían construido fábricas en los distritos residenciales del centro y se había permitido que descargaran sus desechos industriales en ríos y canales. El suministro doméstico de agua era un caldo de cultivo para el tifus y el cólera, como la propia hija del zar, la gran duquesa Tatiana Nikolaevna, descubrió a su costa cuando lo contrajo durante las celebraciones del tricentenario en la capital. La tasa de mortalidad en esta ciudad del zar era la más alta de todas las capitales europeas, incluyendo Constantinopla, con una epidemia de cólera que se producía como promedio cada tres años. En el distrito de los obreros, menos de una de cada tres viviendas tenía agua corriente o retrete. Los excrementos se apilaban en los patios traseros hasta que venían a recogerlos por las noches en carretas de madera. Había que ir a buscar agua en cubos a las fuentes y a los arroyos, y tenía que ser hervida antes de poder beberla con seguridad. En toda la ciudad (en los portales, dentro de los tranvías y en centenares de lugares públicos) había letreros con grandes letras rojas advirtiendo a la gente que no bebiera el agua, aunque los trabajadores sedientos, y especialmente aquellos que acababan de llegar del campo, les prestaban muy poca atención. No se hizo nada de auténtica importancia para mejorar los sistemas de agua y de alcantarillado de la ciudad, que siguieron siendo un escándalo nacional incluso después de que treinta mil habitantes hubieran sido fulminados por el cólera en 1908 y 1909. Se habló mucho de construir un acueducto hasta el lago Lagoda, pero el proyecto no pasó de tal hasta 1917.[43]

Desde su primer día en la fabrica, el joven Kanatchikov fue agudamente consciente de su apariencia extraña y rústica: «Los trabajadores especializados me miraban burlonamente, me pellizcaban la oreja, me tiraban del pelo, me

llamaban campesino boca amarilla y otras expresiones insultantes». Estos aristócratas de la mano de obra se convirtieron en un modelo para Kanatchikov a medida que buscó asimilarse a esta nueva cultura obrera. Envidiaba su ropa de moda, con las perneras del pantalón colocadas por encima de sus brillantes botas de cuero, sus camisas blancas de fantasía metidas en los pantalones y sus cuellos sujetos con corbatas. Olían a jabón y agua de colonia, se cortaban el pelo al «estilo polaco», es decir, haciéndose la raya a un lado en lugar de en medio como los campesinos, y cuando llegaba el domingo se vestían con traje y sombrero hongo. El orgullo que tenían de su apariencia física parecía encajar con «su conciencia de su propio valor»; y era precisamente este sentido de la dignidad lo que Kanatchikov intentaba conseguir.[44] Pero de momento se encontraba en el punto más bajo de la jerarquía de la fabrica: un trabajador sin especializar, que trabajaba durante seis días a la semana, desde las seis de la mañana a las siete de la tarde, por un reducido salario de 1,5 rublos a la semana. La revolución industrial que estaba floreciendo últimamente en Rusia dependía de baratos trabajadores del campo como Kanatchikov. Ésa era su ventaja principal sobre los antiguos poderes industriales, en los que la mano de obra organizada había conseguido una paga y unas condiciones laborales mejores. Como el conde Witte expuso en 1900, el trabajador ruso, «criado en los hábitos frugales de la vida rural», era «mucho más fácil de satisfacer» que su equivalente en Europa o Norteamérica, de manera que «los salarios bajos parecían un regalo afortunado a la empresa rusa». Ciertamente, a medida que las fábricas se fueron mecanizando, los empresarios pudieron explotar la mano de obra todavía más barata de mujeres y niños. En 1914, las mujeres representaban el 33 por ciento de la fuerza de trabajo industrial en Rusia, comparada con el 20 por ciento de 1885, y en algunos sectores, como el textil o la alimentación, las trabajadoras eran mayoría. La fábrica significaba una pesada carga para su salud, adicionalmente asediada, como era el caso de muchas, con niños que berreaban y esposos alcohólicos. «No se puede dejar de percibir la prematura decrepitud de las mujeres de las fábricas —escribió un doctor veterano en 1913—. Una trabajadora de cincuenta años ve y oye con dificultad, le tiembla la cabeza y tiene los hombros considerablemente encorvados. Da la impresión de tener setenta años. Resulta obvio que sólo la pura necesidad la mantiene en la fábrica, obligándola a trabajar más allá de sus fuerzas. Mientras que en Occidente los trabajadores ancianos tienen pensiones, nuestras trabajadoras no pueden esperar nada mejor que vivir hasta sus últimos días como ayudantes de las

lavanderas.»[45]

El gobierno zarista se resistía a mejorar la suerte de los trabajadores mediante una legislación de fábricas. Ésa fue una de sus mayores equivocaciones, porque la creación de una amplia y descontenta clase trabajadora en las ciudades iba a ser una de las causas principales de su caída. Parte del problema era que los reaccionarios influyentes, como Pobedonostsev, el procurador general del Santo Sínodo y estrecho asesor de los dos últimos zares, se negaban a reconocer la «cuestión laboral» en absoluto, puesto que desde su punto de vista Rusia era todavía (y debería seguir siendo) una sociedad agraria. En otras palabras, los trabajadores deberían ser tratados de una manera que no fuera diferente a la de los campesinos. Otros temían que la aprobación de reformas de este tipo sólo elevaría las expectativas de los trabajadores. Pero la principal preocupación era que buena parte de la industria rusa permanecía en manos de propietarios extranjeros,[29*] y, si iban a incrementarse los costes del trabajo, podían llevarse su capital a cualquier otro sitio. Las ganancias logradas por los obreros británicos en la década de los años cuarenta del siglo XIX, y por los obreros alemanes en la penúltima década del mismo siglo, seguían estando fuera del alcance de los trabajadores rusos a finales de siglo. Las dos leyes más importantes de fábricas (una, en 1885, que prohibía el trabajo nocturno de las mujeres y de los niños, y la otra, en 1897, restringiendo la jornada de trabajo a once horas y media) tuvieron que ser arrancadas al Gobierno después de graves huelgas. Pero incluso estas reformas dejaron sin solventar problemas de importancia. Los pequeños talleres y comercios artesanales, que probablemente empleaban a la mayoría de los trabajadores del campo, quedaron excluidos de tal legislación protectora. Los inspectores, encargados de asegurar que las fábricas cumplieran con las regulaciones, carecían de poderes efectivos, y los empresarios los ignoraban impunemente. Las áreas de trabajo se veían llenas de humos insalubres y permanecían sin ventilar. Los talleres estaban abarrotados de maquinaria peligrosa, de manera que los accidentes eran frecuentes. Pero a la mayoría de los trabajadores se les negaba un derecho legal a asegurarse y, si perdían un ojo o un miembro, no podían esperar más que una compensación de unos pocos rublos.

«El propietario de la fábrica es un soberano y legislador absoluto al que no limita ninguna ley», declaró el profesor Yanzhul, un partidario prominente de la legislación de fábricas durante la penúltima década del siglo XIX. Ciertamente, al contar con trabajadores sujetos a trabajos privados, los empresarios podían

burlarse de la mayor parte de la legislación laboral del Gobierno. Se insertaban todo tipo de cláusulas en los contratos de los trabajadores, privándolos de sus derechos legales. Mucho tiempo después de que las multas hubieran quedado fuera de la ley, muchos trabajadores veían como su paga quedaba bloqueada por baja productividad, roturas y pequeñas infracciones de los reglamentos de la fábrica (que a veces no iban más allá de acudir al servicio durante las horas de trabajo). Algunos empresarios registraban de manera degradante a sus trabajadores en busca de objetos robados siempre que salían por las puertas de las fábricas, mientras que otros los flagelaban por faltas. Otros prohibían a sus trabajadores utilizar sombreros o dirigirse al trabajo vestidos con sus mejores atavíos, como una manera de enseñarles su lugar apropiado. Esta especie de «régimen de servidumbre» era amargamente deplorado por los trabajadores como una afrenta para su dignidad personal. «Ni siquiera somos reconocidos como personas —se quejaba uno—, sino que somos considerados cosas que pueden ser tiradas en cualquier momento.» Otro se lamentaba de que «fuera de Rusia incluso los caballos consiguen descansar. Pero nuestra existencia como obreros es peor que la de un caballo».[46] A medida que fueron desarrollando su propio sentimiento de autoestima, estos trabajadores exigieron un trato más respetuoso por parte de sus empresarios. Deseaban que los llamaran por el educado «usted» *(vyi)* en lugar del familiar «tu» *(tyi)*, que asociaban con el antiguo régimen de servidumbre. Deseaban ser tratados como «ciudadanos». A menudo fue esta cuestión del trato respetuoso, más que la cuestión material de los salarios, la que provocó las huelgas y manifestaciones de los trabajadores.

Los historiadores han buscado exhaustivamente las raíces de la militancia obrera. El tamaño de las fábricas, los niveles de especialización y educación, el movimiento de salarios y precios, el número de años transcurridos en la ciudad y la influencia de la *intelligentsia* revolucionaria; todos estos factores han sido examinados con detalle microscópico en innumerables monografías, esperando cada una de ellas descubrir el aspecto crucial que explica el despegue de la «revolución de los trabajadores». La discusión principal entre los historiadores se refiere a los efectos de la urbanización. Algunos han pretendido que fueron los trabajadores más urbanizados, aquellos con los niveles superiores de especialización y educación, los que se convirtieron en los soldados de a pie de la revolución.[47] Pero otros han sostenido que los inmigrantes recientes (aquellos que habían sido «arrancados del arado y arrojados al horno de la fábrica», como señaló Trotsky) tendieron a ser los más violentos, a menudo adaptando las

formas espontáneas de rebelión asociadas con el campo *(buntarstvo)* al nuevo y hostil entorno industrial en el que se encontraban.[48]

Ahora no existe ninguna duda de que los inmigrantes campesinos añadieron un elemento volátil y a menudo beligerante a la clase trabajadora de la ciudad. La desazón laboral durante las primeras décadas de la industrialización tendió a adoptar la forma de espontáneos estallidos de violencia, tales como motines, pogromos, saqueos y destrucción de maquinaria, el tipo de acciones que se puede esperar de una masa campesina desarraigada pero desorganizada que lucha para adaptarse al nuevo mundo de la ciudad y a la disciplina de la fábrica. Algunas de estas formas «preindustriales» de violencia se convirtieron en rasgos permanentes de manifestación de la desazón laboral. Un buen ejemplo es la práctica común de los trabajadores durante las huelgas y manifestaciones de «apoderarse» de su jefe o capataz de fábrica en una carretilla y lanzarlo a un estanque o un canal. No obstante, sería ir demasiado lejos el sugerir que tales formas «primitivas» de protesta industrial, o los escasos participantes que había en ellas, fueron el factor crucial en el surgimiento de la militancia obrera.[49] Durante la última década del siglo XIX las huelgas se convirtieron en la forma principal de protesta industrial y exigieron la clase de organización disciplinada que sólo los trabajadores más urbanizados, con grados superiores de especialización y educación, podían proporcionar. En este contexto, los emigrantes campesinos difícilmente podían representar un papel dirigente. Ciertamente, a menudo se mostraron contrarios a participar en huelgas. Con una parcela de tierra en la aldea a la que podían regresar cuando las cosas se ponían difíciles, sentían menos inclinación a afrontar los riesgos que entrañaba una huelga, en comparación con aquellos trabajadores que habían roto sus vínculos con la aldea y dependían exclusivamente del salario de la fábrica. Estos últimos se colocaron a la cabeza del movimiento de los trabajadores.

En este aspecto Rusia se mantuvo en un acentuado contraste con Europa, donde los trabajadores más especializados y educados tendían a ser los menos revolucionarios y se estaban integrando en el movimiento democrático más amplio. Hubo pocos signos de una «aristocracia laboral» moderada que emergiera en Rusia. Los trabajadores de las imprentas, con sus elevadas tasas salariales y sus elevados vínculos con la *intelligentsia*, eran los candidatos más lógicos para un papel de este tipo. Sin embargo, incluso ellos se mantuvieron firmemente en torno a los partidos marxistas y social-revolucionarios. Si hubieran sido capaces de desarrollar sus propios sindicatos legales, estos

trabajadores podrían haber obtenido suficientes beneficios del *statu quo* para no exigir su destrucción. Entonces podrían haber recorrido el camino de reforma moderada adoptado por los movimientos laborales europeos. Pero la situación política rusa los empujó de forma natural hacia los extremos. Incapaces de desarrollar sus propias organizaciones independientes, se vieron obligados a apoyarse en la dirección de la clandestinidad revolucionaria. Hasta un punto considerable, entonces, el movimiento revolucionario de los trabajadores fue creado por el régimen zarista.

La militancia no significa nada si no es un conjunto de actitudes y emociones. Y como ilustra la historia de Kanatchikov, las raíces de la militancia de los obreros fueron esencialmente psicológicas. Su personalidad cambió a medida que se adaptaba a la vida de la ciudad y adquiría nuevas habilidades. El dominio de las técnicas de precisión de los fabricantes, los trabajadores de élite de la construcción de máquinas que preparaban y daban forma a las partes de metal, le daba confianza en sus propios poderes. También le proporcionaba más dinero, lo que le otorgaba una mayor sensación de su valor. Aprender a leer y hablar con los otros trabajadores le exponía a las formas seculares de pensamiento y a las nuevas teorías «científicas» como el darwinismo y el marxismo, lo que debilitó su creencia en la religión. También de otras maneras el joven Kanatchikov estaba luchando para liberarse de la influencia de la aldea. Le repelía el «gamberrismo» de sus paisanos en el *artel*, por su alcoholismo acentuado, sus luchas y sus ásperas maneras campesinas. Se encerró en sí mismo, pronunció un solemne juramento de no volver a beber nada que fuera más fuerte que el té y se situó en un curso riguroso de autosuperación que borrara todas las trazas de sus humildes raíces campesinas. Buscaba construirse una nueva imagen de sí mismo, emular a «aquellos jóvenes obreros metalúrgicos de la ciudad —como indicó— que se ganaban una forma de vivir independiente y no se arruinaban a sí mismos con el vodka». Ahorró lo suficiente para cortarse el pelo al estilo polaco, para comprarse una chaqueta elegante con botones de madreperla y una gorra con cinta de terciopelo como la que utilizaban los aristócratas del trabajo. Se compró un traje con un reloj para el bolsillo del chaleco, un sombrero de paja y un par de zapatos elegantes para los domingos. Por quince kopeks se compró un *Aprenda baile y buenas maneras por sí mismo*, que le advertía que no se sonara la nariz con la servilleta e indicaba el modo de comer algunos alimentos especialmente delicados, como la alcachofa y el espárrago, aunque, como admitió más adelante, «ni siquiera sabía si esas cosas pertenecían al reino animal, vegetal o

mineral».[50]

La autosuperación era una aspiración suficientemente natural entre los trabajadores especializados, como Kanatchikov, que estaban deseosos de elevarse por encima de sus orígenes campesinos para alcanzar en la sociedad el *status* que su creciente sentido de la dignidad les inducía a pensar que merecían. Muchos albergaban sueños de casarse en el seno de la pequeña burguesía y de establecerse en un pequeño negocio o tienda. Leían las lecturas de bulevar, tales como la *Hoja de San Petersburgo (Peterburgskii listok),* que defendía los ideales victorianos de progreso basado en el propio esfuerzo, que guiaba a sus lectores en cuestiones de buen gusto y decoro y que los entretenía con sensacionales historias acerca de la gente rica y glamurosa.

Sólo podía esperarse de esta búsqueda de respetabilidad que viniera acompañada por una cierta pedantería por parte de la elite laboral, una preocupación escrupulosa por separarse de la masa «oscura» de los trabajadores campesinos comportándose de una manera «sobria y culta».[30*] Pero entre aquellos obreros campesinos, como Kanatchikov, que más tarde se unirían a los bolcheviques, esta mojigatería a menudo se reflejaba de una manera extrema. Su sobriedad se convirtió en un puritanismo militante, como si sus maneras remilgadas y ascéticas, beber té y someterse a una disciplina personal, pudieran borrar completamente su pasado campesino. «Teníamos la opinión de que ningún socialista consciente bebería nunca vodka —recordaba un bolchevique —. Incluso condenábamos el tabaco. Propagábamos la moralidad en el sentido más estricto de la palabra.» Era por esta razón por la que muchos de los bolcheviques de base se abstenían de las relaciones románticas, aunque en el caso de Kanatchikov esto puede haber tenido que ver más con su propio triste fracaso con las mujeres. Los trabajadores revolucionarios, admitió más tarde, «desarrollaban una actitud negativa hacia la familia, el matrimonio e incluso hacia las mujeres». Se veían como hombres «condenados», con un destino ligado por completo a la causa de la revolución, que solamente podía ponerse en entredicho mediante «el contacto con chicas». Tan estrictos eran estos precursores proletarios, que la gente a menudo los confundía con los pashkovitas, una piadosa secta bíblica. Incluso la policía en ocasiones se sentía confundida cuando se les instruía para que incrementaran la vigilancia de los «trabajadores revolucionarios» que solamente bebían té.[51]

A través de sus amigos bebedores de té, el joven Kanatchikov se vio involucrado por primera vez en los «círculos de estudio» clandestinos *(krutzhki)* dedicados a la lectura de tratados socialistas y a la educación de los trabajadores. En los primeros días, la mayoría de estos círculos habían sido organizados por estudiantes populistas; pero a finales de la última década del siglo XIX, cuando Kanatchikov se trasladó a San Petersburgo y se unió a un círculo que existía allí, los marxistas estaban empezando a controlar la dirección. Para él, como para muchos otros «trabajadores conscientes», el principal atractivo del círculo era la manera en que le abría a un nuevo mundo de aprendizaje. A través de él se inició en los escritos de Pushkin y Nekrasov, en libros sobre ciencia, historia, aritmética y gramática, en el teatro y en los conciertos serios, al igual que en los tratados marxistas populares de la época. Todo esto le proporcionó la sensación de verse elevado a un nivel cultural superior al de la mayoría de los trabajadores que pasaban su tiempo libre en la taberna. Pero tanto él como sus camaradas se encontraban a disgusto en compañía de las clases medias liberales que apoyaban a estos grupos. Ocasionalmente, como recuerda Kanatchikov, eran llevados «de exhibición» a hogares burgueses de moda.

> Nuestro guía de la *intelligentsia* nos presentaba en voz alta, resaltando las palabras «trabajadores conscientes». Entonces éramos agasajados con té y con todo tipo de aperitivos extraños que nosotros no osábamos tocar para no cometer alguna embarazosa equivocación. Nuestras conversaciones con estos liberales tenían un carácter muy restringido. Nos preguntaban acerca de este o de aquel libro que habíamos leído, nos interrogaban acerca de cómo vivía la masa de los trabajadores, lo que pensaban, si estaban interesados en una constitución. Algunos nos preguntaban si leíamos a Marx. Cualquier estupidez que pronunciáramos en medio de nuestra confusión era recibida con una aprobación condescendiente.

Al abandonar estos encuentros, Kanatchikov y sus amigos «lanzábamos un suspiro de alivio y nos reíamos de la carencia de comprensión que nuestros huéspedes tenían sobre nuestras vidas». Mientras que en la superficie estaban de acuerdo con sus mentores estudiantes en que los liberales podían ser útiles para la causa revolucionaria, «una especie de hostilidad hacia ellos, un sentimiento de

desconfianza, crecía constantemente en nuestro interior».[52] Fue precisamente este sentimiento de desconfianza, la conciencia de los trabajadores de que sus propias aspiraciones no eran las mismas que las de los liberales, lo que aceleró la caída del gobierno provisional en 1917.

La concepción que tenía Kanatchikov del socialismo era extremadamente maleable en esta época, y lo mismo sucedía con la mayoría de los trabajadores. Encontraban difícil captar ideas complejas o abstractas, pero eran receptivos a la propaganda bajo la forma de sencillas historias contenidas en panfletos que subrayaban la explotación de los trabajadores en sus vidas cotidianas. Las historias de Gorky eran muy populares. Después de escapar de Krasnovidovo, había vagabundeado por el país realizando varios trabajos eventuales, hasta que se había encontrado con el novelista y crítico Korolenko, que le había animado a escribir. A mediados de la última década del siglo XIX Gorky se había convertido en una celebridad nacional, el primer escritor auténtico de cierta calidad que había emergido del submundo urbano de los trabajadores, emigrantes, vagabundos y ladrones, que sus historias representaban con viveza y con pasión. Vestido como un sencillo trabajador, con su bigote de morsa y su rostro fuertemente cincelado, Gorky fue recibido como un fenómeno en los salones de la *intelligentsia* radical. Los trabajadores podían identificarse fácilmente con sus historias porque partían de las preocupaciones que llenaban sus vidas cotidianas y, al igual que el pseudónimo del escritor, captaban su propio espíritu de desconfianza y revuelta *(gorkii* significa «amargo» en ruso). Además, la simpatía obvia de Gorky por el trabajador industrial, y su análoga antipatía por el «atrasado» campesino de la Rusia del pasado, proporcionaba a los trabajadores como Kanatchikov, que estaban intentando liberarse de sus propias raíces, una nueva escala de valores e ideales. En un famoso pasaje de *Mi infancia* (1913), por ejemplo, Gorky se preguntaba por qué había registrado todos los incidentes de crueldad y sufrimiento que habían llenado sus años primeros y daba una respuesta con la que muchos trabajadores como Kanatchikov, habrían simpatizado:

> Cuando intento recordar aquellas viles abominaciones de esa bárbara vida en Rusia, en ocasiones me encuentro haciéndome la pregunta: ¿merece la pena registrarlas? Y con una convicción todavía mayor encuentro que la respuesta es que sí, porque ésa era la verdad auténtica y

> onerosa, y hasta este día sigue siendo válida. Es esa verdad la que tiene que ser conocida hasta sus mismas raíces, de manera que arrancándolas pueda ser borrada por entero de la memoria, del alma del hombre, de nuestra vida completamente oprimida y vergonzosa.

Todos los personajes de las historias de Gorky se dividían en buenos y malos (definiéndose ambos en términos de su clase social), con pocos matices o variaciones. Este absolutismo moral también atraía a la creciente conciencia revolucionaria y de clase de los obreros. Pero quizás era sobre todo el espíritu de revuelta que existía en los escritos de Gorky lo que los convertía en algo tan inspirador. En *El petrel tormentoso* (1895), su explosiva alabanza del romántico héroe revolucionario, disfrazado bajo la forma de un halcón que vuela por encima de las olas espumosas, se convirtió en el himno de los revolucionarios y circuló en la clandestinidad en centenares de copias impresas, mecanografiadas y manuscritas. Como la mayoría de los trabajadores, Kanatchikov se lo había aprendido de memoria: «Intrépido petrel, incluso cuando mueras, / En la canción de lo fuerte y lo firme en el espíritu, / Vivirás siempre como un ejemplo, / Como un impulso orgulloso hacia la libertad y la luz».[53] Los trabajadores también gustaban de leer historias acerca de la lucha popular por la liberación en tierras extranjeras. «Ya se tratara de los albigenses combatiendo contra la Inquisición, de los garibaldinos, de los nacionalistas búlgaros, los veíamos a todos como almas gemelas», escribió Kanatchikov. No importaba que estos héroes extranjeros hubieran combatido en batallas muy diferentes de las suyas propias, puesto que los trabajadores estaban dispuestos a reinterpretar estas historias en el contexto ruso. Ciertamente, la censura de la literatura relacionada con los propios «revolucionarios» históricos de Rusia, tales como Pugachov o los decembristas, los obligaban a mirar al extranjero en busca de inspiración. En esa buena y antigua tradición rusa de leer entre líneas, descubrieron la lucha de los holandeses contra la Inquisición como un ejemplo estimulante del espíritu y la organización que necesitarían en su propia lucha contra la policía. Era el contenido emocional de las historias, su descripción romántica del rebelde como un combatiente por la libertad y la justicia, lo que las convertía en algo tan inspirador. Sobre ellas, Kanatchikov escribió: «Aprendimos el significado del desprendimiento, la capacidad para sacrificarnos en el nombre del bien común».[54] Al identificarse con los campeones de la emancipación humana en

todas partes, se convirtieron a la revolución.

La atracción especial del marxismo arrancaba de la importancia que concedía al papel de la clase trabajadora y a la idea de progreso. Los panfletos marxistas populares de finales de la última década del siglo XIX, que por primera vez atrajeron a cantidades considerables de trabajadores como Kanatchikov a la causa, extraían lecciones de la crisis provocada por la hambruna de 1891: que los campesinos estaban condenados a morir como resultado del progreso económico, que eran una reliquia del atrasado pasado de Rusia que sería barrida por la industria y que la creencia de los populistas en la comuna (a la que muchos de los trabajadores campesinos se seguían adhiriendo) no resultaba ya sostenible. Sólo el marxismo podía explicar a los trabajadores por qué sus padres campesinos se habían empobrecido tanto, y por qué ellos se habían visto forzados a emigrar a las ciudades. Existía, por lo tanto, un estrecho vínculo entre el apego de Kanatchikov a la exaltación marxista de la industrialización y del progreso y su propio rechazo psicológico de su pasado campesino. Como muchos de los trabajadores procedentes del campo, Kanatchikov invirtió buena parte de su propia personalidad en el ideal de la liberación a través de la industria. Encontró «poesía» en «los ruidos y los sonidos» de la fábrica. Para los trabajadores como él, el marxismo aparecía como una «ciencia» moderna que explicaba en sencillos términos de blanco y negro por qué su mundo estaba estructurado de la manera en que lo estaba, y cómo podía ser transformado.

Muchas personas han sostenido que el marxismo actuaba como una religión, al menos en su forma popular; pero los obreros como Kanatchikov creían con la seriedad más profunda que las enseñanzas de Marx eran una ciencia, en pie de igualdad con las ciencias naturales, y pretender que su creencia no era realmente más que una forma de fe religiosa es injusto para con ellos. Había, sin embargo, un obvio dogmatismo en la acción de muchos de estos obreros, que fácilmente podía ser tomado por fanatismo religioso. Se manifestaba en el aire de desdén que muchos trabajadores, que habían llegado a las áreas superiores del entendimiento marxista, mostraban hacia aquellos que no habían ascendido todavía a semejantes alturas. Un «camarada» dijo arrogantemente a un oficial de policía que estaba arrestándole que era un «loco» porque nunca «había leído a Marx» y «ni siquiera sabía lo que [eran] la política y la economía».[55] Este dogmatismo tenía mucho que ver con la relativa escasez de ideas políticas alternativas, que podrían haber provocado por lo menos que los obreros contemplaran la doctrina marxista con un poco más de reserva y escepticismo.

Pero también tenía sus raíces en la manera en la que estos obreros habían sido educados en el terreno de la filosofía. Cuando la gente aprende en la edad adulta lo que normalmente se enseña a los niños en las escuelas, a menudo encuentra difícil progresar más allá de las ideas abstractas más sencillas. Éstas tienden a incrustarse profundamente en sus mentes, convirtiéndolos en seres resistentes a la posterior absorción de conocimientos en un grado más sofisticado. Ven el mundo en términos de blanco y negro porque su estrecho aprendizaje oscurece cualquier coloración. El marxismo tuvo un efecto muy similar sobre trabajadores como Kanatchikov. Les proporcionó una solución sencilla a los problemas del «capitalismo» y del atraso sin exigirles que pensaran de manera independiente.

Para un trabajador, el comprometerse con el movimiento obrero militante era una invitación a la persecución. Una vez que la policía local quedaba al tanto de sus actividades, se encontraba pronto despedido de su fábrica por agitador. Sin embargo, a causa de la fuerte demanda de trabajo especializado durante el período de apogeo industrial, los trabajadores como Kanatchikov podían encontrar de nuevo trabajo con facilidad. Iban de fábrica en fábrica, organizando clubes y asociaciones ilegales de trabajadores, hasta que la policía los descubría y nuevamente los obligaba a marcharse. Enfrentado con una vida de huidas, el militante que tenía una voluntad débil podría haber elegido regresar a la seguridad de su aldea nativa. Pero para trabajadores como Kanatchikov esto resultaba impensable. Ya se habían comprometido con el movimiento revolucionario, y su identidad dependía de él. Regresar al atraso de la aldea socavaría el sentido de sí mismos que tanto les había costado ganar. La única alternativa era unirse al movimiento revolucionario clandestino. La camaradería que encontraron allí compensó en parte el desarraigo que muchos de ellos debían de haber sentido al desplazarse de ciudad en ciudad. La organización del partido se convirtió en «el hogar familiar y refugio» del trabajador, tal como lo expresó Kanatchikov. Sus «camaradas de combate» adoptaron «el papel de sus hermanos, hermanas, padre y madre». Pertenecer a esta comunidad secreta, además, tenía su atractivo romántico, como explicó otro trabajador bolchevique: «El peligro constante de arresto, el secreto de nuestras reuniones y la consciencia de que ya no era más un grano de arena, ya no era otro de los trabajadores, sino un miembro más de una organización que era peligrosa y amenazante para el Gobierno y para los ricos. Todo esto era nuevo y excitante».[56]

Esta sensación de pertenecer al partido y de ser parte de su misión histórica actuó como un disolvente de las divisiones existentes entre los obreros y la

intelligentsia marxista. La camaradería era, inicialmente, más poderosa que la clase. Sin embargo, de manera creciente, la relación entre los dos se vio marcada por la tensión y la desconfianza. Los trabajadores comenzaron a organizarse a sí mismos. Las huelgas de mediados de la última década del siglo XIX fueron el primer logro real de un movimiento obrero independiente. Muchas de ellas fueron dirigidas por trabajadores especializados, aunque la *intelligentsia* marxista del Partido Socialdemócrata representó un importante papel subsidiario en la comunicación de la propaganda que ayudó a convertir las huelgas en algo tan extendido y efectivo. En este período los marxistas todavía estaban comprometidos con la idea de la agitación de masas para las huelgas. Pero hacia finales de la década muchos empezaron a pretender que el movimiento de los trabajadores, con su estrecho enfoque basado en cuestiones meramente económicas, no era lo suficientemente fuerte como para derribar por sí mismo al régimen zarista. Exigían un movimiento político más amplio, en el cual la disciplina y la organización de los socialdemócratas, más que la de los propios trabajadores, desempeñara un papel dirigente. Aquí estaba la raíz del conflicto entre las ideas económicas del movimiento obrero y las ambiciones políticas de la *intelligentsia* revolucionaria, un conflicto que dividiría a todo el movimiento marxista en Rusia.

Con un pie en la fábrica y el otro en la clandestinidad revolucionaria, a Kanatchikov le llegó el momento de elegir entre ambos. En vísperas de la revolución de 1905, según sabemos por la última sentencia orgullosa de sus memorias, abandonó la fábrica y se convirtió en un «revolucionario profesional» a tiempo completo en el partido bolchevique.

4 Tinta roja

I Dentro de la fortaleza

En la desembocadura del río Neva, justo enfrente del Palacio de Invierno, se alza la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Construida en 1703 por Pedro el Grande como un bastión contra la flota sueca, fue el primer edificio de San Petersburgo, y durante varios años desempeñó las funciones de capital de su vasto imperio. Una vez que se procedió a la construcción del resto de la ciudad (sobre los huesos de los siervos que murieron construyéndola), la pequeña fortaleza isleña dejó de ser la sede del gobierno zarista, pero continuó simbolizando su sobrecogedor poder. Las tumbas de los zares se encontraban en su catedral, cuya espira dorada se erguía como una aguja sobre el centro de la capital, y dentro de las espesas murallas de piedra y por debajo de las ocho torres de la fortaleza se ocultaba la más infame de las prisiones políticas del régimen. Su lista de internos se puede leer como un cuadro de honor de los movimientos radicales revolucionarios en Rusia: Radishchev, los decembristas, los piotrashevtsy, Kropotkin, Chernyshevsky, Bakunin, Tkachev, Nechayev, los populistas y los marxistas, los obreros y los estudiantes; todos sufrieron en sus celdas húmedas y siniestras. En sus dos siglos como prisión, ni un solo prisionero se escapó nunca de la fortaleza, aunque muchos encontraron una forma diferente de liberación a través del suicidio o de la locura.

Esta «Bastilla rusa» no sólo mantenía cautivos en su interior a peligrosos elementos subversivos, sino que también cautivaba la imaginación popular. Las canciones y las baladas del pueblo retrataban la fortaleza como un infierno viviente. Abundaban las leyendas acerca de cómo eran torturados sus prisioneros, de cómo languidecían en calabozos oscuros y plagados de piojos o enloquecían por su silencio sepulcral (obligatorio como parte del régimen de la prisión). Se narraban cuentos de prisioneros encerrados en celdas tan pequeñas que ni podían estar de pie ni tumbarse; sólo encogerse como una pelota; al cabo

de un tiempo sus cuerpos se retorcían y deformaban. Existían historias de ejecuciones secretas, de prisioneros a los que se había forzado a cavar sus propias tumbas en el río helado por la noche antes de ser ahogados debajo del hielo. En las mentes de la gente corriente la fortaleza se convirtió en un símbolo monstruoso del despotismo bajo el que vivían, un símbolo de sus temores y de su falta de libertad, y el hecho de que estuviera localizada justo en medio de San Petersburgo, de que la gente pasara diariamente por delante de sus horrores secretos, sólo la hacía parecer más terrible.

De hecho, las condiciones en la prisión no eran tan malas como creía la gente. Comparadas con las condiciones que las tiranías del siglo XX han proporcionado a sus víctimas, la fortaleza era un cómodo hotel. La mayoría de los reclusos tenía acceso a comida y tabaco, a libros y a papel para escribir, y podía recibir cartas de sus parientes. El bolchevique Nikolai Bauman incluso recibió permiso para leer *El capital* de Marx durante su estancia en la prisión. Varios clásicos de la literatura rusa se compusieron en el silencio de sus celdas, incluyendo la historia *El pequeño héroe*, de Dostoyevski, el drama de Gorky *Los hijos del sol*, y la novela [31]* La imagen pública de la prisión (abarrotada hasta los topes con decenas de miles de reclusos condenados a largas penas) no podía estar más lejos de la realidad. Nunca hubo más de cien presos a la vez, y después de 1908 nunca superaron los treinta. Pocos se quedaron más de un mes aproximadamente antes de ser transferidos a las prisiones provinciales. En febrero de 1917, cuando la fortaleza fue finalmente tomada por la multitud, la realidad decepcionante de liberar a sólo diecinueve prisioneros (todos ellos soldados amotinados encarcelados sólo un día antes), no se permitió que entrara en la memoria de los revolucionarios. El acontecimiento fue retratado como el triunfo de la libertad sobre el despotismo.

Esta reinvención de la fortaleza fue un aspecto vital de la demonología de los revolucionarios. Si el régimen zarista tenía que ser retratado como cruel y opresor, secretista y arbitrario en sus poderes penales, la fortaleza era un símbolo perfecto de aquellos pecados. Durante la última mitad del siglo XIX, como en realidad se hizo más benigno, su régimen penitenciario fue presentado en los escritos de sus antiguos reclusos con un horror crecientemente exagerado. Existió una moda de tenebrosas memorias de la prisión durante las últimas décadas del antiguo régimen, y estos relatos alimentaron el apetito popular de mártires revolucionarios. Como señaló Gorky, cuando una vez le preguntaron por qué se había negado a sumar sus memorias a este conjunto: «Todos los rusos

que han estado alguna vez en prisión, aunque sólo sea por un mes, como "políticos", o que han pasado un año en el exilio, consideran su santo deber otorgar a Rusia sus memorias acerca de cómo sufrieron».[1]

Para sus críticos, la fortaleza de San Pedro y San Pablo era un microcosmos del sistema zarista. Rusia, señaló el marqués de Custine después de visitar la fortaleza en los años treinta del siglo XIX, es «en sí misma una prisión; una prisión cuyas inmensas dimensiones sólo la convierten en más formidable». La estructura básica del estado policial zarista había sido instaurada bajo Nicolás I después de la sublevación decembrista de 1825, cuando un pequeño conjunto de nobles liberales había conspirado (como dijo Pushkin, «entre el clarete y el champán») para imponer una constitución a la monarquía después de la muerte del zar Alejandro I. Nicolás I dictó leyes demoledoras, incluyendo un nuevo código de censura en 1826, que (caso único en la Europa de aquella época) obligaba a que todo el material impreso obtuviera el permiso del censor *antes* de la publicación, para liquidar toda disidencia política. La tercera sección, o policía secreta, establecida ese año, tenía (y de nuevo esto era único en Europa) el poder de detener e incluso de enviar al exilio administrativo de Siberia a cualquiera que fuera *sospechoso* de «crímenes políticos». Ningún otro país en el mundo tenía dos clases de policía, una para proteger los intereses del Estado y la otra para proteger a su gente.

Sin embargo, hasta finales del siglo XIX, con la llegada del teléfono y el telégrafo, la maquinaria del estado policial no se convirtió en realmente eficiente. La Ojrana, que tomó las funciones de la tercera sección en 1881, acometió lo que sólo puede ser descrito como una guerra secreta utilizando poderes especiales fuera de la ley para acabar con los revolucionarios. Tenía millares de agentes e informadores, muchos de ellos fingiendo ser revolucionarios, que informaban sobre las condiciones en las fábricas, las universidades, el Ejército y las mismas instituciones del Estado. Los porteros de las casas entregaban informes diarios a la policía. Centenares de burócratas eran empleados en una «oficina negra» para leer el correo interceptado de la gente. «Todo San Petersburgo sabe que sus cartas son leídas por la policía», se quejaba la condesa Vrontsova al zar Nicolás II. Existía una enorme lista de actividades, desde asistir a un concierto o abrir una tienda a consultar las obras de Darwin, para las que incluso el ciudadano de más alta cuna necesitaba un permiso de la policía. Ciertamente, desde la perspectiva del individuo se puede decir que la mayor diferencia entre Rusia y Occidente, tanto bajo el zarismo como bajo el

comunismo, fue que en Europa occidental los ciudadanos eran generalmente libres para hacer lo que querían en la medida en que sus actividades no hubieran sido específicamente prohibidas por el Estado, mientras que la gente de Rusia no era libre para hacer nada, a menos que el Estado les hubiera dado un permiso específico para hacerlo. Ningún súbdito del zar, independientemente de su rango o de su clase, podía dormir con seguridad en su cama con el conocimiento de que su casa no se vería sometida a un registro o él mismo a un arresto.[2]

Esta batalla constante con el estado policial creó una clase especial de mentalidad entre sus oponentes. Se puede trazar una línea recta desde los rigores penales del régimen zarista al terrorismo de los revolucionarios y al estado policial de los bolcheviques. Como señaló Flaubert, «dentro de cada revolucionario se encierra un policía». Felix Dzerzhinsky (1877-1926), el padre fundador de la Checa, fue un caso clásico. En 1917 había pasado la mejor parte de su vida adulta en cárceles y en el exilio penal, incluyendo los últimos tres en la prisión de Orel, famosa por sus sádicas torturas, donde, como jefe de una huelga de hambre, fue apartado para el castigo (se decía que su cuerpo estaba cubierto de cicatrices). Una vez instalado en el poder iba a copiar muchos de estos métodos de tortura durante el Terror rojo. Sin embargo, Dzerhinsky era sólo uno de los muchos cocineros que se habían convertido en frailes. En 1917 el activista medio del partido bolchevique había pasado cuatro años en las cárceles zaristas o en el exilio; el menchevique, cerca de cinco. Las prisiones endurecieron a los revolucionarios. Los prepararon para «la lucha», otorgándoles una razón privada para odiar al antiguo régimen y buscar venganza contra sus representantes. Kanatchikov, que pasó varios años en las cárceles zaristas, pretendía que para los obreros *bolchevizados* como él mismo la prisión actuaba como una forma de «selección natural»: «Los débiles en espíritu dejaban la revolución, y a menudo la vida, pero los fuertes y resistentes eran endurecidos y preparados para futuras batallas». Muchos años después, en 1923, Kanatchikov fue informado de que uno de los jueces que le había sentenciado a prisión en 1910 había sido fusilado por los bolcheviques. «Escuchar esto —confesó Kanatchikov— me proporcionó una gran satisfacción.»[3]

Justificar la violencia en nombre de la revolución no era exclusivo de los revolucionarios. Entre la elite educada había un culto general a la revolución. La *intelligentsia* rusa (una palabra rusa por derivación) era menos una clase que un estado mental: significaba por definición una actitud de oposición radical y absoluta contra el régimen zarista, y un deseo de tomar parte en la lucha por su

derrocamiento. La historia del movimiento revolucionario es la historia de la *intelligentsia*. La mayoría de los dirigentes revolucionarios fueron en primer lugar y de manera sobresaliente intelectuales. Sus cabezas estaban llenas de literatura e historia europeas, especialmente la historia de las revoluciones francesas de 1789 y 1848. «Creo —señaló Lydia Dan, una menchevique— que como personas procedíamos mucho más de los libros que de la vida real.»[4] Ningún otro grupo aislado de intelectuales ha tenido un impacto tan grande en el mundo del siglo XX.

Aquellos que se consideraban a sí mismos como *intelligenty* (estudiantes, escritores, profesionales, etc.) tenían una escala especial de valores éticos, y compartían los códigos de vestir y de lenguaje, las nociones de honor y de camaradería, por no mencionar los salones y los cafés, los clubes y los círculos sociales, los periódicos y los diarios, que los separaban como una especie de subcultura del resto de la sociedad privilegiada de la que la mayoría de ellos había surgido. Muchos de ellos incluso compartían un «aspecto» distinto (desaliñado, de pelo largo, con barba y gafas) que se convirtió en la marca de los izquierdistas y revolucionarios de todo el mundo.[32*] El filósofo Nikolai Berdyayev comparó en cierta ocasión a la *intelligentsia* rusa con una «orden monástica» o «secta religiosa»; y había mucho en su mentalidad cercano al cristianismo. Tómese, por ejemplo, su rechazo del orden existente como pecaminoso y corrupto, o su propia imagen de justos paladines de la «causa del pueblo», o, por supuesto, su casi mística creencia en la existencia de la verdad absoluta. La *intelligentsia* radical tenía una veneración religiosa por el canon literario revolucionario. Ariadna Tyrkova-Williams recuerda, por ejemplo, cómo en la penúltima década del siglo XIX su hermano adolescente «acostumbraba a llevar a escondidas un volumen de versos revolucionarios a la iglesia durante las oraciones de la tarde y, mientras los otros leían la Biblia, él recitaba sus llamamientos a la revuelta y al terror».[5]

Esta tímida tradición procedía de los decembristas. Su ejecución en 1826 ocasionó los primeros mártires del «movimiento». Las generaciones más jóvenes se inspiraron en el autosacrificio romántico de estos nobles jacobinos. Desde entonces, y aquí nació el culto de la oposición, se puso de moda entre los hijos de los nobles rechazar las carreras en el funcionariado civil «por principios». Se consideraba una traición moral el permitir ser utilizado, como señaló Chicherin, «como un instrumento directo de un Gobierno que estaba reprimiendo sin piedad todo pensamiento y toda ilustración». La oposición total al Estado zarista y a

todos sus funcionarios, aunque reducida, era un asunto de honor. Consideremos la historia de Anatolii Dubois, un estudiante de la Universidad de San Petersburgo que rehusó en 1902 («por principios») dar la mano a un sargento de policía que, mientras registraba su nueva dirección, había comenzado a hablar con él de manera amistosa y le había ofrecido la mano para estrechársela como un gesto de despedida. Se redactó un informe policial para el rector de la Universidad y Dubois fue expulsado, pero no tardó en unirse al movimiento revolucionario y resultar arrestado en 1903. Era un ejemplo típico del estado policial zarista: por un estúpido acto de represión, obligar a un disidente de clase media a la clandestinidad revolucionaria, de la cual surgió la tradición terrorista (la propia historia de Lenin fue muy similar). La *intelligentsia* radical rechazaba de plano cualquier acto de compromiso con «el régimen»: sólo la lucha violenta podía llevar a su fin. El liberalismo era denunciado como una débil medida insuficiente. La ley era despreciada como un instrumento del Estado: se decía que era moralmente inferior a las antiguas costumbres de los campesinos y a los intereses de la justicia social, lo que justificaba quebrantar la ley. Éste fue el dudoso fundamento moral del sentimiento revolucionario que se apoderó de las mentes de las clases medias educadas durante los últimos años del siglo XIX. Vera Figner, terrorista, habló de un «culto a la bomba y a la pistola», en el cual «el asesinato y el patíbulo» adquirían un encanto magnético. Dentro de los círculos de la *intelligentsia*, se consideraba un asunto de «buen gusto» simpatizar con los terroristas, y muchos ciudadanos acomodados les donaron grandes sumas de dinero.[6] Es imposible comprender este extremismo político sin considerar en primer lugar el aislamiento cultural de la *intelligentsia* rusa. Esta diminuta elite estaba aislada de la Rusia oficial por su política, y de la Rusia campesina por su educación. Ambos abismos resultaban infranqueables. Pero, quizás incluso de manera más importante, estaba separada del mundo cultural europeo que buscaba imitar. La consecuencia, como ha argumentado de manera tan elegante Isaiah Berlin, era que las ideas importadas de Occidente (como lo eran casi todas las ideas rusas) tendían a congelarse en dogmas abstractos una vez que la *intelligentsia* rusa las adquiría. Mientras que en Europa las nuevas ideas se veían forzadas a competir contra otras doctrinas y actitudes, con el resultado de que la gente tendía hacia un sano escepticismo en relación con las pretensiones de verdad absoluta y se desarrolló un clima de pluralismo, en Rusia se produjo un vacío cultural. El censor prohibía toda expresión política, de tal manera que cuando las ideas eran introducidas asumían fácilmente la condición de dogma

sagrado, una panacea para todos los viales del mundo, más allá de cualquier cuestionamiento o de necesidad de comprobarlas en la vida real. Una moda intelectual europea se extendió por San Petersburgo detrás de otra: el hegelianismo en la década de los cuarenta del siglo XIX, el darwinismo en la década de los sesenta, el marxismo en la última década del siglo, etc., y cada una fue contemplada a su vez como la verdad final.[7] Había mucho de atractivo en esta extraña búsqueda rusa de absolutos (tal como la pasión por las grandes ideas que dio a la literatura de la Rusia del siglo XIX su carácter y poder único), y sin embargo la otra cara de este idealismo era un didacticismo agobiante, un dogmatismo y una intolerancia moral, que a su modo eran tan dañinos como la censura a la que se oponían. Convencida de que sus propias ideas eran la clave para el futuro del mundo, de que el destino de la humanidad dependía del resultado de sus propias luchas doctrinales, la *intelligentsia* rusa dividía el mundo en fuerzas de «progreso» y de «reacción», amigos y enemigos de la causa del pueblo, sin dejar ningún espacio intermedio para los que dudaban. Aquí se encuentran los orígenes de la cosmovisión totalitaria. Aunque a ninguno de ellos le hubiera gustado admitirlo, había mucho en común entre Lenin y Tolstoi.

La culpa de ello la tenía la inspiración psicológica de la revolución. Casi todos estos intelectuales radicales eran agudamente conscientes de su riqueza y privilegio. «Hemos llegado a darnos cuenta —escribió el pensador radical Nikolai Mijailovsky— de que nuestra conciencia de la verdad universal sólo podía haber sido alcanzada a costa del prolongado sufrimiento del pueblo. Somos deudores del pueblo y esta deuda pesa sobre nuestra conciencia.» Como hijos de los nobles criados por los siervos de la hacienda, muchos de ellos padecían un sentimiento especial de culpa, puesto que, como ha señalado Marc Raeff, estos «amitos» se habían permitido generalmente tratar a sus siervas niñeras y a sus «tíos» (cuya tarea había sido la de jugar con ellos) con comportamientos crueles.[33*] Más tarde, en el curso de su vida estos nobles de conciencia herida intentarían pagar su deuda con el «pueblo» sirviéndole en la revolución. Si solamente, pensaban ellos, pudieran lograr la liberación del pueblo, entonces su propio pecado original (el de haber nacido en una situación privilegiada) quedaría redimido. La literatura rusa del siglo XIX se vio dominada por el tema del arrepentimiento del pecado de privilegio. Tómese por ejemplo al príncipe Levin en *Ana Karenina,* de Tolstoi, que trabaja junto con los campesinos en los campos y que sueña con otorgarles los beneficios de su hacienda para así provocar una «revolución incruenta»: «En lugar de la pobreza

habrá riqueza y felicidad para todos; en lugar de la hostilidad, concordia y un vínculo de interés común».[8]

El primer paso hacia esta reconciliación fue una inmersión en las vidas cotidianas del pueblo. Nadie sintió el interés romántico por la cultura popular que atravesó Europa en el siglo XIX de una manera más profunda que la *intelligentsia* rusa. Así lo escribió Block, con un toque de ironía, en 1908:

> La *intelligentsia* abarrota las librerías con antologías de canciones populares, epopeyas, leyendas, encantamientos y endechas rusos; investiga la mitología rusa, los ritos nupciales y funerarios, se preocupa por la gente, se acerca al pueblo; está llena de grandes esperanzas; sus integrantes se desesperan, incluso renuncian a sus vidas, se enfrentan con la ejecución o mueren de hambre en favor del pueblo.

Atrapada en la culpa de ostentar privilegios, la *intelligentsia* comulgaba en el altar del «pueblo». Creían profundamente en su misión de servicio al pueblo, al igual que sus nobles padres habían creído en el servicio al Estado. Y, desde su punto de vista, el bien del pueblo era el interés más elevado, al cual todos los otros principios, tales como la ley o la moralidad, se veían subordinados. Aquí se encuentra la raíz de la máxima de los revolucionarios de que cualquier medio podía estar justificado en interés de la revolución.

Para muchos de estos revolucionarios de alta cuna, la principal atracción de la «causa» yacía no tanto en la satisfacción que podía derivar de ver mejoras en la vida del pueblo, como en su propia búsqueda romántica de un sentido de «plenitud» que podía otorgar un significado más elevado a sus vidas y acabar con su alienación del mundo. Éste fue ciertamente el caso de Mijail Bakunin, el padre fundador del anarquismo ruso, como ha mostrado tan brillantemente Aileen Kelly en su biografía. Era, como ella señala, su propia necesidad de «identificarse con una entidad colectiva provista de significado» la que condujo a este acaudalado noble a sublimar su (enorme) ego en la noción abstracta de la causa del pueblo. La historia del movimiento revolucionario es, en buena medida, la prosopografia de tales intelectuales nobles y burgueses que buscaban esta sensación de pertenencia. Pensaban que la habían encontrado en la atmósfera de clan de la clandestinidad revolucionaria.

Por lo que se refiere a su compromiso para con el «pueblo», éste era

esencialmente abstracto. Amaban al hombre pero no estaban seguros de los hombres individuales. Piotrashevsky, el teórico utópico, lo resumía cuando proclamaba: «Incapaz de encontrar nada en los hombres o en las mujeres que merezca mi adhesión, he decidido dedicarme al servicio de la humanidad». En esta abstracción idealizada del «pueblo» no había poco de esa preocupación esnob que los aristócratas se sienten inclinados a nutrir con los hábitos del hombre común. ¿Cómo se pueden explicar de otra manera las actitudes autoritarias de revolucionarios como Bakunin, Speshnev, Tkachev, Plejanov y Lenin, sino por sus orígenes nobles? Fue como si vieran al pueblo como agentes de sus propias doctrinas abstractas, más que como individuos que sufrían, con sus propias necesidades e ideales complejos. Irónicamente, los interés de la «causa» a veces significaban que las condiciones del pueblo tenían que deteriorarse todavía más, para producir el cataclismo final. «Cuanto peor, mejor», reiteraba Chernyshevsky queriendo dar a entender que cuanto peor van las cosas, mejor era para la revolución. Había abogado, por ejemplo, por la emancipación de los siervos sin tierra en 1861 sobre la base de que de ello resultaría «una catástrofe inmediata».[9] [34*]

En el desprecio por las condiciones de vida de la gente corriente estaban las raíces del autoritarismo al que la revolución tendría una propensión tan trágica. Sus dirigentes buscaban liberar al «pueblo» según sus propias nociones abstractas de verdad y justicia. Pero si el pueblo no deseaba ser dirigido en esa dirección, o se convertía en algo demasiado caótico para controlarlo, entonces tendría que obligársele a ser libre.

La literatura siempre actuó como sustituta de la política en la Rusia moderna. En ningún sitio la máxima de Shelley (la que afirma que «los poetas son los legisladores no oficiales del mundo») fue tan trágicamente relevante como en Rusia. En ausencia de políticos plausibles, el pueblo ruso elevó la mirada hacia sus escritores en busca de una dirección moral en la lucha contra la autocracia. «A esto se debe —escribió Vissarion Belinsky a Gogol en 1847— que se preste tanta atención a toda la tendencia literaria de signo liberal incluso en el caso de talentos menores, y por eso la popularidad de los escritores más relevantes declina rápidamente cuando se alistan al servicio de la autocracia.» Durante los siglos XVIII y XIX la *intelligentsia* había diseñado sus códigos y convenciones sociales según los modelos literarios y morales extraídos de ellos por los críticos

literarios.[10] La crítica literaria rusa, que había fundado Belinsky, sirvió como un vehículo de ideas políticas, aunque fuera en un lenguaje de fábula esópica que requería una cuidadosa lectura entre líneas. Todos los teóricos revolucionarios iniciales (Herzen, Belinsky, Dobroliubov, Chernyshevsky) escribieron fundamentalmente acerca de literatura. Lo hicieron a través de los periódicos literarios de los años cincuenta del siglo XIX, por ejemplo *La Campana* de Herzen y *El Contemporáneo* de Chernyshevsky, donde se mezclaron la literatura y el comentario social, y donde las ideas básicas del movimiento revolucionario fueron publicadas por primera vez para un gran público. Ninguna otra cultura concedió semejante importancia a los periódicos dedicados a la crítica. Estos «espesos» periódicos literarios eran leídos y discutidos por casi la totalidad de la sociedad educada.[35*] No había nada similar en Occidente, donde la libertad de expresión desembocó en una amplia apatía política. La *Edinburgh Review,* que era quizás el equivalente más cercano en el siglo XIX, sólo era leída por una diminuta elite.

Desde Belinsky en adelante, la autoimpuesta misión de la literatura rusa era tanto social como didáctica: indicar las fuerzas motivadoras de la sociedad y conducir al pueblo hacia una vida nueva y democrática. Ninguna otra literatura concedió tal importancia a la novela social: dominó el canon literario desde la década de los años cuarenta del siglo XIX con las *Pobres gentes,* de Dostoyevsky, hasta la primera década del siglo XX con *La madre*, de Gorky. Esta última, además, se convirtió en el modelo para la reencarnación de la novela social en su versión sovietizada del realismo socialista. Como forma de instrucción moral, la novela social casi siempre contenía un «héroe positivo» que encarnaba las virtudes del nuevo hombre. Un compromiso para con la causa del pueblo, a menudo a costa de un enorme sacrificio personal, era un atributo esencial de tales héroes de ficción. Los personajes interesados en la estética, o en metas que no estaban vinculadas a la causa, eran «hombres superfluos» alienados de la sociedad.

El más heroico de estos héroes positivos era Rajmetev en la tremenda obra de Chernyshevsky *¿Qué hacer?* (1862). Este titán monolítico, que iba a servir de modelo para toda una generación de revolucionarios (incluyendo a Lenin), renuncia a todos los placeres de la vida para endurecer su voluntad sobrehumana e insensibilizarse al sufrimiento humano que la revolución venidera está a punto de crear. Es un puritano y un asceta: en una ocasión incluso duerme en un lecho de clavos para controlar sus impulsos sexuales. Educa su cuerpo mediante la

gimnasia y el levantamiento de pesos. No come nada salvo carne cruda. Educa su mente de una manera similar leyendo día y noche «solamente lo esencial» (política y ciencia), hasta que finalmente absorbe la sabiduría de la humanidad. Sólo entonces el héroe revolucionario se pone en camino para cumplir su misión de «trabajar en beneficio del pueblo». Nada le desvía de la causa, ni siquiera las atenciones amorosas de una viuda joven y hermosa a la que rechaza. La vida que lleva es rigurosa y disciplinada: funciona como un reloj, con un tiempo dedicado a leer todos los días, y un tiempo dedicado al ejercicio. Sin embargo (y aquí está el mensaje de la historia), sólo a través de una dedicación tan desprendida como ésta el nuevo hombre puede trascender la existencia alienada del antiguo «hombre superfluo». Encuentra la salvación en la política.[11]

El permiso para publicar la novela de Chernyshevsky fue uno de los mayores errores que cometió nunca un censor zarista: porque convirtió a más gente a la causa de la revolución que todas las obras de Marx y de Engels juntas (el mismo Marx aprendió ruso para poder leerla). Plejanov, el «fundador del marxismo ruso», dijo que de esta novela «hemos extraído toda la fuerza moral y la fe en un futuro mejor». El teórico revolucionario Tkachev la denominó el «evangelio» del movimiento; Kropotkin, el «estandarte de la juventud rusa». Un joven revolucionario de la década de los años sesenta del siglo XIX pretendía que sólo había tres grandes hombres en la historia: Jesucristo, san Pablo y Chernyshevsky. Lenin, cuyo propio estilo ascético de vida se parecía de forma desasosegante al de Rajmetev, leyó la novela cinco veces en un verano. Más tarde reconoció que había sido crucial en su conversión al movimiento revolucionario. «Me reestructuró completamente —dijo a Valentinov en 1904—. Éste es un libro que cambia a una persona para toda su vida.» La importancia de Chernyshevsky, desde el punto de vista de Lenin, era que «no sólo había mostrado que todo hombre realmente honrado y de mente recta tenía que ser un revolucionario, sino también (y éste es su mayor mérito) lo que un revolucionario tiene que ser». Rajmetev, con su voluntad sobrehumana y su dedicación desprendida a la causa, era el modelo perfecto del bolchevique.[12]

El héroe de Chernyshevsky fue también una inspiración para los estudiantes nihilistas de la década de los años sesenta del siglo XIX. Su ascetismo, su fe en la ciencia y su rechazo del viejo orden moral los atraía poderosamente. Su «nihilismo» entrañaba una rebelión juvenil contra el interés superficial por lo artístico de la generación de sus padres (los «hombres de los cuarenta»), un utilitarismo militante, un materialismo y una creencia en el progreso mediante la

aplicación de métodos científicos a la sociedad, y un cuestionamiento general de toda autoridad, moral y religiosa, que se manifestaba en una pasión revolucionaria por destruir. Dmitri Pisarev, uno de los ídolos estudiantiles de esta década, obligó a sus seguidores a golpear a diestro y siniestro a todas las instituciones, sobre la base de que cualquier cosa que se colapsara por culpa de sus golpes no era digna de ser preservada. Bakunin señaló que puesto que la antigua Rusia estaba podrida hasta la médula, destruirla resultaba una «urgencia creativa». Éstos eran los jóvenes airados de su época. Muchos de ellos procedían de ambientes relativamente humildes —eran hijos de sacerdotes, como Chernyshevsky, o de orígenes sociales mezclados *(Raznochintsy)—,* de manera que su sentimiento de la falta de merecimientos de Rusia se vio reforzado por sus propios sentimientos de no pertenecer a los privilegiados. Chernyshevsky, por ejemplo, a menudo expresó un profundo odio y un sentimiento de vergüenza por el atraso de la provincia de Saratov, donde él había crecido. «Sería mejor —escribió en una ocasión— no haber nacido en absoluto que haber nacido ruso.» Existía una larga tradición de autodesdén nacional entre la *intelligentsia* rusa, que partía del hecho de que estaba muy alejada de la gente corriente y de que siempre había buscado sus modelos en Occidente.[13]

Estos inquietos jóvenes encontraron otros modelos para sus actitudes en Bazarov, el joven héroe de la novela de Turgueniev *Padres e hijos* (1862). Turgueniev (un «hombre de los cuarenta») lo había retratado como una monstruosa caricatura de los nihilistas, a los que consideraba básicamente materialistas, moralmente ligeros y artísticamente vulgares, aunque más tarde fingiría opinar de otra manera. Había una tremenda semejanza entre Bazarov y el ídolo estudiantil Pisarev. Sin embargo, era tal el abismo de incomprensión entre los padres y los hijos de la vida real, que los jóvenes radicales tomaban sus faltas por virtudes y aclamaron a Bazarov como su hombre ideal.

El manifiesto de estos jacobinos juveniles fue escrito por Zaichnevsky, un agitador estudiantil encarcelado en 1862. La *Joven Rusia*, llamada así a imitación de la *Joven Italia*, tenía poco más en común con el credo de Mazzini. Defendía la toma violenta del poder por un grupo de conspiradores, pequeño pero bien disciplinado, seguida por el establecimiento de una dictadura revolucionaria que llevaría a cabo la transformación socialista de la sociedad y exterminaría a todos sus enemigos, incluyendo a los demócratas y a cualquier socialista que se les opusiera. El manifiesto podría haber pasado por una descripción de lo que los bolcheviques hicieron realmente (más tarde

reivindicaron a Zaichnevsky como propio). Planeaba nacionalizar la tierra y la industria, situar a todos los niños bajo la tutela del Estado y asignar las elecciones a una Asamblea Constituyente nuevamente convocada para asegurar que el partido del Gobierno ganara. Sería una «revolución sangrienta», pero, según Zaichnevsky, «no tenemos miedo de ella, incluso aunque sabemos que un río de sangre fluirá y que perecerán muchas víctimas inocentes». En uno de los más escalofriantes pasajes del canon revolucionario ruso, sopesaba los posibles costes:

> Pronto, muy pronto, llegará el día en que comenzaremos a enarbolar el gran estandarte del futuro, la bandera roja, y con un poderoso grito de «¡Viva la República Rusa social y democrática!», avanzaremos hacia el Palacio de Invierno para exterminar a todos sus habitantes. Puede que sea suficiente con matar únicamente a la familia imperial, es decir, alrededor de unas cien personas; pero también puede suceder, y esto es lo más probable, que todos los partidarios del Imperio se alcen como un solo hombre en torno al zar, porque para ellos será un asunto de vida o muerte. Si esto sucede, con la fe en nosotros mismos y con nuestra fuerza, apoyados por el pueblo y en el glorioso futuro de Rusia (cuyo destino es ser el primer país que lleve a cabo el triunfo del socialismo), lanzaremos el grito de batalla: «A las hachas», y mataremos a los partidarios del Imperio con una misericordia no mayor que la que ellos nos muestran ahora. Los mataremos en las plazas, si los sucios cerdos se atreven a aparecer allí. Los mataremos en sus casas, los mataremos en las estrechas calles de las ciudades, los mataremos en las avenidas de las capitales, los mataremos en las aldeas. Recordad: cualquiera que no esté con nosotros es nuestro enemigo, y cualquier método puede ser utilizado para exterminar a nuestros enemigos.[14]

Este nuevo espíritu de violencia y de odio era incluso más acentuado en los escritos de Serguei Nechayev. Lenin los valoraba enormemente como una teoría de la conspiración revolucionaria. Nacido en 1847 en el seno de una familia de siervos, Nechayev fue el primer teórico revolucionario de Rusia que surgió de las clases bajas y no de la *intelligentsia.* Puesto a trabajar en una fabrica a la edad de nueve años, aprendió por sí mismo a leer y escribir y después obtuvo, en

1866, el puesto de instructor de religión. Su propaganda entre los estudiantes y obreros de San Petersburgo a finales de los años sesenta del siglo XIX se vio dominada por el tema de la venganza de clase. «Nechayev —escribió Vera Zasulich, un populista que más tarde se convertiría en menchevique— no era un producto de nuestro medio de *intelligentsia.* Era ajeno a él. No eran las opiniones derivadas del contacto con este medio las que subyacían en su energía revolucionaria, sino un odio ardiente, y no sólo odio contra el Gobierno [...], sino contra toda la sociedad, contra todos los estratos educados, contra toda la gente bien nacida, ricos y pobres, conservadores, liberales y radicales.» Era un bolchevique anterior a los bolcheviques.

Nechayev es recordado principalmente por el *Catecismo revolucionario,* escrito o por él o posiblemente por Bakunin en colaboración con él, en 1869. Sus veintiséis artículos, que establecen los principios del revolucionario profesional, podían haber servido como un juramento bolchevique. La moralidad de este partido debía tanto a Nechayev como a Marx. La disciplina carente de compasión y la dedicación fueron los temas claves del catecismo. Su mensaje esencial era que «solamente los métodos zaristas» (es decir, los métodos de la policía estatal) eran capaces de derrotar al régimen zarista. Su primer artículo rezaba:

> El revolucionario es un hombre dedicado. No tiene sentimientos personales, ni asuntos privados, ni emociones, ni compromisos, ni propiedad, ni nombre. Todo en él está subordinado a un compromiso único y exclusivo, un único pensamiento y una única pasión: la revolución.

Rechazando toda moralidad, el revolucionario debe estar dispuesto «a destruir a todo el que se ponga en su camino». Tiene que endurecerse frente a todo tipo de sufrimientos: «Todos los sentimientos suaves y tiernos de la familia, de la amistad y del amor, e incluso toda gratitud y honor, deben ser rechazados, y en su lugar debe existir la pasión fría y racional del trabajo por la revolución». El revolucionario tenía que relacionarse con miembros de la sociedad de acuerdo con su propósito establecido con la revolución. Así, por ejemplo, las elites gobernantes tenían que ser «ejecutadas sin demora»; los ricos, explotados por el bien de la causa, y los demócratas, comprometidos y utilizados para crear

desorden. Incluso los camaradas de rango inferior del partido tenían que ser considerados como parte de un fondo común del capital revolucionario que cada dirigente tenía que gastar «como considerara más adecuado».

Un camarada que demostró ser prescindible fue Ivan Ivanov. Junto con tres de sus compañeros de conspiración, Nechayev lo asesinó después de que se negara a obedecer sus dictatoriales órdenes como dirigente de un grupo revolucionario estudiantil. La brutalidad del asesinato, que Dostoyevsky utilizó en *Los demonios* como base para el asesinato de Shatov,[36*] condujo a un sentimiento muy extendido de revulsión moral, incluso entre los socialistas. Bakunin (que antiguamente había sido mentor de Nechayev) escribió a un amigo de Londres en 1870, ocho meses después del asesinato de Ivanov, advirtiéndole que no ayudara al fugitivo ruso:

> N. no se detiene ante nada [...] Profundamente impresionado por la [represión policial] que destruyó la organización secreta en Rusia, ha llegado a la conclusión de que si tuviera que formar una fuerte organización la basaría en los principios de Maquiavelo y en el lema de los jesuitas: «Violencia para el cuerpo, mentiras para el alma». La verdad, la confianza mutua, la solidaridad sólo pueden existir entre la docena de camaradas que componen el santuario interno de la sociedad. El resto no son más que un instrumento ciego, prescindible para esos doce hombres. Se permite, ciertamente es un deber, engañarlos, comprometerlos y robarles; incluso es legítimo hacer que los maten.[15]

Con el tiempo, la policía capturó a Nechayev. En 1872 fue arrestado en Suiza y extraditado a Rusia, donde fue encarcelado en confinamiento solitario en la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Nada más se supo de él (se supuso que había muerto) hasta ocho años más tarde, cuando de pronto un grupo de terroristas recibió una carta suya que contenía un plan de fuga. Por la tremenda fuerza de su personalidad, Nechayev, se había ganado a sus propios guardianes y (literalmente) había establecido una célula revolucionaria clandestina en los calabozos de ese bastión zarista. Estos guardianes habían sacado de contrabando la carta. Más tarde, cuando fueron llevados a juicio, eligieron ir a prisión antes que denunciar a su dirigente. Pero entonces ya era demasiado tarde para Nechayev (murió en la fortaleza el año siguiente). Desde su encarcelamiento el

clima había cambiado y el nuevo credo, el populismo, se había apartado de sus tácticas golpistas y comenzado a mirar por el contrario a la propaganda y a la educación de masas como medios de encender la revolución social.

El populismo era menos una doctrina que un conjunto de sentimientos y actitudes. En sus raíces estaba la adoración de la gente sencilla propia de la *intelligentsia* y una creencia en su sabiduría y bondad. El culto estaba expresado tanto en la literatura como en las teorías sociales y en la política. Aunque el término fue utilizado sólo realmente a partir de los años setenta del siglo XIX, los tres principios básicos del populismo (la primacía de la libertad y la democracia, la idealización del campesinado y la creencia de que el paso hacia el socialismo de Rusia era autóctono y distinto del de Occidente) eran comunes a una larga tradición de pensamiento ruso que arrancaba de los años cuarenta con los eslavófilos radicales y Herzen, y que culminó medio siglo más tarde con la formación del partido eserista.

Desilusionado con la Europa burguesa después del fracaso de las revoluciones de 1848, Herzen depositó sus esperanzas en la Rusia campesina (la Joven Rusia, como él la llamaba) para abrir el camino hacia el socialismo. La comuna campesina era portadora de una misión mesiánica. Herzen la contempló como el depósito indestructible de las antiguas libertades de Rusia, un símbolo orgánico de su auténtica condición antes de la imposición del Estado zarista y de su civilización «alemana». Por supuesto, esto era una visión romántica; arrancaba de la misma búsqueda de una vida fraternal y sencilla, no estropeada por la civilización moderna, y de la misma creencia en el «noble salvaje» que había inspirado a los intelectuales desde Rousseau. La comuna, sostenía Herzen, ya contenía las ideas socialistas hacia las que el resto de Europa, la vieja (y «agonizante»), se dirigía. Era democrática e igualitaria, basada en el reparto de la tierra; proporcionaba un espíritu de comunidad y armonía social entre los campesinos, y a través de sus antiguas costumbres expresaba un sentimiento más profundo de justicia social y moralidad que la tradición legal occidental, basada en la defensa de la propiedad privada. La comuna, en resumen, ofrecía a Rusia la oportunidad de moverse directamente hacia el socialismo sin experimentar primero los efectos dolorosos del capitalismo.

La teoría de la revolución de Herzen se concretaba en una proposición central: puesto que la fuente de toda libertad estaba en el pueblo, y la fuente de toda opresión en el régimen zarista, Rusia sólo podía ser liberada mediante una genuina revolución social. Ésta tendría que ser una revolución democrática, que

procediera de abajo y se basara en la voluntad del pueblo. Tendría que ser una revolución total, una que derribara la civilización extraña sobre la que se había basado el sistema zarista, puesto que el pueblo ruso estaba demasiado oprimido para verse satisfecho por las «medias libertades» de la reforma política. Esto tuvo importantes implicaciones para los métodos de los revolucionarios; y aquí fue donde Herzen dejó su impronta en el movimiento populista posterior. Ninguna minoría tenía derecho a forzar sus ideales abstractos sobre el pueblo. No debía haber más discusión sobre la conspiración y la toma del poder, que estaban condenadas a terminar en la tiranía y el terror. En lugar de derribar las murallas de una prisión zarista, simplemente «se les daría una nueva función, como si un plan para una prisión pudiera ser utilizado para una existencia libre».[16] Los únicos medios democráticos de la revolución eran la educación y la propaganda para ayudar al pueblo a comprender sus intereses y prepararlos gradualmente para las tareas del poder.

Por democrático que fuera el ideal, planteaba un enorme dilema para los populistas (y más tarde para los marxistas). Si la revolución iba a proceder del mismo pueblo, entonces ¿qué deberían hacer los dirigentes revolucionarios si el pueblo rechazaba la revolución? ¿Qué pasaría si los campesinos demostraban ser conservadores? ¿Y si los obreros estaban más interesados en compartir los beneficios del capitalismo que en intentar derrocarlo? Todos los partidos revolucionarios (ninguno de los cuales contaba con más de un centenar de miembros en esta época) estaban divididos sobre esta cuestión: ¿Dónde deberían trazar la línea entre la base y la dirección, entre la democracia y la dictadura, dentro del partido? Entre los populistas había, por un lado, aquellos que, como Plejanov y Pavel Axelrod, afirmaban que no había alternativas salvo esperar hasta que la propaganda y la educación hubieran preparado el terreno para un movimiento social de masas. La revolución no podía justificarse como democrática y corría el riesgo de acabar en una nueva dictadura. Los mencheviques del partido socialdemócrata sostuvieron posteriormente los mismos principios. Pero, por otro lado, los populistas como Tkachev sostenían que esperar indefinidamente una revolución social, y mientras tanto condenar todas las revueltas y acciones terroristas llevadas a cabo por su vanguardia de elite, podría permitir que el orden zarista se estabilizara mediante el avance del capitalismo. Sólo mediante la conquista del poder primero y el establecimiento de una dictadura revolucionaria después era posible asegurar las condiciones políticas necesarias para la transición hacia el socialismo. Esta idea también

tenía sus seguidores en el Partido Socialdemócrata, y se convirtió en el principio rector de la teoría de la revolución de Lenin.

Este fue el dilema con el que los populistas se enfrentaron después del colapso del movimiento «hacia el pueblo». Durante el «verano loco» de 1874 millares de estudiantes dejaron sus aulas para «ir al pueblo». No existió una organización real, aunque muchos de estos misioneros pertenecían a los círculos de Lavrov y Chaikovsky, que creían en extender la propaganda entre los campesinos en preparación para la inevitable revolución. Vestidos como campesinos o pequeños comerciantes, estos jóvenes idealistas fluyeron al campo con la finalidad de «servir al pueblo», enseñándole a leer y a escribir, aceptando trabajos como simples campesinos y ayudándole a comprender las causas de su sufrimiento. La culpa y el deseo de sacrificio personal desempeñaron un papel muy importante en este drama de la pasión revolucionaria. Los estudiantes eran agudamente conscientes de la necesidad de pagar su «deuda con el pueblo». Abrazaron la idea de vivir con los campesinos y compartir sus sufrimientos. Estaban dispuestos a correr los riegos de contraer el cólera, o de ser arrestados y enviados a la cárcel. Algunos incluso se abrazaron a la idea de convertirse en mártires «por el pueblo»: los convertiría en héroes. «Lavarás cacharros y desplumarás pollos —le dicen a Mariana, una de las estudiantes ficticias de la novela de Turguéniev *Tierras vírgenes*—. Y, quién sabe, quizá salves a tu país de esta manera.» Los campesinos, sin embargo, se enfrentaron a estos cruzados infantiles con desconfianza y hostilidad. Encontraron sus maneras urbanas y sus doctrinas extrañas; y aunque no entendían su propaganda, comprendieron lo bastante para saber que era peligrosa. «El socialismo —escribió más tarde uno de los populistas— rebota en los campesinos como los guisantes en una pared. Escucharon a nuestra gente como hacen con el sacerdote: respetuosamente pero sin demostrar el más ligero efecto sobre su pensamiento o sus acciones.» La mayoría de los radicales pronto fue rodeada por la policía, y, a veces, denunciada por los campesinos locales.[17]

Este esclarecedor encuentro con la gente corriente llevó a los populistas a apartarse desilusionados de la propaganda y de la revolución social. «No podemos cambiar la forma de pensar de uno siquiera de cada seiscientos campesinos, no digamos ya de uno de cada sesenta —escribió Stepniak a Lavrov en 1876—. Todos están empezando a darse cuenta de la necesidad de organización [...]. Tiene que organizarse una revuelta.»[18] El resultado fue el surgimiento de una estructura de partido más centralizada que los flexibles

círculos de principios de los setenta. Tomó el nombre de Tierra y Libertad *(Zemlia i Volia),* y se apartó de la propaganda abierta para dedicarse a la conspiración clandestina y al trabajo político. El 6 de diciembre de 1876 organizó la primera manifestación pública de la historia rusa.

La rueda estaba terminando su ciclo: tras haber rechazado el jacobinismo en favor de una revolución social, los populistas estaban ahora volviendo a los métodos jacobinos de conspiración, terrorismo y golpes en nombre del pueblo. Los escritos de Piotr Tkachev marcaron el punto crucial. Constituyeron un puente entre la tradición jacobina de Nechayev, la tradición populista clásica de Tierra y Libertad y la tradición marxista de Lenin. El dirigente bolchevique debía más a Tkachev que a ningún otro teórico ruso aislado. Nacido en 1844 en el seno de una familia de la pequeña nobleza, Tkachev pasó varios años en la fortaleza de San Pedro y San Pablo después de ser arrestado por su intervención en las huelgas estudiantiles de 1861. A finales de la década de los sesenta había caído bajo el hechizo de Nechayev, por lo cual pasó una temporada en la cárcel a la que siguió el exilio en Suiza. Entonces, aunque de manera burda, empezó a adoptar la sociología de Marx, que le apartó del populismo. A mediados de la década de los setenta del siglo XIX desarrolló una crítica violenta del movimiento «hacia el pueblo». Pretendió que la propaganda no podía ocasionar una revolución porque las leyes del progreso social (a las que Rusia, como el resto de Europa, estaba subordinada) significaban que los campesinos ricos siempre apoyarían al régimen. Defendió, por el contrario, una toma del poder llevada a cabo por la vanguardia revolucionaria, que después establecería una dictadura y comenzaría la construcción del socialismo. Tkachev argumentaba que la situación era propicia para este golpe, que debería tener lugar tan pronto como fuera posible, puesto que no había ninguna fuerza social auténtica preparada para ponerse al lado del Gobierno, pero la habría con el desarrollo del capitalismo y la burguesía. En un pasaje del que Lenin se iba a hacer eco en octubre de 1917, Tkachev lanzó el grito de batalla: «Por eso no podemos esperar. Por eso entendemos que una revolución es indispensable, e indispensable ahora, *en este mismo momento.* No podemos permitir ningún retraso. Es *ahora* o (quizá muy pronto) *nunca*». Para llevar a cabo este golpe de Estado, Tkachev dejó claro que tenía que existir un partido de elite y conspirador que, como un ejército, estuviera altamente disciplinado y centralizado. Aquí también Lenin se iba a hacer eco de sus palabras.[19]

Volver a los métodos de los jacobinos significaba que los populistas, al igual

que sus predecesores, estaban obligados a embarcarse en una guerra desesperada contra el Estado policial zarista. Comenzó entonces un círculo vicioso: aumentar la represión por parte de la policía y el terror por parte de los populistas. El punto de inflexión se produjo en 1878, cuando Vera Zasulich, una de las dirigentes de Tierra y Libertad, disparó e hirió al general F. F. Trepov, el gobernador de San Petersburgo, en represalia por su orden de flagelar a un estudiante detenido que, en un típico gesto de desafio, se había negado a quitarse el sombrero en presencia del gobernador. Zasulich fue aclamada por la *intelligentsia* democrática como una mártir de la justicia, y fue liberada por un tribunal liberal. Ésta fue la señal para que se desencadenara una oleada de terror, cuya finalidad era socavar la autocracia y forzarla a llevar a cabo concesiones políticas. Fueron asesinados dos gobernadores provinciales. Se realizaron seis atentados fallidos contra el zar, incluyendo el lanzamiento de una bomba contra el tren imperial y una gigantesca explosión en el Palacio de Invierno. Finalmente, el 1 de marzo de 1881, cuando Alejandro se desplazaba en su carruaje a través de San Petersburgo fue asesinado por una bomba.

La enorme aversión sentida incluso entre los revolucionarios hacia esta oleada de terrorismo condujo a una división en el seno de Tierra y Libertad. Una rama, que se denominó a sí misma la Libertad del Pueblo *(Narodnaia Volia)*, sostuvo los ideales de Tkachev y permaneció leal a las tácticas de terrorismo que conducirían a la conquista violenta del poder. Formada en 1879, esta facción llevó a cabo el asesinato del zar. Muchos de sus dirigentes fueron arrestados más tarde, y varios de ellos ejecutados, en las represiones que siguieron al asesinato. Pero la campaña de terror que había empezado siguió gracias a otros grupos más pequeños en la penúltima década del siglo XIX. Uno de ellos tenía entre sus miembros al hermano mayor de Lenin, Alexander Ulianov, que fue ejecutado después de un complot fallido para asesinar a Alejandro III en el sexto aniversario de la muerte de su padre. La presunta finalidad de la campaña era desestabilizar el Estado y encender la chispa de la rebelión popular. Pero pronto degeneró (como lo hace todo terror) en la violencia por la violencia. Se ha estimado que más de 17.000 personas fueron asesinadas o heridas por los terroristas durante los últimos veinte años del régimen zarista, cinco veces más que la gente asesinada en Irlanda del Norte durante los veinticinco años de «dos tiempos violentos».[20] Una parte del terror fue poco más que violencia criminal para obtener ganancias personales. Todos los partidos revolucionarios se financiaban, al menos en parte, mediante los robos (que eufemísticamente

denominaban «expropiaciones»), principalmente de bancos y trenes, y poco se podía hacer para impedir que los que robaban se embolsaran los beneficios. Esto era perjudicial para el clima moral de los partidos revolucionarios; pero no se acercaba siquiera en sus efectos dañinos al resultado acumulativo de años de asesinatos, que desembocaron en el cinismo, la indiferencia y la crueldad hacia las víctimas de su causa.

La rama rival de Tierra y Libertad se denominó Partición Negra *(Chornyi Peredel)*, un término campesino para la revolución de la tierra. Fue constituida en 1880 por tres futuras luminarias dirigentes del Partido Socialdemócrata (Plejanov, Axelrod y Zasulich), que convergirían hacia el marxismo durante los primeros años ochenta. Rechazaron el uso del terror alegando que estaba condenado al fracaso y a una represión renovada. Defendieron que solamente una revolución social que procediera del propio pueblo podría tener éxito y ser democrática. El fracaso después del asesinato de Alejandro para conseguir concesiones políticas parecía probar lo correcto de su primera afirmación; mientras que el crecimiento de la clase trabajadora urbana les proporcionaba nuevas razones para tener esperanza en la segunda. Este fue el auténtico principio del movimiento marxista en Rusia.

II Marx llega a Rusia

En marzo de 1872 un pesado tomo de economía política, escrito en alemán, aterrizó sobre el escritorio del censor zarista. Su autor era bien conocido por sus teorías socialistas, y todos sus libros anteriores habían sido prohibidos. Los editores no tenían por qué esperar un destino diferente para esta nueva obra. Era una crítica del moderno sistema de fabricas y, aunque las leyes de censura habían sido liberalizadas en 1865, todavía existía una clara prohibición contra una obra que expusiera «las dañinas doctrinas del socialismo y el comunismo», o que provocara «la enemistad entre una y otra clase». Las nuevas leyes eran lo suficientemente estrictas como para prohibir libros tan peligrosos como la *Ética*, de Espinoza; el *Leviatán* de Hobbes; la *Filosofía de la historia* de Voltaire, y la *Historia de la moral europea*, de Lecky. Y, sin embargo, este *magnum opus* alemán (674 páginas de denso análisis estadístico) fue considerado demasiado

difícil y abstruso para ser sedicioso. «Es posible establecer con certeza —concluyó el primero de los dos censores— que muy poca gente en Rusia lo leerá, y que todavía menos lo entenderá.» Además, añadió el segundo, puesto que el autor atacaba el sistema británico de fabricas, su crítica no era aplicable a Rusia, donde la «explotación capitalista» de la que hablaba nunca había sido experimentada. Ningún censor consideró necesario prohibir la publicación de esta «obra estrictamente científica».[21] Así entró en Rusia *El capital*, de Marx. Fue la primera publicación extranjera del libro, sólo cinco años después de la edición original de Hamburgo y quince años antes de su primera publicación inglesa. En contra de las expectativas de todos, tanto del autor como de los censores, condujo a la revolución antes en Rusia que en cualquiera de las sociedades occidentales a las que se había dirigido.

Los censores zaristas pronto se dieron cuenta de su error. Diez meses más tarde se vengaron de Nikolai Poliakov, el primer editor ruso de Marx, juzgándolo por su siguiente publicación «subversiva», una colección de relatos de Diderot, que fueron confiscados y quemados por la policía. Eliminaron a Poliakov del negocio editorial; pero era demasiado tarde. *El capital* fue un éxito inmediato. Su primera edición, de 3.000 ejemplares, fue vendida ese año (la primera edición alemana, de 1.000 copias, necesitó cinco años para venderse). El propio Marx reconoció que en Rusia su obra maestra era «leída y valorada más que en ningún sitio». Tanto los eslavófilos como los populistas dieron la bienvenida al libro y lo consideraron una exposición de los horrores del sistema capitalista occidental que querían evitar en Rusia. La sociología y la visión histórica de Marx, si es que no su política, se extendieron a un ritmo acelerado a finales de la década de los setenta del siglo XIX. Entre los estudiantes era «casi impropio» no ser marxista. «Nadie se atreve a levantar la voz contra Karl Marx estos días —se quejó un liberal— sin atraerse la ira de sus jóvenes admiradores.»[22]

Después del colapso del movimiento «hacia el pueblo», con su falsa idealización del campesino ruso, el mensaje marxista aparecía como una salvación para la *intelligentsia* radical. Todas sus esperanzas de revolución social podían ser ahora desplazadas hacia la clase obrera industrial. No hubo más avances claros en la idea de un movimiento campesino revolucionario; y desde la penúltima década del siglo XIX el trabajo entre los campesinos fue descrito de manera condescendiente por los marxistas como «hechos de poca importancia» (es decir, la clase de trabajo caritativo favorecido por la nobleza y por los *zemstvos).* La crisis provocada por la hambruna de 1891 pareció subrayar el

atraso del campesinado. Mostró que estaban condenados a morir, como individuos y como clase, bajo las ruedas del desarrollo económico. Los campesinos eran una reliquia del pasado salvaje de Rusia (su *Aziatchina* o forma de vida asiática), que inevitablemente sería barrida por el progreso de la industria. Su atraso cultural quedó simbolizado por rumores acerca de que durante la epidemia de cólera, los campesinos hambrientos habían atacado a los propios doctores que estaban intentando vacunarlos porque pensaban que sus medicinas eran algún extraño veneno. Durante la última década del siglo XIX las publicaciones de ciencia social experimentaron un auge; bibliotecas enteras se llenaron de volúmenes de estadística publicados en estos años. Su finalidad era descubrir las causas de las hambrunas en las leyes marxistas del desarrollo económico.

La naturaleza «científica» de la teoría marxista intoxicó la mente radical rusa, ya arraigada en el racionalismo y el materialismo de la década de los sesenta. La dialéctica histórica de Marx parecía hacer por la sociedad lo que Darwin había hecho por la humanidad: proporcionar una teoría lógica del desarrollo evolutivo. Era «serio» y «objetivo», un sistema completo que explicaría el mundo social. En este sentido, representaba una respuesta a la búsqueda rusa de un conocimiento que fuera absoluto. El marxismo, además, era optimista. Mostraba que el progreso subyace en la industria, que había un sentido en el caos de la historia y que a través de la clase obrera, a través del avance consciente de la humanidad, el socialismo se convertiría en el final de la historia. Este mensaje tenía un atractivo especial para la *intelligentsia* rusa, dolorosamente consciente del atraso rural que sufría, pues implicaba que, inevitablemente, Rusia llegaría a asemejarse a los países avanzados de Occidente (Alemania, en particular, cuyo Partido Socialdemócrata era un modelo para el resto del movimiento marxista en Europa). La creencia populista en el «camino separado» de Rusia, que había parecido condenarla a un ruralismo perpetuo, podía ser así rechazada como algo romántico y privado de contenido científico.

La idea de que el marxismo podía acercar a Rusia a Occidente era quizá su atractivo principal. El marxismo era como un «sendero de la razón», en palabras de Lydia Dan, que señalaba el camino hacia la modernidad, la ilustración y la civilización. Como Valentinov, otro veterano del movimiento marxista, recordó en los años cincuenta del presente siglo:

> Nos aferramos al marxismo porque nos sentimos atraídos por su optimismo sociológico y económico, su vigorosa fe, pertrechada de hechos y de cifras, en que el desarrollo de la economía, el desarrollo del capitalismo, al desmoronar y erosionar los fundamentos de la antigua sociedad, estaba creando nuevas fuerzas sociales (incluyéndonos a nosotros) que ciertamente acabarían con el régimen autocrático al igual que con sus abominaciones. Con el optimismo de la juventud habíamos estado buscando una fórmula que ofreciera esperanza, y la encontramos en el marxismo. También nos atraía por su naturaleza *europea*. El marxismo procedía de Europa. No olía ni sabía a la pasta que se cocinaba en casa ni a provincialismo, sino que era nuevo, fresco y excitante. El marxismo ofrecía la promesa de que no seguiríamos siendo un país semiasiático, sino que nos convertiríamos en una parte de Occidente con la cultura, las instituciones y los atributos de un sistema político libre. Occidente era la luz que nos guiaba.

Piotr Struve, uno de los teóricos marxistas más importantes, dijo que había aceptado la doctrina porque ofrecía una «solución científica» al doble problema de Rusia: liberarse de la autocracia y de la miseria del atraso. Sus famosas palabras de 1894 («No, admitamos nuestra falta de cultura y matriculémonos en la escuela del capitalismo») se convirtieron en uno de los lemas del movimiento. Lenin se hizo eco de él en 1921. Aquí quizá, como ha sugerido Leo Haimson, estaba la raíz intelectual de la atracción del movimiento para los judíos.[37*] Mientras que el populismo ofrecía una visión arcaica de la Rusia campesina, una tierra de pogromos y de discriminación contra los judíos, el marxismo ofrecía una visión moderna y occidental. Prometía asimilar a los judíos en un movimiento de liberación humana universal, no sólo la liberación del campesinado, basado en los principios del internacionalismo.[23]

Hasta mediados de la última década del siglo XIX era difícil distinguir en Rusia entre populistas y marxistas. Incluso la policía (normalmente bien informada sobre estos asuntos) los confundía a menudo. Los populistas adoptaron la sociología de Marx, tradujeron y distribuyeron sus obras y, en los años finales de su vida, incluso consiguieron el apoyo del mismo Marx. Los marxistas igualmente tomaron prestadas la retórica y la táctica de los populistas y, al menos en el interior de Rusia, si no en el exilio, se vieron obligados a trabajar a

su lado. La clandestinidad revolucionaria no era suficientemente amplia para que las dos facciones actuaran separadas: se vieron obligados a compartir sus imprentas y a trabajar juntos en fábricas y clubes. Existía una gran fluidez y cooperación entre los distintos grupos de trabajadores, la Emancipación del Trabajo de Plejanov, la sección obrera de la Voluntad del Pueblo, los círculos obreros organizados por estudiantes, el Partido Polaco Marxista y las primeras agrupaciones de socialdemócratas, que en todos los casos combinaron elementos de Marx y de los populistas en su propaganda.

Ése fue el contexto en el que el joven Lenin[38*] o Ulianov, así era entonces conocido, entró en la política revolucionaria. En contra del mito soviético, que presentaba a Lenin como un teórico plenamente convencido del marxismo en sus primeros años, el dirigente de la revolución bolchevique accedió a la política bastante tarde. A la edad de dieciséis años era todavía religioso y no mostraba ningún interés en absoluto por la política. Los clásicos y la literatura eran sus principales estudios en el instituto de Simbirsk. Allí, por una de esas curiosas ironías históricas, el director de Lenin era Fiodor Kérensky, el padre de su archirrival en 1917. Durante el último año de Lenin en el instituto (1887), Kérensky escribió un informe sobre el futuro bolchevique describiéndolo como un estudiante modelo, que nunca daba «motivo de insatisfacción, por sus palabras o sus acciones, a las autoridades de la escuela». Esto lo atribuyó a la naturaleza «moral de su educación, los frutos de la cual resultan obvios en el comportamiento de Ulianov». No existía absolutamente nada que sugiriera que Lenin se iba a convertir en un revolucionario; por el contrario, según todas las indicaciones, seguiría los pasos de su padre y disfrutaría de una distinguida carrera en la burocracia zarista.

Ilya Ulianov, el padre de Lenin, era un paradigmático caballero liberal del tipo que su hijo llegaría a despreciar. No existe ninguna base para el mito, creado por Nadezhda Krupskaya en 1938, de que ejerciera una influencia revolucionaria en sus hijos. Ana Ulianova, la hermana de Lenin, recuerda que era un hombre religioso, que admiraba enormemente las reformas de Alejandro II realizadas en la década de los sesenta del siglo XIX, y que consideraba su labor proteger a los jóvenes del radicalismo. Era inspector escolar en la provincia de Simbirsk, un cargo importante que le otorgaba la posibilidad de recibir el trato de «su excelencia». Esta procedencia noble fue una fuente de embarazo para los hagiógrafos soviéticos de Lenin. Éstos optaron, al contrario, por insistir en los orígenes humildes de su abuelo paterno, Nikolai Ulianov, el hijo de un siervo

que había trabajado como sastre en la ciudad de Astrakán, en el bajo Volga. Pero también aquí había un problema: Nikolai era en parte kalmuco y su esposa Ana lo era completamente (el rostro de Lenin tenía obvios rasgos mongoles), y esto resultaba un inconveniente para el régimen estalinista, que estaba otorgando su impronta propia al patriotismo granruso. Los antepasados de Lenin por parte materna eran todavía más molestos. María Alexandrovna, madre de Lenin, era hija de Alexander Blank, un judío bautizado que llegó a convertirse en médico y terrateniente en Kazán. Era hijo de Moishe Blank, un comerciante judío de Volhynia que se había casado con una sueca llamada Ana Ostedt. Los antepasados judíos de Lenin fueron siempre ocultados por las autoridades soviéticas a pesar de una petición de Ana Ulianova, contenida en una carta dirigida a Stalin en 1932, sugiriendo que «este hecho podía ser utilizado para combatir el antisemitismo». «¡Ni una palabra en absoluto sobre esta carta!», fue la orden categórica de Stalin. Alexander Blank se casó con Ana Groschop, hija de una familia acomodada luterana de Alemania, y con esta riqueza recientemente adquirida inició su distinguida carrera, convirtiéndose en médico de la policía e inspector médico en una de las fábricas de armas más importantes del Estado. En 1847, tras haber alcanzado el rango de consejero de Estado, se retiró a sus posesiones en Kokushkino y se registró como noble.[24]

Los antecedentes étnicos no rusos de Lenin (mongoles, judíos, suecos y alemanes) pueden en parte explicar su desagrado, expresado a menudo, hacia Rusia y los rusos, aunque concluir, como hizo Dmitri Volkogonov, que las «políticas crueles» de Lenin hacia el pueblo ruso procedían de sus orígenes «extranjeros» resulta bastante injustificado (se podría decir lo mismo de los igualmente «extranjeros» Romanov). A menudo utilizaba la frase «idiota ruso». Se quejaba de que los rusos eran «demasiado blandos» para las tareas de la revolución. Y, ciertamente, las tareas más importantes iban a ser confiadas a los miembros no rusos (letones y judíos en particular) del Partido. Pero paradójicamente (y el carácter de Lenin estaba lleno de paradojas semejantes) era en muchos aspectos un típico noble ruso. Le gustaba la posesión de los Blank, donde pasó una buena temporada en su juventud. Cuando era joven se enorgullecía de describirse como «hijo de un hidalgo». Una vez incluso firmó ante la policía «el noble heredero Vladimir Ulianov». En su vida privada, Lenin era el paradigma del hidalgo sin corazón al que su Gobierno destruiría un día. En 1891, en el punto culminante de la hambruna, presentó una demanda contra sus vecinos campesinos por causar daños a la hacienda familiar. Y mientras en sus

primeros escritos condenaba las prácticas del «capitalismo nobiliario», él mismo estaba viviendo holgadamente de sus beneficios, obteniendo casi todos sus ingresos de las rentas e intereses derivados de la venta de la hacienda de su madre.[25]

El origen noble de Lenin fue clave para su personalidad dominante. Esto es algo que a menudo ha sido ignorado por sus biógrafos. Valentinov, que vivió con Lenin en Ginebra durante 1904, recuerda cómo encontró una rara y profundamente oculta veta sentimental en el dirigente bolchevique. Tras haber leído *Mi pasado y pensamientos,* de Herzen, una obra que frecuentemente utilizaba el aspecto lírico en relación con el tema del campo ruso, Valentinov había sentido nostalgia por la hacienda familiar de la provincia de Tambov que había abandonado hacía mucho. Habló con Lenin de estos sentimientos y encontró que simpatizaba claramente con ellos. Lenin empezó a preguntarle acerca de la disposición de las flores, pero su conversación se vio pronto interrumpida por un compañero bolchevique, Olminsky, que, habiendo escuchado la última parte de la confesión de Valentinov, le atacó por sus sentimientos de «colegiala»: «Escuchad al hijo del terrateniente quejándose». Según Valentinov, Lenin se enfrentó con Olminsky y le dijo:

Bueno, si vamos a eso, ¿qué pasa conmigo? Yo también vivía en una hacienda campesina que pertenecía a mi abuelo. En cierto sentido, también soy descendiente de la nobleza terrateniente. Eso fue hace muchos años, pero todavía no he olvidado los aspectos agradables de la vida en nuestra hacienda. Ni he olvidado sus tilos ni sus flores. Anda, mátame. Recuerdo con placer cómo acostumbraba a no dar golpe en los almiares, aunque no los había hecho, cómo acostumbraba a comer fresas y moras, aunque no las había plantado, y cómo acostumbraba a beber leche fresca aunque no había ordeñado las vacas. Así que soy... ¿indigno de ser llamado revolucionario?

No eran sólo las emociones de Lenin las que estaban arraigadas en su pasado noble. Lo mismo sucedía con muchas de sus actitudes políticas: su visión dogmática y su manera dominante de actuar; su intolerancia hacia cualquier forma de crítica procedente de sus subordinados, y su tendencia a mirar a las masas nada más que como un material humano necesario para sus propios planes revolucionarios. Como indicó Gorky en 1917, «Lenin es un "dirigente" y un noble ruso, no sin algunos rasgos psicológicos de esta clase extinguida, y por

tanto se considera legitimizado para realizar con el pueblo ruso un experimento cruel que está condenado al fracaso».[26] Por otro lado, por supuesto, resulta demasiado fácil superponer el Lenin de 1917 al del inicio de la última década del siglo XIX. Resulta obvio que muchas de las características que desplegaría en el poder ya eran visibles en aquel período primitivo. Dan testimonio, por ejemplo, de la dura actitud de Lenin hacia el sufrimiento de los campesinos durante el hambre de 1891, su idea de que se les debería negar ayuda para acelerar la crisis revolucionaria. Treinta años más tarde mostraría la misma indiferencia hacia su sufrimiento (que entonces estaba en situación de explotar políticamente) durante la hambruna de 1921.

La vida encantada de los Ulianov llegó a un abrupto final en 1887, cuando Alexander, el hermano mayor de Lenin, fue ejecutado por su relación con la conjura abortada para matar al zar. Se piensa generalmente que Alexander era el más dotado de los hijos de los Ulianov, el que tenía más posibilidades de dejar su impronta en el mundo. Mientras que el joven Vladimir tenía una característica cruel y airada (a menudo decía mentiras y hacía trampas en el juego), Alexander era honrado y agradable, serio y trabajador. En 1883 entró en la Universidad de San Petersburgo para enseñar ciencias y parecía destinado a convertirse en biólogo. Pero después de la repentina muerte de su padre, en 1886, Alexander se relacionó con un grupo de estudiantes terroristas que seguían los patrones de la Voluntad del Pueblo. Todos ellos eran hijos de hidalgos, y muchos de ellos polacos, incluyendo irónicamente a Joseph Pilsudski, que más tarde se convertiría en gobernante de Polonia y en archienemigo del régimen de Lenin. Conspiraron para volar el carruaje del zar el 1 de marzo de 1887, sexto aniversario del asesinato de Alejandro II, cuando tuviera lugar la procesión desde el Palacio de Invierno hasta la catedral de San Isaac, donde se iba a realizar un culto conmemorativo. En ella, Alexander puso en práctica su educación científica diseñando y fabricando las bombas. Pero el complot fue descubierto por la policía y los conspiradores fueron arrestados (uno de ellos activó una de las bombas de Alexander mientras estaban dentro de la comisaría de policía, pero el artefacto casero no llegó a funcionar). Los setenta y dos conspiradores fueron encarcelados en la fortaleza de San Pedro y San Pablo; quince de ellos fueron más tarde llevados a juicio. Alexander, como uno de los dirigentes de la célula, comprendió que su destino ya estaba decidido y desde el banquillo realizó un valiente discurso justificando el uso del terrorismo. Él y otros cuatro fueron ejecutados.

Existe una leyenda según la cual, al conocer la muerte de su hermano, Lenin le indicó a su hermana María: «No, no tomaremos ese camino; nuestro camino tiene que ser diferente». La conclusión que se saca de ello es que Lenin ya estaba comprometido con la causa marxista (el *nosotros* de la cita) y su rechazo del terror. Pero esto es absurdo. María en esa época sólo tenía nueve años y apenas parece verosímil que recordara adecuadamente las palabras cuando pronunció esta afirmación en 1924. Y aunque es cierto que la ejecución de Alexander fue un catalizador para el compromiso de Lenin con el movimiento revolucionario, su primera inclinación fue, como en el caso de su hermano, hacia la tradición de la Voluntad del Pueblo. El marxismo de Lenin, que se desarrolló lentamente después de 1889, permaneció impregnado del espíritu jacobino de los terroristas y de su creencia en la importancia decisiva de la toma del poder.

En 1887 Lenin se matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Kazán. Allí, como hermano de un mártir de la revolución, fue arrastrado hacia otro grupo clandestino que seguía los principios de la Voluntad del Pueblo. La mayoría del grupo fue arrestada ese mes de diciembre durante las manifestaciones estudiantiles. Lenin fue escogido para recibir un castigo, sin duda en parte a causa de su nombre, y, junto con otros treinta y nueve, fue expulsado de la Universidad. Esto, efectivamente, liquidó las posibilidades que tuviera Lenin de seguir una carrera de éxito dentro del orden social existente, y es razonable suponer que buena parte de su odio hacia ese orden arrancó de esta experiencia de rechazo. La característica más importante de Lenin era su ambición. Tras haber fracasado a la hora de hacerse un nombre como abogado, se dispuso a intentar hacerse uno como opositor revolucionario de la ley. Hasta 1890, cuando fue readmitido para examinarse de derecho, vivió la vida de un indolente caballero en la hacienda de su madre en Kokushkino. Enseñó derecho, intentó sin éxito gobernar su propia explotación agrícola (que su madre había comprado confiando en que lo haría bien) y se sumergió en los libros radicales.

Chernyshevsky fue su primer y mayor amor. A través de su lectura, Lenin se convirtió en un revolucionario mucho antes de leer a Marx. Ciertamente, para la época en que llegó al marxismo, Lenin ya estaba pertrechado con las ideas no sólo de Chernishevsky, sino también de Tkachev y de la Voluntad del Pueblo, y fueron éstas las que conformaron los rasgos distintivos de su acercamiento «leninista» a Marx. Los principales componentes de la doctrina de Lenin, la insistencia en la necesidad de una vanguardia revolucionaria disciplinada, la creencia de que la acción (el «factor subjetivo») podía alterar el curso objetivo

de la historia (y en particular que la toma del aparato del Estado podía desencadenar una revolución social), su defensa de los métodos jacobinos de la dictadura, su rechazo hacia liberales y demótratas (y ciertamente hacia los socialistas que llegaban a compromisos con ellos), todas estas cosas brotaron no tanto de Marx como de la tradición revolucionaria rusa. Lenin utilizó las ideas de Chernyshevsky, de Nechaer, de Tkachev y de la Voluntad del Pueblo para inyectar una dosis distintivamente rusa de táctica conspirativa en una dialéctica marxista que de otra manera habría permanecido pasiva, satisfecho a la espera de que la revolución madurara gracias al desarrollo de las condiciones objetivas más que dispuesto a provocarla mediante la acción política. No fue el marxismo el que convirtió a Lenin en un revolucionario, sino que fue Lenin el que convirtió en revolucionario el marxismo.

Gradualmente, entre 1889 y 1894, Lenin se desplazó hacia la corriente principal de marxismo. Pero sólo de manera temporal. Para empezar, como muchos revolucionarios provinciales, simplemente añadió la sociología de Marx a las tácticas golpistas de la Voluntad del Pueblo. La meta del movimiento revolucionario seguía siendo la conquista del poder, pero la arena para esta lucha iba a ser transferida del campesinado a la clase obrera. Entonces, en su obra publicada más importante *(El desarrollo del capitalismo en Rusia*, 1893) encajó las lecciones de la obra de Marx: que era necesario un estadio capitalista de desarrollo antes de la revolución socialista, con su propia preferencia por tal revolución en el futuro inmediato a través de la curiosa (por no decir absurda) tesis de que la Rusia campesina ya estaba en la plenitud del capitalismo, clasificando a no menos que un quinto de sus explotaciones campesinas como «capitalistas» y a más de la mitad de los campesinos como «proletarios». Esto era como vestir a Tkachev de Marx. Sólo después de su llegada a San Petersburgo, durante el otoño de 1893, Lenin adoptó el punto de vista marxista típico: el punto de vista de que Rusia estaba sólo al inicio de su estadio capitalista y que para llevarlo a su madurez tenía que haber un movimiento democrático que uniera a los trabajadores con la burguesía en la lucha contra la autocracia. Se acabó la discusión sobre un golpe de Estado o el terror. Sólo después del establecimiento de una «democracia burguesa», que concediera libertad de expresión y de asociación a la organización de los trabajadores, la fase segunda y socialista de la revolución podría iniciarse.

La influencia de Plejanov fue enorme en este caso. Fue el primero que bosquejó esta estrategia revolucionaria en dos fases. Con ella los marxistas rusos

tenían al menos una respuesta al problema de cómo traer una sociedad poscapitalista al seno de una precapitalista. Después de muchos años de terror estéril, les proporcionó base para creer que olvidando la conquista del poder (que, como señaló Plejanov, sólo podía conducir a un «despotismo en forma comunista») todavía podían seguir avanzando hacia el socialismo. Lenin, según sus propias palabras, «se enamoró» de Plejanov, como lo hicieron todos los marxistas de San Petersburgo. Aunque Plejanov vivía en el exilio, sus obras le convirtieron en su dirigente y sabio indiscutible. Ningún otro marxista ruso tenía un predicamento tan importante en el movimiento europeo. Su famosa obra de 1895 (una interpretación sorprendentemente reduccionista de la cosmovisión marxista publicada bajo el pseudónimo de Beltov y, como *El capital* de Marx, deslizada a través de la censura rusa con el esotérico título de *Sobre la cuestión del desarrollo de una visión monista de la historia)* «convirtió a la gente en marxista de la noche a la mañana». Era el Moisés de los marxistas. Sus obras, en palabras de Potresov, «trajeron los diez mandamientos del marxismo desde lo alto del monte Sinaí y se los entregaron al joven ruso».[27]

Al principio, Lenin causó una mala impresión a los marxistas de San Petersburgo. Muchos de ellos sentían rechazo hacia esa figura baja y regordeta, con cara de huevo, cabeza calva y ojos pequeños y penetrantes, con su risa seca y sarcástica, su brusquedad y su trato acerbo. Lenin era un recién llegado y su apariencia anticuada y «provinciana» era considerablemente poco susceptible de impresionar. Potresov le describió en su primera reunión como un «típico comerciante de mediana edad de la provincia lejana de Yaroslav».[39*] Pero mediante su dedicación consciente y su autodisciplina, su lógica de hierro y su mente práctica, Lenin pronto se mostró como un dirigente natural, un claro hombre de acción entre los intelectuales de San Petersburgo. Muchas personas pensaban que era un hombre decente (Lenin podía ser encantador cuando quería y casi siempre era personalmente decente en sus relaciones con otros camaradas), y no pocas personas quedaron encantadas con él. Una de éstas fue su futura esposa, Nadezhda Krupskaya, con la que Lenin se encontró por esta época como compañera de propaganda en San Petersburgo.[28]

El propósito de su propaganda era la educación de una vanguardia de obreros «conscientes», Bebels rusos como Kanatchikov, que organizarían a la clase obrera para la revolución venidera. Pero la educación no convertía necesariamente en revolucionarios a los obreros. Por el contrario, como descubrió pronto Kanatchikov, la mayoría de los trabajadores especializados y

educados se sentían más inclinados a mejorar su suerte dentro del sistema capitalista que a buscar cómo derribarlo. Existía una tensión creciente entre las principales preocupaciones económicas de los trabajadores y las metas políticas de aquellos activistas e intelectuales que serían sus dirigentes. Los marxistas se vieron así enfrentados con el mismo dilema con el que se habían enfrentado los populistas en relación con el campesinado después de 1875: ¿Qué debía hacerse cuando las masas no llegaban a responder a su propaganda? Mientras que los populistas se habían visto arrastrados hacia el terrorismo aislado, los marxistas encontraron una solución temporal a este problema en el desplazamiento de la propaganda hacia la agitación[40*] de masas como medio de organizar (y de paso politizar) a la clase trabajadora mediante luchas laborales específicas. La nueva estrategia tuvo sus primeras manifestaciones en las huelgas de Wilno de 1893, donde la *intelligentsia* marxista, en lugar de dirigirse a los obreros judíos, participó en las huelgas e incluso aprendió yidis para obtener su apoyo. Dos de los socialdemócratas de Wilno, Arkadii Kremer y Yuli Martov, explicaron su estrategia en un influyente panfleto, *Acerca de la agitación*, escrito en 1895: a través de su implicación en huelgas organizadas los trabajadores aprenderían a apreciar la necesidad de una campaña política más amplia, una campaña dirigida por los socialdemócratas, puesto que las autoridades zaristas no tolerarían un movimiento sindicalista legal. En San Petersburgo el nuevo plan fue adoptado por la Unión de Lucha para la Emancipación de la Clase Obrera, una organización cuyo nombre era rimbombante pero cuya duración resultó corta. Fue organizada en 1895 por un pequeño grupo de intelectuales marxistas, en el que destacaban Martov y Lenin, que fueron arrestados casi de inmediato. Sin embargo, sus activistas locales pudieron exigir algún crédito por la huelga textil de 1896, grande aunque inefectiva, en el curso de la cual treinta mil trabajadores se unieron a la protesta.

Después de un año en prisión, Lenin fue sentenciado a tres años de destierro en Siberia (1897-1900). A diferencia de los «políticos» de su propio régimen, a Lenin, se le permitió vivir con una comodidad considerable por «razones de salud»; se le permitió escoger dónde viviría, y eligió una remota aldea llamada Shushenskoe, en la región sureña de Minusinsk, que era bien conocida por su clima clemente. Se llevó varias cajas de libros e incluso una escopeta de caza, y se mantuvo en contacto constante con sus camaradas. Para permitir que Krupskaya lo acompañara aceptó casarse con ella. La boda tuvo lugar en una iglesia, puesto que el Gobierno ruso no reconocía matrimonios civiles, aunque ni

el marido ni la esposa se refirieron nunca a este embarazoso episodio en escritos posteriores.

Durante el destierro de Lenin el movimiento de los trabajadores en Rusia progresivamente pasó de ser dominado por la nueva tendencia del «economicismo». Los economicistas defendían concentrarse en metas puramente económicas. Su finalidad era mejorar las condiciones de vida de los trabajadores dentro del sistema capitalista en lugar de intentar destruirlo. Para empezar, los trabajadores y los activistas de las fábricas locales expresaban este punto de vista. Creían que se debía dejar a los trabajadores que se preocuparan de sus propios asuntos libres de la dirección de la *intelligentsia* socialista. Pero, paulatinamente, estas mismas ideas fueron adoptadas por los denominados marxistas legales. Kuskova y Struve, sus dirigentes mejor conocidos, eran teóricos brillantes. Influidos por el revisionismo de Eduard Bernstein, que en aquella época estaba convulsionando el movimiento de los trabajadores alemanes, y por ideas neokantianas, intentaron desafiar muchas de las doctrinas marxistas básicas. Como Bernstein, negaron que el capitalismo estuviera dirigiéndose hacia un empeoramiento de las condiciones de los trabajadores. Por el contrario, el capitalismo podía ser reconciliado con el socialismo bajo un sistema democrático. Los dos acabarían por converger. Esto significaba que los trabajadores debían concentrar sus esfuerzos en la reforma más que en la revolución. Deberían trabajar dentro de la ley, en colaboración con la burguesía, en lugar de en la clandestinidad y en conflicto violento con ella.

Para Plejanov y sus seguidores en Rusia, el economicismo, como la herejía de Bernstein, representaba una traición al compromiso que tenía el movimiento marxista con la nieta de la revolución. En lugar del socialismo revolucionario, amenazaba con construir una versión evolutiva. En lugar de la «dictadura del proletariado» habría una democracia parlamentaria. Quizás en Alemania, donde los socialdemócratas ahora podían trabajar en el seno del Reichstag, esta nueva moderación tenía una cierta lógica. Pero en Rusia no había una apertura semejante (ciertamente el nuevo zar había puesto de manifiesto su compromiso de apretar el puño de la autocracia), y de esta manera la estrategia de la revolución tenía que ser mantenida a cualquier precio. Esta necesidad parecía todavía más urgente dado el desarrollo de la política rusa durante el final de la última década del siglo XIX. En vísperas de la hambruna, que politizó a la sociedad, el neopopulismo, el liberalismo de los *zemstvos* y el marxismo legal convergieron y juntos crearon un movimiento nacional para la reforma

constitucional (véanse las páginas 203-208). Si se permitía que este movimiento creciera y ganara partidarios entre los obreros y los campesinos, tendría el efecto de retrasar la revolución al menos por una generación (y quizá para bien), mientras que situaría a los marxistas revolucionarios en los terrenos periféricos de la política.

El exiliado Lenin se encolerizó con la «herejía». Krupskaya recordó que durante 1899, después de leer las obras de Kuskova y Kautsky, Lenin se deprimió, perdió peso y tuvo dificultades para dormir.[30] La lucha ideológica se convirtió en una profunda crisis personal para él. Había abrazado el marxismo como el camino más seguro hacia la revolución, una revolución que algunos dirían que vio paulatinamente como una extensión de su propio poder y personalidad. Sin embargo, aquí estaba el marxismo viéndose privado de todo su significado revolucionario y transformado en poco más que el desagradable tipo de liberalismo social que sin duda su padre hubiera aprobado. Lenin dirigió el ataque contra el economicismo con esa clase de violencia que más tarde se convertiría en la marca de fábrica de su retórica. Su táctica, arguyó, destruiría al socialismo y la revolución, que sólo podrían tener éxito bajo la dirección política centralizada de la vanguardia disciplinada de un partido que siguiera el modelo de la Voluntad del Pueblo.

Los puntos de vista de Lenin eran en aquella época compartidos por muchos marxistas rusos, aquellos que se denominaban a sí mismos los «políticos». Intentaban organizar un partido centralizado que asumiera la dirección del movimiento de los obreros y lo dirigiera hacia fines políticos.[41*] «Subconscientemente —recordó Lydia Dan—, muchos de nosotros asociamos un partido así con lo que había sido la Voluntad del Pueblo.» Aunque admiraban a los socialdemócratas alemanes, parecía imposible construir un partido tan abierto y democrático en condiciones ilegales en Rusia. Si el régimen policial tenía que ser derrotado, el partido tenía que ser igualmente centralizado y disciplinado. Tenía que reflejar el Estado zarista. La manera más rápida de construir un partido similar era basarlo en la gestión de un periódico clandestino, que, en palabras de Lydia Dan, «podía ser tanto un agitador colectivo como un organizador colectivo». Ésta fue la inspiración de *Iskra (La Chispa)*, que Lenin fundó con Martov en 1900, al regresar del destierro. Su título aludía al poeta decembrista cuyas palabras aparecían en su titular: «De la chispa vendrá la explosión». *Iskra* no era tanto una fuente de noticias como el centro de mando de los socialdemócratas en sus luchas políticas e ideológicas contra los

economicistas. Su consejo editorial (Plejanov, Axelrod y Zasulich en Ginebra; Lenin, Potresov y Martov en Múnich) fue de hecho el primer comité central del partido. Publicado en Múnich, y después en Londres y en Ginebra, entraba de contrabando en Rusia gracias a una red de agentes que formaron el núcleo de la organización del partido en los años siguientes.

En su polémica contra los economicistas, Lenin escribió un panfleto que se iba a convertir en la guía de su propio partido a lo largo de la revolución de 1917 y en el texto fundacional del leninismo internacional. Resultaba totalmente adecuado que su título *(¿Qué hacer?)* hubiera sido tomado de la famosa novela de Chernyshevsky, porque el revolucionario profesional bosquejado por Lenin en estas páginas tenía una estrecha semejanza con Rajmetev, el militante disciplinado y desprendido en favor de la causa del pueblo creado por Chernyshevsky; mientras que su insistencia en un partido estrechamente disciplinado y centralizado era un eco de la tradición jacobina rusa de la que Chernyshevsky era un ejemplo. El estridente estilo de la prosa de Lenin, que fue imitado por todos los grandes dictadores y revolucionarios del siglo XX, emergió por primera vez en *¿Qué hacer?* Tenía un ritmo que se asemejaba al ladrido y al desfile militar, una resolución y una violencia maníaca, con acumulación de cadencias de acción o de insulto, y con los oponentes agrupados mediante la sinécdoque («dos señores Bernstein, Martynov, etc.»). Este es un típico pasaje de la sección inicial, en el que Lenin establece las líneas de batalla entre los iskraístas y los bernsteinianos:

> Aquel que no cierre deliberadamente los ojos no puede dejar de ver que la nueva tendencia «crítica» del socialismo no es ni más ni menos que una nueva variedad del oportunismo. Y si juzgamos a la gente, no por los deslumbrantes uniformes que llevan o por los apelativos altisonantes que se dan, sino por sus acciones y por lo que de hecho pretenden, resultará claro que la «libertad de crítica» significa libertad para una tendencia oportunista de la socialdemocracia, libertad para convertir la socialdemocracia en un partido democrático de la reforma, libertad para introducir ideas burguesas y elementos burgueses en el socialismo.
>
> «Libertad» es una gran palabra, pero bajo el estandarte de la libertad de industria se han combatido las guerras más depredadoras, bajo el estandarte de la libertad de trabajo se ha robado a la clase obrera. La

> utilización moderna del término «libertad de crítica» contiene la misma falsedad inherente. Aquellos que están realmente convencidos de que han progresado en la ciencia no pedirán libertad para que los nuevos puntos de vista aparezcan al lado de los antiguos, sino para que se produzca la sustitución de los antiguos puntos de vista por los nuevos. El grito escuchado hoy, «viva la libertad de crítica», recuerda con demasiada fuerza la fábula del barril vacío.
>
> Nos dirigimos en un grupo compacto por un camino empinado y difícil, sujetándonos los unos a los otros firmemente de la mano. Estamos rodeados por todas partes por los enemigos, y tenemos que avanzar casi constantemente bajo su fuego. Nos hemos unido, en virtud de una decisión libremente adoptada, con el propósito de combatir al enemigo y no de retirarnos al pantano cercano, cuyos habitantes, desde el inicio, nos han reprochado que nos hayamos emancipado para convertirnos en un grupo exclusivo y que hayamos escogido el camino de la lucha en lugar del camino de la conciliación. Y ahora algunos de nosotros comienzan a gritar: «¡Regresemos al pantano!». Y cuando empezamos a decirles que se avergüencen, nos responden: «¡Qué gente tan atrasada sois! ¿No os da vergüenza negarnos la libertad de invitaros a tomar un camino mejor?». ¡Claro que, sí, caballeros! Ustedes son libres no sólo de invitarnos, sino también de ir adonde quieran, incluso de entrar en el pantano. De hecho, pensamos que el pantano es su lugar apropiado y estamos preparados para proporcionarles toda la ayuda necesaria para ir allí. Sólo suelten nuestras manos, no se agarren a ellas y no utilicen la gran palabra libertad, porque nosotros también somos «libres» para ir a donde nos plazca, libres para luchar no sólo contra el pantano, ¡sino también contra aquellos que están regresando al pantano»!

Cuando se publicó por primera vez el panfleto de Lenin, en marzo de 1902, parecía representar el punto de vista general de los iskraístas. Todos ellos deseaban un partido centralizado: parecía esencial en un estado policial como Rusia. Las implicaciones dictatoriales de *¿Qué hacer?* (que la base del partido se vería forzada a obedecer, a la manera militar, las órdenes de la dirección) todavía no habían sido comprendidas cabalmente. «Ninguno de nosotros podía imaginar —recordaba Lydia Dan— que podría existir un partido que llegara a arrestar a

sus propios miembros. Existía la suposición o la certeza de que si un partido estaba verdaderamente centralizado, cada miembro se sometería de manera natural a las instrucciones o directrices.»[31]

Solamente en el II Congreso del Partido, que se reunió en Bruselas al año siguiente, las implicaciones del catecismo de Lenin para el partido empezaron a salir a la superficie. El resultado fue una división del partido y la formación de dos facciones socialdemócratas distintas: los bolcheviques y los mencheviques. La causa inmediata de la ruptura puede parecer bastante trivial: Incluso aquellos que estaban en el seno del partido al principio no captaron la importancia histórica que llegaría a asumir más tarde. Surgió sobre la redacción concreta del artículo primero de los estatutos del partido, en el que se definía a los miembros de éste. Lenin quería que los miembros quedaran limitados a aquellos que participaran en alguna de las organizaciones del partido, mientras que Martov, aunque reconocía la necesidad de un núcleo de activistas disciplinados, quería que alguien que reconociera el programa del partido y que deseara obedecer a su dirección pudiera ser admitido. Bajo la superficie de esta discusión semántica subyacían dos tipos de vista opuestos sobre el papel del partido. Por un lado, Lenin estaba proponiendo un partido centralizado y conspiratorio de revolucionarios profesionales siguiendo la tradición de la Voluntad del Pueblo. Tenía una profunda desconfianza hacia el potencial revolucionario de las masas, pues creía que sin la dirección de la vanguardia elitista del partido, se verían atraídas inevitablemente por los aspectos meramente económicos del economicismo. «La conciencia socialista —había escrito en *¿Qué hacer?*— no puede existir entre los trabajadores. Puede ser introducida sólo desde fuera.» Esta desconfianza en la democracia iba a formar la base del enfoque centralista de Lenin hacia los sindicatos, los sóviets y todas las otras organizaciones de masas después de 1917. Desde su punto de vista, las masas no deberían ser más que instrumentos del partido. Esto fue señalado por los críticos de Lenin, que advirtieron que un partido tan centralizado conduciría a la dictadura. El socialismo, desde su punto de vista, era inalcanzable sin democracia, lo que requería un partido de base amplia que surgiera directamente de la cultura y de la conciencia de la clase trabajadora. El punto de vista de Martov sobre el artículo primero fue al principio apoyado por veintiocho votos contra veintitrés. Pero las dos facciones que le apoyaban (los cinco delegados bundistas, a los que se les había negado su petición de autonomía dentro del partido, seguidos por los dos economicistas, que habían sido derrotados por los iskraístas) se marcharon

entonces del congreso, dejando a Lenin con una ligerísima mayoría. Fue a partir de esta situación cuando su facción recibió el nombre de «bolchevique» (mayoritarios) y sus oponentes, el de «mencheviques» (minoritarios). Visto con perspectiva, resulta obvio que los mencheviques fueron muy estúpidos al permitir la adopción de aquellos nombres. Les creó una imagen permanente de partido minoritario, lo que iba a ser una gran desventaja en su rivalidad con los bolcheviques.

Lenin aprovechó esta oportunidad para asegurar su control sobre el Comité Central y su órgano, *Iskra*, expulsando a los tres veteranos mencheviques (Zasulich, Axelrod y Potresov) de su consejo editorial. Los métodos conspirativos de Lenin endurecieron la división entre las dos facciones. Su ruptura tuvo al principio más que ver con las personalidades, el estilo y las emociones que con la articulación de ideologías distintas. Los mencheviques se vieron ultrajados por el chapucero trato que Lenin dispensó a los tres editores expulsados (los había llamado «los miembros menos productivos» de *Iskra),* y en solidaridad con ellos Martov rehusó entonces continuar con Lenin y Plejanov en el nuevo consejo editorial. Acusaron a Lenin de intentar convertirse en el dictador del partido (se habló de su necesidad de utilizar un «bastón» como el utilizado por los oficiales del ejército para inspirar disciplina entre los soldados) y se manifestaron como los defensores de la democracia en el partido. La propia intransigencia de Lenin, su negativa a salvar las diferencias con los mencheviques (diferencias que, como él mismo admitía, eran «en sustancia [...] de muy escasa importancia») y su disposición, una vez provocado, a admitir su convicción de que tendría que ser un dictador del partido para disciplinar a los «elementos vacilantes que hay en medio de nosotros» sirvió sólo para añadir crispación a las tensiones emocionales. La reunión se rompió en pequeños grupos, con ambas facciones acusando a la otra de haberlo «iniciado todo» o de haber «traicionado» a la otra. La gente tomó partido guiada por los sentimientos heridos, las sensibilidades ultrajadas y los vínculos establecidos de lealtad. Lydia Dan recuerda que optó por el partido de Martov, no porque pensara que tenía razón, sino porque:

> Sentí que tenía que apoyarle, y muchos otros tuvieron los mismos sentimientos. Martov tenía escasas condiciones para convertirse en dirigente; pero tenía un inagotable encanto que atraía a la gente.

> Frecuentemente resultaba difícil decir por qué le seguíamos. Él mismo decía: «Tengo el desagradable privilegio de gustar a la gente». Y, naturalmente, si sucedía algo similar a un cisma, Martov sería el noble, Martov sería el honrado, mientras que Lenin... bueno, la influencia de Lenin era enorme, pero todavía... por mi parte resultaba muy trágico tener que decir que todas mis simpatías hacia Lenin (que eran considerables) se basaban en malas interpretaciones.[32]

Durante varios años las diferencias políticas incipientes entre los mencheviques y los bolcheviques continuaron contaminadas por factores personales. Sin duda, se debía en parte al hecho de que las dos facciones vivían juntas, a veces literalmente en pequeñas comunidades exiliadas, de manera que sus discusiones sobre el dogma del partido se veían entrecruzadas con disputas por el dinero y los amantes. Pero la personalidad de Lenin era la cuestión crucial. El bolchevismo, definido por un juramento personal de lealtad hacia él, y el menchevismo, aunque en un grado menor, por oposición a él. Valentinov, a su llegada a Ginebra en 1904, se quedó sorprendido por la «atmósfera de adoración [a Lenin] que la gente que se denominaba a sí misma bolchevique había creado». Lenin reforzó esta división mediante su violento ataque contra los mencheviques en su panfleto *Un paso adelante, dos pasos atrás* (1904). En esta ocasión los llamó «traidores» a la causa marxista. A ninguno de sus lugartenientes bolcheviques se le permitió hablar con ninguno de los dirigentes mencheviques sin obtener antes su aprobación previa.[33]

Sólo muy lentamente, durante el año 1905 y posteriores, las diferencias entre las dos facciones quedaron reflejadas en términos políticos. De hecho, durante bastante tiempo (hasta 1918) los socialdemócratas de base, particularmente en el bando menchevique, intentaron volver a unir el partido. Así resultó especialmente en las provincias, donde las fuerzas del partido eran sencillamente demasiado pequeñas como para permitirse disputas entre facciones. Allí continuaron trabajando juntos en organizaciones socialdemócratas unidas. Pero gradualmente, a medida que el partido se vio obligado a enfrentarse con los dilemas de la política real, durante la revolución de 1905 y después en el período de la Duma, también sus dos facciones marcaron los límites en términos de sus diferentes ideologías, sus estrategias y sus tácticas, y en términos de sus siempre más diversos estilos y culturas políticos.

El menchevismo siguió siendo un movimiento flexible, con una moralidad alta y una disciplina baja. No existía un dirigente menchevique auténtico en el sentido en que los bolcheviques tenían uno, e incluso formaba parte de la ideología menchevique el negar su necesidad. Sólo lentamente y a regañadientes, los mencheviques se vieron arrastrados hacia el tipo de estructura formal de partido que sus rivales tenían desde el principio. Su espíritu siguió siendo el de círculos amistosos e informales *(kruzhki)* de la última década del siglo XIX, de los que Lenin se burló como «los relajados Oblómovs en bata y zapatillas de los días pobres del movimiento»; pero los mencheviques eran genuinamente más democráticos, tanto en su política como en su composición, que los bolcheviques. Tendían a atraer a una gama más amplia de gente (a más personas que no eran rusas, especialmente judíos y georgianos, a tipos más diversos de trabajadores, a pequeños comerciantes y miembros de la *intelligentsia),* mientras que los seguidores de los bolcheviques tendían a proceder de una gama más reducida: la inmensa mayoría eran trabajadores y campesinos desarraigados granrusos. Esta base social más amplia puede explicar en parte las inclinaciones de los mencheviques hacia el compromiso y la conciliación con la burguesía liberal. Ésa fue ciertamente la principal distinción entre ellos y los bolcheviques, quienes, bajo la guía de Lenin, se fueron haciendo paulatinamente intransigentes en su oposición a la democracia. Sin embargo, esta demarcación, que en buena medida puede haber estado relacionada con diferencias sociales, era esencialmente ética. Los mencheviques eran demócratas por instinto, y sus acciones como revolucionarios quedaban frenadas por los escrúpulos morales que implicaban. Esto no era verdad en el caso de los bolcheviques. Eran más sencillos y jóvenes, obreros campesinos militantes como Kanatchikov, hacedores en lugar de pensadores. Se sintieron atraídos por la disciplina de Lenin y la firme dirección del partido, por sus lemas sencillos y por su fe en la acción inmediata para derribar el régimen zarista en lugar de esperar, como aconsejaban los mencheviques, a que se viera erosionado por el desarrollo del capitalismo. Esto, por encima de todo, era lo que les ofrecía Lenin: la idea de que *se podía* hacer algo.

Segunda parte

LA CRISIS DE AUTORIDAD (1891-1917)

5 Bautismo de sangre

I Patriotas y liberadores

Tras un año de desastres meteorológicos, en el verano de 1891 los campesinos de la región del Volga se encontraron enfrentándose con la muerte por hambre. Mientras contemplaban sus cosechas arruinadas, se les podría haber perdonado que creyeran que Dios les había seleccionado para un castigo especial. Las simientes que habían plantado el otoño anterior apenas tuvieron tiempo de germinar antes de que llegaran las heladas. Cayó muy poca nieve, valiosísima para proteger las plantas jóvenes durante el invierno, cuando las temperaturas alcanzaron un promedio de treinta grados bajo cero. La primavera trajo consigo vientos polvorientos que arrancaron la parte superior del suelo y después, a inicios de abril, empezó el largo y seco verano. En Tsaritsyn no había llovido durante noventa y seis días consecutivos; en Saratov, durante ochenta y ocho, y en Orenburg, en más de cien. Los estanques y los arroyos se secaron, la tierra calcinada se agrietó, los bosques se tiñeron de color pardo de manera prematura y el ganado moría a la vera del camino. Los campesinos pusieron sus últimas esperanzas en las cosechas; pero las cosechas que sobrevivieron fueron pequeñas y resultaron abrasadas por el sol. En Voronezh la cosecha de centeno fue de menos de 0,1 pud (1,6 kilos) por habitante, frente a una producción normal de 15 puds. «Nos estamos preparando para el hambre —escribió el conde Vorontsov-Dashkov al zar desde la provincia de Tambov el 3 de julio—. Las cosechas invernales de los campesinos han fracasado por completo, y la situación exige una ayuda inmediata.»

En otoño el área amenazada por el hambre se había extendido a quince provincias, desde los montes Urales al mar Negro, en un área que doblaba el tamaño de Francia, con una población de treinta y seis millones de personas. Los que viajaban a la región trazaron un retrato de desesperación creciente, a medida que los campesinos se debilitaban y se recluían en sus cabañas. Aquellos que

tuvieron la fuerza suficiente recogieron sus escasas pertenencias y huyeron adonde pudieron, congestionando los caminos con sus carros. Aquellos que se quedaron vivieron del «pan del hambre», formado de brotes de centeno mezclados con hierbajos, musgo y corteza de árbol, lo que hacía que los panes adoptaran un aspecto amarillento y un sabor amargo. Los campesinos quitaron la paja de los tejados de sus cabañas y la utilizaron para alimentar a sus caballos. La gente puede pasar hambre durante mucho tiempo, pero los caballos que no comen se mueren, y si esto sucedía no habría cosecha para el año siguiente. Y entonces, casi de manera inevitable, el cólera y el tifus hicieron acto de presencia, matando a medio millón de personas hacia finales de 1892.

El Gobierno intentó resolver la crisis lo mejor que pudo. Pero su burocracia era excesivamente lenta y torpe, y el sistema de transporte demostró ser incapaz de enfrentarse con este problema. Políticamente, su manejo de la crisis fue desastroso, e hizo que surgiera la impresión general de descuido y de falta de compasión oficial. Hubo rumores extendidos, por ejemplo, de que la obstinada burocracia retenía los suministros de víveres hasta que recibiera «una prueba estadística» de que la población a la que estaban destinados no tenía otra manera de alimentarse a sí misma: para aquel entonces ya resultaba demasiado tarde. Además, hubo historias sobre proyectos de ayuda planificados por el Gobierno para emplear a los desdichados campesinos en obras públicas: con demasiada frecuencia sucedió que los campesinos escogidos ya habían sido llevados a su lecho de muerte. Hubo informes de víctimas del cólera a las que se obligó a dejar sus hogares y a desplazarse a centros de cuarentena situados a kilómetros de sus aldeas, de manera que los campesinos se ponían histéricos siempre que hacían acto de presencia las autoridades médicas y estallaron motines que tuvieron que ser sofocados por las tropas. Pero, con mucho, el mayor ultraje fue causado por el retraso del gobernador en relación con una prohibición propuesta de exportaciones de cereales hasta mediados de agosto, varias semanas ya después de iniciada la crisis. Había dado un mes de advertencia de la prohibición, de manera que los comerciantes de cereales se apresuraron a cumplir sus contratos extranjeros, y los víveres que podían haberse utilizado en favor de los campesinos que se morían de hambre se desvanecieron en el exterior. Vyshnegradsky, el ministro de Finanzas, cuyas políticas económicas (que esencialmente consistían en elevar los impuestos sobre los bienes de consumo de tal manera que los campesinos se vieran obligados a vender más grano) eran vistas por el público como la principal causa del hambre, se opuso a la

prohibición. El lema del Gobierno fue: «Incluso si nos morimos de hambre, exportaremos grano».[1]

Tal cinismo no parecía injustificado. Además, el Gobierno se había estado negando a admitir la existencia de una «hambruna» *(golod),* prefiriendo por el contrario hablar de manera eufemística de una «pobre cosecha» *(neurozhai).* El diario reaccionario *Noticias de Moscú* había advertido incluso que resultaría un acto de deslealtad utilizar el «término más alarmista», puesto que provocaría el nacimiento de una «peligrosa agitación» de la que sólo podían beneficiarse los revolucionarios. Se prohibió a los periódicos imprimir informes sobre la «hambruna», aunque muchos así lo hicieron, evitando usar esa palabra. Esto fue suficiente para convencer al público liberal, sobrecogido y preocupado por los rumores de la crisis, de que había una conspiración del Gobierno para ocultar la verdad. La murmuración comenzó a describir la situación en los términos más oscuros. Alexandra Bogdanovich, la anfitriona de los salones de San Petersburgo, anotó en su diario el 3 de diciembre:

> Ahora dicen que Durnovo [el ministro del Interior] ya sabía de la hambruna en mayo y debería haber obligado a Vyshnegradsky a prohibir entonces las exportaciones. Verjovsky dice que la exportación de trigo sólo fue prohibida cuando Abaza [director del Departamento de Economía Estatal] pudo vender su propio trigo a buen precio. Dicen que en la provincia de Simbirsk todos los niños han muerto de hambre; enviaron ropas a los niños que había allí pero todas fueron devueltas: no había nadie que pudiera utilizarlas. La indignación está aumentando en todas partes.

Incluso se oyó al general Kutaisov, un senador y consejero de Estado, quejándose de que «no habría habido una hambruna si el Gobierno no se hubiera metido en un lío tan tremendo».[2]

Incapaz de enfrentarse con la crisis, el Gobierno se inclinó ante lo inevitable y el 17 de diciembre promulgó una orden imperial llamando a la gente a formar organizaciones voluntarias para ayudar en la asistencia contra el hambre. Políticamente, este momento iba a manifestarse como histórico, porque abrió la puerta a una nueva ola de poderosa actividad y debate público que el Gobierno no pudo controlar y que rápidamente pasó de lo filantrópico a lo político. La

«peligrosa agitación» que las *Noticias de Moscú* habían temido se fue haciendo cada vez mayor.

La respuesta pública a la hambruna fue tremenda. «La gente de las más diversas convicciones y temperamentos se entregó a la causa —recordaría Vasilii Maklakov—. Muchos olvidaron sus ocupaciones usuales y se dedicaron a establecer comedores y, durante la epidemia, ayudar a los doctores. En esta obra, los que perdieron su posición y su salud no fueron pocos.» Los *zemstvos* fueron los que más se destacaron, habiendo establecido ya su propia red provincial para distribuir alimentos y medicinas. El príncipe Lvov, que en esa época era presidente del *zemstvo* provincial de Tula, se entregó a la campaña de ayuda como si se tratara de un asunto en el que estuviera en juego su propia vida. Fue una señal de su amor por los campesinos, con los que había vivido y trabajado durante los diez años anteriores, que llegara a arriesgar su propia vida para salvar la de ellos. Y qué romántico resulta que en esa época, mientras trabajaba en una cocina que repartía sopa en la provincia de Tambov, se enamorara de su futura esposa. Sentimientos tan elevados de compasión por los campesinos no eran en absoluto raros entre los terratenientes progresistas de su clase. Se formaron centenares de comités de nobles y «hombres públicos» para ayudar a reunir dinero para las víctimas del hambre. Los médicos se presentaron voluntarios para formar equipos sanitarios. Millares de ciudadanos de buena posición se apresuraron a unirse a las campañas de ayuda organizadas por la Sociedad Económica Libre y otros cuerpos voluntarios. Se pronunciaron apasionados discursos en reuniones públicas. Los periódicos imprimieron llamamientos en letras grandes en sus primeras páginas y los estudiantes se ofrecieron voluntarios para la obra de ayuda en un nuevo fenómeno de «ir hacia el pueblo».[3]

Entre estos voluntarios estaba Anton Chejov, que era doctor al mismo tiempo que dramaturgo. Dejó a un lado su tarea literaria para trabajar en su *zemstvo* de distrito cerca de Moscú. En agosto de 1892 escribió a un amigo:

> He sido nombrado médico del cólera, y mi distrito incluye veinticinco aldeas, cuatro fábricas y un monasterio. Estoy organizando las cosas, estableciendo lugares de cobijo, etcétera, y estoy solo, porque todo lo que tiene alguna relación con el cólera me resulta extraño, y el trabajo, que requiere constantes viajes, charlas y movimientos, idas y venidas, me agota. No hay tiempo para escribir. Abandoné la literatura hace mucho

> tiempo, no tengo dinero y me encuentro abatido porque pensé que sería lo más deseable para mí y para mi independencia rechazar la remuneración que reciben los médicos del cólera [...]. Los campesinos son rudos, insalubres y desconfiados, pero la idea de que nuestro trabajo no será en vano hace que no dé importancia a nada de eso.[4]

Tolstoi también dejó de escribir para unirse a la campaña de ayuda. Con sus dos hijas mayores organizó centenares de comedores en la región de la hambruna, mientras que Sonya, su esposa, recogía dinero del extranjero. «No puedo describir en palabras sencillas la situación de abandono absoluto y sufrimiento de esta gente», le escribió a finales de octubre de 1891. Según el campesino Serguei Semyonov, que era un seguidor de Tolstoi y que se unió a él en la campaña de ayuda, el gran escritor estaba tan abrumado por su experiencia del sufrimiento de los campesinos que su barba se volvió gris, perdió cabello y adelgazó considerablemente. El culpabilizado conde atribuyó la hambruna al orden social, a la Iglesia ortodoxa[42] y al Gobierno. «Todo ha sucedido a causa de nuestros propios pecados —escribió a un amigo en diciembre—. Nos hemos apartado de nuestros propios hermanos, y sólo hay un remedio: arrepentirnos, cambiar nuestras vidas y destruir los muros que existen entre nosotros y el pueblo.» Tolstoi amplió su condena de la desigualdad social en su ensayo *El Reino de Dios* (1892) y en la prensa. Su mensaje tocó una cuerda sensible en la conciencia moral del público liberal, azotado como estaba por sentimientos de culpa debido a sus privilegios y a su alienación del campesinado. Semyonov captó esta sensación de vergüenza cuando escribió de la campaña de ayuda:

Cada día la necesidad y la miseria de los campesinos aumentaba. Las escenas de hambre eran profundamente desoladoras y resultaba de lo más sobrecogedor contemplar que en medio de todo este sufrimiento y muerte había enormes haciendas lujosas y mansiones hermosas y bien amuebladas, y que la antigua vida ostentosa de los hidalgos, con sus alegres cacerías y bailes, con sus banquetes y conciertos, seguía desenvolviéndose como siempre.[5]

Para el culpabilizado público liberal, servir «al pueblo» mediante la campaña de ayuda fue un medio de pagar su «deuda» con ellos. Se volvieron hacia Tolstoi como su dirigente moral y su paladín contra los pecados del antiguo régimen. Su condena del Gobierno le convirtió en un héroe público, un hombre íntegro en cuya palabra se podía confiar en encontrar la verdad sobre un tema que el

régimen había intentado afanosamente ocultar.

La sociedad rusa se había visto activada y politizada por la hambruna; su conciencia social había sido tocada y el antiguo sistema burocrático se había visto desacreditado. La desconfianza pública en el Gobierno no disminuyó una vez pasada la crisis, sino que se fortaleció cuando los representantes de la sociedad civil continuaron presionando en favor de obtener un papel más importante en la administración de los asuntos de la nación. El hambre, se decía, había demostrado la culpabilidad e incompetencia del antiguo régimen, y ahora había una creciente expectación en el sentido de que círculos amplios de la sociedad tendrían que ser arrastrados hacia este trabajo si se quería evitar otra catástrofe. Los *zemstvos*, que habían pasado la última década intentando aumentar sus actividades frente a la creciente oposición burocrática, se vieron ahora fortalecidos por el amplio apoyo del público liberal hacia su trabajo en agronomía, salud pública y educación. Los comerciantes e industriales liberales de Moscú, que se habían unido a la campaña de ayuda, empezaron a cuestionar la política de industrialización del Gobierno, que tan ruinosa parecía para el campesinado, el principal comprador de sus manufacturas. Desde mediados de la última década del siglo XIX también apoyaron los diversos proyectos de los *zemstvos* y de los órganos municipales para reavivar la economía rural. Médicos, maestros e ingenieros, que se habían visto obligados a organizarse como resultado de su participación en la campaña de ayuda, empezaron a exigir más autonomía e influencia profesional sobre la política pública; y cuando fracasaron en sus avances, empezaron a llevar a cabo una campaña en favor de la obtención de las reformas políticas. En la prensa, en los «periódicos serios», en las universidades y en las sociedades eruditas y filantrópicas, las discusiones sobre las causas del hambre (y sobre las reformas necesarias para prevenir su reaparición) continuaron sucediéndose a lo largo de la última década del siglo XIX, mucho después de que hubiera pasado la crisis.[6]

La oposición socialista, que había permanecido en buena medida aletargada durante la penúltima década del siglo XIX, volvió a la vida con un vigor renovado como resultado de estos debates. Hubo un resurgir del movimiento populista (más tarde rebautizado como neopopulismo), que culminó en 1901 con la fundación del partido eserista. Bajo la dirección de Viktor Chernov (1873-1952), un licenciado en derecho procedente de la Universidad de Moscú que había estado encarcelado en la fortaleza de San Pedro y San Pablo por su papel en el movimiento estudiantil, abrazó la nueva sociología marxista mientras siguió

adhiriéndose a la creencia populista de que todos los trabajadores y campesinos por igual (lo que él llamaba «el pueblo trabajador») estaban unidos por su pobreza y su oposición al régimen. En resumen, en víspera de la hambruna, había una unidad creciente entre los marxistas y los neopopulistas cuando decidieron poner a un lado sus diferencias sobre el desarrollo del capitalismo (que los eseristas aceptaban ahora como un hecho) y se concentraron en la lucha democrática. Lydia Dan, desde el lado marxista, recordó aquélla como una «nueva era [...] cuando no era tanto la lucha por el socialismo lo que resultaba importante para nosotros como la lucha política [que] podía y debía ser nacional».[7]

El marxismo como ciencia social estaba convirtiéndose con rapidez en el credo nacional: sólo él parecía explicar las causas del hambre. Las universidades y las sociedades eruditas se vieron invadidas por la nueva moda intelectual. Incluso instituciones tan bien establecidas como la Sociedad de Economía Libre cayeron bajo la influencia de los marxistas, que produjeron bibliotecas de estadísticas sociales presentadas como estudios sobre las causas de la gran hambre para probar la verdad de las leyes económicas de Marx. Los socialistas que previamente habían vacilado en su marxismo se vieron ahora completamente convertidos en la víspera de la hambruna, cuando, según les parecía, no existía ya ninguna esperanza en la fe populista del campesinado. Piotr Struve (1870-1944), que con anterioridad se había considerado un médico liberal, descubrió que la crisis provocaba en él una pasión marxista: «Me convirtió en más marxista que la lectura de *El capital*». Martov también recordó cómo la hambruna le había convertido en marxista: «Repentinamente me resultó obvio lo superficial y carente de base que había sido hasta entonces todo mi sentimiento revolucionario, y cómo mi romanticismo subjetivo en política aparecía como algo canijo ante las alturas filosóficas y sociológicas del marxismo».[8] Incluso el joven Lenin se convirtió a la corriente principal del marxismo precisamente en vísperas de la hambruna.

En resumen, toda la sociedad se politizó y radicalizó como resultado del hambre. El conflicto entre la población y el régimen había entrado en movimiento, y no había forma de dar marcha atrás. En palabras de Lydia Dan, la hambruna había sido un jalón en la historia de la revolución, porque había dejado de manifiesto a la juventud de su generación «que el sistema ruso estaba totalmente en bancarrota. Existía un sentimiento de que Rusia estaba al borde de algo».[9]

Este despertar político de la sociedad formaba parte de los cambios sociales más amplios que se encuentran en la raíz de la revolución. En la última década del siglo XIX puede datarse el surgimiento de una sociedad civil, de una esfera pública y una ética, todas ellas en oposición al Estado zarista. Estaba pasando la era en que, según las palabras de Miliukov, la autocracia había sido «la única fuerza organizada» de

Rusia y había podido dominar a una sociedad débil y dividida. Pero esa relación estaba cambiando. Las instituciones de la sociedad se estaban independizando y organizando cada vez más, mientras que el Estado zarista se estaba debilitando rápidamente y era menos capaz de controlarlas. La hambruna fue el punto crucial de este proceso, el momento en que la sociedad rusa, por primera vez, fue políticamente consciente de sí misma y de sus poderes, de sus deberes «para con el pueblo», y del potencial con que contaba para gobernarse. Fue el momento, en cierto sentido, en que Rusia se convirtió en una «nación» por primera vez.

Los cambios sociales profundos estaban arrastrando a esta cultura pública hacia la escena política. La antigua jerarquía de los estamentos sociales *(sosloviia),* que la autocracia había creado para organizar la sociedad en torno a sus necesidades, estaba resquebrajándose mientras comenzaba a tomar forma un sistema social nuevo y mucho más móvil. Hombres nacidos como campesinos, incluso como siervos, comenzaron a establecerse como comerciantes y terratenientes, maestros, médicos, ingenieros, escritores, editores y mecenas artísticos. Los hijos e hijas de los nobles entraron en las profesiones liberales. Los comerciantes se convirtieron en nobles y los matrimonios entre los distintos estamentos se hicieron comunes. Sobre todo, ya no se podía seguir deseando que la gente se definiera de acuerdo con los antiguos y rígidos términos.[10]

Esta nueva sociedad civil era demasiado complicada para ser descrita en términos crudos de «clase». Por un lado, estaba definida mucho menos por su posición social que por la política y la cultura. La cosmovisión de la *intelligentsia,* basada en la noción de función pública y en los valores liberales de Occidente, definía su identidad. La *intelligentsia* siempre había estado formada por gente de diversa procedencia social, y había pretendido representar a «la nación» como un conjunto. Y esta tradición universalista dio forma a la ética y al lenguaje de esta naciente esfera pública. Los liberales educados hablaban de servir el «bien público» *(obshchestvennost),* expresado como «sociedad» o «la nación», en contraposición a la antigua ética noble de servicio

al Estado zarista. Denominaron a sus políticos «hombres públicos» *(obshchestvennye deiateli).* Y, ciertamente, era una parte importante en todo el proceso retórico de definir a esta «nación política» (lo que significaba apartarla del «alienado» Estado zarista) de manera que sus dirigentes fueran honrados con un nombre genérico que los convirtió en patriotas de la causa del pueblo. Una política cultural nacional basada en los ideales e instituciones de la *intelligentsia* se estaba formando en Rusia. Estaba emergiendo un público activo opuesto al antiguo régimen y que exigía los derechos de una ciudadanía independiente. La extensión de la educación superior, de la opinión y la actividad públicas, configuraron esta cultura pública emergente. Entre 1860 y 1914 el número de estudiantes universitarios en Rusia aumentó de cinco mil a sesenta y nueve mil (el 45 por ciento de ellos mujeres); el número de diarios aumentó de trece a ochocientos cincuenta y seis; y el número de organismos públicos pasó de doscientos cincuenta a más de dieciseis mil.[11]

Estas eran las señales de un nuevo estrato medio situado entre la aristocracia y los campesinos y la clase obrera. Pero era demasiado frágil en términos sociales para merecer el robusto título de «clase media». La «burguesía industrial», que en Occidente había abierto el camino para la forja de una identidad de clase media, era demasiado débil y dependiente del Estado, estaba demasiado fragmentada en divisiones regionales y étnicas, y demasiado aislada de la élite educada, para representar el mismo papel en la Rusia zarista; aunque éste era el fin perseguido por los hombres de negocios liberales de Moscú del círculo de Riabushinsky en la primera década del siglo XX.[12] Ciertamente, una conciencia de su propia fragilidad y aislamiento fue un aspecto crucial de la identidad propia de esta novata «sociedad censataria» *(tsenzovoe obshchestvo).* A medida que el público liberal y educado se hizo más consciente de sí mismo y de su papel dirigente en política, también se fue haciendo más consciente de la enorme y aterradora brecha (una brecha manifestada en el hambre) que lo separaba de las masas hambrientas. Como en Suráfrica bajo el *apartheid,* hubo siempre una bomba de relojería de revolución violenta haciendo tic tac en la alacena de la política liberal.

Dos grupos principales se encontraban en la primera fila de esta campaña pública durante la década que condujo a la revolución de 1905: los «hombres del *zemstvo*» liberales y los estudiantes.

Los «hombres del *zemstvo*» fueron unos extraños precursores de la revolución. La mayoría de ellos eran terratenientes nobles, progresistas y prácticos como el

príncipe Lvov, que simplemente deseaban que la monarquía representara un papel positivo en la mejora de la vida de sus súbditos. Intentaban incrementar la influencia de los *zemstvos* en la configuración de la legislación gubernamental; pero la idea de dirigir un movimiento de amplia oposición les repugnaba. El mentor del príncipe Lvov, D. N. Shipov, que organizó los *zemstvos* a escala nacional, era un devoto monárquico y se oponía abiertamente a la demanda liberal de una constitución. Todo el propósito de su trabajo era fortalecer la autocracia acercando al zar a su pueblo, organizado en los *zemstvos* y en un parlamento consultivo. De muchas maneras estaba intentando crear desde abajo la misma autocracia popular que Nicolás pretendía imponer desde arriba durante los últimos años de su reinado. Central en su eslavofilia liberal era la noción de Rusia como «una tierra localmente autogobernada con un soberano autócrata a la cabeza». Creía en la antigua comunión entre el zar y su pueblo, una unión que, desde su punto de vista, había sido quebrantada sólo por la «autocracia de la burocracia».[13]

Había mucho terreno por recorrer antes de que la autocracia llegara a un arreglo con los «hombres del *zemstvo*». Pero, como sucedió tan a menudo durante su inexorable decadencia, el antiguo régimen escogió la represión en lugar del acuerdo y así provocó la hostilidad política de los *zemstvos*. El principal diseñador de esta política suicida fue el omnipotente Ministerio del Interior, que contemplaba a los *zemstvos* como peligrosos lugares de refugio para los revolucionarios y los sometió a una incansable campaña de persecución. Armados con el estatuto de 1890, los gobernadores provinciales bloquearon los presupuestos de los *zemstvos*, censuraron sus publicaciones y destituyeron a los miembros electivos de sus juntas.

La hambruna produjo una interrupción transitoria de este conflicto, porque el Gobierno se apoyaba en los *zemstvos* como centros de ayuda en la distribución de alimentos y cuidados médicos. Pero, al extender sus actividades, la crisis también estimuló a los *zemstvos* para que se reafirmaran en sus propias solicitudes de autonomía y reforma. La dirección fue desempeñada por los profesionales de los *zemstvos*, los maestros, médicos, estadísticos y agrónomos, comúnmente conocidos como el tercer elemento, cuya influencia radical en las asambleas de los *zemstvos* se vio incrementada como resultado de su participación directa en las campañas de ayuda. Fueron seguidos por muchos terratenientes que culparon de la hambruna al fracaso del Gobierno para proteger a los agricultores de la nación y que temían que los campesinos desamparados

pudiesen apoderarse de sus haciendas. Ahora se situaron al lado de los *zemstvos* para defender los intereses agrarios de la sociedad provincial contra la burocracia industrializadora de San Petersburgo. Los nobles más liberales, como el príncipe Lvov, siguieron solicitando la creación de un *zemstvo* que abarcara todas las clases en el área del *volost* (lo que ellos creían que ayudaría a integrar a los campesinos en el gobierno local) y la convocatoria de una asamblea nacional. Ésta fue la inspiración que aparecía tras la Declaración Tver, los dirigentes de *zemstvos* más progresistas del país que presentaron a Nicolás II cuando accedió al trono. En un discurso que enfureció a la opinión pública, el nuevo zar denunció estos «sueños sin sentido» y subrayó su firme e indubitable «adhesión» al «principio de autocracia». En unos días, el Ministerio del Interior reasumió su persecución contra los *zemstvos*. La organización de todos los *zemstvos* de Shipov fue prohibida poco después de su fundación en 1896, empujando a la fuerza al revolucionario en brazos de los constitucionalistas más radicales. Juntos fundaron Beseda (Simposio) en 1899, un círculo de discusión clandestino de los «hombres de los *zemstvos*» liberales, que incluía a alguno de los nombres más importantes de la aristocracia rusa, tales como el príncipe Lvov, que se reunía en el palacio de Moscú de los príncipes Dolgorukov. Inicialmente, Beseda limitó su discusión a los asuntos del *zemstvo*. Pero en 1900 el Gobierno puso una vez más en funcionamiento su campaña de persecución, ordenando la destitución de centenares de liberales de las juntas electivas de los *zemstvos*, y esto inevitablemente obligó al caballeresco simposio a ocuparse de cuestiones políticas. En los dos años siguientes se convirtió en la fuerza dirigente del movimiento liberal, en la medida en que una amplia gama de hombres públicos, desde dirigentes cívicos a capataces de la industria, escuchó su llamamiento en pro de la reforma.[14]

Las universidades habían sido los centros organizativos de la oposición al régimen zarista durante los años sesenta del siglo XIX. En lengua rusa, las palabras «estudiante» y «revolucionario» eran casi sinónimas. Como todos los demás, los estudiantes se habían visto politizados por el áspero aumento de la miseria humana que puso de manifiesto la hambruna. Las conferencias estudiantiles se convirtieron en colmenas de agitación socialista y hubo una nueva forma de rebelión contra las autoridades universitarias, que desde 1884 habían estado bajo control policial. Alexander Kérensky (1881-1970) recuerda la camaradería en el dormitorio de la Universidad de San Petersburgo: «Los estudiantes vivían como una comunidad amistosa y estrechamente unida, con sus

hombres favoritos como dirigentes en los asuntos de preocupación común [...]. Si sucedía algo excepcional en el país que afectaba y hería los sentimientos morales de la juventud, si alguna orden de las autoridades educativas afectaba a nuestro orgullo corporativo, entonces todos los estudiantes nos alzábamos como un solo hombre».[15]

La infancia de Kérensky tuvo muchas similitudes con la de Lenin, que se convirtió en su archirrival en 1917. Nació en la misma ciudad de Simbirsk, once años después que Lenin. Su padre fue el director del instituto de Lenin y un conocido del padre de Lenin, que era el inspector jefe escolar de Simbirsk. En 1889 el padre de Kérensky fue ascendido al mismo puesto en Tashkent, donde el joven Kérensky fue a la escuela. Al igual que sucedió con el Lenin adolescente, no había «nada en esa época que sugiriera la futura carrera de Kérensky como ministro de la revolución» recordó uno de sus maestros. «Aceptaba con felicidad la estricta disciplina de la escuela, iba con entusiasmo a la iglesia[43] e incluso cantaba en la escolanía.» A la edad de catorce años, el corazón de Kérensky se sentía inclinado hacia una carrera como actor. Incluso firmó una carta a sus padres como «el futuro artista del Teatro Imperial, A. Kérensky».[16] Su fe en su destino (que alentaría sus acciones en 1917) ya se había enraizado claramente a una edad temprana. Kérensky nunca se ocupó mucho del teatro, aunque como un actor del escenario revolucionario iba a demostrar que tenía la misma capacidad dramática que cualquier personaje de provincias inspirado en Tespis. En 1899 se matriculó en la Universidad de San Petersburgo para estudiar historia y filología, los temas que su padre había estudiado allí, aunque en segundo año pasó a estudiar derecho. Esto también dejó establecido el patrón futuro: cambiar de la historia al derecho es, obviamente, el movimiento típico de alguien que desea hacer carrera.

En el año en que se matriculó Kérensky, los estudiantes de San Petersburgo se vieron implicados en una serie de manifestaciones universitarias. El 8 de febrero era costumbre que los estudiantes señalaran el aniversario de la fundación de la Universidad realizando celebraciones en el centro de la ciudad. Pero en 1899 el Gobierno no estaba dispuesto a consentir una algarada callejera estudiantil y prohibió el acontecimiento. Cuando algunos estudiantes intentaron desafiar la prohibición dirigiéndose en manifestación hacia la ciudad, se encontraron el camino bloqueado por la policía, que los golpeó con látigos. Enormemente agitados, los estudiantes comenzaron una huelga de protesta que se extendió a otras universidades. Sus quejas no eran todavía políticas; se habrían visto

satisfechas en virtud de una disculpa oficial por la brutalidad de la policía y de la restauración de las libertades académicas y estudiantiles suprimidas en las universidades en 1884. Ésta, al menos, fue la conclusión a la que llegó una comisión nombrada más tarde para investigar los disturbios. En lugar de eso, el Gobierno arrestó a los dirigentes estudiantiles y amenazó a los futuros manifestantes con el reclutamiento militar. Los estudiantes se sintieron ultrajados e, impulsados por agitadores socialistas, empezaron a condenar el sistema político en su totalidad. Incluso Kérensky, que hasta entonces había estado más interesado en el teatro que en la política, se sumó a la protesta en la Universidad. «El insulto del último año no ha sido olvidado y no puede serlo —escribió a sus padres en febrero de 1900—. Las represiones fueron incivilizadas; esto es lo que nos irrita, y los que las ordenaron (es decir, los ministros) no merecen respeto.»[17] Una vez más la táctica de mano dura del Gobierno convirtió una protesta de escasa importancia en un movimiento de oposición radical.

El siguiente mes de noviembre hubo nuevas manifestaciones estudiantiles en Kiev y otras universidades. Bogolepov, el ministro de Educación, respondió en enero de 1902 alistando a más de doscientos dirigentes estudiantiles en el Ejército. Un mes más tarde, un estudiante llamado Karpovich disparó a Bogolepov en el cuello, hiriéndole fatalmente en la primera de una nueva oleada de acciones terroristas. La gente, por regla general, no se sintió conmovida por el asesinato (Kérensky y sus compañeros de estudios incluso vieron a Karpovich como un santo); su cólera estuvo provocada por las represiones de Bogolepov. «Tengo la sensación, como ves —escribió Gorky a Bryusov—, de que enviar estudiantes al Ejército es desagradable, es un crimen flagrante contra la libertad individual, una medida idiota de sabandijas sedientas de poder.» El 4 de marzo, dos días después de la muerte de Bogolepov, Gorky tomó parte en una manifestación masiva en San Petersburgo. La capital se paralizó cuando tres mil estudiantes convergieron frente a la catedral de Kazán. Se enarbolaron banderas rojas, se cantó *La Marsellesa* y Gorky pronunció un discurso condenando las acciones del Gobierno. Entre la muchedumbre había un buen número de burgueses liberales simpatizantes de los estudiantes y docenas de presentes y futuras luminarias del movimiento revolucionario. Repentinamente, un escuadrón de cosacos a caballo apareció por detrás de la catedral y cargó contra la muchedumbre, golpeando en todas direcciones con sus bastones. Struve fue uno de los golpeados. Mientras la gente se dispersaba para protegerse, algunos de los miembros de la multitud irrumpieron en la misma catedral, donde se

celebraba un culto. Murieron trece personas, centenares huyeron con la cara ensangrentada y, en conjunto, fueron encarcelados unos mil quinientos estudiantes, muchos de ellos en la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Fue la primera vez que un amplio número de respetables ciudadanos burgueses se encontró dentro de sus famosos muros penitenciarios. Los padres y amigos de los estudiantes los visitaban diariamente con extraordinarias entregas de comida. Un conocido fabricante de tabaco, cuyo hijo había sido encerrado, envió diez mil cigarrillos de lujo y repitió el regalo a intervalos regulares. Llegaron millones de libros, que permitieron a los estudiantes ponerse al día en sus estudios largamente descuidados, aunque, según uno de ellos, dedicaban más tiempo al ajedrez y a los conciertos. Describió toda la aventura como «una especie de excursión estudiantil».[18]

Para muchos de los estudiantes éste fue su primer enfrentamiento sobrecogedor con el poder coercitivo del Estado. Iba a mostrarse como una experiencia radicalizadora. Miles de estudiantes se unieron al partido eserista, cuya organización de combate tomó la dirección en una campaña de terror que pronto exigió la vida de D. S. Sipiaguin, el ministro del Interior; otros se unieron a los socialdemócratas. Pero la localización auténtica de los estudiantes demócratas fue la Unión de Liberación, creada en 1903. Era una creación de Struve, miembro de uno de los pequeños pero influyentes grupos de los desertores liberales del movimiento marxista a inicios de siglo. Sostenía que una revolución social violenta resultaría desastrosa para Rusia. Lo que se necesitaba era un período de evolución social y política siguiendo las líneas europeas, durante el cual los trabajadores defenderían sus derechos dentro del sistema capitalista y toda la democracia quedaría integrada en un movimiento constitucional. Ése fue el mensaje del diario de Struve, *Osvoboshdenie* (Liberación), publicado en Alemania, que había inspirado la fundación de la Unión. Enfrentada con la campaña de persecución policial organizada por Plehve, sucesor de Sipiaguin en el Ministerio del Interior, la Unión se desplazó gradualmente hacia la izquierda y en 1904 abrazó el programa de una constitución basada en el sufragio universal, la autodeterminación para las nacionalidades y las reformas sociales de largo alcance.

En ese momento fue cuando Rusia entabló una guerra con Japón. Se dice a menudo que Plehve la había planeado como «una guerrita victoriosa para

desarraigar la revolución». Pero sus orígenes fueron más complejos, y sus consecuencias, exactamente las contrarias. La penetración económica de Rusia en el Lejano Oriente, posibilitada por la construcción del Transiberiano durante la última década del siglo XIX, estaba destinada a arrastrarla a un conflicto con Japón, que tenía ambiciones en Corea y Manchuria. La guerra podría haberse evitado si la política exterior de Rusia hubiera estado en manos competentes. En lugar de eso, la dirigía un grupo apegado a la corte y encabezado por Alexander Bezobrazov, un especulador con buenas relaciones e intereses madereros en Corea; este grupo de personas con intereses persuadió al zar para que rechazara la oferta japonesa de un pacto, haciendo que la guerra resultara inevitable. Que Nicolás decidiera interesarse personalmente en el asunto sólo empeoró las cosas; por desgracia, la política exterior era la única área del gobierno donde el zar se sentía con competencia suficiente para dirigir las cosas desde primera línea. Dado que había realizado un viaje al Lejano Oriente en su juventud, incluso se consideraba una especie de experto en la región. El general Kuropatkin, ministro de la Guerra, creía que Nicolás deseaba extender su Imperio a lo largo de toda Asia, conquistando no sólo Manchuria y Corea, sino también el Tíbet, Afganistán y Persia. La mayoría de sus ministros estimulaban tales ambiciones. Era una manera de adular al zar, quien después de todo tenía muy pocas cualidades. El tío de Nicolás, el káiser Guillermo, también jugaba con sus fantasías imperialistas, puesto que deseaba apartar a Rusia de los Balcanes. En una ocasión había telegrafiado al zar desde su yate: «El almirante del Atlántico saluda al almirante del Pacífico».[19]

Cuando comenzó la guerra en enero de 1904 con el ataque japonés contra la flota rusa situada en Port Arthur, en Manchuria, el zar y sus asesores dieron la victoria por garantizada. Kuropatkin proclamó que necesitaría sólo dos soldados rusos por cada tres japoneses, dada la superioridad rusa. Los carteles del gobierno mostraban a los japoneses como unos monos enclenques, con ojos oblicuos y piel amarilla, que corrían empavorecidos ante el gigantesco puño blanco de un robusto soldado ruso. Otro representaba un grupo de japoneses con aspecto de araña, con los rostros retorcidos de miedo, intentando huir de debajo de un gran gorro cosaco. El texto decía: ATRÁPALOS DE UN SOMBRERAZO. Esta visión patriótica, con sus tonos racistas, impregnó la sociedad liberal. El príncipe S. N. Trubetskoi, el distinguido profesor de filosofía de la Universidad de Moscú y miembro fundador de Beseda, sostenía que Rusia estaba defendiendo a la totalidad de la civilización europea contra «el peligro amarillo», las nuevas

hordas de mongoles armadas con tecnología moderna. Los dirigentes académicos de la Universidad de Kiev describieron la guerra como una cruzada cristiana contra los «insolentes mongoles». Incluso el marxista legal Struve se sintió obligado a inclinarse ante la corriente patriótica, urgiendo a sus seguidores a que se agruparan al lado de la nación y de sus fuerzas armadas al mismo tiempo que continuaban oponiéndose a la autocracia.[44*] Los *zemstvos* provinciales fueron incluso más allá en sus esfuerzos patrióticos. Para ayudar a la Cruz Roja en la frontera de Manchuria, trece de ellos formaron una brigada médica combinada de trescientos sesenta médicos y enfermeras dirigidos por el príncipe Lvov. Fue la primera vez que se permitió a los *zemstvos* organizarse a escala nacional. El príncipe solicitó al zar que permitiera que la brigada acudiera, y movido por sus propios sentimientos patrióticos, Nicolás terminó abrazándole, besándole y deseándole lo mejor. La misión, que obtuvo importantes alabanzas de los dirigentes militares, convirtió a Lvov en un héroe nacional y permitió a los *zemstvos* envolverse en la bandera nacional.[20]

Si se hubiera ganado la guerra, el régimen habría podido aprovechar el capital político de este resurgimiento patriótico. El antiguo vínculo entre el Estado zarista y el nacionalismo ruso podía ser utilizado para crear poderosas emociones cuando el enemigo procedía del Oriente pagano. La invasión mongola, que había obligado a la formación del Estado moscovita con la finalidad de repelerla, había dejado una poderosa impronta en la psique rusa. Se expresaba en una profunda ansiedad acerca de las raíces mixtas de carácter eurasiático del pueblo y de su cultura, lo que facilitaba a un liberal educado como Trubetskoi convencerse de que esta guerra era nada menos que una defensa de la identidad europea de Rusia contra las hordas asiáticas. Desde este punto de vista, poco faltaba para que el Estado zarista cristiano se proclamara abanderado de esa identidad.

Pero ganar la guerra fue mucho más difícil de lo que habían imaginado los gobernantes de Rusia. El Ejército demostró estar pobremente equipado de armamento moderno, y hubo terribles problemas logísticos para dirigir una guerra a casi diez mil kilómetros de distancia. El mayor problema fue la profunda incompetencia del alto estado mayor, que se apegó de manera rígida a las doctrinas militares del siglo XIX y desperdició millares de vidas rusas ordenando desesperadas cargas a la bayoneta contra las bien atrincheradas posiciones de artillería. El propio comandante en jefe, el almirante Alexeev, no sabía casi nada acerca del arte de la guerra. Tenía miedo a los caballos y por ello

tenía que sufrir la indignidad de inspeccionar la caballería a pie. El ascenso de Alexeev se había debido en buena medida al apoyo del gran duque Alexis, al que una vez había rescatado de la policía francesa después de que el gran duque se viera envuelto en una pelea de borrachos en un burdel de Marsella. Alexeev se había ofrecido para ser arrestado, pretendiendo que la *mattresse* del burdel había confundido su nombre con el del gran duque.[21]

A medida que la guerra iba de mal en peor, la oposición liberal revivió, acusando al Gobierno de incompetencia en su dirección de la campaña. Había muchas pruebas que apoyaban la acusación, incluyendo el inútil envío de la flota del Báltico en un viaje de siete meses alrededor del mundo para ayudar a Port Arthur. Los únicos disparos que lanzó la escuadra dieron contra algunos barcos de pesca en el mar del Norte, que el comandante había confundido con torpederos japoneses. El asunto fue a parar a un arbitraje internacional (el caso Dogger Bank) y Rusia se vio obligada a pagar daños y perjuicios por valor de sesenta y cinco mil libras esterlinas. Incluso los empresarios más importantes del país, que en el pasado se habían cobijado en el Estado en busca de protección, se unieron entonces al coro de críticas a medida que empezaron a sufrir la dislocación económica provocada por la guerra. A. I. Guchkov (18621936), un acaudalado industrial moscovita que combatió en favor de los bóers y contra los ingleses y dirigió un hospital de campaña en Manchuria, se manifestó particularmente crítico contra la monarquía por su fracaso en equipar al Ejército con los instrumentos de la guerra moderna. El futuro dirigente del Partido Octubrista obtuvo eco en buena parte de la prensa, que culpó al sistema burocrático de la decadencia militar de Rusia. Las murmuraciones en los salones eran crueles. Al escuchar las noticias de que el zar había enviado iconos a las tropas para elevar su moral, el general Dragomirov se quejó: «Los japoneses nos están machacando con ametralladoras, pero no importa: nosotros los machacaremos con iconos». La aristocracia se había mostrado incapaz de defender el interés nacional y la unión de la oposición empezó a notarse, en palabras de un funcionario, como algo «noble y patriótico».[22]

El Gobierno alcanzó tal grado de impopularidad que en julio de 1904, cuando Plehve, su ministro del Interior, murió destrozado por una bomba lanzada por la Organización de Combate Eserista (que ya había realizado varios atentados contra su vida), apenas se escuchó una palabra de lamento público.[45*] Y tal era el «culto hacia la bomba y la pistola», que el público contemplaba a los terroristas como paladines de la libertad. En Varsovia, el asesinato de Plehve fue

celebrado por la muchedumbre en la calle. El conde Aerenthal, el embajador austro-húngaro en San Petersburgo, anotó:

> El aspecto más sorprendente de la presente situación es la indiferencia total de la sociedad ante un acontecimiento que constituyó un enorme golpe para los principios del Gobierno. Apenas podría haberse esperado simpatía hacia un ministro que por su inclinación autoritaria se creó muchos enemigos. Pero un cierto grado de compasión humana, o al menos de preocupación y ansiedad con respecto al futuro inmediato, resultaría natural. No se encuentra ni traza de ello [...], sólo he descubierto gente totalmente indiferente, o tan cínica que dice que no se podía esperar otro resultado. La gente está preparada para afirmar que catástrofes ulteriores similares al asesinato de Plehve serán necesarias para provocar un cambio de mentalidad en la autoridad más elevada.[23]

Los ciudadanos de Rusia deseaban la sangre de sus gobernantes.

La oposición apoyó entonces la campaña en favor de una asamblea nacional de *zemstvos.* Los «hombres de los *zemstvos*» liberales la habían estado reclamando desde 1902, pero Plehve siempre se había interpuesto en su camino. Se advertían algunos signos esperanzadores. El asesinato de Plehve había afectado profundamente al zar y, aunque su inclinación natural había sido la de reemplazarle con otra persona partidaria de la mano dura, las malas noticias procedentes del frente y la fuerza de la oposición en el interior le habían convencido de la necesidad de nombrar a un hombre que disfrutara de «la confianza de la sociedad». El nuevo ministro del Interior, príncipe Sviatopolk-Mirsky (o Mirsky en forma abreviada) era la persona idónea. Liberal, de buen talante y decente, era un producto típico de la burocracia ilustrada que apoyaba los ideales del *Rechtsstaat.* Proclamaba la necesidad de fortalecer el imperio de la ley, de acabar con el despotismo de la policía y de derribar las barreras de desconfianza existentes entre el Gobierno y la sociedad. Se denominaba a sí mismo «hombre del *zemstvo*» (pues entendía que su deber principal como burócrata era servir al pueblo antes que al zar) e intentaba conciliar a los liberales de *zemstvos.* Éstos consideraron su nombramiento, el 25 de agosto, como una clave para reanudar su campaña en favor de una asamblea nacional.

Tales expectativas colocaron a Mirsky en una situación imposible. «Temo —

escribió a su esposa en su diario el 22 de septiembre— que se espere mucho de Pepka [Mirsky] y sin embargo, que sea posible muy poco; lo único que puede hacer es actuar de acuerdo con su conciencia, Dios mediante.» El ministro se veía atrapado entre las exigencias de los liberales y la determinación testaruda del zar de reafirmar el principio de la autocracia. No era el último que se vería atrapado de esta manera. Si hay un tema recurrente en la historia de Rusia durante los últimos veinte años del antiguo régimen, es el de la necesidad de reforma y el fracaso de los gobiernos sucesivos para conseguirla al enfrentarse con la oposición del zar. No habrían sido necesarias reformas profundas: la mayoría de los liberales se hubiera sentido satisfecha con cambios tan moderados como la convocatoria de una asamblea consultiva, la expansión del autogobierno local y mayores derechos civiles, que no hubieran socavado necesariamente a la monarquía. Pero Nicolás se oponía a cualquier limitación de sus prerrogativas autocráticas. Ingenuamente quizá, Mirsky continuó utilizando una suave persuasión para intentar llevar al zar hacia la idea de reforma. Pero Nicolás era impermeable a la razón, y la frustración del ministro fue creciendo. En una ocasión, cuando Mirsky explicó que el conjunto del país estaba pidiendo una asamblea nacional de *zemstvos*, el zar replicó: «Sí, es necesario: así podrán ocuparse del problema veterinario». Cuando Mirsky explicó que la cuestión era el derecho de los representantes electivos a participar en la labor de gobierno, y le advirtió de que si no se realizaban concesiones pronto estallaría una revolución, el zar permaneció en silencio. «Deja que todo lo desagradable le resbale», se quejó más tarde el exasperado ministro a su esposa.[24]

Mirsky inicialmente pensaba dar su aprobación inicial a la asamblea de los *zemstvos* en la idea de que se limitaría a los asuntos locales. Pero cuando estableció una agenda revisada que incluía la discusión de un parlamento legislativo, intentó que se pospusiera o se desplazara a provincias, donde atraería menos atención. Pero los «hombres del *zemstvo*» permanecieron firmes, y Mirsky, un hombre de suaves maneras, finalmente dio vía libre, permitiendo que la asamblea se reuniera en lugares privados en la capital, «para tomar una taza de té», según dijo. Del 6 al 9 de noviembre de 1904, ciento tres representantes de los *zemstvos* se reunieron en distintas residencias, incluyendo el apartamento de Vladimir Nabokov, el padre del futuro novelista. Shipov fue elegido presidente, el príncipe Lvov y Petrunkevich, vicepresidentes. Fue, de hecho, la primera Asamblea nacional de la historia rusa. La gente la comparó con los *États Généraux* franceses de 1789, y, a pesar de la prohibición de Mirsky de que se

hiciera publicidad, más de cinco mil telegramas de felicitación llegaron de todo el país. Los organismos cívicos y las asociaciones celebraron reuniones para apoyar sus resoluciones, que condenaban el estado existente de cosas y pedían, de todas las maneras salvo mencionándolo explícitamente, una constitución. Incluso los mariscales provinciales de la nobleza, normalmente los más conservadores de entre los cargos de ésta, celebraron un congreso para apoyar la idea de la Asamblea nacional. Las organizaciones profesionales celebraron banquetes públicos (al igual que los banquetes de París que precedieron a la revolución de 1848), donde los conferenciantes pidieron reformas políticas y brindaron en pro de una futura constitución. Gorky estuvo en el más importante de los celebrados en San Petersburgo el 20 de noviembre, y al día siguiente escribió a su esposa en Yalta:

> He regresado del banquete en el salón Pavlova. Había más de seiscientos comensales: escritores, abogados, «hombres de los *zemstvos*»..., en general, la *intelligentsia* [...]. Se pronunciaron discursos en voz alta y la gente gritó al unísono: «¡Abajo la autocracia!», «¡viva la Asamblea Constituyente!», «¡dadnos una constitución!». Se aprobó una resolución unánime pidiendo una Asamblea Constituyente elegida por sufragio universal. Fue todo muy cálido y muy democrático [...]. Por primera vez incluso una mujer se puso en pie para hablar. Dijo que el sufragio universal otorgaría el voto a los policías, pero que nadie había mencionado todavía a las mujeres. Todo este tiempo habían luchado al lado de los hombres, pero ahora la gente las había olvidado. ¡Qué vergüenza! Su discurso fue muy bueno.[25]

Mirsky presentó al zar un resumen cuidadosamente redactado de las resoluciones de la asamblea de los *zemstvos*, con la esperanza de convencerle de que adoptara un programa de reformas moderadas. La recomendación más controvertida fue la de que los representantes de los *zemstvos* se sentaran en el Consejo de Estado. Pero también declaró, en términos que debieron de ofender al supremo autócrata, que el «viejo orden patrimonial» con sus «nociones de Gobierno personalista» estaba muerto desde la década de los sesenta del siglo XIX. Rusia ya no era «la propiedad personal y el feudo de su gobernante», sino un «Estado impersonal con su propia política corporativa», sus propios

«intereses públicos» y «opinión pública», lo que la «separaba de la persona del gobernante». Fue sin duda este desafío a sus acariciadas ideas de patrimonialismo lo que convenció al zar, bajo la presión de la emperatriz y de sus consejeros de la corte, para rechazar las partes más progresistas del borrador de decreto de Mirsky. «Nunca llegaré a un acuerdo con la forma representativa de Gobierno —proclamó Nicolás—, porque la considero dañina para el pueblo que Dios me ha confiado.» El decreto, que finalmente fue promulgado el 12 de diciembre, prometía fortalecer el imperio de la ley, relajar las restricciones que pesaban sobre la prensa y ampliar los derechos de los *zemstvos*. Pero no decía nada sobre el importantísimo tema de un organismo parlamentario, cuya concesión resultaba esencial si se deseaba evitar una revolución. Al escuchar su contenido, Mirsky inmediatamente cayó presa de la desesperación. «Todo ha fracasado —confió desanimado a uno de sus colegas—. Podemos ir construyendo cárceles.»[26]

II «No hay zar»

Había nevado por la noche y San Petersburgo se despertó sumido en un silencio misterioso aquella mañana dominical del 9 de enero de 1905. Poco después del amanecer, los trabajadores y sus familias se congregaron en las iglesias para orar pidiendo un fin pacífico del día. Después, ciento cincuenta mil de ellos se dirigieron en columnas desde los distintos barrios de la ciudad y convergieron frente al Palacio de Invierno, donde su dirigente, un sacerdote llamado padre Gapón, se encontraba para presentar una declaración humilde y leal al zar pidiéndole que mejorara las condiciones de vida de los trabajadores. Cantando himnos y llevando iconos y cruces, formaron algo que se parecía más a una procesión religiosa que a una manifestación obrera, y los transeúntes se quitaban el sombrero y se santiguaban a su paso. Y sin embargo, no había duda de que las vidas de los manifestantes estaban en peligro. Durante la noche se habían situado doce mil soldados en la ciudad para evitar que llegaran al Palacio. Muchos de los manifestantes habían estado toda la noche preparándose para morir. Uno de ellos, Ivan Vasiliev, dejó una nota para su esposa mientras la dejaba dormida con su joven hijo a primeras horas de la mañana:

¡Niusha!
Si no consigo volver y me matan, Niusha, no llores. De alguna manera te las arreglarás para empezar con algo, y después encontrarás trabajo en una fábrica. Coge aVaniura y dile que morí como un mártir por la libertad y la felicidad del pueblo. Habré muerto, si ése es el caso, también por nuestra propia felicidad...
Tu amante padre y esposo,

VANIA

P. D.: Niusha, si muero, lo sabrás por uno de mis camaradas; si no, te escribiré o vendré a verte. Un beso, adiós. Recuerdos a tu padre, a nuestros hermanos y a nuestros amigos. Adiós,
tu VANIA[27]

Nunca regresó.

Fue irónico, pero de alguna manera lógico, que la revolución de 1905 la iniciara una organización en la que había soñado el propio régimen zarista. Nadie creía más que el padre Gapón en el vínculo existente entre el zar y el pueblo. A su paso por la Academia Teológica de San Petersburgo se había hecho un nombre en su condición de predicador en los distritos obreros de la ciudad. Decía a los pobres urbanos que acudían a su iglesia que el zar, su guardián paternal, tenía la sagrada obligación de velar por ellos, sus súbditos más humildes. La popularidad de Gapón atrajo la atención de S. V. Zubatov, jefe de la Ojrana moscovita, que desde 1900 había estado organizando sus propios sindicatos apoyados por la policía con la bendición del gran duque Serguei, el gobernador general de Moscú. Zubatov comenzó su notable carrera como aprendiz terrorista en la clandestinidad populista, pero pronto se desilusionó del movimiento revolucionario y se convirtió en informador de la policía; el resto de su vida la dedicó a la Ojrana y a su campaña contra los revolucionarios.

Zubatov reconocía que los trabajadores tenían motivos de queja reales y legítimos, y que éstos podían convertirse en una amenaza revolucionaria. Si quedaban a merced de sus patronos en las fábricas, los trabajadores estaban casi condenados a colocarse bajo la influencia de los socialistas. Pero si, como él defendía, el Gobierno establecía sus propias organizaciones laborales, la iniciativa quedaría en manos de los siervos leales al zar. Los sindicatos de

Zubatov pretendían satisfacer las demandas de los trabajadores relativas a la educación, la ayuda mutua y la organización, mientras que servían como canal de propaganda monárquica. A sus amos en la corte, les ofrecían la perspectiva de una autocracia popular, donde el zar podía aparecer como el guardián paternal de los trabajadores, que los protegía de la codicia de sus jefes y de la contaminación «ajena» de los revolucionarios. Era la antigua estrategia imperial de dividir y gobernar: los trabajadores serían utilizados para debilitar las principales amenazas contra la autocracia, la burguesía industrial y la *intelligentsia* socialista.

Hacia 1903, cuando Gapón empezó a organizar sus propios clubes y salones de té de trabajadores bajo el patrocinio de la policía, la estrella de Zubatov ya se estaba eclipsando. El año anterior había organizado una manifestación de cincuenta mil personas para conmemorar la emancipación de los siervos. Aunque la manifestación fue pacífica y profundamente leal en sus intenciones, se expresaron graves preocupaciones acerca de sus dimensiones sin precedentes y de la capacidad de Zubatov para contener tanto la manifestación como su movimiento en general. Estas dudas quedaron confirmadas en julio de 1903, cuando uno de los sindicatos de Zubatov participó en la huelga general en Odesa. Zubatov fue destituido y su experimento terminó de manera abrupta. Pero sus partidarios se unieron a la organización de Gapón, que pretendía establecer sindicatos similares bajo el patrocinio de la Iglesia. Una vez más, el movimiento se radicalizó desde abajo, con un incremento de trabajadores que se unieron a él para defender su propio programa reformista. Había empezado como una misión cultural que giraba en torno a salones de té para trabajadores «respetables». Se organizaban sesiones de baile, conciertos y conferencias sobre distintas formas de autoayuda. Las reuniones empezaban con el padrenuestro y terminaban con el himno nacional. Pero el movimiento se transformó pronto en un sindicato independiente, la Asamblea de los Trabajadores Rusos de Fábricas y Molinos, que, a pesar de su cobertura legal, exigía reformas radicales, incluyendo el establecimiento de un gobierno responsable ante el pueblo, un impuesto progresivo sobre la renta, derechos sindicales y una jornada de ocho horas.[28]

El programa de reforma habría exigido la completa reestructuración del Estado, pero no decía absolutamente nada sobre la forma en que tenía que llevarse a cabo. El propio Gapón ignoraba de manera completa la teoría política: ni siquiera sabía pronunciar «constitucionalismo». Se veía como un hombre del

destino enviado por Dios para la liberación de los obreros. Arrastrado por la vanidad y por una ambición infatigable, nunca se paró a pensar que pudiera excitar excesivamente sus expectativas. Dijo a sus seguidores en términos sencillos, con argumentos extraídos de la Biblia, que el zar estaba obligado ante Dios a satisfacer sus demandas si «el pueblo» acudía directamente a él. Conscientemente se apoyó en el mito del zar benévolo («el zar desea justicia pero los boyardos se resisten») que había impulsado y legitimado tantos movimientos de protesta en la historia rusa. Del 3 al 8 de enero de 1905, cuando ciento veinte mil hombres fueron a la huelga en San Petersburgo y empezaron a hablar de acudir al zar para «conseguir verdad y justicia», Gapón se unió a su causa. Estimulado por el Movimiento de Liberación, redactó una lista de reivindicaciones que tendría que presentarse al zar en una manifestación de masas preparada para el siguiente domingo. Suplicante y sentimental, la petición provocó lágrimas en multitudes enteras de trabajadores. Comenzaba de la siguiente manera:

> Majestad:
> Nosotros, los obreros y habitantes de San Petersburgo procedentes de los distintos estamentos, nuestras esposas, nuestros hijos y nuestros parientes ancianos e indefensos acudimos a vos, oh majestad, en busca de justicia y protección. Somos pobres; nos oprimen, nos cargan con un trabajo excesivo, somos tratados despectivamente... nos ahogamos en medio del despotismo y del desafuero. Oh majestad, no nos quedan fuerzas y nuestra capacidad de resistencia ha llegado a su fin. Hemos llegado al terrible momento en que la muerte es mejor que la prolongación de nuestros insoportables sufrimientos...[29]

El 7 de enero el Gobierno ordenó a Gapón que desconvocara la manifestación y colocó varios carteles en el centro de la ciudad que advertían de las «medidas resueltas» contra cualquier reunión en las calles. Consciente de la inminente tragedia, Gorky dirigió una delegación de intelectuales hasta las oficinas de Witte y Mirsky en un vano esfuerzo de llevarlos a negociar con los manifestantes. Pero el Gobierno, que continuaba sosteniendo la ilusión de que podía controlar a Gapón, confiaba en que no sería necesaria la fuerza. Nicolás pensó tan poco en el peligro que incluso abandonó la capital en dirección a su

palacio en Tsarskoe Selo para disfrutar de otro tranquilo fin de semana de paseos por el campo y dominó. Pero para entonces los obreros estaban más que determinados a quebrantar las sencillas prohibiciones. Y en una serie de reuniones de masas, Gapón les infundió un fervor religioso histérico, utilizando todos los trucos oratorios del predicador fundamentalista:

> GAPÓN: ¿Se atreverán, compañeros, a detenernos la policía y los soldados?
> CENTENARES DE VOCES AL UNÍSONO: No se atreverán.
> GAPÓN: Compañeros, es mejor que muramos defendiendo nuestras demandas que vivir como hemos vivido hasta ahora.
> VOCES: Moriremos.
> GAPÓN: ¿Juráis morir?
> VOCES: ¡Lo juramos!
> GAPÓN: Que los que juran levanten la mano...

Y centenares de personas alzaron la mano y con sus dedos hicieron la señal de la cruz.

A pesar de sus temores, los trabajadores tenían fe en que el zar los recibiría: lo contemplaban como a un hombre de Dios y sabían que su causa era justa. Los soldados seguramente no dispararían contra una manifestación. Para caldear el estado de ánimo de los manifestantes, incluso se dijo que se había preparado un refrigerio para ellos en el interior del Palacio de Invierno y que tendría lugar un desfile para celebrar la gran ocasión.[30]

Sonaron las campanas de las iglesias y sus cúpulas doradas centellearon al sol en esa mañana de domingo, mientras las largas columnas atravesaban el hielo en dirección al centro de la ciudad. En las filas de delante iban las mujeres y los niños, vestidos con su mejor atavío dominical, colocados allí para disuadir a los soldados de disparar. A la cabeza de la columna mayor se encontraba la figura barbuda del padre Gapón vestido con una gran casulla blanca y llevando un crucifijo. Detrás de él iba un retrato del zar y un gran estandarte blanco con las palabras: SOLDADOS, no disparéis al pueblo. Se habían enarbolado banderas rojas.

Cuando la columna se acercó a las puertas de Narva fue objeto de una carga de un escuadrón de caballería. Algunos manifestantes se dispersaron, pero otros continuaron avanzando hacia las filas de infantería, cuyos rifles les apuntaban

directamente. Fueron disparadas al aire dos salvas de advertencia, y entonces, a quemarropa, se disparó por tercera vez sobre la muchedumbre desarmada. La gente gritó y cayó al suelo, pero los soldados, ahora presa del pánico, continuaron disparando directamente contra la masa. Murieron cuarenta personas y hubo centenares de heridos cuando lograron huir. Gapón, en medio del desorden, fue golpeado y perdió el conocimiento. Pero se levantó y, mirando incrédulamente la carnicería que se había producido a su alrededor, gritó una y otra vez: «Ya no hay Dios. No hay zar».[31]

Se produjeron matanzas similares en otras partes de la ciudad. En el puente Troitsky, cerca de la fortaleza de San Pedro y San Pablo, los manifestantes fueron aplastados por la fusilería y los sables de la caballería cosaca. Gorky, que se encontraba en medio de la multitud, recuerda la muerte de un trabajador:

> El dragón trazó un círculo en torno a él y, gritando como una mujer, blandió su sable en el aire [...]. Descargándolo desde su danzante caballo... le cruzó la cara, cortándole desde los ojos a la mejilla. Recuerdo los ojos extrañamente abiertos del obrero y [...] el rostro del asesino, ruborizado por el frío y la excitación, sus dientes apretados en una mueca y el vello de su bigote erizado sobre su labio superior. Blandiendo su acero bruñido lanzó otro grito y, con un gesto de desprecio, escupió sobre el muerto a través de los dientes.[32]

Sorprendidos y confusos, los supervivientes se dirigieron hacia la perspectiva Nevsky en un último intento desesperado de alcanzar la plaza del Palacio. El espléndido día soleado hizo que hubiera un número de gente que paseaba superior al habitual en las tardes de domingo, y muchos de ellos iban a ser testigos de los sorprendentes acontecimientos que siguieron. Un cuerpo considerable de caballería y varios camiones habían sido situados enfrente del Palacio para evitar que los manifestantes se dirigieran hacia la plaza. Pero la muchedumbre, unas sesenta mil personas, continuó aumentando con las adhesiones de estudiantes y de mirones. A medida que las noticias de las matanzas les iban llegando, empezaron a empujar hacia delante, gritando a los soldados. Algunos de los guardias del regimiento Peobrazhensky recibieron la orden de dispersar a la muchedumbre situada en torno a los jardines Alexandrovsky, utilizando látigos y sables. Pero cuando esto fracasó tomaron

posiciones para disparar. Cuando vieron que los rifles les apuntaban, los manifestantes cayeron de rodillas, se quitaron las gorras y se santiguaron en actitud suplicante. De repente sonó un bugle y los soldados dispararon sobre la muchedumbre. Una joven, que había subido a una verja de hierro para poder ver mejor, quedó crucificada sobre ésta por una ráfaga de balas. Un jovencito, que se había subido a la estatua ecuestre del príncipe Przewalsky, fue lanzado al aire por una descarga de artillería. Otros niños fueron heridos y cayeron de los árboles donde se habían subido.

Cuando finalmente cesó el tiroteo y los supervivientes miraron a su alrededor a los cuerpos muertos y heridos que había en el suelo, se produjo un momento crítico, el punto de inflexión de toda la revolución, cuando su estado de ánimo cambió de la incredulidad a la cólera. «Observé los rostros que había en torno a mí —recordó un bolchevique que estaba entre la muchedumbre— y no detecté ni temor ni pánico. No, las expresiones reverenciales y casi dignas de una oración se vieron reemplazadas por la hostilidad e incluso por el odio. Aprecié los rasgos de odio y de venganza en todos y cada uno de los rostros (viejos y jóvenes, hombres y mujeres). La revolución verdaderamente había nacido, y había nacido en el mismo corazón, en las mismas entrañas del pueblo.» En ese momento crítico el mito popular de un buen zar que había sostenido el régimen a lo largo de los siglos quedó repentinamente destrozado. Sólo momentos después de que hubiera cesado el tiroteo, un anciano se volvió hacia un muchacho de catorce años y le dijo, con la voz impregnada de cólera: «Recuerda, hijo, recuerda y jura devolvérselo al zar. Ya has visto cuánta sangre ha derramado, ¿no es cierto? Entonces júralo, hijo, júralo».[33]

Más tarde, cuando los paseantes dominicales se apresuraban a llegar a casa sumidos en un estado de conmoción, los trabajadores se entregaron al vandalismo en las calles elegantes situadas alrededor del Palacio de Invierno. Destrozaron ventanas, golpearon a los policías, tiraron piedras a los soldados e irrumpieron en las casas de la gente acomodada. Cuando cayó la oscuridad, la multitud comenzó a edificar barricadas frente a la catedral de Kazán utilizando bancos, postes de telégrafo y muebles sacados de los edificios. Más barricadas fueron levantadas en los distritos obreros. Algunas bandas se dedicaron a saquear en las tiendas de licor y en las armerías. Las calles quedaron momentáneamente en manos de la turba y aparecieron las primeras banderas rojas. Pero estos revolucionarios no tenían dirigentes, y a media noche la mayoría de ellos se había marchado a su casa.

Gapón, mientras tanto, se había refugiado en el apartamento de Gorky. Uno de sus amigos del mundo del teatro le rasuró la barba, le cortó el pelo y le maquilló el rostro según un escritor, el religioso «no comprendía suficientemente la tragedia del momento y tenía el aspecto de un peluquero o de un dependiente de una tienda de moda». Aquella tarde Gorky llevó al sacerdote revolucionario a una reunión en la Sociedad Económica Libre, con la finalidad de acallar los crecientes rumores sobre su muerte. Prácticamente la totalidad de la *intelligentsia* de San Petersburgo se encontraba hacinada en el pequeño edificio de la avenida Zabalkansky. Se sintieron ultrajados por la noticia de que «millares de personas habían sido asesinadas» (las cifras reales fueron probablemente de unos doscientos muertos y ochocientos heridos). «Los medios pacíficos han fracasado —gritó la disfrazada figura—. Ahora tenemos que recurrir a otros medios.» Pidió dinero para ayudar al «partido de los trabajadores» en su «lucha por la libertad». Repentinamente el caos se apoderó del lugar cuando la gente reconoció a Gapón. Pero el sacerdote logró escapar a través de una puerta trasera y regresó al apartamento de Gorky. Allí escribió una declaración para sus «compañeros trabajadores», en la cual los impulsaba a romper todos los retratos de ese zar chupasangres y decirle: «¡Condénate con toda tu augusta progenie de reptiles!». Unas horas más tarde, con un nuevo disfraz, Gapón huyó a Finlandia y de allí, al extranjero.[34] [46*]

Esa noche Gorky escribió a su esposa Ekaterina, que se encontraba en Nizhnyi Novgorod: «De manera, amiga mía, que la revolución rusa ha empezado: te envío mis sinceras felicitaciones. La gente ha muerto, pero no dejes que eso te preocupe: sólo la sangre puede cambiar el color de la historia».[35]

Dos días más tarde fue arrestado junto con los otros miembros de la delegación que habían visitado a Witte y a Mirsky el 8 de enero (estúpidamente habían dejado sus tarjetas de visita). Se les acusó a todos (de manera bastante ridícula, aunque ponía de manifiesto la extensión de los temores del régimen) de pertenencia a una «convención revolucionaria» que había planeado apoderarse del poder y establecer un «gobierno provisional». Fueron encarcelados en la fortaleza de San Pedro y San Pablo.[36]

Los acontecimientos del Domingo Sangriento, como llegó a ser conocido el 9 de enero, acercaron a Gorky a los bolcheviques. Gorky se había encontrado por primera vez con Lenin en 1902 y rápidamente se vio arrastrado a una relación de

amor-odio hacia él. Desde entonces se había dedicado a recaudar fondos para los social-demócratas entre los ricos industriales, tales como Savva Morozov, que claramente veía el peligro al acecho («estos días es necesario ser amigo de nuestros enemigos», había dicho una vez Morozov al bolchevique Krasin). La relación de Gorky con los bolcheviques nunca fue fácil ni franca. Como sucedía con muchos intelectuales, su compromiso con la revolución era romántico e idealista. La veía como una vasta lucha de espíritus humanos en favor de la libertad, la hermandad y la mejora espiritual. Su punto de vista era esencialmente humanista, colocando al individuo en su corazón, y nunca pudo someterse a aceptar la disciplina de hierro o el estrecho dogmatismo de los bolcheviques. «No pertenezco a ninguno de nuestros partidos —escribió una vez al pintor Repin—, y estoy contento de ello. Porque esto es libertad y eso es lo que más necesita el hombre.» Los gitanos, jugadores, mendigos y estafadores que llenaban las páginas de sus historias luchaban todos a su modo por la libertad y la dignidad individuales: no eran los representantes de un «proletariado» organizado. Las personas luchaban, las clases no luchaban: ése era el punto de vista de Gorky. Gorky, según sus propias palabras, «podía admirar» a los dogmáticos de hierro como Lenin que intentaban comprimir la diversidad de la vida en su teoría abstracta; pero no le gustaban. Ser plenamente humano significaba, desde su punto de vista, «amar apasionada y dolorosamente a los rusos vivos, pecadores y, perdonadme, dignos de lástima».[37] Era un punto de vista casi cristiano de la redención humana a través de la revelación (Gorky coqueteó con el cristianismo). Tales ideas eran comunes entre la *intelligentsia* radical. Dan testimonio de ello los escritos de Merezhkovsky (en *Cristianismo sin Cristo),* Solovyov (en *La humanidad de Dios)* y Bogdanov (en *La construcción de Dios),* con los que Gorky estaba estrechamente relacionado. Durante 1917 y después, esta contradicción entre el partido y las metas humanas de la revolución llevarían a Gorky a entrar en conflicto con los bolcheviques. Pero en 1905 los unía el punto de vista común de que el movimiento de los trabajadores debía radicalizarse. A esto se debe que Gorky, en su carta a Ekaterina, encontrara algo de bueno en el Domingo Sangriento: la matanza radicalizó los ánimos. Los trabajadores necesitaban algo similar para quitarse de encima su ingenua creencia en la existencia de un zar benévolo; sólo la sangre podía cambiar el color de la historia. Había llegado la hora de organizar a los trabajadores y apartarlos de su relación con los liberales para conducirlos hacia metas socialistas.

Se produjo una oleada gigantesca de huelgas durante las semanas posteriores al Domingo Sangriento. Sólo en enero, más de cuatrocientos mil trabajadores abandonaron sus herramientas de trabajo en todo el país. Fue la mayor protesta laboral que nunca se había producido en la historia rusa. Las huelgas realmente no estaban organizadas; eran más bien un espontáneo estallido de cólera, y las demandas de los trabajadores a menudo ni siquiera fueron formuladas hasta después de haber empezado la huelga. Los partidos socialistas eran todavía demasiado débiles para desempeñar un papel dirigente. Sus principales dirigentes —Lenin, Martov, Trotsky, Plejanov y Chernov- estaban todos exiliados, y aunque estaban indudablemente emocionados por lo que reconocían que era el inicio largamente esperado de la revolución, muy pocos de ellos se apresuraron a abandonar el entorno cómodo de sus cafés en Ginebra o en París para cambiarlo por la existencia peligrosa y dura que los esperaba en Rusia. Sólo más adelante, en 1905, empezaron a regresar, y los trabajadores se agruparon al lado de los partidos de izquierdas a medida que se iban politizando cada vez más.[47*]

Mientras tanto, la dirección continuaba estando en manos de la oposición liberal y democrática. La sociedad educada se sentía ultrajada por la matanza del Domingo Sangriento. El estudiante Kérensky, que había sido testigo del tiroteo en la perspectiva Nevsky, regresó a casa esa tarde y escribió una furiosa carta de protesta dirigida a sus compañeros de escuela que formaban parte de la guardia. Dos semanas más tarde escribió a sus padres, que estaban en Tashkent:

> Siento no haberos escrito antes, pero hemos estado viviendo en un estado tal de conmoción que era imposible escribir. Oh, «estos terribles días» en San Petersburgo permanecerán en la memoria de todos los que los vivieron. Ahora hay silencio, pero es el silencio anterior al estallido de la tormenta. Las dos partes están preparando y revisando sus propias fuerzas. Sólo una parte puede ganar. O las exigencias de la sociedad se ven satisfechas (es decir, una legislatura libremente elegida de representantes del pueblo) o se producirá un conflicto sangriento y terrible que sin duda acabará con la victoria de la reacción.

Alexander Pasternak, un escolar de doce años hermano del futuro poeta, estaba tan trastornado por los tiroteos que se declaró «revolucionario de todo corazón»

y desfiló con sus amigos a través de una vecindad acomodada de San Petersburgo gritando: «¡Somos socialdemócratas!». Los estudiantes de todo el país fueron a la huelga y convirtieron sus universidades en centros de agitación política. En la Universidad de Moscú, tres mil estudiantes celebraron una manifestación, en el curso de la cual quemaron un retrato del zar y colgaron banderas rojas de los edificios de la facultad. A finales de febrero el Gobierno se vio forzado a cerrar casi todas las instituciones de enseñanza superior hasta finales del año académico. Incluso las academias de teología se vieron afectadas por los desórdenes estudiantiles.[38]

Mientras tanto, los constitucionalistas de los *zemstvos* reiniciaron su campaña, y en el segundo congreso nacional de abril exigieron la convocatoria de una Asamblea constituyente. Las agrupaciones profesionales se organizaron a escala nacional en un Sindicato de Sindicatos para unir a sus miembros en la causa liberal. Los sindicatos de escritores, abogados, profesores e ingenieros fueron los primeros en formarse. Más tarde se les unió (a pesar de la oposición de algunos varones reacios en la dirección del Sindicato de Sindicatos) un sindicato por la igualdad de las mujeres que exigía el derecho al voto. Grupos semiprofesionales, tales como los auxiliares de farmacia, los conserjes y contables y los trabajadores y empleados de ferrocarril, también establecieron sus sindicatos afiliados. Su participación en el Sindicato de Sindicatos proporcionó a la *intelligentsia* un vínculo directo con las masas.[48*] Centenares de *zemstvos*, ayuntamientos y cuerpos voluntarios enviaron solicitudes al Gobierno exigiendo reformas políticas. La prensa les proporcionó publicidad y dirigió su atención sobre otras quejas, de tal manera que otorgó a la cólera pública una sola voz nacional. «No podemos seguir viviendo así», declaraba el titular de un importante periódico liberal el 21 de mayo, y pronto todos repitieron la frase.[39] La *intelligentsia* literaria también intentó representar un papel dirigente. «Tenemos que servir al pueblo —advirtió Gorky a un amigo escritor que había dado la espalda a la política-. La sangre del pueblo está siendo derramada, la sangre de los trabajadores; en todas partes el régimen está matando cínicamente a la mejor gente (a la joven Rus') y tú sólo escribes sobre ti mismo.» Como la mayoría de los intelectuales rusos, Gorky se entregó a la política y al periodismo. Había sido liberado de la fortaleza de San Pedro y San Pablo después de una campaña europea, a la que se unieron (entre otros) Auguste Rodin, Anatole France y Marie Curie, lo que inclinó el peso de la opinión pública occidental a la causa democrática contra la autocracia. Poco después de

su liberación, el 5 de marzo, escribió a Tolstoi reprochándole que no se implicase más en política:

> En estos terribles tiempos en que la sangre fluye sobre el suelo de su país, y cuando centenares y millares de personas decentes y honestas están muriendo por el derecho a vivir como seres humanos, en lugar de como ganado, usted, cuya palabra es escuchada por todo el mundo, encuentra posible limitarse a repetir una vez más la idea fundamental que hay detrás de su filosofía: «La perfección moral de los individuos es el significado y la finalidad de la vida para todo el pueblo». Pero piense solamente, Lev Nicolaievich, si es posible que un hombre se ocupe de perfeccionar moralmente su carácter en una época en que se dispara en las calles a los hombres y a las mujeres.[40]

El compromiso social del escritor en el que Gorky creía apasionadamente, y que en el tiempo de la hambruna había convertido a Tolstoi en la conciencia moral del país, estaba convirtiéndose en algo demasiado difícil de mantener para algunos como el propio Tolstoi. Porque ahora los obligaba a defender una revolución que podía también derramar la sangre del pueblo. Gorky llegaría más tarde a compartir estas dudas; pero de momento quedaron suprimidas por la urgencia del momento revolucionario.

El estado de ánimo favorable a la rebelión pronto se extendió a todo el país. Viendo la debilidad del Gobierno, los campesinos aprovecharon su oportunidad y organizaron huelgas para forzar a sus propietarios a incrementar los salarios de los trabajadores. Invadieron la tierra de la nobleza, derribaron sus árboles y cortaron su heno. A principios del verano, cuando resultó obvio que la cosecha había tenido malos resultados una vez más, empezaron a desencadenar grandes ataques contra sus posesiones, apoderándose de la propiedad y prendiendo fuego a las mansiones, obligando a los terratenientes a huir. Los testigos hablaban del cielo nocturno iluminado por el resplandor de las mansiones en llamas y de filas de carros tirados por caballos desplazándose por los caminos, cargados con objetos robados. Hubo una considerable parte de vandalismo («de destrozar una cultura») cuando los campesinos se dedicaron a destruir cualquier cosa que indicara una riqueza superflua. Quemaron bibliotecas, destruyeron antigüedades y defecaron en las alfombras orientales. Algunos aldeanos incluso echaron mano

de las pinturas y de las estatuas, del cristal de Bohemia y de la porcelana inglesa, de los vestidos de raso y de las pelucas empolvadas, y se lo repartieron, junto con el ganado, el grano y las herramientas. En una aldea, los campesinos destrozaron un piano de cola y se repartieron las teclas de marfil. Casi tres mil mansiones fueron destruidas (el 15 por ciento del total) durante la rebelión campesina de 1905 y 1906. La mayor parte de la violencia se concentró en la zona agrícola central, donde la pobreza campesina era más aguda y donde estaban ubicadas las mayores haciendas. Una vez que los nobles locales fueron «quemados», los campesinos se retiraron a su propio mundo comunal. Los funcionarios locales fueron reemplazados por campesinos, se expulsó a los sacerdotes conservadores y se ignoraron las leyes gubernamentales y las exigencias de impuestos.[41]

La lucha por la tierra no fue la única forma de revolución campesina en 1905 y 1906, aunque a causa de los temores de la nobleza fue la principal preocupación de los registros oficiales (y así ha seguido dominando la historiografía). Junto con la violencia que se produjo en el campo surgió una gama completa de sindicatos campesinos, de sociedades agrícolas y de cooperativas. Generalmente eran más moderadas y sofisticadas en sus fines y métodos que la mayoría de las comunas tradicionales de las aldeas, y tendían a atraer a la clase de campesinos jóvenes y «conscientes» que había surgido con la aparición de las escuelas rurales. Muchos de los sindicatos campesinos, en particular, mantenían estrechas relaciones con los maestros locales y la *intelligentsia* rural. Por estas razones, tendían a desarrollarse en las aldeas mayores, donde había más instituciones culturales, tales como escuelas y salas de lectura, y donde el campesinado estaba más expuesto a la influencia del mundo exterior (en forma de mercados y ferrocarriles, funcionarios estatales y policía). Algunas de estas organizaciones se hicieron famosas en toda Rusia al establecer lo que eran en efecto repúblicas campesinas independientes (por ejemplo, la República Sumy en la provincia de Jarkov). Defendían los ideales de reforma política de una constitución y de un parlamento, y de una mejor educación para los campesinos, además del de la reforma de la tierra. Su finalidad era terminar con las «oscuras» y «atrasadas» formas de vida de las aldeas, para traerles los beneficios del mundo moderno, y concluir su aislamiento integrándolas en la política nacional.[42*]

Serguei Semyonov, campesino, escritor local y tolstoyano procedente de la aldea de Andreevskoe, se encontró entre los fundadores de la República de MarNkovo, uno de los ejemplos más famosos e impresionantes de la política

campesina progresista durante la revolución de 1905. Durante la mayor parte del año, mientras que el Estado zarista estaba paralizado, la «república» instituyó un sistema sofisticado de «gobierno campesino» en varios *volosts* del distrito de Volokolamsk. Estaba formada por un grupo de activistas, maestros y campesinos (entre ellos Semyonov) procedentes de Markovo y de otras aldeas cercanas, que llevaban reuniéndose desde 1901 en clubes de lectura y en salones de té de la región para discutir los periódicos de Moscú. Organizaron el sindicato campesino, que proporcionó la estructura política de la República de Markovo. En octubre de 1905 una reunión general de los campesinos aprobó una resolución que pretendía un cambio radical de todo el sistema político. Sus demandas incluían la convocatoria de un parlamento nacional, el sufragio secreto y universal para adultos, derechos civiles iguales para el campesinado, impuestos progresivos, tierra para los que carecían de ella, educación gratuita y universal, libertad de movimiento y amnistía política. Los campesinos declararon que no obedecerían a las autoridades existentes ni pagarían sus impuestos ni proporcionarían reclutas para ningún ejército hasta que quedaran satisfechas sus demandas. Eligieron un «Gobierno de la República», encabezado por un «presidente» (uno de los ancianos de la comuna local), y declararon su obediencia al sindicato campesino. Se establecieron sucursales locales del sindicato (Semyonov fundó una en Andreevskoe) que gobernaron efectivamente las aldeas. Se controlaron las rentas. Se introdujeron medidas agrícolas. Las autoridades del *volost* fueron democratizadas y se «nacionalizaron» las escuelas eclesiásticas. El régimen zarista carecía de poder (no había capitán de Infantería y sólo un sargento de policía en el *volost)* y únicamente podía vigilar con creciente frustración este «territorio libre» de autogobierno campesino, que se encontraba a menos de ciento treinta kilómetros de Moscú, y que continuaba extendiéndose y aumentando su fama. Un profesor de Chicago, que había leído algo acerca de la República en los periódicos norteamericanos, llegó a Markovo para otorgarles su apoyo. Durante varios meses las autoridades intentaron infructuosamente derrotar a la República por medios políticos. Destituyeron al anciano electivo del *volost,* uno de los dirigentes de la República, llamado Ryzhkov; pero los campesinos schweikios se opusieron a esto negándose a elegir un sucesor, mientras Ryzhkov declaró que, a su pesar, no podía dejar sus poderes porque no había nadie a quien pudiera entregárselos. Fue sólo en julio de 1906, seis meses después de que la revolución fuese sofocada en las ciudades, cuando esta república campesina fue destruida finalmente. Ryzhkov fue eliminado a

través de un truco policial. Todas las aldeas se vieron sometidas a una redada, y sus dirigentes, entre ellos Semyonov, fueron rodeados y encarcelados en Moscú. Durante sus ocho meses como dirigente del sindicato campesino de AndreevsNkoe, Semyonov había establecido una nueva escuela rural, una sociedad agrícola, dos cooperativas, un club de lectura y, sorprendentemente, un teatro campesino.[43*] La nobleza local pidió ayuda contra los campesinos y el Gobierno envió tropas. Desde enero a octubre se utilizó el Ejército no menos de dos mil setecientas veces para sofocar los levantamientos campesinos, acelerando así la descomposición de la disciplina de aquél, que había empezado con el envío de tropas a ManchuNria.[44*] Fue la creciente amenaza de una revolución de motines interna, combinada con la perspectiva de una derrota en el exterior (cuya señal fue la humillación naval en Tsushima en mayo de 1905), lo que obligó al zar a solicitar la paz a Japón. Se evidenció que era imposible, como volvería a suceder en 1917, dirigir una guerra en el extranjero en medio de una revolución social en el interior. La inmensa mayoría de los soldados de Infantería eran campesinos, y se resentían de su utilización para suprimir el descontento agrario. Unidades enteras se negaron a obedecer órdenes y los motines se multiplicaron; incluso la caballería cosaca se vio afectada. Y entonces, el 14 de junio, el malestar se extendió a la flota del mar Negro.

Todo empezó con una partida de carne agusanada, que el médico del acorazado *Potemkin* declaró que se podía comer. Cuando los marinos se quejaron al capitán, su portavoz,Vakulenchuk, fue fusilado. La tripulación se rebeló, asesinó a siete oficiales y enarboló la bandera roja. Un pequeño grupo de revolucionarios activos que dirigía el motín albergaba la esperanza de que se extendería al resto de la flota. Navegaron por la noche en dirección a Odesa, donde los trabajadores en huelga habían mantenido un estado casi de guerra con el gobierno de la ciudad durante las dos últimas semanas. Allí depositaron el cuerpo de Vakulenchuk, rodeado por una guardia de honor, al pie de unas escaleras de mármol (más tarde inmortalizadas por la película de Eisenstein) que conducían desde el puerto a la ciudad. Durante el día siguiente, millares de personas se reunieron en el puerto, colocaron guirnaldas alrededor del féretro del revolucionario martirizado y ofrecieron comida a los marineros. Cuando se acercó la noche se enviaron tropas para dispersar a la muchedumbre. Descendiendo por los escalones, dispararon indiscriminadamente sobre los civiles que se apiñaban debajo de ellos. Centenares de personas saltaron al mar. Al amanecer, cuando finalmente concluyó la matanza, habían muerto dos mil

personas y tres mil habían resultado heridas. El *Potemkin* zarpó desde Odesa, pero, sin el apoyo del resto de la flota, finalmente se vio obligado a rendirse. El 25 de junio los marineros atracaron en Constanza, en Rumania, y abandonaron el *Potemkin* en busca de un refugio seguro.[45] En sí mismo el motín había sido una amenaza de poca importancia. Pero resultó un motivo de embarazo notable para el régimen porque mostraba al mundo que la revolución se había extendido al corazón de su propia maquinaria militar.

Las nacionalidades sometidas del Imperio se mostraron igualmente rápidas a la hora de aprovechar la debilidad temporal del régimen. Las huelgas y protestas que siguieron a la revuelta del Domingo Sangriento en San Petersburgo fueron especialmente intensas en las regiones fronterizas no rusas (Letonia y Polonia en particular), donde las tensiones sociales y políticas se vieron reforzadas por el extendido odio hacia el Gobierno ruso. En Riga hasta quince mil trabajadores se manifestaron por la ciudad el 13 de enero en protesta contra el régimen zarista y la acción despiadada del gobernador general ruso, A. N. Meller-Zakomelsky. Éste dio una nueva prueba de crueldad cuando ordenó a sus soldados disparar sobre la muchedumbre. Hubo setenta muertos y doscientos heridos. Meller-Zakomelsky estaba orgulloso de la manera en que sus hombres habían manejado la situación, y escribió al zar sugiriendo que si más autoridades locales tuvieran la voluntad de actuar con la misma resolución, no habría más problemas. En las diez provincias polacas hubo más huelgas en la primavera y el verano de 1905 que en todo el resto del Imperio. La ciudad textil de Lodz se vio particularmente sometida a disturbios: a mediados de junio, semanas antes de que sucediera nada similar en Rusia, se alzaron barricadas, y hubo cinco días de lucha callejera entre los obreros y la policía. Varsovia fue incluso más violenta: hasta cien mil trabajadores tomaron parte en las manifestaciones después del Domingo Sangriento. Las tropas rusas dispararon sobre la multitud y mataron a noventa y tres personas. Se declaró el estado de sitio. Más adelante, durante el verano, la noticia de la derrota de Rusia por Japón fue recibida con nuevas manifestaciones en la capital polaca en las que se proclamaban lemas como: «Abajo el zarismo», «viva una Polonia independiente y socialista» y «viva Japón».[46] Los nacionalistas de todas partes dieron la bienvenida a la derrota de Rusia creyendo que derribaría al zar y abriría así el camino para su propia autonomía. Pilsudski, el dirigente de los socialistas polacos, incluso había ido a Japón para discutir la acción polaca contra el esfuerzo de guerra de Rusia.

En muchos de estos territorios no rusos, casi la totalidad de la población se

relacionó con el movimiento de liberación nacional. En Finlandia, por ejemplo, donde la imposición del Gobierno ruso había destruido la autonomía del gran ducado, hubo una campaña masiva de resistencia pasiva dirigida por la *intelligentsia* nacionalista. Casi todos se unieron a ella, incluidos los suecos fineses, que habían disfrutado de muchos privilegios bajo la dominación rusa que presumiblemente iban a perder bajo un Gobierno finlandés. El gobernador general ruso, un sujeto partidario de la mano dura e imperialista que se llamaba Bobrikov, fue asesinado en 1904, y durante el año siguiente Finlandia se vio involucrada en una guerra total de resistencia pasiva contra San Petersburgo. En Georgia los mencheviques dirigieron esta revolución nacional. El suyo fue el primer movimiento marxista de liberación nacional de la historia que disfrutó del apoyo del campesinado: entre 1904 y 1906 reemplazó al Estado zarista en Georgia occidental.

Con el Imperio ruso situado al borde del colapso, el régimen zarista respondió a la crisis con su habitual incompetencia y obstinación. Witte lo denominó una «mezcla de cobardía, ceguera y estupidez». El problema básico era que el mismo Nicolás seguía siendo totalmente ignorante de lo extremo de la situación. Mientras el país se hundía cada vez más en el caos, él continuó llenando su diario con notas sencillas y triviales sobre el tiempo, la compañía a la hora del té y el número de pájaros que había matado ese día. Sus consejeros le convencieron de que los agentes extranjeros habían sido los responsables de la manifestación del Domingo Sangriento, y él a su vez llenó las prisiones con sospechosos políticos adecuados. Una delegación cuidadosamente escogida de obreros de «confianza» fue enviada a Tsarskoe Selo, donde se alinearon para escuchar como niños una breve declaración del zar, en la que culpó a los trabajadores por dejarse engañar por «revolucionarios extranjeros»; pero les prometió perdonarles sus pecados porque creía en su «inquebrantable devoción» hacia él. Mientras tanto, el liberal Mirsky fue reemplazado en el Ministerio del Interior por el decente aunque maleable A. G.

Bulyguin, quien en efecto recibía órdenes de su propio delegado y jefe de policía, D. F. Trepov, un hombre partidario de la disciplina estricta, procedente de la Guardia a caballo, del que Nicolás gustaba por su enfoque directo y militar y al que, por tanto, había permitido convertirse en una fuerza dominante en la corte. Cuando Bulyguin sugirió que quizá podían ser necesarias las concesiones

políticas para calmar el país, Nicolás se echó hacia atrás y dijo al ministro: «Se pensaría que teme usted que estalle la revolución». «Su majestad —respondió él—, la revolución ya ha comenzado.»[47]

La afirmación tuvo que haber sido suficiente para incomodar algo a Nicolás, porque pronto formuló promesas de reforma política. El 18 de febrero promulgó un manifiesto y decreto imperial que, aunque condenaba los desórdenes, reconocía las limitaciones de la burocracia y ordenaba a «la buena gente de todos los estados» que se uniera bajo el trono y aportara ideas para llevar a cabo «mejoras en la organización estatal». Bulyguin fue instruido para redactar propuestas para una asamblea nacional. El manifiesto era una maniobra táctica, cuyo único propósito consistía en ganar tiempo; no había señal de que fuera sincero. En general, los círculos educados mantuvieron su escepticismo. «La finalidad principal de este manifiesto —escribió Kérensky a sus padres el 18 de febrero— es calmar y silenciar el movimiento revolucionario que acaba de empezar, de manera que todas las fuerzas del gobierno puedan verse consolidadas para un propósito en el futuro: evitar que cualquiera de sus promesas se conviertan en realidad.» Ciertamente, era típico de la adhesión obstinada del zar a sus arcaicos principios de autocracia patrimonial que en ese momento intentara echar la culpa de la crisis a la burocracia mientras que a la vez apelaba al vínculo directo existente entre él y sus súbditos. Si el pueblo tenía quejas, o así al menos lo insinuaba el manifiesto, deberían traérselas a él directamente y así se verían satisfechas.

Y, ciertamente, en las semanas siguientes decenas de miles de peticiones de reforma fueron enviadas al zar desde las asambleas de aldea, los regimientos del Ejército, las ciudades y las fábricas. Como los *cahiers*, los cuadernos de queja de 1789, expresaban el lenguaje evolutivo de la democracia política y social. Pero sus peticiones eran demasiado radicales para Nicolás. Muchas de ellas solicitaban un parlamento nacional con derechos soberanos de legislación. Sin embargo, el tipo de asamblea que el zar tenía en mente (y que Bulyguin finalmente presentó para su firma el 6 de agosto) era una puramente consultiva, elegida sobre un censo limitado para asegurar el dominio de los nobles. Éste iba a ser el parlamento del rey, como el *Zemskii Sobor* del siglo XVII, que era compatible con la preservación del propio gobierno personal del zar. Su propósito personal, tal como lo vio Nicolás, sería informarle de las necesidades de sus súbditos y así capacitarle para gobernar en su favor sin la mediación de la burocracia autoengrandecida.[48]

La Duma de Bulyguin fue otro ejemplo del «demasiado poco, demasiado tarde». Seis meses antes habría sido bien recibida y hubiera permitido al Gobierno recuperar la iniciativa política; pero cuando surgió, todos, salvo los reformadores más moderados, la encontraron insatisfactoria. Los periódicos liberales, tras haber sometido a un cuidadoso escrutinio las complejas provisiones de la nueva ley electoral, calcularon que menos de un uno por ciento de los adultos residentes en San Petersburgo estaban cualificados para votar, mientras que en muchas ciudades provinciales la proporción era aún menor. A pesar de sus críticas, los liberales decidieron no boicotear las elecciones a la Duma. Pero los socialdemócratas y los radicales del Sindicato de Sindicatos estaban ahora más determinados que nunca a utilizar la desobediencia civil masiva para llevar a cabo presiones sobre el Gobierno y obligarlo a realizar mayores concesiones. La culminación de sus esfuerzos fue la huelga general de septiembre y octubre, la primera huelga general de la historia que obligó al reticente Gobierno a conceder reformas políticas reales.

Durante 1905 se produjo un notable incremento en el grado de organización y militancia de las huelgas y protestas de trabajadores. Esto se debió en parte a que los socialistas habían conquistado el movimiento obrero. Pero se debió también (y probablemente mucho más) al hecho de que habían ido adquiriendo una mayor conciencia de clase y haciéndose más violentos a medida que sus conflictos con los empresarios y la policía se hacían más amargos e intensos. Gorky señaló la creciente agresividad de los trabajadores después de ser testigo de un choque en la plaza Znamenskaya, en San Petersburgo, a inicios de septiembre. Un oficial golpeó a un soldado en la calle y una multitud encolerizada de obreros se reunió para defender al soldado. Arrancaron las charreteras del uniforme del oficial y, según pensaba Gorky, lo habrían matado de no haber sido por la intervención a tiempo de la policía y de los cosacos. «La multitud se condujo con notable sencillez y sinceridad —escribió Gorky a Ekaterina-; dijeron y cantaron todo lo que deseaban enfrente de la policía y en general desplegaron una notable fuerza moral e incluso tacto. Hay un mundo de diferencia entre esta muchedumbre y la gente suplicante del 9 de enero.»[49]

No toda la violencia en las ciudades fue resultado de la creciente militancia del movimiento obrero. Se produjo un incremento notable en todas las formas de violencia, desde asaltos y asesinatos a revueltas de borrachos y vandalismo, a medida que la ley y el orden se resquebrajaban. Ciertamente, al retirarse la policía de la escena, el pueblo se sumaba a la violencia formando grupos de

vigilantes y linchando a criminales en las calles. Todos los días la prensa informaba de docenas de estos casos de «ley popular» *(samosud),* junto con robos y asesinatos. Turbas de otro tipo recorrían las calles golpeando a los estudiantes y a los viandantes bien vestidos. Hubo pogromos contra judíos. En resumen, todo el país parecía reducido a una espiral de violencia y anarquía. Como informó el cónsul de Estados Unidos en Batumi:

> [Rusia] está impregnada de sedición y plagada de revolución, odio y guerra racial, asesinato, incendios, bandolerismo, robo y crímenes de toda clase [...]. Tal como puede verse, estamos en el camino correcto para acabar en la anarquía y en el caos social [...]. Una de las peores señales es que el pueblo se está endureciendo bajo este largo reinado de anarquía y crimen, y las noticias del asesinato de un conocido o de un amigo son recibidas con indiferencia por la mayoría de la población, mientras que los casos de bandolerismo son contemplados como algo que encaja bastante en el curso habitual de acontecimientos.[50]

A causa de la preocupación de muchos historiadores con el movimiento obrero organizado (y de su seducción por el mito soviético de los trabajadores armados en las barricadas), el papel de esta violencia criminal cotidiana en la multitud revolucionaria o bien ha sido ignorado o, de manera incluso más errónea, se ha visto confundido con la violencia de la guerra industrial. Sin embargo, cuanto más de cerca se observa a la multitud de las calles, más difícil resulta distinguir claramente entre las formas organizadas de protesta (los trabajadores manifestándose con banderas y canciones) y los actos criminales de saqueo y violencia. Una pudo fácilmente (y a menudo así fue) surgir dentro de la otra. No se trató sólo de una cuestión de «gamberros» o de criminales que se unían a las protestas obreras o que se aprovechaban del caos que éstas habían creado para cometer actos de vandalismo, asalto y saqueo. Actos semejantes parecen haber sido un elemento integral de la militancia obrera, una manera de asegurar el poder de la turba plebeya y de despojar y destruir los símbolos de riqueza y privilegio. Lo que la aterrorizada clase media denominó «gamberrismo» (ataques de turbas contra gente de buena posición y contra figuras con autoridad, saqueo y vandalismo, peleas de borrachos y motines) podía ser descrito también como «actos revolucionarios». Y en parte eso es lo que eran: la violencia

revolucionaria de 1905-1917 se expresó exactamente en ese tipo de actos. Fue provocada por los mismos sentimientos de odio hacia los ricos y hacia todas las figuras con autoridad, por el mismo deseo de los pobres y los impotentes de infundirse seguridad y de reclamar para sí mismos las calles. Desde la perspectiva de los que tenían alguna propiedad, había muy poco que distinguir entre el comportamiento «rudo» y «burdo» de los «gamberros» (su manera vulgar de vestir, su ebriedad y su lenguaje soez, su «insolencia» y «licencia») y el comportamiento de la multitud revolucionaria.[51] Incluso las protestas laborales más organizadas podían, ante la más ligera provocación, convertirse en violencia y saqueo. Esto iba a resultar un problema de relevancia para todos los partidos revolucionarios, en particular para los bolcheviques, que intentaron utilizar la violencia de la multitud para sus propios fines políticos. Semejante violencia era una espada de doble filo y podía conducir a la anarquía en lugar de a una fuerza revolucionaria controlada. Ésa fue la lección que los bolcheviques aprendieron durante los días de julio y octubre de 1917: los estallidos de violencia que distaron mucho de la imagen soviética del heroico poder proletario.

Si, no obstante, hubo alguna inspiración genuina para el mito soviético del trabajador de fábrica, pistola en mano, luchando en favor de la revolución en las barricadas, ésa fue la huelga general de 1905; porque fue el ejemplo clásico de un alzamiento espontáneo pero disciplinado de la clase obrera. Comenzó el 20 de septiembre con una manifestación de los empleados de imprentas de Moscú (el grupo de trabajadores que había recibido una mayor preparación), que pedían un salario y unas condiciones de vida mejores. Los huelguistas entraron en contacto con los estudiantes y celebraron una manifestación callejera de masas que reprimió la policía. Los obreros lanzaron piedras a la policía, destrozaron escaparates, arrancaron bancos y derribaron árboles para hacer barricadas. A principios de octubre los trabajadores de imprentas de San Petersburgo y de varias ciudades más se habían solidarizado con sus compañeros: los hogares de clase media se encontraron sin periódicos durante varias semanas. Entonces los obreros del ferrocarril fueron a la huelga. El Sindicato de Empleados y Trabajadores del Ferrocarril estaba afiliado al Sindicato de Sindicatos, que había estado discutiendo la idea de una huelga política general para hacer avanzar su campaña en favor de la reforma política desde el verano. El 10 de octubre casi toda la red de ferrocarriles se hallaba paralizada. Millones de trabajadores de fabricas, tiendas y transportes, empleados de banca y oficina, personal

hospitalario, estudiantes, maestros, incluso los actores del Teatro Imperial de San Petersburgo apoyaron lo que se había convertido de hecho en una huelga nacional contra la autocracia. Las ciudades quedaron paralizadas. Todo transporte se detuvo. Cortaban la luz por la noche. Los telégrafos y los teléfonos dejaron de funcionar. Se cerraron las tiendas y se protegieron sus escaparates. Los alimentos comenzaron a escasear. Los robos y el saqueo se sucedían descontrolados. La nobleza y la burguesía se aterrorizaron ante el resquebrajamiento de la ley y el orden. Cuando el sistema de agua corriente de Moscú empezó a funcionar mal cundió el pánico; circularon rumores de que los huelguistas habían contaminado el agua de manera deliberada. Los obreros, los estudiantes y los profesionales se unieron en manifestaciones contra las autoridades. Muchos acabaron levantando apresuradamente barricadas y enfrentándose violentamente con la policía y los cosacos. La petición política de los manifestantes era notablemente uniforme: la convocatoria de una Asamblea constituyente elegida por sufragio universal, lo que era una señal del papel coordinador representado por el Sindicato de Sindicatos, al igual que de la creciente disciplina y organización de los mismos obreros.[52]

Esto tenía mucha relación con el Sóviet de San Petersburgo. La palabra «Sóviet» significa «consejo» en ruso, y el Sóviet de San Petersburgo realmente no era más que un consejo de trabajadores *ad hoc* establecido para dirigir la huelga general. Debía sus orígenes en parte al Sindicato de Sindicatos, que fue el primero en utilizar la idea y en parte a los mencheviques, que adoptaron la dirección a la hora de organizar a los trabajadores en las fábricas. El 17 de octubre, quinientos sesenta y dos representantes de las fabricas, la mayoría de ellos metalúrgicos, se reunieron en el edificio de la Sociedad Económica Libre y eligieron una ejecutiva de cincuenta miembros, que incluía a siete delegados de cada uno de los tres principales partidos socialistas (bolcheviques, mencheviques y eseristas). Desde el principio (como volvería a hacer en 1917), asumió el modo y la forma de un gobierno de trabajadores y de una fuente alternativa de poder frente a las autoridades zaristas. Organizó las huelgas, publicó su propio periódico, *Izvestia*, que los trabajadores leían con interés, estableció una milicia, se ocupó de la distribución de suministros de alimentos y con su mismo ejemplo inspiró a los obreros en otras cincuenta ciudades para que crearan sus propios Sóviets. Los mencheviques dominaron el Sóviet de San Petersburgo. Lo consideraron como la encarnación de su ideología. Los bolcheviques, por el contrario, desconfiaban de las iniciativas de la clase obrera y eran hostiles a la

idea del Sóviet como un consejo independiente de los trabajadores, aunque, sin duda, esto tenía algo que ver con el hecho de que ellos mismos tenían muy poca influencia sobre aquél. Ni siquiera Lenin, que regresó del exilio a principios de noviembre, habló en el Sóviet, aunque todavía hay un escritorio, en el edificio que albergaba al consejo de trabajadores, con una placa en la que se afirma lo contrario.[53]

El presidente nominal del ejecutivo del Sóviet era el abogado (y futuro menchevique) G. S. Meller-Zakomelsky. Pero León Trotsky era la verdadera fuerza tras él. Pergeñó sus resoluciones y escribió los editoriales de *Izvestiia*. Después del arresto de Jrustalev-Nosar el 26 de noviembre, también se convirtió en su presidente. Trotsky había sido el primero de los dirigentes socialistas de relieve que había regresado del exilio después del Domingo Sangriento. Vivió disfrazado de varias maneras, incluyendo la de paciente en un hospital para afecciones oculares, donde había escrito proclamas revolucionarias desde su lecho mientras las enfermeras le daban baños de pies. Durante la huelga general había aparecido en el Sóviet con el nombre deYanovsky, la aldea donde había nacido. Su apoyo a una insurrección de la clase obrera y sus brillantes ataques periodísticos contra los liberales le habían acercado al ala bolchevique de los socialdemócratas desde el gran cisma del partido acontecido en 1903. Pero, en esencia, siguió siendo un menchevique revolucionario y, como más tarde recordó George Denike, no había nadie que «defendiera el menchevismo» como él en aquella época.[54]

Los consejeros del zar se dirigieron al conde Witte para que salvara al país del desastre. Sin embargo, el mismo Nicolás seguía permaneciendo bastante impasible. Pasó la mayoría de su tiempo de aquel otoño cazando. «El aspecto trágico de la situación —señalaba un cortesano en su diario el 1 de octubre— es que el zar está viviendo en el alejado paraíso de un loco, pensando que es tan fuerte y omnipotente como antes.» El 9 de octubre Witte fue finalmente recibido en el Palacio de Invierno. Con brutal franqueza comunicó a Nicolás que el país estaba al borde de una desastrosa revolución que «barrería un millar de años de historia». El zar tenía dos opciones: nombrar a un dictador militar o introducir importantes reformas. Witte bosquejó las reformas necesarias en un memorándum defendiendo un manifiesto que había traído consigo: la concesión de libertades civiles, un orden constitucional, un gabinete gubernamental y una

Duma legislativa elegida por un censo democrático. Se trataba, en efecto, del programa político del Movimiento de Liberación. Su meta era obviamente aislar a la izquierda pactando con los liberales. Subrayó que la represión solamente podía ser una solución temporal y arriesgada, ya que la lealtad de las fuerzas armadas era dudosa y si eran utilizadas para sofocar la huelga general podrían dividirse. La mayoría de los asesores militares importantes del zar estaban de acuerdo con Witte. Fue el caso de Trepov, el gobernador de San Petersburgo, cuya influencia en la corte había crecido de forma notable. Nicolás siguió sin convencerse y pidió a su tío, el gran duque Nicolás, que asumiera el papel de dictador. Pero el gran duque, un hombre nervioso y franco, sacó un revólver y amenazó con dispararse en ese mismo momento y allí mismo si el zar se negaba a aceptar el memorándum de Witte. Desde entonces la emperatriz culparía siempre al gran duque por la «constitución» de Rusia. Su *coup de théatre* fue ciertamente el factor decisivo en el cambio de opinión de su esposo, porque el gran duque era el único hombre capaz de desempeñar el papel de dictador y sólo entonces se sumó al bando de la reforma, que finalmente llevó al zar a aceptar que la represión había dejado de ser una opción y a aceptar la firma del Manifiesto. «Mi querida mamá -escribió a la emperatriz María dos días después, el 19 de octubre-, no te puedes imaginar lo que he pasado hasta ahora. Han gritado pidiéndolo desde toda Rusia, lo han suplicado, y en torno a mí muchos (muchísimos) sostenían el mismo punto de vista [...]. No había otra salida que santiguarse y concederles lo que estaban pidiendo.»[55]

Desde el principio, pues, el zar fue extremadamente reticente a desempeñar el papel de un monarca constitucional. La imagen de Nicolás como un «zar ilustrado» que «introdujo la democracia en Rusia» no podía estar más lejos de la verdad, aunque es la que los apologistas del régimen zarista y los devotos de la nostalgia en la Rusia postsoviética querrían que aceptáramos. Para un autócrata como Nicolás, que se vio a sí mismo gobernando desde el trono según la buena y antigua tradición bizantina, no podía haber existido una humillación más profunda que la de verse obligado por un burócrata como Witte (que era meramente un «hombre de negocios» y, además, un antiguo «empleado de ferrocarriles») a conceder a sus súbditos los derechos de ciudadanía. Ni siquiera el posterior acto de abdicación de 1917 -que dijo haber firmado para no verse forzado a quebrantar el juramento de coronación de defender los principios de la autocracia- fue una píldora tan amarga para él. Witte argumentó posteriormente que la corte pretendía utilizar su Manifiesto como una concesión temporal y que

siempre tuvo la intención de regresar a sus antiguas formas autocráticas una vez pasado el peligro.[56] Casi tenía toda la razón. Durante la primavera de 1906 el zar ya estaba apartándose de las promesas que había hecho el mes de octubre anterior, alegando que el Manifiesto no había limitado sus prerrogativas autocráticas, sino sólo a la burocracia.

La promulgación del Manifiesto fue recibida con júbilo en las calles. A pesar del tiempo lluvioso, enormes cantidades de gente convergieron frente al Palacio de Invierno con una gran bandera roja que llevaba la inscripción LIBERTAD PARA LA ASAMBLEA. Debieron de ser conscientes de que al menos habían logrado hacer lo que sus conciudadanos no habían conseguido el 9 de enero. El Domingo Sangriento no había sido en vano, después de todo. En Moscú cincuenta mil personas se reunieron frente al Teatro Bolshoi. Los oficiales y las damas de sociedad llevaban brazaletes rojos y cantaban *La Marsellesa* en solidaridad con los obreros y los estudiantes. La huelga general fue desconvocada, se proclamó una amnistía política parcial y hubo una sensación eufórica de que Rusia estaba ya entrando en una nueva era de constitucionalismo occidental. Todo el país, en palabras de un liberal, «zumbaba como un enorme jardín lleno de abejas en un caluroso día de verano».[57]

Los periódicos se llenaron de editoriales atrevidos y terribles caricaturas de los gobernantes del país, puesto que las antiguas leyes de censura habían dejado de funcionar. Hubo un auge repentino de la pornografia, mientras que los límites de las nuevas leyes eran puestos a prueba. En Kiev, Varsovia y otras capitales del Imperio, apareció un flujo de nuevas publicaciones locales en la lengua de la población mientras se suspendía la política de rusificación. Se celebraron reuniones políticas en las calles, en las plazas y en los parques, en todos los lugares públicos, en la medida en que la gente ya no temía el arresto. Apareció una palabra nueva y de sonido extranjero, *mitingovanie*, para describir la pasión por las reuniones desplegada por estos nuevos ciudadanos. La perspectiva Nevsky se convirtió en una especie de *Speakers' Corner*,[49*] un parlamento popular en la calle donde los oradores se subían a barriles o se colgaban de los postes de la luz e instantáneamente una multitud corría a escucharlos y a coger los folletos que les entregaban. Los dirigentes socialistas regresaron del exilio. Se formaron nuevos partidos políticos. La gente hablaba de que había nacido una nueva Rusia. Éstos fueron los primeros días embriagadores de libertad.

En octubre de 1905 el príncipe Lvov, el «hombre liberal del *zemstvo*», se afilió a los kadetes. No fue una decisión fácil para él, ya que Lvov, por naturaleza, no era un «hombre de partido». Su enfoque político era esencialmente práctico, eso es lo que le había llevado a los asuntos del *zemstvo*, y no podía someterse con facilidad al dogma político de ningún partido. Su conocimiento de la política de partido era casi inexistente. Confundía regularmente a los socialdemócratas con los eseristas y, según sus amigos, ni siquiera conocía los principales puntos de vista del programa kadete. «Durante todos los años que conocí al príncipe Lvov —recordó V. A. Obo

lensky—, ni una vez le oí discutir un punto de vista teórico.» El príncipe era un «kadete escéptico», como Miliukov, el dirigente del partido, señaló en una ocasión. Siempre estaba en el límite de la plataforma del partido y rara vez tomaba parte en sus discusiones. Sin embargo, sus opiniones eran constantemente solicitadas por los dirigentes del partido kadete y frecuentemente se le pedía que actuara como mediador entre ellos. (Fue su sentido común práctico, su experiencia de la política local y su desapego a las luchas de facciones lo que casi convirtió a Lvov en el candidato favorito para convertirse en primer ministro del Gobierno Provisional en marzo de 1917.)[58]

De todos los partidos políticos que surgieron en vísperas del Manifiesto de Octubre, los demócratas constitucionales, o en abreviatura kadetes, era aquel al que obviamente podía unirse Lvov. Estaba lleno de hombres liberales del *zemstvo*, que, como él, habían llegado al partido a través del movimiento de liberación. La agenda del movimiento se encontraba en la declaración de principios del programa del partido kadete aprobada en su congreso fundacional de octubre de 1905. El Manifiesto se concentraba casi exclusivamente en las reformas políticas (un parlamento legislativo elegido por sufragio universal, garantías de los derechos humanos, democratización del gobierno local y más

autonomía para Polonia y Finlandia), porque las alas izquierda y derecha del partido estaban muy divididas en cuestiones sociales, especialmente en la cuestión de la tierra. Pero quizás esta concentración era de esperar en un partido tan dominado por la *intelligentsia* profesional, un partido de profesores, académicos, abogados, escritores, periodistas, maestros, médicos, funcionarios y hombres liberales del *zemstvo*. De sus cien mil miembros aproximadamente, el 60 por ciento pertenecía a la nobleza. Su comité central era una verdadera «facultad» de eruditos: veintiuno de sus cuarenta y siete miembros eran profesores de universidad, incluyendo a su presidente, Pavel Miliukov (1859-1943), que era el historiador más importante de la época. Éstos eran los «hombres de los ochenta» (que ahora rondaban todos la cuarentena). Tenían un fuerte sentido del deber público y de los valores liberales occidentales, pero muy poca idea de la política de masas. Siguiendo la verdadera tradición de la *intelligentsia* del siglo XIX, gustaban de verse a sí mismos como dirigentes del «pueblo», situados por encima de los estrechos intereses de partido o de clase, pero realizaron muy pocos esfuerzos para ganar al pueblo para su causa.[59] Porque en sus corazones, como en sus conversaciones celebradas en el curso de cenas, temían a las masas y desconfiaban de ellas.

Entre los otros grupos liberales que iban a surgir en esta época, el más importante fue el Partido Octubrista. Recibió su nombre del Manifiesto de Octubre de 1905, que contempló como la base para una era de compromiso y cooperación entre el Gobierno y las fuerzas públicas y para la creación de un nuevo orden legal. Atrajo a unos veinte mil miembros, la mayoría de ellos terratenientes, hombres de negocios y funcionarios de una u otra clase, que favorecían las reformas políticas moderadas pero se oponían al sufragio universal por considerarlo un desafío contra la monarquía, por no mencionar contra sus propias posiciones en el Gobierno central y local.[60] Si los kadetes eran «radicales liberales», en el sentido de que mantenían al menos un pie en la oposición democrática, los octubristas eran «liberales conservadores», en el sentido de que estaban preparados para trabajar en favor de la reforma sólo dentro del orden existente y sólo con la finalidad de fortalecerlo.

El mismo Lvov podía haberse visto tentado de unirse a los octubristas, porque D. N. Shipov, su antiguo mentor político y amigo del movimiento nacional de los *zemstvos*, era uno de los principales fundadores del partido, mientras que Alexander Guchkov, un compañero de la campaña de ayuda en Manchuria, se convirtió en su dirigente. Pero la amarga lucha en favor de la reforma sostenida

durante los diez años anteriores le había enseñado a no confiar tan a ciegas en el deseo del zar de cumplir las promesas que había formulado en el Manifiesto. El príncipe prefirió permanecer con los kadetes, en una posición de escepticismo y oposición al Gobierno, a unirse a los octubristas en declaraciones de apoyo leal.

Ese fue, ciertamente, el dilema principal con el que se enfrentaban los liberales después del Manifiesto de Octubre: apoyar u oponerse al Gobierno. En buena medida la revolución había sido un amplio asalto dirigido por toda la nación unida contra la autocracia. Pero el Manifiesto ofrecía la perspectiva de un nuevo orden constitucional en el que tanto la monarquía como la sociedad podían sólo experimentar un desarrollo que siguiera las líneas europeas. La situación estaba delicadamente equilibrada. Siempre existía el peligro de que el zar renegara de sus promesas constitucionales, o de que las masas se impacientaran con el proceso gradual de reforma política y contemplaran en su lugar la posibilidad de una revolución social violenta. Mucho dependería del papel de los liberales, que hasta entonces habían llevado a cabo el movimiento de oposición y que ahora estaban estratégicamente colocados entre los gobernantes y los gobernados. Su tarea estaba condenada a ser difícil, porque tenían que dar la apariencia a la vez de ser moderados (para no alarmar a los primeros) y al mismo tiempo radicales (para no verse separados de los segundos).

Witte, que se vio encargado de la formación del primer gabinete gubernamental en octubre, ofreció varias carteras a los liberales. A Shipov se le ofreció el Ministerio de Agricultura; a Guchkov, el Ministerio de Comercio e Industria; al jurista liberal A. F. Koni se le eligió para el Ministerio de Justicia, y a E. N. Trubetskoi, para Educación. El príncipe Urusov, al que nos encontramos como gobernador de Besarabia (véanse las páginas 76-79) y que simpatizaba con los kadetes, fue considerado para el importantísimo puesto de ministro del Interior (aunque pronto fue rechazado sobre la base de que, aunque «decente» e incluso «ampliamente inteligente», «no era una personalidad con capacidad de mando»). A los otros dos kadetes, Miliukov y Lvov, también se les ofrecieron puestos ministeriales. Pero ninguno de estos «hombres públicos» aceptó unirse al Gobierno de Witte, que al final se formó con burócratas zaristas y personajes que carecían de la confianza pública.[61]

Es un tópico afirmar que al negarse a unirse al gabinete de Witte los liberales perdieran su mejor oportunidad de dirigir el régimen zarista hacia la reforma constitucional. Pero es injusto. La razón clara para la ruptura de las negociaciones fue la negativa de los liberales a trabajar con P. N. Durnovo, un

hombre de puntos de vista conocidamente derechistas y pasado escandaloso,[50*] al que, al parecer, se le había prometido el puesto de ministro del Interior, y que repentinamente fue preferido a Urusov. Pero los kadetes también tenían dudas de que Witte pudiese llevar a cabo las promesas del Manifiesto de Octubre dada la hostilidad que sentía el zar hacia la reforma. Temían comprometerse uniéndose a un Gobierno que pudiera resultar impotente contra la autocracia. Sus temores estaban en parte condicionados por su propia desconfianza habitual hacia el Gobierno y su predilección natural hacia la oposición. «Ningún enemigo a la izquierda», había sido el grito de batalla durante las luchas de 1904-1905. Y el triunfo de octubre había contribuido únicamente a confirmar su compromiso con la política de agitación de masas desde abajo. Sus dudas no carecían del todo de base. El mismo Witte había expresado el temor a que la Corte pudiera estar utilizándole como un expediente temporal, y esto había salido a la superficie en sus conversaciones con los kadetes. En una ocasión Miliukov le había preguntado directamente por qué no se comprometía con una constitución: Witte se vio obligado a admitir que no podía hacerlo «porque el Zar no lo desea» .[62] Puesto que el primer ministro no podía garantizar que el Manifiesto fuese llevado a la práctica, no resultaba irrazonable para los liberales el concluir que sus energías estarían mejor empleadas en la oposición que en una estéril colaboración con el Gobierno.

En cualquier caso, pronto quedó claro que el «momento liberal» sería muy breve. Apenas unas horas después de la declaración del Manifiesto de Octubre se produjo una lucha renovada en las calles en la que el país acabó polarizado entre la izquierda y la derecha. Esta violencia fue en muchos sentidos un anticipo de los conflictos de 1917. Mostraba que las divisiones sociales eran ya demasiado profundas para un arreglo meramente liberal. El 18 de octubre, el día en que se proclamó el Manifiesto, algunas de las jubilosas multitudes moscovitas decidieron manifestarse frente a la cárcel principal de la ciudad, la Butyrka, para solicitar la inmediata liberación de todos los presos políticos. La protesta se llevó a cabo pacíficamente, y fueron liberados ciento cuarenta presos. Pero en su camino de regreso hacia el centro de la ciudad los manifestantes fueron atacados por una turba numerosa y bien armada que llevaba banderas nacionales y un retrato del zar. Hubo un choque similar ante la prisión de Taganka, donde uno de los prisioneros que acababa de ser liberado, el activista bolchevique N. E. Bauman, fue golpeado hasta morir.

Para los partidarios de la extrema derecha, éste iba a ser el inicio de una guerra

callejera contra los revolucionarios. Varios grupos derechistas habían aparecido desde el inicio de 1905. Uno de ellos era el Partido Monárquico Ruso, fundado en febrero por V. A. Gringmut, el editor reaccionario de las *Noticias de Moscú*, que exigía la restauración de una fuerte autocracia, de la ley marcial, de la dictadura y la supresión de los judíos, que, según se decía, eran los principales instigadores de todos los desórdenes. Además estaba la Asamblea Rusa, dirigida por el príncipe Golitsyn y formada fundamentalmente por oficiales y funcionarios derechistas de San Petersburgo, que se oponía a la introducción de las instituciones parlamentarias occidentales y abogaba por la antigua fórmula de autocracia, ortodoxia y nacionalidad.

Pero, con mucho, el más importante era la Unión del Pueblo Ruso, que fue fundada en octubre por dos funcionarios del gobierno de escasa importancia, A. I. Dubrovin y V. M. Purishkevich, como un movimiento para movilizar a las masas contra las fuerzas de la izquierda. Fue una primitiva versión rusa del movimiento fascista. Antiliberal, antisocialista y sobre todo antisemita, defendía la restauración de la autocracia popular que creía que había existido antes de que Rusia fuera conquistada por los judíos y los intelectuales. El zar y sus partidarios en la corte, que compartían esta fantasía, patrocinaron la Unión, como hicieron varios eclesiásticos importantes, incluyendo al padre Juan de Kronstadt (un amigo íntimo de la familia real), al obispo Hermógenes y al monje Heliodoro. El mismo Nicolás utilizaba la insignia de la Unión y deseaba a sus dirigentes «un éxito total» en sus esfuerzos para unificar a los «rusos leales» en favor de la autocracia. Actuando según las instrucciones del zar, el Ministerio del Interior financiaba sus periódicos y secretamente les entregaba armas. La Unión misma estaba sorprendida, sin embargo, por lo que veía como la propia debilidad del zar y su fracaso para suprimir a la izquierda. Resolvió solucionarle esta situación formando grupos paramilitares y enfrentándose con los revolucionarios en la calle. Los Cien Negros[51*] o Centuria Negra, como los denominaban los demócratas, desfilaban con estandartes patrióticos, iconos, cruces y retratos del zar, y cuchillos y puños de hierro en los bolsillos. A finales de 1906 había mil sucursales de la Unión que sumaban un total combinado de trescientos mil miembros.[63] Como sucedió con los movimientos fascistas de la Europa de entreguerras, la mayor parte de su apoyo procedía de aquellos elementos amargados del *lumpen* que habían perdido o estaban a punto de perder su pequeño *status* en la jerarquía social como resultado de la modernización y la reforma: los campesinos desarraigados obligados a emigrar a las ciudades como

trabajadores temporeros, los pequeños comerciantes y artesanos destrozados por la competencia de los grandes negocios, los funcionarios y policías de rango inferior que se resentían de la amenaza que representaban las nuevas instituciones democráticas para su poder, y los patriotas de taberna de todas clases molestos por la visión de obreros «advenedizos», estudiantes y judíos que desafiaban el poder dado por Dios al zar. Combatir la revolución en las calles era su manera de vengarse, una forma de retrasar el reloj y restaurar la jerarquía social y racial. Sus bandas recibieron también como miembros a criminales comunes, millares de los cuales habían sido liberados por la amnistía de octubre, que vieron en ellas una oportunidad para el saqueo y la violencia. A menudo estimulados por la policía, los Cien Negros desfilaban por las calles golpeando a cualquiera del que sospecharan simpatías democráticas. A veces obligaban a sus víctimas a arrodillarse en homenaje ante un retrato del zar, o los obligaban a entrar en las iglesias y besar la bandera imperial.

La peor violencia quedaba reservada para los judíos. Hubo seiscientos noventa pogromos documentados, con más de tres mil muertes registradas, durante las dos semanas que siguieron a la declaración del Manifiesto de Octubre. Los grupos de derechas desempeñaron un papel dirigente en estos pogromos, bien incitando a la multitud contra los judíos, bien planeándolos desde el principio. El peor pogromo tuvo lugar en Odesa, donde ochocientos judíos fueron asesinados, cinco mil heridos y más de diez mil quedaron sin hogar. Una investigación oficial ordenada por Witte reveló que la policía no sólo había organizado, armado y proporcionado vodka a la muchedumbre, sino que había ayudado a sacar a los judíos de sus escondrijos y participado en las matanzas. Los cuarteles policiales de San Petersburgo incluso tenían su propia imprenta secreta, que imprimía millares de panfletos acusando a los judíos de intentar arruinar Rusia y convocando al pueblo a «despedazarlos y matarlos». Trepov, el dictador virtual del país, había editado personalmente los panfletos. Durnovo, el ministro del Interior, les entregó subvenciones por valor de setenta mil rublos. Pero cuando Witte pidió la detención del jefe de policía responsable, el zar intervino para protegerlo. Nicolás se sentía evidentemente complacido con los pogromos. Estaba de acuerdo con los antisemitas en que la revolución se debía en buena medida a la obra de los judíos, e ingenuamente contemplaba los pogromos como una forma justificada de venganza llevada a cabo por sus «súbditos leales». Dejó constancia de ello en una carta dirigida a su madre el 27 de octubre:

> Queridísima mamá:
>
> Empezaré diciendo que toda la situación es ahora mejor de lo que era hace una semana [...]. En los primeros días después del Manifiesto los elementos subversivos alzaron la cabeza, pero se produjo inmediatamente una fuerte reacción y repentinamente toda una masa de gente leal hizo que se sintiera su poder. El resultado fue obvio y lo que cabía esperar en nuestro país. La impertinencia de los socialistas y los revolucionarios había encolerizado al pueblo una vez más; y dado que nueve décimas partes de los provocadores de disturbios son judíos, toda la cólera del pueblo se volvió contra ellos. De esta manera sucedieron los pogromos. Es sorprendente cómo se produjeron *simultáneamente* en todas las ciudades de Rusia y Siberia [...]. Casos en lugares tan apartados como Tomsk, Simferopol, Tver y Odesa muestran claramente lo que una turba furiosa puede hacer: rodearon las casas donde se habían refugiado los revolucionarios, las incendiaron y mataron a todos los que intentaban escapar.[64]

Lo que estaba surgiendo era el inicio de la contrarrevolución que podía culminar en una guerra civil. Desde este momento en adelante el antisemitismo se convirtió en una de las armas principales utilizadas por la corte y sus partidarios para unir al «pueblo leal» a su lado en su lucha contra la revolución y el orden liberal emergente.

Para los revolucionarios, el asesinato de Bauman fue un poderoso recordatorio de los sangrientos hábitos del régimen. De la noche a la mañana el bolchevique se convirtió en mártir de la revolución. Más adelante, bajo el régimen soviético, se daría su nombre a calles, escuelas, fábricas e incluso a un distrito completo de Moscú. Pero, de hecho, Bauman era bastante indigno de semejantes honores exagerados. Gustaba de gastar bromas, y en una ocasión había sido tan malicioso con una sensible camarada del partido, dibujando una caricatura cruel de ella como la Virgen María con un niño en su regazo y una pregunta referente al parecido del niño con alguien, que la impulsó al suicidio. Muchos socialdemócratas, incluyendo a Martov, querían que Bauman fuera expulsado del partido. Pero Lenin disentía con el argumento de que era un buen trabajador del partido y que eso era todo lo que importaba a fin de cuentas. El escándalo continuó dividiendo al partido (fue uno de los muchos enfrentamientos

personales que llegaron a definir las distinciones éticas existentes entre los bolcheviques y los mencheviques después de 1903) hasta que el mismo Bauman fue arrestado y encarcelado en la prisión de Taganka. La muerte limpió a Bauman de sus pecados. Gracias a su martirio, los bolcheviques pudieron por primera vez atraerse las simpatías de una audiencia masiva. Porque en la atmósfera altamente cargada de los últimos días de octubre de 1905, la gente que procedía de todo el espectro democrático vio en el cadáver de Bauman un símbolo del destino que esperaba a la revolución si no se unían contra la reacción. Y asistieron por decenas de miles a su funeral.

Si había una cosa que los bolcheviques dominaban realmente era el arte de enterrar a sus muertos. Seis hercúleos camaradas vestidos de cuero llevaron el ataúd de Bauman, envuelto en una bandera roja, por las calles de Moscú. A su cabeza se encontraba un bolchevique vestido de un negro jesuítico con una palma en la mano que movía de un lado a otro al ritmo de la música y de sus propios pasos lentos. Los dirigentes del partido iban a continuación con coronas, banderas rojas y pesados estandartes de terciopelo, que mostraban los lemas de su lucha con letras doradas. Iban flanqueados por una milicia armada de estudiantes y trabajadores. Y los seguía una fila tras otra de enlutados, unos cien mil en total, en formación militar de diez en fondo. Esta procesión de aspecto religioso continuó a lo largo de todo el día, deteniéndose en varios puntos de la ciudad para tomar refuerzos. Cuando pasó ante el Conservatorio se sumó a ella una orquesta estudiantil, que tocaba, una y otra vez, la marcha fúnebre de la revolución: *Caíste víctima de una terrible lucha.* La gravedad mesurada de los manifestantes, su música melancólica y su organización militar llenaron las calles de una oscura amenaza. Cuando cayó la noche, se encendieron millares de antorchas, haciendo brillar las banderas rojas. Las oraciones mortuorias fueron emocionales, desafiantes y conmovedoras. La viuda de Bauman pidió a la multitud que vengara la muerte de su esposo y, mientras regresaban hacia el centro de la ciudad, se produjeron combates esporádicos con bandas de Cien Negros.[65]

Por esa época los bolcheviques ya estaban planeando una insurrección armada. Su decisión se vio fortalecida por el regreso de Lenin desde Ginebra a principios de noviembre, porque él insistía en la necesidad de desencadenar una revuelta. Desde el Domingo Sangriento buena parte de su correspondencia desde Suiza había estado dominada por detalladas instrucciones sobre cómo construir barricadas y combatir a los cosacos utilizando bombas y pistolas. El Sóviet de

San Petersburgo también se estaba preparando para un enfrentamiento con el Gobierno. Durante noviembre apoyó una serie de huelgas que se distinguieron por su militancia. Bajo la dirección de Trotsky y la influencia de la multitud callejera, que al menos en San Petersburgo estaba empezando a mostrar signos de inclinación hacia una revolución socialista, muchos de los mencheviques se desplazaron de su amplia alianza con los liberales y abrazaron la idea de una revuelta popular que asegurara la «hegemonía de la clase trabajadora». Había pocas posibilidades de éxito, pero esto quedó enterrado bajo todas las emociones. Algunos de los socialdemócratas fueron arrastrados por su propia retórica de desafio (después de todo, eso era lo que los hacía populares entre los encolerizados obreros), y de alguna manera las palabras fueron cristalizando en planes reales de acción. Otros adoptaron el punto de vista de que sería mejor verse derrotados en una lucha que no intentarlo ni apoderarse del poder en absoluto. En palabras de un menchevique: «Teníamos la seguridad en el fondo de nuestro corazón de que era inevitable la derrota. Pero todos éramos jóvenes y estábamos poseídos por el entusiasmo revolucionario, y nos parecía mejor perecer en la lucha que vernos paralizados sin entrar en ella. *El honor de la revolución estaba en juego*». Ciertamente para Lenin (el «jacobino») ni siquiera importaba si fallaba el golpe. «¿Victoria? —se le oyó diciendo a mediados de noviembre—. Para nosotros ésa no es en absoluto la cuestión [...]. No deberíamos albergar ninguna ilusión, somos realistas, y que nadie se imagine que tenemos que ganar. Para eso todavía somos demasiado débiles. La cuestión no es la victoria, sino sacudir al régimen de tal manera que atraiga a las masas hacia el movimiento. Ésa es toda la cuestión. Y decir que porque no podemos ganar no deberíamos desencadenar una insurrección es, simplemente, la forma en que hablan los cobardes. Y nosotros no tenemos nada que ver con ellos.»[66]

El punto de inflexión se produjo el 3 de diciembre con el arresto de los dirigentes del Sóviet de San Petersburgo. A pesar de su escasa preparación y de la ausencia de cualquier signo claro de apoyo de masas, los socialdemócratas de Moscú declararon una huelga general y empezaron a distribuir armas a los obreros. Hubo preparaciones febriles, algunas de ellas bastante cómicas. Un grupo de socialdemócratas de San Petersburgo, por ejemplo, se dedicó en un plan atolondrado a desarrollar un «compuesto químico que, si se lanzaba sobre algún policía, supuestamente le haría perder el conocimiento de manera inmediata para que se le pudiera quitar el arma». Gorky echó una mano con los preparativos. Convirtió su apartamento de Moscú en el cuartel general de la

insurrección y, vestido con una guerrera de cuero negro y unas botas de montar militares, supervisó las operaciones como un comisario bolchevique. Se fabricaron bombas en su estudio y se preparó comida que se envió desde su cocina a los trabajadores y a los estudiantes que había en las barricadas. «Todo Moscú se ha convertido en un campo de batalla —escribió a su editor el 10 de diciembre—. Todas las ventanas han perdido sus cristales. No sé qué va a suceder en los suburbios y en las fábricas, pero de todas partes llega el sonido de los tiroteos. Sin duda ganarán las autoridades, pero su victoria será pírrica y enseñará al pueblo una lección excelente. Será costoso. Hoy vimos a tres oficiales heridos pasar por debajo de nuestras ventanas. Uno de ellos murió.»[67]

Irónicamente, con un poco más de planificación estratégica, los insurgentes podrían haber tomado Moscú, aunque al final, dada la falta de apoyo nacional y el cese de los motines en el Ejército, las autoridades estaban destinadas a vencer. El 12 de diciembre las milicias rebeldes habían conseguido el control de todas las estaciones de ferrocarril y de varios distritos de la ciudad. Se levantaron barricadas en las calles principales. Estudiantes y ciudadanos bien vestidos, horrorizados por la utilización de artillería contra los trabajadores y la multitud desarmada, se unieron a la hora de levantar barricadas con postes de telégrafos, vallas rotas, puertas de hierro, tranvías volcados, postes de luz, tenderetes de mercado, puertas arrancadas de las casas y cualquier cosa que viniera a mano. Lo que había empezado como una huelga de la clase trabajadora se estaba convirtiendo en una guerra general callejera contra las autoridades. La policía y las tropas lograban desmantelar las barricadas por la noche, sólo para descubrir que por la mañana se habían vuelto a levantar. El conjunto de bulevares que rodea el centro de Moscú se convirtió en un vasto campo de batalla, con tropas y artillería concentradas en las plazas principales y con los rebeldes controlando la mayoría de las calles que había entre ellas. Si en este momento se hubieran dirigido hacia el Kremlin, los rebeldes podrían haber obtenido la victoria. Pero en buena medida sus planes venían dictados por las metas de los mismos trabajadores, que preferían concentrarse en la defensa de sus propios bastiones rebeldes. En el distrito de Presnia, por ejemplo, el centro de la industria textil y el hogar de la mayoría de los obreros militantes, no se produjo ciertamente ningún pensamiento de marchar hacia el centro. En lugar de eso los rebeldes convirtieron Presnia en una república de obreros, con su propia policía y un consejo revolucionario, que en bastantes aspectos fue un anticipo del futuro sistema de los sóviets.

El 15 de diciembre la marea ya estaba volviéndose en contra de los rebeldes. Los refuerzos largamente esperados procedentes de San Petersburgo llegaron en forma del Regimiento Semyonovsky y empezaron a bombardear el distrito de Presnia, sometiendo indiscriminadamente a fuego de granadas los edificios. El molino de algodón Projorov y la fábrica de madera Schmidt, que, gracias a sus propietarios de tendencia izquierdista, se habían convertido en fortalezas del alzamiento en Presnia, fueron bombardeados durante dos días y dos noches, a pesar de la disposición de Schmidt a negociar una rendición. Buena parte del distrito de Presnia fue destruida. Los incendios de las casas ardieron sin ningún control. Para cuando la sublevación fue aplastada, más de un millar de personas había muerto, la mayoría de ellos civiles atrapados en un fuego cruzado o en edificios en llamas. Durante las semanas que siguieron, las autoridades desencadenaron una brutal represión con arrestos masivos y ejecuciones sumarias. Los hijos de los obreros fueron encerrados en cuarteles y golpeados por la policía para «enseñarles una lección». Las prisiones se llenaron, los militantes obreros perdieron sus trabajos y los partidos socialistas se vieron reducidos a la clandestinidad. Lentamente, mediante el terror, se restauró el orden.[68]

La sublevación de Moscú no llegó a levantar la bandera de la revolución social, pero actuó como un trapo rojo frente al toro de la contrarrevolución. Witte dijo a Polovtsov, en abril de 1906, que después del éxito de las represiones moscovitas perdió toda su influencia sobre el zar y, a pesar de sus protestas, se permitió a Durnovo «desencadenar una serie de medidas represivas brutal y excesiva, y a menudo totalmente injustificada». Por todo el país los socialistas fueron detenidos y encarcelados, o forzados a marchar al exilio o a la clandestinidad. Semyon Kanatchikov, que había desempeñado un papel dirigente en las organizaciones bolcheviques revolucionarias de Moscú y Petrogrado durante 1905, fue arrestado y encarcelado no menos de tres veces entre 1906 y 1910, cuando fue sentenciado a destierro perpetuo en Siberia. Las libertades recientemente obtenidas por los partidos socialistas se perdieron en cuanto el antiguo régimen policial quedó restaurado. Entre 1906 y 1909, más de cinco mil «políticos» fueron sentenciados a muerte, y otros treinta y ocho mil fueron encarcelados o enviados a realizar trabajos forzados. En los territorios bálticos, unidades punitivas del Ejército actuaron en ciudades y pueblos. Durante una campaña de terror que comenzó en diciembre y duró seis meses ejecutaron a mil doscientas personas, destruyeron decenas de miles de edificios y flagelaron a

millares de obreros y campesinos. El zar quedó encantado con la operación y alabó al oficial que la mandaba por su «espléndida acción». En Rusia mismo el régimen no dudó en desencadenar una guerra de terror contra su propio pueblo. En las zonas de revuelta campesina el Ejército destruyó aldeas completas y encarceló a millares de campesinos. Cuando no quedaba más sitio en las cárceles de la localidad, se daba la orden de disparar a los campesinos culpables. «Sólo con arrestos no conseguiremos alcanzar nuestros fines —escribió Durnovo a sus gobernadores provinciales en diciembre—. Es imposible juzgar a centenares de miles de personas. Propongo fusilar a los amotinados y, en los casos de resistencia, quemar sus hogares.» El régimen pretendía quebrar el espíritu de los campesinos humillándolos y golpeándolos hasta someterlos. Comunidades enteras se vieron obligadas a quitarse sus gorras y sombreros y a postrarse como siervos ante las tropas cosacas. Los oficiales encargados de interrogarlos entraban, cabalgaban entre los aldeanos, azotándolos en la espalda siempre que sus respuestas les disgustaban, hasta que entregaban a sus dirigentes rebeldes para una ejecución sumaria. Tras recibir un generoso suministro de vodka, los cosacos cometieron terribles atrocidades contra la población campesina. Mujeres y niñas fueron violadas ante sus parientes. Centenares de campesinos fueron colgados de los árboles sin juicio. En total se ha estimado que el régimen zarista ejecutó a quince mil personas, disparó o hirió al menos a veinte mil y deportó o desterró a cuarenta y cinco mil entre mediados de octubre y la apertura de la primera Duma estatal en abril de 1906.[69] Difícilmente podía ser un inicio prometedor para un nuevo orden parlamentario.

Durante la represión del alzamiento de Moscú, el piso de Gorky fue allanado por las bandas de Cien Negros y él se vio obligado a huir disfrazado a Finlandia. «Me encuentro próximo a una catarata en los bosques cercanos a las playas del lago Saimaa —escribió a su separada esposa Ekaterina el 6 de enero—. Todo aquí es muy hermoso, como en un cuento de hadas.»[70] Dado el nuevo clima político habría sido suicida para Gorky regresar a Rusia. El Gobierno estaba haciendo todo lo posible para calumniar el nombre del escritor. Witte incluso pagó a un corresponsal de *The Daily Telegraph* de Londres, un periódico famoso no precisamente por su equidad hacia la izquierda, para esparcir el bulo de que Gorky era antisemita. Nada podía estar más lejos de la verdad. Gorky despreciaba el antisemitismo popular, considerándolo como un síntoma del atraso de Rusia. El hecho de que los pogromos fueran a menudo una expresión de los propios impulsos revolucionarios del pueblo iba a ser una de sus

principales preocupaciones durante la revolución.

En la primavera de 1906 Gorky partió hacia América con su mujer, con la que no había contraído matrimonio, la actriz María Andreeva. Al principio fue bienvenido en la Tierra de los Libres como campeón de la lucha contra los monarcas tiranos. Para los norteamericanos, al igual que para los franceses, Gorky era una versión moderna de sus propios héroes republicanos. Multitudes que lo aclamaban recibieron su barco cuando atracaba en Nueva York, y Mark Twain habló en un banquete celebrado en su honor. Pero los brazos de la policía zarista eran ciertamente muy largos y, cuando se informó a la prensa americana de que la mujer que viajaba con Gorky no era su esposa, se produjo una negativa reacción pública. Los periódicos acusaron a Gorky de extender un anarquismo licencioso en la Tierra de los Justos. Twain se negó a aparecer con él en público y encolerizados manifestantes le impidieron pronunciar más discursos. Al regresar a su hotel una tarde, Gorky y Andreeva descubrieron que su equipaje había sido recogido y los esperaba en el vestíbulo. El administrador explicó que no podía arriesgar la buena reputación de su establecimiento dándoles una cama para esa noche. Ningún otro hotel en Manhattan acogió a la inmoral pareja, y se vieron obligados a encontrar refugio en el hogar de los Martins, una pareja de mentalidad abierta que vivía en Staten Island.[71]

¿Cuáles fueron las lecciones de 1905? Aunque el régimen zarista se había visto sacudido, no fue derribado. Las razones eran muy claras. En primer lugar, los distintos movimientos de oposición (la gente que vivía en las ciudades y los obreros, la revolución campesina, los motines, las fuerzas armadas y los movimientos de independencia nacional) habían seguido todos su propio ritmo individual y no habían llegado a unirse políticamente. Esto sería distinto en febrero de 1917, cuando la Duma y el Sóviet desempeñaron ese papel esencial de coordinación. En segundo lugar, las fuerzas armadas permanecieron leales, a pesar del estallido de motines, y ayudaron al régimen a estabilizarse. Esto también sería distinto en el futuro, porque en febrero de 1917 las principales unidades del Ejército y de la Marina se unieron al bando del pueblo. En tercer lugar, después de la victoria de octubre se produjo una división fatal dentro del campo revolucionario entre los liberales y los demócratas por un lado, que estaban principalmente interesados en los reformas políticas, y los socialistas y sus seguidores, que deseaban avanzar hacia una revolución social, por otro. Al

promulgar el Manifiesto de Octubre, el régimen zarista consiguió abrir una brecha entre los liberales y los socialistas. Nunca más las masas rusas apoyarían al movimiento constitucional democrático como lo hicieron en 1905. «La reacción ha triunfado, pero su victoria no puede durar mucho», escribió Gorky a un amigo antes de marchar a NuevaYork. Y ciertamente, aunque el régimen tuvo éxito a la hora de restaurar el orden, no podía tener la esperanza de retrasar el reloj. 1905 cambió a la sociedad para bien. Fue una experiencia formativa para todos aquellos que la habían vivido. Muchos de los camaradas jóvenes de 1905 fueron los «ancianos» de 1917. Se vieron inspirados por su recuerdo e instruidos por sus lecciones. El escritor Boris Pasternak (1890-1960) resumió la importancia que tuvo para su generación en el poema «1905»:

> Esta noche de cañones,
> Dormida
> Por una huelga,
> Esta noche...
> Fue nuestra infancia
> Y la juventud de nuestros maestros.[72]

El pueblo ruso y muchos de los no rusos también obtuvieron nuevas libertades políticas en 1905 y éstas no podían ser simplemente retiradas una vez que el régimen había vuelto a recuperar su poder. El auge de periódicos y diarios, la convocatoria de la Duma, la formación de partidos políticos y el surgimiento de instituciones públicas aseguraba que la política no seguiría siendo el coto exclusivo del Estado, sino que tendría que ser abiertamente discutida, incluso si las riendas auténticas del poder seguían estando firmemente en manos del zar. Una vez que probaron estas nuevas libertades, las masas populares no podían de nuevo poner su confianza en el zar. Sólo el miedo las mantenía en su lugar. Bernard Pares cita una conversación que tuvo con un campesino ruso en 1907. El inglés le había preguntado cuál pensaba que había sido el cambio principal en el país durante los últimos cinco años. Después de pensarlo un poco, el campesino contestó: «Hace cinco años había fe [en el zar], igual que miedo. Ahora ha desaparecido por completo la fe y sólo queda el miedo».[73]

No era sólo un cambio en el estado de ánimo público lo que produjo un regreso al orden prerrevolucionario. Demasiados de los propios apoyos institucionales

del régimen habían perdido la voluntad de poder. Incluso las prisiones, el último resorte de la autocracia, se veían infectadas por el nuevo espíritu liberal. Cuando en agosto de 1905 Miliukov, el dirigente kadete, fue encarcelado en la prisión de Kresty, encontró que incluso el alcaide de ésta mostraba «todos los síntomas del liberalismo. Me familiarizó con el sistema carcelario y discutió conmigo la forma de organizar el trabajo, el entretenimiento de los presos y la gestión de la biblioteca de la prisión». Trotsky descubrió que el régimen carcelario de la fortaleza de San Pedro y San Pablo era igualmente suave:

> Las celdas no se cerraban durante el día y podíamos pasear juntos. Durante horas en ocasiones podíamos jugar a pídola. Mi esposa venía a visitarme dos veces a la semana. Los funcionarios encargados observaban nuestro intercambio de cartas y manuscritos. Uno de ellos, un hombre de mediana edad, manifestaba una disposición especialmente buena hacia nosotros. A petición suya le regalé una copia de mi libro y mi fotografía con una dedicatoria. «Todas mis hijas estudian en el instituto», susurró complacido, mientras me miraba misteriosamente. Me lo encontré más tarde bajo el Sóviet e hice lo que pude por él en aquellos años de hambre.

Sus carceleros en esta prisión de alta seguridad le permitían recibir los últimos tratados socialistas, junto con un conjunto de novelas francesas y alemanas que leyó con «el mismo sentido de placer físico que el *gourmet* tiene al paladear vinos escogidos o al inhalar el humo fragante de un buen puro». Incluso se las arregló para escribir una historia del Sóviet de San Petersburgo y otras piezas varias de propaganda revolucionaria durante su estancia. «Me siento magníficamente —gustaba de bromear con sus visitantes—. Tomo asiento y trabajo y estoy completamente seguro de que no me pueden arrestar.» Cuando abandonó la fortaleza fue, como más tarde recordó, «con una ligera sensación de pena». Hay una fotografia de Trotsky en su celda. Vestido con un traje negro, una camisa de cuello duro blanco y zapatos bien limpios, podía haber sido, en palabras de Isaac Deutscher, «un próspero intelectual de Europa occidental *fin de siecle* a punto de asistir a una recepción formal más que [...] un revolucionario que esperaba juicio en la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Sólo la austeridad de la pared desnuda y el ojo de buey en la puerta ofrece un indicio del trasfondo

real».[74]

Con su habitual habilidad, Trotsky transformó el juicio de cincuenta y un dirigentes soviéticos en un brillante ejercicio de propaganda contra el régimen zarista. El proceso se inició en octubre de 1906. Cada día el tribunal se vio asediado con peticiones, cartas, cajas de comida y flores enviadas por gente que deseaba lo mejor a los acusados. La sala de vistas empezó a asemejarse al establecimiento de una florista. Los acusados y sus partidarios entre el público llevaban flores en sus ojales y ropas. El banquillo estaba lleno de flores. El juez no tuvo valor para retirar esta fragante manifestación y los desmoralizados ujieres del tribunal se vieron obligados a enfrentarse lo mejor que pudieron con el creciente bombardeo de entregas. En una ocasión, los acusados se levantaron para rendir homenaje a uno de sus camaradas, que había sido ejecutado poco antes del juicio. Incluso los fiscales se sintieron obligados a ponerse en pie durante el minuto de silencio.

Trotsky fue convocado para hablar por los acusados. Convirtió el banquillo en una tribuna revolucionaria, sermoneando al tribunal sobre la justicia del levantamiento obrero y ocasionalmente dirigiendo un dedo acusador hacia el juez que había detrás de él. Su discurso se convirtió en una acusación desde el inicio: los dirigentes soviéticos no habían conducido a los trabajadores a la insurrección, sino que los habían seguido en ella; si eran culpables de traición también lo eran millares de trabajadores que tendrían a su vez que ser juzgados. El orden político contra el que se habían alzado no era una «forma de gobierno», arguyó Trotsky, sino un «autómata destinado a realizar matanzas masivas, y si me dicen que los pogromos, los secuestros y la violencia [...] representan la forma de gobierno del Imperio ruso, entonces sí, entonces reconozco junto con la acusación, que en octubre y noviembre nos armábamos contra la forma de gobierno del Imperio ruso».[75] Cuando abandonó el banquillo se produjo un estallido de emociones. Los abogados defensores se arremolinaron en torno a él con el deseo de estrechar su mano.[52*] Habían obtenido una clara victoria moral. El 2 de noviembre el jurado pasó a deliberar su veredicto: todos salvo quince de los dirigentes soviéticos fueron puestos en libertad. Pero Trotsky y otros catorce fueron desterrados al círculo polar ártico.

Para los campesinos y los trabajadores, estas nuevas libertades políticas resultaron de escaso interés directo. Ninguna de sus propias demandas de reforma social había sido aceptada. La experiencia de 1905 les enseñó a mirar hacia la revolución social y a no seguir la dirección política de los liberales. Su

desilusión se hizo incluso más profunda con los fracasos durante los años de la Duma. Hubo un creciente abismo que se manifestaba en la polarización del movimiento de oposición después del Manifiesto de Octubre, entre los ideales constitucionales de las clases propietarias y liberales y las quejas socioeconómicas de las masas de trabajadores y campesinos: una separación general de caminos entre las revoluciones política y social.

Los obreros regresaron a sus fábricas para descubrir que el antiguo régimen laboral seguía funcionando. Tras haber logrado que sus jefes huyeran durante un breve tiempo, las condiciones brutales debieron de parecerles ahora incluso más intolerables. Con la supresión del movimiento socialista, las organizaciones obreras se vieron sometidas al asedio y al aislamiento. Y sin embargo, el número de obreros politizados deseosos de unirse a ellas aumentaba cada mes.

Por su parte, los campesinos habían experimentado la frustración, pero no se sentían derrotados en su lucha por obtener la tierra de la nobleza. Cuando los hidalgos regresaron a sus haciendas, notaron un cambio en el estado de ánimo de los campesinos. Su antiguo respeto había desaparecido, reemplazado por una considerable rudeza en su comportamiento hacia sus amos. «En lugar de la anterior cortesía de los campesinos, de su amistosidad y humildad —señaló un terrateniente al regresar a su hacienda en Samara en 1906—, solamente había odio en sus rostros y la forma en que saludaban era sólo una manera de subrayar su rudeza.» Otro terrateniente señaló al regresar a su hacienda de Tula en 1908:

> Externamente todo parecía haber vuelto a la normalidad. Pero algo esencial, algo irreparable había sucedido entre la gente. Un sentimiento generalizado de temor había socavado toda la confianza. Después de una vida de seguridad (nadie había cerrado nunca sus puertas y ventanas por la noche), los nobles se procuraron armas y realizaron personalmente rondas para probar las medidas de seguridad.

Muchos nobles se quejaron del incremento de la criminalidad, el vandalismo y el «gamberrismo» de los campesinos. Encontraron edificios y máquinas de la hacienda destrozados, o tuvieron que ocuparse de hijas enloquecidas que habían sido acosadas por los aldeanos. Esta nueva actitud de seguridad e impaciencia militantes en relación con los nobles se reflejó en las canciones aldeanas, tales como ésta, de 1912:

Por la noche paseo,
Y los ricos no se cruzan en mi camino.
Que sólo algún chaval joven se atreva a hacerlo,
Y le atornillaré la cabeza del revés.[76]

La revolución manifestó claramente el profundo odio que los campesinos sentían hacia la nobleza. Lamentaban tener que devolver la tierra que habían tomado brevemente en los «días de libertad». Mediante sus miradas hostiles y pequeños actos de vandalismo estaban expresando que la tierra era «suya», y que tan pronto como el antiguo régimen se debilitara una vez más la volverían a reclamar.

Los hidalgos provinciales, muchos de los cuales apoyaban el movimiento de reformas liberales en 1904 y 1905, en su mayor parte pasaron a la inactividad o se convirtieron en vigorosos partidarios de la reacción. Muchos de ellos se asustaron ante la violencia campesina y vendieron sus haciendas para regresar a la ciudad: entre 1906 y 1914 la nobleza vendió una quinta parte de sus tierras a los campesinos; y en las zonas más rebeldes, en 1905 y 1906 la proporción se acercó a una tercera parte. Pero entre la mayoría que eligió permanecer en la tierra se produjo una resolución endurecida de defender sus derechos de propiedad. Pidieron a gritos la restauración de la ley y el orden. Algunos hidalgos locales formaron sus propios ejércitos privados para proteger sus haciendas del vandalismo y el robo. Muchos de los más importantes se unieron a la Nobleza Unida y otras organizaciones de terratenientes fundadas después de 1905. Esta «reacción de la nobleza» se reflejó en la naturaleza cambiante de los *zemstvos*, que se transformaron de instituciones liberales en pilares del conservadurismo. En sus días liberales, los *zemstvos* habían buscado mejorar las condiciones del campesinado; pero después de 1905 se centraron crecientemente en las estrechas preocupaciones de la nobleza. Incluso el príncipe Lvov, que tenía una mentalidad liberal, perdió las elecciones a la junta provincial del *zemstvo* de Tula durante el invierno de 1905 y 1906, y tuvo que convertirse de nuevo en un delegado urbano. El conde Bobrinsky, el dirigente de la Nobleza Unida, e irónicamente cuñado de Lvov, le condenó como un «peligroso liberal».[77] Los hidalgos no eran los únicos caballeros que temían cada vez más a las clases bajas. Los sectores de la sociedad en general que contaban con propiedades se habían visto obligados a enfrentarse con la aterradora realidad de

una revolución violenta, y la perspectiva de que ésta estallara una vez más (sin duda con una violencia todavía mayor) horrorizaba a sus miembros. La siguiente revolución, parecía obvio, no sería una celebración incruenta de libertad, fraternidad e igualdad. Vendría como una terrible tormenta, una explosión violenta de odio y cólera reprimida procedente de los desposeídos, que barrería a la antigua civilización. Ésta era la terrible visión de poetas como Blok y Belyi, que retrataron a Rusia después de 1905 como un volcán inestable y en activo.

Tales temores quedaron reflejados en el siniestro estado de ánimo del lenguaje burgués hacia la «turba» en vísperas de 1905. En lugar del antiguo punto de vista benévolo de los pobres urbanos como una «masa colorista, digna de compasión», ahora existía un miedo creciente de lo que Belyi denominó «el enjambre humano formado por muchos millares». La prensa y los periódicos de bulevar se alimentaban con este creciente pánico moral de la burguesía (lo que recuerda nuestras propias preocupaciones de hoy en día acerca del surgimiento de una «subclase») y redactaban editoriales sobre el colapso del orden social, el crimen y la delincuencia juvenil, los ataques violentos contra la gente de posición, la falta de respeto hacia la autoridad e incluso la promiscuidad de la clase obrera. Todo comportamiento «áspero» llevado a cabo por las clases inferiores era visto crecientemente como agresivo y condenado como «gamberrismo», como ciertamente lo eran las protestas laborales organizadas que la sociedad liberal en los años anteriores había contemplado con alguna simpatía. En otras palabras, ya no existía ninguna distinción clara en las mentes de las clases «respetables» entre el gamberrismo criminal y la protesta violenta pero justificable. La revolución de 1905 era ahora directamente condenada como una forma de «locura», una «epidemia psíquica», en palabras de un psicólogo, que meramente había estimulado los «bajos instintos» de la turba. Había menos compasión hacia los pobres por parte de esta aterrorizada burguesía, y esto quedó reflejado en la tasa decreciente de sus contribuciones a instituciones de caridad.[78]

Como la conciencia liberal de su clase, los kadetes se veían sometidos a la agonía de los dilemas que esta creciente amenaza de violencia creaba, a su apoyo de la revolución. Por un lado, se habían visto arrastrados a una alianza con la calle, aunque sólo fuera porque no había alternativa política. Y como ellos mismos proclamaban, no había «enemigos a la izquierda». Pero, por otro lado, la mayoría de los kadetes eran burgueses, tanto en términos de su posición social como en términos de su cosmovisión general, y como tales estaban aterrorizados

por cualquier violencia ulterior procedente de las calles. Como E. N. Trubetskoi advirtió en noviembre:

> La oleada de anarquía que está avanzando por todas partes y que en la época presente amenaza al Gobierno legal, barrerá rápidamente cualquier gobierno revolucionario: las masas amargadas se volverán entonces contra los culpables reales o supuestos; buscarán la destrucción de toda la *intelligentsia;* comenzarán de manera indiscriminada a matar a cualquiera que lleve ropa alemana [es decir, vaya bien vestido].[79]

La mayoría de los kadetes llegaron a la conclusión de que no querían en absoluto una revolución. Eran lo suficientemente inteligentes como para darse cuenta de que ellos mismos serían las siguientes víctimas. En su segunda conferencia, celebrada en febrero en 1906, el Partido Kadete condenó las huelgas, la sublevación de Moscú y las incautaciones de tierras realizadas durante el otoño anterior. Entonces lanzó un suspiro de alivio: su matrimonio deshonesto con la revolución finalmente había concluido.

Este distanciamiento de las masas no resultó en ningún sitio más claro que en el interior de la *intelligentsia*. La derrota de la revolución de 1905 y la amenaza de una revolución social nueva y más violenta provocó una amplia gama de respuestas por parte de los escritores y publicistas que siempre habían defendido «la causa del pueblo». Muchos se desilusionaron y abandonaron la política buscando cómodas carreras en el derecho y en los negocios. Se establecieron, engordaron y se volvieron complacientes, y miraron con embarazo al pasado, cuando se produjeron sus días estudiantiles de inclinación izquierdista. Otros abandonaron la discusión política buscando metas estéticas, formas de vida bohemia, discusiones sobre el lenguaje y la sexualidad, o filosofías místicas de carácter esotérico. Ésta fue la época de apogeo de la intelectualidad exótica y pretenciosa. El idealismo religioso de Vladimir Solovyov obtuvo un particular apoyo de los poetas simbolistas, tales como Blok, Merezhkovsky y Belyi, y de filósofos como S. L. Frank, Serguei Bulgakov y Berdyayev, que rechazaron el materialismo de la *intelligentsia* marxista e intentaron asegurar la primacía de los valores morales y espirituales. Común a todas estas tendencias fue una profunda sensación de malestar en relación con las perspectivas de progreso liberal en Rusia.

Existía un sentimiento general de que la civilización rusa estaba condenada. En la novela de Belyi *San Petersburgo* (1913) uno de los personajes es una bomba. El miedo y la desconfianza hacia las masas «siniestras» yace en las raíces de este pesimismo cultural. «El pueblo» había perdido su pureza abstracta: en 1905 se había comportado como gente ordinaria, arrastrada por la envidia, el odio y la codicia. No se podía construir una nueva civilización sobre semejantes cimientos. Incluso Gorky, el autoproclamado paladín del hombre corriente, expresó a la fuerza sus temores más profundos. «Tenéis razón 666 veces —escribió a un amigo literario en julio de 1905—; [la revolución] está pariendo auténticos bárbaros, semejantes a aquellos que arrasaron Roma.»[80] Desde entonces, Gorky se vio asediado por el miedo, y después de 1917, por la terrible convicción de que la «revolución del pueblo» por la que había luchado toda su vida destruiría la civilización rusa.

Muchos de estos temas aparecieron en *Veji* (Hitos), una colección de ensayos publicada en 1909 por un grupo de filósofos críticos con la *intelligentsia* radical y con su papel en la revolución de 1905. Los ensayos provocaron una tormenta de controversias, en parte porque sus escritores tenían todos unas credenciales inmaculadas en la *intelligentsia* (es decir, habían sido políticamente radicales), lo que en sí mismo era sintomático del nuevo estado de ánimo de la *intelligentsia,* que dudaba y se cuestionaba a sí misma. Buena parte de este clamor vino provocado por su retrato (del que se hizo eco la novela *El caballo pálido* [1909], de Boris Savinkov) del revolucionario como una personalidad deshecha arrastrada hacia la destrucción patológica, la violencia moral y la crueldad, y la persecución del poder personal. El culto del héroe revolucionario era tan intrínseco para la propia identidad de la *intelligentsia* que semejante crítica estaba condenada a arrojarla a una crisis existencial. En uno de los ensayos de *Veji,* Struve condenó a la *intelligentsia* por su fracaso en reconocer la necesidad de cooperar con el Estado en la construcción de un orden legal después del Manifiesto de Octubre. Mientras la *intelligentsia* no abandonara sus hábitos de oposición revolucionaria y buscara en lugar de esto enseñar a las masas el respeto por la ley, el Estado zarista seguiría siendo la única protección real contra la amenaza de la anarquía.

Frank y Berdyayev sostenían que las actitudes ateas y materialistas de la *intelligentsia* la habían tentado a subordinar las verdades absolutas y los valores morales a «el bien del pueblo». Basándose en este principio utilitario, los revolucionarios acabarían dividiendo la sociedad en víctimas y opresores, y de

un gran amor por la humanidad nacería un gran odio y un deseo de venganza contra los hombres corrientes. B. A. Kistiakovsky condenó la tendencia de la *intelligentsia* radical a despreciar la «formalidad» de la ley como inferior a la justicia interior del «pueblo». La ley, sostenía Kistiakovsky, era un valor absoluto, la única garantía de libertad, y cualquier intento de subordinarla a los intereses de la revolución estaba condenado a terminar en el despotismo. Otro ensayista, A. S. Izgoev, ridiculizó el izquierdismo pueril de los estudiantes, que culpaban al Gobierno de todo mal y adoptaban los puntos de vista más extremos en la creencia de que eso los hacía más «nobles». Finalmente, M. O. Gershenzon resumió los deberes a los que se enfrentaba la *intelligentsia* en peligro:

> La *intelligentsia* debería dejar de soñar con la liberación del pueblo; deberiamos temer al pueblo más que todas las ejecuciones llevadas a cabo por el Gobierno y aclamar a este Gobierno que solo, con sus bayonetas y sus prisiones, nos sigue protegiendo todavía de la furia de las masas.[81]

A largo plazo, los bolcheviques fueron los vencedores auténticos de la revolución de 1905. No es que emergieran de ella con más fuerza que sus principales rivales; desde muchos puntos de vista sufrieron relativamente más de las represiones posteriores a 1905 y, de no haber sido por el apoyo financiero de patrocinadores acaudalados como Gorky, puede que no hubieran podido sobrevivir los siguientes doce años. Las pocas medidas de apertura que siguieron a disposición de la prensa socialista y de los sindicatos fueron mejor explotadas por los mencheviques, cuya ala derecha dominante (los denominados «Liquidadores») eliminó todas las actividades clandestinas para concentrarse en desarrollar las organizaciones legales. En 1910 ni un solo periódico clandestino seguía imprimiéndose en Rusia. De los diez mil socialdemócratas que quedaban en el país, menos del 10 por ciento eran bolcheviques. Los arrestos masivos, el exilio de sus dirigentes y la vigilancia constante de la policía redujo a los bolcheviques a una diminuta secta clandestina. La infiltración de la Ojrana en su partido era tal que algunos de los lugartenientes de mayor confianza de Lenin resultaron ser espías policiales, incluyendo a los secretarios del comité de San Petersburgo y al presidente de la facción bolchevique en la cuarta Duma, Roman Malinovsky.

Tampoco fueron los bolcheviques inmunes a las divisiones en facciones que debilitaron a todos los partidos socialistas después de 1905, a pesar del mito soviético (y antisoviético) de un partido unificado bajo el mando de Lenin. Como sucedía con los mencheviques y los eseristas, el argumento más debatido entre los bolcheviques se relacionaba con la utilización de los métodos legales e ilegales. Todos los bolcheviques estaban de acuerdo en la primacía de la clandestinidad revolucionaria. Pero algunos, como Lenin, también querían explotar los canales legales disponibles, tales como la Duma y los sindicatos, aunque sólo fuera como una «tapadera» para su propia agitación de masas; mientras que otros, como Bogdanov, el cofundador con Lenin de la facción bolchevique, sostenía que esto sólo impulsaría a los trabajadores a creer en «ilusiones constitucionales». El conflicto se combinó con otras dos cuestiones: el uso controvertido por parte de los bolcheviques de las «expropiaciones» (es decir, atracos de bancos) para financiar sus actividades, y el deseo de muchos bolcheviques, especialmente entre las bases, de que las dos facciones socialdemócratas zanjaran sus diferencias y se reunificaran.

Sin embargo, las consecuencias de 1905 iban también a dividir a los mencheviques y a los bolcheviques, e incluso más que el congreso del partido de 1903. Sólo después de 1905 las ramas rivales del movimiento socialdemócrata emergieron como dos partidos distintos, cada uno con su propia cultura política, sistema ético, filosofia y métodos. Los desplazamientos tácticos de Lenin fueron la causa de todas las diferencias. Los fundamentos básicos de la filosofía política bolchevique ya habían quedado establecidos en 1903, pero sólo fue después de 1905, cuando Lenin digirió las lecciones prácticas de la revolución fracasada, cuando comenzaron a emerger sus rasgos estratégicos únicos. De aquí la referencia de Lenin, quince años más tarde, a la revolución de 1905 como un «ensayo general» para la conquista bolchevique del poder.[82]

Como Lenin llegó a ver más tarde, tres cosas habían quedado claras en 1905: la bancarrota de la «burguesía» y sus partidos liberales como fuerza revolucionaria, el inmenso potencial revolucionario del campesinado y la capacidad de los movimientos nacionalistas en las zonas fronterizas para debilitar de manera fatal al Imperio. Defendió una ruptura de la suposición ortodoxa marxista, sostenida como dogma de fe por la mayoría de los mencheviques, de que un país atrasado como Rusia tendría que atravesar una «revolución burguesa democrática», acompañada por varias décadas de desarrollo capitalista, antes de que su clase obrera fuera lo suficientemente

avanzada para conquistar el poder e instalar un sistema socialista. No era verdad, sostenía Lenin, que los obreros tuvieran que seguir la dirección de la «burguesía liberal» a la hora de derrocar el zarismo, puesto que podían formar un gobierno revolucionario basado en su propia alianza con los campesinos y las minorías nacionales. Este concepto de autonomía de la clase obrera iba a convertirse en una poderosa arma en manos de los bolcheviques. Cuando los trabajadores renovaron sus huelgas y protestas después de 1912 se volvieron crecientemente hacia la dirección de los bolcheviques, cuyo apoyo para la acción militante contra la «burguesía» encajaba con su propio sentimiento creciente de solidaridad de la clase obrera en vísperas de 1905.

Trotsky avanzó una idea similar en su teoría de la «revolución permanente», que había tomado del teórico marxista Parvus y desarrollado a partir de su análisis de la revolución de 1905, *Resultados y Perspectivas.* Aunque seguía siendo un menchevique (el orgullo le impedía unirse al partido de Lenin), la teoría de Trotsky encajaba mejor con el bolchevismo revolucionario al que se uniría en 1917 que con la corriente principal del menchevismo, defendida por Plejanov y Axelrod, que insistían en que la revolución burguesa era una condición necesaria para el socialismo real.[53*] La burguesía rusa, según Trotsky, se había mostrado incapaz de dirigir la revolución democrática y sin embargo esta debilidad de los propios agentes del capitalismo posibilitaría a la clase obrera el llevar a cabo su revolución antes que en los países más avanzados de Occidente. Aquí se encontraba la paradoja histórica elevada al nivel de la estrategia. Para empezar, la revolución rusa tendría que obtener el apoyo de los campesinos, la vasta mayoría de la población, permitiéndoles apoderarse de las haciendas de la nobleza. Pero cuando la revolución avanzara hacia el socialismo, y la resistencia del campesinado «pequeñoburgués» aumentara, los avances ulteriores dependerían de la extensión de la revolución a los países industriales de Occidente, sin cuyo apoyo el orden socialista no podría sostenerse. «¡Trabajadores de todo el mundo, uníos!»

En este aspecto de su teoría, y sólo en éste, Trotsky seguía siendo un menchevique. Porque lo único que unía a todas las diversas corrientes del credo menchevique después de 1905 era la creencia en que sin una revolución socialista en Occidente la lucha revolucionaria de la clase obrera rusa estaba condenada a fracasar sin el apoyo, o al menos la neutralidad, de la burguesía. Esto, desde el punto de vista de los mencheviques, exigía un acercamiento flexible a los partidos liberales después de 1905. Defender el desmantelamiento

del Estado despótico y el establecimiento de una democracia actuaba en favor de sus intereses mutuos. Los años en que funcionaría la Duma servirían como la última prueba de este experimento de reforma política.

6 Las últimas esperanzas

I Parlamentos y campesinos

Finalmente, la Duma de Estado se inauguró el 27 de abril de 1906. Era un día caluroso y soleado, uno de tantos de una excepcional primavera rusa y, con cierta incomodidad, Vladimir Obolensky, diputado electo por el distrito de Yalta, se enfondó su viejo frac y partió en carruaje hacia el Palacio de Invierno, donde los nuevos parlamentarios iban a ser recibidos en la Sala de la Coronación. El zar y los diputados de la Duma se miraban recelosos, porque se sentían reacios a compartir su poder con el otro. Por tanto, el momento estuvo marcado por una postura hostil de cada bando, como si toda la pompa y la ceremonia, las reverencias y las genuflexiones, fueran en realidad delicadas maniobras de una batalla hermosamente camuflada.

Nicolás ya había ganado la primera batalla al conseguir que los diputados fueran hacia él, y no él a la Duma, para la ceremonia de inauguración. Es más, no fue hasta febrero de 1916, en medio de una grave crisis política, cuando el zar finalmente se dignó aparecer en el Palacio de Táuride, la sede de la Duma. Y, para subrayar esta supremacía real, la Sala de la Coronación del Palacio de Invierno estaba suntuosamente decorada para dar la bienvenida a los diputados parlamentarios. El trono estaba revestido de armiño con la corona, el cetro, el sello y el orbe situados a sus pies sobre cuatro pequeños escabeles. El milagroso icono de Cristo estaba colocado, al igual que un santo protector, delante de él, y solemnemente protegido por una comitiva de altos dignatarios religiosos. Las profundas voces bajas del coro, vestido con casacas púrpura y doradas, desgranaban verso a verso el *Dios salve al zar,* como si tuvieran el propósito de mantener a la congregación de pie hasta que, en el punto álgido del *crescendo* de las fanfarrias, llegase la comitiva real.

En un lateral de la sala se encontraba lo más granado de la Rusia autocrática: consejeros de Estado, senadores, ministros, almirantes, generales y miembros de

la corte, todos ellos envueltos en sus brillantes uniformes cargados de medallas y galones dorados. Frente a ellos se alineaban los dirigentes parlamentarios de la nueva Rusia democrática, una variada selección de campesinos con camisas y túnicas de algodón, profesionales con trajes de calle, monjes y sacerdotes vestidos de negro, ucranianos, polacos, tártaros y otros representantes vestidos con sus trajes regionales, y un pequeño grupo de nobles con traje de etiqueta. «Los dos grupos hostiles se encontraban de pie frente a frente —recordó Obolensky—. Los viejos y grises dignatarios de la corte, fieles guardianes de la tradición y la etiqueta, miraban de forma arrogante, aunque no sin miedo y recelo, a la "gente de la calle", a quienes la revolución había permitido el paso al palacio, y murmuraban entre ellos. El otro lado los miraba con no menos desdén o desprecio.» Uno de los diputados socialistas, un hombre alto que llevaba una camisa de trabajador, escudriñaba el trono y a los cortesanos que lo rodeaban con evidente disgusto. Cuando el zar y su séquito entraron en la sala, se volvió hacia ellos y les dirigió una angustiosa mirada cargada de odio. Durante un momento se temió que pudiera lanzar una bomba.

El lado de la corte retumbó con el lanzamiento de vítores orquestados cuando el zar se aproximó al trono. Pero los diputados de la Duma permanecieron en completo silencio. Como recordó Obolensky: «Era la expresión natural de nuestros sentimientos hacia el monarca, quien en los doce años de su reinado se había esforzado por destruir todo el prestigio disfrutado por sus predecesores». El sentimiento era mutuo, pues el zar no dirigió ni una sola mirada hacia el lado de la Duma. Sentado en su trono, pronunció una breve y superficial alocución en la que prometió apoyar los principios de autocracia con «inquebrantable firmeza», y con un tono de evidente falta de sinceridad, se dirigió a los diputados de la Duma llamándolos «la mejor gente» de su Imperio. Después de esto, se levantó para marcharse. La era parlamentaria había comenzado. Cuando la comitiva real abandonó la sala, se pudieron ver lágrimas en el rostro de la madre del zar, la emperatriz Dowager. Para ella había sido una «ceremonia terrible», tal como confesaría posteriormente al ministro de Finanzas. Y durante varios días no pudo superar la impresión que le había causado ver a tanta gente vulgar dentro del palacio. «Nos miran como si fuéramos sus enemigos, y no puedo dejar de apartar mi vista de ciertos rostros, que parecen reflejar un extraño odio hacia todos nosotros.»[1]

Esta confrontación ceremonial era sólo una muestra de la guerra que estaba a punto de estallar. En efecto, todo el período de la historia política rusa entre las

dos revoluciones, la de 1905 y la de febrero de 1917, se podría caracterizar como una batalla entre los realistas y las fuerzas parlamentarias. Al comienzo, cuando el país estaba sumido en la crisis revolucionaria, la corte se vio obligada a otorgar concesiones a la Duma. Pero cuando el recuerdo de 1905 hubo pasado, intentó recuperar sus poderes y restaurar la antigua autocracia.

Las reformas constitucionales de 1905 y 1906 eran lo suficientemente ambiguas para conceder a ambos bandos motivos para la esperanza. Nicolás nunca había aceptado el Manifiesto de Octubre como una limitación necesaria de sus propias prerrogativas autocráticas. Había aprobado de mala gana el Manifiesto bajo presión de Witte para salvar el trono. Pero en ningún momento había jurado acatarlo como una «constitución» (palabra crucial que nadie había mencionado) y por tanto, al menos en su mente, su juramento de la coronación de mantener los principios de la autocracia seguía en vigor. La soberanía del zar, desde su punto de vista, todavía emanaba directamente de Dios. La base mística del poder del zar, que se mantenía sin cuestionamiento alguno, permanecía intacta. No había nada en las nuevas Leyes Fundamentales (aprobadas en abril de 1906) que sugiriese que en adelante la autoridad del zar debía proceder del pueblo, tal como ocurría en las teorías constitucionales occidentales.

En este sentido, Miliukov estaba en lo cierto al insistir, contra la opinión de la mayoría de sus colegas kadetes, en que Rusia no tendría una verdadera constitución hasta que el zar así lo reconociera específicamente en un nuevo juramento de lealtad. Hasta entonces Nicolás no estaría obligado a apoyar los principios constitucionales de su propio Manifiesto, y no había nada que la Duma pudiera hacer para evitar el regreso a las antiguas formas autocráticas una vez que la crisis revolucionaria hubiera pasado. Es más, las Leyes Fundamentales estaban deliberadamente formuladas para cumplir las promesas del Manifiesto de Octubre mientras conservaban las prerrogativas del zar. Se forzaron las nuevas libertades constitucionales en el viejo marco legal de la autocracia. El zar incluso conservó explícitamente el título de «autócrata», aunque sólo con el apelativo «supremo» en lugar del anterior «ilimitado». Sin embargo, para Nicolás todo esto era parte de su trabajo. Así, las limitaciones impuestas por las Leyes Fundamentales se aplicaban sólo a la administración zarista, no a sus propios derechos de Gobierno ilimitado. Es más, aunque la burocracia se considerase como un «muro» levantado entre él y el pueblo, siempre se podría consolar con el pensamiento de que las reformas podrían fortalecer sus prerrogativas personales.

Y el zar tenía las mejores cartas en el sistema posterior a 1905. Era el comandante supremo del Ejército y conservaba el derecho exclusivo de declarar la guerra o de firmar la paz. Podía disolver la Duma, y así lo hizo dos veces cuando su conducta no le satisfizo. De acuerdo con el artículo 87 de las Leyes Fundamentales, podía también legislar por decreto de emergencia cuando la Duma no estuviera reunida en sesión, y su Gobierno utilizó este subterfugio para sortear cuando lo deseó la oposición parlamentaria. La Ley Electoral de la Duma estableció un sistema indirecto de votación por estados que se inclinaba a favor de los aliados tradicionales de la Corona, la nobleza y los campesinos (que todavía se suponía erróneamente que eran monárquicos de corazón). El Gobierno (el Consejo de Ministros) era nombrado exclusivamente por el zar, mientras que la Duma poseía el derecho de veto sobre sus proyectos de ley. Pero no había ninguna sanción parlamentaria efectiva contra los abusos del Ejecutivo, que permanecía subordinado a la Corona (como en el sistema alemán) en lugar de estar supeditado al Parlamento (como en el sistema inglés). No había nada que la Duma pudiera hacer, por ejemplo, para evitar que el Gobierno subvencionara periódicos y organizaciones derechistas, que eran conocidos por incitar pogromos y que incluso habían intentado asesinar a importantes dirigentes liberales de la Duma. El ministro del Interior y la policía, que mantenían estrechos lazos con la Corte, estaban también fuera del control de la Duma. Gracias a sus generalizados y arbitrarios poderes, los derechos civiles y las libertades contenidas en el Manifiesto de Octubre seguían siendo poco más que vanas promesas. Es más, no hay una imagen más exacta de la verdadera posición de la Duma que el hecho de que cada vez que se reunía en el Palacio de Táuride, se podía ver a un grupo de policías de paisano en el exterior, esperando que salieran los diputados, a los que se les había asignado que siguieran y que mantuvieran bajo vigilancia.[2]

La Duma era un parlamento legislativo. Sin embargo, no podía promulgar sus propias leyes. Sus propuestas legislativas no podían hacerse efectivas hasta que recibieran la aprobación tanto del zar como del Consejo de Estado, una antigua asamblea consultiva compuesta en su mayor parte por nobles reaccionarios, la mitad de ellos elegidos por los *zemstvos* y la otra mitad elegida por el zar, que fue transformada en cámara alta, con iguales poderes legislativos que la Duma, por un estatuto de febrero de 1906. El Consejo de Estado se reunía en el espléndido salón del Palacio Marinsky. Sus miembros más antiguos, la mayoría de ellos burócratas y generales retirados, se sentaban (o dormitaban) en sus

cómodos sillones de terciopelo mientras imponentes lacayos vestidos con libreas blancas pululaban en silencio sirviendo té y café. El Consejo de Estado era más parecido a un club de hidalgos ingleses que a una cámara parlamentaria (puesto que tenía la pretensión de emular a la Cámara de los Lores, esto era quizás una señal de su éxito). Sus debates no eran exactamente animados, ya que la mayoría de los consejeros compartían las mismas actitudes realistas, teniendo en cuenta además que algunos octogenarios (que eran mayoría) habían perdido claramente sus actitudes críticas. Al final de un debate, por ejemplo, el general Stürler comunicó que él votaba lo mismo que la mayoría. Cuando se le explicó que todavía no se había formado ninguna mayoría porque la votación acababa de comenzar, él contestó con irritación: «¡Sigo insistiendo en que estoy con la mayoría!». No obstante, sería erróneo presentar el Consejo de Estado como un organismo ridículo o benevolente. El control de la Nobleza Unida, a la que pertenecían un tercio de los consejeros, aseguraba su actuación como una fuerza reaccionaria, así como su rechazo a todos los proyectos de leyes liberales de la Duma. Por este motivo el Consejo de Estado se empezó a conocer como el «sepulcro de las esperanzas de la Duma».[3]

Y, sin embargo, ese primer día, cuando los diputados de la Duma ocuparon sus escaños en el Palacio de Táuride, no había sino esperanzas en sus corazones. Sentado en los escaños de los kadetes, Obolensky se encontró al lado del príncipe Lvov, que estaba «pletórico de optimismo» acerca de la nueva era parlamentaria. «No crea en los rumores que circulan acerca de que el Gobierno nos va a disolver —le dijo confiadamente Lvov—. Ya verá como todo va bien. Sé de fuentes dignas de todo crédito que el Gobierno está dispuesto a hacer concesiones.»[4] La mayoría de los miembros de la Duma compartían esta fe ingenua en que Rusia había conseguido al final su «Cámara de los Comunes», y que por fin estaba decidida a unirse al club de los Estados parlamentarios liberales de Occidente. El tiempo de los tiranos estaba acabando. El mañana pertenecía al pueblo. Esto era la «Duma de las Esperanzas Nacionales».

Nadie creía que el zar iba a atreverse a disolver la Duma y arriesgarse así a recibir un aluvión de críticas procedentes de los liberales de Rusia y del extranjero. Confiadamente, se daba por supuesto que la dependencia de Rusia en las finanzas occidentales, renovada en 1906 con el mayor préstamo extranjero de su historia, le obligaría a conservar la estructura liberal del Estado. Se olvidaba que Nicolás despreciaba a la «opinión pública» y que no tenía ninguna obligación legal de respetarla. Además, Witte, el arquitecto del nuevo orden

parlamentario, acababa de ser reemplazado por Iván Goremykin, un antiguo reaccionario y favorito de la Corte que consideraba a la Duma como un obstáculo innecesario para su Gobierno. Los nuevos parlamentarios creían inocentemente que, mientras tuvieran «al pueblo» de su lado, serían capaces de obligar al zar a conceder un parlamento totalmente soberano. Rusia seguiría el mismo camino de la Francia posrevolucionaria, desde los Estados Generales a la Asamblea Constituyente.

El Palacio de Táuride fue la cuna, el baluarte y el sepulcro de la democracia rusa. Hasta febrero de 1917 fue la sede de la Duma. Durante las primeras semanas de la revolución albergó al Gobierno Provisional (que se trasladó al palacio Marinsky el 7 de marzo) y al Sóviet de Petrogrado (que se trasladó al Instituto Smolny en julio). Sin embargo, durante un solo día, el 6 de enero de 1918, acogió al primer parlamento plenamente democrático de la historia rusa (la Asamblea Constituyente) hasta que fue clausurado por los bolcheviques. Ningún otro edificio en suelo ruso ha sido escenario de un drama político tan turbulento. El palacio fue construido en 1783 por Catalina la Grande para uno de sus favoritos, Grigorii Potemkin, que adoptó el título de príncipe de Táuride después de su conquista de Crimea. Diseñado como un panteón y decorado con columnas dóricas y estatuas clásicas, era un tranquilo refugio suburbano alejado del ruido de la capital y rodeado por sus propios parques y lagos privados. En la Sala Catalina, donde se reunían los diputados, había hileras semicirculares de asientos y un estrado a un extremo, presidido por un retrato de Nicolás II realizado por Repin. Detrás del estrado había tres grandes ventanas saledizas que daban a un paisaje que bien hubiera podido pintar Watteau.

Los diputados campesinos de la Duma habían aportado a este elegante palacio la cultura política de los graneros de sus pueblos. «Era suficiente echar un vistazo a esta variada multitud de "diputados" —comentaba un conmocionado funcionario— para horrorizarse ante la visión de lo que era el primer organismo representativo de Rusia. Era una reunión de salvajes. Parecía como si la tierra rusa hubiera enviado a San Petersburgo todo lo que hubiera de bárbaro en ella.» Cientos de campesinos portadores de súplicas habían acudido al Palacio de Táuride desde todos los rincones de Rusia: algunos para apelar una decisión de su tribunal local, otros para quejarse de los impuestos, otros simplemente para controlar las actividades de sus delegados electos. Serguei Semyonov se encontraba entre ellos. Había sido enviado por una agrupación de campesinos de su *volost* de Andreevskoe con una petición sobre las reformas agrarias y, como

recordaba, «se suponía que iba a asegurarme de su aprobación por la Duma». El olor al tabaco barato de los campesinos y sus ropas de agricultores llenaban los largos pasillos del palacio. El suelo estaba cubierto con las cáscaras masticadas de semillas de girasol, que escupían sin tener en cuenta los claros avisos al público que la mayoría de ellos no podía leer. Algunos diputados campesinos se emborrachaban en las tabernas, intervenían en reyertas, y cuando se intentaba arrestarlos, proclamaban su inmunidad como miembros de la Duma. Se detuvo incluso a dos de ellos vendiendo «entradas» para el Palacio de Táuride. Resultó que ya habían sido condenados por pequeños robos y estafas, lo que debería haber bastado para impedir su presentación a la elección.[5]

En parte debido a este elemento campesino, los procesos de la Duma tenían un aire decididamente informal. El periodista inglés Maurice Baring comparó las sesiones con una «reunión de conocidos en un club o café».[6] Un diputado podía comenzar a hablar desde su escaño y continuar dirigiéndose a la sala mientras caminaba hacia a la tribuna. Podía interrumpir su disertación en mitad de una frase para hablar al presidente o también para ofrecer una breve explicación de algún detalle. A veces los diputados de la parte de atrás de la sala se enzarzaban en un debate privado, y cuando el presidente exigía orden, no era extraño que saliesen al pasillo a continuar la discusión. Era como si la política de la calle, o del campo, se hubiera introducido dentro del edificio del Parlamento. Quizás era normal que la Duma estuviera desorganizada, pues, después de todo, era la primera experiencia parlamentaria de Rusia; y hubo también muchas otras convenciones similares (como la Asamblea Nacional de 1789 o el Parlamento de Francfort de 1848) donde los políticos noveles también estaban desorganizados. Y sin embargo, daba la impresión de que los rusos estaban por naturaleza especialmente mal preparados para las disciplinas de la práctica parlamentaria. Incluso hoy en día, en la Duma poscomunista, es evidente una informalidad similar, que raya en las maneras propias de una cervecería. La democracia rusa se puede comparar en cierto modo a los mismos rusos: caóticos y desorganizados.

La mayoría de los diputados campesinos, aproximadamente un centenar de ellos, se sentaba con el grupo Trudovik (laborista), un partido agrario aparentemente unido, cuyo principal objetivo era una solución radical del problema del campo por medio de la expropiación obligatoria de todas las propiedades de la nobleza. Esta reivindicación lo convertía en la elección obvia de los campesinos una vez que su partido habitual, los eseristas (SR), había

decidido, junto con los socialdemócratas (SD), boicotear las elecciones de la Duma. Los kadetes constituían el partido mayoritario de la Duma, con ciento setenta y nueve diputados (incluyendo a Obolensky y Lvov) de un total de cuatrocientos setenta y ocho. Sin embargo, tampoco hay que exagerar su nivel de apoyo en el país, ya que los kadetes habían conseguido gran parte de los votos que hubieran ido a parar a los eseristas (SR.) y a los socialdemócratas (SD), en caso de que se hubieran presentado. Sin embargo, su éxito electoral les había proporcionado el sentido de su propia legitimidad como interlocutores de «el pueblo». Inspirados por este papel histórico, y en cierto modo asustados ante la idea de no poder satisfacer las radicales expectativas de las masas, los kadetes adoptaron una postura militante de oposición hacia el Gobierno que marcó la pauta de la breve y turbulenta existencia de la Duma.

Desde su sesión de apertura, la Duma se había convertido en una tribuna revolucionaria. Se convirtió en un ariete contra la fortaleza de la autocracia. El primer día, los diputados llegaron al Palacio de Táuride en actitud militante, y al momento comenzaron a condenar la violencia represiva del Gobierno (no se condenó el terror de la izquierda). Habían llegado en barco de vapor por el Neva desde el Palacio de Invierno, y cuando pasaron por la cárcel Kresty vieron a los prisioneros saludándolos a través de los barrotes de sus ventanas. Los diputados agitaron sus sombreros en respuesta y el simbolismo de ese momento (la creencia de que estaban siendo conducidos a la nueva era parlamentaria gracias a los sacrificios de esos «políticos») hizo que brotaran lágrimas en muchos ojos. Cuando tomaron posesión de sus asientos en la Sala Catalina, el dirigente kadete Petrunkevich se dirigió a los delegados «para dedicar nuestro primer pensamiento y nuestra primera palabra libre a aquellos que han sacrificado su propia libertad por la liberación de nuestra querida Rusia. Las prisiones están llenas, pero la Rusia libre exige la liberación de todos los prisioneros políticos». Sus palabras tocaron una profunda cuerda emocional entre los diputados. Como un solo hombre, se levantaron y, volviéndose hacia los ministros que habían acudido a observar la sesión inaugural, gritaron: «¡Amnistía! ¡Amnistía!».[7]

Según las Leyes Fundamentales, la concesión de las amnistías políticas continuaba siendo una prerrogativa exclusiva del zar. Pero el objetivo de los diputados era forzar a la Corona a que cediese sus poderes ejecutivos a la Duma y, como éste parecía un lugar adecuado para comenzar, incluyeron ese objetivo en su lista de demandas. Éstas fueron presentadas en forma de discurso a la Corona, y también incluía el nombramiento de un Gobierno responsable ante la

Duma, la abolición del Consejo de Estado, una reforma agraria radical y el sufragio masculino universal. Durante dos semanas hubo silencio por parte de la Corona, que estaba considerando cómo responder a estas exigencias *ultra vires*. Se realizaron varios intentos de neutralizar a los liberales, invitando a sus dirigentes a participar en el Gobierno. Pero, como creían que se encontraban al borde de una segunda y decisiva revolución, permanecieron firmes. Entonces, el 14 de mayo, el Gobierno pasó dos leyes para que las aprobara la Duma: una para autorizar una nueva lavandería, y otra para construir un invernadero en la Universidad de Dorpat. Era una clara declaración de guerra legislativa. Obviamente, el Gobierno no estaba en absoluto dispuesto a cooperar con la Duma. Es más, no se había dignado reconocer sus exigencias de reformas.

Partiendo de esa base, la disolución de la Duma sólo era cuestión de tiempo. Todo esto dio lugar a una sorda batalla cuando los parlamentarios se siguieron mostrando desafiantes en una serie de discursos radicales pronunciados desde la tribuna del Palacio de Táuride. La tensión era tal que posteriormente muchos diputados afirmaron haber perdido peso durante esas semanas, aunque es probable que el caluroso tiempo de junio también colaborara. Desde el punto de vista del Gobierno, la postura revolucionaria del país todavía seguía siendo una amenaza (la guerra de los campesinos en las haciendas había revivido en la primavera con una ferocidad equiparable a la del otoño anterior, mientras que la campaña terrorista de los eseristas todavía no había sido sofocada), y la postura militante de la Duma tenía el deber de estimularla.

Sin embargo, la cuestión crucial era la determinación de la Duma de apaciguar a los campesinos con una reforma agraria radical. Tanto los kadetes como los trudoviki estaban abogando a voz en grito por la expropiación obligatoria de todo el excedente de tierra de la clase acomodada (los primeros con compensación y los segundos sin ella). En cierto momento (durante la época del «Gran Miedo» de 1905), muchos propietarios de tierras hubieran aceptado algún tipo de expropiación para salvar sus vidas. «Si no hacemos algunas concesiones —había declarado un hidalgo asediado ante su consejo local de nobles—, la revolución surgirá desde abajo y arderán hogueras de un extremo a otro del país.» Incluso Trepov había dicho una vez a Witte: «Yo soy un terrateniente y renunciaría gustoso a la mitad de mis heredades si estuviera convencido de que bajo estas condiciones podría mantener el resto». Pero a medida que la marea revolucionaria retrocedía, los terratenientes se volvieron menos inclinados a comprometerse. El zar habló por ellos cuando dijo: «Lo que es del terrateniente

le pertenece sólo a él». Los *zemstvos* provinciales, una vez baluartes de la oposición liberal, se convirtieron en los bastiones de la ley y el orden. La Nobleza Unida, que fue fundada para defender los derechos de propiedad, tenía poderosos partidarios en la corte, en el Consejo de Estado y en la administración civil. Dirigió la campaña contra las propuestas reformistas de la Duma sobre la base de que la concesión de tierras adicionales a los campesinos no solucionaría sus problemas, ya que éstos estaban causados fundamentalmente por las ineficiencias del sistema comunal y no por la escasez de tierras. Su argumento estaba de sobras respaldado por la experiencia reciente: al haber considerado a la comuna como el bastión del viejo orden rural, estos conservadores habían aprendido en 1905 que se podía convertir fácilmente en el mecanismo organizador de la revolución campesina. «En otros países hay mucha menos tierra per cápita que en Rusia —había declarado el príncipe A. P. Urusov en una reunión de terratenientes en mayo de 1906—, aunque allí no se habla de la escasez de tierras debido a que el concepto de propiedad está claro en la mente de las personas. Pero nosotros tenemos la comuna, que es lo mismo que decir que el principio del socialismo ha destruido este concepto. El resultado es que en ningún otro lugar se observa esta destrucción brusca de la propiedad como en Rusia.»[8] La abolición de la propiedad comunal y la creación de una clase de campesinos propietarios habían sido aprovechadas por la clase acomodada como una alternativa a la reforma agraria radical de la Duma.

El 8 de julio la Duma se disolvió finalmente, setenta y dos días después de su apertura. Se convocaron nuevas elecciones para una segunda sesión de la Duma en febrero del año siguiente. El primer ministro Goremykin fue sustituido por Stolypin, un defensor muy conocido de la abolición de la propiedad comunal y un ejecutor de medidas represivas para restaurar el orden en el país. Los liberales se sintieron ultrajados por la disolución. El príncipe Lvov, que había confiado tanto en que esto no sucedería, escribió acerca de su «rabia ante este descarado ataque al principio parlamentario», aunque como terrateniente se había opuesto a la reforma agraria de la Duma. La disolución transformó a Lvov de un liberal moderado en uno radical. Se encontraba entre los kadetes que, como protesta, huyeron a la ciudad finlandesa de Vyborg, donde firmaron un manifiesto convocando al «pueblo» a levantarse contra el Gobierno, rehusando pagar más impuestos o negándose a enviar más reclutas al Ejército.[54*] El Manifiesto deVyborg era un ejemplo típico de la postura militante de los kadetes desde la apertura de la Duma. Por este motivo fue recibido con total indiferencia. Y el

Gobierno pudo entonces adoptar medidas represivas con más tranquilidad para silenciar a sus bravos pero inocentes críticos liberales. Más de cien kadetes importantes fueron llevados a juicio y suspendidos por la Duma debido a su participación en el Manifiesto de Vyborg. Los kadetes que ocuparon sus escaños en la segunda y tercera Duma fueron en conjunto mucho menos radicales, y de bastante menos talento, que los que habían disfrutado de uno en la primera. Al vivir con su «complejo Vyborg», perseguían una línea más conservadora, y se mantenían muy bien bajo los confines de las leyes zaristas, en defensa de la Duma.[9] Ya nunca volverán los kadetes a poner su confianza en el apoyo de «el pueblo». Ni tampoco el pueblo les pedirá que lo representen. En adelante, los kadetes se orientarán conscientemente a lo que habían hecho siempre: a conseguir la participación de la burguesía. El liberalismo y el pueblo comenzaban a seguir caminos distintos.

II El estadista

Pocas figuras de la historia rusa han dado lugar a tanta controversia como Piotr Arkadevich Stolypin (1862-1911), primer ministro de Rusia desde 1906 hasta su asesinato cinco años después. Los socialistas le acusaron de ser uno de los últimos defensores acérrimos del orden zarista. Dio nombre a un tipo de lazo corredizo (la «corbata de Stolypin»), que fue utilizada por los tribunales militares para sofocar la revolución campesina. Los vagones del tren que se emplearon para llevar a los «políticos» a Siberia se llamaron también «coches de Stolypin» (como se les siguió llamando cuando se dirigían a los gulags). Sin embargo, a partir de 1917 los seguidores más ardientes del zar denunciarían a Stolypin, al que acusaron de ser un burócrata advenedizo cuya peligrosa política de reformas sólo había servido para minar los sagrados principios de la autocracia. Pero para sus admiradores, y tiene muchos en la Rusia postsoviética, Stolypin fue el estadista más grande que jamás tuvo Rusia, el único hombre que podía haber salvado al país de la revolución y de la guerra civil. Sus reformas, afirmaban, si hubiera dispuesto del tiempo suficiente para ponerlas en marcha, podrían haber transformado a Rusia en una sociedad liberal capitalista, pero fueron interrumpidas por su prematura muerte y por la guerra. Se cuenta que

cuando el zar estaba firmando su orden de abdicación comentó que si Stolypin hubiera estado vivo, eso nunca habría sucedido. Por supuesto, sólo es una suposición. ¿Podía alguien haber salvado al zar? Lo cierto es que el mismo Nicolás había simpatizado con la oposición derechista a las reformas de Stolypin; y, frustrado por esta reacción realista, sus reformas estaban condenadas mucho tiempo antes de su muerte.

El destino de Stolypin tuvo mucho de trágico. Incluso su fracaso tuvo mucho que ver con la debilidad de su propia personalidad, como ocurrió con la oposición tanto desde la izquierda como desde la derecha con la que se encontró. Su historia es en cierto modo similar a la de Mijail Gorbachov. Ambos eran estadistas valientes, inteligentes y resueltos, comprometidos con la reforma liberal de un viejo y decadente sistema autoritario del cual ellos mismos eran productos. Ambos recorrieron un estrecho camino entre los poderosos intereses creados de las antiguas elites gobernantes y la oposición radical de los demócratas. Fracasaron en su forma diferente de ver que los dos bandos opuestos compartían una misma zona de colisión, y que intentar mediar entre ellos lo único que podía crear eran enemigos en ambos campos y muy pocos amigos. Formados en el mundo monolítico de la política burocrática, ambos hombres no supieron apreciar que sus reformas sólo podrían tener éxito si se ganaban el apoyo de un partido popular o de alguna otra amplia comunidad de intereses. Pretendieron imponer sus reformas desde arriba, de forma burocrática, sin intentar primero construir una firme base popular; y esto, más que ninguna otra cosa, fue la clave de su muerte política.

Tanto el aspecto fisico como el origen de Stolypin eran los habituales de ese círculo de aristócratas que dominaba la burocracia imperial. Alto, con barba y distinguido, de él emanaba un considerable encanto personal. El inglés Bernard Pares le comparó con un «gran oso amistosamente ingenuo».[10] Stolypin procedía de una antigua familia aristocrática que había servido a los zares desde el siglo XVI y que, como recompensa por sus servicios, había acumulado vastas propiedades en diversas provincias del Imperio. La tía abuela de Stolypin estaba emparentada con Lermontov, y sus padres eran amigos de Gogol y Tolstoi. Durante su niñez la familia había viajado mucho por Europa, y él mismo hablaba con fluidez francés, alemán e inglés cuando se matriculó, en 1881, en la Facultad de Física y Matemáticas de la Universidad de San Petersburgo.

Sin embargo, en un aspecto muy importante, Stolypin era diferente del resto de la elite gobernante: no había escalado los distintos puestos de la burocracia de

San Petersburgo, sino que había sido nombrado jefe de Gobierno directamente desde las provincias. Esto iba a convertirse en una peligrosa fuente de fricción con sus rivales. La perspectiva política de Stolypin estaba basada directamente en su experiencia provincial. Incluso ya de primer ministro, seguía siendo en esencia un hidalgo provinciano, cuyo principal interés se encontraba en la agricultura y en la administración local. Sus primeros trece años de funcionario (de 1889 a 1902) los había pasado como comisario de la nobleza en Kovno, una provincia polaco-lituana donde su mujer, O. B. Neidgart, poseía una hacienda. Fue allí donde Stolypin comenzó a preocuparse por los problemas de la explotación agrícola rusa. La región de Kovno, al igual que la mayoría de las provincias occidentales del Imperio ruso, nunca había experimentado el sistema comunal. Los campesinos poseían sus terrenos y sus propias técnicas de cultivo, al igual que en su vecina Prusia, y eran mucho más prósperos que los campesinos de la Rusia central, donde prevalecía el sistema comunal. El contraste se agudizó en 1903, cuando Stolypin fue nombrado gobernador de Saratov, una extensa provincia en la que prevalecía el sistema comunal. En 1905 y 1906 se destruyeron más propiedades de la clase acomodada en Saratov que en cualquier otra provincia del Imperio. La hija de Stolypin recordaba la visión de la «estepa iluminada de noche por las casas solariegas ardiendo» y de las largas filas de carros desplazándose por el horizonte rojo como «un ejército de campesinos regresando de sus guerras».[11] Todo esto confirmó la convicción de Stolypin (que llevó con él a San Petersburgo y se convirtió en el puntal de su reforma agraria) de que el problema de la tierra no se resolvería y de que la amenaza de la revolución no desaparecería hasta que no fuera abolido el sistema comunal y se creara una clase estable de campesinos propietarios que compartiera los mismos intereses que la clase acomodada.

En gran parte, como resultado de sus medidas resueltas para restaurar el orden en Saratov, Stolypin fue nombrado ministro del Interior en abril de 1906. El siguiente mes de julio se convirtió en primer ministro, o presidente del Consejo de Ministros. El zar quería un «hombre fuerte» para que tratara con un país en crisis, y los relatos de la valentía personal de Stolypin circulaban libremente por toda la capital. A diferencia de otros gobernadores provinciales, que se habían atrincherado en sus residencias oficiales o que habían abandonado sus puestos aterrorizados durante las recientes revueltas, Stolypin visitaba los pueblos más rebeldes de Saratov y, enfrentándose a los agitadores radicales, sacó partido de lo que su hija denominaba «su experiencia de hidalgo de provincias sobre cómo

dominar a los campesinos». En un pueblo convenció a un presunto asesino de que bajara su revólver abriendo su abrigo y retándole delante de la multitud a que disparara contra él a sangre fría. En otra ocasión, mientras pronunciaba un discurso en una reunión del pueblo, se dio cuenta de que un campesino agitador se encontraba detrás de él con intenciones aparentemente peligrosas. Stolypin interrumpió su discurso y, volviéndose al agitador, pidió que le alcanzara su abrigo. El campesino, obedientemente, tomó el abrigo de la mano de un ayudante y se lo pasó al gobernador.[12] Con un gesto arrogante, Stolypin había resuelto hacer valer su dominio, el dominio de un terrateniente, sobre su adversario campesino. Esta imagen ejemplifica en gran medida la naturaleza del poder en Rusia.

Estos no fueron ejemplos aislados de la valentía personal de Stolypin. Durante su mandato como primer ministro, hubo varios intentos de acabar con su vida, incluyendo la explosión de una bomba en su casa que mató a varios siervientes e hirió a una de sus hijas. Sin embargo, nada le disuadió. Llevó desde entonces un chaleco antibalas y se rodeó de hombres de seguridad, aunque estaba convencido de que iba a morir violentamente. La primera línea de su testamento, escrito poco después de su nombramiento como primer ministro, decía: «Enterradme donde me hayan asesinado».[13]

«Estoy luchando en dos frentes —confesó Stolypin a Bernard Pares en 1906 —. Estoy luchando contra la revolución, pero a favor de la reforma. Me puede argumentar que semejante actitud supera la fortaleza humana, y quizá tenga razón.» En esta afirmación, como en todas sus declaraciones en público, se podía detectar un cierto grado de teatralidad. Lo más destacado en Stolypin era su vanidad. Le gustaba imaginarse a sí mismo como un hombre del destino, luchando en nombre del progreso contra todos los pronósticos. Sus apariciones en la Duma siempre contenían un elemento teatral. Le gustaba actuar para la galería, aprovechándose de su falta de respiración y de los espasmos naturales de su discurso (el resultado de una operación sin éxito) para provocar la simpatía de los diputados. Asimismo fomentaba la leyenda de que había sido herido en un duelo.[14]

Sin embargo, la tarea que se había impuesto requería en verdad un esfuerzo casi hercúleo. Su primer objetivo era simplemente restaurar el orden. Esta tarea la llevó a cabo gracias a medidas con las que se granjeó las críticas más negativas de los liberales. Cientos de periódicos radicales y de sindicatos fueron clausurados, mientras que cerca de sesenta mil detenidos políticos fueron

ejecutados, sentenciados a cadena perpetua o desterrados sin juicio durante sus primeros tres años en el cargo. Miles de campesinos fueron juzgados por tribunales militares. Sin embargo, como sabía muy bien Stolypin, la represión no era suficiente para fortalecer el orden establecido, y por tanto, simultáneamente, diseñó un programa general de reformas para conciliar la oposición y aprovechar esa iniciativa para el Estado. Introdujo reformas para desmantelar la propiedad comunal y conceder a los campesinos derechos de propiedad y una completa igualdad civil; para modernizar el gobierno local sobre la base de la ciudadanía y la propiedad en lugar de por la pertenencia a una propiedad; para mejorar los tribunales locales y regular la policía; para proteger las libertades civiles y terminar con la discriminación contra los judíos; para proporcionar una escolarización primaria universal y obligatoria, y, entre muchas otras, para mejorar las condiciones de los trabajadores de las fabricas. En cada una de estas reformas subyacía un claro motivo político: fortalecer al Gobierno. Quizás en este sentido, al igual que su héroe Bismarck, Stolypin debería describirse, como sugirió una vez Leontovitsch, como un «liberal conservador».[15] Porque el propósito general de sus reformas no era crear un orden democrático, sino fortalecer el sistema zarista.

El mismo instrumentalismo estatalista determinó la actitud de Stolypin hacia la Duma, a la que consideraba como un apéndice del Estado, un organismo público destinado a respaldar las políticas gubernamentales, pero no a controlar o dirigir la Administración. Su modelo constitucional era más prusiano que inglés. Para él, la soberanía debía recaer en el monarca y en su ejecutivo, y nunca en el Parlamento. La segunda Duma, que se convocó en febrero de 1907, fue tolerada por Stolypin mientras hiciera lo que él quisiera. Su administración había hecho todo lo posible para influir en las elecciones y asegurar el retorno de sus aliados, los octubristas, que se habían declarado «partido del orden estatal». Pero los cincuenta y cuatro octubristas elegidos, aunque apoyados por los noventa y ocho kadetes y por sesenta diputados centristas y derechistas, apenas eran suficientes para dar al Gobierno una mayoría cómoda contra el gran bloque formado por los doscientos veintidós socialistas (sesenta y cinco SD, treinta y siete SR, dieciséis socialistas populares y ciento cuatro tru-doviki), ya que todos los partidos de la izquierda habían dado por terminado su boicot contra la Duma. El georgiano menchevique de veinticinco años Irakli Tsereteli, que dirigiría el Sóviet en 1917, pronto se convirtió en el héroe de la llamada «Duma de la cólera nacional» gracias a sus fieros y radicales discursos condenando la política del Gobierno.

Tampoco podía Stolypin confiar en que los campesinos continuaran siendo sus habituales y humildes servidores. Un diputado campesino de Saratov, la propia provincia de Stolypin, causó gran sensación durante el debate sobre las reformas agrarias cuando contestó a un delegado de la nobleza: «Nosotros conocemos muy bien cuáles son sus propiedades porque una vez fuimos propiedad suya. Mi tío fue cambiado por un galgo».[16]

Con pocas esperanzas de encontrar apoyo para sus reformas, Stolypin no tuvo escrúpulos en disolver la Duma y modificar la ley electoral para que cuando la siguiente asamblea fuera convocada, estuviera controlada por los elementos conservadores. El peso electoral de los campesinos, los trabajadores y las minorías nacionales fue reducido drásticamente, mientras que la representación de la clase acomodada se amplió aún más. Cuando se reunió la tercera Duma en noviembre de 1907, los partidos progubernamentales (octubristas, derechistas y nacionalistas) controlaban doscientos ochenta y siete de los cuatrocientos cuarenta y tres escaños. Los kadetes y los socialistas se vieron reducidos a pequeñas y fragmentadas minorías. Ni siquiera el príncipe Lvov, el más moderado de los liberales, pudo conseguir un escaño. Por fin, había una Duma con la que Stolypin podía negociar. Creía que era un parlamento dominado por personas «responsables» y por «estadistas», que serían capaces de ver la necesidad de una nueva y constructiva asociación entre el Estado y la nación con el propósito de realizar una reforma gradual. Los radicales la llamaron «la Duma de los señores y de los lacayos».

Sin embargo, a Stolypin le resultó demasiado complicado controlar a este «parlamento del rey», ya que se vio sometido a presión tanto de la derecha como de la izquierda. El decreto electoral del 3 de junio era técnicamente una infracción de las Leyes Fundamentales y los liberales se aprestaron a denunciarlo como un golpe de Estado. Incluso los octubristas, los nuevos y principales beneficiarios de la ley, se sintieron incómodos con ella e intentaron reparar sus ventajas «ilegales» al intentar defender y ampliar los poderes de la Duma.

Alexander Guchkov, su dirigente, tenía ambiciones especiales para la Duma con relación al campo militar. Era un industrial que había servido como oficial de la Cruz Roja en la guerra contra Japón, y se daba cuenta tanto de la necesidad militar como de la ventaja económica de un gran programa de rearme. Los octubristas se comprometieron más aún con una política de expansión imperial; pero desde su punto de vista sólo se podía llevar a cabo si la responsabilidad de

los asuntos militares se trasladaba de la corte a las instituciones del Estado. No servía de nada gastar más dinero en el Ejército sin reformar su mando militar al mismo tiempo, que estaba dominado por la aristocracia y por las doctrinas militares del siglo XVIII. Rusia necesitaba una potente artillería, no una elegante guardia montada. Guchkov estaba apoyado por los «militares profesionales», como el general Brusilov, y por el propio ministro de la Guerra, auxiliar de Stolypin, A. A. Polivanov. Guchkov era presidente del Comité de Defensa Imperial de la Duma, que tenía derecho de veto sobre el presupuesto militar, y utilizó esa posición para lanzar un ataque contra el mando supremo de la corte. En 1909 la Duma amenazó con rechazar los créditos navales a no ser que su Agencia de Planificación Estratégica, el estado mayor de la Armada, estuviera bajo el control del ministro y no de la corte. Nicolás estaba furioso. Vio en este ultimátum un intento descarado de la Duma de arrebatar el mando militar a la Corona, y de usar su derecho a veto para bloquear el proyecto de ley del estado mayor de la Armada. El hecho de que Stolypin y su Consejo de Ministros apoyaran el proyecto de ley empeoró aún más las cosas, ya que había originado un crítico conflicto de intereses, con el Gobierno defendiendo el control de las fuerzas armadas y con la corte y sus aliados insistiendo en que era el privilegio exclusivo del zar. Stolypin presentó su dimisión, y Nicolás fue presionado por sus aliados más reaccionarios para que la aceptara. Pero en ese momento, tras haber restaurado una especie de orden en el país, Stolypin era indispensable, y los realistas tuvieron que conformarse con un triunfo menor al obligarle a confirmar de nuevo las exclusivas prerrogativas del zar en la esfera militar.[17]

Detrás de los tecnicismos de la crisis del estado mayor naval, el problema fundamental consistía en minar los esfuerzos de Stolypin de salvar el sistema zarista reformándolo. En lo que concierne al zar, el programa político de Stolypin amenazaba con desplazar el equilibrio del poder de la corte a las instituciones estatales. El proyecto de ley del estado mayor de la Armada era un indicio obvio en ese sentido. Stolypin permanecía firme en la tradición petrina de la modernización burocrática, tan detestada en cambio por Nicolás. Todo en la actitud del primer ministro estaba orientado a romper con el antiguo sistema patrimonial. Mientras que los anteriores presidentes de Gobierno habían sido tratados como poco más que sirvientes domésticos por el zar, Stolypin evitaba deliberadamente la corte y prefería pasar sus fines de semana en su casa acompañado por su familia, al igual que haría cualquier primer ministro de Occidente, en lugar de participar en partidas de caza con el zar y sus lacayos.

Stolypin consideraba el Estado como un agente neutral y universal de reforma y modernización que podría proteger los intereses imperiales de Rusia. Desde su punto de vista, el Estado estaba por encima de los intereses de la aristocracia (incluso sobre la propia dinastía), lo que negaba la noción de un orden social basado en las antiguas categorías del Estado. Todo el mundo, desde el campesino al príncipe, era un ciudadano, siempre que poseyera una propiedad. Este punto de vista esencialmente occidental del Estado era un reto directo a la ideología moscovita tan favorecida por el zar y sus cortesanos, que imaginaban la autocracia como una escarpada pirámide, místicamente sancionada por el poder patrimonial basado en una estricta jerarquía social encabezada por la nobleza. Si las reformas de Stolypin llegaban a tener éxito, el Gobierno personal del zar se vería eclipsado por las instituciones de su Estado, mientras que el tradicional orden social se vería socavado.

Estos temores eran atizados por los grupos de la antigua elite, que en todos los casos esgrimían sus propias razones para oponerse a las reformas de Stolypin y que se habían reunido para defender las prerrogativas autocráticas del zar. El bloque legitimista estaba unido por la crisis del estado mayor de la Armada, que representaba una amenaza evidente a los derechos tradicionales de la Corona. Tenía un fuerte apoyo institucional dentro de los círculos de la corte, el Consejo de Estado, la Nobleza Unida, la Iglesia ortodoxa, la Unión del Pueblo Ruso, la policía y determinados sectores de la burocracia y, aunque operaba a través de canales informales, era lo suficientemente fuerte para derrotar prácticamente cualquier innovación política de Stolypin.

Su propuesta de ampliar el sistema estatal de la educación primaria fue derrotada por los reaccionarios de la Iglesia, que tenían sus propios intereses en las escuelas. El mismo destino le esperaba a su legislación para eliminar la discriminación contra las minorías religiosas, los viejos creyentes y los judíos en particular. Sus esfuerzos por frenar el comportamiento ilegal de la burocracia y de la policía estaban condenados, ya que nunca consiguió el control completo de ninguna de ellas. Los gobernadores provinciales, con sus lazos familiares con la corte, saboteaban constantemente sus reformas, mientras que los burócratas de San Petersburgo intrigaban contra él. En lo que concernía al poder real de la policía, Stolypin estaba prácticamente indefenso. El propio candidato de la emperatriz, el general P. G. Kurlov, fue nombrado jefe de la policía secreta, a pesar de las protestas de Stolypin. Kurlov usaba su posición para desviar grandes sumas de dinero del Gobierno hacia los grupos y periódicos extremistas de la

derecha. Puso al mismo Stolypin bajo vigilancia, interceptaba su correo y mantenía informada a la emperatriz acerca de sus intenciones, especialmente con relación a su favorito, Rasputin. Cuando Stolypin fue asesinado, en agosto de 1911, comenzaron inmediatamente a circular los rumores de que Kurlov había ordenado su muerte. Aunque estos rumores nunca fueron demostrados, nos dicen mucho acerca de la percepción pública que existía acerca de las relaciones entre Stolypin y sus enemigos de la derecha.

La Nobleza Unida era con diferencia el más vociferante de esos grupos. Había sido fundada a comienzos de la revolución de 1905 para defender los derechos de propiedad de la clase acomodada y su control de la política rural. Las reformas de Stolypin relativas al Gobierno local la amenazaban al ofrecer a los campesinos, como propietarios, una representación en los *zemstvos* igual a la de los nobles. También proponían abolir los tribunales de campesinos, incorporando de pleno a éstos en el sistema del derecho civil. Stolypin consideraba que estas reformas eran esenciales para el éxito de su programa de reforma agraria. La nueva clase de propietarios campesinos conservadores que esperaba crear no apoyaría el orden existente a no ser que fueran ciudadanos con los mismos derechos políticos y legales que los disfrutados por otros estamentos. «En primer lugar —había comentado Stolypin—, tenemos que crear a un ciudadano, a un pequeño propietario, y en consecuencia solucionaremos el problema campesino.»

Sin embargo, la clase acomodada provincial interpretó este gesto integrador como una amenaza a su propia posición privilegiada en el orden político y social. Stolypin estaba proponiendo establecer una nueva capa de representación en el *zemstvo* en el área del *volost*, en la cual la franquicia estaría basada en la propiedad en lugar de en el nacimiento. También estaba pensando aumentar los poderes de los *zemstvos* y abolir las capitanías agrarias, que previamente habían llevado la voz cantante en el campo. El efecto de todo esto, tal como apuntaron los terratenientes afectados, sería el final de su antigua dominación en el sistema de gobierno rural. Los *zemstvos* locales serían transformados pasando del control de la clase acomodada a convertirse en órganos campesinos, ya que por cada terrateniente del área del *volost* habría varios cientos de pequeños propietarios campesinos, equipados ahora con nuevos derechos. Los terratenientes acusaron a Stolypin de intentar atacar la «sociedad provincial» (es decir, a ellos mismos) a través de la centralización burocrática, y sobre esta base unieron sus fuerzas contra él en la Duma, el Consejo de Estado, la Nobleza Unida y todos los aliados

de la corte. Stolypin, demasiado orgulloso para sufrir determinadas derrotas, se retiró de la batalla. El sistema de la administración rural, con mucho el punto más débil del Estado zarista, controlado por unos veinte mil nobles, era un diminuto y anticuado grupo social que, gracias a sus defensores en las altas esferas, fue capaz de rechazar todas las reformas defendiendo así sus propios intereses. Si Stolypin hubiera tenido éxito en su ampliación de la base social del gobierno local en el campo, quizás en 1917 éste no se hubiera colapsado tan desastrosamente y el poder soviético nunca hubiera llenado el consiguiente vacío político con tanto éxito como lo hizo.

Este mismo enfrentamiento de intereses subyacía en gran parte en la famosa crisis del *zemstvo* occidental de 1911, que marcó el final de Stolypin. Con el declive de los octubristas, como resultado de la crisis del estado mayor naval, y el giro hacia la derecha de los hidalgos terratenientes, Stolypin se vio obligado a pactar con el otro principal partido de Gobierno de la Duma el de los nacionalistas, que había sido fundado en 1909 gracias al fuerte apoyo de los propietarios rusos de las nueve provincias polacas. El partido, en palabras del historiador Robert Edelman, no «era tanto un partido nacionalista como un partido de la nacionalidad rusa dominante en un imperio multinacional».[18] Los *zemstvos* nunca habían sido establecidos en esas provincias occidentales, ya que la mayoría de los propietarios eran polacos y la rebelión polaca de 1863 todavía estaba fresca en la memoria de Alejandro II. Pero el Partido Nacionalista hacía campaña a favor de un proyecto de ley del *zemstvo* occidental, sosteniendo que los intereses imperiales de Rusia en estas tierras fronterizas tan cruciales deberían ser garantizados por un complejo procedimiento de votación basado en la nacionalidad y en la propiedad. Stolypin conocía esta región occidental desde sus días en Kovno. Los pequeños propietarios campesinos, principalmente rusos, ucranianos y bielorrusos, se encontraban entre los más avanzados del Imperio, y esperaba que evolucionarían rápidamente hasta convertirse en pequeños propietarios campesinos gracias a sus reformas agrarias. Si se les concediera la mayor cuota de votos de los *zemstvos*, tal como estaba pensado en relación con las propiedades más pequeñas en su proyecto de ley del *zemstvo* occidental, entonces se convertirían en el modelo de ciudadanos-pequeños terratenientes del Estado imperial ruso. Esta zona, dominada anteriormente por propietarios polacos, sería gobernada por rusos,[55*] aunque de origen campesino.

El proyecto de ley fue aprobado por la Duma, pero derrotado en el Consejo de Estado, donde los fundamentalistas de la clase acomodada estaban poco

dispuestos a ver los privilegios de estamento noble (incluso su elemento polaco) sacrificados para asegurar el dominio de los intereses rusos; desde su punto de vista, la circunstancia de que los polacos fueran aristócratas debería tener preferencia sobre el hecho de que los campesinos fueran rusos. Su oposición fue alentada por Trepov y Durnovo, favoritos de la corte, que buscaban esta oportunidad para derrotar a su rival. Se aseguraron la derrota del proyecto de ley al persuadir al zar de que se adelantase a Stolypin y emitiese un comunicado animando a sus diputados a votar como su conciencia «dictase» (es decir, sugiriendo que deberían votar en contra del Gobierno). Era un claro voto de censura contra Stolypin, orquestado por la corte y sus seguidores de la derecha. Pero todavía quedaba un rayo de esperanza. Nicolás había pensado muy bien el papel que había desempeñado en el complot y prometió a Stolypin que si el proyecto de ley se volvía a presentar, apoyaría su aprobación en la Cámara alta. Sin embargo, Stolypin no era un hombre que transigiera con facilidad. No estaba acostumbrado a la oposición y tampoco estaba muy versado en las habilidades de los modernos políticos, habilidades que le hubieran permitido negociar. En lugar de esperar una segunda presentación del proyecto de ley, prefirió mantener una postura firme con respecto a la primera, dándose cuenta en cualquier caso de que probablemente su carrera había finalizado. Amenazó con dimitir a no ser que el zar prorrogara la Duma y el Consejo de Estado y aprobara el proyecto de ley por decreto de emergencia en virtud del artículo 87 de las Leyes Fundamentales. También exigió que Durnovo y Trepov fueran expulsados de la capital. Después de cuatro días de deliberaciones, Nicolás acabó aceptando las exigencias de Stolypin. El 14 de marzo, con las dos cámaras cerradas, promulgó el proyecto de ley del *zemstvo* occidental y ordenó a Durnovo y Trepov que abandonaran San Petersburgo hasta fin de año. Fueron necesarias varias horas de persuasión por parte de su madre, la sumamente sensible emperatriz Dowager, para conseguir que el zar actuara en contra del consejo de su esposa (que formaba parte del complot contra Stolypin). Cuando recibió a Stolypin en el Palacio Gatchina, su rostro estaba «enrojecido de tanto llorar».[19]

Stolypin había prevalecido gracias a la fortaleza de su carácter. Pero sus tácticas despóticas en la crisis del *zemstvo* occidental unieron contra él a casi todo el mundo, al mismo tiempo que su estrella política declinaba con rapidez. El zar había sido profundamente humillado por su propio primer ministro e, incitado por sus compinches realistas, ahora quería venganza. Los liberales se sentían ultrajados por el tratamiento desdeñoso de Stolypin en la Duma.

Guchkov dimitió de la presidencia y los octubristas se pasaron a la oposición; los nacionalistas fueron la única facción de la Duma que apoyó a Stolypin en una moción de censura. Aislado y rechazado, el mismo Stolypin perdió toda su confianza anterior, dejó de dormir y su humor se volvió variable.[20] Sentía que sus días estaban contados.

A fines de agosto de 1911, Stolypin llegó a Kiev para participar en las celebraciones relacionadas con la inauguración de un monumento en honor de Alejandro II. Estaba preparado desde hacía tiempo para una muerte violenta, y antes de salir de San Petersburgo había confiado a uno de sus ayudantes una caja de documentos secretos, que ordenó destruir en caso de que no regresara. Hizo caso omiso de las advertencias policiales acerca de que había un trama contra él y viajó a Kiev sin guardaespaldas. Rehusó incluso llevar su chaleco antibalas. El 1 de septiembre la Ópera de Kiev representaba *La leyenda del zar Sultán*, de Rimsky-Korsakov. Nicolás y sus cuatro hijas ocupaban el palco real cerca de la orquesta, mientras que Stolypin se sentaba en las filas delanteras de butacas. Durante el segundo descanso, mientras estaba de pie hablando con el conde Fredericks delante de la orquesta, un hombre joven vestido de etiqueta se acercó y, sacando un revólver de debajo de su programa, disparó dos veces contra Stolypin. Una bala le alcanzó el brazo derecho; la otra, el pecho, donde una medalla la desvió hacia el hígado. Lentamente, como si no fuera consciente de lo que había pasado, Stolypin se sacó los guantes, los colocó suavemente en la barrera y se desabrochó la chaqueta; entonces vio su chaleco cubierto de sangre, y se desplomó en una silla. En una voz audible para todos los que le rodeaban, dijo: «Estoy feliz de morir por el zar», y, volviendo los ojos hacia el palco real, levantó sus manos y las agitó indicándole que se apartara poniéndose a salvo. Nicolás permaneció en su sitio y Stolypin, en un último gesto teatral, le bendijo con la señal de la cruz. Durante cuatro días el estado del primer ministro permaneció estable. El zar continuaba con el programa de celebraciones en Kiev y le visitó en el hospital. Pero el 5 de septiembre Stolypin comenzó a empeorar. Murió esa misma tarde. El zar acudió a la mañana siguiente y rezó a la cabecera de su cama. Una y otra vez repetía la palabra: «Perdóname».[21]

El hombre que disparó contra Stolypin era D. G. Bogrov, un estudiante revolucionario que se convirtió en informante de la policía por necesidades financieras. Nadie realizó ninguna pesquisa para averiguar para quién trabajaba

Bogrov, si para la izquierda o la derecha, y en cierto sentido ésa era la verdadera cuestión, porque Stolypin tenía muchos enemigos en ambos lados. Mucho tiempo antes de que la bala de Bogrov le matara, ya estaba políticamente muerto.

La muerte política de Stolypin debe achacarse a su fracaso como político. Si hubiera estado más versado en el «arte de lo posible», quizás habría conseguido más tiempo para él mismo y para sus reformas. Stolypin había dicho que necesitaba veinte años para transformar Rusia. Pero, en parte por culpa suya, sólo dispuso de cinco. Se adhirió tan rígidamente a sus propios objetivos y principios que perdió la perspectiva de la necesidad de negociar y de comprometerse con los oponentes. Provocó a las antiguas elites políticas al hacer caso omiso de sus privilegios tradicionales y perdió el apoyo de los liberales al ahogar la Duma por actuar siempre a su antojo. Su inflexibilidad política fue consecuencia de sus estrechas miras burocráticas. Actuaba como si todo tuviera que estar subordinado a los intereses del Estado, lo que se dejaba traslucir en sus reformas, y creía que de esta forma se libraba de implicarse en los turbios negocios de los partidos. Pensaba que podía lograr la aprobación de sus reformas con la autorización administrativa, y nunca se alejó de la burocracia para movilizar una base de apoyo más amplia. Aunque sabía que la clave de su programa era la creación de una clase campesina propietaria y conservadora, nunca consideró la idea de patrocinar la fundación de un partido de pequeños propietarios. Había un Stolypin, pero no stolypinistas. Y por tanto, cuando Stolypin murió, sus reformas murieron con él.

De acuerdo con algunos historiadores, la última esperanza real del régimen zarista fue destruida por las balas del asesino. Las reformas de Stolypin, argumentan, constituyeron su única oportunidad real de reformarse siguiendo pautas occidentales. Si hubieran dispuesto de más tiempo, en lugar de verse interrumpidas por la primera guerra mundial, quizá la revolución de 1917 no habría tenido lugar. Este punto de vista optimista se basa en dos presunciones: que los objetivos de las reformas de Stolypin habrían tenido éxito, y que habrían sido capaces de estabilizar el sistema social ruso después de la crisis de 1905. Ambos supuestos son evidentemente falsos.

En primer lugar, las reformas hicieron muy pocos progresos a la hora de impulsar a Rusia hacia un orden parlamentario constitucional. Es más, algunos de los métodos del propio Stolypin, como el golpe de Estado de junio de 1907 y sus tácticas en relación con el proyecto de ley del *zemstvo* occidental, representaron un abuso flagrante de los ideales de ese sistema. En efecto, hubo

algunos progresos en libertades civiles, en libertad de prensa y en el hecho de que la misma Duma continuara existiendo, aunque sólo como un símbolo y una escuela para una nueva cultura de constitucionalismo, entre 1906 y 1914.[56*] Pero esto apenas significaba que la Rusia zarista se estuviera orientando necesariamente hacia algún tipo de normalidad liberal occidental. La naturaleza del régimen zarista era la única garantía de su propia imposibilidad de reforma política. La ideología moscovita de la autocracia patrimonial que Nicolás y los derechistas favorecían cada vez más era profundamente hostil a la visión constitucional de Occidente supuesta por el programa de reformas de Stolypin; y los poderes atrincherados de la corte, junto con los intereses creados de la Iglesia y de la nobleza de provincia, fueron lo suficientemente fuertes para evitar que ese programa se llegara a realizar. Cuando la crisis revolucionaria de 1905-1907 hubo pasado, la monarquía dejó de necesitar la protección de Stolypin, y se separó progresivamente de su Gobierno, paralizó su programa y comenzó a seguir su propia agenda, basada, después de 1912, en el uso del nacionalismo ruso para reunir a «la gente leal» alrededor del trono.

En segundo lugar, en 1912, si es que no antes, era ya evidente que ningún paquete de reformas políticas podía resolver la profunda crisis social que había causado la primera grieta del sistema durante 1905. Durante cierto tiempo, en gran parte debido a las represiones del Gobierno, el movimiento de protesta de los trabajadores disminuyó y mostró indicios de una mayor moderación, las suficientes para alentar las esperanzas de los mencheviques de que podía evolucionar como las líneas europeas. Pero en los dos años siguientes a 1912 hubo un espectacular aumento tanto del número de huelgas en la industria como de su nivel de militancia, que culminó en julio de 1914 con una huelga general en San Petersburgo, donde en el transcurso de una visita de Estado del presidente francés hubo luchas en la calle y barricadas. Los trabajadores de las capitales, según el importante trabajo de Haimson de hace treinta años, se alejaron de todos los partidos democráticos (incluyendo a los mencheviques) que abogaban por la adopción de métodos constitucionales o graduales y se acercaron a los bolcheviques, que defendían la acción directa de los trabajadores y una lucha violenta contra el régimen.[22] A pesar de todos los esfuerzos de reforma política, la Rusia urbana en vísperas de la primera guerra mundial se encontró al borde de una nueva y potencialmente más violenta revolución que el «ensayo general» de 1905.

III La apuesta por el fuerte

El campesino desterrado regresó a su pueblo una fría mañana de abril de 1908. Había tardado cerca de tres días en tren, a caballo y en carreta para recorrer 150 kilómetros desde Moscú, y a medida que se acercaba a su lugar de nacimiento sus esperanzas de encontrar algunas mejoras realizadas durante sus dos años de ausencia aumentaban. Pero el pueblo de Andreevskoe no se caracterizó nunca por su dinamismo. Las influencias de la moderna civilización de alguna forma habían pasado de largo, y cuando regresó de nuevo, impregnado de las visiones de Inglaterra y Francia, Serguei Semyonov sólo observó los signos familiares de atraso y decadencia. Las negras parcelas de la tierra trabajada parecían más estrechas y más desiguales que nunca, las matas de hierba del prado habían crecido hasta convertirse en pequeños arbustos, los bosques habían sido talados, el ganado estaba pastando libremente en los jardines y la maleza había brotado en la calle principal del pueblo. El vecino de Semyonov, que había sido siempre un campesino muy trabajador, se había dado a la bebida, mientras sus ocho hijos estaban sin zapatos. Pero lo que más deprimió a Semyonov fue saber que los ancianos del pueblo eran los mismos patriarcas que había dejado allí cuando se marchó. Porque tendrían un motivo más para considerar sus planes de reforma con hostilidad y desconfianza.[23]

El jefe de todos ellos se llamaba Grigorii Maliutin, un septuagenario de complexión fuerte y gran bebedor, con una gran tez colorada y una larga barba blanca, que había sido el anciano dominante desde que se podía recordar. Maliutin era el campesino más rico de Andreevskoe, y vivía en parte de los beneficios de la fábrica de jabón que su hijo poseía cerca de Moscú. Para su edad era sorprendentemente fuerte. Orgulloso y celoso de su poder, partidario de una disciplina férrea, era el déspota del pueblo a la vieja usanza, que todavía golpeaba a su anciana mujer y, al ser el más anciano del pueblo, azotaba a cualquier campesino al que se hubiera encontrado culpable de algun delito. La mayoría de los habitantes le temían. El principal aliado de Maliutin era otra reliquia de los días de la esclavitud, Yefim Stepanov, que a lo largo de los años se había hecho rico escatimando y ahorrando como un miserable. Siempre llevaba las mismas ropas viejas, alimentaba a sus animales con la comida justa para mantenerlos vivos y nunca daba nada a los mendigos que pedían en las puertas de la iglesia. Ambos hombres eran viejos creyentes analfabetos, y

estaban unidos por un miedo atroz al cambio. Su poder sobre el pueblo dependía de mantenerlo al margen de las innovaciones del mundo moderno. Maliutin tenía la costumbre de denunciar cada nueva invención, desde el samovar hasta la máquina sembradora, como ruinosamente inútil. Incluso pensar en ello le producía dolor.[24]

Para ellos, qué podía ser peor que presenciar el regreso de su archirrival Serguei Semyonov. Semyonov había nacido en 1868, en el seno de una familia campesina pobre de Andreevskoe. Al igual que Semyon Kanatchikov, cuyo pueblo de Gusevo pertenecía al mismo distrito de Volokolamsk, fue enviado de muy joven a ganarse la vida a Moscú. Su padre, al igual que el de Kanatchikov, era un alcohólico, y su madre era la que realizaba la mayor parte del trabajo de la granja, que no producía lo suficiente para alimentar a toda la familia. Entre los diez y los dieciocho años Semyonov vagó de fábrica en fábrica, al principio en Moscú y luego en San Petersburgo, Poltava y Ekaterinoslav, enviando dinero a su familia y regresando al pueblo durante la cosecha. Aprendió a leer por su cuenta y a los dieciocho años comenzó a escribir relatos de la vida campesina. Un día se presentó ante la puerta de Tolstoi, enYasnaya Polyana. Tolstoi admiró los cuentos de Semyonov, pues en él se encarnaba su ideal del «escritor campesino», y entre los dos hombres se forjó una amistad que duraría toda la vida. Semyonov era un hombre tranquilo y modesto. «Pequeño y delgado, con una roja barba de chivo, un triste rostro inteligente y una sensible, casi infantil, timidez. Siempre se vestía con la blusa de los campesinos y, según las palabras de uno de sus amigos de Moscú, «parecía más un oficinista de pueblo que un literato». A diferencia de Kanatchikov, nunca echó de menos las brillantes luces de la ciudad. A los veinte años regresó a Andreevskoe, se casó con una muchacha del pueblo y llevó las riendas de la granja de su padre. Su amarga niñez le había convertido en un firme creyente en la reforma. «Siempre he estado guiado por un ardiente deseo de mejorar la vida de mi pueblo, de acabar con sus costumbres oscuras y atrasadas», escribió un tiempo después. Su creencia en el progreso fue el origen de su compromiso con la revolución y (estrechamente relacionado con él) con su propia educación. Abandonó la bebida y ahorró para comprar libros sobre agricultura.

El distrito de Volokolamsk se estaba convirtiendo en un importante centro del cultivo de lino, quizá la forma de cultivo intensivo más importante en las granjas campesinas rusas, y se podían sacar de él importantes beneficios. Semyonov se encontraba en la vanguardia de ese movimiento. Alquiló más tierra a un

terrateniente cercano y cultivó no sólo lino, sino también otras especies con los últimos avances agrícolas. Comenzó a hacer campaña de la reforma agraria en Andreevskoe, lo que marcó el inicio de un amargo conflicto con Maliutin.[25]

La enemistad entre ellos había comenzado por un cadáver. La hija de Maliutin, Vera, había tenido un hijo fuera del matrimonio. Llena de vergüenza, mató a su hijo y enterró su cuerpo en el bosque. Un representante de la autoridad encontró el cuerpo y la policía llegó a la ciudad para investigar. Maliutin hizo todo lo posible para librarse de ellos y el asunto se olvidó. Pero durante algún tiempo acusó a Semyonov de haber informado a las autoridades. Ayudado por sus partidarios, comenzó a hacer una campaña de intimidación para expulsar a Semyonov del pueblo. Le quemaron el granero, mataron su ganado, le quitaron sus herramientas y le acusaron de brujería. La Iglesia local unió su voz a esta acusación. Semyonov era ateo. Se negaba a recibir a los sacerdotes en su casa, y era el único campesino que trabajaba sus tierras el domingo y otros días festivos. Pero, lo que era aún peor, era también un seguidor de Tolstoi, que había sido excomulgado. En 1902 Semyonov fue acusado de brujería por el tribunal eclesiástico y encarcelado en prisión durante seis meses.[26]

Cuando fue liberado, regresó a su pueblo, esta vez para unirse a la lucha revolucionaria campesina. Se encontraba entre el grupo destacado de campesinos locales, agrónomos y profesores, que establecieron los clubes de lectura, las cooperativas y los sindicatos campesinos en el distrito de Volokolamsk, que culminaron en la República de Markovo de 1905 y 1906. Esto proporcionó a Maliutin una segunda oportunidad de atizar un golpe a su rival, y en esta ocasión informó a la policía de que el pueblo albergaba a un peligroso revolucionario. Semyonov fue arrestado en julio de 1906, junto con los dirigentes campesinos de Markovo, y fue encarcelado durante dos meses en Moscú antes de ser enviado al exilio. Gracias a la ayuda financiera de Tolstoi, Semyonov pasó los dieciocho meses siguientes recorriendo las zonas agrícolas de Inglaterra y Francia. La observación de los métodos de cultivo practicados en Occidente fortaleció su convicción de la necesidad de una completa revisión del sistema comunal de Rusia. Éste cargaba a los campesinos rusos con un sistema ineficaz del uso de la tierra y sofocaba cualquier iniciativa que tuvieran como agricultores independientes. Bajo el sistema comunal, los campesinos poseían la tierra en forma de múltiples parcelas estrechas cultivables en todo el dominio del pueblo. Las diez *desyatiny* (unas once hectáreas) de Semyonov consistían en cincuenta parcelas diferentes en una docena de lugares distintos. Las parcelas eran

demasiado estrechas (algunas de ellas incluso no llegaban a un metro de ancho) para poder utilizar la moderna maquinaria agrícola; y se perdía mucho tiempo en ir de una parcela a otra. La redistribución periódica de las parcelas representaba un incentivo muy pobre para mejorar el suelo, ya que cualquier beneficio que se pudiera extraer se perdía en la consecuente reasignación de las parcelas. Había muy pacas esperanzas de introducir avanzadas rotaciones de cosechas, porque en ese sistema de campo abierto todo el mundo estaba obligado a seguir el mismo patrón de cultivo para permitir que el ganado pastara en los rastrojos simultáneamente, y, aunque fuera por la fuerza de los números, el pueblo dejó de tener incentivos. «Mi sueño era —escribió Semyonov— tener mi propia granja cercada, con una rotación de cultivos en siete campos y no en parcelas estrechas.»[27]

Después de dejar su pueblo como un revolucionario, ahora regresaba a él como un precursor de las propias políticas del Gobierno. Su sueño también se había convertido en el de Stolypin: el desmantelamiento de la propiedad comunal agraria. Pero a diferencia de Semyonov, que lo vio sólo en términos agronómicos, Stolypin también lo había enlazado con la creación de una nueva clase de campesinos propietarios, quienes, al tener posesiones y enriquecerse, podrían aprender a respetar los derechos de los terratenientes y abandonar sus aspiraciones revolucionarias. «El Gobierno —había dicho Stolypin a la Duma en 1908— ha hecho su apuesta, no por el necesitado y el borracho, sino por el robusto y el fuerte.»[28] A los campesinos emprendedores como Semyonov se les incitaba por tanto a separarse de la comuna y a establecer sus propias granjas privadas y cercadas. En virtud de la ley del 9 de noviembre de 1906, se les otorgó el derecho de convertir sus parcelas comunales en propiedad privada y en granjas totalmente cercadas fuera del pueblo *(jutora)* o en terrenos concentrados dentro de él *(otruba).* Todo el pueblo podía realizar esta transformación por una votación de una mayoría de dos tercios de los cabezas de familia. La legislación posterior aceleró el proceso de la organización de la tierra y ayudó a los que se separaban a comprar tierra adicional de la clase acomodada y del Estado con créditos a bajo interés del Banco Agrario Campesino. No había ninguna duda de la prioridad que el Gobierno había dado a este proyecto. Era la primera vez que estaba intentado realmente efectuar un cambio muy importante en la vida diaria de los campesinos, y los ministros y funcionarios más inteligentes sabían que, a no ser que se realizara una mejora espectacular, probablemente también sería la última. Consciente de su impotencia histórica en el campo, el Gobierno derribó

todas las trabas burocráticas para facilitar el proceso de concentración. Cuatro ministerios diferentes, cientos de comisiones agrarias provinciales y de distrito y miles de topógrafos, agrónomos, estadísticos e ingenieros fueron empleados en su administración. Los capitanes agrarios y otros funcionarios locales fueron bombardeados con directivas urgiéndoles a animar a los concentradores, para lo que se destinaron diez millones de rublos. Era como si el régimen se hubiese dado cuenta de que su propia supervivencia política fuera a depender de esta «apuesta por el fuerte».

Stolypin no podía haber deseado un precursor mejor que Serguei Semyonov. Encarnaba el espíritu del campesino hecho a sí mismo y emprendedor del que dependían las reformas de Stolypin. Al igual que Stolypin, veía con malos ojos la forma de vida de sus vecinos (su poco respeto por la propiedad, su miedo por los libros y por la ciencia, su abuso constante de la bebida y sus peleas) y echaba la culpa de todo ello a los «hábitos serviles de la comuna y a todos los Maliutin de este mundo».[29]

Sin embargo, para los Maliutin de Andreevskoe, que no veían necesidad alguna de cambiar las antiguas formas comunales, Semyonov era un problema. Continuaron denunciándolo como ateo y revolucionario porque atacaba a la Iglesia y al zar. Intentaron impedir que asistiera a la asamblea del pueblo argumentando que su viejo y alcohólico padre, al que Semyonov continuaba ayudando, seguía siendo legalmente el cabeza de familia. Maliutin argumentaba que invertir tiempo y dinero en reformas sería una pérdida de tiempo. «Nuestros abuelos lo hicieron de esta manera, y así lo haremos nosotros.»

Los argumentos de Maliutin tenían mucho peso para atraer a los campesinos, que por naturaleza eran muy cautelosos con respecto a la reforma. Había profundas razones culturales para que los campesinos se opusieran a la ruptura de la comuna, que había sido el centro de sus vidas durante siglos. Su preocupación principal era que dar a algunos campesinos el derecho de poseer parte de la tierra comunal o de conservarla privadamente a perpetuidad podría privar a otros de su derecho a acceder a esa tierra como su medio básico de supervivencia. Este miedo era aún mayor entre los miembros más jóvenes de la familia, especialmente las mujeres, porque una vez que la familia adquiriese una tierra como propiedad privada, el papel de la familia dejaba de funcionar y la tierra se convertiría en la propiedad legal del miembro mayor de la familia. «Los campesinos —declaró un funcionario— son muy hostiles a la ley del 9 de noviembre [porque] tienen miedo de que los campesinos mayores vendan la

tierra y sus hijos se conviertan en mendigos. Dicen que nadie debe vender la tierra; podrán comerciar con lo que quieran, pero no con la tierra.»[30] Muchos campesinos temían que permitir que las tierras comunales se convirtieran en propiedad privada posibilitaría su compra por los más ricos. También se había extendido el miedo a que los supervisores del Gobierno, que habían sido instruidos para acelerar el proceso de concentración, recompensasen a los concentradores con más cantidad de la mejor tierra que la que les correspondería en justicia.

Y, en efecto, los campesinos tenían razón al preguntarse cómo el viejo paisaje de parcelas, que con frecuencia estaban entremezcladas dentro de la comuna, podía desenmarañarse del todo. ¿Con qué criterios una buena parcela de tierra de un lugar se iba a intercambiar por una parcela mala en otro? ¿Cómo iban a dividir las praderas, los bosques y los ríos, que siempre se habían poseído en común? Y cuando las nuevas granjas cercadas tuvieran que construir sus propios caminos, ¿acaso no irían en contra de los límites existentes y de los derechos privados? Los campesinos estaban vinculados a su tierra de una forma muy particular. La mayoría de ellos había trabajado las mismas parcelas durante años, conocían sus peculiaridades y no se separarían fácilmente de ellas. A nadie se le había enseñado a calcular el área de una parcela de tierra multiplicando el largo por el ancho, por tanto no tenían ningún medio fiable de comprobar que dos parcelas iguales tenían de hecho el mismo tamaño. Sus campos estaban divididos «a ojo», o se medía por pies el ancho de las parcelas y se realizaban ajustes aproximados para que la longitud o la calidad del suelo fueran equilibradas. No tenían ninguna duda acerca de que ese método primitivo, usado por sus abuelos, era mucho más exacto que los complejos métodos científicos de los agrimensores del Gobierno, con sus trajes, sus reglas y sus trípodes. Por una parte, los agrimensores no podían tener en cuenta las particulares variaciones de la calidad de cada parcela, como plasmaron los mismos campesinos en los debates infinitos durante la parcelación de la tierra. Tampoco podían tener en cuenta los diversos factores sociales que inevitablemente influían en la asignación de la tierra de los campesinos: porque dar la mejor tierra a las familias más poderosas se había convertido en un medio importante de conservar las tradicionales jerarquías campesinas. Los agricultores más poderosos, que tenían más que perder con la desaparición de la comuna, eran los que solían dirigir la campaña en contra de la reforma agraria. Y no era muy difícil para ellos fomentar un miedo general a la reforma entre los campesinos, porque la

distribución existente se había convertido en parte de su vida cotidiana, de la historia familiar y de la estructura social del pueblo.[31]

Todos estos factores desempeñaban un papel concreto en la lucha de Semyonov para separarse de la comuna. Semyonov y sus partidarios, que en su mayoría eran campesinos más jóvenes y más instruidos, intentaron convencer al resto del pueblo para concentrar toda la tierra, o al menos llevar a cabo una redivisión comunal de la tierra para reducir el número de parcelas estrechas. Pero Maliutin y sus partidarios elevaron toda suerte de objeciones, y el resto de los campesinos, o bien tenían mucho miedo de ellos, o estaban demasiado temerosos de cambiar para dar a Semyonov y sus partidarios la mayoría de dos tercios que requerían para llevar a cabo la concentración. Por tanto, el grupo de Semyonov comenzó a hacer campaña a favor del derecho de concentrar sus propios lotes como *otruba*. Pero de nuevo se encontraron con la oposición hostil de Maliutin y los otros ancianos. El pueblo se dividió en dos campos minoritarios en lucha (uno que intentaba abandonar la comuna y el otro que estaba intentando detenerlos), mientras que la mayoría de los campesinos no sabía qué pensar, pero supuestamente apoyaban, al igual que ovejas, al grupo mayor. Para forzar a Semyonov, los ancianos excluyeron a sus hijos de la escuela del pueblo y le prohibieron el acceso a los pastos y bosques comunales. Los seguidores de Maliutin golpearon a la esposa de Semyonov, mataron su ganado y quemaron las casas de sus partidarios. Incluso amenazaron con matar a los agrimensores cuando llegaran al pueblo; y durante dieciocho meses ningún agrimensor se atrevió a volver a aparecer.

Esta intimidación no era en absoluto inusual; en muchos pueblos habían incluso entrado tropas del Ejército e impuesto la ley marcial para acabar con la violencia. Era ciertamente eficaz para acallar a muchos potenciales campesinos innovadores. De los seis millones de solicitudes individuales en favor de la concentración agraria recibidas antes de 1915, alrededor de un tercio fueron retiradas por los mismos solicitantes, en gran parte debido a las presiones de sus vecinos. De las que fueron completadas (aproximadamente un millón de concentraciones individuales), dos tercios tuvieron que ser impuestas por las autoridades contra la oposición de la comuna.[32] Y, como Semyonov estaba aprendiendo, incluso con el Estado a su favor, los que deseaban la concentración necesitaban una gran determinación para llegar hasta el final.

Burocráticamente, el destino de las reformas de Stolypin se encontraba en las manos de los capitanes agrarios locales. Tenían a su cargo explicar a los

campesinos las ventajas del nuevo modo de cultivar la tierra y pasar sus peticiones a la comisión agraria, el Banco Agrario Campesino y a otras fuentes de apoyo financiero. El capitán agrario de Semyonov, Makarov, era un noble liberal y educado que se vio abocado a este oficio relativamente humilde por la bancarrota y un trágico asunto amoroso. Al igual que el gobernador provincial, era bastante afín al movimiento de la concentración parcelaria, lo que era más bien inusual, pues la mayoría de sus colegas de la burocracia provincial eran contrarios a la reforma. Consideraban la concentración como parte de una campaña general dirigida por Stolypin para minar la dominación de la clase acomodada del campo, e intentaron impedir su puesta en marcha con medidas como la inactividad y el retraso. La necesidad de implicar al capitán agrario debía convertirse en la principal fuerza disuasoria de los potenciales concentradores. Por este motivo, en muchas zonas el capitán había desempeñado un importante papel en detener los desórdenes agrarios de 1905-1907, y la desconfianza hacia el capitán, al igual que hacia todos los funcionarios del Gobierno, todavía estaba muy arraigada.[33]

Sin embargo, no había mucho que Makarov pudiera o quisiera hacer para ayudar a Semyonov. El comisario de la nobleza y los otros capitanes agrarios de Volokalamsk se oponían firmemente a las reformas, y Makarov no estaba preparado para superar el miedo y perder su trabajo. Tampoco era lo suficientemente valiente para usar sus poderes coercitivos y conseguir que los derechos de Semyonov se hicieran valer a pesar de la oposición hostil de sus colegas de provincia. Es más, nunca más volvió al pueblo, por lo que hizo el juego a los oponentes de Semyonov, que pudieron fortalecer su resistencia. Dirigidos por Maliutin, bombardearon a las autoridades locales con insignificantes quejas contra Semyonov. Estas quejas estaban cuidadosamente planificadas para dar a las autoridades una excusa para los infinitos retrasos burocráticos relacionados con la reforma agraria. Denunciaron a Semyonov a la policía del distrito por manchar un retrato del zar, por lo que se realizó una investigación detallada antes de que Semyonov fuera juzgado lo suficientemente respetable para tener una parcela privada. Plantearon la cuestión ante el tribunal del *volost* sobre quién tenía los derechos ante la asamblea del pueblo, si Semyonov o su padre, y, cuando no pudo tomar una decisión, la llevaron ante distintos tribunales. Todo esto duró cerca de dos años. Paralelamente Maliutin también le arrastró por distintos tribunales con una fingida reclamación sobre su parcela de tierra, para que mientras el caso estuviera *subjudice*, fuera incapaz de

cercar sus parcelas, ya que no tenía un claro derecho sobre ellas.

La determinación de Semyonov de sortear todos estos obstáculos era extraordinaria. La mayoría de los campesinos fueron disuadidos con mucha menos dificultad, y el movimiento de concentración parcelaria perdió, como resultado de ello, un gran ímpetu. La tasa de concentraciones, después de un fuerte impulso inicial, cayó en picado después de 1909 y 1910. Entre 1906 y el comienzo de la revolución, un 15 por ciento de todas las casas campesinas de la Rusia europea consolidaron su tierra como parcelas privadas, ya sea en grupos o individualmente, lo que representaba un total de explotaciones agrícolas campesinas en tenencia hereditaria situado entre el 27 y el 33 por ciento.[34] Así, por cada familia que cercaba su tierra, había otra que lo había intentado y había fracasado, ya sea por la resistencia comunal o por los retrasos burocráticos, con el resultado de la pérdida de interés por el proceso. La mayoría de las concentraciones tuvieron lugar en el oeste, en el sur y en el sureste del país, donde el mercado estaba más desarrollado. Los concentradores solían ser los agricultores más orientados hacia el mercado o, por el contrario, los campesinos más pobres, que rápidamente vendieron sus parcelas privadas y con frecuencia se trasladaron a las ciudades. La masa de campesinos de la región central de Rusia, precisamente aquellos que encabezarían la revolución agraria de 1917, no se vio afectada. La reforma de Stolypin había fracasado en su intento de modificar la forma comunal de vida.

Al final, después de dos años de peleas, los agrimensores llegaron a Andreevskoe con guardaespaldas y se completaron los últimos detalles de la concentración agraria. De las cuarenta y cinco familias que originalmente habían solicitado consolidar sus parcelas junto con Semyonov, sólo ocho continuaban. Para satisfacer a sus adversarios, se vieron forzados a conformarse con un trozo de tierra de maleza al final del pueblo. Como no había pastos adecuados, siguieron dependiendo del permiso de la comuna del pueblo para que su ganado pastara en su tierra. Estos compromisos eran un asunto cotidiano. La mayoría de los campesinos prefirieron conservar un pie en el pueblo, como ocurría si poseían un *otrub* (que les daba derecho de acceso a los pastos y bosques comunales), en lugar de correr el riesgo de solicitar un *jutor* privado, cercado pero peligrosamente aislado. La gran mayoría de la tierras concentradas de Stolypin fueron concentraciones de *otruba,* y el Gobierno, a pesar de su preferencia por las *jutora*, tenía poca elección excepto darles su bendición.

A pesar de la oposición continuada de los campesinos comunales, quienes

ocasionalmente atacaban su propiedad, Semyonov y sus compañeros convirtieron gradualmente sus tierras de mala calidad en explotaciones agrícolas privadas modélicas. En sus grandes campos cuadrados, introdujeron avanzadas rotaciones de cosechas, semillas escogidas, fertilizantes químicos y modernas herramientas. Sus cosechas de cereales y de lino aumentaron casi al doble. Construyeron cobertizos para sus ganados en invierno, importaron las mejores razas de Europa, exportaron leche a Moscú y fundaron un sindicato de ganaderos. También cultivaron fruta y vegetales, que llevaban a vender por tren a Moscú cada sábado. «Mi experiencia de los últimos tres años —escribió Semyonov en 1913— me ha convencido de que los campesinos tienen por delante un brillante y nuevo futuro.»[35] Y estos nuevos agricultores que habían recurrido a la roturación fueron los precursores de una breve revolución agrícola de Rusia antes de la primera guerra mundial. Hasta cierto punto, fueron ellos los responsables de la marcada mejora del nivel de vida campesino observado por historiadores recientes. Los agricultores de *jutor*, que por lo general eran los más fuertes de los fuertes, tenían tres o cuatro caballos y quizás una docena de bueyes, frente a la mayoría de los campesinos comunales que poseían un ejemplar de cada uno de estos animales. Contrataban mano de obra, compraban más tierra a la clase acomodada y comenzaron a hacer negocios. Aquí se encontraban los ganadores de la «apuesta por el fuerte».

Pero había otros, especialmente entre los *otrubniki*, que no lo habían conseguido. Muchas de sus *otruba* eran en realidad más pequeñas que las vecinas parcelas comunales, lo que sugería que pertenecían a las familias campesinas más débiles. No hay duda de que muchos se habían establecido por su cuenta con el objeto de vender la tierra y marcharse a vivir a las ciudades: cerca de un millón de campesinos así lo hicieron entre 1908 y 1915. Pero otros intentaron cultivar sus parcelas cercadas, creyendo que una vez que estuvieran libres de la comuna, también podrían convertirse en agricultores de éxito. Por supuesto, lo cierto era que cultivar una parcela cercada suponía más riesgos y más costes para los campesinos que aquellos con los que se habían enfrentado dentro de la comuna del pueblo, y que su intento de conseguirlo por medios inadecuados estaba a punto de acabar en un desastre. Los propietarios de las parcelas concentradas tenían que pagar un interés por los préstamos del banco e invertir en caminos, cercas y agua. También tenían que proporcionar sus propios medios de transporte, herramientas, madera, pasto, semillas y granos, algunos de los cuales previamente habían compartido con sus vecinos comunales. Todos los

servicios comunales que siempre habían convertido al pueblo en el centro de la vida campesina (la iglesia, la escuela, las tiendas y los pequeños comercios, así como las redes interpersonales) se les habían cerrado, al menos parcialmente. En 1917, muchos de estos agricultores privados habían caído en una desesperada pobreza y sólo deseaban liquidar sus granjas para volver a la comuna y compartir la división de despojos cuando se reanudó la guerra contra las propiedades de la clase acomodada.

La mayoría de los historiadores occidentales ha coincidido en afirmar, con frecuencia más sobre la base de sus propios prejuicios ideológicos que de la evidencia empírica, que la reforma agraria de Stolypin «debía de haber sido» un éxito. Se ha argumentado que si no hubiera estallado la primera guerra mundial, que interrumpió las concentraciones, la reforma podría haber evitado la revolución agraria al convertir a los campesinos en una clase de pequeños propietarios. Este punto de vista encaja con el de los historiadores que resaltan que la Rusia zarista después de 1905 se había estabilizado y fortalecido como resultado de su evolución hacia una sociedad moderna y que, si no hubiera sido por la guerra, la revolución nunca habría sucedido. Los días de la autocracia estaban retrocediendo, un orden parlamentario estaba cobrando forma y Rusia, continúa esta argumentación, se estaba convirtiendo a toda prisa en una verdadera potencia industrial, con un campesinado que no sólo podía autoabastecerse, sino que, gracias a las reformas de Stolypin, también habría sido capaz de exportar alimentos.

En realidad, mucho antes de 1914, las reformas agrarias de Stolypin ya se habían detenido. Stolypin había afirmado que necesitaría al menos veinte años para transformar la Rusia rural. Pero aunque hubieran continuado al mismo ritmo de antes de la primera guerra mundial, se habría necesitado gran parte del siglo para crear una burguesía agraria fuerte sobre la que evidentemente el régimen había decidido apostar su futuro. La concentración parcelaria, al igual que las demás reformas del régimen zarista, llegó muy tarde.

Gran parte del problema radicaba en la falta de una adecuada estructura burocrática para llevar a cabo las reformas, por lo que éstas sufrieron interminables retrasos. El Gobierno estaba intentando transformar el modo de vida del campesinado sin otorgar al campo ninguna ventaja política verdadera. Gran parte de la clase acomodada, desde los gobernadores provinciales hasta los capitanes agrarios locales, se oponía a las reformas e hizo todo lo que estuvo en su mano para detenerlas. Mientras, en el área de la aldea no había ninguna

administración estatal, aunque Stolypin, para ser justos, había intentado crear un *zemstvo* del *volost*, controlado por los nuevos propietarios campesinos, y fue únicamente la oposición política de la clase acomodada, que defendía su hegemonía tradicional sobre el Gobierno local, la que enterró todas sus propuestas. Los campesinos precursores, como Semyonov, carecían de autoridad política para poder superar las difíciles trabas que se presentaban para abandonar la propiedad comunal y a no ser que, como él, mostraran una extraordinaria perseverancia, tenían muy pocas esperanzas de alcanzar el éxito. Sin la democratización del gobierno local, las reformas de Stolypin estaban condenadas al fracaso.

Quizá, sobre todo, las reformas estaban condenadas por su desmedida ambición. Resultó ser mucho más difícil imponer las formas capitalistas extranjeras en el atrasado campo ruso que hacer comprender a los burócratas, sentados en sus oficinas de San Petersburgo, su necesidad. La comuna del pueblo era una vieja institución, en muchas formas bastante obsoleta, pero en otras todavía responsable de satisfacer las necesidades básicas de los campesinos, que solían vivir en los márgenes de la pobreza, temerosos de asumir riesgos, recelosos del cambio y hostiles a los extraños. Stolypin daba por supuesto que los campesinos eran pobres debido a la propiedad comunal: si se apartaban de ella, podrían mejorar sus vidas. Sin embargo, lo contrario estaba más cerca de la verdad: la comuna existía porque los campesinos eran pobres; servía para distribuir la carga de su pobreza, y mientras siguieran siendo pobres, carecerían de incentivos para abandonarla. Para lo bueno y para lo malo, las costumbres igualitarias de la comuna habían llegado a encarnar para el campesinado las nociones básicas de justicia social y, como los acontecimientos de 1917 se encargarían de demostrar, representaban unos ideales por los que lucharían con toda su energía.

IV Por Dios, el zar y la patria

En las colinas que dan a los distritos occidentales de Kiev hay algunas cuevas donde antes de la revolución los niños solían jugar, y, en los hermosos domingos de verano, las familias acudían allí de excursión. Un día de la primavera de 1911

unos niños encontraron el cadáver de un escolar en una de las cuevas. El muchacho tenía cuarenta y siete puñaladas en la cabeza, el cuello y el torso, y sus ropas estaban totalmente manchadas de sangre seca. Cerca de allí estaba tirada su gorra de escolar y algunos cuadernos, que identificaron a la víctima como Andrei Yustshinsky, un alumno de trece años del colegio eclesiástico Sofia.

Kiev quedó horrorizado por el asesinato. El suceso acaparó las páginas de los periódicos de la ciudad. Debido al gran número de heridas que había en el cuerpo de la víctima, algunos grupos de los Cien Negros afirmaron que tenía que ser un asesinato ritual practicado por los judíos. En el funeral, distribuyeron panfletos a los asistentes en los cuales se afirmaba que «cada año antes de su Pascua, los judíos torturan hasta la muerte a varias docenas de niños cristianos con objeto de conseguir sangre para mezclarla en sus *matzos*». E invitaban a los «cristianos a matar a todos los judíos hasta que no quedara un sólo *yid* en Rusia».[36]

La teoría del asesinato ritual se vio respaldada por los denominados *Protocolos de los Sabios de Sión,* una falsificación procedente de la policía zarista que se había publicado por primera vez en San Petersburgo en 1902, y que, mucho antes de su enorme éxito en la Europa de Hitler, había proporcionado una base popular en Rusia al mito de que los judíos formaban una conspiración mundial para pervertir y sojuzgar a las naciones cristianas. Sin embargo, fue sólo después de 1917, cuando muchos rusos echaban la culpa de las calamidades de la guerra y de la revolución a los judíos, cuando los *Protocolos* se leyeron masivamente. Una copia se encontró entre los últimos efectos personales de Nicolás II después de su muerte, acaecida en julio de 1918. Estos *Protocolos* tuvieron varias ediciones entre 1905 y la muerte de Andrei. Por este motivo, la acusación de los Cien Negros de que el muchacho había sido asesinado por los judíos con fines rituales había resultado aceptable y había ayudado quizás a convencer a medias a muchas decenas de miles de ciudadanos. Es más, durante esos años proliferaba una extensa literatura «científica» sobre asesinatos rituales judíos, vampirismo y trata de blancas, que concedió a las acusaciones de los Cien Negros una cierta veracidad. Por decirlo en pocas palabras, como lo indicó Witte, el antisemitismo se «había puesto de moda» entre la elite rusa.[37]

Durante las semanas siguientes al funeral de Andrei, en Kiev circularon rumores sobre una campaña de asesinatos rituales organizados por la población judía de la ciudad. La prensa derechista repetía la acusación y la utilizaba para

argumentar contra la concesión de derechos civiles y religiosos a los judíos. El pueblo judío, afirmaba *Bandera Rusa (Russkoe znamia),* había sido transformado por su religión en «una especie criminal de asesinos, torturadores rituales y consumidores de la sangre cristiana». Treinta y siete diputados derechistas de la Duma, incluyendo a once sacerdotes ortodoxos, firmaron una petición exigiendo al Gobierno que impartiera justicia en esa «secta criminal de judíos». Los ministros de Justicia (I. G. Shcheglovitov) y de Interior (N. A. Maklakov) estaban convencidos de la teoría del asesinato ritual, al igual que la mayoría del Gobierno y de la corte, y acudieron, con la bendición personal del mismo zar, a la busca y captura de un sospechoso judío.[38]

El hombre que eligieron finalmente fue Mendel Beiliss, un empleado de mediana edad que trabajaba en una fábrica propiedad de unos judíos y que tuvo la desgracia de encontrarse cerca de las cuevas donde se halló el cuerpo de Andrei. No había nada inusual en ese tranquilo hombre de familia, de altura y complexión media, con una corta barba negra y gafas. No era siquiera especialmente religioso y raramente asistía a la sinagoga. Sin embargo, durante los dos años siguientes, mientras estaba en prisión esperando el juicio, la policía elaboró el más terrible retrato de él. Se pagó a testigos para que testificaran que le habían visto raptar violentamente a Andrei, o que le habían oído confesar el asesinato y su participación en secretas sectas judías. Los dos médicos encargados de la autopsia fueron obligados a cambiar su informe para que se adecuara a la teoría del asesinato ritual. Un eminente psiquiatra, el profesor Sikorsky, fue incluso empujado a afirmar, basado en la más que razonable «evidencia antropológica», que el asesinato de Andrei era «típico» de las matanzas rituales que regularmente llevaban a cabo los judíos. Para la prensa fue un gran día, y sus páginas se llenaron de fantásticas historias sobre «Mendel Beiliss, el bebedor de sangre cristiana», y artículos de varios «expertos» sobre el trasfondo histórico y científico del caso.[39]

Mientras tanto, dos policías jóvenes habían descubierto la verdadera causa del asesinato. Andrei era amigo de Yevgueny Cheberiak, cuya madre, Vera, pertenecía a una banda de delincuentes que recientemente había llevado a cabo una serie de robos en Kiev. Los artículos robados eran almacenados en su casa antes de ser transportados a otras ciudades para su recepción. En cierta ocasión Andrei descubrió ese alijo secreto. En una discusión con su amigo, le había amenazado con acudir a la policía, que ya sospechaba algo. Cuando Yevgueny se lo contó a su madre, la banda se asustó, mató a Andrei y enterró su cuerpo en las

cuevas. Toda esta información fue ocultada deliberadamente por el fiscal del distrito que estaba a cargo de las investigaciones, un fanático antisemita llamado Chaplinsky, deseoso de ganar un ascenso si entregaba a Shcheglovitov la cabeza de Beiliss. Los dos policías fueron destituidos, y otros con dudas acerca del caso fueron obligados a guardar silencio. Chaplinsky incluso ocultó el hecho de que Vera, que testificaría en el juicio que había visto a Beiliss secuestrar a Andrei, había envenenado a su propio hijo por miedo a que revelara su intervención en el asunto. Yevgueny, después de todo, era el único testigo que podía arruinar la acusación.

En 1917, cuando se descubrió toda la trama de esta conspiración, se hizo evidente que tanto el ministro de Justicia como el mismo zar conocían la inocencia de Beiliss mucho tiempo antes de que fuera a juicio, pero que habían continuado con el proceso con la creencia de que de esta forma se «demostraría» que la participación de la secta judía en asesinatos rituales era un hecho. Cuando tuvo lugar la apertura del juicio, en septiembre de 1913, la prensa liberal ya había descubierto la identidad de los verdaderos asesinos a partir de la información proporcionada por los dos policías expulsados por Chaplinsky. Hubo grandes manifestaciones populares contra el juicio. Muchos abogados, incluyendo al joven Kérensky, organizaron una protesta en el Colegio de Abogados de San Petersburgo, por lo que fueron expulsados. Gorky, que estaba viviendo en Capri, escribió un llamamiento apasionado contra la «caza de brujas judía» que fue firmado por Thomas Mann, Anatole France, H. G. Wells, Thomas Hardy, los rectores de todas las universidades de Oxford y Cambridge y muchos políticos importantes de toda Europa. En Estados Unidos el grupo de presión judío inició una campaña para pedir la suspensión de todos los créditos financieros a Rusia. Pero el Gobierno zarista se mostraba impávido ante el escándalo internacional e incluso incrementó sus esfuerzos para conseguir que Beiliss fuera condenado. En vísperas de su juicio, varios testigos clave de la defensa fueron arrestados y enviados a un exilio secreto. El juez fue recibido por el zar, se le regaló un reloj de oro y se le prometió el ascenso si se producía una «victoria del Gobierno». Durante el juicio, interrumpía repetidamente los procedimientos e instruía al jurado, que estaba formado por campesinos procedentes de una zona conocida sobre todo por sus pogromos antijudíos, para que aceptaran lo que la acusación acababa de explicarles como un «hecho establecido». Sin embargo, ni siquiera todo este montaje fue suficiente para asegurar una condena. Todos los testigos de la acusación (vagabundos,

criminales convictos y prostitutas) se mostraron como lo que eran: mentirosos pagados por la policía. Durante las cinco semanas del juicio, el nombre del acusado apenas fue mencionado, ya que la acusación se dedicaba enteramente a denigrar su religión. «¿Cómo podemos condenar a Beiliss —se preguntó uno de los miembros del jurado, al darse cuenta de qué era lo que se esperaba de ellos —, si no se ha dicho nada sobre él?»[40]

Al final, entre un regocijo general tanto en el país como en el extranjero, Beiliss fue declarado inocente. Seis meses después emigró a Palestina y desde allí partió hacia Estados Unidos, donde murió en 1934. Nunca se presentaron cargos contra la banda criminal responsable de la muerte de Andrei. Vera Cheberiak fue contratada por un circo para que apareciera en una pantomima acerca del asunto Beiliss, y una pantomima era más o menos todo lo que había sucedido. Continuó viviendo en Kiev hasta 1918, cuando fue arrestada y asesinada por los bolcheviques durante el Terror rojo (una de sus pocas víctimas justificables, casi se podría decir). Por lo que respecta al Gobierno zarista, continuó actuando como si nada hubiera pasado, entregando títulos, ascensos y valiosos regalos en metálico a todos aquellos que habían formado parte de «su bando» durante el juicio. Chaplinsky fue ascendido a una posición de importancia en el Senado, mientras que el juez del proceso fue nombrado magistrado jefe del Tribunal de Apelación. Sin embargo, ante los ojos del mundo occidental, el asunto Beiliss llegó a simbolizar la lucha entre el despotismo de la Rusia medieval y la nueva sociedad al estilo europeo de la Rusia del siglo XX, basada en las libertades civiles de la era de la Duma. El régimen zarista, al aliarse con los primeros, había cometido un suicidio moral ante los ojos del mundo civilizado.

¿Por qué la monarquía había ido tan lejos en el juicio de Beiliss? La respuesta seguramente se encuentra en la situación política general. En 1911 el sistema de la Duma se había fragmentado. Los dos principales partidos dispuestos a trabajar con el Gobierno, los octubristas y los nacionalistas, estaban profundamente divididos y, en las elecciones de 1912 a la cuarta Duma, su porcentaje de votos cayó en picado. La antigua mayoría de centro derecha se había desintegrado, y la Duma se había debilitado por una serie de frágiles alianzas, incapaz de encontrar un consenso válido.[57*] El Gobierno de Kokovtsov (1911—1914) ignoraba a la Duma, a la que enviaba insignificantes proyectos de ley. El Palacio de Táuride gradualmente se fue vaciando de contenido a medida que decaía la influencia del Parlamento. Al mismo tiempo, el movimiento de los trabajadores, que estaba en

letargo desde 1906, había revivido en abril de 1912, después de la matanza de quinientos manifestantes mineros en el río Lena, en los páramos del norte de Siberia. Durante los dos años siguientes, tres millones de trabajadores se vieron implicados en nueve mil huelgas, de las que una creciente proporción fue organizada bajo los lemas militantes de los bolcheviques, con preferencia a la dirección más cauta de sus rivales mencheviques. Los bolcheviques ganaron seis de las nueve curias de trabajadores en las elecciones de la Duma de 1912, y en 1914 consiguieron el control de todos los principales sindicatos de Moscú y San Petersburgo. Su periódico, *Pravda*, fundado en 1912 con ayuda financiera de Gorky, entre otros, era el de más tirada de toda la prensa socialista, con aproximadamente cuarenta mil ejemplares vendidos a los trabajadores (y muchos más leídos por éstos) cada día.[41]

Al zar y sus partidarios en la corte, la Iglesia y los círculos derechistas, sin duda alguna les parecía tanto un momento oportuno (con la Duma debilitada) como de presión (con el ascenso de la izquierda militante) para reducir las ganancias de la era constitucional y movilizar las masas urbanas en defensa de una autocracia popular. Maklakov y Shcheglovitov, los dos principales defensores del Gobierno en el caso Beiliss, habían estado desde hacía tiempo presionando al zar para que clausurara la Duma o, al menos, para que la degradara al estado de un órgano consultivo. Pero la presión occidental y el miedo a una reacción popular frenaban al zar. Para estos dos ministros, en particular, pero sin duda alguna también para el zar, que era ingenuo y fácilmente manipulable, el caso Beiliss había sido la primera oportunidad (y quizá la última) de explotar la xenofobia con fines monárquicos. Es probable que confiaran en movilizar a las «personas leales a Rusia» en defensa del zar y del tradicional orden social contra los males de la modernidad (la depravación de la vida urbana, la insidiosa influencia de la *intelligentsia* y la militancia de la izquierda), que muchos rusos ignorantes identificaban con los judíos. Como los pogromos de 1905 y 1906 ya se habían encargado de demostrar, el antisemitismo popular era un arma vital en el arsenal de la contrarrevolución. La Unión del Pueblo Ruso (UPR), que era su principal exponente, se encontraba entre los primeros grupos de Cien Negros defendiendo la acusación de asesinato ritual, y proporcionó una clac antijudía a la acusación durante todo el juicio de Beiliss. El zar patrocinó la UPR (y el Gobierno la financió secretamente) con la esperanza de que un día se convirtiera en un partido monárquico popular capaz de conseguir el apoyo a los socialistas. Su manifiesto expresaba una desconfianza

plebeya hacia todos los partidos políticos, la *intelligentsia* y la burocracia, de los que afirmaba que eran obstáculos para la «comunión directa entre el zar y su gente». Todo esto era música para los oídos de Nicolás, pues también él compartía la fantasía de restablecer el Gobierno personal del zar, tal como había existido en el siglo XVII. La unión mística entre el zar y su gente era el *leitmotiv* del tricentenario de los Romanov. Incluso el éxito de Rasputin se basaba sobre todo en el obstinado autoengaño de Nicolás de que el «hombre santo» era «sólo un sencillo campesino». En resumen, para poder entrar en los círculos más elevados del Gobierno, se había hecho necesario fomentar la fantasía del zar sobre una autocracia popular, y expresar apoyo hacia la UPR era la forma más sencilla de conseguirlo. Los principales miembros de la Iglesia, la corte y el Gobierno, incluyendo el ministro del Interior, Maklakov, apoyaban a la UPR.[42]

La UPR no era más que un movimiento nacionalista de la Gran Rusia. Su primer objetivo declarado era una «Gran Rusia, unida e indivisible». Pero la carta nacionalista era muy peligrosa para que la jugara el régimen zarista. Sus consecuencias eran muy difíciles de predecir. El concepto de «nación» desempeñaba un papel clave en la política de 1905-1917, y tanto los partidos monárquicos como la Duma lo utilizaban constantemente en sus discursos, para competir entre sí en la obtención del apoyo popular. La idea de «Rusia» servía como un punto de referencia vital durante esta era de transición, cuando las antiguas certidumbres políticas parecían estar indeterminadas y las nuevas todavía tenían que formarse. Era como el norte de la brújula que los rusos usaban para orientarse en su camino hacia la nueva política (gran parte de lo mismo ocurre en la Rusia poscomunista). Cada fibra de pensamiento político tenía su propio nacionalismo diferente. En el caso de la UPR estaba basado en el racismo y en la xenofobia. La supremacía de los granrusos en el Imperio tenía que ser defendida. Para los dirigentes derechistas de la Iglesia, estaba igualmente basada en la supremacía de la ortodoxia. Pero este nacionalismo de la Gran Rusia no estaba limitado a la derecha. Todos los partidos de centro derecha de la Duma, después de 1907, compartían la idea de que los intereses de Rusia, como un imperio en creciente rivalidad con las grandes potencias de Occidente, dependían del fomento del sentimiento popular nacionalista (¿para quién más iban a preparar un ejército fuerte?) y del mantenimiento de la dominación de Rusia sobre las fronteras no rusas. El Gobierno de Stolypin se veía obligado a diseñar un programa que satisficiera las exigencias de ese nacionalismo, especialmente después de 1909, cuando el apoyo de los octubristas había

declinado y el Gobierno se veía obligado a pactar una mayoría en la Duma con el Partido Nacionalista. La separación de Jolm de Polonia (1909), la imposición del Gobierno ruso sobre Finlandia en la mayoría de las cuestiones (1910) y las medidas para garantizar la dominación de la minoría rusa sobre la mayoría polaca en el proyecto de ley del *zemstvo* occidental (1911) eran todos indicios de esta nueva línea oficial en el nacionalismo de la Gran Rusia. Muchas de las concesiones conseguidas por los que no eran rusos como resultado de la revolución de 1905 fueron retiradas de nuevo en esos años. Stolypin justificaba su política sobre la base de la defensa imperial. Después de todo, tal como explicó a Bernard Pares, la frontera finlandesa sólo estaba a treinta y dos kilómetros de San Petersburgo, e Inglaterra apenas podría tolerar un Estado autónomo tan cerca como Gravesend.[43]

La amenaza de una guerra en Europa era cada vez mayor. Los dos grandes imperios balcánicos, el otomano y el austrohúngaro, se estaban fragmentando bajo la presión de sus movimientos nacionalistas. Alemania y Rusia estaban preparando sus tropas para luchar por los despojos, ya que cada una de ellas deseaba avanzar sus intereses en la región. La ocupación de Constantinopla y el control de los Dardanelos, a través de los cuales pasaba la mitad del comercio exterior, había sido la principal ambición imperial de Rusia desde los tiempos de Pedro el Grande. Pero también albergaba grandes esperanzas de poseer su propio Imperio eslavo en los Balcanes, esperanzas que eran alentadas por los movimientos nacionalistas de Serbia, Bulgaria y Bosnia-Herzegovina.

Durante mucho tiempo, estos sueños paneslavistas se consideraron más como tema de poesía que de política práctica. La debilidad militar y económica del país exigía una cautelosa política exterior. Como había señalado Polovtsov en 1885: «Rusia necesita carreteras y escuelas, no victorias ni honores militares, pues en caso contrario se convertirá en otra Laponia».[44] Se dejó a los diplomáticos la defensa de los intereses de Rusia en Europa, lo que significaba, en gran medida, conciliarla con los dos poderosos vecinos de Berlín y Viena. La Corte de los Romanov había estado desde hacía mucho tiempo a favor de una política proalemana, en parte debido a los fuertes lazos dinásticos entre las familias reinantes y en parte debido a su mutua oposición al liberalismo europeo. Incluso se había hablado de revivir la antigua Liga de los Tres Emperadores.

Sin embargo, a partir de 1905, la política extranjera no podía continuar sin

tener en cuenta la opinión pública. La Duma y la prensa se tomaron un activo interés en las cuestiones imperiales y cada vez con más frecuencia requerían una política más agresiva en defensa de los intereses balcánicos de Rusia. Los octubristas encabezaban el movimiento, pues deseaban frenar la decadencia de su propia fortuna política patrocinando una cruzada nacionalista. Guchkov, su dirigente, condenó la decisión de los diplomáticos de mantenerse al margen en la guerra en 1908, cuando Austria se anexionó a Bosnia-Herzegovina, como una traición a la misión histórica de Rusia de defender a los Estados eslavos balcánicos. Los rusos, declaró, en contraste con la «floja indolencia de la Rusia oficial», estaban preparados para una «guerra inevitable con las razas alemanas», y son estos sentimientos patrióticos con los que «los diplomáticos extranjeros y, por supuesto, los nuestros deben contar». Para no verse superados por semejantes bravatas, los kadetes de la derecha prepararon su propia versión del imperialismo eslavo. Struve denunció el asunto bosnio como una «desgracia nacional». El destino de Rusia, argumentaba en un destacado ensayo publicado ese mismo año, era extender su civilización «a toda la cuenca del mar Negro». Esto se podría conseguir (aunque pueda parecer contradictorio) con una combinación de la voluntad imperial y de la libre asociación de las naciones eslavas, que, desde su punto de vista, verían a Rusia como un refugio constitucional frente a la opresión teutónica. Igualmente ansiosa de ondear la bandera patriótica estaba la élite burguesa liberal de Moscú, liderada por Alexander Konovalov y los Riabushinkys, quienes en 1912 fundaron su propio Partido Progresista argumentando que había llegado el momento de que la burguesía asumiera la dirección de la nación. El control por Rusia del mar Negro y de las rutas de navegación que pasaban a través de los estrechos era el objetivo principal de sus ambiciones comerciales.[45]

Gran parte de este patriotismo burgués se había formado a partir de la idea de que Europa se estaba orientando inevitablemente hacia un choque titánico entre teutones y eslavos. El paneslavismo y el pangermanismo eran dos doctrinas mutuamente autojustificantes: la una no podía existir sin la otra. El miedo a Rusia unía a todos los patriotas alemanes, mientras que el miedo a Alemania tenía el mismo efecto en Rusia. La germanofobia estaba muy enraizada en la sociedad rusa. La revolución estaba en parte basada en ella, tanto como una reacción contra la guerra como en su calidad de rechazo de la corte de los Romanov, dominada por alemanes. Este miedo a Alemania era en parte consecuencia de la inseguridad cultural de Rusia, el sentimiento de que estaba

viviendo en la frontera de una sociedad atrasada y semiasiática y que todo lo moderno y progresista venía de Occidente. Existía, como apuntó Dominic Lieven, «una instintiva sensación de que la arrogancia germánica hacia los eslavos implicaba un rechazo implícito a la propia dignidad del pueblo ruso y a su igualdad con las otras razas principales de Europa». La riqueza de los alemanes que vivían en Rusia, su importancia en la administración pública y el dominio cada vez mayor de las exportaciones alemanas en los mercados tradicionales rusos sólo servían para subrayar la sensación de amenaza racial. «En los últimos veinte años —declaraba en 1914 un editorial de *Novoe Vremia*— nuestro vecino occidental ha clavado firmemente sus colmillos en las fuentes vitales de nuestro bienestar y como un vampiro ha chupado la sangre del campesino ruso.» Muchas personas temían que el *Drang nach Osten* fuera parte de un amplio plan germano para aniquilar la civilización eslava y concluían que, a no ser que realizara algún gesto firme en nombre de sus aliados balcánicos, Rusia sufriría un largo período de decadencia imperial y subyugación ante Alemania. Este sentimiento paneslavista aumentaba a medida que el público se sentía frustrado por el método conciliador seguido por el Gobierno hacia «los agresores germanos». El *Novoe vremia* encabezaba este sentimiento, denunciando la decisión del Gobierno, conseguida gracias a la presión de Berlín, de reconocer la anexión de Bosnia como un «Tsushima diplomático».[58*] El periódico pedía al Gobierno que frenara la creciente influencia de Alemania en los Balcanes con una campaña proeslavista. Como consecuencia de ello se crearon numerosas sociedades eslavas después de 1908; incluso se convocó un Congreso Eslavo en Praga, donde los rusos intentaron persuadir a sus escépticos «hermanos» de las tierras checas de que estarían mucho mejor bajo el Gobierno del zar. Durante las guerras balcánicas de 1912 y 1913 este sentimiento proeslavista había reunido a muchos elementos de la sociedad rusa. Cientos de organizaciones públicas habían declarado su apoyo a los eslavos; las principales ciudades fueron testigo de grandes manifestaciones, y muchas figuras públicas de la política pidieron una reivindicación del poder imperial de Rusia. «Los estrechos deben ser nuestros —dijo Mijail Rodzianko, presidente de la Duma, al zar en marzo de 1913—. Una guerra será muy bien recibida y aumentará el prestigio del Gobierno.»[46]

No cabía duda alguna de que la presión de la opinión pública desempeñaba un importante papel en la compleja serie de acontecimientos orientados a la participación de Rusia en la primera guerra mundial. A comienzos de 1914, el

estado de ánimo favorable a una beligerancia proeslava se había extendido a la corte. El príncipe G. N. Trubetskoi, a cargo de las secciones balcánicas y otomanas del Ministerio del Interior en el verano de 1912, era un conocido paneslavista determinado a conseguir el control de Constantinopla y su área de influencia en los Balcanes. Puntos de vista similares eran compartidos por el gran duque Nicolás Nikolaevich, un militar de gran influencia sobre el zar, quien en agosto de 1914 le nombró comandante en jefe. Su padre había luchado en las campañas de los Balcanes de 1877 y 1878, y su esposa, una ardiente patriota eslava, era hija del rey de Montenegro. Muchos generales compartían las simpatías eslavas del gran duque. Brusilov era un ejemplo de ello. Preocupado por la falta de preparación moral de Rusia para la guerra que se acercaba, consideraba el nacionalismo paneslavista como un medio de unir al pueblo con el Ejército. «Si el zar hubiera apelado a todos sus súbditos —escribió posteriormente— para salvar a su país del presente peligro y para liberar a todos sus hermanos eslavos del yugo alemán, el entusiasmo habría sido ilimitado, y su popularidad personal, invulnerable.»[47]

El mismo zar se estaba moviendo lentamente hacia el campo paneslavista. A comienzos de 1914 pensaba que había llegado el momento de demostrar una posición firme frente a Austria, si es que no contra su aliado más poderoso de Berlín. «No nos dejaremos pisotear», declaró a Delcassé en enero. Para los embajadores extranjeros, esta nueva resolución era producto de la presión de la opinión pública. Pero por el momento Nicolás apoyaba el cauteloso sistema del ministro de Exterior, S. D. Sazonov. Reconociendo que una guerra con las potencias centrales era casi inevitable, intentó retrasarla por medios diplomáticos. El Ejército ruso, según los expertos militares, no estaría preparado para la guerra hasta 1917. Ni tampoco estaba completo el plan diplomático: pues aunque estaba asegurado el apoyo de Francia, no sucedía lo mismo con el de Inglaterra. Pero con mucho la preocupación más apremiante era la amenaza de una revolución si Rusia se empantanaba en una larga y agotadora campaña. El recuerdo de 1904 y 1905 todavía estaba reciente, y no había nada que los dirigentes revolucionarios apreciasen más que una guerra. «Una guerra entre Rusia y Austria sería un elemento muy útil para la revolución —comentó Lenin a Gorky en 1913—, pero hay muy pocas posibilidades de que Francisco José y Nicolás nos den un regalo así.»[48]

Todo esto reforzaba los argumentos de la facción progermana de la corte en contra del precipitado viraje hacia la guerra. En un memorándum profético de

febrero de 1914, Durnovo advirtió al zar que Rusia estaba demasiado débil para soportar la larga guerra de desgaste que con toda probabilidad iba a producir la rivalidad entre ingleses y alemanes. Una violenta revolución social sería el resultado, porque la *intelligentsia* liberal carecía de la confianza de las masas y por tanto sería incapaz de mantener el poder durante largo tiempo en una revolución puramente política. Durnovo definió el curso de esta revolución en términos marcadamente visionarios:

El problema dará comienzo cuando se eche la culpa de todos los desastres al Gobierno. En las instituciones legislativas se iniciará una encarnizada batalla contra éste, seguida por agitaciones revolucionarias por todo el país con lemas socialistas capaces de levantar el ánimo y de reunir a las masas, comenzando con la división de la tierra y seguidos por una división de todos los bienes y propiedades. El Ejército derrotado, al haber perdido a sus hombres más valiosos, y arrastrado por la marea del primitivo deseo campesino de la posesión de la tierra, se encontrará muy desmoralizado para servir de baluarte para la ley y el orden. Las instituciones legislativas y los partidos de la oposición intelectual, al carecer de una autoridad real a los ojos del pueblo, serán impotentes para contener la marea popular, fomentada por ellos mismos, y Rusia se verá arrojada a la anarquía desesperada, cuyo resultado no se puede prever.[49]

Cautela era la palabra clave de la facción proalemana de la corte. Pero desde el punto de vista de Alemania, si iba a haber una guerra con Rusia, era mejor luchar antes que después. «Rusia crece y crece, y es cada vez más como una pesadilla», declaró el canciller alemán Bethmann Hollweg. Cuando el archiduque Fernando fue asesinado por los nacionalistas serbios, no estaba en los intereses de Alemania evitar que su aliado austríaco amenazara con la guerra al último aliado balcánico de Rusia. Esto provocó la desorganización en el delicado equilibrio de la política diplomática de Rusia. La prensa rusa exigía la guerra en defensa de Serbia y se organizaron grandes manifestaciones públicas en el exterior de la embajada austríaca en San Petersburgo. El 24 de julio de 1914 el Consejo de Ministros recomendó los preparativos militares. En caso contrario, argumentó A. V. Krivoshein, el influyente ministro de Agricultura, «la opinión pública no podría comprender por qué, en un momento crítico para los intereses de Rusia, el Gobierno imperial era reacio a actuar valientemente». Era más importante «creer en el pueblo ruso y su amor ancestral por la patria que el

riesgo de la preparación o falta de preparación para la guerra».[50]

Todo ello situaba a Nicolás en una situación imposible. Si iba a la guerra, corría el riesgo de una derrota y de una revolución social; pero si no iba, igualmente podría producirse una sublevación repentina de sentimientos patrióticos contra él, que también darían como resultado una completa pérdida del control político. Había además muy poco tiempo para tomar una decisión, porque si Rusia iba a movilizar sus fuerzas armadas, necesitaría tomar la delantera a sus enemigos, que podían movilizar sus ejércitos con mucha más rapidez. El 28 de julio Austria declaró la guerra a Serbia. Nicolás ordenó la movilización parcial de sus tropas y realizó un último llamamiento al káiser para evitar el ataque ruso a Belgrado. «Presiento —advirtió— que muy pronto nos veremos agobiados por la presión, lo que me forzará a tomar medidas extremas que conducirán a la guerra.» Dos días después contestó el káiser, renunciando a la neutralidad de Alemania en la cuestión serbia. Sazonov recomendó una movilización general, dándose cuenta de que era inminente una declaración de guerra de Alemania contra Rusia (llegó el 1 de agosto). Advirtió al zar de que «a no ser que ceda a la demanda popular de una guerra y desenvaine la espada en nombre de Serbia, correrá el riesgo de una revolución y quizá de la pérdida de su trono». Nicolás estaba pálido. «¡Piense en la responsabilidad que me está aconsejando asumir!», dijo a Sazonov. Pero la fuerza del argumento del ministro era incontrovertible y, a regañadientes, el zar ordenó una movilización general el 31 de julio.[51]

Brusilov pretendió posteriormente hacer creer que el zar había sido forzado a entrar en guerra por la fuerza del fervor patriótico de su propia gente: «Si no lo hubiera hecho así, el resentimiento público se habría vuelto contra él con tal ferocidad que lo habría arrojado del trono, y la revolución, con el apoyo de toda la *intelligentsia,* hubiera ocurrido en 1914 en lugar de en 1917». Esto es, sin duda alguna, una exageración del caso. Los patriotas de clase media que se reunieron delante del Palacio de Invierno para celebrar la declaración de guerra del zar el domingo 2 de agosto (funcionarios, empleados, estudiantes de universidad y amas de casa) no eran la clase de gente que inicia una revolución. Muchos de ellos, según observadores extranjeros, habían sido obligados a salir a la calle por sus jefes y maestros. Pero en esa tarde soleada, cuando Nicolás salió al balcón de su Palacio de Invierno y observó en la plaza a una inmensa muchedumbre que chillaba y ondeaba banderas, que en ese momento, como un solo hombre, se arrodilló frente a él y cantó el himno nacional, sin duda pensó

que la guerra había por fin unido a sus súbditos con él y que quizá, después de todo, había algún motivo para la esperanza. «Ves? —dijo al tutor de sus hijos poco tiempo después, preso de una gran emoción—. Ahora habrá un movimiento nacional en Rusia igual al que tuvo lugar en la gran guerra de 1812.»[52]

Y, en efecto, esas primeras apasionantes semanas de agosto pusieron de manifiesto un cierto *ralliement* nacional. Las huelgas de los trabajadores se interrumpieron. Los socialistas se unieron en defensa de la patria, mientras que los pacifistas, los derrotistas y los internacionalistas se vieron obligados a exiliarse. Saquearon la embajada alemana de la plaza Marinskaya, rompieron las ventanas y tiraron los muebles, los hermosos cuadros e incluso la colección privada de esculturas del Renacimiento del embajador a una hoguera que había en la calle. Entonces, entre los gritos de complacencia de la multitud, lanzaron desde el tejado de la Embajada dos inmensos caballos de bronce, que se estrellaron contra el suelo. En medio de esta oleada de sentimientos antigermanos, la gente incluso cambió sus nombres para hacerlos más rusos; por ejemplo, el orientalista Wilhelm Wilhelmovich Struve se convirtió en Vasilii Vasilievich Struve. Cediendo ante la fuerza de la xenofobia, el Gobierno también cambió el nombre de San Petersburgo, que les sonaba alemán, por el más eslavo de Petrogrado. A Nicolás le agradó el cambio. Nunca le había gustado San Petersburgo, ni sus tradiciones occidentales, y había intentado desde hacía tiempo rusificar su aspecto añadiendo motivos moscovitas a sus edificios clásicos.

«Todo el mundo ha perdido la razón —se lamentó Zinaida Gippius, la poetisa, filósofa y anfitriona de San Petersburgo—. ¿Por qué, en general, la guerra es mala, pero esta guerra particular es en cierto modo buena?» La mayoría de los principales escritores del país apoyaron la guerra, y algunos de ellos incluso se alistaron como voluntarios al Ejército. Había una presuposición común entre la *intelligentsia*, que buscaba como nunca lo había hecho un sentimiento de pertenencia, en el sentido de que la guerra traería a Rusia una renovación espiritual al obligar al individuo a sacrificarse por el bien de la nación. El significado de la guerra, explicaba un catedrático de filosofía de Moscú, radicaba «en la renovación de la vida a través de la aceptación de la muerte por el propio país». La guerra debería ser contemplada como una especie de «juicio final». Muy pocos intelectuales hubieran compartido el pesimista veredicto de Gorky, que acababa de regresar del exilio en el extranjero: «Una cosa está clara: estamos representando el primer acto de una tragedia mundial».[53]

La prensa añadió una nota lírica a la reencontrada unidad del pueblo ruso. *Utro Rossii*, el periódico progresista, afirmó que «ahora no hay izquierdas ni derechas, ni Gobierno ni sociedad, sino sólo una nación rusa unida». Finalmente, como si fuera para consumar esta *union sacrée*, la Duma se disolvió en una única sesión de pompa patriótica el 8 de agosto, para, como declaró su resolución, no cargar al Gobierno con «políticas innecesarias» durante su esfuerzo bélico. «No haremos más que entorpecer —tal como informó Rodzianko, el presidente de la Duma, a los ministros en el Palacio de Táuride—. Por consiguiente, es mejor que nos disolvamos hasta el fin de las hostilidades.»[54]

Pero estas declaraciones de lealtad eran engañosas. La gran masa del pueblo todavía no se había visto afectada por la guerra; y los millones de campesinos y trabajadores que partieron al frente compartían muy poco el sentimiento de patriotismo de la clase media que había ayudado tanto a elevar las esperanzas del zar. No hubo banderas ni bandas militares para despedirlos en las estaciones y, según los observadores extranjeros, la expresión en la mayoría de los rostros de los soldados era sombría y resignada. Fue precisamente su terrible experiencia de la guerra la que iba a encender la llama de la Revolución. El juego desesperado del zar estaba destinado a ocasionar la destrucción de su régimen.

7 Una guerra con tres frentes

I Acero contra hombres

General A. A. Brusilov, a 10 de agosto de 1914:

> Querida y amada esposa, Nadyushenka,
> Me resultó terriblemente duro apartarme de ti, mi adorado solecito. Pero mi deber para con mi país y mi zar, la gran responsabilidad que ha sido arrojada sobre mí y mi amor por la vida militar, que he estudiado a lo largo de toda mi vida, me impulsan para que no ceda ante ningún debilitamiento de la voluntad y para que me prepare con triple energía para la sangrienta prueba con la que nos enfrentamos.
> Hasta ahora, gracias a Dios, todo va bien. Esta mañana vamos en automóvil a inspeccionar a la valiente Brigada IV de Fusileros. Presenta una buena apariencia: excelentes oficiales con sus comandantes de regimiento y jefes de brigada. Tropas muy dignas de confianza.
> El espíritu de los soldados es excelente. Todos están animados por una firme creencia en la justicia y el honor de su causa, de manera que afortunadamente no existe ninguna base para sentirnos nerviosos o incómodos. Es notablemente consolador.
> Constantemente elevo mis oraciones a Nuestro Señor Jesucristo para que nos pueda conceder, a nosotros, sus cristianos ortodoxos, la victoria sobre el enemigo. Yo mismo estoy de muy buen estado de ánimo. No te preocupes, querida; sé valiente, ten fe y ora por mí...
> Te besa apasionadamente,
>
> ALEXIS.[1]

Para los hombres que llevaron a Rusia a la guerra, parecía que existía una buena

causa para ser optimistas en agosto de 1914. El recuerdo de la vergonzosa derrota ante Japón se había visto sofocado en los asaltos del gasto militar durante los últimos años. En 1914, Rusia estaba gastando más que Alemania en sus fuerzas armadas: una tercera parte de todo el presupuesto estatal.[2] No es verdad, como más tarde afirmaron los historiadores, que el Ejército ruso no estuviera preparado para la guerra. Tanto en número de hombres como en material era al menos igual al Ejército alemán, y, gracias a la reciente mejora de los ferrocarriles occidentales de Rusia, necesitó sólo tres días más que el enemigo para completar su movilización. El Plan Schlieffen (que partió de la base de que Rusia necesitaría tres semanas más, de tal manera que las fuerzas alemanas podrían dejar fuera de combate a Francia antes de que Rusia las atacara) se vio así trastornado, y los alemanes se vieron obligados a luchar en dos frentes. Pero esto también significó el final de la amplia expectativa de que se trataría de una guerra corta («todo estará acabado por Navidad», decía una expresión popular), y aquí es donde quedó de manifiesto la debilidad real de Rusia. Porque mientras que Rusia podría haber estado lista para una campaña breve de hasta seis meses, no tenía planes reales de contingencia para una guerra larga de desgaste. Pocos, en realidad, habían esperado algo así. Pero, además, los otros poderes europeos se las arreglaron para adaptarse e improvisar, mientras que el sistema zarista demostró ser demasiado rígido y pesado, demasiado inflexible y encastillado en su manera de actuar, demasiado autoritario e ineficiente, para adaptarse a la situación a medida que iba cambiando. La primera guerra mundial fue una prueba titánica para los Estados europeos, y en ella el zarismo fracasó de una manera singular y catastrófica. Pocos pueblos previeron esto en los primeros días del conflicto. Solamente en otoño, cuando las campañas iniciales acabaron en un callejón sin salida sangriento y los dos ejércitos enfrentados cavaron trincheras, resultó evidente por primera vez la debilidad del bando ruso.

Brusilov había sido colocado al mando del VIII Ejército en el frente suroccidental. Con su rostro zorruno y su bigote de caballería, sus maneras gentiles y su forma lacónica de hablar, desde muchos puntos de vista era la imagen perfecta del general aristocrático. Pero también era un profesional y conocía muy bien la nueva tecnología de la guerra. Inicialmente, su nombre era apenas conocido entre las tropas. Había pasado la mayor parte de su carrera en la Escuela de Elite para los Oficiales de Caballería. Pero pronto se ganaría la confianza de los soldados con su manera brillante de dirigirlos y sus incansables esfuerzos en su favor; y en el otoño de 1916 su nombre sería famoso, no sólo en

Rusia, sino en todo el mundo aliado. Como comandante, Brusilov era estrictamente disciplinario. Creía que la única garantía del éxito militar era la propia cohesión interna del Ejército. A este respecto, exigía requisitos inusualmente elevados a sus hombres. La bebida, por ejemplo, estaba estrictamente prohibida, incluso entre los oficiales. Pero también trabajaba día y noche para asegurarse de que los soldados recibían alimento, de que estaban bien vestidos y armados, y nunca dudó en castigar a cualquier oficial del que se descubriera que era corrupto o cicatero en la distribución de suministros. Se encontraba a gusto conversando con los soldados, un talento compartido con muy pocos generales, y sabía cómo elevar su estado de ánimo en vísperas de una batalla. Algunos observadores pensaron que su propia profunda convicción religiosa de que Rusia estaba destinada a ganar la guerra se transmitiría a sus hombres.[3]

El plan original del alto mando ruso había sido desencadenar una ofensiva en el frente suroccidental contra las fuerzas austríacas más débiles, mientras que se defendía el frente noroccidental contra los alemanes más fuertes. Pero en virtud de las presiones francesas, este plan se cambió a una ofensiva total en ambos frentes, que obligaría a los alemanes a transferir tropas desde el teatro occidental y así aliviaría a los franceses. Los jefes rusos se sintieron felices accediendo a la petición francesa. Enraizados en las doctrinas militares del siglo XIX, creían que un ataque fuerte con numerosas cargas de caballería y una utilización generosa de la bayoneta reflejaría mejor la bravura del carácter ruso. Dejaron de considerar la enorme pérdida de vidas que tal ofensiva iba a entrañar una vez que se enfrentara con la artillería y las ametralladoras modernas.

En el frente suroccidental las cosas fueron bastante bien. A mediados de agosto los rusos entraron en Galitzia, obligando a los austríacos a retirarse. La reputación de Brusilov como brillante comandante del frente quedó establecida aquí. Su VIII Ejército avanzó veinte verstas (doscientos nueve kilómetros) en el curso de la siguiente noche, capturando Lvov después de una dura lucha (210.000 rusos y 300.000 austríacos fueron muertos o heridos). Brusilov escribió a su esposa desde el frente en Grodek:

> Todo el campo de batalla, a una distancia de casi doscientas verstas, estaba abarrotado de cadáveres, y no había gente ni camillas suficientes para quitarlos del medio [...]. Incluso el proporcionar bebida o alimento a

> aquellos que estaban sufriendo demostró ser algo imposible. Ésta es la cara dolorosa y sórdida de la guerra [...]. Pero tenemos que continuar nuestra difícil y terrible tarea por el bien de la patria, y sólo oro para que Dios me conceda la fuerza de mente y de espíritu para cumplir con mi deber. Mientras me siento aquí y te escribo, puedo escuchar en la distancia el retumbar de cañones y fusiles que persiguen al enemigo. La sangre fluye en corrientes sin fin, pero no hay otra manera de luchar. Cuanta más sangre fluya, mejores serán los resultados y antes acabará la guerra. Como ves, es una tarea dura y amarga, pero necesaria si se desea obtener la victoria. Sin embargo, me pesa terriblemente sobre el corazón.[4]

En el frente noroccidental, por el contrario, el avance ruso pronto concluyó en un desastre. Un plan ambicioso pero apresuradamente pergeñado había previsto que el I Ejército del general Rennenkampf invadiera la tierra de los *junkers* de Prusia oriental, mientras el II Ejército del general Samsonov avanzaba desde el sureste para encontrarse con él cerca de los lagos Masurianos, donde enlazarían y se dirigirían a Berlín. El plan exigía audacia, precisión táctica y un sólido conocimiento de los movimientos del enemigo. Ninguna de estas cualidades quedó de manifiesto. Al decimoquinto día de la movilización cuatrocientos ocho batallones de infantería y doscientos treinta y cinco escuadrones de caballería se desplazaron rápidamente hacia Occidente, empujando al VIII Ejército alemán, al que superaban en una proporción de dos a uno. El general Prittwitz, el comandante alemán, fue presa del pánico y ordenó una retirada hacia la orilla occidental del Vístula, abandonando Prusia oriental en manos de los rusos. Si hubieran continuado con sus éxitos iniciales, los rusos podrían haber obligado a los alemanes a retirarse. Pero los jefes rusos retrasaron su avance y dispersaron tropas y artillería vitales para proteger lo que demostraron ser inútiles fortalezas en los flancos y en la retaguardia.

Mientras tanto, el desmoralizado Prittwitz fue reemplazado por Hindenburg y Ludendorff, cuya vasta superioridad sobre los rusos en táctica e inteligencia los capacitó para emboscar y derrotar a ejércitos superiores en número. A través de transmisiones telegráficas interceptadas, que los rusos habían enviado descuidadamente sin cifrar, supieron que el ejército de aquél se había detenido en busca de suministros, y especularon con la posibilidad de que no avanzara

más. Dejando sólo una pequeña fuerza de cobertura para engañar a Rennenkampf, los alemanes transfirieron el resto de sus fuerzas al sur por tren para encontrase con el ejército de Samsonov, que avanzaba. Si Rennenkampf se hubiera dado cuenta de lo que estaba sucediendo y hubiera atacado, podría haber obtenido una victoria decisiva contra la izquierda alemana y posiblemente habría concluido la guerra. Pero los rusos sólo tenían un sistema primitivo de inteligencia militar y desconocían los movimientos de las tropas alemanas. Carente de preparación para enfrentarse con las fuerzas masivas que se escondían en los bosques cercanos a Tannenberg, el ejército de Samsonov fue rodeado y destruido en cuatro de los días de carnicería más sangrientos que el mundo había conocido hasta entonces. Al final de la batalla, el 31 de agosto, los alemanes habían matado o herido a setenta mil rusos y capturado a cien mil prisioneros, perdiendo únicamente quince mil hombres. La llamaron la batalla de Tannenberg en un gesto simbólico que pretendía vengar la derrota de los caballeros teutónicos a manos de los eslavos quinientos años antes. Incapaz de soportar la humillación, Samsonov se suicidó disparándose un tiro.

Tras desplazar las tropas al norte por ferrocarril, y con nuevos refuerzos que procedían del frente occidental, Hindenburg y Ludendorff superaron de nuevo a los rusos en la batalla de los lagos Masuarianos. Temiendo un segundo Tannenberg, Rennenkampf, presa del pánico, ordenó la retirada. Los alemanes hacían chistes afirmando que ya no debería ser llamado Von Rennenkampf, sino «Rennen von Kampf» (huida de la batalla). El coste de su incompetencia y cobardía ascendió a sesenta mil vidas rusas.[5]

Uno de los aspectos sorprendentes de este desastre fue la dura respuesta de los comandantes rusos en relación con su enorme coste humano. Fue como si cualquier expresión de pesar por la pérdida innecesaria de un cuarto de millón de hombres pudiera ser vista como una señal de debilidad en los círculos aristocráticos del cuartel general. Cuando el representante francés destacado en él presentó su condolencia al gran duque Nicolás por las pérdidas, el comandante en jefe respondió con indiferencia: *«Nous sommes heureux de faire de tels sacriftces pour nos alliées».*[59*] [6] Al obligar a los alemanes a retirar tropas del escenario occidental, el avance ruso de hecho había ayudado a detener el Plan Schlieffen y ayudado a los franceses a lanzar su contraofensiva del Marne. ¡Pero a qué precio!

Desde otoño el frente oriental comenzó a estabilizarse a medida que la guerra de movimientos daba lugar a una guerra de posiciones. Ningún bando tenía la

fuerza suficiente para obligar al enemigo a retirarse, y se llegó a un punto muerto. Las rápidas ofensivas de los primeros meses fueron abandonadas cuando los ejércitos descubrieron las ventajas de la guerra defensiva y se atrincheraron. El servidor atrincherado de una ametralladora bastaba para repeler a un centenar de infantes, y los ferrocarriles podían transportar a los defensores mucho más deprisa de lo que las tropas que avanzaban podían llenar las brechas que se habían abierto en la línea del frente.

Fue en este punto donde la debilidad militar de Rusia comenzó a ponerse de manifiesto. No estaba preparada para una guerra de desgaste. Su mayor disponibilidad específica, su disposición aparentemente inagotable de soldados campesinos, no resultaba una ventaja tan grande como habían pensado sus aliados cuando habían hablado del «rodillo ruso» que avanzaba de manera imparable hacia Berlín. Era verdad que Rusia tenía la mayor población de cualquier país beligerante. Pero también fue la primera en sufrir la escasez de hombres de guerra. A causa de la enorme tasa de natalidad en Rusia, gran parte de la población era menor de edad para el alistamiento. La cifra completa de hombres que podían ser reclutados llegaba sólo a veintisiete millones, y el 48 por ciento de éstos quedaban exentos por ser hijos únicos o el único trabajador adulto masculino de la familia, o también por su origen étnico (los musulmanes, por ejemplo, estaban exentos). Mientras que el 12 por ciento de la población alemana y el 12 por ciento de la francesa fue movilizado para realizar el servicio militar, la cifra en Rusia era sólo de un 5 por ciento.

Todavía más seria era la debilidad de las reservas rusas. Los rusos habían adoptado el sistema de reservas alemán. Después de tres años de servicio activo a partir de los veintiún años de edad, los reclutas pasaban siete años en la reserva de primera clase, seguidos por ocho en la de segunda y cinco en la Milicia Nacional. Para ahorrar dinero, el Ejército proporcionaba poco entrenamiento formal más allá de la reserva de primera clase. Sin embargo, las pérdidas de 1914 fueron mucho mayores de lo que nadie podía esperar (alrededor de 1,8 millones), de manera que el Ejército pronto tuvo que llamar a los hombres carentes de entrenamiento de la reserva de segunda clase. La batalla de Przemysl en octubre fue la última en la que Brusilov pudo combatir con «un ejército que hubiera recibido una enseñanza y un entrenamiento adecuados antes de la guerra»:

> Después de apenas tres meses de guerra, la mayor parte de nuestros oficiales regulares y profesionales y de los hombres entrenados había desaparecido, dejando sólo unas fuerzas esqueléticas que tuvieron que ser reformadas a toda prisa con hombres pésimamente instruidos que me enviaron desde los depósitos [...]. Desde este período en adelante, el carácter profesional de nuestras fuerzas desapareció, y el Ejército se convirtió cada vez más en una especie de milicia mal entrenada [...]. Los hombres enviados para reemplazar las pérdidas generalmente no sabían nada excepto cómo desfilar [...]. Muchos ni siquiera sabían cargar sus fusiles y, por lo que se refiere a su tiro, cuanto menos se diga de ello mejor [...]. Semejante gente no podía realmente ser considerada en absoluto soldados.[7]

El soldado del Ejército ruso era, en su mayor parte, extraño al sentimiento de patriotismo. Quizás, hasta cierto grado, podía identificarse con la guerra como una defensa del zar, o de su religión; pero la defensa de la nación rusa, especialmente si él mismo no era ruso, significaba muy poco para él. Era un campesino con poco conocimiento directo del mundo fuera de su aldea, y su sentimiento de sí mismo como un «ruso» sólo se desarrolló muy débilmente. Se veía como un nativo de su región local y, en la medida en que el enemigo no amenazara con la invasión de esa zona, veía pocas razones para combatir contra él. «Somos hombres de Tambov —señalaban los reacios reclutas—. Los alemanes no llegarán tan lejos.» Un agente de una hacienda de Smolensko, que sirvió en guarniciones de la retaguardia, escuchó comentarios semejantes de los soldados campesinos durante las primeras semanas de la guerra:

> ¿Qué diablos nos ha metido en esta guerra? Nos estamos inmiscuyendo en los asuntos de otras personas.
>
> Lo hemos hablado entre nosotros; si los alemanes quieren que les paguemos, sería mejor pagarles diez rublos por cabeza que matar gente.
>
> ¿Acaso no sucede lo mismo con el zar bajo el que vivimos? No puede ser peor bajo un zar alemán.
>
> Dejemos que luchen por sí. Esperad un poco, arreglaremos cuentas con vosotros.

Este tipo de actitudes se hicieron más comunes entre los soldados rasos a medida que avanzaba la guerra, por lo que Brusilov tendría ocasión de quejarse:

> Los reclutas que llegaban del interior de Rusia no tenían la más ligera noción de lo que la guerra tenía que ver con ellos. Una vez tras otra pregunté a mis hombres en las trincheras por qué estábamos en guerra. La respuesta inevitable y carente de sentido era que cierto archiduque y su esposa habían sido asesinados y que por lo tanto los austríacos habían intentado humillar a los serbios. Prácticamente nadie sabía quiénes eran estos serbios; igualmente tenían dudas acerca de lo que era un eslavo. Nadie sabía decir por qué Alemania querría hacernos la guerra a causa de estos serbios [...]. Nunca habían oído hablar de las ambiciones de Alemania. Ni siquiera sabían que existiera un país así.[8]

Todo esto encajaba mal con un Ejército cuyos jefes intentaban marchar hasta Berlín, y no digamos ya con uno que pretendiera conquistar Constantinopla. El campesino ruso no se enorgullecía de las ganancias imperiales de su país, siendo un pacifista por naturaleza.

La falta de una clara estructura de mando fue una de las mayores debilidades del Ejército. La autoridad militar estaba dividida entre el Ministerio de la Guerra, el Mando Supremo *(Stavka)* y los mandos en los frentes. Cada uno perseguía sus propias finalidades particulares, de manera que no surgió ningún plan de guerra claro. «Desde el principio —se quejó Brusilov—, nunca he podido descubrir nada referente a nuestro plan general de campaña.» Era, como una vez señaló el general Bezobrazov, todo «órdenes, contraórdenes y desórdenes»[9] Los amargos conflictos existentes entre los dos principales mandos de frentes, el noroccidental y el suroccidental, fueron especialmente dañinos. La persistente negativa del primero a enviar refuerzos al segundo fue una causa relevante del colapso de la ofensiva de los Cárpatos en el invierno de 1914-1915.

La división entre la élite aristocrática de los Guardias de Caballería y los nuevos profesionales militares (Brusilov tenía un pie en cada lado) fue un elemento relevante en estos conflictos. Los comandantes superiores eran extraídos de un estrecho círculo de hombres de caballería aristocráticos y de cortesanos con poca experiencia militar. El comandante supremo mismo, el gran duque Nicolás, nunca había tomado parte en ningún combate serio y era poco

más que una figura decorativa en la Stavka. Recibía a los visitantes extranjeros, firmaba los papeles que le colocaban en frente, y se rodeaba de ayudas de campo, que incluían a sus hermanos, a los que llamaba sus «píldoras para dormir». Pero en asuntos estratégicos carecía de capacidad de mando. En una reunión de los comandantes de frentes en septiembre permaneció en una habitación separada de los generales «para no actuar a su manera». El general Yanushkevich, su jefe de estado mayor, no tenía nada que lo recomendara salvo el favor personal del zar, que lo había descubierto cuando era un joven guardia de palacio. No había mandado nunca ni siquiera un batallón. El coronel Knox, el agregado militar británico en la Stavka, tuvo «la impresión de que era un cortesano más que un soldado». Toda la atmósfera de la Stavka, situada en una pequeña ciudad férrea de Bielorrusia llamada Baranovichi, no podía haber sido menos bélica. «Estábamos en medio de un encantador bosque de abetos y todo estaba tranquilo y en paz», recordaba Knox. Los oficiales superiores tenían mucho tiempo para conversaciones distraídas, para fumar un puro y para caminar por el bosque después de comer. Muchos de ellos encontraron tiempo para escribir voluminosos diarios o, como Brusilov, largas cartas diarias a sus esposas.[10]

Las mismas maneras cortesanas eran compartidas por la mayoría de los jefes superiores. Desde 1909, cuando el general Sujomlinov (un ejemplo perfecto del cortesano militar) se convirtió en ministro de la Guerra, había existido una política deliberada de promover a los oficiales superiores basándose en su lealtad personal hacia el zar. Los soldados de caballería aristocráticos pero incompetentes de la antigua escuela de Suvorov fueron favorecidos en detrimento de los militares profesionales, que tenían una comprensión muchísimo mejor de las necesidades de la guerra moderna. Las intervenciones constantes del zar en el nombramiento de los oficiales superiores, a veces a petición de su esposa, aseguraban que las conexiones y la sumisión hacia él continuarían precediendo a la competencia militar. Incluso en tiempo de guerra Nicolás luchó para asegurar su autocracia patrimonial.

En la primavera de 1915 Nicolás visitó el ejército de Brusilov en Galitzia y le nombró uno de sus generales ayudantes. Brusilov asumió que este honor era un reconocimiento de sus servicios en el campo de batalla, pero el propio zar le informó de que de hecho era recompensado únicamente porque «había visitado mi cuartel general y había comido conmigo». Las noticias referentes a este honor se suprimieron porque la corte no estaba completamente convencida de la lealtad

de Brusilov (había criticado la dirección del Ejército). Polivanov, el ministro de la Guerra delegado, admitió más tarde ante la esposa de Brusilov que durante la guerra se habían realizado «arreglos secretos» para «despedazar» el nombre de su esposo con el fin de que sus éxitos militares no le convirtieran en un foco de oposición pública a la dirección de las fuerzas armadas por parte de la corte. Este relato patético resume la manera en que la guerra era dirigida por la elite dominante rusa.[11] En la medida en que los comandantes eran nombrados por su lealtad a la corte en lugar de por sus capacidades, existían escasas perspectivas de una dirección militar efectiva. Los generales aristócratas se entregaron a discusiones sin fin (uno incluso tuvo la distinción de ordenar a su artillería que disparara sobre las trincheras de su propia infantería). Dirigieron la guerra según el patrón de una campaña decimonónica, pidiendo a sus hombres que asaltaran las posiciones de artillería del enemigo sin tener en cuenta las pérdidas, desperdiciando recursos en unas fuerzas de caballería caras y carentes de efectividad, defendiendo fortalezas inútiles en la retaguardia y descuidando las necesidades tecnológicas de la moderna guerra de artillería. Se burlaban del arte de cavar trincheras, puesto que consideraban la guerra de posiciones como una molestia insoportable. La naturaleza primitiva de las trincheras rusas, en realidad sólo tumbas, produjo una enorme pérdida de vidas una vez que la guerra se convirtió en un combate encarnizado de bombardeos de artillería pesada. Brusilov, uno de los pocos comandantes del Ejército que reconoció la importancia vital de la guerra de trincheras, se quedó sorprendido por la negligencia de sus oficiales:

> Ordené a mi Ejército que cavara cuidadosamente y construyera un sistema de al menos tres líneas con muchas trincheras que se comunicaran entre sí. Recibí un conjunto de informes referentes a la imposibilidad de llevar a cabo estas instrucciones, pero repetí mi orden de manera explícita, y se me dijo que estaba siendo obedecida. Pero cuando [...] recorrí el cuerpo de ejército para inspeccionar la labor, era evidente que no se había hecho prácticamente nada y que lo poco que se había hecho estaba tan completamente lleno de nieve que era difícil descubrir dónde se habían cavado las trincheras.
>
> —¿Cómo vais a sosteneros en estas líneas en el supuesto de que el enemigo nos ataque? —pregunté.

> —Oh —contestaron—, las limpiaremos cuando suceda...
>
> En uno de los cuerpos del Ejército se produjo un caso en el que ni el comandante del cuerpo, ni el comandante de la división, ni el de la brigada, ni el coronel del regimiento, ni siquiera el oficial que mandaba el Cuerpo de Ingenieros me pudo decir dónde se habían cavado las trincheras.[12]

Una de las razones obvias para el desastre de Prusia oriental fue la falta de movilidad del Ejército ruso. Knox lo comparó con «un combatiente de peso pesado y enormes músculos, que a causa de su inmenso volumen carecía de agilidad y rapidez, y por tanto podía estar a merced de un oponente más ligero pero más enjuto e inteligente». El estado primitivo del sistema ferroviario ruso descartaba la posibilidad de seguir el ejemplo de los alemanes; éstos desplazaban rápidamente sus tropas por tren desde una parte del frente a otra en respuesta al curso cambiante de la guerra. Los trenes militares de Rusia no podían viajar más de trescientos kilómetros al día y, en cualquier caso, en su mayor parte transportaban caballos y forraje, tal era la preocupación de los jefes militares por la caballería. Una vez que el Ejército entró en territorio alemán, dependió de la captura del material ferroviario, puesto que los trenes rusos tenían un ancho de vía diferente. El transporte ruso por motor era incluso más básico. En 1914 no había más de seiscientos setenta y nueve coches a motor (y dos ambulancias motorizadas) para todo el Ejército. El equipo militar, el personal superior y los heridos tenían que ser desplazados desde la estación de ferrocarril en carretas campesinas que viajaban sobre embarrados caminos vecinales. Pero fue el estado primitivo de las comunicaciones militares de Rusia realmente la raíz de su derrota. El II Ejército de Samsonov tenía veinticinco teléfonos, unas pocas máquinas de código morse, una especie de télex primitivo llamado aparato de Hughes y una teleimpresora capaz de imprimir mil doscientas palabras por hora pero que a menudo se estropeaba, lo que significaba que el comandante tenía que desplazarse a caballo para saber lo que estaba sucediendo. Las comunicaciones telegráficas entre la Stavka, los mandos de los distintos frentes y los ejércitos sufrían constantes interrupciones, de manera que las órdenes tenían que ser enviadas por tren o por motocicleta, lo que a menudo exigía varios días. En vísperas de la batalla de Tannenberg, el comandante del frente noroccidental se comunicó con Samsonov enviando telegramas a la oficina central de Correos de

Varsovia, donde un ayudante los recogía una vez al día y los llevaba en coche durante cien kilómetros hasta el cuartel general del II Ejército. Muchas de estas interrupciones en las comunicaciones fueron producidas a causa de errores cometidos por soldados apenas instruidos. Demasiados telefonistas eran incapaces de arreglar una línea rota; demasiados conductores no sabían leer un mapa. Los telégrafos repentinamente dejaban de funcionar y una investigación de las líneas hasta la retaguardia revelaba que un grupo de soldados había estado haciéndose té en una hoguera alimentada por pedazos de postes de telégrafos.[13]

Cuando la guerra entró en el invierno, el Ejército comenzó a experimentar una terrible escasez de material. La quiebra del sistema de suministros en la retaguardia fue en parte la culpable. La red de transportes no podía hacer frente a las entregas masivas de municiones, alimentos, ropa y cuidado médico que necesitaba el frente. Pero la falta de cualquier planificación prebélica tuvo también su parte de culpa. Al contar con una campaña corta, el Ministerio de la Guerra no había hecho planes en relación con la producción de material para una guerra, asumiendo que los almacenes existentes serían suficientes. Lo que sucedió, sin embargo, fue que el material almacenado no duró más que las primeras semanas de la guerra.

El problema resultó particularmente agudo con respecto a las municiones. Se esperaba que una reserva de siete millones de proyectiles duraría toda la guerra, siendo suficiente para un millar de disparos de cañón de campo o diez días de lucha siguiendo los niveles de 1916. La industria rusa de armamentos, que podría haber abastecido muy bien al Ejército, se vio deliberadamente ralentizada por el Ministerio de la Guerra (en los primeros siete meses de 1914 sólo ordenó cuarenta fusiles), de manera que una vez que la escasez se hizo evidente las órdenes tuvieron que ser enviadas al extranjero y los retrasos se hicieron inevitables. Al final de la guerra, había en uso en el Ejército ruso diez modelos diferentes de fusiles importados, y cada uno de ellos disparaba un tipo diferente de bala. También influyó la tendencia al derroche de los propios soldados: utilizaban los fusiles para construir tejados improvisados en sus trincheras; los despedazaban para hacer leña, y a menudo los tiraban, junto con las pesadas cargas de munición, cuando eran heridos o se veían forzados a retirarse repentinamente. Pero indudablemente la crisis habría resultado menos severa si el Ministerio de la Guerra hubiera respondido con más rapidez a las peticiones de ayuda procedentes de los generales, en lugar de despreciarlas. A mediados de octubre, cuando el general Karavaez, jefe del Departamento de Artillería,

advirtió al ministro de la Guerra de que Rusia pronto tendría que pedir la paz a causa de la falta de municiones, Sujomlinov le dijo que «se fuera al diablo y se tranquilizara». Y sin embargo durante la siguiente primavera la escasez era tal que batallones enteros tuvieron que recibir su entrenamiento sin fusiles, mientras que muchas tropas de segunda línea en el frente se veían obligadas a recoger los fusiles que habían perdido los hombres caídos frente a ellos. Se ordenó a los soldados que se limitaran a diez disparos al día, y en muchos casos, cuando la artillería pesada alemana bombardeaba sus trincheras, se prohibía a los cañones rusos devolver el fuego. «Nuestra posición es mala —escribió un soldado a su padre—, y todo se debe al hecho de que no tenemos municiones. Hasta aquí hemos llegado gracias a nuestros ministros de la Guerra, que obligan a gente desarmada a enfrentarse con los cañones del enemigo porque no tenemos los nuestros propios. ¡Eso es lo que han hecho!»[14]

El ejército de Brusilov, que se había abierto camino hasta la cima de los montes Cárpatos, se encontró atascado allí durante buena parte del invierno, sin munición suficiente para alcanzar la llanura húngara. «Me quedé desalentado al saber —escribió más adelante— que el mando del frente apenas podía prometer alguna mejora antes del otoño de 1915, e incluso en estas promesas no tenía confianza. Por lo tanto ya no pretendí ningún nuevo éxito en este frente, sino que intenté sólo mantener el terreno con las mínimas pérdidas posibles.» Pero pasar el invierno en las montañas era una cruel recompensa para sus hombres, sin ropas ni botas de invierno ni comida suficiente para soportar las heladas. Brusilov pasó el mes de diciembre bombardeando al Ministerio de la Guerra con peticiones de equipo de invierno; pero sus súplicas eran sólo parte de un coro creciente que se elevaba en todas las partes del Ejército, y la triste realidad era que, al haber esperado que la guerra terminaría por Navidades, el ministerio no había hecho provisión para la enorme demanda con la que se enfrentaba ahora. Ni siquiera había planes para la manufactura masiva de botas, y cuando el ministerio finalmente se ocupó del calzado de los soldados, descubrió que todo el Ejército ruso contaba sólo con una fábrica capaz de producir extracto de tanino, y que antes de 1914 casi todo el tanino del país había sido importado de Alemania. Las nuevas botas tuvieron que ser encargadas a Estados Unidos, pero mientras tanto millares de soldados combatieron descalzos. «Todavía no nos han dado abrigos —escribió un soldado helado a su madre—. Corremos con guerreras finas [...]. No hay mucho que comer y lo que conseguimos es horrible. ¡Quizás estaríamos mejor muertos!» Otro soldado escribió a casa después de la

visita que el zar realizó a su unidad: «Para la inspección del zar prepararon una compañía y recogieron los mejores uniformes de otro regimiento a fin de que pudiéramos llevarlos, dejando al resto de los hombres en las trincheras, sin botas, mochilas, bandoleras, pantalones, uniformes, gorras o cualquier otra cosa».[15]

No pasó mucho tiempo antes de que el Ejército se viera atacado por la enfermedad. El cólera, el tifus, el escorbuto y la disentería se convirtieron en epidemias que diezmaron a las tropas. La tasa inesperadamente alta de bajas colocó a los servicios médicos bajo una terrible presión. Brusilov escribió a su esposa después de visitar un hospital de campaña en la retaguardia de su ejército:

> En lugar de los doscientos pacientes para los que había sido construido el hospital, había más de tres mil hombres enfermos y heridos. ¿Qué podían hacer cuatro doctores por ellos? Trabajaban día y noche, comían de pie, pero aun así ni siquiera podían vendar a todos [...]. Recorrí varios pabellones, habitaciones en casas vacías, donde los enfermos y los heridos yacían en el suelo, sobre paja, vestidos, sin lavar y cubiertos de sangre. Les di las gracias en nombre del zar y de la patria, y les entregué dinero y cruces de San Jorge, pero no había nada más que pudiera hacer. Sólo podía intentar acelerar su evacuación hacia la retaguardia.

La evacuación, sin embargo, no era garantía de un mejor trato. En la estación de ferrocarril de Varsovia, Rodzianko encontró a diecisiete mil soldados heridos que yacían sin asistencia «bajo la fría lluvia y en el barro, sin siquiera un lecho de paja». El presidente de la Duma se quejó amargamente al departamento médico local, sólo para descubrir que su «indiferencia despiadada hacia el destino de estos hombres que sufrían era apoyada por un alud de regulaciones burocráticas».[16]

Cuando las condiciones en el frente empeoraron y la escala de la matanza aumentó, la moral y la disciplina del Ejército empezó a desmoronarse. La guerra en este sentido fue el arquitecto social de 1917 a medida que el Ejército se convirtió en una enorme multitud revolucionaria. Parte del problema era la influencia progresivamente debilitada que los oficiales tenían sobre sus hombres. El Ejército creció demasiado deprisa para que los oficiales pudieran retener el control (nueve millones de hombres fueron llamados a filas durante el primer

año de guerra). Las pérdidas entre los oficiales, unas sesenta mil, fueron al mismo tiempo inusualmente elevadas, lo que, sin duda, se debió en parte a sus uniformes llenos de colorido y a su práctica, a la antigua usanza, de dirigir las cargas frontales. El antiguo cuerpo de oficiales por debajo del grado de capitán fue casi completamente aniquilado, mientras que una nueva generación de oficiales de rango inferior (lo que en Occidente se denomina suboficiales) fue entrenada apresuradamente para reemplazarlos. Su número nunca fue suficiente (las clases artesanales, que por lo común componían esta parte del Ejército, eran generalmente débiles en Rusia), y fue inusual después del primer año de la guerra que un regimiento situado en la línea de frente con más de tres mil dispusiera de más de una docena de oficiales. Además, el 60 por ciento del equivalente a los suboficiales procedían del campesinado, muy pocos tenían más de cuatro años de educación, y casi todos contaban con poco más de veinte años.[17] La guerra se convirtió así en un elemento democratizador que abrió los canales de ascenso a millones de hijos de campesinos. Sus simpatías se dirigían firmemente hacia los soldados rasos, y cualquier esperanza que se hubiera podido tener de que establecieran un puente entre los oficiales de alta cuna y las tropas de las clases bajas estuvo concebida erróneamente. Esta fue la cohorte militar radical (con educación, con tendencia a ascender, socialmente desorientada y brutalizada por la guerra) que dirigiría el motín de febrero, los comités de soldados revolucionarios y finalmente el impulso hacia el poder soviético durante 1917. Muchos de los mejores comandantes del Ejército Rojo (por ejemplo, Chapayev, Zhukov y Rokossovsky) habían sido oficiales provisionales en el Ejército zarista, al igual que los mariscales de las guerras napoleónicas habían empezado como subalternos en el Ejército del rey. Los sargentos de la primera guerra mundial se convertirían en los mariscales de la segunda.

Dmitri Os'kin (1892 y 1934), cuya historia se relata a lo largo de este libro, fue un típico ejemplo de la oficialidad creada por la guerra. Para un muchacho campesino como él, alfabetizado y brillante a pesar de su aspecto pueblerino, el Ejército ofrecía una forma de escapar de la pobreza de la aldea. En el verano de 1913 se ofreció voluntario en el regimiento de Infantería de su ciudad, Tula, y pronto se encontró realizando un curso de entrenamiento para oficiales provisionales. Cuando estalló la guerra fue nombrado jefe de un pelotón. Os'kin era un soldado valiente y consciente, que mereció sobradamente las cuatro cruces de San Jorge que ganó en el curso de la guerra.[18] Una parte de su carácter,

la autodisciplina o la ambición, le impulsaba a obedecer las órdenes de sus oficiales superiores, a pesar de su animosidad «campesina» hacia cualquier tipo de autoridad. Quizá se dio cuenta de que, a menos que estableciera alguna disciplina entre sus hombres, serían asesinados en el campo de batalla. Lo cierto es que a medida que la guerra fue cobrándose su tributo en los oficiales superiores, la carga colocada sobre los suboficiales como él para que mantuvieran las filas unidas aumentó.

Los jefes superiores de Os'kin eran un grupo repugnante. En varias ocasiones, sus imprudentes órdenes llevaron a sus hombres hasta el borde del desastre, y sólo gracias a sus propias iniciativas improvisadas lograron salir vivos de aquellas situaciones. El capitán Tsitseron, un jugador sifilítico, cobarde y desvergonzado, estaba siempre en aprietos en el campo de batalla. Una vez, cuando se enfrentaba con algunos cañones austríacos bien atrincherados en una colina, ordenó a los hombres de Os'kin que se abrieran camino a través de las filas de alambre de espino mientras podían ser perfectamente vistos por la artillería. Arrastrándose, pronto se encontraron bajo un espeso fuego y Os'kin levantó la vista para ver incontables cadáveres rusos que colgaban del alambre de espino. Mientras maldecía a Tsitseron, consiguió salvar a sus hombres durante la retirada. El capitán Samfarov, otro de los jefes de Os'kin, era un devorador de helados, demasiado gordo para ponerse el uniforme, que se escondía en su trinchera privada siempre que empezaba el fuego de artillería. Le gustaba «mantener disciplinados a sus hombres» ordenándoles ataques a medianoche, a pesar de la clara falta de preparación estratégica para realizar combates nocturnos. Una vez, cuando un asalto de este tipo estuvo a punto de destruir a todo el batallón y los hombres de Os'kin regresaron al día siguiente en un terrible estado, Samfarov les hizo formar en fila y les gritó durante media hora porque no se habían limpiado las botas.[19]

No todos los jefes eran tan incompetentes o crueles, pero entre los soldados existía un sentimiento creciente de que no habría sido necesario tanto derramamiento de sangre si los oficiales hubieran pensado menos en sí mismos y más en la seguridad de sus hombres. El hecho de que la masa de los soldados fuera campesina, y de que muchos de sus oficiales fueran terratenientes nobles (a menudo de la misma región que sus hombres), añadía a la situación una dimensión de conflicto social; y esto quedaba exacerbado por las costumbres «feudales» que existían entre los distintos grados (por ejemplo, la obligación de los soldados de dirigirse a sus oficiales por sus títulos honoríficos, de limpiarles

las botas, de hacerles recados, etcétera). «Mirad la manera en que viven nuestros oficiales superiores, los terratenientes a los que hemos servido siempre —escribió un soldado campesino a su periódico local en casa—. Tienen buena comida, a sus familias les entregan todo lo que necesitan y, aunque pueden vivir en el frente, no viven en las trincheras donde nosotros estamos, sino a una distancia de cuatro o cinco verstas.» Para campesinos educados y pensantes como Os'kin, ésta era una poderosa fuente de radicaClización política: el darse cuenta de que la guerra estaba siendo combatida de manera diferente por dos Rusias diferentes: la Rusia de los ricos y de los oficiales superiores y la Rusia de los campesinos cuyas vidas estaban siendo desperdiciadas. El diario de Os'kin decía el 15 de abril:

> ¿Qué estamos haciendo en esta guerra? Por mi pelotón ya han pasado varios centenares de hombres y al menos la mitad de ellos han terminado en los campos de batalla, muertos o heridos. ¿Qué sacarán al final de la guerra? [...]. Mi año y medio de servicio militar, con casi un año en el frente, me ha apartado de pensar en ello, porque la tarea de jefe del pelotón exige una estricta disciplina, y eso significa, por encima de todo, no dejar que el soldado piense libremente por sí mismo. Pero éstas son las cosas en las que tenemos que pensar.[20]

Otros, menos capaces de extraer lecciones políticas, simplemente protestaron. La disciplina se colapsó cuando los soldados se negaron a tomar posiciones, se cortaron los dedos y las manos para conseguir que los desmovilizaran, se rindieron al enemigo o desertaron hacia la retaguardia. Hubo ebrios estallidos de saqueo y motines en los puntos de reclutamiento cuando los reservistas de mayor edad, muchos con familias que mantener, fueron movilizados. Su envío al frente sólo aceleró el fermento de la rebelión, puesto que traían malas noticias de casa y a veces también propaganda revolucionaria. Los oficiales respondieron demasiado a menudo con más fuerza. Los soldados reacios fueron flagelados o enviados a la batalla con su propia artillería apuntándoles a la espalda. Esta guerra interna entre los oficiales y sus hombres empezó a eclipsar a la guerra misma. «Los oficiales están intentando quebrantar nuestro estado de ánimo aterrorizándonos —escribió un soldado a su esposa en la primavera de 1915—; quieren convertirnos en marionetas inertes.» Otro escribió que un grupo de

oficiales había «flagelado a cinco hombres ante veintiocho mil soldados, porque habían dejado su cuartel sin permiso para ir a comprar pan».

En este punto, después de un prolongado invierno de desmoralización, el Ejército se enfrentó con la mayor ofensiva alemana de la guerra. Con el frente occidental en punto muerto, los alemanes estaban haciendo depender sus esperanzas de una ruptura decisiva en el este. Comenzó en la noche del 2 de mayo de 1915, con un masivo bombardeo de cuatro horas sobre el III Ejército, que carecía de preparación y estaba localizado cerca de Gorlice. Un millar de proyectiles por minuto redujeron las trincheras rusas a escombros. Cuando la infantería alemana cayó sobre ellas a la mañana siguiente, sólo encontró a un puñado de supervivientes aturdidos por los proyectiles. El resto había huido. Los rusos «saltaban y corrían sin armas —recordó un soldado alemán—. Con sus gorros de piel gris y sus grandes abrigos ondeantes y desabrochados [parecían] un rebaño de ovejas sometidas a una terrible confusión». Sin una estrategia defensiva (Dimitriev, el jefe del III Ejército, había dejado su cuartel general para asistir a la celebración anual de la orden de Caballeros de San Jorge), los rusos se vieron obligados a retirarse precipitadamente. El general Denikin lo describió como «una vasta tragedia para el Ejército ruso. Sin cartuchos ni proyectiles. Combates sangrientos y marchas difíciles un día tras otro». En diez días los restos destrozados del III Ejército (unos cuarenta mil hombres de un total de doscientos veinte mil) habían retrocedido hasta el río San, la última barrera natural que había entre los alemanes y Przemysl. Se prepararon para resistir en sus orillas sólo para descubrir que los oficiales corruptos habían vendido todas las palas, el alambre de espino y la madera necesarios para construir trincheras. Sin artillería ni suministros de munición, aguantaron lo mejor que pudieron sufriendo elevadas bajas. Muchos hombres combatieron sólo con bayonetas fijadas a sus fusiles sin munición. Pero a finales de mayo se vieron finalmente obligados a abandonar Przemysl. Lvov (Lemberg) caería poco después, y los alemanes se acercaron a las fronteras de la misma Rusia. Se trataba, como dijo Knox, de una lucha de «acero contra hombres».[22]

La ruptura alemana dejó al descubierto el flanco norte del ejército de Brusilov en los Cárpatos. Para evitar el peligro de verse aislado y rodeado, se vio obligado a retroceder y a abandonar las alturas ganadas tan costosamente, que habían sido defendidas a la desesperada durante el invierno. «Mi querida Nadiushenka», escribió Brusilov el 11 de junio:

> Hemos tenido que ceder Przemysl y Lvov. No puedes imaginarte lo doloroso que es... Estoy intentando dar la apariencia de que las cosas realmente no van tan mal, pero en mi interior siento el dolor: mi corazón padece y mi estado de ánimo está deprimido. Supongamos, y de esto estoy convencido, que recuperamos la tierra que acabamos de perder y que ganamos la guerra es sólo cuestión de tiempo, pero no por eso es menos terriblemente doloroso. Hay que mostrar fuerza de voluntad en tales ocasiones, no sólo cuando todo va bien, que es fácil, sino cuando las cosas van mal, de tal manera que se pueda animar a los desmoralizados y a aquellos que están al borde de perder la moral, de los que hay muchos.[23]

Mientras tanto, a mediados de julio, los alemanes lanzaron una ofensiva en Rusia oriental. Avanzaron hacia el norte en dirección a Riga, al este en dirección a Vilnius y al sur para unirse a otras fuerzas alemanas que avanzaban atravesando Polonia. Las «inexpugnables» fortalezas de Kovno, Grodno, Osowiec, Novogeorgieevsk e Ivangorod, que los rusos habían colocado en el centro de su estrategia defensiva, llenándolas con preciosos suministros de municiones, fueron abandonadas una tras otra a medida que los alemanes avanzaban con su artillería pesada. No era sino otro ejemplo de cómo la elite militar rusa intentaba combatir un conflicto del siglo XX con tácticas propias de la guerra de Crimea. Los enormes bastiones de piedra se convirtieron en museos inútiles, en trampas de cemento para hombres y suministros, y Hindenburg y Ludendorff, que se habían ganado una fama considerable en el frente occidental al tomar la fortaleza de Lieja, tuvieron poca dificultad para repetir su éxito en el este. Las fortificaciones de Kovno (Kaunas) eran tan pobres que el gran duque Nicolás dijo que la fortaleza tendría que ser rebautizada como «Govno» (la palabra rusa para «mierda»). Su anciano comandante, para empeorar las cosas, había abandonado en secreto la fortaleza en vísperas de su captura. Finalmente fue descubierto en el bar del hotel Bristol de Wilno (Vilnius) y sentenciado a quince años de trabajos forzados.[24]

Con todos sus ejércitos obligados a retroceder por la fuerza del acero alemán, el mando ruso no tenía muchas más alternativas que la de ordenar una retirada general. No se concibieron planes reales. Existieron una vagas nociones románticas de repetir la táctica de tierra quemada del general Kutuzov, que, en la

versión deTolstoi por lo menos, había atrapado tan brillantemente a las tropas de Napoleón en los páramos invernales de Rusia. «La retirada continuará tan lejos (y durante tanto tiempo) como sea necesario —dijo el zar a Maurice Paléologue a finales de julio—. El pueblo ruso tiene la misma unanimidad en la voluntad de vencer que tenía en 1812.» Pero en los demás aspectos (el orden de la evacuación, la selección de lo que había que destruir y la planificación de las posiciones estratégicas en las cuales establecer una nueva resistencia) hubo sólo confusión y pánico. Las tropas destruyeron edificios, puentes, animales y cosechas de una forma totalmente arbitraria. Esto a menudo degeneró en pillaje, especialmente en relación con la propiedad judía. Centenares de miles de refugiados cuyos hogares y granjas habían sido destruidas se dirigieron hacia el este siguiendo las líneas de ferrocarril, con sus pocas pertenencias apiladas en carros, mientras que los trenes pasaban a toda velocidad llevando a los oficiales superiores, a sus amantes y, en palabras de un oficial, «toda clase de material inútil, incluyendo jaulas con canarios». No se hizo ningún tipo de provisión para cuidar de los refugiados, la mayoría de los cuales terminaron viviendo en los andenes de las estaciones y en las calles de las ciudades de Rusia. «La enfermedad, la miseria y la pobreza se están extendiendo por toda Rusia —advirtió Krivoshein, el ministro de Agricultura, en el Consejo de Ministros de agosto—. Masas hambrientas y vestidas con harapos están sembrando el pánico por doquier. Seguramente nunca ha existido un país que se haya salvado a sí mismo mediante su propia destrucción.»[25]

Los meses de verano de la inacabable retirada proporcionaron otro terrible golpe a la moral de las tropas. Para ellos resultó muy duro ver el territorio por el que habían combatido y muerto sacrificado con tanta facilidad para el enemigo. La destrucción de los almacenes militares en la retaguardia, llenos de ropa y de alimentos que habían necesitado tan perentoriamente, era algo especialmente difícil de soportar. «Todos los días —escribió Os'kin— nos encontrábamos con otro almacén de alimentos y de municiones en algún pueblo. Todos estaban abandonados y destruidos.» Ésa fue la última prueba condenatoria de la incompetencia de los dirigentes militares. «Lo han jodido todo —escuchó Brusilov murmurar a uno de sus soldados—, y ahora nosotros tenemos que arreglar el desaguisado.» La desmoralización en la retaguardia estaba incluso más avanzada. Nadezhda Brusilova escribió a su esposo:

> Eres muy ingenuo si todavía sigues creyendo en la victoria. En la retaguardia tenemos una idea bastante más acertada de lo que está pasando y ya estamos convencidos de que los alemanes ganarán la guerra. Estarán en Moscú en 1916. Es la catástrofe y el colapso de Rusia.

Había rumores por doquier en retaguardia sobre la traición en lugares importantes, y pronto llegaron hasta el frente. El origen alemán de la zarina y de otras personalidades del Gobierno, y la ejecución en marzo de 1915 del coronel Miasoyedov, uno de los protegidos de Sujomlinov, por espiar en favor de Alemania, parecían confirmar tales teorías conspiratorias. Un soldado bolchevique recuerda los esfuerzos de un suboficial para explicar a sus soldados la razón de la retirada: «Hay muchos traidores y espías en el mando supremo de nuestro Ejército, como el ministro de la Guerra, Sujomlinov, que son los culpables de que no tengamos ningún proyectil, y como Miasoyedov, que entregó las fortalezas al enemigo». Cuando hubo terminado, un soldado cocinero sacó dos conclusiones: «El pez empieza a apestar por la cabeza. ¿Qué clase de zar se rodearía de ladrones y defraudadores? Está más claro que el agua que vamos a perder la guerra».[26]

Para muchos soldados éste fue el momento psicológico vital de la revolución, el momento en que su lealtad hacia la monarquía se derrumbó. Un Gobierno que los había arrastrado a una guerra que no podían esperar ganar, que había fracasado a la hora de proporcionarles las armas y los suministros necesarios y que además se entendía con el enemigo, ciertamente no merecía más sacrificios. Un millón de hombres se rindieron a las fuerzas alemanas y austríacas durante la gran retirada, prefiriendo la mayoría de ellos pasar el resto de la guerra en los campos de prisioneros del enemigo que intentar combatir vanamente contra unos ejércitos superiores. Un número desconocido, pero ciertamente de decenas de millares, desertó hacia la retaguardia, donde muchos de ellos utilizaron sus fusiles de manera diferente y vivieron del bandidaje. Incluso el sargento Os'kin, herido en la rodilla y (después de verse obligado a andar con su pierna herida) evacuado a un hospital de Moscú, se sintió tan humillado por la gran retirada que, después de que le hubieran amputado la pierna, desertó de su regimiento y se marchó a la granja de un amigo en Siberia. Pero la granja había sido incendiada por los cosacos, que también habían requisado todo el ganado para el Gobierno y habían violado a la esposa y a la madre de su amigo. Ésta fue la gota

que colmó el vaso para Os'kin, que se unió en esos momentos al partido eserista en la clandestinidad en Siberia y contempló con creciente interés la crisis política que se estaba produciendo como resultado de la gran retirada. En un esfuerzo final desesperado por elevar la moral de las tropas, el jefe del estado mayor, el general Yanushkevich, urgió al zar para que prometiera que en caso de victoria rusa todos los soldados leales recibirían dieciséis *desyatiny* (dieciocho acres) de tierra. Pero era demasiado tarde para medidas semejantes, e incluso Yanushkevich la denominó «agarrarse a un clavo ardiendo». El Ejército se estaba desmoronando. En septiembre, cuando el avance enemigo se estancó finalmente en el fango ruso, sus fuerzas situadas en la línea del frente se habían visto reducidas a una tercera parte de los efectivos que poseían a principios de la guerra.[27]

«Esto no puede seguir así», escribió Nicolás en su diario al escuchar las noticias de la caída de Varsovia. Tres semanas más tarde adoptó lo que muchas personas consideraron en aquella época la decisión más terrible de todo su reinado. El 22 de agosto destituyó al gran duque Nicolás y asumió el mando supremo del Ejército. La Stavka fue desplazada trescientos veinte kilómetros al este hacia Moguilev, una ciudad de provincias sucia e insulsa cuyo nombre deriva de la palabra rusa para «tumba». En este lugar el régimen zarista se enterró a sí mismo.

Al parecer hubo dos razones, ambas igualmente equivocadas, para la decisión de Nicolás (porque fue decisión suya) de asumir el mando del Ejército. La primera, que en ese momento crítico el comandante supremo debía colocarse a la cabeza de las fuerzas armadas. Existía una cierta lógica para esto. Desde que la guerra empezó había existido realmente un sistema de poder dual, dirigido por el gran duque y por el zar, sin ninguna coordinación real entre ellos. Sin embargo, al desplazarse hacia el frente, Nicolás no hizo sino socavar su propia autoridad en la retaguardia, donde, en su ausencia, se desarrolló una especie de anarquía burocrática con la zarina, los ministros y los representantes de la Duma, los *zemstvos* y las industrias de la guerra disputando entre sí. En segundo lugar, el zar había esperado que al colocarse a la cabeza del Ejército podría ayudar a restaurar la moral: si los soldados no combatían por «Rusia», entonces quizá combatirían por él. Pero Nicolás no tenía experiencia de mando militar y, aunque todas las decisiones importantes eran tomadas por su nuevo jefe de estado

mayor, el general M. V. Alexeev, que era un dotado estratega, la presencia del zar tuvo un mal efecto generalizado sobre la moral. Porque, en palabras de Brusilov, «todos sabían que el zar no comprendía prácticamente nada de asuntos militares y, aunque la palabra "zar" todavía tenía un poder mágico sobre las tropas, él carecía totalmente del carisma necesario para llevar esa magia a la vida. Frente a un grupo de soldados, se manifestaba nervioso y no sabía qué decir».[28]

El Consejo de Ministros, en un acto único de crítica leal, suplicó al zar que cambiara de opinión. «La decisión que habéis tomado —advirtió— amenaza a Rusia, a vos y a vuestra dinastía con las más graves consecuencias.» Pero Nicolás no se convenció. Sin duda, la influencia de su esposa, que le había impulsado a dar este *coup de main*, le ayudó a fortalecer su resolución. Quizás había contemplado este movimiento como una última oportunidad de silenciar la creciente crítica pública de la campaña de guerra, y la sensación urgente de que su propio trono estaba viéndose amenazado le arrastró a asumir lo que era un riesgo gigantesco. Coincidiendo como lo hizo con su decisión de cerrar la Duma, que había celebrado sus sesiones desde el mes de julio, fue la señal de una nueva resolución por su parte de asegurar su Gobierno personal. Quizá todavía abrigaba la fantasía de que su «unión mística» con «el pueblo» salvaría al país de la catástrofe. Krivoshein, por ejemplo, pensó que la decisión del zar estaba «completamente de acuerdo con su cosmovisión espiritual y la comprensión mística de su llamamiento imperial».[29] El apoyo que recibió de la zarina y de Rasputin, que estimularon sus sueños de gobierno personal, estaba en la misma línea, aunque su preocupación real en parte era sin duda mantenerle fuera de su camino. Con el zar ausente en el frente, el poder en la capital pasaría a ellos.

II El conductor loco

La guerra encontró al príncipe Lvov a la cabeza de la Unión de los Zemstvos. Como en la guerra contra Japón, las necesidades del frente habían creado un movimiento patriótico de organización pública. Los comités cívicos y los clubes ofrecieron voluntarios para ayudar a empaquetar los suministros de vendas, comida y medicinas en las horas posteriores al fin de la jornada de trabajo,

mientras centenares de mujeres jóvenes se alistaron como enfermeras y se ocuparon lo mejor que pudieron de las legiones de heridos y moribundos. La zarina convirtió una parte del Palacio de Invierno en un fábrica de vendajes quirúrgicos, y las damas de la alta sociedad se arremangaron para ponerse a trabajar. La esposa de Brusilov, Nadezhda, se ofreció voluntaria para servir en la Cruz Roja de Ucrania. «Trabajo día y noche —le escribió en agosto de 1914—, y doy gracias a Dios por ello, porque me evita pensar y me hace sentir que soy útil.» La esposa de Kérensky, Olga, que trabajaba en un hospital belga, contempló la situación como «uno de los períodos más felices de mi vida»:

> Cuando me inclinaba para lavar los pies sucios de un soldado, o limpiaba y vendaba sus heridas malolientes y supurantes, experimentaba un éxtasis casi religioso. Me inclinaba delante de todos estos soldados, que habían entregado sus vidas por Rusia. Nunca había sentido un éxtasis similar.[30]

Aquí al menos, a estas ociosas damas burguesas se les ofreció una oportunidad de «servir al pueblo» y así redimir su propia culpa.

La Unión de los Zemstvos de Lvov, fundada junto con su organización hermana la Unión de las Ciudades durante las primeras semanas de la guerra, se ocupó de dirigir la mayoría de estas actividades. Prácticamente se ocupó de la campaña de suministros militares en ausencia de cualquier gestión gubernamental efectiva de la logística. El esfuerzo de guerra de Rusia, de no ser por los esfuerzos de Lvov, se habría colapsado rápidamente. Para empezar, la Unión era sostenida por los donativos de dinero y propiedades que venían de la gente. Un terrateniente donó todas sus posesiones, un fértil territorio de cuatro mil hectáreas. Los campesinos entregaron carretas llenas de coles, patatas y vendas caseras a sus depósitos en retaguardia. Pero pronto resultó claro que el mismo Gobierno tendría que proporcionar la mayoría del dinero, cuando las limitaciones de su propia burocracia se hicieron evidentes y tuvo que apoyarse en la Unión. Progresivamente, sus voluntarios asumieron la dirección a la hora de abrir comedores y establecer unidades médicas en el frente, que evacuaban a los heridos y les proporcionaban cuidado hospitalario, adquiriendo suministros militares, combatiendo la enfermedad, ayudando a los refugiados y proporcionando ayuda a las familias de los soldados aquejadas por la pobreza.

En 1916 se había convertido en una inmensa infraestructura nacional, un estado dentro del Estado, con ocho mil instituciones afiliadas, varios cientos de miles de empleados (los denominados *zemgussars)* y un presupuesto de dos mil millones de rublos. Lvov, a la cabeza de este Gobierno oficioso, trabajaba incansablemente desde las ocho de la mañana hasta las dos o las tres de la madrugada. La cola que había en el exterior de su oficina se extendía por las calles de Moscú. Un ministro reconoció quejosamente en otoño de 1915: «Se está convirtiendo virtualmente en el presidente de un Gobierno especial. En el frente sólo hablan de él y dicen que ha salvado al país. Proporciona suministros al Ejército, alimenta a los hambrientos, cura a los enfermos, establece peluquerías para los soldados; en una palabra, es una especie de Miur y Mereliz.[60*] Hay que acabar con todo esto o entregarle el poder».[31] La afirmación resultó profética, porque Lvov iba a convertirse en el primer ministro de la Rusia democrática en marzo de 1917. Su experiencia en la Unión de los *zemstvos*, que exigía audacia administrativa y capacidad para improvisar, le adiestró para ese papel por encima de cualquier otra persona. El espíritu cívico de la Revolución de Febrero tuvo sus raíces en las actividades del tiempo de guerra llevadas a cabo en las organizaciones de voluntarios. De éstas procedía la mayoría de los dirigentes de la revolución democrática, incluyendo a todos los ministros del gobierno provisional, salvo tres. Y sin embargo, Lvov había sido siempre reacio a la revolución. Si el zar hubiera liberalizado su régimen y nombrado un Gobierno que hubiera disfrutado de la confianza popular, Lvov no se habría unido a la oposición. La política le resultaba menos interesante que el efecto directo que podía tener en las vidas del «pueblo». Era ese deseo de trabajo práctico lo que le había arrastrado hacia el movimiento de los *zemstvos* durante la última década del siglo XIX y, aunque se había unido a los kadetes, nunca se había sentido a gusto en el partido. En resumen, estaba hecho para un trabajo público de tiempo de guerra.

La dirección que Lvov desarrolló sobre la Unión de los *zemstvos* empezó con las mismas finalidades esencialmente prácticas (el bien de «la nación») que había desplegado en el *zemstvo* de Tula (el bien del «pueblo»). En el corazón del ser político de Lvov estaba lo que un conocido suyo describió como un «patriotismo orgánico de base». Estaba enraizado en su amor por los campesinos y en la creencia en sus poderes creativos como la fuerza básica de Rusia. Un patriotismo similar se encontraba en el corazón de su compromiso con la Unión de los Zemstvos. Su deber, tal como lo vio en 1914, era reconciliar al pueblo con

el Gobierno uniendo a los dos en torno al esfuerzo de la guerra. Las reuniones ejecutivas acababan con su voz de tenor entonando el himno nacional.[32]

Durante el otoño siguiente, sin embargo, ni siquiera Lvov podía mantenerse al margen de la creciente oposición política al Gobierno y a su mando militar, a cuyos terribles errores echaba la culpa un encolerizado pueblo de las recientes derrotas aplastantes. Su propia organización había estado luchando durante algún tiempo contra la constante obstrucción llevada a cabo por la burocracia, y por fin se encontraba al cabo de la calle. Maklakov, el reaccionario ministro del Interior del famoso caso Beiliss, contemplaba la Unión como poco más que un caballo de Troya que usurpaba las funciones del Gobierno y había estado haciendo todo lo posible para limitar sus poderes independientes. Incluso planteó objeciones contra sus brigadas de trabajo, unas ochenta mil personas que cavaban trincheras y tumbas en la retaguardia, basándose en que a una organización pública no se le debería consentir tener su propio «ejército». Aunque se había señalado que estaría armado sólo con objetos tan poco peligrosos como picos y palas, Maklakov mantuvo su opinión y ordenó a Lvov que desmovilizara a las brigadas. En septiembre, cuando se prorrogaron las sesiones de la Duma, el príncipe de suaves maneras estaba dispuesto a sumarse a la lucha. «Ya no estamos dispuestos a permanecer en la posición pasiva de ser gobernados —dijo en el Tercer Congreso de la Unión de los Zemstvos—. El pueblo ruso se está convirtiendo en una "fuerza estatal" y a través de su servicio a la nación obtendrá el derecho a exigir un sistema constitucional del Gobierno al final de la guerra.» La obra de organización pública ya no era un medio de unir a la gente en torno al zar, como había creído con anterioridad, sino un medio de realizar la transición hacia un autogobierno del pueblo.[33]

El progreso por el camino de la radicalización política realizado por el príncipe durante la guerra fue el común entre las clases liberales propietarias. La *union sacrée* de agosto de 1914, cuando la Duma se disolvió en un gesto simbólico de solidaridad patriótica con el Gobierno, no había durado un invierno. La crisis de los proyectiles y el escándalo de Miasoyedov influyeron en ello. De hecho, ninguno de los dos episodios había sido tan malo en realidad como la opinión pública pensaba que eran (Miasoyedov estaba tan lejos de ser un espía alemán como la escasez de proyectiles de ser la única culpable de los fracasos militares del país); pero en cierto sentido aquello era real. Porque tanto la escasez de proyectiles como la mancillada reputación de Miasoyedov se convirtieron en símbolos emocionales de la manera penosa e incompetente en que el régimen

estaba dirigiendo la guerra. «La Rusia respetable» se agrupó así en torno a la creciente demanda de una nueva convocatoria de la Duma y de un ministerio que disfrutara de la confianza pública. Los kadetes de Miliukov estaban preparados para celebrar una sesión de tres días de la Duma a finales de enero, con la finalidad de aprobar el presupuesto militar. Pero los radicales, dirigidos por Kérensky, continuaron la campaña de crítica pública. El 11 de junio, el jefe de Miasoyedov, Sujomlinov, fue destituido finalmente. El desgraciado ministro de la Guerra fue arrestado sumariamente y llevado ante una Comisión Superior de Investigación, que le sentenció a ser encarcelado en la fortaleza de San Pedro y San Pablo como traidor. La destitución de Maklakov (Interior), de Shcheglovitov (Justicia) y de Sabler (Santo Sínodo) vinieron inmediatamente a continuación, cuando Nicolás intentó pacificar a la creciente oposición pública deshaciéndose de sus ministros más reaccionarios.

Pero éste fue sólo el inicio de un verano de retirada política para el zar. Las exigencias reformistas de la Duma y de las organizaciones públicas pronto se vieron apoyadas por gente que procedía de la comunidad liberal de hombres de negocios. La crisis de los proyectiles y las derrotas militares de la primavera forzaron al Gobierno a establecer en junio un Consejo Especial para la Mejora de los Suministros de Artillería. Éste incluía a tres octubristas de la Duma, a los propietarios de las firmas armamentísticas más importantes de Petrogrado y a funcionarios del Ministerio de la Guerra. Para los dirigentes liberales procedentes del mundo de los negocios de Moscú se trató de un bofetón en la cara. Desde 1908 habían desarrollado una campaña agresiva para incrementar su papel en la economía nacional y en la vida política («el comerciante en movimiento», lo definió Riabushinsky). Habían financiado sus propios periódicos nacionales *(Utro Rossii),* establecido su propio partido político (los Progresistas) y gastado generosamente dinero en arte (la Galería Tretyakov y los magníficos edificios de *style moderne* de Shejtel, por ejemplo, ambos encargados por estos industriales) para hacer progresar su propia versión moscovita del manchesterismo liberal. El Consejo Especial, desde su punto de vista, era un pequeño coto de barones industriales de Petrogrado y de sus protectores en el Gobierno (lo que un día llegaría a ser conocido como el «complejo militar industrial»), designado para excluir a los negocios más pequeños de provincias de los contratos lucrativos de producción militar. Había mucho en aquel esquema que justificaba el resentimiento de los industriales de Moscú. Demasiados encargos fueron concedidos a las grandes firmas

metalúrgicas de Petrogrado amistosas para con el Gobierno, mientras que las firmas provinciales más pequeñas no fueron utilizadas adecuadamente. La gigantesca planta Putilov, por ejemplo, recibió encargos de proyectiles por un valor de ciento trece millones de rublos (mucho más de lo que podía entregar a tiempo) a un precio seis veces superior al precio medio del mercado. Putilov utilizó el dinero para cubrir las partes deficitarias de su negocio, incluyendo su propio estilo de vida fabuloso, de manera que, con el tiempo, su empresa fue a la bancarrota y tuvo que ser intervenida por el Estado en 1916. Los productores medios, mientras tanto, se veían apartados de los negocios, porque, sin los encargos del Gobierno, no tenían fondos suficientes para comprar combustible o materias primas. La burocracia en Petrogrado era indiferente hacia su destino, como un hombre de negocios descubrió cuando escribió al Ministerio de la Guerra ofreciendo los servicios de su fábrica familiar. Unas pocas semanas más tarde recibió su carta devuelta con una breve nota que decía que no llevaba la póliza gubernamental de rigor.

Para quebrar el monopolio de los grandes productores de municiones, los dirigentes del mundo de los negocios de Moscú organizaron los Comités de Industrias de Guerra. A través de su oficina central, establecida en julio de 1915, lograron obtener para sus firmas provinciales una parte modesta pero vital de los encargos militares del Gobierno. Pero su significado real fue menos económico que político. Los dirigentes de los Comités Centrales de las Industrias de Guerra eran todos críticos liberales de la autocracia. La mitad de los ministros del primer Gobierno provisional de 1917 iban a proceder de sus filas. Buscaban una voz mayor para sí mismos en la regulación industrial del tiempo de guerra, y una voz mayor para sus aliados en la Duma y para otras organizaciones públicas en la estructura del Gobierno. Existían estrechas conexiones entre estos distintos cuerpos. Lvov, por ejemplo, era el presidente de la Unión de los *zemstvos*, un antiguo diputado de la Duma y un miembro de los Comités Centrales de Industrias de Guerra. A través de sus iniciativas combinadas, estos organismos públicos pudieron formar una fuerza política efectiva. Disfrutaban del apoyo de varios de los ministros de mayor inclinación liberal, que habían llegado a darse cuenta de que era necesario un cambio político, así como del de un cierto número de generales de rango superior, tales como Brusilov, que sabían por experiencia el valor de su trabajo.[34] Juntos se embarcaron en una lucha para obtener el poder.

Bajo una presión creciente, el zar acabó accediendo a convocar la Duma para

el 19 de julio de 1915. La oposición liberal tenía entonces una plataforma desde la cual renovar sus exigencias de un ministerio que disfrutara de la confianza nacional. Dos terceras partes de los diputados de la Duma, desde la derecha moderada a la izquierda moderada, junto con miembros que mantenían una visión similar pertenecientes al Consejo de Estado, se agruparon en un Bloque Progresista para consolidar esta campaña. Era una unión «tricolor», como indicó uno de sus miembros, designada para envolver las reformas políticas en la bandera imperial. La finalidad del Bloque era evitar que el país se deslizara hacia la revolución (que los miembros acomodados temían tanto como el que más) persuadiendo al zar para que nombrara un nuevo Gobierno capaz de obtener el apoyo del pueblo. Sólo esto, sostenían, podían llevar al país a la victoria. Después de cuatro meses de desastres continuos, con informes diarios de derrotas en el frente, huelgas industriales y un caos social creciente, los dirigentes del Bloque vieron su programa, con alguna justificación, como la última oportunidad real del régimen para encontrar una solución política a su crisis de autoridad. Incluso hicieron concesiones para lograr que sus propuestas resultaran aceptables al zar. La petición de los elementos más radicales (los kadetes de izquierdas, los trudoviki de Kérensky y los socialistas) de un Gobierno parlamentario responsable ante la Duma se enfrentó con la oposición directa de Miliukov, el dirigente kadete y arquitecto principal del Bloque, a pesar del riesgo que corría de dividir su partido en dos. Lvov incluso aceptó el hecho de que durante la guerra el Bloque no seguiría avanzando por la senda de la lucha parlamentaria «una vez que hubiera sido nombrado un Gobierno de confianza».[35]

Dentro del Consejo de Ministros existía una creciente mayoría favorable a un compromiso con el Bloque Progresista. Krivoshein y Polinavov, el sustituto de Sujomlinov, fueron los primeros en avanzar en esa dirección. Pero otros ocho los siguieron pronto, especialmente después de que el zar anunciara su decisión de asumir el mando militar, dejando el Gobierno a merced de la zarina y de Rasputin. El 28 de agosto la «revolución de los ministros» llegó a su punto máximo con una petición directa al zar para que nombrara un nuevo Gobierno que disfrutara de la confianza de la Duma. Sólo «el anciano» Goremykin, el desacreditado primer ministro, se negó a unirse a las peticiones de reforma, convencido ciegamente hasta el final de su absoluto deber de obediencia al zar. Al día siguiente se dirigió apresuradamente a Moguilev y urgió al zar para que cerrara la Duma y se deshiciera de sus ministros desobedientes con la finalidad

de asegurar su poder autocrático. La zarina, que siempre había creído en la misión de su esposo de gobernar «como Iván el Terrible», añadió su propia voz, condenando a los ministros rebeldes como «canallas peores que la Duma» que «necesitaban que los azotaran».

No fue difícil, llegados a este punto, convencer al zar de que debería reasumir su autoridad autocrática. Ése, a fin de cuentas, había sido probablemente su objetivo principal al asumir el mando supremo. Tal como él lo veía, ninguna de sus concesiones a la oposición liberal había desactivado las críticas públicas dirigidas contra su Gobierno; de hecho éstas sólo se habían incrementado, y ya era hora de detener cualquier erosión ulterior de su autoridad. Consideraba intolerable que en ese momento crítico para el Imperio, cuando la mano firme de la autocracia era más necesaria que nunca, sus ministros pensaran que era lógico pedirle que renunciara a su Gobierno personal. El 2 de septiembre ordenó la disolución de la Duma y confirmó su confianza en el Gobierno de su antiguo y fiel siervo Goremykin. Cuando el primer ministro regresó a Petrogrado y anunció tal decisión al Consejo de Ministros se produjo un tumulto. *«Il estfou, ce vieillard»,*[61*] se oyó que decía el ministro de Asuntos Exteriores, Sazonov.[36]

A continuación se produjo una huelga general de dos días en Petrogrado en contra de la clausura de la Duma. Pero, aparte de eso, la respuesta de la oposición fue acallada. Lvov fue elegido para dirigir una delegación de organizaciones públicas que suplicara al zar que «depositara la pesada carga del poder sobre los hombros de hombres fortalecidos por la confianza de la nación». Pero Nicolás se negó a recibirlos. Fueron dirigidos por el contrario al Ministerio del Interior, donde se les dijo que su «intrusión en la política estatal» había sido presuntuosa. El zar había tomado la resolución de gobernar como lo haría un autócrata, y ningún consejo, por más sabio o leal que fuera, podía llevarle a cambiar de opinión. El 16 de septiembre se ordenó a los ministros que acudieran a Moguilev para una comparecencia final. «Muéstrales el puño —había urgido la zarina a su esposo débil de voluntad—. Tú eres el autócrata y no se atreverán a olvidarlo.» Incluso le suplicó que se peinara con el peine de Rasputin para fortalecer su voluntad.[37] La magia debió de funcionar, porque los ministros, que habían acudido con la determinación de defender su posición favorable a la reforma, perdieron el valor cuando se vieron enfrentados al zar. La «revolución de los ministros» terminó y la última oportunidad de la monarquía de salvarse por medios políticos se desperdició.

La disolución de la Duma subrayó la impotencia de los liberales. El poder

seguía estando firmemente en manos de la corte de los Romanov e, incluso con diez de los funcionarios superiores del Gobierno de su parte, no había nada, aparte de la revolución, que los liberales pudieran hacer para evitar que el zar tomara el poder en sus propias manos. El político kadete V. A. Maklakov resumió el dilema de los liberales, en un artículo ampliamente citado, en septiembre. Comparó a Rusia con un automóvil que era conducido por una empinada y peligrosa colina a una velocidad incontrolable por un conductor loco (Nicolás). Entre los pasajeros está la madre de uno (Rusia) junto con conductores competentes que reconocen que están siendo arrastrados a un desastre inevitable. Pero nadie se atreve a echar mano al volante por miedo a producir un accidente fatal. El conductor lo sabe y se burla del desamparo y de la ansiedad de los pasajeros. «No os atreveréis a tocarme», les dice. Y ciertamente en estas terribles circunstancias Maklakov concluía:

> No os atreveréis a tocarle, porque incluso si pudierais arriesgar vuestra propia vida, estáis viajando con vuestra madre, y no os atreveréis a poner en peligro su vida por miedo a que ella también pueda matarse. Así que dejaréis el volante en manos del conductor. Además, intentaréis no estorbarle, incluso le ayudaréis con consejos, advertencias y ayuda. Y tendréis razón, porque esto es lo que hay que hacer.[38]

La parálisis liberal estaba determinada, sobre todo, por su miedo a provocar la violencia en las calles. Se veían atrapados entre el diablo de la autocracia y el profundo mar rojo de la revolución social, que indudablemente también los ahogaría a ellos. Miliukov temía que, si la Duma entraba en un conflicto abierto con el régimen e impulsaba una revuelta popular, como defendían algunos situados a la izquierda de su partido, conduciría a una «orgía de la multitud».[39] La pesadilla de Pushkin del «motín ruso, despiadado y sin misericordia» vendría a suceder finalmente. En lugar de arriesgarse a esto, los liberales participaban en un juego de espera: si podían resistir hasta la victoria aliada, se abrirían nuevos canales para la reforma. No era la postura más digna (una «revolución de rodillas», como la describió Stalin), pero si no estaban dispuestos a ir a las barricadas, poco más era lo que podían hacer. Esencialmente, implicaba un regreso a la posición de 1906, cuando el fracaso del Manifiesto de Vyborg para unir a las masas en defensa de la Duma había dejado a los liberales a la

intemperie, con nada más a lo que aferrarse que la esperanza de persuadir al régimen para que se liberalizara. Diez años después, con las lecciones de Vyborg ya en el pasado, tenían todavía más miedo de las masas, que entonces se mostraban menos dispuestas (en el punto álgido de la guerra con todas sus estrecheces)a limitarse a la estrecha revolución política contemplada por los liberales.

Estimulado por el éxito de su propia manifestación de fuerza, Nicolás continuó con una serie de medidas posteriores encaminadas a hacer retroceder el desafio que los liberales representaban para su autocracia. La prometida sesión de la Duma de noviembre, concedida para apaciguar a los críticos de su prórroga en septiembre, fue pospuesta de manera indefinida. El *status* de los Comités de las Industrias de Guerra se vio reducido gradualmente a medida que el Gobierno regresaba a su antigua alianza con los grandes intereses empresariales de Petrogrado. Y, uno tras otro, los principales ministros rebeldes fueron depuestos. Samarin, el nuevo procurador del Santo Sínodo y un importante crítico de Rasputin, fue el primero al que se obligó a dimitir, lo que provocó una fuerte irritación en la Iglesia y en la opinión conservadora. Krivoshein, el ministro de Agricultura, le siguió poco después. A continuación Shcherbatov, el ministro del Interior, fue reemplazado por Jvostov, un aliado de Rasputin que se distinguía sólo por el enorme tamaño de su vientre y que inmediatamente se plegó a silenciar toda crítica pública al Gobierno. Se entregó a una vigilancia policial de los políticos de la Duma, prohibió las reuniones de las organizaciones públicas, acentuó la censura y entregó generosamente fondos gubernamentales a los grupos de los Cien Negros, que culpaban a los judíos de las derrotas del Ejército y de todas las desgracias de la guerra.

En todos estos cambios de personal estaba presente la mano de la zarina. Con el zar en el frente, se convirtió en la verdadera autócrata (en la medida en la que había alguno) de Petrogrado. «Amorcito —escribió a su esposo—, soy tu muro en la retaguardia. Estoy aquí, no te rías de tu vieja y simple mujercita porque lleve "pantalones" que no se ven.» El teléfono principal del Palacio de Invierno estaba en su salón, donde se sentaba en un escritorio ante un retrato de Maria Antonieta. Le gustaba jactarse de que era la primera mujer de Rusia que recibía ministros del Gobierno desde Catalina la Grande, y en estos engaños se veía estimulada por Rasputin, que efectivamente la utilizaba como portavoz de sus propias pretensiones de poder. Sus cartas a Nicolás estaban llenas de advertencias de «nuestro amigo», como gustaba de llamar al «santo» campesino.

«No es mi sabiduría —escribía—, sino un cierto instinto proporcionado por Dios más allá de mí misma para que pueda serte de ayuda.» O: «Nosotros, que hemos sido enseñados a mirar a todas las cosas desde otro ángulo, vemos lo que es realmente la lucha y lo que significa: tú mostrando tu señorío, demostrando que eres el autócrata sin el que Rusia no puede existir». Parece que no existía ningún asunto de Estado que se encontrara más allá de la pericia de Rasputin. La zarina escribía al zar con las recomendaciones de Rasputin sobre los suministros de alimentos, el transporte, las finanzas y la reforma agraria, aunque ella misma admitía que cosas semejantes hacían que le doliera la cabeza. Incluso intentó persuadir a su esposo para que basara su estrategia militar en lo que Rasputin había «visto por la noche», aunque aquí Nicolás se opuso.[40]

La mayor parte de la tinta de la zarina se iba en hacer recomendaciones de nombramientos. Veía el mundo en términos de amigos y enemigos de la «causa oculta» defendida por Rasputin y ella misma. Los ministros, los comandantes de las fuerzas armadas y los miembros de la corte se elevaban o caían de su favor según la relación que tenían con la «causa». El patronazgo de Rasputin era la manera más rápida de subir por la cucaña, y las críticas contra él, la forma más rápida de descender. En los diecisiete meses del «Gobierno de la zarina», desde septiembre de 1915 a febrero de 1917, Rusia tuvo cuatro primeros ministros, cinco ministros del Interior, tres ministros de Asuntos Exteriores, tres ministros de la Guerra, tres ministros de Transportes y cuatro ministros de Agricultura. Este «juego de la pídola ministerial», como llegó a ser conocido, no sólo apartó a hombres competentes del poder, sino que también desorganizó la labor del Gobierno, puesto que nadie permanecía suficiente tiempo en el cargo para familiarizarse con sus responsabilidades. La anarquía burocrática se desarrolló con las cadenas de mando que competían entre sí: algunos ministros eran responsables ante la zarina o Rasputin, mientras que otros seguían siendo leales al zar o al menos a lo que ellos pensaban que era el zar, aunque cuando se llegaba al punto central nunca parecían saber a favor de lo que estaban y, en cualquier caso, nunca se atrevían realmente a oponerse a su esposa. Boris Stürmer, el primer ministro del «Gobierno de la zarina» que permaneció más tiempo en el cargo y que había reemplazado al senil Goremykin en enero de 1916, era muy conocido como un gobernador provincial que había sido acusado de venalidad, y como un ministro ayudante del Interior que había sido acusado de incompetencia. Según la famosa frase de Sazonov, era «un hombre que había dejado detrás un mal recuerdo siempre que había ocupado un puesto

administrativo». Los asuntos de Estado demostraron estar enormemente fuera de su alcance. Acudía a la zarina y a Rasputin tan a menudo en busca de consejo que incluso el extremista monárquico V. M. Purishkevich empezó a comparar a este personaje ridículo con el Chichikov de *Las almas muertas*, de Gogol, que, después de convocar a todos los dignatarios de la capital de provincia, se sentaba durante un largo tiempo en su carruaje preguntándose a quién iba a visitar a continuación.[41]

Quizás el cambio de personal más dañino fue la destitución de Polivanov en marzo de 1916. Más que cualquier otro hombre era responsable de la reconstrucción del Ejército ruso después de las terribles pérdidas de la gran retirada. El mayor general Knox, el agregado militar británico en Rusia, le consideraba «indudablemente el organizador militar más capacitado de Rusia», y consideró su destitución «un desastre». El crimen de Polivanov, a ojos de la zarina, había sido su disposición a trabajar con las organizaciones públicas en la mejora de los suministros militares. «Oh, cuánto me gustaría librarme de Polivanov —escribió a su esposo en enero—. Es, sencillamente, un revolucionario.» Su amistad con Guchkov, jefe de los Comités de Industrias de Guerra, era contemplada por la corte con una especial alarma, puesto que en noviembre el dirigente octubrista había invitado a los representantes elegidos de los trabajadores a sentarse con él en el organismo central de Gobierno de los comités. «Me gustaría que cerraras ese podrido Comité de Industrias de Guerra —imploró la zarina a su esposo en marzo—, puesto que sólo prepara acciones antidinásticas para sus reuniones.» Respecto a Guchkov, preguntó: «¿No se le podría ahorcar?».[42]

El nombramiento del general Shuvaev, el sucesor de Polivanov, demostró sin lugar a dudas que la obediencia irreflexiva era considerada mucho más importante en un ministro de la Guerra que la pericia militar. El mismo Shuvaev dijo una vez a Knox que si el zar le ordenaba saltar desde una ventana, obedecería encantado. Y cuando sus enormes errores bélicos condujeron a crecientes acusaciones públicas de «traición en las altas esferas», todo lo que pudo decir honestamente en defensa propia fue: «Puede que sea un estúpido, pero no soy un traidor».[43]

Con la ayuda de las organizaciones públicas, Polivanov había mejorado en gran medida el suministro y la moral del Ejército. En ningún lugar resultó esto

más claro que en el frente suroccidental, donde Brusilov había sido nombrado comandante del frente en marzo. Introdujo un nuevo estilo de profesionalidad militar en el cuartel general del frente, ascendiendo a oficiales de talento tales como Klembovsky y Velichko (que, junto con Brusilov y el propio Polivanov, más tarde ayudarían a inyectar una profesionalidad similar en el Ejército Rojo). Brusilov se apresuró a establecer una buena relación de trabajo con las organizaciones públicas, y los efectos de esto se dejaron sentir pronto en su frente, como él mismo recordó:

> Poco a poco mejoró nuestro equipo técnico; se suministraron fusiles, quizá de distintas clases, pero en cualquier caso con suficientes cartuchos; mientras que la munición de la artillería, especialmente los cañones ligeros, llegó en abundancia [...]. Teníamos todo tipo de argumentos para poder derrotar al enemigo y arrojarlo al otro lado de la frontera.[44]

El optimismo de Brusilov le hizo destacar en el consejo de guerra de 15 de abril, cuando los comandantes de frente rusos se reunieron con el zar en la Stavka para planear las operaciones del verano. Los generales Kuropatkin y Evert, comandantes de los frentes noroccidental y occidental respectivamente, eran pesimistas acerca de las perspectivas de una ofensiva. Pero Brusilov prometió facilitarles las cosas desencadenando un ataque contra los austríacos en su propio frente suroccidental, a pesar de que se le advirtió que no podrían ser utilizados hombres o suministros extras procedentes del norte. Los otros comandantes se quedaron sorprendidos y molestos por su audacia. «Acaba usted de ser nombrado comandante de frente —le dijo uno de ellos cuando se sentaron a cenar—, y ya tiene bastante suerte de no ser uno de los elegidos para desencadenar la ofensiva, y de no verse obligado como ellos a arriesgar su reputación militar. ¡Es una necedad asumir unos peligros tan colosales!» Pero esta actitud de complacencia, tan típica de los generales favoritos del zar, se encontraba a una enorme distancia de la propia determinación de Brusilov y de su optimismo, quizás ingenuo. Estaba seguro de que Dios estaba guiando a Rusia hacia la victoria, una fe que se reflejó a lo largo de la guerra en las cartas que dirigió a su esposa. «Sigo convencido —le escribió en el punto álgido de la gran retirada— de que, de alguna manera, las cosas saldrán bien y ganaremos la

guerra.»[45]

Tampoco la burla de los colegas de Brusilov tuvo en cuenta la enorme claridad de su táctica, que iba a convertir su ofensiva, en palabras de Norman Stone, el principal historiador del frente del este, en la «victoria más brillante de la guerra».[46] Lo que distinguía el genio militar de Brusilov era su voluntad de aprender de las lecciones tácticas de 1914 y 1915. Desde entonces los frentes habían quedado fijados, y la guerra de movimientos había cedido ante la guerra de posiciones; los generales de Europa habían intentado perforar las líneas enemigas concentrando hombres y municiones en un solo punto del frente. La ruptura alemana en Gorlice fue un ejemplo clásico de este método «de falanges», que los generales rusos siguieron con entusiasmo posteriormente. Brusilov fue la única excepción. Sostenía que los rusos, con sus líneas férreas obsoletas, no podían tener la esperanza de concentrar sus fuerzas en un lugar sin que el enemigo lo supiera con tiempo suficiente para acercar sus reservas defensivas. En la medida en que el elemento de sorpresa continuara siendo sacrificado en el altar de la fuerza, Rusia no podía tener ninguna esperanza de conseguir una ruptura decisiva. Propuso, en lugar de eso, atacar de manera simultánea varios puntos a lo largo del frente, dificultando así al enemigo, incluso aunque conociera las posiciones ofensivas, adivinar dónde serían más necesarias las reservas para la defensa.

Se realizaron intensos preparativos para la ofensiva. No se había visto nunca antes nada similar. La clave para el plan de Brusilov era la sorpresa, de manera que se hizo todo lo posible para mantener el secreto (la zarina ni siquiera pudo averiguar cuándo o dónde comenzaría el ataque). Las trincheras para la ofensiva fueron cavadas a una mayor profundidad de lo habitual y camufladas con una nueva forma de pulverizar con pintura el terreno. Los túneles de asalto fueron edificados por debajo del alambre de espino austríaco hasta un centenar de metros en el interior de sus líneas, de manera que cuando fuera desencadenado el asalto la primera oleada de atacantes pudiera alcanzar sus trincheras de un solo golpe. Las posiciones del enemigo fueron estudiadas cuidadosamente gracias a la fotografía aérea. Esto permitió a Brusilov construir modelos a escala real de las trincheras austríacas y entrenar a sus tropas de asalto con ellos. También significó que cuando comenzó la ofensiva los rusos conocían la localización exacta de las baterías austríacas y, en algunos lugares, incluso de las ametralladoras individuales. A pesar de su inferioridad numérica, la artillería rusa tuvo así la única ventaja decisiva de conocer sus objetivos, y esto iba a

asegurar el éxito inicial de la ofensiva.[47]

La ofensiva comenzó el 4 de junio, en palabras de Brusilov, «con una estruendosa barrera artillera a lo largo de todo el frente suroccidental». «Toda la zona de batalla fue cubierta por una nube inmensa y espesa de polvo y humo —escribió un oficial austríaco— que permitió a los rusos lanzarse sobre los arruinados obstáculos de alambre de espino en espesas oleadas e introducirse en nuestras trincheras.» Al cabo de cuarenta y ocho horas los rusos habían perforado las defensas austríacas a lo largo de un frente de ochenta kilómetros, y capturado a más de cuarenta mil prisioneros. El noveno día el número se había elevado hasta doscientos mil hombres, más de la mitad de las fuerzas de los Habsburgo en el frente oriental, y Conrad, el jefe del estado mayor austríaco, había empezado a hablar de la necesidad de pedir la paz.[48]

Si Evert y Kuropatkin hubieran seguido el avance de Brusilov con los ataques propios que habían prometido en los frentes occidental y noroccidental, el enemigo podía haberse visto obligado a retirarse y el curso de la guerra habría cambiado completamente. Hindenburg confesó más adelante que con una segunda ofensiva «nos hubiéramos enfrentado ante la amenaza de un colapso completo». Según el plan de guerra original, el frente de Brusilov era considerado secundario en relación con los de Evert y Kuropatkin. Pero ninguno de ellos estaba preparado para atacar. A decir verdad, su tarea habría sido mucho más difícil que la de Brusilov. Porque tenían que combatir con tropas alemanas, que eran mucho más fuertes que las fuerzas austro-húngaras a las que Brusilov había vencido en el frente suroccidental. Pero su vanidad fue también un factor de importancia: el creciente riesgo de derrota les hizo temer todavía más la pérdida de sus preciosas reputaciones. Quizá la culpa real la tuvo la Stavka. Alexeev había servido bajo Kuropatkin y Evert durante la guerra contra Japón y todavía tenía mucho temor a obligarlos a atacar. El zar también fue indulgente con los generales cobardes: eran los favoritos de su corte, e ignoró las peticiones diarias de Brusilov para ordenar una ofensiva. La zarina estaba en parte detrás de esto. Bombardeó a su indeciso esposo con el consejo «experto» de Rasputin contra una ofensiva en el norte, porque, según sus palabras, «si nuestros éxitos en el sur continúan, entonces ellos [los alemanes] se retirarán en el norte».[49]

Hay que culpar en buena medida a semejante estupidez militar de la ralentización del avance de Brusilov. En lugar de comenzar una segunda ofensiva, la Stavka transfirió tropas desde el norte al frente de Brusilov. Sin embargo, no fueron suficientes para mantener el ritmo de su ofensiva, puesto que

los alemanes, con su posición favorecida por la inactividad de Evert y Kuropatkin, pudieron también transferir refuerzos al sur. Consciente de que su ventaja disminuía, Brusilov regresó ahora a la táctica ortodoxa, avanzando hacia Kovel pero combatiendo, según sus propias palabras, «a un ritmo menor [...] para salvar tantos hombres como fuera posible». De manera lenta pero segura, el avance ruso estaba a punto de detenerse. En ocho semanas de combate los ejércitos de Brusilov habían capturado cuatrocientos veinticinco mil hombres y una buena parte de Galitzia; el enemigo se había visto obligado a retirar tropas del frente occidental, aliviando así la presión sobre Italia y sobre los franceses que combatían en Verdún; mientras que Rumania, por lo que pudiera servir, se vio al final persuadida para sumarse a la guerra al lado de los rusos. Ludendorff lo denominó «la crisis del Este». En 1918 rindió su último cumplido a la táctica de Brusilov utilizándola él mismo en el frente occidental.[50]

Al producirse después de un largo año de derrota en el este y de un punto muerto sangriento en el oeste, la ofensiva de Brusilov le convirtió de la noche a la mañana en un héroe no sólo en Rusia, sino en todos los países aliados. Guiliarovsky escribió una colección de poemas panegíricos «A Brusilov», que vendió por decenas de miles en forma de octavillas. Los compositores franceses e italianos dedicaron cantatas, marchas y canciones al héroe de guerra. Y por toda Europa la gente se apiñó para ver la película titulada *Brusilov.* El mismo general escribió más tarde:

> Recibí centenares de telegramas felicitándome y bendiciéndome procedentes de todas las clases de la sociedad rusa. Todos tenían algo que decir: los campesinos, los mecánicos, los aristócratas, el clero, la *intelligentsia* y los niños de las escuelas; todos deseaban que supiera que el gran corazón del país estaba latiendo simpatizando con los amados soldados de mis ejércitos victoriosos.

Brusilov había puesto de manifiesto que bajo comandantes competentes el Ejército imperial era todavía capaz de obtener un éxito militar. Si no hubiera sido socavada por la Stavka, su ofensiva podría haber servido como punto de partida para la restauración de la moral del Ejército, conduciendo quizás incluso a una eventual victoria. Pero es dudoso si incluso esto hubiese sido suficiente para salvar al régimen zarista, dada la extensión de la crisis política en el país en su

conjunto. En cualquier caso, con el fracaso de la ofensiva resultó más claro que nunca, incluso para los monárquicos como Brusilov, que, según sus propias palabras, «Rusia no podía ganar la guerra con su presente sistema de Gobierno».[51] La victoria no detendría la revolución; pero sólo una revolución podría traer la victoria.

Para Brusilov la última prueba condenatoria de la incompetencia del antiguo régimen se había producido a inicios de julio, cuando Alexeev transfirió a la Guardia imperial de elite a su frente en un último intento desesperado por salvar la ofensiva. Estos jóvenes de sangre azul fueron descritos por Knox como «los animales humanos físicamente más hermosos de Europa». En sus uniformes de desfile de color azul oscuro, repletos de galones dorados, cada guardia presentaba una altura superior al metro ochenta. Pero acudían con un comandante insípido, el general Bezobrazov, otro favorito de la corte, que desobedeció las órdenes de Brusilov y les ordenó atacar en un empuje expuesto. Cuando los soldados tuvieron que cruzar un terreno en que el barro les llegaba hasta la altura del pecho, los aviones alemanes volaron por encima de ellos destrozándolos con sus ametralladoras. Knox contempló horrorizado cómo los aviones volaban en picado para alcanzar sus objetivos y «los heridos se hundían lentamente en el pantano».[52] En virtud de una acción estúpida, el núcleo de la mejor fuerza de combate del país se había perdido y con ella la última oportunidad de victoria bajo el antiguo régimen. La impaciencia de Brusilov con el Gobierno era compartida crecientemente por el resto de la sociedad a medida que avanzaba 1916, el tercer prolongado año de guerra. Los nobles patriotas, como Brusilov y Lvov, habían esperado que una campaña militar de éxito uniera al Gobierno y a la sociedad y previniera así la necesidad de una reforma radical. Se daban cuenta de que la verdad era exactamente lo contrario: las reformas radicales eran una precondición necesaria para el éxito militar. La creciente escasez de alimentos, combustible y bienes básicos domésticos, la rápida inflación de precios, el colapso del transporte, la corrupción generalizada del Gobierno y de los encargados de los suministros militares y el agudo incremento del crimen y del desorden social se combinaban con la matanza sin fin de la guerra para crear una sensación galopante de pánico e histeria públicos. «Cada vez más —escribió Gorky a un amigo en noviembre de 1915—, la gente se está comportando como animales y locos. Esparcen estúpidos rumores y se crea una atmósfera de temor universal que envenena incluso a los inteligentes.» Entre las clases propietarias existía un sentimiento general de que Rusia estaba al borde de

una terrible catástrofe, de una explosión social violenta, frente a la que el Gobierno carecía totalmente de preparación para defenderlos. La gente hablaba del zar y de su Gobierno con abierto desprecio. La palabra «revolución» estaba en los labios de todos. «Se acerca un diluvio —escribió Guchkov a Alexeev en agosto de 1916—, y un Gobierno penoso, miserable y débil se prepara para enfrentarse a ese cataclismo adoptando medidas que sólo son buenas para protegerse únicamente de una llovizna. Se pone los chanclos y abre el paraguas.»[53]

Al sentir que se acercaba el desastre, la gente rica y de alta cuna se entregó a un último acto desesperado de placer personal. Se bebieron las reservas de champán, gastaron extraordinarias sumas de dinero en el mercado negro del caviar, del esturión y de otras delicias del tiempo de paz, celebraron esplendorosas fiestas, engañaron a sus esposas y maridos y se jugaron fortunas en los casinos. Los extranjeros estaban sobrecogidos ante su lujoso estilo de vida e, incluso más que eso, ante la indiscreción con la que ellos se jactaban de su disfrute. «Su riqueza y el uso lujoso que hacen de ella me sorprendió después de contemplar las austeras condiciones de la vida en tiempo de guerra que hay en Inglaterra», escribió sir Samuel Hoare, el oficial de inteligencia británico de Petrogrado. Este hedonismo histérico quedó muy bien expresado en unos versos satíricos anónimos de inicios de 1916:

> No nos importa la derrota, y la victoria no nos otorga ningún deleite. El origen de todas nuestras preocupaciones es éste: si podemos tener vodka para esta noche.
> Podemos arreglárnoslas sin las victorias.
> ¡No! La paz y la tranquilidad es nuestra forma de vida,
> las intrigas y el escándalo, las noches pasadas fuera,
> repletas de mujeres y de vino.
> Sólo queremos saber, al día siguiente,
> qué ministros podrán verse,
> o quién lleva a quién a ver la representación,
> o quién se sienta al lado de quién en Cuba [...]
> Y si Rasputin sigue saliéndose con la suya
> o necesitamos otro santo,
> y si Kshesinskaya está bien,

y cómo fue la fiesta en casa de Shubin.
Si el gran duque llevó a Dina a casa,
la suerte que ha tenido MacDiddie.
Oh, ojalá viniera un zepelín
y destrozara todo Petrogrado.[54]

Buena parte de la histeria pública se centró en la corte, donde se creía ampliamente que un grupo proalemán conspiraba en torno a la zarina para provocar la derrota de Rusia. La idea de la traición en las altas esferas, que comenzó con el asunto Miasoyedov y la gran retirada, avanzó en 1916 a medida que se extendían los rumores acerca de la existencia de un «bloque negro» en la corte, que se decía que estaba buscando una paz separada con Berlín. El dominio creciente de la zarina (la «mujer alemana»), los sentimientos antibélicos de Rasputin, el considerable número de nobles alemanes en la corte y el ascenso de Stürmer hasta el puesto de un virtual «dictador» (en junio había asumido los poderes de primer ministro, ministro del Interior, ministro de Asuntos Exteriores y ministro supremo para la Defensa del Estado) elegido por el zar ayudaron en conjunto a arrojar más leña al fuego de la especulación. Se pretendía en amplios círculos que la zarina y Rasputin trabajaban para los alemanes; que tenían una línea directa con Berlín, y que Nicolás advertía regularmente a su tío, el káiser Guillermo, de los movimientos de sus tropas. Tales rumores llegaban todavía más distorsionados al frente. A juzgar por las cartas que enviaban a casa, los soldados desmoralizados estaban preparados para creer que los alemanes habían sobornado a Stürmer para matar de hambre a los campesinos; y que el conde Fredericks, el ministro de la corte imperial, había llegado a un acuerdo para vender la mitad occidental de Rusia al enemigo.

Un crédito similar se otorgaba a los rumores sobre los diversos escándalos sexuales que rodeaban a la zarina. La «corrupción sexual» de Alejandra se convirtió en una especie de metáfora de la condición enfermiza del régimen zarista. De ella se decía que era una furcia, la querida de Rasputin y la amante lesbiana de Anna

Vyrubova, su dama de compañía, de quien se rumoreaba que compartía el lecho con Rasputin y con el zar. Ninguno de estos rumores tenía de hecho una base fidedigna. Vyrubova era una solterona ingenua y de carácter aburrido, engañada por los poderes místicos de Rasputin y el acogedor tipo de vida

doméstica de la familia imperial. En 1917 una comisión especial nombrada por el Gobierno provisional para examinar las acusaciones dirigidas contra ella certificó médicamente que era virgen. Por lo que se refiere a la zarina, era demasiado chapada a la antigua para ceder a ningún acto sexual que no fuera estrictamente necesario para la reproducción de la dinastía. Tampoco existía ningún fundamento para las acusaciones de traición dirigidas contra ella, aunque es posible que agentes alemanes obtuvieran alguna información en las conversaciones a voces y jactanciosas con Rasputin. Regularmente cenaba en casa de un banquero de Petrogrado a quien el embajador francés consideraba el agente alemán más importante de Rusia.

La cuestión en torno a estos rumores no era que fueran verdaderos o no, sino que tenían poder para movilizar a un público encolerizado contra la dinastía. En una crisis revolucionaria las percepciones y las creencias cuentan más que las realidades. La demonización de la corte de los Romanov permitió a sus oponentes apuntar con el dedo de la vergüenza a los conspicuos canallas que eran culpables de las dificultades que sufría el pueblo en tiempo de guerra. Acusar a la corte de «alemana» era una manera de definir y legitimar esta cólera revolucionaria como el estado de ánimo patriótico de la «nación», como si todos los problemas del país se debieran a la perversa influencia de unos pocos extranjeros situados en las alturas y pudieran ser solventados librándose de ellos. La Revolución de Febrero de 1917 fue identificada con una revolución patriótica. Las actitudes antialemanas y antimonárquicas estaban estrechamente entrelazadas con la nueva conciencia democrática que los dirigentes de Febrero intentaban asentar como base de la renovación nacional de Rusia. En este sentido los motines antialemanes de junio de 1915, en el punto álgido de la gran retirada, fueron la primera señal de un cambio en el estado de ánimo revolucionario del pueblo. Encolerizadas turbas moscovitas quemaron y saquearon tiendas y oficinas alemanas. Las tiendas de pianos fueron atacadas y los Bechsteins y los Blüthners, arrojados desde las ventanas. Cualquiera del que se sospechara que era alemán (que a menudo no significaba más que ir bien vestido) era atacado y robado. En la Plaza Roja las multitudes proferían insultos contra la «mujer alemana» y pedían que fuera encerrada en un convento. Hubo también peticiones dirigidas al zar para que abdicara en favor del gran duque Nicolás. El público histérico estaba determinado a ver sabotaje alemán en todas partes, desde la escasez de granadas a la corrupción de los funcionarios de escaso rango, y al lanzar el grito de batalla de «traición en las alturas», los

nuevos pretendientes al poder se convirtieron en héroes nacionales populares.[55]

Resultaba difícil para los liberales, a pesar de su temor a las masas, resistir esta oportunidad de ganancia política. Al hablar en favor de la «nación» contra la dinastía podían situarse una vez más a la cabeza del movimiento de oposición. Ello ganaba importancia cuando las protestas contra la guerra y sus dificultades económicas estaban adquiriendo una forma más radical, con huelgas y manifestaciones masivas, muchas de ellas dirigidas por socialistas. «Tengo miedo —dijo un dirigente kadete a sus colegas en el otoño de 1916— de que la política del Gobierno conduzca a una situación en que la Duma se vea impotente para hacer nada en favor de la pacificación de las masas.» Los informes de la policía secreta dejaban claro que «la gran masa del pueblo» se estaba convirtiendo de manera creciente en hostil a la Duma y la acusaba de «negarse deliberadamente a acudir en ayuda de las masas; las acusaciones más amargas al respecto no sólo se dirigían contra los octubristas, sino también contra los kadetes». Si la Duma quería evitar convertirse en algo obsoleto e inútil, tendría que acercarse más al estado de ánimo de las calles y añadir su propia voz al movimiento revolucionario. Ése era el punto de vista de los kadetes de izquierdas, de los trudoviki de Kérensky y de un creciente número de figuras públicas que incluía al príncipe Lvov, que dijo en un mitin del Bloque Progresista que la única esperanza de salvación de Rusia estaba en la revolución. «Abandonad todos los demás intentos de colaboración constructiva con el presente Gobierno —escribió en diciembre—; están condenados al fracaso y son sólo un impedimento para nuestros objetivos. No os dejéis llevar por la ilusión; apartaos de los espectros. Ya no existe un Gobierno que podamos reconocer.»[56]

Tales argumentos quedaban fortalecidos por la continua intransigencia del régimen. El nombramiento en septiembre de A. D. Protopopov como ministro del Interior en funciones había elevado las esperanzas de los liberales moderados, hombres como Miliukov, que seguían buscando arrancarle reformas al Gobierno mediante una política de conciliación. Protopopov era un terrateniente octubrista, fabricante textil, miembro del bloque progresista y presidente diputado de la Duma. Su nombramiento fue visto por un amplio sector como una capitulación del Gobierno ante la oposición liberal, una capitulación que pronto iba a verse continuada por el nombramiento de un ministerio de la Duma. Pero, de hecho, no era más que una astuta maniobra política llevada a cabo por la corte. La Duma tenía que reunirse el 1 de noviembre y Protopopov, como «hombre de la Duma», parecía el mejor hombre

para controlarla. «Por favor, convierte a Protopopov en ministro del Interior —había instado la zarina a su esposo—. Como él es uno de la Duma causará un gran efecto y cerrará las bocas.» Protopopov era un místico fanático (una vez dijo a Kérensky que gobernaba con la ayuda de Jesucristo) y, hecho desconocido para los liberales, un protegido de Rasputin (quien en una ocasión confesó a Brusilov que estaba «salvando a Rusia de una revolución»). Ambicioso y ridículamente vano (estaba claramente abrumado por el honor que le había concedido el zar), era muy poco verosímil que pusiera en peligro su propia posición haciendo causa común con la oposición. Cuando la auténtica naturaleza de su papel quedó clara (pronto se enfundó el uniforme de la Gendarmería Imperial, un símbolo arquetípico de la opresión zarista), un antiguo colega de la Duma le suplicó que dimitiera. Protopopov contestó: «¿Cómo me puedes pedir que dimita? Toda mi vida soñé con ser vicegobernador, y ahora soy ministro».[57]

La desilusión respecto al nuevo ministro se produjo rápidamente. La esperanza cedió su lugar al odio en los círculos de la Duma. La obsequiosidad de Protopopov hacia la pareja imperial resultaba nauseabunda. En lugar de proporcionar un puente entre la oposición liberal y el Gobierno, se convirtió en un lacayo de la corte y fue condenado claramente por traidor a la causa parlamentaria. A petición de Rasputin, ordenó que Sujomlinov fuera liberado de prisión (la mayoría del país lo hubiera ahorcado por traición) y prohibió que las organizaciones públicas se reunieran sin la presencia de la policía.

Para la época en que volvió a reunirse la Duma, el 1 de noviembre, incluso el moderado Miliukov se vio finalmente forzado a reconocer que el tiempo de cooperación con el Gobierno se estaba agotando rápidamente. Con los radicales de su propio partido kadete pidiendo una revuelta abierta, decidió apoderarse de la iniciativa condenando al Gobierno en su discurso de apertura de la Duma. Señaló sus abusos de poder, denunciándolos uno por uno y terminando en cada ocasión con la pregunta: «¿Esto es estupidez o traición?». El efecto de su discurso, según Miliukov recordó más tarde, fue «como si un absceso lleno de pus hubiera estallado y el mal básico, que era conocido de todos pero aún no había sido expuesto en público, fuese ahora señalado». Consiguió convertir el Palacio de Táuride en la tribuna de la revolución una vez más. Hubo otros discursos incendiarios en la Duma ese día (el de Kérensky, por ejemplo); pero el hecho de que un estadista tan prudente como Miliukov, que además tenía tan estrechas relaciones con los diplomáticos aliados, hubiera utilizado abiertamente la palabra «traición» fue suficiente para que la gente llegara a la conclusión de

que ésta había existido. Ése no era el objetivo de Miliukov. A su propia pregunta retórica él habría contestado «estupidez». Pero el público estaba tan cargado emocionalmente que cuando leyó su discurso casi se vio condenado a responder «traición». El hecho de que el discurso fuera prohibido en la prensa y tuviera que ser leído en sobadas transcripciones mecanográficas que pasaban de mano en mano sólo inclinó más al pueblo a leerlo como si se tratara de algo más radical de lo que era. En algunas versiones de la transcripción mecanográfica aparecía insertada alguna queja social específica en medio del discurso (por ejemplo, pretendiendo que además de sus otros abusos el Gobierno trataba muy mal a los maestros). «Mi discurso adquirió la reputación de una señal de despegue para la revolución —recordó Miliukov—. No era ésa mi intención. Pero el estado de ánimo que prevalecía en el país actuó como un megáfono de mis palabras.»[58] Iba a ser una saludable lección para cualquier liberal futuro, especialmente para los de 1917, que intentara detener una revolución social con el poder de las palabras. Habiendo utilizado su retórica para ayudar a sus colegas de la Duma a quitar hierro a la situación, lo que había logrado Miliukov era encender los ingenios de la protesta radical en todo el país.

Lo que Miliukov no había llegado a apreciar era hasta qué punto se consideraba la revolución como algo imparable, e incluso deseable, no sólo entre los radicales sino también entre los conservadores. Su propia estrategia de conciliación y lucha parlamentaria, con la finalidad de llegar a un compromiso con el Gobierno, estaba perdiendo terreno rápidamente. Como un general de la Stavka señaló, había una «convicción generalizada de que algo tenía que ser roto y aniquilado, una convicción que atormentaba a la gente y la privaba de paz».[59] Incluso la familia cercana del zar se estaba agrupando en torno a la oposición liberal. El 7 de noviembre el gran duque Nicolás le urgió para que permitiera a la Duma que nombrara un Gobierno. Las ramas de Moscú y de Petrogrado de la Nobleza Unida, desde 1905 la columna más firme de la autocracia, le dieron un consejo similar. En resumen, prácticamente no había nadie fuera del estrecho grupo gobernante de la corte que no viera la necesidad de realizar un cambio fundamental en la estructura del Gobierno.

Sin embargo, una vez más Nicolás intentó escapar realizando algunas concesiones a regañadientes. El 8 de noviembre Stürmer fue destituido, para regocijo de la Duma, y A. F. Trepov se convirtió en el nuevo primer ministro. Ésta era la última oportunidad para que los liberales hicieran la paz con el Gobierno. Porque Trepov, que se veía a sí mismo como un Stolypin postrero,

estaba determinado a obtener el apoyo de los elementos moderados de la Duma mediante concesiones. Miliukov estaba dispuesto a aceptar su rama de olivo (y sin duda, una cartera en su gabinete). Pero los diputados radicales y socialistas, caldeados por los discursos inflamados del trudovik Kérensky y del menchevique Nikolai Chjeidze, estaban determinados a derribar al Gobierno y exigían una alianza con «las masas» para preparar una revuelta popular.

Así es esencialmente como permaneció dividida la Duma a lo largo de las siguientes semanas de compleja maniobra política entre noviembre y la Revolución de Febrero. Los kadetes de Miliukov, en palabras de la policía secreta, miraban la perspectiva de una revolución «con sentimientos de horror y pánico»; «si el Gobierno les ofreciese la más pequeña concesión, correrían a aceptarla con gozo». Sin embargo, la esperanza de concesiones se estaba desvaneciendo rápidamente. Porque la zarina se oponía claramente a Trepov (quería que lo ahorcaran como a Guchkov), mientras que la amenaza de la izquierda radical no dejaba de crecer durante todo ese tiempo. Esto proporcionó la iniciativa a Kérensky y a los otros radicales de la Duma, que abrieron las puertas del Palacio de Táuride, si no directamente a las muchedumbres de la calle, por lo menos a sus representantes más educados. El lenguaje de sus discursos se fue haciendo crecientemente violento, puesto que intentaban expresar el estado de ánimo que había en las calles (y así apoderarse de él). Invitaron abiertamente al pueblo para que derribara al régimen y ridiculizaron los llamamientos a la calma de los moderados como un pretexto, en palabras de Kérensky, para seguir en sus «sillones calientes». Pero también ellos tenían razones para preocuparse puesto que el estado de ánimo del pueblo los estaba sobrepasando, ya que la multitud estaba despreciando a la Duma y miraba hacia otro lugar en busca de dirigentes. Tal como Vasilii Shulguin, el dirigente nacionalista, expresó, «nadie creía ya en las palabras».[60]

A partir de ese momento la única cuestión era si la revolución comenzaría desde arriba o desde abajo. La idea de un «golpe palaciego» había estado circulando durante algún tiempo. Guchkov se encontraba en el centro de esa conspiración. Pretendía apoderarse del tren imperial *en route* desde la Stavka a Tsarskoe Selo y obligar al zar a abdicar en favor de su hijo, con el gran duque Miguel, hermano de Nicolás, actuando de regente. De esta manera los conspiradores esperaban detener la revolución social nombrando un nuevo Gobierno de confianza. Sin embargo, con un apoyo muy limitado del Ejército, de los liberales y de la familia imperial, aplazaron los planes para su golpe hasta

marzo de 1917, y para esa época ya era demasiado tarde. Mientras tanto, el príncipe Lvov, con la ayuda del jefe de estado mayor, el general Alexeev, estaba fraguando una segunda conspiración. Habían planeado arrestar a la zarina y obligar a Nicolás a entregar su autoridad al gran duque Nicolás. Lvov sería entonces nombrado jefe de un nuevo Gobierno de confianza. Varios políticos liberales y generales apoyaban el plan, incluyendo a Brusilov, que dijo al gran duque: «Si tengo que escoger entre el emperador y Rusia, me decido por Rusia». Pero también esta conjura se vio malograda, por la actitud reacia del gran duque a comprometerse. Hubo otras conspiraciones, algunas de ellas originadas entre los parientes lejanos del zar, cuya finalidad era forzar una abdicación a favor de algún otro Romanov capaz de apaciguar a la Duma. Los historiadores difieren ampliamente acerca de estas conspiraciones, considerándolas algunos actos iniciales de la Revolución de Febrero, y otros nada más que chismorreos estúpidos. Probablemente ninguna de las versiones es cierta. Porque incluso si los conspiradores hubieran sido serios en sus intenciones, y hubieran tenido éxito a la hora de llevarlas a cabo, apenas podrían esperar retener el poder durante el tiempo suficiente antes de ser barridos por la revolución en las calles.[61]

La única conspiración que tuvo éxito fue el asesinato de Rasputin. Se habían realizado varios esfuerzos para librarse de él con anterioridad. Jvostov había intentado que su antiguo patrón fuera asesinado después de ser destituido como ministro del Interior en enero de 1916. Trepov le había ofrecido doscientos mil rublos en efectivo para regresar a Siberia y mantenerse al margen de la política. Pero la zarina había malogrado ambos planes y, como resultado, el prestigio de Rasputin en la corte había crecido aún más. Fue precisamente éste el detonante que por fin persuadió a un poderoso grupo de conspiradores en la periferia de la corte para asesinar a Rasputin. La figura central de la conspiración fue el príncipe Felix Yusupov, un graduado de Oxford de veintinueve años, hijo de la mujer más rica de Rusia y, aunque homosexual, recién casado con la gran duquesa Irina Alexandrovna, hija de la hermana favorita del zar. Otros dos homosexuales de la corte de los Romanov, el gran duque Dmitri Pavlovich (un sobrino favorito del zar) y el gran duque Nicolás Mijailovich también estaban implicados. Rasputin se había ido relacionando de manera creciente con los círculos homosexuales de la alta aristocracia. Le gustaba «yacer» con hombres tanto como con mujeres. Yusupov se había acercado a él después de su boda con la esperanza de que podría «curarle» de su «enfermedad» sexual. Pero en lugar de eso Rasputin había intentado seducirle. Yusupov se volvió violentamente

contra él y, con el gran duque Dmitri y Nicolás, planeó su caída. Junto con su propia venganza homosexual (y quizá para ocultarla) tenían graves preocupaciones políticas, que anunciaron al dirigente derechista de la Duma y evidente crítico de Rasputin, V. M. Purishkevich, quien se les unió en la conjura. Se sentían ofendidos por la influencia que Rasputin tenía sobre el zar y por los rumores de que a causa de esto Rusia firmaría una paz por separado con Alemania. Se comprometieron a «eliminar» a Rasputin y a confinar a la zarina en un sanatorio mental, creyendo ingenuamente que una vez que el zar se viera libre de su influencia, recuperaría el sentido común y se convertiría en un buen rey constitucional.

Los tres conspiradores planearon llevar a Rasputin al palacio de Yusupov, situado a la orilla del río, con el pretexto de que se encontrara con su bella esposa, la gran duquesa Irina. Allí lo envenenarían y arrojarían su cuerpo al Neva, de manera que se le diera por desaparecido en lugar de por muerto. Los conspiradores no fueron precisamente discretos: la mitad de los periodistas de Petrogrado parecen haber conocido todos los detalles del asesinato días antes de que tuviera lugar. Resulta francamente milagroso que, a pesar de la inmunidad de investigación policial con que contaban los conspiradores, no se hiciera nada para impedirles llevar a cabo sus propósitos.

El día fatal, el 16 de diciembre, Rasputin recibió una advertencia explícita de no acudir al palacio de Yusupov. Parece haber presentido su destino, porque pasó la mayor parte del día destruyendo correspondencia, depositando dinero en la cuenta de su hija y rezando. Pero los atractivos mundanos de la gran duquesa Irina eran excesivos para que él pudiera resistirse. Poco después de la medianoche llegó en el automóvil de Yusupov oliendo a jabón barato, engominado y vestido con su ropa más seductora: pantalones de terciopelo negro, rechinantes botas de cuero y una blusa de seda blanca con un cinturón de satén dorado que le había regalado la zarina. Yusupov mostró a su invitado un salón en un sótano, asegurando que su esposa todavía estaba atendiendo a los invitados en la parte principal del palacio y que se uniría a ellos más adelante. Rasputin bebió varios vasos envenenados de su madeira dulce favorito y tomó unos pastelillos con cianuro. Pero después de una hora nada había hecho efecto, y Yusupov, agotada la paciencia, adoptó medidas desesperadas. Tras sacar una pistola Browning de su escritorio, en el piso de arriba, volvió a unirse a la fiesta en el sótano, invitó a Rasputin a mirar un crucifijo de cristal que había en una cómoda y, cuando el «hombre santo» se inclinó para hacerlo, le disparó en el

costado. Con un grito salvaje, Rasputin se desplomó en el suelo. Los conspiradores supusieron que estaba muerto y salieron para coger su abrigo. Pero mientras tanto recuperó el conocimiento y se dirigió hacia una puerta lateral que conducía a un patio, y de allí hacia el dique del río. Purishkevich lo encontró en el patio, arrastrándose a través de la nieve en dirección hacia la puerta de salida, gritando: «Felix, Felix, le contaré todo a la zarina». Purishkevich disparó y falló dos veces. Pero dos tiros más derribaron a su víctima y, para asegurarse de que estaba muerto, Purishkevich le golpeó en la sien. Arrastrado con cadenas de hierro, el cadáver de Rasputin fue llevado hasta un lugar remoto de la ciudad y arrojado al Neva, donde finalmente apareció el 18 de diciembre. Durante varios días, muchas mujeres se reunieron en el lugar parar sacar el «agua bendita» del río santificado por el cuerpo de Rasputin.[62]

Las noticias del asesinato de Rasputin fueron recibidas con alegría en los círculos aristocráticos. El gran duque Dmitri recibió una ovación en pie cuando apareció en el Teatro Mijailovsky la noche del 17 de diciembre. La hermana de la zarina, la gran duquesa Elisaveta, escribió a la madre de Yusupov ofreciendo oraciones en acción de gracias por el «acto patriótico llevado a cabo por su querido hijo». Ella y otros quince miembros de la familia imperial suplicaron al zar que no castigara a Dmitri. Pero Nicolás rechazó su petición, replicando que «nadie tiene derecho a intervenir en un asesinato».[63] Dmitri fue desterrado a Persia. Siguiendo órdenes especiales del zar, no se permitió a nadie que le despidiera en la estación, y la gran duquesa María Pavlovna fue puesta bajo arresto domiciliario por intentar hacerlo.

En contra de las intenciones de los conspiradores, la muerte de Rasputin acercó todavía más a Nicolás a su esposa, devorada por la pena. Estaba más determinado que nunca a resistir frente a todos los abogados de la reforma. Incluso expulsó de Petrogrado a cuatro grandes duques disidentes. A medida que la Revolución se iba acercando, se retiró cada vez más a la vida familiar en Tsarskoe Selo, cortando todos los lazos con el mundo exterior e incluso con el resto de la corte. No se produjo el intercambio tradicional de regalos entre la pareja imperial y los Romanov en las últimas Navidades de la dinastía de 1916.

El cuerpo embalsamado de Rasputin finalmente fue enterrado en el exterior del palacio en Tsarskoe Selo en un gélido día de enero de 1917. Después de la Revolución de Febrero un grupo de soldados exhumaron la tumba, metieron el cadáver en una caja de piano y se lo llevaron a un claro del bosque de Pargolovo, donde lo rociaron con queroseno y lo quemaron en lo alto de una pira. Sus

cenizas fueron esparcidas al viento.

III De las trincheras a las barricadas

El barco de Trotsky entró en el puerto de Nueva York una noche de domingo fría y lluviosa de enero de 1917. Había sido una travesía terrible, diecisiete días de tormenta en un pequeño barco de vapor procedente de España, y el dirigente revolucionario parecía ojeroso y cansado cuando desembarcó en el muelle ante la multitud de camaradas y periodistas que lo estaba esperando. Estaba deprimido. Expulsado de Francia, su hogar de adopción desde 1914, por activismo pacifista, sentía que «las puertas de Europa» habían sido finalmente «cerradas detrás de él» y que, como sus compañeros de pasaje a bordo del *Montserrat*, un desagradable puñado de desertores, aventureros e indeseables obligados a marchar al exilio, nunca regresaría. «Ésta es la última vez —escribió en Nochevieja mientras navegaban ante Gibraltar— que dirijo la vista sobre esa vieja y *canaille* Europa.»[64]

Fue un indicio de la frustración del partido que tres de los principales social-demócratas (Trotsky, Bujarin y la Kollontai) se encontraran en Nueva York, a ocho mil kilómetros de Rusia, en vísperas de la revolución de 1917. Nikolai Bujarin había llegado procedente de Oslo durante el otoño anterior y aceptado el trabajo de editor de *Novyi Mir* (Nuevo Mundo), el principal diario socialista de emigrantes rusos. A los veintinueve años ya se le consideraba un importante teórico bolchevique y había discutido con Lenin sobre varios aspectos relevantes de la ideología del partido antes de abandonar Europa con la acusación de que «Lenin no puede tolerar a ninguna otra persona que tenga cerebro». Bajo y ligero, con un rostro juvenil y simpático y una fina barba roja, esperaba a Trotsky en el muelle. A diferencia del dogmático Lenin, que había insultado al menchevique izquierdista, estaba dispuesto a incluir a Trotsky en una amplia campaña socialista contra la guerra. Había conocido ligeramente a los Trotsky en Viena y compartía su amor por la cultura europea. Los saludó con un gran abrazo e inmediatamente comenzó a hablarles, como recordó la esposa de Trotsky, «acerca de una biblioteca pública que permanecía abierta hasta altas horas de la noche, y propuso mostrárnosla inmediatamente». Aunque era tarde y

los Trotsky estaban muy cansados, se vieron arrastrados a través de la ciudad «para admirar su gran descubrimiento».[65] Así comenzó la estrecha pero finalmente trágica amistad entre Trotsky y Bujarin.

Trotsky vio menos a Alejandra Kollontai. Ésta pasó buena parte de su tiempo en la ciudad de Paterson, en Nueva Jersey, donde su hijo se había establecido para evitar el reclutamiento militar. Éste era su segundo viaje a Estados Unidos. El año anterior había recorrido el país haciendo proselitismo de los puntos de vista de Lenin acerca de la guerra. Mujer entusiasta y emotiva, inclinada a enamorarse de muchachos jóvenes e ideas utópicas, se había sumergido en la causa bolchevique con todo el fanatismo del converso reciente. «Nada era suficientemente revolucionario para ella», recordó un Trotsky todavía amargado catorce años más tarde al denunciarla, en una carta a Lenin, de vagabunda de la guerra.[66] Trotsky estaba más cerca de los bolcheviques de lo que Kollontai querría, y los motivos para su progresión hacia la izquierda desde los mencheviques eran similares a los de ella.

Al igual que muchos de los revolucionarios exiliados, Trotsky y Kollontai se vieron arrastrados por su compromiso con el socialismo internacional. Al hablar con fluidez en varias lenguas europeas y estar enraizados en la cultura clásica, se veían a sí mismos menos como rusos (Kollontai era medio finlandesa, medio ucraniana, mientras que Trotsky era judío) que como camaradas de la causa internacional. Se sentían igualmente en casa en el Museo Británico, en la Biblioteca Nacional de París o en los cafés de Viena, Zúrich y Berlín, que cuando estaban en las células clandestinas revolucionarias de San Petersburgo. La Revolución rusa no era para ellos más que una parte de la lucha internacional contra el capitalismo. Alemania, el hogar de Marx y Engels, era el centro intelectual de su mundo. «Para nosotros —señaló Trotsky—, la socialdemocracia alemana era la madre, la maestra y el ejemplo vivo. La idealizábamos desde la distancia. Los nombres de Bebel y de Kautsky eran pronunciados con reverencia.»[67]

Pero el hechizo alemán se había roto abruptamente en agosto de 1914. Los socialdemócratas se agruparon en torno al káiser defendiendo el esfuerzo bélico. Para los dirigentes de la Revolución rusa, discípulos de la tradición marxista europea, la «traición de los alemanes» fue, como señaló Bujarin, «la mayor tragedia de nuestras vidas». Lenin, que entonces estaba en Suiza, había estado tan convencido del compromiso de los camaradas alemanes con la causa internacional que al principio había rechazado los informes de prensa que

hablaban de su apoyo a la guerra como parte de un complot alemán para engañar a los socialistas en el extranjero. Trotsky, que había escuchado las noticias mientras se dirigía a Zúrich, fue presa de una conmoción mayor «que la provocada por la declaración de guerra». Por lo que se refiere a Kollontai, estuvo presente en el Reichstag y fue testigo de cómo sus héroes aprobaban el presupuesto militar alemán. Contempló incrédulamente cómo se ponían en pie uno a uno, algunos de ellos incluso ataviados con los uniformes militares, para declarar su lealtad a la patria. «No podía creerlo —escribió en su diario esa tarde —; estaba convencida de que o todos se habían vuelto locos, o que yo había enloquecido.» Después de que fuese pronunciado el voto fatal, salió corriendo consternada al vestíbulo, sólo para ser abordada por uno de los diputados socialistas que airadamente le preguntó qué hacía un ruso dentro del edificio del Reichstag. Repentinamente comprendió que la antigua solidaridad de la Internacional había quedado enterrada, que la causa socialista se había perdido en el nacionalismo, y «me pareció —anotó en su diario— que todo se había perdido».[68]

No se trataba sólo de que sus camaradas europeos hubieran abandonado la causa internacional. La mayoría de los socialistas rusos también se habían sumado al grito de la patria. El Partido Menchevique, hogar y escuela tanto de Trotsky como de Kollontai, se dividió entre una amplia mayoría defensista, dirigida por el anciano Plejanov, que apoyaba el esfuerzo de guerra del zar aduciendo que Rusia tenía derecho a defenderse contra un agresor extranjero, y una pequeña minoría internacionalista, dirigida por Martov, que favorecía una campaña en favor de una paz democrática. El partido eserista se dividió de manera similar, con los defensistas colocando la victoria militar aliada por delante de la revolución y los internacionalistas abogando por la revolución como la única manera de acabar con lo que ellos consideraban una guerra imperialista en la cual todos los beligerantes tenían que ser culpados por igual. Estas divisiones iban a colapsar a ambos partidos durante las luchas cruciales por el poder en 1917. Una diferencia fundamental de cosmovisión entre quienes, por un lado, reconocían la legitimidad de los Estados nacionales y lo inevitable del conflicto entre ellos, y quienes, por otro, situaban las divisiones de clases por encima de los intereses nacionales. Los sentimientos en torno a esta cuestión central se exacerbaron. Gorky, por ejemplo, que se consideraba un ardiente internacionalista, rompió toda relación con su hijo adoptado, Zinovy Peshkov, cuando éste se presentó voluntario en la Legión Extranjera francesa. Gorky

incluso se negó a escribirle cuando recibió una herida en la mano mientras dirigía un ataque contra las posiciones alemanas durante su primera batalla.[62*] Para los patriotas, la oposición de los internacionalistas a la guerra parecía peligrosamente cercana al hecho de ayudar al enemigo. Para los internacionalistas, el llamamiento de los patriotas a las armas equivalía a adoptar el lema: «¡Proletarios de todo el mundo, agarraos por el cuello!».[69]

Los bolcheviques fueron el único partido socialista que permaneció generalmente unido en su oposición a la guerra, aunque también tuvieron a sus propios defensistas durante los primeros días, antes de que Lenin impusiera sus puntos de vista. Su oposición a la guerra no admitía compromiso. A diferencia de los mencheviques y de los internacionalistas eseristas, que intentaban concluir la guerra mediante una manifestación y una negociación pacíficas, Lenin llamaba a los trabajadores del mundo para que usaran sus armas contra sus propios gobiernos, para que acabaran la guerra convirtiéndola en una serie de guerras civiles, o revoluciones, a lo largo de toda Europa. Iba a ser una «guerra contra la guerra».

Para Trotsky y Kollontai, que consideraban la Revolución rusa como parte de una lucha de ámbito europeo contra el imperialismo, existía una lógica de hierro en el centro del lema leninista que apelaba crecientemente a su propio internacionalismo menchevique izquierdista. Para empezar, en el primer año de la guerra, los dos tenían dudas similares acerca del dirigente bolchevique. Mientras que Lenin había sostenido que la derrota de Rusia sería un «mal menor» que el de la más avanzada Alemania, se opusieron a toda idea de vencedores y perdedores militares. La disputa, aunque menor en sí misma, se relacionaba con una diferencia más amplia de opinión. Lenin había llegado recientemente a subrayar el potencial revolucionario de los movimientos nacionalistas dentro de los sistemas coloniales, y sostenía que la derrota de Rusia ayudaría a provocar el colapso del Imperio zarista. Pero Trotsky y Kollontai (como Bujarin, dicho sea de paso) creían que la nación Estado pronto se convertiría en algo del pasado, y le negaban por lo tanto fuerza revolucionaria. Tampoco podían comprometerse a abrazar el llamamiento leninista a favor de una «guerra contra la guerra». Preferían los lemas pacifistas de sus antiguos amigos y aliados entre los internacionalistas mencheviques. Ni Trotsky ni Kollontai estaban dispuestos a romper sus relaciones con los mencheviques, cuyas dudas acerca del rígido dogma leninista sobre la organización del partido seguían compartiendo. Y mientras que era cierto que ambos se estaban

desplazando hacia los bolcheviques, todavía abrigaban esperanzas de reunir a las dos alas del partido socialdemócrata mediante una amplia campaña de paz.

Trotsky se había unido a Martov en París en noviembre de 1914 y colaboró con él en *Nashe Slovo* (Nuestra Palabra), sin duda el órgano pacifista más brillante de Europa. Representó sus puntos de vista en la Conferencia de Zimmerwald en septiembre de 1915, una reunión secreta de treinta y ocho internacionalistas procedentes de varios países, en un diminuto pueblo montañoso situado a las afueras de Berna. Su emotivo manifiesto contra la guerra, aprobado en oposición a la resolución leninista sobre la guerra civil, fue redactado por el mismo Trotsky:

> ¡Trabajadores y trabajadoras! ¡Madres y padres! ¡Viudas y huérfanos! ¡Heridos e inválidos! A todos aquellos que están sufriendo la guerra o las consecuencias de la guerra, les gritamos, por encima de las fronteras, por encima de los humeantes campos de batalla, por encima de las ciudades y los caseríos devastados: «¡PROLETARIOS DE TODO EL MUNDO, UNÍOS!».[70]

Por esta época, Kollontai ya había unido su suerte a la de Lenin. Su asunto amoroso con Alexander Shliapnikov, un atractivo obrero bolchevique doce años menor que ella, sin duda tuvo algo que ver con esto. Éste se había unido con ella en Estocolmo en otoño de 1914 y ambos pasaron el resto de los años de guerra vagabundeando por Rusia en favor de Lenin. Sin embargo, no fue tanto este romance como su propio compromiso emocional con la causa de la Internacional y con la idea de finalizar la guerra a cualquier coste lo que la situó bajo el hechizo de Lenin. La influencia opresiva de la guerra era omnipresente. Parecía que estaba arrastrando a la civilización al borde del abismo. «Se derrama tanta sangre, se cometen tantos crímenes cada día, cada hora», escribió en su diario en Navidad de 1915:

> Y la guerra lo gobierna todo. Invisible, decide el destino de cada uno de nosotros. Ante ella la voluntad individual carece de poder. Fue precisamente este sentimiento de impotencia frente a la guerra, el sentimiento de la guerra como una fuerza que no se puede detener, lo que se había apoderado de mí desde los primeros días, cuando todavía estaba en Berlín.

Para Kollontai, sólo la exhortación leninista en favor de un levantamiento armado parecía susceptible de acabar con la guerra. Sólo éste tenía la perspectiva de restaurar el poder de la voluntad humana y de la acción sobre las fuerzas objetivas. «No se trata sólo de "análisis" —escribió sobre las *Tesis* de Lenin acerca de la guerra en su diario—. Esto es *acción.* Esto es un programa político... Que las barricadas contesten a la guerra.»[71]

A Trotsky, también la importancia que Lenin otorgaba al poder de la voluntad y la acción proletarias le acercó gradualmente a los bolcheviques. Progresivamente le pareció que su antiguo amigo y maestro Martov y los otros internacionalistas mencheviques habían quedado atrapados en su propio análisis de las condiciones objetivas, que en esa época estaban actuando todas en contra de la revolución, y que habían así ignorado la posibilidad de cultivar la voluntad revolucionaria (el lado «subjetivo») para vencerlas. Gracias al estudio excesivo, los mencheviques se habían convertido en prisioneros de su propio determinismo social. Sus lemas revolucionarios corrían el peligro de convertirse en papel mojado. Lo que se requería era acción, una «revolución proletaria» en toda Europa que acabara con la guerra. Martov había aceptado empezar con esto, elevando las esperanzas de Trotsky respecto a una amplia campaña pacifista para reunir a los mencheviques de izquierdas con el Partido Bolchevique. Sin embargo, en el otoño de 1915, cuando los defensistas mencheviques se unieron a la campaña de guerra, Martov ya se había retirado del llamamiento a las armas y adoptado unos puntos de vista más pasivos y pacifistas en armonía con el resto de su partido. Trotsky no tenía ningún lugar hacia donde ir salvo a la izquierda. No fue, como pretendió más tarde, una transición directa. Todavía abrigaba dudas típicamente mencheviques acerca del centralismo y el extremismo estrictos de Lenin. Hasta julio de 1917 no se unió finalmente al Partido Bolchevique, y sólo entonces, como señaló, porque los bolcheviques «se estaban haciendo menos bolcheviques». Sin embargo, él se estaba desplazando lentamente hacia los bolcheviques y rodeándose de futuros dirigentes bolcheviques. Los principales colaboradores de *Nashe slovo,* con la excepción de Martov, iban a unirse a Lenin durante 1917. Algunos se convirtieron en comisarios del primer Gobierno soviético, tales como Kollontai (Seguridad Social), Anatoli Lunacharsky (Educación), Vladimir Antonov-Ovseenko (Asuntos Militares) y el propio Trotsky (Asuntos Exteriores).[72] Por esta razón, el viaje a Nueva York de 1917 y la colaboración con Bujarin y Kollontai constituyó un importante jalón en el desplazamiento de Trotsky hacia la izquierda. Alquiló

un apartamento de tres habitaciones en el Bronx, que, aunque barato de acuerdo con los baremos americanos, le proporcionó los desacostumbrados lujos de la luz eléctrica, de un conducto para la basura y teléfono. Más tarde circularon leyendas de que Trotsky había trabajado en Nueva York como lavaplatos, como sastre e incluso como actor. Pero, de hecho, se ganaba la vida con el periodismo en el seno de la comunidad de emigrados y dando conferencias (en inglés y alemán) en salones medio vacíos sobre la necesidad de la revolución mundial. Comía exquisiteces judías y se hizo impopular con los camareros al negarse a darles propinas alegando que era una injuria para su dignidad. Compró algunos muebles siguiendo un plan para instalarse, y quedaron doscientos dólares sin pagar cuando la familia salió para Rusia en primavera. Para la época en que la compañía de crédito lo localizó, Trotsky se había convertido en ministro de Asuntos Exteriores del mayor país del mundo.[73]

Existía una división fundamental en el seno de los dirigentes bolcheviques, apenas señalada por los historiadores, entre quienes pasaron los años de la guerra en el extranjero y quienes la vivieron en Rusia. Los exiliados (por ejemplo, Trotsky, Lunacharsky, Bujarin y Kollontai) tendieron a ser más internacionales y cosmopolitas en sus puntos de vista. Enraizados en la cultura europea, también conocían el atraso relativo de Rusia. Muchos de ellos habían sido en el pasado mencheviques, de manera que comprendían bien los problemas teóricos de intentar introducir el socialismo en Rusia sin una revolución simultánea en los países más avanzados de occidente. Por el contrario, los bolcheviques que habían permanecido en Rusia durante la guerra (por ejemplo, Stalin y Dzerzhinsky) tendieron a adoptar un punto de vista más estrecho. Muchos de ellos procedían de ambientes no relacionados con la *intelligentsia*, y pocos tenían algún conocimiento de Europa, de su cultura o de sus lenguas. Tras haber pasado la guerra en organizaciones clandestinas, en las prisiones o en el destierro siberiano, tendieron a salir de allí con una mentalidad de bastión, de batalla dirigida hacia el partido, el país y sus relaciones con el mundo exterior. Muchos de ellos abrigaban actitudes xenófobas, de las cuales las menores no eran las dirigidas contra los judíos intelectuales del partido (especialmente Trotsky). Después de febrero de 1917 muchos de ellos dejaron implícito en sus discursos que los exiliados bolcheviques que regresaban (aunque esto no incluía a Lenin) habían sido menos que patriotas durante la guerra. Ahí, en el choque entre (si se

quiere) los «nativistas» y los «cosmopolitas», radicaban las diferencias de las luchas ideológicas del partido durante la década de los veinte entre «el socialismo en un solo país» y «la revolución mundial». No es ninguna coincidencia que todos los principales aliados de Stalin en su ascenso al poder (Molotov, Voroshilov, Kaganovich, Kalinin, Kirov, Kuibyshev y Ordzhonikidze) hubieran pasado los años de guerra en la misma Rusia; ni que la mayoría de sus víctimas en el partido (Trotsky, Bujarin, Zinoviev, Antonov-Ovseenko) los hubieran pasado en el extranjero.

Mientras que los exiliados revolucionarios debatían ideología, sus camaradas en la patria se ocupaban de problemas más prácticos. Los arrestos, las deportaciones y el exilio habían colapsado al Partido Bolchevique en Rusia (al igual que a las organizaciones clandestinas de los mencheviques y los eseristas). Huérfanos de dirigentes, y con su periódico *(Pravda)* clausurado, las organizaciones bolcheviques tenían poco que les sirviera de guía. Shliapnikov mantuvo su última reducida línea de comunicación con Lenin, introduciendo de contrabando propaganda en Rusia dentro de las suelas de sus zapatos. Era como regresar a las prácticas conspiratorias anteriores a 1905. Los bolcheviques de Petrogrado sólo llegaban a algo más de quinientos miembros después de los arrestos masivos de otoño de 1914. Las redes provinciales sólo tenían un puñado de miembros en cada caso. La mayor debilidad del partido era su escasez de capacidad intelectual: según Shliapnikov, no había nadie en la capital capaz de escribir siquiera un panfleto. Pero también estaba el preocupante problema del apoyo decreciente de los obreros, en términos morales y financieros, en buena medida resultado de la vigilancia y el acoso policial. Los sindicatos y las sociedades educativas fueron declaradas fuera de la ley y los obreros militantes enviados al Ejército. El arresto de los cinco diputados bolcheviques de la Duma en noviembre de 1914 y su juicio por sedición durante el siguiente mes de febrero provocaron pocas protestas entre los obreros. Algunos sin duda habían sucumbido al estado de ánimo de patriotismo dominante. Pero la mayoría temía ser despedido o, peor, ser encarcelado, si se unía a los dos mil huelguistas que se manifestaron en apoyo de los diputados. Era, después de todo, la época en que los grupos de los Cien Negros recibían estímulos de la policía para recorrer los barrios obreros cantando «Dios salve al zar» y golpeando a cualquiera que no llegara a quitarse el sombrero.[74]

Sin embargo, cuando la guerra avanzó y se agudizó la crisis económica, la mayoría de los obreros se inclinó hacia la izquierda militante, reasumiendo el

modelo de protestas laborales iniciado en 1912-1914. No se trataba tanto de una crisis de decadencia y estancamiento económico como de un crecimiento inflacionista terrible. La guerra fue testigo de un auge industrial, principalmente de abastecimiento para el Ejército. El número de obreros ferroviarios aumentó en medio millón, la industria de la construcción creció en una tercera parte, y un millón de los campesinos más pobres, la mayoría mujeres y jóvenes, entraron en las fábricas, donde trabajaban en las cadenas de montaje mecanizadas por salarios más reducidos y durante más horas que los trabajadores más antiguos y especializados. Para pagar las inmensas demandas de la guerra, el Gobierno imprimió rublos: la moneda circulante se multiplicó por ocho entre 1914 y 1917. La explosión resultante de la demanda de consumo superó con mucho el suministro decreciente de bienes de consumo, en la medida en que la producción manufacturera se encaminó hacia las necesidades de guerra. Los trabajadores tenían demasiado dinero en los bolsillos y no había bastante en lo que gastarlo, de manera que los precios se dispararon. La prohibición de la venta de vodka (un monopolio gubernamental que había absorbido aproximadamente el 10 por ciento de los ingresos de los obreros antes de 1914) sólo empeoró este excedente monetario (lo que denominamos inflación). Los hábitos de bebida de los rusos eran tales que provocaron todo tipo de males sociales, como beber agua de colonia, alcohol metílico, bálsamos, barnices, alcohol destilado ilegalmente en el mercado negro *(samogoon)* y el famoso licor llamado *janja*, hecho y vendido por obreros chinos, que mató a centenares de personas.[75] La prohibición del vodka se convirtió en una importante fuente de protesta popular contra el Gobierno y de resentimiento contra la gente acomodada, puesto que los vinos y los licores caros no estaban prohibidos. En cualquier caso, al sopesar las pequeñas ganancias en sobriedad con las pérdidas mayores en ingresos, controles sobre la inflación, salud pública y autoridad política, la prohibición del vodka fue un desastre, que en no pequeña medida contribuyó al derrocamiento del antiguo régimen.

Pero el problema básico era la creciente incapacidad de los obreros para convertir sus salarios monetarios en comida. Era una chocante paradoja que antes de la guerra Rusia hubiera exportado grano y hubiera sido capaz de alimentar a su población urbana, y que durante la guerra, cuando todas las exportaciones quedaron suspendidas, ni siquiera podía conseguir esto último. No era tanto un problema de producción agrícola como de distribución e intercambio. En parte se debía al trastorno crónico del transporte. Mientras que

los ferrocarriles estaban destinados a ir de este a oeste para entregar suministros al Ejército, los alimentos destinados a los centros industriales importantes viajaban de sur a norte y, como el Ejército siempre llegaba antes, a menudo terminaban pudriéndose al lado de las líneas férreas a la espera de una locomotora que los llevara a Moscú o a Petrogrado. La otra parte del problema se relacionaba con el desplazamiento de las explotaciones agrícolas comerciales a las campesinas. Las grandes posesiones y las explotaciones agrícolas comerciales se vieron duramente afectadas por la guerra. La movilización de los soldados les supuso una escasez de mano de obra asalariada, mientras que el desplazamiento industrial hacia la producción de municiones les supuso una escasez de herramientas y máquinas. En conjunto, la producción agrícola no se redujo, pero enormes extensiones de tierra de cultivo fueron alquiladas a campesinos acaudalados, que se vieron menos afectados por la escasez de mano de obra (el Ejército, en conjunto, se llevó sólo a la población campesina excedente) y que generalmente fabricaban sus propias herramientas. Así, por ejemplo, las posesiones privadas de la zona agrícola central redujeron su área productiva de veintiún millones de *desyatini* a siete entre 1913 y 1916, mientras que las explotaciones agrícolas campesinas de la región aumentaron la suya de cuarenta y siete a sesenta y cuatro millones de *desyatini*. Durante varios años antes de la revolución agraria de 1917 y 1918, ya se estaba produciendo la decadencia de las posesiones de la nobleza terrateniente y su reemplazo por las explotaciones agrarias campesinas.

Este desplazamiento hacia el sector de los pequeños terratenientes provocó una decadencia en la tasa general de grano almacenado, puesto que la mayoría de los campesinos producía para cubrir las necesidades de sus propias explotaciones agrícolas familiares y por lo general no vendían más que una pequeña proporción de sus cosechas. La creciente escasez de bienes de consumo en el campo y sus precios sometidos a la inflación estimularon todavía más estas tendencias autárquicas. De 1913 a 1915 la parte de grano campesino vendido en el mercado se redujo del 16 por ciento al 9 por ciento. Con cada vez menos cosas que comprar con su dinero, los campesinos se desplazaron progresivamente de las cosechas que podían ser comercializadas (trigo, cebada y remolacha azucarera) a las cosechas de subsistencia (centeno, avena y patatas). Comían más, alimentaban mejor a su ganado, llenaban sus graneros y convertían su grano en vodka antes que venderlo en el mercado para obtener unos beneficios que cada vez se reducían más. Algunos pequeños propietarios también

encaminaron su producción hacia su propia artesanía doméstica (lana, piel y algodón), convirtiéndose así en casi autosuficientes. Para muchos campesinos, la vida nunca había sido tan buena como lo fue durante el punto álgido de la guerra. Incluso sus vacas estaban mejor alimentadas que muchos de los obreros de la ciudad.[76]

En agosto de 1915 el Gobierno, preocupado por los crecientes problemas de suministro alimentario en las ciudades, estableció un Consejo Especial con extensos poderes para comprar grano a precio fijo mediante agentes locales. Pero el intento de controlar el mercado sólo desanimó más a los campesinos para que vendieran su grano: los precios de las manufacturas no sujetos a regulación crecieron mucho más deprisa que los precios fijos de los alimentos. Fue la denominada «crisis de las tijeras». En los mercados de Moscú, por ejemplo, el precio del centeno subió un 47 por ciento en los dos primeros años de la guerra, mientras que el precio de un par de botas aumentó un 334 por ciento, y el precio de una caja de cerillas, tanto como un 500 por ciento.[77] Se produjo una guerra económica al retirar los campesinos su producción de alimentos del mercado y al recurrir el Gobierno a medidas crecientemente coactivas en un esfuerzo para arrancarles suministros. En noviembre de 1916, con los suministros alimenticios del Ejército y de las ciudades en un nivel crítico, el Gobierno introdujo finalmente un sistema de requisa obligatoria similar al del Gobierno provisional. Pero lejos de articular un estado de terror masivo, como hicieron los bolcheviques con su «dictadura de los alimentos», demostró que era imposible arrancar el grano a los campesinos. Sólo la gente que comerciaba en el mercado negro (que podían poner las manos en los escasos bienes) y los soldados (que podían traficar con sus capotes y botas militares) consiguieron persuadir a los campesinos para que abrieran los graneros.

Desde el otoño de 1915 las ciudades del norte comenzaron a experimentar una creciente escasez de alimentos. Aparecieron largas colas en el exterior de las tahonas y de las carnicerías. Después de una jornada de diez horas en las fábricas, las mujeres se llevaban taburetes y bancos para esperar en la cola para recibir cantidades miserablemente pequeñas de pan o de azúcar. Durante el otoño siguiente se llevaban la cama para dormir fuera de los almacenes de alimentos, a menudo porque, con tantas tiendas locales cerradas por falta de provisiones, no tenían tiempo para cruzar la ciudad y regresar a casa en una noche. En vísperas de 1917 la trabajadora promedio de Petrogrado pasaba probablemente cuarenta horas a la semana esperando en distintas colas para conseguir provisiones.[78] Las

colas del pan, en particular, se convirtieron en una especie de foro o club político donde se intercambiaban rumores, información y puntos de vista. Fue en estas colas donde las calles comenzaron a organizarse para la revolución venidera. La Revolución de Febrero nació en la cola del pan. Comenzó cuando un grupo de trabajadoras del ramo textil, en el lado de Vyborg, en Petrogrado, se impacientó esperando en la cola y fue a unirse a sus compañeros de las fábricas metalúrgicas cercanas para llevar a cabo una manifestación de protesta en el centro de la ciudad.

La crisis económica tuvo su efecto más negativo en los peor pagados. Los obreros metalúrgicos especializados, de los que había una gran demanda en las fábricas de municiones, disfrutaron un aumento promedio del 30 por ciento de sus salarios reales hasta 1916. Pero los trabajadores no especializados y los funcionarios menores con salario fijo, tales como los maestros, los conserjes y los policías, descubrieron que sus salarios cada vez se quedaban más atrás en relación con los crecientes costes de la alimentación y la vivienda. Entre 1914 y 1916 el consumo de calorías de los trabajadores no especializados cayó en una cuarta parte, la mortalidad infantil se duplicó, las tasas de criminalidad se triplicaron y el número de prostitutas aumentó entre cuatro y cinco veces. Desde Petrogrado, donde había estado viviendo desde el inicio de la guerra, Gorky escribió a Ekaterina en noviembre de 1915:

> Pronto tendremos una hambruna. Te aconsejo que compres diez libras de pan y lo escondas. En los suburbios de Petrogrado se pueden ver mujeres bien vestidas mendigando en las calles. Hace mucho frío. La gente no tiene nada con lo que encender sus estufas. Aquí y allá, por la noche, destrozan las verjas de madera. ¡Hay que ver lo que ha sucedido con el siglo XX! ¡Lo que ha sucedido con la civilización! El número de niñas prostitutas es sobrecogedor. Cuando por la noche vas hacia algún sitio, las ves vagabundeando por las aceras, como cucarachas, azules de frío y hambrientas. El último martes hablé con una de ellas. Le puse algún dinero en la mano y me apresuré a despedirme, llorando, en un estado tal de tristeza que me sentí como si me golpeara la cabeza contra una pared. ¡Oh, al infierno con todo! Vivir se ha convertido en algo muy duro.[79]

Después de un año de paz industrial, la guerra entre los obreros y el capital se reanudó en el verano de 1915 con una serie de huelgas. Inicialmente, eran en su mayor parte paros menores relacionados con el salario y las condiciones de trabajo. Pero gradualmente se convirtieron en huelgas políticas mayores, a

medida que los obreros llegaron a comprender que la única manera de acabar con su penuria económica era concluir la guerra y cambiar de Gobierno. Los principales aniversarios en el calendario revolucionario (el Domingo Sangriento, el 9 de enero; el

Día Internacional de la Mujer, el 23 de febrero, y el Día del Trabajo, el 18 de abril [1 de mayo]) se convirtieron en fechas fijas para las huelgas y las manifestaciones en todo el país. Usualmente comenzaron con peticiones de pan; pero siguieron hasta exigir una jornada de ocho horas, el final de la guerra y el derrocamiento del zar.

Los partidos revolucionarios representaron sólo un papel secundario en estas huelgas. Es cierto que algunas de las huelgas mayores y más militantes de 1916, en la nueva factoría Lessner en primavera, por ejemplo, se debieron en buena medida a la dirección del Partido Bolchevique, cuya organización estaba recuperando lentamente su fortaleza. Shliapnikov, que regresó a Rusia en otoño de 1916, estimó que el partido tenía diez mil miembros a inicios de 1917, con tres mil en el mismo Petrogrado. El piso de Gorky en la perspectiva Kronversky era un «punto central único» de la organización revolucionaria clandestina, y Shliapnikov lo visitaba diariamente para recoger las últimas informaciones. Sin embargo, los auténticos dirigentes de la huelga fueron los obreros, especializados y con alguna educación, de los comercios; jóvenes atrevidos que tenían veintitantos o treinta y tantos años, tales como Kanatchikov, aunque, a diferencia de él, la mayoría de ellos no pertenecían a ningún partido político. Aunque muchos habían visto cómo sus salarios reales se elevaban durante la guerra, lamentaban los enormes beneficios de guerra que estaban recibiendo sus patronos,[63*] y esto definió de manera creciente su sentimiento de solidaridad de clase con los obreros no especializados, muchos de ellos procedentes del campo, que los siguieron hacia la batalla industrial.[80] Ahí estaban los dirigentes de la multitud carentes de nombre durante los Días de Febrero en Petrogrado.

Hubo una época en que tales héroes de la clase obrera se habrían unido en torno a la convocatoria menchevique para sumarse al Grupo Obrero, un adjunto de los Comités de las Industrias de Guerra fundado en otoño de 1915. Su finalidad era concluir las huelgas concediendo a los representantes de los trabajadores una oportunidad para sentarse en torno a una mesa con sus patronos y expresar sus motivos de queja. Fue un producto perfecto de esa esperanza liberal democrática, todavía fresca en 1915, de que un frente amplio de todas las clases podría impulsar a la nación hacia la victoria y al Gobierno hacia la

reforma. Hubo, es verdad, un amplio número de obreros todavía proclives a intentar el camino de la conciliación, especialmente en las grandes fábricas estatales de municiones, donde la influencia menchevique seguía siendo fuerte. Pero en los demás sitios apenas la mitad de los obreros se molestaron en votar a los delegados de fábrica para el Grupo del Trabajo, aunque esto probablemente tuvo más que ver con su apatía general que con cualquier adhesión consciente a los llamados de los bolcheviques y de los eseristas a favor de un boicot de las elecciones. En cualquier caso, su falta de entusiasmo demostró estar justificada cuando el Grupo del Trabajo no llegó a conseguir ninguna de sus principales demandas (un congreso de los obreros nacionales y un sistema de juntas de conciliación para arbitrar los conflictos industriales) de un bloque dominante de patronos y burócratas que se apresuraban a alejarse de la idea de realizar concesiones en favor de la clase obrera. Con su política de conciliación desacreditada a los ojos de los obreros, que se volvieron crecientemente hacia las huelgas militantes, el Grupo del Trabajo se encontró a sí mismo atrapado en la creciente brecha existente entre los dos lados de la industria de guerra. Al no poder ya detener las huelgas, decidió unirse a ellas durante el otoño de 1916 con un lema que exigía un «Gobierno provisional revolucionario».[81]

El 17 de octubre, los obreros de las fábricas New Lessner y de la Renault rusa en la orilla de Vyborg, en Petrogrado, abandonaron sus herramientas y se lanzaron a las calles entonando canciones revolucionarias. Cuando se acercaron a los cuarteles cercanos del CLXXXI Regimiento de Infantería, la policía cargó contra ellos con sables y látigos. Los soldados, que habían estado observando y aclamando a los manifestantes a través de las verjas del cuartel, salieron a defenderlos, arrojando piedras y ladrillos a la policía, y sólo después de que un destacamento de entrenamiento de cosacos a caballo llegara a aquel lugar se restauró el orden. Las autoridades militares arrestaron a ciento treinta soldados y apartaron al regimiento amotinado de la capital. Pero al día siguiente más obreros se manifestaron en solidaridad, y el 19 de octubre setenta y cinco mil obreros de sesenta y tres fábricas de todas las partes de la ciudad se habían unido a la huelga política.[82]

Para el régimen zarista era una señal ominosa de lo reacio que era el Ejército a controlar la creciente rebelión en las calles. La guarnición de Petrogrado, más cercana a las fuentes de propaganda revolucionaria, se mostraba más reacia que la mayoría. Repleta de antiguos reservistas, la mayoría de ellos cabezas de familia, y de heridos evacuados del frente, quizá los dos mayores grupos

antibélicos de todo el Ejército, provocaba que la decisión del régimen de apoyarse casi exclusivamente en ella, en vísperas de una revolución, se considerase muy mal concebida. Las autoridades militares ciertamente no tenían idea de cuáles eran los sentimientos de los soldados. La policía secreta tenía agentes que informaban del estado de ánimo político de prácticamente toda institución civil, pero, increíblemente, no tenían ninguno en el Ejército, que quedó en manos del diminuto Departamento de Inteligencia Militar. El mayor general Jabalov, jefe del distrito militar de Petrogrado, aseguró a Protopopov que las tropas de la guarnición obedecerían todas las órdenes cuando se le preguntó acerca de su fiabilidad poco antes de la Revolución de Febrero. Incluso pasó por alto la recomendación del Ministerio del Interior de que algunas unidades poco dignas de confianza debían ser retiradas de la capital. Y, sin embargo, el coronel Engelhardt, un miembro octubrista de la Duma que iba a reemplazar pronto a Jabalov como comisario militar del Gobierno provisional, describió a los reservistas de la guarnición de Petrogrado como nada menos que «turbas armadas». Se asemejaban más «a un material inflamable que a un apoyo del régimen». El asunto de Rasputin, señaló Viktor Shklovsky, instructor de una de las divisiones acorazadas de la guarnición, había acabado de destrozar la lealtad que los soldados sentían hacia el zar. Despreciaban a la policía, a la que denominaban «los hombres de dos kopeck» *(semishniki)*, porque eso era lo que se creía que cobraban cada vez que arrestaban a un hombre, y todos contemplaban la revolución como «un hecho establecido que todos sabían que se produciría».[83]

La guarnición de Petrogrado no era la única parte del Ejército poco digna de confianza. En muchas unidades de los frentes del norte y del oeste, e incluso más todavía en las guarniciones militares de la retaguardia, la disciplina de las tropas se estaba relajando rápidamente. Los soldados se negaban de manera creciente a situarse en posiciones de ataque, confraternizaban con el enemigo y rechazaban la autoridad de sus oficiales, a los que, como campesinos deseosos de regresar a sus granjas, veían más claramente que nunca como sus antiguos enemigos de clase, los terratenientes vestidos de uniforme. Sólo en el frente suroccidental, a unos mil seiscientos kilómetros de la capital revolucionaria, había unidades militares enteras en las que podía apoyarse tranquilamente el régimen zarista. Pero incluso allí, Brusilov, el comandante del frente, recibía con regularidad cartas anónimas procedentes de sus hombres advirtiéndole de «que no deseaban luchar más, y que si la guerra no se concluía en breve, sería asesinado».[84]

Cuando entraron en el tercer invierno de la guerra (y con mucho, el más frío), la moral de los soldados experimentó un repentino giro a peor. Ya no se trataba de una crisis de suministro: si acaso, el suministro de ropa y de municiones había mejorado desde el último año gracias al incremento de la producción interior y a los pedidos del extranjero, aunque la situación de los alimentos seguía tan mala como siempre. Se trataba más bien de una crisis de autoridad, de profunda desesperación y agotamiento: los soldados no podrían ver el fin a la matanza mientras el presente régimen siguiera al mando. Un soldado escribía a su esposa en noviembre de 1916:

> Todos afirman que la guerra acabará pronto, que la deseada paz llegará, pero eso es sólo para mantener la moral elevada. La gente está tan cansada y deshecha, ha sufrido tanto que todo lo que pueden hacer es impedir que sus corazones se rompan y evitar perder la razón [...]. Quizá me equivoque, quizá no comprenda el estado de ánimo de los hombres y sólo tengo esta impresión porque yo mismo estoy cansado y en los últimos días he llegado a la conclusión de que puedo perder la razón en medio de todo este caos... Liulya, te he escrito todo esto para que puedas comprender el tipo de hombre al que amas.[85]

Tercera parte

RUSIA BAJO LA REVOLUCIÓN
(FEBRERO DE 1917-MARZO DE 1918)

8 Febrero glorioso

I El poder de las calles

Todo empezó con el pan. Durante varias semanas se estaban agotando las existencias de las panaderías de Petrogrado, especialmente en los distritos obreros, y empezaron a aparecer las largas colas para el pan. El problema no era la escasez. Según Balk, gobernador de la ciudad, había suficiente harina en los almacenes para alimentar a la población durante por lo menos una semana, cuando lo que empezó como una serie de disturbios motivados por esta situación se convirtió en una revolución. Es cierto que las tiendas no estaban llenas. Era el final del tercer invierno de la guerra y había un sentimiento generalizado de austeridad. Ya no se producían ni bollos ni pasteles, ni tartas ni galletas. Un inglés escribió a casa el 13 de febrero: «Las tiendas ya no tienen una gama tan completa de artículos y provisiones; los restaurantes ya no tienen los pasteles grandes y finos, debido a la escasez de azúcar». Además, fue el invierno más frío que Rusia había experimentado durante varios años. En Petrogrado, la temperatura media de febrero fue de quince grados bajo cero. «Hace tanto frío aquí como en Laponia», escribió Gorky a Ekaterina el día 4. Las heladas y ventiscas árticas habían parado literalmente el ferrocarril. Las fábricas cerraron. Miles de trabajadores despedidos deambulaban por las calles.[1]

Fue esto lo que convirtió el problema de los suministros en una crisis. Debido al colapso del transporte, Petrogrado se vio privado de suministros regulares de harina y combustible. Por falta de una u otra cosa, las panaderías se vieron, con frecuencia, obligadas a cerrar. Las mujeres hacían cola durante toda la noche por una barra de pan, sólo para recibir la noticia, a primera hora de la mañana, de que no habría pan a la venta ese día. Esta constante interrupción del suministro del pan, naturalmente, dio lugar a los rumores en las colas. La gente decía que los «especuladores» y los «capitalistas» (términos que, en el ambiente xenófobo del tiempo de guerra, por lo general, significaban los comerciantes alemanes o

judíos) estaban forzando deliberadamente la subida de los precios del pan reteniendo las existencias. Mucha gente culpó al Gobierno (¿no estaba, también, lleno de alemanes?). Incluso los liberales educados se inclinaron por ver en la escasez la mano malvada de un Gobierno traidor. El 19 de febrero, las autoridades de Petrogrado anunciaron que el racionamiento empezaría a partir del 1 de marzo. Se extendieron los rumores de que pronto ya no quedarían existencias de pan, y de que los desempleados morirían de hambre. En la compra motivada por el pánico que empezó a continuación, las estanterías de las tiendas quedaron vacías, estallaron refriegas y se destrozaron los escaparates de varias panaderías.[2]

El jueves, 23 de febrero, la temperatura en Petrogrado subió a unos primaverales cinco grados bajo cero. La gente salió de su hibernación para disfrutar del sol y unirse en la búsqueda de alimentos. La perspectiva Nevsky estaba abarrotada de compradores. El tiempo suave seguiría hasta el 3 de marzo; para esta fecha el régimen zarista se habría colapsado. No por primera vez en la historia rusa, el tiempo iba a representar un papel decisivo.

El 23 de febrero era el Día Internacional de la Mujer, una fecha importante en el calendario socialista, y hacia mediodía grandes multitudes de mujeres empezaron una manifestación hasta el centro de la ciudad para protestar a favor de la igualdad de derechos. Balk describió las multitudes como «señoras de sociedad, un número muy superior de mujeres campesinas, jóvenes estudiantes y, en comparación con las manifestaciones anteriores, no muchas trabajadoras». Las fotografías muestran que las mujeres iban de buen humor en su manifestación a lo largo de la perspectiva Nevsky.

Pero por la tarde, el tono empezó a cambiar. Las trabajadoras de la industria textil del distrito de Vyborg se habían declarado en huelga esa mañana para protestar en contra de la escasez de pan. Unidas con los hombres de las fábricas metalúrgicas cercanas, se habían dirigido hacia el centro de la ciudad, atrayendo en su camino a trabajadores de otras fábricas, y, en algunos casos, obligándolos a salir, con gritos de «¡pan!» y «¡abajo el zar!». Al final de la tarde, unos cien mil obreros se habían unido a la huelga. Hubo enfrentamientos con la policía cuando los trabajadores intentaron cruzar el puente Liteiny, que unía el lado Vyborg con el centro de la ciudad. La mayoría de los trabajadores, al verse obligados a retroceder, se dispersaron y volvieron a sus casas; algunos saquearon tiendas por el camino. Pero varios miles cruzaron el hielo y se dirigieron a la perspectiva Nevsky, donde se unieron a las mujeres con gritos de «¡pan!». La multitud más

densa se concentró alrededor de la Duma de la ciudad. Los cosacos de Balk no pudieron dispersarlos, e incluso mostraron reticencia a hacerlo: se acercaban a caballo a las mujeres, deteniéndose a escasa distancia y retrocediendo. Más tarde se supo que la mayoría de los cosacos eran reservistas sin experiencia con multitudes, y con caballos que desconocían las calles de la ciudad. Por algún descuido, no se les habían suministrado sus habituales látigos. Resultaría un error fatal por parte de las autoridades, porque esta señal de debilidad de los cosacos envalentonó a los trabajadores en los días que siguieron.[3]

La mañana siguiente nació con un sol brillante. Los trabajadores se reunieron en las fábricas de toda la ciudad y, exhortados por agitadores socialistas, resolvieron emprender de nuevo la marcha hasta el centro. Muchos se armaron con cuchillos, llaves inglesas, martillos y piezas de hierro, en parte para luchar y atravesar los escuadrones de cosacos y policía que se habían desplazado de noche para impedir su paso, y en parte para saquear las tiendas de alimentación de las áreas adineradas, repletas de provisiones. La expedición presentaba el aspecto de un ejército hambriento de obreros marchando hacia la guerra. «Camaradas —urgió uno de los agitadores de las fábricas—, si no podemos conseguir una barra de pan de modo justo, entonces debemos hacer de todo: debemos seguir adelante y resolver nuestro problema por la fuerza [...]. Camaradas, armaos con todo lo posible, pernos, tornillos, piedras; salid de la fábrica y empezad a destrozar las primeras tiendas que encontréis.»

A media mañana, alrededor de ciento cincuenta mil trabajadores habían salido a las calles. Se dirigieron a los puentes que conectaban los suburbios industriales con el centro administrativo de la ciudad. Algunos rompieron ventanas, saquearon tiendas y volcaron tranvías y carruajes. En el puente Liteiny, una muchedumbre de cuarenta mil trabajadores de Vyborg se enfrentó con una pequeña brigada de cosacos, que, claramente, no estaba preparada para esa circunstancia. «¡Pero nadie me dijo que habría una revolución!», se pudo escuchar a un policía cuando vio acercarse tal multitud de obreros. En el puente Troitsky, los trabajadores lucharon para abrise camino entre la policía montada, lanzando piedras y hielo. Las enormes masas convergieron sobre la perspectiva Nevsky. Los jinetes cosacos fueron incapaces de dispersarlos: atravesaron la calle y subieron a las aceras, obligando a los manifestantes a correr en todas las direcciones; pero en cuanto desistieron, las multitudes volvieron a reunirse y empezaron a acercarse a las tropas, ofreciéndoles pan y llamándolas. Cuando se llegó a este punto, a la multitud de trabajadores se habían unido alumnos,

tenderos, funcionarios de banca, taxistas, niños, damas y caballeros bien vestidos, que eran, o bien simpatizantes, o simplemente espectadores. Balk describió las multitudes en la perspectiva Nevsky «compuestas de gente corriente». Había un ambiente festivo en las calles, sin duda en parte debido al buen tiempo. Un testigo lo comparó a «un enorme circo». Arthur Ransome, el entonces corresponsal del *Daily News*, describió el sentimiento de ese día como de una «excitación más bién precaria, parecida a la de un día festivo con fuegos artificiales en el aire». Hubo un enorme mitin en la plaza Znamenskaya. La estatua ecuestre de Alejandro III, un impresionante monumento a los principios autocráticos, fue ocupada por los oradores revolucionarios. Pocos de entre la vasta multitud pudieron escuchar lo que decían, pero no importaba. La gente sabía lo que quería escuchar, y la mera visión de este valiente acto de libertad de expresión (llevado a cabo desde la cima de tal monumento, y a plena vista de la policía) fue suficiente para confirmarlo en sus mentes: estaba produciéndose una revolución. Esa noche, después de que las multitudes se hubieran dispersado finalmente, la policía encontró la palabra HIPOPÓTAMO (el mote popular de la estatua) grabada en grandes letras en su pedestal.[4]

Envalentonada por la ausencia de medidas represivas vigorosas, una multitud incluso mayor salió a las calles al día siguiente, sábado 25 de febrero, en lo que fue, prácticamente, una huelga general. Las principales fábricas de la ciudad dejaron de funcionar, a la vez que unos doscientos mil trabajadores se unieron a las manifestaciones. Los periódicos dejaron de publicarse. Era difícil encontrar tranvías y taxis. Muchas tiendas y restaurantes cerraron sus puertas. Un amplio abanico de gente se unió a los trabajadores manifestantes, dirigiéndose al centro de la ciudad. Balk pensó que el movimiento «tenía el carácter de un levantamiento popular». Comparadas con los dos días anteriores, las manifestaciones tenían un tono más político. Empezaron a aparecer banderas y estandartes rojos, y sus lemas ya no reclamaban tanto «¡pan!» como el derrocamiento de la autocracia. «¡Abajo el zar!» y «¡abajo la guerra!» eran sus principales reivindicaciones.

De nuevo hubo enfrentamientos con la policía cuando los manifestantes intentaron cruzar los puentes que conectaban las afueras con el centro de la ciudad. En el puente Liteiny, el jefe de policia, Shalfeev, hizo un último intento desesperado de pararlos, cargando contra la multitud. Los manifestantes se desplazaron hacia los lados, y después cerraron filas para rodear a Shalfeev, que intentó salir a la fuerza, golpeando por todos lados con su látigo. Pero los

manifestantes le bajaron a rastras del caballo. Uno de los trabajadores le golpeó, ya en el suelo, con un trozo de madera, mientras otro, cogiéndole el revólver al propio Shalfeev, le disparó en el corazón. Ninguno de los cosacos que defendían el puente intentó intervenir.

Esto se convirtió, con una frecuencia cada vez mayor, en la pauta (enfrentamientos violentos contra la policía, junto con esfuerzos para ganarse a los soldados) a medida que las masas se apoderaron del centro de la ciudad. La policía era «de ellos» (odiados agentes del régimen). La gente los llamaba «faraones» (del mismo modo que algunos hoy en día podría llamarlos «cerdos») y no dudaron que la policía lucharía hasta el final.[64*] A los soldados, en cambio, se les consideraba «de los nuestros» (campesinos y trabajadores en uniforme), y se esperaba que, si se les ordenaba usar la fuerza contra la multitud, tendrían las mismas probabilidades de pasarse al lado del pueblo. Una vez que se hizo patente que era efectivamente así —por las dudas de los soldados en dispersar a los manifestantes, por las expresiones en los rostros de los soldados y por el ocasional guiño de un soldado a la multitud— la iniciativa pasó del lado del pueblo. Fue un momento psicológicamente crucial de la revolución.

La primera batalla simbólica de esta guerra de nervios se luchó en la perspectiva Nevsky, y la ganó de manera decisiva el pueblo, la tarde del día 25. Un escuadrón de cosacos detuvo la marcha de una parte de la multitud, cerrándoles el camino cerca de la catedral de Kazán. Ocurrió no muy lejos del sitio donde, doce años antes, el Domingo Sangriento de 1905, las guardias de la caballería habían matado a tiros a una multitud parecida. Una joven salió de entre las filas de los manifestantes y se dirigió lentamente hacia los cosacos. Todos la observaron en un silencio nervioso: ¿Dispararían los cosacos contra ella? De debajo de su capa, la chica sacó un ramo de rosas rojas y lo extendió hacia el oficial. Hubo una pausa. El ramo simbolizaba tanto la paz como la revolución. Y entonces, agachándose desde su caballo, el oficial sonrió y aceptó las flores. Con muestras de alivio y de júbilo la multitud estalló en un «¡hurra!» ensordecedor.[5] Desde ese momento, la gente empezó a hablar de los «camaradas cosacos», un término que, al principio, resultaba bastante extraño.

Los oficiales encontraron cada vez más difícil conseguir que sus hombres obedecieran las órdenes. El coronel Jodnev, comandante del regimiento de reserva de Finlandia, se quejó amargamente de los cosacos. Eran «extremadamente perezosos e indecisos», y su «inacción era particularmente evidente cuando formaban parte de una patrulla individual o sección bajo el

mando de un joven sargento o un teniente subalterno. Más de una vez les oí decir: "Esto no es 1905. No llevaremos látigos. No nos moveremos en contra de los nuestros, en contra del pueblo"». Cierto, había algunos soldados que todavía estaban listos (generalmente por propia iniciativa o acatando las órdenes de un oficial subalterno cuando se les asustaba o se les provocaba) para tomar medidas violentas contra la multitud. Una sección de unidades de caballería abrió fuego cerca de una hilera de tiendas en el Gostiny Dvor, matando a tres personas e hiriendo a diez, mientras cerca de la Duma municipal se mató a tiros a nueve manifestantes más. Pero una proporción creciente de los soldados, o bien se negaron a obedecer órdenes de abrir fuego, o dispararon deliberadamente por encima de las cabezas de la gente en la calle. Algunos incluso se unieron a ellos en contra de la policía. En un incidente en la plaza Znamenskaya, los cosacos intervinieron para salvar a la multitud cuando la policía montada, frustrada en sus esfuerzos de capturar una bandera roja, amenazó con cargar contra la gente. Los cosacos, con sus sables al descubierto, se abrieron paso entre la multitud montados a caballo y empezaron a atacar a la policía montada, que escapó a galope perseguida por la multitud que lanzaba piedras. Entretanto, el comandante de la policía yacía muerto en el suelo, con el cuerpo cubierto de heridas de los sables de los cosacos y de disparos de revólver.[6]

Incluso en este punto, en el atardecer del día 25, las autoridades aún podrían haber contenido la situación, a pesar de la creciente confianza en sí misma de la multitud. Lo importante, como el Consejo de Ministros pareció intuir en su reunión de medianoche, era evitar el conflicto abierto con la multitud, que simplemente echaría más leña al fuego y podría provocar un motín entre los soldados de la guarnición. Aún quedaba algún motivo para suponer (o al menos para actuar sobre tal suposición) que la ira de los manifestantes estaba centrada, principalmente, en la escasez de pan, y que, una vez resuelto el problema, se cansarían de la protesta y volverían al trabajo. Ése había sido el resultado de varios disturbios recientes motivados por el pan y, aunque éste era más siniestro, no había ningún motivo real todavía para creer que terminaría de forma distinta. Tal fue, ciertamente, la suposición de los dirigentes socialistas en la capital. Nikolai Sujanov, quizás el más famoso de los autores de memorias sobre la revolución, pensaba que sólo se habían producido «"alborotos", aún no existía ninguna revolución». Shliapnikov, el principal bolchevique de la capital, se burló

de la idea de que éste fuera el principio de una revolución. «¿Qué revolución? —preguntó en una reunión local de los dirigentes del partido el día 25—. Dad un kilo de pan a los trabajadores, y el movimiento se acabará.»[7]

Pero las posibilidades que quedaban de contener los disturbios fueron destrozadas esa noche por el zar. Al ser informado de la situación en su sede de Moguilev, cablegrafió al general Jabalov, jefe del distrito militar de Petrogrado, ordenándole usar la fuerza militar para «dominar, para mañana, los disturbios».[8] No puede haber mejor ejemplo de hasta qué punto el zar había perdido el contacto con la realidad. Ni pudo haber mejor garantía de revolución. Habría que decir, para ser justos, que Nicolás había sido pésimamente aconsejado desde el principio. Había dejado la capital para ir a Moguilev el día 22 de febrero, después de que Protopopov le asegurara que no tenía nada de que preocuparse. Desde entonces, la policía y Jabalov minimizaron la gravedad de la situación en sus informes a Nicolás: fue embarazoso para ellos tener que admitir que todo podía empezar a descontrolarse. El zar, por lo tanto, tenía, en verdad, muy poca idea de la naturaleza de la situación y su delicado equilibrio, o de los riesgos que suponía usar la fuerza, cuando envió su orden fatídica a Jabalov. Pero, por otra parte, era su responsabilidad saber lo que ocurría en la capital (y la responsabilidad de sus consejeros informarle al respecto). Sólo el zar podía dar la orden final de usar la fuerza contra las masas, y una vez esa orden había sido emitida, ninguno de sus consejeros podía desafiarla. Es decir, si el régimen cayó debido a un fallo de las comunicaciones, entonces sólo cabe afirmar que mereció caer.

La mañana del domingo 26 de febrero, el centro de Petrogrado se había convertido en un campamento militarizado. Los piquetes de soldados y la policía armada estaban en los cruces principales y en los edificios estrategicos, patrullas montadas cabalgaban por las calles, los oficiales se comunicaban por teléfono de campaña, las ametralladoras, posicionadas en la Plaza del Palacio, apuntaban hacia la perspectiva Nevsky y en las calles laterales esperaban las ambulancias militares. Durante la mañana todo estuvo silencioso; era domingo, y la gente durmió hasta tarde. Pero sobre el mediodía, grandes masas de trabajadores se juntaron de nuevo en las afueras y se dirigieron al centro de la ciudad. Cuando convergieron en la perspectiva Nevsky, la policía y los soldados dispararon sobre ellos desde varios puntos. En el cruce de las perspectivas Nevsky y Vladimir, el Regimiento Semyonovsky, que había sofocado el levantamiento de Moscú en 1905, mató a varios manifestantes a tiros. En la Nevsky, cerca del Dvor Gostiny,

un destacamento de entrenamiento del Regimiento Pavlovsky disparó una salva de cartuchos de fogueo y después abrió fuego sobre la multitud. La gente se dispersó tras de los edificios y en el interior de las tiendas, volviendo a salir momentos más tarde para lanzar ladrillos y pedazos de hielo a las tropas. Docenas de personas murieron o fueron heridas. El incidente más sangriento ocurrió en la plaza Znamenskaya, donde más de cincuenta personas murieron por los disparos de un destacamento de entrenamiento del Regimiento Volynsky. Fue una atrocidad terrible. Un oficial, que no había podido conseguir que sus jóvenes y obviamente nerviosos soldados dispararan sobre los manifestantes, arrebató un fusil a uno de sus hombres y empezó a disparar sobre la multitud sin apuntar. Entre los cadáveres, que más tarde se amontonarían alrededor del «Hipopótamo», había dos soldados del regimiento que se habían pasado al lado del pueblo.[9]

Este derramamiento de sangre, el segundo Domingo Sangriento de Rusia, demostró ser un punto críticamente decisivo. Desde ese momento, los manifestantes supieron que estaban implicados en una lucha a vida o muerte contra el régimen. Paradójicamente, cuando lo peor había ocurrido y algunos de sus camaradas habían sido asesinados, sintieron menos miedo por sus propias vidas.[65]* Por lo que se refiere a los soldados, se enfrentaron a una elección entre su deber moral para con el pueblo y su juramento de fidelidad al zar. Si seguían el primero, se produciría una revolución a escala total. Pero si cumplían con su juramento de fidelidad, el régimen aún podría conseguir sobrevivir, como había hecho en 1905-1906.

Después del tiroteo en la perspectiva Nevsky, una multitud airada de manifestantes entró a la fuerza en el cuartel del Regimiento Pavlovsky, situado cerca del Campo de Marte, y gritó a los soldados que algunos de sus quintos habían estado disparando al pueblo. Visiblemente conmovida por la noticia, la IV Compañía del Pavlovsky decidió salir inmediatamente a detener la matanza. «¡Están disparando contra nuestras madres y nuestras hermanas!», era el grito de unión de su motín. Alrededor de cien soldados abrieron a la fuerza el arsenal del cuartel y, cogiendo treinta fusiles, emprendieron la marcha hacia la Nevsky. Casi inmediatamente, se encontraron con una patrulla de la policía montada en la orilla del canal Griboyedov. Les dispararon, matando a un policía, hasta que se les acabaron los cartuchos, momento en que decidieron volver al cuartel para sacar al resto de los hombres. Pero los esperaban allí las tropas de Jabalov y, en cuanto llegaron los amotinados, los desarmaron y los encerraron en el cuartel.

Diecinueve cabecillas fueron arrestados y encarcelados en la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Serían sus últimos prisioneros (al menos bajo el regimen zarista).[10]

Pero era demasiado tarde, a estas alturas, para la represión. Todas las prisiones de Rusia no podrían haber contenido a los revolucionarios de las calles. El destacamento en entrenamiento del Regimiento Volynsky, que había estado involucrado en la matanza de la plaza Znamenskaya había vuelto a su cuartel al atardecer, como sus camaradas del Pavlovsky, lleno de dudas y remordimiento por lo que había hecho. Uno de los soldados afirmó haber reconocido a su propia madre entre la gente asesinada. Todos estos reclutas adolescentes estaban seriamente afectados por la matanza y no fue muy difícil para su joven sargento, un campesino de tipo Os'kin llamado Serguei Kirpichnikov, convencerlos para que llevaran a cabo su propia protesta:

> Yo les dije que sería mejor morir con honor que obedecer cualquier orden futura de disparar a las multitudes: «Nuestros padres, madres, hermanas, hermanos, y esposas están mendigando pan —dije—. ¿Los vamos a matar? ¿Visteis la sangre hoy en las calles? Yo digo que no deberíamos tomar posiciones mañana. En cuanto a mí, yo me niego a ir». Y los soldados, todos a uno, gritaron: «¡Nos quedaremos contigo!».

Habiendo jurado fidelidad a Kirpichnikov, los soldados estaban decididos a desafiar a su comandante cuando les ordenara de nuevo movilizarse en contra de los manifestantes a la mañana siguiente. En este punto, los soldados no tenían intención de llevar a cabo un motín a gran escala: sólo la de presentar una protesta verbal e insultante en contra de su oficial por haberles ordenado disparar sobre las masas, y una negativa a obedecer sus órdenes. Pero cuando el oficial se encontró ante sus coléricos hombres, cometió el fatal error de marcharse y cruzar primero andando, y después, incluso peor, corriendo, el patio del cuartel. Dándose cuenta de su poder sobre él, los soldados le apuntaron con sus fusiles, y uno le disparó, alcanzándole en la espalda. De repente, los soldados se habían convertido en amotinados. Se dispersaron por el cuartel, tanto por el pánico como por el fervor revolucionario, llamando a los demás soldados para que se unieran a su motín. Relativamente pocos del Volynksy se unieron a ellos, pero había muchos más soldados dispuestos en el cuartel vecino del Regimiento

Preobrazhensky, el Regimiento Lituano y el VI Batallón de Ingenieros. Estallaron combates entre los soldados leales y rebeldes. Los amotinados victoriosos tomaron por asalto los arsenales, mataron a varios de sus oficiales y salieron a miles a las calles, donde se dispersaron en todas las direcciones, algunos desplazándose hacia el centro de la ciudad y otros cruzando al lado Vyborg para sublevar al Regimiento Moscú y unirse a los trabajadores.[11]

En todos estos motines, el papel decisivo lo representaron los oficiales subalternos, la mayoría de los cuales procedían de la clase baja, o simpatizaban con las ideas democráticas. Fedor Linde (1881-1917), un sargento del regimiento finlandés, era típico en este sentido. Representó un papel desconocido, pero crucial, en el momento decisivo de la Revolución de Febrero. Alto, rubio y bien parecido, Linde era hijo de un farmacéutico alemán y una campesina polaca, que había crecido en una pequeña granja cerca de San Petersburgo junto al golfo de Finlandia. Allí, su madre regentaba una pequeña posada que era popular entre los revolucionarios de la capital cuando querían esconderse de la policía. Y fue así, relacionándose con los huéspedes del mesón, como el adolescente Linde, un idealista romántico por naturaleza, empezó a involucrarse en el mundo clandestino revolucionario. En 1899 se matriculó en la Facultad de Matemáticas de la Universidad de San Petersburgo, e inmediatamente se convirtió en dirigente destacado del movimiento estudiantil de protesta. Durante la revolución de 1905, Linde trabajó junto a los socialdemócratas en la capital, y organizó a los alumnos en una «legión académica» para repartir propaganda a la clase obrera. Fue arrestado y encarcelado en la cárcel Kresty, y después obligado a exiliarse en Europa, antes de que se le permitiera volver a Rusia, bajo la amnistía de 1913, para celebrar el tricentenario de los Romanov.

Al año siguiente, fue movilizado por el Regimiento de Finlandia, donde su valiente dirección de los soldados pronto le valió el ascenso a sargento. Fue precisamente esta misma cualidad la que distinguió a Linde en el motín de los días de febrero. En una carta al eserista Boris Sokolov, escrita en la primavera de 1917, Linde recordó cómo había persuadido a los cinco mil soldados del Regimiento Preobrazhensky, en cuyo cuartel, cerca del Palacio de Táuride, se alojaba entonces, para que se unieran al motín:

> No sé lo que me ocurrió. Yo estaba tumbado en un sofá en el cuartel, leyendo un libro de Haldane. Estaba tan absorto en él que no oía los

> gritos y ruidos de la calle. Una bala perdida rompió la ventana cerca de mi sofá [...]. Los cosacos estaban disparando sobre la multitud indefensa y desarmada, pegando a la gente con sus látigos, aplastando a los caídos con sus caballos. Y entonces vi a una chica joven intentando esquivar el caballo al galope de un oficial cosaco. Era demasiado lenta. Un golpe severo propinado sobre su cabeza la hizo caer debajo del caballo. Gritó. Su grito inhumano y penetrante hizo que algo en mí se conmoviera. Salté encima de la mesa, y grité salvajemente: «¡Amigos! ¡Amigos! ¡Viva la revolución! ¡Tomad las armas! ¡Tomad las armas! ¡Están matando a personas inocentes, a nuestros hermanos y hermanas!».
>
> Más tarde, dijeron que había algo en mi voz que hizo imposible resistir mi llamamiento [...]. Me siguieron sin darse cuenta de dónde o en el nombre de qué causa iban [...]. Todos se unieron a mí en el ataque contra los cosacos y la policía. Matamos a unos cuantos. El resto retrocedió. Por la noche, el combate había terminado. La revolución se había convertido en realidad [...] y yo, bueno, yo volví esa misma noche a mi libro de Haldane.[12]

El motín de la guarnición de Petrogrado convirtió los disturbios de los cuatro días anteriores en una revolución a gran escala. Las autoridades zaristas se vieron prácticamente privadas de poder militar en la capital. «Ya había quedado claro para mí —escribió más tarde Balk acerca del día 27— que habíamos perdido toda autoridad.» Además, la salida de los soldados a las calles aportó fortaleza militar y organización a las masas revolucionarias. En lugar de una protesta vaga y sin propósito fijo, se centraron en la captura de objetivos estratégicos y en la lucha armada contra el régimen. Soldados y trabajadores lucharon juntos para capturar el arsenal, donde se armaron con cuarenta mil fusiles y treinta mil revólveres, seguido de las principales fábricas de armas, donde por lo menos otros cien mil fúsiles cayeron en sus manos. Ocuparon el departamento de Artillería, la central telefónica y algunas (aunque no todas) estaciones de ferrocarril. Extendieron el motín a los restantes cuarteles (Linde mismo dirigió a una guardia de soldados de los regimientos Preobrazhensky y de Lituania para sacar a su propio Regimiento de Finlandia). Gracias a soldados y oficiales como Linde, las primeras señales de verdadera organización (piquetes armados en los puentes y principales cruces, barricadas, teléfonos de campaña y

estructuras de mando) empezaron a aparecer en las calles. Muchos de los soldados también se mantuvieron ocupados con la tarea de arrestar, a veces aporreándolos o incluso asesinándolos, a sus comandantes. Era una revolución en las filas.[13]

Pero la atención de los insurgentes estaba centrada principalmente en la sangrienta guerra callejera contra la policía. Cientos de francotiradores de la policía se ocultaban en los tejados llanos de los edificios, algunos armados con ametralladoras, y disparaban a las multitudes que circulaban y a cualquiera que se expusiera en las ventanas. Otros francotiradores de la policía se habían situado en los campanarios de las iglesias, esperando que el respeto del pueblo por la religión le impediría responder al fuego. Los francotiradores utilizaron de forma deliberada municiones sin humo para que la gente no pudiera averiguar de dónde procedían los disparos. De repente, se oían disparos, y la multitud corría a protegerse, dejando pequeños montones de heridos y cadáveres en las calles. Trabajadores y soldados «empezaban a disparar sin apuntar» a la casa de donde creían que procedían los disparos, recuerda Viktor Shklovsky, que dirigió un grupo de combatientes contra la policía; pero esto, generalmente, resultó ser contraproducente. «La polvareda de nuestras balas en el yeso se tomaba como respuesta a su fuego», provocando más disparos y confusión. Muchas personas murieron a causa de «nuestras propias balas» que habían rebotado en los edificios, o por la mampostería que caía.[14]

Incluso menos eficaces fueron los automóviles que iban como un rayo por las calles, llenos de soldados ondeando banderas rojas y disparando salvajemente al aire. Prácticamente todos los coches y camiones fueron requisados por la multitud, sin importarles a quién pudieran pertenecer. Linde y sus hombres expropiaron un camión, al que pusieron una bandera con las palabras: PRIMER ESCUADRÓN MÓVIL REVOLUCIONARIO. Incluso al gran duque Gavril Konstantinovich le requisaron su RollsRoyce. Más tarde fue visto por la perspectiva Nevsky, con dos soldados tumbados en el capó delantero, otros a los lados y dos con una ametralladora montada en el techo, aunque esto resultó ser de poca utilidad, debido a que el coche se desviaba demasiado como para mantenerla inmovilizada y dispararla correctamente. Los coches más pequeños, erizados de bayonetas, presentaban una imagen incluso más extraña. Gorky los comparó con «gigantescos erizos desbocados». Buena parte del combate se llevó a cabo desde estos coches: ésta fue la primera revolución sobre ruedas. Los vehículos corrían por las calles, paraban junto a un edificio desde el cual se

pensaba que la policía disparaba, y empezaban a disparar en dirección al tejado. Pero, como los francotiradores podían ver y escuchar los vehículos al acercarse (con sus bocinas y sus banderas rojas ondeando), tenían tiempo suficiente para esconderse. Al final, la única manera de vencerlos era subir y luchar contra ellos en los tejados. Muchos francotiradores fueron lanzados desde los tejados, ante los aplausos de las masas. Respecto a los coches, la mayoría colisionaron, puesto que sus conductores no sabían conducir en absoluto y además solían estar borrachos. Las calles «resonaban» con el ruido de choques de automóviles, recuerda Shklovsky. «No sé cuantas colisiones llegué a ver durante esos días. Más tarde, la ciudad estaba repleta de automóviles abandonados en la cuneta.»[15]

Buena parte de la violencia destructiva de las masas fue dirigida contra las instituciones del régimen policíaco. Multitudes armadas atacaron las comisarías de policía, prendiendo fuego a los edificios y asegurándose de destruir los archivos policiales. A veces se quemaba, en hogueras encendidas en la calle, el contenido de los edificios. Gorky, que fue acusado de apoderarse de la Central de Policía de la perspectiva Kronversky, cuando llegó la encontró arrasada y con la mayor parte de sus archivos robados o destruidos. Los edificios judiciales se convirtieron, igualmente, en blanco de la ira de la muchedumbre. Gorky encontró a una multitud de personas que contemplaba cómo ardía el Palacio de Justicia:

> El tejado ya se había hundido, el fuego crepitaba entre las paredes, y columnas rojas y amarillas como de lana salían de la ventanas, lanzando un montón de cenizas de papel al oscuro cielo nocturno. Nadie hizo ningún intento de apagar el fuego [...]. Un hombre alto y encorvado que llevaba puesto un gorro de lana de piel de oveja paseaba cual centinela. Se detuvo y preguntó con voz apagada: «Bien, esto significa que será abolida toda justicia, ¿verdad? Que todos los castigos serán eliminados, ¿no es así?». Nadie le contestó.

Finalmente, la multitud dirigió su ira destructiva contra las prisiones, echó abajo las puertas, abrió las celdas y, junto con los reclusos liberados, destrozó y a veces incendió los edificios. La destrucción de las prisiones tuvo un significado simbólico poderoso para la masa revolucionaria: era una señal de que el antiguo régimen había muerto, de que los días anhelados de libertad, «sin prisiones y sin

crimen», estaban a punto de llegar.[16]

Ninguna prisión era más simbólica que la fortaleza de San Pedro y San Pablo. La multitud estaba convencida de que la fortaleza seguía llena de presos «políticos», héroes de la lucha revolucionaria, que se pudrían en sus celdas oscuras y sucias: ése era, después de todo, el mito bien establecido de la propaganda revolucionaria. También corrían rumores de que las fuerzas militares zaristas utilizaban la fortaleza como base militar (según insinuó Balk). El día 28, una enorme y cólerica multitud amenazó con tomar por asalto la «Bastilla rusa». Se acercaron en camiones con cañones pesados montados, preparados para disparar contra sus gruesos muros de piedra. El comandante de la fortaleza telefoneó a la Duma solicitando ayuda, y Shulguin (por la Duma) y Skobelev (por el Sóviet) fueron enviados a negociar con él. Volvieron para informar de que la prisión estaba completamente vacía (aparte de los diecinueve soldados amotinados del regimiento Pavlovsky que habían sido encarcelados en ella el día 26) y propusieron tranquilizar a la gente, permitiéndoles enviar representantes para inspeccionar las celdas. Pero ni siquiera esto fue suficiente para convencer a la multitud de que la fortaleza estaba «a favor de la revolución». Algunos de los soldados amotinados acusaron a Shulguin de trabajar en favor de la contrarrevolución. Hubo alguna lucha entre ellos y la guardia de la fortaleza. Y entonces, finalmente, se alzó la bandera roja sobre este bastión del antiguo régimen.[17]

La muchedumbre puso de manifiesto un grado extraordinario de organización y solidaridad durante todas estas acciones. «Toda la población civil se sintió en un solo bando en contra del enemigo (la policía y los militares) —escribió Sujanov —. Transeúntes desconocidos entablaban conversación, preguntando y hablando acerca de las noticias, acerca de conflictos y los movimientos del enemigo.» El *Times* de Londres quedó igualmente impresionado. «El asombroso y, para el forastero no familiarizado con el carácter ruso, casi extraordinario orden y afabilidad de la multitud es, quizá, la característica más destacada de esta gran Revolución rusa.» La gente llevaba brazaletes rojos y se ponía lazos rojos en los ojales para mostrar su apoyo a la revolución. No actuar así habría sido una invitación a la persecución por «contrarrevolucionario». Se hicieron hogueras por toda la ciudad para que la gente pudiera calentarse durante las largas horas de luchas callejeras. Los residentes alimentaron a los revolucionarios en sus

cocinas, y les permitieron dormir, si es que alguna vez durmieron, en el suelo. Los propietarios de las cafeterías y de los restaurantes alimentaron a los soldados y a los trabajadores sin cobrarles nada, o pusieron cajas fuera para que los que pasaban contribuyeran a sus comidas. Una cafetería tenía el siguiente cartel:

> ¡CONCIUDADANOS! EN HONOR A LOS GRANDES DÍAS DE LIBERTAD, OS DOY LA BIENVENIDA A TODOS. ENTRAD Y COMED Y BEBED CUANTO QUERÁIS.

Los comerciantes convirtieron sus tiendas en bases para los soldados, y en refugios para la gente cuando la policía disparaba en las calles. Los taxistas declararon que «sólo llevarían a los dirigentes de la revolución». Los estudiantes y los niños correteaban con recados y los soldados veteranos obedecían sus órdenes. Toda clase de personas se presentaron para ayudar a los médicos a cuidar a los heridos. Fue como si la gente de la calle, de repente, se hubiera unido a través de una gran red de hilos invisibles; y fue eso lo que les aseguró la victoria.[18]

Las autoridades zaristas supusieron que los partidos socialistas debían de haber organizado a la multitud; pero, aunque entre las masas estuvieron presentes algunos de sus miembros, los dirigentes socialistas no estaban preparados en absoluto para asumir ese papel y, en todo caso, siguieron al pueblo. La calle generó a sus propios dirigentes: estudiantes, trabajadores y oficiales provisionales, como Linde o Kirpichnikov, cuyos nombres, en gran parte, no han entrado en los libros de historia. Durante las primeras semanas que siguieron a febrero, se exhibieron sus retratos en escaparates, a menudo con la inscripción: HÉROES DELA REVOLUCIÓN. Había uno de Kirpichnikov en los escaparates de los almacenes Avantso.[19] Pero después, estos dirigentes del pueblo se desvanecieron y cayeron en el olvido.

Parte de esta extraordinaria cohesión de las masas puede explicarse por la geografía. Había, para empezar, un código espacial-cultural, establecido desde hacía largo tiempo, de manifestaciones callejeras en la capital con un número de puntos claros de orientación para la multitud, por ejemplo la catedral de Kazán y el Palacio de Táuride, cuyos orígenes se encontraban en las manifestaciones estudiantiles de 1899. Además, los suburbios industriales de Petrogrado estaban físicamente separados del pudiente centro gubernamental por una serie de canales y ríos. Dirigirse al centro se convirtió así en una expresión de solidaridad y de autoafirmación de la clase obrera, un medio para los trabajadores de

reclamar las calles como «propias». Esto puede ayudar a explicar algunos aspectos carnavalescos de la multitud revolucionaria: el vandalismo festivo y la destrucción de símbolos de poder estatal y autoridad, riqueza y privilegio; los actos de burla y humillación, de insulto verbal y comportamiento amenazador, que terminaron, con frecuencia, en actos desenfrenados de violencia, que las masas llevaron a cabo como si se tratara de algún deporte, contra los que vestían bien y los adinerados; el lenguaje corporal y la vestimenta autoafirmativos de los soldados (que llevaban las gorras del revés, o de lado, o los abrigos y las guerreras desabrochados, en contra del reglamento militar); las mujeres llevando ropa de hombre (gorras, botas y pantalones de soldado), como si, invirtiendo los códigos sexuales del vestir, también echaran abajo el orden social, y los actos sexuales, desde el besar y el acariciar hasta la relación sexual completa, que la gente realizó abiertamente por las calles en la euforia de los Días de Febrero.[20]

Y aun así, en contra del mito soviético, la muchedumbre distaba mucho de ser sólidamente proletaria, aunque es verdad que los trabajadores tomaron la delantera y tendieron a protagonizar muchas peleas callejeras. Balk describió los Días de Febrero como un levantamiento general del pueblo. Harold Williams, del *Daily Chronicle*, pensó que las masas del día 24 eran, «en su mayoría, mujeres y niños» con sólo «unos pocos obreros». Robert Wilton, del *Times*, informó de que, el día 26, el buen tiempo había «hecho que todo el mundo saliera de casa», y que «gente de todas las edades y condiciones» se había dirigido a la perspectiva Nevsky.[21]

La mayoría de la gente que había en las calles no eran «revolucionarios» en absoluto, sino simplemente espectadores o gentes que dudaban entre actuar y hacer de espectador. Aplaudían a los soldados amotinados que pasaban en sus coches, o cuando se lanzaba a un francotirador desde los tejados. Se reunían en pequeños grupos alrededor de los cadáveres (personas y caballos), que, en ese momento, aún eran una novedad (pronto, se acostumbraron a ellos y pasaron por delante con indiferencia). Llevaban lazos rojos, ondeaban banderas rojas y declaraban su simpatía hacia «la revolución». Pero raramente participaron ellos mismos en el combate y, generalmente, se dispersaban cuando empezaban los disparos.

> Esta es la psicología de las masas —escribió un testigo—: todo lo que ven es, a la vez, fascinante y aterrador. Miran, y miran, y entonces, de

> repente, echan a correr. Aquí tenemos un caballero bien vestido, gordo, con piernas cortas, en una esquina. La gente, de repente, corre detrás del edificio y él los sigue, corre tan rápido como sus pequeñas piernas le permiten, con la barriga gorda temblando y claramente sin aliento. Corre unas cuantas yardas, vuelve de nuevo la vista a la escena y sigue corriendo.

Muchos de estos observadores eran niños pequeños. Los niños disfrutaban jugando con los fusiles que encontraban tirados en las calles. Se divertían tirando cartuchos en las hogueras para verlos explotar. Así se mataron, accidentalmente, docenas de personas. Stinton Jones, un periodista inglés, fue testigo de la siguiente escena:

> Un muchacho pequeño de unos doce años había conseguido una pistola automática y, junto con un gran número de soldados, se estaba calentando en uno de esos fuegos. De repente, apretó el gatillo, y uno de los soldados cayó muerto. Esto alarmó tanto al chico, que no tenía ninguna idea del mecanismo del arma mortífera que llevaba, que mantuvo apretado el gatillo, y la pistola automática procedió a vaciarse. Contenía siete balas, y hasta que no se dispararon todas el muchacho no soltó el gatillo. El resultado fue que murieron tres soldados, y otros cuatro resultaron heridos de gravedad.[22]

A partir del día 27, la naturaleza de la muchedumbre se hizo mucho más oscura. El elemento militar se incrementó acusadamente, junto con el grado de violencia, como resultado del motín. Lo mismo ocurrió con el elemento criminal y la tasa de criminalidad, debido a la apertura de las cárceles. Ambos tuvieron el efecto, según dijo Jones, de eliminar a los ciudadanos más serios y nerviosos de las calles. Las turbas presentaban una apariencia extraña, casi grotesca. Soldados, trabajadores, estudiantes, gamberros y criminales liberados vagaban a la ventura en grupos separados, todos armados, pero con una extraña variedad de armas. Aquí había un gamberro con la espada de un oficial sujeta a su abrigo, un fusil en una mano y un revólver en la otra; allí, un jovencito con un gran cuchillo de carnicero sobre el hombro. A poca distancia se veía a un obrero agarrando, torpemente, la espada de un oficial en una mano y una bayoneta en la otra. Un

hombre tenía dos revólveres; otro, un fusil en una mano y un limpiador de carril de tranvía en la otra. Un estudiante con dos fusiles y un cinturón de balas de ametralladora alrededor de la cintura paseaba junto a otro con una bayoneta atada a un extremo de un palo. Un soldado borracho tenía sólo el cañón de un fusil; la culata había sido arrancada para forzar la entrada a alguna tienda. Un tranquilo y callado hombre de negocios agarraba un gran fusil y una formidable canana.

Unos ocho mil reclusos fueron liberados el día 27, la gran mayoría de los cuales eran delincuentes comunes. Tenían un interés particular, y tomaron la delantera, en la destrucción de las comisarías de policía, junto con sus archivos, el Palacio de Justicia, los edificios judiciales y las prisiones. Y tuvieron la culpa de gran parte de la criminalidad que se apoderó de las calles a partir de ese momento. «Esta noche la ciudad resuena con los ruidos más aterradores: cristales rotos, gritos y disparos», escribió el director del Hermitage en las primeras horas del día 28. Bandas armadas saqueaban tiendas y almacenes de licores. Entraban a la fuerza en las casas de la gente adinerada, robaban y violaban a sus habitantes. Transeúntes bien vestidos eran asaltados en las calles. Sólo el hecho de llevar gafas o cuello blanco y almidonado era suficiente para marcarle a uno como *burzhooi*. Un profesor jubilado, que había sido populista durante casi cincuenta años, salió a la calle en la noche del día 27 para celebrar la «victoria de la revolución»; inmediatamente le destrozaron las gafas y le robaron el reloj de oro, el mismo «pueblo» que él había intentado liberar. Ésta, claramente, no era la victoria incruenta de la libertad, la igualdad y la fraternidad que la *intelligentsia* había anhelado durante tanto tiempo (y que más tarde convirtió en el mito de la «Gloriosa Revolución de Febrero»), sino más bien un tumulto de campesinos rusos, «sin sentido y sin piedad», como Pushkin había pronosticado, que buscaba destruir cualquier indicio de privilegio. La idea de que los Días de Febrero fueron una «revolución sin sangre», y que la violencia de las masas realmente no empezó hasta octubre, fue un mito liberal. Los dirigentes democráticos de 1917 lo necesitaron para legitimizar su propio y frágil poder. De hecho, la multitud mató a muchas más personas en febrero que las que murieron en el golpe de octubre de los bolcheviques. La Revolución de Febrero fue especialmente violenta en Helsingfors y Kronstadt, donde cientos de oficiales de la Marina fueron horriblemente asesinados por los marineros. Según las cifras oficiales del Gobierno provisional, mil cuatrocientas cuarenta y tres personas fueron asesinadas o heridas sólo en Petrogrado. Pero un amigo del

príncipe Lvov dijo a Claude Anet, el periodista francés, que la cifra verdadera era hasta de mil quinientas personas asesinadas y alrededor de seis mil heridas.[23]

Gorky tuvo una opinión poco favorable de toda esa ola de violencia y destrucción. El día 28, Sujanov le encontró presa de un estado de humor melancólico:

> Durante una hora gruñó y se quejó del caos, el desorden, los excesos, las exhibiciones de ignorancia política, de las chicas que conducían por la ciudad, Dios sabe dónde, en los coches de Dios sabe quién, y auguró que el movimiento probablemente degeneraría en una ruina digna de nuestro salvajismo asiático.

A Gorky le parecía que todo esto era simplemente «caos», y no una revolución en absoluto. Al día siguiente, escribió a Ekaterina:

> Demasiadas personas están atribuyendo un carácter revolucionario a lo que, de hecho, no es más que una falta de disciplina y organización por parte de las masas [...]. Hay mucho más aquí de naturaleza absurda que de naturaleza heroica. El saqueo ha empezado. ¿Qué ocurrirá? No lo sé... Se va a derramar mucha sangre, mucha más de la que se ha derramado nunca.[24]

Estas, comentó Sujanov, «fueron las impresiones de un hombre de letras», de un hombre que odiaba la violencia en todas sus formas. Muchas personas hoy pueden tener una inclinación parecida a condenar la «matanza innecesaria» de las multitudes. Ésa, ciertamente, ha sido la tendencia reciente entre los historiadores conservadores tanto de la Revolución rusa como de la francesa.[25] Pero uno puede preferir el punto de vista de Sujanov:

> Los excesos, la estupidez, la vulgaridad y la cobardía del hombre de la calle, las confusiones, los coches, las chicas; todo esto fue lo que la revolución no podía, bajo ninguna circunstancia, evitar, y sin lo cual nada parecido había ocurrido nunca en ningún sitio.[26]

Con este argumento no se trata de disculpar la violencia, sino de entenderla como la casi inevitable reacción de un pueblo airado y con mucho de lo que vengarse. Es reconocer que todas las revoluciones sociales están condenadas, por naturaleza, a derramar sangre, y que el condenarlas por hacerlo equivale a afirmar que cualquier forma de protesta social que puede acabar en violencia es moralmente incorrecta. Por supuesto, es necesario distinguir ciertos aspectos: la sangre derramada por el pueblo en las calles es diferente de la sangre derramada por partidos, movimientos o ejércitos que afirman actuar en su nombre, y debe ser analizada y juzgada de maneras diferentes.

La violencia de la muchedumbre en los Días de Febrero no fue dirigida por ningún partido revolucionario o movimiento. Fue, en su mayor parte, una reacción espontánea a las represiones sangrientas del día 26, y fue una expresión del odio que el pueblo había sentido durante largo tiempo hacia el antiguo régimen. Los símbolos del antiguo poder estatal fueron destruidos. Las estatuas zaristas fueron destrozadas o decapitadas. Una cámara cinematográfica filmó a un grupo de trabajadores que reían, mientras lanzaban la cabeza de piedra de Alejandro II al aire como si fuera una pelota de fútbol. Las comisarías de policía, los edificios judiciales y las prisiones fueron atacados. La multitud exigió una venganza violenta contra los oficiales del antiguo régimen. Los policías fueron perseguidos, linchados y asesinados brutalmente. Sorokin observó a un grupo de soldados golpeando a un policía con las culatas de sus revólveres y pateándole la cabeza con sus tacones. Otro fue lanzado a la calle desde la ventana de un cuarto piso, y cuando su cuerpo golpeó, sin vida, contra el suelo, las personas corrieron para patearle y golpearle con palos.

Una vez que quedó claro que la resistencia continuada estaba condenada al fracaso, muchos de estos policías intentaron entregarse en el Palacio de Táuride, donde la Duma y el Sóviet luchaban para restaurar el orden, en la creencia de que sería mejor ser encarcelado por el nuevo Gobierno que ser la víctima de esta «ley de las turbas» en las calles. Otros intentaron escapar de la capital, creyendo que sus posibilidades de supervivencia serían mejores en provincias. Dos fornidos policías fueron descubiertos dirigiéndose a la Estación de Finlandia vestidos con ropa de mujer. Su elevada estatura y su torpe modo de andar, y las pesadas botas de policía debajo de las faldas, revelaron su identidad a la multitud.[27]

II Revolucionarios reacios

«A los miembros del partido, la revolución nos pilló dormidos, igual que a las vírgenes necias del Evangelio», recordó Serguei Mstislavsky, uno de los dirigentes eseristas, en 1922. Prácticamente lo mismo se podía decir de todos los partidos revolucionarios en la capital. «No existieron dirigentes con autoridad en ninguno de los partidos —recordó Sujanov—. Todos estaban en el exilio, en prisión o en el extranjero.» Lenin y Martov estaban en Zúrich; Trotsky, en Nueva York; Chernov, en París. Tsereteli, Dan y Gots estaban en Siberia. Separados del pulso de la capital, los dirigentes no presintieron lo que Mstislavsky llamó «la tormenta que se acercaba en las olas siempre crecientes de los disturbios de febrero». Habiendo esperado toda la vida la revolución, no la supieron reconocer cuando llegó. El propio Lenin había pronosticado en enero que «nosotros, los hombres mayores, quizá no viviremos para ver la revolución venidera». incluso en una fecha tan avanzada como el 26 de febrero, Shliapnikov, el primer bolchevique de Petrogrado, había dicho en una reunión de socialistas en el piso de Kérensky: «Ni hay, ni habrá, una revolución. Debemos prepararnos para un largo período de reacción».[28]

En ausencia de los principales dirigentes del partido, la tarea de dirigir la revolución recayó sobre los hombros de los dirigentes secundarios. No sólo eran segundos en rango, sino también en categoría. Shliapnikov era un sindicalista experimentado y un trabajador del partido en la clandestinidad. Pero como político, en palabras de Sujanov, «era incapaz de captar la esencia» de la situación que se había creado. Sus ideas eran «clichés de antiguas resoluciones del partido». No se podía decir mucho más de los mencheviques de la capital. Chjeidze, el «Papa» de la revolución, era un afable y competente pero somnoliento georgiano, que, en palabras de Sujanov, «no pudo haber sido menos idóneo como dirigente de la clase obrera o del partido, y nunca llevó a nadie a ningún sitio». Skobelev, un diputado de la Duma de Bakú, era un intelectual provinciano, apto para una capital pequeña pero no a nivel nacional. Respecto a Sujanov, estaba en los márgenes de todas las facciones del partido, y era demasiado indeciso para declarar su punto de vista. Como demasiados dirigentes socialistas, siempre tendía a ver la política como intelectual en lugar de como político. Trotsky lo describió como «un observador concienzudo más que estadista, periodista más que revolucionario, racionalizador más que periodista,

era capaz de apoyar una concepción revolucionaria sólo hasta el momento en que era necesario llevarla a la práctica». N. D. Sokolov fue una figura fluctuante parecida, demasiado vago en sus creencias para pertenecer a ningún partido. Este abogado barbudo, con sus pequeños quevedos, se hubiera encontrado más a gusto en una biblioteca o en una sala de conferencias que entre las masas revolucionarias. Finalmente, los eseristas tampoco disponían de mejores dirigentes en la capital. Mstislavsky y Filipovsky eran lo más cercano a «hombres militares» de que disponía el Sóviet (Mstislavsky era un mero bibliotecario de la Academia Militar, pero Filipovsky era ingeniero naval), lanzados a posiciones de dirección para las que no eran idóneos, ni por sus temperamentos ni por sus habilidades. Zenzinov era un esbirro del partido.[29] Y respecto a Kérensky... hablaremos de él más adelante.

Estos dirigentes de segunda categoría estuvieron en la retaguardia durante los acontecimientos en los Días de Febrero. Telefonearon de un apartamento a otro intentando averiguar lo que estaba ocurriendo en las calles. El apartamento de Gorky en la Kronversky sirvió de central telefónica. Los dirigentes se reunían allí para intercambiar impresiones y hacer preguntas. Gorky mismo tenía conexiones por todo Petrogrado. Sólo el día 27, cuando la revolución ya se había convertido en un hecho real, los dirigentes del partido se lanzaron a la acción y asumieron la dirección del levantamiento en las calles. Fue un ejemplo clásico de: «Nosotros somos sus dirigentes, así que debemos seguirlos».

Todo estaba centrado en el Palacio de Táuride, sede de la Duma y ciudadela de la democracia. A primeras horas de la tarde del día 27, una multitud de veinticinco mil personas (muchas de ellas soldados de los cuarteles cercanos de Preobrazhensky y Volynsky) se habían reunido delante del palacio. Buscaban dirigentes políticos. Los primeros en aparecer fueron los mencheviques Jrustalev-Nosar (presidente del Sóviet de Petrogrado en 1905), Gvozdev y Bogdanov (dirigentes del grupo de los trabajadores), acompañados por la masa que acababa de liberarlos de la cárcel Kresty. En el palacio conocieron a Chjeidze, Skobelev y Kérensky, y después anunciaron a la muchedumbre reunida en el exterior que se había establecido un Comité Provisional Ejecutivo del Sóviet de Diputados de los Trabajadores. Hicieron un llamamiento a los trabajadores para que eligieran y mandaran a sus representantes a la primera asamblea del Sóviet prevista para esa noche. El llamamiento se imprimió en un improvisado primer número de *Izvestiia*, el único periódico que apareció ese día, y que circuló ampliamente por las calles.

A pesar de su nombre, hubo muy pocos trabajadores entre los cincuenta delegados votantes y los doscientos observadores apretujados en la sala 12, llena de humo, del Palacio de Táuride para esa primera sesión caótica del Sóviet. La mayoría de los trabajadores siguieron en la calle y, o bien estaban borrachos, o ignoraban por completo la existencia del Sóviet. Sus escaños fueron ocupados, en su mayoría, por intelectuales socialistas. Sokolov asumió la presidencia preliminar de la reunión, e inmediatamente procedió a organizar un comité ejecutivo de seis mencheviques, dos bolcheviques, dos eseristas y cinco intelectuales independientes. No fue tanto un ente democrático como uno autodesignado, compuesto por las varias facciones socialistas y después, superpuesto al Sóviet. Al día siguiente, cuando seiscientos diputados soviéticos fueron elegidos por los trabajadores y soldados de Petrogrado, se añadieron dos representantes adicionales de cada uno de los principales partidos socialistas (los trudoviki, los socialistas populares, los eseristas, el Bund, los mencheviques, el Grupo Interbarrio[66*] y los bolcheviques) al comité ejecutivo. El efecto fue fortalecer el ala derecha, la de aquellos que más se oponían a tomar el poder. La voz de los trabajadores, que pudieron haber exigido que tornaran el poder, no fue escuchada. No hubo ni un solo delegado de fábrica en el Sóviet Ejecutivo, un organismo que afirmaba representar a la clase trabajadora.

Chjeidze fue designado presidente con Skobelev y Kérensky como vicepresidentes. Pero, en realidad, no hubo ningún orden en la reunión. Llamaban a los miembros ejecutivos a cada minuto para reunirse con delegaciones en el exterior de la sala. El orden fue constantemente interrumpido por «anuncios urgentes» o «informes de emergencia». Todo tipo de grupos no elegidos (oficiales de correos y telégrafos, empleados de los *zemstvos*, representantes de médicos y profesores) exigieron la entrada y a veces pudieron entrar para declarar su fidelidad al Sóviet. Después estaban las delegaciones de los soldados, cuyas exigencias de tener la palabra para expresarse recibieron un caluroso recibimiento por parte de los delegados. Subidos sobre taburetes, fusil en mano, contaron en lenguaje simple lo que ocurría en sus guarniciones y declararon la fidelidad de sus regimientos al Sóviet. Los delegados quedaron encantados, y recibieron cada declaración con aplausos estruendosos. Se determinó, de forma unánime, incluso sin llevar a cabo un voto formal, crear un Sóviet unido, conocido en lo sucesivo como el Sóviet de Diputados de Trabajadores y Soldados de Petrogrado.

Para aquellos que habían deseado un auténtico Sóviet de trabajadores, esto fue,

en definitiva, el beso de la muerte. Organizados en sus pelotones y compañías, los soldados estuvieron con mucho en mejor posición que los trabajadores para elegir sus delegados al Sóviet. Con frecuencia, además, resultó que un pelotón de una docena de soldados aproximadamente, enviaba a su propio representante, que estaba en igualdad con uno que procediera de una fábrica con varios miles de obreros. Hubo poco control verdadero de los procedimientos de votación. El azul de las blusas de los trabajadores se perdía en el mar de uniformes grises cuando se celebró la primera sesión combinada del Sóviet en la Sala Catalina, al atardecer del día 28. De los tres mil delegados, más de dos tercios fueron militares, y esto en una ciudad donde los trabajadores superaban a los soldados en una proporción de tres o cuatro a uno. El hecho de que la mayoría de los soldados fueran campesinos puede ayudar a explicar la naturaleza caótica de las primeras sesiones, junto con la confusión general de los acontecimientos. «¡Una reunión de masas! Cualquiera que quiere se levanta y dice lo que quiere»; así describió un delegado la primera sesión. No hubo agendas formales, ni libro de actas ni procedimientos para tomar decisiones en el Sóviet. Cualquier decisión fue tomada mediante un debate abierto, con oradores en distintas partes de la sala, todos hablando a la vez, y aprobándose las resoluciones por aclamación general, de modo parecido a una asamblea de la aldea. Puesto que tal ente era incapaz de llevar a cabo ninguna labor constructiva, pronto asumió un papel puramente simbólico, mientras que las verdaderas decisiones eran tomadas por el ejecutivo y las camarillas del partido socialista a las que pertenecían la mayoría de sus miembros. Los trabajadores y los soldados que habían llevado a cabo la revolución, de hecho, habían perdido su voz política en favor de la *intelligentsia* socialista, que afirmaba hablar en su nombre.[30]

Mientras tanto, en el ala derecha del Palacio de Táuride los miembros de la Duma del Bloque Progresista y el consejo de ancianos se reunían para decidir si obedecer o no la orden del zar de la noche anterior para prorrogar la Duma, o si deberían desafiarla y situarse al frente del movimiento revolucionario. Los radicales y socialistas, cuyo portavoz era Kérensky, instaron a seguir la última alternativa. Pero a los más moderados miembros de la Duma, y a ninguno más que a Miliukov, que actuó como su «jefe», les aterraba, claramente, la visión de la multitud. Desde el interior del palacio, el ruido de las «turbas», como solían llamarlas, se hizo cada vez más fuerte y amenazador. Durante un tiempo, estos

moderados buscaron ganar tiempo, escondiéndose, de alguna manera, detrás de los gruesos volúmenes de derecho constitucional. Sería ilegal, pontificaron, usurpar los poderes del zar formando un gabinete por propia iniciativa; pero sería posible enviar un telegrama al soberano, solicitando su permiso para hacerlo. En el sentido estrictamente legal, había algo de lógica en este razonamiento: las masas en la calle no tenían ninguna autoridad para entregar el poder a la Duma, y cualquier Gobierno formado sobre esa base carecería de legitimidad. Pero tales sutilezas legales no eran lo más adecuado para el momento. Se trataba, después de todo, de una revolución, y todas las revoluciones, por naturaleza, son ilegales. El único verdadero poder (el poder de la violencia) se hallaba en las calles, y la negativa de los moderados de la Duma a reconocerlo fue un acto de cobardía y de falta de visión. Sin duda, temían que, si asumían el poder, las masas intentarían imponerles un programa socialista de reformas y paz. Dicho de otra manera: se resistieron a ponerse al frente de un Gobierno revolucionario, aunque acababa de producirse una revolución. Rodzianko, el presidente de la Duma (en sus propias palabras, «el hombre más gordo de Rusia»), seguía hablando en términos de un «Gobierno de confianza pública» que podía significar uno designado por el zar, en lugar de un Gobierno público o de la Duma.

No obstante, durante la tarde, cuando el Sóviet de Petrogrado empezó a perfilarse como rival del poder en el ala izquierda del palacio, doce miembros de la Duma del Bloque Progresista, junto con Kérensky y Chjeidze, dieron otro paso cauteloso hacia la asunción del poder. Formaron un Comité Temporal de Miembros de la Duma para la Restauración del Orden en la Capital y el Establecimiento de Relaciones con Individuos e Instituciones. Su largo nombre revelaba la timidez de sus intenciones. Era un organismo «privado» de miembros de la Duma, formado para ayudar a «restaurar el orden» en la capital, no un órgano de la Duma para la asunción del poder. Sólo más tarde esa misma noche, cuando estaba en sesión el pleno del Sóviet y llegaron los informes de que la capital se estaba hundiendo cada vez más en la anarquía, estos revolucionarios reacios, tras haber fracasado en un último esfuerzo por persuadir al gran duque Miguel para que se convirtiera en dictador, tomaron la iniciativa y se proclamaron investidos de autoridad. No había otra alternativa, aparte del poder del Sóviet.[31]

El 28 de febrero, por lo tanto, se habían perfilado dos centros rivales de poder: en el ala derecha del Palacio de Táuride, el comité temporal de la Duma, que

detentaba lo que más se aproximaba al poder formal, pero no tenía ninguna autoridad en la calle; mientras que el Sóviet, en el ala izquierda, tenía lo que más se aproximaba al poder en las calles, pero ninguna autoridad formal.

Mientras tanto, quedaban por librar algunas batallas. Aunque la multitud había capturado la mayor parte de la ciudad, seguía existiendo el peligro de que el general Jabalov pudiera aplastar el levantamiento con la ayuda de tropas del frente, como el zar había ordenado el día 27. «En términos militares convencionales —recordó Mstislavsky—, nuestra situación era bastante catastrófica. No teníamos ni artillería, ni ametralladoras; ni comandantes, ni comunicaciones de campaña», y si Jabalov atacaba con tropas disciplinadas, «teníamos las mismas posibilidades que una bola de nieve en el infierno». Todo dependía del espíritu luchador de los soldados amotinados y de su voluntad de ejecutar las órdenes del Sóviet. Muchos de los soldados parecieron tener menos interés en luchar que en «unirse al pueblo» y emborracharse. Shklovsky, que fue el encargado de proteger las estaciones de ferrocarril, encontró casi imposible convencer a las tropas que entraban a Petrogrado para que asumieran siquiera responsabilidades básicas de vigilancia. Toda la guardia de la estación Nikolaevsky, a donde llegaban los trenes vitales de Moscú, estaba compuesta por «un estudiante manco y un anciano oficial naval vestido con lo que parecía el uniforme de alférez». En el Palacio de Táuride, las cosas iban bastante mejor. El elegante palacio de Catalina la Grande se había convertido en el cuartel general del Petrogrado rojo. El Sóviet estableció una comisión militar que emitió órdenes a brigadas *ad hoc* situadas en puntos estratégicos en la ciudad. Cientos de soldados acampados en los corredores del Palacio de Táuride esperaban la orden de defender este bastión de la revolución. Linde, habiendo dejado su volumen de Haldane, tomó el mando de la guardia en las puertas. Habiendo sido elegido por su Regimiento de Finlandia para representarlo en el Sóviet, tuvo un motivo adicional para defender el palacio, fusil en mano. Ésa era la imagen del nuevo político armado. Provisiones y fusiles se amontonaban en las salas y corredores del palacio. En medio de la Sala Circular había una máquina de coser: nadie sabía como había llegado allí, o para qué servía. Quizás alguien previó una larga guerra y pensó que podía ser necesario para zurcir uniformes. Nabokov describió la escena dentro del palacio:

> Soldados, soldados y más soldados, con caras cansadas y desanimadas;

> en todas partes había señales de un campamento improvisado, basura, paja; el aire estaba espeso como una especie de densa niebla, había un olor a botas de soldados, tela, sudor; podíamos escuchar las voces histéricas de oradores que se dirigían a una reunión en la Sala Catalina; por todas partes había una confusión masificada y apresurada.[32]

Además, aún quedaban algunos problemáticos focos de resistencia en la capital: en el Palacio de invierno, en el edificio del alto estado mayor, en el Almirantazgo y en el hotel Astoria. Algunas de las luchas más sangrientas de toda la revolución ocurrieron en el hotel el día 28. Estaba lleno de oficiales de alto rango y sus familias y, cuando los francotiradores abrieron fuego desde el tejado sobre la multitud de abajo, los soldados revolucionarios acercaron tres ametralladoras montadas en coches blindados y empezaron a disparar a todas las ventanas. Simultáneamente, masas armadas tomaron por asalto el edificio, destrozando el lujoso interior, saqueando las tiendas de licores y registrando las habitaciones en busca de «contrarrevolucionarios». Varias docenas de oficiales fueron asesinados a tiros o con bayonetas. Hubo una larga batalla campal entre los candelabros y los espejos rotos del vestíbulo, y al final, según un testigo presencial, «la puerta giratoria se deslizaba sobre un charco de sangre».[33]

El objetivo principal de los dirigentes del Palacio de Táuride, tanto el ala izquierda como la derecha, fue restaurar el orden en las calles. Existía un peligro real de que la revolución degenerara en anarquía. Miles de trabajadores y soldados borrachos recorrían la ciudad saqueando tiendas, forzando las entradas de las casas, apaleando y robando a la gente en las calles. La lucha revolucionaria en contra de la policía y de los oficiales del Ejército se estaba deteriorando en un clima de violencia y venganza incontroladas. «Si no se detiene todo esto —advirtió un diputado en el Sóviet—, la revolución acabará en derrota y vergüenza.»

Una causa de preocupación fue la detención segura y ordenada de los ministros y oficiales zaristas. Al atardecer del día 27, el Consejo de Ministros había celebrado su última reunión en el Palacio Marinsky y entregó, formalmente, su dimisión al zar. Hubo un momento en la reunión en el que se apagaron las luces y se supuso que los revolucionarios estaban a punto de asaltar el palacio. De hecho, sólo fue un corte de luz. Cuando se volvieron a encender las luces,

pasados unos minutos, varios ministros se habían escondido debajo de la mesa. Unos cuatro mil oficiales del Gobierno zarista fueron prendidos por la multitud en los Días de Febrero, y la suerte de muchos de ellos no fue envidiable. El comité temporal de la Duma ordenó el arresto de todos los ex ministros y oficiales de alto rango, y su traslado a la Duma «para recibir justicia», en parte para salvarlos de los horrores de la «ley de la turba». Era apropiado y simbólico que Shcheglovitov, el anterior ministro de Justicia, fuera el primero en ser llevado por las masas al Palacio de Táuride. Allí se encontró con Kérensky, que en breve se convertiría en el siguiente ministro de Justicia, y que, claramente consciente de lo dramático de la situación, anunció al prisionero: «¡Ivan Grigorievich Shcheglovitov, quedas bajo arresto! ¡Tu vida no está en peligro!». Y después, con ironía, añadió: «¡Sepa que la Duma del Estado no derrama sangre!». Varios ex ministros incluso se entregaron a la Duma en lugar de correr el riesgo de ser capturados por las masas. Protopopov estuvo entre éstos. Intentó salvarse, entregando pruebas en contra del zar, y cuando esto fracasó, rompió a llorar y gimió patéticamente. Sujomlinov, el ex ministro de la Guerra, llegó el día 1 de marzo con su propia escolta armada, causando una salvaje excitación entre los soldados. A duras penas se les disuadió de ejecutarle en el acto. Pero sí lograron arrancarle sus charreteras, en señal de rechazo hacia el viejo orden militar.[34]

Todos estos oficiales caídos fueron detenidos en el pabellón ministerial del Palacio de Táuride y después transferidos a la fortaleza de San Pedro y San Pablo para ser interrogados y encarcelados. Se produjo una de esas pequeñas pero simbólicas ironías de la revolución: uno de los encargados de escoltar a los ministros a la fortaleza de San Pedro y San Pablo fue Viktor Zenzinov, quien había estado allí encarcelado. Recuerda lo que debió de ser una sensación muy extraña cuando, convertido ya en funcionario del Gobierno, llegó a las puertas de la prisión con Shcheglovitov, antiguo ministro de Justicia, pero que entonces sólo era otro «político»:

> Atravesamos en coche la entrada, dimos un giro o dos, pasamos por debajo del arco y paramos delante de la puerta. Estaban allí justamente los mismos guardias que yo recordaba de siete años atrás. Después salió a nuestro encuentro (casi no pude creer lo que veía) el capitán Ivanishin, el mismo capitán Ivanishin que siete años antes había dirigido el pabellón

> Trubetskoi, donde estaban los reclusos incomunicados, y donde yo había estado bajo su autoridad en una celda húmeda durante seis meses en 1910 [...]. Ahora, se estaba comportando educadamente conmigo. No tengo ninguna duda de que Ivanishin me reconoció inmediatamente, del mismo modo que yo le reconocí a él; pero no dio ninguna señal de ello.

A petición de Zenzinov, Kérensky ordenó la destitución de Ivanishin. Pero la orden no fue cumplida. Sólo más tarde, pasadas varias semanas, cuando fue encontrado culpable de aceptar sobornos de los ministros encarcelados, Ivanishin fue finalmente despedido.[35]

Una segunda causa de preocupación en el Palacio de Táuride fue cómo conseguir que las tropas volvieran a sus cuarteles. Esto era esencial para restaurar el orden. El día 28 la Comisión Militar, ahora bajo el control del comité temporal, ordenó a los soldados amotinados regresar a sus guarniciones y reconocer la autoridad de sus oficiales. Pero los soldados temían ser castigados por su participación en el motín, y exigieron garantías de su inmunidad antes de regresar. La mayoría de ellos desconfiaban del comité temporal (algunos lo llamaban «contrarrevolucionario» porque apoyaba a los oficiales) y pidieron protección al Sóviet. El resultado fue la Orden Número 1, quizás el documento de mayores consecuencias redactado como consecuencia de la Revolución de Febrero. Fue una lista de las demandas y condiciones de los soldados para su regreso a las guarniciones. Estableció la constitución de comités de soldados como contrapeso democrático a la autoridad de los oficiales. Declaró que los soldados reconocerían sólo la autoridad del Sóviet de Petrogrado, y que las órdenes de la Comisión Militar de la Duma se ejecutarían sólo en la medida en que no estuvieran en conflicto con las del Sóviet. Cuando no estaban de servicio, los soldados debían disfrutar de los derechos de los ciudadanos, incluyendo el derecho de no saludar a sus oficiales. La descortesía de los oficiales hacia los soldados, incluyendo el uso del familiar «tú» *(tyi)*, asociado con los niños y los siervos, sería, en lo sucesivo, prohibida por considerarse un insulto hacia la dignidad del soldado. Los títulos honoríficos de los oficiales, tales como «su excelencia» y «honorable», que los soldados campesinos en particular rechazaban como vestigios de la servidumbre, serían reemplazados con nuevas y democráticas formas de denominación, como «señor general» o «señor coronel».

La Orden fue una creación popular en el sentido pleno del término. Sujanov

observaba mientras Sokolov se sentaba a una mesa, rodeado por soldados, de pie, sentados y apoyados en la mesa, que medio dictaban y medio sugerían a Sokolov lo que tenía que escribir [...]. No había agenda ni discusión de ningún tipo, todos hablaban, y todos estaban totalmente absortos en el trabajo, formulando su opinión colectiva sin ninguna votación [...]. Cuando se hubo terminado el trabajo, pusieron de encabezamiento en la hoja: Orden Número 1.

Unos pocos minutos más tarde, la Orden fue leída ante el Sóviet, reunido en la Sala Catalina, y aprobada unánimemente con el aplauso estruendoso de los soldados. Este documento crucial, que hizo más que cualquier otra cosa para destruir la disciplina del Ejército, y por tanto contribuyó a llevar a los bolcheviques al poder, había tardado sólo unos minutos en ser aprobado.[36]

Mientras que los dirigentes del Sóviet querían restaurar el orden, la mayoría de ellos no tenían intención de asumir el poder. Toda la base de su estrategia fue presionar a los dirigentes de la Duma para que formaran un «Gobierno burgués». De este modo, se produjo lo que Trotsky llamó más tarde la «paradoja» de febrero: que una revolución realizada en las calles tuvo como resultado un Gobierno creado en los salones. Ésta fue una pauta que se repitió a lo largo de la política de 1917: hubo varios momentos (febrero, abril, julio y septiembre) en que los dirigentes del Sóviet pudieron haber tomado el poder, cuando, de hecho, las masas salieron a las calles con la expresa demanda de que hicieran precisamente eso; pero en cada ocasión rehuyeron las responsabilidades de Gobierno. De este modo, perdieron su oportunidad para resolver la revolución de una forma democrática y socialista. Los bolcheviques cosecharon los beneficios.

¿Cómo podemos explicar este fracaso político? En el contexto de febrero, que determinó buena parte de la política posterior, se produjeron tres líneas principales de razonamiento.

En primer lugar, existía el problema del dogma del partido. Tanto mencheviques como eseristas se adhirieron rígidamente a la creencia de que en un país atrasado de campesinos como Rusia, tendría que producirse una «revolución burguesa» (lo que significaba un largo período de capitalismo y democracia) antes de que la sociedad rusa, y la clase obrera en particular, estuviera lo suficientemente avanzada para la transición a un orden socialista. Como expresó Plejanov una vez, aún no había suficiente levadura proletaria en la masa campesina de Rusia para hacer el pastel del socialismo. En el caso de los

mencheviques, esta creencia en la revolución en dos etapas procedía de la teoría marxista; y en el caso de los eseristas, en gran parte de los mencheviques. La creencia se basaba en dos suposiciones, ambas con un sentido abstracto, pero que se derrumbaban en cuanto se aplicaban al mundo real. Fue un intento de imponer dogmas occidentales del siglo XIX sobre las realidades de la Rusia del siglo XX. Por ejemplo, se dijo que los campesinos (y las provincias en general) no tolerarían un Gobierno socialista en las ciudades porque sentían demasiado apego por lo que los mencheviques llamaron sus «nociones pequeñoburguesas» de propiedad privada. Como resultado, una revolución socialista urbana, o bien se moriría de hambre, como la Comuna de París, o, incluso peor, sería vencida por una contrarrevolución campesina, como la Vendée o los ejércitos monárquicos europeos en 1849. Pero, en realidad, los campesinos rusos ansiaban una revolución social todavía más que, supuestamente, los trabajadores. Todo lo que querían era la tierra y, si el «socialismo» significaba entregar la tierra a los campesinos, entonces eran «socialistas». Esto significó, y los eseristas tenían que haberse dado cuenta de ello, que los campesinos no se unirían a una contrarrevolución mientras ello significara (y así fue casi forzosamente en Rusia) una restauración de la clase acomodada en la tierra. También se decía que las masas eran demasiado analfabetas e inexpertas políticamente para asumir las tareas de Gobierno, y hasta que no se remediara esto, el apoyo y la dirección de las clases educadas seguiría siendo esencial. Los sóviets, como organismos basados en clases, podían representar un papel en el gobierno local, pero les faltaban medios para dirigir el Estado. Lo que se necesitaba en esta preparación para la transición al socialismo era que las masas pasaran por la escuela de la democracia; lo cual, para los trabajadores en particular, significaba seguir el ejemplo de los movimientos obreros europeos, y eso sólo podría lograrse dentro de un marco liberal de libertad política. Pero esto también era imponer un modelo occidental de democracia en un país que carecía de base para ello. La «democracia directa» de los Sóviets estaba mucho más cercana a la experiencia de las masas rusas (era una reminiscencia de la comuna campesina), y podía haber servido de punto de partida para un nuevo tipo de orden democrático, uno mucho más descentralizado que la democracia liberal de Occidente, con tal de que los sóviets se combinaran de alguna manera con los cuerpos representativos más amplios (como las Dumas de ciudad, los *zemstvos* y la Asamblea Constituyente) en un marco político nacional.

Sin duda, la rígida adhesión de los dirigentes del Sóviet a este dogma fue, en

parte, el resultado de su propia virginidad en el Gobierno. Los dirigentes burgueses tenían años de experiencia en asuntos legislativos, o bien en la Duma o bien en los *zemstvos*. Pero los socialistas no tenían ninguna experiencia real de trabajo gubernamental, sólo los largos y estériles años de política en la oposición semilegal y la clandestinidad. Además, sus dirigentes de partido aún estaban todos en el exilio, y se podía haber considerado una «revuelta de coroneles» si hubieran asumido el poder. No obstante, ¿tenía esto que haber sido realmente un obstáculo? Aun con todos sus pronunciamientos de «principios» y de «ideología», al final fueron sus instintos y su temperamento los que impidieron que los dirigentes del Sóviet tomaran el poder. Habían estado tanto tiempo en la oposición hostil a toda la autoridad gubernamental que muchos de ellos no pudieron, de repente, convertirse en estadistas, o ni siquiera pensar en ellos mismos como tales. Se aferraron a los hábitos y a la cultura de la clandestinidad revolucionaria, prefiriendo la oposición al Gobierno.

En segundo lugar, los dirigentes del Sóviet tuvieron miedo de que el resultado pudiera ser una contrarrevolución, quizás incluso una guerra civil, si asumían el poder. La situación era extremadamente inestable; aún no estaba claro si Alexeev y los comandantes del frente obedecerían las órdenes del zar de dominar la revolución en la capital, ni tampoco si la revolución se extendería a las provincias y a las fuerzas en el frente. Tal como salieron las cosas, pronto quedó claro que los dirigentes del Sóviet habían sobreestimado el peligro real de una contrarrevolución. Casi inmediatamente, Alexeev anuló la expedición prevista para dominar la revolución en la capital, en parte porque se aseguró de que los dirigentes de la Duma, y no los socialistas, asumirían el poder, y en parte porque se dio cuenta de que usar las tropas para esto significaría correr el riesgo de que el motín se extendiera al Ejército en el frente. Además, no pasó mucho tiempo antes de que la revolución se extendiera a la base naval de Kronstadt, a varias guarniciones y a la misma Moscú. Al cabo de pocos días caería la monarquía, junto con su aparato provincial, mientras que el Ejército y la Iglesia declararían su apoyo a la revolución. Por supuesto, nada de esto estaba claro todavía el día 1 de marzo. La rapidez con que transcurrieron los acontecimientos tomó a todos por sorpresa. Yuri Steklov, uno de los dirigentes del Sóviet, explicaba en abril de 1917:

> En el momento en que se debatía este acuerdo [formar el Gobierno

> provisional], no estaba nada claro si la revolución iba a salir victoriosa, bien de forma revolucionaria-democrática o incluso de forma moderada-burguesa. Aquellos de vosotros, camaradas, que no estuvisteis aquí en Petrogrado y no experimentasteis esta fiebre revolucionaria no os podéis imaginar cómo vivíamos... Esperábamos a cada minuto que llegarían [las tropas leales al zar].[37]

No obstante, probablemente es justo decir que, en su evaluación de la situación, los dirigentes del Sóviet se dejaron de nuevo influir excesivamente por la experiencia de la Europa del siglo XIX. Todos los socialistas estaban inmersos en la historia de las revoluciones europeas. Interpretaron los acontecimientos de 1905 y 1917 en términos de la historia de 1789, 1848 y 1871,y ello los llevó a creer que, inevitablemente, debía producirse una contrarrevolución a continuación.

Finalmente, los dirigentes del Sóviet no estuvieron siquiera seguros de su propia autoridad sobre la muchedumbre de la calle. Se habían escandalizado de la violencia y el odio, los saqueos anárquicos y el vandalismo evidenciados por las multitudes en los Días de Febrero. Tuvieron miedo de que, si asumían el poder, si ellos mismos se convertían en «el Gobierno», toda la ira incontrolada pudiera dirigirse contra ellos. Mstislavsky afirmó que «desde las primeras horas de la revolución» la vasta mayoría de los dirigentes del Sóviet estuvieron unidos a los miembros del comité temporal «por una sola característica que determinó todo lo demás: su temor de las masas»:

> ¡Oh, cómo temían a las masas! Mientras observaba a nuestros «socialistas» hablando con las multitudes [...] pude sentir su miedo nauseabundo [...]. Sentí el temblor interior y el esfuerzo de voluntad que requería no bajar la mirada ante los ojos confiados y desorbitados de los trabajadores y soldados reunidos alrededor de ellos. Tan recientemente como ayer, había sido relativamente fácil ser «representantes y dirigentes» de los trabajadores; los pacíficos socialistas del parlamento aún podían pronunciar las palabras más espeluznantes «en el nombre del proletariado» sin siquiera pestañear. No obstante, se convirtió en una historia distinta cuando el proletariado teórico apareció de repente, con el poder pleno de la carne exhausta y la sangre amotinada. Y cuando la

> naturaleza verdaderamente elemental de esta fuerza, tan capaz de crear como de destruir, se hizo tangible, incluso para el observador más insensible; entonces, casi involuntariamente, los labios pálidos de los «dirigentes» empezaron a pronunciar palabras de paz y compromiso en lugar de las arengas de ayer. Se asustaron, ¿y quién podía culparlos?[38]

En verdad, ¿quién podría? Además, este miedo también era sintomático de una cobardía generalizada respecto a las responsabilidades del poder. Fue una abdicación del arte de gobernar. Años más tarde, Tsereteli dijo que en febrero los dirigentes del Sóviet habían sido infantiles e irresponsables. Muchos de ellos dieron la bienvenida al sistema de poder dual, la fuente de las debilidades políticas crónicas de Rusia en 1917, porque los colocó en una buena posición. Se les dio poder sin responsabilidad, mientras que el Gobierno provisional tuvo responsabilidad sin poder.

Para la mayoría de los dirigentes del Sóviet, hubo un factor especial que hizo que la negociación de un Gobierno de la Duma fuera un asunto de la máxima urgencia. El día 1 de marzo, la minoría izquierdista del Ejecutivo soviético (tres bolcheviques, dos eseristas de izquierdas y un miembro del grupo interbarrio) exigió la formación de un «Gobierno revolucionario provisional» basado en los Sóviets. Esta resolución fue apoyada por el comité bolchevique en el distrito de Vyborg, el más proletario de Petrogrado. Existía, por tanto, una amenaza real de que, a menos que la mayoría soviética impusiera un Gobierno a los dirigentes de la Duma, la calle pudiera imponerles un Gobierno.

Alrededor de medianoche, el 1 de marzo, una delegación soviética (Sujanov, Chjeidze, Sokolov y Steklov) pasó del ala izquierda a la derecha del Palacio para empezar negociaciones para formar un Gobierno con el comité temporal de la Duma. «No existía el mismo caos y confusión aquí que entre nosotros —recordó Sujanov—, pero no obstante, la sala daba una impresión de desorden: estaba llena de humo y sucia, había colillas, botellas y vasos sucios desparramados por el suelo. También había innumerables bandejas, tanto vacías como con comida de toda clase, lo que hizo que nuestros ojos brillaran, y que la boca se nos hiciera agua.» Sujanov y Miliukov, «el jefe del ala derecha», fueron los más locuaces. El enorme Rodzianko, presidente de la Duma, estaba en una esquina, malhumorado bebiendo un refresco. Ni Lvov ni Kérensky, el primero y el último primer ministro del Gobierno provisional, respectivamente, tuvieron una sola palabra

que decir respecto a su establecimiento.

La Duma y el Sóviet quedaron agradablemente sorprendidos por las coincidencias que existían entre ellos. Ambos habían acudido preparados para una batalla intensa. Pero, de hecho, sólo hubo un verdadero punto de conflicto: Miliukov quería conservar la monarquía, aunque con Alexis como zar y el gran duque Miguel actuando como regente. Chjeidze señaló que la idea era «no sólo inaceptable, sino también utópica, a juzgar por el odio generalizado hacia la monarquía que existía entre la masa del pueblo». Pero Miliukov no se mostró intransigente respecto a este punto, para lo cual contaría con poco apoyo entre el resto de los dirigentes de la Duma, y al final se acordó dejar sin decidir la forma de Gobierno hasta la convocatoria de una Asamblea Constituyente. Aparte de eso, había poco que discutir. Todos coincidieron en la necesidad de restaurar el orden y de formar un Gobierno de la Duma.

Se terminaron las negociaciones a primera hora de la mañana. A los «grupos burgueses», como los denominaba Sujanov, se les dejaría formar un Gobierno «a la vista de que esto era lo apropiado de acuerdo con la situación general y convenía a los intereses de la revolución». Pero el Sóviet, «como único organismo que detentaba un verdadero poder», impuso, como condición para prestar su apoyo, los siguientes principios de Gobierno:

1. Amnistía inmediata para todos los presos políticos.
2. Concesión inmediata de libertad de expresión, prensa y reunión.
3. Abolición inmediata de todas las desigualdades basadas en la clase, la religión y la nacionalidad.
4. Preparación inmediata de la convocatoria de una Asamblea Constituyente, elegida mediante sufragio que cumpliera con cuatro requisitos (universal, directo, secreto, e igual), para determinar la forma de Gobierno y la constitución del país.
5. Abolición de todos los cuerpos de policía y, en su lugar, creación de una milicia del pueblo con oficiales elegidos, responsables ante los organismos del gobierno local.
6. Elecciones a estos organismos cumpliendo con los cuatro requisitos.
7. Garantía de que las unidades militares que tomaron parte en la revolución ni serían desarmadas, ni enviadas al frente.
8. Reconocimiento de plenos derechos civiles para los soldados de permiso.

No se hizo ninguna mención de los dos temas básicos (la guerra y la tierra) donde los objetivos de los dirigentes soviéticos chocaban directamente con los de la Duma. Debido a los amargos conflictos políticos que surgieron más tarde respecto a ambos temas (y que provocaron la caída de los primeros tres gabinetes), se trató, quizá, de un error crucial.

Esta, pues, era la estructura del sistema doble de poder. El Sóviet apoyaba al Gobierno provisional sólo «en la medida en que» *(postol'ku poskol'ku),* citando la famosa frase, se adhiriera a estos principios soviéticos y actuara como el «vigilante» del Gobierno para asegurarse de que así se hacía. El efecto fue paralizar al Gobierno provisional, porque no podía hacer nada sin el apoyo del Sóviet. No obstante, a la vez, las condiciones del Sóviet crearon un clima de tal libertad incontrolada que se produjo una tremenda necesidad de un Gobierno más fuerte. Como dijo Lenin, Rusia se había convertido en «el país más libre del mundo», y él fue el primero en explotarlo.

El nuevo Gabinete fue escogido por Miliukov el 2 de marzo, y su nombramiento, publicado en los periódicos al día siguiente junto con un llamamiento soviético («¡A los camaradas y los ciudadanos!») en favor del orden y del apoyo del pueblo al Gobierno. Para la multitud congregada en el exterior del Palacio de Táuride, los nombres de sus nuevos gobernantes eran, en su mayor parte, desconocidos. Todos ellos procedían de la elite de los propietarios. La mayoría había sido nombrada en los varios «ministerios de confianza» propuestos por los círculos liberales de oposición desde 1915. De los doce, ocho eran diputados de la cuarta Duma (y dos más de Dumas anteriores), siete eran miembros del Zemgor o del Comité de Industrias de guerra, mientras que seis pertenecían a círculos masónicos,[67*] cuyo papel exacto en la Revolución de Febrero ha sido durante mucho tiempo tema de especulación histórica, pero de escasas conclusiones.

El príncipe Lvov, primer ministro y ministro del Interior, reunía todas estas características. Su trabajo en tiempo de guerra en los *zemstvos* le había granjeado el respeto universal entre las clases educadas liberales. Le había convertido en una figura verdaderamente nacional, y esto permitió al Gobierno por lo menos pensar que se sustentaba en algo más amplio que la Duma. Además, Lvov era un buen trabajador en equipo, un hombre de gran capacidad práctica y sin grandes afiliaciones de partido, y esto encarnaba el espíritu de coalición que el Gobierno

afirmaba apoyar. Éste no fue un Gobierno de partido único (abarcaba desde los octubristas hasta los eseristas), sino un Gobierno de salvación nacional. Este aspecto pluripartidista, junto con la suavidad general de su carácter, convirtió a Lvov en la figura ideal para conciliar a los que verdaderamente gestionaban el poder en su Gabinete (Miliukov y Kérensky), que, de lo contrario, se habrían enfrentado y habrían dividido al Gobierno desde el principio. Cada uno de ellos estaba dispuesto a aceptar a Lvov, aunque fuera sólo porque evitaba que el otro se convirtiera en primer ministro. No obstante, cuando se anunció el nombre de Lvov a la multitud, algunos gritaron: «¡La clase privilegiada!». Un soldado gritó: «¿Me quieres decir que lo único que hemos hecho es cambiar a un zar por un príncipe?».

El nombre de Tereshchenko, el nuevo ministro de Finanzas, fue saludado por la multitud con sonoras carcajadas. «¿Quién es Tereshchenko?», preguntaba la gente. Y hacían bien en preguntar. Incluso los periódicos sabían poco de él. Todo lo que podían decir era que venía de Ucrania, tenía ventinueve años y era multimillonario. Shingarev, el ministro de Agricultura, había surgido de la misma oscuridad. Médico en provincias y miembro kadete de la Duma, incluso sus amigos más íntimos no tuvieron más remedio que reconocer que era poco más que una mediocridad decente. Tampoco se sabía mucho más de Konovalov (Comercio e Industria), Nekrasov (Transporte) o Manuilov (Educación), aunque Guchkov (Guerra y Marina) y Miliukov (Exteriores) eran ciertamente nombres conocidos y parecían, al principio, contar con la aprobación general.[40]

Sólo el nombre de Kérensky, el único socialista del gabinete, contó con la aprobación de la multitud. «La mayoría de los soldados —recordaba Stankevich — consideraba que Kérensky era "su" ministro.» Como vicepresidente de la Ejecutiva soviética, nunca debió aceptar, y mucho menos solicitar, la cartera de ministro de Justicia. Porque era la política oficial del Sóviet no entrar en el Gobierno. Chjeidze ya había rechazado la oferta del Ministerio de Trabajo. Pero Kérensky estaba empeñado en convertirse en ministro. Joven y ambicioso (tenía sólo treinta y cinco años), Kérensky estaba convencido de estar llamado a la grandeza, y no pudo dejar pasar semejante oportunidad. En los días anteriores, había sido una figura clave entre bambalinas. Sólo él pertenecía a la Ejecutiva soviética y al comité temporal de la Duma. Había corrido de un ala del Palacio de Táuride a la otra, haciéndose indispensable en ambas. No obstante, quedaba claro dónde tenía sus simpatías: la mayor parte de su tiempo la había pasado en el ala derecha, y sólo rara vez acudió al Sóviet para pronunciar algún discurso

grandilocuente acerca de «la revolución del pueblo». No se aventuró a salir a las calles ni una vez. Aunque estaba convencido de que era socialista, Kérensky era, de hecho, un burgués radical, un diputado de la Duma y un abogado democrático, vestido de «hombre del pueblo». Oficialmente pertenecía al Partido Trudovik. Más tarde, cuando resultó conveniente, se unió a los eseristas. Pero en su corazón, no era socialista. En la Duma siempre llevaba chaqué con camisa y cuello almidonados, aunque cuando hablaba en el Sóviet se quitaba el cuello y el chaqué para parecer más «proletario». No era un revolucionario. Era alguien, como dijo Trotsky, que sólo «rondaba la revolución».

A primeras horas de la tarde del 2 de marzo, Kérensky entró en el Sóviet para pronunciar el que fue, quizás, el discurso más importante de su vida. Necesitaba a la asamblea para que ratificara su decisión, adoptada esa misma mañana sin consulta previa, de aceptar el Ministerio de Justicia. «¡Camaradas! ¿Confiáis en mí?», preguntó en una voz cargada de patetismo teatral. «¡Sí, confiamos! ¡Sí, confiamos!», gritaron los delegados. «Hablo, camaradas, con toda mi alma, desde lo más hondo de mi corazón, y si hace falta demostrároslo, si no confiáis en mí, entonces estoy preparado para morir.» Una oleada de emoción recorrió la sala. Los delegados rompieron a aplaudir durante un tiempo prolongado: lo ovacionaron todos puestos en pie. Aprovechando esta oportunidad, Kérensky afirmó que había sido obligado a aceptar la cartera, puesto que los ministros zaristas «estaban en mis manos, y no podía dejarlos escapar». Les anunció que su «primer acto» en calidad de ministro de Justicia había sido ordenar la liberación inmediata de todos los prisioneros políticos y los preparativos para que se les tributara un recibimiento de héroes a su regreso a la capital. Los delegados se vieron desbordados por la emoción y respondieron con un aplauso estruendoso. Kérensky volvió a preguntarles si aprobaban su decisión de unirse al Gobierno, y anunció su intención de dimitir del Sóviet si la respuesta era negativa. Pero con gritos enfervorizados de «¡Sí, lo aprobamos! ¡Sí, lo aprobamos!», y sin ninguna votación formal, sus acciones fueron ratificadas. Fue un brillante *coup de théatre*. Lo que pudo haber sido su fracaso se había convertido, de hecho, en su triunfo. Kérensky era el único político con un puesto tanto en el Gobierno como en el Sóviet. Era el dirigente indiscutible del pueblo.[41]

Éste iba a ser el principio del «culto a Kérensky». Su popularidad era verdaderamente enorme. «Sólo hay un nombre que une a todos —escribió Gippius el 1 de marzo—, y ése es el nombre de Kérensky.» Durante las primeras

semanas de la revolución, los trabajadores en las fábricas, los marineros en los barcos y los soldados en los cuarteles harían la pregunta: «¿Qué tiene que decir Alejandro Fedorovich?», e invariablemente la respuesta sería la última palabra en cualquier discusión. Kérensky era el ser querido de la *intelligentsia* democrática. «Queríamos a Kérensky —recordó Gippius—. Había algo vivo, algo parecido a un pájaro y algo infantil en él.» Con su cara pálida y joven, sus ojos brillantes y penetrantes y sus maneras nerviosas, era la imagen perfecta del estudiante radical.

Esta casi universal adulación no puede explicarse en términos de las virtudes convencionales de un político. De éstas, Kérensky tenía pocas. Su trayectoria en la Duma no había sido especialmente distinguida; le faltaba la estatura de Miliukov y el estilo de Maklakov o Fedor Rodichev. Y había otros abogados mejor cualificados para ser nombrados ministro de Justicia. Pero Kérensky era el hombre ideal para febrero. Como dijo Gippius: «Es el hombre adecuado en el lugar adecuado». Por ejemplo, era un gran orador, no tanto en el contexto parlamentario, que exigía elocuencia y equilibrio intelectual, sino en el sentido de que podía entusiasmar a las multitudes. Sus discursos eran apasionados y emocionantes. No entraban en la política concreta, sino que se centraban en los principios morales y los valores espirituales. A menudo parecían más las prédicas de un sacerdote que los consejos de un político. En su juventud, Kérensky quiso ser actor. Sus discursos estaban repletos de patetismo dramático, gestos teatrales e incluso desmayos (éstos eran auténticos, pero Kérensky logró que coincidieran con el punto culminante de su discurso). Todo esto tocaba las cuerdas sensibles de su audiencia. Kérensky expresó y llegó a representar el sentimiento de unidad nacional, la resurrección del pueblo, que es lo que se suponía que tenía que ser la Revolución de Febrero. Le llamaron el «poeta de la libertad», el «corazón de la nación», el «espíritu del pueblo», el «salvador de la patria», y el «primer amor de la revolución».[42]

Quizá no resulta sorprendente que semejante culto a la personalidad apareciera en estos primeros días eufóricos de la revolución. La gente se enamoró de «la revolución», y esto se transmitió a su «dirigente», Kérensky. Las instituciones, la psicología, incluso el lenguaje de la democracia aún tenían que enraizarse en la Rusia políticamente virgen. La mayoría de la gente seguía con una concepción de la política en términos monárquicos. Ésta, después de todo, era una tierra de zares. Incluso antes de la abdicación de Nicolás, el pueblo ruso tenía su nuevo «zar».

III Nicolás el Ultimo

Diario del zar, 26 de febrero, 1917:

> A las diez he ido a misa. Los informes llegaron a tiempo. Había mucha gente en el desayuno, incluyendo a todos los extranjeros. Escribí a Alix y di un paseo cerca de la capilla junto al camino Bobrisky. El tiempo era agradable y fresco. Después del té, leí y hablé con el senador Tregubov hasta la cena. Por la noche jugué al dominó.

Mientras Petrogrado se hundía en el caos y la monarquía se tambaleaba al borde del abismo, Nicolás continuaba con las rutinas pacíficas de su vida en Stavka. Allí, en palabras de uno de los miembros de su séquito, «los días se sucedieron como gotas de agua». A juzgar por sus cartas, le preocupaba más el sarampión de dos de sus hijas que los últimos informes de los disturbios en la capital. Es cierto que Jabalov no le había informado de la gravedad de la situación. Pero ¿la verdad hubiera significado alguna diferencia? Es dudoso. En la mañana del día 27 llegó un telegrama del presidente de la Duma informando al zar de la situación real e implorándole que «tomara medidas inmediatas», porque «mañana será demasiado tarde». Nicolás ojeó el mensaje y volviéndose hacia el conde Fredericks, exclamó: «Rodzianko, ese tipo gordo, me ha escrito de nuevo con todo tipo de disparates, los cuales ni siquiera me voy a molestar en contestar».

Desde la muerte de Rasputin, Nicolás había dado la espalda a la capital y se había refugiado en las tranquilas rutinas diarias de la Stavka y de su vida familiar en Tsarskoe Selo. Más que nunca, vivía en un mundo formado por sus propias ilusiones, rodeado de lacayos de la corte que halagaban sus fantasías de poder patrimonial. Durante las últimas semanas de su reinado, numerosos consejeros le rogaron que nombrara un nuevo Gobierno de confianza responsable ante la Duma. Pero ninguno pudo resquebrajar el muro de indiferencia que Nicolás había construido alrededor de sí mismo. No obstante, tras la apariencia exterior de calma, atravesaba claramente por una profunda crisis interna. Kokovtsov, que

no había visto al zar en un año, le encontró «irreconocible» a principios de febrero. Estaba convencido de que se encontraba «al borde de una crisis mental». Paléologue quedó igualmente impresionado por los «rasgos graves y cansados y la mirada distante y furtiva, la impenetrabilidad de sus pensamientos y la cualidad completamente vaga y enigmática de su personalidad». Todo ello confirmó la noción sostenida durante largo tiempo por el embajador francés «de que Nicolás II se encuentra agobiado y dominado por los acontecimientos, que ha perdido toda fe en su misión o en su trabajo, y que él, por así decirlo, ha abdicado interiormente y se ha resignado al desastre».[44] Fue como si su crisis mental se debiera al descubrimiento de que el camino autocrático que había seguido durante veintidós años había terminado, llevando a su dinastía al borde del desastre, y que el consejo que todos le daban en estas circunstancias, que salvara su trono entregando el poder ejecutivo a la Duma, era algo que simplemente no podía hacer. Había dedicado toda su vida al mantenimiento de la autocracia, y cuando se dio cuenta de que la situación era insostenible, parecía renunciar a la vida por completo. Ésta era la raíz de su notorio fatalismo durante los días previos a su abdicación.

La noche del día 27, finalmente llegó al zar la noticia del motín en Petrogrado. Ordenó al general Ivanov, a quien en ese momento nombró para reemplazar a Jabalov como jefe del distrito militar de Petrogrado, que enviara una fuerza de tropas de castigo a la capital y estableciera allí una dictadura. El propio Nicolás emprendió viaje esa noche en tren a Tsarskoe Selo, haciendo caso omiso de las objeciones de Alexeev de que así sólo obstaculizaría la contrarrevolución y podría poner en peligro su vida. Su única preocupación, según parece, era reunirse con su esposa e hijos. El tren imperial no se dirigió directamente al norte, porque las tropas de Ivanov se movían en esa línea, sino que tuvo que desviarse hacia el este, llegando a Malaya Vishera, a unos doscientos kilómetros al sureste de la capital, en la madrugada del 1 de marzo. Allí no pudo continuar, pues más adelante la línea había sido tomada por los revolucionarios; así que se dirigió hacia el oeste, hacia Pskov, adonde llegó a las siete de la tarde del 1 de marzo. Debido a que la organización había sido apresurada, no hubo ninguna ceremonia formal de bienvenida para el zar en la población donde estaba destinado a renunciar al trono. El general Ruszky, comandante del frente del norte, llegó tarde para recibirle en la estación. Llevaba puestas unas botas de goma.[45]

No obstante, a estas alturas, varios acontecimientos socavaban los planes de

una contrarrevolución. Por ejemplo, las últimas fuerzas leales que quedaban en la capital habían fracasado rotundamente en su intento de organizar la resistencia. Al general Jabalov le faltaba valor para una lucha seria, y no hizo casi nada, aunque todavía había mucho que podría haber hecho. Desde el Almirantazgo, donde él y su séquito se habían refugiado, había un camino directo hacia las tres estaciones de ferrocarril (la del Báltico, la de Varsovia y la de Nikolaevsky); tropas leales, enviadas desde el frente, podían haber conseguido atravesar, luchando, las líneas. Pero Jabalov ni siquiera pensó en ello. Bebiendo coñac para evitar que le temblaran las manos, se limitó a escribir una proclama en la que declaraba lo obvio: que la ciudad se encontraba en estado de sitio. Pero no había nadie con la valentía, o por los menos con brochas y cola, para fijar la versión impresa por las calles. En lugar de eso, se tiraron las octavillas desde las ventanas del Almirantazgo, y la mayoría cayeron al jardín. Los esfuerzos de los hombres de Jabalov para enlazar con las fuerzas leales en otras partes del centro de la ciudad terminaron en una farsa similar. Un destacamento se abrió paso, luchando, hasta el Palacio de Invierno, sólo para que el comandante del palacio le ordenara retirarse, escandalizado ante la visión de las botas sucias de los soldados en sus suelos recién pulidos. Más tarde, resultó que el gran duque Miguel, que había estado en el palacio, ordenó que los soldados se retiraran porque tuvo miedo de que pudieran dañar la porcelana china. ¡Y por eso perdió un imperio! Desmoralizados y sin alimentos durante varios días, la mayoría de los soldados se pasaron al lado del pueblo en lugar de volver al Almirantazgo.

Otro acontecimiento que frustró los planes de una contrarrevolución el 1 de marzo: Las tropas de Ivanov llegaron a Tsarskoe Selo y descubrieron que el motín se había extendido incluso a la Guardia imperial, destinada allí. Algunas de las mismas tropas de Ivanov habían empezado a mostrar señales de descontento, contestando «de forma hosca» cuando la emperatriz se dirigió a ellos durante una revista. Mientras tanto, en Petrogrado, el comité temporal había resuelto que Nicolás tenía que abdicar. A primera hora de la mañana del 2 de marzo, Guchkov y Shulguin partieron para Pskov con instrucciones de imponer la abdicación y asegurar el cumplimiento de la Ley de Sucesión con Alexei como zar y el gran duque Miguel como regente. Mientras tanto, a Rodzianko, que aún abrigaba esperanzas de persuadir al zar para que realizara concesiones, le impidió marcharse un bloqueo ferroviario llevado a cabo por el Sóviet.[46]

Pero el acontecimiento más importante fue la decisión del general Alexeev, como comandante en jefe en funciones, de ordenar detener la expedición contrarrevolucionaria. Una de las razones de esta decisión crucial fue la garantía que Rodzianko había dado a Alexeev el 1 de marzo de que los dirigentes de la Duma, y no los del Sóviet, formarían el nuevo Gobierno en Petrogrado. El propio Alexeev, durante mucho tiempo, había formado parte de los complots palaciegos del Bloque Progresista. Instintivamente, se fió de Rodzianko, y pareció creer que los liberales aún podían estar preparados para negociar un acuerdo político que conservara la monarquía en Rusia. Pero hubo otro motivo para el cambio de actitud de Alexeev: temía que si se utilizaba el Ejército para atacar a la capital revolucionaria, ésta se sumiera en un motín general que propiciara la derrota del país en la guerra. Ya había motines el 1 de marzo en varias guarniciones del norte, y existía un peligro real de que pudieran extenderse en breve a las unidades en el frente. Prefirió aislar a los soldados destinados al frente de la Petrogrado roja en lugar de enviarlos allí, y correr el riesgo de que cayeran bajo su influencia revolucionaria. El 1 de marzo Alexeev ordenó al general Ivanov que detuviera su expedición contra Petrogrado. Después envió un telegrama al zar implorándole que dejara que la Duma formara un Gobierno que restaurara el orden. «Una revolución en toda Rusia —advirtió proféticamente— significaría un final desgraciado de la guerra. No se puede pedir al Ejército que luche mientras se está produciendo una revolución en la retaguardia.»[47]

Las fuerzas armadas siempre habían ocupado un lugar destacado en el corazón de Nicolás, y fue el consejo de sus jefes militares lo que le persuadió a abdicar. Si la mañana del 1 de marzo Alexeev había considerado el nombramiento de un Gobierno de la Duma suficiente para calmar a la capital, la mañana del día 2 estaba ya convencido de que sería necesario nada menos que la abdicación del zar. Durante la madrugada, mientras Nicolás daba vueltas en la cama, incapaz de dormir, el general Ruzsky conversó con Rodzianko en Petrogrado a través del aparato Hughes y descubrió que la capital estaba en tal estado de caos que sólo la abdicación sería suficiente para satisfacer a la multitud. Alexeev se quedó aturdido con lo que leyó de las transcripciones de su conversación. A las nueve de la mañana, envió un telegrama a Pskov con órdenes de despertar al zar inmediatamente («sin seguir ningún protocolo») e informarle del contenido de las cintas Ruzsky-Rodzianko. Quedaba claro para él y los otros generales de la Stavka que Nicolás no tenía otra elección que seguir el consejo de Rodzianko.

Pero conocía al zar lo suficiente para saber que no aceptaría abdicar sin que sus generales principales le exhortaran a hacerlo. Envió un telegrama circular a los comandantes del frente con un resumen de la situación, pidiéndoles que contestaran a Pskov en armonía con su punto de vista de que Nicolás debía renunciar en favor de su hijo para así salvar al Ejército, la campaña bélica, a la nación y a la dinastía.[48]

A las diez de la mañana, Ruzsky acudió al vagón de ferrocarril del zar y le entregó las copias de su conversación con Rodzianko. Nicolás las leyó, se levantó y miró por la ventana. Se produjo un silencio terrible. Al final, volvió a su mesa, y tranquilamente manifestó su convicción de que «había nacido para tener mala fortuna». La noche anterior, tumbado en la cama, se había llegado a percatar de que ya era demasiado tarde para las concesiones. «Si es necesario que yo abdique por el bien de Rusia, estoy preparado para ello.» Luego llegó el telegrama de Alexeev. Ruzsky se lo leyó al zar en voz alta y sugirió que pospusiera cualquier decisión hasta que hubiera escuchado lo que los otros comandantes tenían que decir. Nicolás se levantó para comer. ¿Qué otra cosa podía hacer? Era un hombre de hábitos.

A las dos y media habían llegado los telegramas de los comandantes, y Ruzsky fue convocado de nuevo al vagón del emperador. Nicolás fumaba incesantemente mientras leía los telegramas. Todos estuvieron de acuerdo con Alexeev respecto a la necesidad de su abdicación. Brusilov, que estaba convencido del daño causado por el zar al Ejército, declaró abiertamente que era la única manera de restaurar el orden en la retaguardia y continuar la guerra. El gran duque Nicolás imploró a su sobrino «de rodillas» que dejara la Corona. Cuando hubo terminado de leer, Nicolás pidió las opiniones de sus tres generales presentes en el tren imperial. Era unánime. Hubo un momento de silencio antes de que hablara Nicolás: «He tomado una decisión. He decidido abdicar del trono en favor de mi hijo Alexei». Se santiguó, los generales le imitaron, y entonces se retiró a su compartimiento.[49]

Muchos de los que estuvieron con él en el tren imperial se quedaron impresionados por la extraña falta de emoción del zar durante tan penosa experiencia. Hasta el final, conservó sus rígidos modales eduardianos y su impecable sentido del decoro. Tras haber tomado la decisión crucial de abdicar, salió para dar su habitual paseo vespertino y luego apareció en el vagón comedor como de costumbre para el té de la tarde. No se dijo ni una palabra de los acontecimientos del día. Sus cortesanos siguieron con la conversación normal

acerca del tiempo, mientras sirvientes de librea recorrían las mesas sirviendo té como si nada hubiera ocurrido. «El zar estuvo sentado pacíficamente y tranquilo —recordó uno de sus edecanes—. Siguió conversando, y sólo sus ojos, tristes y pensativos, perdidos en la distancia, y sus movimientos nerviosos cuando cogía un cigarrillo revelaban su inquietud interior».[50]

La verdad es que su abdicación probablemente llegó como un alivio. Esa noche, Nicolás dormiría mucho mejor que desde hacía mucho tiempo. De joven, nunca había deseado realmente ser zar. La vida jovial de un joven oficial de guardia, seguida por las cómodas rutinas domésticas de un hacendado, era mucho más afín a él. Pero cuando la mala fortuna le colocó en el trono, juró mantener y pasar a su hijo los poderes autocráticos que había heredado de su querido y muy temido padre. Se adhirió a su juramento de coronación con una obstinada estrechez de mente, como si fuera presa del terror de que Dios (o su mujer) le castigaría si no lograba reinar como Iván el Terrible. Mientras siguiera siendo el zar, nada le desviaría de este camino. Durante veintidós años había hecho caso omiso de las lecciones de la historia y de los ruegos de incontables consejeros que habían señalado que la única manera de salvar su trono era conceder un Gobierno que fuera responsable ante el pueblo. Su motivo era siempre el mismo: su «conciencia» le prohibía hacerlo. Incluso en enero de 1917, cuando el gran duque Pablo, en un último intento desesperado por evitar la catástrofe, le exhortó a que creara un Gobierno de la Duma, Nicolás contestó: «Yo pronuncié un juramento de defender la autocracia el día de mi coronación y debo entregar ese juramento en su integridad a mi hijo».[51] De alguna manera, encontró probablemente más fácil abdicar que convertirse en un rey constitucional. Ésa fue la tragedia de Nicolás.

Durante el desarrollo de todo este asunto, la principal preocupación de Nicolás fue reunirse con su familia. «En mis pensamientos siempre estoy con vosotros», escribió a Alejandra el 28 de febrero. Fue eso lo que condujo la historia de su abdicación a un curioso giro final. Durante la noche del 2 de marzo, mientras esperaba a Guchkov y Shulguin, procedentes de la capital, Nicolás llamó al profesor Fedorov, el médico de la corte, y le preguntó acerca de las perspectivas de recuperación de su hijo. Le habló de la predicción de Rasputin de que Alexei se curaría a la edad de trece años, que, por ironías del destino, debía cumplir en 1917. Fedorov disipó tales esperanzas: no había ninguna cura médica para la hemofilia, y Alexei no podría vivir mucho más tiempo. También expresó sus dudas de que al zar se le permitiera quedarse con su hijo después de renunciar al

trono, porque seguramente se esperaría que se fuera al exilio. Al escuchar esto, Nicolás decidió abdicar no sólo en su nombre, sino también en el de su hijo, en favor de su hermano pequeño, el gran duque Miguel. «Yo no puedo separarme de él —confió a Guchkov y Shulguin cuando llegaron—. Espero que entendáis los sentimientos de un padre.»[52]

En términos legales aquello era completamente inválido. La Ley de Sucesión dejaba claro que el trono ruso «no era propiedad privada del emperador, ni su patrimonio, para disponer de él según su voluntad», sino que pasaba automáticamente a su hijo mayor. Para empeorar las cosas, Miguel se había excluido legalmente del trono al casarse con una plebeya divorciada. Pero Guchkov y Shulguin estaban más preocupados por el hecho de la abdicación del zar que por su estricta legalidad; y para lograrla, estaban dispuestos a hacer esta última concesión a su voluntad patrimonial. La abdicación, que Nicolás redactó en su vagón privado esa noche, era técnicamente ilegal. Más tarde, se afirmó que esto podía haber servido como pretexto para su restauración. Pero en ese momento no parecía más que una pequeña concesión a sus derechos naturales de padre.[53]

La noticia de la abdicación del zar llegó a Tsarskoe Selo al día siguiente. Al gran duque Pablo se le encargó informar a la emperatriz, puesto que nadie más en su séquito tenía el coraje para hacerlo. La encontró con los niños, en uniforme de enfermera. Cuando le contó la noticia, «la emperatriz empezó a temblar y bajó la cabeza, como si estuviera rezando». Con voz tranquila, le explicó que su marido, evidentemente, «había preferido abdicar de la Corona en lugar de romper el juramento que había pronunciado en su coronación». Luego, rompió a llorar.[54]

La multitud situada en el exterior del Palacio de Táuride recibió la noticia de que Nicolás abdicaría en favor del gran duque Miguel con un estallido de airada indignación. La Sala Catalina resonaba con los gritos procedentes de la calle: «¡Viva la República!» y «¡abajo la dinastía!». Cuando Guchkov volvió de Pskov, se fue triunfal a una reunión de trabajadores del ferrocarril para contarles lo ocurrido. Tras terminar su discurso con el grito «¡viva el emperador Miguel!», los trabajadores lo arrestaron inmediatamente y le amenazaron con la ejecución. Por toda la capital, la multitud atacó a los partidarios y los símbolos del orden zarista. Una enorme manifestación de soldados se dirigió al Palacio de Táuride

exigiendo el derrocamiento de la dinastía. Políticamente, daba la impresión de que la monarquía estaba condenada. No obstante, dentro del palacio, Miliukov continuaba defendiendo su existencia en términos legales. Era esencial, argumentaba el profesor, conservar la monarquía como un símbolo del Estado. Porque sólo ella podía dar legitimidad y continuidad histórica al traspaso del poder. Era el triunfo de la esperanza sobre la realidad. El tono de la multitud hizo imposible la supervivencia de la monarquía. Las masas no tolerarían un nuevo zar, y si les era impuesto uno, entonces seguirían los disturbios, que quizás incluso conducirían a una guerra civil. Al final, los ministros republicanos, dirigidos por Kérensky y Nekrasov, consiguieron lo que querían. El Gobierno provisional decidió persuadir al gran duque para rechazar la Corona y así poner fin a la dinastía.[55]

No requeriría mucha persuasión. Miguel era un hombre tímido y modesto, sin el menor interés por la política, e incluso era menos inteligente que su hermano mayor. En distintas circunstancias hubiera sido un buen monarca constitucional, aunque lerdo, como su primo inglés, Jorge V. Pero los disturbios en la capital, que había presenciado personalmente, no le abrieron mucho el apetito de poder monarquico. No sentía el menor entusiasmo por poner su propia cabeza en el tajo (ni metafórica ni literalmente), y se sintió, comprensiblemente, sorprendido y molesto cuando su hermano, repentina e inesperadamente, decidió cargarle con el peso de la Corona sin siquiera consultarle.

Se reunió con los dirigentes del Gobierno provisional el 3 de marzo en la residencia de la princesa Putiatina, no lejos del Palacio de Invierno, donde el gran duque se había refugiado de la revolución. Lvov y Kérensky expresaron el punto de vista mayoritario de que si Miguel aceptaba el trono, habría un levantamiento violento que conduciría a la guerra civil. Miliukov estaba en desacuerdo; afirmaba que sólo la monarquía era reconocida por el pueblo como símbolo de autoridad y que era necesaria para salvar al país del caos. «El Gobierno provisional en solitario, sin un monarca —argumentaba—, es un buque que no está en condiciones de navegar, propicio a hundirse en un océano de desorden popular.» Todo esto dejó al gran duque bastante confuso. Solicitó una hora para hablar en privado con Rodzianko. Su principal preocupación, según Rodzianko, era si la Duma podía garantizar su seguridad personal si se convertía en zar. Cuando Rodzianko dijo que esto no era posible, por fin tomó una decisión y, volviendo a la reunión, anunció que había decidido renunciar a la Corona. Había lágrimas en sus ojos. Kérensky, cuyas emociones a menudo se

apoderaban de sus sentidos, corrió a acercarse al gran duque, le dio la mano y le felicitó con estas palabras de sorprendente presunción: «Alteza Imperial, habéis actuado con nobleza y como un patriota. De ahora en adelante, yo asumiré la obligación de dar esto a conocer y de defenderos».[56]

Dos juristas, Nabokov y Nolde, fueron llamados más tarde a la residencia de Putiatina para redactar el manifiesto de la abdicación. Este documento histórico, que terminó con trescientos años de reinado Romanov, fue escrito por ellos en un pupitre de colegio en el estudio de la hija de Putiatina, y después copiado en uno de sus cuadernos de colegio. A las seis de la tarde, el documento estaba preparado. Miguel lo firmó en presencia de los ministros y de Rodzianko. Luego abrazó al príncipe Lvov y le deseó buena suerte como primer ministro de la nueva Rusia.[57]

El final de la monarquía fue celebrado profusamente por todo el Imperio ruso. Multitudes entusiasmadas se reunieron en las calles de Petrogrado y Moscú. Se izaron banderas rojas en los tejados, y también las colgaron de las ventanas de casi todos los edificios. En Helsingfors, Kiev, Tiflis y las otras capitales no rusas, donde la caída del zar se asociaba con la liberación de la nación, con frecuencia se exhibieron banderas nacionales junto a las rojas. Prácticamente no había ninguna población, por muy pequeña que fuera, que no celebrara la revolución con procesiones jubilosas, discursos patrióticos y el canto de *La Marsellesa*. Konstantin Paustovsky recuerda la noche en que su pequeña y somnolienta población, Yefremov, en la provincia de Tula, tuvo la primera noticia de la revolución.

> Era la una de la madrugada, una hora en que todoYefremov solía dormir. De repente, a horas tan intempestivas, sonó de forma corta y resonante la campana de la catedral; después otra vez, y una tercera vez. Sonaba cada vez con más frecuencia, el ruido se extendió a todo el pueblo, y pronto las campanas de todas las iglesias de los alrededores empezaron a repicar. Se encendieron luces en todas las casas. Las calles se llenaron de gente. Las puertas de muchas casas se abrieron. Desconocidos, llorando abiertamente, se abrazaron. Se podía escuchar el solemne y exultante silbato de las locomotoras, que provenía de la estación. En alguna calle se empezó a oír, primero suavemente, después cada vez más fuerte, el

> canto de *La Marsellesa:* «Vosotros, tiranos, temblad, vuestro día ha acabado, / ¡Detestados ahora por amigo y enemigo!».
> Los sonidos de una banda musical se unieron a las voces humanas en el estribillo.

Los soldados de las trincheras también se entusiasmaron a pesar de la confusión inicial causada por los esfuerzos de los oficiales por ocultar la noticia. Se izaron banderas rojas en las trincheras y se ataron cintas rojas a los camiones militares, piezas de artillería y caballos. Celebraron la revolución con desfiles, bandas militares tocaron *La Marsellesa* y los soldados lanzaron enloquecidamente sus gorras al aire. En los buques de la Marina hubo un estallido similar de emoción. La bandera roja fue izada en los buques de guerra «como emblema —en palabras de los marineros Helsingfors— de nuestra libertad y de nuestra unidad».[58]

En provincias, la noticia de la abdicación se extendió más lentamente. Algunos pueblos más aislados no se enteraron de lo acontecido en la capital hasta finales de marzo, y en algunos sitios, por ejemplo las provincias de Kazán y Moguilev, donde las fuerzas zaristas seguían dominando, no fue hasta abril. Muchos de los campesinos se sintieron confusos al principio por la caída del zar. «La iglesia estaba llena de campesinos llorando —recordó un testigo—. "¿Qué será de nosotros?", repetían constantemente: "¿Nos han arrebatado al zar?". Algunos, particularmente los campesinos ancianos, veneraban al zar como a un dios en la tierra y vieron su destitución como un ataque a la religión, un hecho explotado por muchos sacerdotes en su agitación contrarrevolucionaria. Incluso entre los trabajadores más ruralizados, el derrocamiento del zar fue considerado, a veces, como un pecado. El norteamericano Frank Golder anotó en su diario el 15 de marzo:

> Hablé con uno de los trabajadores (un viejo *muzhik)* de los archivos de la Marina. Decía que era un pecado derrocar al emperador, puesto que Dios le había llevado al poder. Puede ser que el nuevo régimen ayude a la gente de esta tierra, pero con seguridad, lo pagarán en el mundo venidero.

En los pueblos, la gente al principio hablaba en voz baja de los «grandes

acontecimientos» de la capital. Hasta que los capitanes de la tierra y la policía fueron apartados del poder, lo cual ocurrió gradualmente durante marzo y abril, los campesinos no tuvieron ninguna garantía de que no serían arrestados si expresaban sus pensamientos. Pero con el paso de las semanas, adquirieron más confianza y empezaron a manifestar su oposición al zar. Un estudio realizado por la Duma, basado en los informes de sus agentes provinciales, referido a los primeros tres meses de la revolución, resumió este proceso:

> La muy difundida creencia de que el campesino ruso es devoto del zar y que «no puede vivir» sin él, ha sido destruida por la alegría universal y el alivio de los campesinos al descubrir que, en realidad, pueden vivir sin el zar, sin el cual les habían inculcado que «no podían vivir» [...]. Ahora los campesinos dicen: «El zar se derrocó a sí mismo, y nos llevó a la ruina».

Una vez eliminado el miedo inicial, los campesinos dieron la bienvenida a la revolución. Enormes asambleas en los campos de los pueblos recibían con júbilo las noticias de la capital. «Nuestro pueblo —relataba un campesino— estalló de vida con las celebraciones. Todos sintieron un alivio enorme, como si, de repente, se hubiera desprendido una roca pesada de nuestros hombros.» Otro campesino recordaba las celebraciones en su pueblo el día que llegó la noticia de la abdicación del zar: «La gente se besaba de alegría y decía que la vida de ahora en adelante iba a ser buena. Todos se vistieron de gala, como en un gran día de fiesta. Las festividades siguieron a lo largo de tres días». Muchos pueblos hicieron procesiones religiosas para agradecer al Señor las libertades nuevamente ganadas, y ofrecieron oraciones por el nuevo Gobierno. Para muchos campesinos, la revolución apareció como una cosa sagrada, y quienes habían dado sus vidas por la libertad del pueblo fueron considerados como santos contemporáneos. Así, los habitantes del *volost* Bol'she-Dvorskaya, en el distrito Tijvinsk de la provincia de Petrogrado, celebraron «servicios de acción de gracias por el regalo divino de la victoria del pueblo y por la memoria eterna de los hombres santos caídos en la lucha por la libertad». Los feligreses del pueblo de Osvyshi, en la provincia de Tver, ofrecieron, como ellos dijeron, «fervientes oraciones para agradecerle al Señor el regalo divino de la victoria del pueblo [...] y debido a que esta gran victoria fue lograda con sacrificio,

celebramos un réquiem por todos nuestros hermanos caídos». Con frecuencia, para responder a este sacrificio, muchos pueblos enviaban donaciones, que a menudo sumaban varios cientos de rublos, a las autoridades en Petrogrado a beneficio de los que habían sufrido pérdidas en los Días de Febrero.[60]

La Revolución de Febrero fue, en esencia, una revolución contra la monarquía. La nueva democracia a la que dio vida se definió por la negación de todo lo zarista. En la retórica de sus dirigentes, se comparaba al zar con la opresión oscura de la vieja Rusia, mientras que su destitución se asociaba con la iluminación y el progreso. Los símbolos y emblemas de la revolución, que utilizaban en la prensa y los folletos, eran imágenes de una cadena rota, del sol radiante apareciendo detrás de las nubes y de un trono y una corona derribados.[61]

La revolución fue acompañada de la destrucción, por toda la nación, de todas las señales y símbolos del poder imperial. Durante los Días de Febrero, las multitudes de Petrogrado echaron abajo las águilas bicéfalas imperiales que colgaban de muchos edificios (a veces incluso destrozándolas con explosivos),[68*] eliminaron señales imperiales de las fachadas de tiendas y calles, destrozaron las estatuas zaristas, retiraron los retratos de los zares de los edificios gubernamentales (el famoso retrato de Nicolás II realizado por Repin fue arrancado de la tribuna del Palacio de Táuride) y los quemaron en hogueras en las calles. Los escudos imperiales de la verja de hierro de alrededor del Palacio de Invierno fueron cubiertos de tela roja, junto con todas las estatuas que resultaban demasiado grandes para ser destruidas. Durante marzo y abril, muchas poblaciones realizaron simbólicas escenificaciones de los Días de Febrero, generalmente conocidas como «Festivales de Libertad», en las que emblemas e insignias zaristas, a veces reinstaladas especialmente para la ocasión, fueron echadas abajo de nuevo. En Moscú, la elefantina estatua de Alejandro III fue desmantelada por un equipo de trabajadores con cuerdas y dinamita. En las poblaciones de provincia, las estatuas de los zares también fueron destruidas, aunque aquí a veces hubo conflictos cuando estas estatuas habían sido pagadas con fondos municipales y habían llegado a representar un cierto orgullo cívico. En Vladimir, por ejemplo, hubo una disputa entre los socialistas y los comerciantes acerca de la estatua de Alejandro II que había en esa población. «Después de una serie de largos debates en la calle —recordó un vecino—, se optó por una solución intermedia: no se destruiría la estatua, pero, para no ofender la moral revolucionaria del pueblo, la figura del zar sería

cubierta con un gran saco de color marrón.» Muchos elementos de esta iconoclastia eran carnavalescos. Así, por ejemplo, en los Días de Febrero una multitud desfiló por las calles de Petrogrado con una efigie de paja de Nicolás II con uniforme de policía, que procedieron a quemar en una ceremonia burlesca. Pero semejante destrucción podía fácilmente degenerar en actos de violencia. Un eunuco fue linchado por la misma multitud, simplemente porque tales tipos afeminados eran considerados lacayos de la corte.[62]

Esta revolución simbólica también alcanzó al ámbito personal. La gente hizo un esfuerzo consciente para distanciarse del antiguo régimen e identificarse con la nueva democracia. Los soldados renunciaron a sus medallas zaristas, ganadas con duro esfuerzo, y a menudo las enviaron al Sóviet de Petrogrado para que pudiera fundirlas y utilizar la plata para la causa del pueblo. Cientos de personas con apellidos como Romanov, Nemets (alemán) o Rasputin solicitaron a la Cancillería poder cambiarlos. Entre ellos había un Romanov, Fedor Andreevich, un campesino del pueblo de Koltovskii en la provincia de Penza, que afirmaba que su nombre se había convertido en «una fuente de vergüenza» y que lo quería cambiar por Lvov, el apellido del primer ministro.[63]

La revolución propició un auge de los folletos, postales, obras de teatro y películas antizaristas, gracias a la revocación de las antiguas leyes de censura. Los folletos, en particular, eran enormemente populares, y algunos se vendían por millones. Todos hicieron negocio con los rumores de los años de la guerra: que la emperatriz había trabajado para los alemanes, que había sido amante de Rasputin, que el zar había entregado su trono a ese «santo diablo», etcétera. La mayoría de los títulos eran sexualmente sugestivos *(Los secretos de los Romanov, Los días alegres de Rasputin, Las orgías nocturnas de Rasputin),* como lo eran buena parte de sus diálogos. En *Las orgías nocturnas,* por ejemplo, Protopopov pregunta a Madame Vyrubova si Rasputin tiene un «enorme talento». «Oh, lo sé —contesta—, un enorme, enorme talento.»[64] Muchos de los folletos eran semipornográficos, y los ilustraban con caricaturas de la aristocracia revolcándose en la cama con Rasputin. Al hacer explícita la conexión entre la corrupción sexual de la corte y la condición enfermiza de Rusia, esta propaganda fue vital (aún está por investigar) para desacreditar al zar y socavar el mito del rey divino. A lo largo de 1917, se forjó la imagen popular de la monarquía como una fuerza ajena oscura y corrupta, una imagen que eliminó la posibilidad de restauración y, por lo tanto, socavó, en gran parte, la contrarrevolución durante años.

Así pues, políticamente, la monarquía había muerto. Todas sus instituciones principales de apoyo (la burocracia, la policía, el Ejército y la Iglesia) se derrumbaron prácticamente de la noche a la mañana. Fue un indicio de hasta qué punto habían quedado debilitadas, y de lo mucho que se habían distanciado del zar, en los años anteriores a 1917. El zar fue el eje de la monarquía (y era, a la vez, una especie de oficial, sacerdote, gobernador de distrito y policía), y una vez destituido, todo el sistema se derrumbó. Los comandantes del Ejército pronto declararon su fidelidad al Gobierno provisional. Muchos de ellos estaban relacionados con sus dirigentes a través del movimiento de oposición a la guerra; mientras que los que se oponían a la revolución sabían que la resistencia contra ella desgarraría al Ejército. A la Iglesia la socavó su propia revolución interna. En el campo, existía un fuerte movimiento anticlerical; las comunidades expropiaron las tierras de la Iglesia, retiraron a los sacerdotes de las parroquias y se negaron a pagar los servicios religiosos. Muchos sacerdotes locales pudieron escapar a esta suerte uniéndose a la revolución. Pero el resto de la jerarquía de la Iglesia se puso a la defensiva. El Santo Sínodo, purgado de rasputinistas, apeló a los sacerdotes para que apoyaran al nuevo Gobierno. Se introdujeron las libertades religiosas. El control de las escuelas de la Iglesia pasó al Estado se hicieron los preparativos para la separación de éste y aquélla. El aparato provincial se hundió en la mayoría de los sitios como un castillo de naipes, y en muy raras ocasiones hizo falta la fuerza de las armas para liquidarlo. La gente simplemente salió a la calle; los gobernadores, sin ningún medio para reprimir los disturbios, fueron obligados a dimitir; y comités de ciudadanos se proclamaron *ad hoc* en posesión del poder. En Moscú, el régimen cayó tras dos días de manifestaciones callejeras. «No hubo disparos en las calles, y ninguna barricada —recordó un empresario jubiloso—. El antiguo régimen cayó por sí solo en Moscú, y nadie lo defendió, o siquiera lo intentó defender.» El aparato policial se colapsó de un modo parecido; la policía fue reemplazada por milicias de ciudadanos casi de la noche a la mañana. Incluso se disolvió la Ojrana, aunque más tarde se rumoreó que muchos de sus agentes habían encontrado empleo en el nuevo Gobierno.[65]

En realidad, nadie intentó resucitar la monarquía. Resulta revelador, por ejemplo, que ninguno de los dirigentes blancos durante la guerra civil adoptara la monarquía como causa, a pesar de los esfuerzos de los numerosos monárquicos que había entre sus filas. Los dirigentes blancos se dieron cuenta de que, políticamente, sería un suicidio hacerlo. Porque, como Trotsky expresó con

su habitual manera directa, «el país había vomitado la monarquía de una manera tan radical, que jamás podría volver a entrar por su garganta».[66] Su pronóstico probablemente sigue siendo válido, a pesar del enamoramiento postsoviético del pasado zarista.[69*]

Pero si la monarquía estaba muerta políticamente, seguía viva en un sentido más amplio. La masa de los campesinos pensaba en la política en términos monárquicos. Tenían una concepción del Estado personificada en el monarca, y proyectaron sus ideales de la revolución en un «rey campesino», o incluso en otro libertador autoritario, venido para entregarles sus ansiadas tierra y libertad. Éstas eran las raíces de los cultos a Kérensky, Kornilov y Lenin, todos intentos de llenar el vacío dejado por el mito del zar libertador. George Buchanan, el embajador británico, notó esta mentalidad monárquica durante los primeros días de la revolución, cuando un soldado le dijo: «Sí, necesitamos una república, pero para regirla, debe haber un buen zar». Frank Golder anotó, igualmente, semejantes conceptos erróneos en su diario el 7 de marzo: «Se cuentan historias de soldados que quieren una república como Inglaterra, o una república con un zar. Un soldado dijo que quería elegir a un presidente, y cuando le preguntaron: "¿A quién elegirías?", contestó: "Al zar"». Las cartas de los soldados expresaban la misma confusión. «Queremos una república democrática y un zar *batiushka* durante tres años»; «sería bueno si tuviésemos una república con un zar con sentido común». Parece que los campesinos encontraban difícil distinguir entre la persona del monarca *(gosudar')* y las instituciones abstractas del Estado *(gosudarstvo).* Su concepción del orden democrático se basaba en términos personalizados. En algún momento durante marzo, un diputado menchevique del Sóviet de Moscú fue a hacer propaganda en una reunión de un regimiento acantonado cerca de Vladimir. Habló de la necesidad de la paz, de la necesidad de que toda la tierra fuera entregada a los campesinos y de las ventajas de la república sobre la monarquía. Los soldados respondieron con fuertes aplausos para mostrar su acuerdo, y uno de ellos gritó: «Te queremos elegir como zar». Con esto, los otros soldados estallaron en aplausos. «Yo rechacé la corona Romanov —recordó el menchevique—, y me marché con un sentimiento deprimente de lo fácil que sería para cualquier aventurero o demagogo convertirse en el amo de este pueblo simple e ingenuo.»[67] «Ha ocurrido un milagro —escribió Blok a su madre el 23 de marzo—, y podemos esperar más milagros.» La gente compartía una excitación y una euforia desenfrenadas durante los primeros días de la revolución. Se debió, en parte, el sentido de

absoluta libertad («el sentimiento extraordinario —como expresaba Blok en su carta— de que no hay nada prohibido, de que casi cualquier cosa puede ocurrir»), y también a que todo había ocurrido tan rápidamente: una poderosa dinastía de tres siglos se había derrumbado en pocos días. «Lo más chocante —escribió Blok en su diario el 25 de mayo— fue lo absolutamente inesperado de aquello, como el choque de un tren en la noche, como un puente derrumbándose debajo de los pies, como una casa viniéndose abajo.» Había una extraña sensación de irrealidad. La gente comparaba toda la experiencia con «vivir un sueño o un cuento de hadas». Las cosas ocurrieron de forma demasiado rápida para que la vida cotidiana se parara y para que la gente la asimilara. «Lo realmente extraño —escribió la artista Yulia Obolenskaya a un amigo— era recibir un paquete con frutos secos y café el primer día de la revolución, mientras que fuera, en la calle, había un júbilo desenfrenado y pasaban cureñas de cañones con banderas rojas [...]. Fuera había un huracán [...]. Y, de repente, sonaba el timbre, y... ¡aparecía un paquete con grosellas negras!»[68] Era la «luna de miel» de la revolución. La gente se enamoró de «febrero». Casi instantáneamente, la historia de la revolución fue reinventada para adaptarse a estos ideales democráticos y a estas expectativas míticas. Se dijo de «la gloriosa Revolución de Febrero», como se la llegó a denominar, que había sido un acontecimiento sin derramamiento de sangre. «Imagínate —dijo un escritor contemporáneo—: hubo una gran revolución en Rusia y no se derramó ni una gota de sangre.» También se dijo que era un único acto nacional, sin oposición. «Nuestra revolución —informó un propagandista de la Duma a los marineros de Helsingfors— es la única en la historia del mundo en expresar el espíritu del pueblo entero.» Fue presentada como una renovación espiritual, una resurrección del pueblo. Merezhkovsky la llamó «quizás el acto más cristiano de la historia del mundo». La revolución misma fue transformada en un especie de culto. Enormes multitudes se reunían en la calle para rezar y celebrar ceremonias en honor del glorioso Febrero. El entierro de las víctimas martirizadas de la revolución, en el segundo domingo del nuevo orden (12 de marzo) tuvo, igualmente, el carácter, aunque no los rituales, de una misa. Muchas personas compararon la revolución con una fiesta de Pascua. La gente en la calle se felicitaba con la bendicion de Pascua: «¡Cristo ha resucitado!» (a veces esto fue cambiado por «¡Rusia ha resucitado!»). Se dijo que el zarismo representaba el mal y el pecado (un sacerdote incluso lo denominó «la institución del Diablo»): había dividido al pueblo en ricos y pobres; pero con su caída, la sociedad sería

reorganizada basándose en actitudes más cristianas. Algunos idealistas incluso pensaban que la mentira, el robo, los juegos de azar y la blasfemia desaparecerían inmediatamente. «La embriaguez en Rusia —declaraba un congreso de campesinos en la provincia de Tomsk— fue una fuente de vergüenza nacional bajo el antiguo régimen. Pero en la Rusia libre y democrática no tiene cabida la embriaguez. Y por tanto, el congreso considera la fabricación de cualquier tipo de alcohol como una traición a la revolución, y como una traición a la republica democrática rusa.» Una mujer incluso escribió al Sóviet que la «misión cristiana» de la Revolución rusa debiera ser la de abolir todas las cárceles del país, puesto que no existía ningún criminal que no pudiera ser reformado. Hubo muchos intelectuales que en ese momento afirmaron que el pueblo ruso aprendería a vivir en un nuevo *sobornost* (una comunidad espiritual universal) que superara las diferencias de clase o de partido. En palabras de Tatiana Gippius: «El ambiente ha sido purificado [...]. Gracias a Dios que el *sobornost* triunfa sobre *partiinost*».[69]

En este mismo sentido cristianopopulista, la revolución fue también presentada como un proceso del nuevo despertar nacional y patriótico. La gente expresaba su conformidad con la opinión de Herzen de que el zarismo era «extraño» para la gente sencilla. Era la «dinastía Gottorp-Holstein». Los alemanes habían dominado en la corte. La emperatriz *(la Alemana)* había traicionado a Rusia. Pero el pueblo se había levantado, y de esta revolución verdaderamente nacional, Rusia había recibido un Gobierno verdaderamente nacional, detrás del cual podía unirse para vencer al enemigo externo. Ésta sería una «revolución patriótica». O, como alguien expresó: «Ahora que hemos vencido a los alemanes aquí, los venceremós en la campaña».[70]

Muchos de estos ideales fueron expresados por el príncipe Lvov en su primera entrevista con la prensa libre. «Yo creo —declaró— en la vitalidad y en la sabiduría de nuestro gran pueblo, como quedaron expresadas en el levantamiento nacional que derrocó al antiguo régimen. Se ve expresada en el esfuerzo universal para establecer la libertad y defenderla ante los enemigos, tanto internos como externos. Yo creo en el gran corazón del pueblo ruso, lleno como está de amor por su prójimo, y estoy convencido de que es la base de nuestra libertad, nuestra justicia y nuestra verdad».[71] Estas grandes esperanzas pronto se verían truncadas.

9 El país más libre del mundo

I Un distante Estado liberal

Nada en su experiencia anterior había preparado suficientemente al príncipe Lvov para las tareas que le esperaban en su calidad de primer ministro del Gobierno provisional. Tampoco es que no estuviera acostumbrado a las largas horas de trabajo exigidas por tan alto cargo. Su labor en la Unión de los Zemstvos en tiempo de guerra le había preparado para eso, y, aunque se sentía permanentemente cansado, fue muy capaz de sobrellevar la presión adicional. Desde primeras horas de la mañana hasta por lo menos medianoche, Lvov se encontraba en el Palacio Marinsky, donde recibía delegaciones de toda Rusia, se reunía con diplomáticos extranjeros, presidía reuniones de Gabinete, instruía a funcionarios y concedía entrevistas a la prensa. Nabokov se reunió con él en los primeros días de marzo y quedó «impresionado por su apariencia sombría y desalentada, y la expresión de cansancio en sus ojos».

Tampoco se podía decir que el príncipe no estuviera preparado para la nueva tarea de administración. Fue precisamente su talento administrativo el que le había granjeado el respeto unánime de la oposición y le había colocado en el primer lugar de todas las listas de dirigentes potenciales del país. Su práctico sentido común y sus maneras agradables le convertían en un buen trabajador en equipo. El príncipe Serguei Urusov, el anterior gobernador de Besarabia, que conocimos en el capítulo 2 y que se convirtió en el número dos de Lvov en el Ministerio del Interior, dijo que era un director inspirador, que animaba a las personas a tomar iniciativas y que arbitraba hábilmente en las disputas entre éstas. Aunque los historiadores se han apresurado a despreciar a Lvov como estadista (Samuel Hoare le describió en 1930 como «un hombre mejor cualificado para presidir el Ayuntamiento del Condado de Londres que para ser jefe de un Gobierno inestable en medio de una gran revolución»), de hecho en ese tiempo se le tenía en gran estima en muchas partes como uno de los

dirigentes más capaces de Rusia. Tsereteli pensaba que era «un organizador de gran talento, con mucha más experiencia en asuntos de Estado que cualquiera de los socialistas». Gorky le consideraba uno de los «tres políticos de gran talento en el Gobierno», junto con Kérensky y Nekrasov.[2]

Pero el príncipe no encajaba en el nuevo sistema de política de partidos. Todo su trabajo anterior había sido de tipo práctico, del tipo de los *zemstvos*, donde todos trabajaban juntos, sin importarles los intereses de clase o de partido, «por el bien de la nación». Al principio, se esperaba que el Gobierno provisional se guiara por el mismo espíritu. Éste sería un Gobierno de tiempo de guerra, de confianza nacional y de salvación, no un Gobierno de ningún partido o clase social particular, y ése fue el motivo por el que Lvov, como genuina figura nacional, había sido escogido para ser su jefe. Pero la revolución había abierto las puertas a la política de partidos, a los de izquierdas en particular, y era casi inevitable que impregnara todo el trabajo del Gobierno. Lvov no estaba preparado para eso. Sus conocimientos de política de partidos eran casi nulos. Incluso después de varios meses como primer ministro, no podía realmente distinguir a los eseristas de los bolcheviques. Además, la suavidad general de su carácter le dejaba prácticamente incapacitado para sobrellevar la dureza del tira y afloja propio de la política de partidos. Arraigado en el viejo mundo de la caballerosidad de la actividad en los *zemstvos*, era más partidario de buscar compromisos, algo que nunca permitirían ni los dirigentes de partido de la capital ni los conflictos irreconciliables del país. Cuando sus ministros se enfrentaban por cuestiones políticas (algo que ocurría con mucha frecuencia), la reacción instintiva de Lvov era buscar una manera de reconciliarlos a través de la realización de una política «práctica y constructiva». Esto le dio una imagen de indeciso, y es cierto que podía ser influido por otros políticos con una voluntad más fuerte. Nabokov, que dirigió la Secretaría del Gobierno, recordaba interminables «sesiones angustiosas» del Consejo de Ministros en las que «la disensión, o la hostilidad latente o abierta entre individuos» impedía cualquier progreso. «Yo no recuerdo una sola ocasión en la que el ministro-presidente usara un tono de autoridad o se pronunciara de manera decisiva y definitiva [...]. Era la personificación de la pasividad.» Bublikov, el político de la Duma, ridiculizaba a Lvov, con su «permanente mirada de consternación» y sus «constantes esfuerzos para agradar a todo el mundo», como «un símbolo viviente de la impotencia del Gobierno provisional».[3]

A lo largo de sus cuatro meses en el cargo, lo único que sostuvo a Lvov ante

todos estos problemas políticos fue su inquebrantable optimismo. (¿Alguien habría podido intentar gobernar Rusia en 1917 sin creer en los milagros?) Lvov estaba convencido, como le gustaba decir con frecuencia, de que «al final las cosas saldrán bien». Este optimismo estaba basado en su creencia eslavófila y populista en la «sabiduría y la bondad del pueblo ruso». «El alma del pueblo ruso —declaró en un discurso en marzo— resultó, por su misma naturaleza, ser un alma universal y democrática. Está preparado, no sólo para unirse a la democracia de todo el mundo, sino para ponerse al frente de ella y guiarla a lo largo del camino del progreso humano según los principios de la libertad, la igualdad y la fraternidad.» Gracias a su breve relación con los campesinos, con sus vecinos campesinos en Popovka sobre todo, había llegado a la conclusión, de manera precipitada e ingenua, de que todos los campesinos eran igualmente buenos. Una vez que el pueblo se liberara de la opresión zarista, explica una vez a su secretaria, aprenderían a gobernarse en el espíritu liberal y democrático de Occidente. Prácticamente no se le había ocurrido, por lo menos no en estas primeras semanas esperanzadoras, que el odio del pueblo hacia la elite propietaria y su impaciencia por una revolución social no pudiera ahogar antes al país en sangre.

Kérensky recordaba una de las primeras reuniones del Consejo de Ministros. El príncipe Lvov llegó tarde con un fajo de telegramas de provincias. Todos decían más o menos lo mismo: que la administración local se había derrumbado y que el poder lo detentaban varios comités públicos improvisados. Los ministros se sentaron durante largo tiempo preguntándose qué hacer. «Allí estábamos, en medio de una guerra, ¡y grandes áreas del país habían pasado a manos de personas completamente desconocidas!» Hablando con «confianza extraordinaria», Lvov resumió la discusión:

> Debemos olvidar todo acerca de la vieja administración; cualquier vuelta a ella es psicológicamente imposible. Pero Rusia no se hundirá sin ella. La administración ha desaparecido, pero permanece la gente [...]. Caballeros, debemos ser pacientes. Debemos tener fe en la sensatez, la capacidad de gobernar y la lealtad de los pueblos de Rusia.

«Y en realidad —recordaba Kérensky—, no teníamos nada, salvo esta fe en el pueblo.»[5] La creencia de Lvov en «el pueblo» fue típica de las actitudes de la

intelligentsia que caracterizaron la filosofía política del primer Gobierno provisional (del 2 de marzo al 5 de mayo). No todos los ministros sucumbieron a unas esperanzas semejantes. Miliukov y Guchkov argumentaron desde el principio en favor de un Estado poderoso capaz de contener los instintos anárquicos del pueblo y de salvar al país del caos. Pero su frío racionalismo siempre fue eclipsado por los sentimientos más cálidos de Kérensky, Nekrasov y Lvov. La perspectiva dominante del Gobierno estaba formada por los valores liberales de la *intelligentsia*, la cual, a su vez, había surgido de la lucha del pueblo por la libertad en contra de la autocracia. Dos creencias principales residían en el corazón de esta cultura política democrática: una desconfianza instintiva hacia el Estado como poder coactivo y una creencia en el autogobierno local. De ello se podía deducir que un Estado liberal y distante era todo lo que se requería para guiar a Rusia hacia el mundo civilizado de naciones libres. Los dirigentes liberales de Rusia hablaban de gobernar «con» el pueblo en lugar de «sobre» él. Se veían a sí mismos como «sin clase» (gobernando en favor de los intereses de «todo el pueblo» en lugar de los de una clase) y sobre esta esperanza universal esperaban desarrollar un sentimiento de legitimidad. Se presentaron como los guardianes provisionales de un «Estado neutral», situado por encima de los intereses de los partidos o de las clases, hasta la elección del nuevo poder soberano, la Asamblea Constituyente, el único poder que podía sancionar legalmente las reformas sociales y políticas. Esto, en efecto, era confiar en la paciencia del pueblo para esperar a la resolución legal de sus problemas. Fue poner la «defensa del Estado» por encima de los intereses de partido o de clase de la revolución. No obstante, cuando ese mismo Estado se vio amenazado por los disturbios, como lo fue en abril, julio y octubre, no estuvieron dispuestos a utilizar la fuerza en su defensa. Sus decentes y liberales intenciones, y su innata desconfianza en la coacción del Estado, les impidió tomar las medidas necesarias para defender sus queridas libertades constitucionales ante la amenaza del extremismo. Estaban empeñados en desmantelar el antiguo sistema policial, los tribunales y el sistema penal, lo que, simplemente, les ató las manos en la lucha contra el incremento del crimen y de la violencia. Incluso cuando esta violencia fue inspirada por los bolcheviques, se resistieron a reprimirla. Los hombres de Febrero, que, según su punto de vista, habían alcanzado el poder en virtud de una «revolución sin sangre», no tendrían la sangre del «pueblo» sobre sus manos. Esta debilidad, al final, los hundiría.

Los dirigentes del Gobierno provisional se vieron como si volvieran a

protagonizar la Revolución francesa en suelo ruso. Se compararon a los héroes de 1789. A Kérensky, por ejemplo, le gustaba compararse con Mirabeau (y luego, con Napoleón). Los dirigentes de la «gran Revolución rusa» buscaron precedentes para sus políticas y modelos para sus instituciones en la historia revolucionaria de Francia. La gente llamaba «jacobinos» a los bolcheviques (también ellos mismos se vieron así). Los bolcheviques, a su vez, llamaron «girondinos» a los liberales. Y todos los demócratas advirtieron de los peligros de la «contrarrevolución» y del «bonapartismo».[70*] Los comisarios provinciales, los comités de soldados y los comisarios del Ejército, los comités provinciales de seguridad pública y la propia Asamblea Constituyente, todos fueron copia de sus equivalentes franceses. Los antiguos términos respetuosos de trato fueron reemplazados por los términos *grazhdanin* y *grazhdanka* («ciudadano» y «ciudadana»). *La Marsellesa*, que los rusos pronunciaban mal, como «Marsiliuza» y a la cual añadieron sus propias y distintas palabras (había una «Marsellesa de los trabajadores», una «Marsellesa de los soldados» y una «Marsellesa de los campesinos»), se convirtió en el himno de la revolución. Se tocaba en todas las asambleas públicas, manifestaciones callejeras, conciertos y obras de teatro.

Renunciamos al antiguo mundo,
Nos sacudimos el polvo de los pies.
No necesitamos un ídolo de oro
Y despreciamos al diablo zarista.

Las librerías realizaron importantes ventas de historias populares de la Revolución francesa. Se produjo una pasión por la francofilia. Después de todo, Francia era el aliado más cercano de Rusia contra Alemania, el último baluarte de la autocracia, y el miembro fundador del club europeo de naciones democráticas, en el cual Rusia estaba entrando... Incluso la tarjeta de visita de Lvov se imprimió en francés: PRINCE GEORGES LWOFF, MINISTRE-PRESIDENT DU GOUVERNEMEN PROVISOIRE: como si simbolizara su graduación al mundo occidental civilizado.[6]

No obstante, Rusia no podía ser otra Francia. La fase constitucional de la Revolución rusa, en la clásica tradición europea de 1789 y 1848, ya se había agotado durante 1905-1914. A la reforma política no le quedaba más que ofrecer.

Sólo una revolución social fundamental (sin precedentes en la historia europea) sería capaz de resolver las cuestiones de poder surgidas con la caída del antiguo régimen. Éste fue el error básico de los hombres de Febrero: intoxicados por su propia imagen de herederos de 1789, se engañaron al creer que podían resolver los problemas de 1917 importando las prácticas y políticas constitucionales de Occidente, para las que no había precedentes reales ni base cultural necesaria en Rusia.

Como si tratara de mostrarse como el heredero de Lafayette, el príncipe Lvov presidió la aprobación de una deslumbrante serie de reformas políticas durante las primeras semanas del Gobierno provisional. De la noche a la mañana, Rusia se transformó efectivamente en «el país más libre del mundo». Se concedió libertad de reunión, de prensa y de expresión. Se eliminaron las restricciones legales de religión, clase y raza. Hubo una amnistía general. Se introdujo el sufragio universal para adultos. La policía se hizo responsable ante el gobierno local. Los tribunales y el sistema penal fueron revisados. Se abolió la pena capital. Se establecieron los organismos democráticos del autogobierno local. Se hicieron los preparativos para la elección de una asamblea constitutiva. Las leyes se aprobaron en una sucesión tan rápida que era difícil para los nuevos ciudadanos de Rusia mantenerse al día de ellas. Un día, en la segunda mitad de marzo, una delegación de sufragistas femeninas fue a la oficina de Lvov para hacer campaña a favor del derecho de las mujeres a votar en elecciones gubernamentales locales. Obviamente, esperaban una dura batalla. Algunas de las mujeres habían preparado largos y apasionados discursos. Les parecía que el destino de la mitad de Rusia dependía del éxito de su misión. Pero en cuanto se encontraron con Lvov, quedó claro que empujaban una puerta abierta. «¿Por qué no iban a votar las mujeres? —les preguntó con franca sorpresa—. No veo cuál es el problema. Con el sufragio universal no puede haber ningún motivo para excluir a las mujeres.»[7]

Estas reformas ayudaron a crear una nueva cultura democrática. Se convirtió en políticamente correcto el llamarse «demócrata», a veces literalmente: hubo un campesino llamado Durakov («idiota») que cambió su apellido a Demokratov. No obstante, en Rusia la palabra «democracia» no era sólo una etiqueta política. También era una etiqueta social. La izquierda, en particular, solía usarla para describir al «pueblo común» como opuesto a «burguesía». El lenguaje de 1789, una vez que entró en Rusia en 1917, pronto se tradujo en lenguaje de clases. No sólo fue una cuestión de semántica. Demostró que para la amplia mayoría de la

gente los ideales de «democracia» se expresaban en términos de una revolución social, en lugar de en términos de una reforma política. Los campesinos y los trabajadores estaban acostumbrados a ver el poder basado en el dominio y la coacción sociales, en lugar de en el ejercicio de la ley. Consideraron la revolución principalmente como una oportunidad para ganar autonomía y devolverles la pelota a sus antiguos amos, en lugar de una oportunidad para reconstruir el sistema de poder sobre principios legales universales. Venganza, no una constitución: ésa era la primera prioridad del pueblo.

La revolución de 1917 debería considerarse como una verdadera crisis general de autoridad. Se produjo un rechazo no sólo del Estado, sino también de todos los representantes de la autoridad: jueces, policías, funcionarios, oficiales del Ejército y de la Marina, sacerdotes, profesores, patrones, capataces, terratenientes, ancianos del pueblo, padres patriarcales y maridos. Se dijo con frecuencia entonces (y los historiadores lo han subrayado) que sólo el Sóviet tenía autoridad real. Guchkov escribió a Alexeev el 9 de marzo:

> El Gobierno provisional no tiene poder real de ninguna clase, y sus órdenes se aplican sólo en la medida en que lo permite el Sóviet de diputados de trabajadores y soldados. Este último controla las fuerzas más esenciales del poder, pues las tropas, los ferrocarriles y los servicios postales y telegráficos están en sus manos. Se puede afirmar con franqueza que el Gobierno provisional existe sólo en la medida en que se lo permite el Sóviet.[8]

Ciertamente, el Sóviet tenía mucho más poder que cualquier otro organismo. Poseía prácticamente el monopolio de los medios de violencia organizada, mientras que la masa de los trabajadores lo consideraba la única autoridad legítima del país. Entre febrero y octubre, el Sóviet podía haber tomado el poder y, aunque el resultado podría haber sido una guerra civil, el apoyo con que contaba era suficiente para asegurar una victoria. No obstante, incluso el Sóviet de Petrogrado tenía sólo un control muy limitado de la revolución en provincias. Se produjo una crisis de todo el poder central: poblaciones y regiones enteras declararon su «independencia» de la capital, los pueblos se declararon «repúblicas autónomas», las nacionalidades y los grupos étnicos se apoderaron del poder territorial y se declararon «Estados independientes». La revolución

social iba a chocar con esta descentralización del poder: las comunidades locales defendieron sus intereses y afirmaron su autonomía a través de la elección de todos los comités *ad hoc* (comités ejecutivos públicos, comités municipales, comités revolucionarios, comités de organizaciones públicas, comités de pueblos y sóviets), que desoían las órdenes centrales y que aprobaron sus propias «leyes» para legitimar la reconstrucción local de las relaciones sociales.

Debe por ello entenderse la política de 1917, no tanto como un conflicto de «poder dual» *(dvoevlastie,* la división del poder entre el Gobierno y el Sóviet que tanto ha preocupado a los historiadores), sino como un problema más profundo de proliferación de una «multitud de poderes locales» *(mnogovlastie).*

En las poblaciones provinciales, realmente no hubo «poder dual» en absoluto: la *intelligentsia* liberal y socialista, que en Petrogrado había quedado dividida entre el Gobierno y el Sóviet, casi siempre trabajaba unida en los comités cívicos democráticos entre febrero y octubre (y en muchos sitios, también después). En resumen, Rusia se estaba balcanizando. Fue una pauta repetitiva el hecho de que cuando se eliminaba el poder del Estado, Rusia se hundía en la anarquía y el caos. Ocurrió después del colapso del Estado zarista, igual que después del colapso del comunismo. Si 1917 demostró algo, fue que la sociedad rusa no era suficientemente fuerte ni compacta para sostener una revolución democrática. Aparte del propio Estado, nada podía mantener la unidad de Rusia.

«¿Quién te ha elegido?» Ésa fue la pregunta incómoda gritada por alguien de entre la multitud cuando Miliukov anunció el establecimiento del Gobierno provisional. La respuesta fue, por supuesto, que nadie le había elegido. El Gobierno provisional no era un Gobierno democrático, en el sentido de que hubiese sido elegido por el pueblo, sino un Gobierno de «confianza nacional». Nunca tuvo la legitimidad que sólo puede provenir de las urnas. Los dirigentes liberales estaban excesivamente preocupados por esta ausencia de mandato, y pensaron que podrían hacerse respetar más denominándolo «provisional». Presentaron al Gobierno sólo como el guardián temporal del Estado hasta la elección de la Asamblea Constituyente, y siempre subrayaron que su legislatura dependía finalmente de la sanción legal de la Asamblea. No obstante, por este motivo, la gente cuestionaba por qué debían obedecer al Gobierno: la palabra «provisional» no inspiraba respeto.

Retrospectivamente, es difícil no culpar a los dirigentes del Gobierno provisional por no convocar con más rapidez la Asamblea Constituyente, que en sí podía haberles otorgado el mandato democrático que necesitaban. Todos

reconocían la urgencia de su convocatoria. Pero los dirigentes liberales permitieron que su sentido común quedara nublado por sus altos ideales. Estaban demasiado abrumados por la solemne importancia de su tarea (la de constituir un parlamento nacional que expresara la «voluntad del pueblo») e insistían en los preparativos legales más detallados para asegurarse el sufragio más limpio posible. Se convocó un consejo de representantes de varios grupos políticos a finales de marzo. Fueron necesarios dos meses para ponerse de acuerdo respecto a la composición de un segundo consejo especial de más de sesenta miembros para redactar la ley electoral, y ello, a su vez, quedó atascado en largas deliberaciones acerca de las varias opciones de representación proporcional, los métodos más justos posibles de volver a fijar las circunscripciones electorales y la manera más idónea de organizar las elecciones en el Ejército y las tierras fronterizas.

A principios del verano, mientras se extendía el caos por el país y quedaba clara la necesidad de una autoridad legal más fuerte, se produjo una creciente preocupación pública por los lentos progresos del Consejo Especial. Algunas personas argumentaron que hubiera sido más rápido nombrar una comisión más reducida para redactar la ley electoral. Pero E. E. Kokoshkin, un abogado kadete y presidente del Consejo Especial, defendió su cuidadoso planteamiento aduciendo que la nueva ley electoral tenía que satisfacer los «deseos e intereses de toda la población». Ciertamente, había problemas prácticos que desaconsejaban las elecciones apresuradas: había millones de personas desplazadas y no quedaba claro cómo se contabilizarían sus votos. Pero hasta cierto punto, estas reservas se habían convertido en un pretexto para el retraso. Los kadetes, en particular, favorecían el aplazamiento de las elecciones, sin duda porque sabían que las perderían. El príncipe Lvov apoyó la dilación de Kokoshkin. Estaba, sobre todo, entregado al ideal de un parlamento perfecto. «La Asamblea Constituyente —dijo Lvov al Consejo Especial— debe coronar la gran Revolución rusa. Debe poner todos los cimientos vitales para el futuro orden del libre Estado democrático. Sobre ella recaerá la responsabilidad de todo el futuro de Rusia. Debe ser la esencia de todas las fuerzas espirituales y mentales del pueblo.»[9]

Esto, seguramente, era tener unas esperanzas irreales respecto a lo que, en su contexto, debería haber tenido por objetivo nada más que constituir un parlamento improvisado de salvación nacional. Para empezar, por muy imperfecta que pudiera haber sido, tal asamblea por lo menos habría establecido

un centro, y una base de legitimidad, para la nueva y frágil democracia de Rusia. Existen muy pocos ejemplos en la historia de un parlamento revolucionario duradero, y estando inmersos en la historia de Europa, los dirigentes del Gobierno provisional deberían haber sido suficientemente conscientes para mantener sus expectactivas dentro de unos límites realistas. Pero permitieron que sus altos ideales nublaran su sentido común. Quizá se trataba de un caso de demasiados abogados y no suficientes estadistas. El fracaso del Gobierno a la hora de convocar elecciones permitió que los bolcheviques sembraran serias dudas en la mente del pueblo sobre sus intenciones de convocarla; y dio peso a sus afirmaciones propagandísticas, que utilizaron para justificar su propia conquista del poder, de que el Gobierno había caído en manos de la «contrarrevolución». Bajo crecientes presiones públicas, los dirigentes del Gobierno provisional anunciaron a mediados de junio que las elecciones se celebrarían finalmente el 17 de septiembre. Pero todo el mundo sabía que, tal como iban las cosas, era imposible, porque no se había redactado el censo de votantes y los organismos locales de Gobierno, encargados de esta misión, aún no estaban establecidos. Al llegar el mes de agosto, se había progresado poco al respecto, y la fecha de las elecciones se aplazó de nuevo hasta el 12 de noviembre. Pero para entonces, los blocheviques ya habían tomado el poder.

II Esperanzas

«Estamos viviendo tiempos salvajes —escribió Serguei Semyonov a un antiguo amigo en la primavera de 1917—. Es difícil para la gente de nuestra generación adaptarse a la nueva situación. Pero a través de esta revolución, nuestras vidas se purificarán y las cosas mejorarán para los jóvenes.»[10] El campesino reformador ponía todas sus esperanzas en la misión civilizadora de la revolución. Por fin, o así lo pensaba, había llegado el momento de que el atrasado pueblo ruso recibiera los beneficios del mundo moderno. Recibió con satisfacción la caída del antiguo régimen, en un espíritu de esperanza y reconciliación optimista con sus desconfiados vecinos campesinos de la comuna de la aldea de Andreevskoe. Ya habían pasado seis años desde que había terminado su larga y amarga lucha para separarse de ellos y establecer su propia explotación agrícola roturada y

privada en las afueras del pueblo.

Durante esa primera primavera esperanzadora, Semyonov reanudó las reformas que había comenzado en 1905. Amplió su trabajo en las cooperativas agrícolas, renovó la Unión Campesina local, abrió un «club del pueblo» en la población comercial de Bujolovo y organizó conferencias para los campesinos acerca de toda una variedad de temas de progreso, desde las filosofías republicanas a los métodos avanzados de cuidar en invierno a las vacas. Incluso realizó un anteproyecto para la electrificación de todo el distrito de Volokolamsk, que presentó a la Duma municipal de Moscú. La hija de Semyonov, Tatiana, recuerda las renovadas esperanzas y energías de su padre durante la primavera de 1917:

> Nos quedamos asombrados de la fortaleza de nuestro padre; se había doblado, literalmente, de la noche a la mañana, y ahora contemplaba el futuro con grandes expectativas. No sólo trabajaba los campos, sino que también viajaba por los pueblos, investigando cada aspecto de los asuntos campesinos. Leía de todo, y escribía constantemente. A veces, cuando estábamos todos dormidos, seguía trabajando en su habitación. A la mañana siguiente, era el primero en levantarse.[11]

La revolución elevó la posición de Semyonov entre los habitantes de Andreevskoe. También redujo el poder de Grigorii Maliutin, el patriarca de la comuna de la aldea y principal enemigo de las reformas de Semyonov. La vieja estructura de poder sobre la que Maliutin se había apoyado (el anciano del *volost*, la policía local y el capitán de la tierra de la clase acomodada) fue desmantelada casi de la noche a la mañana. En el pueblo, la voz de los agricultores más jóvenes y progresistas también se hizo más dominante, mientras que la de los campesinos mayores, como Maliutin, que desconfiaba de la revolución, se oía cada vez menos. Los cambios sociales de los últimos años eran la base de esta democratización de la comuna de la aldea. Cada vez más familias tenían al frente a los campesinos jóvenes, como resultado de las divisiones de las propiedades familiares. Durante los años de guerra, en ausencia de los hombres, muchas familias campesinas tuvieron al frente a mujeres: en muchas regiones, hasta la tercera parte, y en Andreevskoe mismo, más de la cuarta parte. Estos campesinos más jóvenes vieron a Semyonov como un paladín

de la reforma. En la asamblea del pueblo siempre se manifestaba en contra de la Iglesia y del orden patriarcal. Como el campesino más educado del pueblo, también se le llamó para escribir las resoluciones cuando el escriba del pueblo, un lacayo de Maliutin, se negó a «trabajar para la revolución». Pero lo que realmente le dio prestigio a Semyonov fue el éxito de su larga campaña para conseguir la exención del Ejército de seis de los campesinos más pobres, pues, además, debían alimentar a sus familias. Durante el otoño de 1916, había sido sentenciado a seis semanas de cárcel después de que Maliutin le hubiera denunciado a las autoridades por «incitar a la deserción». Pero los habitantes del pueblo se negaron a dejarle ir y le retuvieron en Andreevskoe como rehén y héroe de la revolución campesina hasta la caída del antiguo régimen. Dos semanas más tarde, los seis campesinos volvieron a casa. Maliutin quedó desacreditado, y Semyonov apareció como dirigente del pueblo.[12]

Durante esa primavera, Semyonov deshizo su granja privada cercada y volvió a la comuna campesina de la tierra. La mayoría de los precursores campesinos de Stolypin optaron por hacer lo mismo en 1917. Si hasta la tercera parte de las casas campesinas en Rusia cultivaba terrenos privados en vísperas de la revolución, cuatro años más tarde menos del dos por ciento siguió haciéndolo. Sólo la pequeña minoría de *jutora*, totalmente cercada, tuvo que ser devuelta a la fuerza. Las semicercadas *otruba* tendieron a ser mucho más débiles económicamente y, como las de Semyonov, generalmente más pequeñas que las parcelas comunales vecinas. La perspectiva de participar en los beneficios de la «guerra contra las haciendas» de la comuna, que empezó de nuevo durante la primavera, fue suficiente para animarlos a volver voluntariamente.[13]

Esta vuelta de los «separadores» reflejaba una lucha general campesina en favor de la solidaridad dentro de la comuna de la aldea. «Hoy, en la Rusia libre, todos deben ser iguales y estar unidos —declararon los campesinos de Dubovo-Pobedimov en Bugul'ma—. Los miembros de las comunas deben aceptar a todos los separadores en su familia en términos de igualdad y deben renunciar a todas las medidas opresoras contra ellos, puesto que éstas sólo favorecen a los enemigos del pueblo.» La comuna de la aldea se vio considerablemente fortalecida como resultado de la revolución. Revivió de su estado prerrevolucionario de inactividad y decadencia para convertirse en la principal fuerza organizadora de la revolución agraria campesina. Todos los organismos políticos principales de la revolución en el campo (los comités de aldea, las uniones de campesinos y los Sóviets) no eran realmente más que la comuna

campesina en una forma más revolucionaria. La comuna de la aldea representaba los ideales de tierra y libertad que siempre habían inspirado a los campesinos para lanzarse a la revuelta. Definía a un círculo de personas «integradas» y defendía sus intereses contra los «extraños» (terratenientes, gente de la ciudad, comerciantes, funcionarios del Estado, incluso campesinos de las comunas vecinas) en un tiempo de gran inseguridad.

Desde los días de la servidumbre, la comuna agraria había servido de vínculo entre los miembros de las familias campesinas, generalmente dentro de un único pueblo, y la finca de un terrateniente particular. En 1917, de esta manera, les proporcionó un derecho histórico y moral sobre esa hacienda en virtud del frecuentemente repetido principio campesino: «Nuestro fue el señor, nuestra es la tierra». Durante la expropiación de las fincas de la clase acomodada, los miembros de la comuna dieron muestra de un impresionante grado de solidaridad y organización. Era práctica común que la asamblea de la aldea aprobara una resolución obligando a todos los miembros del comité a participar en la marcha sobre la hacienda o en otras formas de resistencia campesina, como las huelgas de alquiler y los boicoteos, con la amenaza de expulsión de la comuna. Se trataba de una seguridad basada en la fuerza de los números. En contra del antiguo mito soviético, hubo muy pocos conflictos en el seno de la aldea entre los campesinos más ricos y los campesinos más pobres. Pero sí que hubo numerosos conflictos entre comunas vecinas, que, a veces, terminaron en pequeñas guerras entre aldeas por el control de las fincas.[14]

Así es como ocurrió la revolución agraria. A una hora fijada previamente, las campanas de la iglesia sonaban y los campesinos se reunían con sus carros en el centro del pueblo. Entonces se dirigían hacia la hacienda, como si se tratara de un Ejército campesino, armados con fusiles, horcas, hachas, hoces y palas. El hacendado y sus administradores, si no habían huido todavía, eran arrestados, o, por lo menos, obligados a firmar una resolución cediendo a todas las demandas campesinas. Durante la primavera, éstas eran generalmente bastante moderadas: una reducción de los alquileres de las tierras, la redistribución del trabajo de los prisioneros de guerra o la obligatoria venta de cereales, herramientas y ganado a la comuna a precios considerados «justos» por los campesinos. La expropiación masiva de las tierras de la clase acomodada no se produjo hasta el verano. La mayoría de los campesinos estaban preparados para esperar a que el Gobierno provisional aprobara una nueva ley agraria transfiriéndoles las fincas, del mismo modo que una vez habían esperado a que el zar aprobara un «Manifiesto

Dorado». Tuvieron miedo de atacar a las fincas antes de asegurarse de que el antiguo régimen no sería restaurado, como había ocurrido en 1906-1907, con el resultado de ejecuciones en masa de los campesinos. En realidad, hasta principios de mayo, con el nombramiento del nuevo ministro de Agricultura, el eserista Chernov, los campesinos no tuvieron tal garantía; y a partir de ese momento la expropiación definitiva de las fincas de la clase acomodada se convirtió en un fenómeno nacional. Mayo daba también inicio a la temporada agrícola de verano. Si los campesinos iban a cosechar los campos del hacendado en otoño, tenían que arar y sembrarlos ya.[71*] Así que hubo un motivo obvio para que los campesinos expropiaran la tierra a partir de esa época. Las monjas del convento Panovka, en Serdobsk fueron algunas de las víctimas más insólitas de la creciente agresión campesina:

> Una resolución del Comité Ejecutivo del *volost* Davydovka del día 10 de abril ordenó a nuestro convento alquilar a los campesinos quince *desyatiny* de nuestros campos de primavera. El 19 de mayo, recibimos una comunicación del mismo comité señalándonos que, para nuestras propias necesidades, nos podíamos quedar quince *desyatiny* de tierra fértil, pero que se debían entregar treinta *desyatiny* más a los campesinos del pueblo de Pleshcheevka. Ahora [a mediados de junio] los campesinos están requisando cereales de nuestro convento: se han llevado seiscientos *puds* para los aldeanos locales a un rublo y cincuenta y dos kopecks, pero el grano de los campesinos es requisado a dos rublos y cincuenta kopecks.[15]

El regreso de soldados de permiso en Pascua, e incluso de desertores del Ejército, también tenía mucho que ver con esta creciente militancia campesina. Los soldados campesinos a menudo asumieron la dirección de las haciendas. A veces, animaron a los campesinos a participar en actos desenfrenados de vandalismo. Quemaron las casas de las haciendas para expulsar a los hacendados, destrozaron maquinaria agrícola (que, en recientes años, había eliminado buena parte de la necesidad de mano de obra campesina contratada), vaciaron los graneros y destrozaron o cometieron actos vandálicos contra cualquier cosa (cuadros, libros o esculturas) que presentara una apariencia de excesiva riqueza. No era inusual que los soldados incitaran a los campesinos a

atacar a los hacendados. En el pueblo de BorPolianshchina, en la provincia de Saratov, por ejemplo, una banda de campesinos, dirigidos por algunos soldados, entraron a la fuerza en la mansión del príncipe V. V. Saburov y le mataron a hachazos y cuchilladas. Fue una venganza sangrienta porque, siendo su hijo capitán local de la tierra en 1906, doce rebeldes campesinos habían sido ahorcados en el pueblo ante los gritos de sus esposas e hijos. Después del asesinato, durante tres días, los habitantes del pueblo atacaron enloquecidamente la hacienda de Saburov. La mansión, que contenía una de las mejores bibliotecas privadas de Rusia, fue incendiada y arrasada.[16]

Los aterrorizados hacendados asediaron al príncipe Lvov con peticiones para que se restaurara la ley y el orden. Aislados en sus haciendas, sin nada que los protegiera del mar de campesinos hostiles que los rodeaban, se apresuraron a acusar a su Gobierno de no impedir la ola creciente de anarquía que los acechaba. «El campo se está convirtiendo en un caos, con robos e incendios todos los días, mientras usted se sienta, sin hacer nada, en su cómodo despacho de San Petersburgo —le escribió un hacendado de Tambov en abril—. Sus comités locales carecen de poder para impedirlo, e incluso incitan al robo de la propiedad. La policía está dormida mientras los campesinos roban e incendian. El antiguo Gobierno sabía mejor cómo tratar con la escoria campesina que usted llama "el pueblo".»[17]

Al examinar semejantes cartas, difícilmente se puede recriminar a Lvov que considerase la situación de los hacendados un castigo por su comportamiento «grosero y brutal durante siglos de servidumbre». La revolución era la «venganza de los siervos», explicó un día de junio a algunos de sus ministros durante una comida. Era el «resultado de nuestro, y hablo ahora como terrateniente, pecado original. Ojalá Rusia hubiese sido bendecida con una verdadera aristocracia rural, semejante a la inglesa, que ha tenido la decencia humana de tratar a los campesinos más como a personas que como a perros. Entonces quizá las cosas hubieran sido distintas».[18] Era bastante sorprendente que lo dijera alguien de su clase y educación. Se trataba, si se prefiere, de un reconocimiento triste de que toda la civilización de la clase acomodada, de la cual el propio príncipe era un vástago, nunca había sido más que un fino barniz esparcido sobre la brutal explotación de los campesinos, de los que había surgido la revolución.

Independientemente de lo que Lvov pudiera decir en privado, la política de su Gobierno debía defender los derechos de propiedad de los hacendados. La

cuestión agraria, tal como la veía, tenía que ser resuelta por medios legales, y ello significaba conservar el *statu quo* en las relaciones de propiedad hasta que la Asamblea Constituyente aprobara una nueva ley agraria. No obstante, el Gobierno no tenía medios reales para evitar que los campesinos tomaran la ley (y la tierra de la clase acomodada) en sus propias manos. La antigua policía había sido desmantelada, mientras que las unidades del Ejército en el campo, incluso aunque sus reclutas campesinos hubieran estado de acuerdo en participar en actos represivos, no eran suficientes en absoluto para proteger más que una pequeña proporción de las fincas de la clase acomodada. Los comités temporales del *volost*, establecidos por el Gobierno el 20 de marzo y planificados para apoyar el orden existente, pronto fueron transformados en organismos revolucionarios que aprobaron sus propias «leyes» para legitimar las incautaciones campesinas de las propiedades de la clase acomodada. Lo mismo sucedió con los comités agrarios del *volost*. El Gobierno provisional había pretendido que éstos protegieran los derechos legales de la clase acomodada hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente, en la que se llevaría a cabo una regulación de las relaciones agrarias. Pero los campesinos se apoderaron de ellos y pronto se convirtieron en órganos agrarios revolucionarios, que ayudaron a imponer alquileres fijos a la clase acomodada, a calcular sus tierras y propiedades y a distribuirlas entre los campesinos. En un intento de evitar esta subversión de los comités agrarios, el Gobierno les cortó las subvenciones; pero las comunas campesinas llenaron el vacío, financiando a los comités a través de sus propios impuestos, y los comités siguieron creciendo.

Esta revolución agraria recibió una ratificación pseudolegal de las asambleas campesinas que se convocaron en primavera en la mayoría de las provincias centrales de las tierras negras, así como de la Primera Asamblea Campesina Panrusa celebrada del 4 al 25 de mayo. Nada socavó más la autoridad del Gobierno en el campo. Los activistas del partido eserista, que dominaron los ejecutivos de esas asambleas, hicieron un llamamiento a los campesinos pidiéndoles paciencia respecto a la resolución de la cuestión agraria. Pero pronto fueron obligados, debido al tono radical de los delegados en el hemiciclo, a sancionar las acciones de las comunas locales, e incluso las expropiaciones de la tierra de la clase acomodada, como solución provisional. La Asamblea Provincial Campesina de Kazán decidió el 13 de mayo transferir toda la tierra al control de los comités campesinos. Doce días después, la Asamblea Campesina de Samara hizo lo mismo, un desafio directo de la orden de Lvov que exigía al

comisario provincial que evitara las consiguientes apropiaciones campesinas de tierra. Los campesinos creyeron que estas resoluciones aprobadas por sus asambleas se podían calificar de «leyes» y las utilizaron para autorizar más expropiaciones de tierras en los meses de verano. No comprendieron la diferencia entre una declaración general de principios emitida por su propia asamblea de campesinos, que, en realidad, no era más que una organización pública, y la plena promulgación de una ley gubernamental. Parecían creer que para «socializar» la tierra o para poder transferirla al control de las comunas, era suficiente con que la asamblea campesina aprobara una resolución de este tipo. Las esperanzas campesinas convirtieron estas asambleas en organismos pseudogubernamentales que aprobaban «leyes» mediante una simple declaración. Y estas «leyes» adquirían de ese modo un rango superior a las normas del Gobierno. «Los campesinos locales —se quejaba el comisario de Nizhnyi Novgorod— tienen la idea fija de que todas las leyes civiles han perdido fuerza, y que todas las relaciones legales deberían quedar reguladas por las organizaciones campesinas.»[19] Éste fue el significado de la revolución campesina.

Igual ocurría con los demás trabajadores: sus esperanzas aumentaron durante la primavera de 1917. Más de medio millón de trabajadores se declararon en huelga entre mediados de abril y principios de julio; y la variedad de trabajadores era mucho más amplia que en cualquier otra oleada anterior de huelgas. Artesanos, lavanderas, tintoreros, barberos, pinches de cocina, camareros, porteros, conductores y sirvientes domésticos (no sólo de las dos capitales, sino de las ciudades de provincias de todo el Imperio) se unieron a los huelguistas veteranos, como los trabajadores del metal y del textil.[20] Incluso las prostitutas fueron a la huelga.

La mayoría de las demandas de los huelguistas eran económicas. Querían salarios más altos para resistir la inflación y suministros de alimentación más fiables. Querían mejores condiciones en el trabajo. La jornada de ocho horas, en particular, había adquirido una naturaleza casi sacramental. Los trabajadores la consideraron un símbolo de todos sus derechos y de su victoria en la revolución. En muchas fábricas, fue sencillamente impuesta por los trabajadores, que abandonaban sus herramientas y salían después de finalizar un turno de ocho horas. Ansiosos por no poner en peligro la producción, o intimidados por los

trabajadores, la mayoría de los patronos acordaron pronto respetar la jornada laboral de ocho horas (sin reducciones de salario), aunque frecuentemente se introdujeron las horas extraordinarias obligatorias en las fábricas de municiones para poder mantener los niveles de producción. En una fecha tan temprana como el 10 de marzo, trescientos propietarios de fábricas de Petrogrado anunciaron su aceptación de la jornada de ocho horas después de entablar negociaciones con el Sóviet, y sobre esta base fue introducida en la mayoría de las otras poblaciones.[21]

No obstante, en el contexto de 1917, cuando toda la estructura del Estado y del capitalismo estaba siendo redefinida, las demandas económicas eran inevitablemente politizadas. El círculo vicioso de huelgas e inflación, de salarios más altos persiguiendo precios más altos, llevó a muchos trabajadores a exigir que el Estado controlara más el mercado. La lucha de los trabajadores para conseguir controlar su propio ambiente laboral, sobre todo para evitar que sus patronos hundieran la producción para mantener sus beneficios, los llevó a exigir cada vez más que el Estado se encargara de la dirección de la fábricas.

También se produjo un nuevo énfasis en el propio sentido de dignidad de los trabajadores. Ahora eran conscientes de sí mismos como «ciudadanos» y del hecho de que habían «hecho la revolución» (o que, por lo menos, habían desempeñado un papel importante en ella), y ya no estaban dispuestos a ser tratados sin respeto ni por los capataces ni por los administradores. Ésta, a menudo, fue la chispa que hizo estallar la violencia: los empleados de fábrica que se comportaban ofensivamente eran simbólicamente sacados «en carretilla», a veces literalmente en una carretilla, y después apaleados o tirados al canal o a un pozo negro. Muchos huelguistas exigieron un trato respetuoso. Los camareros y camareras de Petrogrado, con carteles que exigían: ¡EXIGIMOS RESPETO PARA LOS CAMAREROS COMO SERES HUMANOS! ABAJO LAS PROPINAS: ¡LOS CAMAREROS SOMOS CIUDADANOS!

Los sirvientes domésticos se manifestaron exigiendo el trato formal de «usted», y no el familiar de «tú», utilizado previamente con los siervos. Los mozos de corral exigieron que su degradante denominación se cambiara por el de «directores domésticos». Las mujeres trabajadoras exigieron un salario igual al de los hombres, el fin de las «degradantes revisiones corporales», permiso de maternidad remunerado y la abolición del trabajo infantil. Desde el punto de vista de los trabajadores, éstos eran temas básicos de moralidad. Sus aspiraciones revolucionarias, como muestra la historia de Kanatchikov, estaban

inextricablemente unidas a su lucha personal en defensa de la dignidad humana y del valor del individuo. Muchos trabajadores hablaron de establecer una «nueva vida moral», basada en la ley y los derechos individuales, en la que ya no habría embriaguez, blasfemia o malos tratos hacia las mujeres.[22]

Parte de la dignidad conquistada recientemente por los trabajadores se expresaba en una nueva autoafirmación. Los trabajadores tomaron las calles del centro como «suyas», celebrando en ellas manifestaciones y reuniones de masas. La ciudad se convirtió en un teatro político, mientras diferentes grupos de trabajadores se reunían para discutir sus demandas. Estas manifestaciones fueron un aspecto vital del espectáculo revolucionario. Fueron «festivales de liberación», utilizando la frase de Michelle Perrot, que proporcionaron a los trabajadores un nuevo sentido de la confianza y la solidaridad colectivas. Toda la Rusia urbana parecía verse arrastrada por una locura repentina de mítines políticos, *mitingovanie*, como los llamó la gente. Todo el mundo hablaba de política. «No puedes comprar un sombrero o un paquete de cigarrillos, o tomar un taxi, sin entrar en una discusión política», se quejó Harold Williams, del *Daily Chronicle:*

> Los siervos y los porteros de las casas piden consejo respecto a qué partido deben votar en las elecciones de distrito. Todas las paredes de la ciudad están llenas de carteles de reuniones, conferencias, congresos, propaganda electoral y anuncios, no sólo en ruso, sino también en polaco, lituano, yidis y hebreo [...]. Dos hombres discuten en una esquina de la calle e inmediatamente se ven rodeados por una emocionada multitud. Incluso en los conciertos, la música ya se ve diluida por los discursos políticos de oradores famosos. La perspectiva Nevsky se ha convertido en una especie de Quartier Latin. Los vendedores de libros llenan las aceras y anuncian a gritos folletos sensacionales acerca de Rasputin y Nicolás, de quién es Lenin y de cuánta tierra van a recibir los campesinos.

En comparación con esto, comentaba John Reed, «el "diluvio de habla francesa" de Carlyle no era más que unas gotas [...]. Durante meses en Petrogrado, y por toda Rusia, todas las esquinas de la calles eran tribunas públicas». Fue como si toda Rusia, habiendo mantenido silencio durante siglos,

tuviera que expresar todo lo que llevaba en mente en el espacio de tiempo más corto posible. «Día y noche, por el país entero —escribió Paustovsky—, se celebró una desordenada reunión continua, de febrero a otoño de 1917.»[23]

Esta conciencia política y confianza crecientes entre los trabajadores se reflejó en el crecimiento, como setas, de las organizaciones de trabajadores durante 1917. Los sindicatos de los trabajadores y los Sóviets volvieron a empezar donde habían interrumpido su desarrollo en 1905 y 1906. Pero fueron alcanzados rápidamente por los comités de fábrica, una innovación de 1917, que, al ser elegidos dentro de la propia fábrica, tendieron a desarrollarse con más rapidez y a ser más sensibles a las demandas inmediatas de los trabajadores que los sindicatos o los sóviets, los cuales, al estar organizados en las áreas industriales y municipales, respectivamente, tendieron a estar más burocratizados. El objetivo principal de los comités de fábrica era asegurar la continuidad de la producción en la planta. Los cierres de fábricas eran un acontecimiento diario; se despedía a miles de trabajadores, y muchos obreros sospechaban que sus patronos hundían deliberadamente la producción para «matar de hambre a la revolución» (o, según el capitalista Riabushinsky, en una frase que parece confirmar tales temores, haría falta «la mano descarnada del hambre para que los trabajadores entraran en razón»). Los comités se organizaron para luchar contra el «sabotaje» vigilando el trabajo de la dirección; se encargaron del suministro de materias primas y regularon la contratación y los despidos. Se encargaron de mantener la disciplina laboral, lucharon contra el absentismo y la embriaguez y organizaron milicias para defender la fabrica por la noche. El «control de los trabajadores» fue su objetivo, aunque no significaba tanto la dirección directa de la producción por parte de los trabajadores como la supervisión directa de ella, incluyendo la participación en consejos de dirección colectivos. Como ha demostrado de manera convincente Steve Smith, esto no los convirtió en las organizaciones anarcosindicalistas representadas por muchos historiadores. Nunca fue el objetivo de los comités de fábrica convertir sus plantas en comunas de trabajadores, y no hubo nada en sus prácticas que sugiriera que rechazaban el poder del Estado o una economía centralizada. Al contrario, como organismos principalmente de defensa de los trabajadores diseñados para mantener las fábricas en funcionamiento ante una crisis económica, a menudo terminaron exigiendo la nacionalización de su planta. Fue esto, junto con el dominio de los sindicatos de trabajadores por parte de los mencheviques, lo que los convirtió en el canal preferido de actividad bolchevique en 1917.[24]

Ninguna organización reflejaba mejor la creciente autoafirmación de la clase trabajadora que la Guardia roja. Al igual que los comités de fábrica, era una innovación de 1917, y la iniciativa para su establecimiento vino, esencialmente, desde abajo. Durante la Revolución de Febrero había surgido una gama amplia de brigadas armadas de trabajadores para defender las fábricas. Se negaron a renunciar a las armas cuando el Gobierno organizó sus propias milicias en las ciudades. Así que apareció un sistema doble de policía, con las milicias de ciudad en los distritos de clase media y las brigadas de los trabajadores en los suburbios industriales, lo cual reflejaba la doble estructura de poder en Petrogrado. Gradualmente, las brigadas de los trabajadores fueron, aunque de manera poco disciplinada, unificadas bajo la dirección de los Sóviets de distrito. Pero desde el principio, fueron los bolcheviques los que ejercieron la influencia dominante en ellas; y fue un bolchevique, Vladimir Bonch-Bruevich, el primero que utilizó el término «Guardia roja». Mientras que la dirección del Sóviet vio en la Guardia roja un precedente peligroso que amenazaba con subvertir al Gobierno, los bolcheviques, una vez que Lenin volvió, se convirtieron en partidarios entusiastas de armar a los trabajadores y ayudaron a fomentar la imagen de la Guardia roja como un Ejército de los trabajadores, en alerta permanente, para defender «la revolución» contra cualquier amenaza. Proporcionar armas a los trabajadores (y en julio había unos veinte mil trabajadores sólo en la Guardia roja de Petrogrado) fue un aspecto vital de su psicología. Éstos eran los trabajadores que Lenin tenía en mente cuando dijo que estaban «a la izquierda» de los bolcheviques. Eran jóvenes (casi la mitad de la Guardia roja tenía menos de veinticinco años), solteros, con un alto nivel de educación y trabajadores cualificados, la mayoría de los cuales se había unido a la guerra industrial durante las huelgas militantes de 1912-1914, cuando los bolcheviques consiguieron por primera vez ganar un espacio entre la clase trabajadora de Petrogrado y Moscú. La mayoría de ellos pertenecían a uno de los partidos maximalistas, generalmente los bolcheviques o los anarquistas, o por lo menos simpatizaban con ellos, y tenían una imagen de sí mismos de «vanguardia del proletariado».[25]

El Gobierno provisional fue absolutamente incapaz de contener este surgimiento de militancia laboral. Cayó en el error de guiarse por la ética liberal industrial de los comités de industrias de guerra, de los que el ministro de Comercio e Industria, Konovalov, además del ministro de Finanzas, Tereshchenko, habían sido miembros principales. La premisa central

(francamente bastante falsa) de esta ética era la del Gobierno guardián de un «Estado neutral», situado por encima de los intereses de partido o clase, cuyo papel en la industria era mediar y conciliar a trabajadores y capitalistas. Lo importante era mantener la producción en beneficio de la campaña militar. Había que terminar la guerra de clases para ganar la guerra contra Alemania.

Durante las primeras semanas del Gobierno de Konovalov se produjo algún indicio de este nuevo espíritu de colaboración industrial. Como parte del acuerdo sobre la jornada de ocho horas gestionado por Konovalov el 10 de marzo, en muchas fábricas se establecieron juntas de conciliación, compuestas a partes iguales de directores y trabajadores, para resolver disputas sin costosas huelgas. La administración de los ferrocarriles fue entregada a los comités ferroviarios locales, en los que participaban tanto los trabajadores como los técnicos y oficiales. El propio Konovalov arbitró muchas disputas industriales y presionó a los patronos para que hicieran concesiones, a menudo compensándolos de otra manera, en interés de la economía de guerra. V. G. Groman, el economista menchevique, incluso empezó a trazar las líneas generales de una «economía planificada» en la cual trabajadores, técnicos y patronos se unirían para regular la economía bajo la tutela del Sóviet y el Estado.[26]

No obstante, este armisticio de la guerra de clases no duró, y no podía durar, mucho tiempo. La posición supuestamente «neutra» del Gobierno era, en sí misma, un poderoso motivo para reanudar las hostilidades, porque cada parte sospechaba que favorecía a la otra. Por un lado, los trabajadores se animaron con sus primeros logros (había informes de que algunos recibieron subidas que multiplicaron sus salarios por cinco o seis), y esto alimentó esperanzas irreales de lo que era posible lograr mediante la acción industrial. Sus esperanzas aumentaron con la entrada de los mencheviques en el Gobierno el 5 de mayo (con Skobelev, un menchevique, como ministro de Trabajo). Parecía darles luz verde para realizar más huelgas y la seguridad de que tenían apoyos en el Gobierno. Los trabajadores presentaban nuevas, y a menudo excesivas, demandas en sus huelgas, se decepcionaban cuando no triunfaban, y acusaban al Gobierno de respaldar a sus patronos. Fue un desastre para los mencheviques.

Los patronos, por otro lado, se impacientaron cada vez más con las reivindicaciones de los trabajadores, y con el fracaso del Gobierno a la hora de contenerlos. Echaron la culpa de la crisis industrial a las subidas inflacionistas de los salarios de los trabajadores, a la reducción de la jornada laboral y a las constantes interrupciones de la producción causadas por las huelgas y las

reuniones en las fábricas. Se alarmaron con la entrada menchevique en el Gobierno, que parecía indicar más regulación y una aproximación hacia el punto de vista de los trabajadores. Desde principios de mayo, empezaron a alejarse del pacto industrial. Cerraron filas y empezaron a resistir las demandas de huelga de los trabajadores, incluso a costa de un *lockout* y del cierre de la fabrica. Mientras que antes se habían evitado las huelgas mediante la negociación, ahora las dos partes estaban preparadas para la lucha, y las huelgas que se produjeron fueron violentas y prolongadas, puesto que ninguna parte podía ser presionada para ceder. La amarga huelga en la enorme planta de Sormovo, en Nizhny Novgorod, que sumió en el caos al mayor fabricante militar del país en medio de los preparativos para la ofensiva de junio, fue el primer indicio real de la nueva situación.[27] Puso fin a las esperanzas liberales de la primavera, y empezó un verano de guerra industrial.

Como los autoproclamados guardianes del Estado ruso, los dirigentes del Gobierno provisional estaban unidos en una cosa: la necesidad, entretanto, de conservar intactas sus fronteras imperiales. Tal como lo veían, su deber primordial era conservar la «unidad del Estado ruso» hasta el término de la guerra y la resolución de la cuestión del Imperio por la Asamblea Constituyente. Con eso no se descartaba la posibilidad de conceder, como medida interina, derechos de autogobierno local o libertades culturales a los territorios no rusos. De hecho, los liberales pensaban que era esencial. Dieron por sentado que las quejas de los pueblos no rusos eran esencialmente el resultado de la discriminación y la opresión zaristas, y que podrían así quedar satisfechos con la igualdad civil y religiosa. Anularon la cuestión de los derechos nacionales con la cuestión de los derechos individuales, y creyeron que así se podría mantener unido el Imperio ruso. Pero defender la «unidad del Estado ruso» sí descartaba, como decían los kadetes, el ceder a las presiones nacionalistas que llevarían a «la división del país en unidades soberanas e independientes». Incluso los defensistas eseristas y mencheviques, que, como revolucionarios, habían declarado su apoyo al principio de la autodeterminación nacional, apoyaron la posición de los kadetes una vez que se unieron a ellos en el Gobierno durante 1917. Como socialistas, siguieron apoyando al federalismo; pero como patriotas, se resistieron a presidir la disolución del Estado en medio de una guerra. El dirigente eserista Mark Vishniak, hablando en el Tercer Congreso Eserista en

mayo, comparó a Rusia con una Suiza enorme: una federación descentralizada, en la cual los cantones, o repúblicas, tendrían los máximos derechos nacionales (incluso el derecho a sus propias monedas), pero con un único Estado unificado.[28]

Esta posición, como la de Gorbachov durante la *perestroika,* era una respuesta bastante inadecuada a las crecientes presiones del nacionalismo después de febrero de 1917. Es cierto que los no rusos no tenían en todas partes la disposición a abandonar el Imperio. Algunos de los pueblos más dominados por los campesinos eran escasamente conscientes de sí mismos como «nación» en lugar de como grupo étnico (como los bielorrusos, los lituanos, los azeríes, y algunos podían argumentar que incluso los ucranianos). Otros, en general, estaban considerablemente satisfechos con los derechos civiles y religiosos (los judíos). Otros combinaron sus quejas étnicas y sociales en una única revolución nacional y socialista que miraba a Rusia en busca de dirección (letones y georgianos). Armenia, por motivos puramente nacionalistas, dirigía su mirada hacia Rusia para asegurarse su protección contra los turcos. No obstante, en otras partes (y en determinadas clases en el seno de estos pueblos) la caída del sistema zarista sí provocó el surgimiento de movimientos nacionalistas basados en las masas, que primero exigieron de Rusia la autonomía, y después, cuando no se les concedió, pasaron a exigir la independencia.

La aparición de movimientos independentistas fue, en parte, el resultado de la oportunidad. El poder coactivo del antiguo Estado se había colapsado; el poder persuasivo del Gobierno provisional era, como mínimo, extremadamente limitado; mientras que los alemanes y los austríacos, cuyos ejércitos ocupaban las tierras fronterizas occidentales, estaban más que dispuestos a ayudar a los nacionalistas a organizar miniestados que ellos podían controlar y utilizar contra Rusia. No obstante, los nacionalistas eran más que «agentes alemanes», incluso en países, como Ucrania y Lituania, donde se logró la independencia en virtud de una paz separada y al precio de un Estadomarioneta alemán. Muchos de los partidos nacionalistas lograron un apoyo electoral masivo. En Ucrania, por ejemplo, el 71 por ciento del voto rural lo recibieron los eseristas ucranianos y la Unión Campesina de Toda Ucrania durante las elecciones a la Asamblea Constituyente de noviembre de 1917. Los partidos socialistas con un programa nacionalista también obtuvieron la mayoría de los votos en Estonia, Georgia, Finlandia y Armenia durante las elecciones de 1917.[29]

En realidad, no está nada claro (y sigue siendo uno de los mayores

interrogantes de la Revolución rusa) lo que este apoyo masivo en las urnas realmente nos dice de la conciencia nacional de los campesinos, la inmensa mayoría de la población de todas estas sociedades. Como puede suponerse, los nacionalistas más activos y conscientes procedían de la pequeña burguesía, la pequeña *intelligentsia* y los campesinos más prósperos y educados, los soldados campesinos en particular.[72]* Después de todo, como hemos visto, el crecimiento de una conciencia nacional campesina dependía de la extensión de las instituciones rurales: escuelas y clubes de lectores, sindicatos de campesinos y cooperativas, que pusieron en contacto a los campesinos con la cultura nacional del mundo urbano; estas instituciones se desarrollaron especialmente entre los campesinos instruidos. En la cultura política tradicional del campo ucraniano o georgiano, se podía esperar que la masa de los campesinos (e incluso más las mujeres campesinas, que votaban por primera vez) siguieran el ejemplo de estas elites rurales y votaran a los nacionalistas. Éste fue uno de los motivos principales por el que los eseristas tuvieron tanto éxito en las elecciones a la Asamblea Constituyente: muchos de los ancianos de las aldeas habían trabajado con los eseristas en el pasado y a menudo recomendaron que todo el pueblo votara a la lista eserista; en lugar de dividir el pueblo por la mitad, todos los campesinos se pusieron de acuerdo para votar a los eseristas. En segundo lugar, todos los partidos nacionalistas de más éxito presentaron programas que combinaban las demandas nacionalistas con las demandas socialistas, y no está claro que los campesinos fueran conscientes de lo último como algo distinto. Es probable, como Ronald Suny ha sugerido en el caso de Ucrania, que aunque los campesinos tenían una «conciencia cultural o étnica» y preferían «dirigentes de su propia etnia, personas que les podían hablar en su propio idioma y que les prometían asegurar sus intereses locales», no se vieran a sí mismos como «una única nacionalidad» y «ni siquiera se sintieran conmovidos por una pasión nacional».[30] En otras palabras, interpretaron los lemas de los nacionalistas en términos de sus propias preocupaciones locales, como la defensa de la aldea, de su cultura y de sus tierras (contra las poblaciones extranjeras y las elites terratenientes), más que en términos de una nación Estado.

Ciertamente, los nacionalistas tuvieron más éxito donde lograron persuadir a los campesinos de que la autonomía nacional era la mejor garantía de su revolución en las aldeas. Su política de nacionalización de tierras disfrutó particularmente de éxito. En muchas regiones, la lucha por la tierra también era la lucha de los campesinos nativos contra una elite terrateniente extranjera, así

que cuando los nacionalistas hablaban de la necesidad de «nacionalizar la tierra», su mensaje tenía sentido real y literal. En las provincias norteñas de Ucrania, donde los pueblos ucranianos estaban muy entremezclados con los pueblos rusos, los nacionalistas pudieron movilizar a los campesinos ucranianos en defensa de sus tradiciones de posesión hereditaria de tierras contra la amenaza de una reforma de tierras rusa basada en los principios de tenencia común. Mykola Kovalevsky, el dirigente de los eseristas ucranianos, recuerda cómo funcionaba su propaganda:

> Los rusos os quieren imponer una socialización de la tierra —les dije a los campesinos—, es decir, transferir la posesión de la tierra a las comunas del pueblo y, de esta manera, abolir vuestras granjas privadas; ya no seréis los dueños de vuestra propia tierra, sino trabajadores en tierra comunal.

La campaña nacionalista en favor de los derechos de las lenguas nativas era igualmente significativa para los campesinos: sus esperanzas de progreso social dependían de su aprendizaje de la lectura de la lengua nativa y de poder utilizarla en la vida pública. Lo mismo sucedió con el movimiento (en Georgia y Ucrania) en favor de la «nativización» (autocefalia) de la jerarquía de la Iglesia: al celebrar el culto en la lengua nativa, los sacerdotes se acercarían más a los campesinos, y más campesinos entrarían en el sacerdocio. De modo similar, el establecimiento de unidades nacionales del Ejército, la exigencia de congresos militares celebrados por casi todos los principales soldados no rusos, no sólo proporcionaría a estos aspirantes a Estados nación un Ejército nacional dispuesto, sino que también abriría la puerta para que más no rusos ingresaran en el cuerpo de oficiales.[31]

Fuera cual fuera su verdadera naturaleza o extensión, el atractivo de los nacionalistas fue mucho más fuerte de lo que los dirigentes del Gobierno provisional estaban preparados a permitir. Sólo en el caso de Polonia llevaron a cabo una retirada total ante los nacionalistas, declarando su apoyo en favor de la independencia polaca desde una fecha tan temprana como el 16 de marzo, y sólo porque, estando Polonia ocupada por los alemanes y los austríacos, no había nada que perder con tales declaraciones y, al contrario, existía la posibilidad de obtener el apoyo de la población polaca contra las potencias centrales. Incluso

Brusilov, patriota gran-ruso que luchaba en esa época en el disputado suelo ruso-ucraniano-polaco, reconoció que «no teníamos otra alternativa salvo la de ofrecer a Polonia la libertad».[32] Pero en los otros dos conflictos (con los nacionalistas finlandeses y con los ucranianos) el Gobierno provisional se negó a llevar a cabo cualquier concesión real; y, en gran parte como resultado de esta intransigencia, estos dos movimientos lograron un mayor atractivo entre las masas y, con el visible debilitamiento del Gobierno, pasaron de la exigencia de una mayor autonomía a la exigencia de una independencia total.

El problema finlandés arrancaba de la dudosa base con que contaba el Gobierno ruso en Finlandia después del hundimiento de la monarquía. Los finlandeses argumentaban, con algo de justificación, que el zar había reinado sobre el gran ducado únicamente desde su autoridad personal, como gran duque de Finlandia, con el efecto de que, después de su caída, la soberanía debía volver al parlamento finlandés (el Sejm). Pero en su manifiesto del 7 de marzo, el Gobierno provisional se declaró heredero legal pleno de la autoridad del zar en Finlandia y, aunque restauró la constitución finlandesa, terminando así trece años de Gobierno ruso directo, siguió insistiendo en que el Gobierno de Helsingfors debía seguir siendo responsable ante el gobernador general ruso, en lugar de ante el Sejm, hasta que la condición futura de Finlandia hubiera quedado resuelta por la Asamblea Constituyente.

Este fue el principio de una larga y compleja disputa entre los finlandeses (que se negaron a reconocer la soberanía del Gobierno provisional) y los rusos (que se negaron a reconocer la autoridad del Sejm). El Gobierno de coalición de Tokoi en Helsingfors, una combinación de socialistas federales y nacionalistas liberales, estaba basado en la política de negociar una solución intermedia, en virtud de la cual Finlandia obtendría plena autonomía interna a cambio del derecho de veto ruso sobre su política exterior y militar. Si hubiera prevalecido la sensatez, el Gobierno provisional lo podría haber reconocido como una resolución temporal aceptable del conflicto. Pero debido a que la propuesta implicaba un Ejército finlandés más pequeño para la campaña militar rusa, se temía que fuera el primer paso para la salida de Finlandia de la guerra, y quedó bloqueado el progreso de las negociaciones.

El punto muerto se prolongó a lo largo de toda la primavera, mientras el Gobierno de Tokoi recibió una creciente presión popular para que declarara unilateralmente la independencia de Finlandia, a la vez que Petrogrado vio en esto un motivo para enfrentarse aún más firmemente contra todas las demandas

finlandesas. Ambas posiciones vinieron determinadas en gran parte por el hecho de que los bolcheviques, que habían adoptado la causa finlandesa con la esperanza de ganar un aliado en contra del Gobierno provisional, estaban logrando una poderosa base de apoyo entre los marineros de Helsingfors, donde controlaban su propio organismo soviético de la Flota del Báltico (TsentroBalt). Tokoi subrayó esta amenaza bolchevique con la esperanza de presionar al Gobierno provisional para que realizara concesiones. Pero el Gobierno estaba empeñado en mantenerse firme. Incluso Kérensky, hablando como un verdadero patriota gran-ruso, dado que era el nuevo ministro de la Guerra desde mayo, advirtió a los finlandeses para que no pusieran a prueba la paciencia de un «pueblo ruso abierto de corazón», intentando «privarle de sus derechos a su propio territorio nacional».[33]

Las relaciones con Rusia llegaron a una crisis en junio y julio. Una resolución del Congreso Soviético Panruso en la que realizaba un llamamiento al Gobierno provisional para negociar con Finlandia un tratado de independencia al final de la guerra, fue interpretada por el Sejm como una luz verde para aprobar su propia declaración de independencia *(valtalaki)* el 23 de junio. El *valtalaki* fue aclamado con celebraciones en toda la nación. La gente pensaba, equivocadamente, que había sido apoyado por el «parlamento ruso». Pero el Sóviet estaba tan indignado con él como el Gobierno provisional. El *valtalaki* fue una declaración unilateral de independencia de Finlandia, mientras que la intención de la resolución del Sóviet era que fuera el resultado de negociaciones bilaterales con el Gobierno provisional. Una delegación del Sóviet intentó persuadir a los finlandeses para retirar el *valtalaki* y, cuando esto fracasó, los dirigentes del Sóviet dieron su apoyo a la decisión del Gobierno de reprimir el movimiento finlandés con la fuerza militar. A lo largo de julio, los rusos reunieron sus tropas en suelo finlandés, amenazando con usarlas contra el Sejm si no retiraba su *valtalaki.* El 21 de julio, se disolvió el Sejm. La mayoría de los socialistas rusos, a pesar de su reconocimiento del derecho de Finlandia a la autodeterminación, aceptó la necesidad de esta medida represiva y culpó de ella a las tácticas del Sejm. Pero otros, como Gorky, advirtieron que esta acción estaba condenada a fortalecer la resolución finlandesa, lo que conduciría a un «empeoramiento del conflicto» y a la pérdida del prestigio democrático de Rusia en Occidente. De hecho, la disolución tuvo aún mayores resultados. Al descartar la posibilidad de un acuerdo negociado, socavó realmente al Gobierno de Helsingfors y empujó a Finlandia por un camino que acabaría en guerra civil,

mientras que la lucha por la independencia se entremezcló con un conflicto social más amplio entre las clases propietarias liberales, que tenían sus dudas acerca de romper de manera definitiva con Rusia, y una masa de trabajadores, marineros y obreros sin tierras crecientemente «bolchevizados», deseosos de declarar independiente a una Finlandia roja.[34]

En Ucrania, la Revolución de Febrero había provocado, de forma inmediata, un movimiento nacionalista basado en la Rada, el parlamento establecido en Kiev el 4 de marzo. Aunque la Rada estaba comprometida en última instancia con el derecho de Ucrania a la autodeterminación, contempló como su tarea inmediata la negociación de libertades culturales, una mayor autonomía política y una reforma agraria radical dentro de un Estado federal ruso. El tema de la reforma agraria era especialmente importante, porque aunque la Rada podía estar segura del apoyo de la *intelligentsia* ucraniana, no sucedía lo mismo con los campesinos, la gran mayoría de la población ucraniana, aunque es verdad que la mayoría de los soldados ucranianos, que eran simplemente campesinos vestidos de uniforme, respaldaban sólidamente la causa nacionalista.

A mediados de mayo, una delegación de la Rada presentó sus demandas al Gobierno provisional. Estas demandas eran moderadas (un reconocimiento de la autonomía de Ucrania, un escaño para Ucrania en las negociaciones de paz, un comisario para asuntos ucranianos, unidades separadas del Ejército ucraniano en la retaguardia y el nombramiento de ucranianos para la mayoría de los puestos civiles), y el Gobierno provisional podía fácilmente haber cedido ante ellas sin perjudicar la resolución de la cuestión ucraniana por la Asamblea Constituyente. Pero el Gobierno ruso y los dirigentes soviéticos no concedieron importancia a la influencia de la Rada (su declaración no fue publicada en un solo periódico ruso) y parecieron dar por hecho que si no le hacían caso, todo el problema desaparecería. El príncipe Lvov intentó enterrar el tema, nombrando una comisión especial llena de juristas rusos que planteó complicadas cuestiones legales acerca de la legitimidad de cada demanda específica de la Rada antes de concluir, como era de esperar, que no se podía resolver nada hasta la Asamblea Constituyente. Era un ejemplo más de cómo los liberales rusos utilizaban posturas legales para esconderse de la política.

No obstante, el resultado de esta actitud de «avestruz» fue el de fortalecer la causa nacionalista e impulsarla hacia la demanda más radical de independencia de Rusia. Impulsada por el Segundo Congreso Militar Ucraniano para que proclamara una declaración unilateral de autonomía, la Rada publicó su Primera

Universal el 10 de junio. La Universal fue una declaración de la libertad de Ucrania que tomaba como modelo las cartas de los hetmanes cosacos del siglo XVII, proclamados fundadores de la «nación ucraniana» por los nacionalistas y, en el contexto de 1917, asumió un papel simbólico similar al de la bandera amarilla y azul de Ucrania. La Universal reclamaba la convocatoria de un Sejm, o asamblea nacional soberana, y declaraba el establecimiento de una secretaría general, dirigida por V. K. Vinnichenko, que asumió efectivamente el poder ejecutivo, reemplazando la autoridad del Gobierno provisional en Ucrania. Sólo entonces, la crisis ucraniana, al coincidir con la declaración finlandesa de independencia, adquirió una importancia prioritaria en la agenda política. justo cuando el Ejército estaba a punto de desencadenar una nueva ofensiva en Occidente, Rusia se vio amenazada con la pérdida de dos regiones vitales en la retaguardia. Lvov acusó inmediatamente a la Rada de amenazar con «infligir un golpe mortal al Estado», mientras que la *Volia naroda* expresaba la opinión generalizada del Sóviet de que la Universal era una «puñalada en la espalda de la revolución».[35]

Pero estaba claro que era necesario alcanzar algún compromiso, y el 28 de junio el Gobierno envió una delegación de tres hombres (Tereshchenko, Kérensky y Tsereteli) para negociar con la Rada. El 2 de julio las dos partes llegaron a un compromiso provisional: el Gobierno provisional reconoció ampliamente la autonomía nacional de Ucrania, la legitimidad popular de la Rada y la autoridad ejecutiva de la Secretaría General. Esto fue suficiente para calmar a los acalorados ucranianos durante el resto del verano. Pero escandalizó a los nacionalistas rusos de Kiev, y a los partidarios nacionalistas de Shulguin en particular, que empezaron a luchar contra los ucranianos en las calles. Los kadetes derechistas que había en el gabinete de Lvov enarbolaron la causa de la minoría rusa en Ucrania. Se negaron a ratificar el acuerdo, basándose en que sólo la Asamblea Constituyente tenía autoridad legal para adoptar resoluciones sobre tales asuntos, lo que en realidad no era más que un pretexto para defender los intereses imperiales de Rusia en Ucrania. En una conversación con su secretario, Lvov censuró a los kadetes por «comportarse como los peores bastardos de los Cien Negros» respecto a esta cuestión.[36] El 4 de julio, tres kadetes dimitieron del gabinete. Fue el detonante del principio de una larga crisis política que terminaría en el hundimiento del Gobierno provisional.

Brusilov a su esposa, el día 1 de marzo:

> Debes de saber lo que está ocurriendo. Yo, por supuesto, estoy contento. Pero pido a Dios que esta terrible crisis, en medio de esta terrible guerra, pueda terminar pronto, para que nuestro enemigo externo no pueda cosechar el beneficio de nuestro hundimiento. La única circunstancia afortunada es que se produce en una época del año en que es muy difícil para el enemigo, casi imposible, lanzar un ataque, porque eso sería una catástrofe. Es más importante que nunca que ganemos esta guerra; de lo contrario, será la ruina de Rusia.

La fe incansable de Brusilov en el destino victorioso de Rusia era entonces, más que nunca, cuestión de esperanza, en contra de lo que se pudiera esperar. Era, como reconocería más tarde, completamente irreal sostener una larga campaña militar en medio de una revolución social. Y aun así, seguía creyendo en la voluntad del pueblo para seguir luchando hasta el final, y, a diferencia de la mayoría de los generales del zar, se entregó a la revolución con la esperanza de que la defensa de la libertad de Rusia pudiera por lo menos inspirar su patriotismo. Los monárquicos le acusaron de oportunismo, y los historiadores han reiterado la acusación. Pero Brusilov, desde hacía largo tiempo, estaba convencido, a pesar de sus propias simpatías hacia la monarquía, de que sin un cambio completo de Gobierno, Rusia no podía ganar la guerra. «Si tengo que eligir entre Rusia y el zar —había dicho Brusilov en 1916—, entonces, elijo Rusia.»[37]

El Ejército de la Rusia libre estaba, de hecho, mucho menos dispuesto a proseguir la guerra de lo que el optimista general había supuesto. La Orden Número 1 proporcionó a la masa de los soldados una nueva autoestima como «ciudadanos», en igualdad de términos con los oficiales, y esto llevó al desmoronamiento de toda la disciplina. Los nuevamente establecidos comités de soldados, aunque dominados al principio por los suboficiales demócratas y la *intelligentsia* uniformada, pronto se convirtieron en los dirigentes de esta revolución en las filas. Celebraron reuniones para planificar la estrategia y decidir si obedecían o no las órdenes de los oficiales. Algunos soldados se negaron a luchar durante más de ocho horas al día, reivindicando los mismos derechos que los trabajadores. Muchos se negaron a saludar a sus oficiales, o los reemplazaron con sus propios oficiales elegidos. La intimidación de los oficiales era común. El propio Brusilov recibió muchas cartas de sus hombres

amenazando con matarle si ordenaba avanzar. Cuando, en mayo, Brusilov asumió el mando supremo, y pasó revista a las unidades en el frente del norte, donde el espíritu de motín era más fuerte, vio que cientos de oficiales ya habían huido de sus puestos, mientras que no pocos habían llegado a suicidarse. «Recuerdo un caso en que un grupo de oficiales había oído a sus soldados hablar en tonos amenazadores de la "necesidad de matar a todos los oficiales". Uno de los oficiales más jóvenes

se quedó tan aterrorizado que se mató de un disparo esa noche. Pensaba que era mejor matarse que esperar a que los soldados le mataran.» Los métodos para matar a los oficiales eran tan brutales (amputaban miembros y genitales a las víctimas, o desollaban vivas a las víctimas) que es fácil comprender al oficial.[38] Un joven capitán escribió a su padre el 11 de marzo:

> Entre nosotros y los soldados hay un abismo que no se puede salvar. Independientemente de lo que puedan pensar de nosotros como individuos, a sus ojos seguimos siendo sólo *barines* («amos»). Cuando nosotros hablamos del «pueblo», tenemos en mente toda la nación al completo, pero ellos se refieren sólo al pueblo común. Desde su punto de vista, lo que ha ocurrido no es una revolución política, sino una revolución social, de la cual nosotros somos los perdedores y ellos son los ganadores. Piensan que las cosas deben mejorar para ellos y que deben empeorar para nosotros. No nos creen cuando hablamos de nuestra devoción por los soldados. Dicen que fuimos *barines* en el pasado, y que ahora es su turno de ser *barines* sobre nosotros. Es su venganza por los largos siglos de servidumbre.

Es obvio que los soldados campesinos no compartían el lenguaje de «ciudadanía» de sus oficiales. No veían la revolución en los mismos términos de derechos y deberes cívicos. Su revolución en las trincheras era otra versión de la revolución social en el campo. Los reclutas campesinos consideraban natural que si sólo podían derrocar a sus oficiales nobles, entonces el resultado sería la paz, el pan y la tierra. Así lo expresó un soldado en una reunión de su regimiento celebrada en marzo para discutir la abdicación del zar:

> ¿No habéis entendido? ¡Lo que está ocurriendo es una *rivolusión!* ¿No

> sabéis lo que es una *rivolusión?* Es cuando el pueblo coge todo el poder. ¿Y qué es el pueblo sin nosotros, los soldados, con nuestras armas? ¡Bah! Está claro: significa que el poder nos pertenece. Y de paso, el país nos pertenece también, y toda la tierra es nuestra, y decisión nuestra es también si luchamos o no. ¿Lo entendéis ahora? Eso es una *rivolusión.*[39]

El concepto de «poder de los soldados» fue esencial para el espíritu de «bolchevismo de trincheras» que impregnó a las fuerzas armadas en 1917. Brusilov lo describió así:

> Los soldados sólo querían una cosa: paz para poder volver a casa, a robar a los terratenientes y a vivir libremente sin pagar impuestos o reconocer ninguna autoridad. Los soldados se volvieron hacia el bolchevismo porque creyeron que ése era su programa. No tenían la más mínima idea de lo que significaba en realidad el comunismo, o la Internacional,[73*] o la división entre trabajadores y campesinos; pero se imaginaban en casa viviendo sin leyes ni terratenientes. Esta libertad anárquica es lo que llamaban «bolchevismo».

Desde el principio de la revolución, se produjo un notable aumento en el número de desertores, especialmente entre los soldados no rusos. Quizás un millón de soldados dejaron sus unidades entre marzo y octubre. La mayoría eran soldados «ausentes sin permiso», hombres que simplemente se habían hartado de luchar o de padecer hambre en las trincheras, y que se habían escapado al pueblo más cercano, donde comían y se emborrachaban, visitaban los burdeles y a menudo aterrorizaban a la población local. «Las calles están llenas de soldados —se quejaba un tal oficial Perm a mediados de marzo—. Molestan a las señoras respetables, pasean con prostitutas y se comportan en público como gamberros. Saben que nadie se atreve a castigarlos.»[40]

Los objetivos militares de Rusia ocuparon el escenario principal de la política durante la primavera de 1917. De hecho, todo 1917 podría considerarse como una batalla política entre quienes consideraban la revolución como un medio para acabar con la guerra y aquellos que veían la guerra como el medio de acabar con la revolución. No fue sólo un enfrentamiento político, sino también

social. La propaganda izquierdista dejó claro que la guerra la motivaban distintos intereses de clases. Se podía provocar una enorme desconfianza, e incluso odio hacia la «burguesía» y el sistema «imperialista» o «capitalista», con las historias de industriales, comerciantes, kulaks y traficantes del mercado negro que se beneficiaban de la guerra. Los partidarios de la guerra se vieron instantáneamente marcados con el estigma de colocar sus propios intereses «imperiales» por encima de los del pueblo. «Nosotros vemos —declaraba una resolución de los trabajadores de la fabrica Dinamo de Moscú— que la matanza y la destrucción sin sentido de la guerra no es esencial para nadie más que para la burguesía parásita.»[41]

El Gobierno provisional había evitado hasta entonces la cuestión crucial de su política sobre la guerra. Había demasiados conflictos de opinión dentro del Gabinete. Miliukov, con el tímido apoyo de Guchkov, no vio ningún motivo para renunciar a las ambiciones imperialistas de Rusia, contenidas en los «tratados secretos» con los aliados, para obtener el control de Constantinopla. Como nuevo ministro de Asuntos Exteriores de Rusia, se lo dejó claro a la prensa y a las embajadas en el extranjero. Pero sus opiniones iban muy en contra de la campaña de paz del Sóviet, iniciada el 14 de marzo con su *Llamamiento a los pueblos de todo el mundo*, en el cual se renunciaba a los objetivos de guerra de la Rusia zarista y se llamaba a los pueblos de todas las naciones beligerantes a protestar contra la «guerra imperialista». La campaña de paz del Sóviet fue inmediatamente ratificada por una serie de congresos militares; la mayoría de los soldados declararon su lealtad al Sóviet sobre la base de su promesa de paz. Su campaña también fue respaldada por los ministros más liberales del Gobierno provisional, una vez que fue abandonada la idea izquierdista de una paz por separado, popular en ciertos círculos del Sóviet, y en su lugar, el 21 de marzo, el Sóviet adoptó la línea moderada del Defensismo Revolucionario (unidad nacional para la defensa de Rusia en combinación con una campaña de paz internacional en favor de un acuerdo democrático «sin anexiones ni indemnizaciones»).

El 27 de marzo, el Gobierno provisional dio a conocer su propia Declaración de Objetivos de Guerra, que coincidía en buena medida con la campaña de paz del Sóviet. Pero Miliukov dijo al *Manchester Guardian* que no alteraría el compromiso de Rusia con sus aliados. Esto provocó una amarga lucha política por el control de la política exterior del Gobierno provisional. Miliukov fue acusado en círculos democráticos de hablar sin la autoridad del Gabinete. No

era, según palabras de un periódico liberal, más que «la opinión personal de un ministro». Los dirigentes soviéticos, que contemplaron la declaración del 27 de marzo como un logro sagrado de la revolución, exhortaron al Gobierno provisional para que la presentara bajo la forma de una nota diplomática a los aliados, lo que la convertiría efectivamente en la política exterior práctica de Rusia, aunque sin la aprobación de su ministro de Asuntos Exteriores. Tras muchas discusiones, Miliukov fue obligado a asentir ante este plan: la ratificación del programa de paz del Sóviet por una delegación visitante de socialistas franceses y británicos había debilitado su objeción principal de que no sería aceptable para los Aliados. Pero cuando acudió a enviar la declaración a las embajadas extranjeras, añadió una nota suya en la que subrayó, en contravención de la declaración, que Rusia todavía estaba firmemente comprometida con una «victoria decisiva», incluyendo, por lo menos por vía indirecta, los objetivos de guerra imperiales del Gobierno zarista.[42]

El efecto de la nota de Miliukov fue una provocación para el Sóviet. Gorky, que había ayudado a escribir el Llamamiento soviético del 14 de marzo, la denunció como parte de un «asalto burgués a la democracia con el propósito de prolongar la guerra». La acción de Miliukov, sin duda, había fortalecido el mensaje del Sóviet (que sólo «la burguesía» iba a beneficiarse de la «guerra imperialista») en la mente de los trabajadores y soldados. El 20 de abril, miles de trabajadores y soldados armados salieron a manifestarse por las calles de Petrogrado. Muchos de ellos llevaban pancartas con lemas que exigían la destitución de los «diez ministros burgueses», el final de la guerra y el nombramiento de un nuevo Gobierno revolucionario. Linde, que había dirigido el motín en febrero, se quedó escandalizado por la nota Miliukov. La consideró una traición a la promesa fundamental de la revolución, la de terminar la guerra de un modo democrático. Inclinado por naturaleza hacia la protesta espontánea (así lo había demostrado en febrero), dirigió un batallón del Regimiento Finlandia en una manifestación armada que se dirigía hacia el Palacio Marinsky con la esperanza de que el Sóviet realizara un llamamiento en favor del arresto del Gobierno y del establecimiento del poder soviético. Cuando llegaron al palacio, al ejército callejero de Linde se le había unido una multitud de soldados furiosos de los regimientos Moscú y Pavlov, de manera que alcanzó hasta los veinticinco mil hombres. La demostración de fuerza de Linde fue completamente improvisada; no había consultado con nadie, pero era obvio que tenía la idea de que la Ejecutiva del Sóviet (de la cual era miembro) concedería

plena aprobación a sus acciones. Estaba equivocado. La Ejecutiva había aprobado una resolución en que condenaba la manifestación de Linde argumentando que el Sóviet no estaba preparado para asumir el poder sino que, al contrario, debía ayudar al Gobierno provisional a restaurar su propia autoridad. Sólo se manifestaron a favor la extrema izquierda, los bolcheviques de Vyborg y los anarquistas, que habían animado a los manifestantes y les habían metido en la cabeza la idea disparatada de que debían «deshacerse de la burguesía». La prensa derechista tachó inmediatamente a Linde de «bolchevique» y presentó su manifestación armada (aunque se dispersó pacíficamente tan pronto como los dirigentes del Sóviet le ordenaron que así lo hiciera) como un intento sangriento de llevar a cabo un golpe. El general Kornilov, comandante de la guarnición de Petrogrado, quería dispersar a los manifestantes con sus tropas; pero el Gabinete se resistió a usar la fuerza contra «el pueblo», y le denegó el permiso. El 21 de abril tuvieron lugar nuevas manifestaciones. Unos manifestantes coléricos rodearon el coche de Miliukov y lo golpearon con los puños. Varias personas fueron asesinadas cuando estalló la violencia callejera en la perspectiva Nevsky entre los manifestantes y una contramanifestación de patriotas derechistas y monárquicos.[43] La cuestión de la guerra había dividido en dos la capital y la había llevado al borde de una sangrienta guerra civil.

Fue esta amenaza de una guerra civil lo que finalmente impulsó a los dirigentes del Sóviet a unirse al Gobierno y a fortalecer su autoridad. Habían ido madurando desde hacía algún tiempo la idea de una coalición, en la cual destacaban dos factores principales. Uno era Irakli Tsereteli, el alto y bien parecido menchevique georgiano, de rostro tan pálido como el Greco, que había vuelto del exilio siberiano a mediados de marzo e inmediatamente dejó su impronta de autoridad en la dirección del Sóviet. Tsereteli era, según la evaluación de Lvov, «el único verdadero estadista que había en el Sóviet». En sus discursos, rigurosamente intelectuales, siempre apelaba a los intereses del Estado en lugar de a los intereses de clase o de partido; y su efecto gradual fue el de inculcar en los dirigentes del Sóviet un creciente sentimiento de responsabilidad. Dejaron de pensar y actuar como revolucionarios y empezaron a verse como «hombres de Gobierno». Era Tsereteli el que había configurado la política de defensismo revolucionario, que unió a los dirigentes del Sóviet con los liberales respecto a la cuestión de la guerra y que formó la base de su coalición. El otro factor fue la influencia de las bases del Partido Socialista,

sobre todo en provincias, que de manera amplia dieron la bienvenida a la perspectiva de una coalición con los liberales. Para empezar, nunca se habían sentido retraídos por la misma obsesión ideológica que sus dirigentes de partido en la capital acerca de la necesidad de formar un «Gobierno burgués». Habían colocado el pragmatismo por delante del dogma del partido (¿qué elección tenían con las reducidas dimensiones de la *intelligentsia* provincial?) y se habían unido a los liberales en el Gobierno municipal desde los primeros días de la revolución. También se pensaba en las bases que si sus dirigentes se unían al Gobierno, tendrían más influencia sobre él. Muchos trabajadores pensaron que, con los mencheviques encargados de la industria, pronto obtendrían un mejor salario. Muchos soldados pensaron que, con los eseristas encargándose de la guerra, pronto lograrían la paz.[44]

El establecimiento de la coalición, al igual que la formación del Gobierno en marzo, provino de los esfuerzos conjuntos de los dirigentes del Sóviet y de los liberales para restaurar el orden en las calles de Petrogrado. Los dirigentes del Sóviet estaban horrorizados por las manifestaciones violentas y la perspectiva de una guerra civil. Fueron ellos los que tomaron la iniciativa a la hora de poner fin a los disturbios, controlar la guarnición y prohibir cualquier posible manifestación el 21 de abril. En un sentido real, ya estaban asumiendo las responsabilidades del Gobierno. Al día siguiente, presentaron una declaración conjunta con los ministros en la que se condenaba la nota de Miliukov. Esto resolvió la crisis inmediata. Pero Lvov había tomado la decisión de que los dirigentes del Sóviet deberían unirse a su Gobierno para otorgarle credibilidad popular. La presencia de Miliukov en el Gabinete fue el mayor obstáculo (trabajar con él exponía a los dirigentes soviéticos a la acusación de la extrema izquierda de que apoyaban la «guerra imperialista») y lo que el 28 de abril los llevó a rechazar la idea de una coalición. Pero dos días más tarde, todo había cambiado con la dimisión de Guchkov, el ministro de la Guerra y único aliado de Miliukov en el Gabinete, en protesta por la confirmación de los derechos de los soldados realizada por una comisión gubernamental y la campaña soviética contra Miliukov. Mientras tanto, Lvov empezó a tramar la destitución de Miliukov. Prometió a Tsereteli que obligaría a Miliukov a salir del Gabinete si los dirigentes del Sóviet accedían a unirse a un Gobierno de coalición. Esto, junto con la amenaza del propio Lvov de dimitir si Tsereteli no estaba de acuerdo, fue suficiente para convencer al dirigente menchevique de que una coalición era no sólo posible, sino esencial para poner fin a la crisis de autoridad,

que, por otro lado, podía ser fácilmente explotada tanto por la extrema derecha como por la extrema izquierda, y fue en gran parte la fuerza de su razonamiento la que finalmente persuadió a la ejecutiva del Sóviet para que, el día 2 de mayo, votara a favor por cuarenta y cuatro votos a diecinueve.[45]

Tres días más tarde, se presentó el nuevo Gabinete. Se acordó, por deferencia hacia el dogma menchevique, que los socialistas debían ocupar pocas carteras (aceptaron seis de las dieciséis), y que para conservar la concepción liberal del Gobierno como institución nacional por encima de intereses de partido o de clase, debían unirse al Gabinete en calidad de independientes y no de miembros del Sóviet. Chernov asumió Agricultura; Kérensky, Guerra; Skobelev,Trabajo, mientras que Tsereteli, que pasaba la mayor parte de su tiempo en el Sóviet, aceptó el puesto menor de Correos y Telégrafos, lo cual le permitiría mantener un pie en cada lado. Chernov denominó a Tsereteli «ministro de Asuntos Generales», mientras que Sujanov le llamaba el «comisario del Gobierno en el Sóviet». Lo cierto es que Tsereteli se convirtió en la figura central de la coalición. Lvov dependía de él para mantener la disciplina de los dirigentes socialistas, y le mantuvo en su «gabinete interior» (junto con los cinco ministros masones: Kérensky, Tereshchenko, Nekrasov, Konovalov y Lvov), que decidía la estrategia general.[46]

La formación de la coalición, que perseguía reforzar el centro democrático, tuvo el efecto contrario. Aceleró la polarización política y social que condujo al estallido de la guerra civil en octubre. Por un lado, la mayoría de las bases de los kadetes en provincias pasaron junto con su dirigente de partido, Miliukov (que había dimitido el 4 de mayo), a la oposición derechista contra el Gobierno de coalición. De manera creciente, fueron abandonando su talante liberal, de partido de toda la nación, y empezaron a presentarse como un partido favorable a la defensa de los intereses de la clase burguesa, de los derechos de propiedad, de la ley y el orden y del Imperio ruso. Por otra parte, en el seno del Sóviet existía una tendencia constante hacia la izquierda, a la vez que la masas de los trabajadores y de los campesinos se desilusionaban cada vez más con el fracaso de los socialistas al utilizar su posición en el Gobierno para agilizar el proceso de reforma social o para conseguir una paz democrática. Los eseristas y los mencheviques de izquierdas, que se habían opuesto a la coalición, acertaron al advertir a sus compañeros de partido que, al entrar en el Gobierno y compartir la responsabilidad por sus fracasos, estaban condenados a perder el apoyo popular. Dado que los socialistas en lo sucesivo serían «estadistas», ya no podrían actuar

como «revolucionarios», y esto los obligó a resistir lo que denominaban la creciente «anarquía» (ocupaciones de tierras por los campesinos, huelgas de los trabajadores y la degeneración de la disciplina en el Ejército) en interés del Estado. En lugar de utilizar el mandato popular para tomar el poder para sí mismos (por ejemplo, en la crisis de abril), los dirigentes del Sóviet optaron, por el contrario, por apoyar a un Gobierno liberal que ya estaba desacreditado. Fueron vistos cada vez más como los guardianes de un Estado «burgués», y la iniciativa en favor de la revolución, del pan, de la tierra y de la paz fue tomada por los bolcheviques.

III La cólera de Lenin

Estación de Finlandia, en el lado de Vyborg en Petrogrado, poco antes de la medianoche del 3 de abril de 1917. Trabajadores y soldados, con banderas y estandartes rojos, llenan el vestíbulo de la estación, y hay una banda militar. En el exterior, la plaza está repleta de automóviles y coches blindados que parecen tanques; el frío aire nocturno ha adquirido un color azul a causa del humo. Un reflector montado recorre los rostros de la multitud y las fachadas de los edificios, iluminando momentáneamente las líneas de tranvía y el perfil de la ciudad que se dibuja en la distancia. Existe un murmullo general de expectación: está a punto de llegar el tren de Lenin. Por fin, llega a la estación; *La Marsellesa* suena de manera estruendosa en el vestíbulo, y la figura pequeña y rechoncha sale del vagón. Su abrigo suizo de lana y su sombrero de Homburg resultan extrañamente fuera de lugar en medio de la multitud jubilosa de blusas grises y gorras de trabajadores. Una escolta armada de bolcheviques le escolta hasta la que fuera sala de espera del zar, donde una delegación del Sóviet espera para saludarle a él, el último héroe de la lucha revolucionaria que regresa después de más de una decada del exilio.[47]

Para Lenin, era el final de un viaje inesperado. La Revolución de Febrero había tenido lugar mientras estaba en Zúrich y, como a la mayoría de los dirigentes socialistas, le había cogido por sorpresa. «¡Es asombroso —exclamó ante Krupskaya cuando escuchó la noticia—. Es tan increíblemente inesperado!» Lenin estaba empeñado en volver a Rusia tan pronto como fuera posible. Pero,

¿cómo podría cruzar las líneas alemanas? Al principio pensó en cruzar el mar del Norte en un buque de vapor, igual que Plejanov. Pero los británicos eran hostiles a los marxistas rusos: Trotsky y Bujarin habían sido detenidos en Inglaterra a su regreso de Nueva York camino de Rusia. Entonces, pensó en cruzar Alemania disfrazado de sueco sordomudo y ciego, hasta que Krupskaya le dijo bromeando que seguramente se delataría hablando en contra de los mencheviques mientras dormía. En un momento de desesperación, incluso pensó en contratar un avión privado para atravesar volando el este de Europa, pero al pensar en los peligros rechazó tan disparatado plan. A la hora de poner en riesgo su integridad física, Lenin siempre había sido algo cobarde.[74*] [48]

Fue a Martov a quien se le ocurrió la idea de canjear a los exiliados marxistas rusos que residían en Suiza por los ciudadanos alemanes internados en Rusia. Con la ayuda de sus camaradas suizos, los exiliados rusos entraron en contacto con las autoridades alemanas, que rápidamente advirtieron la ventaja de que los bolcheviques y otros grupos socialistas opuestos a la guerra volvieran a Rusia para provocar allí disturbios. Incluso financiaron sus actividades, aunque ello no debe necesariamente interpretarse, como muchos hicieron más tarde, en el sentido de que los bolcheviques eran agentes alemanes.[49] El Gobierno provisional no estaba entusiasmado con la idea de un canje (Miliukov estaba decidido a oponerse a él, en vista de las conocidas opiniones derrotistas de Lenin) y retrasó las negociaciones. Martov y la mayoría de los exiliados mencheviques estaban preparados para esperar. Pero Lenin y treinta y uno de sus camaradas fueron suficientemente impacientes para proseguir con el plan alemán sin la sanción del Gobierno ruso. El 27 de marzo salieron en un tren alemán de Gottmadingen, en la frontera suiza, y viajaron vía Francfort, Berlín y Estocolmo hasta Petrogrado. El tren, de un solo vagón, estaba «sellado»: los alemanes no realizaron inspecciones de pasaportes ni de equipaje durante el trayecto. Lenin trabajaba solo en su propio compartimiento, mientras que sus acompañantes, para su desgracia, bebían y cantaban en el pasillo y en los otros compartimientos. Sólo se podía fumar en el lavabo y Lenin ordenó que todos los no fumadores tuvieran un billete de primera clase, lo que les daba prioridad sobre los fumadores, con sus billetes de segunda clase, para usarlo. Como dijo Radek humorísticamente, parecía que, con esta pequeña muestra de planificación social, Lenin ya se estaba preparando para «asumir la dirección del Gobierno revolucionario».[50] El «tren sellado» fue un modelo temprano de la dictadura estatal de Lenin.

Lenin llegó a Rusia siendo un extraño. Aparte de una estancia de seis meses en 1905 y 1906, había pasado los diecisiete años anteriores en el exilio. La mayoría de los trabajadores que salieron a darle la bienvenida en la Estación de Finlandia nunca podía haberle visto antes.[75*] «Conozco muy poco de Rusia —dijo Lenin una vez a Gorky—. Simbirsk, Kazán, Petersburgo, el destierro, eso es todo lo que conozco.» Durante 1917, a menudo afirmaría que la mayoría de la gente ordinaria estaba incluso más a la izquierda que los bolcheviques. No obstante, no tenía ninguna experiencia de ella, y sólo sabía lo que sus agentes de partido le contaban (lo que, muchas veces, era lo que él quería oír). Entre el 5 de julio y la toma del poder en octubre, Lenin no llevó a cabo ni una sola aparición en público. Apenas puso el pie en provincias. El hombre que estaba a punto de convertirse en el dictador de Rusia no tenía casi ningún conocimiento directo de la manera en que vivía su pueblo. Aparte de dos años como abogado, ni siquiera había tenido nunca un empleo. Era un «revolucionario profesional», que vivía apartado de la sociedad y se mantenía de los fondos del partido y de los ingresos procedentes del patrimonio de su madre (que siguió cobrando hasta su muerte en 1916). Según Gorky, era esta ignorancia sobre el trabajo cotidiano, y del sufrimiento humano relacionado con él, lo que había provocado en Lenin un «desprecio despiadado, correspondiente al de un aristócrata, hacia la vida de la gente ordinaria [...]. La vida en toda su complejidad es desconocida para Lenin. No conoce a la gente corriente. Nunca ha vivido entre ellos».[51]

«Bien, ya está aquí —escribió Lenin a Kollontai el 2 de marzo—. Esta primera etapa de la revolución (nacida de la guerra) ni será la última ni quedará limitada a Rusia.» Lenin ya estaba pensando en una segunda revolución, una revolución propia. En sus cinco *Cartas desde lejos*, escritas entre el 7 y el 26 de marzo, detalló el programa de su partido para la transición de «la primera a la segunda etapa de la revolución»: ningún apoyo al Gobierno provisional, un divorcio total con los mencheviques y la Segunda Internacional, entrega de armas a los trabajadores, fundación del poder soviético (la «dictadura democrática del proletariado y de los campesinos más pobres») y una paz inmediata. Lenin refundió todo esto en diez tesis agresivas (las famosas Tesis de Abril) durante el viaje en tren desde Suiza, y empezó la labor de agitación basada en ellas a su llegada a la estación de Finlandia. Haciendo caso omiso de la bienvenida formal de los dirigentes soviéticos, el exiliado de regreso proclamó el principio de una «¡revolución socialista mundial!», y después salió a la plaza, donde se subió al capó de un coche y pronunció un discurso ante la multitud. Por encima de todo

el ruido, Sujanov oyó sólo alguna que otra frase ocasional: «... Cualquier parte de la vergonzosa matanza imperialista... mentiras y fraudes... piratas capitalistas...». Después un coche blindado se llevó a Lenin, seguido por una banda militar, trabajadores y soldados que ondeaban banderas rojas, por las calles de Vyborg en dirección a la sede bolchevique: el palacio de Kshesinskaya, la antigua bailarina y en otro tiempo amante del zar.[52]

Al día siguiente, Lenin llegó con su propia escolta armada al Palacio de Táuride y presentó sus Tesis ante una anonadada asamblea de socialdemócratas. Había puesto patas arriba el Programa del Partido. En lugar de aceptar la necesidad de una «etapa burguesa» de la revolución, como hacían todos los mencheviques y la mayoría de los bolcheviques, Lenin realizó un llamamiento a una nueva revolución que transfiriera el poder al «proletariado y a los campesinos más pobres». En esas condiciones revolucionarias, argumentó, una democracia parlamentaria sería «un retroceso» comparada con el poder de los sóviets, el autogobierno directo del proletariado. Teóricamente, las Tesis de Abril tenían sus raíces en las lecciones que Lenin había aprendido del fracaso de la revolución de 1905: que la burguesía rusa era demasiado débil para llevar a cabo una revolución democrática, y que ésta tendría que ser concluida no por la burguesía, sino por el proletariado. Las Tesis también tenían sus raíces en la guerra, que le había llevado a la conclusión de que, puesto que toda Europa estaba al borde de una revolución socialista, la Revolución rusa no tenía que limitarse a los objetivos democráticos burgueses.[76*] Pero las implicaciones prácticas de las Tesis (que los bolcheviques debían dejar de apoyar a la Revolución de Febrero y que debían avanzar hacia el establecimiento de la Dictadura del Proletariado) iban mucho más allá de lo que nadie, a excepción de los miembros del partido situados más a la izquierda, había considerado nunca. Aún no quedaba claro si Lenin preveía el derrocamiento violento del Gobierno provisional, y si así era, cuándo debía ocurrir. Por el momento, parecía contentarse con limitar las tareas del partido a realizar propaganda de masas. Los bolcheviques carecían aún de una mayoría en los Sóviets, y Rusia, como señalaba Lenin, era «ahora, el más libre de todos los países beligerantes del mundo». Pero la cruda audacia de su discurso, pronunciado como lo hizo ante una asamblea conjunta socialdemócrata convocada para conseguir la reunificación del partido, aseguró un tumulto furioso en la sala. Los mencheviques le abuchearon y silbaron. Tsereteli acusó a

Lenin de ignorar las lecciones de Marx y citó a Engels en relación con los peligros de una toma del poder prematura. Goldenberg dijo que el dirigente bolchevique había abandonado completamente el marxismo para ocupar el trono anarquista que había dejado vacante Bakunin. B. O. Bogdanov condenó las Tesis como «los delirios de un loco». Incluso Semyon Kanatchikov, el trabajador bolchevique que conocimos en el capítulo 3, que había venido desde los montes Urales para escuchar a Lenin, se quedó pasmado con lo que calificó como la «naturaleza irreal de sus ideas, que nos parecieron a todos ir mucho más allá de lo que era posible lograr». Parecía que Lenin, tras tantos años en el exilio, había perdido el contacto con las realidades de la vida política en Rusia. Regresando del Palacio de Táuride esa noche, el menchevique Skobelev aseguró al príncipe Lvov: «Lenin es una gloria ya acabada».[53]

Eso es justamente en lo que podía haberse convertido, si no fuera por un hecho: que él era Lenin. Todas las probabilidades estaban en su contra en la lucha para que el partido adoptara las Tesis de Abril. La mayoría de los bolcheviques ya había prometido su apoyo coyuntural al Gobierno provisional antes de la llegada de Lenin (Kollontai fue la única bolchevique importante que apoyó las Tesis de Abril desde el principio). Sólo el comité de Vyborg, la fortaleza del extremismo bolchevique en la capital, se manifestó en favor del poder soviético. Stalin y Kamenev, que volvieron del exilio siberiano a mediados de marzo y se hicieron con el control de *Pravda,* fortalecieron este planteamiento cauto. Al igual que los mencheviques, asumieron que la etapa «burguesa» de la revolución todavía tenía un largo camino por recorrer, que el sistema dual de poder era por lo tanto necesario debido a condiciones objetivas y que las tareas inmediatas de los bolcheviques se basaban en el trabajo constructivo dentro del movimiento socialdemócrata en su conjunto. Trotsky los acusó más tarde de actuar más como una leal oposición que como representantes de un partido revolucionario de los trabajadores. Las mociones moderadas de Kamenev y Stalin fueron adoptadas en la Conferencia Bolchevique Panrusa a finales de marzo: apoyo condicional para el Gobierno provisional, continuación de la guerra y apoyo para los dirigentes del Sóviet. Los bolcheviques incluso accedieron a explorar las posibilidades de volver a unirse con los mencheviques. Ya trabajaban unidos, junto a los eseristas y otros socialistas, en la mayoría de los Sóviets provinciales. Lejos de las disputas faccionales de sus dirigentes de partido en la capital, la vieja camaradería de la clandestinidad siguió siendo muy fuerte en provincias, y el faccionalismo combativo de Lenin fue

considerablemente lamentado y atacado por aquellos bolcheviques de provincias que, o bien no estaban dispuestos a romper sus vínculos con los otros grupos de izquierdas, o simplemente eran incapaces de hacerlo.[54]

A Lenin le gustaba siempre luchar. Era como si toda su vida hubiera sido una preparación para la lucha que le esperaba en 1917. «¡Ésa es mi vida! —había confesado a Inessa Armand en 1916—: una lucha tras otra.» La campaña contra los populistas, la campaña contra los economistas, la campaña por la organización del partido sobre líneas centralistas, la campaña en favor del boicot de la Duma, la campaña contra los «liquidadores» mencheviques, la campaña contra Bogdanov y Mach, la campaña contra la guerra..., éstos habían sido los momentos definitivos de su vida, y buena parte de su personalidad la invirtió en estas batallas políticas. En privado, Lenin no era nada: se entregó por completo a la política. No existía un «Lenin privado» detrás del político. Todas las biografías del dirigente bolchevique discuten inevitablemente sus ideas e influencia políticas. La vida personal de Lenin era extraordinariamente aburrida. Vestía y vivía como un empleado de provincias de mediana edad, con horas muy precisas para comer, dormir, trabajar y tener un tiempo de ocio. Le gustaba la limpieza y el orden. Era puntilloso respecto a su contabilidad financiera, anotaba incluso lo que gastaba en comida, en billetes de tren, en material de escritorio, etcétera. Todas las mañanas ordenaba su mesa de despacho. Sus libros estaban ordenados alfabéticamente. Cosía los botones de su traje a rayas, le quitaba las manchas con gasolina y mantenía su bicicleta con una limpieza de quirófano.[55]

Existía una fuerte tendencia puritana en el carácter de Lenin, que más tarde se manifestó en la cultura política de su régimen. El ascetismo era una característica común entre los revolucionarios de la generación de Lenin. Todos se inspiraron en el abnegado héroe revolucionario Rajmetev de la novela de Chernyshevsky *¿Qué hacer?* Al suprimir los propios sentimientos, negándose los placeres de la vida, Lenin intentó fortalecer su resolución e insensibilizarse, como Rajmetev, ante el sufrimiento de los demás. Era, según él creía, la «dureza» necesaria para todo revolucionario de éxito: la habilidad de derramar sangre con objetivos políticos. «Lo terrible de Lenin —comentó Struve— era esa combinación en una persona del autocastigo, fuente de todo verdadero ascetismo, con el castigo a otras personas expresado en un abstracto odio social y en una fría crueldad política.» Incluso como dirigente del Estado soviético, Lenin mantuvo el estilo de vida espartano de la clandestinidad revolucionaria. Hasta marzo de 1918, él y Krupskaya ocuparon una habitación escasamente amueblada en el Instituto

Smolny, que anteriormente había sido un internado para chicas, durmiendo en dos estrechas camas de campamento y lavándose con agua fría de una palangana. Más parecía la celda de una prisión que la suite del dictador del país más grande del mundo. Cuando el Gobierno se trasladó a Moscú, vivían con la hermana de Lenin en un modesto apartamento de tres habitaciones en el interior del Kremlin y comían en la cafetería. Como Rajmetev, Lenin se entrenaba con pesas para fortalecer sus músculos. Todo formaba parte de la cultura viril (chaquetas de cuero negro, retórica militar, la creencia en la acción y culto a la violencia) que constituía la esencia del bolchevismo. Lenin no fumaba, prácticamente no bebía y, aparte de su amistad romántica con Inessa Armand, no le interesaban las mujeres hermosas. Krupskaya le llamaba «Ilich», su mote en el partido, y él la llamaba «camarada». Era más su secretaria personal que su esposa, y probablemente no fue mala suerte que no nacieran hijos de su matrimonio. Los sentimientos no tenían cabida en la vida de Lenin. «No puedo escuchar música con mucha frecuencia —reconoció una vez después de escuchar la *Sonata apasionada* de Beethoven—. Me provoca deseos de decir cosas agradables y estúpidas, y de acariciarle la cabeza a la gente. Pero ahora hay que apalearles la cabeza, apalearles sin piedad.»[56]

Los intereses literarios de Lenin estaban, como todo lo demás, determinados por su contenido social y político. Sólo se preocupaba de leer libros que pudieran serle de utilidad. Admiraba a Pushkin por lo que de manera simplista supuso que era su oposición a la autocracia, y le gustaba Nekrasov por su representación realista de las masas oprimidas. Había leído *Fausto,* de Goethe, mientras aprendía de forma autodidacta alemán en Siberia, e incluso había aprendido de memoria algunos discursos de Mefistófeles; pero nunca mostró ningún interés por cualquier otra obra de Goethe. Se negó a leer a Dostoyevsky, rechazando su novela *Los demonios,* donde el autor intenta exponer la naturaleza psicótica del revolucionario, por considerarla «una inmundicia reaccionaria [...]. No tengo, en absoluto, ningún deseo de malgastar mi tiempo en ella. Hojeé el libro y lo tiré. Yo no leo semejante literatura, ¿de qué me sirve?».[57]

La raíz de este planteamiento mediocre de la vida era una ardiente ambición de poder. Los mencheviques decían en broma que era imposible competir con un hombre como Lenin, que pensaba en la revolución veinticuatro horas al día. Lenin se veía arrastrado por una fe absoluta en su propio destino histórico. No dudó ni un momento, así lo expresó una vez, de que era el hombre que debía llevar la «batuta» en el partido. Ése fue el mensaje que llevó consigo a Rusia en

abril de 1917. Los que le habían conocido antes de la guerra notaron un cambio drástico en su personalidad. «Había envejecido —recordó Roman Gul, que le había conocido brevemente en 1905—. Todo su aspecto había cambiado. Y no sólo eso: no quedaba nada de su antigua genialidad, su amabilidad o su humor de camaradería en sus relaciones con otras personas. El nuevo Lenin que llegó era cínico, reservado y grosero, un conspirador "en contra de todos y de todo", que no se fiaba de nadie, que sospechaba de todos y que estaba decidido a desencadenar su campaña para hacerse con el poder.» Chernov también señaló su impulso monomaníaco por el poder en un brillante retrato satírico del dirigente bolchevique publicado en *Delo naroda:*

> Lenin posee una coherencia imponente. Parece estar hecho de un pedazo de granito. Y es completamente redondo y pulido como una bola de billar. No hay por dónde cogerle. Rueda con una velocidad imparable. Pero podría repetirse a sí mismo la muy conocida frase: *«Je ne sais pas ou je vais mais j'y vais résolument»*[77*] Lenin siente una devoción hacia la causa revolucionaria que impregna todo su ser. Pero para él, la revolución está encarnada en su persona. Lenin posee una mente singular, pero es una [...] *mente de una sola dimensión,* más que eso, una mente unilineal [...]. Es un hombre de una voluntad que apunta en una sola dirección, y por consiguiente, un hombre con una sensibilidad moral atrofiada.[58]

Lenin nunca había sido tolerante con la disensión en las filas de su partido. Bujarin se quejaba de que «no le importaban en absoluto las opiniones de los demás». Lunacharsky afirmó que Lenin deliberadamente «se rodeaba de necios» que no se atrevían a discutirle. Durante la lucha de Lenin en defensa de las Tesis de Abril, esta actitud dominante se fue ampliando hasta llegar a proporciones casi megalómanas. Krupskaya la llamaba su «cólera» (el estado frenético de su marido cuando tenía enfrentamientos con sus rivales políticos), y fue un Lenin encolerizado con quien tuvo que convivir durante los siguientes cinco años. Durante estos ataques, Lenin actuaba poseído por el odio y la cólera. Su cuerpo entero era presa de una extrema tensión nerviosa, y no podía dormir ni comer. Su comportamiento público era vulgar y grosero. Era difícil creer que fuera un hombre culto. Se burlaba de sus adversarios, tanto dentro como fuera del partido,

utilizando un lenguaje crudo y violento. Eran «adoquines», «bastardos», «sucia escoria», «prostitutas», «hijos de puta», «mierdas», «cretinos», «necios rusos», «charlatanes», «estúpidas gallinas» y «tontas solteronas». Cuando la ira amainaba, Lenin se hundía en un estado de agotamiento, languidez y depresión, hasta que la cólera volvía a hacerle estallar. Esta alteración maníaca de su estado de ánimo era característica de la naturaleza psicológica de Lenin. Continuó casi inexorablemente entre 1917 y 1922, y debió de contribuir a la embolia cerebral de la que finalmente murió.[59]

Buena parte del éxito de Lenin en 1917 se explica, sin duda, por su dominio imponente sobre el partido. Ningún otro partido político había estado tan íntimamente ligado a la personalidad de un único hombre. Lenin fue el primer dirigente moderno de partido que logró la categoría de un dios: Stalin, Mussolini, Hitler y Mao Zedong le sucedieron en ese sentido. Ser bolchevique había llegado a significar un juramento de lealtad hacia Lenin, tanto como «dirigente» como en calidad de «maestro» del partido. Fue esto, sobre todo, lo que distinguió a los bolcheviques de los mencheviques (que carecían de un líder nato). En comparación con Lenin, todos los otros bolcheviques principales eran enanos políticos. Por ejemplo, Zinoviev. Era un brillante orador pero, como dijo su gran rival Trotsky, no era nada más. Para que sus discursos produjeran resultados, «tenía que tener una certeza tranquilizadora de que iba a ser relevado de la responsabilidad política por una mano fiable y fuerte. Lenin le proporcionó esta certeza». O pensemos en Kamenev. Fue él quien dirigió la oposición a las Tesis de Abril y, más que cualquier otro bolchevique, defendió una moderada alternativa política frente a la estrategia revolucionaria de Lenin. No obstante, Kamenev era demasiado indulgente para ser un verdadero dirigente. Lunacharsky le llamaba «fofo»; Stankevich le encontró «tan manso que parecía que él mismo estaba avergonzado de su posición»; mientras que George Denike le comparaba con un viejo maestro de escuela y resaltaba su afición a llevar zapatillas. Kamenev era demasiado débil para mantenerse frente a los «hombres duros» del partido. Podía resistirse frente a alguna de sus acciones políticas, pero, al final, siempre los seguía.[60]

El dominio de Lenin sobre el partido tenía más que ver con la cultura del partido que con su propio carisma. Su oratoria era gris. Le faltaba brillantez, el *pathos*, el humor, las metáforas vívidas, el color o el drama de un discurso de Trotsky o de Zinoviev. Además, Lenin no podía pronunciar las erres correctamente.[78*] No obstante, sus discursos tenían una lógica de hierro, y Lenin

tenía facilidad para encontrar lemas fáciles, que metía en la cabeza de sus oyentes a fuerza de repetirlos constantemente. Hablaba con los pulgares metidos bajo los sobacos, balanceándose hacia atrás y hacia delante sobre sus tacones, como si estuviera preparándose para lanzarse, como un cohete humano, sobre la multitud que le escuchaba (así le representaron en los retratos hagiográficos pintados durante la era soviética). Gorky, que escuchó a Lenin hablar por primera vez en 1907, pensó al principio que «hablaba mal, pero después de un minuto, yo, como los demás, estaba absorto en su discurso. Era la primera vez que había escuchado complicadas cuestiones políticas tratadas de manera tan simple. No se esforzaba por pronunciar frases hermosas. Presentaba cada palabra con claridad, y revelaba su pensamiento exacto con gran facilidad». Potresov, que había conocido a Lenin y trabajado con él desde 1894, explicó su atractivo como un curioso «poder hipnótico»:

> Sólo a Lenin se le seguía incuestionablemente como al dirigente indiscutible; sólo Lenin era ese fenómeno raro, particularmente en Rusia: un hombre de voluntad férrea y energía indomable, capaz de infundir una fe fanática en el movimiento y en la causa, y poseído por la misma fe en sí mismo. Hubo un tiempo en que yo también me quedé impresionado por la fuerza de voluntad de Lenin, que parecía convertirle en un «dirigente elegido».[61]

Pero lo que garantizaba la victoria de sus ideas en el partido era algo más que lo imponente de la personalidad de Lenin. Las filas bolcheviques no eran simplemente marionetas de Lenin (había estado en el exilio durante demasiado tiempo para que fuera así), y sus reservas iniciales respecto a su llamamiento en favor de una segunda revolución eran lo suficientemente fuertes como para que tuviera que hacer algo más que imponer la línea del partido para que la apoyaran. La idea de que el partido bolchevique en 1917 era una organización monolítica, férreamente controlada por Lenin es un mito, un mito que solía ser difundido por el *stablishment* soviético, y que sigue siendo creído (por motivos muy distintos) por los historiadores derechistas en Occidente. De hecho, el partido era bastante indisciplinado; tenía diferentes facciones, tanto ideológicas como geográficas, y la dirección, que estaba dividida, a menudo era incapaz de imponer su voluntad sobre ellas. Entre abril y octubre, y después durante las

amargas luchas relativas al Tratado de Brest-Litovsk, el partido estuvo radicalmente dividido por una serie de conflictos ideológicos, en los que Lenin, al menos al principio, a menudo se encontró en pequeña minoría. Y aunque al final siempre se salía con la suya, esto se debía no sólo a su dominio del partido, sino también a sus muchas habilidades políticas, incluidas la persuasión, la retirada táctica y el compromiso, las amenazas de dimisión y los ultimatos, la demagogia y los llamamientos dirigidos a las bases.

Tres factores actuaron en favor de Lenin durante su lucha por las Tesis de Abril, uno en la derecha, otro en el centro, y otro en la izquierda del partido bolchevique. En la derecha, el efecto de las Tesis fue el de impulsar a un número de veteranos bolcheviques hacia el grupo menchevique, donde creían que se respetarían más los principios del marxismo ortodoxo. Algunos también encontraron refugio en el grupo intermedio del periódico de Gorky, *Novaia zhizn'*, del cual hablaremos más adelante. El centro, que inicialmente se había unido en torno a Kamenev, fue gradualmente ganado por Lenin cuando éste suavizó los aspectos radicales de sus Tesis de Abril. En la Conferencia Panrusa del Partido, entre el 9 y el 24 de abril, obtuvo mayoría frente a Kamenev al aceptar que sería necesario un «largo período de agitación» antes de que las masas estuvieran dispuestas a seguir a los bolcheviques hacia la próxima etapa de la revolución. Así abandonaba el llamamiento en favor de un derrocamiento inmediato del Gobierno provisional, que muchos bolcheviques habían contemplado como la consecuencia de sus Tesis de Abril y temían que condujera al país a una guerra civil. Mientras tanto, el ala izquierda del partido se vio fortalecida en primavera por la afiliación masiva de trabajadores y soldados. Fueron estos miembros de la clase baja del partido los que formaban la mayoría de los delegados bolcheviques en la Conferencia del Partido en abril (un total de ciento cuarenta y nueve, que representaban a casi ochenta mil miembros de todo el país). Tendieron a ser más radicales que sus dirigentes de partido; conociendo apenas la teoría marxista, no podían entender la necesidad de una «revolución burguesa». ¿Por qué querían sus dirigentes llegar al socialismo en dos etapas cuando podían llegar en una? ¿No se había derramado ya suficiente sangre en febrero? ¿Y por qué deberían dejar que se fortaleciera la burguesía en el poder, si esto sólo haría imposible acabar con ella más tarde? Las Tesis de Abril, con su llamamiento en favor del poder soviético inmediato, les parecían más sensatas, y Lenin hizo un esfuerzo consciente para aprovecharse de esto, hablando en numerosas reuniones locales del partido y en las fábricas de la capital. Incluso

cambió su sombrero Homburg por una gorra de obrero en un esfuerzo por parecer más «proletario».[62]

La crisis de abril subrayó el mensaje de Lenin entre las bases de la clase baja. El comportamiento de Miliukov parecía demostrar que su idea que la paz no se podía conseguir a través de los objetivos de guerra «imperialistas» del Gobierno provisional. Fortaleció la mentalidad de «nosotros y ellos» de los trabajadores y soldados radicales hacia los «ministros burgueses». Algunos de los bolcheviques que formaban parte de la organización del partido en Petrogrado intentaron utilizar las manifestaciones de abril como trampolín para el derrocamiento del Gobierno provisional. Un activista bolchevique de la fábrica Putilov, S. Y. Bogdatiev, sacó a los manifestantes a la calle llevando estandartes revolucionarios. No está claro cuál era el papel de la dirección bolchevique en todo esto. La versión que dio más tarde el Sóviet fue que Bogdatiev y sus camaradas actuaron por propia iniciativa. Pero algunos historiadores occidentales han afirmado que el Comité Central debió de autorizar sus acciones y sólo se distanció de ellos cuando fracasó el golpe. No hay pruebas reales para esta afirmación y su suposición básica (la de que el partido era un cuerpo con disciplina férrea) no tiene, en todo caso, fundamento. El Comité Central siempre se había opuesto a la toma del poder por la fuerza, y las manifestaciones evidentemente lo tomaron por sorpresa. Lenin, ciertamente, había apoyado la idea de convertir las manifestaciones en una muestra de fuerza. Pero no podía estar seguro del apoyo del partido, ni del apoyo de las masas, si esto desembocaba en una lucha por el poder; así que optó por ver y esperar. Sin duda, si el Gobierno provisional hubiera sido derrocado, se habría proclamado victorioso. Pero en cuanto se restauró el orden, condenó la «experimentación temeraria» de las «cabezas acaloradas» de San Petersburgo. Su preocupación principal era apaciguar a los elementos centristas en la Conferencia Bolchevique. A éstos les dijo el 24 de abril:

> Nosotros sólo queríamos realizar un reconocimiento pacífico de las fuerzas de nuestro enemigo, y no presentar batalla. Pero el comité de San Petersburgo se desplazó «un poquitín demasiado a la izquierda». Moverse «un poquitín a la izquierda» en el momento de la acción era una ineptitud [...]. Ocurrió debido a imperfecciones existentes en nuestra organización. ¿Hubo errores? Sí, los hubo. Sólo los que no actúan no

cometen errores. *Pero organizar bien: ésa es una tarea difícil.*[63]

El dilema de Lenin era éste: si los bolcheviques intentaban tomar el poder antes de que el partido o sus partidarios entre las masas estuvieran correctamente organizados para ello, entonces correrían el riesgo de una derrota y del aislamiento, como la Comuna de París de 1871, cuyo destino atormentó a los dirigentes bolcheviques a lo largo de 1917 y 1918; pero si no lograban mantener su vanguardia revolucionaria (los marineros de Kronstadt, los trabajadores de Vyborg y la guarnición de Petrogrado), entonces correrían el peligro de perder su mejor fuerza de ataque, que se disiparía en estallidos infecundos de violencia anárquica. La historia del partido bolchevique y sus disputas entre facciones de 1917 giraron en torno al problema de cómo mantener las energías de esta vanguardia revolucionaria en línea con el resto de las masas.

La base naval de Kronstadt, una isla de marineros militantes situada en el golfo de Finlandia cerca de Petrogrado, fue, con mucho, la fortaleza más rebelde de la vanguardia bolchevique. Los marineros, jóvenes reclutas que habían visto muy poca actividad militar durante la guerra, habían pasado el año anterior hacinados a bordo de los buques con los oficiales, que los trataban con una brutalidad más sádica que la usual, pues las reglas normales de disciplina naval no eran aplicables a los reclutas. Cada buque era un polvorín de odio y de violencia. Durante los Días de Febrero, los marineros se amotinaron con una ferocidad asombrosa. El almirante Viren, el comandante de la base, fue asesinado a bayonetazos, y docenas de otros oficiales fueron asesinados, linchados o encarcelados en las mazmorras de la isla. La vieja jerarquía naval fue completamente destruida, y el poder efectivo pasó al Sóviet de Kronstadt. Fue un octubre en febrero. Nunca se restableció la autoridad del Gobierno provisional ni el orden militar. Kérensky, ministro de Justicia, se mostró absolutamente impotente en sus repetidos esfuerzos por obtener la jurisdicción sobre los oficiales encarcelados, a pesar de los rumores aparecidos en la prensa burguesa de que habían sido brutalmente torturados.

Los marineros de Kronstadt eran jóvenes (la mitad de ellos tenía menos de veintitrés años), casi todos sabían leer y escribir, y la mayoría de ellos fue politizada por la propaganda de los partidos de extrema izquierda. A principios de mayo, los bolcheviques habían reclutado a más de tres mil miembros en la base naval. Junto con los anarquistas y los eseristas, controlaban el Sóviet de

Kronstadt. El 16 de mayo, el Sóviet se declaró poder soberano y rechazó la autoridad del Gobierno provisional y de su comisario en la base naval. Se trató, en realidad, de la declaración unilateral de una «República Soviética de Kronstadt». El Sóviet de Petrogrado denunció a los rebeldes como «desertores de la democracia revolucionaria». La burguesía de Petrogrado se mostraba aterrorizada ante la idea de estar a merced de esta fortaleza militante, que en cualquier momento podía atacar a la capital. «A sus ojos —recordó Raskolnikov, uno de los dirigentes bolcheviques de los marineros—, Kronstadt era un símbolo de terror salvaje, el diablo encarnado, un espectro aterrador de anarquía, el renacimiento de la pesadilla de la Comuna de París en suelo ruso.» Los bolcheviques de Kronstadt habían representado un papel relevante en la redacción de la Declaración del 16 de mayo. Pero los dirigentes bolcheviques de la capital no los apoyaron.[79*] Lenin estaba furioso con sus lugartenientes de Kronstadt por no seguir la disciplina de partido. Resultaba prematuro pensar en tomar el poder en contra de la autoridad del Sóviet, y les ordenó que le llamaran todos los días para recibir instrucciones hasta que se resolviera la crisis. Tsereteli fue enviado por el Sóviet de Petrogrado para negociar un acuerdo con los dirigentes de Kronstadt, que reconocieron la autoridad del Gobierno provisional a cambio de su propio comisario elegido. El 24 de mayo se había terminado la rebelión.

Pero los marineros de Kronstadt seguirían siendo una amenazadora fuente de militancia, como demostraron los acontecimientos de junio, julio y octubre.[64]

El otro gran baluarte de la militancia bolchevique fue el distrito de Vyborg, en Petrogrado. La organización del partido de Vyborg tenía más de cinco mil miembros bolcheviques a principios de mayo. Allí era donde estaban situadas las fábricas de metal más propicias a la huelga (la Renault rusa, la Nobel, la Nueva Lessner, la Erikson, la Puzyrev, la Vulcan, la Phoenix y las industrias metalúrgicas), la mayoría de ellas controlada por los bolcheviques. Estas fábricas albergaban una mezcla explosiva de trabajadores metalúrgicos jóvenes e instruidos, fácilmente influenciables por los lemas de los militantes bolcheviques, y de trabajadores inmigrantes menos cualificados que habían abarrotado las ciudades durante la prosperidad industrial de la guerra, y que por consiguiente habían sufrido mucho más los salarios bajos y los alquileres altos. Los dos grupos tendían a participar en la violencia callejera. Vyborg era también el hogar adoptivo del I Regimiento de ametralladoras, las tropas mejor entrenadas e instruidas, y también las más bolchevizadas, con alrededor de diez

mil hombres y mil ametralladoras. Durante los Días de Febrero, este regimiento se desplegó desde su cuartel de Oranienbaum a Petrogrado para tomar parte en el motín. Militantes y enérgicos, se veían a sí mismos como héroes de la revolución, y se negaron a volver a su cuartel mientras la «burguesía» permaneciera en el poder. La realidad era que, como todo el mundo sabía, tenían al Gobierno provisional acorralado entre la espada y la pared.[65]

Los bolcheviques del ala izquierda, con su resolución de luchar fortalecida por estos grupos militantes, propusieron realizar una manifestación armada el 10 de junio como demostración de fuerza ante el Gobierno provisional. La idea se originó en la organización militar, establecida por los bolcheviques en la guarnición de Petrogrado, que prometió sacar a sesenta mil hombres. Pronto recibió el respaldo de los marineros de Kronstadt, que realizaron un ensayo general el 4 de junio con una manifestación en orden militar en honor a los héroes caídos de los Días de Febrero. El comité bolchevique de San Petersburgo también se mostraba favorable. Argumentaba que había que encontrar una salida para que los soldados y los trabajadores expresaran su cólera ante los preparativos del Gobierno de una nueva ofensiva militar, y que si los bolcheviques no lograban dirigir la manifestación, podían distanciarse de ella y disipar su ira en una violencia incontrolada. El partido no se podía permitir malgastar las energías de su vanguardia revolucionaria. Pero el Comité Central estaba dividido, con Lenin, Sverdlov y Stalin (que había dado un giro de 180 grados desde la vuelta de Lenin a Rusia) a favor de la manifestación, y Kamenev, Zinoviev y Noguin en contra de ella, argumentando que al partido todavía le faltaba apoyo de las masas para justificar los riesgos de lo que constituía casi un llamamiento para tomar el poder. La decisión final se aplazó hasta el 9 de junio.

Por esa época, una mayoría del Comité Central estaba convencida de que debía apoyar una manifestación armada. El 8 de junio, veintiocho fábricas habían ido a la huelga en la capital para protestar contra el intento del Gobierno de expulsar a los anarquistas de su sede central situada en la villa del anterior ministro zarista, Durnovo, en la zona de Vyborg.[79*] Para defender a los anarquistas de las tropas del Gobierno acudieron cincuenta marineros de Kronstadt armados. La capital estaba al borde de un enfrentamiento sangriento, y parecía adecuada una demostración organizada de fuerza. Más tarde, los mencheviques argumentaron que los bolcheviques estaban preparados para aprovechar esa oportunidad y tomar el poder. Sujanov incluso afirmaba que Lenin tenía planes militares para

un golpe de estado bolchevique, detallados hasta en la actuación precisa de regimientos específicos en la toma de instalaciones estratégicas. Pero no existe ninguna prueba al respecto. Es cierto que en el Primer Congreso Panruso Soviético, el 4 de junio, Lenin declaró que su partido estaba preparado «para asumir el poder en cualquier momento». Pero si realmente planeaba una insurrección, es improbable que lo comunicara. Algunos de los dirigentes secundarios bolcheviques, tales como M. Y. Latsis, del comité de Vyborg, que tenía conexiones íntimas con el I Regimiento de Ametralladoras, querían convertir la manifestación en un alzamiento a gran escala. Pero la mayoría de los dirigentes importantes parecía verlo más como una prueba experimental de fuerza y un medio de presionar al Congreso Soviético para que tomara el poder. Cuando el Sóviet prohibió las manifestaciones la noche del 9 de junio, cinco de los dirigentes bolcheviques (Lenin, Sverdlov, Zinoviev, Kamenev y Noguin) se reunieron para suspenderla. Sus camaradas más militantes protestaron furiosamente. Stalin amenazó con dimitir (oferta que, desgraciadamente, fue rechazada) y acusó al Comité Central de «vacilación intolerable». Pero Lenin insistió en que era pronto para que el partido lo arriesgara todo en un enfrentamiento contra el Sóviet. Toda su estrategia de 1917, puesta de manifiesto en la toma del poder de octubre, consistió en utilizar el manto de la legitimación del Sóviet para ocultar las ambiciones de su partido. Si se hubiese llevado a cabo la manifestación armada, los bolcheviques, casi con seguridad, habrían sido expulsados del Sóviet y el principal impulso estratégico de sus Tesis de Abril (la agitación masiva a través del poder del Sóviet) se habría desmoronado del todo.[66]

El 18 de junio, el Sóviet promovió su propia manifestación en Petrogrado. El objetivo era reunir un apoyo masivo en favor de la «unidad revolucionaria», una expresión que significaba la continuada participación del Sóviet en la coalición, y que, desde el punto de vista de los que se estaban radicalizando, probablemente resultaba un lema más aceptable que el llamamiento en favor del apoyo incondicional al Gobierno. Los bolcheviques resolvieron tomar parte en la manifestación con pancartas que reclamaban ¡TODO EL PODER PARA LSO SÓVIETS!, y la mayoría de los cuatrocientos mil manifestantes así lo hicieron.[67] Quizá los partidarios de los dirigentes del Sóviet se habían mantenido alejados deliberadamente, como sugirió más tarde parte de la prensa. O quizá, como parece más probable, los manifestantes no entendían las diferencias ideológicas entre los bolcheviques y los dirigentes del Sóviet y marcharon bajo los

estandartes de los primeros con la falsa suposición de lealtad hacia los últimos. De cualquier manera, fue una gran victoria propagandística para los bolcheviques y contribuyó considerablemente a fortalecer en julio sus planes para otro enfrentamiento, de consecuencias mucho más importantes, con el Gobierno provisional.

IV La desesperación de Gorky

Gorky a Ekaterina, 18 de junio de 1917:

> La manifestación de hoy fue una demostración de la impotencia de las leales fuerzas democráticas. Sólo los «bolcheviques» se manifestaron. *Yo los desprecio y los odio cada vez más.* Son, verdaderamente, idiotas rusos. La mayoría de las consignas exigían: «¡Abajo los diez ministros burgueses!». ¡Y sólo hay ocho! Hubo varios estallidos de pánico; fue repugnante. Las señoras saltaron al canal entre el Campo de Marte y los Jardines de Verano, anduvieron por el agua con sus botas, se subieron las faldas y enseñaron las piernas, algunas gordas, algunas torcidas. La locura continúa, pero parece que empieza a cansar a la gente. Aunque soy pacifista, doy la bienvenida a la ofensiva que llega, con la esperanza de que pueda, por lo menos, aportar cierta organización al país, que se está convirtiendo en incorregiblemente perezoso y desorganizado.[68]

El socialismo para Gorky siempre había sido esencialmente una idea cultural. Significaba para él la construcción de una civilización humanista basada en los principios de la democracia y en el desarrollo de la fuerzas morales, espirituales e intelectuales del pueblo. «La nueva vida política —escribió en abril— nos exige una nueva estructura del alma.»Y no obstante, la revolución, tal como la vio él, había desencadenado una «ola anárquica de violencia y venganza plebeyas» que amenazaba con destruir la civilización rusa. No había habido una «revolución social», según entendía Gorky el término, sino sólo un estallido «zoológico» de violencia y destrucción. En lugar de anunciar una nueva civilización, la Revolución rusa había llevado al país al borde de una «nueva

edad oscura de caos bárbaro», en la que los instintos de venganza y odio prevalecerían sobre todo lo que había de bueno en la gente. La tarea de la *intelligentsia* democrática, según su apreciación de 1917, era defender la civilización de la violencia destructiva de la muchedumbre. Fue, en sus propios términos arnoldianos, una lucha de «la cultura contra la anarquía».[69]

El rechazo violento de todo lo asociado a la antigua civilización fue un elemento esencial de la Revolución de Febrero. Los símbolos del régimen imperial fueron destruidos, las estatuas de los héroes zaristas fueron destrozadas, los nombres de calles se cambiaron. Los campesinos arrasaron las mansiones, las iglesias y las escuelas. Incendiaron bibliotecas y destrozaron valiosísimas obras de arte.

Muchos socialistas románticos vieron esta violencia iconoclasta como un impulso revolucionario «natural» (es decir, positivo) de un pueblo oprimido que tenía mucho que vengar. Trotsky, por ejemplo, habló en términos idealistas de la revolución, incluso a través de la incitación a la agresión, que estimulaba la personalidad humana.

> Es natural que personas no acostumbradas a la revolución y a su psicología, o personas que previamente sólo han experimentado en el mundo de las ideas aquello que se ha desarrollado ante ellos físicamente, puedan ver con algo de tristeza, si no con repulsión, la anarquía y la violencia desenfrenadas que afloraron durante los acontecimientos revolucionarios. No obstante, en esa anarquía caótica, incluso en sus manifestaciones más negativas, cuando el soldado, el esclavo de ayer, de repente se encontró en un vagón ferroviario de primera clase y arrancó la tapicería de terciopelo para hacerse unas tiras para los pies, incluso en tal acto de vandalismo se expresaba el despertar de la personalidad. El campesino ruso oprimido y perseguido, que había sido golpeado en la cara y había sido objeto de los peores insultos, se encontró, quizá por primera vez en su vida, en un vagón de primera clase y vio los cojines, mientras que en los pies llevaba trapos malolientes, y rompió el terciopelo, diciendo que él también tenía derecho a un trozo de seda o de terciopelo buenos.

Y había muchos intelectuales de izquierdas que contemplaron la violencia en

términos similares. Algunos, como Blok, idealizaron el incendio de la vieja Rusia como un exorcismo de su pasado pecador, y creyeron que de la destrucción del viejo mundo surgiría un mundo nuevo y más fraternal; quizás incluso se crearía un mundo más cristiano. Por eso Blok, en su famoso poema *Los Doce* (escrito en enero 1918), representó a Cristo al frente de la Guardia roja. Otros, como Voloshin, Mandelstam y Belyi, se mostraron bastante más indecisos respecto a la violencia revolucionaria, recibiéndola, por un lado, como una fuerza justa y elemental, y, por otro, expresando su horror ante la crueldad salvaje.[70]

Pero Gorky sólo vio oscuridad en la violencia. Estaba horrorizado por lo que, sin duda alguna para él, eran sus consecuencias inevitables: la corrupción moral de la revolución y el descenso del pueblo hacia la barbarie. Fue, como siempre, bastante intransigente y abierto en su condena de la violencia en la famosa columna, Pensamientos Inoportunos, que publicaba en su periódico *Novaia zhizn'* durante 1917 y 1918. Condenó el aumento de la pornografía regia como una «suciedad tóxica», cuyo único efecto real era el de estimular los «oscuros instintos de la turba». Más tarde, durante el Terror rojo, asumiría la defensa de varios Romanov, incluso de un gran duque, ya que los veía como los «pobres chivos expiatorios de la revolución, mártires del fanatismo de los tiempos». Estaba incluso más horrorizado por el «aumento del antisemitismo, la mentalidad de pogromo de la clase trabajadora», una clase en la que, al igual que todos los marxistas, había depositado una gran fe en su calidad de fuerza liberadora y moral. Gorky también condenó el vandalismo de la revolución campesina. La destrucción de las haciendas, con sus bibliotecas y su arte, lo consideró un ataque contra la civilización. En marzo de 1917, después de oír rumores de que las multitudes estaban a punto de destrozar la estatua ecuestre de Alejandro III en la plaza Znamenskaya, Gorky celebró una reunión con cincuenta figuras culturales relevantes en su piso, y a partir de ahí se formó una comisión de doce hombres para realizar una campaña en favor de la conservación de todos los monumentos artísticos y edificios históricos. A menudo se la denominó la «comisión Gorky».[71]

El San Petersburgo amado por Gorky, la capital de la civilización occidental de Rusia, estaba siendo destruida y profanada por «esta revolución asiática». El 14 de junio, escribió a Ekaterina en Moscú:

> Esto ya no es una capital; es un pozo negro. Nadie trabaja, las calles están asquerosas, hay montones de basura maloliente en los patios [...]. Me duele decir lo mal que ha quedado todo. Hay una ociosidad y una cobardía crecientes en la gente, y todos esos instintos bajos y criminales contra los que he luchado durante toda mi vida y que, por lo visto, ahora están destruyendo a Rusia.[72]

La Rusia del siglo XX parecía estar regresando a la barbarie de la Edad Media. Gorky se mostraba especialmente irritado por la extensión de los linchamientos *(samosudy)* en las ciudades. En diciembre de 1917, afirmó que había contado diez mil casos de justicia sumaria desde el hundimiento del antiguo régimen. Le parecía que estos juicios llevados a cabo por la multitud (en los que ésta juzgaba y ejecutaba a un criminal aprehendido en la calle) negaban completamente los ideales de justicia por los que se había hecho la revolución. El pueblo ruso, tras haber sido golpeado durante cientos de años, estaba ahora golpeando a sus propios enemigos con una sensualidad morbosa:

> Así es como la democracia juzga a sus pecadores: Un ladrón fue detenido cerca del mercado Alexandrovsky. La multitud que había allí inmediatamente le apaleó y sometió una cuestión a votación: ¿con qué muerte se debe castigar al ladrón, ahogándole o matándole de un tiro? Optaron por ahogarle, y lo lanzaron al agua helada. Pero con gran dificultad pudo salir y arrastrarse hasta la orilla; entonces, alguien se le acercó y lo mató de un tiro.
>
> La Edad Media de nuestra historia fue una época de abominable crueldad, pero incluso entonces, si un criminal sentenciado a muerte por un tribunal se caía de la horca, se le permitía vivir.
>
> ¿Cómo afectarán los juicios llevados a cabo por turbas a la próxima generación?
>
> Un ladrón, apaleado hasta quedar medio muerto, es llevado por soldados al Moika para ahogarlo; está totalmente cubierto de sangre, el rostro completamente destrozado, y le han saltado un ojo. Una multitud de niños le acompaña; más tarde algunos de ellos vuelven del Moika y, dando saltos de alegría, gritan: «¡Lo han hundido, lo han ahogado!».
>
> Estos son nuestros hijos, los futuros constructores de nuestra vida. La

> vida de un hombre será barata según su estimación, pero el hombre (¡nunca se debe olvidar esto!) es la mejor y más valiosa creación de la naturaleza.[73]

El pesimismo de Gorky era, por supuesto, el punto de vista de un hombre educado al que repelía la violencia en todas sus formas. Juzgaba la revolución, no por sí misma, sino por la manera en que encajaba con sus propios valores culturales e ideales morales. Esto lo dejó claro en un valiente y atrevido discurso, hasta ahora inédito, cuya finalidad era conmemorar el primer aniversario de la Revolución de Febrero:

> Una revolución es sólo una revolución cuando surge como expresión natural y poderosa de la fuerza creativa del pueblo. No obstante, si la revolución es simplemente una liberación de los instintos del pueblo acumulados por la esclavitud y la opresión, entonces no es una revolución, sino simplemente un tumulto *[bunt]* de malicia y odio; es incapaz de cambiar nuestras vidas y sólo puede conducir a la amargura y al mal. ¿Podemos realmente decir que un año después de la Revolución rusa, el pueblo, tras haberse librado de la violencia y de la opresión del viejo Estado policial, se ha vuelto mejor, más amable, más inteligente y más honrado? No, nadie podría decirlo. Todavía seguimos viviendo como vivíamos bajo la monarquía, con las mismas costumbres, los mismos prejuicios, la misma estupidez y la misma suciedad. La avaricia y la maldad que nos inculcó el antiguo régimen siguen estando dentro de nosotros. La gente sigue robando y engañándose, como siempre ha robado y engañado. Los nuevos burócratas aceptan sobornos igual que los antiguos, y tratan a la gente con una grosería y un desprecio incluso mayores [...]. El pueblo ruso, tras haber ganado su libertad, es, en su estado actual, incapaz de usarla para su propio bien; sólo lo hace para dañarse y para causar daño a otros, y corre el riesgo de perder todo aquello por lo que ha luchado durante siglos. Está destruyendo todos los grandes logros de sus antepasados; gradualmente, la riqueza nacional, la riqueza de la tierra, de la industria, del transporte, de las comunicaciones y de las poblaciones se están destruyendo hasta convertise en mugre.

Es admirable la postura valiente de Gorky en contra de la destrucción de la revolución. Su voz desesperada era una voz aislada, lo cual la convirtió incluso en más noble y trágica. Desde el punto de vista de la izquierda, sus «pensamientos inoportunos» eran heréticos (eran «políticamente incorrectos»), porque el pensamiento aceptado postulaba que tanto la violencia como la destrucción eran naturales e incluso estaban justificadas por los objetivos más amplios de la revolución; y no obstante, los contactos de Gorky con los bolcheviques los hicieron igual de inaceptables para la derecha. Su propio círculo de la *Novaia zhizn'* no era una facción política, sino un conjunto impreciso de marxistas descontentos que sentían no tener ningún partido al que poderse unir. «Debería formar mi propio partido —escribió Gorky a Ekaterina el 19 de marzo—, pero no sabría cómo denominarlo. *En este partido sólo hay un miembro, y ése soy* yo.»[75]

No obstante, como el propio Gorky reconoció, su posición estaba llena de los prejuicios y contradicciones que sólo podía permitirse un intelectual. Formuló juicios morales y culturales generalizados acerca de la violencia de la multitud revolucionaria sin intentar entender esta violencia en su contexto histórico o social. En sus muchos escritos acerca de los juicios realizados por las turbas, por ejemplo, nunca consideró el simple hecho social de que, con las ciudades llenas de crimen y violencia, y sin fuerza policial para mantener la ley, estos actos de justicia callejera se habían convertido en la única manera de que los ciudadanos corrientes pudieran proteger su propiedad y su integridad física. Gorky, en realidad, no entendió el problema; simplemente lo juzgó desde un punto de vista moral.

Los prejuicios culturales de Gorky no resultaron nunca más evidentes que cuando se esforzó en explicar los orígenes de la violencia. Por supuesto, vio la necesidad de situarla en el contexto del legado del zarismo:

> Las condiciones en las que vivía el pueblo ruso en el pasado no podían engendrar en él ni respeto por el individuo ni conciencia de los derechos del ciudadano ni un sentimiento de justicia; eran condiciones de desorden absoluto, de opresión del individuo, de las mentiras más desvergonzadas y de una crueldad bestial. Y hay que asombrarse de que, con todas estas condiciones, el pueblo, no obstante, retuviera algún sentimiento humano y algún grado de sentido común.

Y él fue el primero en subrayar que la barbarie de la revolución era producto de la barbarie de la primera guerra mundial. La matanza en masa en las trincheras y las dificultades de la retaguardia provocaron la crueldad y la brutalidad de la gente, explicó Gorky a Romain Rolland, y la endurecieron ante el sufrimiento de sus prójimos. La gente había desarrollado un gusto por la violencia y pocos, sostenía, se escandalizaron por la matanza de los Días de Febrero. Las reglas no escritas del comportamiento civilizado habían sido prácticamente olvidadas; el fino barniz de la civilización se había desprendido en la explosión revolucionaria.

No obstante, Gorky siempre se sintió más inclinado a explicar la violencia en términos del carácter nacional ruso que en términos del contexto en el que tuvo lugar. «El ambiente en el que la tragedia de la Revolución rusa ha sido y está siendo llevada a cabo —escribió en 1922— es un ambiente de personas semisalvajes. Yo explico las crueles manifestaciones de la revolución por la crueldad excepcional del pueblo ruso.» Nunca se detuvo a pensar que todas las revoluciones sociales son, por su propia naturaleza, violentas. El punto de vista de Gorky aparece impregnado por los prejuicios de sus ardientes simpatías occidentalizantes. Pensaba que el progreso humano y la civilización procedían de Occidente, y la barbarie, de Oriente. Social, histórica y geográficamente, Rusia se encontraba entre Europa y Asia. La tradición del Estado de Pedro el Grande y de la *intelligentsia* rusa eran ambas influencias occidentales; los campesinos pertenecían al ámbito asiático; la clase obrera se encontraba en medio: procedía del campesinado pero era capaz de civilizarse bajo la dirección de la *intelligentsia.* La Revolución rusa, que, como Gorky comprendió en 1917, procedía esencialmente del campesinado, era una fuerza orientalizante y bárbara. No se hacía ilusiones, como Lvov, acerca de la bondad o la sabiduría del sencillo pueblo ruso. «Me estoy convirtiendo en un pesimista y, al parecer, en un misántropo —escribió a Ekaterina a mediados de marzo—. Desde mi punto de vista, la gran mayoría de la población en Rusia es tan malvada y tan estúpida como los cerdos.»[77]

Los «salvajes instintos» de los campesinos rusos, a quienes Gorky odiaba intensamente, eran, según él, los causantes de la violencia de la revolución. El único deseo de los campesinos, argumentaba Gorky con frecuencia, era el de vengarse cruelmente de sus antiguos amos, y sobre todo de la elite acaudalada y privilegiada, entre la que incluían a los dirigentes de la *intelligentsia.* Buena parte de la violencia en las ciudades (los juicios llevados a cabo por las turbas,

los saqueos anárquicos, y el «retiro en carretilla» de los jefes de las fábricas) la atribuía, como muchos mencheviques, al repentino influjo de trabajadores sin cualificar procedentes del ámbito rural que habían afluido a las ciudades durante la guerra. Era como si se negara a creer que la clase trabajadora, a la que, como todos los marxistas, consideraba una fuerza de progreso cultural, pudiera comportarse como los campesinos o los gamberros. No obstante, a menudo expresaba su profundo temor de que la cultura urbana de la clase obrera se estuviera disolviendo «en la masa campesina», de que el mundo de la escuela y la industria se estuviera perdiendo frente a las costumbres bárbaras del pueblo.[78]

Gorky culpaba a los bolcheviques de buena parte de estas situaciones. Las Tesis de Abril de Lenin, según él, provocaron un llamamiento prematuro en favor de una nueva revolución, y en la situación de atraso de Rusia ésta se hallaba destinada a convertirse en rehén de los campesinos. Como escribió en 1924:

> Yo pensé que las Tesis sacrificaban a la pequeña y heroica banda de trabajadores políticamente educados, además de a la *intelligentsia* verdaderamente revolucionaria, en favor de los campesinos rusos. La única foerza activa de Rusia sería lanzada, como una pizca de sal, a la ciénaga llana del pueblo, y se disolvería sin dejar rastro, sin cambiar el espíritu, la vida, la historia de la nación.[79]

A Gorky le parecía que los ideales culturales de la *intelligentsia* socialista estaban siendo sacrificados por los bolcheviques en interés de sus propios fines políticos. Los bolcheviques eran culpables de fomentar el odio de clases y de animar a las «masas nihilistas» a que destruyeran el viejo orden de arriba abajo.

Los violentos enfrentamientos en la perspectiva Nevsky durante las manifestaciones de abril, de los que mucha gente culpó a los bolcheviques, llenaron a Gorky de un sentimiento profundo de repulsión. Sus Pensamientos Inoportunos del día 23:

> Las alas brillantes de nuestra joven libertad están salpicadas de sangre inocente. El asesinato y la violencia son los argumentos del despotismo [...]. Debemos entender que el más terrible enemigo de la libertad y la justicia está dentro de nosotros; es nuestra estupidez, nuestra crueldad, y

> todo ese caos de sentimientos oscuros y anárquicos [...]. ¿Somos capaces de entender esto? Si somos incapaces, si no podemos abstenernos del uso más flagrante de la fuerza contra el hombre, entonces no tenemos ninguna libertad [...]. ¿Es posible que el recuerdo de nuestro pasado detestable, el recuerdo de cómo cientos y cientos de los nuestros fueron abatidos a tiros en las calles, haya implantado en nosotros también la actitud tranquila del verdugo ante la muerte violenta de un hombre? No puedo encontrar palabras suficientemente fuertes con que reprochar a quienes intentan demostrar algo con las balas, las bayonetas o un puñetazo en la cara. ¿No eran éstos los [...] medios por los cuales se nos mantenía en una vergonzosa esclavitud?Y ahora, habiéndonos liberado aparentemente de la esclavitud, seguimos viviendo dominados por los sentimientos de los esclavos.[80]

El papel de los bolcheviques en las manifestaciones abortadas del 10 de junio también le encolerizó. Escribió a Ekaterina el 14 de junio:

> Se me ha acabado la paciencia. Físicamente, me sigo manteniendo. Pero cada día crece mi ansiedad y pienso que la política loca de Lenin pronto nos llevará a una guerra civil. Está completamente aislado, pero sus consignas son muy populares entre la masa de los trabajadores analfabetos y algunos soldados.[81]

A Gorky le parecía que la «cólera plebeya» provocada por las consignas militantes de los bolcheviques podía degenerar demasiado fácilmente en una fuerza de destrucción y caos en un país campesino como Rusia, donde el grueso de la gente era «ignorante y ruin». El odio hacia los *burzhoois* pronto se convertiría en un pogromo sin sentido, en una vengativa guerra de clases, en un «saqueo de los saqueadores», por utilizar la consigna de los bolcheviques. La desconfianza hacia los partidos democráticos, igualmente fomentada por los bolcheviques, pronto se convertiría en una negación general de la *intelligentsia* y de sus valores humanistas.

En cierto sentido, no fueron sólo los bolcheviques, sino todos los partidos políticos los que causaron la desesperación de Gorky en 1917. «La política —escribió el 20 de abril— es el vivero de la enemistad social, de las sospechas

maliciosas, de las mentiras desvergonzadas, de las ambiciones morbosas y de la falta de respeto por el individuo. Nombra cualquier cosa mala en el hombre, y precisamente en el suelo de la lucha política es donde crece con abundancia.» Su *cri de coeur* se basaba en la opinión de que el papel de la *intelligentsia,* en la que incluía a los partidos políticos, era defender los valores morales y culturales de la Ilustración contra la violencia destructiva de la multitud. Su afán era salvaguardar la revolución como proceso constructivo y creativo de civilización nacional. Gorky, a este respecto, se estaba acercando al punto de vista de los liberales y de los dirigentes del Sóviet, con quienes compartía la misma preocupación por la creciente oleada de anarquía. Y como ellos, durante la primavera e inicios de verano se inclinaba cada vez más a contemplar una nueva ofensiva en el frente como una fuerza galvanizadora y disciplinaria. Porque, en palabras pronunciadas por Gorky el 18 de junio, «aunque soy pacifista, doy la bienvenida a la próxima ofensiva con la esperanza de que, por lo menos, pueda traer algo de organización al país».[82] ¡Qué equivocado estaba!

10 La agonía del Gobierno provisional

I La ilusión de una nación

En su primera reunión, Kérensky nombró a Brusilov comandante en jefe del Ejército ruso. El nuevo ministro de la Guerra había acudido a ver a Brusilov a su cuartel general del frente sureste y, después de pasar revista a las tropas, por la noche le había acompañado en automóvil hasta la población de Tarnopol. Estalló una violenta tormenta, y el solitario automóvil pareció hallarse en constante peligro mientras circulaba por los embarrados caminos. Aprisionados dentro del coche, con la lluvia cayendo con violencia sobre las ventanillas y los relámpagos iluminando el cielo, los dos hombres se acercaron. Empezaron a hablar informalmente, contándose sus pensamientos como si fueran viejos amigos. Los dos coincidían en la necesidad de lanzar una ofensiva de verano, y fue, según recordó Kérensky en sus Memorias, lo que le hizo decidir «allí mismo y en ese momento, que se debía dar a Brusilov el mando del Ejército entero a tiempo para el lanzamiento de la ofensiva».[1]

El nombramiento de Brusilov fue un acto de fe en la capacidad luchadora del nuevo Ejército revolucionario. Fue, sobre todo, su optimismo el que le granjeó el puesto. «Yo necesitaba hombres que creyeran que el Ejército ruso no estaba en ruinas —escribió Kérensky más tarde—. No quería saber nada de gente que no podía aceptar el *fait accompli* de la revolución, o que dudaran de que pudiéramos reconstruir la moral del Ejército en la nueva atmósfera psicológica. Necesitaba hombres que hubieran vivido la locura absoluta de los años de guerra bajo el antiguo régimen y que comprendieran plenamente el cataclismo que había ocurrido.»[2] Brusilov reunía esas características. Él era quizás el único general zarista de alto rango que había salido de la guerra con honor, y uno de los primeros en unir su suerte a la revolución. Como Kérensky, esperaba que la defensa de la libertad pudiera por fin inspirar el patriotismo cívico que Rusia necesitaba para continuar la guerra.

El apoyo de Brusilov a la democracia, y a los comités de soldados en particular, le procuraron pocos amigos entre el resto de los generales de rango superior. Le denunciaron como «oportunista» y «traidor» al Ejército. El estado mayor de la Stavka recibió a su nuevo comandante con abierta hostilidad el 22 de mayo. «Me di cuenta enseguida, al llegar, de sus sentimientos desfavorables hacia mí», recordó Brusilov. En lugar de la habitual ovación masiva, a la que se había acostumbrado, Brusilov fue recibido en la estación de Moguilev por una pequeña, y bastante formal, delegación de generales con rostros malhumorados. Para empeorar las cosas, Brusilov cometió una grave ofensa al no atender a un grupo de oficiales de alto rango que habían acudido a darle la bienvenida, y, en cambio, en un gesto de comportamiento democrático, estrechó la mano a los soldados rasos. Los primeros soldados estaban tan confusos (era costumbre que los generales los saludaran militarmente) que dejaron caer sus fusiles o los sujetaron torpemente con el brazo izquierdo mientras estrechaban la mano del nuevo comandante en jefe.[3]

A diferencia de la mayoría de los comandantes de alto rango, Brusilov creía en el trabajo conjunto con los organismos democráticos de los soldados. Según él, la restauración de la moral del Ejército y el lanzamiento de una nueva ofensiva sólo podrían lograrse en colaboración con ellos. Semejante optimismo respecto al orden democrático contrastaba radicalmente con el escepticismo del general Alexeev, anterior comandante en jefe, que hasta entonces había dudado de que se pudiera lanzar una ofensiva con éxito debido a la intranquilidad de las fuerzas armadas. Pero debemos considerar que Brusilov siempre se había tenido por elegido de Dios para conducir a los Ejércitos de Rusia hacia la victoria. «A pesar de todas las dificultades —escribió a su hermano poco después de su llegada a Moguilev—, nunca me desespero, porque sé que Dios ha puesto esta carga sobre mis hombros y que el destino de la patria está en sus manos. Tengo una fe profunda, tan profunda como mi fe en Dios, de que obtendremos la victoria en esta lucha titánica.»[4]

Desde la Conferencia Interaliada en Chantilly, en noviembre de 1915, Rusia había estado sometida a la presión creciente de sus aliados para que lanzara una nueva ofensiva en el frente oriental. Los dirigentes de la Entente querían que 1917 foera el año de la victoria final, y se suponía que una ofensiva combinada en el este y en el oeste sería suficiente para vencer a las potencias centrales. La legitimidad del Gobierno provisional entre las potencias occidentales (y la ayuda económica que recibió de ellas) se apoyaba en gran parte en su declarada

intención de cumplir con esta obligación respecto a los aliados. No obstante, al mismo tiempo, la revolución había aumentado las ya considerables dudas que existían acerca de la capacidad bélica de Rusia. En una reunión de sus comandantes de frente celebrada el 18 de marzo, Alexeev rechazó la demanda francesa de una nueva ofensiva de primavera: los caminos seguían cubiertos de hielo, los caballos y el forraje escaseaban, las unidades de reserva se hundían, la disciplina militar se desmoronaba y el Sóviet, que controlaba los resortes esenciales del poder, seguía resistiéndose a apoyar algo que fuera más allá de una estrategia puramente defensiva. La mayoría de los comandantes estuvieron de acuerdo con él en que era imposible lanzar una nueva ofensiva antes de junio o incluso julio. Brusilov fue el único que apoyó la idea de una ofensiva en primavera. En un telegrama dirigido a la reunión, afirmó que sus soldados estaban impacientes por luchar. Era una declaración tan extraordinariamente optimista (y sin duda, en gran parte, producto de su propio deseo) que Aleexev pidió al general de brigada que comprobara la autenticidad del telegrama.

«Qué bueno sería —escribió al final del telegrama— que la realidad justificara estas esperanzas.» Al proceder del frente suroccidental, donde se tendría que lanzar cualquier ataque, el mensaje de Brusilov ayudó ciertamente a que el cauteloso Alexeev barajara la idea de una ofensiva anterior durante mayo. Expuso sus razones a Guchkov el 30 de marzo:

> Si no conseguimos desencadenar el ataque, no sólo no evitaremos tener que luchar, sino que simplemente nos condenaremos a luchar en el momento y en el lugar convenientes para el enemigo. Y si no colaboramos con nuestros aliados, no podemos esperar que acudan a ayudarnos cuando los necesitemos. El desorden en el Ejército tendrá un efecto no menos demoledor sobre la defensa del que tendrá sobre la ofensiva. *Incluso si no tenemos plena confianza en el éxito, debemos seguir con la ofensiva.* Los resultados de una defensa sin éxito son peores que los de una ofensiva sin éxito. Cuanto más rápido lancemos a nuestras tropas a la acción, antes se enfriará su pasión política. El general Brusilov basó su apoyo en estas consideraciones [...]. *Se puede decir que cuanto menos firmes estén las tropas, menos posibilidades hay de que la defensa tenga éxito; por lo tanto, es más deseable emprender operaciones activas.*[5]

Se trataba de un juego terrible. No existía ninguna garantía de que los riesgos del ataque fueran menores que los de la defensa, e incluso menos motivos para suponer, como Alexeev y Brusilov, que el espíritu luchador de las tropas se podría galvanizar a través de una ofensiva. Examinando la cuestión retrospectivamente, está claro que los dirigentes militares y políticos del Gobierno provisional se dejaron engañar por su propio optimismo. Subestimaron enormemente los gastos de una nueva ofensiva. Alexeev predijo que las pérdidas rusas serían aproximadamente de seis mil hombres; pero el número verdadero resultó ser un poco inferior a cuatrocientos mil, y el número de desertores, quizá mayor. Éste fue el tremendo precio humano que hubo que pagar por un pensamiento cargado de voluntarismo. Políticamente, los costes fueron incluso mayores. Porque no hay duda de que el desencadenamiento de la ofensiva (no digamos ya el fracaso) condujo directamente a la crisis estival que culminó con el derrocamiento del Gobierno provisional y la toma del poder por parte de los bolcheviques. Sin duda, los dirigentes militares habían supuesto que lanzando una ofensiva temprana podrían evitar un ataque alemán, acerca del cual su servicio de inteligencia les había informado, erróneamente, que estaba preparado para el verano. Pero los alemanes, de hecho, se habían comprometido desde hacía algún tiempo con una «ofensiva de paz» en el este para poder liberar tropas y transferirlas al oeste. Por tanto, tenía mucho más sentido una estrategia defensiva, dada la debilidad del Ejército de Rusia y de su retaguardia. Pero en junio, cuando se lanzó la ofensiva, los dirigentes rusos se habían obsesionado con la idea del ataque; la ofensiva había llegado a simbolizar el «espiritu nacional» de la revolución, y estaban ciegos ante la posibilidad de que pudiera terminar en catástrofe.

Más que cualquier otra cosa, la ofensiva de verano logró que los soldados se acercaran a los bolcheviques, el único partido de importancia que estaba a favor, de manera intransigente, de poner fin a la guerra inmediatamente. Si el Gobierno provisional hubiese adoptado una política similar, y hubiese iniciado negociaciones con los alemanes, sin duda los bolcheviques nunca habrían llegado al poder. ¿Por qué nunca se dio este paso crucial? El patriotismo de los dirigentes democráticos (para ellos era prácticamente sinónimo de un compromiso con las potencias aliadas como democracias) nos proporciona parte de la respuesta. Kérensky consideró brevemente la opción de una paz por separado, cuando asumió el puesto de primer ministro después de los Días de Julio y del fracaso de la ofensiva; pero la rechazó porque, según afirmaría más

tarde, esto le habría convertido en responsable de la humillación nacional de Rusia. Quizá se les puede acusar a él y a otros políticos de falta de visión al rechazar la opción de la paz por separado. Cinco días antes de la toma del poder por los bolcheviques, el 20 de octubre, el general Vegonsky, el ministro de Guerra, declaró que el Ejército no estaba en condiciones de luchar. Recomendó que la única manera de contrarrestar la amenaza creciente de los bolcheviques era «segarles la hierba bajo los pies; en otras palabras, plantear inmediatamente la cuestión de concluir la paz». No obstante, Kérensky no supo ver el peligro bolchevique y de nuevo se negó a actuar. Catorce años más tarde, lord Beaverbrook, en el curso de una comida con Kérensky en Londres, le preguntó si el Gobierno provisional podía haber detenido a los bolcheviques, firmando una paz por separado con Alemania. «Por supuesto —contestó Kérensky—: ahora estaríamos en Moscú.» Asombrado por esta respuesta, Beaverbrook preguntó por qué no lo habían hecho. «Éramos demasiado ingenuos», contestó Kérensky.[6]

La mirada retrospectiva es el lujo de los historiadores. Dadas las presiones y las doctrinas de aquel tiempo, no es difícil comprender por qué se lanzó la ofensiva. Los dirigentes del Gobierno provisional tomaron en serio los compromisos de Rusia con los aliados. Les hubiera gustado negociar una paz general sin anexiones o indemnizaciones, como decía la expresión; pero la debilidad militar de Rusia hizo que su posición negociadora resultara extemadamente débil. Los aliados se estaban convenciendo de que la guerra podía ser ganada con o sin Rusia, especialmente después de la entrada de Estados Unidos en el conflicto en abril. Bloquearon la Conferencia de Paz de Estocolmo, organizada por los dirigentes soviéticos para unir a todos los partidos socialistas en Europa, y actuaron dilatoriamente en relación con las propuestas rusas de una revisión de los objetivos de guerra de los aliados. En este sentido, al frustrar la campaña internacional de paz, los aliados contribuyeron a ayudar a los bolcheviques a llegar al poder, aunque esto deja abierta la cuestión respecto a si podría haberse logrado una paz general.

Por muy paradójico que parezca, los dirigentes del Gobierno provisional respaldaron, por lo tanto, una ofensiva para fortalecer su campaña en favor de un acuerdo general sobre el conflicto. Fueron a la guerra para lograr la paz. Éste fue también el razonamiento de los dirigentes del Sóviet al apoyar la ofensiva. El defensismo revolucionario de Tsereteli, la unión de la democracia por necesidades de la defensa nacional, fue la justificación principal para su entrada

en la coalición. Se puede también argumentar que la defensa nacional no exigía que se lanzara una ofensiva. Al apoyar la primacía de las necesidades del Ejército, como hicieron al firmar la Declaración de Principios de la coalición el 5 de mayo, los dirigentes del Sóviet estaban en peligro de perder de vista su objetivo principal, la negociación de una paz general, y así quedaban expuestos a la acusación bolchevique de unirse a los belicistas. Pero se entusiasmaron con la esperanza de que la defensa de la Rusia democrática contribuyera a unir al pueblo en torno a ellos. Compararon la situación de Rusia con la de Francia en vísperas de la guerra contra Austria en 1792; les pareció que una guerra revolucionaria provocaría una nueva oleada de patriotismo cívico, del mismo modo que la defensa de la patria había provocado el coro nacional de «*Aux armes, citoyens*». Estaban suficientemente convencidos de que se había producido una «revolución nacional», no sólo una revuelta contra el antiguo régimen, y de que gracias al resurgir del patriotismo, gracias al reconocimiento popular de que los intereses de «la nación» superaban en importancia cualquier interés de clase o de partido, podrían restaurar la unidad y el orden.

Kérensky, ministro de la Guerra en el Gobierno de coalición, era el héroe del nuevo patriotismo cívico. Como figura popular, al margen del partido, se convirtió en la personificación del ideal de la coalición de unidad nacional. El culto a Kérensky, que empezó a surgir en los Días de Febrero, alcanzó su apogeo con la ofensiva de junio, que, de hecho, había ayudado a provocar el culto. Todas las esperanzas y expectativas de la nación descansaban sobre los hombros frágiles de Kérensky, «el primer ministro de la guerra del pueblo». Poetas escolares como Leonid Kannegiser (que más tarde asesinaría al bolchevique Uritsky) vieron en Kérensky al Bonaparte ruso:

> Y sí, retorciéndome de dolor, Caigo en nombre de la Madre Rusia,
> Y me encuentro en algún campo desierto, Con una bala en el pecho, tumbado en el suelo, Entonces, en las Puertas del Cielo,
> En los sueños felices de mi muerte,
> Recordaré: Rusia, Libertad,
> Kérensky montado sobre un caballo blanco.

Marina Tsvetaeva, que entonces hacía poco tiempo que había terminado la escuela, también se sintió impulsada a comparar a Kérensky con Napoleón:

Y alguien, inclinado sobre el mapa,
No duerme en sus sueños.
Llegó un Bonaparte
A mi país.[7]

Kérensky se sentía encantado con este papel. Siempre se había visto como el dirigente de la nación, por encima de los intereses de partido o de clase. La adulación se le subió a la cabeza. Se obsesionó con la idea de conducir al Ejército a la gloria y cubrirse de honores. Empezó a imitar a Napoleón. Había un busto del emperador francés en su mesa de despacho en el Ministerio de la Guerra. Aunque nunca había estado en el Ejército, Kérensky se vistió con una guerrera caqui de hechura fina, pantalones de oficial y botas que le llegaban hasta las rodillas cuando se convirtió en el ministro de la Guerra (un estilo paramilitar de vestir que muchos futuros dirigentes, incluido Stalin, imitarían). El ministro de la Guerra cuidaba mucho su apariencia personal, una gran fuente de orgullo para él. Incluso en los momentos más críticos del combate en octubre, cuando hizo acto de presencia ante los cosacos durante la batalla por Gatchina contra la Guardia roja, se empeñó en vestirse con su «mejor guerrera, a la que el pueblo y las tropas se habían acostumbrado», y en «saludar, como siempre hacía, con un ligero aire de informalidad y una leve sonrisa». Durante sus famosos viajes a los frentes, Kérensky incluso llevaba el brazo en cabrestillo, aunque no había ninguna constancia de que se hubiera herido nunca en el brazo (algunas personas bromeaban diciendo que se le había desgastado de estrechar tantas manos). Sin duda, fue un intento deliberado de sugerir que él, al igual que los soldados ordinarios, también había sido herido. Quizá también era un intento de imitar la imagen de Napoleón, con su brazo metido en la parte delantera de la guerrera.[8]

En vísperas de su nombramiento, Kérensky había llevado a cabo una actuación melodramática en un Congreso de Delegados del frente. «Siento no haber muerto hace dos meses —proclamó con la mano puesta solemnemente sobre el corazón—, porque en ese caso, habría muerto con el más grande de los sueños: el de que a partir de entonces, y para siempre, habría amanecido para Rusia una nueva vida, en la que podríamos respetarnos mutuamente y gobernar nuestro Estado sin látigos ni porras.» Realizó un llamamiento a los soldados para que antepusieran su «deber cívico» a sus propios limitados intereses de clase y para

que fortalecieran su resolución luchadora, puesto que la libertad de Rusia sólo podía obtenerse «con un Estado fuerte y organizado», y eso significaba que «todo ciudadano» tenía que hacer un sacrificio por la nación. Bajo «el antiguo y odiado régimen» los soldados habían sabido cumplir con sus obligaciones, así que ¿por qué no podían hacer lo mismo en nombre de la Libertad? «O es que —preguntó, en una frase cargada de significado y emoción para los soldados— el Estado libre ruso es, de hecho, un Estado de esclavos rebeldes?»[9] Se produjo un tumulto en la sala, porque los soldados, según su propia visión, habían sido, de hecho, «esclavos» antes de la Orden Número 1, y Kérensky parecía cuestionar si se merecían la libertad, como «ciudadanos», si no estaban dispuestos a ir a la guerra. El término «esclavos rebeldes» sonó por todo el país durante semanas. Contribuyó mucho a que los soldados se volvieran en contra de Kérensky. Pero para los patriotas y los terratenientes, era el llamamiento en favor de la disciplina y del deber que habían estado exigiendo desde hacía mucho tiempo, y empezaron a agruparse en torno a Kérensky y a la idea de una ofensiva en el frente. Fue casi como si tuvieran la sensación de que ya sólo podía salvarlos una victoria.

La prensa liberal, a partir de ese momento, se unió a la derecha en un coro nacional de titulares que impelían al Ejército ¡A TOMAR LA OFENSIVA! El partido kadete enarboló la bandera nacional. Sin duda, esperaba que haciéndose pasar por patriota podría cambiar su alarmante tendencia al declive electoral. En las elecciones a la Duma municipal de mayo, los kadetes habían obtenido menos del veinte por ciento de los votos. Al no poder seguir compitiendo con los socialistas para obtener el apoyo de las masas, buscaron atraer a las clases medias realizando un llamamiento en favor de la defensa de la patria y de la restauración del orden. El patriotismo se convirtió en la base de su afirmación de ser un partido situado «por encima de las clases». La *intelligentsia* democrática, que siempre había sido la principal base social de los kadetes, los siguió mayoritariamente hacia el campo nacionalista. La Liga de Cultura Rusa, fundada por un grupo de kadetes derechistas en medio de esta oleada patriótica, hizo un llamamiento a todas las clases para que se unieran bajo la bandera de Rusia. Incluso Blok, que se denominaba socialista, sucumbió al nuevo ambiente de patriotismo, mientras que Gorky dio la bienvenida a la ofensiva como un medio de «proporcionar algo de organización al país». Existía un sentimiento creciente de que se debía anteponer Rusia a cualquier otra cosa, incluso la revolución misma. «No es Rusia la que existe para la revolución —escribió Dmitri

Merezhkovsky—, sino la revolución la que existe para Rusia.» Era una visión cercana a la noción de una Rusia nacionalburguesa propuesta por Struve y el grupo Veji después de 1905; y de hecho, se produjo una equiparación similar de la nación con sus clases medias. Los patriotas propietarios suscribieron el Empréstito de la Libertad, emitido por el Gobierno para financiar la ofensiva. N. V. Chaikovsky, presidente de la Sociedad Económica Libre, declaró que era «el deber de todos para con la Madre Patria, para con sus conciudadanos y para con el futuro de Rusia, dar sus ahorros para la gran causa de la libertad».[10]

Este nuevo patriotismo cívico no se extendía más allá de las clases medias urbanas, aunque los dirigentes del Gobierno provisional se engañaron pensando que sí lo hacía. La visita de los socialistas aliados (Albert Thomas, de Francia; Emile Vandervelde, de Bélgica, y Arthur Henderson, de Gran Bretaña) fue un caso típico. Habían acudido a Rusia para suplicar al «pueblo» que no abandonara la guerra; no obstante, muy pocas personas se molestaron en escucharlos. Konstantin Paustovsky recuerda a Thomas hablando en vano desde el balcón del edificio que luego se convertiría en el Sóviet de Moscú. Thomas habló en francés, y la pequeña multitud que se había reunido no podía entender lo que decía. «Pero todo en su discurso se podía entender sin palabras. Balanceándose arriba y abajo sobre sus piernas arqueadas, Thomas nos mostró gráficamente lo que le ocurriría a Rusia si dejaba la guerra. Retorció su bigote, como el del káiser, estrechó su mirada con rapacidad, y dio saltos, agarrando el cuello de una Rusia imaginaria.» Durante varios minutos, el francés siguió con esta actuación circense, lanzando el cuerpo de Rusia al suelo y saltando una y otra vez encima de ella, hasta que el público empezó a silbar y a abuchear y reírse. Thomas, erróneamente, interpretó esto como una señal de aprobación y saludó a la multitud con su hongo. Pero la risa y los abucheos se hicieron más fuertes: «¡Que se lleven a ese payaso!», gritó un trabajador. Entonces, al final, alguien apareció en el balcón y, diplomáticamente, se lo llevó adentro.[11]

Algunos civiles de clase media se presentaron voluntarios para los nuevos batallones de choque que se formaron para reanimar la moral del Ejército. La mayoría estaba compuesta de oficiales asustados, ansiosos por huir de sus regimentos amotinados. Bernard Pares, que asistió a varias manifestaciones patrióticas para animar a estos voluntarios, comparó su ambiente histérico con el de una reunión de avivamiento.[80*] En una ocasión fue presentado a los soldados como «nuestro camarada inglés, el profesor», un gran héroe de guerra, que había ganado la Cruz de San Jorge por golpear a los alemanes con una sola mano.

Esto, por supuesto, era una invención total; pero cuando Pares exhortó a su anfitrión a callarse, se le dijo que tales anécdotas eran necesarias para levantar la moral de las tropas.[12]

Una de las unidades de voluntarios más conocidas había sido formada por mujeres. El Batallón Femenino de la Muerte había sido organizado por María Bochkareva, una mujer verdaderamente notable, que había trabajado antes de la guerra como capataz en obras de construcción de fábricas. Después de 1914 había intentado alistarse en el Ejército y, tras haberlo solicitado al mismo zar, se le permitió luchar a las órdenes del general Gurko. En febrero de 1917 había ascendido al grado de sargento, tras haber pasado dos años en las trincheras con varias heridas y numerosas medallas que lo demostraban. Preocupada por el relajamiento de la disciplina militar, pidió a Brusilov que le dejara formar un batallón de choque de mujeres con la esperanza de que esto avergonzara al resto de los soldados y les obligara a luchar. De hecho, iba a tener el efecto contrario: los soldados contemplaron su formación como una señal de la situación desesperada en que se hallaba el Gobierno, lo que fortaleció su resolución de no luchar, mientras que muchos soldados, particularmente los cosacos, se negaron a luchar junto a mujeres. Pero Brusilov no lo previó, y no veía motivo para negarse. Estaba entusiasmado con la idea, muy debatida en ese tiempo, de establecer un nuevo Ejército basado enteramente en unidades de voluntarios. Lo veía como una manera de hacer la guerra por deber patriótico y de disolver las viejas divisiones existentes entre los oficiales y las tropas. Como su propia mujer estaba trabajando en los servicios médicos en el frente, no veía por qué no debían ir también a luchar otras mujeres. El batallón se formó apresuradamente, y fue bendecido por el patriarca Nikón en la Plaza Roja de Moscú antes de su salida hacia el frente en junio. Las mujeres se raparon las cabezas y se pusieron los pantalones reglamentarios del Ejército, aunque alguna era demasiado gorda, y tuvo que entrar en combate llevando falda.[13]

Los comisarios del Ejército fueron la otra gran esperanza de este patriotismo cívico. La mayoría de ellos eran oficiales de menor graduación con ideas democráticas o socialistas. Disfrutaban de la confianza de sus tropas, pero también entendían la necesidad de la disciplina militar. Linde, el joven suboficial de complemento que había dirigido el motín de varios regimientos durante los Días de Febrero, fue un ejemplo típico: se convirtió en el comisario del Ejército Especial durante la ofensiva de verano. Dmitri Os'kin, el joven suboficial de complemento de origen campesino que conocimos en el capítulo 7, también se

convirtió en comisario militar. Los comisarios fueron instituidos por el Sóviet el 19 de marzo, y se les hizo responsables ante el Gobierno provisional el 6 de mayo. Su misión era la de suavizar las relaciones entre los oficiales y los comités de soldados, y por tanto, fueron vistos como la base de una nueva colaboración patriótica entre la democracia y el Ejército.

Esa fue también la esperanza de la Declaración Sobre los Derechos de los Militares pronunciada por Kérensky el 11 de mayo. Kérensky afirmó, y seguramente tenía razón, que las fuerzas armadas rusas se habían convertido en «las más libres del mundo», y realizó un llamamiento a los soldados para demostrar en la futura ofensiva «que hay fuerza, no debilidad, en la libertad». La Declaración mantenía los derechos de la Orden Número 1, pero también restauró la autoridad de los oficiales en el frente, incluido el uso del castigo corporal, lo que fue contemplado en los círculos gubernamentales como una concesión esencial hacia los mandos militares en preparación para la futura ofensiva. Brusilov se mantuvo firme en su planteamiento de no luchar sin ella. No obstante, no hay ninguna duda de que muchos soldados vieron la Declaración como un intento del Gobierno de restaurar el viejo sistema de disciplina, lo que fue utilizado por los bolcheviques. *Pravda* se burló señalando que la Declaración debiera en realidad haberse llamado una «Declaración de la Falta de Derechos de los Soldados».[14]

Para levantar la moral de las tropas, Kérensky visitó el frente durante el mes de mayo. Aquí su oratoria histérica alcanzó alturas enfervorizadas. Con su voz chirriante y sus brazos en continuo movimiento, pidió a los soldados que realizaran el supremo sacrificio por el futuro glorioso de su patria. Al final de estas parrafadas, se colapsaba en un estado de agotamiento nervioso, y había que reanimarlo con esencia de valeriana. Aunque estos accesos de desmayo no eran fingidos o, por lo menos, no al principio, añadían un efecto teatral a las actuaciones de Kérensky. En todas partes fue aclamado como un héroe. Los soldados le llevaron a hombros, le cubrieron de flores y se postraron a sus pies. Una enfermera inglesa vio con asombro cómo «le besaron a él, su uniforme, su coche, y el suelo que pisaba. Muchos estaban de rodillas rezando; otros estaban llorando».[15] No se había visto cosa semejante desde los días del zar.

No obstante, toda esta adulación dio a Kérensky la falsa impresión de que los soldados estaban ansiosos por luchar. Cincuenta años más tarde, en sus memorias, seguía insistiendo en que «el sano ambiente de patriotismo que existía en el frente se había convertido en una fuerza palpable».[81*] Pero eso distaba de

ser cierto. Las visitas de Kérensky le pusieron en contacto con una sección nada representativa del Ejército. Las reuniones de los soldados a las que se dirigía tenían una asistencia mayoritaria de oficiales, de la *intelligentsia* uniformada y de los miembros de los comités de soldados. En estas reuniones, los discursos de Kérensky tenían un efecto hipnotizador: provocaban la dulce ilusión de un final victorioso de la guerra sólo con un último empujón heroico. Ahora bien, un soldado cansado podía sentirse tentado a creer en ello, incluso si en el fondo sabía que era falso, simplemente porque quería. Pero semejantes ilusiones se disipaban en cuanto volvía a las trincheras. Además, fuera de esas reuniones, entre la gran mayoría de las tropas el ambiente era mucho más pesimista. Kérensky fue frecuentemente objeto de las burlas de las tropas durante sus visitas al frente; no obstante, nunca pareció enterarse de la advertencia que había en esos actos. En una ocasión cerca de Riga, un soldado fue empujado por sus compañeros para que preguntara al ministro. «Nos dice que debemos luchar contra los alemanes para que los campesinos puedan tener la tierra. Pero ¿para qué sirve que los campesinos recibamos tierra si me matan y no consigo nada de tierra?» Kérensky no tenía respuesta, y no había ninguna, pero ordenó al oficial encargado de esa unidad que enviara al soldado a casa: «Que sepan sus vecinos de la aldea que no necesitamos cobardes en el Ejército ruso». El soldado no podía creer en su suerte y se desmayó, mientras el oficial se rascaba la cabeza incrédulamente. ¿Cuántos más podrían haber sido enviados a casa por este motivo? Estaba claro que Kérensky había visto al soldado como una excepción, a partir de la cual podía sacar un ejemplo. No pareció darse cuenta de que había millones como él.[16]

Brusilov, por el contrario, empezaba a ver de otra manera la moral de las tropas. «Los soldados están cansados —escribió a su esposa a finales de abril—, y en muchos sentidos, ya no están en condiciones de participar en la ofensiva.» Al asumir el mando supremo del Ejército, realizó su propia visita a los frentes norte y oeste. En contraste con los soldados de su propio frente suroccidental, muy alejado de la influencia de las ciudades revolucionarias, halló a las tropas en un estado de completa desmoralización. Según uno de sus ayudantes de rango superior, Brusilov tuvo que evitar utilizar las palabras «ofensiva» o «avance» por si acaso los soldados le agredían. Brusilov no era un orador nato. Reunía a los soldados en torno a él y se quitaba la gorra y la guerrera, sosteniéndolas («democráticamente») sobre su brazo izquierdo, para crear un ambiente informal. Pero sus discursos no conseguían convencer a los soldados de que,

como podían haber dicho de Kérensky, fuese «uno de los nuestros». En una ocasión, por ejemplo, mientras se dirigía a un grupo de soldados particularmente bolchevizados cerca de Dvinsk, Brusilov afirmó que los alemanes habían destruido «una de las mejores propiedades del pueblo francés, las hermosas viñas que producen el champán», lo que, por supuesto, sólo ofendió y provocó a los soldados, que empezaron a gritar a su comandante en jefe: «¡Qué vergüenza! ¡Quieres derramar nuestra sangre para poder beber champán!». Brusilov se asustó, se volvió a poner la gorra en la cabeza, como si deseara reafirmar su antigua autoridad, y ordenó a sus escoltas que lo rodearan. Cuando terminaron los gritos, llamó a uno de los campesinos más vociferantes para que se acercara y expresara su opinión. El soldado, un joven campesino de barba roja, se acercó a Brusilov, se apoyó en el fusil con los dos brazos y, mirando al comandante en jefe con desdén, pronunció un discurso en el que afirmó que los soldados «ya habían luchado bastante», que durante tres largos años el pueblo ruso había derramado su sangre por «las clases imperialistas y capitalistas», y que «si el general quería seguir luchando para tener champán, entonces, que se vaya a derramar su propia sangre». Todas las tropas aplaudieron; Brusilov se quedó sin palabras, y empezó a marcharse; y en ese momento el soldado, que era evidentemente un bolchevique, leyó la declaración del Comité de Soldados exigiendo que se firmase una paz inmediata. El comandante en jefe del Ejército ruso había quedado eclipsado por un simple soldado.[17] Éste fue sólo uno de los muchos incidentes que persuadieron a Brusilov de que sería desaconsejable desencadenar una nueva ofensiva. En el frente norte se encontró con toda una división de hombres que habían expulsado a sus oficiales y amenazaban con volver a casa:

> Cuando llegué a su campamento, exigí hablar con una delegación de los soldados: hubiera sido peligroso aparecer ante toda la multitud. Cuando llegaron les pregunté a qué partido pertenecían, y contestaron que antes habían sido eseristas, pero que ahora apoyaban a los bolcheviques. «¿Qué queréis?», les pregunté. «¡Tierra y libertad!», gritaron todos. «¿Y qué más?» La respuesta fue simple: «¡Nada más!». Cuando les pregunté lo que querían ahora, dijeron que no querían luchar más y suplicaron que se les permitiera volver a casa para poder participar en el reparto de la tierra que sus vecinos de los pueblos habían quitado a

> los hidalgos y vivir en libertad. Y cuando les pregunté: «¿Qué le ocurrirá a la Madre Rusia, si nadie la quiere defender, y todos piensan, como vosotros, sólo en ellos mismos?». Me contestaron que no era cuestión suya pensar en lo que podría ocurrirle al Estado, y que ellos estaban firmemente decididos a marcharse a casa.[18]

Como pudo ver Brusilov, los soldados estaban tan obsesionados con la idea de la paz que estarían dispuestos a apoyar al mismo zar con tal de que prometiera terminar con la guerra. Sólo esto, según pretendía Brusilov, y no la creencia en un «socialismo» abstracto, explicaba su atracción hacia los bolcheviques. La masa de los soldados eran simples campesinos, querían tierra y libertad, y empezaron a llamar a esto «bolchevismo» porque sólo ese partido prometía la paz. Este «bolchevismo de trincheras», como lo denominó Allan Wildman en su estudio magistral sobre el Ejército ruso durante 1917, no fue necesariamente organizado a través de los canales formales del partido, ni siquiera fomentado por los agentes bolcheviques. Aunque ambas cosas resultaban obvias en el frente, ninguna de las dos estaba tan bien desarrollada como la mayoría de los comandantes solían suponer cuando culpaban a «los bolcheviques» o a los «agentes bolcheviques» de prácticamente todos los contratiempos que surgían en el campo de batalla.[82*] Se trataba más bien de un caso de soldados cansados y airados que recogían los lemas de la prensa bolchevique y los utilizaban para legitimar su propia resistencia contra la guerra. Pocos soldados pertenecían a algún partido político en 1917, y los que sí estaban afiliados pertenecían a los eseristas en lugar de a los bolcheviques.[19]

Los comités de soldados, que muchos mandos condenaban como el canal principal de este «bolchevismo de trinchera», discutieron la siguiente ofensiva y decidieron no luchar. «¿Para qué sirve invadir Galitzia de todas formas?», preguntaba un soldado. «¿Para qué diablos necesitamos tomar otra colina —añadió otro—, cuando podemos conseguir la paz desde abajo?» Muchos soldados creían que el plan de paz del Sóviet convertía un nuevo derramamiento de sangre en algo sin sentido. No podían entender por qué sus oficiales les ordenaban luchar cuando los dirigentes del Sóviet se habían puesto de acuerdo respecto a la necesidad de obtener la paz. La cuestión de una paz democrática «sin anexiones ni indemnizaciones» era demasiado complicada para que la mayoría la entendiera. Buena parte de las tropas parecían estar convencidas de

que *anneksiia* y *kontributsiia* («anexiones» e «indemnizaciones») eran dos países de los Balcanes.[20]

Conforme se acercaba la ofensiva, aumentó el flujo de desertores. Knox encontró los trenes del frente «constantemente asaltados» por soldados que se dirigían a casa. Viajaban en los techos y se agarraban a los topes de los vagones. El número real de desertores durante la ofensiva fue mucho más elevado que la cifra oficial de ciento setenta mil. Unidades enteras de desertores se apoderaron de regiones situadas en la retaguardia y vivieron como bandidos. Muchos de ellos eran padres de familia con edades superiores a los cuarenta años que creyeron que se les concedía un permiso especial para volver a casa para la cosecha. En muchas unidades fueron estos soldados mayores los que dirigieron la resistencia contra la ofensiva (algunos de ellos debieron de participar en los motines y levantamientos de campesinos de 1905). En el frente norte, miles de ellos escaparon del Ejército y organizaron su propia «república de soldados» en un campamento situado cerca del hipódromo de Petrogrado. Desfilaron por la capital con carteles exigiendo su «liberación» y frecuentemente se les veía en las calles y las estaciones vendiendo cigarrillos. De alguna manera, los dirigentes de su «república» incluso se las arreglaron para conseguir suministros del almacén militar del Gobierno.[21]

Una de las manifestaciones más preocupantes del pacifismo de los soldados con las que tuvo que enfrentarse Brusilov fue su confraternización con las tropas del enemigo. Era parte de la campaña alemana desgastar el frente oriental para poder trasladar tropas al oeste. Engañaron a los soldados rusos para que abandonaran sus trincheras con vodka, conciertos y burdeles improvisados montados entre las dos líneas de trincheras, y les dijeron, en términos sorprendentemente similares a los de la propaganda bolchevique, que no deberían derramar más sangre para favorecer los intereses imperiales de Gran Bretaña y Francia. Durante la tregua de Pascua, miles de rusos abandonaron sus trincheras y se pasaron a las líneas enemigas con banderas blancas. Muchos cruzaron a nado los ríos Dniester y Dvina para unirse a la diversión. A los exploradores alemanes los recibieron como a héroes detrás de las líneas rusas. El teniente Bauermeister, por ejemplo, obtuvo una enorme victoria propagandística en el XXXIII Cuerpo del Ejército, situado al sur de Galich, precisamente en el punto donde se suponía que se iba a descargar el golpe principal ruso durante la ofensiva de junio. Mientras los impotentes oficiales se consumían de cólera, les dijo a los soldados que Alemania ya no quería luchar y que toda la culpa de la

futura ofensiva debería echársele al Gobierno provisional, que estaba a sueldo de los banqueros aliados. «Si lo que dices es verdad —le replicaron los delegados de los soldados—, derrocaremos al Gobierno e impondremos otro nuevo que rápidamente conceda la paz al pueblo ruso.» Los soldados incluso acordaron firmar un armisticio en todo su sector. Bauermeister se quedó atónito. Recordó a los rusos que no tenían autoridad legal para hacerlo; pero los soldados le dijeron que, si decidían no seguir luchando, nadie tenía autoridad para obligarlos a hacer lo contrario.

Durante varias semanas, se mantuvo el armisticio, hasta el momento de la ofensiva. Se desmontaron cañones y se izaron banderas blancas a lo largo de las líneas rusas. El extravagante Bauermeister, tocado con una gorra blanca, se convirtió en una especie de héroe. Incluso logró hablar en un pueblo situado tres millas detrás del frente ruso. Era el cuartel general del VII Ejército.[22]

En vísperas de la ofensiva, Brusilov advirtió a Kérensky de sus crecientes dudas. Las tropas se negaban a desplazarse hasta el frente. Se habían producido docenas de motines en las guarniciones militares de la retaguardia e incluso cuando se trasladaban las unidades hacia las trincheras, tres de cada cuatro hombres solían desertar por el camino. Los soldados del frente también se habían amotinado cuando descubrieron lo que les esperaba. Brusilov se había visto obligado a disolver varias de sus unidades más dignas de confianza. En el V Ejército, en el frente norte, los soldados se negaron a obedecer órdenes y declararon que Lenin era la única autoridad que reconocerían: veintitrés mil de ellos tuvieron que ser trasladados a otras unidades o enviados a la retaguardia para comparecer ante un consejo de guerra. Pero Kérensky hizo caso omiso de todas las advertencias del jefe de su Ejército. «No prestó la más mínima atención a mis palabras —recordó Brusilov—, y desde ese momento en adelante, me di cuenta de que mi propia autoridad como comandante en jefe resultaba bastante inútil.»[23] Kérensky y sus otros colegas de gabinete habían tomado ya una decisión: la ofensiva iba a seguir adelante y no había lugar para dudas de última hora.

El 16 de junio empezó la ofensiva con un bombardeo de artillería pesada que duró dos días. Kérensky recorrió apresuradamente regimiento tras regimiento dando órdenes e intentando elevar la moral. El 18 de junio las tropas avanzaron, animadas por la visión de las trincheras alemanas abandonadas bajo fuego. El ataque principal tenía como objetivo Lvov, en el sur, mientras que se desencadenaban ofensivas de apoyo en los frentes oeste y norte. Durante dos

días continuó el avance. Se habían roto las líneas alemanas y se anunció un glorioso ¡TRIUNFO PARA LA LIBERTAD! en la prensa patriótica. Entonces, al tercer día, el avance se detuvo, los alemanes empezaron a contraatacar, y los rusos huyeron presa del pánico. Fue, en parte, un ejemplo de los habituales fallos militares: se habían enviado al combate unidades sin ametralladoras; soldados sin entrenamiento habían recibido órdenes de realizar maniobras complejas utilizando granadas de mano y acabaron lanzándolas sin sacar el perno de seguridad. Pero el motivo principal del fracaso fue la simple resistencia de los soldados a luchar. Tras haber avanzado dos millas, las tropas del frente sintieron que habían hecho su parte y se negaron a seguir avanzando más, mientras que los que se encontraban en segunda línea no quisieron reemplazarlas. De esta manera, el avance se detuvo y los hombres empezaron a huir. En sólo una noche, los batallones de choque del XI Ejército arrestaron a doce mil desertores cerca de la ciudad de Volochinsk. Muchos soldados apuntaron con los fusiles a sus oficiales en lugar de luchar contra el enemigo. La retirada degeneró en caos, y los soldados saquearon tiendas y almacenes, violaron a muchachas campesinas y asesinaron a judíos. El avance crucial hacia Lvov pronto se detuvo cuando las tropas descubrieron un gran almacén de alcohol en la población abandonada en Koniujy y se detuvieron allí para emborracharse. Para cuando estuvieron en condiciones de reanudar la lucha, tres días y una resaca más tarde, habían llegado los refuerzos enemigos, y los rusos, tras sufrir pérdidas considerables, se vieron obligados a retirarse.[24]

Entre semejante caos, incluso las tropas de choque tenían pocas posibilidades de éxito. El Batallón de la Muerte de Bochkareva se comportó mucho mejor que la mayoría. Las mujeres voluntarias perforaron las dos primeras líneas alemanas, seguidas por algunos de los acobardados reclutas masculinos. Pero entonces se vieron bajo un intenso fuego alemán. Las mujeres se dispersaron presa de la confusión, mientras que la mayoría de los hombres se quedaban en las trincheras alemanas, donde habían encontrado gran cantidad de licor y se estaban emborrachando. A pesar de la confusión que había a su alrededor, Bochkareva siguió combatiendo. En un momento dado se encontró con una de sus mujeres manteniendo relaciones sexuales con un soldado en un hoyo provocado por un proyectil de artillería. La atravesó de un bayonetazo, pero el soldado se escapó. Al final, con la mayoría de sus voluntarias muertas o heridas, incluso Bochkareva se vio obligada a retirarse.[25] La ofensiva había acabado. Fue la última de Rusia.

El fracaso de la ofensiva asestó un golpe mortal al Gobierno provisional y a la autoridad personal de sus dirigentes. Cientos de miles de soldados murieron. Se perdieron millones de hectáreas de territorio. Los dirigentes del Gobierno se lo habían jugado todo en la ofensiva, con la esperanza de poder aglutinar al país a su alrededor en la defensa nacional de la democracia. La coalición se había basado en esta esperanza; y se mantuvo mientras hubo una posibilidad de éxito militar. Pero cuando resultó evidente el fracaso de la ofensiva, la coalición se desmoronó.

Se veía venir desde hacía algún tiempo. Sólo Dios sabe lo que Lvov había soportado para mantener unido a su Gobierno por lo menos hasta el principio de la ofensiva. Después de la entrada de los socialistas en el Gabinete, la mayoría de los kadetes se había desplazado hacia la derecha. Habían renunciado a su vieja pretensión de estar «por encima de las clases» y acabaron asumiendo la defensa de los derechos de propiedad, de la disciplina militar, de la ley y el orden y del Imperio ruso contra las demandas de los nacionalistas. Todo esto los había situado en una creciente oposición a los socialistas, que se veían presionados por sus propios partidarios para que desplazaran la política del Gobierno más hacia la izquierda. Oficialmente, fue la cuestión de la autonomía ucraniana la que rompió la coalición y llevó al país a la crisis. Cuando la delegación gubernamental enviada a Kiev concedió una serie de derechos autónomos a la Rada el 2 de julio, tres ministros kadetes dimitieron en señal de protesta. Los kadetes eran contrarios a conceder cualquier cosa que fuera más allá de las libertades culturales a los pequeñorusos, e insistieron en que un acto semejante sólo podía realizarlo la Asamblea Constituyente. Las concesiones del 2 de julio fueron, por lo tanto, desde su punto de vista, ilegales, y, como dijo Miliukov, eran el equivalente a «trocear Rusia bajo el lema de la autodeterminación».[26] No obstante, la cuestión ucraniana sólo fue la gota que colmó el vaso. La ruptura de la coalición también la provocaron conflictos fundamentales acerca de las reformas sociales internas. El primero de ellos era el referente a la política agraria de Chernov, al que los kadetes acusaban de sancionar la revolución campesina, al conceder a los comités agrarios derechos temporales de control sobre las fincas de la clase acomodada. Después venía el problema de las huelgas militantes, de las que los kadetes culpaban a los mencheviques que controlaban el Ministerio de Trabajo. Las viejas divisiones de clase, que se

habían ocultado en interés de la ofensiva, parecían regresar con un deseo de venganza.

Para Lvov, el fracaso de esta «alianza nacional» fue una amarga decepción. Más que nadie, él había representado la esperanza liberal de unir al país. Como su figura emblemática, había simbolizado el ideal del Gobierno de llevar a cabo una labor constructiva en interés de la nación. La política de partidos era un territorio extraño para él, y se sintió cada vez más fuera de su elemento en los conflictos faccionales que acompañaron a las reuniones de su propio gabinete. «Me siento como un pedazo de madera a la deriva, abandonado en tierra por las olas revolucionarias», le dijo al general Kuropatkin, su antiguo amigo de la guerra japonesa. Maldecía tanto a los kadetes como a los socialistas por anteponer los intereses de clase y de partido a los de la nación en su conjunto. Los kadetes, según le dijo a su secretaria personal, se habían comportado como nacionalistas granrusos en relación con Ucrania; no podían ver que había que realizar algunas concesiones si se pretendía que el Estado se salvara. Pero estaba igualmente harto de los socialistas, partido que, según decía, estaba intentando imponer el programa del Sóviet al Gobierno provisional. La política de Chernov en relación con los comités agrarios le pareció, como terrateniente, nada menos que «un programa bolchevique de confiscación organizada». Desde su punto de vista, se estaban sacrificando los intereses generales del Estado en favor de los intereses particulares de partidos y de clases, y Rusia, como resultado, se estaba acercando a una guerra civil. Se sentía políticamente impotente, atrapado entre el fuego cruzado de la izquierda y de la derecha, y finalmente el 3 de julio decidió dimitir.[83*] «He llegado al final del camino —dijo a su secretaria—, y me temo que ha ocurrido lo mismo con mi variedad de liberalismo.» Más tarde esa noche, escribió a sus padres en un raro tono de oscuro presagio:

> Queridos padre y madre:
> Ya me quedó claro hace una semana aproximadamente que no había salida. Sin duda, el país está destinado a padecer una matanza generalizada, la hambruna, el hundimiento del frente, donde la mitad de los soldados perecerán, y la ruina de la población urbana. La herencia cultural de la nación, su gente y su civilización, serán destruidas. Ejércitos de emigrantes, después pequeños grupos y luego quizá nada más que individuos, recorrerán el país luchando entre ellos, primero con

> fusiles y después, sólo con palos. Yo no viviré para verlo, y espero que tampoco vosotros.[27]

Mientras escribía estas palabras proféticas, en medio de la crisis de julio, los bolcheviques se estaban preparando para un enfrentamiento decisivo con el Gobierno provisional.

II Un tono rojo más oscuro

En las vísperas del levantamiento de julio, el periodista Claude Anet guió a Joseph Noulens, el nuevo embajador francés, en un recorrido para que conociera la capital rusa. Desde la orilla opuesta del Neva, en el exterior de la embajada francesa, señaló el distrito de Vyborg, con sus chimeneas de las fábricas y cuarteles, y explicó que los bolcheviques reinaban allí como amos: «Si Lenin y Trotsky quieren tomar Petrogrado, no hay nada que pueda detenerlos». El embajador francés escuchaba atónito: «¿Cómo puede el Gobierno tolerar una situación así?», preguntó. «Pero ¿qué puede hacer? —contestó Anet—. Debe comprender que el Gobierno carece de poder salvo el moral, e incluso ese poder me parece muy débil.»[28]

El cuartel del I Regimiento de Ametralladoras fue, sin duda, el baluarte más amenazador del poder antigubernamental en el lado de Vyborg. Con diez mil hombres y mil ametralladoras, era con mucho la mayor unidad de la capital. La mayoría de sus soldados había sido expulsada por insubordinación de sus unidades en el frente y, como soldados militantes y con un alto nivel de instrucción, eran accesibles tanto a la propaganda de los bolcheviques como a la de los anarquistas. El cuartel improvisado del regimiento en el lado de Vyborg se encontraba entre las industrias metalúrgicas más propicias a la huelga de la capital, junto a la sede de los bolcheviques. Tan importante era para los bolcheviques que su organización militar tenía su propia celda especial en el regimiento.

El 20 de junio, el I Regimiento de Ametralladoras recibió la orden de enviar quinientas ametralladoras con sus servidores al frente, donde, según se le dijo, era desesperadamente necesario para apoyar la ofensiva. Desde la Revolución de

Febrero, ni una sola unidad de la guarnición de Petrogrado había sido trasladada al frente. Ésta había sido una de las condiciones impuestas por el Sóviet de Petrogrado para el establecimiento del Gobierno provisional. Los soldados creían que ellos «habían hecho la revolución» y que, por tanto, tenían derecho a permanecer en Petrogrado para defenderla contra una «contrarrevolución». El Gobierno provisional era muy consciente de que vivía a merced del cuarto de millón de tropas de la guarnición. Hasta ahora, no se había atrevido a intentar retirarlas de la capital. Pero en junio, la presencia de estos servidores de ametralladoras se había convertido en una amenaza importante para la existencia del Gobierno; y uno de los objetivos principales de la ofensiva era, sin duda, trasladarlos al frente. El ministro de Asuntos Exteriores, Tereshchenko, prácticamente lo reconoció ante el embajador británico cuando afirmó en junio que la ofensiva «nos permitirá tomar medidas contra la guarnición de Petrogrado, que es, con mucho, la peor y da un mal ejemplo a las otras»; mientras que Kérensky subrayó repetidamente que el objetivo de la ofensiva era restaurar el orden en la retaguardia.[29] Las notas personales de Lvov, descubiertas recientemente en los archivos rusos, confirman que durante mayo y junio el Gobierno estaba considerando seriamente trasladar la capital a Moscú.[30] Existían constantes rumores de que Petrogrado estaba a punto de ser entregada a los alemanes, y muchos miembros de las clases medias «patrióticas» rezaban, confiando que fueran ciertos (era un comentario habitual en las cenas el de que sólo el káiser podía restaurar el orden). Pero si el objetivo del Gobierno era utilizar la ofensiva como un pretexto para trasladar a los servidores de las ametralladoras, fue una manera muy torpe y estúpida de llevarlo a cabo. El Gobierno podía haber trasladado a retaguardia fácilmente a los servidores de ametralladoras, por ejemplo, a algún lugar retirado como la provincia de Tambov, con el pretexto de «defender a la revolución» allí. Al mandarlos al frente, y de esta manera incumplir las condiciones del Sóviet, otorgaron credibilidad a la afirmación de los soldados, expresada por los propagandistas bolcheviques y anarquistas de su regimiento, de que el Gobierno estaba utilizando la ofensiva para disolver la guarnición y que, por tanto, era «contrarrevolucionario». Desde la crisis de abril, los soldados vieron los esfuerzos del Gobierno por continuar la guerra con una suspicacia creciente (¿acaso esto no los convertía en «imperialistas»?), y en ese ambiente de desconfianza semejantes teorías conspiratorias resultaban persuasivas.

El 21 de junio, los servidores de ametralladoras resolvieron derrocar al

Gobierno provisional si continuaba con su amenaza de «disolver éste y otros regimientos revolucionarios» enviándolos al frente. Docenas de unidades de la guarnición que tenían órdenes de unirse a la ofensiva aprobaron resoluciones similares. La Organización Militar Bolchevique fomentaba la idea de un levantamiento armado, y de hecho se transformó en el estado mayor operativo para la conquista de la capital. Pero el Comité Central seguía exhortando a la moderación. Era el mismo conflicto político que había ocurrido el 10 de junio entre los dirigentes ultraizquierdistas del comité de Vyborg y de la organización militar entusiasmados con la idea de llegar al poder apoyados en la violencia de la vanguardia de Petrogrado, y los más cautos dirigentes nacionales del partido temerosos de que un levantamiento fallido pudiera dar lugar a una reacción antibolchevique en todo el país. Las provincias, dijeron, no estaban preparadas para una revolución socialista, y la toma prematura del poder en la capital probablemente tendría como resultado una guerra civil en la que el Petrogrado rojo, como la Comuna de París, sería vencida por las provincias. Así lo argumentó el mismo Lenin en la Conferencia de las Organizaciones Militares Bolcheviques el 20 de junio. Subrayó la necesidad de retrasar el levantamiento armado, resistiendo todas las provocaciones de los «contrarrevolucionarios», hasta que la ofensiva hubiera terminado y los bolcheviques hubieran obtenido una mayoría en el Sóviet:

> Un movimiento en falso por nuestra parte puede echar todo a perder [...]. Aunque ahora pudiéramos hacernos con el poder, es ingenuo pensar que seríamos capaces de retenerlo [...]. Incluso en los sóviets de ambas capitales, sin hablar ahora de los otros, somos una minoría insignificante [...]. Eso es un hecho básico, y determina el comportamiento de nuestro partido [...]. No debemos precipitar los acontecimientos. El tiempo corre a nuestro favor.[31]

Pero Lenin tenía poco control sobre sus lugartenientes. El 29 de junio partió rumbo a la dacha de campo de un amigo de Finlandia quejándose de dolores de cabeza y de fatiga. El control del partido se le escapaba de las manos, mientras la organización militar preparaba la insurrección. Los propagandistas bolcheviques y anarquistas urgían a los servidores de las ametralladoras para que salieran a las calles en una manifestación armada el 3 de julio. Un concierto del regimiento

celebrado en la Casa del Pueblo el día 2 para despedirse de los soldados que partían al frente se convirtió en una manifestación antigubernamental, en la que Trotsky y Lunacharsky (aunque formalmente, ninguno de los dos era todavía un bolchevique) pronunciaron un llamamiento en favor de la transferencia de todo el poder al Sóviet. Las tropas volvieron a su cuartel demasiado emocionadas para poder dormir. Pasaron la noche y la mañana siguiente debatiendo si unirse o no al levantamiento. Muchos se resistieron a salir en masa contra las órdenes del Sóviet. Pero otros se entusiasmaron con la idea de unirse al levantamiento, viendo en él su última oportunidad de resistir el llamamiento para ir al frente, o quizá simplemente la oportunidad, como proponía uno de sus lemas, de «¡sacudir a los *burzhoois!*». Eligieron un comité revolucionario provisional, encabezado por el bolchevique A. I. Semashko, de la organización militar, que asumió el mando del levantamiento, y enviaron emisarios para conseguir el apoyo del resto de las unidades de la guarnición, de las fábricas de Vyborg y de la base naval de Kronstadt.[32]

Durante la tarde, una gran masa gris de trabajadores y soldados se desplazó desde los distritos periféricos hacia el centro de la ciudad. Las calles volvieron a tener el aspecto de los Días de Febrero, aunque los ánimos eran mucho más siniestros y la composición de la multitud era más sólidamente proletaria. Los trajes de los ciudadanos de clase media, las barbas de los estudiantes y los sombreros de las simpatizantes femeninas, que habían resultado tan visibles en febrero, ya no iban a verse. Los manifestantes usaban consignas bolcheviques y en su mayoría iban armados; los soldados, con bayonetas caladas en los fusiles; los trabajadores, con cananas de la Guardia roja alrededor del pecho como si fueran bandidos latinoamericanos. Una gran parte de la multitud la formaban soldados mayores de cuarenta años que habían desfilado por la ciudad en varias ocasiones anteriores. Los manifestantes volcaron tranvías y situaron piquetes en varias esquinas. En uno de estos piquetes, en la esquina más de moda de la perspectiva Nevsky, los guardias rojos colocaron una ametralladora. Sus servidores pronto se aburrieron y se divirtieron disparando a los *burzhoois* que había en las calles y en las casas. Camiones y coches blindados recorrían la ciudad llenos de soldados disparando al aire. Grupos de hombres armados detenían a los automóviles que pasaban, hacían bajar a sus aterrorizados pasajeros y paseaban por las calles blandiendo sus bayonetas en todas direcciones. Un funcionario intentó evitar que los insurgentes le confiscaran el coche enseñándoles un permiso firmado por Kérensky. Pero los soldados se

rieron, afirmando (falsamente) que Kérensky ya había sido arrestado. «Te serviría lo mismo que nos enseñaras un permiso con la firma de Nicolás II.»[33]

A la multitud aún le faltaba guía o dirección. No sabía exactamente adónde tenía que ir, o por qué. No tenía más que un «estado de ánimo», lo que no era sufciente para hacer una revolución. Los propagandistas bolcheviques y anarquistas, que habían sacado a la calle al Ejército insurgente, fracasaron a la hora de fijar objetivos estratégicos. «La calle misma nos organizará», había afirmado el anarquista Bleichman. Se suponía que con una demostración de fuerza suficiente se conseguiría derrocar al Gobierno, y que las cuestiones detalladas del poder podían aplazarse. Ésa, después de todo, había sido la experiencia de los Días de Febrero.[34]

La mayor parte de la multitud se desplazaba hacia el Palacio de Táuride, como había hecho en febrero. Por el camino algunos se enzarzaron en refriegas a tiros con fuerzas monárquicas y derechistas. Olía a guerra civil. El edificio del Ayuntamiento, situado en la perspectiva Nevsky, fue escena de luchas especialmente sangrientas. El dirigente bolchevique Lunacharsky miraba aterrorizado desde el interior del edificio. «El movimiento se desarrolló espontáneamente —escribió a su esposa al día siguiente—. Los Cien Negros, gamberros, provocadores, anarquistas y gente desesperada introdujeron una porción considerable de caos y locura en la manifestación.» Al atardecer, una masa compacta de gente se había reunido delante del Palacio de Táuride. Los dirigentes del Sóviet estaban reunidos debatiendo la formación de un Gobierno socialista después del fracaso de la coalición, y la multitud, sin duda, esperaba presionarlos para que tomaran el poder. «¡Todo el poder a los sóviets!», llegaba el clamor desde la calle. La sección obrera del Sóviet actuó de portavoz de sus demandas. Esa misma tarde había sido tomada por los bolcheviques, que, aunque seguían siendo una minoría en la sección, habían aparecido como un organismo sólido en una sesión de emergencia convocada apresuradamente y, en un anuncio de lo que sería octubre, provocaron que mencheviques y eseristas abandonaran la sesión, aprobando una resolución de conformidad al llamamiento en favor de la entrega del poder al Sóviet. Se eligió una comisión especial para proporcionar una organización política a la multitud del exterior. Pero resultó ser bastante inefectiva (Sujanov, que pasó los Días de Julio en el Palacio de Táuride, no pudo recordar ninguna de sus actividades). La calle se vio, de esta manera, privada de cualquier verdadero poder sobre el Sóviet. Airados manifestantes pidieron el arresto de los dirigentes del Sóviet, que se habían «¡rendido a los terratenientes y

la burguesía!». Una delegación del I Regimiento de Ametralladoras le dijo a Chjeidze que «estaba preocupada por los rumores de que el Ejecutivo tenía intención de formar una nueva coalición con los capitalistas reaccionarios», y que «no consentiría semejante política» porque «ya había sufrido bastante». Algunos de los soldados penetraron en la Sala Catalina, donde contemplaron la discusión. Pero ninguno de ellos pensó en arrestar a los dirigentes del Sóviet, que no tenían ninguna protección. No había nadie para ordenarles que lo hicieran.[35]

Cuando oscureció, la multitud empezó a dispersarse. El levantamiento parecía haber terminado. Había rumores de que el Gobierno provisional ya había sido arrestado. Pero no había ocurrido nada semejante. Los restos del Gabinete se estaban reuniendo en el apartamento del príncipe Lvov. Sobre las diez de la noche, un grupo de trabajadores y soldados armados irrumpieron a la fuerza en él, donde anunciaron al portero que habían venido para arrestar a los ministros. Se ordenó a Tsereteli que negociara con ellos, pero antes de que llegara a la entrada, los insurgentes habían perdido el valor y se escaparon en su coche.[36]

Precisamente en este momento estaba reunido el Comité Central bolchevique en la mansión Kshesinskaya para decidir su política respecto al levantamiento. Aunque hasta entonces había favorecido la moderación, temeroso de arriesgar todo en un golpe prematuro, el movimiento parecía ya imparable. Los trabajadores y los soldados se habían apoderado prácticamente de la ciudad, los marineros de Kronstadt estaban en camino, y la gran mayoría de las bases bolcheviques se unían al levantamiento, dejando al margen al Comité Central. Poco antes de la medianoche, se acordó hacer un llamamiento para que se llevaran a cabo más manifestaciones al día siguiente. La portada de *Pravda*, que tenía que haber aparecido con un artículo de Kamenev y Zinoviev pidiendo moderación, tuvo que ser sustituida en el último momento y apareció por la mañana con un gran espacio en blanco. Se imprimieron y distribuyeron apresuradamente folletos en los que se hacía un llamamiento en favor de las manifestaciones «organizadas» y de un «nuevo poder» basado en el Sóviet. Mientras tanto, un mensajero del Comité Central se apresuró a marcharse en coche en dirección a Finlandia para llevar a Lenin de regreso a la capital.[37]

Las intenciones exactas de los dirigentes bolcheviques siempre han sido objeto de una feroz controversia. Algunos historiadores han sostenido que los bolcheviques planeaban derrocar al Gobierno provisional mediante la fuerza armada.

Por ejemplo, Richard Pipes afirma que el episodio de julio fue orquestado desde el principio por los dirigentes bolcheviques como una «toma del poder»; sólo cuando quedó de manifiesto el embarazoso fracaso del golpe buscaron ocultar sus intenciones, describiendo el levantamiento como una «manifestación espontánea que habían intentado dirigir hacia canales pacíficos». Esta última versión de los acontecimientos, como «una manifestación espontánea», fue el punto de vista uniforme entre los historiadores soviéticos. Fue apoyado por el erudito norteamericano Alexander Rabinowitch en su relato clásico de los Días de Julio. Según Rabinowitch, el Comité Central sólo se unió al levantamiento por la presión de las bases, y nunca tuvo la intención de dejar que fuera más que una demostración de fuerza para presionar al Sóviet a fin de que tomara el poder.[38]

La única prueba para apoyar la tesis del «golpe fallido» procede de las memorias de Sujanov, escritas en 1920. Sujanov afirmó que el 7 de julio Lunacharsky le había dicho que, en la noche del 3 al 4 julio,

> Lenin estaba planeando, definitivamente, un *coup d'État.* El Gobierno, que, de hecho, estaría en manos del Comité Central bolchevique, estaría oficialmente personificado en un gabinete del Sóviet compuesto por eminentes y populares bolcheviques. Mientras tanto, se nombrarían tres ministros: Lenin, Trotsky y Lunacharsky [...]. El *coup d'État* mismo se produciría de la manera siguiente: El CLXXVI regimiento[...] de Krasnoe Selo[84*] debía arrestar a la ejecutiva [del Sóviet], y aproximadamente en ese momento, Lenin llegaría al escenario de la acción y proclamaría el nuevo Gobierno.

El propio Sujanov fue el primero en reconocer que «algunos hechos elementales» contradecían esta versión; concretamente, el fracaso de los bolcheviques en llevar a cabo su toma de poder el 4 de julio, cuando había buenas oportunidades de hacerlo. A la vista de las pruebas, lo que sí parece claro es que el Comité Central tenía cualquier cosa menos un plan concreto. De una manera subestimada por todos los historiadores, los acontecimientos del 4 de julio se caracterizaron por una confusión casi total. Los dirigentes bolcheviques improvisaban a medida que se sucedían los acontecimientos. La manifestación masiva del 3 de julio los había cogido desprevenidos, con su dirigente de

vacaciones en Finlandia. No sabían si debían aprovechar la manifestación para derrocar al Gobierno provisional o intentar limitarla a una manifestación política para presionar a los dirigentes soviéticos a fin de que ellos mismos tomaran el poder. Cuando regresó Lenin, a primeras horas de la mañana, los bolcheviques le acosaron para que respondiera a la cuestión. Según Kalinin, la táctica de Lenin era «esperar a ver lo que ocurría», dejando abierta la opción de «lanzar a los regimientos al combate si la correlación de fuerzas se mostraba favorable». Esto podría haber sido así. Pero el dirigente bolchevique se mostró absolutamente incapaz de decidir si había llegado el momento. Zinoviev, que pasó todo el día 4 a su lado, recordó a un Lenin completamente paralizado por la indecisión. Seguía preguntándose si ésa era la ocasión para «intentar tomar el poder».[39] A lo largo de las horas críticas del levantamiento, los dirigentes bolcheviques continuaron indecisos, esperando a ver qué ocurría. No obstante, la parte organizada de la multitud, que había sido arrastrada por las organizaciones bolcheviques locales, no tomó el poder sin recibir instrucciones específicas. Debido a esta confusión, las manifestaciones parecieron tan pésimamente organizadas como un intento de golpe, y acabaron en un fracaso.

El martes, 4 de julio, empezó con un silencio extraño sobre la ciudad. Espesos nubarrones de tormenta se cernían a escasa altura sobre la ciudad, y el río aparecía oscuro y triste. Las tiendas estaban cerradas y las calles desiertas, indicio seguro de que algo se estaba tramando en los barrios obreros. A media mañana, el centro de la ciudad estaba de nuevo tomado por una multitud de trabajadores y soldados. Mientras tanto, una flotilla de remolcadores, barcos de arrastre, barcazas y cañoneras de la base naval de Kronstadt atracó cerca del puente Nikolaevsky: veinte mil marineros desembarcaron, armados hasta los dientes con fusiles y revólveres, junto con sus propios equipos médicos y varias bandas militares. Era, sin duda, el arma principal de los bolcheviques, si es que planeaban tomar el poder. Los marineros deseaban luchar contra el Gobierno provisional. Desde febrero, venían intentando organizar en Kronstadt su propia versión semianarquista del poder soviético. Raskolnikov, el dirigente bolchevique de los marineros, dijo que habían ido a Petrogrado preparados «para convertir en cualquier momento la manifestación en un levantamiento armado». No obstante, era obvio que los marineros no tenían un plan estratégico (y sólo una idea vaga de lo que iban a hacer una vez que hubieran desembarcado). Bernard Pares, que estaba allí, pensaba que la mayoría de ellos estaban de vacaciones para pasear por las calles con sus chicas, a las que se vio con

frecuencia durante los Días de Julio. «Se veían por todas partes marineros con señoritas con tacones altos y ligeras de ropa.»[40]

Buscando dirigentes, los marineros de Kronstadt emprendieron la marcha hacia el cuartel general de los bolcheviques. Dirigidos por sus bandas, que tocaban *La Internacional*, marcharon en filas armadas a lo largo del Terraplén de la Universidad, pasaron la Bolsa y atravesaron el Parque Alejandro hasta la mansión Kshesinskaya, donde se reunieron delante del balcón a la espera de recibir instrucciones de Lenin. Pero el dirigente bolchevique no sabía hacia dónde dirigirlos. En ese momento, le hubiera bastado dar la orden y los marineros se habrían dirigido inmediatamente al Táuride, habrían arrestado a los dirigentes del Sóviet y a los ministros del Gabinete y habrían proclamado el poder del Sóviet. Pero Lenin dudaba (algo inusual en él); no quería hablar, y cuando al final le persuadieron para que apareciera en el balcón, pronunció un discurso ambiguo, que no duró más de unos segundos, en el que expresó su confianza en la llegada del poder del Sóviet; pero dejó a los marineros sin órdenes sobre la manera de llevarlo a cabo. Ni siquiera dejó claro si quería que la multitud siguiera con la manifestación, y, según los que estuvieron con él en ese momento, ni siquiera lo sabía él mismo.[41]

Este sería el último discurso público de Lenin hasta la toma de poder en octubre. Fue un momento revelador, uno de los pocos en su larga vida política en que se enfrentó con la tarea de dirigir a una multitud revolucionaria que estaba ante él. Otros dirigentes bolcheviques sabían cómo tratar con la multitud mucho mejor porque las apariciones públicas de Lenin habían estado limitadas mayoritariamente a la sala del Congreso. Según su esposa, se ponía muy nervioso cuando se veía obligado a dirigirse a una reunión de masas.[42] Quizás en este momento decisivo, ante la energía bruta de la calle, Lenin perdió el valor. En realidad, ¿qué podía decir? Sin duda, no podía permitirse hablar a sabiendas de que, incluso si los bolcheviques se apoderaban de Petrogrado, seguirían enfrentándose con la oposición del resto de Rusia. Su actitud dubitativa fue crucial a la hora de decidir el destino del levantamiento de julio.

Confusos y decepcionados por la falta de un llamamiento claro para que empezara la insurrección, los de Kronstadt emprendieron la marcha hacia el Palacio de Táuride, donde ya se estaban reuniendo miles de trabajadores armados y soldados. En la perspectiva Nevsky, se unieron a otra vasta multitud de trabajadores de la planta Putilov, quizás unos veinte mil en total. Los petrogradenses de clase media que paseaban por la perspectiva contemplaban

horrorizados las grises filas. De repente, cuando la columna entró en la Liteiny, se oyeron disparos de los cosacos y de los cadetes desde los tejados y las ventanas superiores de los edificios, lo que hizo que los manifestantes se dispersaran presa del pánico. Algunos de los manifestantes devolvieron los tiros, disparando sin apuntar en todas las direcciones, puesto que no sabían dónde se escondían los francotiradores. Docenas de sus camaradas murieron o fueron heridos por sus propias balas perdidas. El resto abandonó sus fusiles y banderas y empezó a echar abajo las puertas y las ventanas de las casas. Cuando terminaron los disparos, los dirigentes de la manifestación intentaron restaurar el orden, reestructurando las filas y emprendiendo la marcha al son de una alegre melodía tocada por las bandas militares. Pero el equilibrio de la multitud se había venido abajo y mientras pasaban por las opulentas calles residenciales, acercándose al Palacio de Táuride, las columnas se convirtieron en una turba caótica, que disparó salvajemente contra las ventanas, que apaleó a los transeúntes bien vestidos y que saqueó tiendas y casas. A las cuatro de la mañana, había cientos de personas heridas o asesinadas, y caballos muertos por doquier, y las calles estaban cubiertas de fusiles, sombreros, paraguas y estandartes. Gorky, que fue testigo de estas terribles escenas, apesadumbrado, escribió posteriormente a Ekaterina:

> Lo peor era la multitud, los ignorantes, el «obrero» y el soldado, que, de hecho, no es más que un bruto, un cobarde y un descerebrado, sin un mínimo de respeto por sí mismo y que no comprende por qué está en la calle, para qué se le necesita, o quién le guía y adónde. Compañías enteras de soldados tiraron los fusiles y estandartes cuando empezaron los disparos y rompieron los escaparates y las puertas de las tiendas. ¿Es éste el Ejército revolucionario de un pueblo libre?
>
> Está claro que la multitud no tenía la más mínima idea de lo que estaba haciendo en la calle; era todo una pesadilla. Nadie conocía los objetivos del levantamiento o a sus dirigentes. ¿Había acaso dirigentes? Lo dudo. Trotsky, Lunacharsky y *tuttigrandi* balbucearon cualquier cosa, pero todo se perdió ante el estado de ánimo de la multitud.[43]

Con cincuenta mil hombres armados y coléricos rodeando el Palacio de Táuride, no había nada que pudiera evitar un *coup d'État* bolchevique. V. S.

Woytinsky, que estaba encargado de defender el palacio, disponía sólo de dieciocho soldados del Regimiento Pavlovsky. No había ni siquiera suficientes soldados para vigilar la entrada del edificio, así que Woytinsky utilizó el engaño, situando a todos sus hombres en las grandes ventanas francesas que cubrían la fachada del palacio para dar la impresión de que estaba defendido adecuadamente. A los dirigentes soviéticos que se encontraban en el interior del palacio, debatiendo la cuestión del poder, les pareció «completamente obvio» que estaban a punto de ser objeto de un asalto. «En cualquier momento —recordó el menchevique Bogdanov— las turbas armadas podían haber entrado a la fuerza, y destrozado el Palacio de Táuride, y nos podían haber arrestado o asesinado a tiros si nos negábamos a asumir el poder.»[44] El Gobierno provisional, o lo que quedaba de él, estaba igualmente indefenso. Durante la mañana, los ministros del Gabinete habían buscado refugio en el edificio del estado mayor, enfrente del Palacio de Invierno. Aparte de unas docenas de cosacos, no había fuerzas disponibles para defenderlos. Kérensky había escapado al frente, dejando la estación de Varsovia sólo minutos antes de que sus perseguidores bolcheviques llegaran allí. El Palacio Marinsky, sede del poder gubernamental, quedó libre para su captura. Los puntos estratégicos de la ciudad (los arsenales, la central telefónica, los almacenes de suministros y las estaciones de ferrocarriles) carecían de defensas. Con una sola orden de Lenin, los insurgentes podrían haberlos tomado fácilmente en un primer paso hacia la conquista del poder.

Pero esa orden no llegó, y la multitud delante del Palacio de Táuride, no estando muy segura de lo que debía hacer, pronto perdió toda su organización. La mano de Dios, en forma de tiempo, también contribuyó al fracaso del levantamiento. A las cinco de la tarde, los nubarrones se rompieron finalmente y se produjo una tormenta torrencial. La mayoría de la multitud corrió para ponerse a cubierto, y no se molestó en volver. Pero los elementos revoltosos se quedaron. Quizá por estar calados por la lluvia, perdieron el control y empezaron a disparar salvajemente contra el Palacio de Táuride, lo que provocó que el resto de la multitud empezara gritar y a correr en estampida presa del pánico; docenas de personas fueron aplastadas. Algunos marineros empezaron a entrar en el palacio a través de las ventanas abiertas. Llamaron a los ministros socialistas para que salieran y explicaran su resistencia a asumir el poder. Chernov fue enviado a calmar a la multitud, pero en cuanto apareció en las escaleras, se oyeron gritos airados procedentes de los marineros. La multitud se acercó y le

agarró, registrándole para comprobar si llevaba armas. Un trabajador levantó el puño y le gritó enfadado: «¡Toma el poder, hijo de perra, cuando te lo dan!». Varios hombres armados metieron al dirigente eserista en un coche. Le comunicaron que se encontraba bajo arresto y que no le iban a liberar hasta que el Sóviet tomara el poder. Chernov había adelantado a su viejo rival, Kérensky: se había convertido en el auténtico «rehén de la democracia».

Un grupo de trabajadores entró por la fuerza en la Sala Catalina e interrumpió la sesión: «¡El camarada Chernov ha sido arrestado por la multitud! ¡Le están despedazando ahora mismo! ¡Rescatémosle! ¡Todos a la calle!». Chjeidze propuso que Kamenev, Martov y Trotsky fueran enviados a rescatar al ministro. Pero Trotsky fue el primero en llegar. Abriéndose camino a empujones a través del caos de la multitud, se dirigió hacia el coche, donde un aterrorizado Chernov, despeinado y sin sombrero, estaba sentado bajo arresto en el asiento trasero, y se subió al capó. Toda la gente de Kronstadt conocía a Trotsky y esperaba sus instrucciones. Si los bolcheviques habían planeado tomar el poder, éste fue, seguramente, el momento de impulsar a los marineros para que asaltaran el Táuride, arrestaran a los dirigentes del Sóviet y nombraran un Gobierno socialista. Raskolnikov, que estaba junto a Trotsky, preguntó a los captores de Chernov adónde pensaban llevar a su rehén. «No lo sabemos —contestaron—. Donde quieras, camarada Raskolnikov. Está a tu disposición.» Pero Trotsky les dijo que soltaran a Chernov. «¡Camaradas de Kronstadt, orgullo y gloria de la Revolución rusa! —empezó a decir con su clara y metálica voz—; habéis venido para exponer vuestros deseos y demostrar al Sóviet que la clase trabajadora ya no quiere ver a la burguesía en el poder. Pero, ¿por qué perjudicar a vuestra propia causa con insignificantes actos de violencia dirigidos contra simples individuos? Los individuos no merecen vuestra atención.» Los marineros gritaron irritados a Trotsky: no podían entender por qué había que soltar a Chernov si el objetivo de su misión era derrocar al Gobierno. Pero no sabiendo qué hacer sin dirección, permitieron con pesar que el ministro fuera liberado. «Ciudadano Chernov, eres libre», declaró el camarada Trotsky, abriendo la puerta del coche e indicándole que saliera. Chernov estaba medio muerto y obviamente no comprendía lo que le estaba ocurriendo. Le tuvieron que ayudar a salir del coche y llevarlo, como a un débil anciano, de regreso al Palacio de Táuride.[45] Había pasado un momento crítico, uno de los más famosos en la historia de la revolución, y con él también había pasado la iniciativa para tomar el poder.

Según el relato que hizo Sujanov de su conversación con Lunacharsky, la clave del «plan» bolchevique para la toma del poder era el CLXXVI Regimiento de Krasnoe Selo. Se suponía que al llegar al Palacio de Táuride, arrestaría a los dirigentes del Sóviet. Los soldados estaban cansados y empapados por la lluvia. Con las mochilas y los abrigos sobre los hombros, con los platos de campaña y las cacerolas sonando cuando andaban, se instalaron en el patio delantero del palacio y empezaron a deshacer su equipaje mojado y a preparar sus fusiles. No tenían ni la más mínima idea de qué era lo que tenían que hacer, y sólo sabían que habían sido llamados para «defender la revolución». Pero ¿dónde estaban sus dirigentes? Un ofcial y seis hombres subieron las escaleras del Táuride y pidieron ver a alguien del Sóviet. El menchevique Dan salió a saludarlos. No sabía lo que era el regimiento, o por qué había venido al palacio, pero pronto le encontró una utilidad. Los soldados «insurrectos» fueron apostados como centinelas en varios puntos del edificio para proteger a los dirigentes del Sóviet contra la insurrección.[46] Tras haber venido para manifestarse contra los dirigentes del Sóviet, acabaron defendiéndolos contra los manifestantes. Tales cosas ocurren en una revolución, cuando la multitud no conoce a sus dirigentes.

A partir de ese momento, la insurrección había terminado efectivamente. Por su cuenta, la multitud era incapaz de llevar a cabo el cambio político. Los dirigentes soviéticos, al discutir la cuestión de si debían asumir el poder, se empeñaron todavía más en no verse obligados a hacerlo mediante la presión de la multitud que se había echado a la calle. «La decisión de la democracia revolucionaria no se puede dictar con las bayonetas», declaró Tsereteli.[47] Una vez que el Sóviet había resuelto no tomar el poder, no había nada que la multitud pudiera hacer. No sabía cómo obligar a los dirigentes del Sóviet a cambiar de opinión, o cómo completar una revolución soviética sin ellos. Si los dirigentes del Sóviet se negaban a tomar el poder, ¿cómo podían dar «todo el poder al Sóviet»?

Un último acontecimiento de ese día simbolizó la impotencia de la multitud. Sobre las siete de la tarde, un grupo de trabajadores armados y encolerizados de la planta Putilov entró de repente en la Sala Catalina. Los diputados soviéticos saltaron de sus asientos. Algunos se tiraron al suelo presa del pánico. Uno de los trabajadores, un «*sans culotte* clásico» vestido con una blusa y una gorra de fábrica de color azul, subió al estrado de los oradores. Agitando el fusil en el aire, gritó incoherentemente a los diputados:

> ¡Camaradas! ¿Cuánto tiempo más debemos los trabajadores soportar la traición? Estáis todos aquí discutiendo y haciendo tratos con los burgueses y los terratenientes [...]. Estáis ocupados traicionando a la clase obrera. Bien, ¡debéis comprender que la clase obrera no lo va a tolerar! Vamos a salirnos con la nuestra. ¡Todo el poder a los Sóviets! ¡Tenemos los fusiles en la mano! ¡Vuestros Kérenskys y Tseretelis no nos van a engañar!

Chjeidze, el presidente del Sóviet, estaba sentado junto al trabajador histérico. Tranquilamente, se inclinó y le puso una hoja de papel en la mano. Era un manifiesto, impreso la noche anterior, en el cual se decía que los manifestantes debían volver a sus casas, o serían condenados por traicionar a la revolución. «Ten, por favor, toma esto, camarada —le dijo Chjeidze en un tono imperioso—. Aquí dice lo que tú y tus camaradas de Putilov deberíais hacer. Por favor, léelo con atención y no interrumpas nuestro trabajo.»[48] El trabajador, confuso y sin saber qué hacer, cogió el manifiesto y abandonó la sala con el resto de los trabajadores de Putilov. Sin duda, en su profunda humillación estaba lleno de ira y frustración; no obstante, carecía de poder para resistir, no porque le faltaran las armas, sino porque le faltaba la voluntad. Los siglos de servidumbre y subordinación no le habían preparado para oponerse a sus amos políticos, y ahí estaba la tragedia del pueblo ruso. Ésa fue una de las mejores escenas de toda la revolución, uno de esos raros momentos de la historia en que las relaciones ocultas del poder salen a la luz por encima de la superficie de los acontecimientos y aclaran el curso más amplio de los episodios.

Cuando llegó la noche, la multitud se dispersó. La mayoría de sus componentes volvieron, mojados y abatidos, a sus casas, a los barrios obreros y a los cuarteles. Los marineros de Kronstadt pasearon por la ciudad sin saber adónde ir. A lo largo de la noche, las opulentas calles residenciales sonaron con los ruidos de ventanas rotas, disparos esporádicos y gritos; los últimos supervivientes del levantamiento fracasado desfogaron su ira en actos de saqueo y violencia contra los *burzhoois*. El cuartel general de Petrogrado se vio inundado de llamadas telefónicas de tenderos, banqueros y amas de casa aterrorizados. En un último acto de desafío, dos mil vecinos de Kronstadt asaltaron y tomaron la fortaleza de San Pedro y San Pablo. No sabían qué hacer con la fortaleza conquistada; sólo era un símbolo del antiguo régimen cuya

captura como último rehén del levantamiento parecía una buena idea. Los marineros durmieron en las celdas vacías de la cárcel, y al día siguiente aceptaron abandonarla a condición de que se les permitiera volver a Kronstadt conservando todas sus armas.[49]

A esas alturas, las tropas leales estaban acudiendo en masa para defender el Palacio de Táuride. El regimiento Izmailovsky fue el primero en llegar, en la tarde del día 4, e interpretó una *Marsellesa* estruendosa ejecutada por su banda militar, como si fuera una respuesta a *La Internacional* de los de Kronstadt. Al oír que se acercaba, los dirigentes del Sóviet se abrazaron con lágrimas de alivio: el sitio del Palacio de Táuride había terminado finalmente. Agarrados del brazo, rompieron a cantar, espontáneamente, la conmovedora estrofa de *Aux armes, citoyens.*[85*] Fue, como Martov murmuró encolerizado, una «escena clásica del principio de una contra-revolución».[50]

Como la mayoría de las tropas leales, el Regimiento Izmailovsky se había vuelto en contra de los bolcheviques después de leer los folletos distribuidos esa noche por el ministro de Justicia, Pereverzev, donde los acusaba de ser agentes alemanes. Al día siguiente, 5 de julio, la prensa derechista estaba llena de supuestas «pruebas» que apoyaban esta afirmación. Gran parte de éstas se basaba en el dudoso testimonio de cierto teniente Yermolenko, que afirmaba haber sido informado por los alemanes, siendo prisionero de guerra, de que Lenin trabajaba para ellos. No cabe duda de que los alemanes habían financiado al partido bolchevique; el Gobierno provisional lo sabía desde abril. Pero esto no demostraba la afirmación de Pereverzev, todavía repetida por muchos historiadores, de que los bolcheviques fueran agentes alemanes. Por una parte, la cantidad real de la financiación alemana no era muy importante, dados los problemas financieros del partido durante el verano; y por otra parte, no hay evidencia de que los bolcheviques planearan su política para que encajara con la de Berlín. No obstante, la publicación en determinado momento de estas acusaciones tuvo un efecto explosivo, e hizo que muchos soldados se volvieran en contra de los bolcheviques. Siguiendo órdenes de Pereverzev, un importante destacamento de cadetes del Ejército saqueó las oficinas de *Pravda* al amanecer del 5 de julio. No encontraron a Lenin porque unos pocos minutos antes de su entrada se había ido al primero de sus escondites anteriores a octubre, el piso del obrero bolchevique Serguei Alliluyev.[86*] [51]

Lenin había recibido aviso de las acusaciones de traición gracias a un contacto secreto con el que contaba en el Ministerio de Justicia. Esperando mitigar la

reacción xenófoba que seguramente tendría lugar a continuación, realizó un llamamiento para poner fin a las manifestaciones en un artículo publicado en la contraportada de *Pravda*. Pero ya era demasiado tarde. En la mañana del día 5, la histeria antibolchevique se apoderó de la capital. Los periódicos derechistas exigieron a gritos la sangre bolchevique, culpando inmediatamente a los «agentes alemanes» de los contratiempos en el frente. Parecía evidente que los bolcheviques habían planeado su alzamiento para que coincidiera con el avance alemán. El general Polovtsov, responsable de la represión en su calidad de jefe del distrito militar de Petrogrado, reconoció más tarde que el acoso de los bolcheviques presentaba «una fuerte tendencia antisemita»; pero de la manera usual en que los rusos de su clase justificaban las persecuciones antisemitas, responsabilizó a «los mismos judíos, porque entre los dirigentes bolcheviques su porcentaje era poco menos de un ciento por ciento. A los soldados les empezaba a molestar ver que los judíos lo dirigían todo, y los comentarios que yo escuchaba en el cuartel confirmaron lo que pensaban los soldados al respecto».[52]

A primera hora de la mañana del 6 de julio, una masiva agrupación de tropas legitimistas, con ocho coches blindados y varias baterias de artillería pesada, avanzó para liberar la mansión Kshesinskaya. Entre toda la histeria antibolchevique, se produjo una indignación en la prensa derechista ante la idea de que los sucios trabajadores y soldados bolcheviques revolvieran el terciopelo y las sedas del tocador de Kshesinskaya. No se disparó un solo tiro en la reconquista de la antigua mansión de la bailarina. Los quinientos bolcheviques que todavía seguían en su interior se rindieron sin oponer resistencia, a pesar de la gran cantidad de armas que tenían a su disposición. Los dirigentes bolcheviques habían estado demasiado ocupados quemando los archivos del partido para organizar la resistencia.[53]

Más tarde, ese mismo día, Pereverzev ordenó el arresto de Lenin, junto con el de otros once dirigentes bolcheviques. Todos fueron acusados de alta traición. La mayoría no se ocultó, se arriesgó al arresto, y, en algunos casos, incluso se entregó. Pero Lenin huyó y pasó a la clandestinidad; primero, escondiéndose en varias casas francas en la capital y después, el 9 de julio, junto con Zinoviev, viajando por el campo para llegar a Finlandia. Lenin se cortó la barba y se puso una blusa y una gorra de obrero para disfrazarse. Durante los días siguientes, buscándolo se registraron docenas de casas en la capital. Incluso se registró el piso de Gorky. Un total de unos ochocientos bolcheviques fueron encarcelados, entre los cuales estaban Kamenev, Lunacharsky, Kollontai y Trotsky, este último

sin ser todavía miembro del partido, aunque había declarado su compromiso con él.[54] La fortaleza de San Pedro y San Pablo, cuyas celdas habían estado vacías desde la Revolución de Febrero, de nuevo empezaron a poblarse de «políticos».

En el viaje de Lenin hacia el páramo del norte, le debió de parecer que la causa bolchevique estaba acabada. Antes de abandonar la capital, había entregado a Kamenev el manuscrito de lo que más tarde sería *El Estado y la Revolución,* con instrucciones para que fuera publicado en el caso de morir él. Lenin siempre tendía a sobreestimar el peligro físico en relación consigo mismo: a este respecto, era algo cobarde. No se puede decir que en ningún momento su vida corriera riesgo directo durante su verano de huida: incluso hubo un tiempo en que se alojó con el jefe de policía de Helsingfors, simpatizante bolchevique. Después de la muerte de Lenin, en la época de culto a su persona, se contarían historias fantásticas acerca de su valentía demostrada en innumerables y peligrosas huidas de la policía. Pero ninguna de esas historias era cierta. Durante el verano tuvo lugar un incidente verdadero, aunque no se puede decir que fuera un testimonio del valor de Lenin, en un pueblo cerca de Sestoretsk, en el golfo de Finlandia, donde Lenin y Zinoviev pasaron varias semanas durmiendo en el henil de un trabajador del partido. Un día vieron acercarse a dos hombres armados, y supusieron que era la policía que venía a arrestarlos. Los dos dirigentes de la revolución mundial se lanzaron al heno para protegerse. «Lo único que se puede hacer ahora —susurró Lenin a Zinoviev— es tener una muerte honrosa.» No obstante, los extraños pasaron de largo; resultó que estaban cazando patos.[55]

No obstante, dado el enfervorizado ambiente antibolchevique, no es difícil comprender por qué Lenin estaba tan preocupado por su seguridad personal. Era la época de los linchamientos, y la prensa estaba llena de caricaturas de Lenin en el patíbulo. Algunos dirigentes bolcheviques, Kamenev en particular, querían que Lenin se entregara y fuera juzgado. Pensaban que podría usar su presencia en los tribunales para rechazar las acusaciones de traición y denunciar a las autoridades. Al huir al extranjero, argumentaban, se arriesgaba a que los trabajadores sospecharan que tenía algo que ocultar. Además, existía una larga tradición de socialistas haciendo propaganda desde el banquillo: Trotsky lo había hecho bastante brillantemente en 1906, y el propio hermano de Lenin lo había hecho durante su proceso en 1887. Pero Lenin no era la clase de hombre dispuesto a representar el papel de mártir revolucionario; su vida era demasiado importante para eso. Desde su punto de vista, no se trataba de tener un juicio

justo (eso, dijo él, era una «ilusión constitucional»), puesto que el imperio de la ley había quedado en suspenso y el Estado mismo había sido tomado por la «contrarrevolución». «No es cuestión de "los tribunales", sino un episodio de la guerra civil.» Subyaciendo en esto había un cambio fundamental en el pensamiento de Lenin que tendría consecuencias importantes. Desde las Tesis de Abril había aceptado la necesidad de basar el trabajo del partido en medios pacíficos o políticos. Pero como consecuencia de los Días de Julio, cuando, según él, el Estado había sido tomado por «la dictadura militar», se desplazó hacia la idea de un alzamiento armado para tomar el poder.[56] El hecho de que Lenin se negara a comparecer ante los tribunales fue, de hecho, su propia declaración de guerra civil.

Los dirigentes del Sóviet temían, igualmente, una reacción de la derecha y, aunque denunciaron el alzamiento de julio y el papel que los bolcheviques habían representado en él, también se inclinaron por defenderlos contra las medidas punitivas del Gobierno. Gorky resumió el 10 de julio las opiniones ambivalentes de la *intelligentsia* revolucionaria en una carta a Ekaterina:

> Conocerás por los periódicos las atrocidades que han ocurrido aquí. Mi propia, inmediata impresión de ellas es inmensamente difícil de expresar en palabras. Lo que ha ocurrido y lo que está ocurriendo ahora es repugnantemente estúpido, cobarde y brutal. Pero es un error suponer que toda la culpa se les puede echar a «los bolcheviques» y a esos supuestos agentes alemanes, que sin duda no participaron en los acontecimientos. A quien hay que culpar de provocar dificultades aquí es a los kadetes, junto con los ignorantes de siempre, y, en general, a toda la masa de San Petersburgo. No intento defender a «los bolcheviques»; ellos mismos saben que no hay justificación para lo que han hecho [...].
>
> El bolchevismo de las emociones, que jugaba con los oscuros instintos de las masas, está herido de muerte, y eso es bueno. Pero la democracia, Inglaterra, Francia y Alemania, pueden considerar la derrota de los bolcheviques como la derrota de toda la revolución, y eso es pésimo, porque va a desinflar los ánimos revolucionarios en Occidente y a prolongar interminablemente la guerra [...]. Me temo que Lenin ha llegado a un estúpido final. Él, por supuesto, no es demasiado malo, pero sus camaradas más íntimos, según parece, son unas sabandijas y unos

> canallas de verdad. Todos han sido arrestados. Ahora la prensa burguesa está detrás de *Novaia zhizn'*, y probablemente conseguirá que se cierre, y después, la campaña empezará contra ti y tus eseristas. La contrarrevolución ya no es ninguna intención frívola, sino un hecho. Los kadetes son los que la dirigen, personas acostumbradas a la intriga y que no se avergüenzan de utilizar tales medios de lucha.[57]

La ejecutiva del Sóviet protestó contra el arresto de los dirigentes bolcheviques y calificó las acusaciones de traición dirigidas contra ellos de calumnias de los Cien Negros, cuya finalidad era dividir la democracia revolucionaria. Las viejas tradiciones de camaradería, según las cuales «¡no existían enemigos en la izquierda!», no murieron fácilmente. La mayoría de los dirigentes soviéticos seguía viendo a los bolcheviques como «camaradas». Estaban de acuerdo en que la caza de brujas contra ellos implicaba el peligro de conducir a una reacción derechista contra todos los socialistas en general. *Novaia zhizn'* lo expresó así: «Hoy acusan a los bolcheviques; mañana plantearán sospechas respecto al Sóviet, y después declararán una guerra santa en contra de la revolución».[58] Los mencheviques de izquierdas, muchos de los cuales seguían abrigando esperanzas de volver a unir su partido con los bolcheviques, fueron especialmente constantes en su oposición a la represión del Gobierno; y fue principalmente debido a sus esfuerzos por lo que el juicio y la comisión públicos establecidos para examinar las acusaciones de traición perdieron su fuerza y fracasaron. Fue eso, más que cualquier otra cosa, lo que aseguró la supervivencia de los bolcheviques. Debido a la resistencia de los dirigentes del Sóviet a cortar sus lazos con ellos, se había perdido una importante oportunidad para acabar con la amenaza leninista de una vez por todas. Doce meses más tarde, cuando muchos de estos mismos dirigentes se vieron internados en cárceles bolcheviques, llegaron a lamentarlo.

Los dirigentes del Sóviet, al optar por cerrar filas con los bolcheviques, sin duda habían reaccionado de manera desmedida ante la amenaza de una «contrarrevolución». Igual que en febrero, habían contemplado la realidad a través del prisma distorsionador de la historia: las sombras de 1849 y 1906 habían oscurecido su visión. Fue, en parte, el mismo miedo a la contrarrevolución lo que también les impidió, igual que en febrero, tomar el poder ellos mismos. Esto también resultaría ser un error fatal, porque sólo un

Gobierno soviético podía haber llenado el vacío de poder dejado por el fracaso de la coalición. Es cierto que podría no haber conseguido la paz, el pan o la tierra; y quizá tampoco habría podido terminar con el caos y la violencia crecientes en el país; pero, por lo menos, habría impedido que los bolcheviques tuvieran la oportunidad de reunir un apoyo masivo bajo el lema de «¡todo el poder a los sóviets!». Durante los Días de Julio, las calles habían suplicado a los dirigentes del Sóviet que tomaran el poder. No obstante, estos últimos habían descartado tranquilamente esta posibilidad como simple demagogia bolchevique. No se les ocurrió que tales llamamientos pudieran expresar los deseos del resto de la democracia. Después de todo, como sus dirigentes nombrados por sí mismos, ¿no era tarea suya decidirlo? «He estado en provincias y en el frente —aseguró Tsereteli a los diputados del Sóviet el 4 de julio—, y afirmo que la autoridad del Gobierno provisional en el país es extremadamente grande.»[59] Su rígido dogma de partido les dijo a los mencheviques y a los eseristas que no se podía formar un Gobierno socialista porque la «etapa burguesa de la revolución» aún no se había completado. Esta elevada lógica llevó a los «filósofos» a la conclusión de que debían constituir provisionalmente una nueva coalición a cualquier precio, y que si los kadetes seguían negándose a unirse a ella, entonces habría que formar un bloque con otros grupos burgueses. «¡La coalición ha muerto! ¡Viva la coalición!»

La reforma de la coalición se hizo inevitable con el nombramiento de Kérensky como el nuevo primer ministro. Había vuelto a la capital el 6 de julio y, por insistencia suya, había sido recibido por una lujosa guardia de honor, con cosacos y caballería situados a lo largo de las calles que conducían a la estación de Varsovia. Iba a ser la entrada triunfal de un héroe nacional, el hombre que, según se decía, había salvado al país de la amenaza bolchevique, reuniendo tropas leales en el frente. Al día siguiente, el príncipe Lvov dimitió y nombró sucesor a Kérensky. Para Lvov fue un auténtico alivio. Ya había decidido dimitir cuando escribió a sus padres el 3 de julio. Estaba cansado de la política (la carga de las responsabilidades le había encanecido el pelo) y no tenía la energía para llevar a cabo las represiones exigidas después de los Días de Julio. «La única manera de salvar al país ahora —dijo Lvov a su viejo amigo T. I. Polner el 9 de julio— es clausurar el Sóviet y disparar a la gente. Yo no puedo hacerlo. Pero Kérensky sí puede.» Hasta el fin, el suave príncipe no quiso usar la coerción contra «el pueblo». Su fe eterna en su «bondad y sabiduría», por muy equivocada que pudiera parecer en ese momento, no le permitía hacerlo. Cuatro

días más tarde, abandonó la capital y se retiró a un monasterio.[60]

Kérensky fue aclamado como el hombre que aglutinaría al país e impediría que desembocara en la guerra civil. Era el único político importante que tenía una base de apoyo popular, pero que, no obstante, también era ampliamente aceptado entre los jefes militares y la burguesía. Ciertamente, Tsereteli era el dirigente más relevante del Sóviet, aunque fue precisamente esto lo que hizo que fuera descartado. Porque si se iba a reformar la coalición, tendría que romper toda conexión con el programa del Sóviet, o de lo contrario, los kadetes no querrían tener nada que ver con ella. Kérensky era el hombre ideal para volver a unir la coalición: como miembro de los círculos del Sóviet y de la Duma, que habían formado el Gobierno provisional, se convirtió en un puente humano entre los campos socialista y liberal. Esto le situaba en una posición única, y el destino de Rusia parecía depender de este joven. En sí misma, era una situación trágica, porque resultaba, sin duda, una carga demasiado pesada para un hombre tan joven y de talento más bien modesto como Kérensky.

A Kérensky siempre le había gustado verse como un «dirigente nacional», sentado a horcajadas entre la derecha y la izquierda, y su subida al poder simplemente alimentó esta vanidad. Empezó a cultivar la imagen de sí mismo como si fuera un hombre con un destino, llamado por «el pueblo» para «salvar a Rusia». Fue la temporada más acentuada del culto a Kérensky. Éste fue elaborado con la ayuda de sus amigos de la *intelligentsia* literaria de Petrogrado (los Merezhkovsky, Filosofov, Stanislavsky y Nemirovich-Danchenko).[87*] Todos elogiaban al joven primer ministro como «el ciudadano ideal» y «la personificación de la libertad rusa» .[61] El éxito y la adulación se le subieron a Kérensky a la cabeza. Empezó a pavonearse con una presunción cómica, sacando su pecho encanijado y adoptando la pose de un Bonaparte. Su despacho fue trasladado al Palacio de Invierno, donde se hizo con la suite opulenta de Alejandro III. Dormía en la enorme cama del zar, e hizo que le tomaran una foto sentado detrás de su mesa de despacho del tamaño de una piscina, que distribuía para publicidad en forma de tarjeta postal. La querida mesa de billar de Nicolás II, que había sido embalada para enviarla a Tobolsk, fue retenida por Kérensky para su propio entretenimiento. También mantuvo a la antigua servidumbre del palacio, y cambiaba la guardia de su suite varias veces al día. Cada vez que entraba o salía, se izaba y arriaba la bandera roja del palacio, del mismo modo que se había hecho con los zares. ¿Era éste el hombre que se había denominado el «rehén de la democracia»?

Durante el interregno de tres semanas entre la caída de la primera coalición y la formación de la segunda, Kérensky rompió sus lazos con el movimiento soviético. Como gestor del poder en las negociaciones del partido, estaba preparado para sacrificar la mayoría de las demandas básicas del Sóviet (tal como se expresa en la propia declaración del Gobierno del 8 de julio) con el objetivo de persuadir a los kadetes para que volvieran a unirse a la coalición. Ante la insistencia de los kadetes, aprobó decretos que imponían duras restricciones a las reuniones públicas, restableció la pena de muerte en el frente y acordó recortar la influencia de los comités de los soldados. El programa de la nueva coalición, finalmente constituida el 25 de julio, ya no se basaba en los principios del Sóviet, como se había acordado en febrero. Los nueve ministros socialistas, aunque tenían mayoría, entraron en el Gabinete como individuos privados en lugar de como representantes del Sóviet, y por tanto, por lo menos en un sentido formal, se vieron obligados a reconocer la autoridad única del Gobierno provisional. Todos los ministros socialistas, con la excepción de Chernov, procedían del ala derecha de sus partidos y estaban mucho más cerca de los círculos liberales de la Duma que propiamente del movimiento del Sóviet. Tsereteli, que en su calidad de dirigente indiscutible del Sóviet no podía aceptar la erosión de su influencia, no tuvo más remedio que mantenerse al margen. Sufriendo ya de tuberculosis, entró en una situación de semirretiro. Su dimisión señaló la muerte del Sóviet. El 18 de julio, el mismo día que el Gobierno de Kérensky se mudaba al Palacio de Invierno, el Sóviet fue expulsado del Palacio de Táuride y trasladado al Instituto Smolny, una escuela para las hijas de la nobleza situada en las afueras de la capital. Era un símbolo del declive del Sóviet y de la elevación del Gobierno de Kérensky a una posición donde estaba, como sus predecesores zaristas, situado por encima del pueblo y apartado de él.

III El hombre del caballo blanco

Generalmente se ha creído que el propio idealismo ingenuo de Linde había sido el culpable de su brutal asesinato. Se había advertido al joven comisario a su llegada al frente de que los desertores eran considerablemente peligrosos. Durante varias semanas habían estado viviendo como bandidos, sembrando el

terror por toda la región circundante de Lutsk, y todos los que los conocían estaban de acuerdo en que sería más inteligente desplegar a los cosacos contra su campamento rebelde. El general Krasnov había traído a quinientos jinetes de la reserva y, aunque había casi diez veces más desertores, estaba seguro de que la presencia imponente de los cosacos sería suficiente para desmoralizarlos. Pero Linde estaba convencido del poder de la palabra revolucionaria. Los cosacos, insistía, eran un residuo del pasado zarista y, en principio, no deberían ser utilizados contra «el Ejército más libre del mundo». «Verá, general; haré que me escuchen y entrarán en razón. Hay que saber hablar a los soldados. Todo es cuestión de psicología.»[62] No hubo manera de disuadir al joven comisario de su estúpido plan (se vio arrastrado por su creencia en el poder de la voluntad revolucionaria), y de esta manera se le permitió ir al campamento para intentar convencer a los desertores de que regresaran al combate.

No era la primera vez que el exceso de confianza de Linde le causaba problemas. El apasionado sargento había conducido dos veces a sus soldados a las calles: una en febrero como héroe de la revolución y otra en las manifestaciones de abril contra Miliukov, cuando había sido condenado como «bolchevique» aventurero que intentaba ejecutar un golpe sangriento. En represalia, el Sóviet le había enviado como comisario al Ejército Especial del frente occidental: su habilidad en la dirección de los soldados iba a ser empleada en interés del mando del Ejército para la ofensiva venidera. Linde se sintió complacido por su nuevo nombramiento. La idea de persuadir a los desmoralizados soldados para que cumplieran con su deber patriótico estaba perfectamente acorde con su propia imagen romántica de orador revolucionario. Rápidamente se convirtió en algo semejante a una leyenda a costa de sus atrevidas misiones en las zonas bolchevizadas del frente que, sólo con el poder de la palabra, parecía restaurar al orden de combate. Linde era un personaje raro en 1917: un revolucionario ruso con un sentido del deber hacia la nación y el Estado. En este aspecto se trataba de un comisario modelo. «No es suficiente con conseguir sólo la libertad —explicó a un amigo cuando se dirigía a Lutsk—. La democracia es algo que debe ser defendido y por lo que hay que combatir.» Por eso se había mostrado tan determinado a realizar una visita al campamento de los desertores: convencer a los soldados de su deber patriótico de defender a Rusia ahora que era libre.

El convoy de automóviles, camiones y cosacos a caballo se desplazó a través del país vacío en dirección al bosque, donde los rebeldes habían establecido en

un claro su campamento armado. Era una tarde soleada de agosto, y los campos normalmente hubieran estado llenos con las cosechas; pero después del abandono provocado por la guerra estaban repletos de matojos. Tras detenerse en el margen del bosque, Linde se dirigió hacia el campamento solo, mientras un grupo de oficiales le seguía a cierta distancia, y los cosacos a caballo cabalgaban para rodear el campamento. Los soldados de los dos ejércitos amotinados, el 443 y el 444 de la III División de Infantería, estaban sentados o tumbados en torno a sus tiendas en el claro. Cuando los oficiales se acercaron, empezaron a agitarse, levantándose del suelo como un animal prehistórico gigante, y prepararon sus fusiles. Linde notó que había dos grupos distintos: uno desparramado y amorfo, que contenía el núcleo de las tropas, y otro mucho más pequeño y más compacto, por cuya mirada amenazante supo que era el grupo endurecido de tropas bolchevizadas. Subiéndose a un montón de madera, empezó a hablarles. Se trató de un discurso emocionante, lleno de *pathos* democrático. «Yo, que saqué a los soldados para derrocar al Gobierno zarista y para entregar la libertad, una libertad que no tiene igual entre ningún pueblo del mundo, os exijo ahora que me entreguéis a aquellos que os han estado diciendo que no obedezcáis las órdenes de los mandos.» Mientras hablaba se podía oír el sonido de las granadas alemanas que volaban por encima del bosque, y esto añadió un efecto dramático al fervor retórico de Linde. Señaló en dirección a los cañones enemigos y pronunció un llamamiento ante los soldados para que defendieran de ellos a su patria. Pero los soldados ya habían oído todo aquello antes, y años de propaganda zalamera los habían convertido en unos cínicos. Habían visto demasiada guerra para seguir creyendo en bellas frases, especialmente si procedían de ese joven de rostro suave, con su guerrera de oficial confeccionada por un sastre, sus finos pantalones y sus botas de cuero, y su acento extranjero.

Consciente de que sus palabras no estaban teniendo ningún efecto, Linde comenzó a gritar a los hombres, llamándolos «cerdos holgazanes» y «bastardos» que no merecían su libertad. Los desertores se agitaron, y varios hombres del grupo bolchevique comenzaron a abuchear a Linde. Le llamaron espía alemán y dijeron que sus métodos eran dignos de épocas anteriores. Contemplando la escena desde cierta distancia, el general Krasnov pudo ver que algo terrible estaba a punto de suceder, y envió un automóvil para rescatar al desamparado comisario. Pero Linde se veía arrastrado por el poder de sus propias palabras, embriagado por su propia imagen heroica, y se negó a marcharse. Los soldados se dirigieron hacia él, y sólo entonces intentó escapar. Pero era demasiado tarde.

Un fornido soldado del grupo bolchevique avanzó y colocó la boca de su fusil en la sien de Linde; otro soldado lo remató ya en el suelo, y toda una muchedumbre de soldados gritando salvajemente se arrojó entonces sobre él, atravesándole el cuerpo con las bayonetas. Temiendo por sus propias vidas; Krasnov y los otros oficiales intentaron retirarse; pero los soldados, envalentonados por el asesinato, los persiguieron a través del bosque, mientras los cosacos luchaban por restaurar el orden. Uno de los oficiales, el coronel Girshfeldt, fue desnudado, colgado cabeza abajo de un árbol y brutalmente torturado antes de que la turba lo matara. Otros dos oficiales fueron también asesinados antes de que el convoy pudiera salir del bosque sano y salvo.

El cuerpo de Linde fue conducido a Petrogrado, donde se le hizo un entierro de héroe. La prensa democrática describió al «combatiente caído de la causa del pueblo» como un brillante ejemplo del sentimiento patriótico revolucionario que el Ejército ruso necesitaba desesperadamente. Linde se había convertido en el primer dirigente soviético asesinado por tropas bolchevizadas. Se habían producido varios asesinatos similares durante las semanas anteriores. Incluso Sokolov, el famoso dirigente soviético y autor de la Orden Número 1,1a carta fundacional de derechos de los soldados, había sido golpeado y apresado por una turba de soldados amotinados a los que había intentado persuadir de que regresaran al combate. Pero el asesinato brutal de Linde, en el momento álgido de la crisis de verano, fue contemplado con un significado particular. Simbolizaba el final de las esperanzas idealistas de los primeros meses revolucionarios: el ideal de un Estado libre a cuyos ciudadanos se podía persuadir para que cumplieran con sus deberes cívicos hacia Rusia y la revolución. La muerte de Linde confirmaba también que la época de la persuasión había finalizado. El pueblo ruso no estaba dispuesto a convertirse en ciudadanos, y el notorio reproche de Kérensky de que el Estado libre ruso se convertiría en «un Estado de esclavos rebeldes» parecía corroborarse por el creciente caos que reinaba en todo el país. El Ejército ruso se estaba hundiendo y se encontraba en abierta retirada. El 21 de agosto los alemanes capturaron Riga y, al parecer, como Zinaida Gippius anotó en su diario, «habrían podido tomar Petrogrado en cualquier momento». El Imperio se estaba desmoronando, con gobiernos nacionalistas auto-proclamados en Finlandia y Ucrania que declaraban su propia independencia, mientras que cada día aparecían nuevos informes periodísticos acerca de las huelgas militantes causadas por los trabajadores, de la anarquía en los ferrocarriles, de los ataques campesinos contra las haciendas de

la nobleza y del crimen y el desorden en las ciudades. La lección de todo esto, que cada vez más gente estaba empezando a extraer, parecía ser la de que Rusia sólo podía ser gobernada por la fuerza. Incluso Tsereteli se vio obligado a reconocer que la crisis del verano marcó el final de «la juventud rosada y llena de sueños de la revolución» y el inicio de un nuevo y «triste período» en el que tendrían que tomarse medidas de coacción para detener la marea anárquica.

Las clases propietarias dirigían el llamamiento en favor de la restauración del orden. «¡La patria está en peligro!» se convirtió en su grito de batalla. Histéricos de miedo, jugaban enormes cantidades de dinero, vendían baratas sus propiedades, y vivían salvajemente el momento como si fuera el último verano de la civilización rusa. La condesa Speransky descubrió que en Kiev «las fiestas en el río, las excursiones a los castillos de la vecindad, las cenas y las comidas con bandas gitanas y coros, el bridge e incluso los tangos, el póquer y los romances estaban a la orden del día». El funeral de los siete cosacos asesinados por los bolcheviques durante los Días de Julio se convirtió en un escenario para que las clases adineradas se entregaran a un espectáculo patriótico de emoción. El funeral comenzó con el réquiem cantado en la catedral de San Isaac, seguido por una procesión solemne a través de las calles de la ciudad con cada uno de los siete féretros colocado en un carruaje dorado tirado por caballos blancos y flanqueados a uno y otro lado por cosacos de gala y sacerdotes con incensarios. No se trataba tanto de una demostración de solidaridad democrática como de un lamento enlutado por el antiguo régimen. Se produjo una creciente atmósfera de contrarrevolución. Los periódicos pedían que se colgara a los bolcheviques y que se cerrara el Sóviet. En ausencia de los dirigentes bolcheviques, Chernov se convirtió en el nuevo «espía alemán» y en la *bete noire* de la derecha. Los obreros bolcheviques fueron golpeados por las turbas de los Cien Negros. Los ciudadanos respetables de clase media afluyeron a los diversos grupos de derechas que culpaban de todos los males de Rusia a los judíos y que pedían la restauración del zar, o de algún otro dictador, para salvar a Rusia de la catástrofe.[64]

Situado a la cabeza del Ejército ruso, responsable por tanto de la fracasada ofensiva, Brusilov pronto cayó víctima del desplazamiento hacia la derecha. Nunca había gozado de simpatías en la Stavka, donde los generales reaccionarios sospechaban de sus inclinaciones democráticas, y el fracaso de la ofensiva les proporcionó la oportunidad de iniciar una campaña encaminada a su destitución. Aumentó la presión en favor de su reemplazo por el general Kornilov, un famoso

partidario del regreso a la disciplina militar al estilo tradicional. Los kadetes incluso lo convirtieron en una condición básica para unirse al Gobierno de Kérensky. Aunque el nuevo primer ministro había sido el autor de la política seguida por Brusilov, estaba bastante preparado para rechazar a la una y al otro si ése era el precio del poder. Brusilov sintió que estaba a punto de ser destituido cuando Kérensky le llamó para asistir a una reunión de todos los comandantes del frente que se celebraría en la Stavka el 16 de julio. Cometió la equivocación de enviar solamente a un ayuda de campo para encontrarse con Kérensky en la estación de Moguilev: el tren había llegado pronto y todavía estaba ocupándose de decisiones estratégicas que afectaban al frente. No era propio del protocolo oficial del comandante supremo el reunirse con el ministro de la Guerra, pero Kérensky, que se comportaba como un zar y que había llegado a esperar ser tratado como tal por sus subordinados, montó en cólera y envió un ayudante a Brusilov con órdenes para que acudiera a la estación en persona. «Todo fue mezquino y ridículo —señaló Brusilov—, particularmente teniendo en cuenta la trágica situación que había en el frente, que mi jefe de estado mayor y yo habíamos estado estudiando.» Pero Kérensky era un hombre vanidoso, obsesionado por las trampas del poder, y esta ruptura final de la etiqueta fue suficiente para zanjar el destino de su comandante en jefe. El 18 de julio Brusilov fue depuesto. Herido por los motivos obviamente políticos que había detrás de su destitución, se retiró a Moscú para un descanso largamente merecido con su esposa, que había caído enferma.[65] Hasta que los bolcheviques llegaron al poder no regresó al Ejército, bajo unas circunstancias bastante extraordinarias.

El hombre que le reemplazó, el general Lavr Kornilov, ya había alcanzado la condición de salvador nacional en los círculos derechistas. Pequeño y ágil, con la cabeza rapada al cero, mostacho mongol y pequeños ojos ratoniles, Kornilov procedía de una familia de cosacos de Siberia. Su padre era terrateniente y soldado, y había llegado a convertirse en oficial de rango inferior. Su madre era supuestamente de Buriatos. Este origen comparativamente plebeyo colocaba a Kornilov al margen del resto de los generales de Rusia, la mayoría de los cuales procedía de la aristocracia. La atmósfera democrática de 1917 era el origen ideal para un héroe militar nacional. El inicio de la carrera de Kornilov en el Ejército había transcurrido en Asia central. Había aprendido las lenguas turcas de la región y había formado su propia guardia personal con turcomanos de Tekke, vestidos con blusas escarlatas, que le llamaban su «gran boyardo». El nombramiento de Kornilov apenas era merecido, de acuerdo con su hoja de

servicios. En 1914, a los cuarenta y cuatro años, no había llegado todavía más que a comandante de división en el VIII Ejército. Brusilov, su comandante de ejército, le recordaba como un soldado bravo y audaz, muy querido por sus hombres pero inclinado a desobedecer órdenes. Pretendía, no sin justificación, que Kornilov había cultivado su propio «culto a la valentía»; y ese culto era el que se encontraba ciertamente detrás de su ascenso meteórico hasta la fama. En 1915 los austríacos le habían herido y capturado después de que se negase a obedecer la orden de Brusilov de retirar a su división del frente. Al año siguiente había escapado de la prisión y, disfrazado de soldado austríaco, había regresado a Rusia a pie, donde, en vez de ser sometido a un tribunal militar, tuvo un recibimiento de héroe.[66]

Fue en esta época cuando Kornilov comenzó a atraer a poderosos partidarios políticos en las figuras de Rodzianko y de Guchkov. Le aseguraron su nombramiento como comandante del distrito militar de Petrogrado en marzo de 1917. Durante los disturbios de abril Kornilov había amenazado con echar a sus tropas a la calle. El Sóviet se había opuesto a ello y había tomado el control de la guarnición, obligando a Kornilov a dimitir. Varios grupos de derechas estaban escandalizados por la interferencia del Sóviet en asuntos militares y volvieron su vista hacia Kornilov como un paladín de su causa. Estaban unidos por su oposición a la creciente influencia del Sóviet sobre el Gobierno, particularmente en asuntos exteriores y militares, en vísperas de la crisis de abril. Miliukov, que se había visto forzado a dimitir como ministro de Asuntos Exteriores, comenzó a coquetear con las ideas contrarrevolucionarias. «Es obvio que los dirigentes del Sóviet están conduciéndonos deliberadamente a la derrota y a la ruina económica —escribió a un amigo en junio—. En el fondo los dos sabemos que la salvación de Rusia va a encontrarse en la restauración de la monarquía, y que lo que ha sucedido durante los dos últimos meses ha mostrado claramente que el pueblo es incapaz de ejercer la libertad.»[67] Los dirigentes empresariales, crecientemente opuestos a la política de Skobelev, el ministro de Trabajo menchevique, y la nobleza, igualmente hostil a Chernov, el ministro eserista de Agricultura, también estaban empezando a agruparse en torno a la causa antisoviética. El Sindicato de Oficiales y la Unión de los Cosacos realizaron una campaña en favor de la abolición de los comités de soldados y de la restauración de la disciplina militar. Y todos estos grupos se unieron en el Centro Republicano, una organización clandestina de patriotas, oficiales y veteranos de guerra burgueses formada en mayo en una acera de la perspectiva Nevsky.[68]

Kornilov era el siervo, más que el amo, de estos intereses políticos. Su propia ideología política era primaria. Soldado típico, era un hombre de pocas palabras y de todavía menos ideas. «El corazón de un león, el cerebro de una oveja», fue el veredicto de Alexeev sobre él. Durante su tiempo en prisión había leído acerca de la vida de Napoleón, y parecía creer que estaba destinado a desempeñar un papel similar en la salvación de Rusia.[69] Todo lo que se necesitaba para detener la marea anárquica era un general sobre un caballo blanco.

La mayoría de los pronunciamientos políticos de Kornilov le eran escritos por Boris Savinkov, el ministro delegado de la Guerra de Kérensky. Durante su juventud, Savinkov había sido una figura legendaria (poeta, «combatiente por la libertad» y jugador) en el movimiento terrorista eserista. Estuvo relacionado con el asesinato de varias figuras del Gobierno, incluyendo a Plehve, a finales del siglo anterior. Como muchos terroristas, sin embargo, tenía un fuerte carácter autoritario: «Eres un Lenin, pero del otro lado», le dijo una vez Kérensky. Después de un período de exilio en el extranjero, Savinkov regresó a Rusia en 1917 y se unió al movimiento contra el Sóviet (que él denominó el «Consejo de los Diputados de las Ratas, de los Perros y de los Pollos»).[70] Fue él quien tramó el primer nombramiento de Kornilov, primero, el 8 de julio, como comandante del frente suroccidental, y después, diez días más tarde, como comandante en jefe.

Bastante distante de ser partidario de la disciplina militar, no resulta claro que Kérensky supiera lo que estaba haciendo su nuevo comandante. Kérensky abrigaba ambiciones bonapartistas propias, por supuesto, y sin duda esperaba que en Kornilov podría encontrar un hombre fuerte para apoyarle. Pero ¿se dio cuenta de que Kornilov y sus aliados tenían planes similares para utilizar a Kérensky? Brusilov pretendió más tarde que Kérensky ya le había preguntado si «le apoyaría en caso de que fuera considerado deseable consumar la revolución convirtiéndole a él [Kérensky] en dictador». Brusilov se había negado, creyendo que estaba demasiado «histérico» por representar este papel. Kérensky entonces le había preguntado si estaba preparado para convertirse él mismo en dictador. Pero de nuevo Brusilov había rehusado, comparando la idea a «construir una presa cuando el río está desbordado». La negativa de Brusilov influyó en la decisión de Kérensky de reemplazarle por un comandante de instintos más primitivos. Para asegurar su nombramiento, Savinkov había advertido prudentemente a Kornilov que acentuara el papel de los comisarios para frenar el poder de los comités de los soldados en la conferencia de la Stavka del 16 de

julio. Éste era un punto de partida mucho más moderado que el de Denikin y otros generales, que abogaban por la abolición inmediata de los comités de soldados, y capacitaría a Kérensky para apaciguar a la derecha y salvar la estructura básica de sus reformas democráticas.[71] De manera que Kornilov había dado la impresión de que podía estar preparado para encajar en los planes de Kérensky.

Pero inmediatamente después de su nombramiento, Kornilov empezó a dictar sus propias condiciones a Kérensky. Durante su breve mando del frente suroccidental se las había arreglado para obligarle a restaurar la pena de muerte en el frente (Kornilov ya la había estado ejecutando, basándose en su propia autoridad, al ordenar que todos los desertores fueran fusilados). Ahora, ponía como condición para asumir el mando supremo que se extendiera la pena de muerte a la retaguardia, aunque él, como cabeza del Ejército, se consideraría responsable sólo ante su «conciencia y ante la nación en su totalidad». Esto era, en efecto, un desafio a la autoridad del Gobierno provisional, que Kornilov claramente creía que se había convertido en un cautivo del Sóviet; y aunque bajo presiones de Kérensky se vio obligado finalmente a retirar este ultimátum, la dirección de sus intenciones seguía siendo clara. Durante los días siguientes presentó a Kérensky una serie de reformas redactadas por Savinkov. Las primeras estaban estrictamente relacionadas con el ámbito militar: fin del poder de los comités de soldados, prohibición de las reuniones de soldados en el frente y dispersión de los regimientos revolucionarios. Pero después del 3 de agosto la perspectiva de las reformas se había ampliado drásticamente para incluir la imposición de la ley marcial en todo el país, la restauración de la pena de muerte para los civiles, la militarización de los ferrocarriles y de las industrias de defensa con una prohibición de las huelgas y de los mítines de obreros (bajo pena de muerte) y unas cuotas de rendimiento obligatorias con el castigo instantáneo de aquellos que no llegaran a cumplir con ellas.[72] Estaba pidiendo, en efecto, que se estableciera una dictadura militar.

Uno de los mitos más perdurables de la Revolución rusa es el de que Kornilov estaba planeando un *coup d'État* contra el Gobierno provisional. Ésa fue la versión de los hechos de Kérensky. Después de su caída se pasó el resto de su larga y frustrada vida en el exilio intentando demostrarlo en sus voluminosas y mendaces memorias. Los historiadores soviéticos también apoyaron esta visión, porque sostenía la interpretación de Lenin de que después de julio la «dictadura militar» se encontraba implicada en una lucha descarada por el poder. Pero las

pruebas sugieren que Kornilov, lejos de planear el derrocamiento del Gobierno provisional, de hecho había intentado salvarlo. Al presionar a Kérensky para que aprobara sus reformas, intentaba rescatar al Gobierno de la influencia del Sóviet y así «salvar a Rusia», tal como él lo veía, de la futura catástrofe. Kornilov, en otras palabras, creía que la dictadura sería «legítima» en el sentido de que Kérensky la apoyaría. Sólo cuando Kérensky comenzó a tener sus propias dudas, sobre la base de que los planes del general socavarían su propia posición, la «conjura del golpe» fue descubierta por el primer ministro. Kérensky estaba determinado a representar el papel de Bonaparte por sí mismo y temía que Kornilov fuera un rival. Era, si se quiere, una cuestión de dos hombres y un caballo blanco.

Nada de esto significa negar que muchos de los partidarios de Kornilov le estaban urgiendo para que se librara inmediatamente del Gobierno provisional. La Unión de Oficiales, por ejemplo, realizó planes para un *coup d'État* militar, mientras que, a mediados de agosto, una «conferencia de hombres públicos» formada principalmente por kadetes y hombres de negocios de derechas estimuló claramente a Kornilov en esa dirección. En el centro de estos círculos derechistas estaba Vasilii Zavoiko, una figura bastante siniestra (especulador de propiedades, financiero industrial, periodista e intrigante político) que, según el general Martynov, actuaba como el «guía personal, incluso se podría decir que mentor, de todos los asuntos de Estado» de Kornilov. Los planes de Zavoiko para un golpe de Estado eran tan bien conocidos que incluso Whitehall había oído hablar de ellos: en fecha tan temprana como el 8 de agosto, el Ministerio de Asuntos Exteriores de Londres dijo a Buchanan, su embajador en Petrogrado, que según sus fuentes militares Zavoiko estaba planeando el derrocamiento del Gobierno provisional. Esto no significa que el mismo Kornilov no tuviera sus propias ambiciones en el terreno político (el culto de Kornilov, que él ayudó a crear, fue una clara manifestación en este sentido). Debió de haberse sentido tentado por las presiones constantes de sus partidarios, como Zavoiko, a explotar su enorme popularidad con la finalidad de instalarse como dictador. El comandante en jefe despreciaba a Kérensky por «débil y femenino», y vio toda su administración como algo desesperadamente dependiente de los sóviets. Stepun probablemente lo resumió cuando describió el choque entre Kornilov y Kérensky como un choque entre dos mundos enteramente diferentes (el mundo de la oficialidad y el mundo de la *intelligentsia)* ninguno de los cuales podía entender al otro.[73]

La desconfianza de Kornilov hacia el Gobierno provisional sólo podía aumentar con los titubeos de Kérensky sobre la adopción de sus reformas. El 10 de agosto Kornilov apareció sin ser invitado en el Palacio de Invierno con su propia guardia personal, equipada con dos ametralladoras, para persuadir a Kérensky de que adoptara sus propuestas. No se permitió que Kornilov se dirigiera a todo el Gabinete, sino sólo al «triunvirato» interior de Kérensky, Tereshchenko y Nekrasov, que le advirtieron de que no esperara una rápida imposición de sus reformas, mientras que Kérensky y él se enzarzaron en una discusión a gritos, en la que cada uno acusó al otro de conducir al país a la ruina. En la cena de esa noche Kornilov dijo a Rodzianko que si Kérensky se negaba a aprobar sus reformas dirigiría al Ejército contra él. Al día siguiente, de hecho, instruyó al III Cuerpo de Caballería, que incluía a la famosa División Salvaje (denominada así porque estaba formada por nativos tribales del Cáucaso), para que se dirigiera a la región de Velikie Luki, desde donde podría ser enviada hacia la capital. No está bastante claro si las tropas de Krymov tenían la misión de proteger al Gobierno provisional contra una posible revuelta bolchevique una vez que hubiera aprobado las reformas de Kornilov, o si se pretendía que lo amenazaran con un golpe militar en caso de que a fin de cuentas no decidiera aprobarlas. La respuesta probablemente es doble. Kornilov dijo al general Lukomsky que no tenía «intención de ir contra el Gobierno provisional» y que esperaba «tener éxito en el último momento llegando a un acuerdo con él»; pero si no lo conseguía, «podría ser necesario descargar un golpe sobre los bolcheviques sin su aprobación».[74] No era una confesión de su intención de derrocar al Gobierno, sino una amenaza de rescatarlo de la izquierda, incluso, si era necesario, contra la voluntad de Kérensky.

Sin embargo, para la época de la visita de Savinkov a la Stavka, del 22 al 24 de agosto, Kornilov estaba convencido de que esto no sería necesario. El ministro delegado de la Guerra le había asegurado que Kérensky estaba a punto de satisfacer sus demandas en «los próximos días». Esperaba que esto condujera a la reforma del Gobierno provisional como una dictadura colectiva (un Consejo de defensa nacional, como le gustaba denominarlo a Kornilov), encabezado por el propio Kérensky, y que incluyera a Savinkov, Kornilov y varios «hombres públicos» de los círculos patrióticos. Temiendo una revuelta bolchevique contra la imposición de la ley marcial (a la que las fuerzas soviéticas se podrían sumar), Savinkov también pidió a Kornilov que retirara el III Cuerpo de Caballería de Velikie Luki hacia Petrogrado. Existían rumores de un golpe bolchevique

planeado para finales de agosto y se llegó al acuerdo de que se debería desencadenar una acción «despiadada» contra él. El 25 de agosto Kornilov ordenó que las tropas de Krymov ocuparan la capital, dispersaran al Sóviet y desarmaran a la guarnición a la espera de un alzamiento bolchevique. Pensó que estaba actuando siguiendo las instrucciones de Kérensky de proteger al Gobierno provisional, y no de derrocarlo.

Pero Kérensky todavía dudaba. Su propia estrategia política se había basado, desde febrero, en la idea de cabalgar al mismo tiempo sobre la derecha y la izquierda: era esto lo que le había convertido en la figura central de la coalición y le había llevado al borde de su propia dictadura. Pero la crisis del verano y la creciente polarización entre la derecha y la izquierda hacía que esto fuera cada vez más difícil: el centro político sobre el que Kérensky pretendía estar iba desapareciendo a toda velocidad. El Sóviet comenzó a desconfiar de la capacidad de Kérensky (y también de su voluntad) para defender los logros de la revolución contra la «contrarrevolución»; mientras que la derecha le reprochó no ser lo suficientemente firme con los bolcheviques. Kérensky era incapaz de decidir hacia qué lado debía volverse y, temeroso de enemistarse con ambas partes, vacilaba desesperadamente.

Las propuestas de reforma de Kornilov le obligaron a decidirse entre la derecha y la izquierda. Fue para él una decisión tortuosa. Por un lado, si se negaba a apoyar a Kornilov, posiblemente los kadetes abandonarían su frágil coalición. También existía el peligro de un golpe militar, que los hombres de Febrero, como Kérensky, siempre se sentían inclinados a sobreestimar, porque a lo largo de su vida el Ejército había estado contra la revolución. Por otro lado, si estaba de acuerdo en aprobar las reformas de Kornilov, se arriesgaría a una ruptura completa con la izquierda y se vendría abajo su pretensión de ser un «rehén de la democracia». La restauración de la pena de muerte ya había empañado seriamente sus credenciales revolucionarias: se trataba de una cuestión emotiva. El Sóviet estaba llevando a cabo una campaña feroz contra las propuestas de Kornilov y, a diferencia de julio, podía incluso apoyar una sublevación bolchevique si estas propuestas se ponían en vigor. Además, Kérensky tenía dudas incluso de que la ley marcial demostrara ser efectiva. ¿Dónde estaban las fuerzas que iban a llevar a cabo ese plan? ¿Cuántos oficiales tendrían el valor de ejecutar a los soldados amotinados? ¿Quién llevaría a cabo la militarización de los ferrocarriles y de las fábricas, fusilando a los trabajadores que se atrevieran a ir a la huelga? Toda la idea parecía bastante impracticable.

En un último intento desesperado de unir a la nación en torno a él, Kérensky convocó una conferencia de Estado en Moscú. Se celebró en el Teatro Bolshoi del 12 al 14 de agosto. Kérensky tenía la esperanza de que la conferencia reconciliaría a la izquierda y a la derecha, y, en un esfuerzo por fortalecer el centro político, del que dependía, asignó un amplio número de escaños a los delegados moderados de los *zemstvos* y de las cooperativas. Como delegado de estas últimas en Volokolamsk, asistió a la conferencia Serguei Semyonov. El ánimo de Kérensky debió de hundirse, sin embargo, al contemplar la sesión inaugural. La polarización de Rusia quedaba exactamente reflejada en la forma en que quedaban distribuidos los escaños en el auditorio: en las butacas de la derecha se sentaban los partidos de clase media, los banqueros, los industriales y los representantes de la Duma con sus levitas y cuellos almidonados, mientras que a la izquierda, frente a ellos como en una batalla, se encontraban los delegados soviéticos, con sus blusas de trabajadores y sus uniformes de soldados. La escena tenía reminiscencias de la apertura de la Duma en 1906; las dos Rusias no se habían acercado en absoluto en los años transcurridos. Los bolcheviques habían decidido boicotear la conferencia y convocaron una huelga ciudadana. Los tranvías no circularon y los restaurantes y los cafés siguieron cerrados, incluyendo el propio bar del teatro, de manera que los delegados de la conferencia tuvieron que servirse sus propios refrescos.

Kérensky hubiera deseado ser el centro de la representación en la conferencia; pero, para cólera suya, Kornilov le robó el espectáculo. El general realizó una entrada triunfal en Moscú durante la conferencia. Las damas de la clase media le cubrieron de flores en la Estación Alexandrovsky. La condesa Morozova cayó de rodillas ante él, mientras que el kadete Rodichev le rogó: «Salve a Rusia, y un pueblo agradecido le coronará». El hombre del caballo blanco había llegado. Fue llevado desde la estación a hombros de algunos oficiales y vitoreado en la calle por una multitud de patriotas de derechas. Sentado en un coche abierto, a la cabeza de una caravana de vehículos que cualquier dictador del siglo XX le habría envidiado, realizó entonces una peregrinación hacia el Templo Sagrado de Iversky, donde los zares habían orado usualmente en el curso de sus visitas a Moscú. Al día siguiente entró en la conferencia en medio de una ovación de la derecha, que se puso en pie para aplaudirle, mientras que la izquierda permanecía sentada en un silencio sepulcral. Su discurso fue pobre: las palabras no eran el fuerte de Kornilov; pero eso no era lo que parecía importar: era lo que defendía, no lo que decía, lo que le convertía en el héroe de los patriotas; y con

toda su florida elocuencia no había nada que Kérensky pudiera hacer para impedir el verse eclipsado. Su discurso de clausura de la conferencia duró demasiado. El primer ministro titubeó incoherentemente y pareció perder el rumbo. Fue un símbolo de su pérdida de influencia sobre el país en su conjunto, e incluso Stepun, un partidario leal, señaló que «al final de su discurso se podía oír no sólo la agonía de su poder, sino también de su personalidad». Fue una escena embarazosa y la audiencia comenzó a musitar. En un momento determinado Kérensky se detuvo para recuperar el aliento, y los delegados, como si sintieran que había llegado la hora de sacarle de su miseria, prorrumpieron en aplausos y se levantaron de sus asientos. La conferencia había terminado. Kérensky cayó desvanecido en su silla. No había terminado la frase.[75]

La conferencia de Moscú marcó el desplome moral de Kérensky: los dos meses que transcurrieron hasta la toma del poder de los bolcheviques no fueron realmente más que una larga agonía para el Gobierno provisional. Éste fue el momento en que la *intelligentsia* democrática, que había hecho tanto para crear el culto de Kérensky, finalmente se desenamoró de él. «Kérensky —escribió Gippius en su diario el 14 de agosto— es un vagón de tren que se ha salido de las vías. Se bambolea y balancea dolorosamente y sin la menor convicción. Es un hombre cercano al final; y parece como si su fin fuera a ser sin honor.» Kérensky era plenamente consciente de su propia decadencia. «Soy un hombre enfermo —dijo a Savinkov tres días después—.

No, no sólo eso. Me he muerto, y ya no existo. Fallecí en la conferencia.»[76] Parecía sólo una cuestión de tiempo que sucumbiera ante Kornilov. Bajo una presión creciente prometió a Savinkov aprobar sus reformas, consciente de que le reducirían a no ser más que una figura decorativa que proporcionara legitimación a la dictadura militar.

Pero entonces, repentinamente, Kérensky dio con una manera inesperada para salvar la situación. Apareció en forma de una intervención de V. N. Lvov, un diputado octubrista de la cuarta Duma que más recientemente había sido procurador del Santo Sínodo, y que tomó sobre sí mismo la tarea de actuar de mediador entre Kérensky y Kornilov. Lvov fue uno de esos numerosos personajes de la historia rusa que parecen haber escapado de una novela escrita por Gogol o Dostoyevsky. Noble desprovisto de cualquier talento o profesión particular, estaba convencido de su llamamiento hacia la grandeza, pero acabó en la década de los años veinte convertido en un mendigo loco que vivía en las calles de París. Después de su destitución del Santo Sínodo en julio, se había

unido a círculos de derechas que urgían a Kornilov para que asumiera poderes dictatoriales. Fue en estas circunstancias cuando se acercó a Kérensky el 22 de agosto y le ofreció consultar, en nombre suyo, a Kornilov, con la esperanza de abrir una vía hacia la creación de un «Gobierno fuerte». Kérensky era visitado frecuentemente por estos autodenominados «salvadores» del país, y generalmente les prestaba poca atención. Pero éste era diferente. Lvov le había advertido de que el estado mayor estaba planeando matarlo, y Kérensky había estado muy preocupado últimamente con esa amenaza potencial. Incluso había ordenado que los guardias que había fuera de su cuartel cambiaran cada hora. Kérensky pretendió más tarde que no había instruido a Lvov para que negociara con Kornilov; pero ésa no fue la impresión de Lvov, y parece verosímil que, aunque sólo fuera por temor a perder la vida, le instruyera para que descubriera lo que aquél deseaba. Es también posible que Kérensky estuviera ya planeando utilizar a Lvov para lo que iba a suceder.

Lvov llegó a Moguilev el 24 de agosto y se presentó ante Kornilov en calidad de emisario del primer ministro. Kornilov no le pidió credenciales, y fue una equivocación fatal (más tarde dijo que había dado por supuesto que Lvov era «un hombre de honor»). Lvov aseguró que había sido instruido para descubrir cuáles eran los puntos de vista del general sobre cómo fortalecer al Gobierno, y por propia iniciativa, ofrecía estas tres propuestas: la asunción de poderes dictatoriales por Kérensky, un directorio o dictadura colectiva con Kornilov como miembro, o la propia dictadura de Kornilov, con Kérensky y Savinkov desempeñando carteras ministeriales. Considerando que esto significaba que Kérensky le estaba ofreciendo el poder, Kornilov dijo que prefería la tercera de estas opciones, pero que estaba dispuesto a subordinarse a Kérensky si se consideraba que eso era lo mejor. Le dijo a Lvov que invitara a Kérensky a ir a Moguilev para discutir el asunto y porque decía que temía por su vida en el caso de que se produjera un golpe bolchevique en Petrogrado. Tan pronto como terminó la entrevista, Lvov abandonó la capital. Kornilov estaba claramente convencido de que había comenzado un proceso de negociación con Kérensky para reformar el Gobierno provisional convirtiéndolo en dictadura.

Al día siguiente, 26 de agosto, Lvov se reunió con Kérensky de nuevo en el Palacio de Invierno. Aseguró que Kornilov estaba *exigiendo* poderes dictatoriales para sí mismo (por supuesto, no había hecho nada así) y, a petición de Kérensky, señaló los tres puntos de su «ultimátum»: la imposición de la ley marcial en Petrogrado, el traslado de toda la autoridad civil al comandante en

jefe y la dimisión de todos los ministros, incluyendo el propio Kérensky, pendiente de la formación de un nuevo Gabinete por Kornilov. Kérensky siempre afirmó que cuando vio estas exigencias todo le resultó claro: Kornilov estaba planeando un golpe militar. De hecho, nada estaba claro. Por un lado, se podría haber preguntado por qué Kornilov había elegido entregar su lista de exigencias a través de un personaje tan insignificante como Lvov. Por otro, podía haber sido sensato y haber comprobado con Kornilov si realmente estaba exigiendo ser convertido en dictador. Pero Kérensky no estaba preocupado por detalles de este tipo. Por el contrario, de repente se había dado cuenta (y esto sin duda es lo que él realmente quería dar a entender por sus repentinas revelaciones) de que mientras todo siguiera tan vago podía tener éxito en presentar a Kornilov como un traidor que conspiraba contra el Gobierno provisional. Su propia fortuna política se vería así revitalizada en la medida en que la revolución se aglutinaría en torno a él para derrotar a su rival.

Para obtener pruebas de la «conspiración», Kérensky aceptó encontrarse con Lvov en el Ministerio de la Guerra esa misma noche, a fin de comunicarse directamente con Kornilov a través del aparato Hughes (una especie de primitivo télex). Lvov no llegó a tiempo, de manera que Kérensky empezó su propia conversación con Kornilov, durante la cual personificó al ausente Lvov. Le pidió que confirmara lo que Lvov le había dicho, sin especificar lo que era, y repitió la petición en nombre de Lvov. Kornilov lo hizo, sin saber qué era lo que se le pedía que confirmara, y urgió a Kérensky para que fuera a Moguilev inmediatamente. Kornilov debió de creer que eso era simplemente un preludio para las negociaciones destinadas a llevar a cabo la reforma del Gobierno. No tenía idea de que, de esa manera, lo que estaba diciendo pronto sería utilizado por Kérensky para acusarle de traición. Más tarde esa misma noche discutió la situación con el general Lukomsky y estuvo de acuerdo en que Kérensky y Savinkov tendrían que estar incluidos en el Gabinete. También envió telegramas a distintas figuras públicas invitándolas a acudir a Moguilev y a tomar parte en las negociaciones.[77] Apenas pueden calificarse éstas como las acciones de un dictador potencial.

Armado con las transcripciones del aparato Hughes y las «exigencias» de Kornilov, según le fueron mostradas por Lvov, Kérensky convocó una reunión del Gabinete para medianoche, en la que presentó la «conspiración contrarrevolucionaria» como un hecho establecido y exigió «plena autoridad» para ocuparse de la emergencia. Sin duda, esperaba aparecer como el adalid de la

Rusia libre, declarar la revolución en peligro y unir a la nación en torno a él en la lucha contra Kornilov. Nekrasov recordó que Kérensky había dicho: «No les entregaré la revolución», como si fuera él quien la podía entregar. Savinkov, entre otros, se dio cuenta de que se había producido un malentendido y urgió a Kérensky para que se comunicara una vez más con Kornilov para preguntarle si confirmaba que había formulado las tres «demandas» específicas bosquejadas por Lvov. Pero Kérensky se negó, y el resto de los ministros estuvo de acuerdo con él en que era demasiado tarde para cualquier reconciliación. Dimitieron en bloque, convirtiendo así de forma efectiva a Kérensky en dictador, tras haber acusado a Kornilov de tramar una conjura para convertirse en lo mismo. Con la reunión del Gabinete suspendida envió un telegrama a Kornilov destituyéndole bajo su propia autoridad, y entonces, a las cuatro de la madrugada del día 27, se retiró a su suite del Palacio de Invierno. Pero el nuevo «zar» de Rusia estaba demasiado excitado para dormir y, según Lvov, que había sido colocado bajo custodia en la habitación contigua, no dejó de dar pasos de un lado a otro de la habitación mientras cantaba arias de ópera.[78]

Cuando Kornilov recibió el telegrama en el que se le informaba de su destitución, llegó a la conclusión de que Kérensky ya había sido capturado por los bolcheviques. Sólo el Gabinete en pleno tenía la autoridad legal para destituir al comandante en jefe, mientras que el telegrama aparecía firmado simplemente por «Kérensky». Tampoco tenía sentido, a la luz del acuerdo que falsamente creía que acababa de concluir a través del aparato Hughes. Kornilov se negó a dimitir, y ordenó a las tropas de Krymov que avanzaran sobre la capital y la colocaran bajo la ley marcial. Aunque más tarde esta orden sería citada como una prueba de la culpa de Kornilov, resulta obvio que la dio pensando (en armonía con las instrucciones de Savinkov) que las tropas de Krymov iban a rescatar de los bolcheviques al Gobierno provisional. Se hicieron varios intentos de clarificar este punto mediante el establecimiento de comunicaciones directas con Kornilov, y si se hubiera logrado entonces, toda la crisis podría haber quedado conjurada. Pero Kérensky estaba determinado a condenar a Kornilov sin juicio. Además, estaba fuera de sí de excitación y recorría acalorado el palacio pretendiendo que Rusia estaba de su parte. Siguiendo órdenes de Kérensky, apareció una edición especial matutina de la prensa condenando a Kornilov como traidor a la revolución. Kornilov respondió con su propio llamamiento dirigido a todos los comandantes del frente denunciando que el incidente con Lvov era una «gran provocación» llevada a cabo por el Gobierno,

que manifiestamente había caído bajo el control de los bolcheviques y del estado mayor alemán. El general Kornilov, «el hijo de un cosaco», «salvaría a Rusia».[79]

Aquello, finalmente, era un motín: tras haber sido denunciado como un rebelde, Kornilov escogió rebelarse. Varios generales veteranos declararon que le apoyaban. Kérensky se encontró con una «contrarrevolución» real de la que ocuparse.

El 29 de agosto se proclamó nuevo comandante en jefe, con Alexeev como su jefe de estado mayor, a pesar de la opinión negativa que este último tenía acerca de Kérensky («un *mindundi*, un bufón y un charlatán»).[80] Cablegrafió a Krymov con órdenes de detener el avance de sus tropas, algunas de las cuales ya habían alcanzado los suburbios del sur de la capital. La ejecutiva del Sóviet, que había estado dividida sobre si debía apoyar o no al dictador revolucionario, decidió defenderlo al recibir noticias del avance de Krymov. Convocó a sus partidarios para que se armaran para una lucha contra la «contrarrevolución» y transformó Smolny en un centro de mando para dirigir las operaciones. Era un regreso a la atmósfera del Palacio de Táuride durante los Días de Febrero, cuando los soldados cansados estaban situados alrededor del edificio del Sóviet esperando a que los generales atacaran.

El Sóviet estableció un comité especial para la lucha contra la contrarrevolución, con tres representantes de cada uno de los partidos menchevique, eserista y bolchevique, para movilizar fuerzas y defender la capital. Esto significó la rehabilitación política de los bolcheviques después de los Días de Julio, y varios prominentes dirigentes bolcheviques, incluyendo a Trotsky, fueron liberados de la prisión poco después. El comité de lucha representaba un frente unido de todo el movimiento soviético. Pero dependía efectivamente de la organización militar de los bolcheviques, sin la cual, en palabras de Sujanov, «sólo podría haber pasado el tiempo con llamamientos y discursos inútiles pronunciados por oradores que habían perdido su autoridad». Sólo los bolcheviques tenían la capacidad de movilizar y armar a las masas de los obreros y soldados, y trabajaron en estrecha colaboración con sus rivales en los sóviets. A lo largo de las regiones industriales del norte se formaron comités revolucionarios *ad hoc* en línea con el comité para la lucha. Algunos de ellos se denominaron «comités de seguridad pública» emulando a los jacobinos. No existía una dirección real de este movimiento espontáneo. Las guarniciones se dispusieron ellas mismas en estado de alerta y enviaron destacamentos de soldados para «defender la revolución». Los marineros de Kronstadt que habían

ido por última vez a Petrogrado durante los Días de Julio para derribar al Gobierno provisional, llegaron de nuevo, esta vez para defenderlo. Los guardias rojos y los sindicatos organizaron la defensa de las fábricas. El Vikzhel, el sindicato de ferrocarriles, estableció una oficina para combatir a las tropas de Krymov y se las arregló para detener su avance hacia Petrogrado retirando las locomotoras y obstruyendo la línea.[81]

Mientras tanto, agitadores soviéticos arengaban a las tropas de Krymov. No tenían deseos de derribar al Gobierno provisional (Kornilov las había instruido para que lo defendieran contra los bolcheviques), y cuando se les dijo que no estaba sujeto a ningún peligro de la derecha depusieron pronto las armas. En contra del mito soviético, no se produjo ninguna lucha en la derrota de Kornilov. ¿Qué razón habría habido para ello? Ambos bandos habían ido a defender al Gobierno provisional, y tan pronto como esto quedó establecido comenzaron a confraternizar. La División Salvaje fue persuadida para que no combatiera gracias a una delegación de sus propios paisanos, los musulmanes del Cáucaso, que estaban en el congreso de los sóviets que se celebraba en Petrogrado en esa época. Los jinetes ondearon una bandera roja con la inscripción TIERRA Y LIBERTAD, arrestaron a sus jefes y enviaron una delegación a Petrogrado con una manifestación de lealtad hacia el Gobierno. El tren de la I División Cosaca, en el que Krymov y su estado mayor estaban viajando, fue detenido por los obreros del ferrocarril en Luga, donde los delegados del Sóviet los arengaron con propaganda desde las ventanillas del vagón. No había nada que Krymov pudiera hacer: los cosacos se estaban uniendo masivamente al bando soviético. El 30 de agosto aceptó viajar a Petrogrado con un representante del Gobierno, y al día siguiente se entrevistó con Kérensky. Krymov intentó explicarle que había traído a sus tropas para defender al Gobierno. Pero Kérensky lo rechazó y ordenó que fuera juzgado por tribunales militares. Krymov se marchó desesperado y fue al apartamento de un amigo, donde oyó decir: «Se ha desperdiciado la última carta para salvar a la patria; ya no merece la pena seguir viviendo». Tras retirarse a una habitación privada, escribió una breve nota a Kornilov y se suicidó disparándose al corazón.[82]

La revuelta de Kornilov había terminado. Al día siguiente, 1 de septiembre, Alexeev se hizo con el control de la Stavka y el mismo Kornilov fue detenido bajo arresto domiciliario, y después trasladado al monasterio de Byjov, cerca de Moguilev, donde quedó encarcelado con otros treinta oficiales sospechosos de haber participado en la «conjura contrarrevolucionaria». Pero si Kérensky había

esperado acentuar su propia autoridad derrotando a Kornilov, consiguió precisamente lo contrario. El asunto Kornilov, como llegó a ser conocido, contribuyó a cavar su propia tumba. Simplemente aceleró la polarización social y política que había estado erosionando la base del Gobierno provisional desde inicios del verano, y en ese sentido acercó a la revolución a su conclusión de octubre.

Por un lado, Kérensky había estropeado fatalmente sus relaciones con la derecha, que en buena medida siguió fiel a Kornilov y condenó a aquél por traicionar su causa. Kornilov se convirtió en un mártir político de quienes culpaban al régimen de Kérensky por el reciente caos en todo el país. A este respecto, el asunto Kornilov tuvo su mayor impacto político después de concluir. La palabra «kornilovita» comenzó a entrar en el vocabulario político para designar al oponente acérrimo del Kerenshchina (el Gobierno de Kérensky). El monasterio de Byjov, evidentemente, era regido por simpatizantes del movimiento de Kornilov, puesto que las condiciones de encarcelamiento resultaban extremadamente relajadas. «Teníamos la impresión de que todos se sentían en una situación bastante embarazosa por tener que actuar como nuestros "carceleros"», recordó Anton Denikin. Se permitió a Kornilov retener a sus fieles guardaespaldas turcomanos; enviaba «órdenes militares» al resto de la prisión; las familias de los oficiales los visitaban dos veces al día (la novia de Denikin vivía prácticamente en la cárcel), e incluso existían relaciones secretas con el estado mayor general, donde el movimiento de Kornilov continuaba disfrutando de un gran apoyo.[83] Los prisioneros de Byjov más tarde iban a convertirse en el núcleo fundador (y Kornilov y Denikin, en los dirigentes) del Ejército Voluntario, la mayor fuerza blanca de la guerra civil. Fue en Byjov donde se escribió el borrador del programa del Ejército Voluntario. Significaba un rechazo tanto de Kérensky como de los bolcheviques. Ciertamente, durante la toma del poder de los bolcheviques ninguno de estos elementos acudió a defender al Gobierno provisional.

El apoyo con que contaba Kérensky en la izquierda, mientras tanto, se había visto igualmente debilitado. La masa de soldados y obreros que se habían unido para defender el Gobierno provisional durante la crisis de Kornilov, sospechaba, no obstante, que el propio Kérensky había estado de alguna forma implicado en el movimiento de Kornilov. Muchos vieron todo el asunto como una disputa personal entre dos Napoleones potenciales (y en esto no andaban muy equivocados). Pero otros creían que Kérensky había estado aliado con Kornilov,

o que más bien había intentado llevar a cabo sus propios planes «contrarrevolucionarios» a través de él. Esta convicción se vio fortalecida por el fracaso de Kérensky para seguir un curso más democrático una vez concluida la crisis. De momento, no se produjo ninguna investigación real sobre el asunto, y esto simplemente aumentó la sospecha popular de que Kérensky tenía algo que ocultar. Su apoyo continuo a una coalición con los kadetes (que habían estado claramente asociados al movimiento de Kornilov) y el nombramiento de Alexeev (del que se sospechaba ampliamente que había simpatizado con él) fueron razones adicionales para sospechar de sus intenciones. La naturaleza fantasmal de esta «contrarrevolución» sólo hizo que pareciera más poderosa, una fuerza oculta detrás del Gobierno, no distinta de la sombra de traición que pendió sobre el régimen zarista en 1916.

La masa de los soldados sospechaba que los oficiales habían apoyado a Kornilov, y por esta razón se produjo un agudo deterioro de la disciplina militar. Centenares de oficiales fueron arrestados por sus hombres, y algunos ejecutados o brutalmente asesinados, por su supuesta implicación en la «contrarrevolución». Las asambleas de soldados aprobaron resoluciones en favor del poder soviético y de la paz. Se produjo una creciente conciencia entre las tropas, que la crisis de Kornilov había ayudado a crear, de que la paz no se conseguiría hasta que la propia naturaleza del Estado no cambiara. Ya no estaban preparados para confiar en las promesas de sus dirigentes «democráticos» y estaban comenzando a exigir el derecho a tomar decisiones por sí mismos. Esto quedó reflejado en la creciente presión desde las bases para que los congresos del Ejército debatieran sobre el poder y la paz. Pero para muchos soldados existía también una solución más sencilla: mostrar su protesta desertando del Ejército. En las semanas que siguieron a la crisis de Kornilov la tasa de deserción aumentó extraordinariamente: decenas de miles de soldados abandonaban sus unidades cada día. La mayoría de estos desertores eran campesinos, encantados de regresar a sus aldeas, donde la estación de la cosecha se encontraba en su punto álgido. A menudo dirigieron el ataque contra las mansiones y ayudaron a establecer el poder soviético local; de manera que esas semanas también fueron testigo de un repentino giro en el movimiento agrario. Los comandantes veteranos empezaron a reconocer que con semejantes tasas de deserción era imposible continuar la guerra. El movimiento de Kornilov, que había pretendido salvar al Ejército, acabó así destruyéndolo por completo.

En las grandes ciudades industriales se produjo un proceso similar de

radicalización en vísperas de la crisis de Kornilov. Los bolcheviques fueron quienes más se beneficiaron, obteniendo su primera mayoría en el Sóviet de Petrogrado el 31 de agosto. Sin el movimiento de Kornilov, nunca en absoluto habrían podido llegar al poder. El 4 de septiembre Trotsky fue liberado finalmente de la prisión, junto con otros dos dirigentes bolcheviques que estaban destinados a representar un papel importante en la toma del poder, Vladimir Antonov Ovseenko y P. E. Dybenko. La organización militar bolchevique, en la clandestinidad después de los Días de Julio, podía por fin dedicarse a extender sus actividades subversivas enmascarada bajo su papel dirigente en el comité para la lucha. Ciertamente, el comité militar revolucionario que dirigió la toma del poder de los bolcheviques quedó en parte modelado sobre él. Los guardias rojos y los marineros de Kronstadt, la futura infantería de octubre, también emergieron fortalecidos de la lucha contra Kornilov. Todo el asunto era un ensayo general para la toma del poder, con los obreros, en particular, entrenados para manejar un fusil. Unos cuarenta mil fueron armados durante la crisis de Kornilov, y la mayoría sin duda retuvieron sus armas una vez concluida. Como Trotsky indicó, «el Ejército que se levantó contra Kornilov fue el futuro ejército de la Revolución de Octubre».[84]

La victoria de Kérensky sobre Kornilov significó también su propia derrota política. Había obtenido poderes dictatoriales, pero había perdido toda autoridad real. «El prestigio de Kérensky y del Gobierno provisional —escribió la esposa de Kérensky— se vio completamente destruido por el asunto Kornilov, y él se quedó casi sin partidarios.»[85] El directorio de cinco hombres, que se estableció el 1 de septiembre y sirvió de frágil estructura para la propia dictadura de Kérensky hasta que se resolviera la cuestión del poder en la conferencia democrática de mediados de septiembre, estuvo formado por mediocridades desconocidas.[88*] El único logro de este Gobierno de *opera buffa* fue declarar a Rusia «república», aunque esto era formalmente una prerrogativa de la Asamblea Constituyente. Era típico de un Gobierno que existía sólo sobre el papel: nadie le prestó atención. Más allá de los pasillos del Palacio de Invierno, todos los decretos de Kérensky fueron ignorados. Existía un vacío de poder; sólo era cuestión de esperar a ver quién se atrevería a llenarlo.

IV Hamlets del socialismo democrático

«On s'engage et puis on voit.» A Lenin le gustaba citar esta máxima de Napoleón. Expresaba a la perfección su propia filosofia revolucionaria: las revoluciones no se hacen a sí mismas, sino que tienen que llevarlas a cabo sus dirigentes. Desde hacía tiempo la historia había dejado de ser el registro de los logros de hombres extraordinarios: todos somos ahora historiadores sociales. Sin embargo, el curso de la historia está lleno de giros inesperados que sólo pueden ser explicados por las acciones de los grandes dirigentes. Esto es así particularmente en el caso de las revoluciones, cuando la marea de los acontecimientos puede ser tan fácilmente cambiada. La toma del poder en octubre es un buen ejemplo: pocos acontecimientos históricos de la era moderna ilustran mejor el efecto decisivo de un individuo en el curso de la historia. Sin la intervención de Lenin probablemente nunca hubiera sucedido en absoluto; y la historia del siglo XX habría sido muy distinta.

El papel de Kérensky aparece en un acentuado contraste: era bastante incapaz de controlar los acontecimientos. Quienes estuvieron cerca de él durante las últimas semanas dan testimonio de su creciente aislamiento, de su débil voluntad, del miedo paralizante que le producía la izquierda y de su indecisión fatal para adoptar medidas adecuadas contra ella. La tensión constante y las noches insomnes de 1917 se habían cobrado un pesado tributo en él, y ahora vivía con ayuda de la morfina y de la cocaína. Ekaterina Breshko Breshkovskaya, la eserista veterana y «abuela de la revolución», se había mudado al Palacio de Invierno con Kérensky (los murmuradores la llamaban su «abuelita»). A finales de julio los dirigentes bolcheviques se reunieron en Petrogrado para la Sexta Conferencia del Partido. Ekaterina suplicó a Kérensky que los arrestara, pero él se negó, alegando que ni siquiera sabía dónde se reunían. Según David Soskice, el secretario privado de Kérensky, la mujer de cabellos grises

> se inclinó hasta el suelo ante Kérensky y le imploró varias veces en tono solemne: «Te lo suplico, Alexander Fedorovich, suprime la conferencia, suprime a los bolcheviques. Te suplico que lo hagas, o arruinarán a nuestro país y la revolución». Fue una escena dramática. Ver a la abuela de la Revolución rusa, que había pasado treinta y ocho años

> de su vida en prisión y en Siberia combatiendo por la libertad, ver que esa mujer de elevada cultura y nobleza se inclinaba hasta el suelo a la antigua manera ortodoxa ante el joven Kérensky [...] fue algo que nunca olvidaré. Dirigí mi mirada a Kérensky; su rostro pálido todavía palideció más. Sus ojos reflejaban la terrible lucha que libraba en su interior. Se quedó callado durante un buen rato y al final dijo en voz baja: «¿Cómo puedo hacer eso?». «Hazlo, A. E, te lo suplico», y de nuevo la *babushka* se inclinó hasta el suelo. Kérensky no pudo soportarlo más. Se puso en pie y echó mano del teléfono. «Primero tengo que saber dónde se reúne la conferencia y consultar con Avksentiev», y llamó por teléfono al Ministerio del Interior. Pero Avksentiev no estaba en su oficina, y el asunto tuvo que ser descartado de momento. Imagino que para gran alivio de Kérensky.[86]

La conferencia continuó sin que se produjeran arrestos. Y tres meses más tarde los bolcheviques llegaron al poder.

Uno de los muchos hechos notables acerca de la conquista del poder de los bolcheviques es que fuera esperada durante tanto tiempo sin que nadie adoptara las medidas necesarias para evitarla: tal era la parálisis del Gobierno provisional. Durante la noche del 25 de octubre, mientras los ministros del Gobierno provisional se reunían en el Palacio de Invierno esperando el final, muchos de ellos se sintieron tentados de maldecir a Kérensky por no haber destruido el Partido Bolchevique después de los Días de Julio. Las medidas legales contra ellos ciertamente no habrían disminuido su creciente influencia, porque la verdad era que el Gobierno carecía de los medios y la autoridad para que la represión funcionara contra un movimiento que estaba comenzando a enraizarse en las organizaciones de masas.

La polarización social que se produjo durante el verano proporcionó a los bolcheviques su primer apoyo masivo como partido que basaba su principal reclamo en el rechazo plebeyo de toda autoridad superior. La crisis de Kornilov fue el punto crítico, porque pareció confirmar su mensaje de que ni la paz ni el cambio social radical podrían obtenerse mediante la política de compromiso con la burguesía. Las mayores fábricas de las ciudades importantes, donde el sentido de solidaridad de clase de los obreros estaba más desarrollado, fueron las primeras en sumarse en grandes cantidades a los bolcheviques. A finales de

mayo, el partido ya había obtenido el control de la oficina central de comités de fábrica y, aunque los sindicalistas mencheviques siguieron contando con su ascendencia hasta 1918, también empezaron a conseguir que se aprobaran sus resoluciones en importantes asambleas sindicales. Los activistas bolcheviques de las fabricas tendían a ser más jóvenes, a proceder en mayor cantidad de la clase obrera y a ser mucho más militantes que sus rivales mencheviques o eseristas. Esto los hacía atractivos para los grupos de obreros, tanto especializados como no especializados, que estaban preparándose crecientemente para participar en huelgas violentas, no sólo para conseguir un salario y unas condiciones de trabajo mejores, sino también para controlar el entorno mismo de la fábrica. Cuando creció su red de células de partido en el área de la fábrica, los bolcheviques comenzaron a extraer a sus miembros de entre la clase obrera, y como resultado sus finanzas crecieron gracias a las contribuciones de los nuevos afiliados. En la Sexta Conferencia de Partido celebrada a finales de julio había probablemente doscientos mil bolcheviques, que se elevaron quizás a trescientos cincuenta mil en vísperas de octubre, y la inmensa mayoría eran trabajadores manuales.[87]

Los bolcheviques obtuvieron importantes avances en las elecciones a la Duma de la ciudad en agosto y en septiembre. En Petrogrado aumentaron su porcentaje de voto popular y pasaron del 20 por ciento en mayo al 33 por ciento el 20 de agosto. En Moscú, donde los bolcheviques habían obtenido un simple 11 por ciento en junio, llegaron a la victoria el 24 de septiembre con el 51 por ciento de los votos, mientras que el voto eserista pasó de un 56 por ciento a un 14 por ciento, y los mencheviques, de un 12 por ciento a un 4 por ciento. Los kadetes, por otro lado, único partido que representaba los intereses de la burguesía, aumentaron su porcentaje del 17 por ciento al 31 por ciento. Estas elecciones señalaron la polarización política del país en general (Dan las denominó «los resultados de la guerra civil») en la medida en que los votantes optaron por dos partidos extremos dotados de un claro poder de convocatoria de clase. La apatía de los no comprometidos (como los pequeños empleados, comerciantes y auxiliares y dependientes de las tiendas, que no tenían una obvia lealtad de clase ni un partido por el que votar) tuvo mucho que ver con el éxito bolchevique. Seis meses de política infructuosa e incesantes crisis de Gabinete no los habían estimulado a depositar mucha fe en las urnas. Los partidos democráticos llevaron a cabo campañas de baja intensidad y enormes cantidades de votantes se mantuvieron al margen de los colegios electorales. En las elecciones de

Petrogrado la abstención fue de más de un tercio desde mayo, mientras que en las elecciones de Moscú llegó a casi la mitad.[88] Esto, por supuesto, favoreció a los bolcheviques, mucho más ávidos por obtener el poder que ningún otro partido, y mucho mejor organizados. ¿Cuántas conquistas comunistas se han basado en la apatía de los votantes en una democracia?

Un desplazamiento similar hacia los bolcheviques tuvo lugar entre los sóviets. La apatía popular también privó a los mencheviques y a los eseristas de su primitivo ascendiente. La culpa era sólo suya. Para empezar, los sóviets habían sido órganos abiertos y democráticos, donde las decisiones importantes las tomaba una asamblea electiva. Esto hizo su procedimiento de alguna manera caótico, pero también les proporcionó una sensación de excitación y creatividad popular. Cuando los dirigentes soviéticos se implicaron en las responsabilidades del Gobierno, empezaron a organizar el trabajo de los sóviets siguiendo líneas burocráticas, y esto los alejó de los obreros. Las asambleas comenzaron a decaer en frecuencia y asistencia conforme la iniciativa se desplazaba hacia las ejecutivas y sus comisiones cuasi gubernamentales, cuyos miembros eran nombrados cada vez más por las camarillas del partido. De órganos populares de autogobierno directo, los sóviets empezaban ya a transformarse en complejas estructuras burocráticas, aunque este proceso se asocia más comúnmente con el período posterior a 1917. En esta época, parecía un desarrollo natural: los propios trabajadores carecían de la experiencia política necesaria para enfrentarse a las responsabilidades de gobierno, mientras que los partidos del Sóviet, a causa de su antigua camaradería dentro del movimiento revolucionario, automáticamente se consideraba que estaban exentos del abuso faccionalista del poder que posibilitaba tal centralización. Esto era una ingenuidad, y sólo ayudaba a los bolcheviques, maestros indiscutibles de la política faccional, que emplearon de manera creciente tales tácticas para asegurarse el control de las ejecutivas soviéticas. En docenas de sóviets provinciales los bolcheviques se las arreglaron para obtener mayoría en la ejecutiva, aunque fueran sólo una minoría en la asamblea. Fue especialmente corriente en aquellos lugares donde una sección de obreros controlados por los bolcheviques se fundió con una sección de soldados o campesinos, y, a causa de su «papel dirigente» en el movimiento revolucionario, recibieron más escaños en la ejecutiva: en el Sóviet provincial de Samara, por ejemplo, los bolcheviques representaban el 75 por ciento de la ejecutiva, pero sólo el 26 por ciento de la asamblea.[89]

Pero el creciente dominio de los bolcheviques en los sóviets no se debió

solamente a su esquema faccional: trabajaban no sólo desde arriba, sino también desde abajo. La burocratización de los sóviets los había distanciado de la vida de los obreros corrientes, que empezaron a alejarse de ellos y, o perdieron todo el interés en la política, o más bien volvieron la vista hacia organismos *ad hoc*, tales como los comités de fábrica, para que tomaran la iniciativa. Esto proporcionó mayor fuerza a la campaña de los bolcheviques, en buena medida canalizada a través de las organizaciones populares, para la retirada de los dirigentes mencheviques y eseristas de los sóviets como parte del empuje leninista hacia el poder soviético. La revitalización de los sóviets en vísperas de la crisis de Kornilov coincidió así con su radicalización desde abajo, a medida que las fábricas y las guarniciones rechazaron la coalición de mencheviques y eseristas en favor de los maximalistas (bolcheviques, anarquistas y eseristas de izquierdas), que exigían la asunción del poder soviético.

En fecha tan temprana como agosto, los bolcheviques habían obtenido el control de los sóviets en Ivanovo-Voznesentsk (el «Manchester ruso»), Kronstadt, Ekaterinburg, Samara y Tsaritsyn. Pero después de la crisis de Kornilov muchos otros sóviets los siguieron: Riga, Saratov y el propio Moscú. Incluso el Sóviet de Petrogrado se rindió ante los bolcheviques. El 31 de agosto aprobó una moción bolchevique que condenaba la política de coalición de los dirigentes del Sóviet y exigía el establecimiento de un Gobierno soviético. La mitad de los delegados con derecho a voto no había estado presente en esta histórica reunión, aunque algunos delegados mencheviques y eseristas habían votado contra sus dirigentes de partido. Los dirigentes amenazaron con dimitir si el voto no cambiaba en una segunda reunión el 9 de septiembre. Pero una vez más la moción de los bolcheviques salió triunfante. Trotsky, que aparecía por primera vez después de su liberación de la cárcel, descargó el golpe retórico decisivo al obligar a los dirigentes soviéticos a admitir que Kérensky, que por esta época ya era ampliamente considerado como «contrarrevolucionario», todavía seguía siendo miembro de su ejecutiva. El 25 de septiembre la dirección del Sóviet de Petrogrado fue completamente reestructurada: los bolcheviques ocuparon cuatro de los siete escaños de la ejecutiva y Trotsky reemplazó a Chjeidze en la presidencia.

Este fue el principio del fin. En palabras de Sujanov, el Sóviet de Petrogrado se había convertido en «la guardia de Trotsky, dispuesta a acabar con la coalición a una señal de él».[90]

La causa bolchevique se fortaleció enormemente con la entrada de Trotsky en

el partido. Nadie más en la dirección era tan buen orador público como él, y durante gran parte del período revolucionario fue esto lo que convirtió a Trotsky, quizás incluso más que a Lenin, en el dirigente bolchevique mejor conocido de todo el país.[89*] Mientras Lenin seguía siendo el estratega máximo del partido, trabajando fundamentalmente entre bastidores, Trotsky se convirtió en su principal fuente de inspiración pública. Durante las semanas previas a la toma del poder habló casi cada noche ante una sala abarrotada en el Cirque Moderne. Con su voz agudamente timbrada, su lógica penetrante y su estilo brillante, mantenía a sus oyentes hechizados con sus denuncias contra el Gobierno provisional. Había una cualidad literaria, casi homérica, en su oratoria (algunos de sus discursos fueron grabados). Brotaba de su gran facilidad de expresión, de la riqueza de imágenes, del ritmo poderoso y del *pathos* de su discurso, y, quizá por encima de todo, del sencillo estilo narrativo que utilizaba para envolver a los oyentes en el drama moral del que extraía sus conclusiones políticas. Siempre procuraba utilizar ejemplos y comparaciones tomados de la vida real de su audiencia. Esto proporcionaba familiaridad a sus discursos y granjeó a Trotsky la reputación popular de ser «uno de los nuestros»,[91] también le otorgó un extraordinario poder para dominar a la muchedumbre, incluso a veces cuando le era tremendamente hostil. El incidente con Chernov durante los Días de Julio fue un buen ejemplo, al igual que las ocasiones, durante la guerra civil, en que Trotsky persuadió a peligrosas bandas de desertores del Ejército Rojo para que regresaran al frente a combatir contra los blancos.

Trotsky llevó al Mezhraionka consigo al partido. El Mezhraionka, o grupo interdistrito, era una facción de socialdemócratas internacionalistas con buenos contactos en la guarnición de Petrogrado. Su importancia provenía menos del número de sus seguidores (que ciertamente eran menos de cuatro mil) que de la importancia de sus dirigentes. Realmente, no era más que una colección de generales brillantes sin ejército. Sin embargo, en ellos los bolcheviques pudieron ganar a algunos de sus organizadores, teóricos, polemistas y agitadores de mayor talento: Trotsky, Lunacharsky, Antonov-Ovseenko, Ryazanov, Uritsky, Manuilsky, Pokrovsky, Yoffe y Volodarsky. Muchos de ellos estaban destinados a representar un papel importante en la toma del poder y en el desarrollo posterior del régimen soviético.

La fortuna creciente de los bolcheviques durante el verano y el otoño se debió esencialmente al hecho de que eran el único partido político de importancia que seguía comprometido sin concesiones hacia el poder soviético.[90*] Merece la

pena subrayarlo, porque una de las concepciones erróneas más básicas acerca de la Revolución rusa es que los bolcheviques iban a llegar al poder subidos en una marea de apoyo popular hacia su partido. La insurrección de octubre fue un *coup d'État,* activamente apoyado por una minoría de la población (y que ciertamente contaba con la oposición de varios dirigentes bolcheviques), pero tuvo lugar en medio de una revolución social que se centró en la conciencia popular del poder soviético como la negación del Estado y el autogobierno directo del pueblo, en buena medida semejante al antiguo ideal campesino de la *volia.* El vacío político provocado por esta revolución social permitió a los bolcheviques hacerse con el poder en las ciudades y consolidar su dictadura durante el otoño y el invierno. El lema «todo el poder a los sóviets» fue una herramienta útil, una bandera de legitimación popular que cubría la desnudez de la ambición de Lenin (que quedaba mejor expresada como «todo el poder para el partido»). Más adelante, cuando se destapó la naturaleza de la dictadura bolchevique, el partido se enfrentó a la oposición creciente de aquellos grupos sociales que precisamente en 1917 se habían agrupado en torno al lema soviético.

La exigencia popular de poder soviético nunca se había expresado como una preferencia por la dictadura de algún partido particular. El torrente de resoluciones, peticiones y declaraciones de las fábricas, las unidades militares y las aldeas en apoyo de un Gobierno soviético después de la crisis de Kornilov pedían invariablemente que todos los partidos socialistas formaran parte de su establecimiento, y a menudo manifestaban gran impaciencia ante las disputas faccionales entre ellos. Su lenguaje político había permanecido básicamente inmutable desde 1905. La imagen dominante en ellos era la de «el pueblo», el *narod,* en una lucha en favor de la libertad contra un régimen opresor, la Kerenshchina. El Kérensky último, es cierto, ahora era descrito como «burgués», lo que sin duda reflejaba la creciente influencia de los agitadores marxistas y de los bolcheviques en particular. Pero el concepto básico de estas resoluciones, que los agitadores simplemente articularon en el lenguaje de clase, siguió siendo esencialmente una lucha popular entre «nosotros» y «ellos», el *nizy* y el *verji,* o la gente corriente y la elite privilegiada del Gobierno. Su sentimiento dominante era el de cólera y de frustración porque nada concreto habían obtenido, ni la paz, ni el pan, ni la tierra, seis meses después de la Revolución de Febrero, y a menos que se produjera una ruptura decisiva con la burguesía de la coalición, solamente habría otro invierno de estancamiento.[92]

Lo que los obreros apreciaban en el poder soviético era, sobre todo, la

oportunidad de controlar su propio entorno en la fábrica. Deseaban regular sus propias relaciones laborales, establecer sus propios salarios y condiciones de trabajo y combatir el «sabotaje», la conjura para disminuir la producción instigada por los empresarios conscientes de sus beneficios, a los que muchos obreros culpaban de la crisis industrial. En esta atmósfera acentuada de guerra de clases, la impaciencia estaba aumentando en relación con la dirección del movimiento laboral por parte de los mencheviques: su política de mediar en las disputas laborales y de conciliación con los empresarios había impedido que creciera la oleada de desempleo. Muchos obreros, especialmente los que estaban bajo la influencia bolchevique, vieron la solución en la incautación (o nacionalización) de su fábrica por un Estado obrero, denominado «poder soviético», que establecería una junta de gestión formada por los obreros, técnicos y funcionarios del Sóviet para asegurar el funcionamiento de la fábrica.[29] Era parte de la creciente conciencia política de los trabajadores el darse cuenta de que sus exigencias sólo podían conseguirse cambiando la naturaleza del propio Estado.

Esta politización se hizo evidente con la dramática explosión de huelgas que paralizaron el país a partir de septiembre. A causa de los efectos generales de la inflación, tuvieron mayor amplitud que las anteriores oleadas de huelgas: trabajadores sin especializar y grupos de la *semiintelligentsia*, como los obreros de los hospitales, de las finanzas y del clero, se vieron obligados a desprenderse de su actitud reacia hacia la huelga en la lucha por enfrentarse con el coste creciente de la vida. Sin embargo, dado que las huelgas eran inefectivas (e incluso contraproducentes) para combatir la inflación, a menudo se vieron acompañadas por demandas políticas más amplias para que toda la economía fuera reestructurada. Las huelgas industriales, todavía las más comunes, tenían muchos más visos de acabar en violencia. No eran nada menos que una batalla por el control del lugar de trabajo y de la economía urbana en bloque. Los sindicatos y los comités de fábrica, que solían tener una influencia moderadora, pronto perdieron el control de estas huelgas militantes. Salieron a la calle y a veces incluso acabaron en conflictos sangrientos entre los obreros (armados, entrenados y organizados por los guardias rojos) y las milicias del Gobierno. Empresarios y administradores fueron agredidos; y donde recurrieron al cierre patronal, los obreros atacaron y ocuparon las fábricas. Algunas huelgas se extendieron hasta incluir a los residentes de todos los distritos urbanos en ataques a panaderías y tiendas, registros caseros y arrestos de los *burzhoois*, de

quienes la multitud sospechaba que acaparaban comida. Hubo también un agudo crecimiento de los saqueos y del crimen, de la embriaguez y del vandalismo, de los conflictos étnicos y de los pogromos antijudíos durante septiembre y octubre.[93] Para las clases urbanas adineradas, las semanas previas a la conquista del poder de los bolcheviques dieron la impresión de ser un descenso hacia la anarquía.

Septiembre también presenció un violento giro en la guerra campesina contra las propiedades de los terratenientes. Con la cercanía de la cosecha otoñal, parecía ser el momento adecuado para un enfrentamiento final con el antiguo orden agrario. Los campesinos estaban hartos de esperar a que el Gobierno provisional cumpliera sus promesas acerca de la tierra, y la mayoría de las aldeas tenía ahora su propia banda de soldados del Ejército dispuestos a dirigirlos en el ataque contra las haciendas. El pogromo, o saqueo violento de una hacienda por la multitud, se convirtió en un fenómeno generalizado en las regiones centrales de las tierras negras, mientras que en los meses anteriores el movimiento campesino se había limitado fundamentalmente a discusiones sobre la renta, la confiscación del ganado y la ocupación organizada de campos arables por el comité de la aldea. En la provincia de Tambov, centenares de mansiones fueron quemadas y destruidas, siendo ostensiblemente su finalidad, tal como lo expresaron los campesinos, el «expulsar a los nobles». Esta violenta oleada de destrucción parece haber comenzado con el asesinato del príncipe Boris Vyazemsky, el propietario de varios millares de hectáreas en la región de Usman, en Tambov. Los campesinos locales habían estado pidiendo desde la primavera que Vyazemsky rebajara sus rentas y devolviera las cien hectáreas de pastos de primera clase que les había quitado como castigo por su participación en la revolución de 1905. Pero Vyazemsky se había negado a ambas cosas. El 24 de agosto unos cinco mil campesinos de las aldeas cercanas ocuparon la hacienda. Fortalecidos por el vodka procedente de las bodegas del príncipe y armados con horcas y fusiles, repelieron a un destacamento cosaco, arrestaron a Vyazemsky y organizaron un sucedáneo de tribunal que decidió enviarle al frente, «para que aprenda a combatir como lo han hecho los campesinos». Pero también hubo gritos de «¡matemos al príncipe, estamos hartos de él!», y antes de que consiguiera llegar a la cercana estación de tren fue asesinado por una turba borracha. La hacienda de Vyazemsky fue entonces destruida; el ganado y los instrumentos, divididos y enviados en carro a las aldeas, y su tierra arable fue cultivada por los campesinos.[94] Pogromos similares se sucedieron por docenas

en otras haciendas, no sólo en Tambov, sino también en las provincias vecinas de Penza, Voronezh, Saratov, Kazán, Orel, Tula y Riazán. En la provincia de Penza unas doscientas cincuenta mansiones (una quinta parte del total) fueron quemadas o destruidas sólo en septiembre y octubre. Un agrónomo dejó una vívida descripción de las haciendas saqueadas en la provincia de Saratov durante el otoño de 1917:

> Por lo que se refiere a los edificios de las haciendas, han sido insensiblemente destruidos y sólo quedan en pie los muros. Las ventanas y las puertas han sido las que han sufrido más; en la mayoría de las fincas no queda ni resto de ellas. Todos los medios de transporte han sido destruidos o robados. Se han llevado la maquinaria pesada, como las trilladoras, las locomotoras y las agavilladoras, por una razón desconocida, y la han tirado a lo largo de los caminos y en los campos. También se han llevado las herramientas agrícolas. Todo lo que podía ser utilizado en las casas campesinas ha desaparecido de las haciendas.

Ni siquiera Yasnaya Polyana, la hacienda de Tolstoi en Tula, escapó de la cólera de los campesinos a los que él había idolatrado en otro tiempo. Sonya, su viuda, que ya era anciana y estaba ciega, cablegrafió a Kérensky pidiéndole ayuda, mientras que sus hijas recogían los libros y los manuscritos de su padre en cajas de madera y los apilaban en el salón, donde esperaron a oscuras a que llegara la multitud que iba a llevar a cabo el saqueo. Se habían armado con cuchillos y martillos para defender su vida si era necesario. Pero los campesinos merodeadores, al ver la casa apagada, llegaron a la conclusión de que ya había sido destruida y se dirigieron hacia la siguiente hacienda.[95]

Este enfrentamiento final con los nobles tuvo lugar por lo general al mismo tiempo que el establecimiento del Sóviet en la aldea o en la ciudad del *volost*. Los campesinos contemplaron los sóviets como la realización de su *volia* largo tiempo acariciada, el gobierno autodirecto de sus aldeas libre de la intervención de la nobleza o del Estado. Los sóviets de las aldeas realmente no eran más que comunas en una forma más revolucionaria. La asamblea del Sóviet no se podía distinguir de la reunión abierta del *sjod* comunal, excepto quizá por el hecho de que los patriarcas de barba blanca ahora se veían eclipsados por los campesinos más jóvenes y con mayor educación, tales como Semyonov, que ayudó a

establecer el Sóviet de Andreevskoe. Los sóviets campesinos a menudo se comportaban como repúblicas aldeanas, prestando escasa atención a las órdenes del Estado central. Muchos de ellos emplearon sus propias fuerzas de policía y establecieron sus propios tribunales, mientras que algunos incluso tenían sus propias banderas y escudos. Casi todos ellos tenían su propia milicia de voluntarios, o Guardia roja, organizada por los campesinos más jóvenes procedentes del Ejército para defender la aldea revolucionaria y sus fronteras.[96]

La masa de obreros y campesinos se estaba desplazando inexorablemente hacia sus propias concepciones localistas del Gobierno soviético. Sólo un Gobierno soviético podía esperar tener alguna autoridad real en el conjunto del país. Así había sido desde la Revolución de Febrero. Pero una y otra vez los dirigentes soviéticos habían decidido ignorarlo (su fe dogmática en la necesidad de un «estadio burgués de la revolución» los había comprometido a la desesperanzada tarea de intentar mantener el funcionamiento de la coalición), y cada vez que las calles se habían alzado al grito de «poder soviético» habían decidido taparse los oídos. Y sin embargo, al final, en vísperas de la crisis de Kornilov, pareció que había llegado el momento de que los partidos socialistas realizaran una ruptura decisiva y formaran un Gobierno propio. Los kadetes, el socio burgués más importante de la coalición, habían quedado profundamente desacreditados por su apoyo al general «contrarrevolucionario», mientras que los partidos socialistas se veían empujados por sus propios partidarios de las bases hacia el poder soviético. Estaba comenzando a surgir, durante la primera mitad de septiembre, la posibilidad de que todos los partidos socialistas importantes, desde los socialistas populares, en la derecha, a los bolcheviques, en la izquierda, pudieran unirse para formar un Gobierno basado exclusivamente en los sóviets y en otras organizaciones democráticas. Se trató de un momento histórico único, una oportunidad efímera para que la revolución siguiera un curso diferente del que siguió. Si se hubiera aprovechado esta oportunidad, Rusia podría haberse convertido en una democracia socialista más que en una dictadura comunista; y, como resultado, la sangrienta guerra civil (que en el otoño de 1917 era probablemente inevitable) podía haber durado unas semanas en lugar de años.

Los tres partidos soviéticos principales se estaban orientando hacia la idea de un Gobierno socialista, o al menos hacia una ruptura decisiva con la burguesía, en las semanas que siguieron a la crisis de Kornilov. La facción izquierdista

menchevique de Martov, que favorecía un Gobierno pansocialista, estaba ganando partidarios rápidamente entre las bases del partido. Bajo su presión, el Comité Central menchevique se comprometió a la formación de un «Gobierno democrático homogéneo» el 1 de septiembre. Los eseristas de izquierdas estaban también ganando terreno, emergiendo efectivamente como un partido separado después de la crisis. Sus tres políticas más importantes (un Gobierno socialista basado en el Sóviet, la confiscación inmediata de las haciendas de la nobleza y el final de la guerra) no podían haber sido mejor trazadas para que encajaran en las exigencias de las bases eseristas, en la masa de los campesinos y soldados; aunque era tal su desilusión con Kérensky y Chernov que muchos de ellos abandonaron a los eseristas y se desplazaron directamente hacia los bolcheviques. El Sóviet provincial de Saratov, feudo de los eseristas, se convirtió en bolchevique durante septiembre.[97]

Los bolcheviques también estaban dándole vueltas a la idea de una coalición socialista basada en los sóviets. Kamenev, por supuesto, siempre había estado a favor. Había estado luchando durante todo este tiempo para mantener la campaña bolchevique dentro del movimiento soviético y de las instituciones democráticas de la Revolución de Febrero. Tal como él lo veía, el país no estaba maduro para un alzamiento bolchevique, y cualquier intento de este tipo estaba condenado a acabar en una guerra civil y en la derrota del partido. Sería otra vez la Comuna de París. Desde su punto de vista, los bolcheviques no tenían ninguna elección, salvo la de continuar con la estrategia de intentar obtener el apoyo en los sóviets, en las dumas de las ciudades y finalmente en la Asamblea Constituyente mediante unas elecciones democráticas. También tenían que persuadir a los mencheviques y a los eseristas para que quebraran la coalición y se unieran a ellos en un Gobierno socialista.

Hasta la crisis de Kornilov, Lenin se había opuesto radicalmente a la idea de cualquier compromiso con los dirigentes del Sóviet. Después de los Días de Julio había abandonado toda esperanza de llegar al poder a través de los sóviets: tal como él lo veía, el Gobierno provisional había sido capturado por una «dictadura militar» comprometida en una «guerra civil» contra el proletariado; los sóviets habían perdido su potencial revolucionario y estaban siendo arrastrados, «como ovejas al matadero», por un grupo de dirigentes inclinados a apaciguar la «contrarrevolución». La única opción que quedaba era renunciar al lema «todo el poder a los sóviets» y provocar un alzamiento armado para transferir el poder a los órganos proletarios rivales bajo la dirección del Partido

Bolchevique. Resultaba revelador de la actitud de Lenin hacia los sóviets, en cuyo nombre iba a fundarse su régimen, que siempre que no llegaban a servir a los intereses de su partido, estaba dispuesto a acabar con ellos. Resulta bastante erróneo afirmar, como hizo Isaac Deutscher en cierta ocasión, que Lenin estaba planeando convertir el congreso de los sóviets en la fuente constitucional del poder soberano, como la Cámara de los Comunes inglesa, con los bolcheviques gobernando a través de este congreso a la manera de un partido parlamentario occidental.[91*] Lenin no era un constitucionalista soviético, y todas sus acciones después de octubre dieron testimonio de ello. Los sóviets, según su esquema, siempre tenían que estar subordinados al partido. Incluso en *El Estado y la Revolución* (supuestamente su obra de teoría política más «libertaria», que concluyó en esta época) Lenin subrayó la necesidad de un Estado partidista fuerte y represivo, una dictadura del proletariado, durante el período de transición hacia la utopía comunista, cuando el «Estado burgués» tendría que ser aplastado. Apenas mencionó a los sóviets.[98]

Sin embargo, en vísperas de la crisis de Kornilov, que había visto a los dirigentes de los sóviets desplazarse hacia la izquierda, incluso Lenin estaba preparado para considerar la idea de un compromiso con ellos. No es que renunciara a su finalidad última de una dictadura bolchevique. «Nuestro partido —aseguró a su ala izquierda el 1 de septiembre en su artículo "Sobre los compromisos"— busca el dominio político *por sí mismo*.» Pero el movimiento hacia la izquierda de los sóviets, que se producía en beneficio del partido, abría la perspectiva de avanzar una vez más hacia el poder soviético mediante medios pacíficos. Los bolcheviques, después de todo, tenían entonces posibilidades de convertirse en una fuerza dominante en cualquier gobierno que se basara en los sóviets (y esto fue lo que indujo a Lenin a considerar que, en esencia, tal como él decía, sería «nuestro regreso a la exigencia anterior a julio de todo el poder para los sóviets»). Durante la noche que desembocó en la apertura de la conferencia democrática, el 14 de septiembre, cuando la cuestión del poder tenía que verse resuelta, Lenin apoyó los esfuerzos de Kamenev para persuadir a los mencheviques y a los eseristas de que rompieran con la coalición y se unieran a los bolcheviques en un Gobierno socialista basado en los sóviets. Si los dirigentes del Sóviet aceptaban asumir el poder, los bolcheviques renunciarían a su campaña en favor de un alzamiento armado y competirían por el poder en el seno del movimiento de los sóviets. Pero la implicación de Lenin seguía siendo clara: si los dirigentes de los sóviets se negaban a hacerlo, el partido debería

prepararse para la conquista del poder.[99]

El destino de Rusia dependía así de las acciones de los dirigentes de los sóviets en la conferencia democrática. Éste fue el momento en que su dirección nacional se vio sometida a una prueba crucial; y no estuvo a la altura. La conferencia tuvo lugar en el Teatro Alexandrinsky, que demostró ser un escenario adecuado, porque la reunión terminó en una farsa. Allí se evidenciaron inmediatamente tres agrupamientos políticos claros: la derecha, que favorecía una coalición con los kadetes; el centro, que favorecía una coalición con la burguesía pero sin los kadetes, y la izquierda, que apoyaba un Gobierno socialista, basado en los sóviets o más ampliamente en los grupos democráticos representados en la conferencia. Pero cuando se llegó al momento de votar se produjo una confusión total. Para empezar, la conferencia aprobó una resolución (por 766 votos a 688) que apoyaba el principio general de una coalición con la burguesía. Pero después aprobó dos enmiendas ulteriores que excluían a los kadetes de semejante coalición. Esto irritó de tal manera a la derecha que ésta hizo causa común con la izquierda en una segunda votación sobre la resolución original y la derrotaron por 813 votos a 183. Después de cuatro días de debate, la conferencia había terminado sin una opinión sobre la cuestión vital para la que se había convocado. No fue ni la primera ni la última vez, en la breve e interrumpida historia del movimiento democrático ruso, que la habilidad básica de la toma de decisiones parlamentaria se reveló mucho más allá de sus dirigentes; pero fue quizás el más crítico en términos de sus consecuencias.

Una delegación extraordinaria de los miembros de la conferencia fue convocada apresuradamente para resolver la crisis de gobierno. Estaba dominada por los dirigentes eseristas y mencheviques favorables a una coalición, que en contra del claro voto de la conferencia, inmediatamente abrieron negociaciones con los kadetes. El 24 de septiembre se llegó a un acuerdo, y al día siguiente Kérensky nombró a su Gabinete. En esencia era el mismo compromiso político que la segunda coalición de julio, con los socialistas moderados manteniendo técnicamente una mayoría de las carteras y los kadetes controlando los puestos clave. Pero la tercera coalición no tenía nada del talento ministerial, por poco que hubiera sido, de su antecesora. Estaba formada por kadetes de segunda fila y oscuros trudoviki provinciales sin ninguna experiencia real de gobierno a escala nacional. Los socialistas hubieran deseado que fuera responsable ante el preparlamento, un organismo ficticio y en última instancia impotente nombrado por la conferencia democrática con la vana esperanza de proporcionar a la

república alguna forma de legitimidad hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente (Plejanov la denominó «la casita de las patas de pollo»). Pero los kadetes los habían obligado a renunciar a esta exigencia como precio por su participación en la coalición. El Gobierno provisional iba a seguir siendo *de iure* el poder soberano hasta que se reuniera la Asamblea.[100] Pero ¿este nuevo Gabinete de opereta llegaría a durar tanto? Sin el poder *de facto*, se manifestó incapaz de aprobar una legislación significativa y sólo esperó a mantenerse en el cargo hasta las elecciones de noviembre. Supervivencia durante seis semanas, ése era el resumen de sus minúsculas ambiciones, y, sin embargo, sólo duró cuatro.

El fracaso de la conferencia democrática fue una confesión pública de la bancarrota política de los dirigentes del Sóviet. Después de esta admisión final de su actitud reacia a asumir el poder, se produjo un repentino y agudo colapso en el apoyo de los mencheviques y eseristas. El partido menchevique prácticamente había dejado de existir en Petrogrado a finales de septiembre: la última conferencia interurbana del partido fue incapaz de reunirse por falta de quórum. No era sólo su rígido dogmatismo marxista el que había mantenido a los dirigentes mencheviques dentro de la coalición, sino un fracaso mucho más fundamental a la hora de reconocer a las fuerzas sociales y políticas que habían estado actuando durante 1917. «Casi desde el principio —escribe Leo Haimson, el historiador más importante de los mencheviques—, se habían encontrado intentando dominar valientemente un caos que gradualmente había terminado por abrumarlos. Nada en esta experiencia había demostrado ser familiar, o transcurrir según las expectativas.» No habían llegado a ver que su propia base de apoyo, los obreros industriales, se estaba radicalizando, y que sólo un Gobierno de los sóviets podía tener la esperanza de obtener alguna autoridad real sobre ellos. Ciegos por su propio compromiso para con el Estado, que les había hecho defender el principio de coalición a cualquier coste, dejaron de actuar o de pensar como revolucionarios y rechazaron el creciente radicalismo de los obreros y el apoyo hacia los bolcheviques como una manifestación de su «ignorancia» e «inmadurez»; y esto lo afirmó en su creencia dogmática de que los sóviets no estaban preparados para el poder.[101] Los dirigentes eseristas fueron culpables de un autoengaño similar en su ingenua creencia de que la exigencia del campesinado de una reforma agraria fundamental, sobre la que el partido eserista se había basado, podía ser aplazada hasta el final de la guerra y la resolución de la cuestión del poder en la Asamblea Constituyente. Los

campesinos eran cada vez más indiferentes al resultado de la guerra y a la forma de gobierno nacional: todo lo que querían era paz, tierra y libertad, tal como quedó expresado en la *volia* de sus propios comités y sóviets autónomos de aldea. Esto sería evidente con la desgraciada lucha de los eseristas durante 1918 para invalidar el Tratado de Brest-Litovsk y unir a los campesinos del Volga en la defensa de la Asamblea Constituyente, después de que hubiera sido clausurada por los bolcheviques.

El fracaso de los eseristas, como el de los mencheviques, fue sobre todo un fracaso en la dirección. Ambos partidos estaban desesperadamente divididos en 1917 sobre dos cuestiones fundamentales: qué hacer con la guerra y dónde establecer el equilibrio entre la revolución social y la política. Sus dirigentes derechistas eran defensistas y enfatizaban enormemente la revolución política; mientras que sus camaradas izquierdistas estaban firmemente comprometidos con la paz y las reformas sociales radicales. Dado el legado histórico de Rusia y la enorme brecha cultural existente entre la *intelligentsia* y las masas, quizá no había una perspectiva real, al menos en 1917, de sostener una revolución política según la tradición europea. Pero una democracia socialista podría haber quedado estabilizada si los dirigentes de los sóviets hubieran llegado al acuerdo de formar una coalición con los bolcheviques en septiembre, y si Lenin posteriormente hubiera aceptado respetar esa coalición. Por supuesto, son condiciones muy ambiciosas. Los eseristas de izquierdas acabaron formando una alianza solitaria con los bolcheviques en octubre, aunque para esa época Lenin no tenía ninguna intención de tratarlos como un socio igualitario; en cuanto a los mencheviques de izquierdas, estaban desesperanzadamente desamparados. Martov, su dirigente, no podía aceptar la idea de llegar a ningún tipo de alianza con su antiguo rival, Lenin, aunque esto era el resultado lógico de su discusión con los defensistas, como reconocieron la mayoría de sus partidarios. Leal al partido hasta el final, Martov siguió estando a bordo de un barco, el del menchevismo, que se hundía.

Trotsky describió a Martov como el «Hamlet del socialismo democrático», y éste es el resumen. Como muchos de los dirigentes veteranos socialistas que se encontraban a la cabeza del movimiento de los sóviets en 1917, Martov era demasiado bueno como intelectual para ser un político de éxito. Siempre se había visto controlado por su propia integridad y acercamiento filosófico a la política. Tendía a elegir a sus aliados por la coherencia de su cosmovisión general más que por la oportunidad temporal o lo práctico de su política. Esto fue lo que le hizo mantenerse fiel a los mencheviques en lugar de desplazarse

hacia una alianza táctica con los bolcheviques en septiembre: dio mayor importancia a los principios marxistas básicos de los mencheviques que a los argumentos puramente políticos de una alianza de este tipo. Esta aproximación de altura intelectual le había ganado a Martov muchos aplausos entre la *intelligentsia* socialista: incluso se dice que Lenin confesó en 1921 que su mayor causa de pesar era «que Martov no está con nosotros. ¡Qué camarada más sublime, qué hombre más puro!». Sin embargo, estos nobles principios son una carga fatal para un dirigente revolucionario, y en el caso de Martov, le convirtieron en blando e indeciso justo cuando era necesario lo contrario.[102]

La misma falta de decisión intelectual fue característica de muchos de los dirigentes soviéticos en 1917, y en este sentido todos ellos pueden ser descritos como Hamlets del socialismo democrático. Chernov fue una figura similarmente trágica en el partido eserista. Como Martov, era un brillante intelectual y un teórico del partido; sin embargo, carecía totalmente de las cualidades necesarias para convertirse en un dirigente revolucionario de éxito. No tenía esa dureza de resolución y voluntad interiores, esa determinación monolítica de llevar a cabo la política, incluso si eso significaba dividir a su propio partido o, ciertamente, ese instinto básico para juzgar cuándo era el momento para golpear y conseguir el poder. Ésa fue la diferencia crucial entre un Chernov y un Lenin, y sobre esa diferencia giró el destino de Rusia.

Con el plan de Kamenev para una coalición socialista destrozado por el fracaso de la conferencia democrática, Lenin regresó a su campaña en el partido en favor de una inmediata revuelta armada. Ya había comenzado a defenderla en dos cartas dirigidas al Comité Central, escritas desde el exilio en Finlandia en vísperas de la conferencia. Los bolcheviques, había señalado Lenin, «pueden y *deben* tomar el poder estatal en sus manos». Podían, porque el partido ya había obtenido una mayoría en los sóviets de Moscú y de Petrogrado, lo que era «suficiente para arrastrar al pueblo con él» hacia cualquier guerra civil, siempre que el partido en el poder propusiera una paz inmediata y entregara la tierra a los campesinos. Debían, porque si se esperaba a la convocatoria de la Asamblea Constituyente, «Kérensky y compañía» llevarían a cabo una acción preventiva contra la transferencia del poder, entregando Petrogrado a los alemanes o retrasando la convocatoria de la Asamblea Constituyente. La conferencia democrática tenía que ser condenada, porque representaba «sólo a los estratos

superiores de la burguesía dispuestos al compromiso. No tenemos que dejarnos engañar por las cifras de las elecciones: las elecciones no prueban nada [...]. La mayoría del pueblo está de nuestro lado». Al recordar a sus camaradas la afirmación de Marx de que «la insurrección es un arte», Lenin había llegado a la conclusión de que «resultaría ingenuo esperar a una mayoría "formal" en favor de los bolcheviques. Ninguna revolución la espera nunca [...]. La historia no nos perdonará si no asumimos ahora el poder».[103]

Estas dos cartas llegaron al Comité Central el 15 de septiembre. Eran, por decir lo mínimo, altamente inconvenientes para el resto de los dirigentes bolcheviques («nos quedamos aterrorizados», recordó Bujarín), puesto que la conferencia democrática acababa de empezar y todavía estaban comprometidos con la táctica conciliadora de Kamenev. Incluso se decidió quemar todas las copias de las cartas salvo una, para que no cayeran en manos de las bases bolcheviques y provocaran una revuelta. El Comité Central continuó ignorando el consejo de Lenin y en su lugar imprimió sus primeros artículos, en los cuales había apoyado la línea de Kamenev. Lenin estaba fuera de sí por la cólera. Aunque todavía temía regresar a Petrogrado (Kérensky había ordenado el arresto de Lenin en la conferencia democrática), se desplazó desde Finlandia hasta la ciudad de descanso de Vyborg, a ciento treinta kilómetros de la capital, para estar más cerca. Durante las semanas siguientes, inundó el Comité Central y las organizaciones de rango inferior del partido con una oleada de cartas impacientes, llenas de frases violentas e insultantes fuertemente subrayadas, en la que los urgía a comenzar la insurrección armada inmediatamente. Condenó la «táctica parlamentaria» de los dirigentes bolcheviques y dio la bienvenida a la perspectiva de una guerra civil («la forma más aguda de la lucha de clases»), que estaban intentando evitar asumiendo equivocadamente que, como los *communards* de París, estaban condenados a la derrota. Por el contrario, insistía Lenin, las fuerzas antibolcheviques no serían más que las que se habían alineado detrás del movimiento de Kornilov, y cualquier «río de sangre» supondría «una victoria segura» del partido.

Finalmente, el 29 de septiembre, en el punto máximo de su frustración, Lenin garrapateó una airada andanada contra los dirigentes bolcheviques, en la que los denunciaba como «miserables traidores a la causa proletaria». Habían deseado retrasar la transferencia del poder hasta el congreso de los sóviets, que tenía que llevarse a cabo el 20 de octubre, mientras que el momento para la toma de poder ya estaba maduro, y cualquier retraso permitiría a Kérensky utilizar la fuerza

militar contra ellos. Los obreros, insistía Lenin, estaban sólidamente agrupados en torno a la causa bolchevique; los campesinos estaban comenzando su propia guerra en las mansiones, eliminando así el peligro de un 18 de Brumario, o una contrarrevolución «pequeñoburguesa» como la de 1849; mientras que las huelgas y los motines en el resto de Europa eran «síntomas indiscutibles [...] de que estamos en *vísperas de una revolución mundial*». «Perder un momento así, y "esperar" al congreso de los sóviets sería una *profunda idiotez*, o una *innegable traición*», y si los bolcheviques se comportaban así, «se cubrirían de vergüenza y se destruirían como partido». Como ultimátum, incluso amenazó con dimitir del Comité Central, permitiéndose la libertad de desarrollar una campaña en favor de un alzamiento armado entre las bases bolcheviques, que tenían que reunirse en la conferencia del partido el 17 de octubre. «Porque es mi profunda convicción que si "esperamos" al congreso de los sóviets y dejamos que pase el presente momento, *arruinaremos* la revolución».[104] La infame «cólera» de Lenin estaba llegando a un punto febril.

¿Por qué insistía tanto Lenin en la necesidad de un alzamiento armado antes del congreso de los sóviets? Todas las señales indicaban que el tiempo estaba de parte de los bolcheviques: el país se estaba desmoronando, los sóviets se desplazaban hacia la izquierda, y el futuro congreso casi con seguridad apoyaría el llamamiento bolchevique en favor de una transferencia del poder a los sóviets. ¿Por qué desencadenar un alzamiento prematuro y correr el riesgo de una guerra civil y de la derrota? Muchos dirigentes bolcheviques habían subrayado la necesidad de que la conquista del poder coincidiera con el propio congreso de los sóviets. Ése era el punto de vista de Trotsky y de otros bolcheviques en el Sóviet de Petrogrado; y puesto que estaban muy bien informados sobre el estado de ánimo de la capital y tendrían que representar un papel dirigente en cualquier alzamiento, su punto de vista gozaba de una enorme influencia en el conjunto del partido. Aunque estos dirigentes dudaban de que el partido tuviera el apoyo suficiente para justificar una insurrección en su nombre, pensaban que podría ser llevado a cabo con éxito en nombre de los sóviets. Puesto que los bolcheviques habían realizado su campaña sobre el lema de poder soviético, se decía que necesitaban el congreso para legitimar tal alzamiento y hacer que apareciera como la obra del Sóviet en su conjunto, más que como la de un partido. Para adoptar esta línea, que habría retrasado la sublevación sólo unos días, Lenin podría haber obtenido un amplio apoyo del partido contra aquellos que, como Kamenev y Zinoviev, eran totalmente contrarios a la idea de un alzamiento. Pero

Lenin era testarudo: la toma del poder tenía que ser llevada a cabo *antes* de que se reuniera el congreso. Continuó insistiendo sobre este aspecto hasta la víspera del propio congreso.

Lenin justificaba su impaciencia con la idea de que cualquier retraso en la toma del poder permitiría a Kérensky organizar medidas represivas contra él: Petrogrado quedaría abandonado en manos de los alemanes, la sede del Gobierno sería trasladada a Moscú y el congreso de los sóviets mismo sería prohibido. Esto, por supuesto, era una estupidez. Kérensky era bastante incapaz de llevar a cabo una acción tan decisiva y, en cualquier caso, como señaló Kamenev, el Gobierno carecía de poder para poner en práctica ninguna medida contrarrevolucionaria. Lenin, según parece por algunos escritos suyos de aquella época,[92*] estaba inventándose deliberadamente el peligro de que Kérensky estaba apretando los tornillos para fortalecer sus propios argumentos para una insurrección preventiva, aunque es posible que hubiera perdido tanto el contacto con la situación real en Rusia, tras haber estado en Finlandia desde julio, que realmente se lo creyera. Había ciertamente rumores en la prensa de que el Gobierno estaba planeando evacuar la capital a inicios de octubre, y éstos reforzaron sin duda su convicción de que había comenzado una guerra civil, y de que la victoria militar recaería en el bando que se atreviera a golpear en primer lugar. *«On s'engage et puis on voit.»*

Pero aparte de la táctica militar había otro motivo para desear la insurrección antes de que se reuniera el congreso de los sóviets. Si el cambio de poder tenía lugar por un voto del congreso, el resultado sería casi con certeza un Gobierno de coalición formado por todos los partidos del Sóviet. Los bolcheviques podían obtener la mayor proporción de las carteras ministeriales si éstas se otorgaban siguiendo una base proporcional, pero todavía tendrían que gobernar en coalición con al menos los eseristas y mencheviques izquierdistas, sino con todos. Esto sería una resonante victoria política para Kamenev, el archirrival de Lenin en el Partido Bolchevique, que sin duda emergería como la figura central en tal coalición. Bajo su dirección, el centro del poder permanecería en el congreso de los sóviets, más que en el partido; e incluso podría producirse un esfuerzo renovado para reunir a los bolcheviques con los mencheviques. Por lo que se refiere al mismo Lenin, corría el riesgo de quedarse fuera del cargo, bien por la insistencia de los mencheviques y los eseristas o por su propia carencia de voluntad de cooperar con ellos. De esta manera, se vería marginado a la periferia izquierdista de su propio partido. Por otro lado, si la toma del poder por los

bolcheviques tenía lugar antes de que se reuniera el congreso, entonces Lenin aparecería como el amo político. La mayoría del congreso probablemente apoyaría la acción bolchevique, proporcionando por lo tanto al partido el derecho a formar un Gobierno propio. Si los mencheviques y los eseristas podían aceptar esta conquista del poder por la fuerza, como un *fait accompli*, entonces habría unos pocos puestos de importancia menor para ellos en el Gabinete de Lenin. De otra forma, no tendrían otra opción salvo la de pasar a la oposición, dejando a los bolcheviques en un Gobierno propio. Los esfuerzos de coalición de Kamenev se verían así socavados, Lenin tendría su dictadura del proletariado y, aunque el resultado inevitablemente sería el de sumergir al país en la guerra civil, esto era algo que el mismo Lenin aceptaba (y a lo que quizás incluso daba la bienvenida) como parte del proceso revolucionario.

Al regresar a la capital, donde vivía oculto en el piso de una obrera del partido, Margarita Fofanova, Lenin celebró una reunión secreta del Comité Central bolchevique el 10 de octubre. La decisión de preparar una insurrección armada se tomó en esta reunión. Fue una de esas pequeñas ironías de las cuales tiene que haber muchas en la historia de cualquier revolución que este acontecimiento histórico tuviera lugar en la casa del menchevique Nikolai Sujanov. Su esposa, Galina Flakserman, era una bolchevique veterana (¡hay que imaginarse sus disputas domésticas!) y le había dicho a su entrometido esposo que esa noche no se molestara en volver a casa desde la oficina en el Smolny, como al parecer era su costumbre. Lenin llegó tarde y disfrazado con una peluca (Kollontai recordó que «se parecía muchísimo a un pastor luterano»), que se sujetó por un momento al entrar en el apartamento y que después siguió ajustándose durante la reunión: en su apresuramiento había olvidado empolvarse y la peluca siguió deslizándose de su brillante cabeza calva. De los veintiún miembros del Comité Central, sólo doce estaban presentes. La decisión más importante de la historia del partido bolchevique, desencadenar una insurrección armada, fue adoptada así por una minoría del Comité Central: fue aprobada por diez votos contra dos (Kamenev y Zinoviev). Se trataba, en efecto, de un «golpe» leninista dentro del partido bolchevique.[93]* Una vez más, Lenin se las había ingeniado para imponer su voluntad sobre el resto de los dirigentes. Sin su decisiva influencia personal, es difícil imaginarse la conquista del poder por los bolcheviques.

En las primeras horas de la mañana siguiente, cuando la reunión se acercaba a su final, Lenin escribió apresuradamente su histórica resolución en un trozo de papel arrancado del cuaderno de un niño. Aunque no se habían establecido ni

fechas ni táctica específica, reconocía «que un alzamiento armado es inevitable, y que ahora es el momento de llevarlo a cabo», e instruía a las organizaciones del partido para que se prepararan al respecto como «la orden del día». Cuando concluyó la reunión, la esposa de Sujanov sacó el samovar y puso la mesa del desayuno con queso, salchichón y pan negro, tras lo cual los bolcheviques comieron con ansia.[105] La conspiración les había abierto el apetito.

11 La revolución de Lenin

I El arte de la insurrección

Algunas de las escenas más dramáticas de la revolución iban a suceder en una escuela destinada a las hijas de la nobleza. El Instituto Smolny, un palacio enorme, clásico, de color ocre, situado en las afueras de la ciudad, había quedado más o menos vacío desde la caída del zar. Después de los Días de Julio la ejecutiva soviética se había visto obligada a trasladar su cuartel general allí desde el más prestigioso Palacio de Táuride. Desde ese momento se convirtió, en palabras de Sujanov, en «la arena interna de la revolución». El Segundo Congreso Panruso de los Sóviets celebrado en octubre, donde se proclamó el poder soviético, tuvo lugar en el salón de baile de blancas columnas donde en otro tiempo las colegialas habían perfeccionado su dominio de los valses y las polcas.

El Smolny no tenía nada de la tranquila gracia arquitectónica del Palacio de Táuride. Como la mayoría de las academias femeninas del siglo XIX, era austero y práctico, más semejante a una prisión que a un lugar para abrir la mente y elevar el espíritu. Esta austeridad parecía reflejar el cambio de estado espiritual existente entre sus ocupantes revolucionarios. Existía un sentimiento general de dureza, de noches insomnes y de improvisación febril dentro del Smolny. John Reed dijo que «zumbaba como una colmena gigante». Las puertas exteriores estaban guardadas por malhumorados centinelas armados, que comprobaban cuidadosamente los pases de todos los que entraban (en cierta ocasión se negó la entrada al mismo Trotsky cuando no pudo encontrar su pase). Los infinitos corredores abovedados, tenuemente iluminados por lámparas eléctricas, estaban llenos de soldados que descansaban y de montones de periódicos. Había un constante movimiento de gente y el sonido de sus pesadas botas sobre los suelos de piedra transmitía un eco ensordecedor. El aire estaba lleno de humo de cigarrillos, los suelos aparecían cubiertos de basura y en todas partes olía a

orines. Señales inútiles aparecían colgadas de las paredes: ¡CAMARADAS, POR VUESTRA PROPIA SALUD, MANTENED LA LIMPIEZA! Pero nadie hacía caso. Las clases de aspecto cuartelero estaban llenas con las oficinas de las diversas organizaciones revolucionarias. En sus puertas, que constantemente se abrían y cerraban, todavía aparecían las antiguas placas esmaltadas con el nombre de las clases; pero sobre aquéllas colgaban crudas señales de papel que informaban a los transeúntes de sus nuevos ocupantes: el Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado, la Oficina de los Comités de Fábrica o la cúpula de algún partido político. El centro de la vida en Smolny era el adornado salón de baile lleno de candelabros, donde se celebraban las tumultuosas sesiones del Sóviet; sobre el estrado donde se sentaba la ejecutiva, había un espacio vacío en la pared, de la que se había retirado el retrato del zar. En la planta baja, en el antiguo refectorio de las chicas, había siempre una inmensa multitud de obreros y soldados hambrientos; muchos de ellos acudían al Smolny con la única intención de comer. Buscaban el alimento como si fueran lobos, sorbían té caliente de las tazas y gritaban obscenidades que las jóvenes señoritas de la escuela Smolny ni siquiera se hubieran podido imaginar.[1]

Con el Comité Central bolchevique atrincherado en la habitación 36, el Smolny se convirtió en un desafio físico a la existencia del Gobierno provisional. La reunión crucial del 10 de octubre había colocado el alzamiento armado en la agenda de los bolcheviques. Pero no habían establecido una fecha. Sin embargo, la mayoría de los dirigentes bolcheviques seguía oponiéndose a la exigencia de Lenin en favor de una insurrección inmediata, mientras que algunos la proyectaban hacia un futuro lejano. «La resolución del 10 de octubre es una de las mejores resoluciones que haya aprobado nunca el Comité Central —declaró Mijail Kalinin—, pero cuándo se producirá esa sublevación es algo incierto; quizás en un año.» El ambivalente estado de ánimo de las calles era la principal causa de preocupación. Todos sentían una fatiga y un descontento generales con la *kerenshchina*. La guerra se había prolongado demasiado tiempo, la gente estaba harta de hacer cola la mitad de la noche para conseguir pan y existía un sentimiento generalizado en las fábricas y en los cuarteles de que el *statu quo* ya no podía ser soportado. Pero ¿«saldrían» los obreros y los soldados de Petrogrado para unirse a un alzamiento? Muchos recordaban los Días de Julio, la pérdida de trabajo de los obreros y las represiones que le siguieron, y eran reacios a arriesgarse a sufrir otra derrota. La organización militar bolchevique, que tomaba el pulso del estado de ánimo en los suburbios de la ciudad, advertía

de manera repetitiva que aunque los obreros y campesinos estuvieran profundamente disgustados y simpatizaran con sus lemas, todavía no estaban listos para atender al llamamiento del partido, si bien podían tomar las calles a petición del Sóviet si éste se encontraba en peligro.

No deseando esperar al Congreso Panruso de los Sóviets, Lenin proyectó sus esperanzas sobre el Congreso Regional de los Sóviets del Norte, que se reunió en Petrogrado del 11 al 13 de octubre. Como recordó Latsis, «el plan era que se declararía Gobierno, y esto sería el principio». Lenin tenía estrechos vínculos con los dirigentes bolcheviques de la región del Báltico: eran ellos los que habían convocado el Congreso Regional del Norte y los que se las habían arreglado para que se celebrara en Petrogrado en lugar de en Helsingfors. Lenin había pasado el verano en la región del Báltico y había llegado a contemplarla como una base vital para el desencadenamiento de la revolución tanto en Rusia como en el resto de Europa. Estaba especialmente impresionado por el celo revolucionario de los letones: componían su guardia personal y, durante los primeros días de Gobierno soviético, el núcleo de los principales chekistas y la elite del Ejército Rojo (Latsis, Eiduck, Peters, Smilga). Los bolcheviques de Riga habían controlado efectivamente su Sóviet desde una fecha tan temprana como el mes de agosto, y Lenin dirigía ahora la vista hacia ellos para importar el principio del poder soviético en Rusia.[94*] En una carta dirigida a Smilga, uno de sus más estrechos asociados durante su verano en el exilio, Lenin había expuesto claramente que veía la insurrección de Petrogrado como una invasión militar procedente de la región del Báltico. «Me parece —había escrito el 17 de septiembre— que sólo tenemos completamente a nuestra disposición las tropas que hay en Finlandia y la flota del Báltico, y que sólo éstas pueden representar un papel militar serio.» El Congreso Regional del Norte iba a proporcionar la señal para esta invasión. Smilga lo había organizado a instancias de Lenin y había asumido el papel de presidente. Los delegados bolcheviques comparecieron armados hasta los dientes y asumiendo claramente que se convertirían en el centro de una sublevación. Pero Lenin se vio frustrado una vez más: la mayoría de los delegados aprobaron la prudente resolución de Kamenev de dejar la creación de un Gobierno soviético al Congreso Panruso que debía inaugurarse el 20 de octubre. Incluso en el Báltico, la región de vanguardia preferida por Lenin, parecía que no existía un apoyo masivo a la idea de una insurrección a instancias del partido.[2]

La misma conclusión quedó sugerida por la prueba presentada en una reunión

del Comité Central el 16 de octubre. Los representantes de la organización militar bolchevique, el Sóviet de Petrogrado, los sindicatos y los comités de las fábricas que asistieron a esta reunión advirtieron de los riesgos de provocar un alzamiento antes del congreso soviético. Krylenko manifestó el punto de vista de la organización militar en el sentido de que el espíritu de lucha de los soldados se estaba desmoronando: «Tendrían que verse impulsados por algo, como la disolución de la guarnición, para echarse a la calle en un alzamiento». Volodarsky, del Sóviet de Petrogrado, confirmó la «impresión general [...] de que nadie está dispuesto a echarse a la calle pero todos saldrán si el Sóviet los llama». El desempleo colosal y el temor al despido retenía a los obreros, según Shmidt, de los sindicatos. Shliapnikov añadió que incluso en el sindicato metalúrgico, donde la influencia del partido resultaba dominante, «un alzamiento bolchevique no es popular, e incluso los rumores al respecto provocan pánico». Kamenev sacó la conclusión lógica: «No existe prueba de ninguna clase de que tengamos que comenzar la lucha antes del día 20 [cuando el congreso de los sóviets tenía que celebrarse]». Pero Lenin siguió insistiendo en la necesidad de realizar preparativos inmediatos y no vio ninguna razón para retraerse basándose en los prudentes informes acerca del estado de ánimo de las masas de Petrogrado: en un *coup d'État* militar, que es como él concebía la toma del poder, sólo se necesitaba una pequeña fuerza, siempre que ésta estuviera bien armada y tuviera una disciplina suficiente. Era tal la influencia de Lenin sobre el resto del partido, que se salió con la suya. Una contrarresolución presentada por Zinoviev prohibiendo el desencadenamiento real de una insurrección antes de que los delegados bolcheviques al congreso de los sóviets hubieran sido consultados fue derrotada por quince votos a seis, aunque el escaso margen de voto, comparado con la mayoría de diecinueve a dos en favor de la convocatoria mucho más vaga de Lenin en favor de un alzamiento en el futuro inmediato, sugiere que varios dirigentes bolcheviques tenían serias aprehensiones sobre la conveniencia de una insurrección antes del congreso de los sóviets, aunque no las suficientes para oponerse de manera abierta al gran dictador.[3] Eso, a fin de cuentas, habría requerido algún valor.

Al final de la reunión, Kamenev declaró que no podía aceptar su resolución, que desde su punto de vista conduciría al partido a la ruina, y presentó su dimisión al Comité Central para llevar a cabo su campaña pública. También exigió la convocatoria de la conferencia del partido, que Lenin había conseguido retrasar: había pocas dudas de que se opondría a la convocatoria de un

alzamiento antes del congreso de los sóviets. El 18 de octubre, Kamenev aireó sus puntos de vista en el periódico de Gorky, *Novaia zhizn'*. «En el momento presente —escribió—, la instigación a una sublevación armada antes e independientemente del congreso de los sóviets sería un paso intolerable e incluso fatal para el proletariado y la revolución.» Esto, por supuesto, significaba levantar la liebre: los rumores de un golpe bolchevique circularon durante semanas, y ahora la conspiración quedaba finalmente expuesta. Trotsky se vio obligado a negar los rumores en el Sóviet de Petrogrado, pero por una vez su actuación resultó menos que convincente. Lenin estaba furioso y, en una señal del tipo de purgas que se producirían en el futuro, denunció a Kamenev y a Zinoviev en la prensa bolchevique. «Esquiroles», «traición», «traidores», «mentiras calumniosas» y «crimen» fueron algunos de los términos que aparecieron en las encolerizadas cartas que envió durante los días 18 y 19 de octubre. «Los señores Zinoviev y Kamenev [éste era el último insulto: ya no eran siquiera "camaradas"] deberían ser expulsados del partido.»[4] Las acciones de este tipo eran las propias de un tirano.

Al publicar estas cartas, Lenin estaba llevando la campaña en favor de un alzamiento al terreno público. Siempre había basado su argumento en una toma previa del poder (antes del congreso de los sóviets) en el peligro (que sobrestimó o, más verosímilmente, se inventó) de que el Gobierno provisional no permitiera que se reuniera el congreso. Todos los informes locales del partido indicaban que, aunque los obreros y soldados de Petrogrado no actuarían siguiendo sólo el llamamiento del partido, muchos lo harían si el Sóviet se veía amenazado. Esto había sido así desde la crisis de Kornilov, cuando había arraigado por primera vez la noción popular de que una «contrarrevolución» seguía oculta en las sombras del régimen de Kérensky. Si los bolcheviques deseaban sacar a sus partidarios a la calle de nuevo, tendrían que convencerlos de que el Sóviet estaba en peligro. Sus adversarios lo hicieron por ellos.

Con el conocimiento público de la conspiración bolchevique, los dirigentes soviéticos decidieron retrasar el congreso de los sóviets hasta el 25 de octubre. Esperaban que estos cinco días adicionales les proporcionarían la oportunidad de reunir a sus partidarios de las provincias lejanas. Pero sólo proporcionó a los bolcheviques el tiempo extra que necesitaban para realizar los últimos preparativos para su alzamiento. Además, otorgó credibilidad a su acusación de que los dirigentes soviéticos estaban planeando hundir el congreso de los sóviets de cualquier forma. Ciertamente, tenían quejas acerca de convocarlo en primer

lugar: cuando lo habían hecho, en el tiempo de la Conferencia Democrática, el desplazamiento en favor de los bolcheviques no había sido todavía plenamente obvio; pero a medida que se acercaba el congreso, se dieron cuenta de que corrían el riesgo de verse derrotados.

Quizá los dirigentes soviéticos habrían sido más inteligentes concentrando sus esfuerzos en exigir fuertes medidas represivas para contrarrestar la amenaza bolchevique. La verdad era que, incluso con una mayoría en el congreso de los sóviets, sus resoluciones no serían suficientes para detener las bayonetas de los bolcheviques. Pero los mencheviques y los eseristas rechazaban la adopción de tales medidas a causa de los sentimientos de camaradería que sentían hacia el Partido Bolchevique. No podían olvidar que sólo unos meses antes habían sido compañeros de lucha en la clandestinidad revolucionaria (y no podían prever que sólo unos meses después se convertirían en víctimas del Terror bolchevique). Se limitaron a cuestiones dirigidas a poner a los bolcheviques al descubierto. Patearon y exigieron que los bolcheviques declararan sus planes ante el Sóviet. «Quiero un sí o un no», insistió Dan, como si los bolcheviques tuvieran la menor intención de dárselo.[5]

La conducta del mismo Kérensky fue igualmente miope. Durante las últimas semanas del Gobierno provisional su comportamiento comenzó a asemejarse al del último zar: los dos se negaron a reconocer la amenaza revolucionaria que se alzaba contra su propia autoridad. En el caso de Nicolás, semejante complacencia había brotado de una desesperación y de una resignación fatalista; pero en el caso de Kérensky, era más bien el resultado de su estúpido optimismo. La popularidad nacional de Kérensky durante los primeros días de la revolución se le había subido a la cabeza. Había llegado a creer en su propio «llamamiento providencial» para guiar «al pueblo» hacia la libertad y, como el zar confinado en su Palacio de Invierno, estaba lo suficientemente apartado de su situación real para no cuestionar esta fe. Como Nicolás, se rodeó de admiradores devotos que no se atrevían a expresar su opinión, y mantuvo la debilidad del Gabinete al hablar constantemente de reestructuraciones. No conocía, o no deseaba conocer, la verdadera extensión de su propia impopularidad.

Sin duda, no había escuchado el chiste que circulaba por todo el país durante las últimas semanas del régimen: «Pregunta: "¿Cuál es la diferencia entre Rusia hoy en día y a final del año pasado?". Respuesta: "Entonces teníamos a Alejandra Fedorovna [la emperatriz], pero ahora tenemos a Alexander Fedorovich" [Kérensky]».

El aislamiento del primer ministro era casi completo. El héroe popular de la primavera se había convertido en el antihéroe del otoño. Había extendidos rumores acerca de su «corrupción moral» (al igual que los había habido en el caso de los Romanov): de lo bien que vivía en el Palacio de Invierno; de su relación amorosa con Elena Biriukova, la esposa de su primo, que vivía con los Kérensky en palacio; de su embriaguez constante, y de su adicción a la morfina y a la cocaína. Los amigos y conocidos telefonearon a la esposa de Kérensky para expresarle su más profunda simpatía. «No podía entender por qué eran tan solícitos —recordó ella más tarde—, pero resultó que había aparecido cierta historia en la prensa izquierdista que aseguraba que Kérensky había abandonado a su esposa y se había fugado con una actriz.» Se rumoreaba falsamente que Kérensky era un judío, lo que en el clima de antisemitismo creado a lo largo de toda la época revolucionaria resultó enormemente dañino para su imagen popular. El mismo Kérensky recordó que cuando huyó del Palacio de Invierno, justo antes de que los bolcheviques conquistaran el poder, vio la siguiente pintada irónica escrita en un muro: ¡ABAJO EL JUDÍO KÉRENSKY, VIVA TROTSKY! También se rumoreaba que a Kérensky le gustaba vestirse con ropa de mujer. Había mucho de femenino en el físico y en los gestos de Kérensky (Gippius le denominó su «revolucionario con aspecto de chica»), y esto le hizo aparecer como alguien débil ante muchos obreros, en particular, ante aquellos que le comparaban bastante desfavorablemente con la masculinidad muscular de los bolcheviques. Más tarde incluso se llegó a rumorear que cuando Kérensky había huido del Palacio de Invierno iba vestido con el uniforme de una enfermera.[6]

Kérensky no sólo perdió su credibilidad en la calle. Los aliados occidentales, que siempre habían sido sus partidarios más fieles, también se volvieron contra él después de la crisis de Kornilov. El Ministerio de Asuntos Exteriores británico quedó claramente convencido de la veracidad de los rumores acerca de su vida privada. Fue bajo la absurda impresión de que su secretario, David Soskice, era un agente alemán y un bolchevique y de que Kérensky mismo estaba a punto de concluir una paz por separado con Alemania. Nabokov, el representante del Gobierno provisional en Londres, pensaba que los británicos habían decidido lavarse las manos con relación a Kérensky, creyendo que «quedaría fuera», una vez que las reformas de Kornilov fuesen rechazadas.[7]

Incluso entre la *intelligentsia* democrática, donde había sido aclamado en el pasado como un héroe popular, Kérensky era ahora vilipendiado. Su antigua patrocinadora, la poetisa y anfitriona Zinaida Gippius, escribió en su diario el 24

de octubre: «Nadie quiere a los bolcheviques, pero nadie está preparado para combatir a favor de Kérensky». Esto lo resume todo. Brusilov, que desde su destitución como comandante en jefe había abogado por la necesidad de crear una milicia civil para combatir a los bolcheviques, encontró que no podía conseguir ni voluntarios ni dinero para pagar mercenarios. Todos maldecían a los bolcheviques pero nadie estaba preparado para hacer algo en su contra. La burguesía y los grupos de derechas no tenían ya nada que ver con el Gobierno provisional, e incluso dieron la bienvenida a su caída. Nadie quería defenderlo, sobre todo si se trataba de monárquicos. Preferían dejar que los bolcheviques se hicieran con el poder, en la creencia de que no durarían mucho y de que conducirían al país a una ruina tan profunda que todos los socialistas quedarían desacreditados, de tal manera que los derechistas podrían imponer su propia dictadura.[8]

Kérensky no prestó atención a la decadencia de su suerte. Continuó confiando en el apoyo del «pueblo» (¿acaso no era su rehén?) y se negó a tomar ninguna medida preventiva contra la amenaza bolchevique. No se llevó a cabo ningún intento de controlar el Smolny o de arrestar a los dirigentes bolcheviques, o de reforzar la defensa de la ciudad, durante la primera mitad de octubre, cuando tales medidas al menos tenían alguna posibilidad de éxito. Parecía creer que cualquier alzamiento bolchevique sería una repetición del fracaso de los Días de Julio. Incluso empezó a rezar para que los bolcheviques realizaran un movimiento de este tipo, creyendo ingenuamente que esto le proporcionaría la oportunidad de ocuparse de ellos de una vez por todas. «Estaría dispuesto a ofrecer mis oraciones para provocar ese alzamiento —dijo Nabokov el 20 de octubre—. Tengo fuerzas mayores de las necesarias. Serán completamente aplastados.»[9] [95*]

Confiado en la victoria, Kérensky declaró la guerra a los bolcheviques. Anunció sus planes de transferir el núcleo de la guarnición de Petrogrado al frente norte, donde los alemanes estaban avanzando en dirección a la capital. Como en vísperas de la crisis de julio, sin duda vio en la amenaza alemana una excelente excusa para librar a la capital de sus soldados indisciplinados; y debió de pensar que, como en julio, la ruptura de la guarnición provocaría una sublevación bolchevique mal planeada. Pero éste, por supuesto, fue un fatal error de cálculo. Proporcionó credibilidad a la acusación bolchevique de que había una «conspiración contrarrevolucionaria» en los círculos del Gobierno, una acusación que necesitaban formular para conseguir apoyo de cara a una

inmediata sublevación. Los bolcheviques insistieron en que Kérensky estaba planeando abandonar la ciudad para clausurar el congreso de los sóviets y asesinar la revolución. Tales temores alcanzaron un estado febril cuando Rodzianko, el antiguo presidente de la Duma, urgió a Kérensky para que hiciera justo eso en un discurso que fue objeto de amplias informaciones en prensa bajo el titular: ¡AL INFIERNO CON PETROGRADO!

Esta era la atmósfera política enormemente cargada en la que el Comité Revolucionario Militar (CRM) pudo pasar por encima de la autoridad del Gobierno provisional en el seno de la guarnición de Petrogrado y convertirse en la principal fuerza organizativa de la insurrección bolchevique. Todo sucedió en cuestión de días —y el secreto del éxito del CRM estuvo en presentarse como un órgano para la defensa del Sóviet. El CRM fue constituido a mediados de octubre, y celebró su primera reunión organizativa el día 20. Como el Comité Soviético para la Lucha contra la Contrarrevolución, que había surgido durante la crisis de Kornilov, fue concebido como un organismo de defensa revolucionaria *ad hoc* (dirigido tanto contra los alemanes como contra la «contrarrevolución»). Su oficina, en el tercer piso del Smolny, estaba formada por tres bolcheviques y dos eseristas de izquierdas, con P. E. Lazimir, un eserista de izquierdas, como su presidente nominal. Esto servía para dar la apariencia de que era una organización del Sóviet, lo que resultaba muy importante, porque los soldados sólo se echarían a la calle en virtud de un llamamiento del Sóviet. Pero, de hecho, el CRM era una organización bolchevique. Sus dirigentes reales eran Trotsky, Antonov-Ovseenko y el marinero del Báltico Dybenko, el gigantesco amante de barba negra de la Kollontai (que era lo suficiente mayor para ser su madre). El papel de los eseristas de izquierdas era lo que Trotsky denominó «camuflaje» para ocultar los planes golpistas de los bolcheviques. El hecho de que los eseristas de izquierdas se permitieran ser utilizados de esta manera dice todo lo que se necesita decir acerca de su ingenuidad política. Sus decisiones estratégicas estaban guiadas por un informe espíritu revolucionario característico de los estudiantes. Eran corderos para el lobo bolchevique. Cuando el CRM decidió llevar a cabo la toma del poder, en unas pocas horas del 25 de octubre, los dos eseristas de izquierdas ni siquiera estaban allí.

La amenaza de traslado al frente provocó inmediatamente un motín general en la guarnición de Petrogrado. La mayor parte de los soldados se negaron a obedecer las órdenes del estado mayor general y manifestaron su lealtad al CRM, que envió comisarios para reemplazar a los comandantes de las unidades.

Las reuniones de soldados expresaron su disposición a «salir» en contra del Gobierno provisional si así se lo ordenaba el Sóviet de Petrogrado. Incluso los regimientos cosacos leales en otro tiempo se sumaron al motín, o permanecieron neutrales. El 21 de octubre el CRM se proclamó a sí mismo como la autoridad que regía la guarnición: era el primer acto de la insurrección. El estado mayor general realizó un último esfuerzo desesperado para conservar una parte de su autoridad llegando a un compromiso con el CRM. Pero era demasiado tarde. Las unidades de la guarnición ya se encontraban bajo el control efectivo de los comisarios. El 23 de octubre el CRM extendió su poder a la fortaleza de San Pedro y San Pablo, cuyo cañón controlaba el Palacio de Invierno. El Gobierno provisional había perdido el control militar efectivo de la capital dos días antes de que empezara el levantamiento armado. Éste fue el hecho esencial de toda la insurrección: sin él no se puede explicar la facilidad de la victoria bolchevique. El 25 de octubre la tarea más importante de cualquier revolución con éxito (la captura de la guarnición de la capital) ya había quedado completada; el Gobierno provisional estaba inerme, y sólo faltaba que los bolcheviques entraran en el Palacio de Invierno y arrestaran a los ministros.

Lo notable de la insurrección bolchevique es que apenas ninguno de sus dirigentes había deseado que sucediera hasta unas pocas horas antes de que comenzara. Hasta avanzada la noche del 24 de octubre la mayoría del Comité Central y el CRM no habían contemplado el derrocamiento del Gobierno provisional antes de la apertura del congreso de los sóviets al día siguiente. Trotsky, que en ausencia de Lenin había asumido de manera efectiva la dirección del partido, subrayó repetidamente la necesidad de disciplina y paciencia. La mañana del día 24 Kérensky había ordenado el cierre de dos periódicos bolcheviques. Trotsky se negó a dejarse arrastrar por esta «provocación»: el CRM debería ser puesto en estado de alerta; las instalaciones estratégicas de la ciudad debían ser tomadas como medida defensiva contra cualquier amenaza «contrarrevolucionaria» ulterior. Pero, como insistió en un mitin de delegados del congreso bolchevique aquella tarde, «sería una equivocación utilizar uno de los carros acorazados que ahora defienden el Palacio de Invierno para arrestar al Gobierno [...]. Esto es defensa, camaradas. Esto es defensa». Más tarde, esa misma noche, en el Sóviet de Petrogrado, Trotsky declaró (y tenía buenas razones para creerlo) que «un conflicto armado hoy o mañana, en vísperas del congreso de los sóviets, no figura entre nuestros planes».[10]

Había poderosas razones para no forzar los acontecimientos en esta hora final.

Los bolcheviques necesitaban la sanción del congreso de los sóviets para otorgar legitimidad a su toma del poder: sin ella no podían ciertamente contar con el apoyo de los soldados y los obreros, e incluso podían correr el riesgo de tener que combatir contra ellos. Los delegados soviéticos ya estaban llegando para la apertura del congreso el día 25, y por su composición daba la impresión de que habría una sólida mayoría favorable al poder soviético. Por lo que se refiere al Gobierno provisional... bueno, parecía cada vez más provisional, y sin duda caería al menor empujón. La noche del día 24 el preparlamento efectivamente había aprobado una moción de censura contra él. Incluso Dan y Gots, que previamente se habían encontrado entre los abogados más obstinados de la coalición, abandonaron a Kérensky y exigieron el establecimiento de un gobierno democrático comprometido con la paz y las reformas radicales. Querían darle publicidad como una proclamación histórica pegada por toda la capital esa misma noche, con la esperanza de que pudiera apaciguar a los insurgentes potenciales y fortalecer la campaña en favor de una resolución pacífica de la cuestión del poder mediante la formación de una coalición socialista. Quizá ya era demasiado tarde para esto: daba la impresión de que se intentaban neutralizar los fusiles bolcheviques con decretos sobre papel. Sin embargo, incluso en estas horas finales existía todavía alguna base para esperar que se pudiera llegar a un acuerdo. La noche del día 24 Kamenev todavía daba vueltas por el Smolny, intentando obtener apoyos para una resolución que exigiera al Congreso la formación de un Gobierno socialista que incluyera todos los partidos del Sóviet; y los eseristas y los mencheviques, cuyos delegados al congreso se reunieron a horas avanzadas aquella misma noche, finalmente se estaban uniendo en apoyo del plan.

Mientras tanto, sin embargo, la insurrección bolchevique ya estaba ganando ímpetu. A pesar del llamamiento en favor de la disciplina que había realizado Trotsky, era difícil detener las medidas defensivas del CRM para que no se convirtieran en una ofensiva general. Cuando cayó la noche, una multitud armada de obreros y soldados bolcheviques se dirigió hacia el centro de la ciudad. Los controles que el Gobierno había establecido en los puentes que dominaban las vías de acceso desde los barrios periféricos fueron tomados por los guardias rojos. Establecieron controles de carretera y patrullaron las calles en coches blindados, mientras que la gente que había asistido a la última sesión teatral se apresuraba a llegar a casa. A primeras horas de la mañana, las fuerzas bolcheviques se habían apoderado del control de las estaciones ferroviarias, del

correo y del telégrafo, del banco estatal, de la central telefónica y de la eléctrica. Los guardias rojos se habían apoderado de las comisarías de policía y habían comenzado a asumir las funciones de la misma policía. Además, los insurgentes contaban con el control de casi toda la ciudad con excepción de la zona central en torno al Palacio de Invierno y a la plaza de San Isaac. Atrincherados en el interior del Palacio de Invierno, los ministros de Kérensky ni siquiera mantenían el control de su propia luz o de sus propios teléfonos. Uno de los ingenieros bolcheviques relacionado con la ocupación de la estación de Nikolaevsky recordó a la guardia que estaba situada al lado de la estatua ecuestre de Alejandro III:

> Se trataba de una noche gélida. Se podía sentir el viento del norte calándole a uno hasta los huesos. En las calles adyacentes a la estación Nikolaevsky grupos de ingenieros se amontonaban tiritando de frío, y miraban atentos en medio de la noche sombría. La luz de la luna creó un escenario fantástico. Las estructuras de las casas parecían castillos medievales, y sombras gigantes seguían a los ingenieros. Ante este panorama, el penúltimo emperador parecía sujetar las riendas de su caballo horrorizado.[11]

Estos primeros éxitos fortalecieron el llamamiento de Lenin para hacerse inmediatamente con el poder. Los dirigentes bolcheviques no deseaban una repetición de los Días de Julio, cuando su propia actitud dubitativa inicial a la hora de apoyar la iniciativa de las calles había concluido con un fracaso. A medida que les llegaban las noticias de los éxitos bolcheviques, iba aumentando la presión para que controlaran la situación y comenzara la insurrección. La intervención de Lenin fue decisiva. Confinado en el piso de Fofanova, se había ido frustrando progresivamente a medida que contemplaba la manera en que se iban desarrollando los acontecimientos del día. A las seis de la tarde garabateó una petición desesperada cursada a las organizaciones del partido en Petrogrado, urgiéndoles a que desencadenaran una insurrección en las horas siguientes, y ordenó a Fofanova que la entregara en el Smolny. El congreso de los sóviets tenía que inaugurarse a la tarde siguiente y, a menos que los bolcheviques ya se hubieran hecho con el poder por aquel entonces, toda su estrategia política estaría condenada. A las diez de la noche, Lenin no pudo aguantar más. Echó

mano de su peluca y de una gorra de obrero, se envolvió la cabeza con una venda y salió en dirección al Smolny, acompañado por el bolchevique finlandés Eino Rajia. Mientras atravesaba el distrito de Vyborg en un tranvía vacío, Lenin abrumó a la pobre conductora con preguntas sobre la última situación y, al descubrir que era una izquierdista, la cubrió de consejos sobre la acción revolucionaria. Desde la estación de Finlandia los dos hombres continuaron su viaje a pie. Cerca del Palacio de Táuride una patrulla del Gobierno los detuvo, pero, según Rajia, confundió a Lenin, que vestía sus peores ropas, con un borracho inofensivo y les dejó continuar su camino.[12] Uno solamente se puede preguntar lo diferente que habría sido la historia si Lenin hubiera sido arrestado.

Poco antes de la medianoche, finalmente llegaron al Smolny. El edificio destellaba con luces, como un transatlántico en medio del oscuro mar nocturno. Camiones y coches blindados se movían de un lado para otro cargados de tropas bolcheviques y armas. Las ametralladoras habían sido emplazadas fuera de las puertas, donde los guardias rojos se movían en torno a una fogata comprobando los pases de los que deseaban entrar en el cuartel general militar de la insurrección. Lenin había llegado sin un pase y, disfrazado, no fue reconocido por los guardias rojos; sólo consiguió entrar después de escurrirse en medio de la multitud. Fue inmediatamente a la habitación 36, donde se reunía el comité bolchevique, y arengó a sus camaradas sobre la necesidad de iniciar la conquista del poder. Se convocó apresuradamente una reunión del Comité Central y, aunque no se levantó acta de la misma, los testimonios de los que estuvieron allí coinciden todos en que Lenin tuvo un papel decisivo a la hora de cambiar el estado de ánimo dominante favorable a la acción defensiva por otro partidario de la acción ofensiva. El Comité Central finalmente dio la orden para que comenzara la insurrección. Se trajo un mapa de la ciudad. y los dirigentes bolcheviques se inclinaron sobre él trazando las líneas principales de ataque y asignando las tareas militares.

Durante un descanso en las deliberaciones, Lenin sugirió elaborar una lista del Gobierno bolchevique para que fuera presentada al Congreso de los Sóviets al día siguiente. Surgió la cuestión relativa a la denominación del nuevo gobierno y de sus miembros. Se pensó que el término «Gobierno provisional» sonaba obsoleto, mientras que denominarse a sí mismos «ministros» parecía demasiado burocrático y respetable. Los bolcheviques, después de todo, gustaban de verse a sí mismos como una organización combatiente: vestían chaquetas de cuero negro y botas militares que les proporcionaban un aspecto viril, mientras que la

mayoría de los otros partidos políticos utilizaban trajes ministeriales.[96*] Fue Trotsky el que adelantó la idea de denominar a los ministros «comisarios del pueblo» imitando a los jacobinos. A todos les agradó la sugerencia. «Sí, es muy bueno —sentenció Lenin—; huele a revolución. Y podemos llamar al Gobierno el "Consejo de Comisarios del Pueblo".» Se aprobaron los nombramientos para los distintos puestos en el Gabinete, aunque al no haber sido derrocado todavía Kérensky el ejercicio parecía bastante prematuro y fue llevado a cabo de una manera un tanto a la ligera. Lenin se tumbó en el suelo, relajado y triunfante. Hizo varios chistes a costa a Kamenev, que había advertido que el partido no podría mantener el poder más de una noche. «No importa —bromeó Lenin—; cuando, al cabo de dos años, sigamos en el poder, estarás diciendo que no podremos sobrevivir más de dos años».[13]

Pocos acontecimientos históricos han sido más profundamente distorsionados por el mito que los que sucedieron el 25 de octubre de 1917. La imagen popular de la insurrección bolchevique, como una lucha sangrienta llevada a cabo por decenas de miles de personas con varios millares de héroes caídos, debe más a *Octubre* (la película propagandística de Eisenstein, brillante aunque en buena medida ficticia, destinada a conmemorar el décimo aniversario del acontecimiento) que a la realidad histórica. La Gran Revolución Socialista de Octubre, como vino a ser denominada en la mitología soviética, en realidad fue un acontecimiento a pequeña escala, que de hecho no pasó de ser un golpe militar, que resultó inadvertido para la vasta mayoría de los habitantes de Petrogrado. Los teatros, los restaurantes y los tranvías siguieron funcionando de manera normal cuando los bolcheviques se hicieron con el poder. Toda la insurrección podría haber concluido en seis horas, si no hubiera sido por la tremenda incompetencia de los mismos insurgentes, que necesitaron otras quince. El legendario «asalto» contra el Palacio de Invierno, donde el Gabinete de Kérensky celebraba su sesión final, fue más bien un arresto domiciliario de rutina, puesto que la mayoría de las fuerzas que defendían el palacio ya se habían marchado a casa, hambrientas y cansadas, antes de que comenzara el asalto. El único daño real que se causó a la residencia imperial en todo el episodio fue una cornisa golpeada y una ventana rota en el tercer piso.

El plan bolchevique era sencillo: los soldados de la guarnición, los guardias rojos y los marineros de Kronstadt iban a apoderarse del palacio Marinsky y a dispersar al preparlamento; a exigir la capitulación del Gobierno provisional y, si se negaba, a hacerse con el control del Palacio de Invierno al recibir una señal

procedente de la fortaleza de San Pedro y San Pablo y del crucero báltico *Aurora.* El CMR esperaba concluir las operaciones al mediodía, a tiempo para que Lenin presentara la conquista del poder como un *fait accompli* ante el congreso de los sóviets. A las diez de la mañana, previendo una rápida victoria, el dirigente bolchevique ya estaba escribiendo los últimos retoques de su manifiesto *A los ciudadanos de Rusia,* que anunciaba el derrocamiento del Gobierno provisional y el traslado del poder al CMR.[14] La primera parte del plan se desarrolló bastante fácilmente: poco antes del mediodía un grupo de soldados y marineros bolcheviques irrumpieron en el Palacio Marinsky y ordenaron a los diputados que se dispersaran. Pero después de eso algunos elementales errores técnicos forzaron al CMR a posponer las operaciones relativas al Palacio de Invierno hasta las tres de la tarde; después, hasta las seis, y luego dejó de pensarse en horarios. La primera interrupción de importancia fue la llegada con retraso de los marineros del Báltico, sin los cuales el CMR no podía avanzar. Entonces se produjo otro problema, incluso más frustrante. El asalto al Palacio de Invierno debía empezar con los cañones pesados de la fortaleza de San Pedro y San Pablo, pero en el momento final se descubrió que eran oxidadas piezas de museo que no podían ser disparadas. Se envió apresuradamente a algunos soldados para que consiguieran otros cañones y los llevaran a los muros de la fortaleza, pero cuando llegaron resultó que no había proyectiles adecuados para ellos. Incluso más surrealista fue el pánico creado por la aparentemente sencilla tarea de subir una linterna roja hasta la cima del asta de la bandera de la fortaleza para indicar el inicio del asalto contra el palacio. Cuando llegó el momento de la acción, no se pudo encontrar ninguna linterna roja. El comisario bolchevique de la fortaleza, Blagonravov, salió en busca de una lámpara adecuada, pero se perdió en la oscuridad y cayó en una zanja llena de barro. Cuando finalmente regresó, la lámpara que había llevado no podía fijarse al asta de la bandera y nunca fue vista por aquellos que tomaban parte en el asalto. En cualquier caso, no era roja.[15]

Desde el punto de vista de Lenin todos estos retrasos eran suficientes para provocar su furia. Para él resultaba vital haber completado la toma del poder antes de la apertura del congreso de los sóviets y, aunque éste también se había retrasado, el tiempo se estaba acabando rápidamente. En torno a las tres de la tarde había dicho ante una sesión abarrotada del Sóviet de Petrogrado que el Gobierno provisional ya había sido derribado. Por supuesto se trataba de una mentira (los ministros todavía se protegían con barricadas en el interior del

Palacio de Invierno), pero eso era un detalle menor: el hecho de la toma del poder iba a ser tan importante para su estrategia política en las siguientes horas que incluso estaba preparado para inventarlo. Cuando la tarde se convirtió en noche, gritó a los jefes del CMR que se apoderaran del Palacio de Invierno sin dilación. Podvoisky recuerda cómo daba vueltas en una pequeña habitación del Smolny, «como un león en la jaula. Necesitaba el Palacio de Invierno a cualquier precio: estaba dispuesto a fusilarnos».[16]

De hecho, las fuerzas bolcheviques que se habían reunido en el centro de la ciudad a esas horas podrían haber entrado con bastante facilidad en el Palacio de Invierno, puesto que su defensa era casi inexistente. Ante el amotinamiento de la guarnición de Petrogrado, Kérensky había intentado traer tropas leales del frente norte. Su orden había sido despachada la noche del día 24 con la firma falsificada de los dirigentes soviéticos, puesto que Kérensky temía que los soldados no obedecieran la autoridad del Gobierno provisional. A la mañana siguiente todavía no había ninguna señal de las tropas y decidió salir en su busca. Con las líneas férreas en manos de los bolcheviques, se vio obligado a viajar en coche; pero era tal la terrible impotencia del Gobierno provisional que ni siquiera tenía un taxi a su disposición; se envió a algunos funcionarios militares para que encontraran un coche. Se apoderaron de un Renault que había ante la Embajada norteamericana (que más tarde presentó una protesta diplomática), mientras que se encontró un segundo coche en el Ministerio de la Guerra, aunque no tenía combustible y se tuvieron que enviar más hombres para que se lo «prestaran» en el hospital inglés. Sobre las once de la mañana los dos carros abandonaron a toda velocidad el Palacio de Invierno y salieron de la ciudad. Kérensky iba sentado en el segundo coche, ondeando la bandera de las barras y las estrellas, lo que sin duda le ayudó a pasar los piquetes del CMR que ya estaban empezando a formarse en torno a la Plaza del Palacio.[17]

La marcha de Kérensky sumió al resto de los ministros en el pánico (por un tiempo ni siquiera supieron dónde estaba). A mediodía se reunieron en el Salón de Malaquita y se prepararon para organizar la defensa del palacio. Pero era una tarea desesperada. Carecían totalmente de experiencia en operaciones militares y pasaron la mayor parte de las siguientes cuatro horas en una discusión fútil y carente de sentido acerca de los posibles candidatos para cubrir el puesto de «dictador» (¿dictador de qué?) antes de decidirse por el médico cadete, y ministro de Bienestar, Nikolai Kishkin. El ingeniero Palchinsky, que recibió el encargo de defender el palacio, ni siquiera pudo encontrar un plano del edificio,

o alguien que conociera su topografía, con el resultado de que una de las puertas laterales quedó sin defensa y los espías bolcheviques pudieron entrar por ella libremente. Ya había algunas fuerzas leales en el interior del palacio, y otras en el exterior, que pasaron la tarde levantando barricadas con pilas de troncos. Kérensky había conservado un pequeño número de tropas en la planta baja desde que entraron en el palacio, y a éstas se unieron ahora dos compañías de cosacos, algunos cadetes jóvenes de las escuelas militares y doscientas mujeres procedentes del Batallón de Asalto de la Muerte; en total, unos tres mil soldados. John Reed, uno de los varios periodistas extranjeros que consiguieron burlar la guardia durante la tarde, describió la escena:

> Al final del pasillo había una habitación grande y adornada con cornisas doradas y enormes lustres de cristal [...]. A ambos lados del suelo de parqué había montones de colchones y mantas sucios, sobre los que algunos soldados se habían tumbado; por todas partes había colillas de cigarrillos, trozos de pan, ropa y botellas vacías con etiquetas de marcas francesas caras. Cada vez más soldados [...] se movían en una espesa atmósfera de humo de tabaco y de gente sin lavar. Uno llevaba una botella de vino de Borgoña blanco, evidentemente birlada de las bodegas de palacio [...]. El lugar era un inmenso cuartel.[18]

El espíritu de combate de los soldados que defendían el Palacio de Invierno era extremadamente débil, sin embargo, y cuanto más esperaban a que atacaran los bolcheviques más se iban asustando. Constantemente recordaban la propaganda del enemigo de que estaban en una situación de enorme inferioridad numérica, y esto dificultaba el mantener su moral. Alexander Sinegub, uno de los oficiales a cargo, recuerda a los soldados fumando, emborrachándose y maldiciendo su desesperada situación mientras los ministros los arengaban sobre la necesidad de mantener la disciplina. Los cosacos estaban particularmente irritados con la idea de tener que combatir al lado de «mujeres con fusiles». No existía ningún auténtico almacén de municiones en el interior del palacio, y el suministro de alimentos no era suficiente para alimentar a todos los soldados ni siquiera durante la cena. A medida que fue avanzando la noche, un número cada vez mayor de estos soldados hambrientos se desmoralizó y abandonó el palacio: la llamada de sus estómagos era más fuerte que la llamada del deber. A primeras

horas de la noche, todos los soldados salvo trescientos habían abandonado las armas y se habían marchado a los restaurantes de la ciudad.[19]

Durante estas últimas horas de espera de lo inevitable, los ministros realizaron un cierto número de fútiles llamamientos al pueblo para lograr ayuda. Aunque todas sus líneas telefónicas habían sido cortadas, seguían teniendo una línea secreta conectada con la oficina militar de Telégrafos situada en el ático del edificio del Ministerio de la Guerra, desconocida para los bolcheviques, que habían ocupado el resto del edificio, desde donde un joven oficial enviaba los últimos llamamientos del Gobierno a las diversas partes del país (más tarde, cuando oyó que el palacio había caído, se puso el abrigo y el sombrero y salió del edificio caminando tranquilamente). John Reed, que vio la gran mesa con tapete verde del Gabinete poco después del arresto de los ministros, la encontró cubierta de docenas de órdenes burdamente garrapateadas, la mayoría de ellas redactadas cuando su inutilidad resultaba evidente. Nadie, al parecer, estaba preparado para sumarse a la defensa del Gobierno provisional. El único intento de hacerlo, llevado a cabo por los diputados de la Duma de la ciudad de Petrogrado, fue una pieza de teatro surrealista que concluyó en farsa. En respuesta a la petición de ayuda de los ministros, los diputados declararon su disposición a «colocarse frente al cañón bolchevique» y desfilaron en columna de a cuatro hacia el Palacio de Invierno cantando *La Marsellesa*. La figura de barba blanca de Schreider, el alcalde de Petrogrado, guiaba a este ejército de salvación junto a Prokopovich, el ministro de Suministros, que llevaba un paraguas para resguardarse de la lluvia que estaba empezando a caer y una linterna para iluminar el camino. Los trescientos diputados, vestidos con sus levitas, sus guerreras de oficiales y sus trajes, llevaban orgullosamente un paquete de pan y salchichón para los hambrientos defensores del Palacio de Invierno. Eran un símbolo andante de la vieja Rusia liberal, decente pero condenada, que estaba a punto de desaparecer. Los diputados habían avanzado menos de un bloque desde el edificio de la Duma cuando fueron detenidos por una patrulla de marineros bolcheviques cerca de la plaza de Kazán. Schreider dirigió su pecho hacia los fusiles y se manifestó dispuesto a morir si no les dejaban pasar. Pero los marineros, sin duda viendo el aspecto cómico de esta protesta impotente, amenazaron con «machacarlos» si no se marchaban a casa. Prokopovich se subió entonces a una caja, y blandiendo su paraguas en el aire pronunció un discurso: «¡Camaradas y ciudadanos! ¡Se está utilizando la fuerza contra nosotros! ¡No podemos permitir que nuestra sangre inocente empape las

manos de estos ignorantes! Está por debajo de nuestra dignidad el que nos fusilen aquí en las calles [...]. ¡Regresemos a la Duma y discutamos la mejor manera de salvar al país y a la revolución!». A continuación los ofendidos diputados dieron la vuelta y marcharon de regreso por la perspectiva Nevsky, manteniendo durante todo el tiempo un digno silencio de derrota.[20]

Mientras tanto, a las siete menos diez minutos de la tarde, el CMR entregó su ultimátum al Palacio de Invierno exigiendo la rendición del Gobierno provisional. Los ministros, que estaban en ese momento cenando *borscht,* pescado ahumado y alcachofas, sintieron todos una solemne obligación de ser valientes y resistir el tiempo que pudieran, aunque algunos estaban preocupados por la posibilidad de que el palacio fuera destruido si el crucero *Aurora,* anclado a lo largo del dique inglés,[97*] abría fuego tal como habían amenazado. Creían que los bolcheviques serían objeto de una condena generalizada si se atrevían a arrojarlos por la fuerza; de manera que el ultimátum fue desoído. Durante bastante tiempo no sucedió nada (los bolcheviques todavía tenían problemas con cañones y linternas defectuosos en la fortaleza de San Pedro y San Pablo); pero a las diez menos veinte de la noche se dio finalmente la señal y el *Aurora* disparó una salva. El terrible sonido de la explosión, mucho más elevado que un disparo real, provocó que los asustados ministros se lanzaran inmediatamente al suelo. Las mujeres del Batallón de la Muerte se pusieron histéricas y tuvieron que ser conducidas a una habitación situada en la parte trasera del palacio, mientras que la mayoría de los cadetes que quedaban abandonaban sus puestos. Después de una breve pausa para permitir que aquellos que lo desearan abandonaran el palacio, Blagonravov dio la orden para que comenzara el fuego real desde la fortaleza de San Pedro y San Pablo, el *Aurora* y la Plaza del Palacio. La mayoría de los proyectiles procedentes de la fortaleza fueron a caer inofensivamente en el Neva. George Buchanan, el embajador británico, que inspeccionó el palacio al día siguiente, sólo encontró tres señales de granada en la parte del edificio que daba al río aunque «en la parte que daba a la ciudad los muros estaban perforados por millares de balas procedentes de las ametralladoras».[21]

Justo cuando se estaba llevando a cabo el bombardeo, a las once menos veinte de la noche, se inauguró finalmente el congreso de los Sóviets. La gran sala del Smolny estaba abarrotada; los delegados estaban de pie en los pasillos y se encaramaban a los alféizares de las ventanas. El aire estaba espeso por el humo azul del tabaco, a pesar de las repetidas peticiones de la tribuna para que los «camaradas» no fumaran. La mayoría de los delegados eran obreros y soldados

vestidos con sus blusas y abrigos; su aspecto sucio y desaliñado contrastaba agudamente con los trajes limpios de los antiguos miembros de la ejecutiva, los mencheviques y los eseristas, sentados en la tribuna por última vez. Sujanov declaró que los «rasgos grises de las provincias bolcheviques» tenían una clara preponderancia entre los delegados del Congreso. Se asombró de su apariencia «oscura», «morosa» y «primitiva», y pensó que reflejaba a un «crudo e ignorante pueblo cuya devoción hacia la revolución era rencor y desesperación, mientras que su "socialismo" era hambre y un inacabable deseo de descanso». Esto, por supuesto, era la forma de hablar menchevique, pero, incluso si pasamos por alto sus términos peyorativos, no hay ninguna duda de que la masa de los delegados tenía ciertamente menos cultura que los sujetos urbanos, especializados y educados que hasta entonces habían constituido la mayoría del movimiento de los Sóviets.

Los bolcheviques no contaban con una mayoría absoluta, como había pensado Sujanov, aunque con el apoyo de los eseristas de izquierdas podían conseguir que se aprobara casi cualquier moción que fuera de su agrado. Aunque las cifras exactas son difíciles de determinar, el Comité de Credenciales del Congreso informó de que 300 de los 670 delegados eran bolcheviques, 193 eseristas (de los que más de la mitad eran eseristas de izquierdas), mientras que 82 eran mencheviques (de los que 14 eran internacionalistas). A causa del laxo reglamento para la selección de delegados y de su superior organización de partido, los bolcheviques se las habían arreglado para asegurarse una proporción de escaños mayor de la que les correspondía. Los sóviets del norte industrial, donde la influencia de los bolcheviques era dominante tanto en las ciudades como en las aldeas semiindustriales, enviaron más representantes de los que se permitía por sus dimensiones, mientras que los del Volga y los del sur agrícola, donde dominaban los eseristas, enviaron menos e incluso en algunos casos boicotearon el congreso. Existía un desequilibrio similar entre los delegados de las fuerzas armadas, con el norte bolchevizado mucho mejor representado que el sur no bolchevizado. Los letones, las tropas más bolchevizadas de todas, representaban más del diez por ciento de los delegados.[22]

De acuerdo con esta correlación de fuerzas, los antiguos dirigentes del Sóviet abandonaron sus escaños en la tribuna; fueron reemplazados por catorce bolcheviques y siete eseristas de izquierdas. Los mencheviques se negaron a ocupar los cuatro escaños que les correspondían.

Los mandatos de los delegados mostraron una abrumadora mayoría en favor de

un Gobierno soviético. El congreso tuvo que decidir cómo debería configurarse éste. Martov propuso la formación de un Gobierno democrático unido basado en todos los partidos del Sóviet: ésta, decía, era la única manera de evitar una guerra civil. La propuesta fue acogida con una explosión de aplausos. Incluso Lunacharsky se vio obligado a admitir que los bolcheviques no tenían nada contra ella (no podían abandonar el lema del poder soviético), y la propuesta fue inmediatamente aprobada por un voto unánime. Pero justo cuando parecía que se iba a formar finalmente una coalición socialista, una serie de mencheviques y eseristas denunciaron amargamente el violento asalto que había sufrido el Gobierno provisional. Declararon que sus partidos, o al menos el ala derecha de los mismos, no tendrían nada que ver con esta «aventura criminal», que estaba condenada a sumir al país en la guerra civil, y abandonaron la sala del congreso en señal de protesta, mientras que los delegados bolcheviques desencadenaban un pateo, silbaban y los insultaban.[23]

La provocación planeada por Lenin, la toma preventiva del poder, había funcionado. Al abandonar el congreso, los mencheviques y los eseristas socavaron todas las esperanzas de llegar a un compromiso con los bolcheviques moderados y de formar un Gobierno de coalición de todos los partidos del Sóviet. El camino estaba ahora abierto para la dictadura bolchevique, basada en el Sóviet, lo que sin duda Lenin había pretendido siempre. En la cargada atmósfera política de la época, es fácil ver por qué los mencheviques y los eseristas actuaron como lo hicieron. Pero es igualmente difícil no sacar la conclusión de que, mediante sus acciones, meramente se entregaron en manos de Lenin y así cometieron un suicidio político. Escribiendo en 1921, Sujanov admitió:

> Desatamos completamente las manos de los bolcheviques, convirtiéndolos en dueños de toda la situación y entregándoles toda la arena de la revolución. Una lucha en el congreso a favor de un frente unido democrático podría haber tenido algún éxito; pero, al abandonar el congreso, entregamos a los bolcheviques el monopolio del Sóviet, de las masas y de la revolución. Por nuestra decisión irracional, aseguramos la victoria de toda la «línea» de Lenin.[24]

El efecto inmediato de su abandono fue dividir las fuerzas de la oposición,

dejando aislados a Martov y a los otros partidarios izquierdistas de una coalición. Martov realizó un llamamiento más desesperado en favor de un Gobierno pandemocrático. Pero el estado de ánimo de la sala estaba cambiando. Tal como la mayoría de los delegados lo vieron, los mencheviques y los eseristas habían demostrado que eran «contrarrevolucionarios» al abandonar el Congreso, y ahora estaban dispuestos a seguir la dirección de los bolcheviques oponiéndose a toda idea de compromiso con ellos. Trotsky se hizo con la iniciativa y, en uno de los discursos más citados del siglo XX, denunció la resolución de Martov a favor de una coalición:

> Las masas del pueblo siguieron nuestro estandarte, y nuestra insurrección se alzó con la victoria. Y ahora se nos dice: «Renunciad a vuestra victoria, haced concesiones, llegad a un compromiso». ¿Con quién? Pregunto: ¿Con esos grupos miserables que nos han abandonado o con aquellos que nos hacen esta propuesta? [...]. Nadie en Rusia está ya con ellos. Un compromiso se supone que se hace entre dos partes iguales [...]. Pero aquí no es posible ningún compromiso. A aquellos que nos han dejado y a aquellos que nos dicen que lo hagamos les decimos: Miserables derrotados, vuestro papel ha concluido; marchaos a donde debéis iros: al sumidero de la historia.

En un momento de cólera, que debe haber lamentado el resto de su vida, Martov gritó: «Entonces nos marcharemos», y se dirigió en silencio hacia la salida sin volver la vista atrás. Mientras lo hacía, un bolchevique vestido con una camisa negra atada por un cinturón de cuero salió al pasillo y le dijo a Martov: «Habíamos pensado que por lo menos Martov se quedaría con nosotros». Visiblemente conmovido por estas palabras, el antiguo camarada de Lenin respondió: «Un día comprenderás el crimen en el que tomas parte». Y de esa manera abandonó el lugar y se dirigió hacia el desierto político.[25]

Eran más de las dos de la mañana y sólo le quedaba a Trotsky, que claramente estaba haciendo el trabajo de Lenin, proponer una resolución que condenara los intentos «traidores» de mencheviques y eseristas por socavar el poder soviético. Efectivamente, esto daría un sello soviético de aprobación a una dictadura bolchevique. La mayoría de los delegados, que probablemente eran demasiado ignorantes para comprender la importancia política de lo que estaban haciendo,

alzaron las manos a favor (¿acaso no eran defensores del poder soviético?). Pero los dirigentes eseristas de izquierdas, que deberían haberlo sabido mejor, fueron igualmente engañados; y también alzaron las manos con la ingenua convicción, como su dirigente, Boris Kamkov, explicó más tarde, de que «nuestro lugar estaba con la revolución» y de que, por unirse a la aventura bolchevique, podrían llegar a dominarla.[26]

Mientras tanto, el asalto final al Palacio de Invierno se estaba acercando a su conclusión. Las fuerzas leales habían abandonado casi todas la defensa del palacio y las tropas bolcheviques pudieron entrar en él a placer. Los ministros, que ahora estaban tendidos en sofás o repantigados en sillas esperando el final, podían oír el ruido de soldados que corrían, de gritos y de disparos procedentes del piso de abajo. Finalmente, en algún momento después de las dos de la madrugada, estos sonidos se hicieron más fuertes: los atacantes bolcheviques estaban subiendo las escaleras y acercándose a la puerta. Resultaba obvio que había llegado el momento de la rendición. Los ministros se pusieron en pie de un salto y (por alguna extraña razón) echaron mano de sus abrigos, cuando la puerta se abrió repentinamente y entró la figura pequeña y poco intimidatoria de Antonov-Ovseenko. «Estáis todos bajo arresto», anunció el dirigente bolchevique. Se llevó a cabo un registro de los ministros. El darse cuenta de que Kérensky no estaba entre ellos encolerizó a los atacantes, uno de los cuales gritó: «¡Clavad las bayonetas a todos estos hijos de puta!». Pero, de todos modos, la disciplina se mantuvo. Los ministros fueron sacados del edificio a pie (no había coches disponibles) en dirección a la fortaleza de San Pedro y San Pablo, donde fueron encerrados en pésimas condiciones durante un cierto número de semanas. Los escoltas bolcheviques tuvieron que defenderlos en el camino de varios intentos de lincharlos en las calles, y seguramente los ministros debieron de sentirse aliviados cuando llegaron finalmente a la seguridad de su prisión. Quizás algunos de ellos secretamente sentían el alivio de no tener que llevar sobre sí la carga de la casi imposible tarea de intentar gobernar Rusia. Cuando la puerta de su celda se cerró, Alexei Nikitin, el depuesto ministro del Interior, encontró en su bolsillo un telegrama medio olvidado procedente de la Rada ucraniana. «Lo recibí ayer —dijo a Antonov-Ovseenko, mientras le tendía el arrugado trozo de papel—: ahora es vuestro problema.»[27]

Le correspondió a Kamenev, lo que resulta bastante irónico, anunciar el arresto de los ministros al congreso de los sóviets. Los bolcheviques lanzaron vítores a medida que se iban leyendo sus nombres. Pero un campesino corpulento, con el

rostro convulso por la cólera, se puso en pie en representación de los eseristas para denunciar el arresto de los ministros socialistas. «¿Sabéis que esos cuatro camaradas, que arriesgaron sus vidas y su libertad combatiendo contra la tiranía del zar, han sido encerrados en la prisión de San Pedro y San Pablo, la tumba histórica de la libertad?» Se produjo un alboroto mientras la gente gritaba, aunque Trotsky, haciendo gestos para que guardaran silencio, contestó denunciándolos como falsos «camaradas» y defendió que no había razón para «tratarlos con guantes de seda». Después de los Días de Julio «no utilizaron muchas ceremonias con nosotros». Kamenev anunció entonces que el Batallón Ciclista se había pasado al «bando de la revolución». Hubo informes acerca de que más tropas vitales procedentes del frente norte se les estaban uniendo. Y entonces Lunacharsky leyó el manifiesto de Lenin *A todos los soldados y campesinos,* en el cual se proclamaba el «poder soviético» y se anunciaban sus promesas de tierra, pan y paz. La lectura de esta histórica proclama, que fue interrumpida constantemente por los atronadores vítores de los delegados, desempeñó un enorme papel simbólico. Proporcionó la ilusión de que la insurrección era la culminación de una revolución llevada a cabo por las «masas». Cuando fue aprobada, poco después de las cinco de la madrugada del día 26, los cansados pero animados delegados salieron del Palacio de Táuride. «La noche era sin embargo pesada y fría —escribió John Reed—. Había sólo una débil palidez que no era terrenal deslizándose por las calles silenciosas, difuminando las hogueras, la sombra de una terrible aurora que se alzaba sobre Rusia.»[28] ¿Cuántas personas tomaron parte en la insurrección? Los historiadores siempre han estado claramente divididos sobre esta cuestión, con los izquierdistas considerando Octubre como una revolución popular empujada desde abajo, y los derechistas considerándola como un *coup d'État* sin ningún apoyo de las masas. En el centro de la cuestión está la naturaleza (y por lo tanto la «legitimidad») del sistema soviético. Y en este sentido es una de las cuestiones fundamentales del siglo XX.

El número de participantes activos en la insurrección no fue muy grande, aunque, por supuesto, debe tenerse en cuenta que no eran necesarias grandes cantidades para llevar a cabo esta tarea, dada la casi completa ausencia de cualquier fuerza militar en la capital preparada para defender al Gobierno provisional. El mismo Trotsky sostuvo que entre veinticinco mil y treinta mil personas «como máximo» estuvieron activamente implicadas (es decir, aproximadamente el 5 por ciento de todos los obreros y soldados de la ciudad), y

esto se apoya en buena medida en cálculos basados en el número de unidades de los guardias rojos, las tripulaciones de la flota y los regimientos que fueron movilizados. La mayoría de ellos se vieron implicados de manera limitada, en actividades tales como custodiar fábricas y edificios estratégicos, formar los piquetes y generalmente «estar presentes». Durante la noche del día 25, había probablemente entre diez mil y quince mil personas alrededor de la Plaza del Palacio; pero no todos ellos en realidad estuvieron implicados en la «toma» del palacio, aunque muchos afirmarían más tarde que habían tomado parte en ella.[98*] Por supuesto, una vez que fue tomado el palacio, intervinieron enormes multitudes de personas, aunque, como veremos, en buena medida se trató de saquear sus bodegas.[29]

Las pocas fotografías que nos han llegado de los días de octubre muestran claramente las pequeñas dimensiones de la fuerza insurgente. Presentan a un puñado de guardias rojos y de marineros que aparecen en calles medio desiertas. Ninguna de las imágenes familiares de una revolución popular (multitudes en las calles, barricadas y combates) aparece entre ellas. Toda la insurrección, como el mismo Trotsky reconoció, fue llevada a cabo como un *coup d'État* con «una serie de pequeñas operaciones, calculadas y preparadas con antelación». Las inmediaciones del Palacio de Invierno fue la única parte de la ciudad seriamente trastornada durante el 25 de octubre. En todos los demás sitios la vida de Petrogrado transcurrió de una manera normal. Los tranvías y los taxis circulaban de manera usual; la Nevsky estaba llena de la gente normal, y durante la noche las tiendas, los restaurantes, los teatros y los cines siguieron permaneciendo abiertos. El Teatro Marinsky continuó con la representación anunciada de *Boris Godunov;* mientras que Shaliapin, el famoso bajo, cantó el *Don Carlos* ante un auditorio abarrotado en el Narodny Dom. En torno a las nueve de la noche John Reed pudo cenar en el Hotel France, cerca de la Plaza del Palacio, aunque después de tomarse la sopa el camarero le pidió que pasara al comedor principal, en la parte de atrás del edificio, porque esperaban que comenzara el tiroteo y querían apagar las luces del café. Incluso el clímax de la insurrección pasó en buena medida inadvertido. Volodya Averbaj se dirigía a casa por la calle Gogol, a menos de un centenar de metros de la Plaza del Palacio, a las once de la noche, mientras los bolcheviques se estaban preparando para su asalto final al Palacio de Invierno. «La calle estaba completamente desierta —señaló Averbaj—. La noche era tranquila, y la ciudad parecía muerta. Incluso podíamos escuchar el eco de nuestras propias pisadas sobre el pavimento.»[30]

En los barrios obreros las cosas resultaron igual de tranquilas, a juzgar por los informes de la policía local, recientemente exhumados de los archivos soviéticos. Cuando les preguntaron en la primera semana de noviembre si se había producido algún movimiento armado de masas en los días de octubre, los comisarios de la policía de distrito respondieron, sin excepción, que no se había producido ninguno. «Todo estaba tranquilo en las calles», replicó el jefe de la policía del distrito de Djtensk. «Las calles estaban vacías», añadió el jefe de policía del tercer distrito de Spassky. En el primer distrito de policía de Vyborg, la parte más bolchevizada de la ciudad, el jefe de policía redactó el siguiente informe el 25 de octubre: «Los guardias rojos ayudaron a la policía en el mantenimiento del orden, y no hubo sucesos nocturnos de los que informar, aparte del arresto de dos borrachos y de soldados que armaban jaleo, acusados de disparar y matar a un hombre (también, al parecer, borracho)».[31] Así comenzó la Gran Revolución Socialista de Octubre en el bastión bolchevique del distrito de Vyborg.

¿Qué pasa con la naturaleza de la muchedumbre durante la insurrección? El siguiente incidente nos dice algo al respecto.

Cuando los bolcheviques pasaron a controlar el Palacio de Invierno, descubrieron una de las mayores bodegas conocidas. Durante los días siguientes decenas de miles de botellas antiguas desaparecieron de los estantes. Los obreros y soldados bolcheviques se estaban apoderando del Chateau d'Yquem 1847, la última cosecha favorita del zar, y vendiendo el vodka a la gente del exterior. Las turbas borrachas se entregaron al vandalismo. El Palacio de Invierno fue brutalmente saqueado. Se robaron las tiendas y los almacenes de licor. Los marineros y los soldados recorrieron los distritos acomodados robando apartamentos y matando a la gente por deporte. Cualquiera que iba bien vestido era un objetivo claro. Incluso Uritsky, el dirigente bolchevique, apenas salvó la vida, aunque no su ropa, cuando su trineo fue detenido una gélida noche, en su camino de regreso a casa desde el Smolny. Con su abrigo caliente, sus quevedos y su aspecto de intelectual judío, había sido confundido por un *burzhooi.*

Los bolcheviques intentaron en vano acabar con la anarquía clausurando la reserva de licor. Nombraron a un comisario del Palacio de Invierno, que estaba constantemente borracho en el desempeño de su trabajo. Situaron guardias alrededor de la bodega, que se permitieron la libertad de vender las botellas de licor. Arrojaron el vino a la calle, pero las multitudes se reunieron para beberlo a morro. Intentaron destruir el ofensivo tesoro, transferirlo al Smolny e incluso

embarcarlo a Suecia, pero todos sus esfuerzos no consiguieron nada. Centenares de borrachos fueron arrojados a la cárcel (en una sola celda policial estaban arrestadas ciento ochenta y dos personas la noche del 4 de noviembre por embriaguez y saqueo) hasta que no quedó más sitio en las celdas. Se emplazaron ametralladoras para mantener a raya a los saqueadores disparando sobre sus cabezas (y en ocasiones a ellos) pero aun así los saqueadores siguieron acudiendo. Durante varias semanas la anarquía continuó, incluso se impuso la ley marcial, hasta que, finalmente, se acabó el alcohol con el año viejo, y la capital despertó con la mayor resaca de la historia.

Los bolcheviques culparon de esta bacanal a las «provocaciones de la burguesía». Les resultaba difícil admitir que sus propios partidarios, de los que se suponía que eran «la vanguardia disciplinada del proletariado», podían haber estado implicados en un comportamiento tan anárquico. Pero los archivos recientemente abiertos del CMR muestran que muchos de aquellos que habían tomado parte en la conquista del poder fueron los instigadores de estos disturbios de borrachos. Algunos de ellos, sin duda, sólo habían tomado parte en la insurrección por la perspectiva de botín: toda la sublevación era para ellos una gran aventura, un día por la ciudad con el resto de los chicos, y una licencia para robar y matar. Esto no significa que los bolcheviques fueran simplemente gamberros y criminales, como mucha gente acomodada concluyó en aquella época. Significa que la sublevación estaba condenada a descender al caos porque los bolcheviques tenían a su disposición muy pocos combatientes disciplinados y porque la toma del poder en sí misma, como un acto violento, estimuló tales acciones entre la muchedumbre. Similares estallidos de saqueo y de violencia se notaron en docenas de ciudades durante y después de Octubre. Ciertamente, a menudo fueron un elemento integral de la transferencia del poder.[32]

Todo esto sugiere que la insurrección bolchevique no fue tanto la culminación de una revolución social, aunque por supuesto hubo diferentes revoluciones sociales (en las ciudades y en las capitales, en el campo, en las fuerzas armadas y en los territorios fronterizos), y en cada una de éstas hubo fuerzas militantes que tenían algunas vinculaciones con los bolcheviques. Más bien fue el resultado de la degeneración de la revolución urbana, y en particular, del movimiento obrero como una fuerza organizada y constructiva, con el vandalismo, el crimen, la violencia generalizada y el saqueo como principales expresiones de esta crisis social. Gorky, como siempre, dispuesto a condenar esta violencia anárquica, señaló dolido que «lo que está sucediendo ahora *no es un proceso de revolución*

social», sino «un pogromo de codicia, odio y venganza».[33] Los participantes en esta violencia destructiva no fueron la «clase obrera» organizada, sino las víctimas del hundimiento de esa clase y de la devastación de los años de la guerra: el creciente ejército de desempleados de las ciudades; los refugiados de las regiones ocupadas, soldados y marineros, que se habían congregado en las ciudades; los bandidos y criminales liberados de las cárceles, y los trabajadores sin especializar procedentes del campo, que siempre habían sido los más inclinados a los estallidos de violencia anárquica en las ciudades. Éstos fueron los tipos semicampesinos a los que Gorky había culpado de la violencia urbana en la primavera y a cuyo apoyo él había adscrito la suerte creciente de los bolcheviques. Retornó al mismo tema en la víspera de la toma del poder:

> Todos los instintos tenebrosos de la muchedumbre irritada por la desintegración de la vida y por las mentiras y la suciedad de la política se inflamarán y arrojarán su humo, envenenándonos con la cólera, el odio y la venganza; la gente se matará entre sí, incapaz de suprimir su propia estupidez animal. Una multitud desorganizada, que apenas comprende lo que quiere, se arrastrará por la calle, y, utilizando esta muchedumbre como tapadera, los aventureros, los ladrones y los asesinos profesionales comenzarán a «crear la historia de la Revolución rusa».[34]

Por lo que se refiere a los obreros de Petrogrado, participaron poco en la insurrección. El punto álgido de la crisis económica y el temor a perder sus empleos fue suficiente para mantener al margen a la inmensa mayoría de ellos a la hora de salir a la calle. De aquí que las fábricas y el sistema de transportes funcionara de manera normal. Los obreros, en cualquier caso, tenían comprometida su lealtad con el Sóviet más que con los bolcheviques. La mayoría de ellos no sabía, y ni siquiera quería saber, las diferencias de doctrina entre los partidos socialistas. Sus propias tendencias de voto estaban determinadas por la clase más que por el partido: tendían a votar según había votado su fábrica en el pasado, u optaban por el partido cuyo candidato les parecía más obrero y hablaba el lenguaje de clase. Entre los no especializados, en particular, existía una creencia común de que los bolcheviques eran un partido de «grandes hombres» (del término campesino *bolshaky).*

Así, cuando los dirigentes del sindicato de ferroviarios, Vikzhel, lanzaron un

ultimátum el 29 de octubre exigiendo que los bolcheviques comenzaran las conversaciones con los otros partidos socialistas para la formación de un Gobierno pansoviético, recibieron una enorme cantidad de apoyo. Para la masa de los obreros, parecía que toda la cuestión de la revolución, tal como quedaba expresada en el congreso de los sóviets, era la formación de un Gobierno de gente obrera y no sólo de un partido. Centenares de fábricas, guarniciones, asambleas de frente y de la flota enviaron peticiones al Smolny en apoyo del plan del Vikzhel. La fábrica

Obujovsky en Petrogrado amenazó con «golpear las cabezas de todos los dirigentes del partido juntos» si no llegaban a alcanzar un acuerdo. Los obreros de Moscú y de las otras ciudades provinciales, donde el faccionalismo de partido era mucho menos pronunciado que en la capital, también expresaron su decidido apoyo. Existía un sentimiento general de que los dirigentes del partido, al discutir entre ellos, estaban traicionando los ideales de la revolución y conduciendo al país hacia la guerra civil. «Entre los soldados —declaró una petición de la XXXV División— no hay bolcheviques, mencheviques o eseristas, sino solamente demócratas.»

Había poderosas razones, al menos en principio, para que los bolcheviques respetaran las exigencias del Vikzhel. Los dirigentes del sindicato habían amenazado con parar todos los ferrocarriles si las conversaciones entre los partidos no comenzaban. Si esto sucedía, los suministros de alimentos y combustible destinados a la capital, que ya habían descendido hasta niveles críticos, empeoraría, se aceleraría el proceso de saqueo y de tumultos hasta perderse el control sobre el mismo y millares de obreros irían a la huelga. ¿Cuánto podrían aguantar los bolcheviques en esa situación? El apoyo de los ferrocarriles era incluso más crítico para la campaña militar bolchevique en dos frentes: contra las tropas de Kérensky en los arrabales de la capital, y en Moscú, donde las fuerzas bolcheviques tenían que luchar para obtener el poder en las calles contra las fuerzas leales.

Después de su apresurada marcha de Petrogrado en la mañana del día 25, Kérensky había establecido su cuartel general en Gatchina, la antigua residencia imperial situada a las afueras de la ciudad. La mayoría de los comandantes del Ejército, a los que pidió ayuda, eran reacios a implicarse en una aventura militar contra los bolcheviques; estaba condenada a ser vista por los soldados como «contrarrevolucionaria» y, como la crisis de Kornilov, sólo podía acelerar el hundimiento del Ejército. El general Cheremisov, comandante del frente norte,

incluso canceló la orden que Kérensky había dirigido a sus tropas, alegando que el Gobierno provisional ya no existía. Sólo el general Krasnov puso sus fuerzas (dieciocho compañías cosacas) a disposición de Kérensky; mientras una pequeña fuerza de cadetes y oficiales, organizada en torno al Comité para la Salvación de Rusia y de la Revolución dirigido por los eseristas, se suponía que se alzaría en la capital cuando se produjera su llegada. Los bolcheviques, sin embargo, tenían todavía menos tropas preparadas para combatir que Kérensky. La guarnición de Petrogrado se desmoronó rápidamente después de la toma del poder, cuando las masas de los soldados se lanzaron al saqueo embriagadas o huyeron a sus casas en el campo. Los dirigentes bolcheviques de Petrogrado no tenían ninguna relación directa con las tropas revolucionarias del frente, e incluso si lo hubieran tenido, es dudoso que las tropas hubieran acudido atendiendo a su llamamiento. Según Reed, Lenin estaba completamente preparado para la derrota. Su mejor oportunidad residía en el hecho de que las tropas de Krasnov, situadas alrededor de Pskov, fueran detenidas por los obreros del ferrocarril, como había sucedido durante la crisis de Kornilov. De aquí la necesidad de responder al ultimátum del Vikzhel.

En Moscú, mientras tanto, el poder estuvo en el aire durante diez días. Las fuerzas del CMR se vieron involucradas en una sangrienta guerra callejera (los primeros disparos de la guerra civil) contra los cadetes militares y los estudiantes voluntarios, que siguieron siendo leales al Gobierno provisional y fueron organizados por la Duma de la ciudad de Moscú y su Comité de Seguridad Pública. El combate más importante tuvo lugar en torno al Kremlin, y muchos de los mayores tesoros arquitectónicos de la ciudad fueron penosamente dañados. Para los moscovitas corrientes, demasiado asustados para abandonar sus hogares, fueron días terribles. El piso de Brusilov se vio atrapado en el fuego cruzado, y fue utilizado por soldados de ambos bandos para disparar o hacer señales desde las ventanas. El anciano mismo fue herido de gravedad en la pierna cuando una granada de mano entró por la ventana. Tuvo que ser sacado en camilla para recibir tratamiento en un hospital cercano, mientras «las bombas y las balas continuaban volando en todas las direcciones. Recé durante todo el camino para que ninguna de ellas golpeara a mi pobre esposa anciana, que caminaba a mi lado».[36] Los bolcheviques de Moscú eran combatientes reacios, se sentían mucho más inclinados a resolver la cuestión del poder mediante la negociación, como había propuesto el Vikzhel. Tampoco eran muy buenos a la hora de combatir: el Kremlin se perdió pronto en la batalla inicial del día 27; y

dos días más tarde la situación había empeorado tanto, con las fuerzas bolcheviques empujadas hacia los suburbios industriales, que se sintieron francamente encantados con el alto al fuego temporal apoyado por la intervención del Vikzhel. Sin la victoria en Moscú, incluso Lenin reconocía que los bolcheviques no podían retener el poder en sus manos. Las conversaciones entre los partidos tendrían que seguir adelante.

El 29 de octubre el Comité Central autorizó a Kamenev a representar al partido en las conversaciones entre partidos del Vikzhel en la tribuna del poder soviético, tal como se había acordado en el Segundo Congreso. Iba a seguir siendo duro persuadir a los mencheviques de derechas y a los eseristas para que lo aceptaran, o cualquier colaboración con el Partido Bolchevique, después de su abandono del Congreso de los Sóviets en protesta contra la toma del poder. En la reunión de apertura, confiados en que los bolcheviques estaban al borde de la derrota, plantearon términos imposibles para su participación en cualquier gobierno: la liberación de los ministros arrestados en la toma del Palacio de Invierno, un armisticio con las tropas de Kérensky, la abolición del CMR, el traslado de la guarnición de Petrogrado al control de la Duma y la participación de Kérensky en la formación de la nueva administración, lo que significaba excluir a Lenin. En resumen, estaban pidiendo que el reloj se retrasara hasta el 20 de octubre. No es extraño que Kamenev se manifestara pesimista en su informe dirigido al Congreso de los Sóviets esa noche.

Al día siguiente, sin embargo, las cosas empezaron a cambiar. La ofensiva de Kérensky se había detenido durante la noche, en buena medida de manera similar al primer asalto de Krymov contra Petrogrado durante la crisis de Kornilov. La mayoría de los cosacos de Krasnov, que siempre habían sido reacios a combatir sin apoyo de la infantería, simplemente abandonaron bajo una andanada de los agitadores bolcheviques, mientras que el resto eran fácilmente repelidos por las tropas del Báltico en las colinas de Pulkovo, a las afueras de la ciudad. Los mencheviques y los eseristas se vieron obligados a suavizar sus términos y aceptaron tomar parte en una coalición con los bolcheviques, siempre que la dirección del Sóviet se viera ampliada para incluir a miembros del Primer Congreso de los Sóviets, de las dumas de la ciudad, del Sóviet campesino (que todavía tenía que convocarse) y de los sindicatos. Kamenev estuvo de acuerdo e incluso sugirió, en un momento de ingenua credulidad, que los bolcheviques no insistirían en la presencia de Lenin o de Trotsky en el Gabinete. Pero éstos tenían una idea diferente.

Desde el principio, Lenin y Trotsky se opusieron a las conversaciones del Vikzhel: sólo la perspectiva de la derrota militar los había llevado a la mesa de negociaciones. Con la derrota de Kérensky, e incluso la batalla en Moscú empezando ahora a desarrollarse en su favor, con buena parte del centro de la ciudad de nuevo en manos bolcheviques y el mismo Kremlin sometido a un pesado bombardeo, decidieron socavar las conversaciones entre partidos. En una reunión del Comité Central del 1 de noviembre Trotsky condenó el compromiso acordado por Kamenev y exigió al menos el 75 por ciento de las carteras del Gabinete para el Partido Bolchevique: «No había ningún sentido en organizar la insurrección si no obteníamos la mayoría». Lenin abogó por abandonar las conversaciones en cualquier caso, o al menos continuarlas sólo como «una tapadera diplomática para las operaciones militares [en Moscú]». Incluso exigió el arresto de los dirigentes del Vikzhel como «contrarrevolucionarios», una provocación típica que tenía el propósito de torpedear las conversaciones, junto con el arresto y la paliza propinada a los dirigentes eseristas Gots y Zenzinov por marineros bolcheviques, el cierre de la prensa kadete y una serie de ataques sobre las oficinas de los periódicos mencheviques y eseristas. A pesar de las objeciones de varios miembros moderados del Comité Central, se llegó al acuerdo de presentar la plataforma bolchevique como un ultimátum a las conversaciones entre partidos y abandonarlas si era rechazada. Los eseristas y mencheviques por supuesto nunca la aceptarían, como Lenin y Trotsky sabían muy bien. La toma del poder había dividido de manera irrevocable al movimiento socialista en Rusia, y ningún tipo de negociación podía esperar cubrir ese abismo. Las conversaciones del Vikzhel estaban condenadas y finalmente se rompieron el 6 de noviembre.[37]

Las oportunidades de formar una coalición eran extremadamente limitadas. Ciertamente, era demasiado tarde para resolver la cuestión del poder por medios políticos. Los acontecimientos del 25 de octubre marcaron el inicio de la guerra civil. Y, sin embargo, es difícil evitar el llegar a la conclusión de que esto era precisamente lo que Lenin había deseado durante todo el tiempo. Creía que la guerra civil había comenzado en agosto y que la «palabrería» de todos los moderadores se interponía en el camino.

Tras haberse asegurado la dictadura de su partido, Lenin se volcó a continuación en la tarea de asegurar su propia dictadura sobre el partido mismo. El 2 de noviembre el Comité Central estaba ocupado en la aprobación de una serie de resoluciones bastante sorprendentes: Kamenev fue acusado de

actividades «antimarxistas» contra la Revolución de Octubre; se ordenó que sus partidarios se retiraran del Comité Central y si se negaban a someterse a la política del partido contra las conversaciones entre partidos (someterse en la forma de un «ultimátum de la mayoría del Comité Central a la minoría»), se les amenazaba incluso con la expulsión del partido. Todos los miembros del Comité Central fueron arrastrados ante Lenin, en su oficina privada, y se les dijo que firmaran el ultimátum o que corrieran el riesgo de la expulsión. Como había advertido Lunacharsky en una reunión de los bolcheviques de Petrogrado el 1 de noviembre, las tácticas coactivas de Lenin pronto llegarían a una situación en la que «sólo quedaría un hombre en el partido: el dictador». Era un terrible eco de la famosa advertencia de Trotsky, catorce años antes, en el sentido de que la organización del partido primero sustituiría al partido como tal, después el Comité Central sustituiría a la Organización del Partido, y después un simple dictador sustituiría al Comité Central. El 4 de noviembre la minoría de cinco (Kamenev, Zinoviev, Rykov, Miliutin y Noguin) dimitió finalmente del Comité Central. Su carta abierta de protesta apareció en *Izvestiia* al día siguiente. Junto a ella iba impresa una segunda carta de protesta de cinco de los comisarios del pueblo, una tercera parte del Gabinete de Lenin, cuatro que dimitieron y otros seis importantes dirigentes bolcheviques, en la cual expresaban que un Gobierno puramente bolchevique sólo podía ser mantenido por medio «del terror político» y que, si se seguía ese camino, conduciría al «establecimiento de un régimen irresponsable y a la destrucción de la revolución y del país».[38]

Este fue sin duda uno de los momentos más críticos en la historia del Partido Bolchevique. Aunque la revolución de Lenin había triunfado, el partido emergía de ella desesperanzadamente dividido y aislado del resto del movimiento revolucionario. Pocas personas creían, en su segunda semana, que el régimen bolchevique pudiera sobrevivir.

II Los autócratas del Smolny

Cinco días después de la toma del poder por parte de los bolcheviques, Alexandra Kollontai, la nueva comisaria del pueblo de Bienestar Social, traspasó la entrada de un enorme edificio del Gobierno en la calle Kazán. Antiguamente

había albergado al Ministerio de Bienestar Social del Gobierno provisional, y ahora acudía para tomar posesión de él. Un viejo portero de librea abrió la puerta y examinó a Kollontai de pies a cabeza. Ninguna mujer rusa había sido nunca nombrada para dirigir un ministerio con anterioridad, y viéndola se le podría haber disculpado el que pensara que se trataba sólo de una empobrecida viuda de guerra que buscaba ayuda del Gobierno. Kollontai exigió ver al funcionario de mayor rango del edificio, pero el anciano le contestó que las horas de visita durante el día habían concluido. Cuando anunció que era la comisaria del pueblo y exigió que la dejaran pasar, respondió simplemente que las peticiones se recibían entre la una y las tres, y que ya eran las cinco. Kollontai intentó forzar su entrada. Pero el portero se interpuso en su camino y le cerró la puerta en las narices.

Difícilmente podía interpretarse como un inicio cargado de buenos auspicios para el nuevo régimen. Los empleados del ministerio se habían unido a una huelga general de funcionarios civiles en protesta contra la toma bolchevique del poder, y cuando Kollontai regresó al día siguiente con un pequeño destacamento de soldados para tomar el edificio se lo encontró casi abandonado. Casi todos los funcionarios se habían unido a la huelga antibolchevique, y sólo los porteros, los encargados de la limpieza y los botones, que no podían permitirse ir a la huelga, habían vuelto al trabajo como de costumbre. No tenía ningún sentido intentar trabajar desde este edificio vacío, y por lo tanto Kollontai regresó al Smolny y estableció su oficina en una pequeña habitación allí. El viejo portero de la calle Kazán informó de ello a los niños y a las viudas vestidas de harapos, a los refugiados y a los campesinos arruinados que llegaban a pedir ayuda al cuartel general bolchevique.

Las primeras semanas del nuevo régimen se vieron frustradas por huelgas y campañas de sabotaje similares que se produjeron en todos los ministerios principales y en los departamentos del Gobierno, los bancos, las oficinas de correos y de telégrafos, la administración de ferrocarril, los organismos municipales, los tribunales de justicia, las escuelas, las universidades y otras instituciones vitales. Aunque estos empleados públicos tenían puntos de vista políticos diversos, casi todos estaban de acuerdo en que el régimen bolchevique era ilegal y que había que oponerse a él. Trotsky fue saludado con una carcajada irónica cuando llegó al Ministerio de Asuntos Exteriores y se presentó ante una reunión de funcionarios como su nuevo ministro; cuando les ordenó que regresaran al trabajo, abandonaron el edificio en señal de protesta. En el Palacio

Anichkov, donde era administrado el suministro alimenticio del país, los funcionarios civiles retiraron todos los muebles de la oficina y cerraron los libros de contabilidad en la bodega del palacio. En las oficinas de telégrafos y de correos se marcharon con todos los directorios y con pilas de impresos de telegramas (sobre los que algunos de ellos más tarde escribirían sus memorias). Los sorprendentes funcionarios del Departamento Médico incluso fueron tan lejos como para quitarle las minas a todos los lápices.[39]

La negativa del Banco del Estado y del Tesoro a hacerse cargo de las peticiones económicas del nuevo Gobierno fue la amenaza más seria de todas. Sin dinero con que pagar a sus partidarios, el régimen bolchevique no podía esperar sobrevivir durante mucho tiempo. El Sovnarkom (el Consejo de Comisarios del Pueblo) había formulado varias peticiones para que se llevara a cabo la transferencia de diez millones de rublos, pero todas fueron rehusadas por los funcionarios del banco como ilegales. El 7 de noviembre el nuevo comisario de finanzas, V. R. Menzhinsky, apareció en el Banco del Estado con un destacamento de marineros y exigió el dinero; pero los empleados de banco se mantuvieron firmes y, a pesar de las consiguientes amenazas armadas, de destituciones y ultimatos, continuaron su huelga. Diez días más tarde los bolcheviques finalmente se hicieron con el control del banco y obligaron a los empleados, a punta de pistola, a abrir las bodegas. Se retiraron cinco millones de rublos, llevados al Smolny en una bolsa de terciopelo y depositados sobre el escritorio de Lenin. Toda la operación parecía un atraco a un banco. Los bolcheviques se apoderaron ahora del Banco del Estado, y pudieron meter mano con toda libertad en las arcas de la nación; pero ninguno de ellos tenía la más pequeña idea de cómo funcionaba un banco tan grande. «Había gente entre nosotros que estaba familiarizada con el sistema bancario por los libros y los manuales —recordó uno de sus nuevos directores—, pero no había un solo hombre entre los nuestros que conociera el procedimiento técnico del Banco del Estado ruso. Entramos en los enormes pasillos de este banco como si estuviéramos penetrando en un bosque virgen.»

Para sus oponentes, estos primeros esfuerzos dubitativos para dominar las instituciones básicas del Estado simbolizaban la debilidad fundamental de los bolcheviques. Pocas personas pensaban que el nuevo régimen pudiera durar. «Califas por una hora», fue el veredicto de buena parte de la prensa. El dirigente eserista, Gots, concedió a los bolcheviques «no más de unos pocos días»; Gorky les dio dos semanas; Tsereteli hasta tres; mientras que Nabokov se negó a «creer

por un minuto en la fuerza del régimen de los bolcheviques y esperó su pronta caída». Muchos de los bolcheviques menos impulsivos no eran más optimistas. «Las cosas son tan inestables —escribió Lunacharsky a su esposa el 29 de octubre— que siempre que leo una carta ni siquiera sé si será la última. En cualquier momento me pueden meter en prisión.»[41]

No era sólo la oposición del funcionariado civil, o la propia falta de pericia técnica que sufrían los bolcheviques para gestionar la compleja maquinaria del Estado lo que parecía señalar su inminente caída. Los bolcheviques no tenían medio de suministrar alimentos a las ciudades o de detener el hundimiento de la economía. Estaban aislados de los campesinos, la inmensa mayoría de la población, que estaban casi obligados a votar contra ellos en las elecciones siguientes a la Asamblea Constituyente. Como la Comuna de París de 1871, Petrogrado parecía una diminuta isla roja en medio de un vasto océano verde. Los bolcheviques también tenían que ocuparse de la censura de los poderes occidentales y del resto de la *intelligentsia* socialista. El periódico de Gorky, *Novaia zhizn'*, era el portavoz más importante y claro de esta oposición durante el otoño e invierno, y dice mucho de su habilidad como político el que no fuera presa de los censores bolcheviques, como la mayoría de la prensa de la oposición. La propia columna de Gorky, Pensamientos Inoportunos, con sus amargas denuncias de la «nueva autocracia», debió de haber desgastado peligrosamente la afición indulgente que Lenin sentía por el escritor. El propio Gorky expresó a menudo su sorpresa por el hecho de que el periódico no hubiera sido cerrado todavía. «Lenin y Trotsky —advirtió en una fecha tan temprana como el 7 de noviembre— no tienen la más ligera idea del significado de la libertad o de los derechos del hombre. Ya están envenenados con la sucia ponzoña del poder; así se manifiesta en su vergonzosa actitud hacia la libertad de expresión, la individual, y hacia todas las demás libertades civiles por las que combatió la democracia.»[42]

No obstante, a pesar de su aislamiento aparentemente irremediable, los bolcheviques se las arreglaron para consolidar su dictadura durante los tres primeros meses del nuevo régimen. Cuando se produjo la convocatoria de la Asamblea Constituyente, en enero de 1918, en la que la oposición democrática había depositado todas sus esperanzas, ya había quedado inerme ante la consolidación de un Estado monopartidista y la extensión del gobierno local del Sóviet a las provincias. ¿Cómo consiguieron esto los bolcheviques? La ausencia de una oposición militar seria durante tan crítico período, cuando su poder era

muy débil, sin duda ayuda a explicar su éxito. Los grandes ejércitos blancos de la guerra civil todavía no se habían constituido, y las principales fuerzas antibolcheviques eran pequeños ejércitos cosacos implicados en guerras locales en la periferia del Imperio. Las fuerzas antibolcheviques del centro de Rusia eran casi inexistentes. Los eseristas y los kadetes, los dirigentes más apropiados para liderar la oposición, estaban tan convencidos del inminente colapso del régimen que descuidaron la tarea de organizarse contra él. Todos asumían que caería de manera natural por su propia debilidad interna, de manera que nadie hizo nada para provocar esa situación. El Comité para la Salvación de Rusia y la Revolución, organizado por los eseristas en los primeros días tras la conquista del poder por los bolcheviques, no tenía fuerzas que lo respaldaran; mientras los planes para establecer un gobierno socialista opositor presidido por Chernov en la Stavka, el antiguo cuartel general del Ejército, nunca llegaron a ponerse en práctica.

Pero la importancia del éxito bolchevique residió en el proceso doble de construcción del Estado y de destrucción. Por un lado, en los niveles superiores del Estado, centralizaron todo el poder en manos del partido y, mediante la utilización del terror, barrieron toda oposición política. En el nivel inferior, por otro lado, estimularon la destrucción de las antiguas jerarquías estatales desplazando todo el poder hacia los sóviets locales, las organizaciones de fábrica, los comités de soldados y otras formas descentralizadas de gobierno de clase. Este vacío de poder que se creó socavó la democracia en su centro, mientras que en su propio entorno local las masas quedaban neutralizadas por el ejercicio del poder sobre sus antiguos enemigos de clase o étnicos. Por supuesto, no existió un plan preconcebido; todo fue improvisado, como tenía que ser en una revolución; pero Lenin, por lo menos, tenía un gran instinto de la dirección general, de lo que él llamaba la «dialéctica revolucionaria», y, en muchos sentidos, ésa era la esencia de su genio político. El gobierno soviético local en el campo, que era de hecho el poder incontrolado de la asamblea de la aldea para autobernarse y dividir la tierra de la nobleza, socavó la necesidad de una Asamblea Constituyente en la mente de los campesinos, y así destruyó la base política de los eseristas. El ejercicio del control obrero a través de los comités de fábrica ayudó a desmantelar la antigua infraestructura industrial (denominada por los bolcheviques el «sistema capitalista») al tiempo que desplazó la culpa de la crisis industrial hacia los propios trabajadores. La extensión del poder de los soldados y de las iniciativas locales de paz en el frente, que los bolcheviques

estimularon, mermaron los planes de los antiguos comandantes del Ejército para movilizar las tropas contra el nuevo régimen y reanudar la guerra. Y finalmente, la división de las fronteras étnicas del Imperio ruso, también auspiciada por los bolcheviques, completó la fragmentación del antiguo Estado imperial y, según Lenin, aceleró la eliminación de las relaciones feudales.[99*]

Sin duda, Lenin contempló todos estos movimientos como un medio de destruir el antiguo sistema político y abrir así el camino para el establecimiento de su propia dictadura de partido. Por supuesto, no existe ninguna prueba, sólo la prueba de lo que realmente sucedió y lo que conocemos de sus pensamientos y acciones anteriores. Es difícil aceptar la interpretación, que algunos historiadores de izquierdas han propuesto, de que Lenin era un libertario de corazón que estimuló las formas locales de poder para construir un nuevo modelo de Estado descentralizado, como aparecía en *El Estado y la Revolución;* un plan que sólo después fracasó ante la necesidad centralizadora de la guerra civil. La concepción leninista del Estado revolucionario siempre fue centralista en su esencia. Se limitó a utilizar las energías de los movimientos locales para destruir el *Ancien Régime*, junto con la frágil democracia de 1917; a su vez, siempre pretendió destruir estos movimientos como fuerzas políticas separadas. Aunque apoyó el movimiento de los campesinos contra las posesiones de la nobleza, su fin último era reemplazar el sistema campesino de pequeñas propiedades por el de explotaciones agrarias colectivizadas. Aunque apoyaba las peticiones de «control obrero», sin duda lo hacía a sabiendas de que conducirían al caos, y esto fortalecería la necesidad de regresar a unos métodos de gestión centralizados bajo el control del partido. Aunque apoyaba el poder de los soldados, con el fin de destruir al antiguo Ejército imperial, probablemente pretendió siempre construir el Ejército Rojo según parámetros convencionales. Y aunque estimuló los diversos movimientos de independencia nacional, su finalidad era abolir de todas formas los Estados nacionales. En todo lo que hizo, el último propósito de Lenin era conseguir el poder; para él no era un simple medio, sino un fin en sí mismo. Parafraseando a George Orwell, no estableció una dictadura para salvaguardar la revolución: llevó a cabo una revolución para establecer la dictadura.

La primera prioridad de los bolcheviques fue el establecimiento de un firme control ejecutivo. Necesitaron varias semanas para quebrantar la resistencia del

funcionariado civil. Los dirigentes de la huelga y algunos funcionarios civiles veteranos fueron arrestados; se nombraron comisarios políticos para supervisar la burocracia, y los funcionarios inferiores que deseaban servir a los gobernantes bolcheviques ascendieron a puestos de mayor responsabilidad. En conjunto, la mayoría de los funcionarios civiles en 1918 ya lo eran antes de 1917, especialmente en los escalones superiores de la burocracia. Pero donde el antiguo funcionariado civil suscitó una profunda desconfianza (muy especialmente en el Ministerio de Asuntos Exteriores) se produjo una purga a fondo.[43] Esto estableció un modelo que iba a repetirse a lo largo de los primeros años del nuevo Estado soviético. Fue un matrimonio de conveniencia entre la exigencia de lealtad de los bolcheviques y la ambición de las crecientes bases del partido. Uno de sus resultados fue promover a sujetos de tercera fila del partido, oportunistas corruptos y semianalfabetos de las clases inferiores hasta posiciones de poder real. El bajo nivel cultural de la burocracia soviética iba a ser un legado permanente de Octubre que más tarde llegaría a angustiar a los dirigentes bolcheviques.

A causa de la huelga del funcionariado civil, que impidió establecer un sistema de gobierno del Gabinete, el CMR ejerció como Gobierno efectivo hasta mediados de noviembre. Por esa época, la mayoría de los comisarios del pueblo había conseguido un control suficiente de sus respectivos ministerios que permitía la transferencia de la autoridad ejecutiva al Sovnarkom. Pero el Sovnarkom no era un Gabinete gubernamental ordinario. No existía una clara división entre los intereses del partido y los del Gobierno. Las reuniones del Sovnarkom, presididas por Lenin en el cuartel general bolchevique del Smolny, trataban de los asuntos relativos al partido y al Gobierno de manera indistinta; las resoluciones del Comité Central eran llevadas a cabo como decretos del Sóviet. Todo lo relativo a la obra inicial del Sovnarkom presentaba un aspecto de improvisación acelerada. Las reuniones no tenían agenda formal y todo se discutía como «asuntos urgentes»; mientras, Lenin redactaba las resoluciones apropiadas y, llegado el momento, las anunciaba a la reunión. Generalmente eran aprobadas sin discusión, pues pocos se atrevían a cuestionar el juicio de Lenin.

Había, según muchos observadores, una atmósfera de conspiración en estas reuniones. Era como si los bolcheviques fueran psicológicamente incapaces de realizar la transición desde una organización de lucha clandestina a un partido responsable del Gobierno nacional. Eran incapaces de cambiar sus chaquetas de cuero por trajes ministeriales. Simon Liberman, que a veces participaba en

algunas reuniones del Sovnarkom, recordó que:

> A pesar de todos los esfuerzos de un secretario oficioso por proporcionar a cada sesión el carácter solemne de una reunión de gabinete, no podíamos dejar de sentir que estábamos ahí, asistiendo a una nueva reunión de un comité revolucionario clandestino. Durante años habíamos pertenecido a distintas organizaciones clandestinas: todo nos era muy familiar. Muchos de los comisarios seguían sentándose con sus abrigos o chaquetones; la mayoría continuaba utilizando las impresionantes chaquetas de cuero.

Los bolcheviques nunca consiguieron librarse de sus hábitos de la clandestinidad. Incluso en una fecha tan tardía como 1921, Lenin todavía daba la impresión de ser un conspirador de partido más que un hombre de Estado. Era por supuesto un fenómeno común (se podría denominar síndrome jacobino), que en parte explica la tendencia del Estado revolucionario a perpetuar la violencia y el terror. Pero los bolcheviques lo llevaron un paso más allá que los jacobinos. La suya fue la primera de las dictaduras del siglo XX (seguida por las de Mussolini, Hitler, Franco y Castro) que glorificó su propio pasado violento mediante la propaganda y la adopción de símbolos y emblemas militares. Fue como si el culto a la violencia fuera capital para la imagen bolchevique, un fin en sí mismo más que un medio.

De la misma manera que el partido llegó a eclipsar la labor del Sovnarkom, el Sovnarkom llegó a eclipsar la labor de la ejecutiva del Sóviet. Aunque la conquista del poder por los sóviets se había realizado en nombre del Congreso de los Sóviets, Lenin no tenía la intención de gobernar a través del congreso o de su ejecutiva permanente. No creía en el principio de soberanía parlamentaria, incluso aunque el parlamento en cuestión fuera soviético, con una mayoría bolchevique incluida. En las primeras semanas después del golpe de octubre la ejecutiva soviética fue un freno parlamentario real sobre el Sovnarkom. Los eseristas de izquierda, los anarquistas y el diminuto grupo de internacionalistas mencheviques se agruparon en torno a la *Novaia zhizn'* de Gorky; fueron una oposición que, si se hubiera unido a los bolcheviques moderados, casi podría haber vencido a la mayoría leninista. A mediados de noviembre, cuando los dirigentes del Sóviet campesino, o más bien su ala izquierda,[100*] se unieron a la

ejecutiva soviética, la fuerza potencial de esta oposición había aumentado todavía más. El 24 de noviembre, de hecho, había obtenido una apretada mayoría en una moción de censura contra el cierre bolchevique de la Duma de la ciudad de Petrogrado ocho días antes, aunque durante el recuento la decisión fue cambiada.

Sin embargo, la fusión con el Sóviet campesino fue también un punto crítico en el abandono de la ejecutiva del Sóviet como una institución legislativa (que era casi con certeza lo que Lenin había pretendido). A los ciento ocho diputados campesinos se añadieron otros cien delegados de las organizaciones revolucionarias del Ejército y la Marina, y la mitad de esta cantidad procedente de nuevo de los sindicatos. Esto más que triplicó sus dimensiones, hasta alcanzar los trescientos sesenta y seis miembros, demasiados para un órgano ejecutivo efectivo. La responsabilidad de tomar las decisiones fue desplazada así hacia el Sovnarkom. Desde mediados de noviembre la ejecutiva soviética empezó a reunirse menos a menudo (una o dos veces a la semana), mientras que las reuniones del Sovnarkom se hicieron más frecuentes (una o dos veces al día). El volumen de actos legislativos llevados ante la ejecutiva del Sóviet también disminuyó considerablemente cuando el Sovnarkom comenzó a gobernar por decreto. El 4 de noviembre el Sovnarkom se concedió por decreto el derecho a legislar por vía de urgencia sin la aprobación del Sóviet, un claro quebrantamiento del principio de poder soviético. Los bolcheviques moderados votaron con la oposición contra tal decreto, pero fue aprobado por dos votos de diferencia en la ejecutiva del Sóviet. Kamenev dimitió como dirigente de la ejecutiva del Sóviet y se unió a la oposición en un esfuerzo concertado por defender la soberanía del Sóviet. Pero los leninistas siguieron presionando. Sverdlov, que reemplazó a Kamenev, era un ardiente abogado de la dictadura del partido y llevó a cabo fielmente las instrucciones de Lenin para conseguir centralizar el poder a través del Sovnarkom. El 17 de noviembre presentó a la ejecutiva del Sóviet una «instrucción constitucional»: mientras formalmente se reiteraba que el Sovnarkom era responsable ante el Sóviet y que tenía que presentarle todas sus actas legislativas para obtener su aprobación, no especificaba cuándo tenía que hacerlo. El Sovnarkom, en otras palabras, podía publicar un decreto legalmente vinculante sin la aprobación previa del Sóviet, lo que progresivamente se convirtió en su práctica habitual. El 12 de diciembre la ejecutiva del Sóviet se reunió por primera vez en dos semanas: durante esa pausa el Sovnarkom había comenzado las conversaciones de paz con las potencias

centrales, había declarado la guerra a Ucrania y había impuesto la ley marcial en Petrogrado y en Moscú. Como denunció Sujanov, todas estas medidas habían sido llevadas a cabo sin discusión en el Sóviet. El principio del poder soviético, en virtud del cual los bolcheviques pretendían tener derecho a gobernar, había sido enterrado; la ejecutiva soviética había quedado reducida a una «triste parodia de parlamento revolucionario».[45]

Desde los primeros días del nuevo régimen los bolcheviques habían tomado la decisión de destruir, por «contrarrevolucionarios», a todos los partidos que se habían opuesto a la toma del poder en octubre. El 27 de octubre el Sovnarkom prohibió la prensa de la oposición. La medida fue recibida como una ofensa y los bolcheviques moderados votaron en contra en la ejecutiva del Sóviet del 4 de noviembre; las cinco divisiones del Comité Central bolchevique de ese día, seguidas por igual número de divisiones del Sovnarkom, fueron también en parte una señal de protesta contra la prohibición; el sindicato de impresores amenazó con una huelga nacional a menos que se restaurara la libertad de prensa. Pero nada de esto impidió que el CMR enviara escuadras bolcheviques a destrozar muchas de las prensas de la oposición, a confiscar lo que acababan de imprimir y a arrestar a sus editores. La mayoría de los periódicos de la oposición simplemente pasaron a la clandestinidad y reaparecieron poco después con el nombre ligeramente cambiado. El periódico eserista *Volia naroda* reapareció al día siguiente como *Volia,* y más tarde como *Narod.* El periódico socialista *Den' (Día)* apareció como *Mañana, Mediodía, Tarde, Noche, Medianoche* y así sucesivamente.[46]

Los partidos de la oposición mantenían la esperanza de que la salvación política vendría de la Asamblea Constituyente. Seguramente era la verdadera voz de la democracia. Todo ciudadano estaba representado en ella, sin tener en cuenta su clase, mientras que los sóviets sólo representaban a los obreros, a los campesinos y a los soldados. La oposición creía que la Asamblea Constituyente debía ser reconocida como el poder soberano más elevado de la nación: ni siquiera los bolcheviques se atreverían a desafiarlo. De hecho, los dirigentes bolcheviques estaban divididos en lo que se refiere a la Asamblea, aunque todavía no sabemos lo suficiente acerca de sus debates internos sobre este asunto. Lenin siempre había despreciado las elecciones y había dejado claro en una fecha tan temprana como la de las Tesis de Abril que consideraba al poder soviético una forma más

elevada de democracia que la Asamblea Constituyente. No había sitio para la «burguesía» en los sóviets y, según Lenin, tampoco había sitio para ellos en la revolución. Pero la conquista del poder se había justificado en parte como una medida para asegurar la convocatoria de la Asamblea Constituyente: se produjo mucho alboroto sobre la manera en que el Gobierno provisional estaba planeando no convocarla, y sobre la forma en que sólo un gobierno soviético podía conducir al país hasta la Asamblea Constituyente. Sin embargo, los bolcheviques no podían olvidar ahora su promesa sin dañar su imagen. Además, en el partido todos los moderados estaban en diversos grados comprometidos con la Asamblea Constituyente. Kamenev, por ejemplo, era un abogado que defendía la idea de que los bolcheviques debían competir por el poder en su seno y, como algunos de los eseristas de izquierdas, se mostraba favorable a combinar el poder del sóviet local con la Asamblea como un parlamento nacional soberano.

En estas circunstancias, Lenin tenía poca opción salvo la de permitir que las elecciones siguieran adelante. Las votaciones comenzaron el 12 de noviembre y se prolongaron a lo largo de dos semanas, puesto que la vasta extensión del país hacía necesario escalonarlas. La campaña fue dura, en ocasiones violenta, y la apuesta era muy arriesgada. La mayoría de la gente sabía que era, en efecto, un referéndum nacional sobre el régimen bolchevique. Los eseristas recibieron dieciséis millones de votos (el 38 por ciento del total), en su mayor parte procedentes de los campesinos de la zona agrícola central y de Siberia. Pero las papeletas no habían distinguido entre los eseristas de izquierdas, que apoyaban la conquista del poder por los bolcheviques, y los eseristas de derechas, que la rechazaban. La división en el partido había sido demasiado reciente para que se llevaran a cabo cambios en la impresión de las papeletas, excepto en uno o dos lugares. No resulta por lo tanto claro en absoluto qué proporción de voto eserista se oponía al régimen bolchevique, aunque ésta era la cuestión crucial en todas las elecciones. Lo único que puede decirse con relativa certeza es que los eseristas de izquierdas contaban con el principal apoyo entre los soldados campesinos más jóvenes, mientras que los eseristas de derechas tenían su bastión entre los campesinos de más edad. Según Oliver Radkey, la mejor autoridad en el tema, los campesinos estaban más o menos divididos a partes iguales entre los dos partidos, aunque los eseristas de derechas probablemente obtuvieron más votos en las elecciones, porque retenían el núcleo de las organizaciones provinciales del partido y por lo tanto estaban mejor preparados para realizar la

campaña. Los hábitos tradicionales de voto del campesinado, dado que la asamblea de la aldea decidía depositar sus votos a favor del mismo partido, favorecían ciertamente a los eseristas de derechas, puesto que la mayoría de los ancianos de la aldea se sentían inclinados hacia ellos. Pero a pesar de que los eseristas de derechas obtuvieron la mayor parte del voto campesino, siguieron careciendo de una mayoría clara en la Asamblea. Sólo el apoyo de los mencheviques (que obtuvieron el 3 por ciento de los votos), de los kadetes (5 por ciento) y de los eseristas ucranianos (12 por ciento) se lo proporcionaría, aunque era tal la brecha existente entre los eseristas rusos y ucranianos por la cuestión de la independencia nacional que incluso esto quedaba expuesto a la duda.[47]

No obstante, los resultados electorales supusieron un golpe considerable para la pretensión del Gobierno de que gobernaba en nombre del pueblo. Los bolcheviques obtuvieron sólo diez millones de votos (el 24 por ciento del total), la mayoría de ellos depositados por los soldados y los obreros del norte industrial. En Petrogrado y Moscú obtuvieron la mayoría; pero en el sur agrícola, donde su organización era extremadamente débil, apenas obtuvieron algunos votos. Los bolcheviques declararon inmediatamente que los resultados no eran correctos: los informes locales sobre abusos electorales, que estaban condenados a aparecer en un país tan vasto y atrasado como Rusia, fueron rigurosamente recogidos y citados como prueba de la necesidad de nuevas elecciones. Mientras tanto, iniciaron una campaña de intimidación y amenazas contra los defensores de la Asamblea. La apertura de la Asamblea fue pospuesta indefinidamente por el Sovnarkom el 20 de noviembre, justo ocho días antes de su apertura. El día siguiente, el Sovnarkom promulgó un decreto que otorgaba a los electores el derecho a retirar a sus diputados de todos los organismos representativos, incluyendo la Asamblea Constituyente, siempre que esto fuera apoyado por más de la mitad del electorado en un distrito electoral concreto. Esto significaba, en la práctica, que los activistas bolcheviques recibían el derecho de invalidar el resultado de las elecciones democráticas utilizando el apoyo de las fábricas y las guarniciones. Obviamente era una medida tomada contra los kadetes, que habían obtenido un resultado bastante bueno en las ciudades al unir el voto de centroderecha. Trotsky defendió la ley en la ejecutiva del Sóviet como una alternativa «indolora» a la ulterior clausura de la Asamblea en el caso de que se opusiera al principio del poder soviético. Era una amenaza clara de que los bolcheviques no tolerarían un parlamento hostil. «Si los kadetes iban a tener una mayoría —advirtió—, entonces por supuesto la Asamblea Constituyente no

recibiría el poder.»[48] Recordatorio físico de esta amenaza fue la irrupción del CMR en el Palacio de Táuride el 23 de noviembre y el arresto de tres comisionados electorales de la Asamblea. Fueron encarcelados e interrogados en el Smolny durante seis días, antes de ser destituidos y reemplazados por el bolchevique Uritsky.

Los partidos de la oposición se sintieron ofendidos por estos actos de intimidación. Parecía como si los bolcheviques estuvieran dando vueltas lentamente a la idea de que la Asamblea o bien tendría que ser pospuesta a un futuro distante o bien, en cualquiera de los casos, clausurada a la luz de los pobres resultados que su partido había obtenido en las elecciones. Inmediatamente formaron una Unión para la Defensa de la Asamblea Constituyente y convocaron a sus partidarios para manifestarse enfrente del Palacio de Táuride el 28 de noviembre con la intención de forzar la apertura del parlamento. Un gentío enorme salió a la calle ese día, aunque en ningún sitio se acercaron a las doscientas mil personas contabilizadas por algunos periódicos de la oposición: una cuarta parte de esa cifra sería una estimación más razonable, siendo la mayoría de ellos estudiantes, oficiales y funcionarios civiles en huelga, aunque también había algunos obreros, tales como impresores y artesanos especializados. Un grupo de cuarenta y cinco diputados de la Asamblea, dirigido por Schreider (el infatigable alcalde de Petrogrado), se abrió camino hacia el palacio a través de los piquetes bolcheviques, los fusileros letones, y procedió a tratar el primer punto de la agenda del parlamento: la elección de un presidium. Por supuesto, sabían que carecían del necesario quórum de cuatrocientos diputados, pero se trataba de un gesto simbólico. Al día siguiente encontraron el Palacio de Táuride rodeado de tropas que mantuvieron a la muchedumbre a distancia, y aunque los diputados fueron finalmente admitidos de nuevo, pronto se les ordenó que se marcharan.

La manifestación inmediatamente fue calificada de acto «contrarrevolucionario» organizado por los kadetes. El Partido Kadete fue declarado ilegal y denunciado, según la tradición jacobina, como «enemigos del pueblo». Docenas de sus dirigentes fueron arrestados, incluyendo a varios delegados a la Asamblea Constituyente, Shingarev, Kokoshkin, Dolgorukov, Panina, Astrov y Rodichev. La justicia revolucionaria no reconocía la inmunidad parlamentaria. La mayoría de ellos fueron llevados a la fortaleza de San Pedro y San Pablo, donde fueron mantenidos durante tres meses en unas condiciones relativamente razonables (Dolgorukov encontró tiempo para reanudar la lectura

y agradeció verse libre de llamadas telefónicas), aunque Kokoshkin y Shingarev cayeron enfermos, el primero de tuberculosis, y tuvieron que ser trasladados al hospital de la prisión (donde fueron más tarde brutalmente asesinados por un grupo de marineros bolcheviques). Los eseristas de izquierda se opusieron a los arrestos por considerarlos un acto de terror, mientras que Gorky los denunció como una «desgracia para la democracia». Pero los dirigentes bolcheviques tenían claramente la intención de destruir a los kadetes, la «fuerza organizada de la contrarrevolución burguesa». No se trató tanto de la proscripción de un partido político como de la declaración de la guerra civil contra una clase social entera. Al justificar los arrestos en la Ejecutiva del Sóviet, Lenin denominó al Comité Central Kadete «estado mayor político de la burguesía». Trotsky incluso alegó que, puesto que la burguesía ya estaba saliendo del escenario de la historia, las medidas violentas dirigidas contra ella por los bolcheviques eran por su bien, puesto que le ayudarían a liberarse de su miseria incluso con mayor rapidez: «No hay nada inmoral en el hecho de que el proletariado acabe con una clase que se está hundiendo: es correcto».[49]

Los arrestos de los supuestos «enemigos del pueblo» no terminaron con los kadetes. Como el terror jacobino con el que los dirigentes bolcheviques continuamente se justificaban, pronto se extendió a las filas del propio movimiento revolucionario. A los kadetes se unieron en la fortaleza de San Pedro y San Pablo algunos dirigentes eseristas y mencheviques (Avksentiev, Gots, Sorokin, Argunov), y también varios dirigentes del Sóviet campesino. Se enviaron órdenes incluso para que se arrestara a Tsereteli, Dan y Chernov. A finales de diciembre las prisiones estaban tan repletas de estos nuevos «presos políticos» que los bolcheviques comenzaron a poner en libertad a delincuentes comunes para tener más espacio. Los prisioneros políticos más ricos, tales como los hombres de negocios Tret'iakov y Konovalov, el antiguo ministro de Comercio e Industria, fueron liberados a cambio de un rescate.»[50]

De manera lenta pero segura, el perfil de la nueva policía estatal estaba comenzando a configurarse. El 5 de diciembre el CMR fue finalmente abolido y, dos días más tarde, sus atribuciones se transfirieron a la Cheka,[101*] el nuevo órgano de seguridad que un día se convertiría en el KGB. Desde sus inicios la Cheka actuó fuera de la ley: ni siquiera había un decreto publicado que señalara su organización; sólo las actas secretas del Sovnarkom, al que se suponía que la Cheka estaba subordinada, aunque en realidad estaba fuera de cualquier dirección política. Lenin había enfatizado sobre la necesidad de que un «duro

proletario jacobino» encabezara la nueva «Ojrana», y encontró a ese hombre en Félix Dzerzhinsky, un polaco de cuarenta años, procedente de la ciudad lituana de Vilnius, que había pasado la mitad de su vida adulta en varias prisiones zaristas y que, por lo tanto, quizá tenía sus propias motivaciones especiales para asegurarse de que todos estos «enemigos del pueblo» sufrieran igualmente en la prisión. Durante su infancia, Dzerzhinsky había deseado ser sacerdote jesuita y, aunque hacía mucho tiempo que había dejado de creer en la religión, siguió ostentando ese mismo espíritu fanático en sus campañas de persecución política. En la reunión del Sovnarkom en la que fue fundada describió la tarea de la Cheka como una guerra despiadada contra los enemigos internos de la revolución:

> Necesitamos enviar hacia ese frente, el más peligroso y cruel de los frentes, a camaradas determinados, duros y firmes, dispuestos a hacer cualquier cosa en defensa de la revolución. No penséis que busco formas de justicia revolucionarias; ahora no necesitamos justicia. Ahora se trata de una guerra cara a cara, una lucha hasta el final. ¡A vida o muerte![51]

Podríamos preguntarnos por qué los bolcheviques moderados, que se oponían abiertamente a la utilización del terror político y que disfrutaban de un amplio apoyo entre las bases del partido, no llegaron a actuar como un freno más efectivo contra los fanáticos leninistas. La respuesta seguramente se encuentra en la debilidad psicológica de los moderados y en el *status* autocrático de que Lenin disfrutaba entre los dirigentes del partido después de la «victoria» de octubre.[102*] Ningún bolchevique moderado tenía ni el valor ni la capacidad de dirección para enfrentarse a Lenin y correr el riesgo de dividir al partido. Los cinco que habían tenido la valentía suficiente para dimitir del Comité Central el 4 de noviembre más tarde o más temprano hicieron las paces con Lenin. Zinoviev, que siempre había sido cobarde y oportunista, fue el primero en dar marcha atrás el 8 de noviembre, y fue readmitido en el Comité Central; Kamenev, Miliutin, Noguin y Rykov quedaron fuera durante tres semanas más. En mayor o menor medida, la debilidad fundamental de todos los moderados era su propia intelectualidad. Aunque les hacía sentirse incómodos con la idea del terror, también los privaba de los medios para luchar contra él más allá del ámbito de las palabras. Lunacharsky era un ejemplo perfecto. El 2 de noviembre

había prorrumpido en sollozos en una reunión del Sovnarkom y después había dimitido como comisario de Educación, después de escuchar los informes sobre el bombardeo bolchevique del Kremlin, que habían destruido la catedral de San Basilio durante los combates en Moscú. «No puedo soportarlo más —había escrito en *Novaia zhizn*—. Mi vaso está rebosante. No tengo poder para detener esta barbarie.» Cuando los informes resultaron ser falsos, ya había retirado su dimisión; pero siguió igual de frustrado por su impotencia contra el terror bolchevique. Gorky, uno de sus antiguos amigos políticos, que más tarde lo acosó con peticiones para salvar a los escritores y artistas del país de la persecución, resumió la situación de los moderados en una carta de Año Nuevo dirigida a Ekaterina:

> Resulta obvio que Rusia se dirige hacia una autocracia nueva e incluso más salvaje. Ayer llamé al «comisario de Justicia», un hombre lo suficientemente decente, pero, como todos los representantes de las «autoridades», totalmente impotente. Le supliqué que pusiera en libertad a Vernadsky, al parecer sin éxito [...]. El comportamiento de Lunacharsky es sorprendentemente absurdo y vergonzoso; es una figura a la vez cómica y trágica. Todos los bolcheviques de su estirpe se han convertido en unos seres repulsivamente dignos de compasión y miserables.[52]

Los eseristas de izquierdas que se unieron al Sovnarkom el 12 de diciembre quedaron paralizados por una impotencia similar. Habían sido el único grupo importante que no había abandonado el Congreso de los Sóviets después de la conquista del poder por los bolcheviques, y esto los había llevado a su ruptura final con los eseristas de derechas. Desde ese momento en adelante, se trataba de dos partidos distintos que combatían por el control de las organizaciones provinciales eseristas y del Sóviet Campesino. Mientras que los eseristas de derechas estaban decididos a mantener aislados a los bolcheviques y ponían toda su esperanza en la Asamblea Constituyente, los eseristas de izquierdas creían que uniéndose a los bolcheviques en el Gobierno (y en la Cheka) podrían evitar sus peores excesos. La mayoría de los dirigentes eseristas de izquierdas todavía eran suficientemente jóvenes para que se les pudiera excusar por un idealismo tan estúpido: Steinberg, Karelin y Kalegaev tenían todos veintitantos años de edad, mientras que Spirinodova y Kamkov sólo tenían treinta y dos. Los

eseristas de izquierdas estaban animados por lo que ellos consideraban espontaneidad revolucionaria de los sóviets. Intentaban reconciliar un libertarismo extremo con la utilización de un terror extremo para el avance de ese ideal. Después de Octubre entraron en masa en los órganos locales soviéticos, donde se convirtieron en el partido dominante de los campesinos y los soldados radicalizados. El Decreto de la Tierra, que Lenin presentó ante el Segundo Congreso de los Sóviets el 26 de octubre, era en efecto el programa agrario de los eseristas de izquierdas, tal como él mismo admitió. Dio carta blanca a las comunidades locales campesinas para que se apoderaran de toda la tierra privada y la redistribuyeran. Esto fue suficiente para persuadir a los eseristas de izquierdas de que se podía llegar a un acuerdo con los bolcheviques; y a mediados de noviembre, después de que hubieran fusionado el Sóviet campesino con el Ejecutivo Soviético Panruso, comenzaron las negociaciones para su propia entrada en el Sovnarkom. Kalegaev se convirtió en comisario de Agricultura; Steinberg, en el «impotente» comisario de Justicia al que visitó Gorky, y otros cinco recibieron puestos de menor importancia, incluyendo la administración de la colapsada red nacional de correos y telégrafos. Pero los bolcheviques retuvieron los puestos clave del Gobierno, y los eseristas de izquierdas realmente no fueron más que una hoja de parra utilizada por Lenin para ocultar la desnudez de su dictadura. En contra de sus ingenuas expectativas, los eseristas de izquierdas carecían de poder para moderar los extremos despóticos de la política bolchevique, y en casi todos los aspectos éstos resultaron ser diametralmente opuestos a sus propios ideales revolucionarios. El sistema semianarquista de sóviets descentralizados que habían previsto fue imposible de conseguir en la estructura centralizada de la dictadura del proletariado de Lenin; su apoyo a la comuna campesina, la organización de las fábricas siguiendo unas líneas anarcosindicalistas y la autonomía política de las minorías nacionales eran incompatibles con las metas a largo plazo del bolchevismo; su compromiso apasionado con las libertades civiles (Spiridonova había exigido una vez la destrucción de la fortaleza de San Pedro y San Pablo como símbolo del estado policial) era difícilmente reconciliable con los métodos de gobierno bolcheviques.

Con los eseristas de izquierdas instalados con seguridad a bordo, Lenin desencadenó su campaña de persecución contra la Asamblea Constituyente. A pesar de su compromiso con las libertades democráticas, los eseristas de izquierdas estaban tan determinados como los bolcheviques a no permitir que el

principio de soberanía parlamentaria estuviera por encima del poder soviético. Después de los acontecimientos del 28 de noviembre muchos bolcheviques y eseristas defendieron la idea de expulsar a los kadetes de la Asamblea Constituyente, que reorganizarían en torno a sus dos partidos en una Convención Revolucionaria. Bujarin había propuesto esto mismo en el Comité Central el 29 de noviembre. Como la Convención francesa de 1792, que había reemplazado a la Asamblea Legislativa, sería un cuerpo mucho más maleable para la dictadura soviética, pero preservaría todos los signos externos de parlamento nacional para apaciguar lo que Bujarin denominó las «ilusiones constitucionales [que] todavía siguen vivas en las masas».[53]

Lenin, mientras tanto, estaba considerando favorecer la abolición total de la Asamblea Constituyente. El 12 de diciembre publicó sus tesis sobre el tema, en las que sostenía que el poder soviético había cancelado la necesidad de una asamblea «burguesa-democrática». En cualquier caso, ya no era verdaderamente representativa a causa de la división en el partido eserista y el desplazamiento de las masas hacia la izquierda desde Octubre. La «lucha de clases» y la derrota de la «contrarrevolución» exigían la consolidación del poder soviético, y a menos que la Asamblea estuviera dispuesta a reconocerlo, «todo el pueblo» coincidiría en que estaba «condenada a la extinción política». Era una declaración de intenciones para abolir la Asamblea, a menos que ésta estuviera dispuesta a abolirse a sí misma. El ultimátum de Lenin se convirtió en la política del partido, y ésta a su vez se convirtió en la política del Sovnarkom. Diez días más tarde, en una reunión de la ejecutiva soviética, los bolcheviques y los eseristas de izquierdas exigieron la clausura de la Asamblea Constituyente, a menos que tomara la resolución de subordinarse a los sóviets en su sesión de apertura del 5 de enero. Se convocó mientras tanto un Tercer Congreso de los Sóviets para el 8 de enero, dos semanas antes de lo previsto, de manera que, como señaló Zinoviev, «el pueblo oprimido pudiera dictar sentencia contra la Asamblea Constituyente». Lenin redactó una Declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador que tenía que ser aprobada por la Asamblea Constituyente en su sesión de apertura. Esta réplica espuria de los Derechos del Hombre proclamaba que Rusia era una república de sóviets y apoyaba todos los decretos del Sovnarkom, incluyendo la abolición de la propiedad privada de la tierra, la nacionalización de los bancos y la introducción del servicio militar obligatorio.[54] Fue la sentencia de muerte de la Asamblea Constituyente.

Petrogrado se encontraba en estado de sitio el 5 de enero, el día de apertura de

la Asamblea Constituyente. Los bolcheviques habían declarado la ley marcial, prohibido las reuniones públicas e inundado la ciudad con tropas, la mayoría de ellas concentradas en las cercanías del Palacio de Táuride, donde tenía que reunirse la Asamblea. El palacio estaba acordonado con barricadas defendidas por piquetes bolcheviques. El patio delantero, donde Chernov había sido retenido en cierta ocasión por la multitud, estaba lleno de vivaques, artillería, ametralladoras y cocinas de campaña. Parecía un campamento en armas. Los bolcheviques habían establecido un estado mayor militar de carácter especial y convocado a sus defensores más fanáticos (los marineros de Kronstadt, los fusileros letones y los guardias rojos) para que se enfrentaran a cualquier acción «contrarrevolucionaria» llevada a cabo por la Unión para la Defensa de la Asamblea Constituyente.

La Unión había planeado sublevarse en un momento determinado, pero, al no disponer de fuerzas militares auténticas, había abandonado la idea en el último momento en favor de una manifestación masiva bajo el eslogan de «Todo el poder para la Asamblea Constituyente». Durante la mañana, una considerable muchedumbre se reunió en el Campo de Marte y hacia el mediodía comenzó a marchar en distintas columnas hacia el Palacio de Táuride. Algunas fuentes hacen referencia a cincuenta mil manifestantes, pero el número real probablemente fue inferior. Ciertamente no fue tan grande como habían esperado los organizadores: acudieron menos obreros y soldados de los que esperaban, de manera que el gentío estaba formado mayoritariamente por ciudadanos de escasa actividad (estudiantes, funcionarios civiles y profesionales de clase media) que ya habían tomado parte en la manifestación anterior del 28 de noviembre. Cuando los manifestantes se acercaron a la perspectiva Liteiny fueron objetivo del fuego de las tropas bolcheviques que se ocultaban en los tejados con sus ametralladoras. Otras columnas de manifestantes, como una que incluía a obreros de la fábrica de municiones de Obujovsky, también fueron objetivo de los disparos. Al menos diez personas resultaron muertas y varias docenas heridas.

Fue la primera vez que las tropas gubernamentales disparaban sobre una muchedumbre desarmada desde los Días de Febrero. Las víctimas fueron enterradas el 9 de enero, el aniversario del Domingo Sangriento, cerca de las víctimas de esa matanza en el cementerio Preobrazhensky. Los paralelos históricos no pasaron desapercibidos. Varias delegaciones de obreros asistieron al funeral y una puso una corona con la inscripción: A LAS VÍCITMAS DE LOS

AUTÓCRATAS DEL SMOLNY. Gorky, que había sido testigo de ambas matanzas, subrayó los paralelos en *Novaia zhizn'*. Fue el clímax emocional de su amarga desilusión con la revolución:

> El 9 de enero de 1905, cuando los soldados agotados y maltratados disparaban sobre la multitud desarmada y pacífica de obreros por orden del régimen zarista, los intelectuales y los obreros corrieron hacia los soldados, asesinos involuntarios, y les gritaron a voz en cuello a la cara: «¿Qué hacéis, condenados? ¿A quién estáis matando?». [...]
>
> Sin embargo, la mayoría de los soldados del zar contestaron a los reproches y persuasiones con palabras de desaliento y servilismo: «Obedecemos órdenes. No sabemos nada, obedecemos órdenes». Y, como máquinas, siguieron disparando contra la muchedumbre. Se mostraban reacios; quizá lo hacían con el corazón apesadumbrado, pero dispararon.
>
> El 5 de enero de 1918 la democracia desarmada de San Petersburgo (trabajadores de fábricas e intelectuales) se manifestó pacíficamente en honor de la Asamblea Constituyente.

> Durante casi un centenar de años los mejores rusos habían vivido con el ideal de una Asamblea Constituyente [...]. Ríos de sangre se habían derramado en el altar del sacrificio por ella, y ahora los «comisarios del pueblo» han dado la orden de disparar contra la democracia que se manifestaba en honor de esta idea [...].
>
> Así, el 5 de enero, los obreros de Petrogrado fueron abatidos, desarmados [...]. Fueron abatidos en una emboscada, a través de los huecos de las verjas, de una manera cobarde, como lo hubieran hecho auténticos asesinos.
>
> Y al igual que el 9 de enero de 1905, la gente que no había perdido la conciencia ni la razón preguntó a aquellos que disparaban: «¿Qué hacéis, idiotas? ¿Acaso no se trata de vuestro mismo pueblo manifestándose? Podéis ver que hay banderas rojas por todas partes [...]».
>
> Y, al igual que los soldados zaristas, estos asesinos, cumpliendo órdenes, contestaban: «Cumplimos órdenes. Tenemos órdenes de disparar».
>
> Yo pregunto a los comisarios del pueblo, entre los que debe de haber gente decente y sensible: «¿Comprendéis que [...] acabarán inevitablemente estrangulando a la democracia rusa y arruinando todas las conquistas de la revolución?».
>
> ¿Comprenden esto? ¿O piensan, por el contrario, que «o tenemos el poder, o todos y todo perecerá»?[55]

A las cuatro de la tarde, cuando comenzó la sesión de apertura de la Asamblea Constituyente, la atmósfera en el Palacio de Táuride era extremadamente tensa. Muchos diputados eseristas habían tomado parte en las manifestaciones de la mañana y estaban encolerizados por los tiroteos. Para añadir el insulto a la injuria, habían sido registrados corporalmente por los guardias bolcheviques a medida que iban entrando en el palacio. En contra de las pretensiones de la prensa bolchevique, no todos los diputados arrestados habían sido puestos en libertad para la sesión de apertura: se dijo incluso que Argunov, Avksentiev y Sorokin habían pronunciado discursos en el Palacio de Táuride, cuando de hecho todavía se encontraban en la fortaleza de San Pedro y San Pablo. En el Salón Catalina, donde se celebró la Asamblea, había casi tantos soldados como delegados. Estaban en la parte de atrás de la sala y se sentaban en los pasillos, bebiendo vodka y gritando insultos a los diputados eseristas. Lenin contemplaba

la escena desde el antiguo banco del Gobierno, donde los ministros zaristas se habían sentado durante las sesiones de la Duma. Daba la impresión de ser un general en el momento inmediatamente anterior al inicio de una batalla decisiva; y ciertamente eso es lo que era.

Los eseristas intentaron tomar la iniciativa abriendo la sesión con un debate propio, pero los bolcheviques hicieron tal ruido que su primer orador, Mijailov, el miembro más antiguo de la Asamblea, fue incapaz de conseguir que se le escuchara. Chernov, elegido presidente de la Asamblea, pronunció un discurso largo e inefectivo, como era habitual en él; no hizo nada en favor de la reputación del entonces único parlamento nacional genuinamente democrático de la historia de Rusia mientras esperaba su ejecución. Tsereteli apareció entonces, a pesar de la orden bolchevique de arresto, y lo hizo bastante mejor, denunciando al régimen con tal pasión que incluso los agitadores de izquierda se vieron obligados a cerrar la boca y escuchar. Pero poco después los bolcheviques agudizaron el conflicto. Raskolnikov, el dirigente de los marineros de Kronstadt, presentó su Declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador. Cuando fue rechazada, por 237 votos contra 146, los bolcheviques declararon que la Asamblea estaba en manos de los «contrarrevolucionarios» y abandonaron la sala. Se pidió un descanso, mientras que bolcheviques y eseristas de izquierdas discutían sobre la estrategia que seguir. Los últimos, titubeando como era su costumbre, deseaban retrasar la disolución, pero Lenin era inflexible: «La situación resulta ahora obvia y podemos librarnos de ellos». Se decidió disolver la Asamblea, aunque por deferencia a los eseristas de izquierdas, que volvieron brevemente a la sesión, Lenin ordenó a los guardias rojos que no utilizaran la violencia: cuando se marcharon los diputados, el palacio fue clausurado y no se permitió a nadie entrar allí al día siguiente. A las dos de la madrugada, tras quedarse satisfecho porque todo estaba bajo control, Lenin regresó al Smolny, y se fue a la cama.[56]

Poco más de dos horas pasaron antes de que la Asamblea fuera clausurada. Después de la salida de los bolcheviques, varios oradores eseristas pronunciaron sus discursos generalmente extensos, mientras los guardias rojos continuaban emborrachándose y alborotando desde la galería. Algunos de ellos se divirtieron apuntando sus fusiles hacia los oradores. Los eseristas decidieron utilizar los últimos minutos presentando decretos sobre la tierra y la paz de manera que la Asamblea finalmente tuviera un registro simbólico de legislación popular: ya tenían un ojo puesto en la guerra civil que se desarrollaba rápidamente, en la que

necesitarían movilizar el apoyo de la democracia para la restauración de la Asamblea Constituyente. A las dos y media de la madrugada los eseristas de izquierdas abandonaron finalmente la sala sin que los esfuerzos desesperados de sus antiguos camaradas de partido los convencieran para que hicieran en unos minutos lo que no consiguieron en seis meses de poder bajo el Gobierno provisional. El bolchevique Dybenko dio entonces la orden al jefe de los guardias rojos, un marinero anarquista llamado Zhelezniakov, de que clausurara la reunión. A las cuatro de la madrugada subió a la tribuna y, golpeando a Chernov en el hombro, anunció que «todos los presentes deben abandonar el salón de asambleas porque la guardia está cansada». Chernov replicó que los miembros de la Asamblea Constituyente también estaban cansados, pero que ello no les impedía «proclamar una ley esperada por toda Rusia». Los guardias se encolerizaron, gritaron «¡abajo Chernov!» y se reunieron amenazadoramente con sus fusiles en la zona principal de la sala. Chernov continuó celebrando la reunión durante veinte minutos más; pero nunca se había destacado por su valentía personal ante las masas (como quedó de manifiesto el 4 de julio), y finalmente aceptó aplazar la reunión hasta la tarde siguiente.[57] La única sesión de la Asamblea Constituyente había terminado finalmente: eran las cinco menos veinte de la madrugada del 6 de enero. Los delegados salieron dócilmente y el Palacio de Táuride fue clausurado, llevando los doce años de historia de esta ciudadela democrática a un fin prematuro. Cuando los diputados regresaron al día siguiente, se les impidió la entrada y se les presentó el decreto por el que se disolvía la Asamblea.

Dos días más tarde, el 8 de enero, se abrió el Tercer Congreso de los Sóviets. Los bolcheviques y los eseristas de izquierdas abarrotaron el congreso con sus propios partidarios: nueve de cada diez delegados procedía de ambos partidos. El congreso aprobó a su debido tiempo todas las medidas que le fueron presentadas por los representantes del Gobierno, incluyendo la fraudulenta Declaración de Derechos del Pueblo Trabajador, que efectivamente sirvió de primera constitución del Estado soviético. Ésta era la única clase de «parlamento» con la que Lenin tenía intención de trabajar: aquel que se limitara simplemente a sellar todos sus decretos.

Poco después de la clausura de la Asamblea Constituyente, Boris Sokolov preguntó a un diputado eserista de la región del Volga si su partido intentaría

defenderla por la fuerza. «¿Se da usted cuenta de lo que está diciendo? —contestó el diputado—. ¿Se da usted cuenta de que somos representantes del pueblo, de que hemos recibido el alto honor de ser elegidos por el pueblo para redactar las leyes de una nueva república democrática? Pero defender la Asamblea Constituyente, defendernos a nosotros, sus miembros, ése es el deber del pueblo.»[58] La mayoría de los eseristas quedaron igualmente paralizados por el ideal que tenían de sí mismos como dirigentes del «pueblo», que de alguna manera vendría en su rescate. Y, en consecuencia, no se produjo ninguna maniobra militar para restaurar la Asamblea Constituyente. Sin duda, cualquier maniobra de ese tipo hubiera estado condenada desde el principio, porque los dirigentes demócratas de Rusia no tenían fuerzas militares a su disposición. La Unión para la Defensa de la Asamblea Constituyente estaba dominada por intelectuales eseristas y sólo podía contar con el apoyo de unos pocos kadetes. Pero su creencia ingenua del apoyo del «pueblo» era también trastornadora, porque denotaba un completo fracaso a la hora de comprender a las fuerzas revolucionarias que estaban actuando y señalaba las escasas posibilidades con que contaban en la inminente guerra civil.

Sokolov, un eserista de derechas, pensaba que la razón de la pasividad de sus camaradas era el cambio de un grupo clandestino de revolucionarios en dirigentes del Gobierno provisional. Seguramente es cierto. El sentido que adoptaron de responsabilidad hacia el Estado (y sin duda un cierto orgullo por su nuevo *status* ministerial) condujo a los eseristas de derechas a rechazar sus antiguos comportamientos terroristas de lucha revolucionaria y a depender exclusivamente de los métodos parlamentarios. Era esto lo que les había unido a los kadetes y lo que les impidió formar un gobierno puramente soviético en 1917. «Tenemos que proceder únicamente según los métodos legales —así definió Sokolov su forma de pensar—, tenemos que defender la ley con los únicos medios permitidos por los representantes del pueblo, con los medios parlamentarios.» Sin duda, eran sinceros y tenían una profunda convicción de que, al negarse a combatir contra los bolcheviques utilizando métodos bolcheviques, estaban salvando a Rusia de los traumas de una guerra civil. Mark Vishniak, eserista de derechas y secretario de la Asamblea Constituyente, reconoció más tarde que sus manos habían quedado atadas por su propia insistencia de evitar una guerra civil a cualquier precio. Pero había también una enorme dosis de estúpida vanidad en todo esto. Los eseristas de derechas estaban hipnotizados por la «santidad» y la «dignidad» de la Asamblea Constituyente, el

primer parlamento democrático de la historia de Rusia, y por el «honor» que esto les otorgaba como representantes suyos. Arrastrados por tales ideales, se engañaron creyendo que Rusia estaba firmemente colocada en el mismo camino democrático que Inglaterra o Estados Unidos, y que la «voluntad del pueblo» era suficiente por sí misma para defender las instituciones democráticas. Depositaron tanta fe en sus propios métodos democráticos que no previeron cómo los métodos antidemocráticos de los bolcheviques podían tener éxito a largo plazo.[59]

Se trataba más bien de un problema de métodos: la fe de los eseristas de derechas en el «pueblo» estaba en sí misma mal orientada. No se produjo reacción de masas frente a la clausura de la Asamblea Constituyente. La manifestación del 5 de enero fue mucho más reducida y contó con mayor presencia de la clase media de lo que los eseristas de derechas hubieran esperado. Sokolov pensaba que la pasividad era el estado de ánimo dominante en la capital. Después de casi un año de conflictos políticos, durante el que persistió la crisis económica, la gente podía ser excusada por su cínica indiferencia hacia la política y los políticos. Preocupaciones más acuciantes, tales como aprovisionarse de pan y de combustible, ocupaban a la mayoría de la gente durante la mayor parte del tiempo. Incluso Gorky (un animal político si es que alguna vez hubo alguno) sucumbió al estado de ánimo general. El 26 de enero escribió a Ekaterina:

> Estamos viviendo aquí como cautivos de los «bolcheviques», como los franceses denominan a los venerables esbirros de Lenin. ¡La vida no es muy divertida! Y es tremendamente molesta, pero ¿qué podemos decir los que formamos parte del pueblo? No hay nada que podamos hacer. «El que sobreviva se salvará.» Sobrevivimos a la autocracia de los Romanov; quizá sobreviviremos a la de Ul'ianov. La vida se ha hecho cómica. Y trágica. ¡No te rías! *Novaia zhizn'* parece que resiste. Mi estado de ánimo es malo, a lo que se añade que me siento mal físicamente. Hay días en que me despierto y ni siquiera quiero trabajar. Tampoco me parece que quiera nada más, y me siento paralizado por una apatía que es totalmente ajena a mí.[60]

Más profunda era la indiferencia entre el campesinado, la base tradicional de

apoyo del Partido Eserista. La *intelligentsia* eserista siempre había errado en su creencia de que los campesinos compartían su veneración por la Asamblea Constituyente. Para los campesinos educados, o para aquellos que se habían visto expuestos durante bastante tiempo a la propaganda de los eseristas, la Asamblea quizás aparecía como símbolo político de la revolución. Pero para la masa de los campesinos, cuya experiencia política se limitaba a los estrechos confines de sus propios campos y aldeas, era sólo una cosa distante en la ciudad, dominada por los «jefes» de los diversos partidos, a los que no entendían, y se asemejaba bastante poco a sus propias organizaciones políticas. Se trataba de un parlamento nacional, largamente deseado por la *intelligentsia*, pero los campesinos no compartían la concepción que tenía la *intelligentsia* de la nación política, su lenguaje de «Estado» y «democracia», de «derechos y deberes cívicos», les resultaba ajeno, y cuando utilizaban esta retórica urbana le añadían un significado específico «campesino» para que encajara en las necesidades de sus propias comunidades.[61] Los sóviets de las aldeas estaban mucho más cerca de los ideales políticos de la masa de los campesinos al no tratarse en realidad más que de sus propias asambleas de aldeas bajo forma revolucionaria. A través de los sóviets de aldea y del *volost* los campesinos estaban llevando a cabo su propia revolución agraria y no necesitaban la sanción de un decreto promulgado por la Asamblea Constituyente (o, si fuera el caso, por el propio Gobierno soviético) para completarla. Los eseristas de derechas no podían comprender este hecho fundamental: que la autonomía de los campesinos a través de sus sóviets de aldea, desde su punto de vista, hubiese reducido el significado de cualquier parlamento nacional, puesto que ya habían alcanzado su *volia*, el antiguo ideal campesino de autogobierno. Por supuesto, por hábito o por deferencia hacia los ancianos de su aldea, la mayoría de los campesinos votaron por los eseristas en las elecciones a la Asamblea Constituyente. Pero muy pocos estaban preparados para combatir la batalla eserista en defensa de su restauración, como el triste fracaso del Komuch demostraría en el verano de 1918. Casi todas las resoluciones de las aldeas sobre este tema mostraban su rechazo a que la Asamblea fuera restaurada como el «amo político de la tierra rusa», en palabras de alguien, con más autoridad que los sóviets locales. En otras palabras, no deseaban ser gobernados por un Estado central. Sokolov lo reconoció más tarde a raíz de su experiencia como propagandista eserista en el ejército:

> La Asamblea Constituyente era algo totalmente desconocido y oscuro para la mayoría de los soldados del frente; era, sin duda, una *terra incognita*. Sus simpatías estaban claramente del lado de los sóviets. Éstas eran las instituciones que les eran cercanas y queridas, que les recordaban sus propias asambleas de aldea [...]. En más de una ocasión tuve oportunidad de escuchar a los soldados, a veces incluso a los más inteligentes, presentar sus objeciones contra la Asamblea Constituyente. La mayoría la asociaba con la Duma estatal, una institución que les resultaba remota. «Para qué necesitamos una Asamblea Constituyente, cuando ya tenemos nuestros sóviets, donde nuestros propios diputados se pueden reunir y decidir cualquier cosa?»[62]

Después de su derrota en la capital los eseristas se volvieron hacia sus antiguos bastiones en provincias para conseguir apoyo y restaurar la democracia. Tal experiencia iba a revelarse dolorosa ante las nuevas realidades de la vida provinciana. Descubrieron la gran indiferencia del campesinado local ante la clausura de la Asamblea Constituyente y que sus propias organizaciones de partido se encontraban en decadencia. Al basar su partido en el apoyo de los campesinos, los eseristas llegaron a darse cuenta de que habían construido sobre la arena. Provincia tras provincia, los eseristas de derechas habían perdido el control de los sóviets en favor de la extrema izquierda. En las provincias industriales del norte y del centro, donde los bolcheviques y los eseristas de izquierdas podían contar con el apoyo de la mayoría de los trabajadores y de los soldados de las guarniciones, y en una amplia proporción de los campesinos semiindustriales, la mayoría de los sóviets provinciales estaban en manos bolcheviques, usualmente gracias a las elecciones de finales de octubre, y sólo en Novgorod, Pskov y Tver se produjo alguna lucha seria. En algunas de estas ciudades, especialmente donde había guarnición, los bolcheviques simplemente utilizaron su fuerza militar para expulsar a la oposición del Sóviet e instalar su propia «mayoría». Más hacia el sur, en las provincias agrícolas, el traspaso de poder no se concluyó generalmente hasta Año Nuevo, y a menudo resultó bastante sangriento, con luchas en las calles de las principales capitales de provincia (Orel, Kursk, Voronezh, Astrakán, Chernigov, Odesa, Jerson, Ekaterinoslav, Sebastopol y otras). En la mayoría de los casos la extrema izquierda organizó a sus partidarios entre los soldados y obreros en un CMR, que

se apoderó del control de las instituciones gubernamentales después de derrotar a las fuerzas de cadetes o de cosacos leales a la Duma de la ciudad. Se celebraron entonces nuevas elecciones para el Gobierno del Sóviet que, de una u otra forma, generalmente estaban amañadas. Como en Petrogrado, los eseristas y los mencheviques a menudo actuaron a favor de la extrema izquierda al boicotear el Sóviet y las «nuevas elecciones». Sin embargo, sin una fuerza militar real propia, o una ciudadanía considerable y activa que deseara tomar las armas en defensa de la democracia, tenían pocas opciones. La cultura política de las capitales de provincia no era mucho más avanzada de la que tenía la atrasada Rusia campesina, y fuera de las capitales de provincia no existía una clase media urbana auténtica que defendiera la revolución democrática. Esa fue la tragedia de 1917.

III El saqueo de los saqueadores

Por primera vez en muchos años el general Denikin se encontró a sí mismo entre los rusos corrientes cuando se sentó en un vagón de ferrocarril de tercera clase, disfrazado de noble polaco, en su camino hacia el Don:

> Ahora era simplemente un *burzhooi,* sobre el que llovían empujones y maldiciones, a veces con malicia, a veces de pasada; pero afortunadamente nadie me prestó atención. Ahora veía la vida real de una manera más clara y estaba aterrorizado. Vi un odio ilimitado en las ideas y en la gente, hacia todo aquello que era social o intelectualmente más elevado que la masa, hacia todo aquello que tenía la más ligera traza de abundancia, incluso hacia objetos inanimados que eran signo de algo extraño culturalmente o inaccesible para la masa. Este sentimiento expresaba el odio acumulado a lo largo de los siglos, la amargura de tres años de guerra y la histeria generada por los dirigentes revolucionarios.

El futuro dirigente del Ejército blanco no era el único refugiado procedente de la Rusia bolchevique que sintió la ira de la muchedumbre durante aquel terrible invierno de 1917 y 1918. Los libros de memorias están llenos de relatos

similares obra de príncipes, condesas, artistas, escritores y hombres de negocios referidos a aquellos traumáticos viajes que tuvieron que realizar a través de la Rusia revolucionaria para huir del régimen bolchevique. Todas ellas expresan el mismo sentimiento traumático ante la rudeza y la hostilidad que encontraban entre la gente corriente: ¿No eran éstos los hermanos y las hermanas de sus nodrizas y criadas, de sus cocineros y mayordomos, que hasta ayer habían parecido tan agradables y respetuosos? Era como si la clase de los sirvientes hubiera estado utilizando siempre una máscara de buena voluntad que la revolución habría arrancado y ahora revelaba el rostro real del odio que ocultaba.

Para la inmensa mayoría del pueblo ruso el final de todos los privilegios sociales era el principio básico de la revolución. Los rusos tenían una larga tradición de nivelación social que procedía de la comuna campesina. Estaba expresada en las nociones populares de justicia social que había en el corazón de la Revolución de 1917. La creencia común entre el pueblo ruso de que la riqueza excesiva era inmoral, de que la propiedad era un robo y de que el trabajo manual era la única fuente real de beneficio debía mucho menos a las doctrinas de Marx de lo que debía a las costumbres igualitarias de la comuna aldeana. Estos ideales de justicia social también se habían convertido en una parte de esa forma peculiar de cristianismo que los campesinos rusos se habían apropiado. En la mente del campesino ruso estaba firmemente asentaba la idea de la virtud cristiana de la pobreza.[103*] «¡Los mansos heredarán la tierra!» Esto fue lo que proporcionó a la revolución un *status* cuasi religioso en la conciencia popular: la guerra contra la riqueza era vista como un purgatorio de camino hacia las puertas de un cielo en la tierra.

Si los bolcheviques tenían algún poder de convocatoria popular en 1917, era gracias a su promesa de acabar con todos los privilegios y de reemplazar el injusto orden social con una república de iguales. La visión utópica de un Estado socialista universal era fundamental para el idealismo popular de la revolución. Un obrero campesino, por ejemplo, escribió al Sóviet Campesino Panruso en mayo de 1917:

> Toda la gente, sea rica o pobre, merece cuidados; toda persona debería recibir su ración digna e igual de un comité de manera que haya suficiente para todos. No sólo la comida, sino también el trabajo y el espacio para vivir deberían ser divididos de manera igualitaria por los

comités; todo debería ser declarado propiedad pública.

El rechazo de todas las formas ordenadas de autoridad (jueces, funcionarios, sacerdotes, caballeros, empresarios, etcétera) fue la principal fuerza impulsora de la revolución social. Al conceder una forma institucional a esta guerra contra el privilegio, los bolcheviques pudieron aprovecharse de las energías revolucionarias de numerosos elementos procedentes de los pobres que obtenían placer al ver a los ricos y a los poderosos destruidos, a pesar de que esto no mejorara su propia suerte. Si el poder soviético podía hacer poco para aliviar la miseria de los pobres, podía al menos hacer las vidas de los ricos todavía más miserables que las suyas, y ésta fue la causa de una considerable satisfacción psicológica. Después de 1918, cuando los ideales de la revolución quedaron mancillados y la gente se empobreció cada vez más, el régimen bolchevique basó progresivamente su poder de convocatoria de manera casi exclusiva en estos vulgares placeres derivados de la venganza. En un editorial que señalaba el inicio de 1919, *Pravda* proclamó con orgullo:

> ¿Dónde están las señoras acaudaladas vestidas a la moda, los restaurantes caros y las mansiones privadas, las entradas hermosas, los periódicos que mentían, toda la corrompida «vida dorada»? Todo ha desaparecido. Ya no se puede ver en la calle a un *barin* [«caballero»] rico luciendo un abrigo de piel mientras lee el *Russkie vedomosti* [periódico liberal clausurado después de octubre de 1917]. Ya no hay *Russkie vedomosti* ni abrigo de piel para el *barin;* vive en Ucrania o en el Kubán, o está agotado y ha adelgazado al tener que vivir con una ración de tercera clase. Ya ni siquiera tiene la apariencia de *barin.*[63]

Esta guerra de los plebeyos contra los privilegios fue, en parte, una extensión de la violencia y de la destrucción que Gorky ya había condenado en vísperas de la Revolución de Febrero. Existía el mismo odio y desconfianza contra las clases acomodadas, el mismo deseo cruel de venganza y la misma urgencia por destruir la antigua civilización. A las clases acomodadas todo esto les parecía parte de la misma tempestad revolucionaria. Comparaban la violencia de 1917 con la *Pugachevshchina,* la oleada anárquica de destrucción campesina («sin sentido y sin compasión», según la describió Pushkin) que había atormentado a Rusia

desde el siglo XVIII. Hablaban de los instintos «siniestros» y «salvajes» del pueblo, que los bolcheviques habían encendido, al igual que sus predecesores habían hablado en el siglo XIX de los seguidores de Pugachov. Sin embargo, estos estereotipos crudos y cargados de valores probablemente nos dicen más acerca de aquellos que los utilizaban que acerca de los que los pretendían describir. Resumiendo, sólo las pretensiones sociales de quienes se veían a sí mismos como «civilizados» y «respetables» definían la violencia de la multitud como «anárquica», «siniestra» y «salvaje». Si se observa la violencia en sus propios términos, hay importantes distinciones entre la guerra contra los privilegios después de Octubre y las formas iniciales de violencia contra las clases acomodadas.

Por un lado, después de Octubre la violencia se vio articulada y legitimada por un nuevo lenguaje de clases y el conflicto de clases, que había sido desarrollado por los partidos socialistas durante 1917. Las formas antiguas y respetuosas para dirigirse a los miembros de las clases acomodadas *(gospodin* y *barin)* dejaron de ser utilizadas. Pronto se convirtieron en una forma de insulto, o de burla sarcástica, contra aquellos que habían perdido sus títulos y su riqueza. Éstos eran «la gente antigua» *(byvshchie liudi),* como los bolcheviques comenzaron a llamarlos. La proliferación de formas igualitarias de tratamiento («camarada» para los miembros del partido y los trabajadores, y «ciudadano» para todos los demás) parecía significar una nueva igualdad republicana, aunque por supuesto, en realidad unos camaradas, adaptando la frase de George Orwell, eran más iguales que otros. La palabra «camarada» *(tovarishch)* había tenido durante mucho tiempo connotaciones de fraternidad y solidaridad entre los obreros industriales con mayor conciencia de clase. Se convirtió en una medalla de orgullo proletario, una señal para distinguir y unir al ejército vengador de los pobres en la guerra de clases contra los ricos. Este nuevo lenguaje de clase despertó un sentimiento de dignidad y poder entre los humillados de antaño. Quedó pronto reflejado en una mayor seguridad en la forma de vestir y en el lenguaje corporal de las clases inferiores. Los sirvientes y los obreros volvieron a ponerse las gorras y se desabrocharon las blusas en una muestra de desafio propio de los gallitos. Se paseaban con una pistola colgándoles visiblemente del cinto y se comportaban de una manera generalmente agresiva. Hablaban con rudeza a sus «superiores sociales», se negaban a ceder los asientos en los tranvías a las mujeres y se sentaban en el teatro, fumando y bebiendo, con los pies encima de los asientos que había enfrente de ellos.

En las mentes de la gente corriente, que nunca había leído a Marx, las divisiones de clase se basaban mucho más en la emoción que en criterios sociales objetivos. El término popular *burzhooi*, por ejemplo, no tenía claras connotaciones de clase, a pesar de su derivación obvia de la palabra «burgués». Se utilizaba como una forma general de insulto contra los empresarios, los oficiales, los terratenientes, los sacerdotes, los comerciantes, los judíos, los estudiantes, los profesionales o cualquier otro que fuera bien vestido, que tuviera aspecto extranjero o que aparentemente disfrutara de una buena posición. Los obreros hambrientos tildaban a los campesinos de *burzhoois* porque se pensaba que acaparaban los alimentos; mientras que los campesinos, que a menudo confundían la palabra con *barzhui* (los propietarios de una barcaza) y con *birzhye* (de la palabra que indica intercambio, *birzh)*, tildaban de manera similar a los obreros, y a todos los habitantes de las ciudades en general, porque pensaban de ellos que estaban acaparando bienes manufacturados. Los *burzhoois,* en otras palabras, no eran tanto una clase como un grupo de chivos expiatorios populares, o de enemigos internos, que podían ser redefinidos casi a voluntad para responsabilizarlos por el hundimiento del mercado, los padecimientos de la guerra y las desigualdades generales de la sociedad. Los campesinos describían a menudo a los *burzhoois* como un enemigo «oculto» y «astuto» de los campesinos al que había que culpar de todos sus problemas: podía ser el habitante de las ciudades, un comerciante o un funcionario. En las colas de alimentación de las ciudades, donde surgieron infinitas teorías de sabotaje para explicar la escasez de pan, las palabras *burzhooi,* «especulador», «alemán» y «judío» eran casi sinónimas. Se trataba de una sociedad en guerra consigo misma, sólo que todos pensaban que estaban combatiendo contra los *burzhooi.*[64]

La prensa socialista estimuló tales actitudes populares presentando a los *burzhoois* como «enemigos del pueblo». El panfleto más vendido de 1917, que modeló más que cualquier otra publicación la conciencia política y de clase de la gente corriente, fue *Arañas y moscas,* de Wilhelm (no hay que confundirlo con Karl) Liebknecht. Se vendieron varios millones de copias en más de veinte ediciones diferentes patrocinadas por todos los partidos socialistas importantes. *Arañas y moscas* dividía Rusia en dos especies en guerra:

> Las arañas son los amos, los acaparadores de dinero, los explotadores,

> la nobleza, los acaudalados, y los sacerdotes, chulos y parásitos de todo tipo [...]. Las moscas son los desdichados obreros, que deben obedecer todas aquellas leyes que se le pasan por la cabeza al capitalista, que deben obedecer, porque el pobre no tiene ni siquiera un mendrugo de pan.[104*]

La gente rica y educada, al recibir la etiqueta de *burzhoois*, era automáticamente vilipendiada como antisocial. «El *burzhooi* —escribió un autor de panfletos socialistas— es alguien que piensa sólo en sí mismo, en su tripa. Es alguien que es altivo, que está dispuesto a agarrar a cualquiera por el cuello si eso significa dinero o comida.» Cuando se agudizó la crisis social, los *burzhoois* fueron crecientemente condenados por «parásitos» y «chupasangres», y se oyeron violentos llamamientos con regularidad creciente para provocar su caída, no sólo desde los partidos de la extrema izquierda, sino también desde las calles, las fabricas y los cuarteles. «Deberíamos exterminar a todos los *burzhoois* —proclamó un obrero fabril en enero de 1918—, de manera que el honrado pueblo ruso pueda vivir con más facilidad.»[65]

Los bolcheviques estimularon esta guerra contra el privilegio, e incluso la convirtieron en su propia *raison d'étre* popular. Lenin siempre había defendido la utilización del terror de masas contra los enemigos de su revolución. En «¿Cómo organizar la competencia?», escrito en diciembre de 1917, hizo un llamamiento a una «guerra a muerte contra los ricos, los holgazanes y los parásitos». Debería permitirse a cada aldea y ciudad que desarrollara sus propios medios de

> limpiar la tierra rusa de todos los piojos, de todas las moscas carroñeras, de todos los malditos ricos y gente semejante. En un lugar encarcelarán a doce ricos, a una docena de sabandijas, a media docena de obreros que se escapan del trabajo [...]. En otro lugar los pondrán a limpiar letrinas. En un tercero les darán billetes amarillos [como se les daba a las prostitutas] después de pasar un tiempo en la cárcel, de manera que todos sepan que son dañinos y que no les quiten el ojo de encima. En un cuarto, uno de cada diez holgazanes será fusilado. Cuanta más variedad haya mejor [...] porque sólo la práctica puede acabar seleccionando los mejores métodos para la lucha.[66]

En muchas ocasiones enfatizó que el «Estado proletario» era «un sistema de violencia organizada» contra la burguesía: esto era lo que siempre había comprendido por el término «Dictadura del Proletariado». Autorizar los actos populares de saqueo y venganza formaba parte de este sistema, un medio de «aterrorizar a la burguesía» para que se sometiera al Estado proletario. Aquí se encuentran los orígenes del Terror rojo.

Los historiadores han tendido a pasar por alto las conexiones existentes entre esta guerra de los plebeyos contra los privilegios y los orígenes del Terror rojo. La mayoría ha considerado el Terror como algo exclusivamente político. Lo han mostrado como algo que fue impuesto por los bolcheviques: o deliberadamente para hacerse con el poder real, así el Terror se convirtió en la base fundamental de su régimen (según el punto de vista de la derecha), o como una respuesta ampliamente pragmática ante las amenazas y los problemas de la guerra civil (según el punto de vista de la izquierda). Ninguna de las dos explicaciones resulta satisfactoria. El Terror surgió desde abajo; fue un elemento integral de la revolución social desde el principio. Los bolcheviques lo estimularon, pero no crearon el terror de masas. Las principales instituciones del Terror fueron todas configuradas, al menos en parte, en respuesta a las presiones desde abajo. El saqueo anárquico que se infligió a la propiedad burguesa, eclesiástica y nobiliaria fue legitimado e institucionalizado por los decretos bolcheviques de confiscación revolucionaria e impuestos, y las chekas locales lo materializaron mediante el arresto de rehenes «burgueses» y «contrarrevolucionarios». Los juicios multitudinarios de empresarios burgueses, oficiales, especuladores y otros «enemigos del pueblo» se institucionalizaron a través de los Tribunales Populares y del crudo sistema de «justicia revolucionaria» que administraron y que a su vez formó parte del terror de la Cheka.

El sistema de la Cheka, el terror político centralmente organizado, realmente no despegó hasta finales del verano de 1918 (véase el apartado «El color de la sangre»). Durante los primeros meses del régimen bolchevique, el sistema de la Cheka estaba, como el resto del aparato estatal, extremadamente descentralizado; a menudo significaba que las presiones sociales, tales como el deseo de la población local de despojar a los ricos y a los poderosos, o incluso el deseo de una comunidad de desencadenar una venganza contra otra, podía determinar a quién decidían arrestar o ejecutar los jefes de la Cheka local. Este «terror de masas» es analizado aquí con la finalidad de comprender las raíces sociales del terror de la Cheka. Porque, por mucho que se pueda condenar, y por difícil que

resulte admitirlo, no hay duda de que el Terror pulsó una cuerda profunda de la mentalidad rusa durante la guerra civil, y que tuvo un extraño poder de convocatoria entre las masas. El lema «¡Muerte a la burguesía!», que se escribió en los muros de las salas de interrogatorio de la Cheka, fue también el lema de la calle. La gente incluso llamaba a sus hijas Terrora.

En enero de 1918, en una reunión de agitadores del partido que se dirigían a provincias, Lenin explicó que el saqueo de la propiedad burguesa tenía que ser estimulado como una forma de justicia social a través de la venganza. Había que «saquear a los saqueadores». Bajo este lema, que los bolcheviques pronto convirtieron en propio, se produjo una orgía de robo y violencia en los meses siguientes. Gorky la describió como un pogromo de masas. Bandas armadas robaban a los que tenían propiedades, y después se robaban entre sí. Los estafadores, los ladrones y los bandidos se enriquecían, mientras la ley y el orden se desvanecían finalmente. «Roban con arte», escribió Gorky en un amargo editorial del 16 de marzo:

> Sin duda la historia nos hablará de este proceso de autorrobo producido en Rusia con el mayor talento. Roban y venden iglesias y museos, venden cañones y fusiles, saquean almacenes del Ejército, roban los palacios de los antiguos grandes duques; todo lo que puede ser saqueado es saqueado, todo lo que puede ser vendido es vendido; en Teodosia los soldados incluso trafican con la gente, traen mujeres turcas, armenias y kurdas desde el Cáucaso y las venden a veinticinco rublos la pieza. Esto es muy «original», y podemos estar orgullosos: no se había producido nada semejante ni siquiera en la época de la Gran Revolución Francesa.[67]

En provincias, el establecimiento del poder soviético a menudo vino acompañado de actos semejantes de saqueo y violencia. En su mayor parte fueron perpetrados por elementos incontrolados de la turba, aunque los dirigentes locales del partido a menudo estaban implicados, o animaban a la multitud sin implicarse. En Ekaterinoslav, el dirigente bolchevique local indujo a sus seguidores a que

> arrancaran a la burguesía los millones obtenidos de las masas y que se

> apoderaran astutamente de la seda, las pieles, las alfombras, el oro, los muebles, las pinturas y la porcelana. Tenemos que cogerlo y dárselo al proletariado, y después obligar a la burguesía a trabajar para conseguir sus raciones en favor del poder soviético.

En Stavropol los soldados bolchevizados saquearon sistemáticamente tiendas y casas, y tomaron rehenes entre la burguesía; el Sóviet local, que compartía el poder con los dirigentes de la Duma y los *zemtsvos,* era demasiado débil para detener los actos de terror y decidió por el contrario permitirlo como el primer paso hacia la conquista del poder total. La violencia pronto se extendió al campo circundante, a medida que los soldados campesinos rusos sacaron a relucir su antiguo odio de clase y de raza contra los pastores kalmukos poseedores de tierra, incendiando sus casas y matando a sus familias con una brutalidad imposible de expresar en palabras (arrancaron fetos del vientre de mujeres embarazadas). Los kalmukos se vengaron atacando las explotaciones campesinas rusas. Era común que el Terror alcanzara una espiral de este tipo cuando los conflictos sociales y étnicos largo tiempo reprimidos de repente explotaban y no existía un poder neutral para detenerlos. En la ciudad industrial de Taganrog, en el Don, los guardias rojos ejecutaron una salvaje venganza sobre los cadetes militares, en su mayor parte hijos de burgueses, a los que habían derrotado al tomar el poder. Cincuenta cadetes, que se habían rendido bajo la promesa de amnistía, fueron llevados a una fábrica metalúrgica, atados de manos y pies, y arrojados, uno a uno, a un alto horno. En Evpatoria, una ciudad costera de Crimea, los marineros bolchevizados recibieron permiso de los dirigentes soviéticos para comportarse violentamente: en tres días asesinaron a ochocientos oficiales y residentes burgueses. La mayoría fueron asesinados tras ser torturados, con los brazos y las piernas rotos atados alrededor de la cabeza antes de que sus cuerpos fueran arrojados al mar. Matanzas similares tuvieron lugar en Yalta, Teodosia y Sebastopol.[68]

Esta guerra contra la burguesía tenía un paralelo en un cierto número de decretos bolcheviques que legitimaban el «saqueo de los saqueadores». Los funcionarios soviéticos, portando órdenes de dudosa legalidad, recorrían las casas burguesas y confiscaban máquinas de escribir, muebles, ropas y objetos de valor «para la revolución». Las fábricas eran arrancadas a sus propietarios; se anulaban las acciones y los bonos, y con posterioridad fue abolida la ley de

sucesión privada. Los bancos fueron nacionalizados y los propietarios de cuentas vieron restringida su capacidad de retirar dinero a mil rublos al mes (cantidad que muy pronto fue insuficiente debido a la alta inflación). Los propietarios de depósitos de seguridad de los bancos recibieron la orden de presentarse con las llaves para inspeccionar sus cajas: el dinero extranjero, el oro y la plata, y todos los objetos preciosos fueron confiscados. Durante los seis primeros meses de 1918 más de treinta y cinco mil cajas de depósito fueron inspeccionadas. La condesa Meshcherskaia da una descripción vívida de un marinero encargado de esta operación en su banco:

> Alrededor del pecho llevaba una canana de cartuchos de ametralladora y en la cartuchera, a un lado, podía verse la empuñadura del revólver. Joven y de hombros anchos, con los ojos muy abiertos por la conciencia de que estaba llevando a cabo una tarea importante, intentó hacer que su rostro ancho y amistoso adquiriera un tono amenazador frunciéndonos el ceño. No tenía ni la más mínima idea sobre joyas preciosas pero solamente sabía una cosa: el Estado necesitaba oro.

De su caja de seguridad abierta, agarró varios puñados de objetos (joyas, monogramas de diamantes, crucifijos de plata e incluso un huevo de Fabergé) y los apiló sobre una mesa. En varias ocasiones hizo una pausa «para admirar esta montaña de botín».[69]

Los sóviets impusieron sus propios impuestos punitivos sobre la burguesía. Esto a menudo fue el inicio del Terror bolchevique, puesto que las chekas locales se sentían inclinadas a forzar el pago de estos impuestos arrestando rehenes. En Nizhnyi Novgorod, por ejemplo, el Sóviet estableció un impuesto revolucionario de veintidós millones de rublos, mientras que la Cheka arrestó a ciento cinco ciudadanos burgueses y los retuvo hasta que pagaron el impuesto.[70] Muchas de estas tasas se imponían a gente que carecía claramente de la posibilidad de pagar: la emigración y la inflación habían reducido drásticamente el volumen y la riqueza de la burguesía rusa, y muchos de los perseguidos como «ricos» no eran más que pequeños comerciantes o empobrecidos maestros, doctores y empleados. Convencidos por su propia propaganda de que la burguesía fantasma debía de estar ocultando su riqueza, las chekas locales todavía realizaron más arrestos y empezaron a fusilar a sus rehenes.

Lo mismo sucedió con la confiscación de la propiedad eclesiástica. Empezó con un astuto intento de Kollontai, la comisaria del pueblo para Bienestar Social, de convertir el monasterio de Alexander Nevsky en un santuario para inválidos de guerra. El 19 de enero envió un destacamento de marineros para que ocuparan el templo sagrado situado en el centro de Petrogrado. Fueron recibidos por una multitud encolerizada de fieles, y en la escaramuza que siguió, un sacerdote resultó muerto de un tiro. Lenin estaba furioso: lo último que necesitaba era un enfrentamiento abierto con la Iglesia, que hasta entonces había sido precavida y se había mantenido apartada de la política. Pero, puesto que la Kollontai ya había encolerizado al clero, no vio razón para mantenerse al margen del conflicto que, tal como él lo veía, tarde o temprano tenía que producirse. El decreto sobre la separación de la Iglesia y el Estado fue publicado al día siguiente, el 20 de enero, mucho antes de lo previsto. Declaraba propiedad del Estado toda la propiedad eclesial. Sancionadas por este permiso, las escuadras bolcheviques recorrieron las iglesias y monasterios del país saqueando los objetos de valor, bebiéndose el vino y aterrorizando al clero. El patriarca Tijón, jefe de la Iglesia, hizo un llamamiento al clero para que resistiera a «estos monstruos de la raza humana» en una carta pastoral que anatematizaba al régimen bolchevique. No todo el clero escogió el camino de la abierta oposición. Algunos miembros del bajo clero, que habían recibido a la revolución como una oportunidad para estrechar lazos con sus fieles, intentaron mantener una actitud conciliadora hacia los bolcheviques. El monasterio de Preobrazhensky en Viatka, por ejemplo, se convirtió en una comuna de trabajo con una guardería para niños de los obreros y un taller donde las monjas fabricaban ropa y calzado para los huérfanos. Pero buena parte del clero y sus congregaciones siguieron el llamamiento de Tijón, lo que permitió a los bolcheviques calificarlos de «contrarrevolucionarios» y desencadenar una campaña de saqueo y terror. Los monjes del monasterio de Alexander Svirsky en Olonetsk, por ejemplo, después de intentar resistir a las escuadras bolcheviques, fueron encarcelados y más tarde ejecutados por la Cheka local.[71]

Una de las humillaciones más traumáticas sufridas por las clases acomodadas en los primeros meses del régimen soviético fue el tener que compartir a la fuerza el espacio que tenían para vivir. Los bolcheviques estaban orgullosos (y lo enfatizaban en su propaganda) de estar obligando a los ricos a compartir sus espaciosas casas con los pobres de las ciudades. A muchas personas esto les parecía bien: que hubiera personas que vivían en palacios, mientras otras

languidecían en covachas degradantes y sucias, se había convertido en un símbolo del injusto orden social del antiguo régimen. Las familias acomodadas a menudo intentaron arreglárselas de la mejor manera posible, encontrando a una pareja limpia y modesta a la que pudieran persuadir para que se quedara con una o dos de las habitaciones más pequeñas de la casa. Pero la vigilancia de los comités que había en los edificios encargados de este proceso dificultó mucho tal posibilidad. Los comités estaban usualmente formados por los antiguos porteros y sirvientes domésticos de la casa, quienes sentían a menudo un deseo de venganza muy fuerte. Unirse al comité de los edificios, e incluso al partido, les daba licencia para dar la vuelta a la tortilla en perjuicio de sus antiguos superiores. Ocupaban las mejores habitaciones de la casa y las llenaban de los mejores muebles, mientras que sus jefes anteriores se veían obligados a mudarse a los cuartos de la servidumbre. Se produjo así todo un universo de revoluciones ocultas en la vida doméstica donde siervos y amos literalmente cambiaron de lugar. Se trató de un microcosmos de transformación social por todo el país.

«He pasado toda mi vida en los establos —se quejó un antiguo sirviente en una celebración política que tuvo lugar en el Cirque Moderne—, mientras viven en sus hermosos pisos y se tumban en sus suaves sofás jugando con sus perros falderos. Se acabó, escuchadme. Ahora ha llegado mi turno de jugar con los perros falderos, y, por lo que a ellos se refiere, ha llegado su turno de ir a trabajar a los establos.» La idea de poner a las clases acomodadas a trabajar fue un elemento esencial de la guerra contra el privilegio social, y los bolcheviques lo institucionalizaron rápidamente. Lenin había prometido que la regla fundamental del orden soviético sería: «El que no trabaje que no coma». La obligación universal de trabajar estaba recogida en la Declaración de Derechos del Pueblo Trabajador (que, de hecho, era una Declaración de las Obligaciones del Pueblo no Trabajador), que los bolcheviques habían presentado a la Asamblea Constituyente. Trotsky fue un precursor del reclutamiento masivo de la mano de obra burguesa en los primeros días del Ejército Rojo, donde realizó tareas en la retaguardia, tales como cavar trincheras y limpiar cuarteles. Pero pronto se convirtió en una práctica general de los sóviets urbanos. Aristócratas, antiguos directores de fabricas, empleados de bolsa, abogados, artistas, sacerdotes y antiguos funcionarios eran detenidos y obligados a realizar trabajos como la recogida de basura y nieve de las calles. Mientras tanto, los comisarios y grupos de obreros ociosos permanecían alrededor fumando y observaban con obvio placer cómo damas y caballeros bien vestidos, sin ninguna experiencia de trabajo

manual en sus vidas anteriores, luchaban para arreglárselas con picos y palas. No existía ningún beneficio económico real en estos reclutamientos de mano de obra burguesa; su único propósito era degradar y destruir físicamente a las clases acomodadas. Trotsky así lo indicó en un discurso que expresaba perfectamente la psicología de la turba: «Durante siglos nuestros padres y abuelos han estado limpiando la basura y la suciedad de las clases pudientes, pero ahora nosotros les haremos limpiar nuestra suciedad. Tenemos que hacerles la vida tan ingrata que pierdan el deseo de seguir siendo burgueses».[72]

Desposeídos y degradados, la vida de esta «gente antigua» pronto se convirtió en una ardua lucha cotidiana. Pasaban horas haciendo cola para conseguir pan y combustible junto al resto de los pobres de las ciudades. Cuando la inflación se disparó, se vieron obligados a vender sus últimas posesiones de valor sólo para alimentarse. La baronesa Meyendorff vendió un broche de diamantes por cinco mil rublos, lo suficiente para comprar un paquete de harina. Poderosos blasones de la aristocracia se vieron reducidos a la condición de pequeños vendedores callejeros: la princesa Golitsyn vendía pasteles caseros; la baronesa Wrangel, artículos de punto; la condesa Witte, pasteles y dulces, mientras que la esposa de Brusilov vendía cerillas, igual que las esposas de centenares de veteranos heridos procedentes del Ejército a los que los esposos de aquéllas habían mandado en otro tiempo. Un antiguo caballero de la Casa del Zar se convirtió en conserje de un museo, donde se conservaban extrañas criaturas en jarras de alcohol; cambió éste por agua y vendió el terrible alcohol por las calles. Los rastros de Petrogrado y de Moscú se llenaron con las pertenencias de los plutócratas caídos: iconos, pinturas, alfombras, pianos, gramófonos, samovares, batas y trajes de etiqueta; todo podía ser obtenido por el precio de una comida o dos. Los objetos más valiosos eran robados por los nuevos ricos del régimen soviético (comisarios y funcionarios, soldados y marineros que se dedicaban al saqueo, pequeños comerciantes y bandidos), pues intentaban apoderarse de los símbolos de *status* de la clase dominante. Los nuevos amos de Rusia eran fáciles de distinguir por la manera en que llevaban el largo y sucio pelo peinado hacia atrás, por las sonrisas que mostraban dientes de oro y el olor a agua de colonia, y por la manera en que rondaban por las tiendas y los hoteles con chicas de aspecto de muñeca y vida fácil cogidas del brazo.

El barón Wrangel recuerda a uno de estos *arrivistes rouges*, un soldado bolchevique «desertor del arado», comprando un collar de perlas para su amante en una de las joyerías más importantes de la perspectiva Nevsky. Su amante era

una antigua cocinera, vestida ahora con pieles y diamantes suntuosos, aunque su rostro estaba cubierto por las huellas de la viruela. El joven campesino obviamente estaba orgulloso de que le vieran con una «dama tan fina» y pedía que le mostraran «las perlas más caras, tan brillantes como las que usan las *baryni*».[105*] No estaba satisfecho con las que le enseñaba el joyero, porque aunque costaban setenta y cinco mil rublos, todavía no eran lo suficientemente caras. Esa noche él y su amante tenían que asistir a una recepción en el Palacio de Invierno y tenían que lucir lo mejor. La cocinera anunció que irían al Gostiny Dvor, donde «estamos seguros de que encontraremos lo que quiero». Esto provocó cierta risa despectiva en los otros clientes, un grupo de antiguas damas de sociedad que acudían a vender sus diamantes, porque se sabía que esas tiendas vendían bisutería. Al darse cuenta de que se burlaban de ella, la pobre muchacha se sonrojó e intentó quedar mejor diciendo que se llevarían las «condenadas perlas» y que regresarían cuando el joyero hubiera encontrado algo mejor.[73]

Muchos de los ricos y poderosos que cambiaron de *status* vendieron todo y se marcharon al extranjero, aunque resultaba muy duro, o huyeron al sur hacia Ucrania y el Kubán, o incluso al este hacia Siberia, donde los guardias blancos tenían sus principales bases de poder. Otros buscaron refugio en sus posesiones agrícolas con la esperanza de que los campesinos, a los que siempre habían visto como gente humilde y respetuosa, serían más corteses con ellos que los obreros bolchevizados de las ciudades. Pero aquí la guerra contra los ricos también se encontraba en su período de apogeo, puesto que los campesinos, tras recibir la sanción del Decreto sobre la Tierra de octubre, llevaron a cabo sus propias incautaciones de la tierra y de las propiedades de la nobleza.

La distribución por igual de todos los medios de producción, de la tierra, de las herramientas y del ganado, había sido durante mucho tiempo el ideal básico de la revolución campesina. Contemplaban este «reparto negro» como la voluntad de Dios y creían que el resto de la revolución también había sido organizado sobre los mismos principios generales. El Sóviet Panruso era concebido por los campesinos como una especie de comuna aldeana gigante que redistribuía toda la propiedad del país. Muchos campesinos estaban convencidos, en palabras de uno de sus representantes con más instrucción, de que el socialismo, del que sólo habían oído hablar vagamente, «era una especie de medio místico (místico porque no podíamos imaginar cómo se haría eso) de dividir toda la propiedad y el dinero de los ricos; según el sastre de nuestra aldea, eso significaría que a cada

familia campesina se le entregarían doscientos mil rublos. Esta, al parecer, era la cifra más elevada en la que podía pensar».[74]

Los campesinos, por su parte, no tenían medios místicos para dividir la tierra. Ni siquiera tenían los medios técnicos básicos: mapas y reglas. La tierra quedó dividida como siempre lo había estado, dividiendo su anchura en tiras o juzgando el tamaño global de los lotes a ojo, y después asignándolos a las casas campesinas según la norma igualitaria local. Esto usualmente significaba el número de bocas o, más raramente, el número de trabajadores adultos, que había en cada casa. Sin unos métodos topográficos exactos, estas divisiones estuvieron inevitablemente acompañadas de discusiones, que a veces acababan en pelea, para saber quién se quedaría con qué trozo de tierra. Pero en términos generales, dada la importancia crucial que tenía para una comunidad campesina, el reparto de tierras fue notable por lo pacíficamente que se llevó a cabo, lo que ciertamente es un reconocimiento de la capacidad de autoorganización de las comunas aldeanas que lo realizaron.

Las tierras confiscadas a la nobleza y a la Iglesia eran usualmente divididas por separado, porque se temía que si la revolución era derrotada, los campesinos se verían obligados a devolver esta tierra a sus antiguos propietarios. Muchas comunas estipularon que todos los miembros de la casa tenían que recibir un trozo de esa tierra para compartir la carga de riesgo. Los propios nobles, incluyendo aquellos que habían regresado a sus posesiones procedentes de las ciudades, se quedaron generalmente con una generosa porción de tierra y de herramientas, lo suficiente para convertir sus posesiones en una granja familiar de un tamaño digno a la par con el resto de las familias campesinas. Aunque los campesinos no tenían ninguna duda de que la nobleza tenía que ser destruida como una clase superior, también creían que debía permitirse a los caballeros convertirse en «campesinos» y compartir una parte de la «tierra de Dios», tal como lo expresaban, con su propia mano de obra familiar. Los derechos de la tierra y del trabajo, que se encontraban en el corazón de la comuna campesina, fueron entendidos como derechos humanos básicos. Ciertamente, en la medida en que la «campesinización» de los caballeros se encontraba en armonía con el ideal básico campesino de crear una sociedad formada enteramente por familias de pequeños terratenientes, incluso se puede decir que fue algo a lo que se dio la bienvenida. Muchos terratenientes, especialmente los pequeños, siguieron en la tierra después de 1917; y a ellos se unieron quienes residían en las ciudades y buscaban refugiarse del Terror bolchevique en sus posesiones rurales. En fecha

tan tardía como mediados de la década de los veinte todavía había unos diez mil antiguos terratenientes viviendo en sus mansiones junto a los campesinos, el diez por ciento del número total de terratenientes que había en Rusia antes de 1917.

Los Rudnev, una familia terrateniente media de la provincia de Simbirsk, fueron un ejemplo típico. Habían decidido quedarse en su posesión familiar porque, como lo expresó Semyon Rudnev, pensaban que «los disturbios de la revolución resultarían menos difíciles en el campo que en las ciudades [y porque] las condiciones económicas de la aldea, con su economía de autoabastecimiento, también serían mejores». La turbulencia de 1917 pasó considerablemente de largo por su aldea. Los Rudnev pasaron el verano y el otoño en la ociosa forma de vida a la que estaban acostumbrados: «Los hombres iban a beber y a cazar; venían invitados de Simbirsk para quedarse, e íbamos a Nazhim y a las granjas lecheras para hacer excursiones y recoger setas». Durante el siguiente invierno llegaron al acuerdo de pedir a la comuna de la aldea cercana que entregara su tierra y su propiedad a los campesinos. Conservaron una pequeña explotación agrícola de veinte *desyatiny* (22 hectáreas) cerca de la mansión, donde siguieron viviendo. Vendieron el ganado y las herramientas a precio de ganga, aunque la mayoría de los campesinos no podían permitirse mantener a sus nuevos caballos de pura sangre, que devolvieron a sus antiguos propietarios. Los campesinos acudían a trabajar en los campos de los Rudnev durante la primavera y se les pagaba con vodka y licores de frutas. La cosecha era más próspera que la de los campesinos, de manera que la comuna ordenó a los Rudnev que vendieran su grano excedente a los pobres de la aldea a los precios fijados. Pero mucho antes de que hubieran recogido la cosecha la mansión fue saqueada y los Rudnev obligados a huir por un destacamento local de los guardias rojos.[75]

Este era el patrón común. Aunque los actos campesinos de violencia, pillaje y robo no fueron inusuales, generalmente eran los jóvenes soldados desmovilizados quienes los promovían. El lema «¡saquead a los saqueadores!» fue llevado a las aldeas por los que regresaban del frente y de las guarniciones, donde habían desarrollado un fuerte sentimiento de hermandad militante y donde habían recibido la propaganda de los bolcheviques. A menudo formaban una facción paramilitar dentro de la aldea, no diferente de los fascistas de la Italia rural de la época. Tenían sus propias organizaciones regionales, tales como la Unión de Soldados del Frente, o la Unión de Veteranos Heridos, y también sus propios destacamentos de guardias rojos, unidos al Sóviet local, que podían

ejercer una poderosa influencia sobre la aldea e impulsarla hacia formas más violentas de acción contra la clase acomodada. En una aldea del distrito de Kérensky, en la provincia de Penza, por ejemplo, los ataques campesinos contra los caballeros locales repentinamente aumentaron: esto estaba vinculado al regreso de varios soldados, que fueron elegidos para presidir el Sóviet de la aldea. La guerra los había embrutecido, pues pronto llegaron a ser famosos por sus terribles orgías de violencia embriagada y sádica. Una pobre viuda noble, que hasta entonces había vivido pacíficamente con los campesinos, tras haberles entregado la mayor parte de su tierra y de su ganado, fue inducida al suicidio cuando los canallas borrachos mataron a tiros a su último caballo y a su última vaca y dejaron a su perrito muerto en el umbral: había sido una acción de pura venganza.[76]

Los rusos, como puede verse, eran particularmente inclinados a tales actos crueles y salvajes de venganza. «Desconfío especialmente de un ruso —escribió Gorky— cuando tiene poder en sus manos. Esclavo no hace mucho tiempo, se vuelve el déspota más incontrolado cuando tiene la oportunidad de convertirse en el señor de su prójimo.»[77] Los juicios y linchamientos populares fueron las expresiones más comunes de esta venganza popular, tanto en el campo como en las ciudades. Comenzaron como un fenómeno de masas en respuesta al catastrófico aumento del crimen y a la crisis de la ley y del orden durante 1917 (cuando Gorky pretendió haber contado más de diez mil casos de justicia plebeya). Puesto que la policía y los antiguos juzgados penales casi habían desaparecido, existía un sentimiento generalizado de que la única manera de ocuparse del problema del crimen era los juicios populares en la calle. Algún pobre ladrón era atrapado por la multitud, se le aplicaba una justicia sumaria y se le ejecutaba en el lugar de los hechos. Gorky fue testigo de un caso así en el centro de Petrogrado, en el que incluso los niños habían tomado parte en la brutal ejecución de un ladrón (véase el apartado «La desesperación de Gorki»). Cuando se agudizó la crisis socioeconómica, y se extendió la creencia popular de que los *burzhoois* eran los responsables, estos juicios populares empezaron a asumir una naturaleza abiertamente clasista. Se convirtieron en un arma en la guerra contra los privilegios, centrándose menos en los pequeños ladrones procedentes de las clases bajas urbanas y mucho más en los comerciantes y tenderos, los propietarios de fábricas y empresarios, los oficiales del Ejército, los antiguos funcionarios zaristas y otros personajes de autoridad superior.

Los bolcheviques institucionalizaron los juicios populares a través de los

nuevos Tribunales del Pueblo, donde «la justicia revolucionaria» se administraba sumariamente a todos los asuntos penales. El antiguo sistema de justicia penal, con sus reglas formales de tipo legal, fue abolido como una reliquia del «orden burgués». Los doce jueces elegidos que componían los Tribunales del Pueblo no tenían ningún tipo de formación legal (tenían que dejarse guiar por su «conciencia revolucionaria») y procedían principalmente de ambientes obreros, campesinos y del pequeño funcionariado de los antiguos juzgados. La mitad de ellos apenas superaba la educación primaria, y uno de cada cinco pertenecía al partido bolchevique. Las sesiones de los Tribunales del Pueblo eran poco más que juicios populares formalizados. No existía un procedimiento legal establecido ni tampoco reglas para evaluar la prueba, lo que en cualquier caso apenas importaba. Las condenas generalmente quedaban aseguradas mediante denuncias, procedentes a menudo de venganzas privadas, y las sentencias se ajustaban al estado de ánimo del gentío, que gritaba libremente sus opiniones desde la galería pública.

El sistema de justicia revolucionaria administrado por los Tribunales del Pueblo era similar desde muchos puntos de vista a la antigua ley consuetudinaria campesina, con su sistema rudo y categórico de ojo por ojo y diente por diente. Éste es el Código Penal adoptado por el Tribunal del Pueblo en la aldea de Lubny, en la provincia de Tambov, en mayo de 1918:

> Si uno golpea a otro, el que sufre golpeará al ofensor diez veces. Si uno golpea a otro haciéndole una herida o rompiéndole un hueso, el que lo haya hecho será privado de la vida. Si uno comete un robo o recibe artículos robados será privado de la vida. Si uno ocasiona un incendio premeditado y se le coge, será privado de la vida.

Había sido un principio básico de la conciencia legal campesina que un hombre rico que robaba a un pobre era muchas veces más culpable que un pobre que robaba a un rico, y este mismo principio de «justicia de clases» fue aplicado en los Tribunales del Pueblo. Los juicios se desarrollaban según el *status* social de los acusados y de sus víctimas. En un Tribunal del Pueblo los jurados convirtieron en práctica habitual inspeccionar las manos del acusado y, si eran limpias y suaves, declararle culpable. Los especuladores eran severamente castigados y a veces incluso condenados a muerte, mientras que los ladrones (y a

veces incluso los asesinos) de los ricos a menudo sólo recibían una sentencia muy clemente, o incluso se les dejaba en libertad si alegaban pobreza como causa de su crimen.[78] El saqueo había sido legalizado y, en el proceso, la ley como tal había resultado abolida: sólo existía la ilegalidad.

Lenin siempre había insistido en que el sistema legal debía ser utilizado como un arma del terror de masas contra la burguesía. El sistema de ley plebeya que evolucionó hacia los Tribunales del Pueblo le proporcionó esa arma del terror. Así también sucedió con los Tribunales Revolucionarios, fundados sobre el modelo de sus homónimos jacobinos, que se ocupaban de toda una nueva gama de «crímenes contra el Estado». En febrero de 1918, en la época de la invasión alemana de Rusia, Lenin promulgó un decreto («¡La patria socialista está en peligro!») que ordenaba a los Tribunales Revolucionarios fusilar «sobre el terreno» a todos los «agentes enemigos, especuladores, merodeadores, gamberros y otros agitadores contrarrevolucionarios».[79] Para decepción suya, los Tribunales Revolucionarios resultaron ser instrumentos altamente ineficaces del Terror bolchevique: demasiados de sus jueces podían ser sobornados con facilidad, lo que difícilmente resulta sorprendente dado que la mayoría de ellos procedía directamente de las fábricas. Pero esto sólo fue el inicio de una nueva maquinaria estatal de terror de masas, y la labor de los tribunales gradualmente fue adoptada por las chekas locales, que no carecían de celo revolucionario. Latsis, uno de los dirigentes de la Cheka, instruyó a sus funcionarios:

> No busquéis las pruebas de que el acusado ha actuado o ha hablado contra los sóviets. En primer lugar, preguntadle a qué clase pertenece, cuál es su origen social, su educación y profesión. Éstas son las preguntas que deben determinar el destino del acusado. Ése es el significado del Terror.

En sus inicios el sistema de la Cheka era extremadamente descentralizado: cada organización local de la Cheka tenía una ley propia. Esto convirtió el Terror de la Cheka tanto en arbitrario como en susceptible de recibir presiones desde abajo. Casi cualquiera podía ser arrestado, y casi cualquier cosa podía ser considerada comportamiento «contrarrevolucionario». Las propias instrucciones de la Cheka incluían el comercio privado, la embriaguez, e incluso el retraso en el trabajo, como «conducta contrarrevolucionaria». Pero sobre esta base la

totalidad de la población debería estar en prisión. Muchas de las primeras víctimas del Terror rojo habían sido arrestadas sólo por una simple denuncia personal. La Cheka de Omsk se quejó en abril de que, de los mil casos de «contrarrevolución» que hasta entonces le habían llegado, más de doscientos habían sido puestos en libertad porque la única prueba contra los acusados eran las habladurías de alguna persona o grupo de personas, que más tarde resultó que tenían alguna rencilla personal. Algunas chekas poco escrupulosas no permitieron que esto les impidiera asegurarse una condena. El Departamento de Justicia de Penza se quejó en abril, por ejemplo, de que sus prisiones estaban «llenas de gente inocente arrestada por la Cheka sobre la base de alguna falsa acusación pronunciada por una persona contra otra. Era particularmente común que alguien endeudado denunciara a su acreedor como un «usurero *kulak*», y por lo tanto «contrarrevolucionario».[81] Se trataba de una manera de saldar deudas.

Esto sucedía en las primeras etapas del Terror, antes de que el centro se hiciera con el control y lo dirigiera contra sus propios enemigos políticos: había sectores de la sociedad que promovían el Terror desde abajo en venganza contra aquellos a los que percibían como enemigos, lo que desde su punto de vista significaba lo mismo que «los enemigos de la revolución». Su capacidad para hacer esto dependía por supuesto del lugar que ocupaban en la estructura local de poder bolchevique. Pero esto apenas significa que el Terror fuera construido desde arriba. Más bien sugiere que existía un vínculo estrecho pero complicado entre el terror político y el de las masas. Dzerzhinsky escribió en 1922 que todo lo que hacía la Cheka era «proporcionar una sabia dirección» al «odio de siglos que el proletariado sentía hacia sus opresores», un odio que de otra manera podía «expresarse en episodios carentes de sentido y sanguinarios».[82]

Muchas personas previeron que el terror de masas daría como resultado un holocausto social en el que no sólo la burguesía, sino también muchas personas corrientes serían destruidas. Citando las palabras del marino anarquista Zhelezniakov, «por el bienestar del pueblo ruso incluso podía matarse a un millón de personas», Gorky advirtió a los lectores de *Novaia zhizn'* el 17 de enero:

Un millón de «ciudadanos libres» ciertamente podría ser asesinado en nuestro país. Incluso más podrían ser asesinados. ¿Por qué deberían ser asesinados? Hay mucha gente en Rusia y muchos asesinos. Pero cuando se intenta perseguirlos, el régimen de comisarios del pueblo encuentra algunos obstáculos misteriosos, como aparentemente sucedió en la investigación del estúpido asesinato de

Shingarev y Kokoshkin.[106]* Un exterminio total de aquellos que piensan de forma diferente es un método antiguo y probado por los gobiernos rusos, desde Iván el Terrible a Nicolás II [...]. Así que, ¿por qué debería Vladimir Lenin renunciar a un método tan sencillo?

Steinberg, el comisario de Justicia, miembro de los eseristas de izquierdas, fue otro de los primeros críticos del Terror, aunque todos sus esfuerzos por subordinar las chekas a los tribunales resultaron inútiles. Cuando en febrero Steinberg vio por primera vez el decreto sobre «¡La patria socialista está en peligro!», con la orden de fusilar «sobre el terreno» a todos los «especuladores, gamberros y contrarrevolucionarios», acudió inmediatamente a Lenin y protestó: «Entonces, ¿por qué nos molestamos en tener una Comisaría de Justicia? ¡Llamémosla francamente Comisaría para el Exterminio Social, y que actúe de esa manera!». El rostro de Lenin se iluminó y le contestó: «Bien dicho. Así es exactamente como debería ser; pero no podemos decirlo».[83]

IV Socialismo en un solo país

De todos los decretos bolcheviques aprobados en los primeros días de poder ninguno tuvo tanta aceptación popular como el Decreto sobre la Paz. La revolución había nacido de la guerra, o al menos del deseo de que terminara. Rusia estaba de rodillas después de tres largos años de guerra total, y su pueblo deseaba la paz por encima de cualquier otra cosa. El 26 de octubre, cuando Lenin pronunció su anuncio inmortal ante el Congreso de los Sóviets de que «ahora procederemos a construir el orden socialista», lo primero a lo que se dedicó fue a la cuestión de la paz. Ésta había sido la base de la pretensión del partido para legitimar su llegada al poder, la petición unánime de todos los delegados desde los cuarteles y las fábricas en el Congreso de los Sóviets. Cuando Lenin leyó el decreto (una explosiva «proclama a los pueblos de todas las naciones beligerantes» proponiendo una «paz justa y democrática» sobre la vieja fórmula soviética de sin anexiones ni indemnizaciones) se produjo una abrumadora oleada de emoción en la sala del Smolny. «Repentinamente —recordó John Reed—, por un impulso común, nos encontramos de pie, tarareando juntos en una unión emocionante *La Internacional*. Un viejo soldado

canoso sollozaba como un niño. Alejandra Kollontai rápidamente se secó las lágrimas. El inmenso sonido surcó la sala, atravesó ventanas y puertas y llegó hasta el tranquilo cielo. "¡La guerra ha terminado! ¡La guerra ha terminado!", dijo un joven obrero que estaba cerca de mí con el rostro resplandeciente.»[84]

Pero, por supuesto, la guerra no había terminado en absoluto. El Decreto sobre la Paz era una expresión de esperanza, no una realidad. Una cosa era pedir la paz y otra conseguirla. Las otras potencias beligerantes no tenían ninguna intención de firmar una paz general: ambos bandos estaban más decididos que nunca a continuar hasta el sangriento final. Los aliados se habían visto animados por la intervención de Estados Unidos, y las potencias centrales, por la perspectiva de trasladar tropas hacia el oeste a medida que el frente occidental se iba desmoronando. No existía ninguna razón real para que nadie atendiera las peticiones de paz de los rusos, especialmente cuando su posición militar había quedado tan debilitada. Rusia había perdido su *status* entre las grandes potencias; y sus llamamientos en favor de una paz general sin anexiones ni indemnizaciones sonaban a argumentos de perdedor.

Tal como lo vieron los bolcheviques, la campaña de paz estaba inextricablemente ligada a la extensión de la revolución a Occidente. Esto era lo que, desde su punto de vista, llevaría la guerra a su final, o más bien la transformaría, como Lenin había predicho, en una serie de guerras civiles en las que los obreros del mundo se unirían para derribar a sus gobernantes imperialistas. La creencia en una revolución mundial inminente era primordial en el pensamiento bolchevique de otoño de 1917. A los marxistas les resultaba inconcebible que la revolución socialista pudiera sobrevivir mucho tiempo en un país campesino atrasado como Rusia sin el apoyo del proletariado de los países industriales avanzados de Occidente. Abandonados a su suerte, sin una base industrial para defender su revolución, y rodeados por un campesinado hostil, los bolcheviques creían que estaban condenados al fracaso. La toma del poder en Octubre se había realizado sobre la premisa, por muy ingenua que pueda sonar hoy en día, de que una revolución socialista mundial estaba a la vuelta de la esquina. Los bolcheviques saludaban cualquier informe de huelga o motín en Occidente como una señal segura de que «estaba empezando».

En la medida en que esta esperanza siguió viva, los bolcheviques no necesitaron una política exterior en el sentido convencional. Todo lo que necesitaban hacer era soplar en las llamas de la revolución mundial. «¿Qué tipo de trabajo diplomático íbamos a hacer de todas formas? —había dicho Trotsky a

un amigo, al escuchar su nombramiento como comisario de Asuntos Exteriores —. Promulgaré unas pocas proclamas revolucionarias a los pueblos y después cerraré la tienda.» La finalidad básica de la campaña de paz soviética era servir de medio de propaganda revolucionaria; y en este sentido, no se trataba en absoluto de una campaña de paz. El Decreto acerca de la Paz era un llamamiento popular para la revolución. Convocaba a los pueblos de los países beligerantes para que se rebelaran contra la guerra y obligaran a sus gobernantes a entablar conversaciones de paz. «Esta propuesta de paz encontrará resistencia por parte de los gobiernos imperialistas; no nos engañemos al respecto —había advertido Lenin al Congreso de los Sóviets—. Pero esperamos que la revolución estallará pronto en todos los países beligerantes; y por eso nos dirigimos a los obreros de Francia, Inglaterra y Alemania.» Como George Kennan observó en cierta ocasión, fue el primer ejemplo de lo que después llegó a ser conocido en la política exterior soviética como «diplomacia demostrativa», una diplomacia cuya finalidad no era promover acuerdos entre gobiernos nacionales que se reconocían mutuamente dentro de una estructura de derecho internacional, sino «más bien colocar al otro Gobierno en una situación embarazosa y provocar la oposición en el seno de su propio pueblo».[85] [107*]

¿Pero qué sucedería si la revolución mundial no llegaba a estallar? Los bolcheviques se encontrarían sin Ejército, tras haber estimulado su destrucción revolucionaria, y se verían indefensos ante la amenaza de una invasión alemana. La revolución sería derrotada y Rusia se vería sometida al Gobierno imperial del káiser. A medida que pasaba el tiempo y esta posibilidad se hacía más verosímil, los bolcheviques se encontraron divididos. Para los que estaban a la izquierda del partido, como Bujarin, una paz por separado con la Alemania imperialista representaba una traición a la causa internacional, al eliminar todas las esperanzas de una revolución en Occidente. Promovían la idea de una guerra revolucionaria contra los invasores alemanes: esto, afirmaban, cohesionaría a los obreros y campesinos rusos en defensa de la revolución, creando en el mismo proceso de lucha un Ejército Rojo, y su ejemplo a su vez inspiraría a las masas revolucionarias en el extranjero.

Lenin, por el contrario, dudaba cada vez más de las oportunidades de librar una guerra de ese tipo y de la posibilidad de que pudiera provocar una revolución en Occidente. Aunque él mismo había adelantado la idea de una guerra revolucionaria en sus Tesis de Abril, ahora empezaba a dudar de que los obreros y campesinos, tan reacios a la hora de defender a Rusia, demostraran tener más

deseos de defender la patria socialista. Sin ejército, los bolcheviques no tenían posibilidades de concertar una paz por separado, porque si intentaban seguir combatiendo, los restos del «ejército campesino, totalmente agotado por la guerra, derribarán el Gobierno socialista de los trabajadores». Una paz por separado con Alemania proporcionaría a los bolcheviques el «respiro» que necesitaban para consolidar su poder, restaurar la economía y constituir su propio ejército revolucionario. Así, se daba prioridad a la política de fortalecer la revolución en el interior sobre la de provocar la revolución en el exterior. «Nuestra táctica —escribió Lenin— debería descansar en el principio de cómo asegurarnos de que la Revolución socialista puede consolidarse mejor y sobrevivir en un país hasta que llegue el momento de que otros países se unan a ella.» Además, en la medida en que una paz por separado en el este permitiera a las potencias centrales fortalecer su campaña en el oeste y así prolongar la guerra, una política de estas características podía considerarse como una forma de *aumentar* las posibilidades de una revolución europea. Porque era seguramente la continuación de la guerra, más que la perspectiva de la paz, lo que intensificaría la crisis revolucionaria, y aunque Lenin nunca lo dijo, a su partido le beneficiaba prolongar la matanza en los campos de batalla de Francia y de Bélgica, incluso a riesgo de ayudar a Alemania a conseguir una victoria sobre las democracias occidentales.

El punto de vista de Lenin, es justo decirlo, era una apreciación mucho más aguda de la situación que el internacionalismo ingenuo de la izquierda bolchevique. El Ejército ruso estaba en franca desintegración cuando los soldados campesinos, animados por los bolcheviques, se desmovilizaron y regresaron a sus hogares para participar en la colectivización-división de las tierras de la nobleza. Incluso el ministro de la Guerra de Kérensky, el general Verjovsky, había llegado a la conclusión de que era imposible continuar la guerra y que Rusia no tenía ninguna otra posibilidad salvo la de pedir la paz. Ninguna razón hacía suponer que la conciencia nacional de los campesinos se había fortalecido ahora que la Madre Rusia había sido pintada de rojo. Después de todo, eran los mismos que no entendieron por qué deberían ser llamados en 1914, ya que su propia aldea no tenía ningún problema con los alemanes y, en cualquier caso, no había ninguna posibilidad de que éstos la invadieran. Si acaso, la estrechez de miras se había visto reforzada por las incertidumbres de 1917. La revolución campesina, y ciertamente el conjunto de la Revolución social, en buena medida se produjo en este limitado localismo. Los guardias rojos, que

serían la base del nuevo Ejército Rojo, en realidad no eran más que unidades partisanas mal organizadas para la defensa de la revolución en aldeas y fábricas; eran extremadamente reacios a abandonar su propia localidad y bastante incapaces de llevar a cabo algo que fuera más allá de las tácticas de la pequeña guerrilla. Era una fantasía izquierdista romántica (compartida por los eseristas de izquierdas y por los comunistas de izquierdas) suponer que estos guardias podían llevar a cabo, no digamos ya ganar, una guerra revolucionaria contra la maquinaria de guerra alemana.

Sin embargo, la mayoría de los dirigentes bolcheviques continuaron resistiéndose a la férrea lógica de Lenin. Les resultaba duro renunciar al ideal de una revolución mundial, especialmente porque muchos consideraban el bolchevismo como una especie de cruzada mesiánica internacional para liberar al mundo. Para quienes como Bujarin, y hasta cierto punto también Trotsky, habían pasado buena parte de sus vidas en el exilio en Occidente, la revolución en Rusia era sólo una parte (y una parte ciertamente menor) de la lucha mundial entre el imperialismo y el socialismo. Limitar la victoria del socialismo a un país, y a uno tan atrasado como Rusia, les parecía una admisión de la derrota. Cuando las perspectivas de una paz general disminuyeron, los bolcheviques se radicalizaron entre las dos visiones políticas opuestas de una guerra revolucionaria o de una paz por separado con Alemania. Sin duda, fue uno de los momentos más críticos en la historia del partido.

El 13 de noviembre Trotsky solicitó al alto mando alemán un armisticio con la intención de entablar conversaciones para conseguir una paz democrática. Tres días después, una delegación soviética salió de Petrogrado en dirección a la ciudad arruinada por la guerra de BrestLitovsk, sede del cuartel general alemán, para negociar el armisticio. El propósito de la delegación era tanto la propaganda como la paz: además de los negociadores bolcheviques, encabezados por Yoffe, Kamenev y Karajan, incluía representantes simbólicos de los soldados, los marinos, los obreros, las mujeres y los campesinos de la Rusia proletaria. Se pretendía dar la impresión de que el Gobierno bolchevique era verdaderamente representativo de la democracia revolucionaria.

De hecho, los campesinos habían sido casi olvidados, lo que dice mucho sobre el lugar real que ocupaba el campesinado en el esquema bolchevique de la revolución. Camino de la estación de Varsovia, Yoffe y Kamenev se dieron

cuenta repentinamente de que su delegación carecía de un representante campesino. Cuando su coche circulaba por las oscuras y desiertas calles de Petrogrado, se produjo un sentimiento de consternación al percibir el olvido. De pronto, dieron la vuelta a una esquina y hallaron a un anciano con abrigo de campesino que caminaba pesadamente por la nieve con un saco a la espalda. Con su larga barba gris y su rostro ajado, era la figura arquetípica del campesino ruso. Kamenev ordenó que se detuviera el automóvil. «¿Adónde vas, *tovarishch?*» «A la estación, *barin*, quiero decir *tovarishch*», contestó el viejo campesino. «Sube, te llevaremos.» El viejo campesino pareció complacido ante el inesperado favor, pero cuando se acercaron a la estación de Varsovia, comprendió que algo iba mal. Lo que quería era ir a la estación de Nikolaevsky, donde los trenes partían hacia Moscú y Rusia central. No iba a ser así, pensaron Kamenev y Yoffe, que empezaron a preguntar al campesino acerca de política. «¿A qué partido perteneces?», le preguntaron. «Soy socialista revolucionario, camaradas. Todos somos eseristas en nuestra aldea.» «¿De izquierdas o de derechas?» siguieron preguntándole. «De izquierdas, por supuesto, camaradas; lo más a la izquierda que os podáis imaginar.» Esto fue suficiente para satisfacer a la delegación de paz rusa acerca de las credenciales diplomáticas de su última incorporación. «Ya no hay necesidad de que vayas a tu aldea», le dijeron. «Ven con nosotros a BrestLitovsk y haz la paz con los alemanes.» Al principio el campesino se mostró reacio, pero una vez que le prometieron alguna remuneración cambió inmediatamente de opinión. Roman Stashkov, un simple aldeano, fue debidamente inscrito en los anales de la historia diplomática como el «representante plenipotenciario del campesinado ruso». Con sus maneras campesinas primitivas, no muy distintas de las de Rasputin, iba a convertirse en el centro de atención en los lujosos banquetes que se ofrecieron a los diplomáticos. Pronto venció el embarazo inicial de no saber qué hacer con el cuchillo y comenzó inmediatamente a divertirse con él. ¡Menuda historia tendría para contar cuando regresara a su aldea! Disfrutó particularmente de los buenos vinos y, la primera noche, incluso arrancó una sonrisa a la camarera alemana de rostro glacial, cuando, a la pregunta de ésta acerca de si prefería vino clarete o blanco con el plato principal, se volvió hacia el comensal más cercano, el príncipe Ernst von Hohenlohe, y le preguntó: «¿Cuál es el más fuerte?».[86]

La primera tarea de las negociaciones (la conclusión de un armisticio por separado) era bastante sencilla. Las tres partes principales en conflicto tenían razones para desearla: los alemanes querían liberar tropas para enviarlas al oeste,

donde Ludendorff presionaba en favor de un «envite» final; los austríacos deseaban aliviar al Ejército y a la población civil, que estaban cansados y mostraban signos de creciente descontento bajo el peso de la guerra, y los rusos, de manera similar, deseaban obtener un respiro para que su campaña de paz encendiera la revolución en Occidente. Para empezar, la delegación rusa permaneció firmemente aferrada al principio de un armisticio general: Lenin tenía la esperanza de que una posición así podría llevar a los poderes de la Entente, arrastrados por su pueblo, a la mesa de negociación. La política bolchevique de estimular a sus propios soldados para que confraternizaran y negociaran armisticios locales en el frente tuvo un propósito propagandístico similar. Fue un medio de anular la autoridad de los antiguos (y potencialmente contrarrevolucionarios) comandantes rusos, y de extender el sentimiento pacifista entre las tropas enemigas. Los bolcheviques publicaron una enorme cantidad de propaganda antibélica en alemán, húngaro, checo y rumano que distribuyeron en las líneas enemigas. El general Dujonin, comandante en jefe en funciones y simpatizante de Kornilov, hizo lo que pudo para oponerse a estas iniciativas de paz. Incluso se negó a obedecer las órdenes de N. V. Krylenko, el comisario para la Guerra bolchevique, de entablar negociaciones para un armisticio general en todo el frente. Pero Dujonin, como el antiguo mando en general, carecía de poder efectivo. Krylenko lo destituyó y acudió a la Stavka para reemplazarlo. Pero antes de llegar a Moguilev, las tropas detuvieron a Dujonin y lo golpearon salvajemente hasta causarle la muerte. Fue su venganza por la liberación de Kornilov del monasterio de Byjov y su huida posterior al Don, que creían que había ordenado Dujonin. Una vez que Krylenko se hizo con el control del estado mayor general, los soldados continuaron negociando sus propios armisticios locales en el frente; pero su ejemplo no cundió entre las tropas de Europa, y el 2 de diciembre, con las potencias de la Entente firmemente determinadas a continuar la guerra, la delegación rusa se vio obligada a aceptar un armisticio por separado, de un mes de duración, en el frente oriental.

Los rusos hubieran preferido un armisticio de seis meses, como habían sugerido. Su estrategia consistía en ganar tiempo a la espera de que la campaña de paz pudiera provocar una revolución en Occidente. Ésa era la razón por la que habían insistido en entablar conversaciones en aras de una paz general: no tanto porque pensaran que los aliados pudieran unirse a las conversaciones en estos términos (era extremadamente improbable), sino porque intentar persuadirlos

alargaría las conversaciones durante mucho más tiempo, proporcionándoles el pretexto que necesitaban para proseguir su propaganda revolucionaria en el ámbito internacional. Al reemplazar a Yoffe por Trotsky como presidente de la delegación a mediados de diciembre, Lenin reconoció que, sin una perspectiva inmediata de revolución en Occidente, era esencial prolongar las conversaciones de paz todo lo que fuera posible. «Para retrasar las negociaciones —dijo Trotsky al ser nombrado— debe haber alguien que las retrase.» Y Trotsky, por supuesto, era la elección obvia. Con su brillante retórica, igual en ruso que en alemán, mantenía a los diplomáticos y a los generales extranjeros hechizados cuando, sutilmente, desplazaba el centro de la conversación desde los puntos concretos de las fronteras territoriales, donde la posición rusa era débil, a los puntos más generales, donde podía rebatir a los alemanes. El barón Kühlmann, jefe de la delegación del káiser, que sentía una debilidad típicamente germana por la filosofia hegeliana, cayó fácilmente en la trampa de Trotsky. Se perdieron varios días con los interlocutores debatiendo sobre los principios abstractos de la diplomacia. En un momento dado Trotsky detuvo las conversaciones para dar al barón lo que él denominó «una clase de instrucción marxista para principiantes». Y cuanto redactaban el preámbulo del tratado, incluso se lució más al presentar objeciones a la frase habitual de que las partes contratantes deseaban vivir en paz y amistad. «Me tomaría la libertad —dijo irónicamente— de proponer que la segunda frase [acerca de la amistad] sea borrada [...]; tales declaraciones nunca han caracterizado todavía a las relaciones reales entre Estados.»[87]

A finales de diciembre, el alto mando alemán, que nunca había simpatizado con la política de Kühlmann tendente a negociar una paz general, estaba perdiendo finalmente la paciencia con los diplomáticos. Las conversaciones de paz habían llegado a un punto muerto en Navidades, cuando los alemanes se negaron a devolver a Rusia los territorios en disputa de Curlandia, Lituania y Polonia, donde tenían importantes bases militares. Además, todavía no había indicios de que las potencias de la Entente estuvieran considerando la idea de una paz general. Ludendorff y Hindenburg estaban convencidos de que los bolcheviques estaban intentando alargar las negociaciones todo lo posible con la esperanza de provocar una revolución alemana (ya había signos de que la desmoralización que quebrantaría a Alemania en 1918 empezaba a desarrollarse). Persuadieron al káiser, que también estaba perdiendo la paciencia con Kühlmann, de la necesidad de ser duros con los rusos y de obligarlos a firmar una paz por separado en el este. Su precio, enfatizaron, era la oportunidad

de trasladar tropas al oeste, donde Ludendorff creía que la guerra podía ganarse en primavera si contaba con suficientes refuerzos, a la vez que se abría la perspectiva de convertir a Rusia en una colonia alemana.

La expansión hacia el este, *Der Drang nach Osten,* había sido durante mucho tiempo un objetivo primordial de la *weltpolitik* alemana. Sin un imperio colonial que desafiara a Gran Bretaña o a Francia, Alemania puso su vista en Rusia en busca de los recursos necesarios para convertirse en una potencia imperial relevante. Para los banqueros e industriales de Alemania, la inmensa superficie territorial de Eurasia era un África subrogada en su propio patio trasero. A Alemania le interesaba una Rusia débil y acabar con el Imperio ruso para ver realizadas sus ambiciones en el este. La mayoría de los dirigentes alemanes recibieron de buen grado la conquista del poder por los sóviets, a pesar de los vínculos dinásticos del káiser con los Romanov. Creían que los bolcheviques arruinarían a Rusia, que permitirían el desmembramiento del Imperio y que firmarían una paz por separado con Alemania. Pero la política alemana de desmembrar Rusia dependía todavía más de los nacionalistas ucranianos. El movimiento de independencia ucraniano abrió las perspectivas de una paz por separado con Kiev y el nuevo envío de los ricos recursos de Ucrania (alimentos, hierro y carbón sobre todo) a los ejércitos de las potencias centrales. Los alemanes mantenían conversaciones con los futuros dirigentes de Ucrania desde 1915. Durante el descanso navideño en las negociaciones de paz, una delegación de la Rada llegó a Brest-Litovsk. Los nacionalistas ucranianos consideraron la subordinación económica de su país a Berlín como un mal menor en comparación con la subordinación política ante Petrogrado. A finales de noviembre, cuando la Rada ya había declarado la independencia de Ucrania, las fuerzas bolcheviques entraron en Jarkov, una ciudad industrial de Ucrania oriental donde los rusos étnicos eran mayoría, en preparación (o al menos así les parecía a los nacionalistas ucranianos) de la invasión de Kiev. Las potencias centrales eran la única fuerza real que deseaba aliarse a la Rada. La reconocieron como gobierno legítimo de Ucrania, y el 9 de febrero, cuando las fuerzas bolcheviques (en parte como reacción a esto) se apoderaron de Kiev, firmaron un tratado por separado con los dirigentes de la Rada. Este tratado convertía efectivamente a Ucrania en protectorado alemán, daba vía libre a la ocupación de alemanes y austríacos, y obligó a los bolcheviques a abandonar Kiev, después de sólo tres semanas, y a huir hacia el este en dirección a Jarkov.

Con los ucranianos separados de los rusos, los alemanes fortalecieron

enormemente su posición en las conversaciones de Brest-Litovsk. La ocupación de Ucrania les proporcionó una poderosa amenaza militar que podían utilizar para imponer la paz a los rusos; y cuando las conversaciones de paz con Rusia se reanudaron a finales de diciembre, presentaron cierta cantidad de exigencias territoriales nuevas, que incluían la separación de Polonia de Rusia y la anexión de Lituania y de la mayor parte de Letonia a Alemania. Trotsky solicitó una suspensión de las conversaciones y regresó a la capital rusa para conferenciar con el resto de los dirigentes bolcheviques.

Tres claras facciones surgieron en la reunión decisiva del Comité Central celebrada el 11 de enero. La facción de Bujarin, que era la mayor, con treinta y dos votos de los sesenta y tres emitidos en una reunión especial de dirigentes del partido el 8 de enero y el apoyo de los comités de partido de Petrogrado y de Moscú, era partidaria de desencadenar una guerra revolucionaria contra Alemania. Ésta, se creía, era la manera más efectiva de provocar un levantamiento en Occidente, que era lo que realmente importaba. «Tenemos que contemplar la república socialista desde el punto de vista internacional —argumentó Bujarin en el Comité Central—. Que los alemanes golpeen, que avancen otras cien millas; lo que nos interesa es la manera en que esto afecta al movimiento internacional.» La facción de Trotsky, la segunda en importancia con dieciséis votos, aspiraba igualmente a que se produjera una revolución en Occidente (ya había signos de un giro radical en las huelgas que tenían lugar en Alemania y en Viena), pero dudaba de que las bandas guerrilleras campesinas, que estaba solicitando Bujarin, pudieran detener una invasión alemana. Por lo tanto, Trotsky propuso el lema desacostumbrado de «ni guerra ni paz», que básicamente pretendía ganar tiempo. Al final la delegación soviética declararía la guerra y abandonaría las conversaciones en Brest-Litovsk, pero se negaría a firmar una paz anexionista. Si los alemanes llevaban a cabo una invasión, que los bolcheviques en ningún caso podían evitar, entonces, al menos, al resto del mundo le parecería que se trataba de un claro acto de agresión contra un país pacífico.

Desde el punto de vista de Lenin, que encabezaba la facción más pequeña y última, la consigna de Trotsky era «un ejemplo de teatralidad en política internacional» que no detendría el avance alemán. Sin un ejército que deseara combatir, Rusia no estaba en posición de ganar tiempo. No tenía otra elección salvo la de firmar una paz por separado, y en tal caso, cuanto antes lo hiciera mejor. «Ahora solamente importa cómo defender la patria —argumentó Lenin

con un tono bastante nuevo en él de sentimiento patriótico—. No hay duda de que será una paz vergonzosa; pero si nos embarcamos en una guerra, nuestro Gobierno será barrido.» No había ninguna razón para arriesgar la Revolución rusa ante la posibilidad (de la que él mismo empezaba a dudar) de que pudiera iniciarse una revolución en Alemania. «Alemania sólo está preñada de revolución, pero nosotros ya hemos parido a un niño completamente sano.» La reconstrucción de Rusia y las exigencias de la guerra civil obligaban a una paz inmediata, o como expresó Lenin con su crudeza habitual: «La burguesía tiene que ser machacada, y para eso necesitamos tener las dos manos libres».[88]

Sólo con Stalin, Zinoviev y otras tres personas a su lado en el Comité Central, y una mera quincena de votos en la reunión más amplia del partido del 8 de enero, Lenin se vio forzado a aliarse con Trotsky contra la facción de Bujarin. El riesgo de perder la Estonia socialista en favor de los alemanes o de verse forzado a ceder a sus demandas a punta de pistola (lo que contemplaba como el posible resultado de la teatralidad internacional de Trotsky), todavía le parecía un precio que merecía la pena pagar para evitar lo que veía como la política suicida de una guerra revolucionaria. El equívoco lema de Trotsky de «ni guerra ni paz» fue apoyado por el Comité Central, y el propio Trotsky regresó a Brest-Litovsk con órdenes de alargar las conversaciones.

Durante tres semanas más Trotsky jugó con fuego, mientras el alto mando alemán se impacientaba cada vez más. Finalmente los acontecimientos alcanzaron un punto álgido el 9 de febrero, cuando se recibió un telegrama del káiser desde Berlín ordenando a Kühlmann que presentara un ultimátum con las exigencias alemanas. Si no era firmado al día siguiente, los ejércitos alemán y austríaco recibirían la orden de avanzar. El alto mando alemán había convencido al káiser de que las conversaciones de paz eran una pérdida de tiempo que los rusos utilizaban simplemente para provocar la revuelta entre las tropas, y de que el tratado con la Rada, firmado el mismo día que se envió el telegrama del káiser, abría la puerta a una imposición militar de paz por separado sobre los rusos mediante la ocupación de Ucrania. Ciertamente, ya no quedaba más posibilidad de dilación, y Trotsky se vio forzado a capitular. Al día siguiente declaró ante la sorprendida conferencia que Rusia estaba «dejando la guerra»; pero se negó a firmar el tratado de paz con Alemania. Nada similar se había oído nunca antes en la historia diplomática: un país que reconocía la derrota y declaraba su intención de no seguir combatiendo, pero al mismo tiempo se negaba a aceptar los términos del vencedor para acabar con la guerra. Cuando

Trotsky dejó de hablar, los diplomáticos se sentaron en silencio, confundidos por este *coup de théatre*. Finalmente el silencio fue roto por el grito escandalizado del general Max von Hoffman: *«Unerhort»*[89]

Pasada la sorpresa inicial, resultó claro para el alto mando alemán que no podía aceptarse el farol de Trotsky. Sin firmar ningún tratado de paz, Alemania seguía en guerra con Rusia, el armisticio había concluido y quedaba abierto el camino para que los alemanes invadieran Rusia. A pesar de sus propios miedos crecientes a una revolución en Berlín, Kühlmann se vio presionado por Ludendorff a anunciar el 16 de febrero que Alemania reanudaría las hostilidades contra Rusia el 18 de febrero. De regreso en el Smolny el día 17, el Comité Central fue presa del pánico. La propuesta de Lenin de que el tratado con Alemania debía ser aceptado inmediatamente fue derrotada por seis votos a cinco. La política de Trotsky de esperar a que los alemanes desencadenaran su ataque antes de firmar la paz fue adoptada en su lugar con la esperanza desesperada de que la visión de sus tropas atacando al indefenso pueblo ruso pudiera al final inspirar a las clases obreras alemanas el deseo de rebelarse.[90]

De manera bastante segura, el día 18 las tropas alemanas avanzaron. Dvinsk y Lutsk fueron capturadas inmediatamente sin resistencia. Las últimas tropas rusas que quedaban se desmoronaron; se sentían bastante indiferentes ante el llamamiento a una guerra revolucionaria, y al final del quinto día los hombres de Hoffman habían avanzado doscientos cuarenta kilómetros. Era tanto como lo que todo el Ejército alemán había avanzado en los tres años anteriores de combate. «Es la guerra más cómica que he conocido nunca —escribió Hoffman en su diario—. Se libra casi exclusivamente en trenes y automóviles. Colocamos a un puñado de hombres de infantería con ametralladoras y un cañón en un tren y los empujamos hasta la siguiente estación; la toman, hacen prisioneros a los bolcheviques, cogen unos pocos soldados más y siguen. Este proceder tiene, en cualquier caso, el encanto de la novedad.»[91]

Cuando llegaron las noticias del avance alemán, el Comité Central se reunió en dos sesiones de emergencia el 18 de febrero. Lenin estaba furioso. Al negarse a firmar el tratado con Alemania, sus opositores en el Comité Central simplemente habían permitido que el enemigo avanzara. Lenin temía que los alemanes capturaran Petrogrado y arrojaran a los bolcheviques del poder, y esto obligaba a enviar un telegrama en el que se aceptara de una vez la paz. Cuando Trotsky y Bujarin propusieron retrasarlo, Lenin montó en cólera. Pero todavía carecía de los votos suficientes para imponer su política, que fue derrotada por siete votos a

seis en la sesión matutina del Comité Central. La dirección bolchevique parecía al borde de una división fatal a medida que se acercaba la derrota. Pero durante la tarde, cuando llegaron los rumores de un avance alemán en el interior de Ucrania, Trotsky se desplazó hacia la postura de Lenin. Durante la sesión nocturna del Comité Central propuso pedir a los alemanes que volvieran a establecer sus términos. Como Lenin apreció correctamente, se trataba de un juego muy estúpido. Era demasiado tarde ya para notas diplomáticas, que en cualquier caso los alemanes rechazarían por ser una argucia para ganar tiempo; sólo con que aceptaran sus términos de paz sería suficiente para detener el avance. Después de otras tres horas de acalorado debate se llevó a cabo la votación crucial sobre la propuesta de Lenin de cursar a los alemanes una oferta inmediata de paz. Fue aprobado por el menor de los márgenes, por siete votos a cinco, con Trotsky alineándose con Lenin en el último momento.[92] Aunque probablemente nunca sabremos lo que sucedió entre bastidores, parece que el cambio crucial de opinión que experimentó Trotsky en buena medida se debió a la necesidad de evitar una división fatal en el seno del partido. Si Trotsky se hubiera unido a Bujarin oponiéndose a la paz, Lenin probablemente habría dimitido del Comité Central, como había amenazado con hacer, y habría obtenido el apoyo de las bases bolcheviques. El partido se habría dividido entonces y Trotsky, como jefe de la facción contraria a la paz, se hubiera encontrado en una situación mucho más débil. Sin Lenin, la posición de Trotsky en la cima del partido era extremadamente vulnerable (como los acontecimientos demostrarían con posterioridad).

A medianoche, después de la crucial votación en el seno del Comité Central, Lenin envió personalmente un cable a Berlín aceptando los términos alemanes de paz propuestos en BrestLitovsk. Durante varios días, sin embargo, las tropas enemigas continuaron adentrándose en Rusia y en Ucrania sin que se produjera un acuse de recibo del telegrama de Lenin. Parecía bastante obvio que los alemanes habían decidido capturar Petrogrado y derribar el régimen bolchevique. Lenin decidió entonces combatir, cambiando completamente su postura anterior, y realizó un llamamiento a los voluntarios. Se buscó ayuda militar de los aliados, a quienes preocupaba más mantener a Rusia en la guerra que la naturaleza de su gobierno, e inmediatamente acudieron con ayuda militar.[108*] Siguiendo órdenes de Lenin, los bolcheviques se prepararon para evacuar la capital en dirección a Moscú, lo que sumió a Petrogrado en el pánico. Las estaciones de ferrocarril se abarrotaron de gente que intentaba escapar,

mientras que millares de personas se marchaban cada día a pie. La ley y el orden se vinieron abajo cuando bandas armadas saquearon las tiendas y las casas abandonadas, y los obreros, encolerizados ante la evacuación de sus fabricas, intentaron resarcirse de semanas de salarios no pagados robando en los almacenes de las fábricas. En este momento, cuando la capital declinaba hacia la anarquía, Lenin promulgó su decreto sobre «¡La patria socialista está en peligro!» que contribuyó tanto a atizar el Terror rojo.

El 22 de febrero el Comité Central volvió a reunirse para discutir si aceptaba la ayuda militar de los aliados. Con el apoyo de Trotsky y de Lenin *(in absentia)*, la moción a favor de hacerlo fue aprobada, aunque sólo porque Bujarin y los otros partidarios de una guerra revolucionaria se oponían violentamente a recibir ayuda de las potencias imperiales. Cuando se produjo la votación, Bujarin amenazó con dimitir del Comité Central en señal de protesta. «Estamos convirtiendo el partido en un estercolero», se quejó a Trotsky, y después se puso a llorar.[93]

La cuestión de la ayuda aliada resultó irrelevante. El 23 de febrero los alemanes acabaron entregando sus condiciones finales para la paz. Berlín exigía ahora todo el territorio que sus tropas habían tomado en el curso de la guerra, incluyendo lo que habían ocupado en los cinco días anteriores. Esto significaba, en realidad, la anexión alemana de Ucrania y de la mayor parte del Báltico. El Comité Central se reunió inmediatamente. Lenin amenazó con dimitir si los términos de paz no eran aceptados. Por draconianos que fueran los nuevos términos, al menos mantenían a los bolcheviques en el poder. «Se trata de firmar las condiciones de paz ahora —advirtió Lenin— o de firmar la sentencia de muerte del Gobierno soviético dentro de tres semanas.» Trotsky no estaba convencido de ello, pero sabía que un partido dividido, resultado de la dimisión de Lenin, no podría librar una guerra revolucionaria, y con este convencimiento se abstuvo del voto crucial sobre la propuesta de Lenin, que así fue aprobada por siete votos a favor y cuatro abstenciones. Sólo la facción de Bujarin, que estaba preparada, en palabras de Lomov, para «tomar el poder sin Ilich [Lenin] e ir al frente a combatir», siguió en la oposición hasta el final y dimitió del Comité Central para liberarse y poder llevar a cabo una campaña contra la paz, tanto entre las bases del partido como en el país en general. Esa misma noche, Lenin presentó las propuestas de paz a la Ejecutiva del Sóviet, donde fueron debidamente aprobadas por ciento dieciséis votos contra ochenta y cinco. A lo largo de su discurso, Lenin fue abucheado con gritos de «traidor» y «judas»

procedentes de los eseristas de izquierdas y de muchos miembros a la izquierda de su propio partido. A primeras horas de la mañana siguiente envió a Berlín la aceptación de las condiciones alemanas.[94]

El tratado de Brest-Litovsk fue finalmente firmado el 3 de marzo. Ninguno de los dirigentes bolcheviques deseaba ir a Brest-Litovsk y estampar su nombre en un tratado que era visto en toda Rusia como una «paz vergonzosa». Yoffe se negó en redondo; Trotsky evitó discutir dimitiendo como comisario de Asuntos Exteriores; Sokolnikov nombró a Zinoviev, mientras que Zinoviev nombró a Sokolnikov. Al final, la delegación tuvo que formarse con dirigentes de segunda fila del partido, incluyendo a G. V. Chicherin, el nieto de un noble y un prominente diplomático zarista, que sucedió a Trotsky como comisario de Asuntos Exteriores.

De acuerdo con los términos del tratado, Rusia se vio obligada a renunciar a la mayor parte de sus territorios en el continente europeo. Polonia, Curlandia, Finlandia, Estonia y Lituania recibieron todas una independencia nominal bajo protección alemana. Las tropas soviéticas tenían que ser evacuadas de Ucrania. En total, se ha calculado que la República Soviética perdió el 34 por ciento de la población (cincuenta y cinco millones de personas en total), el 32 por ciento de la tierra de cultivo, el 54 por ciento de las empresas industriales y el 89 por ciento de las minas de carbón.[95] Como potencia europea, Rusia, en términos económicos y territoriales, había quedado reducida a un *status* similar al que tenía la Moscovia del siglo XVII.

Como consecuencia directa del tratado, Alemania pudo avanzar sin oposición hacia el cumplimiento de sus ambiciones imperiales en el este. Ucrania fue inmediatamente ocupada por medio millón de soldados alemanes y austríacos. En conjunto, fueron bien recibidos por las clases propietarias urbanas, rusas en su mayor parte y hartas de la política nacionalista y socialista del Gobierno de la Rada. Esperaban que las ciudades fueran gobernadas por los «ordenados alemanes». Pero en el campo, donde las tropas se entregaron a una requisa despiadada de alimentos para los ciudadanos hambrientos de Austria, los campesinos ucranianos se opusieron duramente a la presencia alemana. Para empezar, la responsabilidad de requisar el grano había quedado en manos de la Rada. Tenía que despachar trescientos camiones de grano diarios, una especie de tributo para Berlín, de acuerdo con el tratado de paz del 9 de febrero, a cambio

de la protección de las tropas alemanas a la independencia ucraniana contra Rusia.

Los campesinos ucranianos habían apoyado generalmente a los partidos de la Rada durante 1917, pero su nacionalismo no incluía la exportación de grano ucraniano a un país extranjero. Gradualmente redujeron sus siembras y ocultaron su grano a los agentes de la Rada. Cuando la Rada no llegó a cumplir el pago de este tributo, las tropas alemanas se apoderaron de él entrando en las aldeas y requisando el grano. Lo hicieron de manera indiscriminada, apoderándose de reservas vitales de grano y simiente de muchas explotaciones agrarias campesinas y, sin la aprobación de la Rada, castigando a los campesinos que se negaban a pagar el impuesto en sus tribunales militares. Millares de hectáreas de tierra campesina sin sembrar fueron devueltas a los antiguos terratenientes con la finalidad de castigar a los campesinos saboteadores. El resultado fue una oleada de revueltas campesinas y de guerrillas cuya finalidad era acabar con las requisas alemanas: se destruyeron puentes y líneas férreas, y las unidades alemanas fueron atacadas desde los bosques. El campo ucraniano quedó sumido en el caos. En buena medida, la reacción campesina fue organizada por los eseristas de izquierdas, tanto rusos como ucranianos (que pronto se iban a separar de los eseristas ucranianos y a formar el Borotbist o Partido de los Combatientes Eseristas). Pero los alemanes culparon a la Rada de no controlar la situación. A finales de abril, en un golpe apoyado por los terratenientes rusificados que eran igualmente contrarios a las guerrillas campesinas, arrestaron al gobierno de la Rada y lo reemplazaron por su propio régimen de paja bajo el atamán Skoropadsky, general de uno de los primeros cuerpos de ejército ucranianos y uno de los terratenientes más ricos de Ucrania, que había sido ayuda de campo de Nicolás II. Ahora iba a representar un papel igualmente servil en favor de los nuevos dueños de Ucrania en Berlín.

Dentro de Rusia el tratado garantizó un *status* privilegiado para los intereses económicos alemanes. La propiedad alemana quedó exenta de nacionalización; incluso las tierras y las empresas confiscadas después de 1914 pudieron ser reclamadas por sus propietarios alemanes. También fue posible, en virtud del tratado, que los alemanes compraran bienes rusos y así los excluyeran de los decretos bolcheviques de nacionalización. Centenares de empresas rusas fueron vendidas a ciudadanos alemanes de esta manera, proporcionándoles un peso dominante en el sector privado. Las palabras *nemets* (alemán) y «comerciante», que siempre habían estado relacionadas (y se habían visto confundidas con

«traidor») en las mentes de los rusos corrientes, ahora eran casi lo mismo en la realidad.

Para los patriotas rusos, obsesionados durante mucho tiempo con el pensamiento de que los eslavos pudieran estar sometidos bajo la dominación económica a los teutones, el Tratado de Brest-Litovsk fue una catástrofe nacional. El príncipe Lvov, que estaba viviendo en Tiumen' en esa época, estuvo a punto de suicidarse y, según su tía, no pudo abandonar el lecho durante varios días. El general Brusilov, defensor de la causa paneslavista, se vio sumido en una profunda depresión a causa de las noticias. No era algo usual en este gran optimista, que siempre se las había arreglado para mantener el ánimo elevado, incluso en los momentos más sombríos de la guerra.

Con una pierna escayolada, recuperándose todavía de la herida recibida durante los combates en Moscú, permaneció en el lecho durante días lamentando la ruina de Rusia. Su mujer afirmó más tarde que encontró consuelo en la religión: Dios ocupó el espacio abandonado por la patria en su ánimo. También le ayudó a aceptar lo que ahora consideraba «el trágico destino de Rusia». Ciertamente, no se sentía inclinado a unirse a la guerra civil contra el tratado, aunque la Cheka, que no comprendía cómo un aristócrata no se unía a los blancos, lo encarceló más tarde suponiendo que lo había hecho. La negativa de Brusilov a tomar las armas contra el régimen soviético se basaba en la convicción, como expresó en una carta dirigida a su hermano, de que «el pueblo ha decidido el destino de Rusia». Aunque el corazón de Brusilov estaba sin duda con los blancos, sabía demasiado bien que su causa estaba condenada porque apoyaban la reanudación de la guerra. Si había algo que Brusilov había aprendido de la experiencia de 1917, era que el pueblo ruso quería la paz a cualquier precio y que la discusión entre los partidos patrióticos sobre defender a la Madre Rusia y sus fronteras les resultaba completamente ajena.[96]

La oposición al tratado no se limitó a los círculos antisoviéticos. La facción de Bujarin y los eseristas de izquierdas se unieron por su rechazo a la «paz vergonzosa» y formaron una oposición poderosa en la Ejecutiva del Sóviet. Los eseristas de izquierdas dimitieron del Sovnarkom en protesta por el tratado, y más tarde adoptaron medidas terroristas, incluyendo el asesinato del embajador alemán, con la fútil esperanza de hacerlo naufragar y de provocar la guerra revolucionaria. La aparición de la facción de Bujarin, los comunistas de izquierdas, agrupados en torno al periódico *Kommunist,* dividió al partido bolchevique. Muchos de estos jóvenes idealistas, aunque no tanto como el

propio Bujarin, vinculaban su apoyo a una guerra revolucionaria con su oposición al *rapprochement* con la burguesía que Lenin reclamó en primavera bajo el programa de «capitalismo de Estado». Se oponían a la idea de cualquier interrupción en la guerra contra la burguesía (en forma de paz con los imperialistas extranjeros o de compromiso con los capitalistas en el interior). Consideraban la revolución como una cruzada internacional contra el capitalismo y, a diferencia de Lenin, creían que ésta podía sostenerse con las energías revolucionarias de los campesinos y de los obreros dentro de un sistema de poder soviético genuinamente democrático y descentralizado.

La paz de Brest-Litovsk marcó el fin de la revolución de Lenin: fue la culminación de Octubre. En su lucha por el tratado, como en su lucha por el propio poder, Lenin siempre se había mostrado inflexible. No existía ningún sacrificio que no estuviera dispuesto a hacer para consolidar la revolución según sus condiciones. Como resultado de su intransigencia, los bolcheviques se habían quedado aislados del resto de los partidos revolucionarios y divididos en la mayoría de las cuestiones relevantes. La conquista del poder, la clausura de la Asamblea Constituyente y la firma del Tratado de Brest-Litovsk, todo lo que había triunfado gracias a Lenin había hundido cada vez más al país en la guerra civil. Rusia había dejado de ser una potencia importante en el mundo. Se veía forzada a retirarse del continente europeo, a replegarse sobre sí misma y a dirigir su mirada hacia el este. Después del Tratado de Brest-Litovsk no había ninguna perspectiva real de que la revolución se extendiera a Occidente. Lenin era bastante reticente al respecto, y toda su perorata sobre la «inevitable revolución en Alemania» que cancelaría las pérdidas del tratado no era más que un farol relacionado con la moral del partido y la propaganda.[97] Es cierto que, durante 1919 y 1920, Lenin acarició la idea de exportar el comunismo a través de la Komintern; pero no llegó muy lejos. A todos los efectos, la «revolución permanente» había finalizado, y desde entonces, según la famosa frase de Lenin, la finalidad del régimen se limitaría a la consolidación del socialismo en un solo país.

El traslado de la capital a Moscú simbolizaba la creciente separación de Occidente. San Petersburgo siempre había sido una ciudad europea, «la ventana rusa a Occidente»; Moscú, por el contrario, era un recordatorio físico de sus tradiciones asiáticas. El zar encarcelado sin duda habría encontrado el traslado

en cierto modo irónico, porque él siempre hubiera preferido la antigua capital a San Petersburgo. La retirada de los bolcheviques hacia el este, hacia el corazón territorial de la Rusia moscovita, en buena medida les había sido impuesta por la continuación del avance alemán después de la ratificación del tratado. El 2 de marzo aviones alemanes arrojaron bombas sobre Petrogrado. Lenin estaba convencido de que los alemanes planeaban ocupar la ciudad y derribar a los bolcheviques. Se pidió una vez más ayuda aliada (Kamenev fue enviado a Londres, y tropas británicas desembarcaron en Mürmansk) mientras los bolcheviques huían hacia Moscú.

Lenin y Trotsky se trasladaron pronto a los antiguos cuarteles del zar en el Kremlin. El reloj musical de la torre Spassky, a través del cual entraron sus coches en el Kremlin, fue reconstruido para que las campanas tocaran *La Internacional* en vez de *Dios salve al zar.* Al principio se conservó a la mayoría de los antiguos sirvientes del zar. Uno de ellos, el anciano Stupishin, había servido a varios emperadores a lo largo de su vida, y pronto sintió apegó por Lenin y Trotsky, sin duda al haber observado, como escribió más tarde Trotsky, «que nosotros apreciábamos el orden y valorábamos su cuidado». Durante las comidas el pulcro sirviente se movía «como una sombra detrás de las sillas» y silenciosamente movía las fuentes de uno y otro lado de tal forma que el águila bicéfala que decoraba el borde estuviera siempre colocada de manera correcta. Trotsky pensaba que el Kremlin, «con su muralla medieval y sus incontables cúpulas doradas, era una profunda paradoja como fortaleza de una dictadura revolucionaria».[98] Pero, de hecho, era un edificio que encajaba a la perfección, incluso simbólicamente, y no sólo porque los bolcheviques se comportaban como los nuevos «zares» de Rusia. Porque el régimen de guerra civil en el que ahora se embarcaban estaba dispuesto desde muchos puntos de vista a hacer que Rusia regresara a las costumbres de su pasado moscovita.

Cuarta parte

LA GUERRA CIVIL Y LA FORMACIÓN DEL SISTEMA SOVIÉTICO (1918-1924)

12 Los últimos sueños del antiguo mundo

I San Petersburgo en la estepa

En su maravillosa novela *La guardia blanca,* Mijail Bulgakov describe la vida surrealista de Kiev durante la primavera de 1918, cuando la ciudad se llenó de refugiados procedentes del norte bolchevique:

> Entre los refugiados llegaban banqueros de cabellos grises y sus esposas, habilidosos hombres de negocios que habían dejado a sus fieles representantes en Moscú con instrucciones para que no perdieran contacto con el nuevo mundo que estaba naciendo en el reino moscovita; terratenientes que habían abandonado en secreto su propiedad en manos de administradores de confianza; industriales, comerciantes, abogados, políticos. Venían periodistas de Moscú y San Petersburgo, corruptos, codiciosos y cobardes. Prostitutas. Damas respetables procedentes de familias aristocráticas y sus delicadas hijas. Mujeres pálidas y depravadas de San Petersbur-go con labios pintados de carmín; secretarias de jefes de departamento del Servicio Civil; jóvenes homosexuales. Príncipes y buhoneros, poetas y prestamistas, gendarmes y actrices procedentes de los teatros imperiales.[1]

Kiev no fue la única ciudad invadida de esta manera. La descripción de Bulgakov podía aplicarse a cualquier ciudad importante del sur. Pero la presencia de los alemanes y de su gobierno de paja ucraniano presidido por el atamán Paulo Skoropadsky, que se comprometió a proteger la propiedad de los refugiados y a proporcionarles empleo, ciertamente convirtió Kiev en el lugar al que había que ir. Todas las casas se abarrotaron. Los príncipes rusos dormían en el suelo y en divanes. La ciudad vivía una atmósfera de excitación frenética, y

sus habitantes, como si no existiera el mañana. La gente cenaba en grandes grupos en restaurantes caros, se jugaba fortunas en clubs y casinos y se entregaba a comportamientos salvajes. Los cafés hacían extraordinarios negocios vendiendo cócteles y mujeres. Los cabarés y los teatros estaban abarrotados todas las noches, y la gente exorcizaba sus temores a carcajadas. Los escaparates rebosaban de perfumes y sedas franceses, de grandes muestras de esturión y caviar y de botellas de champán de Abrau con el águila bicéfala en sus etiquetas.

Estos refugiados odiaban visceralmente a los bolcheviques. Pero muy pocos se sentían inclinados a combatirlos. «Su odio —escribió Bulgakov— no era ese tipo de odio agresivo que impulsa al que odia a luchar y matar, sino un tipo de odio pasivo y cobarde.»[2] Musitaban palabras ofensivas cuando se sentaban en los restaurantes a comer y leían acerca de los últimos horrores acontecidos en el norte. Pero no tenían intención de renunciar a sus comodidades para ir a la guerra. Era una burguesía que huía.

Sólo los oficiales (hijos de terratenientes y estudiantes cuyos estudios habían quedado interrumpidos por la guerra) odiaban suficientemente a los rojos para querer combatir. Tras abandonar a sus regimientos destrozados en el frente y arriesgar sus vidas cruzando el país llegaron a las ciudades del sur. Durante el día vagabundeaban por las calles sin dinero y desaliñados; de noche dormían en cualquier sitio y por los suelos, utilizando sus capotes como mantas. Era una generación desposeída que no tenía nada que perder en una guerra civil. Muchos habían visto a sus familias perder las tierras en favor del campesinado, o sus propias carreras, esperanzas y expectativas se habían visto arruinadas como resultado de la revolución. Bebían demasiado, hervían de ira y pensaban sólo en la venganza.

Uno de estos oficiales estudiantes, Roman Gul', atravesaba Kiev para unirse a los guardias blancos en el Don durante el verano de 1917. En octubre había recibido un telegrama de su padre: «La hacienda está destruida, solicita marcharte». Desde entonces había estado huyendo de los bolcheviques. Viajando a través de Rusia en un vagón de ferrocarril de tercera clase, Gul' se sintió disgustado por la malicia y desconfianza que contemplaba en los rostros de los soldados campesinos a su alrededor. «Éstas son las personas que destrozaron nuestras viejas sillas de caoba —escribió a un amigo desde el tren—; las personas que desgarraron mis libros favoritos, los que yo compré cuando era estudiante en la Sujarevka;[109*] las personas que destrozaron nuestro huerto y cortaron las rosas que plantó mamá; las personas que quemaron nuestro hogar.»

En parte para vengar esta pérdida, Gul', como muchos jóvenes de su clase, tomó la resolución de unirse a los blancos. «Vi que bajo el sombrero rojo de lo que nosotros creíamos que era la hermosa mujer de la revolución, de hecho se encontraba la fea jeta de una cerda. Mi corazón estaba lleno de dudas y titubeos, pero me convencí de que al final, para arreglar todo esto, tenía que asumir responsabilidades, tenía incluso que estar preparado a cometer el pecado de homicidio.»[3]

El destino de Gul', Novocherkassk, era el cuartel general del novato Ejército Voluntario mandado por Alexeev y Kornilov. Después de la conquista del poder por los bolcheviques, y de la liberación de Kornilov del monasterio de Byjov, ambos hombres habían huido hacia la somnolienta ciudad de la estepa, donde los cosacos del Don, fanáticos partidarios del antiguo orden según los blancos, habían elegido recientemente al general Kaledin como atamán de su asamblea tradicional, el Krug. Taciturno y pesimista, Kaledin era el típico general cosaco de la vieja escuela. Durante 1917 había hecho causa común con Kornilov contra el Sóviet y en la conferencia de Moscú de agosto había reclamado taxativamente la abolición de todas las organizaciones democráticas en el Ejército.

El Krug del Don había declarado su independencia el 20 de noviembre. La preocupación básica de los dirigentes de los cosacos del Don era defenderla, pero los voluntarios los habían persuadido de que esto sólo podría realizarse uniéndose todos contra los bolcheviques. Aquéllos habían movilizado el apoyo de buena parte de la población no cosaca del Don, entre los campesinos rusos *(inogorodnye),* los obreros industriales y los marineros de la flota del mar Negro, para desencadenar una ofensiva contra Rostov, la ciudad más importante del Don. En ella Kaledin dio la bienvenida a los voluntarios (unos cuarenta oficiales, que se denominaban la Organización de Alexeev) el 17 de noviembre. Sus propias fuerzas se habían desintegrado rápidamente cuando los cosacos más jóvenes y más radicales, que no tenían ninguna intención de combatir a los rojos, regresaron del frente e hicieron campaña en contra de sus dirigentes. Muchos cosacos locales temían que la presencia de los voluntarios pudiera convertir Novocherkassk, la capital del Don, en un objetivo para los bolcheviques. A causa de esta desconfianza cosaca hacia los blancos, los oficiales de Alexeev tuvieron que ocultarse inicialmente en un hospital. Pero cuando se acercaron los rojos, y resultó obvio que el Don no podría ser defendido sin su apoyo, Kaledin pudo desplegarlos sin oposición. A principios de diciembre los guardias rojos capturaron finalmente Rostov. Kaledin impuso la ley marcial y convocó a los

voluntarios para que recuperaran la ciudad (sus propios cosacos se habían negado a combatir). El ejército de Alexeev, que ya se había convertido en una fuerza de unos quinientos oficiales, era bastante incapaz de derrotar a los guardias rojos, más numerosos pero absolutamente indisciplinados. La batalla de seis días comenzó el 9 de diciembre, el día de San Jorge, el santo patrón de Rusia. Fue la primera batalla importante de la guerra civil.[4]

La batalla de Rostov fue característica de los primeros doce meses de la guerra (de octubre de 1917 a septiembre de 1918). No hubo «frentes» fijos, como tales, puesto que ninguno de los bandos tenía suficientes hombres o canales de suministros, y el movimiento de los combates era extremadamente fluido. Grandes ciudades podían ser capturadas por ejércitos diminutos que apenas merecían ese nombre. Numerosos movimientos de tropas se hacían por ferrocarril; por esta razón las primeras confrontaciones llegaron a ser conocidas como «la guerra del ferrocarril». Consistía en cargar a un puñado de hombres y algunas ametralladoras en un tren y desplazarse hasta la siguiente estación, que era «capturada» junto con la ciudad. La «lucha» en estas batallas era a menudo una farsa, puesto que muchos de los soldados rasos, especialmente en el bando rojo, eran reacios a combatir (muchos se habían alistado sólo para tener un uniforme y una ración diaria de comida). A menudo sucedía que los bandos enemigos coincidían en una aldea o en alguna pequeña ciudad y, después de celebrar una reunión, llegaban al acuerdo de retirarse en lugar de combatir. Los soldados rojos, en particular, a menudo corrían presa del pánico tan pronto como sonaban los primeros disparos; y aunque los blancos tenían muchos menos problemas de este tipo, en muchas ocasiones sus oficiales se veían obligados a utilizar el terror contra sus propias tropas. En ambos lados, los oficiales minimizaron los fracasos de sus hombres, a la vez que exageraron sus «éxitos», en sus informes. Como se quejó una vez Trotsky, todas las ciudades eran capturadas, o así se pretendía, «después de una feroz batalla»; mientras que todas las retiradas eran «sólo un resultado de la utilización de fuerzas superiores». Estos aspectos absurdos de la guerra civil fueron descritos extraordinariamente por Jaroslav Hasek en su novela cómica *El comisario rojo*. El héroe Sch-weik ordena a sus tropas que se retiren a la izquierda cuando sus líneas quedan rotas por la derecha. Después envía un telegrama al cuartel general anunciando una «gran victoria» y el cerco de los blancos.[5]

El crecimiento del Ejército Voluntario se debió en buena medida a la presencia carismática del general Kornilov. Tanto él como sus seguidores habían huido de

la prisión abierta del monasterio de Byjov después de que Dujonin hubiera perdido el control de la Stavka en favor de los bolcheviques en noviembre. Como esto eliminaba la posibilidad de derribar a los bolcheviques desde el interior de la Rusia soviética, y ciertamente le situaba bajo el riesgo de ejecución, los generales de Byjov decidieron huir hacia el Don. La mayoría se disfrazó y viajó por tren a través de la Rusia bolchevique. Lukomsky se afeitó la barba y habló con acento alemán; Romanovsky se disfrazó de abanderado; Markov, de soldado raso. Denikin simuló ser un noble polaco y viajó en tercera clase: ahí fue testigo por primera vez del «odio ilimitado» de la gente corriente por «todo lo que era social o intelectualmente más elevado que la turba». Orgulloso como siempre, Kornilov, sin embargo, se negó a ocultar su identidad, y en lugar de eso condujo a su leal regimiento Tekinsky a marchas forzadas a través de territorio bolchevique hostil. Finalmente fueron detenidos y entablaron combate con un tren armado rojo. El caballo blanco de Kornilov fue herido de bala desde abajo. Consiguió escapar y reunió la mayoría de sus tropas, pero ya estaban demasiado desmoralizadas para seguir, y Kornilov, dándose cuenta de que podía arreglárselas sin ellas, decidió abandonarlas y concluir su viaje solo y disfrazado de campesino. Irónicamente, viajó hasta el Don en un tren de los guardias rojos.[6]

Novocherkassk, donde llegó Gul', el día de Nochevieja, era un microcosmos de la antigua Rusia en el exilio. San Petersburgo en la estepa. Los potentados en desgracia atravesaban sus calles embarradas. «Había generales, con sus barras y charreteras, impresionantes oficiales de caballería con sus guerreras llenas de colorido, las blancas cofias de las enfermeras y los inmensos gorros caucásicos de piel de los guerreros turcomanos», recordó Gul'. Numerosos políticos de la Duma habían acudido para intentar dirigir el movimiento blanco: Miliukov, Rodzianko, Struve, Zavoico, G. N. Trubetskoi, V. N. Lvov, e incluso el eserista Boris Savinkov. Intelectuales importantes también convirtieron el Don en su hogar, en un sentido tanto físico como espiritual. Marina Tsvetaeva, cuyo esposo, Serguei Efron, fue uno de los primeros en unirse a los voluntarios, escribió una serie de poemas, *El campamento del cisne,* desde su buhardilla de Moscú, en los que idealizó a los rebeldes del Don como la «juventud y gloria» de Rusia:

Guardias blancos: nudo gordiano Del valor ruso.

Guardias blancos: setas blancas
Del folklore ruso.
Guardias blancos: estrellas blancas,
Que no pueden recibir la oposición del cielo.
Guardias blancos: negros clavos
En las costillas del Anticristo.
«Guardias blancos», 27 de julio de 1918[7]

Para Tsvetaeva, como para tantas personas de su clase y origen, el Don representaba la última esperanza de salvar a la civilización rusa. Era, y así lo expresó, el «último sueño del viejo mundo».

En Novocherkassk, el reloj oficial marcaba la hora de San Petersburgo (una hora menos que en el Don), como si estuviera dispuesto a reanudar la labor de gobierno en la capital zarista. Nada simbolizaba mejor las actitudes nostálgicas de los blancos. Pensaban seriamente en atrasar el reloj. Todo lo relacionado con ellos, desde los uniformes zaristas a la ropa civil, indicaba un anhelo de restaurar el antiguo régimen. Años después, al contemplar de nuevo la guerra civil, las personas más inteligentes del bando blanco, en el sur de Rusia o en Siberia, reconocieron que esta identificación con el pasado fue uno de los motivos principales de su derrota. Porque, por mucho que los dirigentes de los blancos pudieran reiterar su adhesión a los principios democráticos, estaban demasiado enraizados en el antiguo régimen para ser considerados una alternativa real a los bolcheviques; y esto todavía era más cierto en el caso de los oficiales blancos y de los funcionarios locales que entraban en contacto con la gente corriente y conformaban su imagen del régimen blanco. Astrov, el kadete que se unió a los voluntarios, escribió en 1920: «Nosotros, con nuestras tácticas atrasadas, con nuestra mentalidad atrasada y con los vicios atrasados de nuestra burocracia, junto con el escalafón de Pedro el Grande, no podíamos competir con los rojos». Shulguin, el nacionalista, escribió en 1919: «La contrarrevolución no produjo un solo nombre nuevo [...]. Ésa fue la razón principal de nuestra tragedia». Struve, en un escrito de 1921, subrayó que la «psicología del antiguo régimen» había evitado que los blancos adoptaran los métodos revolucionarios esenciales para ganar la guerra civil:

Psicológicamente, los blancos se comportaban como si no hubiera sucedido nada, cuando, en realidad, todo el mundo en torno a ellos se había colapsado, y

para vencer al enemigo ellos mismos tenían que experimentar, en cierto sentido, un resurgimiento [...]. Nada dañó tanto el movimiento «blanco» como el hecho de anclarse psicológicamente en circunstancias anteriores, circunstancias que habían dejado de existir [...]. Los hombres con esta psicología «del antiguo régimen» se vieron sumergidos en el rugiente mar de la anarquía revolucionaria, y psicológicamente no pudieron encontrar la manera de desenvolverse en él [...]. En medio de la tempestad revolucionaria que anegó Rusia en 1917, incluso los restauracionistas fanáticos tenían que convertirse en revolucionarios en un sentido psicológico: porque en una revolución sólo los revolucionarios pueden encontrar su camino.[8]

Fue su rechazo del restauracionismo, y su pierna herida, lo que evitó que Brusilov fuera al Don, a pesar de varias peticiones realizadas por su antiguo amigo Alexeev. Aunque Brusilov simpatizaba claramente con los blancos, estaba convencido de que su causa «estaba condenada al fracaso, porque el pueblo ruso, para mejor o para peor, había escogido a los rojos». No tenía ningún sentido, como explicó a un amigo a inicios de abril, intentar atrasar el reloj. «Considero al antiguo régimen abolido hace muchísimo tiempo.» La guerra de Kornilov contra los bolcheviques podía haber sido, como señaló, «valiente y noble»; pero era también un «acto estúpido condenado a desperdiciar un montón de vidas jóvenes». Sin duda, implícitamente había cierto rechazo por Kornilov en esta afirmación. Pero también había un sentimiento de resignación que llevó a Brusilov a rechazar una guerra civil, como si, desde su punto de vista, la revolución hubiera sido planeada por Dios y fuera parte de una divina comedia cuyo fin todavía no estaba claro. Como patriota, Brusilov pensaba que era su «deber permanecer al lado del pueblo», lo que significaba no tomar ninguno de los partidos en la guerra civil, incluso aunque supusiera traicionar a su propia clase social y a su propia ideología. La afirmación de Meinecke en 1919 («Sigo siendo, de cara al pasado, un monárquico de corazón, y me convertiré, de cara al futuro, en un republicano de mente») podía también haber sido la de Brusilov.[9]

El Ejército Voluntario era un ejército de oficiales. Ése era su problema principal: nunca tuvo éxito a la hora de ganarse el apoyo de la población civil, ni siquiera el de los soldados rasos. Cuando se le mostró por primera vez a Kornilov la lista de voluntarios, exclamó encolerizado: «Todos éstos son oficiales, pero ¿dónde están los soldados?». De los primeros tres mil voluntarios, no más de una docena eran soldados rasos. Nunca ha habido un ejército con una proporción tan elevada de oficiales en la historia militar. Capitanes y coroneles se vieron obligados a

servir como soldados rasos; generales de alta graduación tuvieron que conformarse con el mando de un escuadrón. La discusión constante por los puestos de mando produjo terribles dolores de cabeza al estado mayor general. Los generales veteranos se negaban a servir al mando de oficiales más jóvenes ascendidos estrictamente basándose en sus méritos; los monárquicos se negaban a obedecer a comandantes opuestos al zar. Algunos se negaron a servir por debajo del grado que habían ostentado en el ejército imperial, pensando que eso rebajaba su dignidad. Los oficiales ociosos abarrotaban los cafés. Denominaban a los voluntarios «soldados de juguete». El orgullo de su rango y *status* anteriores venció a su deseo de combatir.[10]

Ni siquiera los dos hombres que encabezaban el movimiento pudieron dejar de enzarzarse en pequeñas disputas. Kornilov había recibido el mando del Ejército Voluntario, mientras que Alexeev se encargó de los asuntos políticos y financieros. Pero la división nunca funcionó realmente, y ambos interfirieron en el camino del otro. Las relaciones se deterioraron hasta el extremo de utilizar mensajeros, a pesar de estar sus oficinas puerta con puerta. La atmósfera se vio envenenada con sus continuas discusiones, como descubrió Roman Gul' cuando intentó alistarse en las oficinas del Ejército en Novocherkassk. Ignorando que la oficina de alistamiento estaba dirigida por los partidarios de Alexeev, nombró a un pariente de Kornilov como referente. «El abanderado hizo una mueca, encogió los hombros y dijo entre dientes: "Mire, la verdad es que no pertenece a nuestra organización".» Sólo más tarde Gul' conoció «la lucha soterrada y la guerra secreta entre los dos dirigentes». La división tenía menos que ver con la ideología que con la táctica, el estilo y la rivalidad personales. Ambos habían aceptado la Revolución de Febrero y se habían comprometido a restaurar la Asamblea Constituyente. Pero Kornilov era hostil a los políticos kadetes (y, en realidad, a todos los políticos) a los que Alexeev cortejaba. También favorecía una táctica más audaz (incluyendo el terrorismo en el interior de la Rusia soviética) que el conservador Alexeev. «Incluso si tenemos que quemar media Rusia y derramar la sangre de tres cuartas partes de la población, lo haremos si eso es lo que se necesita para salvar a Rusia», dijo una vez Kornilov. Alexeev y los generales veteranos contemplaban a Kornilov como a un agitador y un demagogo, que sólo había ascendido hasta el grado de general gracias a la Revolución de Febrero. Pero era precisamente esta imagen de «hombre hecho a sí mismo» (una imagen que Kornilov había cultivado) la que lo convertía en el ídolo de los oficiales jóvenes. Se trataba de un choque entre los viejos principios

zaristas de antigüedad y la política de masas de 1917.[11]

Como ejército de oficiales rusos, los voluntarios estaban condenados a tener un problema con sus huéspedes cosacos. Los dirigentes blancos habían convertido el Don en su base porque supusieron que los cosacos del Don serían fanáticos partidarios del antiguo orden. Pero esto se relacionaba más con los mitos decimonónicos que con las realidades del siglo XX. De hecho, a los propios cosacos los separaban cuestiones regionales y generacionales. En los distritos del norte los cosacos eran pequeños terratenientes, como los campesinos rusos locales, y generalmente apoyaban las ideas defendidas por los oficiales cosacos más jóvenes y más demócratas en favor de una república socialista que los uniera con el campesinado. Los cosacos del norte miraban con recelo a los distritos del sur, tanto por su riqueza como por las pretensiones de sus ancianos de hablar en nombre de todo el territorio. Los cosacos procedentes del frente, que eran más jóvenes y estaban más cansados de la guerra (influidos por los oficiales salidos de sus filas), se sentían más inclinados a llegar a algún acuerdo con la Rusia bolchevique que a combatir contra ella. De forma que solamente en el sur del Don, donde los cosacos eran más prósperos y se mostraban más determinados a defender sus privilegios territoriales históricos contra las exigencias de los campesinos rusos de una reforma agraria, estuvieron preparados para combatir a los bolcheviques. La mayoría de los cosacos del norte del Don, por el contrario, se agruparon en torno al Consejo Militar Revolucionario de Kamenskaia, dirigido por el oficial que había organizado la revuelta de los cosacos del Don en 1905-1906, Philip Mironov. El objetivo de Mironov era una república socialista independiente que uniera a los cosacos con los campesinos rusos. Pero, de hecho, su CMR iba a servir como quinta columna de las tropas bolcheviques cuando invadieran el Don procedentes de Ucrania oriental. Mientras tanto, en las ciudades industriales del Don los trabajadores principalmente rusos, que por regla general apoyaban a los bolcheviques, desencadenaron cierto número de huelgas en protesta contra la presencia de los voluntarios. Los obreros asesinaron a supuestos partidarios de los blancos (lo que de hecho significaba todos los *burzhooi),* mientras que éstos desencadenaron represalias igualmente salvajes: arrancaron los ojos y cortaron la nariz a centenares de huelguistas. En resumen, se produjo una espiral de terror creciente a medida que las ciudades del Don se vieron sumergidas en la guerra civil.

Para un número creciente de cosacos, todo parecía ser un conflicto extraño importado desde Rusia. Los cosacos más jóvenes que procedían del frente eran

especialmente hostiles a combatir en favor de los blancos. De modo que existía una brecha creciente entre padres e hijos cosacos (como los lectores de la novela de Sholojov *El Don apacible* recordarán), y las fuerzas de Kaledin se desmoronaron cuando los cosacos más jóvenes le dieron la espalda a la guerra. La defensa del Don quedó así en manos del Ejército Voluntario y de un incierto número de cosacos, principalmente mayores, que siguieron siendo leales a Kaledin. Sin suministros ni ayuda financiera adecuada, las clases medias de Rostov eran reacias a apoyar a los voluntarios, pues tenían pocas posibilidades de contener a los rojos.[12]

El 8 de febrero, seis días después de un alzamiento obrero en la ciudad, los rojos capturaron Taganrog, a menos de cincuenta millas de Rostov. El gobierno de Kaledin estaba condenado. Los voluntarios, sin ninguna razón para sacrificar su ejército en la defensa de Rostov, se prepararon para abandonarla y se dirigieron al sur, hacia el Kubán, donde podían persuadir a los cosacos, preocupados por el avance rojo, de unirse a ellos. Kaledin dimitió como atamán y el mismo día se pegó un tiro. Diez días después, el 23 de febrero, el Ejército Rojo capturó Rostov por segunda vez en tres meses. Novocherkassk, la capital del Don, cayó el día 25. Con la conquista del Don, el control soviético de Rusia era casi completo. Sólo el Kubán siguió siendo una bolsa importante de resistencia. Lenin afirmó que la guerra civil había terminado. Pero, de hecho, sólo acababa de empezar.

La Marcha del Hielo, como se conoció la retirada de los voluntarios desde el Don hasta el Kubán, fue la epopeya heroica de la guerra civil rusa.[110*] El drama de la Marcha del Hielo se convirtió en una leyenda entre los blancos, más tarde relatada en incontables memorias de emigrados. Éste fue el momento de definición del movimiento blanco, el momento en que los voluntarios se convirtieron realmente en un ejército, como si su propia supervivencia, contra todo pronóstico, los uniera y les proporcionara una fuerza que trascendía con mucho de sus cifras reales.

El 23 de febrero, cuando las fuerzas soviéticas entraron en Rostov, Kornilov dirigió a sus voluntarios, unos cuatro mil soldados y oficiales altamente entrenados con no más que un rifle por persona y unos pocos cañones, a través de las heladas estepas del Don. Marchaban en fila india, una fina línea negra en la vasta estepa cubierta de nieve. Su largo cortejo civil (banqueros, políticos,

profesores universitarios, periodistas, enfermeras y las esposas e hijos de los oficiales) los retrasaba. Ésta era la burguesía de Rostov huyendo. Preferían este viaje cruel a quedarse y correr el riesgo de convertirse en víctimas de los bolcheviques. Quienes participaron en la Marcha del Hielo caminaron día y noche evitando las líneas férreas y las poblaciones, donde presumiblemente la población sería hostil. Heridos y enfermos fueron abandonados; muchos de ellos se pegaron un tiro antes de correr el riesgo de ser capturados por los rojos.

El general Lukomsky, cuyo grupo se separó de la columna principal, fue capturado por los aldeanos rusos de Guliai-Borisov y llevado ante un tribunal revolucionario. Lukomsky intentó convencer a los aldeanos de que era un viajante, pero esto difícilmente podía granjearle algún amigo, y pidieron que el *burzhooi* fuera fusilado. Sin embargo, Lukomsky logró escapar en la confusión cuando, justo antes de su planeada ejecución, los aldeanos golpearon hasta la muerte a dos voluntarios y empezaron a luchar entre sí para hacerse con sus botas. Mientras esperaba a ser ejecutado, Lukomsky había visto cavar su propia tumba, y había tomado algunas píldoras de cianuro que llevaba consigo desde que estuvo encarcelado en el monasterio de Byjov. Afortunadamente para él, no le hicieron efecto.[13]

Cuanto más se adentraban los blancos en la estepa, más recurrían al terror contra la población hostil. Su Marcha del Hielo dejó un reguero de sangre. Quizás era inevitable, dada la necesidad desesperada que tenían los voluntarios de conseguir alimentos, y lo reacios que eran los campesinos a dárselos. Los blancos se encontraban desamparados en un mar campesino rojo. Pero también existía un elemento de evidente guerra de clases y de venganza en su violencia, como en tantos actos del Terror rojo, reflejo del resentimiento y el odio de clases que impulsaba el Terror rojo. El terror se encontraba en el corazón de ambos regímenes. Los blancos eran los vengadores de quienes habían sufrido a manos de la Revolución. Así lo manifestó Wrangel después: «No hemos traído el perdón y la paz con nosotros, sino sólo la cruel espada de la venganza». La mayoría de los oficiales eran hijos de terratenientes, que, como Gul', perdieron su herencia en favor del campesinado. Tenían todo tipo de razones para buscar venganza, no sólo contra el despreciado campesinado, sino contra los judíos e intelectuales «bolcheviques» que lo habían azuzado. Una de las peores atrocidades blancas durante la Marcha del Hielo tuvo lugar en la aldea de Lezhanka. La habitaban campesinos rusos famosos por sus simpatías revolucionarias. Roman Gul' contempló horrorizado cómo sus compañeros

oficiales asesinaban brutalmente a sesenta campesinos, muchos de ellos ancianos y mujeres, en represalia por el Terror rojo en Rostov. Centenares de campesinos fueron desnudados y flagelados mientras que los voluntarios se situaban alrededor y se reían. Gul' se encontró con una pobre mujer campesina, que le había cocinado el desayuno en su cabaña, que había perdido a su marido y a tres hijos. Todos ellos habían sido fusilados por «bolcheviques». Fue una tremenda desilusión para Gul', que se había unido al movimiento blanco con la ilusión de luchar por los ideales democráticos traicionados por los bolcheviques. Empezó a preguntarse si «los blancos eran realmente mejor que los rojos».[14]

Después de varias semanas vagando por la estepa, combatiendo a los rojos con sus últimas municiones, Kornilov ordenó que los voluntarios atacaran Ekaterinodar, la capital de la recientemente fundada República Soviética del Norte del Cáucaso. El 23 de marzo se les había unido el Ejército del Kubán, unos tres mil cosacos dirigidos por el general Pokrovsky, que había abandonado Ekaterinodar y que había tropezado con los que participaban en la marcha del Don en las cercanas colinas circasianas. En una reunión absolutamente surrealista en la aldea de Shendzhii, situada en la falda de las colinas, con todo el protocolo formal del antiguo régimen, Kornilov y Pokrovsky unieron sus ejércitos para volver a capturar el Kubán. El 10 de abril, Kornilov, actuando como comandante en jefe, ordenó que la fuerza combinada de siete mil hombres iniciara el ataque sobre la capital. Encontraron una feroz resistencia de los rojos, unos dieciocho mil hombres en total. Kornilov pronto se dio cuenta de que el asedio estaba condenado al fracaso; aunque corría el riesgo de que todo su ejército quedara destruido, sin embargo se negó a retirarse. Aquello, al fin y al cabo, no formaba parte de su naturaleza. «Si no tomamos ya Ekaterinodar —dijo a Denikin el día 12—, no me queda nada más que hacer que atravesarme la cabeza con una bala.»[15]

De hecho, Kornilov pagó con su vida su suicida aventura. Al inicio de la mañana siguiente una granada perdida golpeó de manera directa sobre su cuartel general, que había establecido en una granja, enterrándole entre los escombros.[50] El general Denikin, que inmediatamente se hizo con el mando, intentó ocultar las noticias de su muerte a los hombres. Kornilov para ellos no era sólo un comandante, sino el símbolo mismo de la causa, y las noticias hubieran destrozado su moral en este punto crítico de la batalla. El gran héroe blanco fue enterrado en un modesto patio de una iglesia en la aldea de Elisavetinskaya. Pero los rojos descubrieron más tarde la tumba y llevaron su cuerpo putrefacto a

Ekaterinodar, donde desfilaron con él por toda la ciudad antes de quemarlo en la plaza principal.

Irónicamente, la muerte de Kornilov fue la salvación de los blancos. Si hubiera vivido, indudablemente habría ordenado un ataque final contra Ekaterinodar, que estaba casi condenado a acabar en un absoluto desastre. La noche antes de su muerte, se había negado a escuchar el consejo de sus generales de abandonar la granja, que había sido fuertemente bombardeada durante varios días, porque «no merecía la pena; mañana empezaremos el asalto final».[16] Denikin, que nunca había estado muy convencido de la idea del asedio, ordenó que el ejército se retirara rápidamente hacia el norte, dejando detrás a unos doscientos heridos para acelerar su marcha. Si los rojos hubieran realizado un esfuerzo serio por perseguirlos, en lugar de bailar sobre la tumba de Kornilov, podrían haber ganado la guerra civil allí mismo. Pero permitieron que los voluntarios huyeran de regreso al Don, donde habían iniciado su extraña marcha. Habían salido cuatro mil y al menos regresó ese mismo número. Lo que es más importante, regresaban con el espíritu de combate fortalecido.

El Don al que regresaron había sufrido el terror de los bolcheviques durante las diez semanas de su ausencia. La república soviética del Don se las arregló para lograr lo que Kaledin siempre había intentado sin conseguirlo: volver a los cosacos contra los rojos. Tras la captura bolchevique de Rostov, los jefes del Ejército Rojo instituyeron un reinado de terror sobre el Don. Se establecieron sóviets en las poblaciones cosacas y se les requisaron los alimentos a punta de pistola, se impusieron tasas punitivas sobre los *burzhoois* y se fusilaron a centenares de rehenes. Los guardias rojos, que se retiraban ante el avance alemán hacia Taganrog y a los que los bolcheviques habían permitido «que saquearan a los saqueadores», vagaban por las stanitsas, o enclaves cosacos, provocando un caos sangriento. Se atacaban iglesias, se ejecutaban sacerdotes; a uno de ellos le cortaron la nariz y las orejas y le arrancaron los ojos, ante los fieles reunidos en un culto de Pascua.

El resultado fue una oleada de levantamientos cosacos (consecuencia del miedo que tenían a lo que los rojos todavía podían hacer y encolerizados por lo que ya habían hecho) que empezó en las aldeas cercanas a Novocherkassk. Éstas habían sido siempre las más ricas del Don y por lo tanto, las más expuestas a las requisas y al terror. Los cosacos fueron arrastrados a la revuelta por la imagen de

los «bolcheviques» que encarnaba todos sus peores miedos y prejuicios relacionados con los extranjeros y el Estado ruso. Cada *stanitsa* tenía su propio ejército insurgente, normalmente organizado por los oficiales y equipado por las explotaciones agrícolas cosacas. Durante el mes de abril convergieron en la *stanitsa* de Zaplavskaya, cerca de Novocherkassk, donde había una vigorosa fuerza de oficiales y hombres, para preparar la liberación de la capital. A finales de abril, contaban con diez mil jinetes. Con los rojos distraídos por el avance alemán desde Taganrog hasta Rostov a inicios de mayo, los cosacos recuperaron Novocherkassk sin resistencia. Allí eligieron un Krug para la salvación del Don, dirigido por el general Krasnov, su nuevo atamán, que había dirigido la expedición contra Petrogrado para restaurar el Gobierno de Kérensky durante los días de octubre.[17]

Krasnov se parecía mucho al atamán cosaco. Procedía de una reconocida familia cosaca y, al ser un firme partidario de la «causa cosaca», a menudo se aprovechaba de este linaje. Había sido periodista antes de la guerra, y después, en el exilio, se había ganado la vida como novelista. Ambas personalidades estaban a disposición de Krasnov, el político. Su imaginación histórica no tenía límites. Llenaba sus discursos de términos arcaicos, cuya finalidad era crear la ilusión de una antigua nacionalidad cosaca que se retrotraía hasta la Edad Media. Al centrarse en las glorias del pasado cosaco, pretendía unir a los cosacos en torno a la idea de su lucha contra los bolcheviques como una guerra de liberación nacional. Era un nacionalismo ficticio, basado más en el mito que en la historia; pero su poder era el mismo. La «gran hueste del Don», un título que no había sido utilizado en los documentos oficiales desde el siglo XVII, fue restaurada siguiendo órdenes de Krasnov. El gobierno personal del atamán, al igual que los derechos y privilegios de los cosacos sobre la población no cosaca (ahora condenada por «bolcheviques» sin excepción), fueron defendidos por las leyes fundamentales del Krug del Don. Era un burdo intento de regresar a la edad dorada cosaca de los cuentos de hadas rusos. La bandera cosaca ondeó en los edificios públicos; a los niños que acudían a la escuela se les ordenó que cantaran himnos cosacos; e incluso hubo una oración cosaca específica.[18]

Con los cosacos controlando el Don, apoyados por los alemanes al oeste y los voluntarios al sur, se había dispuesto el escenario para que las fuerzas antibolcheviques consolidaran su dominio militar sobre toda la región; y así fue entre mayo y agosto.

A mediados de junio, el Ejército del Don de Krasnov reunía cuarenta mil

soldados. Era armado por los alemanes a cambio del trigo cosaco. Con los rojos en el Volga, completó con éxito la reconquista del Don y creó zonas tapón en el norte hacia Voronezh y Tsaritsyn. Mientras tanto, el Ejército Voluntario se vio reforzado por la llegada de dos mil soldados procedentes del frente rumano y dirigidos por el coronel Drozdovsky. Ahora se encontraba en posición de desencadenar una nueva ofensiva; pero ¿en qué dirección? Alexeev y Krasnov deseaban que Denikin avanzara hacia el norte en dirección a Tsaritsyn, en el Volga: Alexeev enlazaría con los checos y las fuerzas del Komuch más allá del Volga en Samara; Krasnov apartaría la amenaza sobre el Don que significaban las fuerzas rojas con base en Tsaritsyn. Si esto se hubiera llevado a cabo, las fuerzas combinadas de los voluntarios, los cosacos de Krasnov, los checos y el Komuch podrían haber ganado la guerra civil avanzando sobre Moscú desde la cabeza de puente vital del Volga. Pero Denikin se negó testarudamente e hizo marchar a sus voluntarios hacia el sur, en dirección a la desierta estepa del Kubán. Quería fortalecer la retaguardia blanca formando un ejército de cosacos del Kubán. Al adoptar esta decisión, perdió una oportunidad única de enlazar con las otras fuerzas antibolcheviques. Los cosacos de Krasnov atacaron Tsaritsyn por su cuenta a finales del otoño; pero no pudieron tomarla. Para cuando Denikin finalmente alcanzó el Volga, durante el siguiente verano, sus aliados orientales estaban en plena retirada y la oportunidad de combinar sus fuerzas, perdida para siempre.

En vista de esto, los voluntarios nunca deberían haber tenido la más pequeña posibilidad de victoria en esta segunda campaña del Kubán. Sólo había nueve mil, enfrentados a ochenta mil rojos desde el inicio de la campaña en junio. Pero los rojos estaban aislados de sus bases de abastecimiento en el norte, rodeados por una población considerablemente hostil, y en consecuencia, sus reclutas desmoralizados. Los voluntarios, por el contrario, se mostraban disciplinados y estimulados por sus recuerdos de la Marcha del Hielo. Al inicio de la campaña, una tercera parte de sus hombres eran cosacos del Kubán exilados que combatían por la liberación de su patria. Esta proporción creció a medida que los voluntarios se adentraron en el Kubán, donde los cosacos locales, que habían sufrido bajo los rojos, o se unieron a los voluntarios o formaron sus propios destacamentos para combatir junto a ellos. El 18 de agosto, después de varias semanas de combate, finalmente capturaron Ekaterinodar. Los rojos huyeron hacia el sur a Piatigorsk, en las montañas del Cáucaso, mientras los blancos extendían su control por el norte y el oeste de Kubán. En noviembre, se habían

apoderado de Stavropol. De una diminuta fuerza de oficiales durante la Marcha del Hielo, los voluntarios aumentaron hasta convertirse en un ejército de cuarenta mil soldados con un amplio territorio, del tamaño de Bélgica, desde el que lanzar su cruzada contra los bolcheviques.[19]

El general Denikin no podía imaginarse convertido en jefe supremo de estos territorios. Sólo había sido comandante de los voluntarios a la muerte de Kornilov, y Alexeev continuó siendo el jefe político del movimiento. «El Ejército de Alexeev» era como iban a seguir siendo conocidos los voluntarios. Pero Alexeev era un hombre enfermo, y murió en octubre dejando a Denikin como jefe político y militar indiscutido de la contrarrevolución en el sur. La constitución del Ejército Voluntario, redactada después de la ocupación de Ekaterinodar, le otorgaba los poderes de un dictador militar: el sueño de Kornilov se había realizado al fin. Pero Denikin no era Kornilov: carecía del carácter para representar el papel de generalísimo; y eso explica en parte la derrota de los blancos.

Denikin era militar: procedía de una familia de soldados y había pasado toda su vida en el Ejército. La política era extraña para él, y se acercaba a ella desde una estrecha perspectiva militar. La academia del estado mayor no lo había preparado para pensar más allá de los tres artículos de fe básicos: autocracia, ortodoxia y nacionalismo. «Para los oficiales —recordaría— la estructura del Estado era un hecho preordenado e inconmovible, que no provocaba ni dudas ni diferencias de opinión.» La experiencia de 1917 (que le enseñó que el Ejército se desmoronaba cuando se enredaba en la política) fortaleció el apoliticismo de Denikin. Alimentó en él, como en muchos oficiales, un desprecio hacia todos los políticos. Deseaba, según sus propias palabras, mantenerlo inmune «a los políticos enredadores» y establecer su «propio programa a partir de los símbolos nacionales sencillos que podían unir a todos».[20]

La constitución servía al objetivo de Denikin. Esta retórica carta era un triunfo de la forma sobre el fondo, plagada de ideales legales bastante impracticables en una guerra civil. Era, simplemente, lo que podía esperarse de una constitución escrita por los kadetes. Prometía todo a todos y acababa no dando nada a nadie. Todos los ciudadanos disfrutaban de iguales derechos, pero quedaban reservados a los cosacos «derechos y privilegios especiales». El Estado era gobernado por la ley; pero no había límites legales para la dictadura de Denikin (le llamaban «el zar Anton»). Ninguna de las cuestiones políticas básicas con las que se enfrentaba Rusia eran afrontadas con seriedad. ¿Qué forma de gobierno debería

tener? ¿Tenía que ser resucitado el Imperio? ¿Deberían restaurarse los derechos de la nobleza terrateniente? Todas estas cuestiones quedaban sepultadas en interés de la campaña militar.

Quizás esto resultaba comprensible a la vista de las divisiones en Ekaterinodar. Una multitud de grupos y facciones, desde los Cien Negros en la derecha a los demócratas radicales en la izquierda, competían entre sí para obtener influencia política sobre el movimiento blanco. Todos carecían de apoyo popular, pero todos luchaban por conseguir «un papel histórico». Se enfrentaban los unos a los otros y jugaban a la política. El Consejo de Unidad Estatal y el Centro Nacional eran los dos únicos grupos con alguna influencia real que ocupaban cargos en el gobierno de Denikin. El primero era monárquico y negaba legitimidad a la Revolución de Febrero. El segundo era kadete y se comprometía a restaurar la Asamblea Constituyente. No es extraño que Denikin optara por evitar la política. Se veía a sí mismo rodeado de políticos intrigantes, que intentaban disuadirle en una dirección o en otra. Intentó actuar siguiendo una vía intermedia, manteniendo sus afirmaciones abiertas y vagas de tal forma que no ofendieran a nadie, y se retiró progresivamente a su propio y estrecho círculo de generales derechistas (Romanovsky, Dragomirov y Lukomsky eran los más importantes), donde se tomaban las decisiones más importantes. El Consejo Especial era un lamentable gobierno de cartón piedra. Sancionaba las decisiones ya tomadas por los generales y se enterraba a sí mismo bajo decretos de papel sobre cuestiones tan vitales como el servicio de correos o los mínimos detalles acerca de las finanzas y de los suministros. Buena parte de su tiempo estuvo dedicado a la candente cuestión de si las escuelas deberían utilizar la vieja o la nueva ortografía; por supuesto optaron por la antigua. Los políticos veteranos, tales como Shulguin y Astrov, no se rebajaron a un trabajo de este tipo, y su ausencia del Consejo Especial le restó aún más efectividad.[21]

Durante los primeros días su negligencia política pareció no tener importancia. Era suficiente con anteponer la campaña militar a cualquier otra cosa y concentrarse en promover vagos símbolos nacionales como alternativa a la propaganda de los rojos. Pero más adelante, cuando los blancos podían pretender no sólo conquistar Rusia sino también gobernarla, su negligencia política se convirtió en una desastrosa debilidad. Su política hizo que perdieran la guerra civil al menos tanto como sus derrotas en el campo de batalla.

Los dirigentes blancos, y esto se refiere tanto a Siberia como al sur, no llegaron a adaptarse al nuevo mundo revolucionario en el que la guerra civil tenía que ser

combatida. No hicieron ningún esfuerzo real por desarrollar una política que captara a los campesinos o las minorías nacionales, aunque el apoyo de ambos resultaba esencial. Estaban firmemente arraigados en la antigua Rusia. La importancia de la propaganda y de las estructuras políticas vitales se les pasó por alto de manera casi absoluta: dominados por la estrecha visión del Ejército, no podían comprender la necesidad de llevar a cabo una movilización de masas en una guerra civil. Hasta 1919, y entonces sólo ante la insistencia de los aliados, los blancos no comenzaron a dedicar algunos recursos reales a su propia maquinaria propagandística. E incluso entonces, todo el asunto fue abordado pobremente y con un espíritu de aficionados si se compara con la brillante propaganda de los rojos. La OSVAG, la agencia de propaganda de Denikin, tenía originalmente su sede en el departamento de Asuntos Exteriores: su principal finalidad consistía en convencer a los aliados, más que al pueblo ruso, de los méritos de la causa blanca, y una parte muy pequeña de su material nunca llegó a las fabricas o a las aldeas. Se encontraba groseramente desprovista de medios y subvalorada por los dirigentes blancos, entre otras razones porque se oponía a sus puntos de vista derechistas, y por esta razón los generales a menudo afirmaban que estaba dirigida por «emboscados», «socialistas» y «judíos».[22]

Los blancos, en resumen, no llegaron a comprender la naturaleza de la guerra en la que estaban comprometidos. Asumieron que podía ser librada al estilo convencional decimonónico: colocando al Ejército por encima de la política. Sin embargo, esto significaba ignorar que, en cualquier guerra civil o total, la capacidad del Ejército para movilizar los recursos de la población en los territorios ocupados estaba relacionada con la capacidad de decidir el resultado de la lucha; su capacidad era precisamente una cuestión de política: el terror solo no era suficiente; era también necesario obtener el apoyo de las masas, o al menos explotar la oposición que las masas sentían por el enemigo. Esto fue especialmente así en las campañas más importantes de la guerra civil rusa (en 1919), cuando los rojos y los blancos pasaron de ser pequeñas fuerzas partisanas a grandes ejércitos obligatorios que dependían de la movilización del campesinado y de sus recursos. Porque ninguno de los bandos podía contar con el apoyo del campesinado, y ambos se veían debilitados por la deserción y las revueltas campesinas en la retaguardia, que eran atribuibles tanto al fracaso político como a los excesos militares.

Los blancos no llegaron a desarrollar una política viable para la la movilización democrática. En las cuestiones políticas de mayor relevancia (la

tierra y las nacionalidades) redactaron proyectos burocráticos voluminosos para un debate futuro, pero no se comprometieron con ellos. Todo quedó aplazado hasta que la Asamblea Constituyente volviera a ser convocada; y entonces, bajo la presión de los derechistas, la propia Asamblea Constituyente fue pospuesta. Los blancos no pudieron liberarse de las costumbres burocráticas del antiguo régimen. Adoptaron un tímido acercamiento legalista a una situación revolucionaria que exigía audaces reformas populares. Se vieron a sí mismos como los representantes del antiguo Estado ruso en el exilio y pospusieron cualquier decisión política hasta que la victoria militar los devolviera a la antigua capital; nunca comprendieron que la victoria dependía de forjar un nuevo tipo de Estado.

Uno de los problemas más acuciantes de los voluntarios giraba en torno a su relación con los cosacos. Los generales blancos eran centralistas rusos. Pero los cosacos del Don y del Kubán deseaban establecer Estados independientes. Incluso enviaron a sus propios representantes oficiosos a la Conferencia de Paz de Versalles, en un fracasado esfuerzo por obtener el respaldo de las potencias occidentales. Dada su dependencia militar de los cosacos, los blancos deberían haber intentado ganárselos. Sin embargo, nunca llegaron a acercarse siquiera a satisfacer sus demandas. Veían en los cosacos a rusos corrientes y rechazaban su nacionalismo por considerarlo propio de unos pocos extremistas. El gobierno del Kubán, dirigido principalmente por nacionalistas y demagogos, hizo un esfuerzo por comportarse como si se tratara de un poder soberano. Prohibió la emigración rusa al Kubán, cerró sus fronteras a las exportaciones y se hizo con el control de las líneas férreas. Tales acciones eran una espina constante en el costado de los voluntarios. Para conservar al Ejército alimentado y equipado, los blancos se vieron obligados a requisar alimentos de los enclaves cosacos, despreciando a los órganos locales de autogobierno, lo que significó arrimar el ascua a la sardina de los dirigentes nacionales cosacos.

Quizá la intransigencia de los blancos fue una bendición disfrazada: el nacionalismo cosaco en acción no resultaba muy agradable. Los cosacos del Kubán expulsaron a millares de no cosacos (principalmente rusos y ucranianos) de sus granjas y aldeas, expulsaron a sus hijos de las escuelas locales y asesinaron a muchos centenares de ellos calificándolos de «bolcheviques». El Krug incluso discutió la idea de arrojar a todos los no cosacos del Kubán.[111*]

Fue una especie de «limpieza étnica» sustentada en la idea de que los cosacos eran una raza superior al campesinado no cosaco. Los dirigentes cosacos frecuentemente expresaron la opinión de que su pueblo era el único ruso de algún valor, y que todos los demás eran «una mierda». El Krug no hizo nada para detener las persecuciones. En una aldea, un grupo de soldados cosacos se apoderó de la maestra, una emigrante rusa que había enseñado a los niños cosacos locales durante más de veinte años, y la golpearon hasta matarla. Ninguno de sus vecinos cosacos intentó salvarla. Los blancos tenían un obvio interés en proteger a los no cosacos: representaban el 52 por ciento de la población del Kubán. Si se permitía que los cosacos actuaran siguiendo su propio arbitrio, los no cosacos se verían arrojados en brazos de los rojos. Pero la intransigencia de los blancos con la independencia de los cosacos sólo avivó las llamas del odio racial, y condujo a un creciente empeoramiento de las relaciones con el Gobierno del Kubán. Si los blancos hubieran realizado algún gesto hacia la idea de autonomía cosaca, aunque condicionándola a la derrota de los rojos, podrían haber detenido este deterioro. Pero no llegaron a buscar un compromiso. Atrapados en el mundo decimonónico del Imperio ruso, eran tan insensibles hacia las aspiraciones nacionales de los cosacos como lo eran hacia todos los nacionalismos, al margen del suyo propio.

Los cosacos del Kubán también fracasaron en su campaña para establecer un ejército independiente. Desde un punto de vista militar, habría sido desastroso para los blancos, porque los cosacos del Kubán componían la mayor parte de sus tropas y casi toda su caballería. El Ejército de los cosacos del Don, que era independiente, apenas constituía un ejemplo estimulante. Sus destacamentos inconexos, cada uno de ellos organizado por un enclave cosaco distinto, estaban situados fuera del control del mando central. Combatían bravamente para defender sus propios enclaves locales, pero eran reacios a alejarse de ellos. Éste llegó a ser un problema crítico cuando los blancos avanzaron por el interior de Rusia central durante 1919. Los cosacos no se preocupaban mucho de quién gobernaba en Moscú, siempre que pudieran arreglárselas por sí mismos. «Rusia no es cuestión nuestra», así resumió

Denikin su actitud. El fracaso del Ejército del Don en tomar Tsaritsyn, a pesar del asedio de dos meses a finales de 1918, ya había mostrado los límites de la moral de los cosacos fuera de su tierra natal: en territorio ruso, siempre se sentían inclinados al saqueo; en los enclaves judíos, a menudo se entregaban a realizar pogromos. Ésta iba a ser una de las razones importantes de la derrota

blanca: el saqueo y la violencia de la caballería cosaca en 1919 fueron un factor decisivo para agrupar a la población de Rusia central en torno a los rojos. Fueron también la causa de que Denikin se resistiera a la petición cosaca de un ejército independiente. Ni siquiera consideró la posibilidad de que existieran unidades cosacas autónomas.[24]

Los blancos fueron igualmente inflexibles ante las exigencias de las minorías nacionales. «Una Rusia grande, unida e indivisible» era el punto central de su ideología. Carentes de ideología definida, los blancos se apoyaban en la idea de la nación rusa y del Imperio para unir a sus elementos dispares. Su política imperial debía tanto a las ideas de los kadetes y de los octubristas como a los valores del antiguo régimen. Miliukov y Struve defendían ahora una gran Rusia con la misma firmeza que los monárquicos más reaccionarios. Este compromiso con el Imperio ruso era una debilidad fundamental del movimiento blanco, porque sus ejércitos estaban basados principalmente en aquellos territorios (Ucrania, el Cáucaso y el Báltico) donde la población no rusa favorecía como mínimo más la autonomía y quizá la independencia completa de Rusia. Los blancos no alcanzaron a comprender que un compromiso con estas aspiraciones nacionales era esencial si tenían que lograr una amplia base de apoyo entre los pueblos no rusos. En lugar de ganarse a los nacionalistas, los convirtieron en enemigos.

En el Ejército, dirigido principalmente por hijos de la nobleza, los voluntarios se encontraban incómodos con los campesinos. Aunque él mismo era hijo de un antiguo siervo, Denikin nunca consideró imprescindible aceptar la revolución agraria si su ejército tenía que conquistar la Rusia campesina. Los blancos asumieron que podían ganar la guerra civil sin el apoyo del campesinado; o, en cualquier caso, parecían pensar que la reforma agraria podía ser aplazada hasta después de la victoria. Su visión de la guerra civil (cuyo resultado sería decidido sólo por la fuerza militar) desechó la necesidad de presentar una política popular en su campaña, y es impensable que su política agraria pudiera ser popular: el predominio de la clase terrateniente entre los seguidores de Denikin hizo imposible que los blancos del sur de Rusia presentaran un programa agrario capaz de ganarse el apoyo de las masas campesinas. Las dos comisiones creadas por Denikin encargadas de la reforma agraria enfatizaron sobre la venta de la tierra excedente de la nobleza (y eso sólo tres años después del final de la guerra civil), pero excluyeron cualquier expropiación forzosa. Éste era básicamente el programa agrario minimalista de los kadetes en 1917: negaba el reconocimiento

de la revolución agraria y defendía (probablemente preocupado por la santidad de la ley tanto como por los intereses de la nobleza) los derechos formales de propiedad de los terratenientes. Los estadísticos calcularon que si se ejecutaba un programa basado en las propuestas de la comisión, los campesinos tendrían que devolver las tres cuartas partes de la tierra de la nobleza de la que se habían apoderado desde 1917. Así la inmensa mayoría del campesinado tenía todo tipo de razones para oponerse a los blancos.[25]

Tanto más cuanto que el ejército de Denikin y sus funcionarios locales eran famosos por ayudar a los nobles a reclamar su tierra en los territorios que reconquistaban. La política quedaba a menudo justificada porque las haciendas agrícolas de la nobleza eran más productivas, pero esto era una frágil excusa para la restauración del antiguo orden. En cualquier caso, la mayor parte de la tierra devuelta a la propiedad de la nobleza fue alquilada al campesinado (generalmente a un tanto alzado consistente en una tercera parte de la cosecha). El sistema de gobierno local, cuando existía alguno opuesto al Gobierno y al terror militar, se entregó a los nobles locales y a los antiguos funcionarios y policías zaristas que actuaban en nombre de los capitanes de distrito. La conclusión ineludible era que los blancos intentaban restaurar el desacreditado aparato local del antiguo régimen. Los capitanes de distrito, por ejemplo, eran notablemente similares a los capitanes de la tierra zaristas, que habían gobernado las aldeas como pequeños zares. Hubo varios casos en que los mismos capitanes de la tierra regresaron como capitanes de distrito a sus antiguos feudos, donde llevaron a cabo una salvaje venganza contra los campesinos, ejecutando y flagelando a sus dirigentes. Los esfuerzos de los liberales para restaurar los *zemtsvos* del *volost* se encontraron con una encarnizada resistencia de los elementos derechistas del régimen de Denikin, alegando que esto socavaría el *status* de la nobleza local. La nobleza más reaccionaria (la que se había opuesto a los *zemtsvos* de los *volost* bajo Stolypin) vivía en el corazón del régimen blanco. Como el mismo Denikin reconoció, los detentadores del poder rural bajo su régimen podían haber tenido la ventaja de la experiencia, pero, en términos de su psicología y de su cosmovisión, de sus costumbres y de sus hábitos, estaban tan distanciados y alienados de los cambios que habían tenido lugar en el país que no tenían ni idea de cómo actuar en la nueva era revolucionaria. Para ellos era una cuestión de regresar al pasado, e intentaron restaurar el pasado tanto en la forma como en el espíritu.[26]

Este fracaso de los blancos a la hora de reconocer la revolución campesina fue

la razón de su derrota final. El propio Denikin lo admitió más tarde. Sólo en 1920, después de su fracaso para penetrar en el corazón rural de Rusia central, los voluntarios se enfrentaron finalmente con la necesidad de apelar a los campesinos; pero para entonces ya era demasiado tarde. Mientras que la reforma agraria fue el primer cometido de los bolcheviques, fue el último de los blancos: eso, en un país campesino, lo dice todo.

En noviembre de 1918, con el final de la lucha en Europa, la guerra civil entró en una nueva fase. La ruptura del Tratado de BrestLitovsk después de la derrota alemana y de su retirada del Báltico, Ucrania y Crimea proporcionó a los ejércitos de la guerra civil la oportunidad de cubrir el vacío dejado por las tropas alemanas.

Los voluntarios tenían todo tipo de razones para ser optimistas. Con la derrota de los alemanes, esperaban que los aliados incrementaran su apoyo en favor de la causa blanca en el sur. Hasta entonces, los aliados se habían mantenido al margen de la guerra civil. Su interés principal se había centrado en el norte y en Siberia, donde esperaban resucitar un ejército ruso que continuara la guerra contra Alemania. Unos pocos centenares de infantes de marina británicos habían ocupado los puertos árticos de Murmansk y Arjangelsk para defender los almacenes militares aliados. Después del Tratado de Brest-Litovsk incluso se habían visto implicados en escaramuzas de poca importancia contra los rojos. La ocupación alemana de Ucrania y su control del mar Negro habían dificultado que los aliados proporcionaran ayuda militar a los voluntarios. Pero todo eso había cambiado ahora. Los aliados reconocieron a Denikin como el principal dirigente blanco del sur y se comprometieron a prestarle apoyo material, incluyendo doce divisiones, para que ocupara Ucrania. También prometieron a los voluntarios los suministros militares aliados que habían sido abandonados por el Ejército ruso en el frente rumano, con la condición de que se apoderaran de ellos. El punto álgido de esta oleada de euforia se produjo el 23 de noviembre, cuando una flota anglofrancesa entró en Novorossiisk. El general Poole y el teniente Erlich desembarcaron y fueron recibidos por inmensas multitudes que los vitoreaban. Les aseguraron que Gran Bretaña y Francia estaban comprometidas con las mismas metas que los voluntarios. Todos esperaban que los blancos marcharan triunfalmente sobre Moscú, ahora que los aliados estaban de su parte. Habían derrotado a los poderosos ejércitos alemanes; seguramente para ellos sería una tarea sencilla desembarazarse de los bolcheviques. Tal optimismo se vio todavía más fortalecido por el alzamiento del almirante Kolchak en el frente oriental.

De hecho, la promesa de la ayuda aliada quedó en agua de borrajas. El compromiso de las potencias occidentales nunca llegó a concretarse, y siempre careció de propósito o compromiso claro. La opinión pública occidental estaba dividida entre los rojos y los blancos, aunque la mayoría se mostraban indiferentes, cansados después de cuatro años de guerra, y se oponían a enviar más tropas al extranjero. La mayoría de los políticos aliados no tenían ningún convencimiento de por qué deberían implicarse en una guerra civil extranjera cuando había terminado la guerra mundial. Muchos de ellos conocían muy poco acerca de Rusia (Lloyd George, por ejemplo, pensaba que Jarkov era un general en lugar de una ciudad), y, como siempre en asuntos internacionales, la ignorancia nutría la indiferencia. Algunos políticos, tales como Churchill, deseaban desencadenar una cruzada occidental contra el comunismo, pero otros temían que de una victoria blanca resultara una Rusia fortalecida con ambiciones imperiales renovadas, y preferían una Rusia roja pero débil. Los dirigentes occidentales titubeaban esquizofrénicamente entre estos dos puntos de vista. No podían decidir si hacer la guerra o la paz con los dirigentes soviéticos, y así terminaron por hacer ambas cosas. Con una mano entregaron ayuda militar a los blancos; con la otra intentaron obligarlos a entablar conversaciones de paz.

Como sucede a menudo en estas situaciones, la política occidental fue a la deriva. En cuanto los británicos concedieron su ayuda a los blancos, Francia y los otros poderes imperiales rápidamente siguieron su ejemplo. Era como el juego de póquer de un pobre: ninguno de los jugadores quería quedar fuera de la baza, puesto que el precio (la influencia en Rusia) era demasiado grande; pero ninguno apostaba muy alto. El resultado fue que todas las potencias importantes (Gran Bretaña, Francia, Italia, Canadá, Japón y Estados Unidos) enviaron sólo fuerzas pequeñas, como si sólo se tratara de seguir en el juego. La intervención nunca alcanzó el grado amenazador que posteriormente pretendieron los historiadores soviéticos. Sólo fue suficiente para evitar la derrota de los blancos, pero insuficiente para concederles una oportunidad real de victoria. Las fuerzas de Denikin, por ejemplo, recibieron unos pocos centenares de uniformes caqui y algunas latas de mermelada durante los primeros meses de ayuda occidental. En primavera llegaron soldados y tanques británicos, seguidos por la armada francesa, que atracó en Odesa. Casi inmediatamente, los marineros se amotinaron (no tenían estómago para una guerra contra los rojos que estaban en esos momentos avanzando sobre Odesa) y los barcos franceses tuvieron que ser evacuados.

Dado que los blancos consiguieron una ayuda tan escasa, los nacionalistas ucranianos de Petliura fueron los primeros en llenar el vacio de las fuerzas alemanas de Ucrania. Pronto fueron expulsados de Kiev y empujados hacia las provincias occidentales por los rojos, quienes avanzaban desde el norte. Pero los rojos apenas se habían implantado en Ucrania, que cada vez se hundió más profundamente en el caos. La política bolchevique en el campo tuvo que enfrentarse a una resistencia generalizada del campesinado, que se agrupó en torno a los nacionalistas locales, a los diversos ejércitos verdes que se escondían en los bosques y a los anarquistas de Majnó. Mientras tanto, los blancos recomponían sus propias fuerzas. La retirada de los alemanes privó al ejército de Krasnov en el Don de su principal protector y quedó expuesto su flanco izquierdo al avance rojo desde Ucrania. El ejército del Don ya se había extendido en invierno contra Tsaritsyn; se estaba desmembrando, los cosacos desertaban en manada a medida que avanzaban los rojos. Krasnov se vio forzado a buscar la ayuda de Denikin, a sabiendas de que el dirigente blanco exigiría el mando del ejército del Don. Con los aliados respaldando a Denikin, poco más podía hacer Krasnov. El 8 de enero el ejército del Don fue finalmente fusionado con los voluntarios, y se denominó Fuerzas Aliadas del Sur de Rusia, aunque en realidad no eran nada más que una fuerza unificada.

Los ejércitos contrarrevolucionarios del sur estaban ahora bajo el mando de hombres comprometidos en una campaña nacional. Durante la siguiente primavera iban a separarse de su patria natal cosaca y ocupar el sur de Rusia, la mayor parte de Ucrania e incluso amenazar al mismo Moscú. En el proceso sus fuerzas crecerían hasta convertirse en un ejército de reclutamiento obligatorio de campesinos. Ésta fue la raíz de su derrota final: su negligencia política no los incapacitaba para gobernar los territorios recientemente conquistados.

II El fantasma de la Asamblea Constituyente

En comparación con las ciudades hambrientas del norte bolchevique, la ciudad de Samara, en el Volga, era el deleite de cualquier glotón. Los carros campesinos transportando sacos de harina, animales abiertos en canal, leche y vegetales entraban diariamente en su bullicioso mercado; estaba repleto de comida y esto

se reflejaba en las sonrosadas mejillas de sus ciudadanos. Los comerciantes engordaban por el floreciente comercio: vestían ropas elegantes y lucían las joyas que en el pasado pertenecieron a la clase alta de Petrogrado y de Moscú. Incluso los caballos parecían bien alimentados.

Millares de los denominados «pueblo antiguo» huyeron hacia la ciudad del Volga. Entre los refugiados se encontraban los residuos de los destrozados eseristas de derechas, que buscaban una nueva base provincial después de su derrota en Petrogrado y Moscú. La región del Volga era un bastión de su partido. La población campesina había votado abrumadoramente por ellos en las elecciones a la Asamblea Constituyente. Los dirigentes eseristas creyeron naturalmente que el pueblo del Volga se agruparía en torno a su lucha contra la dictadura leninista. Si la conquista bolchevique del poder partió del hambre de las masas urbanas, la restauración de la democracia partiría del campesinado bien alimentado. Pan y libertad iban juntos.

Pero los eseristas de derechas quedaron pronto desilusionados de su peregrinación a provincias. Sus organizaciones locales del partido estaban totalmente deshechas. Con el regreso de los soldados campesinos, muchos radicalizados tras su paso por el Ejército, los sóviets del Volga se habían desplazado hacia la extrema izquierda. El poder soviético se había establecido en las aldeas en un sistema de autogobierno local, y la Asamblea Constituyente sólo era un parlamento olvidado. Los campesinos habían observado su clausura por los bolcheviques con silencio; no se produjo el estallido de indignación popular que habían esperado los eseristas. «A menos que —declaró a principios de mayo Klimushkin, uno de los dirigentes eseristas de Samara— se produzca un estímulo procedente del exterior en el futuro cercano, podemos renunciar a todas las esperanzas de un *coup d'État.*»[27]

Por uno de esos curiosos accidentes de la historia, ese impulso se produjo a finales del mismo mes en 1918, cuando una legión de soldados checos se vio implicada en un conflicto con los sóviets a lo largo del ferrocarril Transiberiano. La Legión checa había sido creada por nacionalistas checos que trabajaban en el interior de Rusia después del estallido de la primera guerra mundial. Durante la guerra, se incrementó con prisioneros de guerra checos y eslovacos y desertores del Ejército austríaco, y en 1917 era una fuerza de unos treinta y cinco mil hombres, en su mayoría estudiantes y oficiales. Como nacionalistas que luchaban por la independencia del Imperio austro-húngaro, habían hecho causa común con los rusos contra las potencias centrales. Thomas Masaryk y Eduard

Benes, los dirigentes nacionalistas checos, aceptaron la formación de la Legión como un cuerpo independiente del Ejército ruso en el frente suroccidental. Después del Tratado de Brest-Litovsk, la Legión adoptó la resolución de continuar su lucha como parte del Ejército checo que combatía en Francia. En lugar de correr el riesgo de cruzar las líneas enemigas, decidieron viajar hacia el este, alrededor del mundo, llegando a Europa vía Vladivostok y Estados Unidos. El 26 de marzo se llegó a un acuerdo con las autoridades soviéticas de Penza, en virtud del cual se permitió a los checos viajar en el ferrocarril Transiberiano como «ciudadanos libres» con un «número específico de armas para su defensa propia».

Si este acuerdo hubiera sido respetado por ambos lados, la guerra civil hubiera tomado un curso muy distinto. Pero el paso de los checos quedó señalado por una creciente desconfianza y tensión. Los trenes eran detenidos por los sóviets locales, que cubrían a los checos de propaganda e intentaban confiscar sus armas. Los checos, a su vez, comenzaron a sospechar que los bolcheviques planeaban entregarles a los alemanes, una sospecha acentuada por la orden procedente de Moscú en abril de que la mitad de la Legión regresara y fuera evacuada a través de Arjangelsk (la ironía era que, sin que lo supieran los checos, la orden se cursó a petición de los aliados). Los checos decidieron luchar a su modo, si era necesario, atravesando Siberia hasta llegar a Vladivostok. Los acontecimientos alcanzaron un punto álgido el 14 de mayo, cuando el Sóviet de Cheliabinsk, en los Urales, arrestó a algunos checos implicados en un altercado con prisioneros de guerra húngaros. Los soldados checos ocuparon la ciudad, liberaron a sus camaradas y desarmaron a la pequeña unidad de la Guardia Roja. Moscú ordenó que los sóviets locales desarmaran a su vez a los checos. «Cada checo armado que se encuentre en la línea férrea —decía un telegrama de Trotsky del día 25— tiene que ser fusilado en el mismo sitio.»[28] Esto significaba una declaración de guerra para los checos, y no hizo sino aumentar su determinación de abrirse camino luchando hacia el este. Era una vergüenza, desde el punto de vista de los bolcheviques, porque no había habido ninguna necesidad real de enemistarse con los checos, y era en interés de todos el que salieran de Rusia tan pronto como fuera posible. La reacción excesiva de Trotsky ante el incidente de Cheliabinsk creó un ejército hostil en el corazón de la Rusia soviética.

La Legión Checa, dividida en seis grupos a lo largo de todo el ferrocarril Transiberiano, capturó una ciudad tras otra: Novo-Nikolaesvk (26 de mayo),

Penza y Syzran (28 y 29); Tomsk (31), Omsk (6 de junio) y Vladivostok (29). El Ejército Rojo todavía no estaba bien organizado, y los guardias rojos, mal entrenados y poco disciplinados, compuestos por trabajadores procedentes de las pequeñas ciudades que a menudo huían ante la primera señal de peligro, no eran un adversario serio para los bien entrenados checos.

Eso fue lo que sucedió durante la captura de Samara, el 8 de junio. Con los checos en la cercana ciudad de Penza, los dirigentes eseristas en la clandestinidad en Samara les pidieron ayuda para derribar al poder soviético en la capital del Volga. Esto contravenía la política de los eseristas de derechas (aprobada en la VIII Asamblea del Partido Eserista de mayo) de que no debería implicarse a tropas extranjeras en la «lucha del pueblo» contra el bolchevismo. Pero los dirigentes eseristas de Samara se las arreglaron para justificar (como los propios checos, que habían declarado su propia intención piadosa de no involucrarse en la guerra civil rusa) esa intervención en este caso. Su objetivo de continuar la guerra contra Alemania dependía de apartar a los bolcheviques del poder. Ciertamente, los aliados, viendo lo fácil que era la victoria de la Legión en Siberia, valoraban la posibilidad de utilizar a los checos contra los bolcheviques. Más tarde, ese verano, les enviarían ayuda. Mientras tanto, las supuestas conexiones de los eseristas con el Gobierno francés (groseramente exageradas, según se descubrió) persuadieron finalmente a los checos para ayudarles en Samara. La ciudad del Volga se hallaba en un estado caótico provocado por las huelgas después de un levantamiento de la ingobernable guarnición a mediados de mayo. El Sóviet sólo pudo hacerse con dos mil guardias rojos, la mayoría de ellos obreros letones evacuados durante la guerra, de una población de doscientos mil. Tal era la efimera naturaleza del poder bolchevique en las ciudades de provincias. Los guardias rojos tenían pocas posibilidades contra los ocho mil checos bien armados, y la mayoría huyeron tan pronto se acercó la Legión. Sólo seis checos y treinta guardias rojos murieron en la «Batalla de Samara».[29]

El nuevo Gobierno tomó su nombre y su legitimidad de la Asamblea Constituyente. El Comité de Miembros de la Asamblea Constituyente (o Komuch) se autodeclaró parlamento panruso en el exilio provincial. Convocó a todos los miembros de la desarbolada Asamblea, excepto a los bolcheviques, para que se reunieran con ellos. Sus cinco miembros fundadores eran todos miembros eseristas de la Asamblea Constituyente, tres de ellos de la misma Samara. A finales de su gobierno cuatrimestral, las filas del Komuch se habían

visto engrosadas por cien miembros del parlamento disuelto, incluyendo aViktor Chernov, presidente de su única sesión del 5 y 6 de enero de 1918. Este «dirigente de la democracia» fue tratado como unVIP, con una guardia armada apostada fuera de su suite en el Hotel Nacional y una serie de banquetes celebrados en su honor. Esperaban que se convirtiera en la figura destacada de una cruzada nacional.

El Komuch era básicamente un gobierno eserista aliñado con unos pocos representantes de las minorías nacionales (principalmente los tártaros y los bashkires, ambos bastante numerosos en la región del Volga) y los mencheviques y los kadetes que se unieron a él desafiando a sus respectivos comités centrales. La mayoría de los eseristas de derechas importantes acudieron a esta ciudadela de la libertad, incluyendo a Zenzinov, Avksentiev y Breshko-Breshkovskaya, la «abuela de la Revolución». Fue en muchos aspectos una resurrección del Gobierno de Kérensky, excepto que por esta época el mismo Kérensky estaba exilado en París. El Komuch fue un laboratorio fantasmal que puso a prueba el principio central por el cual el Gobierno provisional se había mantenido en pie y había caído: la idea de que las provincias no estaban listas para el socialismo y de que, por tanto, la revolución no debería superar la etapa democrática. Ésa era la obsesión teórica que había evitado que los eseristas y los mencheviques establecieran el poder soviético en 1917; y ahora formaba la base de su esfuerzo igualmente engañoso de agrupar a las provincias contra los bolcheviques.

«No se puede plantear ningún tipo de experimento socialista», proclamó la prensa de Samara. La esencia del Komuch era la restauración de la democracia, lo que significaba posponer la revolución social hasta después de la nueva convocatoria de la Asamblea Constituyente, que era la única que podía decidir sobre las cuestiones sociales. Como el Gobierno provisional, el Komuch se vio a sí mismo como una administración temporal que pretendía el restablecimiento del Gobierno parlamentario. Todos sus pronunciamientos comenzaban con fórmulas autolimitadoras como «hasta la restauración de las autoridades legales», «hasta el restablecimiento de las relaciones normales», o expresiones por el estilo. Su programa estaba impregnado por la pretensión liberal de neutralidad política. Aunque fueron restauradas la libertad de expresión, de prensa y de reunión, las condiciones de la guerra civil dificultaron su aplicación, y las prisiones de Samara pronto se vieron abarrotadas de bolcheviques. Iván Maisky, ministro de Trabajo menchevique, contó cuatro mil presos políticos. Las dumas y los *zemstvos* de la ciudad fueron restaurados y los sóviets, como

órganos de clase, apartados de la política. El Komuch también declaró su apoyo en favor de una «federación democrática», que obtuvo los aplausos de las comunidades bashkir y tártara de la región del Volga.[30]

En el ámbito industrial, el Komuch, como el Gobierno provisional, intentó adoptar un camino intermedio entre el trabajo y el capital, y acabó por no satisfacer a ninguno de los dos. Las divisiones de clase eran demasiado acentuadas. Los obreros rechazaron al Komuch por «burgués» y aprobaron en el Sóviet resoluciones desafiantemente bolcheviques. Los comités de fábrica se vieron privados de sus poderes y el control de las fábricas fue transferido a sus anteriores propietarios o, cuando estaban ausentes, a administradores nombrados por el Gobierno. Los bancos volvieron al control privado. Se restauró el libre comercio, y un Consejo de Comercio e Industria, dominado por los industriales, fue establecido para ayudar a formular la política económica. Pero no fue suficiente para convencer a las clases medias de que el Komuch no era peligrosamente «socialista». Sólo veían que la jornada de ocho horas seguía garantizada, que los sindicatos y el Sóviet todavía seguían actuando, y que la bandera roja todavía ondeaba en los edificios del Komuch. ¿Cuál era la razón de reemplazar a los bolcheviques con un régimen «semibolchevique» como el del Komuch? ¿Por qué reemplazar a los rojos con estos «rosados», cuando se podía tener en su lugar a los blancos?

Durante los primeros días del Komuch las clases medias de Samara, agradecidas por el derrocamiento del Sóviet, habían aprobado un préstamo al Gobierno. Pero pronto desplazaron su apoyo hacia la contrarrevolución blanca en el este. El Komuch se vio obligado a recaudar impuestos de la venta del vodka, algo siempre impopular entre los trabajadores. También imprimió papel moneda que disparó la inflación. Los campesinos redujeron las ventas de alimentos a las ciudades, puesto que el dinero perdía valor, y obligaron al Komuch a racionar el pan. Su base urbana todavía se colapsó más. Sólo la pequeña *intelligentsia* provincial permaneció a su lado hasta el final. Durante las elecciones a la Duma de agosto los partidos progubernamentales obtuvieron un ridículo 15 por ciento; dos terceras partes del electorado ni siquiera se molestaron en votar. La democracia resultaba estrepitosamente silenciosa.[31]

A pesar de las expectativas eseristas, el campesinado del Volga no demostró apoyar más a su Gobierno. Si los eseristas hubieran tenido la voluntad de apoyar la revolución campesina, las cosas podrían haber sido distintas. Pero eso habría significado reconocer los sóviets campesinos, y los dirigentes del Komuch no

estaban preparados para ir tan lejos. Tenían la determinación de reemplazar a los sóviets con los *zemtsvos* del *volost*, en los cuales todas las clases rurales, incluyendo a la nobleza, estaban representadas sobre una base igualitaria. Pero, como en 1917, las elecciones a los *zemtsvos* fueron boicoteadas por la masa de los campesinos, que ya se habían comprometido con los sóviets, sus órganos de autogobierno directo. Incluso donde se eligieron *zemtsvos*, a menudo fue difícil que funcionaran, porque la *intelligentsia* y el funcionariado rurales casi habían desaparecido de las aldeas desde la revolución, mientras que las comunas campesinas se negaban a pagar sus impuestos. En algunas aldeas el Sóviet siguió en el poder, pero se refirió a sí mismo como el *zemtsvo* en los comunicados dirigidos al Komuch. El Komuch era incapaz de acabar con esta charada, incluso cuando enviaba tropas. Los campesinos estaban firmemente comprometidos con los sóviets como garantes de su revolución agraria.

El Komuch era igualmente reacio a sancionar las incautaciones de la tierra de la nobleza que realizaron los campesinos. Es cierto que defendió la reforma agraria aprobada en la primera y única sesión de la Asamblea Constituyente, que había reconocido la abolición de toda la propiedad agraria. Pero un decreto posterior, aprobado el 22 de julio, permitió a los antiguos terratenientes reclamar cualquier campo que hubieran sembrado en invierno. Esto, de hecho, significó devolver una tercera parte de las incautaciones de tierra arable que hubieran realizado los campesinos. A menudo hubo que llamar a las tropas para hacer cumplir el decreto. Su objetivo era «reforzar el imperio de la ley» después de las «anárquicas» incautaciones de tierras realizadas por los campesinos durante el invierno y la primavera anteriores; pero en vez de eso se creó la impresión, especialmente entre los campesinos más pobres, receptores de la mayoría de los campos de la nobleza, de que el Komuch deseaba restaurar el antiguo régimen de la tierra. Es comprensible esta interpretación, puesto que algunos de los nobles locales vieron en el decreto una licencia para tomar la ley en sus manos. Con ayuda de una brigada del Ejército, o de su propia milicia privada, volvieron a hacerse con su propiedad; a veces incluso hicieron que los dirigentes campesinos fueran flagelados en público para «darles una lección».[32]

De todas las medidas políticas del Komuch, ninguna fue más impopular que el reclutamiento de un Ejército del Pueblo. En cualquier guerra civil el éxito de los contendientes depende de su capacidad para movilizar a la población local. Esto

prueba sin ningún género de dudas que el Komuch fracasó. Durante el verano, el Komuch y las fuerzas checas pudieron conquistar territorio casi a voluntad. Los rojos eran crónicamente débiles, sin suministros de alimentos ni un ejército adecuado. Ufa cayó ante los checos el 6 de julio; Simbirsk, la tierra natal de Lenin, el 22, y Kazán, con su enorme reserva de oro zarista, el 6 de agosto. Dos días después, los obreros de las fábricas de munición de Izhevsk, a 240 kilómetros al norte de Kazán, se alzaron contra el Sóviet y declararon su simpatía por el Komuch. Fue el mayor alzamiento obrero contra los bolcheviques que se produjo nunca, y un motivo considerable de embarazo para el régimen. La revuelta pronto se extendió al campo cercano, donde muchas familias obreras seguían viviendo. Se formaron destacamentos voluntarios para combatir a los rojos. Éste fue el punto álgido de la fortuna del Komuch. Ahora controlaba un área del tamaño de la Italia continental, con una población de catorce millones de habitantes.

Sin embargo, el potencial militar del Komuch siempre fue muy frágil. La Legión Checa no deseaba combatir en Rusia de manera indefinida. Sus soldados estaban cansados y querían marcharse a casa, y su moral disminuyó todavía más cuando los rojos se organizaron mejor. A mediados de agosto, las unidades checas se estaban desarbolando. Algunos de los soldados eran socialistas y se pasaron a los rojos, que los cubrieron de propaganda; otros simplemente dejaron de combatir y vendieron sus suministros a la población local. La Legión checa se desmembró en bandas de pequeños especuladores.

Resultaba por lo tanto esencial que el Komuch pudiera reclutar sus propias tropas de entre la población del Volga. Uno de sus primeros actos había sido llamar voluntarios; en las ciudades unas ocho mil personas (sobre todo estudiantes y cadetes, pero también refugiados y desempleados sin medios de vida) respondieron al llamamiento; pero en el campo el número de voluntarios fue ridículo: la mayoría del campesinado no quería implicarse en la guerra civil «fratricida». Deseaban defender la revolución en sus propias localidades (y para esto formaron sus propias compañías campesinas), pero contemplaban la guerra como una lucha remota entre partidos urbanos. «El estado de ánimo de los campesinos es indiferente —declaró un oficial encargado del reclutamiento del Ejército del Pueblo—; sólo quieren que les dejen en paz. "Los bolcheviques estuvieron aquí, está bien", dicen. "Los bolcheviques se marcharon, no es ninguna vergüenza", dicen. "Mientras haya pan recemos a Dios, y ¿quién necesita a los guardias? Que luchen solos; nos mantendremos al margen. Es de

sobra sabido que mantenerse aparte es la mejor forma de participar". En la asamblea campesina de Samara, organizada por el Komuch en septiembre, los delegados declararon que "no combatirían contra sus propios hermanos, sólo contra los enemigos". "Se negaron a apoyar una guerra entre partidos políticos" y urgieron al Komuch "para que llegara a un acuerdo con los bolcheviques". Un delegado propuso que "la continuación de la guerra civil fuera decidida por un referéndum, y hasta que sepamos la opinión de toda la población, no tenemos derecho moral a votar sobre esta resolución [de apoyar la guerra]".»[33]

Para la masa de los campesinos, cuyos horizontes políticos se limitaban a los estrechos confines de sus aldeas, las metas nacionales del Komuch resultaban bastante extrañas. La restauración de la Asamblea Constituyente significaba poco para ellos cuando ya tenían tierra y libertad. El llamamiento del Komuch en favor de la renovación de la guerra contra Alemania, seis meses después de que la lucha hubiera cesado, chocó con el pacifismo parroquial del campesinado. «La guerra con Alemania y todas las guerras son malas», resolvieron los campesinos de una aldea. «Si no luchamos, los soldados alemanes no se quedarán con nuestro territorio», razonaron los campesinos de otra. El jefe de policía de distrito de Samara concluyó que «la población está pobremente informada sobre las finalidades del Ejército del Pueblo [...]. Se han mentalizado de que los "burgueses" han iniciado una nueva guerra porque la "paz" firmada por los bolcheviques es desfavorable para ellos; pero que el campesinado "no ha sufrido ninguna pérdida" y no la sufrirá si deja que la burguesía luche por sí sola».[34]

Tales antagonismos de clase empeoraron por las actitudes de los oficiales del Ejército del Pueblo. El destino del Komuch habría sido diferente si hubiera contado con su propio cuerpo leal de oficiales democráticos; los comisarios del Ejército de 1917 hubieran encajado a la perfección en este cometido; pero ya quedaban muy pocos: algunos, como Linde, fueron engullidos por la Revolución; otros, como Os'kin, se habían unido a los rojos. No había más ciudadanos patriotas del tipo de los que se habían agrupado en torno a Kérensky; la idea del «oficial democrático» era ahora meramente absurda. El Komuch tuvo que arreglárselas con los oficiales que se presentaron voluntarios. El coronel Galkin, un típico burócrata militar de la época zarista, se encargó del Ejército del Pueblo; su cuartel general se convirtió en un baluarte de oficiales derechistas y monárquicos, un caballo de Troya de la contrarrevolución blanca dentro de la ciudadela democrática. Los dirigentes del Komuch eran plenamente conscientes de ello, pero, como señaló Klimushkin, «estábamos tan seguros de la fuerza de la

democracia que no temíamos los "planes" de los oficiales». Bajo Galkin, el sistema zarista de disciplina militar fue restaurado. Los oficiales incluso utilizaban una versión discreta de las charreteras. Muchos eran hijos de nobles locales, y a veces desencadenaron una violenta venganza contra las aldeas que se habían apoderado de las haciendas de sus familias.[35] No es extraño que los campesinos no se entusiasmaran con el denominado Ejército del Pueblo.

La pobre respuesta que recibió la petición de voluntarios obligó al Komuch a recurrir al reclutamiento a finales de junio. Temeroso de que los campesinos de mayor edad estuvieran «infectados» por el bolchevismo que había circulado por el ejército en 1917, llamó a los menores de veintiún años de edad. Sin embargo, incluso éstos mostraron los síntomas familiares de insubordinación. Sólo uno de cada tres reclutas se presentó en los centros de reclutamiento: el resto desertaron. La tasa menor de gente que se presentó se dio en los distritos occidentales cercanos al frente, lo que dice mucho acerca de las razones de la victoria bolchevique. En contraste con sus oponentes, generalmente los bolcheviques pudieron, al menos en los momentos críticos de la guerra civil, movilizar al campesinado cercano al frente. Sin embargo, por mucho que a los campesinos les desagradaran los rojos, temían mucho más una restauración del antiguo régimen agrario. Ni el Komuch ni los blancos fueron capaces de penetrar en la zona central de poder soviético, donde la revolución campesina se hallaba más firmemente arraigada.

Todos los ejércitos de la guerra civil sufrieron problemas crónicos de deserción, pero el Ejército del Pueblo fue el que más los sufrió, en buena medida fruto de su improvisación en el frente. Los bolcheviques habían estado en el poder durante diez meses antes de que comenzaran los combates de importancia, y el Komuch apenas tenía diez semanas cuando se enfrentó con el primer ataque rojo; no tuvo tiempo suficiente para articular una infraestructura militar adecuada. Demasiado a menudo los nuevos reclutas estaban desprovistos de uniformes y fusiles. Los soldados apenas contaban con el entrenamiento adecuado antes de ser lanzados a la batalla, de manera que muchas veces el pánico se extendía en las filas durante el primer momento de peligro. Durante agosto y septiembre, el punto álgido de la estación de la cosecha, millares de soldados regresaron corriendo a sus granjas, justo cuando los rojos estaban desencadenando su ofensiva. El Komuch intentó evitar las deserciones enviando destacamentos punitivos de cosacos a las aldeas. Los tribunales militares, que recordaban los famosos tribunales de Stolypin de 1905-1906, recibieron poderes

considerables para castigar a los desertores y a sus familias. Los dirigentes campesinos fueron públicamente flagelados y colgados; se tomaron rehenes para obligar a los desertores a salir de los lugares donde se ocultaban, y aldeas completas fueron reducidas a cenizas cuando los soldados se negaron a entregarse. A los campesinos todo esto les debió de parecer la resurección del antiguo régimen, con una venganza.

Tal represión no hizo sino fortalecer la resistencia del campesinado y arrojar a infinidad de campesinos en brazos de los rojos. Los aldeanos formaron brigadas, a menudo organizadas por el Sóviet, para resistir al Ejército del Pueblo y a sus destacamentos de castigo. Estos «ejércitos» aldeanos fueron a la guerra con fusiles oxidados, con horcas y hachas, y extrañas piezas de artillería montadas sobre sus carros. Algunos combatieron como unidades partisanas al lado del Ejército Rojo y más tarde se convirtieron en destacamentos regulares del mismo. La brigada de la aldea de Domashki fue un ejemplo clásico. Combatió contra los cosacos en las estepas al sur de Samara antes de convertirse en el núcleo de la CCXIX División de Fusileros Domashki, un destacamento regular del IV Ejército Rojo. Los regimientos Pugachov, Novouzensk, Krasnokutsk y Kurilovo tuvieron orígenes similares. Los soldados de estos regimientos eran parientes y vecinos. En el regimiento de Kurilovo había un padre y seis hijos. Esta cohesión no tenía paralelo con ninguna otra fuerza de combate de la guerra civil, a excepción de los destacamentos cosacos, que eran similares en muchos aspectos.[36] Ahí surgió la leyenda de Chapayev, el principal comandante rojo de estos partisanos, que sería enseñada a tres generaciones de niños soviéticos.

Sin un ejército efectivo, era sólo cuestión de tiempo que el Komuch perdiera su apoyo en la región del Volga. Durante el verano, los rojos habían agrupado gradualmente sus fuerzas para una campaña en el Volga: fue aquí donde el Ejército Rojo adoptó las características de un ejército regular de reclutas. Se formaron destacamentos obreros en Moscú y en otras ciudades de la zona central soviética y se les despachó al grupo de ejércitos oriental en la orilla derecha del Volga. Siguiendo órdenes de Lenin, se trasladaron treinta mil soldados desde las posiciones antialemanas en el oeste. Supuso (acertadamente, como acabaría quedando de manifiesto) que las potencias centrales estarían demasiado ocupadas en Europa como para explotar la brecha. A principios de septiembre de 1918, los rojos habían reunido setenta mil soldados en el frente oriental, lo que

significaba una ventaja de dos a uno sobre las fuerzas del Komuch. Este fue el inicio del combate real en la guerra civil. Hasta ahora sólo habían estado implicadas unidades menores, de no más de diez mil hombres. Kazán fue tomada por los rojos el 10 de septiembre. El coronel Vatsetis, que dirigió el ataque, fue recompensado con el nombramiento de principal comandante en jefe de todo el Ejército Rojo. La derrota le habría proporcionado también su propia clase de recompensa: Lenin había ordenado que se le fusilara si no se tomaba la crucial ciudad. Dos días más tarde el I Ejército Rojo, bajo el mando de Mijail Tujachevsky, irrumpió en Simbirsk. Desde entonces, la resistencia del Ejército del Pueblo quedó efectivamente deshecha; las fuerzas checas se desmoronaron. Samara cayó el 7 de octubre.

Los eseristas disolvieron el Komuch y huyeron a Ufa. Allí se encontraron a merced de la contrarrevolución blanca que avanzaba desde el este. Bajo la protección de los checos, habían surgido en Siberia varios centros de poder rivales: el territorio euroasiático era un tapiz de regímenes regionales. Había un Gobierno de los Urales, con base en Ekaterinburg, que pretendía tener jurisdicción sobre Perm. Los diversos voiskos cosacos (Orenburg y Ural'sk eran los más occidentales de entre ellos) reconocieron formalmente al Komuch, pero se condujeron como «poderes» independientes. Los bashkires y kirguises también tenían sus propios «estados», mientras que en el interior del territorio del Komuch existía también un gobierno nacional de las tribus turco-tártaras. De todos estos centros de poder rivales, el más importante era con mucho el Gobierno siberiano con sede en Omsk. Lo habían formado políticos kadetes y eseristas de la Duma de Tomsk antes de la llegada del poder soviético; y ellos volvieron a formarlo en Omsk en vísperas de la revuelta checa. P. V. Vologodsky, el jurista y abogado de la autonomía siberiana, se convirtió en su jefe de Gobierno el 23 de junio. Breshko-Breshkovskaya, que pasó por Omsk a inicios de julio, tenía una pobre visión de sus nuevos dirigentes:

> Omsk es polvoriento y sucio. Los dirigentes del Gobierno no tienen ni intelecto ni conciencia alguna. No hay nada positivo o esperanzador en la composición del Gobierno siberiano. Sus denominados «ministros» no son nada sino signos de interrogación. Hablando con ellos, resulta claro que ni creen en sí mismos ni en el éxito de su propia empresa.[37]

El gobierno de Omsk cayó pronto bajo el dominio de los oficiales derechistas y monárquicos del Ejército siberiano. Al carecer de una relación estrecha con los checos, ninguno recurrió a ellos para recibir apoyo militar. En septiembre, el Ejército siberiano tenía treinta y ocho mil reclutas, principalmente de origen campesino. Bajo la bandera de Siberia (verde por sus bosques y blanca por sus nieves) contaba con el apoyo de los antiguos colonos siberianos que favorecían la independencia del resto de Rusia. Los oficiales derechistas procedentes del Volga también afluyeron a él como una alternativa al «Komuch socialista». La dominación de estos elementos derechistas en Omsk fue suficiente para evitar que el Gobierno siberiano volviera a convocar la Duma. Los derechistas no querían otra cosa que la dictadura.

La rivalidad entre Samara y Omsk había sido siempre intensa. Estalló en un conflicto aduanero y una serie de disputas territoriales. Pero hubo también presiones crecientes para llegar a un acuerdo: la posición militar del Komuch se estaba debilitando apresuradamente; y los aliados estaban preocupados con la idea de que semejantes pequeños conflictos evitaran un esfuerzo combinado para repeler el avance de los rojos. Un acuerdo de este tipo finalmente quedó materializado en la Conferencia Estatal, celebrada en Ufa del 8 al 23 de septiembre. En ella los dirigentes del Komuch descubrieron que su voz quedaba cada vez más silenciada por los derechistas que había a su lado, que reclamaban el tipo de dictadura favorecido por los siberianos. Kropotkin, el industrial de Kazán, pidió un «poder militar fuerte y unido para salvar a Rusia de estos políticos [es decir, los socialistas] que la han arruinado». Según V. N. Lvov, el corredor que había participado en el fracaso de Kornilov, era esencial otro «dictador militar».[38]

Para apaciguar a los dirigentes del Komuch se urdió un compromiso. La soberanía final de la Asamblea Constituyente, bajo la condición de que pudiera reunir un quórum de doscientos cincuenta miembros, fue reconocida por la conferencia de Ufa. Pero, mientras tanto, el Komuch perdió su pretensión de ser el gobierno legal de toda Rusia. En su lugar un directorio de cinco hombres fue establecido como el brazo ejecutivo del Gobierno provisional panruso con sede en Omsk. Era una alianza de dos eseristas (Avksentiev y Zenzinov), dos liberales siberianos (Vologodsky yVinogradov) y el general Boldyrev, cercano a los eseristas, que también actuaba como comandante en jefe. Aunque los eseristas tenían así una mayoría nominal en el nuevo gobierno, eran los verdaderos derrotados. En medio de la política fragmentada de la guerra civil, resultaría una

tarea digna de Sísifo reunir el quórum necesario para restaurar la Asamblea Constituyente. A todos los efectos, su ciudadela de la libertad estaba en ruinas.

El Directorio fue un pálido reflejo del Gobierno revolucionario francés del que recibía el nombre. Se trataba de un gobierno sólo sobre el papel. No tenía ni estructuras ni medios adecuados para financiarse. Hasta casi al final de sus ocho semanas en el poder, tuvo que acomodarse en un vagón de ferrocarril situado en un apeadero a unas pocas millas de Omsk, difícilmente una «capital» prestigiosa para lo que pretendía ser el único gobierno legal de Rusia. Avksentiev, su presidente, era un diletante que jugaba a la política. «Se rodeó de ayudas de campo, volvió a utilizar los antiguos títulos y —según un contemporáneo— creó una especie de pompa bufonesca detrás de la cual no había nada que tuviera sustancia real.» Fue un retroceso a los últimos días de Kérensky. Este directorio tenía todavía menos autoridad que el Gobierno provisional. Ni siquiera contaba con la confianza de las facciones que representaba. Tanto los eseristas como los círculos derechistas conspiraron contra él desde el principio. Todos pensaban que la alianza concedía demasiado poder a la otra parte. Omsk era un nido de intrigas y de rumores de un golpe. «México en medio de la nieve y del hielo», lo describió Boldyrev.[39]

Los oficiales derechistas golpearon primero. El 17 de noviembre, un destacamento cosaco irrumpió en una reunión de los eseristas en Omsk y arrestó a varios de sus dirigentes, incluyendo a los dos directores, Avksentiev y Zenzinov. Los acusaron de participar en una conjura para derribar el Directorio. Es verdad que el grupo de Chernov había conspirado contra él desde el principio. Pero también lo habían hecho los derechistas, y ahora utilizaron el complot eserista como un pretexto para su propio *coup d'État.* A la mañana siguiente, el Consejo de Ministros del Directorio otorgó sus bendiciones al golpe e invitó al almirante Kolchak a convertirse en su jefe supremo. Apenas había fuerzas preparadas para defender al Directorio. Los checos habían perdido la voluntad de combatir desde la declaración de independencia checa del 28 de octubre. Todo lo que querían era irse a casa. Por lo que se refiere al Ejército del Pueblo, se hallaba en un estado de avanzada decadencia.

Durante los siguientes catorce meses, Alexander Kolchak fue el dirigente máximo de la contrarrevolución, junto con Denikin. De alguna manera, resulta adecuado que un almirante sin flota se convirtiera en el dirigente de un gobierno cuya sede estaba en una ciudad a 6.400 kilómetros del puerto más cercano; porque Kolchak fue uno de los inadaptados de la historia. Pequeño pero

imponente, con ojos oscuros y penetrantes, era una rareza, un ingeniero de minas y un explorador del Ártico en un estado mayor naval zarista dominado por la nobleza terrateniente. En 1916, cuando fue nombrado comandante de la flota del mar Negro, Kolchak, que sólo tenía cuarenta y un años, era lo suficientemente joven para ser hijo de la mayoría de los otros comandantes. En 1917 se negó a tolerar los comités en la flota y, en medio de una dimisión dramática que políticamente le proporcionó prestigio, rompió su espada y la tiró por la borda. El general Budberg describió a Kolchak como un «gran niño enfermo»:

> Está indudablemente neurótico, pierde los nervios con rapidez y se deja llevar a menudo por la cólera [...]. Es un idealista puro, entregado totalmente a su sentido del deber y a la idea de servir a Rusia, de salvarla de la opresión roja [... J. Gracias a esta idea se puede conseguir que haga algo. No tiene intereses personales, ni *amour propre*, y a este respecto es puro como el cristal [...]. No tiene ni idea de las duras realidades de la vida, y vive de ilusiones y de ideas ajenas. No tiene planes propios, ni método ni voluntad: es como cera blanda de la que sus consejeros e íntimos pueden hacer lo que gusten.[40]

Todas estas características se reflejaron en el comportamiento de Kolchak durante el derrocamiento del Directorio. Fue una figura pasiva, casi accidental, en el golpe. Simplemente se dio la circunstancia de que estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado, proporcionando a los conspiradores una figura decorativa. Cuando los bolcheviques tomaron el poder, Kolchak se encontraba en una misión militar en Estados Unidos. Después de un año en Manchuria regresó a Rusia en el Transiberiano, y llegó a Omsk a mediados de octubre, donde Boldyrev le persuadió para ser ministro de la Guerra. No existen pruebas sobre la actitud de Kolchak en el derrocamiento del Directorio, aunque hasta el día de hoy los historiadores todavía se refieren a él como «el golpe de Kolchak». Por lo que sabemos de tan extraño episodio, parece que los derechistas de Omsk tramaron el golpe sin conocimiento de Kolchak para obligarle a tomar el poder. A primeras horas de ese día varios oficiales derechistas le habían suplicado que se convirtiera en dictador. Kolchak apenas era contrario a la idea de la dictadura: sus viajes al frente le habían convencido de la «completa falta de apoyo con que contaba el Directorio». Tampoco

desconocía los planes generales para un *coup d'État:* los salones y los cuarteles de Omsk eran mentideros donde se consideraba la necesidad de un puño de hierro, incluso hablaban de ello en las oficinas del Directorio. El aliado próximo a Kolchak, el general Knox, jefe de la misión militar británica en Siberia, también apoyaba una dictadura. Al principio, el 17 de noviembre, el almirante se negó a tomar el poder: Boldyrev, dijo, era el jefe del Ejército; y no estaba nada claro que pudiera obtener el apoyo de los siberianos y de los aliados. Pero una vez que los oficiales hubieron tomado el poder por él, Kolchak cambió de opinión. Le pareció, la mañana del día 18, que algún dictador tenía que ocupar el vacío si se quería evitar la violencia callejera. En el Consejo de Ministros sugirió a Boldyrev para esta función, pero Boldyrev estaba ausente y los ministros, en cualquier caso, prefirieron al almirante frente al «socialista» Boldyrev. Impulsado por Knox para que cumpliera con su deber, Kolchak estuvo de acuerdo y aceptó el título de gobernante supremo.[41]

Este fue el final de los eseristas de derechas y de su «contrarrevolución democrática», como Iván Maisky la denominó. Kolchak ordenó que los dirigentes eseristas fueran encarcelados y después escoltados a la frontera China, donde fueron deportados. Algunos lograron regresar a Europa Occidental, donde vivieron un cómodo pero triste exilio. Otros regresaron a Rusia, se organizaron clandestinamente y adoptaron una posición de hostilidad frente a los rojos y los blancos. Durante varias semanas después del golpe, la policía de Kolchak llevó a cabo una serie de sangrientas represalias contra los activistas eseristas. Arrestaron a centenares, muchos como «rehenes» que debían ser ejecutados en el caso de que se produjeran acciones terroristas eseristas contra la dictadura. Entre los rehenes de Omsk había veinte diputados eseristas de la Asamblea Constituyente, diez de los cuales fueron fusilados en diciembre, después de un alzamiento obrero en la ciudad.

Kolchak, mientras tanto, definió el propósito de su régimen en términos estrictamente militares. Como Denikin, era estrictamente un soldado: la política le rebasaba. Aparte del derrocamiento del bolchevismo y de la «salvación de Rusia» no tenía ninguna idea real de por qué estaba combatiendo. Realizó algunos pronunciamientos vagos acerca de la restauración de la ley y el orden y la Asamblea Constituyente, aunque, a juzgar por su propio criterio, esta última, ciertamente, no iba a ser restaurada en la forma democrática de 1917.[112*] Pero,

en cualquier caso, toda la política tenía que ser abolida en interés de la campaña militar. Denikin iba a cometer la misma equivocación. La política era en sí misma un determinante crucial del conflicto militar. Sin política que movilizara o al menos neutralizara a la población local, su ejército estaba condenado al fracaso. Además, al fracasar en la de clarificación de su propia política, Kolchak permitió que otros la presentaran en su lugar: tanto desde la propaganda de los rojos como desde la conducta de sus propios oficiales derechistas, la población de Rusia oriental obtuvo la impresión fatal de que el movimiento de Kolchak pretendía restaurar la monarquía.

El espacio entre los rojos y los blancos se vio así erosionado y casi desapareció. La totalidad del país se encontró ahora anegada por la guerra civil. No había lugar en ella para la frágil democracia cuyas raíces habían sido plantadas en 1917. Rusia estaba demasiado polarizada, y la masa de su pueblo demasiado pobremente instruida para sostener unas instituciones democráticas que contuvieran a los enemigos situados a ambos extremos. El movimiento bolchevique no volvería a asumir una forma democrática hasta el otoño de 1920, cuando ya era demasiado tarde para desarraigar a la nueva autocracia. La tragedia de la Revolución rusa fue que el pueblo era políticamente demasiado débil para determinar su resultado.

13 La revolución va a la guerra

I La tarea de consolidar la revolución

Habían pasado cinco años desde que Dmitri Os'kin había estado por última vez en Tula. Entonces, en 1913, era un simple muchacho campesino recién llegado del campo para enrolarse como soldado del zar. Ahora, en la primavera de 1918, volvía a la misma ciudad, en calidad de comisario del ejército de Trotsky, para afianzar la revolución.

Los años de guerra y revolución le habían ido bien a Os'kin. Había ascendido, obteniendo cuatro cruces de San Jorge en el camino, cuando la antigua casta de oficiales fue destruida. Durante 1917 su buena suerte aumentó a medida que su política se desplazaba hacia la izquierda: se unió a la oleada de la revolución de los soldados. Sus credenciales eseristas le otorgaron el mando de un regimiento, y a continuación que le eligieran para el Comité Central del Sóviet de soldados del frente sur occidental. En octubre acudió como delegado eserista al Segundo Congreso de los Sóviets, uno de esa «masa gris» de soldados sin lavar de la sala del Smolny a los que Sujanov había culpado del triunfo bolchevique. A principios de 1918, cuando Trotsky comenzó a articular el cuerpo de oficiales del nuevo Ejército Rojo, se situó en primera línea a los oficiales provisionales, como Os'kin, que habían aprendido su oficio en el ejército zarista. Fue un matrimonio de conveniencia entre las ambiciones de los hijos de los campesinos y las necesidades militares del régimen. Como Napoleón dijo en cierta ocasión, todos los soldados llevaban en su mochila el bastón de un mariscal: así se creó una *armée revolutionnaire.*

A unos ciento sesenta kilómetros al sur de Moscú, Tula era el arsenal de la revolución. Después de la evacuación de Petrogrado, se convirtió en el centro de la industria de municiones de la República Soviética. En el punto álgido de la primera guerra mundial sus fabricas proporcionaron empleo a más de sesenta mil trabajadores, aunque en la época en que se produjo la llegada de Os'kin, con la

huida generalizada hacia el campo, sólo quedaban quince mil. El nuevo comisario militar asumió su cargo en el edificio del Sóviet, con sede en el antiguo banco campesino, que, como si tratara de simbolizar el nuevo orden social, estaba rodeado de fábricas metalúrgicas.[1]

Los guardias rojos locales, a quienes Os'kin venía a reorganizar, habían sido formados en su mayor parte por los trabajadores durante 1917 para defender las fábricas contra la amenaza de una «contrarrevolución». Después de la toma del poder por los bolcheviques se debatió mucho si utilizarlos para formar un nuevo «ejército proletario» en lugar de retener los residuos del antiguo (y principalmente campesino) Ejército. A los bolcheviques no les gustaba la idea de un ejército permanente. Pensaban que el Ejército era un instrumento de opresión utilizado por el antiguo régimen contra la revolución. Una milicia obrera sería más igualitaria, y los guardias rojos constituirían el núcleo de una fuerza de este tipo; formaron las unidades del nuevo Ejército Rojo, cuya fundación fue decretada el 15 de enero. Aparte de sus objeciones ideológicas a la idea de un ejército permanente, los bolcheviques también tenían razones prácticas para favorecer el voluntariado: la desintegración del antiguo Ejército y la ausencia de cualquier canal que permitiera el reclutamiento no les dejaba otra opción. Las únicas tropas reales en las que podían apoyarse eran las tres brigadas de fusileros letones, unos treinta y cinco mil hombres; fueron las únicas situadas entre ellos y el desastre durante los primeros meses de su régimen.

En esta época, cuando los obreros huían de las ciudades, los nuevos reclutamientos rojos se lograron fundamentalmente con antiguos soldados desempleados, y todos aquellos «vagabundos, elementos inestables que —en palabras de Trotsky eran tan numerosos en la época». Algunos, sin ninguna duda, habían llegado a gustar de la forma de vida militar, o al menos la preferían a las estrecheces de la vida civil de posguerra. Pero en su mayoría carecían de sitio al que ir, la guerra los había dejado sin hogar o sin familia. Se les concentró en ciudades como Tula, a mitad de camino entre el frente y sus hogares abandonados hacía mucho tiempo. Muchos de estos emigrantes se enrolaron con los guardias rojos simplemente para recibir un abrigo corriente y un par de botas, para luego echar a correr y venderlos y comenzar de nuevo todo el proceso en alguna otra ciudad. La nueva milicia proletaria fue un comercio de mera supervivencia para las clases inferiores y los desclasados.[2]

Naturalmente, un ejército así era casi inútil en el campo de batalla. La imagen de los guardias rojos como tropas disciplinadas de choque es un producto de la

miti-ficación soviética. Los guardias rojos eran destacamentos irregulares, mal vestidos y armados, pobremente disciplinados y muy alcoholizados. El «espíritu de comité» de 1917 continuaba vivo en sus filas. Los oficiales eran elegidos y sus primitivos planes de operaciones generalmente eran votados a mano alzada por los soldados. Las consecuencias militares fueron desastrosas. Se desencadenaban ataques sin una labor de exploración previa, a menudo no utilizando nada más que un atlas escolar. Los soldados combatían de una manera salvaje e indisciplinada, demasiado frecuentemente eran presa del pánico en cuanto veían por primera vez al enemigo. Las terribles derrotas ocasionadas por los alemanes en febrero y marzo, seguidas por las de los checos en mayo y junio, dejaron claro a Trotsky que tales métodos no funcionarían. Con el régimen soviético al borde de la derrota, el Ejército Rojo tenía que ser reformado sobre el modelo del antiguo Ejército imperial, con unidades regulares que reemplazaran los destacamentos, disciplina adecuada en las filas, oficiales profesionales y una jerarquía de mando centralizada. Tal reforma iba a ser la tarea de Os'kin en Tula.

Una de las primeras medidas de Trotsky fue la de requerir los servicios de los antiguos oficiales zaristas. Fueron denominados «especialistas militares», en lugar de oficiales, para disociarlos del antiguo régimen (por la misma razón que a los soldados se les llamaba ahora «hombres de servicio en el Ejército Rojo»). Unos ocho mil antiguos oficiales zaristas se habían presentado voluntarios para combatir a favor de los bolcheviques después de que éstos tomaran el poder. Los soldados y sus comités, para quienes la revolución significaba sobre todo el final de la autoridad de los oficiales, los acogieron con mucha hostilidad. Pero la escasez de oficiales provisionales y la de los denominados comandantes rojos, cuyo entrenamiento acababa de empezar, aseguró que las necesidades militares estrictas se impusieran sobre el celo revolucionario. Trotsky buscaba extender este principio con el reclutamiento masivo de los antiguos oficiales zaristas, liquidando las objeciones de los soldados por el sencillo método de abolir sus comités. El 29 de julio dictó su famosa orden número 228, llamando a todos los oficiales. A finales del año, veintidós mil antiguos oficiales zaristas habían sido reclutados; y en el curso de la guerra civil la cifra ascendió hasta setenta y cinco mil, sin incluir a médicos, veterinarios y otros funcionarios. Al final, tres cuartas partes de los comandantes superiores del Ejército Rojo procedían del cuerpo de oficiales zarista.[3]

¿Qué motivó a estos oficiales? A algunos, como Brusilov, que iba a unirse al Ejército Rojo en 1920, los impulsó un sentimiento de deber patriótico: el país,

para bien o para mal, había escogido a los rojos, o al menos así le parecía a ellos, y su deber era servirlo. Muchos se vieron arrastrados por un sentimiento innato de deber militar: eran «hombres del Ejército», que servirían a la institución sin tener en cuenta su política. Quizás algunos oficiales más jóvenes también se vieron atraídos por la perspectiva de un mando de mayor importancia en el nuevo Ejército del que podrían haber esperado en el antiguo. Pero la motivación más común fue la sencilla necesidad de encontrar un trabajo: era la supervivencia, y no el ascenso personal, lo que arrastró a los oficiales hacia la causa soviética. La mayoría había perdido la pensión militar, a menudo su único medio de vida, y estaban mucho peor que otras clases arruinadas de la antigua Rusia. En medio del Terror de 1918, además, se les aconsejaba que se convirtieran en útiles para el régimen. Como Trotsky indicó en un memorándum dirigido a Lenin, al emplear a los antiguos oficiales zaristas «aligeraremos la carga de las prisiones». Los oficiales que se enrolaron fueron supervisados estrechamente por los comisarios, como Os'kin, y se les advirtió que cualquier acto de traición contra el Ejército Rojo comportaría el arresto de sus familias. «Que los tránsfugas se den cuenta —señalaba la orden especial de Trotsky de 30 de septiembre— de que están al mismo tiempo traicionando a sus propias familias, a sus padres, madres, hermanas, hermanos, esposas e hijos.»[4]

Se produjo una oleada de oposición al reclutamiento de estos oficiales. Muchos soldados lo consideraban un retorno al antiguo orden militar, y por supuesto una traición a la Orden Número 1. Su resentimiento se debía particularmente a la reintroducción de las diferencias de paga según el rango, al saludo militar obligatorio y a las insignias y uniformes especiales, por no hablar de las raciones y de los privilegios que recibían los oficiales. Los obreros del partido en el Ejército lo contemplaron como un desafio a su poder, mientras que los oficiales provisionales y los comandantes rojos sentían celos por los «hombres de charreteras doradas» y temían que pudieran bloquear su propia promoción. El propio Os'kin tenía posturas encontradas hacia los oficiales zaristas. Como militar, podía valorar la necesidad desesperada que existía de comandantes competentes. La eficiencia militar tenía que ser antepuesta a la igualdad revolucionaria. Las payasadas de los eseristas de izquierdas y de los anarquistas de Tula, adolescentes fanáticos del principio de la milicia, habían motivado un caos suficiente para convencerle de la necesidad de disciplina y organización bolchevique (se unió al partido en julio de 1918). Y sin embargo, al mismo tiempo, en su calidad de oficial provisional, de procedencia campesina y

hombre de cierta ambición, también contemplaba con resentimiento los privilegios de los antiguos zaristas. Mientras que él había obtenido su grado gracias al valor demostrado en las líneas de fuego, la mayoría de ellos gozaba de su graduación por nacimiento y educación. Sentía que sus actitudes no habían cambiado: «Los músculos del rostro se les tensaban siempre que los soldados se dirigían a ellos llamándolos "camarada comandante"», y temía que esto les pudiera llevar a rebelarse.[5]

Los retrocesos militares del verano fueron rápidamente achacados por los críticos de Trotsky a los antiguos oficiales zaristas. La pérdida en julio de Simbirsk a manos del Komuch ciertamente se vio favorecida por el motín de M. A. Murav'ev, un teniente coronel del Ejército zarista, y el comandante eserista de izquierdas del frente oriental. Durante los siguientes meses se desencadenó una campaña concertada dentro del partido contra la política de Trotsky. Dos artículos en *Pravda* catalizaron el conflicto. Sorin, un miembro del Comité del partido en Moscú, acusó a Trotsky de entregar «demasiado poder» a los antiguos oficiales zaristas, mientras que inadecuadamente hacía que los comisarios «respondieran con sus vidas» cuando los soldados se negaban a obedecer las órdenes. Un comisario llamado Pan-teleev había sido fusilado siguiendo órdenes de Trotsky después de que su destacamento huyera de la batalla de Kazán. El caso se convirtió en una *cause célebre* para quienes estaban determinados a defender la independencia del partido y de sus comisarios ante los comandantes. Kamensky, comisario del Ejército de Voroshilov en el frente sur, defendió en otro artículo en *Pravda* que los antiguos comandantes zaristas actuaban casi como «autócratas» mientras los comisarios estaban allí sólo para «añadir una firma decorativa» a las órdenes de aquéllos.[6]

Kliment Voroshilov, antiguo bolchevique y comandante de los guardias rojos, fue la figura dirigente de esta oposición militar, como pronto vino a ser conocida. Con base en Tsaritsyn, Voroshilov se negó a obedecer las órdenes del órgano central de mando de Trotsky, el Consejo Militar Revolucionario de la República (RVSR) y de su comandante en el frente sur, el antiguo general zarista Sytin, cuya base se encontraba en Kozlov. Stalin respaldó a Voroshilov, aunque siempre negó haber pertenecido a la oposición militar. Este desafio directo a la autoridad de Trotsky procedente de un veterano camarada del partido fue el origen de buena parte de la animosidad personal entre Trotsky y Stalin en los años siguientes.

Trotsky convirtió la crítica contra su política en una cuestión de confianza

general del partido hacia sí mismo como comisario de guerra. Exigió que los editores de *Pravda* fueran censurados por publicar los artículos de Sorin y Kamensky. También exigió que Stalin se retirara del frente sur, donde el georgiano estaba fusilando a docenas de funcionarios y creando el caos en su función de comisario especial para el suministro de alimentos. Se trataba de un juego peligroso para que Trotsky lo jugara. Los sentimientos de la oposición militar, y los de los comunistas de izquierdas, de los que en parte había surgido, eran ampliamente compartidos entre las bases que se habían unido al partido después de 1917. Ellos consideraban que el propósito de la revolución era reemplazar a los antiguos «especialistas burgueses» por proletarios leales al partido. El suyo era un comunismo de trepadores: combinaba el rechazo de las antiguas autoridades con la exigencia de que ellos, como comunistas, disfrutaran de una posición similar de poder y privilegio dentro del nuevo régimen. A sus ojos, la camaradería y la clase eran las únicas cualificaciones necesarias para el ascenso militar. Las batallas serían ganadas por el «espíritu revolucionario» de los camaradas y de sus hombres, no por la ciencia obsoleta de la Academia Militar zarista.

Subyacía en su desconfianza hacia los oficiales un instintivo resentimiento de la clase baja hacia todos los privilegios y un profundo antiintelectualismo. Tales actitudes se adoptaron también hacia otros, también denominados «especialistas burgueses», empleados por el régimen soviético en la burocracia y la industria (funcionarios civiles, administradores y técnicos que habían conservado sus puestos de antes de 1917). Muchos intelectuales de la dirección del partido eran a su vez blanco de esta hostilidad demagógica procedente de las bases. Trotsky, Kamenev y Zinoviev, los tres grandes rivales de Stalin en los años veinte, sufrieron particularmente por esta cuestión. Su aspecto judío tenía, sin duda, mucho que ver con ello. La mayor parte de la oposición militar procedía de familias de clase baja y no tenían más que una educación básica. Voroshilov era hijo de un temporero de las líneas ferroviarias, y sólo había asistido dos años a la escuela. Los «hijos del proletariado» mostraban su resentimiento a la hora de ceder el paso a los oficiales que disfrutaban de todos los privilegios por nacimiento y de la educación en la Academia Militar. Buena parte de su resentimiento, como comandantes más jóvenes, lo provocaba la, según ellos, arrogancia de Trotsky y sus comportamientos bona-partistas como jefe del Ejército Rojo. Siempre llegaba al frente en su tren ricamente amueblado (era bien conocida su faceta de *gourmet* y su tren iba equipado con un restaurante de

alta categoría). Sus comisarios siempre aparecían vestidos con uniformes inmaculados, con caras botas de cuero y con brillantes botones dorados. Quizá con un poco más de sensibilidad Trotsky podría haber neutralizado a la oposición militar. Pero nunca había destacado por su tacto (el propio Trotsky admitió una vez que en el partido no caía bien por su «aristocratismo»), y su orgullo sufrió un duro golpe por el desafio que la oposición había lanzado contra su actitud y su autoridad. Trotsky decidió devolver el golpe donde más pudiera doler, ridiculizando a sus críticos calificándolos de «ignorantes del partido». La rara traición de los especialistas militares, alegó, no era tan perniciosa como la pérdida de «regimientos enteros» debido a la incompetencia de los comandantes comunistas «semianalfabetos» que «ni siquiera podían leer un mapa».[7]

El conflicto se prolongó durante todo el invierno, hasta marzo de 1919, cuando, con Kolchak en el Volga, Lenin realizó un llamamiento a la unidad del partido, y se alcanzó un compromiso en el Octavo Congreso del Partido. El empleo de antiguos militares zaristas por parte de Trotsky sería apoyado por ser una exigencia militar, pero la supervisión de los comisarios y el poder general del partido en el Ejército también aumentaron, además del entrenamiento de los comandantes rojos para que pudieran desempeñar la futura dirección del Ejército. Sin embargo, no era más que correr un tupido velo sobre la disputa. La cadena de mando en el Ejército todavía se hizo más confusa, con los comandantes, los comisarios y las células locales del partido enredadas en una lucha a tres bandas por la autoridad.[8] Además, el conflicto entre Trotsky y la oposición militar iba a emerger el verano siguiente, cuando Stalin volvió a lanzar un ataque general contra la dirección del Ejército.

En el verano de 1918, con los rojos encajando la derrota en todos los frentes, la República Soviética fue declarada un «simple campamento militar». Se impuso la ley marcial en todo el país. La RVSR, bajo la dirección de Trotsky, se convirtió en el órgano supremo del Estado; toda la economía se supeditó a las necesidades del Ejército, y el país quedó dividido en tres frentes principales (oriental, sur y norte), cinco grupos de Ejército y un área fortificada en el oeste. Los dirigentes bolcheviques pronunciaron discursos encendidos y la prensa salió a la calle con audaces titulares en los que se apelaba al pueblo para que cumpliera con su deber y defendiera la patria.

En esta situación desesperada, Trotsky no tenía ninguna elección salvo la de

realizar un reclutamiento masivo. Los voluntarios rojos eran demasiado pocos y pobremente disciplinados para contrarrestar a los alemanes en Ucrania, a los británicos en el norte, a los checos en el Volga, a los japoneses en Extremo Oriente y a los blancos, apoyados por los aliados, en el Don. El reclutamiento masivo fue la segunda reforma de importancia llevada a cabo por Trotsky, después del reclutamiento de los antiguos oficiales zaristas, y resultó tan controvertida como la primera.

Mientras que los guardias rojos eran considerados un Ejército de la clase obrera, el reclutamiento en masa estaba condenado a producir un Ejército de campesinos. La mayoría de los bolcheviques contemplaban a los campesinos como una fuerza social ajena y hostil. Un reclutamiento de tal envergadura equivalía a sus ojos a armar al enemigo. «Campesinizaría» al Ejército Rojo y concluiría con el dominio de la clase obrera en su seno, una retirada importante de los principios del partido. Pero entonces la propia revolución estaba en retirada, con los rojos al borde de la derrota. Si iban a sobrevivir, no tenían otra elección que movilizar al campesinado.

Para empezar, sin embargo, la mayoría de los reclutas provenían de las ciudades. De las quince movilizaciones obligatorias declaradas entre junio y agosto, once se dirigieron sólo a los obreros urbanos. Con centenares de fábricas que se cerraban cada mes, no hubo un gran problema en conseguir obreros que se enrolaran en el Ejército: doscientos mil lo hicieron sólo en Moscú y Petrogrado. Los órganos locales del partido también entregaron a cuarenta mil de sus miembros. Semyon Kanatchikov, el obrero bolchevique que ahora se había convertido en comisario itinerante, llegó a Tula para supervisar el envío de comunistas al frente oriental. Os'kin pensó que era un «capataz severo» y expresó sus temores de que si se llamaba a los mejores camaradas, no quedaría nadie en Tula para defender allí la revolución. Éste era un problema relevante para las organizaciones provinciales del partido. Muchos de sus miembros comprometidos se habían perdido en el combate, de manera que los peores elementos, los trepadores y los corruptos, se hicieron con el control de las células locales del partido.[9]

Durante estas primeras campañas, cuando el Ejército Rojo estaba desesperado por conseguir reclutas, la última prueba de devoción al partido se manifestaba combatiendo por él en el frente. Los bolcheviques siempre se habían distinguido por su imagen de macho y de militar. Vestían chaquetas de cuero (una moda militar de la primera guerra mundial) y todos llevaban pistolas. Medio millón de

miembros del partido se unieron al Ejército Rojo durante la guerra civil. Trotsky, que comparó a estos combatientes comunistas con los samurái japoneses, se aseguró de que fueran distribuidos en casi todas las unidades del Ejército. Se esperaba de los miembros del partido que, si no eran nombrados comisarios, desempeñaran un papel rector en el frente. Muchos combatieron con un valor desesperado, aunque sólo fuera por temor a su propia captura (y casi segura tortura) por parte de los blancos. La bravura de los soldados comunistas formó parte de la mitología de la guerra civil desarrollada por los rojos. Fue lo que el historiador bolchevique L. N. Kritsman denominaría más tarde el «Período Heroico» de la revolución. Y de esa imagen romántica (la imagen de un partido de camaradas en armas sin miedo a avanzar o a conquistar ninguna fortaleza) procedieron muchas de sus actitudes básicas de gobierno.

El reclutamiento en masa del campesinado era todavía una meta que conquistar. En 1918 el régimen soviético no tenía un aparato militar real en el campo. Pocos sóviets de *volost* tenían un comité militar *(voenkom),* el principal organismo responsable de llevar a cabo el reclutamiento del Ejército Rojo. Incluso donde había un comité militar su trabajo se veía obstaculizado a menudo por la comuna de la aldea, que sólo tenía un registro de los campesinos susceptibles de ser reclutados. El primer censo militar remotamente extenso de la población no se concluyó hasta 1919; lo que, por supuesto, significaba que hasta entonces cualquier reclutamiento estaba obligado en realidad a no ser más que un llamamiento de voluntarios. Sorprende poco por lo tanto que de los doscientos setenta y cinco mil reclutas campesinos que se habían calculado para el primer llamamiento en junio, sólo aparecieran en realidad cuarenta mil.[10]

Hubo varias razones por las que los campesinos se resistieron a la movilización en el Ejército Rojo. La primera cosecha de la revolución, que coincidió con el llamamiento, era muy importante. Los reclutamientos y las deserciones de campesinos en todos los ejércitos de la guerra civil fluctuaron de acuerdo con las estaciones agrícolas. Los campesinos se unían en el invierno, sólo para desertar al verano siguiente. En las regiones agrícolas centrales la tasa semanal de deserción resultaba hasta diez veces más elevada en verano que en invierno. Cuando el Ejército Rojo creció a escala nacional, tales deserciones se hicieron más comunes, alcanzando a los dos millones durante 1919, pues los reclutas temían ser enviados a unidades muy distantes de sus granjas.[11]

Durante el otoño de 1918 muchas comunas de aldea convocaron a ambos bandos para acabar la guerra civil mediante una negociación. Muchos incluso se

declararon «repúblicas neutrales» y formaron brigadas para mantener fuera de su «territorio independiente» a los ejércitos. Existía un sentimiento general entre los campesinos de que la guerra duraba demasiado tiempo, que en 1917 se les había prometido la paz, y que nuevamente se les estaba obligando a ir a la guerra. Provincias enteras (Tambov, Riazan', Tula, Kaluga, Smolensk, Vitebsk, Pskov, Nov-gorod, Moguilev e incluso partes de Moscú) se vieron anegadas por revueltas campesinas contra los reclutamientos del Ejército Rojo y sus demasiado a menudo coactivas requisas de comida y caballos pertenecientes a los campesinos. Os'kin, en Tula, tuvo que enfrentarse a una de las mayores revueltas en noviembre. Bandas de campesinos armados con gradas, palas y hachas penetraron en las ciudades, donde saquearon y quemaron las oficinas militares del Sóviet. Muchos de los rebeldes habían sido llamados. Otros habían perdido su único caballo, reclutado para el Ejército (una catástrofe para cualquier explotación agraria campesina). Los reclutas campesinos situados en los cuarteles locales, desanimados por las difíciles condiciones que había allí, a menudo se unían a los alzamientos. Tula fue rodeada por una banda de quinientos campesinos. Os'kin y Kanatchikov movilizaron al partido y a dos mil obreros de las fábricas, y amenazaron a los revoltosos con la ejecución inmediata, y, con la ayuda de una brigada del Ejército Rojo procedente de Moscú, obligaron a los rebeldes a regresar a sus aldeas, donde se produjeron una serie de represiones brutales. Os'kin recordó tranquilamente que «fusilamos a varios centenares de campesinos». Ejerció de juez y jurado de los cabecillas de las revueltas, y sentenció a docenas de ellos a ahorcamientos públicos. Tales eran los poderes y las responsabilidades de un comisario bolchevique.[12]

Durante los primeros meses de 1919 la tasa de reclutamiento campesino mejoró considerablemente. El período bajo de la estación de la cosecha y la creciente amenaza de un avance blanco procedente del Volga y del Don, que conduciría a la pérdida de la tierra que los campesinos habían obtenido durante la revolución, fueron factores cruciales. Pero el fortalecimiento general del poder soviético en el campo también representó su papel. De ochocientos mil soldados en enero, el Ejército Rojo dobló su tamaño a finales de abril, en el momento álgido de la ofensiva de Kolchak en el este. La mayoría de los nuevos reclutas procedían de la región del Volga, la frontera roja contra Kolchak, donde los campesinos tenían más que temer de una victoria blanca.[13]

«Hemos decidido tener un Ejército de un millón de hombres para la primavera —declaró Lenin en octubre de 1918—; ahora necesitamos un Ejército de tres

millones. Podemos tenerlo. Y lo tendremos.» Y, efectivamente, lo tuvieron. El Ejército Rojo aumentó hasta tres millones de hombres en 1919, y a cinco millones a finales del año siguiente. Pero irónicamente, un Ejército de tal envergadura era un serio inconveniente para el potencial militar del régimen. Porque el Ejército creció mucho más deprisa de lo que la devastada economía soviética era capaz de crecer para mantener los suministros necesarios para la guerra: armas, ropa, transporte, combustible, alimentos y medicinas. La moral de los soldados y la disciplina comenzaron a decaer con la disminución de suministros. Desertaron por millares, llevándose consigo las armas y uniformes, de manera que los nuevos reclutas tuvieron que ser arrojados al combate sin entrenamiento adecuado, por lo que también aumentaba la posibilidad de que desertaran. El Ejército Rojo se vio arrastrado a un círculo vicioso de reclutamiento masivo, bloqueo de los suministros y deserción en masa. Y esto recluyó a toda la economía en el sistema draconiano de comunismo de guerra, cuyo propósito principal era canalizar todas las producciones hacia las demandas del Ejército (véanse, más adelante, los epígrafes *«Kulaks*, hombres del saco y encendedores de cigarrillos» y «Atajos hacia el comunismo»).

Con cierta perspectiva, los bolcheviques podrían habérselas arreglado mejor optando por un Ejército más pequeño, mejor disciplinado, mejor entrenado y mejor abastecido, y no con una carga de tal envergadura sobre su economía; así se lo sugirió un comandante rojo a Lenin en diciembre de 1918: «Es un millar de veces más eficaz no tener más de un millón de hombres en el Ejército Rojo, pero bien alimentados, vestidos y calzados, que tener tres millones medio muertos de hambre, medio desnudos y medio descalzos». Tal Ejército, compuesto sobre todo de obreros, se habría mostrado más aguerrido en el combate que los reclutas campesinos, pues éstos apenas sabían manejar un fusil y echaban a correr a casa con el inicio de la cosecha. Los rojos, en la práctica, no tenían ninguna posibilidad de combate real contra los blancos, cuyas tropas estaban mucho mejor entrenadas y disciplinadas, a menos que los superaran de cuatro a uno e incluso a veces de diez a uno. Por cada rojo activo en el campo de batalla había otros ocho que, por falta de entrenamiento, ropa, salud o munición, no podían ser desplegados.[14] Un Ejército más pequeño además, al descargar menos presión sobre la economía, no hubiera conducido a los mismos excesos (las violentas requisas, la imposición del trabajo obligatorio, la militarización de las fábricas) que tanto contribuyeron a alejar a los campesinos y a los obreros del régimen soviético. Sin embargo, los argumentos procedentes de una mayor perspectiva

son el lujo de los historiadores: cuando Lenin hizo su llamada de atención en favor de un Ejército de masas, el régimen parecía estar al borde de la derrota, y es fácil comprender por qué optó por la seguridad en los números.

Mientras observaba el desfile en la Plaza Roja con que se celebraba el primer aniversario de la Revolución de Octubre, Lenin se sorprendió de la apariencia harapienta de las tropas. «Miradlos —exclamó—, desfilan como sacos de arena.» La mayoría de unidades carecía de uniformes, y los soldados vestían cualquier cosa que caía en sus manos. La mayoría usaba los uniformes que habían quitado a los blancos capturados (que, a su vez, utilizaban el equipo excedente del Ejército británico). Por lo que se refiere a las botas de cuero, eran utilizadas sólo por los comandantes del Ejército Rojo, los comisarios y los soldados de caballería. La infantería campesina desfilaba con unos bastos zapatos de material crudo, o *lapti*, manufacturados en las aldeas, pero incluso el suministro de calzado escaseaba, y en ocasiones, por falta de calzado adecuado, regimientos enteros permanecían confinados en los cuarteles. El suministro de armas no era mucho mejor. Fundamentalmente era una cuestión de proyectiles: mientras que el Ejército estaba disparando entre setenta y noventa millones de proyectiles al mes, el arsenal principal de Tula estaba produciendo sólo veinte millones. «En ocasiones —como señaló Trotsky— se contaban todos y cada uno de los paquetes de cartuchos que tenía un soldado, y cuando se producía un retraso en la llegada de un tren especial con municiones se retiraban divisiones enteras.»[15]

«Camaradas —advirtió un Trotsky malhumorado en una conferencia del Ejército en 1919—, aunque no hemos sido derrotados por Denikin ni Kolchak, podemos ser derrotados por los capotes o las botas.» De hecho, si acaso, el Ejército Rojo fue derrotado (bastante literalmente) por la enfermedad y las dolencias. Murieron más soldados por enfermedad que por combatir en la guerra civil. El tifus, la gripe, la viruela, el cólera, la fiebre tifoidea y las enfermedades venéreas fueron las principales causas, pero muchos más hombres padecieron los piojos, las molestias de estómago, la disentería y el dolor de muelas. En un día corriente en una unidad corriente, del 10 al 15 por ciento de los hombres estarían demasiado enfermos para combatir y tendrían que ser abandonados a su suerte en la retirada. Algunas unidades quedaron fuera de acción por tasas de enfermedad que ascendían hasta un 80 por ciento. Esto resultó particularmente dramático en 1920, cuando el 30 por ciento del Ejército Rojo (es decir, más de un millón de hombres) contrajo el tifus. Las insalubres condiciones de vida del

Ejército, donde no se veía en semanas el jabón ni el agua para el baño, fueron la causa fundamental del problema. Pero la situación empeoró mucho más por la escasez crónica de médicos y de enfermeras, de material quirúrgico, de vendas y de medicinas. Los rápidos movimientos en una y otra dirección en los frentes, tan característicos de la guerra civil, también dificultaron la apertura de hospitales de campaña adecuados o la organización del transporte a la retirada. Los enfermos y los heridos no podían ser atendidos adecuadamente en el frente ni evacuados fácilmente a la retaguardia. La agonía que debieron de pasar sólo puede imaginarse. El propio Trotsky, recorriendo el frente sur en junio de 1919, se sorprendió al ver cómo se trataba a los heridos:

> Los transportes llegaban por línea férrea a la estación de Lisky conteniendo heridos que estaban en una terrible situación. Los vagones no tenían camas. Muchos de los hombres yacían, heridos y enfermos, sin ropa, vestidos sólo con ropa interior mucho tiempo sin cambiarse: muchos tenían enfermedades infecciosas. No había personal médico, ni enfermeras ni nadie a cargo de los trenes. Uno de los trenes, que albergaba a más de cuatrocientos heridos y enfermos del Ejército Rojo, se quedó en la estación desde inicios de la mañana hasta la noche, sin que se diera a los hombres nada de comer. Es difícil imaginar algo más criminal y vergonzoso.[16]

Dadas estas condiciones infernales, no se podía esperar que los soldados se comportaran como santos. La embriaguez continua, las broncas y el saqueo eran los problemas más comunes (y menos serios) de indisciplina. Pero había también informes diarios sobre soldados que desobedecían órdenes; que se negaban a aceptar a los nuevos reclutas a causa de la carga extraordinaria sobre los suministros; que exigían marcharse y una mejora de condiciones, y que amenazaban con linchar a sus comandantes, o incluso llegaban a hacerlo. Los motines a gran escala no fueron raros, y culminaron con la ocupación del cuartel general del frente, el arresto o el asesinato del estado mayor y la elección de nuevos oficiales. Era regresar al caos de 1919. Buena parte de la violencia se reservaba a los oficiales y los comisarios bien vestidos, especialmente si se sospechaba que habían participado en la corrupción relacionada con la distribución de suministros. Esta violencia presentaba un aspecto revolucionario,

porque muchos de los oficiales eran vistos como *burzhoois,* y étnico, porque muchos de los comisarios eran judíos. Aunque el antisemitismo generalmente estaba mucho menos extendido que entre los blancos o los nacionalistas ucranianos, era un problema real en las filas del Ejército Rojo. Hay que preguntarse qué debió de sentir Trotsky al leer los informes de los pogromos llevados a cabo por sus propios soldados en los enclaves judíos de Ucrania, donde él mismo había crecido cuando era muchacho y donde todavía seguían viviendo algunos de sus parientes.

La deserción era la solución más sencilla para los males del soldado. Más de un millón de hombres desertaron del Ejército Rojo en 1918, y casi cuatro millones en 1921. Trotsky dijo que las derrotas rojas de 1919 (en el este en primavera y en el sur en verano) fueron una «crisis de refuerzos», y efectivamente lo fueron. El Ejército perdía desertores más deprisa de lo que podía reemplazarlos con hombres entrenados y equipados para el combate; y cuando la calidad de los refuerzos descendió, aumentó la tasa de deserción.

Los comisarios no se detuvieron ante nada en sus esfuerzos desesperados por contener la riada de deserciones campesinas. Enviaron destacamentos a las aldeas situadas tras el frente y castigaron a familias campesinas sospechosas de haber cobijado a los desertores. Se impusieron multas, se confiscó el ganado y la propiedad, se tomaron rehenes, se fusiló a dirigentes de las aldeas, se quemaron aldeas enteras en un esfuerzo por persuadir a los desertores para que regresaran. Os'kin, que no iba a ser superado en este fanatismo, incluso formó una brigada especial de comunistas chinos para combatir a los desertores de Tula. Llegó a la conclusión de que los chinos serían «más despiadados» que los «rusos de corazón blando» a la hora de desencadenar represalias contra los aldeanos. Tales medidas fueron raramente efectivas; a menudo sólo fortalecieron la oposición no sólo de los desertores, sino también de todo el campesinado local, ya amargado por las requisas y el reclutamiento de los rojos. Algunos de los desertores acabaron formando bandas guerrilleras. Se les denominaba «los verdes», porque se ocultaban en los bosques y recibían suministros de los campesinos locales; también se denominaban los verdes para distinguirse tanto de los rojos como de los blancos. Incluso tenían su propia propaganda e ideología verde, basada en la defensa de la revolución local campesina. Durante la primavera de 1919 prácticamente la totalidad de la retaguardia del Ejército Rojo, tanto en el frente oriental como en el del sur, estaba anegada por estos Ejércitos verdes. En Tambov, Voronezh, Saratov, Penza, Tula, Orel, Nizhny-Novgorod, Kaluga, Tver y

Riazan, las bandas campesinas, que a veces constaban de varios millares de hombres, destruyeron las líneas férreas, los telégrafos y los puentes, saquearon almacenes militares soviéticos y tendieron emboscadas a las unidades del Ejército Rojo que transitaban por aquellos territorios. La destrucción y el caos que los verdes desencadenaron iban a ser un factor crucial en el debilitamiento del frente rojo en un momento vital de la guerra civil, y conducirían a la perforación del frente por parte de los blancos.[18]

Puede parecer extraño que un muchacho campesino como Os'kin pudiera ser tan despiadado al tratar a los campesinos de su provincia natal. Pero, de hecho, no era extraño. El Ejército Rojo estaba lleno de oficiales provisionales y comisarios campesinos como él. Fue su escuela de comunismo (al transformarlos de campesinos en camaradas) y parte vital de su educación saber utilizar la violencia contra «los suyos». No había nada nuevo en esto. El servicio militar siempre había sido una forma de movilidad ascendente y de transformación psicológica del campesinado. El Ejército ensancha los horizontes del campesino, le familiariza con las nuevas tecnologías y métodos de organización y a menudo le enseña a leer y escribir. La experiencia rusa de la primera guerra mundial fue revolucionaria al respecto. La mayoría de los campesinos llamados por el Ejército habían sido, como Os'kin, educados durante el período de auge de la escolarización rural entre los años 1900 y 1914. Tres de cada cuatro reclutas campesinos de 1914 aparecen registrados como alfabetizados. Formaban un número considerable del que surgiría una nueva clase de oficiales y técnicos militares que reemplazaría a la nueva elite cuando fue destruida por la guerra con las potencias centrales. Seis de cada diez estudiantes militares educados en las escuelas de oficiales entre 1914 y 1917 procedía de familias campesinas.[19] Éstos eran los portaestandartes radicales, los Os'kins de 1917, que llevaron la revolución al Ejército y fueron elegidos para formar parte de los comités de soldados. Al instruirlos, el antiguo régimen había sembrado las semillas de su propia destrucción.

También creó a los soldados de infantería del nuevo régimen. Al haber ascendido tanto de rango, era difícil para estos hijos de los campesinos regresar desde la guerra a las aburridas rutinas de la vida de aldea. Sus nuevas habilidades y prestigio, por no hablar de su propia autoestima, les impulsaron a buscar algo mejor. Para Os'kin, como para muchos campesinos de esa

generación de la guerra, esto sólo podía significar servir al nuevo régimen. Adherirse al partido les ofrecía una buena posibilidad de escapar del estrecho mundo de la aldea de sus padres y abuelos campesinos, la vieja Rusia de los iconos y las cucarachas. Les proporcionaba acceso en el mundo nuevo y urbano de la elite gobernante. La mayor parte de la burocracia soviética, los comisarios y camaradas provinciales de los años veinte, provenía del campesinado; y para la mayoría de ellos, como para Os'kin, el Ejército Rojo fue la ruta hacia la gloria.

Los bolcheviques pronto se iban a dar cuenta del potencial del Ejército Rojo como escuela para sus futuros burócratas. Las lecciones obligatorias de leer, escribir y aprender aritmética se introdujeron paró todos los rangos en fecha tan temprana como abril de 1918. Durante los primeros años del régimen soviético más gente aprendió a leer en los cuarteles y en los vivaques del Ejército Rojo que en el resto del país en conjunto. A finales de 1920 había tres mil escuelas del Ejército Rojo, con más de dos millones de libros. El primer emblema del Ejército Rojo mostraba una hoz y un martillo con un rifle y un libro.[20]

Buena parte de la enseñanza era inevitablemente el tipo más crudo de adoctrinamiento político. Se trataba de un matrimonio entre los antiguos ideales socialistas y de la *intelligentsia* relativos a la ilustración de las masas y las exigencias doctrinales del régimen bolchevique. Los manuales y libros de texto estaban llenos de escenas de la vida cotidiana, familiares para los campesinos, de las que se extraían lecciones morales y políticas. Éstos eran los abecedarios del comunismo. Dora Elki-na recuerda cómo escribió el primer manual soviético. En 1919 la enviaron al frente sur para enseñar a los soldados a leer y escribir. Tras haberse hecho con algunos de los antiguos textos escolares, escribió la primera frase en la pizarra: «Masha se comió la kasha». Pero los soldados se echaron a reír y se burlaron. A punto de ponerse a llorar, tuvo la idea de convertir la lección en discusión política y explicó a los soldados por qué no podrían ir a casa con sus mashas, y por qué el país andaba escaso de kasha. Entonces se volvió hacia la pizarra y escribió: «No somos esclavos, esclavos no somos». Fue un gran éxito entre los soldados, para quienes la idea de no ser esclavos siempre había sido un aspecto vital de la revolución. Esta sencilla expresión de dignidad humana se hizo famosa más adelante como la primera línea de su libro de lectura. Fue utilizada en las escuelas primarias durante los años veinte y treinta. Para millones de rusos, muchos de ellos todavía vivos, fue la primera frase que aprendieron a leer.[21]

El poeta Mayakovsky también escribió e ilustró una de las varias cartillas

editadas por el Comisariado de Ilustración durante la guerra civil. Claramente enraizada en la tradición Lubok (sencillos cuentos con dibujos, que se habían vendido por millones durante el siglo XIX), era un brillante ejemplo de sátira popular, con dobletes rítmicos que seguían el estilo de un *chastushka* campesino o canción rítmica, y un rudo humor iconoclasta que apelaba a los soldados que estaban en las trincheras:

B
Los bolcheviques cazan a los *burzhoois.*
Los *burzhoois* corren una milla.
K
Es difícil que las vacas *(korovy)* corran deprisa.
Kérensky fue primer ministro.
M
Los mencheviques son personas
Que salen corriendo para reunirse con sus madres.
Ts
Las flores *(tsvety)* huelen bien por la noche.
Al zar *(tsar)* Nicolás le gustaban mucho.[22]

El Ejército Rojo fue el principal objetivo de la propaganda bolchevique durante la guerra civil. Pretendía educar a sus soldados en los principios del bolchevismo, transformarlos de campesinos en proletarios. «El objetivo principal de nuestra propaganda en el Ejército Rojo —declaró uno de sus pioneros— es combatir contra la psicología pequeño burguesa y de propietario que tiene el campesino, y convertirlo en un combatiente revolucionario consciente.»[23] Había clubes de lectura y grupos de discusión en el Ejército, donde se examinaban los últimos periódicos; conciertos y conferencias por la tarde, a los que acudían dignatarios bolcheviques; trenes de propaganda provistos de bibliotecas, imprentas e incluso cines que recorrían el frente, y grupos dramáticos del Ejército Rojo que entretenían a las tropas con representaciones de cabaré y obras de teatro que representaban el significado del poder soviético y subrayaban la maldad de sus enemigos.

Medio millón de soldados del Ejército Rojo se unieron al Partido Bolchevique durante la guerra civil. Fueron los misioneros de la revolución. Llevaron el

bolchevismo, sus ideas y sus métodos, de regreso a sus ciudades y aldeas, donde ocuparon las instituciones soviéticas durante los primeros años de la década de los años veinte. El conjunto del aparato soviético fue así militarizado. Algunos frentes y Ejércitos colonizaron ciertos comisariados. Se formaron facciones del partido a partir de los vínculos existentes entre veteranos de la guerra civil. El Ejército Rojo en su conjunto, con su mando centralizado, fue considerado un modelo del aparato soviético. Trotsky a menudo los comparó, asemejando la necesidad de disciplina en la industria y en la sociedad en su conjunto con la necesidad de disciplina en las filas. El éxito del Ejército Rojo llevó progresivamente a la aplicación de métodos militares en todo el sistema soviético. Nada influyó más en las actitudes de gobierno de los bolcheviques que la experiencia de la guerra civil. La imagen y la propia identidad del régimen soviético se basó en la mitología de un nuevo orden resultado de la lucha armada contra el antiguo, y, a semejanza de la España de Franco, este culto fundamental a la guerra civil se convirtió en un arma propagandística mitológica vital del régimen estalinista, con sus constantes apelaciones al pueblo soviético para desplegar el mismo espíritu heroico, la misma disciplina y autosacrificio, que habían puesto de manifiesto durante la guerra civil. Incluso el lenguaje del régimen bolchevique, con su constante referencia a «campañas», «batallas» y «frentes», «vanguardias» y «combatientes» en favor del socialismo, presenta las trazas de este militarismo. El bolchevismo que surgió de la guerra civil se vio a sí mismo como una hermandad de camaradas en armas unidos en una cruzada que había conquistado Rusia y el mundo con un lápiz rojo en una mano y un fusil en la otra.

II *Kulaks,* hombres del saco y encendedores de cigarrillos

En enero de 1920 Emma Goldman regresó al Petrogrado que había conocido cuando era una adolescente, en la penúltima década del siglo XIX. Durante más de treinta años, mientras la anarquista vivió en Estados Unidos, la «alegría de la ciudad, su vivacidad y brillantez» habían permanecido frescas en su memoria. Pero el Petro-grado que encontró en 1920 fue un lugar muy diferente:

> Estaba casi en ruinas, como si lo hubiera barrido un huracán. Las casas parecían viejas tumbas abiertas en cementerios descuidados y olvidados. Las calles estaban sucias y abandonadas; toda la vida había desaparecido de ellas. La población de Petrogrado antes de la guerra era de casi dos millones; en 1920 se había reducido a quinientas mil personas. La gente caminaba como si fueran cadáveres vivientes; la escasez de comida y de combustible estaba deshaciendo lentamente la ciudad; la triste muerte se estaba agarrando a su corazón. Hombres, mujeres y niños de aspecto macilento y devorados por el frío se veían azotados por el flagelo común: la búsqueda de un trozo de pan o de un poco de leña. Era una visión que desgarraba el corazón diariamente, un peso opresivo durante la noche. La profunda quietud de la gran ciudad resultaba paralizadora. Me aterrorizaba este terrible y opresivo silencio roto sólo por disparos ocasionales.[24]

Las grandes ciudades del norte sufrieron las mayores pérdidas de la revolución y de la guerra civil. Sufrieron más por su destrucción física, convirtiéndose en poco más que ciudades fantasmas. Petrogrado fue una de las víctimas principales: la evacuación de la capital a Moscú pareció privarla de toda su vida. Gorky, un *peterburzhets* hasta el final, contempló su decadencia como una señal de la caída de la civilización en Rusia, su descenso desde Europa hasta Asia. «Petrogrado se está muriendo como ciudad —escribió a Ekaterina en 1918—. Todos la abandonan (a pie, a caballo, en tren). Por las calles yacen los caballos muertos. Los perros se los comen. La ciudad está increíblemente sucia. La Moika y la Fontanka están llenas de basura. Ésta es la muerte de Rusia.»[25] Zamyatin, en su relato *La cueva* (1922), describió el Petrogra-do de la guerra civil como un enclave de la época de las glaciaciones, poblado por trogloditas que adoraban a su «dios de la cueva», el primer horno, y que quemaban libros para mantenerlo vivo. El héroe de la historia, Martin Martinych, un amante del Opus 74 de Scriabin, se ve reducido a robar la leña de su prójimo.

Para los supervivientes de la ciudad, durante estos años, la vida urbana en Rusia se retrotraía a la época prehistórica. Los animados centros ciudadanos de otra época estaban ahora invadidos por un profundo silencio. Tiendas y restaurantes se clausuraron; las fábricas se cerraban. Había tan poco tráfico que empezaron a crecer los arbustos en las calles desiertas. «Petrogrado se está

convirtiendo en un cementerio —anotó en su diario durante la primavera de 1919 Vasilii Vodovozov, un anciano profesor y activista liberal—. Pero el aire es tan limpio como en el cementerio de una aldea.» Los caballos desaparecían de las calles de la ciudad, a medida que sus propietarios no pudieron seguir alimentándolos, sólo para aparecer como carne apestosa en sopas y goulashes. «Salchicha de la guerra civil», era un eufemismo de la carne de caballo, o incluso peor (porque no sólo habían desaparecido los caballos: el hambre también acabó con la población urbana de perros, gatos y pájaros, junto con los animales de los zoos). Una de las visiones de las ciudades en aquellos años fue la de las figuras macilentas de niños que tiraban de carros y taxis como si se tratara de animales de tiro humanos. Ni siquiera el Kremlin pudo alimentar a sus caballos (veinte de ellos murieron de hambre), de manera que sus funcionarios tenían que viajar en taxis privados.[26]

Las ratas y las cucarachas fueron las únicas especies que sobrevivieron. El deterioro de las viviendas y del sistema sanitario produjo un caldo de cultivo adecuado para los piojos. Las verjas de madera desaparecieron a medida que la gente las fue destrozando para hacerse con leña. Una casa de tres plantas que hubiera sido abandonada quedaba deshecha hasta sus cimientos de ladrillo en un par de noches. Tres mil casas de madera fueron deshechas en Petrogrado sólo durante 1919 y 1920. La gente se marchaba con alféizares de ventana, suelos, puertas y paneles de paredes. Todo el censo de árboles urbanos desapareció a medida que la gente los fue cortando para conseguir leña. En la ciudad ucraniana de Nikolaev, los bulevares centrales perdieron todos sus árboles durante los dos días de enero de 1920 situados entre la marcha de los blancos y la llegada de los rojos. En los gélidos inviernos de la guerra civil el regalo más valioso que se podía hacer a un amigo era un pedazo de leña. La gente estaba preparada para matar por conseguirla. Quemaban sus propios muebles, sus libros y sus cartas, sólo para librarse del frío.[27]

Por lo que se refiere a las condiciones sanitarias de las ciudades, eran casi indescriptibles. Las cañerías del agua estallaban por las heladas del invierno ártico. La gente tenía que extraer el agua de los surtidores de la calle, y utilizar los patios como servicios. Las escaleras de los bloques de apartamentos siempre despedían olor a orines. Sin luz eléctrica, que sólo se podía conectar durante dos o tres horas por la noche, la gente se fabricaba una especie de candil con una botella llena de sebo. Era conocido como una *nedyshalka* (una «no respires»), puesto que llenaba la habitación con un humo maloliente que irritaba las

gargantas y los pulmones y que ennegrecía todas las paredes. Según un contemporáneo, esta lámpara primitiva «hacía visible la oscuridad, pero no permitía leer ni escribir, ni siquiera moverse mucho» porque «se apagaba en cuanto se respiraba lo más mínimo». No había un sistema real de recogida de basuras a causa de la escasez de caballos. La gente amontonaba la basura en las calles y las plazas, lo que pronto atrajo a los parásitos. Se extendieron las enfermedades de manera epidémica: cólera, tifus, disentería y gripe mataron a la gente por millares cada año. La tasa de mortalidad en Petrogrado alcanzó un 80 por mil aproximadamente en 1919. Los depósitos de cadáveres y los cementerios no daban abasto, y los cadáveres se quedaban por los alrededores esperando durante meses a que se les enterrara.[28]

El alimento, o su carencia, ocupaba el centro de la crisis urbana. «El hambre en Petrogrado ha empezado —escribió Gorky en junio de 1918—. Casi a diario recogen a gente que se ha desplomado víctima del hambre en las calles.» Los abastecimientos de alimentos en las ciudades se desplomaron. Las tahonas cerraron. Incluso en la ciudad de Saratov, en el Volga, justo en el centro de la región productora de grano más rica del país, se formaban largas colas para comprar pan antes de las cinco de la madrugada, dos horas antes de que se abrieran las panaderías. Un trabajador consumía menos de dos mil calorías al día, menos de la mitad del consumo recomendado. Comparado con los años anteriores a la guerra, que difícilmente pueden considerarse una época dorada, estaba comiendo la mitad de la cantidad de pan y una tercera parte de la cantidad de carne. Los precios de los alimentos se dispararon, y los salarios de los trabajadores no pudieron mantenerse a su altura. En 1918 el valor real del salario de un trabajador medio era un 24 por ciento de su valor en 1913; y a finales de 1919 su valor era tan bajo como el 2 por ciento. Los estudios mostraban que el trabajador medio estaba gastando tres cuartas partes de sus ingresos en comida, en contraposición a menos de la mitad en 1913. También mostraban que los salarios representaban sólo la mitad de los ingresos de los trabajadores. En otras palabras, la mayoría de los trabajadores estaban obligados a alimentarse mediante una economía informal o negra. Ethel Snowden, que llegó a Moscú en 1920 como miembro de la delegación del TUC británico y del Partido Laborista, preguntó a su guía durante la visita a una fábrica lo que ganaba un trabajador medio. Cuando se le dijo cuánto era, y que eso era suficiente para alimentar a su familia por un espacio de tiempo no superior a tres días, exclamó ingenuamente: «¡Oh! Qué inteligentes y frugales son los trabajadores para vivir sin comida los

otros veintisiete días del mes. ¿Cómo se las arreglan?». La respuesta, por supuesto, era que comerciaban con algo. Vendían sus pertenencias en los mercadillos, viajaban hasta el campo para comerciar con los campesinos, ponían a sus hijos en las calles a pedir y sus esposas e hijas se vendían a sí mismas en las calles. Había al menos treinta mil prostitutas en las calles de Petrogrado en 1918, la mayoría de las cuales eran adolescentes. Muchas de ellas procedían de «familias respetables». Un estudio realizado a inicios de los años veinte señaló que el 42 por ciento de las prostitutas de Moscú procedía de familias de la nobleza o de la burguesía que se habían visto arruinadas por la revolución. Emma Goldman descubrió la perspectiva Nevsky llena de hermosas jovencitas «que se vendían por una barra de pan o un trozo de jabón o de chocolate».[29]

Para el denominado «pueblo antiguo», sin empleo o sin una ración con la que subsistir, la caza cotidiana de alimentos implicó la destrucción de su alma. Los poderosos vástagos de la aristocracia se vieron obligados a vender sus últimas posesiones de valor en las calles. Las clases opulentas adelgazaron. Cuando se les preguntaba cómo estaban, la gente contestaba en tono de chiste: «Podría ser peor. Al menos me las estoy arreglando para perder algo de peso». Incluso los Brusilov pasaron a menudo hambre, a pesar de los regalos regulares de mantequilla, leche, miel y crema agria que les enviaban los veteranos campesinos leales de la guerra. En 1919 Bru-silov decidió aceptar un puesto en la oficina de archivos del estado mayor del Ejército Rojo para supervisar una compilación relativa al papel de Rusia en la gran guerra. Esto le proporcionó un salario de tres mil quinientos rublos al mes, que apenas era suficiente para vivir. «Era doloroso ver cómo vivían —recordó un amigo íntimo de los Brusilov—. Su comida principal era un solo plato, que usualmente consistía únicamente en patatas.»

Gorky adoptó la causa de la *intelligentsia* que se moría de hambre. Publicó su súplica desesperada en sus editoriales de *Novaia zhizn'*. El profesor Gezejus, el famoso fisico que ahora era un anciano de setenta y dos años, estaba enfermo en el hospital, hinchado de hambre, como algunas víctimas de la hambruna en África. Vera Petrova, una médico del *zemtsvo*, se estaba «muriendo de hambre, impotente, sucia, en una polvorienta y espantosa habitación». Glazunov, el famoso compositor, había «adelgazado y palidecido», y vivía con su anciana madre en dos habitaciones sin calefacción de Petrogrado. Cuando H. G. Wells fue a visitarlo, Glazunov le pidió que le enviara algún papel para poder escribir sus composiciones. Incluso Pavlov, el único científico ruso que recibió el premio

Nobel, se vio obligado a ganarse la vida cultivando zanahorias y patatas. Gorky apeló a los dirigentes bolcheviques suplicando que entregaran raciones especiales, un piso mejor y cubrieran otras necesidades de estos genios que se morían de hambre. Lenin aceptó la mayoría de sus peticiones: siempre había tenido una especial afición por Gorky y, quizás aún más importante, era muy consciente de su influencia en el extranjero. Gorky utilizó esto para salvar como pudo a buena parte de la antigua cultura rusa: se convirtió en un cuidador por iniciativa propia (utilizando a veces su posición para comprar obras de arte baratas para sí mismo). La amenaza contra la cultura que planteaba la revolución había sido uno de los temas constantes de Gorky. La mañana en que los bolcheviques se hicieron con el poder el titular de su columna de *Novaia zhizn'* decía: ¡LA CULTURA ESTÁ EN PELIGRO! Creó un refugio para escritores en la antigua casa deYeliseev, un comerciante acaudalado, en una esquina entre la perspectiva Nevsky y la Bolshaia Morskaya. Por la noche, el edificio puntiagudo tenía el aspecto de un barco, de manera que llegó a ser conocido como el «barco de los locos». Más tarde Gorky creó también una casa de artistas. También fundó su propia editorial, Literatura Mundial, para publicar ediciones baratas y masivas de los clásicos. Sus oficinas proporcionaron empleo a centenares de escritores, periodistas, académicos, músicos y artistas como traductores y editores que de otra manera habrían quedado abandonados a su propio arbitrio. Gorky lo consideraba menos como un negocio que como una institución benéfica. Y, ciertamente, muchos de los nombres más importantes de la literatura del siglo XX (Zamyatin, Gumilev, Babel, Chukovsky, Jodasevich, Mandelstam, Shklovsky, Piast, Blok y Zoshchenko) debieron su supervivencia durante estos hambrientos años en buena medida al patronazgo de Gorky. Aunque en años posteriores muchos de ellos condenaron a Gorky por sus estrechos vínculos con los bolcheviques, no habrían sobrevivido a la guerra civil sin sus contactos.[31]

Gorky convirtió su enorme piso de la perspectiva Kronversky en refugio para indigentes y víctimas perseguidas de la guerra civil. Comparado con el frío y la miseria en que vivía la mayor parte de la población, era algo parecido a un paraíso. Viktor Serge lo describió como «tan caliente como un invernadero». Gorky acumuló a varias «esposas» y «hermanas», «hijas» y «hermanos», todos ellos de alguna manera víctimas del Terror, a los que permitió alojarse en su hogar. Tantas personas llegaron al piso de Gorky (al principio sólo para beber té y charlar, pero de alguna manera terminaron quedándose varios años) que hubo que tirar el muro que había entre aquél y el piso de al lado para convertir los dos

apartamentos en uno. La amante de Gorky, Moura Budberg (entonces todavía baronesa Benckendorff), vivía en una habitación, y cocinaba la mayoría de las comidas con una novia del artista Tatlin, que vivía en otra. Siempre había un grupo de gente interesante y abigarrado alrededor de la mesa a la hora de la comida y de la cena. Escritores y artistas famosos se daban la mano con obreros y marinos a los que Gorky había recogido en las calles. H. G. Wells se quedó allí cuando visitó Rusia en 1929. Shaliapin era un visitante frecuente, y siempre maldecía a los bolcheviques; sin embargo, también había dirigentes bolcheviques, Lunacharsky y Krasin, y el presidente delegado de la Cheka de Petrogrado, Gleb Bokii, que debió de haberse encontrado allí con muchas de sus víctimas. Incluso había un antiguo gran duque, Gavril Konstantinovich Romanov, junto con la antigua gran duquesa y su perro. Gorky se había compadecido de ellos y los había rescatado de las prisiones de la Cheka después de que Gavril cayera enfermo. La pareja vivía en el piso de arriba, en una habitación llena de muebles antiguos y de estatuas budistas, y apenas salían de la casa por miedo a ser arrestados. En las comidas se sentaban en un profundo silencio. Porque, como escribió más tarde el antiguo gran duque, a la mesa de Gorky había ese tipo de personas «que se regocijaban por nuestra miseria», y «era desagradable para nosotros el tener que mezclarnos en tal sociedad».[32]

No pasó mucho tiempo antes de que corriera el rumor de que Gorky podía ayudar a todos, y se vio asediado por cartas de súplica. Un cierto profesor quería que Gorky le proporcionara un par de gafas especial para él. Una poetisa le suplicó una ración de leche para su bebé. Un médico de provincias necesitaba un nuevo conjunto de edificios porque los antiguos le habían sido requisados por el Sóviet. Una viuda quería un billete de tren para regresar con su familia al campo. Un anciano incluso le escribió pidiéndole una dentadura postiza. Muchas personas querían que Gorky les ayudara a sacar a sus parientes de las cárceles de la Cheka, y él intentó intervenir a favor de muchos de ellos (véase más adelante «El color de la sangre»). Pero otros pedían lo imposible. Un hombre, por ejemplo, escribió para preguntar lo que Gorky iba a hacer, porque le habían robado. Y un preso le escribió para saber si habría una amnistía que celebrara el quincuagésimo aniversario de Gorky y, si era así, si podrían otorgarle la libertad.[33] Como Rasputin, Gorky se había convertido en una especie de *maítre de requétes* para todos aquellos que carecían del suficiente poder para entrar en las oficinas del Estado.

La crisis alimentaria urbana era, sobre todo, un problema de distribución y de intercambio más que de producción. El sistema ferroviario estaba casi colapsado debido a la crisis económica y de la escasez crónica de combustible, y no podía transportar alimentos a las ciudades. Los almacenes del ferrocarril eran tumbas de locomotoras averiadas; más de la mitad del material ferroviario necesitaba reparación, pero los talleres no funcionaban en absoluto. El problema principal era la falta de recambios. En un taller de reparaciones, por ejemplo, se descubrió que los trabajadores quitaban las piezas de una locomotora para reparar otra, de manera que por cada locomotora que se reparaba había otras que quedaban descompuestas. Las líneas férreas se vieron sumidas en un caos mayor por las enormes muchedumbres de hambrientos habitantes de las ciudades, soldados y refugiados de las zonas de guerra, que subían en masa a cualquier tren que se dirigiera hacia el campo, donde esperaban establecerse o comprar comida barata. Los funcionarios de ferrocarriles eran fácilmente sobornados, y muchos trenes fueron robados o desviados. Los vagones de alimentos que abandonaban el campo llenos llegaban vacíos a Petrogrado o Moscú.[34]

Pero la raíz real de la crisis urbana era que el campesinado era reacio a vender comida a cambio de papel moneda. Con el colapso bélico de la producción para el consumo y la enorme inflación de los precios, los campesinos podían comprar cada vez menos con las fortunas en rublos que les ofrecían por su producción. Los esfuerzos del Gobierno para comprar los alimentos a precios establecidos, que se retrotraían a 1916, impulsó a los campesinos a retirarse del mercado. Redujeron su producción, desplazaron sus cosechas a áreas que no estaban sujetas al control estatal, o escondieron sus excedentes de los agentes de compras del Gobierno. Muchos campesinos utilizaron su grano para engordar al ganado, o lo vendieron a comerciantes del mercado negro de las ciudades, mientras que otros muchos lo convirtieron en vodka.

Las industrias agrícolas experimentaron un enorme florecimiento, que en buena medida no fue detectado por los estadísticos, cuando los campesinos intentaron manufacturar todos los productos familiares que en otro tiempo habían comprado en las ciudades pero que, ahora, o no estaban disponibles o eran demasiado caros para adquirirlos. Los artesanos rurales diseñaron arados y hoces sencillas de viejos trozos de acero. Se cultivó lino y cáñamo para hacer ropa y sogas, se cortó madera para construir ruedas y muebles, se recogieron cañas para realizar cestas, se hizo barro para alfarería, y se cultivaron simientes que produjeran aceite para combustible. Los viejos oficios rurales que habían

desaparecido en la época de la máquina de vapor resucitaron ahora. La Rusia rural estaba regresando lentamente a los métodos de la Edad Media, cuando, en palabras de un funcionario, Rusia no necesitaba líneas férreas ni barcos de vapor, ni molinos de vapor, ni fábricas, ni ninguna otra «invención europea», cuando los artesanos alimentaban, vestían y caldeaban a toda Rusia y fabricaban todo su calzado, cuando todo era realizado por ellos a pequeña escala y muy cuidadosamente, con un cincel manual en lugar de un torno, con un hacha en lugar de una sierra.[35]

El campo, en resumen, se estaba haciendo más arcaico y más autárquico. Estaba aprendiendo a vivir sin las ciudades y, en su conjunto, se las arreglaba muy bien sin ellas. Es cierto que había lugares donde los propios campesinos pasaron hambre durante la primavera de 1918, especialmente en las regiones del norte que siempre habían dependido de la importación de grano. Era un absurdo que los bolcheviques pretendieran que cualquier campesino que almacenaba comida era un *kulak* o un capitalista, puesto que muchos lo hacían en previsión de los meses del invierno. La cosecha de 1917 había sido escasa y, con la tierra extra de la nobleza que ahora se podía sembrar, muchos campesinos no tenían excedentes. En Tver, por ejemplo, se les dijo que comieran «pasteles hechos de aceite de linaza y paja». Incluso Semyonov, un agricultor campesino modelo, escribió a un amigo en abril de 1918: «No tengo casi grano suficiente para comer o alimentar a mi ganado». Como millares de otras comunidades campesinas, Semyonov y sus paisanos de la aldea de Andreevskoe se vieron forzados a organizar una expedición para comprar e importar grano del fértil sur.[36]

Que es también lo que hizo la gente de las ciudades. Millones de personas huyeron de las ciudades hambrientas e intentaron establecerse en el campo cerca de las fuentes de alimentos. Las grandes ciudades industriales del norte perdieron la mitad de su población cuando Rusia regresó a su pasado rural. «¡La ciudad está en peligro!», declaró Viktor Serge. Petrogrado perdió casi tres cuartas partes de su población entre 1918 y 1920. La población de Moscú se redujo a menos de la mitad. Las estaciones de ferrocarril se vieron sumidas en el caos con las multitudes que luchaban por subir a trenes que se dirigían al campo. La gente viajaba en los techos de los vagones, y se colgaba de las ventanas y de los topes, arriesgando la vida y su integridad física. Un tren abandonó Petrogrado tan abarrotado que perdió el equilibrio al cruzar un puente y cayó en el río Neva; centenares de pasajeros se ahogaron.

La nobleza huyó hacia lo que quedaba de sus posesiones en el campo. Tanya

Kuzminsky, la cuñada de Tolstoi, viajó desde Petrogrado a Yasnaya Polyana. Su sobrina la saludó por el camino, pidiendo a los porteros que le encontraran un asiento en el tren: «Era la Natasha Rostova de *Guerra y Paz*». Pero eso no significó nada para los guardias. Sólo gracias a un grupo de comisarios, la frágil anciana, vestida de piel, recibió finalmente una caja de madera para que se sentara en uno de los vagones buenos. otros nobles, sin posesiones agrarias, probaron suerte en el campo de todas formas. Los Brusilov fueron a establecerse a una aldea al norte de Moscú invitados por los campesinos. Marina Tsvetaeva, la poetisa, fue a vivir en la apartada zona rural de la provincia de Tambov, donde pudo vender sus últimas posesiones por tocino de cerdo, calabazas y patatas. La condesa Mershcherskaya, un vástago de la aristocracia rusa, se fue con su hija a la soñolienta ciudad rural de Rubliov, donde trabajaron en las cocinas de un molino de agua y vivieron en el dormitorio de los obreros. Todo lo que conservaba de su herencia (que en el pasado incluyó tres grandes haciendas, dos palacios y un famoso Boticcelli) era una tetera de porcelana de estilo rococó que donó al salón de té de los obreros.[38]

Pero fueron los obreros quienes constituyeron el grueso que huía de las ciudades desabastecidas. Muchos habían sido despedidos de las fábricas con la crisis industrial de 1917-1918. Aunque nadie conoce la cifra exacta, aproximadamente un millón de obreros estaba sin trabajo en la primavera de 1918. Las industrias de guerra eran las que atravesaban una situación más difícil, particularmente las relacionadas con la producción de municiones y de productos químicos, perdiendo en total cerca de medio millón de trabajadores. Las industrias metalúrgicas de Petrogrado, en particular, se vieron devastadas por la escasez de energía, la desmovilización y la evacuación de la capital. La mano de obra de estas fábricas descendió de un cuarto de millón a apenas cincuenta mil personas durante los primeros seis meses de 1918. Fue una catástrofe para los bolcheviques. Sus en otros tiempos poderosos bastiones, las plantas del nuevo Lessner y Erickson, cada una con más de siete mil obreros durante el otoño de 1917, se vieron reducidas a una fuerza de trabajo esquelética con sólo doscientos trabajadores en total durante la primavera siguiente. En los primeros seis meses del régimen bolchevique, el número de bolcheviques en Petrogrado descendió de cincuenta mil a sólo trece mil. El Partido Bolchevique, en palabras de Shliapnikov, se estaba convirtiendo en «la vanguardia de una clase que no existía».

Según los bolcheviques y sus historiadores, fueron principalmente los

trabajadores especializados y «con conciencia de clase» los que huyeron de las ciudades. La despoblación de las ciudades tuvo así un paralelo con su «desclasamiento», por adoptar el término bastante feo del marxismo que significa el desmoronamiento de la clase obrera. Era importante para el *stablishment* soviético defender esto porque les permitía presentar la oleada creciente de huelgas y protestas obreras desde la primavera de 1918 como obra de sujetos «atrasados» o «pequeñoburgueses» impulsados por los mencheviques y los eseristas. ¡Qué embarazoso les habría resultado admitir que los propios trabajadores que les habían ayudado a llegar al poder en octubre seis meses más tarde estaban reclamando su caída! Pero eso era más o menos lo que sucedía. Aquellos que estaban más dispuestos a huir hacia el campo eran los trabajadores que habían llegado a las ciudades en último lugar (especialmente las mujeres que habían acudido durante el auge industrial de la primera guerra mundial) y quienes habían conservado los lazos más estrechos con sus aldeas nativas. Éstos eran los obreros no especializados y semirrurales, invariablemente los primeros en ser despedidos por los empresarios de las fábricas, de manera que los obreros que quedaban en las ciudades tendían a ser los más especializados y proletarios (es decir, aquellos que habían nacido en las ciudades y que no tenían lazos reales con el campo). Fueron estos trabajadores los que llevaron a cabo las huelgas y las protestas contra los bolcheviques en 1918.

La perspectiva de participar en la tierra comunal o de tomar parte en algún negocio rural generalmente fue suficiente para convencer a los obreros semirrurales a fin de que regresaran a sus aldeas natales. Según un informe de la fábrica metalúrgica de Briansk en 1920, «todos los trabajadores con alguna relación con la aldea desean abandonar la fábrica y establecerse allí». Generalmente, los campesinos dieron la bienvenida a esos obreros que tenían parientes en el pueblo o que tenían algún oficio útil con que contribuir (por ejemplo, carpinteros y herreros); pero muy rara vez deseaban dar tierra o alimentos a quienes carecían de ellos. Estos emigrantes se veían obligados a mantenerse gracias al trabajo temporero, y su situación a menudo era desesperada. Las memorias de un personaje de la provincia de Tambov describen cómo estos obreros y sus familias «cruzaban los campos después de la cosecha de centeno buscando algunos granos que hubieran quedado caídos».[40]

No fue sólo la huida de los obreros con lo que tuvieron que enfrentarse los bolcheviques. La industria y el transporte se vieron sumidos en el caos por los viajes incesantes de la gente de la ciudad que se dirigía al campo para comprar

alimentos. Millones de habitantes de la ciudad, procedentes de todas las clases, dependían de este pequeño comercio (o «ir con el saco», como lo llamaban) para alimentarse. Abandonaban las ciudades con sacos de ropas y de objetos familiares para venderlos o cambiarlos en los mercados rurales, y volver con sacos de comida. Los ferrocarriles quedaron paralizados por los ejércitos de «hombres del saco». La estación de Orel, un nudo de comunicaciones importante *en route* hacia el sur, contaba con tres mil hombres del saco que la atravesaban todos los días. Muchos de ellos viajaban en brigadas armadas en trenes robados, que dejaban inermes a las autoridades locales. Los destinos más populares (Tambov, Kursk, Kazán, Simbirsk y Saratov) eran invadidos por unos cien mil hombres del saco cada mes.[41]

Para las ciudades hambrientas del norte este comercio primitivo fue un medio generalizado de ganarse la vida. Casi todos se vieron obligados a convertirse en comerciantes a tiempo parcial, obreros, funcionarios, aun siendo comunistas. Era una respuesta natural y espontánea a la crisis económica y al colapso del comercio entre la ciudad y el campo. Pero acarreó el caos de la industria. Casi todos los obreros se vieron implicados de alguna forma en el comercio del saco. Muchos de ellos viajaban al campo con herramientas, combustible y chatarra, que habían robado de sus fábricas. Otros fabricaban objetos primitivos en sus fábricas para comerciar con los campesinos. Estufas, cortaplumas y encendedores de cigarrillos constituían los objetos más comunes para el tráfico. Pero también se hacían zapatos con cintas transportadoras, candelabros con trozos de tuberías, hachas y arados con barras de hierro. Todo el fenómeno llegó a ser conocido como «encendedores de cigarrillos» *(zazhigolochnichestvo),* una de las palabras más largas y difíciles de pronunciar en lengua rusa. No fue inhabitual que los comités de fábricas permitieran, o al menos hicieran la vista gorda, con estas iniciativas espontáneas. Muchos de los comités añadieron su propia glosa anárquica al Decreto de Control Obrero, haciendo que significara el derecho de los obreros a dividir entre ellos mismos el producto de su trabajo (o, si no había ninguno, los bienes de su fábrica) igual que los campesinos habían dividido la tierra. La industria quedó casi paralizada cuando la mayoría de los trabajadores pasaron la gran parte de su tiempo fabricando estos objetos destinados al mercado negro y marchándose al campo para canjearlos por comida. En un día normal en una fábrica normal el 30 por ciento de la mano de obra no acudía al trabajo. En algunas fábricas metalúrgicas la tasa de absentismo podía alcanzar al 80 por ciento.[42]

Durante sus primeros precarios meses en el poder, los bolcheviques apenas pudieron impedir la existencia de estos «hombres del saco». Cualquier restricción que intentaron imponer estuvo condenada a ser desoída por los obreros que dependían del comercio del saco para sobrevivir. El derecho a viajar al campo en busca de comida era una exigencia importante de las huelgas y protestas obreras durante la primavera de 1918. Muchas de las fábricas, e incluso algunos de los sóviets de distrito y de ciudad, organizaron este comercio a partir de una necesidad colectiva. Sin poder recurrir a alguna forma de comercio, la industria acabó paralizada por completo. La fábrica o el Sóviet llegaron a un acuerdo con el Sóviet rural o la aldea para intercambiar un cierto número de bienes industriales por una cantidad equivalente de alimentos. Entonces se enviaba una brigada de obreros para concluir el intercambio. Por mucho que lo intentaran, los bolcheviques eran impotentes para evitar este trapicheo colectivo. Un comisario de la provincia de Samara alegaba que era inútil intentar detener a los hombres del saco «porque todos viajan con pasaportes de su Sóviet». Las tasas locales de trueque comenzaron a sustituir el dinero. En Kaluga, por ejemplo, un metro de tela valía cuarenta y cinco gramos de mantequilla o un kilo de guisantes; medio kilo de jabón valía un kilo de mijo, y un par de botas, medio kilo de patatas. La harina era el patrón oro de este sistema medieval: medio kilo valía trece y medio de queroseno, o más de un kilo de tabaco, o un traje de invierno.

Las cooperativas desempeñaron una importante labor en este comercio local, a menudo estableciendo los términos de comercio e intercambio. Las cooperativas habían florecido durante la guerra como uno de los principales medios de comercio entre la ciudad y el país. En 1918 cubría las necesidades de cien millones de consumidores (el 70 por ciento de la población).[44] Las fábricas, los sindicatos, los grupos profesionales y las asociaciones de residentes se convirtieron en cooperativas urbanas para obtener bienes. Los campesinos se unieron a las cooperativas para traficar con sus productos y obtener a cambio las manufacturas que necesitaban. Las cooperativas rurales también sirvieron de canal de mejoras agrícolas, que ofrecían a los campesinos herramientas avanzadas, fertilizantes, crédito y asesoramiento sobre las últimas técnicas de cultivo. Para Semyonov, un precursor del movimiento de las cooperativas en Volokolamsk, éste fue uno de los principales logros de la revolución.

Si no se hubieran mostrado tan hostiles al mercado, los bolcheviques podrían haber utilizado este sistema de comercio colectivo para que llegaran alimentos a las ciudades y proveer a la industria. Por primitivo y caótico que fuera, podía ser más eficiente que el monopolio estatal sobre los suministros alimenticios que, en mayo de 1918, empezaron a introducir como fundamento de su economía planificada. El comunismo de guerra, así se denominó este sistema, era desde muchos puntos de vista un prototipo de la economía estalinista: pretendía abolir todo el comercio privado, maximizar el control estatal de la distribución y del mercado de trabajo, nacionalizar toda la industria pesada, colectivizar la agricultura, y en su punto álgido, en 1920, reemplazar el sistema monetario con un sistema universal de racionamiento estatal.

Los orígenes del comunismo de guerra han sido desde hace tiempo objeto de un intenso debate entre los historiadores. Para los izquierdistas era esencialmente una respuesta pragmática a las exigencias militares de la guerra civil; mientras que para los situados a la derecha derivaba directamente de la ideología leninista. El argumento tiene implicaciones más amplias sobre la naturaleza y el desarrollo del régimen soviético. Según el punto de vista izquierdista, el comunismo de guerra no era más que una desviación temporal de la economía mixta que Lenin había bosquejado durante la primavera de 1918, y a la que regresó en la Nueva Política Económica de 1921. Lo que indica que el socialismo «blando» o favorable al mercado perseguido por los bolcheviques en esos dos períodos era el rostro real del leninismo opuesto al socialismo «duro» o antimercado de las épocas del comunismo de guerra y del estalinismo. De ahí el «leninismo» proclamado por las reformas de Gorbachov. Según el punto de vista derechista, sin embargo, el «socialismo duro» de la guerra civil fue inspirado directamente por los métodos estatistas que formaban el núcleo de la ideología revolucionaria de Lenin. Así, los bolcheviques adoptaron el comunismo de guerra como un medio para introducir el socialismo por decreto, e hicieron concesiones al mercado sólo cuando se vieron obligados a hacerlas. Se produjo así una progresión lógica, una continuidad histórica, entre el programa de Lenin de 1902, el comunismo de guerra y la economía planificada estalinista.

Aunque el pragmatismo y la ideología fueron factores relevantes, no son suficientes para explicar la manera en que organizó la primera economía planificada del mundo.

El argumento pragmático presenta puntos débiles fundamentales; por ejemplo la respuesta puramente pragmática al caos de la primavera, el monopolio sobre

el grano de mayo de 1918 (el primer elemento de importancia del comunismo de guerra) fue desastroso. Sus esfuerzos fútiles y absurdos por acabar con el mercado libre sólo produjeron más caos: millares de comisarios y buena parte de los recursos del Estado tuvieron que ser desviados hacia el frente en detrimento del comercio libre. Por razones puramente prácticas, habría sido mejor conservar el mercado en lugar de intentar acabar con él, como el propio Lenin reconoció en 1921. Y, ciertamente, en momentos de crisis durante la guerra civil los bolcheviques se vieron obligados a levantar las prohibiciones contra el comercio privado, reconociendo que el sistema de distribución estatal era incapaz de proporcionar suministros a las ciudades. Entre ellos mismos los bolcheviques reconocieron que, a pesar de su propia retórica contraria al mercado, no podían sobrevivir sin él.

¿Qué sucede con el argumento de que el comunismo de guerra fue una respuesta a las exigencias de la guerra civil? Por supuesto, los bolcheviques, como todos los gobiernos en tiempo de guerra en la Europa de la época, intentaban controlar la economía en beneficio de los intereses militares del Estado (buena parte del programa económico de los bolcheviques partía del modelo de economía de guerra alemana). Pero el comunismo de guerra no era sólo una *respuesta* a la guerra civil; era también un medio de conducir la guerra civil. La guerra civil no se combatía sólo en el campo de batalla. Era un aspecto fundamental de la estrategia revolucionaria de los bolcheviques, y también se combatía en lo que ellos denominaron el «frente interno», en la sociedad y en la economía, gracias a la política del comunismo de guerra. A menos que se reconozca este hecho fundamental (que la política del comunismo de guerra fue contemplada por los bolcheviques como un instrumento de lucha contra sus enemigos sociales o «internos») es imposible explicar por qué esta política se siguió manteniendo un año después de que los ejércitos blancos fuesen derrotados.

La tesis de que el comunismo de guerra fue inspirado por la ideología resulta también insuficiente. Ciertamente, a los bolcheviques los unía la creencia fundamental en la posibilidad de utilizar la coacción estatal para realizar la transición hacia el socialismo en un atrasado país campesino como Rusia. Ésta era la esencia de su ideología. También compartían una desconfianza profundamente enraizada por el mercado que podía ser definida como ideológica. Los socialistas extranjeros se quedaron sobrecogidos por la violencia del odio hacia el mercado libre que mostraron los bolcheviques. Éstos no sólo

querían regular el mercado (como hicieron los socialistas y la mayoría de los gobiernos de guerra en Europa); querían abolirlo. «Cuanto más mercado, menos socialismo; cuanto más socialismo, menos mercado», tal era su credo. Esta cruda política económica era sin duda el resultado de la propia experiencia vital de los bolcheviques; la mayoría de las bases del partido eran hijos de campesinos y obreros, jóvenes como Kanatchikov, que habían sufrido lo peor de la pobreza rural y urbana. Marx les había enseñado que todo esto era resultado del «capitalismo». Consideraban el funcionamiento del mercado una simple expresión de la explotación capitalista. Creían que incluso el tráfico arcaico de los hombres del saco conduciría, si no se controlaba, a la resurrección del sistema capitalista. Aunque la aplastante mayoría de los hombres del saco comerciaba por razones estrictamente de consumo en lugar de por beneficio, los bolcheviques los presentaron como «especuladores», «aprovechados» y «parásitos». Todos los males sociales del mundo de la posguerra, del desempleo a la prostitución, se los atribuyeron al funcionamiento del mercado.

No puede decirse, sin embargo, que la ideología dirigista y militante antimercado hubiera quedado expresada en una clara estrategia económica antes de la introducción del comunismo de guerra. Ciertamente, los bolcheviques mostraban agudas divisiones en la política económica durante 1918. Los comunistas de izquierdas abogaban por la abolición inmediata del sistema capitalista, mientras que Lenin proponía utilizar métodos capitalistas para la reconstrucción revolucionaria de la economía. Tales divisiones reaparecían repetidamente a lo largo de los años de la guerra civil (sobre todo en lo referido a la política fiscal y a la utilización de administradores «burgueses»), de manera que la política del comunismo de guerra tuvo que ser eliminada y cambiada en aras de la unidad del partido. De ahí que, aunque los historiadores de derechas crean que el comunismo de guerra fue un programa monolítico propio de la ideología bolchevique, buena parte de él, de hecho, resultó improvisada.

La introducción del comunismo de guerra fue esencialmente una respuesta política a la crisis urbana de 1918. Durante esa primavera los bolcheviques seguían obsesionados con el ejemplo de la Comuna de París. Constantemente comparaban su propia posición con la de los revolucionarios parisinos de 1871, y discutían su propia política a la luz de la analogía histórica, intentando descubrir si podría haber salvado a los revolucionarios franceses de la derrota. Los bolcheviques eran también demasiado conscientes de que su base de poder, como la de los *communards*, se reducía a las ciudades importantes, y que

conocían la amargura de la derrota porque estaban rodeados por un campesinado hostil con el que no podían trocar bienes por alimentos. Se habían convencido de que, a menos que extendieran su poder al campo y desencadenaran una cruzada contra los campesinos «acaparadores de grano», la revolución urbana, al igual que la Comuna, sería destruida por el hambre. La huida de los obreros de las ciudades y las huelgas y protestas contra la escasez de alimentos fueron los primeros signos de este hundimiento. Era esencial, tal como lo vieron los bolcheviques, apoderarse por la fuerza del grano, acabar con el caos del comercio del saco y sujetar con puño firme la industria si se quería evitar una derrota.

Cuando Trotsky defendió la introducción del monopolio del grano en una asamblea de los sóviets del 4 de junio, los presentes le abuchearon. Los eseristas de izquierdas le acusaron de «desencadenar una guerra civil contra el campesinado». El 9 de mayo los bolcheviques habían decretado que todos los excedentes de grano de los campesinos se convertirían en propiedad del Estado, y habían organizado brigadas armadas para requisar el grano del campesinado por la fuerza; su propaganda dejaba claro que debía ser contemplado como una «batalla por el grano». El propio Trotsky dijo en la reunión del 4 de junio: «Nuestro partido está a favor de la guerra civil. Tiene que librarse una guerra civil para obtener el grano. Nosotros, los sóviets, vamos a dar esa batalla». En este punto un delegado había gritado: «Viva la guerra civil». Sin duda, lo había dicho como si se tratara de un chiste. Pero Trotsky se volvió hacia él y le contestó con absoluta seriedad: «Sí, viva la guerra civil. La guerra civil en favor de los niños, de los ancianos, de los obreros y del Ejército Rojo, la guerra civil en nombre de la lucha directa y despiadada contra la contrarrevolución».[45]

Para Lenin y la mayoría de sus seguidores, la guerra civil era una fase vital de cualquier revolución social. «La guerra civil es lo mismo que la guerra de clases —declaró uno de los dirigentes bolcheviques en Bakú—. Apoyamos la guerra civil, no porque estemos sedientos de sangre, sino porque, sin lucha, los opresores no renunciarán a sus privilegios en favor del pueblo.»[46] Los bolcheviques consideraban que la guerra civil no era más que una forma violenta de lucha de clases. No existía una distinción real, desde su punto de vista, entre el conflicto militar y el conflicto social en las ciudades y aldeas.

Por lo tanto, según la opinión de Lenin, la guerra civil tenía que ser bienvenida

como una fase necesaria de la revolución. Ya había sostenido siempre que la guerra civil la iniciaron las fuerzas de la derecha durante el verano de 1917, y que la conquista del poder de los bolcheviques debería interpretarse como que el bando proletario se había sumado a la lucha armada; los conflictos de clase de la revolución no podían ser resueltos por medios políticos. Rusia estaba dividida en dos campos hostiles (la «dictadura militar» y la «dictadura del proletariado»), y estaba por ver qué bando prevalecería. Toda la política de Lenin desde la toma del poder en octubre a la clausura de la Asamblea Constituyente y el Tratado de BrestLitovsk, podía ser considerada (y lo fue por la oposición) como una incitación deliberada a la guerra civil. El propio Lenin se mostraba sin duda convencido de que la mejor esperanza con que contaba su partido para construir su propia diminuta base de poder era librar una guerra civil; a menudo subrayó que la razón del fracaso de la Comuna de París se debió a que no se desencadenó una guerra civil. Los efectos de semejante conflicto resultaban predecibles (la polarización del país en fuerzas «revolucionarias» y «contrarrevolucionarias», la extensión del poder militar y político del Estado y la utilización del terror para suprimir a los disidentes), y Lenin consideraba que todos eran necesarios para la consolidación de la dictadura. Por supuesto, Lenin no podía prever la globalización de la guerra civil que se desarrollaría a partir del otoño siguiente (en abril de 1918 incluso llegó a declarar que la guerra civil ya estaba ganada) y, si lo hubiera previsto, quizá se lo habría pensado dos veces antes de utilizar la guerra civil para construir su régimen. Pero incluso así, es cierto que los bolcheviques estaban psicológicamente mejor preparados para una guerra civil que sus oponentes. Se puede comparar con la guerra civil española: el bando de Franco estaba listo (y dispuesto) para una guerra civil; apenas puede decirse lo mismo de los republicanos.

La «batalla por el grano», la guerra civil de los bolcheviques contra el campo, surgía de una desconfianza fundamental, que bordeaba el odio, por el campesinado. Como marxistas, siempre habían contemplado al campesinado con algo similar al desprecio. «Anárquico», «atrasado», «contrarrevolucionario», así comenzaba su léxico campesino. Los campesinos eran supersticiosos y carecían de educación, estaban demasiado vinculados con la antigua Rusia para contribuir a la construcción de la nueva sociedad. Eran demasiado «pequeñoburgueses» (¡el más terrible de los pecados marxistas!), estaban muy imbuidos de los principios y los hábitos de la propiedad privada y el comercio libre para convertirse en camaradas. Este desprecio hacia el campesinado resultaba a menudo más

acentuado entre los trabajadores bolcheviques de estirpe campesina (los Kanatchikov del partido) que en su juventud habían huido de la aplastante pobreza y del aburrimiento de la aldea, del dominio de los sacerdotes y de la violencia de sus profundamente alcoholizados padres, para recorrer las ciudades en busca de trabajo; la ciudad les ofrecía un mundo de progreso y de oportunidades, simbolizados por la escuela y la industria; por el contrario, la aldea representaba todo aquello (atraso, pobreza y superstición estúpida) que deseaban eliminar. «Yo no soy la aldea», fue la primera expresión de identidad de la clase trabajadora que adoptaron. Y mediante la cultura proletaria de las ciudades, que los había llevado hacia el bolchevismo, intentaron acabar con su pasado campesino.

Una señal clara de esta actitud anticampesina, tan vital para todo el desarrollo del régimen soviético, puede encontrarse en las pequeñas biografías que se pedía a todos los bolcheviques que escribieran acerca de sí mismos al desempeñar un cargo. Una cuarta parte de ellos procedían del campesinado; pero muy pocos hablaban de su pasado en términos positivos. «Desde temprana edad —recordó un bolchevique procedente de Vologda—, la educación fue mi única oportunidad de escapar de la vida empobrecida y estúpida de la aldea. Quería huir, a cualquier parte, todo lo lejos de la aldea que fuera posible.»[47]

El marxismo proporcionó una respetabilidad pseudocientífica a este odio hacia el campesinado: sus «leyes» del desarrollo histórico «demostraban» que el campesinado estaba condenado a la extinción. La penetración del mercado y de las relaciones capitalistas en el campo inevitablemente provocarían la división en clases del campesinado. Lenin puso de manifiesto que la aldea se estaba dividiendo en dos clases hostiles: los campesinos pobres, que eran considerados aliados del proletariado, y los *kulaks* o «agricultores capitalistas», que eran considerados sus enemigos, y este esquema se convirtió en el principio rector de la política bolchevique en el campo. De hecho, el análisis era pura fantasía: el número de capitalistas campesinos era realmente muy pequeño, insignificante para constituir una «clase». Incluso el número de familias campesinas que empleaban una mano de obra asalariada regular ascendía a menos del 2 por ciento antes de la revolución y descendió considerablemente en 1917. En la inmensa mayoría de las aldeas todo lo que distinguía a los campesinos más ricos de los más pobres era poseer un caballo o una vaca extra, o una casa construida con ladrillos, en contraposición a una hecha de madera, con un piso levantado en lugar del pavimento colocado directamente sobre el suelo.

Los campesinos a quienes los bolcheviques calificaban categóricamente de *kulaks* generalmente no eran más que los dirigentes patriarcales de la aldea. Eran los Maliutin de Rusia, los ancianos campesinos de barba blanca como el de Andreevskoe que se enfrentaron a todas las reformas de Semyonov. Éstos, es cierto, a menudo eran los agricultores más ricos, con quienes el resto de los aldeanos muy bien podían estar endeudados, o por el uso de un caballo o por un préstamo monetario. Pero eso no los convertía en *kulaks* a ojos de los campesinos, e incluso Semyonov, que tenía buenas razones para despreciar a Maliutin, nunca lo llamó así. Muchos de los campesinos dirigían su mirada hacia estos ancianos con una mezcla de miedo y de respeto. Por ser los agricultores de más éxito de la aldea, a menudo eran considerados dirigentes naturales de la comunidad. En muchos casos eran los defensores más fanáticos de las tradiciones comunales, eran quienes trataban con los poderes exteriores, y sus vecinos acudían a ellos de manera natural para que los aconsejaran sobre cuestiones agrícolas. Los primeros sóviets campesinos estuvieron presididos por estos ancianos de las aldeas.

Los bolcheviques habían proporcionado apoyo verbal a los sóviets campesinos durante los primeros meses de su régimen, que les permitió neutralizar a los campesinos durante su lucha por el poder en las ciudades. Pero, en consecuencia, el poder soviético en el campo había quedado descentralizado, lo que conllevaba que la tarea de conseguir provisiones y soldados del campesinado era todavía más ardua. Los Sóviets campesinos defendían de manera natural los intereses económicos de la población local; intentaron bloquear la exportación de grano a las ciudades, o al menos exigir un precio suficiente que les permitiera a cambio comprar los bienes que necesitaban. Cuando la crisis de suministros en las ciudades se agudizó, los bolcheviques progresivamente culparon a los denominados «acaparadores *kulaks»;* su propaganda caricaturizaba al típico *kulak* como un capitalista gordo y codicioso que especulaba con el hambre de los obreros urbanos. El *kulak* se ganó un puesto al lado del *burzhooi* en calidad del «enemigo interno» de «la revolución». Para los bolcheviques *kulak* era un chivo expiatorio, un medio de canalizar la cólera de los obreros contra la aldea «contrarrevolucionaria» en lugar de contra ellos mismos. Los bolcheviques alegaban que los *kulaks* dominaban y regían los sóviets campesinos, en comandita con los eseristas, con la finalidad de matar de hambre a la revolución. Esto era falso, y Lenin lo sabía. Los sóviets rurales, como él mismo había reconocido, eran organismos campesinos. Simplemente, antepusieron sus

intereses a los de las ciudades. Pero el mito de una «huelga de grano *kulak*» proporcionó a su partido el pretexto para desencadenar una guerra civil contra el campesinado.[48]

Lenin lanzó el grito de batalla en un discurso de extraordinaria violencia pronunciado durante el verano de 1918:

> Los *kulaks* son los enemigos rabiosos del Gobierno soviético [...]. Estos chupasangres se han enriquecido con el hambre del pueblo [...]. Estas arañas han engordado a expensas de los campesinos arruinados por la guerra, a expensas de los obreros. Estos piojos han chupado la sangre de la gente trabajadora y se han enriquecido mientras los obreros de las ciudades y de las fabricas pasaban hambre [...]. ¡Guerra despiadada contra los *kulaks!* Muerte a todos ellos.[49]

El «Ejército de alimentos» condujo este ataque contra los «acaparadores *kulaks*». Las brigadas armadas de requisa *(prodotriady)* estaban capacitadas para ocupar las aldeas y arrancar por la fuerza sus excedentes de grano. Antes de abandonar las ciudades, se retrataban, como un Ejército que sale a combatir. Se suponía que formaba las brigadas la flor y nata de la clase obrera. Pero de hecho, igual que en las primeras unidades del Ejército Rojo, sus setenta y seis mil miembros procedían principalmente del *lumpen* de los desempleados, los desarraigados y los emigrantes, y antiguos soldados sin ningún lugar al que ir. Las autoridades provinciales relacionadas con las provisiones se quejaban constantemente de que las brigadas eran «de pobre calidad e indisciplinadas», que «llevaban a cabo su trabajo sin la más pequeña planificación», que «a menudo utilizaban la coacción contra el campesinado», y que se llevaban consigo no sólo el grano excedente, sino cantidades vitales de simiente, objetos privados, fusiles y vodka. En palabras de un comisario provincial, su trabajo era poco menos que «un robo organizado a los campesinos».[50]

«En ocasiones —escribió Tsiurupa, comisario del pueblo para las provisiones —, las brigadas de alimentos imitaban los métodos de la policía zarista.» A veces ocupaban una aldea y torturaban a los campesinos de forma brutal hasta que les entregaban la cantidad exigida de alimentos y propiedades. «Tales medidas recuerdan a la inquisición medieval —informó un funcionario de Yelets —; obligaban a los campesinos a desnudarse y arrodillarse en el suelo, y los

flagelaban o los golpeaban, a veces hasta matarlos.» Que se acercara una brigada de alimentos era suficiente para que los campesinos huyeran presa del pánico. Un sobrecogido comisario de la provincia de Ufa informó del siguiente incidente. Había entrado en la cabaña de una campesina que, al parecer, no pudo huir cuando su pequeño pelotón, que ella confundió con una brigada de alimentos, había llegado a la aldea; comenzó a gritar y agarró a su hijito. «Cortadme y matadme pero no os llevéis a mi hijo», gritó. El comisario intentó calmarla diciéndole que estaba a salvo, pero la campesina dijo: «Pensé que ibais a matarme. No tenía idea de que hubiese bolcheviques que no asesinaran a los campesinos. Todos los que hemos visto son *oprichniki* [los detestados esbirros de Iván el Terrible]». En el distrito de Borisoglebsk de la provincia de Tambov (futuro bastión de la revuelta de Antonov) existió un bárbaro dirigente de brigadas, llamado Margolin, que robaba indiscriminadamente a los campesinos y violaba a las mujeres o se llevaba los caballos de los que no podían pagar el impuesto. Muchos de los campesinos se vieron obligados a comprar grano en la provincia cercana de Voronezh, o a marcharse con sus últimos recursos vitales de comida y simiente, para dejar satisfecho a Margolin. Otro tirano local, un jefe de brigada llamado Cheremujin, convirtió las aldeas sureñas de Balashov, justo detrás del frente rojo contra Denikin, en su corrupto feudo privado. La comida y la propiedad de los campesinos eran requisadas por la fuerza bruta, a menudo dejando a los agricultores sin nada que comer o sembrar, y las campesinas eran violadas rutinariamente. El jefe de una brigada de alimentos cercana dejó una vívida impresión del estado de ánimo de los campesinos al pasar por una de las «aldeas de Cheremujin»:

> Los campesinos nos tomaron por ayudantes de Cheremujin y todos cayeron de rodillas y se postraron ante nosotros. Se podía sentir que entre la gente de esta aldea el espíritu de la revolución había sido completamente aniquilado. La esclavitud del zarismo de nuevo aparecía claramente visible en sus rostros. El efecto que esto tuvo sobre nosotros fue el de una desmoralización abrumadora.[51]

La mayoría de los campesinos intentaron esconder sus preciosas reservas de grano a las brigadas de alimentos; enterraban los sacos de harina bajo el suelo de la casa, en los pajares de los graneros, en la profundidad de los bosques y bajo

tierra. Las brigadas asumían que todas las aldeas hacían esto y que el grano escondido era un excedente, mientras que, de hecho, a menudo encontraban reservas de simiente y de alimentos que eran vitales. Así comenzó una «batalla por el grano», con las brigadas aterrorizándolos para arrancar las reservas y los campesinos contrarrestándolas con la resistencia pasiva y la revuelta directa. Durante julio y agosto de 1918 hubo más de doscientos alzamientos contra las brigadas de alimentos. Los bolcheviques intentaron presentarlos como «revueltas de los *kulaks* eseristas»; pero de hecho eran rebeliones generales de las aldeas, en las que los campesinos más pobres (los más hambrientos por culpa de las requisas) a menudo representaron un papel rector. Estos alzamientos eran violentos y espontáneos, usualmente en respuesta a alguna atrocidad perpetrada por las brigadas. En una aldea de la provincia de Samara, donde la brigada de alimentos había robado y asesinado a varios aldeanos, los campesinos se vengaron de manera salvaje. Una noche de noviembre, decapitaron a los doce miembros de las brigadas mientras dormían en las oficinas del partido y colocaron sus cabezas en postes, a la entrada de la aldea; una terrible advertencia para otras brigadas. Tres semanas más tarde el Ejército Rojo bombardeó la aldea con artillería y, cuando todos los aldeanos hubieron huido a los bosques, la quemaron.[52]

En el interior de la aldea se suponía que las brigadas tenían que recibir la ayuda de los nuevos comités de pobres rurales *(kombedy).* Lenin defendió su institución, el 11 de junio, en el momento en que el campo se embarcaba en la revolución socialista. Éste iba a ser el Octubre de los campesinos, cuando el «proletariado rural» se uniría a la «lucha de clases» contra los *kulaks,* la «burguesía rural». Al ayudar a las brigadas a conseguir el grano, los *kombedy* iban a llevar a cabo la «transformación socialista» de la aldea, reemplazando a los «sóviets de los *kulaks*» y completando la expropiación con otras propiedades de los *kulaks*, el ganado y la tierra excedentes. Como señaló Sverdlov, la finalidad era «dividir la aldea en dos clases combatientes» y «provocar allí la misma guerra civil que en las ciudades». De eso dependía la supervivencia del régimen soviético en el campo.[53]

Los *kombedy* fracasaron estrepitosamente a la hora de provocar esta «guerra de clases» en la aldea. Aquí es donde el dogma marxista se hundió bajo el peso de la realidad campesina. La mayoría de las aldeas se consideraban comunidades agrícolas de miembros iguales unidos por lazos de consanguinidad: a menudo se autodenominaban «familia campesina». Ésa era la idea básica (si no la realidad)

de la comuna campesina. Como tal, eran hostiles al establecimiento de un organismo separado para los pobres de la aldea. ¿Acaso no tenían ya el Sóviet? La mayoría de las comunas de los pueblos o no llegaron a elegir un *kombed,* dejándoselo a los agitadores de fuera, o establecieron uno en el que todos los campesinos entraron sobre la base, así lo decían a menudo, de que todos los campesinos eran igualmente pobres. En este caso, el *kombed* no se podía distinguir del Sóviet. Los campesinos de Kiselevo Chemizovka en el distrito de Atkarsk, por ejemplo, resolvieron que no era necesario un *kombed,* «porque los campesinos son casi iguales, y los pobres ya están en el Sóviet. La organización de un *kombed* separado sólo conduciría a tensiones innecesarias entre los ciudadanos de la misma comuna». Los agitadores bolcheviques se vieron incapaces de dividir a los campesinos en clases. Los campesinos pobres no se consideraban a sí mismos «proletarios», ni pensaban que sus vecinos más ricos eran una «burguesía». Todos se veían como paisanos y contemplaban los esfuerzos bolcheviques para dividirlos con suspicacia y hostilidad.[54]

De manera que en muchos lugares el *kombed* lo establecieron elementos externos a la comuna. No eran los pobres agricultores campesinos, sino inmigrantes de la ciudad y soldados, artesanos y trabajadores sin tierra excluidos de la comuna. Un estudio realizado sobre ochocientos *kombedy* de la provincia de Tambov puso de manifiesto que menos de la mitad de sus miembros del *volost* no habían cultivado nunca la tierra; una tercera parte de ellos eran soldados. En las aldeas semiindustriales del norte estos tipos sociales podían ser «gente de dentro»; pero en el sur agrícola eran extraños al núcleo de la aldea. Desconectados de la comuna campesina, de la que dependía todo el gobierno rural, eran incapaces de desempeñar sus tareas sin recurrir a la violencia. Requisaron la propiedad privada, procedieron a arrestos ilegales, desencadenaron actos de vandalismo contra las iglesias y generalmente aterrorizaron a los campesinos. Se asemejaba más a una mafia local que a un órgano del Estado soviético. En un *volost* de Saratov, por ejemplo, gobernaban el *kombed* los hermanos Druzhaev en alianza con el jefe de la policía regional, el camarada Varlamov. Recorrían las aldeas extorsionando a los aterrados campesinos para obtener dinero, fusiles y vodka. También confiscaban el ganado que luego entregaban a sus esbirros entre los «pobres de la aldea». Un campesino que no podía pagar tuvo que presenciar la violación de su esposa. Este estado de terror duró seis meses. Los aldeanos dirigieron una petición al «camarada Lenin» con la esperanza de que acabara con aquello. Como dijo uno

de ellos: «La gente está empezando a decir que la vida era mejor bajo el zar».[55]

Junto con las brigadas de alimentos, los *kombedy* desencadenaron una extraordinaria oleada de revueltas campesinas. Éstas se agudizaron en noviembre, cuando coincidieron «la batalla por el grano» y las primeras movilizaciones de importancia del Ejército Rojo. Bandas de campesinos armados con horcas y fusiles invadieron distritos enteros de Tambov, Tula y Riazan'. En otros lugares los alzamientos fueron esporádicos, pero no menos violentos; los campesinos lincharon y asesinaron a miembros del *kombed,* a bolcheviques locales y a dirigentes de los sóviets. Smidovich, bolchevique miembro del Comité Central, que fue enviado a informar sobre las revueltas de Tula, en noviembre llegó a la conclusión de que «los campesinos están empezando a sentir como si los gobernaba la voluntad arbitraria de un conjunto extraño de amos; ya no creen en las promesas del poder soviético y sólo esperan de él lo malo».[56]

En el VI Congreso de los Sóviets, en noviembre, Lenin pidió la abolición de los *kombedy.* Éste fue el inicio de una nueva política, apoyada por el VIII Congreso del partido el mes de marzo siguiente, cuya finalidad era mejorar las relaciones con el campesinado medio. Reconocieron que los *kombedy,* tal y como señaló Lenin, habían realizado una «imprudente guerra de destrucción contra los intereses de los campesinos». Admitió que el intento de dividir la aldea en dos clases hostiles había sido mal concebido y debía abandonarse.[57] Pero seguramente ya era demasiado tarde para que los bolcheviques arreglaran sus relaciones con el campesinado.

Pocas semanas después de la abolición de los *kombedy,* en enero de 1919, los bolcheviques también cambiaron sus tácticas en la «batalla por el grano». La requisa de la cosecha de 1918, la primera realizada por el poder soviético, no había sido menos que desastrosa; sólo una quinta parte de la requisa fue recogida a finales de año. Por supuesto, los bolcheviques culparon a los *kulaks;* pero de hecho debía achacarse a la debilidad de su propia infraestructura de requisa. Las brigadas de alimentos carecían de medios efectivos para calcular la cosecha. Los *kombedy* anteponían sus propios intereses locales en detrimento del centro, a veces incluso guardando el grano para sí mismos; los lugares en que se guardaba la cosecha eran incapaces de almacenar el grano a causa de la escasez de combustible. Y el caos de las líneas férreas a menudo comportaba que el grano no llegara a las ciudades. La reforma de enero, conocida como «la leva de alimentos» o *prodrazverstka,* tenía la finalidad de reforzar el sistema; se

diferenciaba del monopolio de grano de mayo de 1918 en dos cuestiones principales: primero, mientras que éste se limitó a los cereales, todos los alimentos importantes, incluyendo el ganado y las verduras, quedaron sujetos a la leva de alimentos; y segundo, mientras que las cuotas del monopolio del grano las establecían los órganos locales de alimentos, según las estimaciones de la cosecha, las cuotas de la leva de alimentos las decidía el Estado central, de acuerdo con sus necesidades generales, para luego dividirlas entre las autoridades provinciales. Así, el principio, por muy relajadamente que se hubiera aplicado, de que las cuotas deberían igualar el excedente real de la cosecha fue abandonado completamente. De manera creciente, las requisas no tuvieron ninguna relación con la capacidad de pago del campesinado; las brigadas de requisa recibían la orden de arrancar las cantidades necesarias de alimentos recurriendo a la fuerza, aunque significara privar a los campesinos de sus últimas cantidades vitales de alimentos y simiente. Se suponía, en este cálculo aterradoramente ignorante, que un granero vacío equivalía a que su propietario era un *kulak* que escondía comida.[58]

Y así, a medida que la guerra civil alcanzaba su punto álgido, en la primavera de 1919, la «batalla por el grano», esa otra guerra civil que se libraba detrás del frente rojo, también llegó a sus propias alturas locas. Se convirtió en una lucha a vida o muerte entre los bolcheviques y el campesinado.

Acabar con los hombres del saco puso el punto final a la «batalla por el grano» bolchevique. Brigadas volantes *(zagraditel'nye otriady)* patrullaban los caminos; se les ordenó confiscar todos los alimentos que llevaran los pasajeros que entraban en la ciudad, dejándoles sólo la tasa legal de un *pud* y medio (los hombres del saco llegaron a ser conocidos como «los que llevan un *pud* y medio»); los trenes eran detenidos y registrados, los pasajeros eran obligados a descender y a mostrar su equipaje. Las brigadas actuaban más como bandidos que como funcionarios del Gobierno; confiscaron dinero, ropa y bebida a los pasajeros. La Cheka realizó incursiones similares en los mercados urbanos, cazando a los hombres del saco que venían del campo.

Todo esto, por supuesto, era un trabajo inútil. Resultaba imposible eliminar el mercado, igual que el rey Canuto no pudo obligar a retroceder el mar. Durante el período del comunismo de guerra los trenes siguieron llenos de hombres del saco (les resultaba fácil sobornar a los funcionarios de ferrocarril). El propio Lenin reconoció que al menos la mitad de los alimentos que llegaban a la ciudad habían sido traídos por los hombres del saco; y en ocasiones la cifra era mucho

más elevada. Los bolcheviques tenían poca opción salvo la de tolerar este tráfico privado, sin el que los trabajadores se habrían muerto de hambre. Su política hacia los hombres del saco, de hecho, fue vacilante: en momentos críticos de la guerra civil, cuando necesitaban mantener las vías férreas libres para el Ejército, cayeron sobre ellas e intentaron prohibir todo transporte de pasajeros; pero en otros momentos se toleraba que los hombres del saco continuaran con su labor. La política bolchevique en los mercados urbanos fue similar. La Cheka ocasionalmente llevaba a cabo una incursión, se apoderaba de algunos artículos y arrestaba a los vendedores; el negocio se ralentizaba durante unos pocos días, pero después los mercados volvían a la vida normal. El enorme mercado de Sujarevka en Moscú floreció durante todos los años de la guerra civil, a pesar de las constantes incursiones de la Cheka. La mayoría de las fábricas textiles del Estado en la capital compraban la tela a los vendedores privados que había allí. La Sujarevka simbolizó el antiguo mundo del mercado libre que los rojos no podían impedir. El propio Lenin en cierta ocasión lamentó que en el alma de todos los rusos hubiera una «pequeña Sujarevka».[59]

Por inútil que pudiera parecer el intentarlo, la reducción del comercio del saco era esencial para los bolcheviques en relación con la industria: resultaba imposible mantener la producción industrial si los obreros seguían marchándose al campo en busca de alimentos. El control del suministro de alimentos iba acompañado del control de la mano de obra. Los bolcheviques eran tenaces acerca de la necesidad de que el Estado controlara el movimiento de la mano de obra. Ésa era la esencia del comunismo de guerra («el derecho de la dictadura —indicó Trotsky— de enviar a cada trabajador al lugar donde es necesario de acuerdo con el plan estatal»). Defender la libertad de la mano de obra, como hacían los mencheviques, era, en palabras de Trotsky, la «vía láctea hacia el socialismo». Sin el monopolio de la alimentación o la abolición del mercado de trabajo, la economía quedaría arruinada, y la clase obrera destruida por el «movimiento caótico de los obreros de una fábrica a otra». El camino hacia el socialismo, desde su punto de vista, implicaba acabar con el trabajo libre e imponer el control estatal en la industria pesada. Era el embrión de una economía completamente planificada.[60]

Durante la primavera de 1918 los bolcheviques prosiguieron con la nacionalización de la industria. Imponer sus propios administradores en las fábricas para detener el caos provocado por el Decreto sobre el Control Obrero del 14 de noviembre, que había sido una concesión política vital a los comités de

fábrica y a los sindicatos. El control de las fábricas mediante juntas de administración colegiadas ayudó a los bolcheviques a obtener el apoyo obrero y propinó un duro golpe a los propietarios de las fábricas durante la lucha del régimen por el control de las capitales industriales. Pero el efecto económico de la política había sido catastrófico. Los organismos obreros encargados del control de las fábricas simplemente se votaron a sí mismos para obtener enormes subidas salariales y disparar la inflación. También realizaron una campaña destructiva de terror y violencia, motivada por la venganza, contra los antiguos administradores y técnicos, que colapsó la producción. Los organismos obreros hicieron muy poco por detener el declive de la disciplina laboral y el robo constante de herramientas y materias primas con que hacer bienes ilegales para el comercio del saco.

Incluso más importante fue que los comités de fábrica y los sindicatos formaran parte de un creciente movimiento de protesta de los obreros contra la dictadura bolchevique. La clase obrera seguía siendo tan militante como en 1917, sólo que ahora dirigía su cólera al partido que la gobernaba en su nombre. Las huelgas y las protestas obreras proliferaron en todos los distritos industriales importantes del país, incluidos los antiguos bastiones bolcheviques de Petrogrado y Moscú, en la primavera de 1918. Buena parte del descontento procedía de la clase económica más desfavorecida; los obreros se quejaban de la escasez del pan y de la amenaza de desempleo; estaban disgustados con el estado obrero que no había hecho nada por mejorar su nivel de vida, y provocó en muchos obreros una desilusión general hacia la política, a menudo combinada con una vaga hostilidad hacia los bolcheviques como partido gobernante. Según Gorky, muchos «obreros escupen siempre que oyen el nombre de los bolcheviques». Esta actitud cínica (esencialmente prepolítica) quedaba resumida magníficamente en el lema que comenzó a aparecer en las paredes de la ciudad: «¡Abajo Lenin y la carne de caballo! ¡Dadnos al zar y la carne de cerdo!».[61] Pero para otros obreros la política seguía siendo importante, especialmente para aquellos que contaban con un pasado de activismo menchevique o eserista y que tenían una visión política alternativa que oponer a los bolcheviques; y su reacción frente a la crisis de primavera fue organizarse en movimiento de protesta: asambleas extraordinarias de representantes de fábrica y de planta, que constituyeron la máxima amenaza procedente de la clase obrera con la que tuvieron que enfrentarse los bolcheviques.

Las asambleas extraordinarias eran un movimiento popular obrero; creadas en

marzo, durante el punto álgido de su influencia, en junio contaban con centenares de miles de obreros. Los mencheviques y los eseristas desempeñaron su dirección a escala nacional, y a menudo los activistas locales ocuparon un lugar destacado en las asambleas de fábrica. La primavera marcó un resurgir general de estos partidos en las ciudades industriales. Gracias a los pactos electorales pudieron derrotar a los bolcheviques en varias elecciones a los Sóviets de las ciudades, pero de ello no se desprende que las asambleas obreras fueran un movimiento de protesta *en favor de* los mencheviques y los eseristas y opuesto a otro (que las incluía) *contra* los bolcheviques.[62] Es cierto que buena parte de las resoluciones de protesta de las fábricas recogían las mismas preocupaciones de mencheviques y eseristas: condenaban la clausura de la Asamblea Constituyente, el Tratado de Brest-Litovsk y la represión de la oposición. Pero esto sólo ponía de manifiesto que mencheviques y eseristas escribían estas resoluciones y ambos añadían estas demandas a las de los obreros o, más bien, modelaban las demandas de los obreros siguiendo sus propios criterios. En cualquier caso, a juzgar por las actas de las reuniones de la fábrica, lo que más preocupaba a los obreros era que la promesa de una «revolución de los obreros» (que indujo a muchos de ellos a apoyar a los bolcheviques en otoño de 1917) todavía seguía sin cumplirse. Los trabajadores en huelga en Sormovo declararon en junio: «El régimen soviético, tras establecerse en nuestro nombre, se ha convertido en algo completamente ajeno a nosotros. Prometió traer el socialismo a los trabajadores, pero les ha proporcionado fábricas vacías y despido». Éste era un sentimiento generalizado y compartido por todos los obreros politizados, incluyendo a muchos bolcheviques de base, bastantes de los cuales se unieron al movimiento de las asambleas extraordinarias, por ejemplo el Comité de Partido del distrito de Vyborg en Petrogrado, un bastión del bolchevismo militante en 1917, distribuyó la propaganda de las asambleas extraordinarias a sus miembros.[63]

En abril de 1918, Lenin consideró que la industria tenía que ser puesta bajo control estatal, en oposición al control obrero de las juntas colegiadas, con una estructura de gestión tradicional («gestión unipersonal») capaz de restaurar la disciplina laboral. En «Las tareas inmediatas del poder soviético», escrito en abril de 1918, Lenin exigía que la ofensiva de la clase obrera contra el sistema industrial capitalista fuera detenida para favorecer los intereses más amplios de la reconstrucción económica: el conocimiento especializado de los administradores «burgueses» tenía que utilizarse en interés del Estado; admitía

que significaba utilizar métodos capitalistas para construir el orden socialista. Sería necesario retribuir a los administradores burgueses con un salario elevado, y restaurar su autoridad en el taller, para asegurar su cooperación con el régimen soviético, incluso aunque fuera contra los principios igualitarios de la izquierda. Pero, según argumentaba, puesto que la clase obrera todavía no había sido educada para realizar tareas de gestión, era un «tributo» que tenía que pagarse. Los ideales de la igualdad debían sacrificarse en aras de la eficiencia.[64]

A partir de este momento los bolcheviques empezaron a estimular el proceso de nacionalización, segunda característica importante del comunismo de guerra después de la librada contra el mercado. Hasta entonces, se había desarrollado generalmente desde abajo, a iniciativa de los sóviets locales y de las organizaciones obreras, y había asumido el carácter de revolución en las fábricas con los trabajadores imponiendo su propio control sobre los administradores. Ahora, con el respaldo de Lenin, fue asumido por el Estado central y por su Consejo Panruso para la Economía (VSNJ), que reemplazó el sistema obrero de gestión de fábrica con administradores nombrados por el Estado («burgueses») que debían restaurar la disciplina en el trabajo; esto significó desplazar el centro del poder industrial de los comités de fábrica y los sindicatos al aparato administrativo del Estado.[65]

El cambio político estaba claramente motivado por la creciente amenaza de la clase obrera; la manera más fácil de impedir a las organizaciones de fábrica que canalizaran el movimiento de oposición de los obreros era imponerles una dictadura central. El decreto del Sovnarkom de 28 de junio, por el cual se nacionalizaba gran parte de la industria pesada de Rusia, fue promulgado sólo tres días antes de que se produjera una huelga general en Petrogrado, convocada por las asambleas extraordinarias en protesta contra el régimen bolchevique. Aunque el decreto había sido preparado con varias semanas de antelación, sin duda su promulgación en ese preciso momento en buena medida vino dictado por la necesidad de impedir la huelga. Desde el 9 de mayo, cuando la Cheka abrió fuego sobre una multitud de trabajadores que se manifestaban en el suburbio de Kolpino en Petrogrado, se produjo una espiral de huelgas y de protestas obreras, la industria quedó casi paralizada y en las ciudades donde se permitieron las elecciones libres, los mencheviques y los eseristas barrieron en la junta. En resumen, parecía que la huelga de Petrogrado, en caso de seguir adelante, podría fácilmente dar lugar a una huelga nacional, que quizá condujera al derrocamiento del régimen. Este fue también un momento crítico de la guerra

civil, con los checos y los eseristas afianzando su poder en el Volga y promoviendo revueltas generalizadas en la retaguardia roja. El comisario bolchevique de prensa, Volodarsky, fue asesinado por un eserista el 20 de junio. Los dirigentes bolcheviques temían que pudiera ser el inicio de un *coup d'État* de eseristas y mencheviques, pensaban que era esencial situar las fábricas bajo control estatal y acabar con la amenaza de una huelga general en el último bastión de poder que le quedaba.

El Decreto sobre la Nacionalización transfirió la administración de las fábricas de las organizaciones obreras al aparato del partido; los jefes de éste lo utilizaron para amenazar a los obreros con el despido si proseguían con sus planes de huelga; los organizadores de la huelga fueron arrestados (especialmente los conocidos por sus conexiones con eseristas y mencheviques), y docenas de ellos fueron fusilados por «contrarrevolucionarios». No resulta sorprendente, dada esta intimidación, que muy pocos obreros salieran a la calle en favor de la huelga general. Los bolcheviques llevaron su victoria hasta el final: las asambleas extraordinarias quedaron fuera de la ley; sus dirigentes, encarcelados, y los sindicatos disidentes, purgados. Los mencheviques y los eseristas se vieron ahora expulsados de los sóviets, denunciados por «contrarrevolucionarios» y arrastrados a la clandestinidad. El último de los periódicos de la oposición fue cerrado. Incluso la *Novaia zhizn'* de Gorky, que había ayudado a organizar la huelga de Petrogrado y que a menudo había declarado su apoyo en favor de las asambleas extraordinarias, finalmente fue cerrado el 16 de julio. «Nos dirigimos hacia una guerra civil global —escribió un desalentado Gorky a Ekaterina—, y parece que la guerra será salvaje... Oh, ¡qué difícil es vivir en Rusia! Somos todos tan estúpidos, tan fantásticamente estúpidos.»[66]

III El color de la sangre

Por extraño que pueda parecer, Lenin se convirtió en un personaje conocido y familiar a partir de septiembre de 1918, y esto sólo porque ya estaba casi muerto. Durante los primeros diez meses de gobierno bolchevique, rara vez fue visto en público; los disparos dirigidos contra su automóvil el día de Año Nuevo habían hecho que el dirigente de la revolución mundial temiera por su vida y que rara

vez se aventurara a salir de sus cuarteles estrechamente custodiados en el Smolny o en el Kremlin. «Nadie conocía siquiera el rostro de Lenin —escribió Krupskaya en referencia a aquellas primeras semanas—. Por la noche a menudo daba una vuelta alrededor del Smolny y nadie le reconocía nunca, pues todavía no había retratos de él en aquel entonces.»[67]

Todo cambió el 30 de agosto. Lenin había acudido a la fábrica Mijelson en los suburbios del sur de Moscú para pronunciar una arenga a los trabajadores sobre la necesidad de defender la revolución, según acostumbraban los dirigentes bolcheviques las tardes de los viernes. A inicios de ese día tuvo noticia de que Uritsky, jefe bolchevique de la cheka de Petrogrado, había sucumbido a manos de un asesino eserista, Leonid Kahnegiser. La familia de Lenin le había suplicado que anulara su visita, pero Lenin decidió seguir adelante. Cuando abandonaba la fábrica, una mujer llamada Fanny Kaplan se le acercó entre la multitud y le disparó tres veces; Lenin cayó al suelo, mientras sus guardaespaldas perseguían a la asesina. Cuando lo conducían al Kremlin parecía a punto de morir; una de las balas se había alojado en el cuello y sangraba profusamente. La sangre le anegó uno de los pulmones (pese a lo cual se aseguró de que sus médicos fueran bolcheviques). Durante los días siguientes su vida pendió de un hilo. Pero entonces comenzó a recuperarse, y el 25 de septiembre estaba lo suficientemente bien para ir con Krupskaya a pasar su convalecencia en Gorki, una aldea a las afueras de Moscú, donde había sido requisada una hacienda para su uso privado.

La rápida recuperación de Lenin fue considerada un milagro por la prensa bolchevique. Fue aclamado como una figura similar a la de Cristo, bendecido con poderes sobrenaturales, que no temía sacrificar su propia vida por el bien del pueblo. Bujarin, editor de *Pravda*, llegó incluso a decir que Lenin se había negado a recibir ayuda después del tiroteo y, «con los pulmones traspasados todavía derramando sangre», había regresado al trabajo inmediatamente para asegurarse de que la «locomotora» de la revolución no se detenía. Zinoviev, en un panfleto especial destinado a la distribución masiva, presentó a Lenin como el hijo de un campesino que había «hecho la revolución»: «Es el elegido entre millones. Es dirigente por la gracia de Dios. Un dirigente así nace una vez cada quinientos años en el transcurso de la humanidad». Docenas de alabanzas similares aparecieron en la prensa durante las semanas posteriores al atentado. Se decía a los obreros que debían preocuparse sólo de una cosa: de que «su dirigente» se recuperara. El retrato-cartel de Lenin comenzó a aparecer en las

calles; él mismo apareció por primera vez en un documental, *El reloj del Kremlin de Vladimir Ilich*, proyectado por todo Moscú en otoño para disipar el rumor creciente de que había sido asesinado. Fue el inicio del culto a Lenin; un culto planificado por los bolcheviques, aparentemente contra la voluntad de Lenin, para promocionar a su dirigente como «zar del pueblo».[68]

Según algunos, presentaba reminiscencias del antiguo culto al divino zar. Se retrotraía a la práctica medieval de canonizar a los príncipes que eran asesinados mientras servían a Rusia. Pero el culto a Lenin fue nuevo, pues se nutrió de mitos folclóricos de los dirigentes populares contrarios al zar, tales como Stenka Razin o Emelian Pugachov, bendecidos con poderes mágicos y semejantes a los de Cristo. Así resultó un culto ecléctico con elementos de cristianismo campesino y de mitos paganos que había asociado durante mucho tiempo la revolución con la consecución de la verdad y de la justicia *(Pravda)* en la conciencia popular. Los orquestadores del culto a Lenin trabajaron conscientemente en ello. «Lenin no puede estar muerto —declaró uno de sus hagiógrafos el 1 de septiembre—, porque Lenin es la sublevación de los oprimidos. En la medida en que viva el proletariado, Lenin vive.» Así Lenin aparecía como el Cristo de los obreros. Otro propagandista pretendió que «la voluntad del proletariado» había intervenido milagrosamente, como un crucifijo o un botón en el pecho, para desviar las balas de Kaplan e impedir su efecto mortal. Se publicaron poemas que presentaban a Lenin como un mártir enviado por Dios para sufrir por los pobres:

Viniste a nosotros, para aliviar
Nuestro terrible tormento;
Viniste como un dirigente, para destruir
A los enemigos del movimiento de los obreros.
No olvidaremos tu sufrimiento,
Que tú, nuestro dirigente, sufriste por nosotros.
Fuiste un mártir ...

Después del atentado se publicó una biografia de Lenin dirigida a los obreros; con un título que se asocia más fácilmente a los cultos de Stalin o de Mao, *El gran dirigente de la revolución de los trabajadores*, presentaba a Lenin como una figura supremamente sabia, sobrehumana, similar a Dios, querida por todos

los obreros. De un panfleto similar para los campesinos, *El dirigente de los pobres rurales, V. I. Ul'ianov, Lenin*, se imprimieron cien mil copias. Se leía de una manera similar a las «Vidas de Santos», la lectura favorita de los campesinos. Todo tipo de mitos acerca de Lenin, el luchador en pro de la verdad y la justicia, comenzaron a circular entre el campesinado; sus fotografias aparecieron por primera vez en aldeas remotas, a menudo fueron colocadas en el «rincón rojo», el «lugar sagrado» en el interior de la cabaña campesina, donde sustituyeron a los iconos y los retratos del zar.[69]

La asesina fracasada de Lenin, Fanny Kaplan, era una joven judía, antigua anarquista convertida en eserista, que dijo a la Cheka que el complot para asesinarle había sido completamente idea suya. Añadió que Lenin había traicionado a la revolución y que «viviendo más, sólo retrasa la llegada del ideal del socialismo durante décadas». Kaplan compartió celda en la Lubianka con el diplomático británico Bruce Lockhart, al que los bolcheviques también habían arrestado bajo sospecha de estar implicado en la conspiración. Este describió la manera en que Kaplan entró en la celda:

> Iba vestida de negro. Su cabello era negro, y sus ojos, que tenían una mirada fija, presentaban grandes ojeras negras. Su rostro carecía de color. Sus facciones, fuertemente judías, carecían de atractivo. Podría haber tenido cualquier edad entre los veinte y los treinta y cinco años. Supusimos que era Kaplan. Sin duda, los bolcheviques esperaban que ella nos dirigiría alguna señal de reconocimiento.

Pero no lo hizo. Pronto fue trasladada al Kremlin, donde con casi absoluta certeza fue torturada antes de ser fusilada (y sus restos destruidos sin dejar rastro) el 3 de septiembre. Según Angelica Balabanoff, que pronto se iba a convertir en secretaria de la Komintern, Krupskaya lloró pensando que, con Kaplan, había sido asesinado el primer revolucionario por un gobierno revolucionario.[70] Uno se pregunta cuánto lloró por los millares de revolucionarios que pronto iban a ser asesinados en represalia por el atentado sufrido por su esposo.

Aunque Kaplan siempre lo había negado, inmediatamente fue acusada de trabajar para los eseristas y las potencias occidentales.[9] Sin embargo, había otra «prueba» en la teoría paranoica de que una red de enemigos rodeaba al régimen,

y que, si quería sobrevivir, tenía que desencadenarse una constante guerra civil contra ellos. La prensa bolchevique exigió represalias masivas. Tras promover una oleada de adulación centrada en el dirigente bolchevique, no necesitó mucho para convertir esta pasión en un odio violento hacia sus enemigos. La *Krasnaia gazeta*, de circulación masiva, estableció el tono el 1 de septiembre:

> Sin misericordia, mataremos a nuestros enemigos por millares. Que sean millares, que se ahoguen en su propia sangre. Por la sangre de Lenin y de Uritsky habrá mares de sangre burguesa; más sangre, toda la que sea posible.

Peters, el jefe delegado de la Cheka, denunció el disparo de Kaplan contra Lenin como un ataque contra la clase obrera, y dirigió un llamamiento a los obreros para que «aplastaran la hidra de la contrarrevolución» aplicando el terror de masas. El comisario de Asuntos Internos ordenó a los sóviets «arrestar a todos los eseristas inmediatamente» y tomar «rehenes» *en masse* de la «burguesía y los oficiales»: tenían que ser ejecutados «si presentaban la más mínima resistencia».[71] Fue la señal para el inicio del Terror rojo.

El Terror rojo no surgió de la nada. Estaba implícito en el régimen desde el principio. Como Kamenev y sus partidarios habían advertido al partido en octubre, el recurso a gobernar por el Terror era la continuación lógica a la violenta toma del poder de Lenin y a su rechazo de la democracia. Los bolcheviques se vieron progresivamente obligados a utilizar el terror para silenciar a sus críticos políticos y subyugar a una sociedad que no podían controlar por otros medios.

Lenin siempre había aceptado la utilización del terror para «defender la revolución». Era un arma en la «guerra civil». Por supuesto, tuvo buen cuidado de distanciarse en público de las instituciones de terror (otros firmaban las sentencias de muerte), lo que dio pábulo al mito de que Lenin era un «zar» bueno y sensible que no tenía nada que ver con las perversas acciones de sus *oprichniki*. Pero, entre bastidores, Lenin era un paladín fanático del Terror rojo. El 23 de octubre de 1917 el Segundo Congreso de los Sóviets aprobó una resolución propuesta por Kamenev para abolir la pena de muerte. Lenin estaba ausente de la sesión y, cuando se le habló de ello, montó en cólera:

> Qué estupidez. ¿Cómo se puede hacer una revolución sin pelotones de ejecución? ¿Esperáis dominar a vuestros enemigos desarmándoos? ¿Qué otros medios de represión hay? ¿Cárceles? ¿A quién le importan durante una guerra civil?

Lenin contempló el uso del Terror como un medio de la guerra de clases contra la «burguesía». Desde el principio había estimulado el terror de masas de las clases inferiores contra los ricos y los privilegiados con la consigna: «¡Saquead a los saqueadores!». «Tenemos que estimular la energía y la naturaleza popular del Terror», escribió en junio siguiente.[72] Como vimos en el capítulo 11, este terror de masas había proporcionado a los bolcheviques una fuerte base de apoyo entre los pobres que sentían satisfacción al ver a los ricos y a los poderosos caídos sin tener en cuenta si a ellos les beneficiaba. El primitivo sistema de la Cheka estaba perfilado directamente por las iniciativas locales a partir del terror de masas.

Desde su fundación en noviembre de 1917, la Cheka había ido creciendo a trancas y barrancas; cuando se desplazó a su primer cuartel general en Petrogrado, sólo tenía un equipo diminuto, Dzerzhinsky, su jefe, llevaba todos los archivos en un maletín. Pero a finales de marzo, con el traslado del Gobierno a Moscú, la Cheka ocupó el infame edificio de la Lubianka (anteriormente ocupado por los seguros Lloyd); tenía un equipo de más de seiscientas personas que aumentó hasta mil en el mes de junio, sin incluir a las fuerzas de seguridad. Las chekas provinciales se desarrollaron con más lentitud; pero casi todas las provincias y la mayoría de los distritos tenían una sucursal de la Cheka en septiembre, cuando llegó la orden de desencadenar el Terror rojo.[73]

La Cheka era un Estado dentro del Estado. Apenas había algún aspecto de la vida soviética, desde la lucha contra la contrarrevolución a la concesión de licencias para perros, que no cubriera. Desde el principio actuó fuera de la ley; el Comisariado de Justicia luchó en vano para subordinarla a los tribunales. Llamar a la puerta en mitad de la noche, los interrogatorios y el encarcelamiento sin acusación, la tortura y las ejecuciones sumarias, ésos eran los métodos de la Cheka. En palabras de uno de sus fundadores: «La Cheka no es una comisión investigadora, un juzgado o un tribunal. Es un órgano de lucha en el frente interno de la guerra civil [...] No juzga, golpea. No perdona, destruye a todos los que están situados al otro lado de la barricada».[74]

Durante los primeros meses de poder bolchevique la Cheka no fue tan asesina

como lo sería después. Una fuente indica 884 ejecuciones aparecidas en la prensa entre diciembre y julio. La presencia de los eseristas de izquierdas (que se unieron a la Cheka en enero y siguieron en ella incluso después de la dimisión del Sovnarkom en marzo) tuvo una influencia limitadora. Lo mismo sucedió con las protestas públicas, sobre todo de los obreros, cuyas resoluciones de huelga casi siempre condenaban el Terror. Todavía no había llegado la época en que el pueblo viviera bajo el terror de la Cheka. Tómese, por ejemplo, el famoso incidente del Circo de Moscú. Los chekistas que carecían de humor se habían percatado de los chistes antisoviéticos del payaso BimBom e irrumpieron en medio de su actuación para arrestarlo. Al principio la audiencia pensó que formaba parte de la actuación, pero BimBom huyó y los chekistas le dispararon por la espalda; la gente comenzó a gritar y se desató el pánico. Las noticias del tiroteo se esparcieron, provocando condenas públicas del Terror de la Cheka. Centenares de personas asistieron al funeral del payaso, que se convirtió en realidad en una manifestación.[75]

Durante las primeras etapas del Terror los arrestos eran a menudo escasos. Esto se debía a la naturaleza caótica del recientemente surgido estado policial: prácticamente cualquiera podía ser arrestado a partir de una denuncia de un enemigo o por el capricho del jefe de la Cheka local. Todo tipo de personas llenaban las cárceles de la Cheka en los primeros meses. El príncipe Lvov, arrestado por la Cheka en Ekaterinburg, describió a sus compañeros de prisión en febrero como un «público muy abigarrado», que abarcaba desde príncipes y sacerdotes a campesinos corrientes. Incluso un primo de Lenin, Viktor Ardashev, fue arrestado y fusilado por la cheka de Ekaterinburg en enero de 1918. El dirigente bolchevique sólo lo descubrió meses más tarde, cuando ordenó a un funcionario que comunicara sus saludos a Ardashev y se le informó del asesinato. Parece que quería mucho a su primo, pero éste no le correspondía: Ardashev era un kadete prominente de Ekaterinburg y había organizado una huelga del funcionariado civil contra el Gobierno de Lenin.[76]

Dos jalones aparecen en el avance del Terror: la sublevación de los eseristas de izquierdas y el asesinato de la familia imperial.

El primero de los acontecimientos fue uno de los episodios más teatrales de la historia de la revolución. Resumió la ingenuidad de los eseristas de izquierdas; lo notable es que en su momento crucial los eseristas de izquierdas podrían haber

derrocado al régimen bolchevique: pero parece que el éxito no formaba parte de su plan. Este no era un *coup d'État,* sino (de manera similar al propio alzamiento de los bolcheviques en julio de 1917) un acto suicida de protesta para aglutinar «a las masas» contra el régimen. En ningún momento los eseristas de izquierdas pensaron realmente en tomar el poder: sólo «jugaban» a la revolución.

Los ideales que condujeron a los eseristas de izquierdas al Sovnarkom en diciembre parecían hallarse en tela de juicio en junio siguiente. La libertad de los sóviets había sido aniquilada por la dictadura; los intereses del campesinado habían sido aplastados por el monopolio del grano y los *kombedy;* las libertades civiles habían sido eliminadas, junto con la estúpida idea de los eseristas de izquierdas de que, uniéndose a los bolcheviques en el Gobierno, podrían limitar sus abusos de poder. Pero la mayor de sus decepciones fue el Tratado de Brest-Litovsk. Como los comunistas de izquierdas, los eseristas de izquierdas consideraban que el tratado había transformado a Rusia en un vasallo del Imperio alemán, y que su país había renunciado a la única esperanza de extender el socialismo a Occidente mediante una guerra revolucionaria contra los imperialistas. Al firmar la paz, los eseristas de izquierdas acusaron a los bolcheviques de traidores a la revolución y dimitieron del Sovnarkom, aunque permanecieron en la Ejecutiva del Sóviet e, irónicamente, en la Cheka. El conde Mirbach, embajador alemán, que llegó a finales de abril para reanudar las relaciones diplomáticas entre Berlín y Moscú, se convirtió en objetivo de las amenazas terroristas de los eseristas de izquierdas que iban a trastornar la paz.

Su campaña de ruidosa oposición alcanzó el punto álgido en el Quinto Congreso de los Sóviets, que se inauguró en el Teatro Bolshoi el 4 de julio. Dado el desplazamiento de los bolcheviques en los sóviets durante la primavera, los eseristas de izquierdas eran una fuerza importante, aunque sin tantos miembros como habían esperado, y se sospechaba que los bolcheviques habían abarrotado el congreso con sus propios partidarios. Los eseristas de izquierdas pretendieron representar a «las masas» que habían apoyado la «Revolución soviética» pero que se sentían traicionadas por los bolcheviques. Kamkov y Spiridonova, los dos principales dirigentes del partido, denunciaron la política bolchevique. En primer lugar, en su lista se encontraba la «paz vergonzosa» que, según ellos, había vendido a los trabajadores y a los campesinos de Ucrania a los imperialistas alemanes. Se manifestaron en favor de reanudar la guerra revolucionaria y

agitaron sus puños hacia el palco imperial, donde, simbólicamente, se encontraba el conde Mirbach.

Dos días más tarde fue asesinado. Tal acto de terror hacía suponer que iba a acabar con la paz provocando que Alemania atacara Rusia. Como las bombas de los terroristas del siglo XIX, también se pretendía que provocara una revuelta popular contra el régimen. La decisión de asesinar a Mirbach había sido tomada por los eseristas de izquierdas la noche del día 4, tras la primera sesión del congreso, cuando quedó claro que no podrían obtener la mayoría necesaria para provocar un cambio en la política proalemana y anticampesina del Gobierno. Una moción de censura de los eseristas de izquierdas contra los bolcheviques (cuya finalidad era obtener el apoyo de los comunistas) había sido derrotada, y los eseristas de izquierdas abandonaron el lugar. Spiridonova (quien, a pesar de su apariencia delicada, nunca había renunciado a su entusiasmo terrorista) planeó el asesinato de Mirbach. Reclutó a Yakov Bliumkin, un chekista eserista de izquierdas convenientemente encargado del contraespionaje contra los alemanes, y a su fotógrafo, Nikolai Andreev, para realizar el sangriento hecho. En la tarde del día 6 acordaron una reunión con el embajador con el pretexto de discutir el caso de un tal conde Robert Mirbach, que se creía que era un pariente suyo, y al que se había arrestado bajo sospecha de espionaje. Después de una breve conversación, los chekistas sacaron sus revólveres y abrieron fuego. Sus disparos fallaron y Mirbach se dio a la fuga. Pero Bliumkin le arrojó una bomba que le produjo heridas mortales. Los dos hombres escaparon por una ventana, Bliumkin con una bala en la pierna, y huyeron en un coche que les esperaba en dirección al cuartel Pokrovsky del Destacamento de Combate de la Cheka, mandado por Dmitri Popov, otro prominente eserista de izquierdas de la Cheka, que se convirtió en el cuartel general del alzamiento. Lenin inmediatamente pidió disculpas por el asesinato en la embajada alemana. Nunca antes en la historia diplomática un jefe de Estado ruso se había visto humillado de esta manera.

Esa misma tarde Dzerzhinsky fue al cuartel Pokrovsky y exigió que le entregaran a Bliumkin y Andreev para proceder a su arresto. Pero el destacamento de combate de la Cheka le arrestó a él en su lugar y declaró su compromiso con el alzamiento. Los insurgentes ocuparon entonces el cuartel general de la Cheka en la Lubianka, y capturaron a Latsis, el sustituto de Dzerzhinsky. No se trataba de un levantamiento callejero, sino de un golpe palaciego en el interior de la Cheka: fue posible gracias a la negligencia poco

usual entre los bolcheviques. Se había permitido a los eseristas de izquierdas que ocuparan siete de los veinte puestos del Colegio de la Cheka, Dzerzhinsky había nombrado al eserista de izquierdas Alexandrovich su propio delegado y le había permitido organizar el Destacamento de Combate como si fuera una unidad que perteneciera exclusivamente a los eseristas de izquierdas. La noche del día 6 Alexandrovich (que según Spiridonova desconocía la conjura para asesinar a Mirbach y sólo se había unido a la sublevación el mismo día 6) asumió el mando de las tropas insurgentes.

En ese momento prácticamente nada impedía que los eseristas de izquierdas se hicieran con el poder. Contaban con dos mil hombres bien armados en la capital frente a los setecientos leales al régimen. El núcleo de los fusileros letones, la única fuerza de choque que había en la capital y en la que podían confiar los bolcheviques, había estado celebrando el día de San Juan en el Campo de Jodynka, escenario del desastre acontecido durante la coronación del último zar en 1896, en las afueras de la ciudad. Los letones no podían regresar a Moscú a causa de la niebla, de la lluvia torrencial y de las tormentas. Lenin estaba sumido en un estado de pánico profundo: como Kérensky en Octubre, no tenía tropas con que defender al régimen. Vatsetis, comandante letón encargado de la defensa del Gobierno, recuerda que fue llamado después de medianoche al Kremlin, donde «la atmósfera era similar a la del frente de guerra». Lo primero que le preguntó Lenin fue: «Camarada, ¿podemos resistir hasta mañana?».[77]

Pero los eseristas de izquierdas no mostraron interés en aprovechar hasta el final su ventaja militar. Estaban mucho menos interesados en conseguir el poder para sí que en provocar un levantamiento popular que obligara a los bolcheviques a cambiar su política. Los eseristas de izquierdas desconocían en qué acabaría esta sublevación: les encantaba dejarla en manos de la «creatividad revolucionaria de las masas». Eran los «poetas de la revolución» y, como todos los poetas, eran anarquistas de corazón. En cada etapa de su relación con los bolcheviques, los eseristas de izquierdas habían sido engañados por ellos; e incluso ahora, cuando los tenían a su merced, no tardaron en dejarse ganar. En lugar de marchar sobre el Kremlin, acudieron al Teatro Bolshoi, donde estaba reunido en sesión el Congreso de los Sóviets. Spiridonova pronunció un discurso largo e histérico denunciando al régimen bolchevique. Mientras hablaba, los guardias que velaban por la seguridad del congreso rodearon el edificio y bloquearon todas las salidas. Se permitió a los delegados bolcheviques marcharse, pero todos los demás fueron arrestados. Los eseristas de izquierdas

habían caído en una trampa.

Esa noche los bolcheviques volvieron a tomar la Lubianka. A primera hora de la mañana, las fuerzas de Vatsetis vencieron al Destacamento de Combate del cuartel Pokrovsky. Vatsetis fue recompensado por los agradecidos bolcheviques con diez mil rublos y el mando del frente oriental; en septiembre recibió el mando de todo el Ejército Rojo. Y sin embargo, los eseristas de izquierdas fueron menos derrotados por él que por ellos mismos. Como su propio camarada de partido Steinberg señaló, fueron derrotados «no porque sus dirigentes no fueran suficientemente valientes, sino porque no entraba en absoluto dentro de sus propósitos el derrocar al Gobierno».

Varios centenares de rebeldes fueron arrestados, Alexandrovich y otros doce dirigentes del Destacamento de Combate fueron sumariamente ejecutados el día 7. La mayoría de los otros dirigentes de los eseristas de izquierdas fueron encarcelados y juzgados en noviembre, cuando, dado el clima de la época, recibieron sentencias extraordinariamente benévolas (algunos bolcheviques no deseaban en absoluto castigarlos) y, ciertamente, más tarde se beneficiaron de una amnistía. Spiridonova fue sentenciada a un año de prisión, y después amnistiada, para volver a ser arrestada de nuevo en febrero de 1919, declarada loca y encarcelada en los cuarteles del Kremlin. Pero escapó pronto, tras ganarse la simpatía de sus guardianes. Bliumkin también se las arregló para escapar y más tarde se unió a los bolcheviques. Como partido, los eseristas de izquierdas estaban acabados después del alzamiento fracasado de julio. Sus activistas fueron expulsados de los sóviets y obligados a pasar a la clandestinidad. Centenares de ellos fueron encarcelados o ejecutados.[78] Otros, que se habían opuesto al alzamiento de julio, se separaron para formar un nuevo partido denominado los Comunistas Revolucionarios. Con la desaparición de los eseristas de izquierdas, los únicos que habían frenado la actuación ilegal de la Cheka, comenzó una nueva oleada de terror. Es una ironía, dada su implicación en la Cheka, que los eseristas de izquierdas fueran sus primeras víctimas.

Después de su abdicación en marzo de 1917, Nikolai Romanov (como se le llamaba ahora) había sido mantenido bajo arresto domiciliario (o más bien palaciego) junto a su familia y su séquito en Tsarskoe Selo. Aparte de la limitación de movimientos, sufrieron pocas privaciones: el elevado coste de la alimentación de todos ellos se ocultó a la prensa por temor a una reacción popular.[79] Sus vidas en esos meses no se diferenciaron de una larga fiesta en una casa eduardiana; con la única diferencia de que los «invitados de la casa»

estaban confinados en ciertas habitaciones y, en lugar de la cacería habitual, tenían que limitarse a un breve paseo alrededor del jardín vigilado por los guardias.

Nicolás no mostró señales reales de haber perdido el poder. A juzgar por sus diarios, estos fueron algunos de los días más felices de toda su vida. Liberado de las obligaciones del cargo, que siempre había soportado con desagrado, ahora era libre para llevar el estilo de vida privada burgués que siempre había deseado. Kérensky, que visitó al antiguo zar en varias ocasiones en Tsarskoe Selo (la zarina insistía en llamarle Kedrinsky), escribió más tarde que «todos aquellos que le contemplaban en su cautividad decían unánimemente que por regla general Nicolás II parecía estar de muy buen humor y aparentaba disfrutar de su nueva forma de vida. Parecía que hubiera caído de sus hombros una pesada carga y ahora se sentía enormemente aliviado». Nicolás llenó estos días tranquilos con su familia jugando al dominó, leyendo en voz alta *El conde de Montecristo,* haciendo tareas de jardinero, remando, jugando al tenis y orando. Nunca antes había dormido tan bien.[80]

La primera etapa de su cautividad concluyó a mediados de agosto, cuando la familia imperial fue evacuada a la ciudad siberiana de Tobolsk. Kérensky estaba preocupado por su seguridad personal. Siempre había existido un peligro real de que la turba encolerizada irrumpiera en el palacio y llevara a cabo una salvaje venganza sobre el antiguo zar: se había producido ya un intento en marzo, realizado por un grupo de soldados de Petrogrado. Este peligro pareció incrementarse durante los días de julio. Inicialmente se había tenido la intención de enviar al zar y a su familia a Inglaterra, donde Jorge V, primo de Nicolás, le había invitado en marzo. Pero el Sóviet de Petrogrado se había opuesto testarudamente a la idea, insistiendo en que el antiguo zar debía ser encarcelado en la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Además, Jorge V retiró su invitación por miedo a enemistarse con el Partido Laborista, aunque esto fue mantenido en secreto durante largo tiempo por los avergonzados Windsor. Se resolvió, por lo tanto, enviarlos a Tobolsk, un lejano paraje de provincias apartado de la influencia de la revolución, donde contaban con una residencia relativamente cómoda en la casa del antiguo gobernador. Además de las numerosas damas y caballeros de su séquito, acompañaban a la familia imperial dos mayordomos, seis camareras, diez sirvientes, tres cocineros, cuatro ayudantes de cocina, un mayordomo, un vinatero, una enfermera, un conserje, un barbero y dos perros *spaniel.*[81]

La situación de los antiguos monarcas cambió para peor en los primeros meses de 1918. Se percataron de ello por la creciente rudeza de sus guardianes, las progresivas restricciones de sus movimientos y la supresión de lujos como la mantequilla y el café, que hasta entonces habían sido habituales. Los cambios se relacionaban con la evolución de los acontecimientos en la cercana ciudad industrial de Ekaterinburg. Un congreso de los sóviets de la región de los Urales celebrado allí en febrero había elegido un presidium bolchevique dirigido por Fillip Goloshchekin, un bolchevique veterano y amigo de Sverdlov. Los bolcheviques de Ekaterinburg eran bien conocidos por su militancia; eran hostiles a la comodidad con que había sido mantenido el zar durante tanto tiempo y tenían la firme determinación de que estuviera bajo su propio control; algunos para encarcelarlo, otros para ejecutarlo.

Goloshchekin pidió a Sverdlov que dejara al zar bajo su protección, con la pretensión de que en Tobolsk era mayor el peligro de que pudiera escapar. Había rumores de varias conjuras monárquicas (algunos de ellos auténticos, algunos imaginados y otros inventados) para liberar a la familia imperial. Sverdlov no se negó (con los bolcheviques de los Urales no se podía andar jugando), pero, de hecho, existía un plan secreto, ordenado por el Comité Central, para llevar al zar a Moscú, donde Trotsky planeaba un gran proceso público contra él, al estilo de Luis XVI, con él mismo en el papel de fiscal. Trotsky proponía «un juicio abierto que desplegara un retrato de todo el reinado (política campesina, trabajo, nacionalidades, cultura, las dos guerras, etcétera). Los procedimientos serían difundidos a toda la nación por radio; en las aldeas se leerían y se comentarían diariamente las informaciones sobre el proceso».[82] Con esta finalidad en mente, a primeros de abril Sverdlov ordenó al comisario Vasilii Yakovlev que condujera a Moscú a Nicolás, y, si era posible, al resto de la familia vivos. Se dijo a Yakovlev que viajara vía Ekaterinburg para no levantar sospechas entre los bolcheviques, que, si descubrían su verdadera misión, secuestrarían y ejecutarían al antiguo zar. Ciertamente, en abril el Sóviet de la región de los Urales aprobó una resolución a tal efecto; y Zaslavsky, uno de los comisarios de Ekaterinburg, preparó una emboscada para secuestrar al zar. «No vamos a perder el tiempo con los Romanov —dijo Zaslavsky a Yakovlev al llegar a Tobolsk—: acabaremos con ellos.»[83]

El viaje desde Tobolsk a Ekaterinburg iba a estar lleno de riesgos. El deshielo primaveral estaba empezando e inundaba los caminos; y el zarevich, cuya hemofilia había reaparecido, estaba demasiado enfermo para realizar ningún

desplazamiento. Moscú ordenó a Yakovlev que dejara al resto de la familia detrás y saliera sólo con el antiguo zar. Pero Alejandra no se separaba de Nicolás, y al final los dos salieron juntos, pero no los cuatro hijos (que partirían más tarde), en carruajes abiertos hacia Tiumen, el nudo ferroviario más cercano, situado a doscientos setenta kilómetros. Por el camino atravesaron Pokrovskoe, la aldea natal de Rasputin. Alejandra anotó en su diario: «Estuve un buen rato delante de la casa de nuestro amigo, vi a su familia y a sus amigos mirándonos por la ventana».[84]

Ya en el tren en Tiumen, Yakovlev empezó a sospechar de los bolcheviques locales; había oído que un destacamento de caballería estaba planeando atacar el tren cuando se dirigiera a Ekaterinburg y secuestrar a sus pasajeros regios (la «carga», como se refería a ellos en sus mensajes codificados enviados a Moscú). De modo que dio un rodeo vía Omsk hacia el este. Esto aumentó las sospechas de los bolcheviques de Ekaterinburg de que intentaba salvar al zar, quizá llevándoselo a Japón. A continuación se produjo una batalla de telegramas, con Yakovlev y Goloshchekin urgiendo a Sverdlov en Moscú para que les entregara el control exclusivo del antiguo zar. Sverdlov en esta ocasión aceptó la petición de Goloshchekin, y ordenó a Yakovlev que regresara y se dirigiera a Ekaterinburg. Parece que la afirmación de Goloshchekin en el sentido de asegurar que la familia imperial no recibiría ningún daño fue suficiente para persuadir a Sverdlov para dejar que el poderoso jefe del partido finalmente se saliera con la suya. «He llegado a un acuerdo con la gente de los Urales —cablegrafió Sverdlov a Yakovlev—. Han tomado medidas y otorgado garantías.» Yakovlev aceptó, pero previó que, si el antiguo zar era llevado a Ekaterinburg, probablemente nunca saldría vivo. Sverdlov no contestó.[85]

La familia imperial llegó a Ekaterinburg el 30 de abril (el resto de la familia los siguió el 23 de mayo). Fueron recibidos en la estación por una turba encolerizada y encerrados en una gran casa blanca incautada el día anterior a Nikolai Ipatev, un hombre de negocios retirado. Los bolcheviques la llamaron «la casa del destino especial», y allí fue donde murieron los Romanov. El régimen de la casa fue estricto y humillante. Se levantó una gran verja alrededor para evitar la comunicación con el mundo exterior. Más tarde se pintaron las ventanas. Los guardias eran hostiles. Acompañaban a la emperatriz y a sus hijas al retrete; garrapateaban obscenidades en los muros, y se hicieron con las pertenencias de los prisioneros, almacenadas en el cobertizo del jardín. Excepto para comer, los prisioneros se vieron confinados a sus habitaciones. Para matar

el tiempo, Nicolás, por primera vez en su vida, leyó *Guerra y paz.*

Fue durante la primera semana de julio cuando se tomó la decisión de ejecutar a todos los Romanov cautivos. Hasta su hundimiento final, el régimen soviético insistió siempre en que el asesinato fue llevado a cabo por única iniciativa de los bolcheviques de Ekaterinburg. Pero han aparecido pruebas en los archivos que muestran concluyentemente que la orden procedió de los dirigentes del partido en Moscú. Esto, de hecho, fue conocido en Occidente a partir de una entrada en el diario de Trotsky de 1935 en la que recordaba una conversación con Sverdlov poco después del asesinato:

> Hablando con Sverdlov le pregunté de pasada: «A propósito, ¿dónde está el zar?». «Se acabó —contestó—. Le han fusilado.» «¿Y dónde está su familia?» «A la familia le ha pasado lo mismo que a él.» «¿A todos?», pregunté aparentemente con aspecto de sorpresa. «A todos —contestó Sverdlov—. ¿Por qué?» Esperó mi reacción. No respondí. «¿Y quién decidió el asunto?», pregunté. «Lo decidimos aquí. Ilich [Lenin] pensó que no debíamos dejar a los blancos una bandera viviente, especialmente bajo las presentes circunstancias difíciles...» No hice más preguntas y consideré cerrada la cuestión.

Las nuevas pruebas procedentes de los archivos proporcionan más detalles. Goloshchekin llegó a Moscú a finales de junio para el Quinto Congreso de los Sóviets. Su punto de vista acerca de que los Romanov deberían ser asesinados era bien conocido. Tuvieron lugar algunas consultas con Lenin, y en principio la idea fue aceptada sin concretar la fecha. El 16 de julio Goloshchekin, tras haber regresado a Ekaterinburg, envió un telegrama cifrado a Sverdlov y a Lenin, vía Zinoviev, informándoles de que la ejecución tenía que ser llevada a cabo sin retraso «debido a circunstancias militares».[87] La Legión Checa había rodeado la ciudad y, con sólo unos pocos centenares de guardias rojos a su disposición, los bolcheviques locales no encontraban el momento oportuno de evacuar con seguridad a la familia imperial. Ese mismo día, Moscú confirmó vía Perm que la ejecución tenía que seguir adelante de manera inmediata. La confirmación pudo proceder directamente del propio Lenin.[88]

¿Por qué los bolcheviques aceptaron la idea del asesinato, cambiando su primera decisión de juzgar a Nicolás en Moscú? Las consideraciones militares

eran ciertamente reales, en contra de lo que muchos historiadores han dicho. Los checos capturaron Ekaterinburg el 25 de julio, ocho días después del asesinato; pero podrían haberlo hecho varios días antes, puesto que rodeaban la ciudad y tenían muchas más fuerzas que los rojos. Pero es dudoso que ellos, o cualquiera de los blancos, deseara convertir a una figura tan triste y desacreditada como Nicolás en su «bandera viva». Un zar mártir era más útil para ellos que uno vivo pero políticamente muerto. Denikin y Kolchak fueron lo suficientemente inteligentes para darse cuenta de que una restauración monárquica resultaba implanteable después de 1917, aunque ambos contaban con asesores monárquicos. Quizá los bolcheviques no comprendieron esto; quizá fueron víctimas de su propia propaganda al creer que todos los blancos eran monárquicos.

Pero incluso así, no queda duda de que el asesinato se produjo también por otras razones. Los dirigentes del partido estaban en esa época reconsiderando la oportunidad de celebrar un juicio. No es que existiera alguna posibilidad de que el antiguo zar fuera declarado inocente. Trotsky era un maestro del juicio político, como ya demostró en el suyo propio de 1906, y, sin duda, de nuevo demostraría con su lógica brillante cómo, en calidad de autócrata que pretende tener el derecho a gobernar de forma personal, Nicolás era culpable de los crímenes cometidos durante su régimen. Tampoco se permitiría al antiguo zar la gentileza legal de una defensa con abogados capacitados: los equivalentes rusos de Malesherbes y de Séze (los abogados del proceso de Luis XVI) estaban todos en prisión o en el exilio en esa época. Se trataba más bien de un problema más profundo (el mismo que había planteado SaintJust en contra del proceso de Luis XVI: sentar al depuesto monarca en el banquillo significaba la presunción de su inocencia; en tal caso, se sojuzgaría la legitimidad moral de la revolución. Juzgar a Nicolás significaría también juzgar a los bolcheviques. Este reconocimiento fue el punto de partida del ámbito de la ley al ámbito del Terror. Al final no se trataba de probar la culpabilidad del antiguo zar (después de todo, como había señalado SaintJust, «no se puede reinar inocentemente»), sino de eliminarlo como fuente rival de legitimidad; Nicolás tenía que morir para que el poder soviético pudiera vivir.

El 4 de julio la Cheka local se responsabilizó de vigilar a los Romanov en la casa Ipatev. Yakov Yurovsky, jefe de la Cheka local que dirigió el pelotón de ejecución, fue uno de los lugartenientes que merecían una mayor confianza de Lenin (despiadado, honrado, inteligente y cruel). Su hermano decía que

«disfrutaba oprimiendo a la gente».[89] El asesino del zar era también judío; un hecho que los judíos pagarían en el futuro. La noche del asesinato, del 16 al 17 de julio, en torno a la una y media de la madrugada, Yurovsky despertó al médico del zar y le ordenó que levantara al resto de los prisioneros. A las dos, once de ellos fueron conducidos hacia el sótano. Nicolás llevaba al zarevich seguido por la emperatriz y sus hijas, el médico del zar y el resto del séquito. Anastasia llevaba al *spaniel King Charles Joy.* A petición suya llevaron dos sillas para la emperatriz y Alexis, que se estaba recuperando de un ataque reciente de hemofilia. Ninguno de ellos parecía consciente de lo que iba a suceder: se les había dicho que se había producido algún tiroteo en la ciudad y que era más seguro para ellos quedarse en el sótano. Al cabo de unos pocos minutos, Yurovsky entró en la habitación con un pelotón de ejecución, seis húngaros, usualmente descritos como «letones», y cinco rusos. Se había ordenado a cada uno que disparara sobre una víctima en concreto. Pero cuando entraron en la habitación se dio la circunstancia de que no estaban enfrente de la persona correcta y la habitación resultaba demasiado pequeña, con los asesinos y las víctimas prácticamente dándose de narices, para que se realizaran los cambios necesarios: en parte esto fue lo que produjo la confusión que tuvo lugar a continuación. Yurovsky leyó la orden de fusilar a los Romanov. Nicolás le pidió que la repitiera. Sus últimas palabras fueron: «¿Qué? ¿Qué?». Después comenzó el tiroteo. Yurovsky disparó a Nicolás a bocajarro con un Colt. La emperatriz también murió instantáneamente. Las balas rebotaron por la habitación, que quedó llena de humo. Cuando concluyó el tiroteo, después de varios minutos, Alexis seguía vivo en un charco de sangre: Yurovsky lo remató con dos tiros en la cabeza. Anastasia, que también mostraba signos de vida, fue atravesada varias veces con una bayoneta.[90]

Dadas todas las pruebas que han salido a la luz, resulta inconcebible que alguno de los Romanov sobreviviera a este trance. Después del asesinato los cuerpos fueron llevados en un camión y depositados en una serie de pozos de extracción cercanos. Resultaron poco profundos para ocultar los cuerpos, y al día siguiente fueron trasladados. Pero en el camino hacia algunas minas más profundas el camión se atascó en el barro y se decidió enterrar los cadáveres allí mismo. Se derramó ácido sulfúrico sobre los rostros para ocultar la identidad de los cadáveres en caso de que fueran descubiertos. Esto demostró ser innecesario, y además no fue efectivo. Las tumbas no fueron descubiertas hasta después del hundimiento del régimen soviético. Para entonces, el análisis del ADN de los

huesos, que fue enviado a Gran Bretaña en 1992, bastó para establecer más allá de cualquier duda que pertenecían a los Romanov.[91]

Las noticias de la ejecución le llegaron a Lenin al día siguiente, durante una sesión del Sovnarkom. Los comisarios del pueblo entablaban una discusión detallada del borrador de decreto para la protección de la salud cuando Sverdlov entró con las noticias. El breve anuncio de la muerte del zar fue recibido con un silencio general. Después Lenin dijo: «Ahora procederemos a leer el borrador del decreto, artículo por artículo».[92]

El anuncio oficial apareció en *Izvestiia* el 19 de julio. Mencionaba sólo la muerte del antiguo zar, y afirmaba que «la esposa e hijo de Nicolás Romanov habían sido enviados a un lugar seguro». Los bolcheviques, al parecer, temían reconocer el asesinato de los niños y los sirvientes (todos ellos, a fin de cuentas, inocentes), pues les haría perder popularidad. Pero, de hecho, la reacción popular fue notablemente reducida. «La población de Moscú recibió las noticias con una indiferencia sorprendente», notó Lockhart. Los rumores de que el resto de la familia había sido asesinada provocaron pocas emociones. Sólo los monárquicos se sintieron conmovidos.

Brusilov, monárquico de corazón y republicano sólo de pensamiento, se negó a creer la veracidad de los rumores y rezaba cada noche por los «Romanov desaparecidos». La mentira siguió circulando hasta 1926, cuando la publicación en París del libro de Sokolov, *El asesinato de la familia imperial,* basado en los hallazgos de una comisión nombrada por Kolchak, no permitió que fuera sostenible. Pero mientras tanto había nacido la leyenda de que quizá no todos los Romanov habían muerto. Es una leyenda que todavía hoy sigue viva, a pesar del inmenso peso de las pruebas que hay en contra. Todo esto demuestra que hay más interés (y más beneficio) en la ficción que en la historia.[93]

¿Por qué el asesinato de los Romanov ha asumido tal significado en la historia de la revolución? Sólo afectó a unos pocos individuos, mientras que las revoluciones conciernen a millones. Este es el argumento de los historiadores marxistas, que han tendido a tratar este episodio como un aspecto marginal de poca importancia en relación con el acontecimiento principal. E. H. Carr, por ejemplo, no le dedicó más que una sola frase en su historia de la revolución en tres volúmenes. Pero esto es perder de vista el profundo significado del asesinato. Fue una declaración del Terror. Fue una declaración de que desde ese momento los individuos no significarían nada en la guerra civil. Trotsky manifestó una vez: «Tenemos que acabar de una vez por todas con esa charla

papista-cuáquera acerca de la santidad de la vida humana». Y eso es lo que hizo la Cheka. Poco después del asesinato Dzerzhinsky dijo a la prensa:

> La Cheka es la defensa de la revolución como lo es el Ejército Rojo; al igual que en la guerra civil el Ejército Rojo no puede pararse a preguntar si daña a algún individuo particular, sino que debe tener sólo en cuenta una cosa, la victoria de la revolución sobre la burguesía, de la misma manera la Cheka tiene que defender la revolución y vencer al enemigo incluso si su espada cae ocasionalmente sobre las cabezas de los inocentes.[94]

Los bolcheviques asesinaron a otros Romanov después de la ejecución del antiguo zar. Seis miembros de la antigua dinastía fueron asesinados la noche siguiente en Alapaevsk, en el norte de los Urales. Pero en cierto sentido sus muertes sólo fueron una pequeña parte del Terror rojo.

Uno de los aspectos más espantosos del Terror fue su naturaleza aleatoria. Una llamada en la puerta a medianoche podía sucederle a casi cualquier persona. Los bolcheviques justificaron el Terror como una guerra civil contra los contrarrevolucionarios. Pero nunca dejaron claro quiénes eran esos «contrarrevolucionarios». Ciertamente, en la medida en la que el Terror fue provocado por el propio miedo paranoico del régimen que se sentía rodeado de enemigos hostiles que se conjuraban para derrocarlo (desde este punto de vista la conjura de Kaplan podía interpretarse como una parte de la oposición eserista y menchevique, la reacción de la Guardia blanca, la intervención aliada, el levantamiento de Savinkov en Yaroslavl, los levantamientos campesinos y las huelgas obreras), casi cualquier cosa podía ser calificada como «contrarrevolucionaria». En este sentido el Terror fue una guerra desencadenada por el régimen contra la totalidad de la sociedad, un medio de aterrorizarla para someterla. «El terror —escribió Engels— son crueldades innecesarias perpetradas por hombres aterrorizados.»

Un recorrido por las cárceles de la Cheka mostraba un amplio abanico de gente distinta. Un antiguo recluso de la prisión de Butyrka, en Moscú, recuerda haber visto a políticos, antiguos jueces, comerciantes, mercaderes, funcionarios, prostitutas, niños, sacerdotes, profesores, estudiantes, poetas, obreros y campesinos disidentes; en resumen, una versión reducida de la propia sociedad.

Gippius, la poetisa de Petrogrado, escribió que «literalmente no existía una sola familia a la que no le hubieran arrebatado, quitado o hecho desaparecer a alguien» como resultado del Terror rojo, y en los círculos en que ella se movía esto es casi realmente cierto.[95]

Muchas de las víctimas de la Cheka eran «rehenes burgueses» detenidos sin cargo y retenidos a la espera de su ejecución sumaria en represalia por algún supuesto acto contrarrevolucionario. Por supuesto, la mayoría de ellos no eran «burgueses» en absoluto. Las redadas eran demasiado burdas para eso; a veces consistían en el arresto aleatorio de gente que estaba en un tramo de calle bloqueado a cada extremo por los guardias de la Cheka. Se arrestaba a la gente simplemente por estar cerca del escenario de una «provocación burguesa» (es decir, un tiroteo o un crimen); o por ser parientes y conocidos de sospechosos «burgueses». Un anciano fue arrestado porque durante una redada general la Cheka le encontró una fotografia de un hombre con uniforme cortesano: era un retrato de la década de los años setenta del siglo anterior de un pariente muerto. Mucha gente era arrestada porque alguien (y con uno bastaba) los había denunciado como «burgueses contrarrevolucionarios». Tales denuncias a menudo surgían de pequeñas controversias y venganzas personales. Yakov Joelson, por ejemplo, un inspector militar, fue arrestado en noviembre cuando dos personas se saltaron la cola por delante de él en la Ópera de Moscú. Gritaron «provocación» y se quejaron al portero de que Joelson y otros dos se habían saltado la cola. Se llamó a la Cheka y Joelson fue arrestado. Nikolai Kocharguin, un pequeño funcionario, fue arrestado el mismo mes después de una discusión con un compañero de trabajo que le había devuelto un préstamo en cupones falsos. Kocharguin fue a la Cheka a quejarse, y lo arrestaron al día siguiente porque su deudor le denunció por traficante de cupones falsificados.[96]

Los arrestos arbitrarios fueron particularmente comunes en provincias, donde los jefes de la Cheka local actuaban «por iniciativa propia» y llevaban a cabo sus propias guerras civiles de terror. Pero el principio instado por Lenin (de que era mejor arrestar a un centenar de inocentes que correr el riesgo de dejar en libertad a un enemigo del régimen) aseguró que los arrestos globales e indiscriminados se convirtieran en parte general del sistema. Peshejonov, ministro de alimentos de Kérensky, que estuvo recluido en la cárcel de la Lubianka, recuerda una conversación con un compañero de prisión, un sindicalista de Vladimir que no podía trabajar porque había sido arrestado. Todo lo que había hecho era ir a Moscú y entrar en un hotel. —¿Cómo se llama? —preguntó otro prisionero. —

Smirnov —contestó; uno de los nombres rusos más comunes. —Entonces el nombre es la causa de su arresto —dijo un hombre que se les acercó—. Permítame presentarme. Yo también me llamo Smirnov y soy de Kaluga. En la Taganka había otros siete Smirnov, y dicen que hay muchos más en la Butyrka... en la Taganka de alguna manera se las arreglaron para encontrar a un tal Smirnov, un bolchevique de Kazán que había desaparecido con una gran suma de dinero. Se notificó a Moscú y se dieron órdenes a la milicia para arrestar a todos los Smirnov que llegaran a Moscú y que los enviaran a la Cheka. Están intentando coger al Smirnov de Kazán. —Pero yo nunca he estado en Kazán —protestó el Smirnor de Vladimir. —Ni yo tampoco —contestó el de Kaluga—. Ni siquiera soy bolchevique ni tengo la menor intención de serlo. Pero aquí estoy.[97]

Leyendo las cartas de las familias de las víctimas dirigidas a Dzerzhinsky, podemos apreciar la tragedia humana que había detrás de cada arresto. Elena Moshkina escribió el 5 de noviembre. Su esposo, Volodya, de veintisiete años, ingeniero del Sóviet de Moscú, había sido encarcelado como «rehén burgués» en la Butyrka porque se decía que pertenecía a la Unión de Propietarios de Casas. Moshkin se había afiliado a la unión por su madre; pero su casa había sido vendida en 1911 y desde entonces él había dimitido. Elena solicitó ocupar su lugar en la cárcel porque tenían dos niños pequeños que mantener y sólo contaban con el salario de Volodya para vivir. No podían pagar los cinco mil rublos que les exigía el jefe de la Cheka local, que había admitido carecer de pruebas contra su esposo y que era simplemente «un rehén de los ricos». La carta de Moshkina no sirvió de nada: fue marcada con un lápiz rojo con las palabras PARA EL ARCHIVO.[98]

Liubov Kuropatkina escribió a Dzerzhinsky el 18 de noviembre. Su esposo, Pavel, había sido encarcelado como «rehén burgués» en Pskov. Los soldados de su regimiento le habían elegido dos veces como oficial, una vez después de febrero y otra después de octubre, a pesar de su grado zarista de cabo y de su avanzada edad (sesenta y ocho años). Había dirigido al regimiento en las alturas de Pulkovo contra las tropas de Kérensky después de que los bolcheviques conquistaran el poder. Por esto, los soldados le habían permitido conservar sus ahorros, cincuenta mil rublos, que después donó al Sóviet de Krasnoe Selo. En abril de 1918 Kuropatkin cayó enfermo de malaria y la pareja se retiró a una aldea cercana a Pskov para cultivar un pequeño terreno. Había sido arrestado antes de la primera cosecha, y ahora su esposa había quedado sola para alimentar

a siete niños pequeños y a su muy anciano padre. Tenía dos hijos crecidos en el Ejército Rojo, y otro que había desaparecido como prisionero de guerra en Hungría. «Mi propia salud siempre ha sido mala, no puedo realizar trabajos físicos, y la preocupación constante por la seguridad de mi esposo me ha destrozado. No puedo recorrer las sesenta *versty* que hay hasta la cárcel de Jolm para visitarlo.» Su carta también fue marcada PARA EL ARCHIVO.[99] Nadezhda Brusilova fue otra persona que escribió cartas a Dzerzhinsky. Brusilov había sido arrestado poco después de la medianoche del 13 de agosto y encarcelado en la Lubianka. Su apartamento debió de estar vigilado, porque a primera hora de esa noche se acercaron a él dos agentes del Komuch que le ofrecieron una gran suma de dinero para que se fuera con ellos a Samara y les ayudara a dirigir el bisoño Ejército del Pueblo. Brusilov se negó; pero esto no evitó que lo arrestaran (ni que fusilaran a los agentes del Komuch). Durante la incursión los chekistas confiscaron todas las medallas de Brusilov: para él debió de ser un tormento perder los recuerdos de su desgarrado pasado. Brusilov nunca fue objeto de acusaciones. Se le dijo a Nadezhda que ni siquiera había estado arrestado, sino que sólo fue «cogido prisionero» para evitar que cayera en manos de los oponentes del régimen. «Su nombre es demasiado popular», le dijo un chekista. El propio Dzerzhinsky explicó a Brusilov que había sido detenido porque tenían «pruebas» de que Lockhart planeaba desencadenar un golpe en Moscú y convertir al general en «dictador». Brusilov contestó que nunca se había entrevistado con el agente británico, a lo que Dzerzhinsky respondió con sinceridad: «Es lo mismo, no podemos asumir el riesgo; la gente se agruparía en torno a su nombre». Cuando Brusilov preguntó qué podía hacer para acelerar su liberación, el dirigente de la Cheka volvió a ser franco: «Escriba sus memorias sobre el antiguo Ejército e insulte al antiguo régimen». El viejo general fue liberado finalmente en octubre, pero quedó en situación de arresto domiciliario. Es una prueba del sufrimiento que debió de experimentar, sin ninguna medicina para su pierna enferma, que incluso este gran patriota suplicara a sus captores que les dejaran a él y a su familia salir de Rusia y establecerse en «algún país neutral».[100]

Las condiciones en las prisiones de la Cheka eran generalmente mucho peores que en cualquier prisión zarista. Una inspección del Gobierno de la cárcel moscovita de Taganka en octubre de 1918, por ejemplo, descubrió que las celdas estaban abarrotadas, que no había agua, que las raciones y la calefacción eran escandalosamente insuficientes, y que las aguas residuales se acumulaban en el

patio. Casi la mitad de los mil quinientos reclusos eran enfermos crónicos, el 10 por ciento de ellos con tifus. Había cadáveres en las celdas. La fortaleza de San Pedro y San Pablo, ese gran símbolo del estado carcelario zarista, era ahora un lugar todavía más sobrecogedor. El menchevique Dan, encarcelado allí en 1896, volvió a encontrarse entre sus rejas en primavera de 1921; donde antes había un hombre por celda, ahora había dos o tres; y se encarceló allí a las mujeres por primera vez. Dan estuvo recluido con centenares de presos en el sótano, donde antes se almacenaron las reservas de alimentos. Cuatro hombres compartían cada celda diminuta. Las paredes «rezumaban humedad», no había luz y los prisioneros, a los que se daba de comer sólo una vez al día, nunca tenían permiso para salir fuera a hacer ejercicio.[101] Comparado con esto, el antiguo régimen carcelario de la fortaleza había sido un campo de recreo. Antes de 1917 sus reclusos podían recibir comida y cigarrillos, ropa, libros y cartas de sus parientes.

Muchas de las técnicas más famosas de la Cheka las heredaron de la policía zarista. El uso de provocadores, soplones y métodos de tortura para arrancar confesiones y denuncias procedían directamente del libro de la Ojrana. No resulta sorprendente, y no sólo porque, en palabras de Flaubert, «en cada revolucionario hay un gendarme oculto». Los bolcheviques habían estado en las cárceles zaristas durante años; literalmente, habían aprendido el sistema desde dentro, y ahora lo aplicaban como una venganza. Dzerzhinsky había pasado la mitad de su vida adulta en prisiones y campos de trabajo zaristas antes de convertirse en jefe de la Cheka. No sorprende que infligiera sobre sus víctimas la misma crueldad que había sufrido en aquellos años. El odio y la indiferencia hacia el sufrimiento humano aparecían en grados diversos en las mentes de todos los dirigentes bolcheviques; y esto, sin duda, formaba parte de un legado de sus años de prisión.

El ingenio de los métodos de tortura de la Cheka sólo resultaba comparable al de la Inquisición española. Cada cheka local tenía su propia especialidad. En Jarkov utilizaban el «guante»: sumergir las manos de las víctimas en agua hirviendo hasta que la piel quemada podía quitarse a tiras; esto dejaba a las víctimas con las manos en carne viva y sangrando y a sus torturadores con «guantes humanos». La Cheka de Tsaritsyn serraba los huesos de sus víctimas por la mitad. En Voronezh encerraban a sus víctimas desnudas en barriles con clavos. En Armavir destrozaban los cráneos apretando una tira de cuero con un cerrojo de hierro alrededor de la cabeza. En Kiev fijaban una jaula con ratas al

torso de la víctima y la calentaban de tal manera que las ratas, encolerizadas, se abrían camino devorando las tripas de la víctima en un intento de escapar. En Odesa encadenaban a sus víctimas a planchas y las empujaban lentamente en el interior de un horno o en un tanque de agua hirviente. Una tortura invernal muy frecuente era derramar agua sobre las víctimas desnudas hasta que se convertían en estatuas de hielo vivientes. Muchas chekas preferían las formas psicológicas de tortura; en una se hacía creer a las víctimas que las iban a ejecutar, sólo para dispararles una descarga de fogueo; en otras enterraban vivas a las víctimas, o las encerraban en un ataúd con un cadáver. Algunas chekas obligaron a sus víctimas a presenciar la tortura, la violación o el asesinato de sus seres amados.

No hace falta decir que había mucho sadismo en las chekas; torturar era como un deporte, y los torturadores competían entre sí para realizar la violencia más extrema. Algunas víctimas recuerdan a los chekistas merodeando a su alrededor y riéndose de su tortura. Había incluso «cacerías humanas». La mayoría de los verdugos eran jóvenes adolescentes embrutecidos por la guerra y la revolución. Muchos estaban dispuestos a demostrar su «dureza». Existen también pruebas que sugieren la presencia de muchos no rusos (polacos, letones, armenios y judíos) en la medida en que representaban una elevada proporción de la Cheka. Lenin, ciertamente, favoreció su empleo en la Cheka, alegando que los rusos eran «demasiado blandos» para aplicar las «duras medidas» del Terror. Sin embargo, muchos de los métodos de tortura de la Cheka eran reminiscencias de las formas brutales de matar empleadas por el campesinado ruso. Las mujeres tampoco se libraron de la perpetración de violencia sádica. De Vera Grebennikova, por ejemplo, se decía que había asesinado a más de setecientas personas, muchas de ellas con las manos desnudas, durante dos meses en Odesa. Rebecca Platinina-Maisel mató a más de un centenar en Arjangelsk, incluyendo a toda la familia de su antiguo marido, a la que crucificó en un acto de salvaje venganza.

Tal fue el efecto embrutecedor de esta violencia sin límite que no pocos de los chekistas acabaron locos. Bujarin dijo que los desórdenes psicopáticos eran un gaje del oficio en la profesión de chekista. Muchos chekistas se endurecieron ante las matanzas bebiendo extraordinariamente o consumiendo drogas. Por ejemplo, el famoso sádico Saenko, el maestro en Jarkov de los «guantes», era cocainómano. Para distanciarse de la violencia los chekistas también desarrollaron una jerga gangsteril encaminada a sustituir la palabra *matar:* hablaban de «disparar a los patos», «sellar» a una víctima o «darle el *natsokal*»

(una onomatopeya por la acción del gatillo).[102] Las ejecuciones fueron el producto final de esta maquinaria de terror. Decenas de miles de ejecuciones sumarias se realizaron en patios y sótanos, o en campos abandonados cercanos a las ciudades, durante los años de la guerra civil. Todas las prisiones eran «vaciadas» por la Cheka antes de que una ciudad fuera abandonada en manos de los blancos. Por la noche las ciudades intentaban dormir bajo el ruido de la gente que era fusilada. Los propios bolcheviques, sin embargo, no perdieron mucho el sueño. En 1919, durante una sesión del Sovnarkom, Lenin escribió una nota y se la pasó a Dzerzhinsky: «¿Cuántos contrarrevolucionarios peligrosos tenemos en prisión?». Dzerzhinsky garrapateó: «Alrededor de mil quinientos», y devolvió la nota. Lenin le echó un vistazo, colocó un signo de una cruz al lado de la cifra, y se la devolvió al jefe de la Cheka. Esa noche mil quinientos prisioneros de Moscú fueron fusilados siguiendo las órdenes de Dzerzhinsky. Resultó ser una tremenda equivocación. Lenin no había ordenado la ejecución de todos: siempre colocaba una cruz sobre algo que había leído para dar a entender que lo había hecho y que lo tenía en cuenta. Como resultado de este sencillo error de Dzerzhinsky mil quinientas personas perdieron la vida.[103]

El Terror rojo provocó las protestas desde todos los sectores de la sociedad. El patriarca Tijón condenó la violencia y el clima de terror creado por los bolcheviques, citando la profecía de san Mateo: «Todos los que tornan la espada perecerán por la espada». Los partidos de la oposición denunciaron el Terror en sus periódicos clandestinos. El famoso filósofo anarquista príncipe Kropotkin, cuya hija había sido arrestada en agosto de 1918, denunció el Terror en una larga y amarga carta destinada al dirigente bolchevique, que todavía se estaba recuperando de las balas de Kaplan, el 17 de septiembre: «Sumergir al país en un Terror rojo, e incluso más, arrestar rehenes para proteger las vidas de sus dirigentes no es digno de un partido que se denomina a sí mismo socialista y es una desgracia para sus dirigentes». Los trabajadores también condenaron el terror sanguinario perpetrado en su nombre. «¡Ya basta de sangre! ¡Abajo el Terror!», proclamó el Consejo Sindical Panucraniano en septiembre. «El rojo es el color de la verdad y de la justicia —declararon los trabajadores de ferrocarril de Kozlov—. Pero bajo los bolcheviques se ha convertido en el color de la sangre.»[104]

Como «conciencia de la revolución», Gorky fue con mucho el crítico más destacado del Terror. Centenares de personas, desde poetas a campesinos, le escribían pidiéndole ayuda para salvar a sus seres queridos. Gorky se sentía con

la obligación moral de hacer lo que pudiera por todos ellos. «Soy su única esperanza», escribió a Ekaterina. Éste fue el punto en que el humanista que había en su interior sacó el mejor partido posible del revolucionario: le preocupaban más los individuos que cualquier causa abstracta. Bombardeó a los dirigentes bolcheviques con incontables cartas en las que les pedía la liberación de individuos inocentes de las prisiones de la Cheka; fue adquiriendo un tono cada vez más airado. «Desde mi punto de vista —escribió a Zinoviev en marzo de 1919, protestando contra el arresto de un académico—, tales arrestos no pueden ser justificados por ningún medio político [...] Los terribles crímenes que habéis perpetrado en San Petersburgo durante las últimas semanas han traído la vergüenza sobre el régimen y provocado un odio y un desprecio universales por su cobardía.» El siguiente mes de octubre escribió a Dzerzhinsky pidiéndole la liberación del profesor Tonkov, presidente de la Academia Médico-Militar: «Todos estos arrestos los contemplo como un acto de barbarie, como la deliberada destrucción de los mejores cerebros del país, y declaro que mediante tales acciones el régimen soviético se ha convertido en mi enemigo».[105]

Algunas de las protestas de Gorky se dirigieron directamente a Lenin. El dirigente bolchevique adoptó un punto de vista indulgente hacia los esfuerzos de su escritor favorito por salvar las almas humanas del horno de la Revolución. Incluso intervino en algunas de sus peticiones. El escritor Iván Volny, por ejemplo, obtuvo su liberación de la cárcel de la Cheka en Orel gracias a los esfuerzos combinados de Gorky y de Lenin.[106] Pero Lenin no aceptaba ninguna de las críticas generales de Gorky sobre el Terror. En respuesta al arresto de Tonkov, por ejemplo, Lenin confesó en una carta a Gorky «que se habían producido equivocaciones». Pero siguió justificando la política general de arrestar de manera preventiva a la gente como Tonkov, de la que se sospechaba que «estaban cercanos a los kadetes». En su carta Lenin señaló la diferencia entre él mismo y Gorky. Era también la diferencia básica, de medios y de fines, entre los bolcheviques y los socialistas democráticos:

> Leyendo tu sincera opinión sobre este tema, recuerdo una afirmación tuya [del pasado]: «Nosotros los artistas somos gente irresponsable». ¡Exactamente! Tú pronuncias palabras increíblemente encolerizadas, ¿por qué? Por unas pocas docenas (o quizás incluso unos pocos centenares) de kadetes y de nobles cercanos a los kadetes que pasan unos

> pocos días en la cárcel para evitar conjuras [...] que amenazan las vidas de decenas de miles de obreros y campesinos. ¡Qué calamidad! Qué injusticia. Unos pocos días, o incluso unas semanas, en la cárcel para unos intelectuales con la finalidad de evitar la matanza de decenas de miles de obreros y campesinos. «Los artistas son gente irresponsable.»[107]

Dentro del partido había también críticos, no tanto del Terror en sí como de sus excesos. Kamenev, Bujarin y Olmisnky dirigieron el ataque contra el abuso de poder de la Cheka. Esencialmente, proseguían con la actitud de los eseristas de izquierdas en el comisariado de justicia que habían abandonado en julio al intentar subordinar la Cheka al Estado. Su campaña culminó en noviembre con la exigencia de la abolición de la Cheka y su sustitución por un nuevo órgano de terror situado directamente bajo el control de la ejecutiva soviética. Pero los «duros» del partido (Lenin, Stalin y Trotsky) siguieron apoyando firmemente a la Cheka. Los esfuerzos posteriores para moderarla, tales como el estatuto de febrero de 1919, obtuvieron escasos resultados. Aunque quedó subordinada al comisariado de justicia, la Cheka continuó funcionando como antes (como un Estado dentro del Estado), pasando por encima de su control. El Comité Central Bolchevique, y desde 1919 el Politburó, ejerció el único control real sobre la Cheka. El propio Lenin mostró un interés personal por sus actividades y la protegió de la crítica y de la reforma.

Bajo el régimen de Lenin, y no de Stalin, la Cheka se iba a convertir en un inmenso estado policial. Tenía su propia infraestructura de Leviatán, desde los comités caseros a los campos de concentración, y proporcionaba empleo a más de un cuarto de millón de personas. Estos eran los *oprichniki* bolcheviques, la policía detestada de Iván el Terrible. Durante la guerra civil fueron ellos los que aseguraron la supervivencia del régimen en el denominado «frente interno». El Terror se convirtió en un elemento integral del sistema bolchevique durante la guerra civil. Nadie sabrá nunca el número exacto de personas reprimidas y asesinadas por la Cheka en aquellos años. Pero sin duda fueron varios centenares de miles, si se incluyen a todos los que estuvieron en sus campos de concentración y en prisiones y a aquellos que fueron ejecutados o asesinados por tropas de la Cheka en la represión de huelgas y revueltas. Aunque nadie conoce las cifras exactas, es posible que fueran asesinadas más personas por la Cheka de las que murieron en las batallas de la guerra civil.

14 El nuevo régimen triunfante

I Tres batallas decisivas

El príncipe Lvov escribió al hombre de negocios norteamericano Charles Crane el 12 de octubre de 1918:

> El bolchevismo ha encontrado un campo abonado en los instintos bajos y anarquistas del pueblo. Es en este sentido una enfermedad rusa, y sólo puede ser curada, por lo tanto, por la intervención extranjera. El restablecimiento del orden y de las fuerzas saludables en Rusia sólo puede ser llevada a cabo bajo la protección de un Ejército organizado.

Durante largo tiempo el príncipe había depositado sus esperanzas para la liberación de Rusia en Estados Unidos. A diferencia de otros contrarrevolucionarios, no se hacía ninguna ilusión sobre un levantamiento popular contra los bolcheviques. Cuatro meses caóticos en la jefatura del Gobierno provisional le habían convertido en un escéptico acerca del potencial del pueblo ruso como fuerza democrática constructiva. «Gueorgii se manifiesta muy deprimido —había anotado la tía de Lvov en su diario después de visitarle en su prisión de la Cheka de Ekaterinburg, el 13 de marzo—. Está convencido de que Rusia carece de la fuerza para organizar su propia salvación, puesto que ha sido destruida, y que su salvación sólo puede proceder del exterior.» Lvov no creía en la Vendée cosaca en el sur. En lugar de eso miraba hacia Siberia, donde había más esperanza de intervención aliada en esa primavera.[1] Lvov permaneció en prisión tres meses. Su carcelero bolchevique, un antiguo fabricante de pianos de Petrogrado, simpatizó inmediatamente con el príncipe y le permitió utilizar sus conocimientos agrícolas en beneficio de los otros internos, y reorganizar la granja de la prisión para que tuvieran carne y verduras frescas que comer.

Incluso entre rejas, Lvov llevó a cabo las reformas prácticas del tipo *zemstvo* de las que siempre se había ocupado. Goloshchekin, militante dirigente bolchevique de Ekaterinburg, deseaba fusilar a Lvov por su supuesta implicación en una conjura contrarrevolucionaria. Pero Poliakov, el comisario de Justicia, que pertenecía a los eseristas de izquierda en la ciudad, tenía sus dudas acerca de la veracidad de la acusación, y los jueces, que no tenían pruebas, se vieron obligados a poner en libertad a Lvov. Existe una versión, nunca probada, según la cual Lenin habría intercedido ante los dirigentes de Ekaterinburg para que dejaran marchar al antiguo primer ministro. Tras su liberación, Lvov huyó a Omsk y se unió al Gobierno siberiano. En representación del mismo marchó en septiembre a Estados Unidos, vía Vladivostok, para interceder en favor de la intervención aliada en la campaña de los blancos contra los bolcheviques.[2]

Hasta entonces la historia de la intervención aliada había sido una farsa. Ninguno de los poderes occidentales sabía cuáles eran sus objetivos en Siberia; pero ninguno de ellos quería tampoco ser dejado fuera. Bajo el pretexto de defender los almacenes aliados y de mantener abierto el ferrocarril Transiberiano, se desembarcaron tropas occidentales en Vladivostok. Los británicos fueron los primeros en llegar a inicios de julio con el batallón de Middlesex mandado por el coronel Ward, diputado laborista de Stokeon-Trent. Era realmente un ejército de papel. Formado por hombres que habían sido declarados incapaces para el combate, era conocido como «el batallón de la hernia». Con sus impresionantes uniformes nuevos de color caqui, claramente inadecuados para las terribles condiciones de Siberia, pronto se convirtieron en un objeto de ridículo. No eran carne de cañón, sino de tebeo. Las tropas francesas y norteamericanas llegaron poco después seguidas por las japonesas, pero su propósito seguía siendo poco claro. Las potencias occidentales querían un Gobierno estable en Siberia para resucitar el Ejército ruso y reconstituir el frente oriental contra las potencias centrales. Pero los japoneses, que ambicionaban anexionarse el Extremo Oriente ruso, deseaban, por el contrario, inestabilidad. Ambos intentaron conseguir sus distintos propósitos financiando al señor de la guerra cosaco Grigorii Semyonov, cuyo régimen en Chita pretendía controlar el terreno montañoso situado al este del lago Baikal. De hecho, Semyonov no servía a nadie, sino a sí mismo. Como los otros señores de la guerra de Extremo Oriente, Kalmykov y Ungern-Stenberg, Semyonov era menos un político que un bandido; sus tropas mercenarias robaban y asesinaban a la población local con una barbarie difícil de relatar. Nunca los impuestos de las

democracias occidentales han sido gastados de una manera tan criminal.[3]

Con la llegada de Kolchak, los aliados tuvieron finalmente un héroe ruso nacional al que respaldar contra los bolcheviques. Gracias al apoyo del general Knox, jefe de la misión militar británica, Kolchak recibió más ayuda de Londres que ningún otro dirigente de los blancos. Fue enviado un segundo batallón británico a Omsk en enero de 1919 junto con un pequeño destacamento naval que combatió a los rojos en el río Kama, mientras que el propio Knox se dedicaba a entrenar a los ofciales de Kolchak en Vladivostok. Pero lo que importaba era el apoyo norteamericano, puesto que las otras potencias occidentales indudablemente seguirían su impulso. «Todo depende de América», escribió Lvov a Crane desde Tokio.[4]

El 15 de noviembre el príncipe llegó por fin a Washington. Todas sus esperanzas sobre Rusia se centraban en un encuentro con el presidente. En su calidad de líder del mundo libre, Woodrow Wilson reconocería seguramente su obligación moral de promover la causa de la libertad en Rusia. Esto, por supuesto, era una ilusión ingenua: con el final de la guerra mundial, los norteamericanos no tenían intención de enviar más tropas a Siberia. Pero, como muchos de los liberales rusos, Lvov idealizaba el país de la libertad. «Estoy convencido —escribió a Crane— de que la guerra mundial está dando a luz un nuevo orden mundial dirigido por Estados Unidos.» Lvov estaba también convencido de que el presidente Wilson compartiría sus ideales liberales; la suya sería una comunión de corazones y de mentes. El 21 de noviembre los dos se encontraron finalmente. La reunión duró sólo quince minutos. Wilson se mostró amistoso, pero no estaba preparado para discutir el compromiso de enviar más tropas. Según uno de sus ayudantes, todo lo que tenía que decir al finalizar la reunión fue: «¿Os habéis dado cuenta de qué barba más maravillosa tiene el príncipe?».[5]

Si Lvov hubiera sido una persona normal, esta desilusión habría bastado para eliminar su optimismo. Después de tres meses de viajar alrededor del mundo, todas sus esperanzas se habían quedado en nada. Pero el príncipe no era normal; era tan perseverante como Pangloss, y viajó a París en busca de apoyo moral. Allí Kolchak y Denikin lo situaron a la cabeza de su delegación (formada a partir de la Conferencia Política Rusa, para interceder en favor de la ayuda aliada y del reconocimiento diplomático en la Conferencia de Paz de Versalles de enero). El reconocimiento no llegó: los aliados estaban determinados a mantener la hipocresía de la neutralidad en la guerra civil rusa. Pero gracias al príncipe y a su

delegación, enviaron enormes cantidades de ayuda a Kolchak. En los primeros seis meses de 1919 su Ejército blanco recibió de ellos un millón de fusiles, quince mil ametralladores, setecientos cañones, ochocientos millones de cartuchos y ropa y equipo para medio millón de hombres. Esto era casi equivalente a la producción soviética de municiones para todo el año 1919, y fue ciertamente suficiente para desencadenar una importante campaña contra los rojos. Treinta mil soldados aliados (checos, norteamericanos, británicos, italianos y franceses) defendían la retaguardia de Kolchak y mantuvieron la ruta de suministros de cinco mil kilómetros a lo largo del ferrocarril Transiberiano desde Vladivostok a Omsk.[6]

Bajo su protección, Kolchak entrenó sus fuerzas para preparar una ofensiva a inicios de la primavera contra los rojos. Algunas personas han sugerido que golpeó demasiado pronto, antes de que sus ejércitos estuvieran realmente listos, y que debería haber esperado al verano, porque en esa época Denikin podría haberse unido a él en una ofensiva combinada sobre el Volga. Pero en aquella época había razones decisivas para una ofensiva temprana; se necesitaban algunos éxitos para asegurar una posterior ayuda aliada y el reconocimiento del régimen de Kolchak; los rojos parecían estar al borde del colapso; en Nochebuena las tropas de Kolchak habían capturado la vital ciudad industrial de Perm, poniendo en fuga al Tercer Ejército Rojo en el curso de la operación. Esto abría la posibilidad de progresar hacia Arjangelsk, donde los aliados habían instalado un Gobierno blanco bajo el mando del general ruso K. E. Miller. La «catástrofe de Perm» fue el resultado del hundimiento crónico en la retaguardia roja: los soldados habían sido lanzados al combate apresuradamente y sin entrenamiento apropiado, y como carecían de suficiente alimento y de ropa de invierno para soportar las condiciones árticas, se rindieron en masa a los blancos. Entonces les hablaron de la situación crítica detrás del frente rojo; los reclutamientos militares y las requisas habían provocado una oleada violenta de levantamientos campesinos. El Terror rojo había asesinado a millares de civiles inocentes en las ciudades de los Urales, provocando que casi toda la población, incluyendo a los obreros, estuviera contra los bolcheviques. Las relaciones eran particularmente tensas con los tártaros y los bashkires de la región del Volga y de los Urales. Los rojos eran vistos, en palabras de uno de sus comisarios, «como un Ejército hostil de ocupación que privaba a los musulmanes de su autonomía y despreciaba sus costumbres».[7]

La ofensiva de Kolchak se dirigió hacia Occidente sobre tres frentes. La

principal fuerza de ataque la constituía el Ejército occidental bajo el general Janzhin, que avanzaba hacia Ufa a inicios de marzo. Lo formaban restos del Ejército del Pueblo del Komuch y lo complementaban reclutas campesinos. Había también diez mil trabajadores voluntarios de las fábricas de municiones de Izhevsk y Votkinsk que habían huido para unirse a Kolchak al sofocarse su sublevación contra los bolcheviques en noviembre. En su flanco derecho se encontraba el Ejército siberiano de Gajda, compuesto sobre todo por reclutas campesinos que atacaron en dirección a Viatka; y a su izquierda se encontraban los cosacos de Oremburg y Siberia, que combatían al lado de unidades bashkires bajo el general Dutov. Su objetivo eran capturar Oremburg y enlazar con los blancos de la estepa suroriental; esto aislaría a los rojos de Asia central. La fuerza en toda la línea del frente de las tropas de Kolchak rondaba los cien mil hombres. A mediados de abril las fuerzas de Kolchak habían avanzado más de trescientos kilómetros y habían capturado un área mayor que Gran Bretaña. Su destino, el río Volga, se encontraba a unos pocos días de camino. Detrás de sus propias líneas los rojos se enfrentaban al mayor levantamiento campesino acontecido hasta entonces, la denominada «guerra de las Chapany» (recibía este nombre por el término local campesino para *túnica)* que afectó a distritos enteros de Simbirsk y de Samara bajo el lema de «¡Larga vida a los sóviets! ¡Abajo los comunistas!».[8] Los blancos hablaban con confianza de la «carrera hacia Moscú»; en París Lvov vio cómo el prestigio de Kolchak aumentaba entre los aliados; se entregaron más créditos importantes a Omsk; parecía que el reconocimiento diplomático occidental en favor de los blancos se hallaba a la vuelta de la esquina.

Pero el 28 de abril, los rojos lanzaron una contraofensiva; la dirigió Mijail Frunze, quien. más tarde se convertiría en un héroe soviético, pero que en esa época era todavía un bolchevique relativamente desconocido; antiguo obrero de treinta y pocos años, la única experiencia de la guerra que tenía Frunze había sido mandar una brigada roja durante la lucha por el poder en Moscú. Millares de miembros del partido fueron movilizados y enviados al frente oriental. El recientemente organizado Komsomol, la liga juvenil comunista, envió tres mil de sus miembros. Los sóviets recibieron la orden de reclutar de diez a veinte soldados por cada *volost;* debido a la resistencia de los campesinos, sólo aparecieron trece mil reclutas (poco más de dos por *volost);* pero incluso esto ayudó a inclinar la balanza en contra de los blancos. Los rojos también acogieron a la mayoría de las unidades bashkires que habían desertado del bando de

Kolchak en mayo. A mediados de junio, las fuerzas de Frunze habían empujado a los ejércitos de Kolchak a su lugar de partida, al este de Ufa. Después de eso las ciudades de los Urales cayeron ante los rojos como fichas de dominó, mientras que los blancos se desmoronaban retirándose presa del pánico. Orenburg, Ekaterinburg y el nudo ferroviario vital de Cheliabinsk habían caído a mediados de agosto. Había poco con lo que detener a los rojos e impedir que llegaran a Omsk. Kolchak contaba en esos momentos con menos de quince mil soldados, apenas una octava parte de sus fuerzas activas en el punto más alto de su avance.[9]

Coincidieron razones militares en el fracaso de la ofensiva de Kolchak. Pero tras todas ellas se encontraba la política: el régimen en la retaguardia carecía de medios políticos para sostener al Ejército que avanzaba en el frente.

Examinemos el problema del mando. Había muy pocos comandantes expertos en el Ejército de Kolchak. Sólo el 5 por ciento de los 17.000 oficiales habían sido entrenados antes de la guerra, y la mayoría de ellos eran jóvenes alféreces de la época de la guerra. El general Lebedev, jefe *defacto* del Ejército, sólo tenía treinta y seis años, era ex coronel del estado mayor zarista; como la mayoría de los jefes veteranos de Kolchak, tenía más experiencia en la intriga política que en la ciencia de la guerra. Los jefes del Ejército, en palabras del barón Budberg, «pensaban en sí mismos no como un cuerpo militar, sino político». Después de todo, se trataba de una dictadura militar. Pronto se desarrollaron facciones políticas entre los partidarios de los comandantes, y el Ejército se dispersó en varios destacamentos separados, que en cada caso perseguían su propia pequeña guerra. Cuanto más se politizaba el Ejército, más aumentaba su burocracia de manera desproporcionada con los soldados combatientes. En el punto álgido de la ofensiva había dos mil oficiales en el estado mayor de Omsk para mandar a cien mil soldados. Incluso en Semipalatinsk, a 2.400 kilómetros del frente, el estado mayor lo componían más de mil oficiales. En lugar de servir en el frente, demasiados jefes permanecían en las oficinas y los cafés de la retaguardia.[10]

Además existía el problema de los suministros. El Ejército de Kolchak, incluso más que el de Lenin, sufría de escasez en el frente. Tuvo que recurrir a los alimentos de las aldeas cercanas al frente, lo que a menudo significaba requisas violentas y condujo a la enajenación de la propia población que se suponía que los blancos estaban liberando. Parte del problema era la miope política económica de Kolchak. No utilizó las reservas de oro zarista para contrarrestar la inflación galopante. Los campesinos retiraron sus bienes del mercado a medida

que los billetes de Omsk perdieron su valor. No se hizo nada para aliviar el estado crónico de las industrias de Siberia: fueron abolidas por ser bastiones de la influencia bolchevique. Los bienes de consumo y los suministros militares tenían que ser llevados por ferrocarril desde el Pacífico a 6.000 kilómetros de distancia; muchos de ellos fueron saqueados por bandidos situados al este del lago Baikal o por partisanos campesinos. Convoyes enteros de ferrocarril pasaron a manos de trabajadores ferroviarios, muchos de los cuales simpatizaban con los rojos y todos los cuales estaban mal pagados. En el propio Omsk funcionarios corruptos robaron a menudo valiosos suministros. La corrupción del régimen de Kolchak era notoria. El estado mayor del Ejército de Gajda conseguía raciones para doscientos setenta y cinco mil hombres, cuando sólo había treinta mil en sus unidades de combate. Los cigarrillos Embassy importados desde Inglaterra para los soldados se los fumaban los civiles de Omsk. Los uniformes del Ejército inglés y los equipos de las enfermeras eran utilizados por civiles mientras que muchos soldados vestían harapos. Incluso las municiones aliadas eran vendidas en el mercado negro. Knox fue motejado con el nombre de aprovisionador general de Ejército Rojo. Trotsky incluso le envió una carta burlona dándole las gracias por ayudarle a equipar a las tropas rojas.[11]

La atmósfera del régimen de Omsk era decadente y de extensa corrupción; la cocaína y el vodka eran consumidos en cantidades prodigiosas; los cafés, los casinos y los burdeles trabajaban de manera ininterrumpida. El propio Kolchak, siguiendo el ejemplo, vivía lujosamente con su amante en Omsk, mientras que su pobre esposa e hijo fueron enviados a París. El almirante no tenía talento para escoger a sus subordinados y llenó sus ministerios con arribistas de tercera clase procedentes del antiguo régimen. «La compañía es terrible —se quejó a su esposa—. Estoy rodeado de decadencia moral, cobardía, codicia y traición.» Pero el propio Kolchak tenía muy buenas razones para culparse a sí mismo. Si se las hubiera arreglado para no enemistarse con los *zemstvos,* la única fuente local de talento administrativo, las cosas no hubieran ido tan mal. Budberg quedó abrumado por la situación que encontró cuando le nombraron ministro de la Guerra: «En el Ejército, decadencia; en el estado mayor, ignorancia e incompetencia; en el Gobierno, podredumbre moral, divisiones e intrigas de egoístas ambiciosos; en el campo, sublevación y anarquía; en la vida pública, pánico, egoísmo, sobornos y sabandijas de todo tipo». En un clima semejante poco se consiguió. Las oficinas responsables del suministro estaban en manos de burócratas corruptos e indolentes, que necesitaban meses para elaborar

estadísticas carentes de significado, proyectos legislativos e informes oficiales que eran archivados y olvidados. «Todo el régimen —concluyó Budberg— es sólo forma sin contenido; los ministerios pueden ser comparados a unos inmensos e imponentes molinos de viento, ocupados en dar vueltas a sus brazos, pero sin piedras de molino y con la mayor parte de sus piezas rotas o perdidas.»[12]

Con mucho, la mayor debilidad del Ejército de Kolchak era su incapacidad para movilizar a la población local. Su ofensiva se detuvo por la carencia de refuerzos adecuados, ya que demasiados reclutas desertaban. Ésta era una cuestión relacionada con los campesinos; ciertamente, el avance blanco se vio debilitado por la deserción de los bashkires y de los cosacos en el flanco sur, lo que permitió al Ejército de Frunze perforar el frente. Pero la inmensa mayoría de la población en Siberia occidental y en la región de VolgaKama, donde la ofensiva iba a triunfar o entrar en crisis, eran campesinos rusos o ucranianos. Ciertamente, no existía razón por la que los campesinos siberianos tuvieran que ser hostiles a los blancos. No existían realmente terratenientes nobles al este de los Urales, de manera que el factor de mayor importancia que vinculaba a los campesinos con la revolución en Rusia central, allí carecía de significado. La mayoría de los antiguos colonos eran agricultores relativamente acaudalados dedicados a la explotación agropecuaria y a la producción láctea que, según se habría pensado, habían tenido una oportunidad en el *post bellum statu quo* de los blancos, basado en la propiedad privada. Sin embargo, los campesinos situados al este de los Urales demostraron ser tan reacios a unirse al Ejército de Kolchak como los de occidente.

En parte fue una cuestión de imagen. El régimen de Kolchak, con razón o sin ella, se asociaba a una restauración del sistema zarista. Así se desprendía de las charreteras de sus oficiales, y de los métodos zaristas y feudales empleados por sus funcionarios locales, que a menudo azotaban a los campesinos cuando desobedecían sus órdenes; semejante actitud les abocaba a un conflicto frontal con el campesinado siberiano, cuyos antepasados habían huido de la servidumbre en Rusia y en Ucrania, y cuyo amor por la libertad y la independencia era, por lo tanto, muy fuerte. El *ethos* total del régimen de Kolchak era ajeno a los campesinos. Un sentimiento expresado en la *chastushka* campesina o canción rítmica:

Túnicas inglesas, charreteras rusas;
Tabaco japonés, déspotas de Omsk.

Cuanto más se acercaban los blancos a Rusia central más difícil les resultaba movilizar al campesinado local. En la crucial región del Volga, el punto más extremo del avance de Kolchak, los campesinos habían obtenido una parte de la tierra de la nobleza rural mayor que en ningún otro lugar de Rusia, de manera que tenían mucho que temer de una contrarrevolución. Aquí Kolchak cavó su propia tumba al no sancionar la revolución agraria campesina. Como el régimen de Denikin en el sur, donde los terratenientes eran igualmente dominantes, el Gobierno de Kolchak sólo fue capaz de proporcionar una respuesta cuidadosamente guardada por los burócratas a lo que era la cuestión vital de la guerra civil. Fue un ejemplo clásico de los obsoletos métodos de los blancos. «Cualquier ley agraria futura —declaró la comisión agraria de Kolchak el 8 de abril— tendría que basarse en los derechos de propiedad privada.» Sólo la «tierra no utilizada por la nobleza» sería «transferida al campesinado trabajador», que mientras tanto no podía hacer otra cosa que arrendarla al Gobierno. Como señaló un crítico, tal declaración era «un magnífico instrumento de propaganda para los bolcheviques. Todo lo que tenían que hacer era imprimirla y distribuírsela al campesinado».[13]

Para movilizar a los campesinos, el Ejército de Kolchak recurrió de manera creciente al terror. Sin una administración local efectiva que apoyara el reclutamiento de otra manera y, en cualquier caso, la cosmovisión de los blancos, que excluía la necesidad de persuadir a los campesinos, se daba por supuesto que el deber del campesino era servir en el Ejército blanco, igual que había servido en las filas del zar, y que, si se negaba, el Ejército tenía derecho a castigarle, incluso a ejecutarle si era necesario, como una advertencia para los otros. Se flageló y torturó a los campesinos, se tomaron rehenes y se les fusiló, y se quemaron aldeas completas hasta los cimientos para forzar los reclutamientos militares. La caballería de Kolchak irrumpió en ciudades en días de mercado, secuestró a los jóvenes a punta de pistola y se los llevó al frente. Buena parte de este terror se le ocultó a los aliados para no comprometer su ayuda. Pero el general Graves, comandante de las tropas norteamericanas, estaba bien informado y quedó horrorizado por ello. Como comprendió, el reclutamiento masivo del campesinado «era un largo paso hacia el final del régimen de

Kolchak»; pronto destruyó la disciplina y la moral de combate de su Ejército, de cada cinco campesinos reclutados a la fuerza, cuatro desertaron: muchos se pasaron a los rojos llevando consigo su equipo. Knox se quedó lívido cuando vio por primera vez a las tropas rojas en el frente oriental: utilizaban uniformes británicos.[14]

Desde el inicio de su campaña, el Ejército de Kolchak se vio forzado a enfrentarse con numerosas revueltas campesinas en la retaguardia, principalmente en Slavgorod, al sureste de Omsk, y en Minusinsk, en el Yenisei. Las requisas y movilizaciones llevadas a cabo por los blancos fueron la causa principal. Sin estructuras propias de gobierno local en las áreas rurales, el régimen de Kolchak podía hacer muy poco, aparte de enviar a los cosacos con sus látigos para impedir que los campesinos reformaran sus sóviets para defender la revolución local en los pueblos. En el punto máximo de la ofensiva de Kolchak, áreas enteras de la retaguardia siberiana se veían envueltas en revueltas campesinas. Este movimiento partisano no puede ser descrito como bolchevique, como hicieron más tarde los historiadores soviéticos, aunque los activistas bolcheviques, en un frente unido con los anarquistas y los eseristas de izquierdas, a menudo representaron un papel importante en él. Se trataba más bien de una vasta guerra campesina contra el régimen de Omsk; a veces, los líderes campesinos locales se mostraban confusos acerca de aquello por lo que estaban combatiendo. Shchetinkin, por ejemplo, dirigente campesino en Minusinsk, promulgó esta proclama cómica:

> Es tiempo de acabar con los destructores de Rusia, Kolchak y Denikin, que están continuando la obra del traidor Kérensky [...]. El gran duque Nicolás Nikolayevich ha llegado a Vladivostok y tomado el poder en Rusia. Me ha ordenado levantar al Ejército contra Kolchak. Lenin y Trotsky en Moscú se han subordinado al gran duque y han sido nombrados ministros suyos. Llamo al pueblo ortodoxo para que tome las armas por el zar y el poder soviético.

Sin embargo, el movimiento partisano solía expresar las ideas de la revolución campesina en oposición hostil a las ciudades. Un buen ejemplo de su ideología se encuentra en el Primer Congreso Campesino de Insurgentes de los distritos de Kansk, Krasnoyarsk y Achinsk, que se celebró en abril de 1919. Propuso toda

una «constitución de poder campesino», con un «gobierno campesino», impuestos comunales de acuerdo con las normas establecidas por el congreso y la «distribución de las riquezas de la tierra entre el campesinado trabajador». Incluso aprobó un «código campesino» que establecía penas de servicio comunitario para aquellos considerados culpables de riñas de borrachos, juego, pesca furtiva y (un acto evidentemente visto por los delegados campesinos a la par con los anteriores) violación.[15]

El movimiento partisano era más fuerte en las regiones de emigración rusa más reciente (Tomsk y las provincias del Yenisei en Siberia central, el Altai y Semipalatinsk en el sur, y el valle del Amur en Oriente); lo constituían generalmente los campesinos más pobres, muchos de los cuales complementaban sus ingresos trabajando en el ferrocarril y en las minas. Pero el movimiento también se extendió a las zonas agrícolas más ricas a medida que aumentaban las represiones llevadas a cabo por el régimen de Omsk. Los campesinos desertores del ejército de Kolchak desempeñaron un papel dirigente en las bandas de partisanos; poseían ese pequeño conocimiento extra del mundo exterior que puede ser suficiente en una comunidad campesina para catapultar a un joven al poder. Las bandas de campesinos combatían siguiendo los métodos de la guerrilla, tan adecuadas a las regiones boscosas y remotas de taiga. A veces, unían fuerzas con las unidades del Ejército Rojo que se habían escondido en la taiga, puesto que los bolcheviques habían sido expulsados de Siberia durante el verano de 1918. La destrucción de millas de vías y las constantes emboscadas de trenes realizadas por los partisanos casi interrumpieron los suministros vitales a lo largo del trayecto del Transiberiano destinado a los ejércitos de Kolchak durante buena parte de la ofensiva. Millares de sus soldados tuvieron que ser desplazados del frente donde combatían contra los rojos para ocuparse de los partisanos. Llevaron a cabo una despiadada guerra de terror, fusilando a centenares de rehenes e incendiando docenas de aldeas en los baluartes partisanos de Kansk y Achinsk, donde el terreno boscoso y montañoso era perfecto para asaltar trenes. En parte esto tuvo el éxito de apartar a los insurgentes de la línea férrea. Pero puesto que el terror fue también desencadenado sobre aldeas sin ninguna relación con los partisanos, sólo consiguió atizar el fuego de la guerra campesina. Cuando el Ejército de Kolchak se retiró hacia el este, se encontró progresivamente rodeado por partisanos campesinos hostiles. Los motines empezaron a estallar a medida que los blancos se encontraban bajo el fuego procedente de todas partes: incluso los cosacos se

les unieron. Unidades enteras de reclutas campesinos de Kolchak desertaron a medida que la retirada los acercaba cada vez más sus regiones nativas. En noviembre de 1919, el Ejército de Kolchak se estaba desmoronando; una vez más, los blancos habían sido derrotados por el abismo existente entre ellos y el campesinado.[16] El 14 de noviembre, Omsk fue abandonada por las tropas de Kolchak a manos de los rojos, que ahora las superaban numéricamente en una proporción de dos a uno y avanzaban hacia el este. Fue un caso clásico de incompetencia por parte de los blancos, con los generales divididos entre defender la ciudad o evacuarla, y al final no haciendo nada de manera apropiada. Los rojos tomaron la ciudad sin combate, capturando enormes cantidades de municiones que los blancos no habían tenido tiempo de destruir, junto con treinta mil soldados. Millares de oficiales y sus familias, empleados y funcionarios, comerciantes, propietarios de café, banqueros y prostitutas, abandonaron la capital blanca y se dirigieron hacia el este. Los que tuvieron suerte viajaron en tren; los desafortunados, a caballo o a pie. La burguesía se dio a la fuga. Los heridos y los enfermos (cuyas cifras se vieron aumentadas por una epidemia de tifus) tuvieron que ser abandonados en el camino. No sólo se produjo un hundimiento militar, sino también moral. Los cosacos en retirada llevaron con ellos enormes reservas de vodka y, cuando desapareció toda autoridad, se entregaron a actos de violación y de pillaje masivos en las aldeas a lo largo de su camino. Uno de los personajes de *Doctor Zhivago*, buena parte del cual está basado en las experiencias de Pasternak en Siberia, resumió la atmósfera de aquella época: «Hasta entonces habían existido obligaciones de todas clases, deberes sagrados para con el país, el Ejército y la sociedad. Pero ahora la guerra estaba perdida, todo parecía haber sido eliminado, ya nada era sagrado».[17]

Kolchak se dirigió hacia su nueva capital en Irkutsk, a 2.400 kilómetros al este de Omsk. El mayor de sus seis trenes, con veintinueve vagones, transportaba las reservas de oro zaristas, que habían sido capturadas a los rojos en Kazán y entregadas a Kolchak. A 500 kilómetros de su destino, el tren de Kolchak fue tomado por los checos, y durante la mayor parte de diciembre quedó detenido en medio de ninguna parte. Mientras tanto, en Irkutsk, el Centro Político, una coalición de sindicatos, de los *zemstvos* y de los partidos de izquierdas, se apoderó de la ciudad y se autoproclamó Gobierno de Siberia. Kolchak fue declarado «enemigo del pueblo» y se ordenó que se le sometiera a juicio. El 4 de enero de 1920 Kolchak dimitió, entregó el mando de su Ejército a Semyonov y viajó con los checos a Irkutsk, donde esperaba ser entregado a las misiones

aliadas. Pero fue traicionado y entregado a los bolcheviques de Irkutsk. Por lo que sabemos ahora, lo más verosímil es que él y su oro fueran entregados por los checos a cambio de un paso garantizado a Vladivostok, donde éstos al menos podrían partir hacia Estados Unidos en su viaje alrededor del mundo para regresar a casa. Ni el Centro Político ni las misiones aliadas hicieron nada para salvar al almirante. El 21 de enero una comisión de cinco hombres (dos bolcheviques, dos eseristas y un menchevique) le interrogó; estaba previsto enviarlo a Moscú y que compareciera en un juicio público. Pero, como con el juicio de Nicolás, estos planes quedaron abortados y, el 6 de febrero, fue sentenciado a muerte. Quizá los rojos temían que capturaran a Kolchak los restos de su Ejército, que estaban reuniéndose a las afueras de la ciudad. O quizá los bolcheviques, simplemente, prefirieron matarlo. Temprano a la mañana siguiente, Kolchak fue fusilado. Su cuerpo fue enterrado bajo el hielo del río Ushakovka.

Si la derrota final de Kolchak necesitó tanto tiempo, se debió en buena medida al hecho de que los rojos se habían visto obligados a enviar una gran proporción de sus tropas desde Siberia hasta el frente sur, donde Denikin amenazaba con perforarlo durante el verano de 1919.

Durante marzo y abril, en el punto máximo de la ofensiva de Kolchak, las fuerzas de Denikin irrumpieron desde Rostov para ocupar la región carbonífera del Donbass y la Ucrania suroriental; algunos historiadores lo consideran una equivocación estratégica crucial. El plan original de Denikin había sido romper el frente hacia Tsaritsyn para enlazar con las fuerzas de Kolchak; pero este plan fue abandonado a finales de marzo, cuando los rojos, que necesitaban desesperadamente el carbón, invadieron el Donbass y el norte del Don. Enfrentado con la elección de salvar el Don o enlazar con Kolchak en el Volga, Denikin optó por lo primero; siempre había dado prioridad a la defensa de las fortalezas cosacas. Ésa había sido la razón de su preferencia durante el verano anterior por lanzar una Segunda Campaña del Kubán en lugar de atacar hacia Tsaritsyn; y ahora las mismas prioridades volvían a aparecer. La decisión de Denikin fue objeto de la amarga oposición de varios generales importantes, sobre todo del barón Wrangel, el arrogante personaje de un metro ochenta de estatura que dirigía el Ejército del Cáucaso, que constantemente fraguó intrigas contra Denikin. Wrangel denunció la decisión de no avanzar hacia Tsaritsyn como una «traición de las tropas de Kolchak», que permitió a los rojos «derrotarnos uno a uno». Dado que las tropas de Kolchak en marzo estaban

apenas a 300 kilómetros de Tsaritsyn, quizá Denikin se equivocó al no correr el riesgo de perder el Don para enlazar con ellas. Los rojos estaban convencidos de su derrota si se unían los dos Ejércitos blancos. Sin embargo, debe decirse en defensa de Denikin que estaba respondiendo a una guerra genocida contra los cosacos. Los bolcheviques habían puesto de manifiesto que su objetivo en el norte del Don era desencadenar el «terror de masas contra los cosacos ricos y exterminarlos hasta el último hombre» y ceder su tierra a los campesinos rusos. Durante esta campaña de «descosaquización», en los primeros meses de 1919, unos doce mil cosacos, en gran parte ancianos, fueron ejecutados como «contrarrevolucionarios» por los tribunales del Ejército Rojo invasor.[18]

La sublevación espontánea de los cosacos contra el terror le permitió a Denikin romper el frente. Millares de cosacos se unieron a sus tropas conforme avanzaban hacia el norte en primavera. La principal fuerza blanca en el Donbass la dirigía el general MaiMaevsky, un hombre regordete con forma de pera, de pequeños ojillos porcinos con quevedos; un héroe militar poco verosímil. «Si no hubiera llevado uniforme —escribió el barón Wrangel—, le habríais tomado por comediante de un pequeño teatro de provincias.» MaiMaevsky era famoso por sus orgías que degeneraban en borracheras: a finales de la guerra civil pocos burdeles en el sur de Rusia lo desconocían. Sin embargo, también era uno de los generales más capaces de los blancos, un estratega brillante, valiente e idolatrado por sus doce mil «tropas de color» (denominadas así por sus gorros multicolores). Bajo su mando el Ejército Voluntario avanzó desde el Donbass hacia la Ucrania suroriental, derrotando con facilidad a los partisanos rojos de Majnó en el camino. Jarkov fue tomada el 13 de junio; Ekaterinoslav, el 22, cuando los reclutas campesinos rojos huyeron a la primera visión de las fuerzas blancas de choque. Mientras tanto, en una de las campañas más notables de la guerra civil, el Ejército del Cáucaso de Wrangel marchó durante cuarenta días a través de la estepa suroriental abrasada por el sol; al final capturó Tsaritsyn, enfrentándose a unas fuerzas numéricamente superiores, el 19 de junio. Los defensores rojos de la ciudad del Volga huyeron presa del pánico tan pronto atisbaron los tanques británicos de Wrangel. Cuarenta mil rojos capturaron los blancos, junto con una enorme cantidad de municiones.[19]

En el triunfo de Denikin confluyeron cierto número de factores favorables. Los blancos tenían la ventaja de una caballería y de unos suministros superiores gracias en buena medida a los aliados. A pesar de su propia inmovilidad física, el rotundo MaiMaevsky era un improvisador magistral de la guerra de

movimientos. Utilizó aeroplanos británicos para el reconocimiento del territorio enemigo y despachó a la caballería por ferrocarril hacia los puntos donde podía causar mayor daño. Una unidad podía combatir en tres lugares diferentes en un solo día. Los rojos, mientras tanto, se veían claramente superados por las circunstancias de combatir en dos frentes principales, el del sur y el oriental; estaban sufriendo también una crisis de suministros. Según Trotsky, ésa fue la principal razón del colapso del frente sur. «En ningún lugar padecen los soldados tanta hambre como en Ucrania —dijo al Comité Central el 11 de agosto—. Entre una tercera parte y la mitad de los hombres carecen de botas o de ropa interior y se viste con harapos. Todos en Ucrania excepto nuestros soldados tienen un rifle y munición.» La crisis de suministros condujo a la indisciplina y a la deserción en masa; en los siete meses de avance de Denikin, de marzo a octubre de 1919, los rojos registraron más de un millón de desertores en el frente del sur; la retaguardia se vio muy afectada por los levantamientos campesinos, a medida que los rojos recurrían a la requisa violenta de caballos y suministros, al reclutamiento forzoso de refuerzos y a la represión contra los pueblos sospechosos de ocultar desertores.[20]

La Ucrania suroccidental, donde los campesinos de Majnó mantenían el control, se convirtió en una importante región de revuelta campesina justo en el momento álgido de la ofensiva de Denikin. Nestor Majnó era el Pancho Villa de la Revolución rusa. Nació en 1889 en Hulyai Pole, el centro de su insurrección campesina. En 1905 se había unido a los anarquistas y, después de siete años en la cárcel de Butyrka, regresó a Hulyai Pole en 1917, donde formó la Unión Campesina (más tarde reformada en Sóviet) y organizó una brigada que efectuó la toma de las posesiones de la nobleza local. Durante la guerra civil los partisanos de Majnó combatieron casi contra todos: las fuerzas de la Rada, los cosacos de Kaledin, los alemanes y los Hetmanes, los nacionalistas ucranianos de Petliura, las bandas rivales de Grigoriev y otros incontables señores de la guerra, los blancos y los rojos. La fuerza de su ejército guerrillero residía en la calidad y la rapidez de su caballería, en el apoyo que recibía del campesinado, en su profundo conocimiento del terreno local y en la fiera lealtad de sus hombres. Los supuestos logros de Majnó, que incluían beber rondas de longitud sobrehumana, le proporcionaron un *status* legendario entre los campesinos locales (le llamaban «Batko», que significa «padre»). No era distinto del mito de Stenka Razin, un campesino estandarte de la verdad y de la justicia que fue bendecido con poderes sobrenaturales. Bajo la bandera negra de los anarquistas,

Majnó defendió una revolución campesina sin Estado basada en el gobierno local de los sóviets libres y autónomos que habían surgido en el campo durante 1917. Cuando los blancos se adentraron en Ucrania, Majnó puso a sus quince mil hombres a disposición de los rojos. A cambio de recibir armas de Moscú, sus tropas se convirtieron en parte de la Tercera División que mandaba Dybenko, aunque retuvieron su propia organización partisana interna. Trotsky achacó las derrotas rojas a su falta de disciplina. En junio ordenó el arresto de Majnó por «contrarrevolucionario» (su concepción anarquista de la revolución campesina local era enemiga de la dictadura del proletariado) e hizo que fusilaran a varios de sus seguidores. Los partisanos de Majnó huyeron a los bosques y volvieron sus fusiles contra los rojos. La mayoría de los campesinos de Ucrania suroriental apoyaron su revuelta.

Desde Tsaritsyn, el 3 de julio, Denikin promulgó su Directriz de Moscú. Las tres fuerzas blancas principales debían converger sobre la capital en un gigantesco movimiento de tenaza a lo largo de las principales líneas de ferrocarril, cortando así sus principales líneas de suministro. El Ejército del Cáucaso de Wrangel tenía que subir el Volga desde Tsaritsyn hasta Saratov, y desviarse desde allí hacia Penza, Nizhnyi Novgorod y Moscú; el general Sidorin y el Ejército del Don debían avanzar al norte vía Voronezh; mientras que el Ejército Voluntario de MaiMaevsky iba a dirigirse desde Jarkov vía Kursk, Orel y Tula. Era una apuesta a todo o nada que confiaba en la rapidez de la caballería blanca para explotar la debilidad temporal de los rojos. Wrangel se opuso duramente a la directriz. La denominó la «sentencia de muerte» del Ejército blanco. Según su punto de vista, corría el riesgo de avanzar demasiado lejos y demasiado ampliamente sin contar con la protección adecuada en la retaguardia de reservas entrenadas, administración sólida y líneas de suministro que permitieran mantener la ofensiva. Wrangel prefería concentrar las tropas y avanzar más lentamente en un sector; es decir, en el suyo del Volga. Pero cuando le manifestó todo esto a Denikin, éste exclamó: «Veo que quiere ser usted el primer hombre que ponga los pies en Moscú».[21]

Con cierta perspectiva resulta obvio que la directriz fue una equivocación desastrosa: a los blancos les costó la guerra civil. El propio Denikin admitió más tarde que el frente se ensanchó demasiado, sobre todo a causa de los jefes de caballería, que no pudo controlar, y que decidieron por sí mismos ampliar el territorio bajo su ocupación. Fue un asunto de excesivos generales y de insuficiente autoridad. A medida que creció el frente, también aumentaron la

necesidad de tropas y de suministros nuevos. Pero las unidades de la línea del frente se encontraban por aquel entonces a varios centenares de kilómetros de sus bases en la retaguardia. Recurrieron a la requisa y al reclutamiento violentos entre la población local, enemistándose con la misma gente a la que se suponía que iban a liberar. Denikin siempre había dicho que el avance sobre Moscú dependería de un «levantamiento nacional del pueblo contra el régimen soviético»; pero el efecto de las acciones de su Ejército fue unirlos en torno a él.[22]

La ofensiva empezó muy bien. El 31 de julio las fuerzas de Denikin capturaron Poltava, siguieron con Odesa y Kiev en agosto, cuando cayó el poder soviético en Ucrania. Mientras tanto, en agosto, los cosacos de Mamontov, unos ocho mil, irrumpieron en la retaguardia roja en dirección a Tambov, volando los almacenes de municiones y las líneas de ferrocarril y dispersando a los reclutas rojos recientemente incorporados a filas. Tambov y Voronezh fueron brevemente ocupadas y saqueadas según el plan de Mamontov para colapsar la retaguardia. Durante septiembre el avance de MaiMaevsky continuó hacia Rusia central; Kursk fue tomada el día 20 y Voronezh, una vez más, diez días más tarde; el 14 de octubre los blancos tomaron Orel, a sólo cuatrocientos kilómetros de Moscú; esto fue lo más cerca que estuvieron de la victoria. Los bolcheviques fueron presa del pánico. Precisamente en este momento, justo cuando Denikin amenazaba con capturar Moscú desde el sur, otro Ejército blanco al mando del general Yudenich estaba siendo agrupado en las cercanías de Petrogrado. Por una vez los blancos habían coordinado los ataques de sus dos ejércitos principales, y durante unos días cruciales, a mediados de octubre, pareció que la derrota de los rojos era inminente.

Recluido en el Kremlin, Lenin recibía informes telefónicos a cada hora procedentes de sus comandantes en los dos frentes. Se pusieron en acción medidas desesperadas para una defensa a ultranza de Moscú: ciento veinte mil obreros y campesinos fueron reclutados a la fuerza en equipos de trabajo para cavar trincheras en los caminos del sur. Mientras tanto, los bolcheviques se prepararon para lo peor; muchos de ellos rompieron sus carnés del partido y trataron de congraciarse con la burguesía moscovita con la esperanza de salvarse cuando llegaran los blancos; otros se prepararon para pasar a la clandestinidad; se trazaron planes secretos para la evacuación de los Urales; algunos de los dirigentes más antiguos del partido incluso se prepararon para huir al extranjero. Elena Stasova, la secretaria del partido, recibió la orden de conseguir un

pasaporte falso y un fajo de billetes de banco zaristas para todos los miembros del Comité Central.[23]

Pero los signos de que los blancos habían extendido demasiado sus líneas pronto fueron evidentes. Mientras que sus ejércitos se habían más que duplicado en tamaño desde primavera, todavía carecían de tropas suficientes para sostener su avance hacia Moscú. Los ciento cincuenta mil soldados de Denikin estaban muy dispersos a lo largo de los millares de kilómetros del frente sur, lo que los convertía en extremadamente vulnerables a una contraofensiva. En la retaguardia los blancos se habían quedado sin tropas suficientes para defender sus bases contra los partisanos de Majnó, los nacionalistas ucranianos y los chechenos del Cáucaso, y en el punto álgido de la ofensiva de Moscú se vieron obligados a retirar tropas vitales para ocuparse de ellos. También se vieron en parte obstaculizados por la falta de refuerzos. Los cosacos del Kubán, con los que contaba Wrangel para reforzar su campaña contra Saratov en el Volga, se negaron a abandonar sus tierras. Era el viejo problema del localismo cosaco: sin garantías de autonomía para el Kubán (que los blancos no estaban preparados a dar) no tomarían parte en el combate en Rusia. Pero el problema real para los blancos, y la razón más importante por la que su ofensiva perdió fuerza, fue su incapacidad para movilizar tropas en las regiones recientemente ocupadas de Ucrania y Rusia. Y aquí los blancos se vieron derrotados por sus propios fracasos políticos.

En Ucrania los blancos se vieron incapacitados desde el principio por su patriotismo granruso; esto motivó la oposición de los campesinos más ricos, de buena parte de la *intelligentsia* rural y de la pequeña burguesía, los cuales simpatizaban con la causa nacionalista ucraniana. De todos los que combatían por el poder en Ucrania (los verdes, los negros, los rojos y los blancos), Denikin fue el único que no hizo concesiones a los nacionalistas. No fue un cálculo equivocado: la necesidad de defender el Imperio granruso era la creencia esencial del régimen blanco. Incluso si les hubieran dicho que sin tales concesiones no podían tener éxito, los blancos se habrían seguido negando a hacerlas. Dragomirov, Lukomsky y Shulguin, los tres rusos de Kiev que dominaban el movimiento blanco en el sur, eran más rusos que los propios rusos de Rusia. Denikin satisfizo sus demandas nacionalistas; nombró rusos para todos los puestos oficiales; suprimió las cooperativas agrarias, fortalezas del movimiento nacionalista, y prohibió la utilización de la lengua ucraniana en todas las instituciones estatales, entre ellas las escuelas. Incluso negó la

existencia de Ucrania, a la que denominaba «Pequeña Rusia» en todas sus declaraciones. Su torpe «proclama al pueblo pequeño-ruso» en la cual se comprometió a reunir Rusia con su «rama pequeño-rusa», contribuyó a empujar a los campesinos ucranianos hacia el Ejército nacionalista de Petliura, lo que ayudó a debilitar a la retaguardia blanca. Durante las batallas decisivas de otoño los blancos se vieron obligados a desplazar diez mil soldados del frente en que combatían contra los rojos para luchar contra Petliura y otras bandas nacionalistas.

Más importante fue el fracaso de los blancos para articular un sistema efectivo de administración local en los territorios recién conquistados, pues significaba que carecían de medios para movilizar al campesinado y sus recursos sin utilizar el terror; resultó crítico a medida que avanzaban por el interior de la Rusia soviética y se alejaban de sus bases de suministros. En el punto álgido de la ofensiva resultó muy difícil conseguir alimentos y equipamientos para los soldados. Majnó había ocupado las bases principales de suministros en la retaguardia (Mariupol, Melitopol y Berdiansk) y, junto con los nacionalistas de Petliura, controlaba los trenes militares que venían del sur. A situación tan caótica se añadió el problema de los trabajadores de ferrocarril, que en todas partes estaban contra los blancos, y a los que a menudo sólo se podía obligar a trabajar a punta de pistola. En los núcleos industriales controlados por los blancos existían tensiones similares con los obreros, a medida que Denikin abrogaba los derechos de los sindicatos y devolvía las fábricas a sus antiguos propietarios. La producción de carbón en el Donbass cayó de manera dramática, deteniendo buena parte de la industria y del transporte. Los blancos respondieron con un reinado de terror, fusilando obreros en represalia por el declive «bolchevique» de la producción. En Yuzovka uno de cada diez obreros fue fusilado cuando las minas y las fábricas dejaron de cumplir los objetivos de producción de carbón y acero. Algunos obreros fueron fusilados simplemente por cumplir con el lema «¡muerte a las manos con callos!», en una especie de venganza de clase por el Terror rojo que tenía su consigna de «¡muerte a los *burzhoois!*». Pero incluso tal represión fue incapaz de impedir el descenso de la producción; la economía blanca se vio catapultada al caos: las fábricas cerraban, la inflación era galopante, y los obreros se lanzaban a la huelga. Los suministros vitales para el Ejército o no se produjeron o no fueron transportados hasta el frente.[24]

Mientras tanto, en agosto, la ayuda de los aliados se redujo cuando las

potencias occidentales, decepcionadas por la retirada de Kolchak, se mostraron escépticas hacia una victoria blanca. Buena parte de la ayuda se había perdido por corrupción: armas, uniformes, ropa, mantas, incluso equipo de hospital, acabaron en el mercado negro. Durante la lucha en Jarkov varios soldados del cuerpo de tanques de Denikin fueron capturados vendiendo anticongelante para radiador como vodka en el Hotel Metropol. A partir de entonces, los aliados resolvieron que la ayuda militar debía ser entregada en forma de bienes «no comerciables» (aunque en Rusia no existía tal cosa) y que debería ser pagada por Denikin en metálico o en bienes de exportación. Esta decisión supuso un golpe de muerte para la campaña de los blancos. Los soldados del frente se quedaron sin suministros, especialmente sin el equipo adecuado para el invierno que se avecinaba. Sin un sistema efectivo de administración local que organizara esto, los soldados pronto se entregaron a un saqueo caótico. Como reconoció el mismo Denikin, más que cualquier otra cosa este comportamiento fue lo que los enemistó con la población local y garantizó una derrota blanca.[25]

El peor saqueo fue el llevado a cabo por la caballería cosaca. Aborrecían a los campesinos rusos y consideraban un derecho saquearlos a voluntad, como si invadieran un país extranjero. Sus jefes eran su propia ley y, en general, permitieron el saqueo para granjearse la lealtad de los cosacos. Fue precisamente la misma combinación que produjo los atroces pogromos contra los judíos (de los cuales se habla más adelante). Mamontov y Shkuro fueron sólo los ejemplos más notorios, al estimular a sus soldados con la promesa del botín. Pero hubo docenas de comandantes más jóvenes que se convirtieron en «héroes cosacos» de esta manera; uno de ellos fue llamado el príncipe de los ladrones. Denikin desaprobaba a estos aventureros pero carecía de la firmeza para llamarlos a capítulo, un hecho que más tarde lamentaría amargamente. Algunas de las unidades cosacas estaban tan abrumadas por el botín que eran bastante incapaces de combatir; a su caballería la seguían largos convoyes de carros (algunos de hasta cincuenta kilómetros) cargados con objetos robados. Los trenes, abarrotados de bienes saqueados, eran enviados a la retaguardia en lugar de transportar suministros hasta el frente. Los cosacos de Mamontov, que se habían vuelto a unir a los blancos después de su ataque de agosto sobre Tambov, estaban tan preocupados con llevar sus despojos al Don que todos salvo mil quinientos de los ocho mil desertaron. Wrangel pretendió que durante el otoño los blancos tenían sólo entre tres mil y cuatro mil combatientes comprometidos en el frente: «Los demás eran un grupo colosal de saqueadores y especuladores [...]. La

guerra para ellos era una forma de enriquecerse». Con un Ejército similar, concluyó, era «imposible ganar Rusia. La población había llegado a odiarnos».[26]

Con la captura de Orel por Denikin, el arsenal crucial de Tula, a ciento sesenta kilómetros de distancia, se vio seriamente amenazado. Su pérdida, según Trotsky, «habría sido más peligrosa que la de Moscú».[27] Sin Moscú los rojos habrían carecido de una capital prestigiosa; pero sin Tula hubieran carecido de un Ejército. El destino del régimen soviético dependía de la defensa de Tula, y en el centro de esa defensa se encontraba Dmitri Os'kin. En su calidad de comisario militar de Tula, Os'kin presidía dos cuerpos principales, el Consejo Militar y el Comité Revolucionario (Revkom), que en colaboración gobernaban la denominada «Región Fortificada de Tula» en virtud de la ley marcial.

Os'kin no dudaba sobre la necesidad de la ley marcial. Su liberalismo de eserista de izquierda pertenecía al pasado y consideraba necesaria una disciplina despiadada en la guerra civil. Necesidad subrayada por la amenaza de los obreros de Tula de desencadenar una huelga en protesta por la escasez de alimentos. Había habido una huelga general en Tula en primavera. Os'kin y sus camaradas eran denunciados por los obreros hambrientos en cada reunión de la fábrica; «¡Abajo los comisarios!» se convirtió en el lema de la huelga. Para impedir la huelga los bolcheviques desencadenaron la guerra civil contra los obreros. El propio Dzerzhinsky fue enviado por Lenin el 3 de abril. Destacamentos comunistas especiales ocuparon las fábricas y hasta un millar de trabajadores fueron arrestados. Desde entonces las relaciones con los trabajadores mejoraron (Os'kin se aseguró de que fueran proporcionados mejores suministros alimenticios); pero llegó la amenaza de una nueva huelga, pues una vez más se estaban acabando las reservas de alimentos. Dada la necesidad vital de mantener la producción de municiones, según Os'kin no existía otra opción salvo la de «militarizar las fábricas y reprimir a los obreros si iban a la huelga». Los bolcheviques no se hacían ilusiones acerca de la posibilidad de negociar un acuerdo con los trabajadores: no había tiempo suficiente. Y, en cualquier caso, como admitió Lenin ante el Politburó el 15 de octubre, «las masas de Tula distan mucho de estar con nosotros». De hecho, si acaso, estaban con los mencheviques que habían dirigido la huelga general la primavera anterior y que antes habían conseguido mayorías en los sóviets de la ciudad. Algunos mencheviques optaron ahora por la agitación en favor de los rojos en Tula para rechazar a Denikin. Es

un ejemplo de la desesperación de los bolcheviques y de la baja consideración que tenían entre los obreros, que aceptaron la ayuda de sus rivales más encarnizados. Os'kin y sus camaradas eran reacios a ello, temerosos ante cualquier otro partido desde la huelga general, pero Lenin intervino para abrir las puertas de las fábricas a los mencheviques. Dan dijo a los obreros de Tula que la victoria de los blancos significaría la derrota de la revolución; pero los obreros hambrientos sólo parecieron aburrirse al escucharle. Los mencheviques vieron que los obreros eran «extremadamente hostiles a los comunistas y que ningún llamamiento para defender la revolución contra Denikin podía pacificar su estado de ánimo».[28]

La necesidad de resultados urgentes también era uno de los motivos de las medidas extraordinarias adoptadas por Os'kin para la defensa militar de Tula. Millares de campesinos y «burgueses» fueron reclutados a la fuerza en equipos de trabajo; trabajaron día y noche derribando árboles que sirvieran de combustible a las fábricas y cavando trincheras alrededor de la ciudad; y sus parientes eran retenidos como «rehenes», para ser fusilados si el trabajo no se realizaba de la manera apropiada. Os'kin no tenía ningún escrúpulo a la hora de utilizar medidas así: eran «necesarias para defender la revolución». Millares de refuerzos del Ejército Rojo fueron despachados a Tula, incluyendo la famosa División de Tiradores Letones, fieles partidarios del régimen bolchevique. Os'kin reclutó veinte mil tropas locales además de aquéllas. «Todo Tula —según señaló — se convirtió en un gigantesco cuartel.» Los soldados ocuparon cada edificio libre; parques y plazas fueron tomados por tanques y por unidades de soldados que hacían instrucción; se montaron nidos de ametralladoras en los edificios más elevados de las vías más importantes y se levantaron barricadas con minas a la entrada de la ciudad. A lo largo de los distritos sureños de la provincia había puestos de observación, unidos por teléfono con Tula, para advertir de la cercanía de las tropas de Denikin. Las mansiones abandonadas de la nobleza rural se convirtieron en cuarteles; un regimiento se asentó en la antigua posesión de Tolstoi enYasnaya Polyana, mientras que otro acampaba cerca de la del príncipe Lvov en Popovka.[29]

En este momento crucial, con el resultado de la lucha muy equilibrado, centenares de miles de desertores campesinos estaban regresando al Ejército Rojo. Este regreso fue un factor decisivo que inclinó la balanza en favor de los rojos, y explica por qué los bolcheviques ganaron la guerra civil. Los relatos derechistas de la guerra civil han tendido a presentar la victoria de los rojos

como conseguida sin apoyo de las masas. Los bolcheviques, según sugiere tal argumento, tenían una mayor base territorial en la que apoyarse; eran más sistemáticos que los blancos en su utilización del terror y la coerción para extraer los recursos militares necesarios de una población civil que era esencialmente hostil a ambas partes e indiferente al resultado de su lucha. Esto es verdad en dos terceras partes. Pero el hecho de que los bolcheviques pudieran al menos pretender que defendían «la revolución» (y de que utilizaran sus símbolos más importantes tales como la bandera roja) seguramente también los capacitó para conseguir cierto apoyo, aunque sólo fuera un apoyo condicional y la menos mala de las dos opciones, por parte del campesinado y de ciertos obreros que temían que una victoria de los blancos los desposeyera de sus propias ganancias obtenidas de la revolución.

Ello explicaría el regreso de los desertores campesinos al Ejército Rojo. Hasta junio, la campaña de los rojos contra la deserción había descansado en violentas medidas de represión contra los pueblos sospechosos de albergarlos, lo cual fue contraproducente, y tuvo como resultado una oleada de revueltas campesinas detrás del frente rojo que había facilitado el avance de los blancos. Pero en junio los bolcheviques adoptaron una táctica más conciliadora de «semanas de amnistía». Durante estas semanas, acerca de las cuales se realizaba una abundante propaganda y que a menudo se extendían de manera indefinida, se invitaba a los desertores a regresar a las filas sin castigo. En cierto sentido, era una señal de la creencia bolchevique que consideraba necesario reformar la naturaleza del campesino y hacerle consciente de su deber revolucionario (así los rojos castigaban a los desertores «malintencionados» pero intentaban reformar a los de «voluntad débil»), en oposición a la práctica de los blancos de ejecutar a todos los desertores por igual. Entre julio y septiembre, cuando la amenaza de una victoria blanca era mayor, casi un cuarto de millón de desertores procedentes sólo de los dos distritos militares de Orel y Moscú regresaron al Ejército Rojo; muchos de ellos se denominaban «voluntarios», y se decían dispuestos a combatir contra los blancos, a los que asociaban con la restauración de la nobleza rural en la tierra; en ambas regiones el campesinado local había obtenido ganancias territoriales sustanciales en 1917. En Orel la tierra utilizada por los campesinos había aumentado en un 28 por ciento; en el distrito militar de Moscú alcanzaba el 35 por ciento. La amenaza de una victoria blanca provocaba el temor de los campesinos de perder su nueva tierra (un miedo que los rojos estimulaban a través de su propaganda) y estaban preparados para enviar a sus

hijos de nuevo al Ejército para defenderla. Por mucho que los campesinos se sintieran agraviados por algunos aspectos del régimen bolchevique, con las requisas violentas y los comisarios despóticos, continuaban defendiéndolo sólo en la medida en que se alzaba entre los blancos y su propia revolución agraria.[30]

En octubre, los rojos tenían casi doscientos mil soldados dispuestos para la batalla en el frente sur, el doble de fuerzas que a los blancos. Para preparar una contraofensiva contra los blancos, Alexander Egorov recibió el mando del frente del sur el 11 de octubre. Su carrera era muy similar a la de Os'kin y típica de la nueva elite militar roja. Consiguió el grado de coronel durante la primera guerra mundial, se unió a los eseristas de izquierdas en 1917, y se pasó a los bolcheviques durante el verano de 1918. Egorov fue el principal arquitecto de la victoria del Ejército Rojo en el sur; aunque de hecho hubo muy poca planificación, puesto que la estrategia fue cambiada en el último momento y fue ampliamente improvisada a medida que se iba desarrollando. Os'kin no encontró nada más que pánico y caos en los cuarteles generales del frente sur. Nadie sabía siquiera con seguridad «dónde estaban localizadas nuestras tropas».[31]

A pesar de esta confusión característica de toda la guerra civil, las batallas a gran escala en octubre fueron muy diferentes de los primeros estadios de la guerra civil. Las batallas de 1918 realmente no pasaron de ser más que escaramuzas a pequeña escala y duelos de artillería. Las fuerzas pequeñas y abigarradas se habían ocupado principalmente de la supervivencia, sin posiciones fijas ni frentes, y ciudades y territorios habían cambiado frecuentemente de manos. Había sido como una guerra reducida del siglo XIX. Pero las batallas de octubre fueron mucho mas importantes y se asemejaron más a la lucha de la primera guerra mundial. Centenares de miles de campesinos estuvieron implicados, se dispararon cada día millones de cartuchos, hubo tanques y aeroplanos, y carros acorazados y las batallas prosiguieron a lo largo de la noche. Con mejores estructuras de mando en ambos ejércitos, y con órdenes estrictas dirigidas a sus oficiales para que no se retiraran, se desperdiciaron millares de vidas de soldados por insignificantes pedazos de tierra. Ninguno de los dos bandos tomó prisioneros.

La contraofensiva roja en el frente sur presentaba dos elementos estratégicos claves. El primero fue un ataque sorpresa llevado a cabo por el grupo de choque de tiradores letones, unos doce mil soldados de choque situados al oeste de Orel, en el flanco izquierdo del Ejército Voluntario según éste empujaba al norte en dirección a Tula. Después de una batalla fiera y sangrienta en la que casi la mitad

de los letones murieron, los blancos se vieron empujados hacia Orel. En este punto fue desplegado el segundo elemento clave de la contraofensiva. El 19 de octubre la caballería roja repentinamente atacó a los cosacos en el flanco izquierdo de los blancos, arrojándolos hacia Voronezh. Los cosacos debieron de ser sorprendidos por los jinetes rojos, puesto que apenas habían sido desplegados antes. Trotsky siempre había subestimado las ventajas estratégicas de la caballería en una guerra de movimientos como la guerra civil. Sólo la incursión de Mamontov le había enseñado el lema «proletarios a caballo».[32]

Para articular la caballería los rojos contaban desde 1918 con Semyon Budenny, un alto e imponente oficial de caballería, con amplio mostacho, hijo de un campesino no cosaco de la región del Don, que sirvió en el Ejército zarista desde 1903, y después de la guerra contra Japón, cuando su habilidad como jinete se observó por primera vez, fue enviado a la Escuela de Caballería Imperial de San Petersburgo. En 1914 Budenny se había convertido en sargento mayor de los dragones imperiales, una fuerza de elite. Fue uno de los muchos oficiales provisionales que se unieron a los bolcheviques en 1917; y, como muchos de ellos, pronto se unió a Stalin y a la oposición militar. En 1918 Voroshilov le colocó a la cabeza de una pequeña fuerza de caballería que combatía contra los cosacos de Krasnov cerca de Tsaritsyn. Este Primer Cuerpo de Caballería Roja estaba compuesto por lo general de cosacos pobres y de campesinos no cosacos del norte del Don, y reforzado por estos mismos elementos para preparar la contraofensiva contra Denikin. Era el núcleo del celebrado Ejército de caballería de Budenny, inmortalizado en las historias de Babel, que relató sus aventuras en la guerra contra Polonia durante 1920. Muchos de los comandantes más honrados por Stalin, si es que no de los de más talento, ganaron sus espuelas en la «Konarmia». Aparte del mariscal Budenny, que fue enterrado en la Plaza Roja en 1970, estaba el mariscal Timoshenko (que dirigió el Ejército Rojo durante la segunda guerra mundial) y el mariscal Zhukov (que lo condujo a la victoria en 1945).

Perseguidos por la caballería roja, los cosacos blancos huyeron hacia el sur en dirección al Don, abandonando Voronezh a los bolcheviques el 24 de octubre. Desde esta ciudad estratégica, los jinetes de Budenny avanzaron hasta Kastornoe, un nudo ferroviario vital situado entre Moscú y el Don, y finalmente lo capturaron el 15 de noviembre, tras varios días de sangrienta lucha contra los cosacos de Shkuro. Esto selló de manera efectiva el destino de la ofensiva de Denikin. Los blancos, amenazados con ser completamente cercados por los

rojos, se vieron obligados a realizar una apresurada retirada hacia el sur. Nunca volvieron a amenazar con irrumpir en Rusia central.

Octubre significó una doble pérdida para los blancos; en el momento álgido de la lucha en Orel una segunda fuerza blanca de importancia, el Ejército del noroeste, avanzó hacia los arrabales de Petrogrado. Dadas sus limitaciones, resulta sorprendente que el Ejército del noroeste llegara tan lejos. Había sido constituido en Pskov con la ayuda del Ejército alemán durante 1918, después de la derrota de Alemania, cuando el Ejército Rojo había avanzado hacia el oeste, se había retirado a Estonia, entonces un Estado nuevamente independiente que sufría su propia guerra civil. Allí había logrado articular sus fuerzas detrás de la barrera natural del lago Peipus. En mayo de 1919, cuando volvió a entrar en Rusia y lanzó su ataque sobre Petrogrado, el Ejército contaba con dieciséis mil hombres, la mayoría prisioneros de guerra rusos entregados por los alemanes y desertores de los rojos.

Mandaba el Ejército el general Yudenich, un héroe fugaz de la primera guerra mundial al que Kolchak había reconocido como su comandante en el Báltico. De cincuenta y siete años de edad y de dieciocho piedras de peso, Nikolai Yudenich era a la vez demasiado viejo y demasiado grueso para inspirar a nadie como jefe. Con las mejillas flácidas, la cabeza calva y el bigote retorcido, se parecía al milímetro al aristócrata ruso sin reformar que era. Yudenich nunca se había reconciliado con la caída del Imperio zarista, y ésta iba a ser la causa de su propia caída.

Como todos los generales blancos, el instinto de Yudenich era anteponer los intereses de la campaña militar a cualquier consideración política. «Contra los bolcheviques sin política» era su lema. El Gobierno del noroeste era una cortina de humo democrática destinada a apaciguar a los aliados, no tenía una intención real de gobernar Rusia. Yudenich rechazó la necesidad de un programa de reformas y no contaba con apoyo popular para abrirle camino a su Ejército en dirección a Petrogrado: ésta tenía que ser una victoria militar, no conquistar los corazones y las mentes del pueblo. De hecho sucedió lo contrario. A medida que su Ejército penetró en suelo soviético, se encontró con la oposición de la población, y sus reclutas, principalmente rusos, comenzaron a desertar. Esta falta de apoyo dentro de Rusia significó que Yudenich tuvo que recurrir a tropas extranjeras. Los aliados eran reacios a su misión (estaban buscando cómo

retirarse de la guerra civil) y sólo le enviaron unos suministros mínimos; es cierto que los buques de guerra británicos bloquearon Petrogrado e incluso atacaron Kronstadt, pero no se envió a Yudenich ninguna tropa aliada de infantería. Incluso si hubieran deseado apoyar a los blancos en una ofensiva contra Petrogrado, las relaciones de Yudenich con los alemanes habrían sido suficientes para evitar que los aliados lo apoyaran.

Sin el apoyo de los aliados, el éxito de la ofensiva de Yudenish contra Petrogrado dependía de la voluntad de Finlandia de actuar como trampolín y base de suministro de su Ejército. La frontera finlandesa estaba sólo a treinta kilómetros de Petrogrado, casi diez veces menos que el camino a través de Rusia vía Pskov. Sin embargo, incluso aquí, con el premio de Petrogrado tan a su alcance, los generales blancos permitieron que su obstinado compromiso con el Imperio ruso interfiriera en un posible acuerdo con los finlandeses.

El Cuerpo de Defensa finlandés, bajo el mando del general Mannerheim, se había convertido en un Ejército nacional importante después de derrotar a los rojos en Helsingfors durante la primavera de 1918. Era a los finlandeses más que a los blancos a quienes los bolcheviques temían en Petrogrado. En junio de 1919, se suponía que había hasta cien mil soldados finlandeses en torno al lago Lagoda. Una cuarta parte de ellos estaban frente a Petrogrado. El precio del apoyo de Finlandia a Yudenich era sencillo: una garantía de su independencia. Esto habría sido una formalidad: Finlandia ya era a todos los efectos un Estado independiente, y era reconocido como tal por la mayoría de los poderes occidentales. Sin embargo, los blancos pensaron que tan pequeño precio era demasiado elevado. Su sencilla nostalgia del Imperio ruso, que se habían comprometido a restaurar, les impidió pactar con los nacionalistas. «La historia nunca me perdonará si entrego lo que Pedro el Grande ganó», declaró Kolchak con su típica petulancia cuando se le urgió, como jefe supremo de los blancos, para que cediera a la petición finlandesa. El príncipe Lvov y la Conferencia Política de París se oponían firmemente a conceder el reconocimiento a Finlandia hasta que su *status* hubiera sido finalmente resuelto por la Asamblea Constituyente en Rusia. Esto era también típico de la fijación de los blancos con la estructura legal del pasado, una fijación que les impedía aceptar las realidades políticas del presente. Mannerheim tenía una buena disposición hacia la causa antibolchevique. Pero ni siquiera él pudo persuadir a los finlandeses, cansados de guerra, para que apoyaran a los blancos sin una garantía de reconocimiento. Los rojos, por su parte, habían concedido el reconocimiento a Finlandia

dieciocho meses antes, y ahora ofrecían un acuerdo de paz a los finlandeses si seguían siendo neutrales en la guerra civil, mientras que los amenazaban con un «despiadado exterminio» si se unían a los blancos. Los aliados urgieron a Yudenich para que reconociera a Finlandia, dándose cuenta de que sin su apoyo su ofensiva estaba condenada al fracaso, pero el general blanco se negó a la transacción. Esto no proporcionó a Mannerheim, que se enfrentaba a unas elecciones en julio, ninguna alternativa salvo la de lavarse las manos en relación con los blancos. Se negó a proporcionar tropas a Yudenich o a dejar que su Ejército operara desde suelo finlandés. Fue un golpe crucial para los blancos, que les obligó a avanzar hacia Petrogrado por un camino más largo y hostil a través de Yamburg y Gatchina.

Yudenich realizó un último esfuerzo desesperado para conseguir el apoyo de los estonios. Pero eran una pequeña nación, joven y frágil, y no deseaban entregar muchos soldados a los blancos, especialmente porque estos ni siquiera iban a reconocer la independencia de Estonia a cambio. Los rojos rápidamente explotaron la situación, como habían hecho en el caso finlandés, ofreciendo a Estonia un tratado de paz si permanecía neutral en la guerra civil. La inclinación de los estonios por evitar la participación en la guerra civil coincidió así con sus intereses como Estado independiente obligado a vivir al lado de los sóviets.

Abandonado a sus propios recursos, Yudenich ordenó un avance hacia Petrogrado el 10 de octubre. Se apoyaba en que los rojos no contaban con recursos a causa de la lucha en el frente sur. Al principio, la jugada resultó. Los bolcheviques ciertamente habían transferido unidades al sur. Los veinticinco mil hombres del VII Ejército Rojo, estacionados para defender Petrogrado, estaban profundamente desmoralizados y comenzaban a desertar. Con la ayuda del coronel Liundkvist, jefe de estado mayor del VII Ejército que había desertado al lado de los blancos y les había proporcionado detalles de las posiciones rojas, los dieciocho mil hombres de Yudenich avanzaron rápidamente. El día 20 habían alcanzado las alturas de Pulkovo, que dominaban los suburbios de Petrogrado. «Allí estaba la cúpula de San Isaac y la aguja dorada del Almirantazgo —señaló uno de sus oficiales—; se podía incluso ver los trenes que salían de la estación Nikolai.» Tanto confiaban en la victoria ese día que uno de sus generales incluso rehusó el ofrecimiento que le hacían de utilizar prismáticos para ver la ciudad porque, como señaló, en cualquier caso, pasearían por la perspectiva Nevsky al día siguiente.[33]

Las noticias del avance blanco sembraron el pánico entre los rojos. Lenin

deseaba abandonar Petrogrado y concentrarse en el frente sur. Pero Trotsky estaba convencido de que el lugar de nacimiento de la revolución debía ser defendido contra viento y marea, incluso si eso significaba combatir en las calles, y persuadió a Lenin para que cambiara de opinión; el 16 de octubre fue enviado a la antigua capital para encargarse de su defensa. Zinoviev, jefe del partido en Petrogrado, había perdido completamente los nervios y no podía hacer nada salvo tumbarse en un sofá en el Smolny. Ésta fue una de las pocas ocasiones en la guerra civil, muchas menos de las que pretenden sus acólitos, en que la presencia de Trosky en el frente ayudó a decidir el resultado de la batalla. En un momento dado incluso subió a caballo, caracoleó en torno a las tropas que se retiraban y las devolvió a la batalla.

La primera tarea de Trotsky fue elevar la moral de la tropa, y esto lo consiguió con su brillante oratoria. Urgió a los soldados para que no cedieran y se rieran de los tanques británicos del enemigo, de los que habían huido los rojos, describiéndolos como nada más que cajas «fabricadas con madera pintada». Incluso ordenó que la fábrica Putilov construyera unos pocos vehículos semejantes a los tanques para asegurar a las tropas de que también tenían estas máquinas en su bando. La siguiente tarea de Trotsky fue transformar Petrogrado en una fortaleza y preparar a su población para una batalla en las calles. Se declaró la ley marcial en la ciudad y se impuso un toque de queda nocturno. Millares de trabajadores y residentes burgueses fueron movilizados para levantar barricadas en calles y plazas. Lenin urgió a Trotsky para que escogiera a treinta mil personas, «colocara ametralladoras detrás de ellas y fusilara a varios centenares para asegurar un asalto de masas real contra Yudenich». El sistema de alcantarillado de la ciudad fue puesto en funcionamiento y utilizado para construir barricadas. Se cavaron trincheras en los suburbios del sur y se colocaron ametralladoras en lo alto de los edificios de las calzadas principales que se dirigían al centro. Camiones y motocicletas militares atravesaron Petrogrado día y noche; bolcheviques ataviados con chaquetas de cuero hacían guardia en los controles callejeros con fusiles colgando al hombro, y equipos de voluntarios obreros vigilaban todos los edificios importantes.[34]

Aunque Petrogrado, como cualquier otra ciudad, se había visto turbada por frecuentes huelgas, la amenaza de una victoria blanca pareció convencer a muchos trabajadores para defender el régimen soviético. Como uno de los espías de los blancos en Petrogrado expresó:

> Los elementos obreros, al menos buena parte de ellos, todavía se sienten inclinados hacia los bolcheviques. Como algunos otros elementos democráticos, ellos ven el régimen, aunque malo, como propio. La propaganda acerca de la crueldad de los blancos tiene un enorme efecto sobre ellos [...]. Psicológicamente, identifican el presente con la igualdad y el poder soviético y a los blancos con el antiguo régimen y su desprecio hacia las masas.

Centenares de trabajadores armados con fusiles se dirigieron a defender el Smolny. Mientras tanto, en el patio del cuartel general soviético, una docena de coches estaban dispuestos permanentemente para evacuar a los dirigentes del partido en caso de que cayera Petrogrado. Viktor Serge y su esposa embarazada abandonaron su habitación en el Hotel Astoria y pasaron una noche en una ambulancia aparcada en los suburbios. Con una pequeña maleta y dos pasaportes falsos, estaban dispuestos a huir en el momento que fuera preciso.[35]

En su apresuramiento por conquistar Petrogrado, los blancos no habían llegado a cortar la línea férrea que conectaba la ciudad con Moscú. Este error estratégico permitió a los rojos recibir refuerzos a tiempo para lanzar una contraofensiva el 21 de octubre. Muestra de su desesperación era que incluso en el momento álgido de la batalla contra Denikin los rojos estuvieran preparados para enviar reservas vitales desde Tula a Petrogrado. Lenin se decidió a telefonear directamente al propio Os'kin. «Me quedé literalmente sin aliento cuando una voz dijo por el teléfono: "Aquí Lenin"», escribió más tarde Os'kin. Prometió a Lenin una brigada completa de reservas comunistas altamente disciplinadas que iban a desempeñar un papel vital en la contraofensiva. Kamenev, el comandante en jefe rojo, las denominó «nuestra reina de espadas», el último triunfo necesario para ganar el juego. Frente a los quince mil soldados de Yudenich, los rojos tenían ahora casi cien mil, cifra suficiente según su derrochador patrón para cambiar la suerte en contra de los blancos. Después de tres días de valiente y sanguinaria lucha por las alturas de Pulkovo (los rojos rechazaron los tanques de Yudenich sin otra cosa que sus fusiles), los blancos fueron expulsados hacia Estonia. Sin reservas, su retirada fue tan rápida como lo había sido su avance. A mediados de noviembre los estonios permitieron que las fuerzas de Yudenich entraran en su país, aunque sólo después de desarmarlas. Trotsky quería perseguir a los blancos en el interior de Estonia («la perrera de los perros

guardianes de la contrarrevolución»). Pero fue innecesario. Yudenich dimitió y su Ejército se desmembró. En Nochevieja Estonia firmó un armisticio con la Rusia soviética, seguido por un tratado de paz (el primero firmado por Moscú con sus Estados fronterizos) el 2 de febrero de 1920.[36]

Para honrar el papel de Trotsky en la defensa del Petrogrado, se le concedió la Orden de la Bandera Roja, la primera orden de este tipo. Trotsky alcanzó la condición de héroe. Gatchina, donde había tenido lugar buena parte del combate, recibió el nombre de Trotsk. Fue la primera ciudad soviética que recibió su nombre de un comunista vivo. A medida que las fuerzas de Denikin huían hacia el sur, perdieron toda apariencia de disciplina y empezaron a desmembrarse presa del pánico. Napoleón había señalado una vez acerca de su propia retirada desde Moscú: «De lo sublime a lo ridículo sólo hay un paso». Algo muy similar podría decirse en relación con Denikin.

No eran sólo los rojos los que habían provocado el pánico de los blancos. Los partisanos de Majnó, los nacionalistas ucranianos de Petliura y otras diversas bandas partisanas organizaron emboscadas sobre las unidades blancas, a medida que éstas se retiraban hacia el mar Negro. Las fuerzas de Denikin atravesaban un territorio donde la población local, en palabras de Wrangel, «había aprendido a odiarnos». A finales de noviembre llegaron las sobrecogedoras noticias de que los británicos estaban retirando su apoyo a los blancos, que unidas a las noticias de la derrota de Kolchak tuvieron un efecto devastador sobre la moral. «En un par de días toda la atmósfera en el sur de Rusia cambió —señaló un testigo ocular—. Cualquier firmeza de propósito que hubiera existido con anterioridad quedó ahora tan socavada que lo peor pareció posible. La opinión de [Lloyd] George de que la causa voluntaria estaba condenada contribuyó a que esa condena resultara casi cierta.» El optimismo que había mantenido durante tanto tiempo el movimiento blanco (Sokolov lo comparó a la creencia desesperada del jugador en que la carta ganadora acabará por aparecer) desapareció completamente. Los soldados y los oficiales desertaron en masse. Los cosacos quedaron desencantados con los blancos; muchos cosacos del Kubán rehusaron seguir luchando a menos que Denikin satisficiera sus demandas en favor de un Estado independiente.[37]

Se produjo un desencanto similar entre la sociedad civil de los blancos; la gente ya no creía en la victoria, y sólo pensaba en cómo huir al extranjero; cerraron tiendas y cafés; se produjo una carrera enloquecida para cambiar los rublos del Don emitidos por Denikin por moneda extranjera. En una repetición

de las escenas de pánico de Omsk, millares de oficiales y de civiles lucharon para subir a los trenes que se dirigían hacia los puertos del mar Negro. Los heridos y los enfermos, cuyas cifras se vieron aumentadas por una galopante epidemia de tifus, fueron simplemente abandonados. Aquello ya no podía denominarse «burguesía en fuga»; la mayoría de los refugiados carecían de dinero, cualquiera que hubiera sido su fortuna anterior; era una masa pobre de seres humanos desvalidos que huían para salvar su vida. Un testigo lo vio así en la huida desde Járkov:

> Cuando una noche el último tren hospital ruso se estaba preparando para salir, bajo la pálida luz de los faroles de la estación se podían ver unas extrañas figuras que se arrastraban por el andén. Eran grises y sin forma, como grandes lobos. Se acercaron y con horror se pudo reconocer que eran ocho oficiales rusos enfermos de tifus, vestidos con sus camisones grises de hospital, que, antes de quedarse ahí para ser torturados y asesinados por los bolcheviques, como presumiblemente iba a ser su destino, se habían arrastrado a cuatro patas a través de la nieve desde el hospital hasta la estación con la esperanza de ser llevados en un tren.[38]

En el contexto de este colapso moral el Terror blanco alcanzó su clímax y se desencadenaron los peores pogromos contra los judíos. Fue un último acto salvaje de venganza contra una raza a la que muchos blancos culpaban de la revolución.

El antisemitismo fue un hecho de la vida en Rusia a lo largo del período revolucionario. Los ataques contra los judíos a menudo concentraron parte de la violencia de la muchedumbre. La palabra «pogromo» significaba tanto un ataque contra los judíos como un asalto contra la propiedad en general. El régimen zarista, al estimular uno, siempre había tenido cuidado de no dejar que provocara el otro. Que los judíos se convirtieran en el chivo expiatorio de los males del país se extendió considerablemente después de 1914. La zona de reclusión se quebró con la guerra y los judíos se dispersaron a través de Rusia. Aparecieron en las ciudades más importantes del norte por primera vez en número considerable. Durante la revolución los judíos accedieron al Gobierno y posiciones oficiales también por primera vez. Pocos judíos eran bolcheviques, pero sí muchos

dirigentes bolcheviques eran judíos. Para buena parte de los rusos corrientes, cuyo mundo había sido totalmente trastornado, la ruina de su país estaba de alguna manera vinculada con la aparición repentina de los judíos en lugares y posiciones de autoridad anteriormente reservadas a los no judíos. Poco faltaba para concluir que los judíos estaban conspirando para provocar la ruina de Rusia. El resultado fue un antisemitismo masivo. «El odio a los judíos —escribió un importante sociólogo en 1921— es uno de los rasgos más prominentes de la vida rusa hoy en día; quizás incluso el más prominente. Los judíos son odiados en todas partes, en el norte, en el sur, en el este y en el oeste. Son odiados por la gente al margen de su clase o educación, de su persuasión política, de su raza o de su edad.»[39]

Durante las primeras etapas del movimiento blanco en el sur, el antisemitismo representó un papel relativamente menor. Hubo incluso judíos en el Ejército Voluntario, algunos héroes de la Marcha del Hielo. El OSVAG, el órgano de propaganda de Denikin, empleó a muchos judíos. Pero cuando los blancos se adentraron en Ucrania, donde la población judía estaba más concentrada que en el Don, sus filas se vieron afectadas por un odio vengativo hacia los judíos. La iniciativa procedió de los cosacos y de los jefes de regimiento, aunque Denikin, un antisemita pasivo, hizo poco para resistirla, y varios de sus generales la estimularon. Los judíos fueron expulsados del Ejército y de la Administración de Denikin. La propaganda blanca retrató al régimen bolchevique como una conspiración judía y extendió el mito de que todos sus dirigentes importantes eran judíos, aparte de Lenin. En su calidad de jefe del Ejército Rojo, Trotsky (o *Bronstein,* como a menudo aparecía entre paréntesis en la prensa blanca) era señalado como un monstruoso «asesino de masas judío» del pueblo ruso. Los judíos fueron culpados del asesinato del zar, de la persecución de la Iglesia ortodoxa y del Terror rojo. Ahora bien, es cierto que los judíos fueron importantes en la Cheka de Kiev y en otras chekas de las ciudades. Pero este fue el pretexto utilizado para desencadenar una venganza sangrienta contra la población judía en bloque. Como el rabino jefe de Moscú señaló en una ocasión, los Trotskys hicieron las revoluciones, pero los *Bronsteins* pagaron los platos rotos. La mayoría de los dirigentes blancos, incluyendo a Denikin, adoptaron la teoría de que los judíos habían desencadenado los pogromos sobre sí mismos a causa de su «apoyo al régimen bolchevique»; la totalidad del movimiento blanco secundó la idea de que la persecución de los judíos estaba justificada como un medio popular de contrarrevolución. El derechista ruso Shulguin, un importante

defensor de la culpabilidad de los judíos, reconoció más tarde que los pogromos eran una venganza blanca por el Terror rojo. «Reaccionamos contra los *yids* como los bolcheviques habían reaccionado contra los *burzhoois.* Ellos gritaban, "¡muerte a los *burzhoois!"* y nosotros replicábamos, "¡muerte a los *yids!"*».[40]

Los primeros pogromos de importancia los perpetraron bandas nacionalistas ucranianas de Petliura en el invierno de 1918-1919. Los partisanos de Majnó y de Grigoriev también llevaron a cabo pogromos, como lo hicieron los polacos en 1920, y algunas unidades del Ejército Rojo. En todos estos pogromos, excepto en el desencadenado por los polacos (que tenían motivaciones raciales), la violencia antijudía estaba estrechamente asociada con el saqueo y la destrucción de la propiedad judía. Los soldados campesinos ucranianos odiaban a los judíos principalmente porque eran comerciantes, taberneros y prestamistas; en resumen, la «burguesía» de las ciudades «extranjeras» que siempre habían explotado a los «aldeanos sencillos» y los habían mantenido viviendo en la pobreza. Resultó común que los dirigentes de los pogromos impusieran un enorme impuesto revolucionario sobre los judíos (creían que eran fantásticamente acaudalados) y que después mataran a los rehenes judíos cuando no pagaban los impuestos. Los bolcheviques emplearon los mismos métodos durante el Terror rojo. Fue también común que los dirigentes de los pogromos licenciaran a los soldados para que saquearan las tiendas y las casas judías, asesinaran y violaran a los judíos y permitieran a la población rusa local que les ayudaran a cambio de participar en el botín, pretextando que los judíos se habían enriquecido especulando con la crisis económica y que su riqueza debía ser devuelta al pueblo. Los bolcheviques denominaron a esta acción «saquear a los saqueadores».

Los pogromos realizados por las tropas de Denikin en buena medida fueron impulsados por el simple instinto de robar, violar y matar a una población judía que era considerada acaudalada, hostil y débil. Pero de manera más evidente que en pogromos anteriores, subyacían un odio racial hacia los judíos y un odio hacia ellos, en palabras de un oficial blanco, como «pueblo escogido de los bolcheviques». Ciudades judías enteras fueron quemadas y destruidas porque habían apoyado a los rojos (¿habría sido extraño que lo hubieran hecho?). Se pintaron estrellas rojas en las sinagogas, se tomaron rehenes entre los judíos y se les fusiló en represalia por el Terror rojo, se expusieron sus cadáveres en la calle con una señal que decía TRAIDORES o con una estrella roja recortada en su carne.[41]

Al apoderarse de una ciudad roja, era común que los oficiales blancos

permitieran a sus soldados dos o tres días de asueto para robar y matar a los judíos a voluntad. Esto era visto como una recompensa para las tropas y una justa venganza por el apoyo judío a los rojos. No existen casos documentados de un oficial blanco que detuviera un pogromo, pero sí varios casos donde incluso generales veteranos, Mamontov y MaiMaevsky entre otros, los ordenaron. Uno de los peores pogromos tuvo lugar en Kiev, ante las narices de las autoridades blancas. Del 1 al 5 de octubre los soldados cosacos recorrieron la ciudad irrumpiendo en los hogares judíos, pidiendo dinero, violando y matando. Los oficiales y los sacerdotes locales los estimularon con discursos en los que se proclamaba que «los judíos matan a toda nuestra gente y apoyan a los bolcheviques». Incluso Shulguin, un ardiente antisemita, se sintió trastornado por el clima de «terror medieval» que imperaba en la calle y por el «aterrador aullido» de los *yids* por la noche, «que parte el corazón». Pero el general Dragomirov, que gobernaba la ciudad, no ordenó detener el pogromo hasta el día 6, el día después de que la orgía de asesinatos finalmente se extinguiera por sí misma.

Muchos pogromos fueron acompañados por terribles actos de tortura similares a los del Terror rojo. En la ciudad de Fastov los cosacos colgaron a sus víctimas del techo liberándolos justo antes de que murieran asfixiados, y si sus parientes, que contemplaban esto aterrorizados, no podían pagar el dinero que habían pedido, los cosacos repetían la operación. Los cosacos cortaron miembros y narices con sus sables y arrancaron a los niños de los vientres de sus madres. Incendiaron las casas judías y forzaron a quienes intentaban escapar a regresar al fuego. En Chernobyl y en otros lugares, los judíos eran recluidos en la sinagoga que luego incendiaban. En otros, como Cherkass, violaron en masa a centenares de niñas; muchas de ellas fueron más tarde encontradas con heridas de cuchillos y de sables en sus pequeñas vaginas. Uno de los pogromos más horribles tuvo lugar en la pequeña ciudad podolia de Krivoe Ozero durante las últimas etapas de la retirada de los blancos a finales de diciembre; por esa época las tropas blancas habían dejado de preocuparse por la opinión mundial y, puesto que contemplaban la derrota, se despreocuparon de todo; los cosacos de Terek torturaron y mutilaron a centenares de judíos, muchos de ellos mujeres y niños, y numerosos cadáveres fueron abandonados en la nieve para que los devoraran los cerdos y los perros; en medio de tan macabra escena, los oficiales cosacos celebraban un baile surrealista en la oficina de Correos de la ciudad con trajes de noche y una orquesta, al que invitaron al magistrado local y a un grupo de

prostitutas que los acompañaban desde Jerson. Mientras los soldados mataban judíos por deporte, los oficiales y su *beau monde* bebían champán y bailaban durante toda la noche.[43]

Gracias a los archivos recientemente abiertos, tenemos ahora una idea más amplia de cómo fueron asesinados muchos judíos en los pogromos de la guerra civil. El número preciso nunca será conocido; incluso los pogromos llevados a cabo por los blancos, que son los mejor conocidos, provocan toda clase de problemas estadísticos; y hubo muchos otros pogromos (realizados por los nacionalistas ucranianos, los partisanos de Majnó, las fuerzas polacas invasoras y los rojos) cuyas víctimas nunca fueron contadas en absoluto. Pero se puede decir con alguna certeza que el número global de judíos asesinados debe de haber sido mucho más elevado que el de los treinta y un mil setenta y un entierros oficialmente registrados o que la estimación de cincuenta mil o sesenta mil muertes ofrecida por eruditos en el pasado. El documento más importante que ha aparecido en los archivos rusos en los años recientes, un informe de 1920 relacionado con una investigación llevada a cabo por organizaciones judías de la Rusia soviética, habla de «más de ciento cincuenta mil muertes informadas» y hasta trescientas mil víctimas, incluyendo a los heridos y los muertos.[44]

Los millares de personas que huían del régimen de Denikin se dirigieron hacia Novorossiisk, el principal puerto aliado en el mar Negro, con la esperanza de ser evacuados en algún buque aliado. En marzo de 1920, la ciudad estaba abarrotada de refugiados desesperados; los dignatarios del antiguo régimen dormían por docenas en una sola habitación; el tifus recogió una terrible cosecha entre las hordas de seres humanos sin lavar, el príncipe E. N. Trubetskoi y Purishevitch murieron en las terribles condiciones de Novorossiisk. Nadie pensaba ya en la idea de combatir a los rojos, cuya caballería cercaba la ciudad. Siete años de guerra y revolución habían forjado en estas personas una psicología de la derrota, y ahora sólo pensaban en escapar. Los cañones británicos fueron arrojados al mar. Los cosacos mataron a tiros a sus caballos. Todos deseaban abandonar Rusia, pero no todos podían ser aceptados por los barcos aliados. Se dio prioridad a las tropas, cincuenta mil de cuyos hombres fueron llevados a Crimea el 27 de marzo. Eso dejó a sesenta mil blancos a merced de los rojos. En medio del pánico final de subir a bordo hubo terribles escenas: las princesas se pegaron como verduleras; hombres y mujeres se arrodillaron en el muelle y

suplicaron a los oficiales aliados que salvaran sus vidas; algunas personas se arrojaron al mar.[45]

Para los críticos de Denikin, esta chapucera evacuación fue el acto final. Una revuelta contra el general había ido ganando terreno desde los primeros reveses del otoño, cuando resultó evidente que la directriz de Moscú había sido un error estratégico. Al llegar a Crimea, pidieron la dimisión de Denikin. El general Wrangel se presentaba como el claro sucesor para varios comandantes veteranos. A causa de su repugnancia ante la idea de «elegir» a un nuevo dirigente que destrozara la democracia que había destruido el Ejército en 1917, insistieron en que Denikin dimitiera y «nombrara» a Wrangel su sucesor. Éste fue el insulto final contra Denikin, que hacía poco había destituido a su rival. Tuvo que llamarle a Constantinopla, donde Wrangel se había exiliado; el mismo barco británico que trajo de regreso a Rusia a Wrangel, llevó a Denikin a la capital turca. Nunca volvería a ver su patria.

Bajo el mando del general Wrangel los blancos presentaron una última resistencia ante los bolcheviques, pero era evidente desde el principio que estaba condenada. La guerra soviética contra Polonia, que desvió tropas rojas del frente del sur, permitió brevemente a los blancos situar una cabeza de puente en Crimea. Pero era sólo cuestión de tiempo que los rojos dirigieran otra vez su atención hacia ellos: y cuando lo hicieron el resultado fue contundente. Los blancos fueron derrotados en abril de 1920.

¿Cuáles fueron las razones fundamentales de su fracaso? Las comunidades de emigrados blancos discutirían durante años sobre este tema. Los historiadores próximos a la causa blanca a menudo han enfatizado los «factores objetivos» que dispusieron la situación en su contra.[46] Los rojos tenían una abrumadora superioridad numérica, controlaban el enorme territorio de Rusia central con sus capitales prestigiosas, la mayoría de la industria del país y el centro de la red ferroviaria, lo que les permitió desplazar fuerzas de un frente a otro. Los blancos, por el contrario, debían atender varios frentes, lo que dificultaba coordinar sus operaciones; y dependían de los aliados en muchos de sus suministros, aliados que no eran dignos de confianza. Otros historiadores han enfatizado los errores estratégicos de los blancos, la directriz de Moscú sobre todo, y la dirección, el compromiso y la disciplina de los rojos, que eran superiores.

Todos estos factores fueron sin duda relevantes, y en una guerra convencional podrían haber sido suficientes para explicar el resultado. Pero la guerra civil rusa fue una guerra muy distinta. Se combatía con ejércitos cuyas tropas no eran

precisamente leales, y no gozaban del apoyo de la población civil en los territorios que pretendían controlar. La mayoría del pueblo se desentendía de la guerra civil: mantenían las cabezas bajas e intentaban seguir siendo neutrales. Como dijo un judío a Babel, todos los ejércitos pretendían estar combatiendo en favor de la justicia, pero todos ellos realizaban pillajes de la misma manera.[47] En 1920, cuando Rusia se vio abocada a perecer de hambre, muchas personas sin duda habrían dado la bienvenida a cualquier zar que les hubiera podido proporcionar pan. La deserción en masa afectó tanto a rojos como a blancos, por la interrupción de los suministros, las huelgas y las revueltas campesinas de la retaguardia. Pero la capacidad para mantener las campañas a pesar de todos estos problemas dependía menos de los factores militares que de los políticos; era esencialmente una cuestión de organización política y de movilización de masas. El Terror, por supuesto, tuvo también su importancia; pero por sí mismo el Terror no era suficiente (las personas eran demasiadas, y los regímenes, demasiado débiles para aplicarlo en todas partes) y, en cualquier caso, a menudo resultó contraproducente.

Aquí los rojos disponían de una ventaja crucial que les capacitaba para disponer de más soldados cuando realmente importaba: defendían la «revolución», un símbolo polivalente en el cual el pueblo podía proyectar sus propios ideales. Combatir bajo la bandera roja proporcionó a los bolcheviques una ventaja decisiva: su poder simbólico se manifestó en que los campesinos, incluyendo a centenares de miles de desertores, se unieron al Ejército Rojo durante el avance de los blancos hacia Moscú en otoño de 1919. Los campesinos creían que una victoria blanca repercutiría en su propia revolución agraria. Sólo después de la derrota final de los blancos las revueltas campesinas contra los bolcheviques adquirieron proporciones masivas. Esta misma «defensa de la revolución» también contribuye a explicar que muchos trabajadores, a pesar de sus quejas contra los bolcheviques, se unieran al régimen soviético durante el avance de Yudenich hacia Petrogrado.

La derrota de los blancos se debió a un fracaso político, pues demostraron no tener ni la capacidad ni la voluntad de articular una política que situara a la masa de la población de su lado. Su movimiento se basó, según Wrangel, en «la cruel espada de la venganza»; su única idea era retrasar el reloj a los «días felices» anteriores a 1917; y no consideraron necesario adaptarse a las realidades de la revolución. La incapacidad de los blancos de reconocer la revolución agraria campesina y los movimientos de independencia nacional los condenó a la

derrota. Como Denikin fue el primero en admitir, la victoria dependía de una revuelta popular contra los rojos en Rusia central; pero esa revuelta nunca se produjo. En lugar de aglutinar al pueblo en su bando, los blancos, en palabras de Wrangel, «lo convirtieron en su enemigo».

Esto fue en parte un problema de imagen. Aunque Kolchak y Denikin negaron ser monárquicos, había demasiados partidarios de una restauración zarista en sus filas, lo que proyectó la imagen (y proporcionó munición a la propaganda de sus enemigos) de que estaban asociados con el antiguo régimen. Los blancos no realizaron ningún esfuerzo real para contrarrestar esta imagen. Su propaganda era extremadamente primitiva y, en cualquier caso, es dudoso que hubiera podido vencer esta desconfianza. Al final, por lo tanto, la derrota de los blancos procede en buena medida de su propio fracaso en romper con el pasado y recuperar la iniciativa en 1917. El problema de la contrarrevolución rusa fue precisamente ése: era demasiado contrarrevolucionaria.

Con la derrota de los blancos, la vieja Rusia del príncipe Lvov fue finalmente enterrada. «Mi corazón sangra —escribió a Rodichev en noviembre de 1920— por mi tierra natal distante y desgraciada. Me duele pensar en los tormentos que sufren allí mis amigos y parientes y, ciertamente, todo el pueblo.» En 1918 Lvov había insistido en la necesidad de combatir a los rojos utilizando medios militares; no creía en la posibilidad de un movimiento democrático dentro de Rusia. Pero en 1920 incluso llegó a considerar que esto era equivocado. «Nos equivocamos al pensar que los bolcheviques podían ser derrotados por la fuerza física —escribió a Bakhmetev en noviembre—. Sólo pueden ser derrotados por el pueblo ruso. Y para eso los blancos necesitarían un programa democrático.»[49]

II Camaradas y comisarios

Un sorprendente informe aterrizó en el escritorio de Lenin en septiembre de 1919. Demostraba que el Smolny, la ciudadela de la Revolución de Octubre, era un nido de corrupción. «El dinero fluye con libertad de los cofres del Sóviet de Petrogrado a los bolsillos de los dirigentes del partido», escribió el jefe de la Sección de Obreros a Lenin. Durante varios meses el Departamento de Provisiones no había conseguido entregar alimentos a los distritos obreros, y sin

embargo, por la puerta trasera de los almacenes del Smolny se vendían a la gente del mercado negro. «Los hambrientos obreros ven a las bien vestidas zarinas de los zares soviéticos saliendo con paquetes de comida y cómo las pasean en sus coches. Dicen que sucedía lo mismo en los días de antaño con los Romanov y su *fraulein,* madame Vyrubova. Tienen miedo de quejarse a Zinoviev (jefe del partido en Petrogrado), puesto que lo rodean esbirros con revólveres que amenazan a los trabajadores cuando hacen demasiadas preguntas.» Aturdido por el informe, Lenin ordenó a Stalin, en su calidad de comisario del pueblo para el Control Estatal, que llevara a cabo una «inspección escrupulosa de las oficinas del Smolny»; deseaba que se realizara sin el conocimiento de Zinoviev y de sus funcionarios. Pero Stalin se negó a «espiar a camaradas», alegando que ello socavaría la labor del partido en un momento crucial de la guerra civil. Era típico de su actitud corporativa: los vínculos de camaradería y la supervivencia del partido primaban sobre cualquier prueba de abuso de poder.[50]

El incidente fue sintomático de un problema general que existía en el partido: el poder estaba alimentando la corrupción. Esta corrupción tenía unas raíces mucho más profundas que la corrupción común o habitual que surge en todo gobierno. Los bolcheviques no se asemejaban a ningún partido occidental; eran más bien una clase dominante, similar bajo muchos puntos de vista a la nobleza, con la que el propio Lenin a menudo los comparaba. «Si diez mil nobles pudieron gobernar la totalidad de Rusia, entonces, ¿por qué no nosotros?», había dicho Lenin en cierta ocasión. Los camaradas estaban ciertamente actuando con la mayor naturalidad. Unirse al partido después de 1917 fue como unirse a la nobleza; significó preferencia para ocupar puestos burocráticos, un *status* y privilegios de elite, y la participación personal en el Estado del partido. El *ethos* del partido dominaba todos los aspectos de la vida pública en la Rusia soviética, al igual que el *ethos* de la aristocracia había dominado la vida pública en la Rusia zarista. Quizá la corrupción estaba obligada a originarse en un partido como el bolchevique cuya propia construcción del Estado en la guerra civil descansaba en el reclutamiento masivo de las clases inferiores.

En una revolución social, como ésta, uno de los principales motivos para unirse al partido era la perspectiva de ascenso personal; pero el problema se intensificó porque los bolcheviques que desempeñaban cargos actuaban más allá de cualquier control real. Se creó, en efecto, un sistema de clientelismo, con grupos poderosos de apoyo y redes locales de patronazgo y poder que escapaban al control de cualquier órgano del partido que existiera en la capital. Hubo

ocasiones en que los bolcheviques actuaron más como una mafia local que como el partido que gobernaba el país más grande del mundo.

Durante la guerra civil los dirigentes bolcheviques cerraron los ojos ante semejante corrupción. En una época en que se exigía realizar grandes sacrificios por la revolución (muchos camaradas trabajaban veinticuatro horas al día y mostraban una devoción fanática hacia el partido) la indulgencia ante estas actuaciones parecía que era pagar un precio pequeño. A inicios de 1918 el propio Lenin respaldaba un plan para organizar un restaurante especial reservado para los bolcheviques en Petrogrado, aduciendo que no se podía esperar que dirigieran una revolución con el estómago vacío. «Los trabajadores comprenderán la necesidad de ello.»[51] Desde entonces se había extendido gradualmente el principio de que, al final de la guerra civil, se evidenciaría que los miembros del partido precisaban salarios más elevados y raciones especiales, alojamiento pagado en apartamentos y hoteles, acceso a tiendas y hospitales exclusivos, dachas privadas, coches con chófer, viajes en trenes de primera clase y vacaciones en el extranjero, por no mencionar otros incontables privilegios que antes estuvieron reservados a la elite zarista.

Cinco mil bolcheviques y sus familias vivían en el Kremlin y en los hoteles especiales del partido, el Nacional y el Metropol, por ejemplo, en el centro de Moscú. Los cuarteles domésticos del Kremlin tenían más de dos mil empleados de servicio y su propio complejo de tiendas, incluyendo una peluquería y una sauna, un hospital y una guardería, y tres enormes restaurantes con cocineros formados en Francia. El presupuesto doméstico para 1920, cuando todos estos servicios fueron declarados gratuitos, era más elevado que el de la seguridad social para todo Moscú. En Petrogrado los jefes más importantes del partido vivían en el Hotel Astoria, recién restaurado a su antiguo esplendor después de las devastaciones de la revolución como la Primera Casa de los Sóviets; desde sus suites podían llamar al servicio de habitaciones de los «camaradas camareros», a quienes se exigía que entrechocaran los talones y les llamaran «camarada jefe». Lujos olvidados hacía mucho tiempo, el champán y el caviar, el perfume y el dentífrico, eran suministrados en abundancia. El hotel estaba clausurado para el público por una banda de fornidos guardias que vestían chaquetas de cuero negro. Por la noche los coches del Gobierno se alineaban a la entrada para llevar a los residentes de elite a la ópera o al Smolny para celebrar un banquete. *Grishka* Zinoviev, «jefe de Petrogrado», a menudo iba y venía con sus guardaespaldas de la Cheka y un grupo de prostitutas distinguidas.[52]

Los dirigentes más importantes del partido se habían apropiado de bienes raíces requisados a la elite zarista. Lenin ocupaba la posesión del general Morozov en Gorki, a las afueras de Moscú. Trotsky tenía una de las haciendas más importantes del país: había pertenecido a los Yusupov. En cuanto a Stalin, se había establecido en la mansión campestre de un antiguo magnate del petróleo. Había docenas de haciendas alrededor de la capital que el poder ejecutivo de los sóviets había entregado a los dirigentes del partido para su uso privado; cada una de ellas disponía de una enorme corte de sirvientes, como antaño.[53]

En las capas inferiores del partido las recompensas por los cargos no eran tan generosas, pero en buena medida existía la misma actitud venal. Por supuesto había camaradas que estaban motivados por elevados ideales, que vivían modestamente y que practicaban el igualitarismo que predicaban sus dirigentes. El propio Lenin vivía en tres pequeñas habitaciones del Kremlin y nunca estuvo motivado por la ganancia económica. Pero había muchos otros para quienes tales ideales eran mera retórica y cuya motivación era más terrenal. Aceptar sobornos, los robos y la venta de propiedad pública eran endémicos dentro del partido; casi todo podía comprarse a los funcionarios corruptos: alimentos, tabaco, alcohol, combustible, viviendas, armas de fuego y permisos de todas clases. Las esposas y las amantes de los jefes del partido iban por todas partes, según las palabras de Zinoviev, «con el escaparate de una joyería colgándoles del cuello». Sus hogares estaban llenos de objetos preciosos procedentes de sobornos. Un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores tenía dos jarrones de Sevres y un mosquete de plata que pertenecieron a Pedro el Grande. No resulta sorprendente que los camaradas más venales tendieran a encontrarse en la Cheka. Después de todo, su tarea era «despojar a la burguesía». El Rabkrin (la Inspección de Obreros y Campesinos) informó de centenares de casos donde los chekistas habían abusado de su poder para sustraer dinero y joyas a sus víctimas. Los prisioneros a menudo eran liberados a cambio de sobornos. Incluso la Lubianka, el Cuartel General Moscovita de la Cheka, se caracterizaba por la corrupción. Las botellas de coñac y otros bienes de lujo desaparecían misteriosamente, mientras que elegantes prostitutas eran vistas a menudo saliendo de los edificios secretos donde se almacenaban estos bienes.[54]

Lenin trataba de explicar el problema de la corrupción con que elementos impuros de la pequeña burguesía se habían introducido en el aparato soviético a medida que éste aumentaba durante la guerra civil; es cierto que los niveles inferiores del Estado lo componían muchos no proletarios cuyo compromiso con

el régimen bolchevique se basaba en el interés propio. Pero el problema de la corrupción no se limitaba a ellos; afectaba a todo el partido en su conjunto, incluyendo a sus más antiguos servidores, que tendían a permanecer en su cima. En definitiva, la corrupción era el resultado de un ejercicio ilimitado del poder.

No era sólo que los bolcheviques monopolizaran el poder en los sóviets, que se había producido en la mayoría de las ciudades en verano de 1918, mucho antes de que la corrupción se volviera endémica, sino también que los sóviets pasaron de ser órganos revolucionarios, con la asamblea como supremo poder y con control sobre el ejecutivo, en órganos burocráticos del Estado dominados por los bolcheviques que había en las ejecutivas y la asamblea sin ningún control sobre ellas. La corrupción fue fruto tanto de la burocratización como de la monopolización del poder.

Esta evolución dual implicó un número de procesos simultáneos dentro del Estado de partido. No existía un plan preconcebido. Cuando los bolcheviques llegaron al poder no tenían una idea establecida (aparte de la urgencia general de controlar y centralizar) acerca de cómo estructurar las relaciones institucionales entre el partido y los sóviets; tales relaciones surgieron de manera espontánea de las condiciones generales de la revolución; los sóviets locales y los órganos del partido estaban descentralizados e improvisaron sus actuaciones durante los primeros meses de 1918; muchos declararon sus propias «repúblicas» y «dictaduras» locales que ignoraban las directrices de Moscú, y fue tan común que para los sóviets locales los decretos del Gobierno central fueran papel mojado que cuando Lenin entregó a sus agitadores el Decreto sobre la Tierra para que lo llevaran al campo, también les dio viejos calendarios con la esperanza de que los distribuyeran y los utilizaran en lugar del decreto.[55] La provincia de Kaluga se convirtió en paradigma por su resistencia a la autoridad centralizada en 1918. Existió una República Soberana Soviética de *volost* autónomos en Kaluga, y esta experiencia fue lo más cerca que estuvo Rusia nunca de una estructura anarquista de poder, con el Sóviet de cada *volosts* dotado de suficiente poder para establecer los controles fronterizos en su territorio; de esta manera los agentes del Estado en Moscú se veían obligados a obtener un pasaporte de cada Sóviet a su paso de una aldea a otra; sólo durante la guerra civil, cuando dieron prioridad a la necesidad de un estricto control centralizado para movilizar los recursos del país, los bolcheviques establecieron una estructura general del Estado.

Su primera prioridad era obtener el control de los sóviets y de otros órganos

vitales, tales como los sindicatos. Los mencheviques y los eseristas todavía gozaban de cierta presencia en estos cuerpos, aunque como delegados «sin partido», ya que sus partidos habían sido prohibidos en verano de 1918. Todas las tácticas electorales comunistas empleadas en este siglo para subvertir los organismos democráticos fueron desarrolladas por primera vez durante la guerra civil rusa. Los bolcheviques practicaron un amplio fraude electoral e intimidaron a la oposición; las votaciones en los congresos de los sóviets y en los sindicatos casi siempre se realizaban a mano alzada, así el voto contra los bolcheviques significaba también una invitación para ser acosado por la Cheka, siempre presente en las elecciones.

A través de un sufragio secreto los bolcheviques no habrían ganado muchas elecciones. «¡Sóviets sin comunistas!» se convirtió en el lema de obreros y campesinos, pero los bolcheviques liquidaron esta convención de la democracia burguesa aduciendo que un sufragio secreto era innecesario gracias a la «forma más elevada de libertad» de que disfrutaba el pueblo soviético. Con el sistema de voto a mano alzada, el tradicional en la comuna rural rusa, había muy pocas elecciones que pudieran perder. Incluso los artistas de la Ópera Marinsky, nada sospechosos de ser bastión del comunismo, votaron unánimemente en favor de los bolcheviques en las elecciones soviéticas de 1919.

La consolidación de la votación por listas de candidatos del partido también beneficiaba a los bolcheviques. Como único partido legal dentro de los sóviets, sólo ellos podían conseguir un grupo parlamentario que coordinara la estrategia, mientras que los otros partidos y facciones seguían divididos en el congreso. Esto significaba que, incluso como pequeña minoría, los bolcheviques podían a menudo ganar elecciones en los sóviets locales presentándose como el único partido responsable de las acciones del Gobierno central. Con una escasa mayoría la lista electoral bolchevique completa a menudo formaría la ejecutiva del Sóviet, mientras que los escaños serían distribuidos proporcionalmente según las diferentes facciones. Era uno de esos casos en que el ganador se queda con todo.

Una vez al frente de las ejecutivas de los sóviets, los bolcheviques intentaban centralizar el poder bajo su control. Rara vez se convocaban los congresos de los sóviets y, en su ausencia, el poder lo ejercían las ejecutivas soviéticas junto con los estados mayores permanentes nombrados en cada área política; la oposición socialista lo denominaba *ispolkomschina* o dictadura ejecutiva. Durante el período revolucionario formaron en buena medida las ejecutivas soviéticas

voluntarios campesinos y obreros; pero pasado ese período, los sustituyeron burócratas profesionales a tiempo completo pagados por el Estado de un solo partido central y sólo raramente reelegidos; los profesionales del arado cedieron terreno ante los profesionales de la pluma.

La labor de los sóviets fue realizada paulatinamente por el aparato del partido. El partido extendía su control a los ámbitos administrativos y políticos del Estado. Hasta 1919, el partido como tal había hecho todo salvo desaparecer conforme sus fuerzas dominaban los sóviets. El Comité Central apenas existía (Lenin y Sverdlov hacían la mayor parte de su labor juntos en el reverso de un sobre), y sus conexiones con las células locales del partido eran muy débiles. Algunos bolcheviques incluso sugirieron que el partido había servido a su propósito y podía ser abolido ahora que controlaba los sóviets. A muchos bolcheviques les parecía que las células del partido eran, en palabras de Nikolai Krestinsky, no más que «departamentos de agitación de los sóviets locales». Todo esto cambió en la primavera de 1919. Por un lado, la repentina muerte de Sverdlov, que había dirigido tanto el partido como la burocracia estatal soviética, planteó la necesidad de separar los dos organismos. Por otro, ahora a los bolcheviques, que luchaban por ocuparse del caótico Estado soviético en medio de la guerra civil, les parecía que la estructura del partido podía ser utilizada para fomentar la centralización del control soviético.

Después del Octavo Congreso del partido, en marzo, el aparato central del partido fue articulado para controlar a los sóviets. Se estableció un Politburó de cinco personas (Lenin, Trotsky, Stalin, Kamenev y Krestinsky) que decidiera la política del partido. El estado mayor del Comité Central se quintuplicó durante el curso del año siguiente, con nueve departamentos más las oficinas consiguientes encargadas de formular propuestas en diversas áreas, junto con el secretariado del partido y un buró organizativo especial (Orgburó), destinado a distribuir las fuerzas del partido por el país. Se impuso un estricto centralismo sobre las células locales del partido: se decía que sus miembros tenían que cumplir las órdenes de los organismos superiores del partido en lugar de las que emanaban de los sóviets. Puesto que los presidentes de los sóviets locales eran invariablemente miembros del partido (y a menudo el presidente de la célula local del partido) esto subordinaba efectivamente la totalidad del aparato de los sóviets al partido. Los bolcheviques comenzaron a hablar de los sóviets y de otros organismos públicos, por ejemplo los sindicatos, como «correas de transmisión del gobierno del partido». Fue una expresión que Stalin haría

famosa.

Los órganos superiores del partido tendieron de manera creciente a nombrar a sus propios comisarios especiales para ocupar cargos en los sóviets hasta entonces elegidos desde abajo. En 1920, el Comité Central realizaba unos mil nombramientos de este tipo al mes. Los órganos provinciales del partido realizaban nombramientos similares en los distritos y los *volosts;* Os'kin en Tula era uno de los más notorios practicantes de este «digitalismo». Su finalidad era incrementar el control central en los organismos locales enviando a sus camaradas más leales y dignos de confianza. Pero esto fue a veces contraproducente. Los impetuosos comisarios eran proclives a enemistarse con los activistas locales, pues menospreciaban sus intereses. Esto originó protestas crecientes entre los bolcheviques de a pie contra la «militarización» del partido, y desvalorizó las organizaciones locales del partido que acabaron marginadas del poder. Más importante quizá fue que la frecuencia de tales nombramientos supuso que muchos sóviets fuesen gobernados por jefes del partido totalmente ajenos a la región, y por ello más proclives al abuso del poder. Semyon Kanatchikov fue un representante típico de esta clase nómada de comisarios. Aunque nativo de la provincia de Moscú, el Comité Central lo nombró para puestos de responsabilidad en Tomsk, Perm, Sverdlovsk, Omsk, la república de Tataria y Petrogrado durante el curso de la guerra civil. Durante dos años no vio a su esposa y sus dos hijos, a quienes dejó escondidos en Barnaul. Este «digitalismo» se añadía al sentimiento creciente, entre el pueblo y entre los militantes de base del partido, de que el poder soviético resultaba extraño y opresor.[56]

No resulta sorprendente para un Estado controlado por un solo partido, y que pretendía controlar a la totalidad de la sociedad, que la burocracia soviética creciera de manera espectacular durante los primeros años de Gobierno bolchevique. Mientras que el Estado zarista había dejado mucho en manos de las instituciones privadas y públicas, tales como los *zemstvos* y los organismos de caridad, el régimen soviético las abolió todas y asumió la responsabilidad directa de las actividades que habían realizado. El resultado fue la burocratización de casi todos los aspectos de la vida en Rusia, desde las actividades bancarias y la industria a la educación. De 1917 a 1921 el número de empleados gubernamentales casi se quintuplicó, pasando de quinientos setenta y seis mil a

casi dos millones y medio. En 1921 en Rusia el número de burócratas duplicaba al de obreros. Eran la base social del régimen; no era una dictadura del proletariado, sino una dictadura de la burocracia. Moscú, en palabras de Lenin, estaba «invadida de funcionarios»: albergaba a casi un cuarto de millón de éstos, una tercera parte de los trabajadores de la ciudad a finales de 1920. El centro de Moscú se convirtió en un vasto bloque de oficinas, a medida que los comités iban apareciendo por encima de los consejos y los departamentos por encima de las comisiones.[57]

Quizás un tercio de la burocracia fue empleado en la regulación de la economía planificada. Se produjo una situación absurda: mientras que la economía llegaba a una situación de estancamiento, su burocracia florecía. El país carecía desesperadamente de combustible, pero un ejército de burócratas regulaba su casi inexistente distribución. No había papel en las tiendas pero sí en abundancia en las oficinas soviéticas (el 90 por ciento del papel fabricado en Rusia durante los primeros cuatro años de Gobierno soviético lo consumió la burocracia). Una de las pocas empresas realmente ocupadas era la telefónica de Moscú: tal era la demanda de teléfonos por parte del funcionariado que tenía una lista de espera de doce mil órdenes.[58]

Esta correlación, fábricas vacías y oficinas llenas, no era accidental. Cuanto más escaseaban los bienes, más difícil resultaba controlar su distribución, pues el mercado negro vivía de la escasez, de manera que el Estado lo fomentaba. El resultado fue la proliferación de oficinas que se solapaban unas a otras. Aparte de los comisariados centrales (por ejemplo, alimento, trabajo, transporte) y de sus órganos locales en los sóviets, estaba la red de órganos subordinados al VSNJ, el Consejo Panruso para la Economía, que incluía sus consejos económicos locales, los trusts manufactureros y los departamentos especiales para la regulación de establecimientos individuales (Glavky). También estaban las agencias establecidas *ad hoc* por el régimen para proporcionar suministros militares, como el Consejo de Trabajo y Defensa o monstruos tan anacrónicos como el Chusosnabarm (la agencia extraordinaria para el suministro del Ejército), que en principio podía gobernar a los otros órganos económicos. Por supuesto, en la práctica sólo había confusión y rivalidad entre los diferentes órganos; cuanto más intentaba el Estado centralizar el control, menos control efectivo tenía. Cuanto más baja era la escala en la fábrica, más inefectiva demostraba ser la burocracia; por cada cien obreros de fábrica había dieciséis funcionarios de fábrica en 1920; en algunas la cifra era todavía más elevada: de

las siete mil personas empleadas en la famosa planta metalúrgica Putilov, sólo dos mil eran trabajadores manuales; el resto eran pequeños funcionarios y empleados. Las ventajas materiales de un trabajo no manual eran tales, no siendo la menor el acceso a la comida y a los bienes en pequeño suministro, que tales parásitos debían multiplicarse conforme se agudizaba la crisis económica. Todas las resoluciones de huelga de esos años se quejaban de los funcionarios de las fábricas «que vivían subidos a las espaldas de los obreros».[59]

Lenin gustaba de afirmar que el problema del burocratismo era un legado de la era zarista; es verdad que la burocracia soviética heredó la cultura de la zarista, pero en 1921 también era diez veces mayor que el Estado zarista. Existía alguna continuidad de personal, especialmente en los órganos centrales del Estado. Más de la mitad de los burócratas de los comisariados de Moscú en agosto de 1918 había trabajado en la administración antes de octubre de 1917. Los órganos centrales también emplearon Ejércitos de jóvenes burguesas, sin experiencia, para trabajos ligeros de papeleo. Un testigo las recuerda caminando por centenares cada mañana, a través de la nieve, desde los suburbios de Moscú hasta el centro de la ciudad. Allí trabajaban todo el día en oficinas sin calefacción, con los zapatos y los vestidos mojados que nunca se secaban antes de regresar caminando a los suburbios para contribuir a la alimentación de sus parientes hambrientos. Por otro lado, sin embargo, cuanto más se descendía en el aparato más estaba éste dominado por las clases bajas que entraban en el funcionariado por primera vez; la mayoría, especialmente en las ciudades de provincias, procedían de la clase media-baja, lo que los marxistas llamaban «pequeña burguesía»: contables, dependientes y empleados de pequeño rango; comerciantes y artesanos de escasa entidad; activistas de las cooperativas, ingenieros y funcionarios de fábricas, y todos aquellos que podían haber trabajado en alguna ocasión como técnicos o profesionales en los *zemstvos* y en los organismos municipales. Por lo que se refiere a los obreros, en cuyo nombre el régimen se había instaurado, representaban una proporción muy reducida entre quienes accedieron a la burocracia soviética: no más del 10 por ciento (a partir de los que desempeñaban ocupaciones manuales antes de 1917). Incluso en la gestión industrial los obreros ocupaban menos de una tercera parte de los cargos. Es razonable concluir que a la mayoría de estos estratos medio-bajos les atraía más el régimen soviético por los salarios relativamente altos y la brevedad de la jornada laboral de los funcionarios que por sus ideales revolucionarios. Se trataba en verdad de una perspectiva más atractiva que el frío y el hambre que

esperaban a aquellos que procedían de la antigua burguesía y optaron por la comodidad. El día típico de un funcionario soviético consistía en chismorrear por los pasillos, fumar cigarrillos y beber café, y en hacer cola para conseguir las raciones especiales que sólo eran accesibles a la elite soviética.[60]

En el ámbito rural la influencia del régimen soviético consiguió mayor penetración que la que había tenido el régimen zarista. Durante la guerra civil la mayoría de las ejecutivas soviéticas de los *volosts* pasaron de ser órganos democráticos de la revolución campesina a convertirse en órganos burocráticos de impuestos estatales. En la región del Volga, donde este proceso ha sido estudiado, el 71 por ciento de las ejecutivas soviéticas del *volost* tenían al menos un miembro bolchevique en otoño de 1919, comparado con sólo el 38 por ciento en la primavera anterior; dos terceras partes de todos los miembros ejecutivos estaban registrados como bolcheviques, lo cual proporcionaba al régimen una base sólida en las ciudades donde había *volost:* en las ejecutivas soviéticas del *volost,* que como sus contrapartidas en el nivel superior concentraban el poder en sus manos a expensas del Congreso de los Sóviets, los bolcheviques podían contar con un conjunto de personas más o menos dignas de confianza para reforzar las requisas de alimentos y la movilización. Tras haber perdido el control del Sóviet, los campesinos volvieron a sus aldeas, reanudaron sus actividades en las comunas y dieron la espalda al Sóviet del *volost.* El conflicto creciente entre el campesinado y el estado de partido (entre las aldeas y las ciudades donde había *volost)* fue muy similar al conflicto que había enfrentado al campesinado y la nobleza agraria.[61]

La clave de este proceso de creación estatal bolchevique fue el apoyo de esa clase de campesinos jóvenes y educados que abandonaron las aldeas durante la guerra. Os'kin fue un ejemplo típico. En la región del Volga el 60 por ciento de los miembros de las ejecutivas del Sóviet del *volost* contaba entre dieciocho y treinta y cinco años (comparada con el 31 por ciento del electorado), y el 66 por ciento contaba con alguna educación (comparados con el 41 por ciento). Ésta era la generación que se había beneficiado de la escolarización rural de finales del siglo anterior y que había sido movilizada durante la guerra. En 1918 habían regresado a sus aldeas con nuevas habilidades en técnicas militares y simpatizando con las dos grandes ideologías urbanas: el socialismo y el ateísmo. Los campesinos a menudo se sintieron inclinados a considerarlos sus dirigentes naturales durante la revolución agraria. Los antiguos patriarcas campesinos, como Maliutin en Andreevskoe, generalmente no estaban preparados para

ocuparse de las complejas tareas administrativas, pues la nobleza rural y la *intelligentsia* rural ya no estaban allí para guiarlos. Para muchos de estos soldados campesinos, cuyas aspiraciones se habían visto ampliadas durante su ausencia de la aldea, la perspectiva de trabajar en el Sóviet era una oportunidad de promocionarse en el mundo. Después de las expectativas que ofrecía el Ejército podía a menudo parecer una perspectiva deprimente tener que regresar al trabajo pesado del campesino y al mundo «oscuro» de la aldea. Trabajando en el Sóviet y uniéndose al partido podían realzar su propio prestigio y poder; podían tener un empleo en una oficina limpia, con todos sus extras y privilegios, y una entrada en la nueva civilización urbana del régimen soviético. A través del mundo campesino los regímenes comunistas se han edificado sobre el hecho de que la ambición de todo hijo de campesino educado es convertirse en un empleado.

Los campesinos componían la mayoría de aquellos que afluyeron al partido. Desde 1917 a 1920, casi un millón y medio de personas se unieron a los bolcheviques, y dos terceras partes de éstos tenían un origen campesino. Unirse al partido era la manera más segura de ascender a través de las filas de la burocracia soviética: menos de uno de cada cinco bolcheviques trabajaba en una fábrica o en una explotación agrícola a finales de 1919; los puestos más importantes del funcionariado siempre se entregaban a los bolcheviques, a menudo sin tener en cuenta su habilidad o pericia. La administración ucraniana de la madera, por ejemplo, estaba presidida por un estudiante de primer año de medicina, mientras que los carpinteros ordinarios, los trabajadores metalúrgicos e incluso en un caso un organillero fueron colocados a cargo de sus departamentos en el área provincial.[62]

Los dirigentes bolcheviques estimularon el reclutamiento masivo de nuevos miembros del partido. Las pérdidas constantes a causa de la guerra civil exigían la incorporación de más miembros al partido. Las semanas especiales del partido se proclamaban de manera periódica cuando se suspendía el requisito usual de recomendación y se enviaban agitadores a las fábricas y a las aldeas para que estimularan y reclutaran a cuantas personas pudieran. La semana del partido de octubre de 1919, en el punto álgido del avance blanco, duplicó sobradamente el tamaño del partido con la afiliación de doscientos setenta mil nuevos miembros.[63]

Pero a los bolcheviques les preocupaba que reclutamientos tan indiscriminados pudieran reducir la calidad del partido. La hegemonía de la clase obrera dentro del partido (siempre fue irreal, pues la mayoría de los dirigentes bolcheviques procedían de la *intelligentsia)* ahora aparecía amenazada por el campesinado. El flujo masivo de miembros de la clase baja redujo el grado de educación; una desventaja crucial para un partido que pretendía dominar la Administración estatal. Menos del 8 por ciento de los miembros del partido en 1920 tenía educación secundaria; el 62 por ciento sólo tenía educación primaria; mientras que el 30 por ciento no había recibido ningún tipo de educación. Tal era el nivel rudimentario de cultura entre la masa de los funcionarios locales, que casi cualquier garrapateo en un papel, en la medida en la que llevara un membrete y un sello grandes, podía ser suficiente para impresionarlos como un documento del Gobierno. Un inglés viajó a través de Rusia sin ningún pasaporte más que una cuenta de su sastre de Jermyn Street que blandía ante el rostro de los funcionarios locales; con el impresionante encabezamiento de la cuenta, con el enorme sello y la firma roja, ningún funcionario se había atrevido a ponerla en cuestión.[64]

Por lo que se refiere a la educación política de los afiliados de base, no pasaba de ser rudimentaria. Un examen de las obreras de Petrogrado que se habían unido al partido durante la guerra civil evidenció que la mayoría de ellas nunca había oído o pensado acerca de palabras como «socialismo» o «política» antes de 1917. El partido en Moscú llegó a la conclusión de que en 1920 la mayoría de sus miembros ni siquiera sabían quién era Kamenev (el presidente del Sóviet de Moscú). Tal ignorancia de ninguna manera se limitaba a los bolcheviques de clase baja. En una escuela de entrenamiento para periodistas bolcheviques ninguno de la clase pudo decir quiénes eran Lloyd George o Clemenceau; algunos incluso pensaban que el imperialismo era una república situada en algún lugar de Inglaterra. [65]

Y, sin embargo, de manera importante, esta completa ausencia de sofisticación constituyó una de las mayores fuerzas del partido. Porque fueran cuales fueran los abusos de sus funcionarios de a pie, su única virtud ante los ojos de la gente corriente era el hecho de que hablaban su mismo lenguaje sencillo, que se vestían y se comportaban de manera muy semejante a ellos; el hecho, en definitiva, de que eran «de los nuestros». Esto proporcionó a los bolcheviques un poder de apelación simbólico, que su propaganda explotó despiadadamente, como un «Gobierno del pueblo», incluso si de hecho traicionaban esta posición

desde el principio. Para muchos miembros de las clases bajas esta familiaridad simbólica era suficiente para que se identificaran con el régimen bolchevique, incluso si pensaban que era malo, y para que lo apoyaran contra los blancos (que «no eran de los nuestros») cuando amenazaron con obtener la victoria.

Sin duda, muchos de estos bolcheviques locales tenían un compromiso genuino con los ideales de la revolución: la sofisticación y la sinceridad políticas apenas son correlativas en política, como cualquier persona que proceda de una democracia avanzada tiene que saber. Sin embargo, otros se habían unido al partido por las ventajas que les podía proporcionar. Los dirigentes bolcheviques constantemente advertían de los peligros de los «profesionales pequeñoburgueses y de los trepadores» que corrompían las filas del partido; se sentían particularmente transtornados al descubrir que una cuarta parte de los miembros de la guerra civil que ocupaban cargos de responsabilidad dentro del funcionariado se habían unido a los bolcheviques procedentes de otro partido, en su mayor parte de los mencheviques y de los eseristas. La contrarrevolución parecía estar invadiendo al partido mismo; Trotsky denominó a estos infiltrados «rábanos» (rojos por fuera pero blancos por dentro).

De hecho, los dirigentes bolcheviques desconocían realmente lo que estaba sucediendo en su propio partido. Interpretaban el aumento de sus filas en términos sencillos de clase, cuando la realidad era mucho más compleja; la masa de los afiliados de base no eran ni campesinos ni obreros, sino el producto de una profunda crisis social que había eliminado unas divisiones tan claras. El típico barón bolchevique de estos años era tanto un antiguo campesino como un antiguo obrero; probablemente había abandonado la aldea cuando era joven, durante el auge industrial de la última década del siglo XIX; había vagado de fábrica en fábrica en busca de trabajo, se había involucrado en el movimiento obrero, pasado por varias prisiones, combatido en la guerra y regresado a las ciudades del norte, sólo para dispersarse por el campo durante y después de 1917. Era un personaje desarraigado y desclasado; como la revolución, un producto de su época.

En muchos aspectos, los nuevos bolcheviques eran bastante más sumisos de lo que habían sido los antiguos, y se debía a su falta de educación; sólo podían repetir de manera mecánica unas pocas frases marxistas: no estaban suficientemente educados para pensar por sí mismos o para contradecir a los dirigentes del partido sobre cuestiones políticas abstractas. Muchos obreros se habían formado en escuelas técnicas para adultos o, como Kanatchikov, en clases

nocturnas; eran esencialmente hombres prácticos con un fuerte ímpetu personal. Todos ellos estaban preocupados, de una manera u otra, por los problemas de la modernización; intentaban abolir la atrasada Rusia campesina de su propio pasado y racionalizar e igualar la sociedad. No había nada teórico o abstracto en su marxismo: era un dogma práctico de blancos y negros que les proporcionaba una explicación «científica» de la injusticia social que ellos mismos habían vivido y que les facilitaba un remedio «científico». Los dirigentes del partido eran los amos de esa ciencia y si decían a los campesinos que estaban acaparando grano, o que los mencheviques eran contrarrevolucionarios, seguro que era así; sólo así puede explicarse la obediencia ciega con que los afiliados de base acogían las órdenes de sus dirigentes, incluso cuando apreciaban que el resultado podía ser desastroso para sus propias comunidades. La persistencia de los bolcheviques locales en las requisas alimenticias en la región del Volga durante el otoño de 1920 (a pesar de los indicios de la hambruna que sufrirían allí) es un ejemplo obvio y deprimente de cómo esta obediencia gris e incuestionable, que los bolcheviques denominaban «disciplina» y «dureza», se había apoderado de las mejores conciencias individuales. El buen camarada hacía lo que se le decía; le satisfacía dejar todo el pensamiento crítico al Comité Central.

Y, sin embargo, aunque dóciles en términos políticos, las filas masificadas del partido bolchevique de ninguna manera eran fáciles de controlar. En parte se trataba de un problema de los grupos locales corrompidos que se habían apoderado de las células provinciales del partido; en Nizhnyi Novgorod, por ejemplo, todo lo controlaba la mafia local de funcionarios bolcheviques aliados con gentes del mercado negro. Desafiaban las órdenes y durante varios meses sabotearon los esfuerzos de su agente, un joven Anastas Mikoyan, enviado por el Orgburó para imponer control. Pero hasta cierto grado, el conjunto del aparato del partido también había desarrollado un sistema de clientelismo a través de muchos de sus dirigentes nacionales que controlaban sus propias redes de patronazgo en la provincia o en las ramificaciones del Estado. Lunacharsky llenó el comisariado de ilustración con sus propios amigos y asociados. Incluso Lenin otorgó varios puestos del Sovnarkom a sus antiguos amigos y parientes: Bonch-Bruevich y Fotieva, ambos colaboradores cercanos en sus días de Ginebra, fueron nombrados secretarios; Krupskaya fue designada comisaria diputado para la educación; Ana Ulianova, la hermana de Lenin, se encargó de la asistencia infantil; mientras que su esposo, Mark Elizarov, pasó a ser comisario del pueblo

para ferrocarriles. Pero de todos los patrones del partido, Stalin fue con mucho el más poderoso; a través de su control del Orgburó fue capaz de colocar a sus propios partidarios en muchos de los altos cargos en provincias; todo esto convirtió al partido en un conjunto de dinastías gobernantes, cada una de las cuales organizaba sus propias líneas «familiares» o de clan, y, por lo tanto, con una fuerte tendencia a quebrarse en facciones.[66]

Lenin no llegó a comprender la naturaleza del problema burocrático de su propio partido. No pudo ver que la burocracia bolchevique se estaba convirtiendo rápidamente en una casta social distinta, con sus propios intereses privilegiados distintos de los de las masas trabajadoras a las que pretendía representar. Respondió a los abusos de la burocracia con medidas administrativas, como si unos pocos ajustes técnicos de escasa relevancia fueran suficientes para erradicar el problema, cuando lo necesario, como mínimo, era una reforma radical de todo el sistema político. La mayoría de sus medidas demostraron ser contraproducentes.

En primer lugar, intentó detener la articulación de feudos locales corruptos ordenando que los cuadros dirigentes del partido fueran desplazados de manera regular por el Orgburó de puesto en puesto. Sin embargo, esto simplemente incrementó la distancia entre los dirigentes y los militantes de base, y así debilitó la responsabilidad de los primeros. También incrementó la influencia de Stalin como jefe del Orgburó. Después Lenin ordenó purgas periódicas para deshacerse de los indeseables que se acercaron al partido a medida que éste crecía. La primera purga fue llevada a cabo en el verano de 1918: dividió a los miembros del partido por la mitad pasando de trescientos mil a ciento cincuenta mil. Durante la primavera de 1919 se realizó una segunda purga importante que redujo el número de miembros en un 46 por ciento y una vez más, en el verano de 1920, el 30 por ciento de los miembros fueron expulsados del partido; la mayoría de estas purgas se produjeron a expensas de los campesinos y de los no rusos, el eslabón más débil en términos sociales. La frecuente convocatoria de miembros del partido para ir al frente también fue una forma de purga, pues estimulaba a los menos comprometidos a romper sus carnés de partido. El efecto de todas las purgas fue desestabilizar a los militantes de base del partido (sólo el 30 por ciento de aquellos que se habían unido al partido entre 1917 y 1920 todavía seguían en él en 1922), y esto difícilmente podía estimular la lealtad.[67]

Finalmente, Lenin ordenó la inspección regular del aparato; era una reminiscencia del régimen zarista que Gogol había satirizado en *El inspector*.

Todo un Comisariado del Pueblo, conocido como Rabkrin, fue fundado con esta finalidad; constituido en febrero de 1920 por Stalin, combinaba las dos funciones de inspección estatal y de control de los obreros que previamente habían desempeñado dos organismos distintos. La idea de Lenin era combatir el papeleo y mejorar la eficiencia mediante constantes revisiones de todas las instituciones estatales, llevadas a cabo por los inspectores de obreros y campesinos. De esta manera pensó que el Estado podría ser responsabilizado democráticamente; pero el resultado fue exactamente el contrario. El Rabkrin pronto se convirtió en un monstruo burocrático (y en otra base del creciente patronazgo de Stalin) con una cifra estimada de cien mil funcionarios, la mayoría de ellos trabajadores no manuales, en sus células locales a finales de 1920.[68] En lugar de ayudar a reducir la burocracia, el Rabkrin sólo la había aumentado.

«¿Cómo vivo? No se trata de un cuento agradable —escribió Gorky a Ekaterina en febrero de 1919—. Sólo los comisarios viven una vida agradable durante estos días. Roban todo lo que pueden de la gente corriente para pagar a sus prostitutas y sus lujos nada socialistas.» Gorky no era el único que se resentía amargamente de los privilegios de que disfrutaba la elite comunista. Las anécdotas populares y las pintadas ridiculizaban a los bolcheviques como la burguesía real rusa, en contraste con el espantajo de su propaganda. «¿Adónde van todas las gallinas?», «¿Por qué no hay salchichas?», había un centenar de variaciones de las adivinanzas, pero la respuesta era siempre la misma: «Los comunistas se lo han comido todo». La palabra «camarada», que en otra época suponía una expresión de orgullo colectivo, se convirtió en una forma de insulto. A una mujer, a la que se dirigieron de esa manera en un tranvía de Petrogrado, se la escuchó responder: «¿Qué es eso de camarada? Coge tu "camarada" y vete al infierno». Los funcionarios veteranos eran bombardeados con quejas acerca de los comunistas que «vivían sobre las espaldas de la gente corriente». Los obreros condenaron de manera radical a la nueva elite roja. Una resolución de fábrica de Perm exigió que «todas las chaquetas y gorras de cuero de los comisarios fueran utilizadas para hacer zapatos para los obreros».[69]

Los Brusilov tenían una razón especial para estar resentidos. Se vieron obligados a compartir su pequeño apartamento de Moscú con cierto comisario (un antiguo soldado al que el general había salvado en una ocasión de la pena de muerte en el frente), junto con su novia y su madre. Brusilov describe la situación de manera vívida:

> Desagradable, insolente y constantemente borracho, con el cuerpo cubierto de cicatrices, era por supuesto ahora una persona importante, cercana a Lenin, etcétera. Ahora bien, me pregunto por qué le salvé la vida. Nuestro apartamento, que había sido limpio y agradable hasta que llegó, se vio a partir de entonces estropeado por las borracheras y las peleas, por el latrocinio y el lenguaje grosero. En ocasiones se marchaba durante algunos días y regresaba con sacos de comida, vino y fruta. Nos moríamos literalmente de hambre, pero ellos tenían harina blanca, mantequilla, y cualquier otra cosa que desearan. Lo que más lamentábamos era que contaban con abundante combustible; fue durante el gélido invierno de 1920, cuando colgaban de las paredes de nuestro salón carámbanos de hielo; la estufa de parafina había dejado de funcionar desde hacía tiempo y nos estabamos congelando, pero ellos tenían una enorme estufa de hierro y todo el combustible que deseaban.[70]

Las quejas acerca de la elite bolchevique también se dejaban oír en el mismo partido. En las filas inferiores del partido se percibía el sentimiento creciente de que los dirigentes estaban muy alejados de los militantes de base. Muchas de estas críticas las expresaron los Centralistas Democráticos y la Oposición de los Trabajadores, las dos grandes facciones que sacudieron la dirección del partido en 1920 y 1921 (véanse más adelante). Como un antiguo bolchevique de Tula escribió a Lenin en julio de 1919: «Nos hemos separado de las masas y dificultado el atraerlas. El antiguo espíritu de camaradería que tenía el partido ha muerto completamente. Ha sido reemplazado por un nuevo Gobierno de un hombre en el que el jefe del partido dirige todo. La aceptación de sobornos se ha hecho universal: sin ella nuestros camaradas comunistas, simplemente, no sobrevivirían». Escribiendo a Trosky el siguiente mes de mayo, Yoffe expresó miedos similares acerca de la degeneración del partido:

> Existe una enorme desigualdad y la posición material de uno depende sobre todo del puesto que ocupa en el partido; estarás de acuerdo en que se trata de una situación peligrosa. Se me ha dicho, por ejemplo, que antes de la última purga los antiguos bolcheviques estaban aterrorizados con la idea de verse expulsados, principalmente porque perderían su derecho a residir en el Hotel Nacional y otros privilegios vinculados con

> esto. El antiguo espíritu del partido ha desaparecido, así como el espíritu de desinterés revolucionario y de devoción propia de la camaradería. La juventud de hoy está siendo educada en estas nuevas condiciones: esto es lo que hace que uno tema más por nuestro partido y la revolución.[71]

III Una patria socialista

A la edad de sesenta y seis años, cuando la mayoría de los hombres planean jugar con sus nietos, Brusilov realizó el cambio más dramático de toda su carrera militar y se presentó voluntario para servir en el Ejército Rojo. No era una deserción ordinaria del antiguo cuerpo de generales zaristas. Brusilov era el soldado más famoso de Rusia, su único héroe durante la primera guerra mundial y, como tal, el último símbolo viviente de un victorioso pasado aristocrático. La noticia de su nombramiento en mayo de 1920 para una Conferencia Especial del Consejo Militar Revolucionario de Trotsky significó un duro golpe para todos aquellos que contemplaban con nostalgia los días anteriores a 1917. «Brusilov ha traicionado a Rusia», escribió un antiguo coronel. «¿Cómo puede ser que prefiera defender a los bolcheviques y a los judíos en lugar de a su patria?», añadió la esposa de un antiguo oficial de la Guardia. Circularon falsos rumores en el sentido de que Brusilov había recibido extraordinarios sobornos (dos millones de rublos, un apartamento en el Kremlin) por sus servicios en favor de los rojos. El general recogió una auténtica avalancha de correo hostil. ¿Cómo puede un noble como él elegir servir a los rojos en una época en que «las cárceles de la Cheka están llenas de oficiales rusos»?, se preguntaba uno. Era «nada menos que una traición». Todo esto pesó mucho en la conciencia de Brusilov. «Fue el momento más duro de mi vida —escribió cinco años más tarde—. Reinaba un silencio mortal en la casa; la familia caminaba de puntillas y hablaba en susurros. Mi esposa, mi hija tenían lágrimas en los ojos.»[72] Fue como si estuvieran de luto por el pasado.

La conversión de Brusilov a los rojos se debió a que antepuso el país a su clase; tenía todo tipo de razones para odiar a los bolcheviques, y a menudo los denominaba el Anticristo; no sólo habían encarcelado, sino que también habían casi asesinado a su hermano enfermo y arrestado a varios de sus amigos más

cercanos durante el Terror rojo. Sin embargo, Brusilov se negó a unirse a los blancos. Dos heridas (una pierna herida y su orgullo herido en la adulación de los blancos en favor de su antiguo rival Kornilov) le impidieron ir al Don. Estaba también convencido de que era su deber permanecer en Rusia, quedándose al lado del pueblo incluso si éste escogía a los rojos. El bolchevismo, según el punto de vista del viejo general, estaba condenado a ser una «enfermedad temporal», puesto que «su filosofía del internacionalismo es fundamentalmente ajena al pueblo ruso». Trabajando con los bolcheviques, los patriotas como él podían redirigir la revolución hacia fines nacionales. Se trataba, según él consideraba, de diluir el rojo en el blanco (de «convertir la Estrella Roja en una Cruz») y así reconciliar la revolución con la continuidad de la historia rusa. «Mi sentido del deber hacia la nación a menudo me ha obligado a desobedecer mis inclinaciones sociales naturales», dijo Brusilov en 1918. Aunque como aristócrata simpatizaba claramente con los blancos y se alegraba cuando sus ejércitos avanzaban sobre Moscú, siempre pensó que su causa estaba condenada y determinada por la dependencia de la intervención aliada. El destino de Rusia, para bien o para mal, tenía que ser decidido por su propio pueblo.[73]

Durante el año anterior habían sucedido dos cosas que fortalecían sus convicciones. Una fue el asesinato de su único hijo, comandante del Ejército Rojo, cuyo regimiento de caballería había sido capturado por los blancos en la batalla de Orel en septiembre de 1919. Nadie sabía con seguridad cómo había muerto Alexei, pero Brusilov estaba convencido de que había sido ejecutado por orden de Denikin cuando los blancos descubrieron quién era. Se pensaba que Denikin despreciaba a Brusilov por haber supervisado la «destrucción del Ejército» durante 1917. El hecho de que Alexei se hubiera unido sólo a los rojos con la esperanza de persuadir a la Cheka para que respetara la vida de su padre llenó a Brusilov de remordimientos. Se culpó por la muerte de Alexei y adoptó la determinación de vengarla.[74] La sangre, si no la clase, le habían convertido en un rojo.

Lo mismo había sucedido con el nacionalismo ruso. La invasión polaca de Ucrania fue otro de los factores vitales que inclinaron a Brusilov en favor de los rojos. Desde su partición en el siglo XVIII, Polonia había vivido a la sombra de los tres grandes imperios de Europa oriental. Pero, repentinamente, en virtud del Tratado de Versalles, se encontró a sí misma con una garantía de independencia y un gran territorio nuevo otorgado por las victoriosas potencias occidentales como un Estado tapón situado entre Alemania y Rusia. A menudo no se necesita

mucho para que una antigua nación víctima se comporte como una nación agresora; y tan pronto como Polonia obtuvo su independencia empezó a pavonearse con pretensiones imperiales propias. El mariscal Pilsudski, el jefe del Estado y del Ejército polacos, habló de restaurar «la Polonia histórica» que en otro tiempo se había extendido desde el Báltico hasta el mar Negro. Prometió reclamar sus fronteras orientales, la «Lituania» deseada por Mickiewic y otros patriotas polacos del siglo XIX, que se había perdido en favor de Rusia en las particiones. Éstas eran regiones mezcladas étnicamente (ciudades polacas y judías como Lvov, antiguos terratenientes polacos y campesinos ucranianos o bielorrusos) que eran pretendidas tanto por Rusia como por Polonia. Cuando los alemanes se retiraron del este, las tropas polacas marcharon hacia las fronteras. Pilsudski dirigió la captura de Wilno en abril de 1919. Durante el verano los polacos continuaron avanzando en Bielorrusia y en Ucrania occidental, capturando Minsk y Lvov. La lucha se detuvo por un tiempo durante el invierno cuando los polacos y los rusos regateaban por las fronteras. Pero estas negociaciones se rompieron en primavera de 1920, cuando los polacos lanzaron una nueva ofensiva. Tras haber recibido considerables suministros de los aliados, y haber firmado un pacto con Petliura, Pilsudski dirigió una fuerza combinada de nacionalistas polacos y ucranianos en un avance enloquecido hacia Kiev, defendido entonces muy débilmente por los bolcheviques. Se trató de un envite desesperado cuya finalidad era transformar Ucrania en un Estado satélite de Polonia. Las raíces de esta aventura se retrotraían al invierno anterior, cuando Petliura, expulsado de Ucrania por los rojos, se había establecido en Varsovia y firmado un pacto con Pilsudski. En virtud de este acuerdo, las fuerzas nacionalista ucranianas de Petliura ayudarían a los polacos a volver a invadir Ucrania y, una vez reinstalados en el poder en Kiev, cederían a Polonia la Ucrania occidental. Era en efecto un Brest-Litovsk polaco. Los polacos avanzaron rápidamente hacia Kiev, mientras que los rojos, que también se enfrentaban con los blancos en el sur, huyeron en desbandada presa de la confusión. El 6 de mayo los polacos tomaron Kiev sin mucha resistencia; fue menos una invasión que un desfile. Los ciudadanos de Kiev contemplaron a sus nuevos gobernantes desfilando por la ciudad con aparente indiferencia; ésta, después de todo, era la undécima vez que Kiev era ocupada desde 1917, y no iba a ser la última.

Para los patriotas rusos como Brusilov la captura de Kiev por los polacos constituyó un desastre nacional, no porque fuera sólo otra ciudad, sino porque

era cuna de la civilización rusa. Era inconcebible que Ucrania, «la Pequeña Rusia», fuera cualquier otra cosa salvo ortodoxa. Los antepasados de Brusilov durante el siglo XVIII habían dado sus vidas para defender Ucrania contra los polacos, y, en consecuencia, los Brusilov habían recibido considerables posesiones territoriales allí. Tras la guerra y el sacrificio de millones de vidas rusas en defensa de Ucrania occidental contra los austríacos, Brusilov estaba condenado si permitía que los polacos la conquistaran sin combatir. Pensó que era «inexcusable que Wrangel atacara Rusia en ese momento», incluso todavía más porque los blancos habían planeado su ataque para que coincidiera claramente con el de los polacos. Los blancos situaban sus propios intereses de clase por encima de los del Imperio ruso, algo que Brusilov se había negado a hacer. El 1 de mayo escribió a N. I. Rattel, un general veterano del Ejército imperial y ahora jefe del estado mayor de Trotsky, ofreciendo ayudar a los rojos contra los polacos. «Me parece —escribió— que la tarea más importante es engendrar un sentimiento de patriotismo popular.» La guerra contra Polonia, desde su punto de vista, sólo podía ser ganada «bajo la bandera nacional rusa», puesto que sólo ésta podía unir a todo el pueblo ruso:

> El comunismo es completamente ininteligible para los millones de campesinos apenas alfabetizados, y es dudoso que quieran luchar en su defensa. Si en dos mil años el cristianismo no llegó a unificar al pueblo, ¿cómo puede el comunismo tener la esperanza de conseguirlo cuando la mayoría de la gente no había oído hablar de él hace apenas tres años? Sólo la idea de Rusia puede hacerlo.[75]

Trotsky calibró inmediatamente la victoria propagandística que se obtendría consiguiendo que Brusilov se uniera a los rojos. Al día siguiente anunció su nombramiento como presidente de una Conferencia Especial al mando del frente occidental. Impreso en el *Pravda* del 7 de mayo, el anuncio era típico del tono crecientemente xenófobo de la retórica bolchevique: convocaba a todos los patriotas para alistarse en el Ejército y «defender a la patria» de los «invasores polacos», que estaban «intentando arrancarnos tierras que siempre han pertenecido a los rusos». Trotsky afirmó que a los polacos les espoleaba «el odio hacia Rusia y hacia los rusos». El periódico del Ejército Rojo, *Voennoe delo,* publicó un artículo xenófobo (por el que fue más tarde suspendido) que

confrontaba el «jesuitismo innato de los polacos» con el «espíritu honroso y abierto de la raza gran-rusa». Radek definió a la totalidad de la guerra civil como una «lucha nacional de liberación contra la invasión extranjera». Los rojos, dijo, estaban «defendiendo a la Madre Rusia» contra los esfuerzos de los blancos y de los aliados para «convertirla en una colonia» de Occidente. «La Rusia soviética», concluyó en una nota de advertencia a los Estados recientemente independientes, pretendía «reunir a todas las tierras rusas y defender a Rusia de la explotación colonial».[76] Había regresado el antiguo imperialismo.

Los bolcheviques se sorprendieron del éxito de su propia propaganda patriótica. Los acercó el inmenso potencial del nacionalismo ruso como medio de movilización popular; potencial que más tarde valoró Stalin. Al cabo de unas pocas semanas del nombramiento de Brusilov, catorce mil oficiales se habían unido al Ejército Rojo para combatir a los polacos, millares de civiles se habían presentado voluntarios para combatir, y más de cien mil desertores habían regresado al Ejército Rojo en el frente occidental. Hubo manifestaciones patrióticas masivas con enormes efigies de Pilsudski y de Curzon que los manifestantes procedieron a quemar. «Nunca pensamos que Rusia tenía tantos patriotas», confesó Zinoviev.[77]

Pero, de hecho, las motivaciones patrióticas que habían llevado a Brusilov a unirse a los rojos eran compartidas por mucha gente de la antigua Rusia. El bolchevismo nacional, como fue llamado con posterioridad su credo, impulsó a la *intelligentsia* patriótica a unirse al Estado soviético, ahora que había ganado la guerra civil, para conseguir la resurrección de una Gran Rusia. Se trataba de un eco de la llamada realizada por los *Veji* para renunciar a la oposición al régimen zarista después de la revolución de 1905, y esto quedó reflejado en el título de su diario, *Smena vej* (Cambio de Señales), cuyo primer número, de noviembre de 1921, rindió homenaje a Brusilov. Nikolai Ustrialov, el exponente más famoso del nacionalbolchevismo, era un kadete del ala derecha que había sido propagandista del régimen de Kolchak antes de desertar para unirse a los rojos, en 1920, convencido de que habían ganado la guerra civil gracias al apoyo del pueblo ruso y de que su revolución podía ser dirigida hacia metas nacionales. «Los intereses del sistema soviético coincidirán inevitablemente con los intereses nacionales de Rusia —escribió en 1920—. Los bolcheviques, por la lógica de los acontecimientos, evolucionarán del jacobinismo al bonapartismo.» Si un número suficiente de patriotas se unía a los rojos, sostenía Ustrialov, el régimen soviético se rusificaría, se convertiría en blanco desde dentro. Ustrialov

alababa a los bolcheviques sobre todo por dos razones: por lo que él (y muchos otros intelectuales, como Blok y los escitas) veían como su eslavofilia asiática, que unía Oriente con Occidente; y por su restauración de un fuerte Estado ruso. Defendía la dictadura bolchevique como un remedio necesario para la anarquía que anegó el país desde 1917. Urgía a los bolcheviques para que recrearan el Imperio ruso (destrozando todos esos «Estados pigmeos») y para que reafirmaran su poder en el mundo. Tales sentimientos eran ampliamente compartidos por la *intelligentsia*. En cierto sentido, el nacionalbolchevismo fue el verdadero vencedor de la guerra civil. «Perdimos pero ganamos —escribió el derechista Shulguin en 1920—. Los bolcheviques nos vapulearon, pero levantaron la bandera de una Rusia unida.» No fue sólo una cuestión de la derecha, aunque los antiguos imperialistas estuvieron entre los primeros en unirse alrededor de la bandera roja de una gran Rusia. Para la izquierda también había un paso corto desde la adoración del «pueblo» y sus poderes de destrucción a la aceptación del régimen bolchevique como el resultado de esa «revolución nacional» y el único medio de la resurrección de Rusia. Ésta fue la lógica que impulsó a muchos socialistas a unirse a los bolcheviques después de la guerra civil. Incluso Gorky se vio arrastrado por la marea patriótica. Escribiendo a H. G. Wells en mayo de 1920, se irritó con un periodista del *Times* de Londres que pretendía haber encontrado un dedo humano en su sopa en un restaurante de Petrogrado. «Créame —bufó lleno de orgullo nacional—, no desconozco los aspectos negativos creados por la guerra y la revolución, pero también veo que en las masas rusas existe un despertar de una gran voluntad creativa.»[78]

Este caldo de cultivo del patriotismo, sin duda, influyó en parte en la decisión bolchevique de convertir la guerra defensiva contra Polonia en una guerra ofensiva. Habiendo expulsado a los polacos desde Kiev, a mediados de julio los rojos cruzaron la línea Curzon (donde los aliados habían trazado la frontera ruso-polaca), y continuaron avanzando hacia Varsovia. Puesto que ésta no sería la última vez que el Ejército Rojo atravesaría la frontera rusa para adentrarse en Europa (volvió a hacerlo en 1945) es importante, como mínimo para nuestra comprensión de la guerra fría, analizar las motivaciones de los bolcheviques en relación con esta contraofensiva dirigida contra Polonia. Algunos historiadores, tales como Norman Davis y Richard Pipes, se han jugado su reputación como eruditos afirmando que si Varsovia hubiera caído ante el Ejército Rojo, Lenin habría ordenado avanzar hacia Berlín en preparación para un asalto general

sobre Europa Occidental.[79]

Es verdad, como han sostenido Pipes y Davis, que los bolcheviques contemplaron la invasión de Polonia como un plausible catalizador de la revolución no sólo en Polonia sino en toda Europa. Siguiendo al Ejército Rojo hacia Varsovia había un Comité Provisional Polaco Revolucionario dirigido por Dzerzhinsky, que entregaría el poder a los comunistas una vez que llegara a la capital polaca. Éste fue el punto álgido del optimismo de los bolcheviques con respecto a la posibilidad de exportar el comunismo. Sus esperanzas aumentaron con la revuelta espartaquista de Berlín y las fugaces repúblicas soviéticas de Hungría y Baviera durante 1919. En esa primavera, cuando se formó la Komintern, Zinoviev había predicho que «en un año toda Europa será comunista». Hubo una época, admitió más tarde, en que «habíamos pensado que quedaban unos pocos días, incluso horas, antes del inevitable alzamiento revolucionario». Durante el verano de 1920 la Komintern había extendido su influencia a través de las capitales de Europa. Apenas pasaba un mes sin que alguna delegación de socialistas occidentales llegara a Rusia para inspeccionar y después regresar a su país e informar sobre el gran experimento. Moscú se convirtió en una vasta aldea Potemkin, con grupos felices de trabajadores y lujosos banquetes ofrecidos a estos ingenuos dignatarios extranjeros, para que se fueran a casa colmados del deseo de alabarlos. El segundo congreso de la Komintern, que se celebró en Moscú en el punto álgido del avance hacia Varsovia, pretendía crear un único partido comunista europeo bajo la guía de Moscú. El estado de ánimo del congreso era expectante. Cada día los delegados seguían el movimiento del Ejército Rojo sobre un gran mapa que colgaba en el muro del salón del congreso. Lenin, que había insistido en la invasión de Polonia contra el consejo tanto de Trotsky como de Stalin, estaba convencido de que la revolución europea se encontraba a la vuelta de la esquina. Era inevitable, según su dogmático punto de vista marxista, que todos los demás países alcanzarían su Octubre. El golpe de Estado de Kapp de marzo de 1920 fue un «asunto Kornilov a la alemana»; Estonia estaba «atravesando su período Kérensky»; mientras que Gran Bretaña, con sus consejos de acción, estaba en «su período de poder dual».[80]

No hay ninguna duda de que la insistencia de Lenin en que todos los demás países debían seguir el camino de Rusia era sintomática de una arrogancia bolchevique general. Era esa mezcla de nacionalismo ruso e internacionalismo comunista que más tarde vino a caracterizar todo el tono dogmático de la política

exterior soviética. Los bolcheviques se jactaban de que Rusia guiaba al mundo cuando llegó el momento de hacer revoluciones y asumían que todos los comunistas extranjeros debían ser obligados a seguir la línea de Moscú. Esa era ciertamente la esencia del congreso de la Komintern y sus «21 condiciones» para la admisión en la nueva Internacional. La Komintern era un Imperio bolchevique.

Pero hay un buen trecho de esto a sostener que Lenin estaba planeando imponer su revolución en los países occidentales mediante la bayoneta. No se trataba de una cuestión de voluntad (hubiera sido posible tomar Berlín o incluso Budapest si Lenin hubiera querido ordenar que se hiciera), sino más bien de sentido práctico. Los bolcheviques eran conscientes de que su propio Ejército campesino, e incluso más su exhausta economía, no podían sostener una ofensiva invernal, especialmente en territorio extranjero. Por eso firmaron tan rápidamente la paz con Polonia durante el otoño de 1920, aun cuando les costó una cabeza de puente territorial, Galitzia, que, según las propias palabras de Lenin, podía «haber abierto un camino directo a la revolución [...] en Checoslovaquia y Hungría». ¿Por qué entonces se molestaron en invadir Polonia? Un discurso publicado recientemente dirigido por Lenin a la Novena Conferencia del Partido en septiembre de 1920 proporciona la prueba más convincente hasta ahora. Sugiere que no se consideraba la ofensiva contra Varsovia el inicio de una invasión de Occidente (como Richard Pipes ha interpretado equivocadamente), sino que, por el contrario, debía ser un elemento disuasor contra Occidente para que no invadiera Rusia. Lenin creía que la Polonia de Pilsudski había sido construida por los poderes occidentales como un arma dirigida contra la Rusia soviética. Tal como él lo veía, una Polonia bien armada encajaba en el plan general de los aliados para cercar a Rusia con poderes hostiles: Varsovia, Washington y Wrangel estaban vinculados. Al invadir Polonia, el pilar central del Tratado de Versalles, Lenin pretendía «sacudir» el sistema occidental. Con Polonia sovietizada existiría una creciente amenaza de revolución extendiéndose hacia Occidente, o al menos así lo creía él. Ésta era una forma de autoafirmación nacional, una manera de advertir a los poderes capitalistas de que Rusia ya no permitiría que la «utilizaran» y que devolvería los golpes cuando se la atacara. Era una ofensiva política dirigida contra las capitales occidentales, una declaración de la «guerra civil internacional», pero no el inicio de la invasión de Europa. Naturalmente, debe tenerse en cuenta que el discurso de Lenin fue pronunciado en las fechas

inmediatamente posteriores a la derrota del Ejército Rojo en Varsovia: había sido un poderoso motivo para poner buena cara y fortalecer la moral del partido pretendiendo que, en cualquier caso, los fines políticos de la ofensiva se habían conseguido. Pero, hasta que nuevas pruebas demuestren lo contrario, sigue siendo la explicación más convincente de las motivaciones bolcheviques en Polonia.[81]

Las lecciones de la derrota roja en Polonia fueron extremadamente dolorosas para que los bolcheviques las olvidaran. Ciertamente, se habían producido errores militares. El Ejército occidental de Tujachevsky había avanzado hacia Polonia subestimando la determinación de los polacos de defender su capital y cortando la línea que unía a sus propias tropas con los suministros. El Ejército suroccidental no había conseguido apoyarlos, continuando el avance en dirección opuesta hacia Lvov, que Stalin parecía determinado a tomar contra viento y marea. El resultado fue que el flanco sur de Tujachevsky quedó expuesto, permitiendo a Pildsudski lanzar una contraofensiva y expulsar a los rojos hacia Rusia, donde, con la caída de las primeras nieves en octubre, se estabilizó el frente. Pero la raíz de la derrota era política: los obreros polacos no habían llegado a levantarse en apoyo del Ejército Rojo invasor, sino que, por el contrario, se habían unido a Pildsudski. El nacionalismo demostró ser una fuerza más potente que el comunismo internacional. Lenin admitió pronto su error. «Polonia no estaba lista para una revolución social —dijo en la conferencia del partido en septiembre—. Encontramos una revolución nacionalista procedente de los elementos pequeñoburgueses cuando nuestro avance hacia Varsovia les hizo temer por su supervivencia nacional.» Lenin se dio cuenta de que lo mismo sucedería en el resto de Europa. Intentar imponer el comunismo desde fuera tendría al efecto de convertir a sus partidarios potenciales en nacionalistas.[82]

La derrota en Polonia, finalmente, obligó a los bolcheviques a renunciar a sus fantasías de una revolución europea. El Tratado de Riga, firmado con Polonia en marzo de 1921, marcó el inicio de una nueva era de coexistencia pacífica entre Rusia y Occidente. Moscú reconoció una Polonia ampliada (y así, implícitamente, el Tratado de Versalles) cediéndole buena parte de Bielorrusia. Ese mismo mes se reanudó el comercio con Gran Bretaña. Nadie en Occidente volvió a considerar seriamente la amenaza de una invasión soviética. El desastre polaco había demostrado claramente que el Ejército campesino de Rusia no era lo suficientemente fuerte para sostener una ofensiva contra las potencias occidentales, ni aun las más pequeñas. La lección para los bolcheviques

resultaba clara: sus mejores posibilidades de exportar el comunismo se encontraban en Oriente.

La estrategia asiática había sido propuesta por primera vez por Trotsky en un memorándum secreto escrito en fecha tan temprana como agosto de 1919:

> No existe ninguna duda en absoluto de que nuestro Ejército Rojo constituye una fuerza incomparablemente más poderosa en el terreno asiático de la política mundial que en el ámbito europeo. Aquí se abre ante nosotros una indudable posibilidad no sólo de una larga espera para ver cómo se desarrollan los acontecimientos en Europa, sino también para llevar a cabo una actividad en el terreno asiático. El camino hacia la India puede demostrarse en un momento dado fácilmente franqueable y más corto para nosotros que el camino hacia la Hungría soviética [...]. El camino hacia París y hacia Londres pasa por las ciudades de Afganistán, el Punjab y Bengala.

Durante el verano de 1920 se había ido conformando una política dual: agitación revolucionaria en el Oriente combinada con el apoyo de los movimientos de liberación nacional, incluso de naturaleza «burguesa», contra el imperialismo occidental. A la vez que hacían la paz con los británicos en Occidente, los bolcheviques perseguían una guerra sin declarar contra ellos en Oriente. Respaldaron a los rebeldes afganos y subvirtieron el protectorado británico en el norte de Persia. Existen incluso pruebas de que Lenin intentó formar un Ejército de tribus de Asia central para invadir la India a través de Afganistán.[83]

El Congreso de los Pueblos de Oriente, celebrado en Bakú en septiembre de 1920, fue el primer intento de extender el comunismo a Asia. También fue el último. Sin duda, el caos de los asistentes al congreso tuvo mucho que ver con ello. Con 1.900 delegados procedentes de decenas de países tan distantes como Turquía y Japón, se necesitaban siglos y una discusión general considerable para traducir los discursos a todas las lenguas. Algunos delegados tenían credenciales dudosas: había varios *jans* y *beks* que resultaron ser comerciantes y que pasaron el tiempo que duró el congreso vendiendo alfombras en los mercados de Bakú. Aparte de los delegados, el congreso recibió centenares de mensajes de apoyo procedentes de ciudades y aldeas de Asia. Uno de éstos anunció la matanza

sacrificial de un centenar de ovejas y vacas en honor de la liberación del pueblo y solicitó ayuda del congreso para transportarlas a Bakú. Esto no tardó en convertirse en anécdota colorista, «un Beano —como H. G. Wells, un testigo, señaló—, pero como reunión de los proletarios asiáticos fue absurda». Los delegados iban vestidos con sus trajes nacionales y desfilaron en procesión a través de Bakú. Las efigies de Lloyd George, Millerand y Wilson vestidos con trajes fueron quemadas. Los oradores declararon su odio inmortal por el imperialismo británico; mientras que Zinoviev, dejando aparte a Polonia, sostuvo que «la revolución real sólo se producirá cuando se nos unan los ochocientos millones de personas que viven en Asia».[84] Pero, en términos de su influencia en Asia, el congreso casi no tuvo efecto.

El apoyo de los bolcheviques a los movimientos de liberación nacional en el Imperio británico contrastó con su oposición a ellos en las antiguas colonias rusas. Lenin siempre había planeado reconstruir la articulación geográfica básica del Imperio ruso. Sus concesiones a la autodeterminación nacional en el programa de 1911 no fueron más que tácticas. Sostenía que el nacionalismo podía ser utilizado para destruir el Estado zarista y que, después de un adecuado interludio de gobierno nacional «burgués», los no rusos volverían a unirse a Rusia como una federación socialista. Lo que quería decir con esto es una cuestión diferente. ¿Era Lenin sincero en sus afirmaciones públicas de apoyo a una libre federación de repúblicas soberanas, de las que todas tendrían por implicación el derecho de secesión? ¿O estaba planeando, por la fuerza si era necesario, hacer que los territorios fronterizos se volvieran a unir a un Estado unitario ruso? Ciertamente, en sus cartas privadas Lenin era escéptico acerca de la idea de una confederación libre. En 1913, por ejemplo, escribió a Gorky que «el modelo austríaco de abominación» no debería permitirse que sucediera en Rusia. «No lo permitiremos. Hay más granrusos aquí. Con los obreros de nuestra parte no permitiremos nada del "espíritu austríaco".»[85]

Durante la guerra civil esta cuestión se diluyó en medio de las exigencias de la lucha militar. Los rojos conquistaron las tierras fronterizas a medida que expulsaban a los blancos e impusieron las mismas formas de control centralizado que en el resto de Rusia gracias al partido y al Ejército Rojo. Esto podía verse como una estrategia consciente de reconstruir el Imperio bajo control comunista; ciertamente, había suficientes patriotas rusos entre las instituciones

conquistadoras para apoyar este plan. Pero desde muchos puntos de vista la conquista de los territorios fronterizos dependía mucho más de las condiciones locales de lo que esto sugeriría. Bajo la presión procedente de los comunistas nativos, Lenin llegó a darse cuenta en 1920 de que la conquista en sí misma no era suficiente para controlar los territorios no rusos, al menos no sin la resistencia constante de la población nativa. El ejercicio efectivo del poder necesitaba el reclutamiento de dirigentes que pudieran hablar la lengua nativa y dar al régimen un aire nacional. Puesto que la población nativa se estructuraba fundamentalmente en las aldeas, y el régimen en las ciudades, era preciso también un acercamiento más suave hacia los campesinos. En este sentido, la Nueva Política Económica estuvo estrechamente relacionada con el proceso de construcción del Estado en las tierras no rusas. El X Congreso del Partido de marzo de 1921, que introdujo la NPE, también aprobó una resolución que convocaba al partido a apoyar las culturas nacionales. La Korenizatsiia (indigenización) fue el impulso de la política bolchevique en la década de los años veinte. El ámbito de la lengua nativa se extendió a la educación, a las publicaciones y a la administración. Se establecieron rápidamente escuelas y colegios destinados a educar a una elite nativa. Los muchachos campesinos de la población nativa se convirtieron en empleados de las ciudades, hasta entonces dominadas por los rusos. En la esfera cultural, al menos, el régimen soviético estaba desde muchos puntos de vista continuando la labor de construcción nacional y modernización comenzada por los nacionalistas antes de 1917. Conceder libertad cultural y económica pacificó ampliamente al campesinado nativo, dejando a lo que quedaba de la *intelligentsia* nacionalista sin una base popular.

En Ucrania, el movimiento nacionalista ya había fracasado en la época en que los bolcheviques lanzaron su tercera y final invasión durante el otoño de 1919. Las vicisitudes militares de 1917-1920, cuando Ucrania tenía diez regímenes diferentes, apenas podían conducir a la unidad nacional. Dos breves intervalos de gobierno nacionalista en Kiev (la Rada de marzo a 1917 a febrero de 1918, y el Directorio de los meses siguientes de diciembre a febrero de 1919) no fueron suficientes para inculcar una conciencia nacional en el campesinado ucraniano, que en buena medida estaba apartado de las ciudades y era hostil a las mismas. Hasta finales del siglo XIX, la idea de un Estado ucraniano independiente había existido principalmente en la poesía de Shevchenko y en el mito cosaco. Con la excepción de Ucrania occidental, donde los terratenientes eran

fundamentalmente polacos, la masa de los campesinos permanecía inmune al nacionalismo de la *intelligentsia*. La fuerza del compromiso del campesinado con la idea de la aldea independiente los hacía hostiles hacia un Estado nacional. Durante 1917, sin embargo, los partidos socialistas de la Rada habían construido una base de masas con el apoyo del electorado rural uniendo la idea de independencia nacional con la de la autonomía de la aldea y con la de la reforma agraria en interés de los campesinos. Tuvieron éxito al traducir el concepto abstracto de nación en términos sociales que resultaban reales para el campesinado. Pero las prometidas reformas agrarias nunca se llevaron a cabo. La Rada y el Directorio se vieron políticamente paralizados por la división interna creciente entre los nacionalistas como Petliura, que subordinaban las reformas sociales a la lucha nacional, y aquellos que como Vinnichenko subordinaban el nacionalismo al cambio social. Sin reforma agraria los campesinos tenían escasos incentivos para combatir en favor de una Ucrania independiente. Ni la Rada ni el Directorio pudieron movilizar una fuerza verdaderamente nacional contra los ejércitos invasores de los rojos o los blancos. Incluso Petliura se vio obligado a reclutar su denominado Ejército Nacional en suelo polaco.

Así, la cabeza urbana del movimiento nacional ucraniano fue cortada de su cuerpo rural. Lo que quedó fue un nacionalismo campesino local, centrado en la idea de la aldea autónoma, que continuó dominando Ucrania, haciendo prácticamente imposible gobernar desde las ciudades hasta inicios de la década de los años veinte. Este nacionalismo de pequeños propietarios agrícolas se veía en la *atamanschina*, las bandas locales campesinas de Majnó, Grigoriev y otros incontables señores de la guerra, que pretendían defender la aldea libre ucraniana tanto de los rojos como de los blancos; en la guerra económica rural contra las ciudades, que los campesinos veían como «extranjeras» y como los centros de un Estado hostil, y en los pogromos contra los judíos como símbolos externos de esa naturaleza ajena. También se vio en las apelaciones masivas del Partido Borotbist, formado por los eseristas de izquierdas ucranianos, que enfatizaron el nacionalismo cultural como una forma de autonomía de la aldea, copio un medio de unir y dotar de poder a los campesinos en la lucha revolucionaria contra la burguesía urbana rusificada.

Fue este nacionalismo campesino el que hizo la vida tan difícil para los bolcheviques en sus dos primeros intentos de conquistar Ucrania (durante los tres primeros meses de 1918 y los seis primeros de 1919). Con sólo los obreros y el Ejército de su lado, se vieron reducidos a gobernar mediante el terror. El

segundo de estos dos regímenes rojos fue especialmente violento. Bulgakov captó su terrible poder en su imagen del inmenso tren armado rojo situado en el bosque a las afueras de Kiev al final de *La Guardia blanca*. Es un buen ejemplo de la manera en que a veces sólo un novelista puede describir la esencia de la guerra civil:

> La locomotora surgió como una masa de metal negra y de múltiples facetas, con la carbonilla al rojo vivo brotando de su vientre y cayendo sobre los raíles, de manera que desde un lado parecía como si el vientre de la locomotora estuviera repleto de carbones brillantes. Mientras silbaba suave y malévolamente, algo aullaba a través de una apertura de su armadura lateral, mientras que su morro miraba furiosa y silenciosamente hacia el bosque que había entre ella y el Dnieper. En el último carro la boca azul negruzca de un cañón de calibre pesado, envuelto en una cobertura artillera, apuntaba directamente hacia la ciudad que se encontraba a trece kilómetros de distancia.

Esta segunda invasión de Ucrania fue casi con certeza llevada a cabo con la autorización personal de Stalin, pero sin el conocimiento o aprobación de Lenin. Fue dirigida por un grupo de bolcheviques que estaban determinados a poner Ucrania bajo el dominio de Moscú. Muchos de ellos eran rusos procedentes de Ucrania que habían adoptado el bolchevismo, en parte como una forma de identificación con la misma Rusia. Georgii Piatakov, que instigó la invasión y se convirtió en el jefe del régimen bolchevique en Ucrania, era una muestra típica de esta elite soviética conquistadora. Su padre había sido un industrial ruso en Ucrania, de manera que podía decirse que una cierta arrogancia urbana rusa hacia los campesinos nativos era congénita en él. Como muchos dirigentes bolcheviques del frente sur (Voroshilov, Kaganovich y Ordzhonikidze, por ejemplo) Piatakov tenía estrechos vínculos con Stalin. El centralismo extremo que impuso en Ucrania era un leve disfraz de su propio nacionalismo gran-ruso. Los miembros de la *intelligentsia* nacionalista ucraniana fueron encarcelados a centenares durante el Terror rojo de 1919. «La propiedad burguesa» fue enviada por tren a Moscú. Casi todos los puestos bolcheviques de Ucrania fueron ocupados por rusos, que gobernaron el país como señores coloniales. Los campesinos ucranianos se vieron sujetos a los peores excesos de las campañas de

requisa bolcheviques. Los *kombedy* y las granjas colectivas, que habían fracasado claramente en la misma Rusia, fueron impuestos por la fuerza sobre los campesinos ucranianos, y esto pese a que la tradición de propiedad privada y heredable estaba mucho más profundamente enraizada entre los campesinos ucranianos que entre los rusos.[86]

El resultado fue una oleada de levantamientos campesinos contra el régimen bolchevique en toda Ucrania, del cual el de Majnó fue simplemente el más amplio. Lenin estaba furioso: la insensibilidad del régimen de Piatakov había socavado el control que los rojos tenían sobre Ucrania y abierto su puerta a su conquista por los blancos. Durante el otoño de 1919, cuando los rusos volvieron a lanzarse otra vez hacia el sur por Ucrania, Lenin insistió en que esta vez sus camaradas deberían ser más sensibles hacia los sentimientos nacionales. Los «federalistas» que había entre los bolcheviques ucranianos habían estado reclamándolo durante algún tiempo, y sus puntos de vista recibieron ahora el eco de antiguos bolcheviques como Ordzhonikidze. «Tenemos que encontrar un lenguaje común con el campesino ucraniano», escribió a Lenin el 19 de noviembre. Estos temas fueron asumidos por Lenin en diciembre. En la VIII Conferencia del Partido habló por primera vez contra el «nacionalismo ruso primitivo» desplegado por algunos bolcheviques. La resolución sobre la cuestión ucraniana reconocía la fuerza de un sentimiento nacional, aunque entre las masas «atrasadas». Apelaba al uso de la lengua ucraniana en todas las instituciones soviéticas y a un acercamiento a las aldeas ucranianas.[87]

En marzo de 1920, como un primer paso en esta dirección, los Borotbists fueron admitidos finalmente en el Partido Bolchevique Ucraniano. Como la primitiva alianza con los eseristas de izquierdas rusos, ésta fue una gran victoria política para los bolcheviques: dividió al principal partido rival en Ucrania y les proporcionó acceso a las aldeas. Los Borotbists eran el único partido ucraniano con un seguimiento masivo entre los campesinos. Durante la campaña contra el Hetmanato, Petliura y Denikin, los rojos habían dependido de ellos para organizar a las guerrillas campesinas. Los Borotbists apoyaban una síntesis de nacionalismo cultural y de nacionalismo campesino con una estructura soviética federal y descentralizada. Eran los verdaderos herederos del nacionalismo campesino que había impulsado la revolución en Ucrania durante 1917 y 1918. Cuando el Directorio ucraniano abandonó su compromiso con un programa socialista, la mayoría de los Borotbists (unos cuatro mil de cinco mil) se unieron a los bolcheviques. Tenían la esperanza de moderar el comunismo de los

bolcheviques y de hacerlos más conscientes de la cultura nacional de los campesinos ucranianos.[88] Una vez más, fue el nacionalismo lo que convirtió en rojos a estos oponentes de los bolcheviques.

Aunque a la larga los Borotbists fracasaron, tuvieron éxito al ganar una década de autonomía cultural relativa para Ucrania durante los años veinte. Los sentimientos nacionales, derrotados en la forma de un movimiento nacional ucraniano, reaparecieron dentro del Partido Bolchevique Ucraniano y del aparato del Estado. Ambos estaban crecientemente controlados por ucranianos decididos a defender los derechos autónomos de su república. Aquí también existía otra clase de «bolchevique nacional». De alguna manera, era un precursor del movimiento nacionalista de Tito en Yugoslavia contra el supercentralismo estalinista. Como en Rusia, la mayoría de la nueva elite ucraniana estaba reclutada de entre los hijos de los campesinos con alguna educación movilizados por la guerra y la revolución e inclinados hacia el progreso y el avance social. El resultado fue la rápida ucranización de las ciudades de Ucrania, que antes de la revolución habían estado dominadas por los rusos. Entre 1923 y 1926 la proporción de la población de Kiev que era ucraniana aumentó del 27 por ciento al 42 por ciento. Estrechamente relacionado con esto estuvo el florecimiento de la cultura ucraniana durante los años veinte, especialmente después de 1924, cuando Olexander Shumsky, el antiguo dirigente de los Borotbists, fue colocado a cargo de los asuntos culturales de la república. La lengua ucraniana, que los gobernantes zaristas habían despreciado como un dialecto pueblerino, fue reconocida como un instrumento esencial para la propaganda efectiva en el campo y el reclutamiento de una elite nativa. Durante los años veinte amplió su área de dominio en las escuelas y las oficinas, a los nombres de las calles y a los letreros de las tiendas, a los documentos e insignias soviéticas, a los congresos del partido, a los periódicos y revistas. Más niños ucranianos aprendieron a leer su lengua nativa durante los años veinte que durante todo el siglo XIX.[89] La idea nacionalista de una Ucrania independiente pudo haber sido aplastada por el nuevo Estado Imperio, pero al menos se le proporcionaba una base cultural a la nación ucraniana.

En los territorios musulmanes este mismo modelo (de conquista militar por los rojos seguida por el fomento de las culturas nacionales) resultó incluso más acusado. De hecho, ahí los bolcheviques no hicieron tanto por fomentar las culturas nacionales existentes como por *crear nuevas naciones* donde sólo habían existido entidades tribales antes de 1917.

En las regiones bashkires y tártaras del Volga y los Urales se crearon nuevas repúblicas a medida que el Ejército Rojo cruzaba la región persiguiendo a Kolchak. Moscú se opuso a los planes de la *intelligentsia* panmusulmana de un Estado bashkir-tártaro y explotó despiadadamente las divisiones étnicas existentes entre las dos regiones. El Ejército Rojo, aliado con Validov, el dirigente militar de los pastoralistas bashkires, estableció la República Autónoma de Bashkiria en marzo de 1919. La mayoría de su población era tártara. Validov y sus tropas habían desertado al lado de los blancos en el momento álgido de la lucha en el frente oriental. Creía que los rojos, a diferencia de Kolchak, otorgarían a los bashkires la independencia y el derecho a expulsar a los colonos rusos. Pero una vez que la conquista de los Urales concluyó, los rojos entregaron el poder de la región al Sóviet de Ufa, que estaba dominado por los obreros rusos. Moscú no estaba preparado para permitir que las industrias vitales de la región de los Urales cayeran en manos de nacionalistas bashkires. En mayo de 1920 promulgó un decreto que abolía la autonomía política prometida a los bashkires sólo catorce meses antes: las instituciones claves de la república iban a estar desde entonces subordinadas a las autoridades de Moscú. Los comunistas bashkires dimitieron en bloque del Gobierno y huyeron a los Urales, donde se unieron a los otros rebeldes bashkires contra el Ejecutivo soviético. El nuevo Gobierno republicano no tenía bashkires en su seno, pero estaba compuesto de tártaros y de rusos. Mientras tanto, se fundó una república autónoma tártara en mayo de 1920 —aunque, como la de los bashkires, era autónoma sólo nominalmente y ni siquiera era propiamente tártara—. Tres cuartas partes de los tártaros étnicos de la región quedaron fuera de las fronteras de la república; e incluso en su seno componían sólo la mitad de la población, comparada con el 40 por ciento, que eran rusos.[90] *Divide et impera.*

La estrategia tártara de Moscú fue apoyada, sin embargo, por un influyente grupo de intelectuales musulmanes que vieron en el bolchevismo una oportunidad de hacer avanzar su propio ideal de un nacionalismo islámico secular. Éstos eran los *jadids*, los modernizadores burgueses del siglo XIX que se oponían a las elites feudal-clericales, los *qadymists* y los *mullahs.* Dominaban no sólo las profesiones tártaras, sino también los cuerpos de oficiales de las unidades nacionales. Mirsaid Sultan Galiev fue su más importante teórico y el dirigente de la República tártara. En su juventud había sido maestro, periodista y *jadid.* Se unió a los bolcheviques en 1917 y ascendió rápidamente dentro del Comisariado de las Naciones de Stalin. Durante la guerra civil en el frente

oriental, cuando los rojos necesitaban desesperadamente tropas musulmanas, se permitió a Sultan-Galiev crear una línea ampliamente independiente. Estableció un partido comunista musulmán independiente y unidades del Ejército musulmanas que se distinguían por una insignia especial en oro y verde con la media luna islámica y una estrella. Pero una vez que Kolchak fue derrotado, Moscú empezó a recuperar sus poderes en un esfuerzo por centralizar el control. Esto impulsó al tártaro a revisar su marxismo a la luz de lo que ahora veía como un problema persistente de colonialismo. Los asiáticos, defendió en una serie de artículos publicados en 1919 y 1920, no serían liberados por la Revolución socialista en Occidente, puesto que los nuevos gobernantes proletarios intentaban perpetuar los imperios que habían heredado en lugar de abolirlos. La solución era unir a todos los pueblos coloniales, que eran «proletarios» en virtud de su opresión, en una revolución mundial. Esto, por supuesto, era un eco de la estrategia bolchevique en relación con Asia expresada en el Congreso de Bakú. Pero Sultan-Galiev no se detuvo ahí. Sostuvo que para todos los pueblos asiáticos, tanto bajo el comunismo como bajo el imperialismo, las metas de la unidad nacional y de la liberación eran más importantes que las de la revolución social. Los musulmanes del Imperio ruso, por ejemplo, estaban más unidos por su forma de vivir islámica común (en oposición a su religión) de lo que estaban divididos por los antagonismos de clase. Esto significaba que los bolcheviques deberían intentar arraigar su régimen a las tradiciones islámicas mientras que intentaban secularizarlas y modernizar la sociedad musulmana. Era un cruce entre Marx y el *jadid*.

En 1923 Sultan-Galiev fue expulsado del partido y encarcelado brevemente por su herejía. Sin embargo, durante buena parte de la década de los años veinte sus ideas continuaron influyendo en la política de los bolcheviques hacia los tártaros. La lengua tártara fue modernizada y privada de parte de su erudición, como habían defendido los mismos *jadids*. Esto debilitó el poder de los *mullahs* y facilitó que los campesinos nativos aprendieran a leer. Las palabras rusas que habían adoptado bajo la política zarista de rusificación fueron también extirpadas. La lengua tártara amplió su área de dominio, e incluyó las escuelas y la Administración. La población nativa obtuvo una mejor educación y comenzó a entrar en la Administración en cifras mucho mayores que bajo el zar. La cultura tártara floreció brevemente. Esto, en resumen, fue el inicio de una revolución cultural nacional, aunque Stalin la abortó pronto.

La derrota de Kolchak también permitió a los rojos completar la conquista de

Asia central. A inicios de 1918 los trabajadores ferroviarios y los soldados rusos de Tashkent habían establecido una república soviética de Turquestán. Pero quedó aislada del resto de Rusia por los cosacos de Orehburg, que eran los aliados de Kolchak, y su influencia se vio confinada a las ciudades. Las regiones cultivadoras de algodón del valle de Ferghana fueron controladas por los rebeldes nativos, conocidos como los basmachíes, cuyas bandas unieron a las tribus turcas separadas (uzbekos, kirghizes y tajikes) contra el régimen ruso-soviético bajo el estandarte de «Turquestán para los nativos». Durante 1918, las requisas punitivas entre la población musulmana habían provocado una terrible hambruna en la cual se estima que al menos una cuarta parte de la población murió, y esto proporcionó a los basmachíes un apoyo casi absoluto del campesinado. Puesto que la división entre la ciudad y el campo era tanto política como étnica, resulta comprensible que el régimen soviético fuera visto como una nueva forma de explotación colonial, que en buena medida es lo que era. Cuando el Ejército Rojo llegó a Tashkent a finales de 1919, estableció una comisión especial para informar al Gobierno soviético. Llegó a la conclusión de que había estado dominado por «elementos colonialmente nacionalistas» y «antiguos siervos del régimen zarista» que utilizaban «el disfraz de la lucha de clases [...] para perseguir a la población nativa de la manera más brutal». La política colonial zarista de confinar a los pastores kirghizes en las regiones yermas y de establecer a los colonos rusos en la llanura fértil había sido incluso intensificada. En la región de Semirechie el Sóviet local había introducido una economía esclavista que obligaba a los nativos kirghizes a trabajar sin pago en las granjas campesinas de los rusos o arriesgarse a ser ejecutados. La actitud de los dirigentes bolcheviques en Tashkent hacia esto había sido de despiadada indiferencia. Se oyó decir a uno de los bolcheviques que los kirghizes eran «la raza más débil desde el punto de vista marxista y que de cualquier manera tenían que morir».[91]

Bajo presiones de Lenin, el Gobierno de Tashkent cambió lentamente de actitud después de 1920. Se devolvió la tierra arrancada a los nativos; se redujeron las requisas y se llegó a una paralización desde 1921 bajo la NPE; se permitió la nueva apertura de los bazares, se liberó a las mezquitas del control soviético, y la ley coránica que el Gobierno de Tashkent había abolido en 1918 fue restaurada para los creyentes. Todo esto ayudó a sofocar la revuelta basmachí: en 1923 había sido casi liquidada y coleaba sólo en las aisladas regiones orientales y montañosas de Uzbekistán y Tajikstán, donde, con ayuda

de los *mujahaddin*, continuó durante varios años más. Mientras tanto, el régimen soviético prosiguió su política de reclutar a las elites nativas. Más de la mitad de los delegados en el congreso del partido de Turkestán en 1921 eran musulmanes, muchos de ellos procedentes de la antigua *intelligentsia* secular o *jadid*, que vieron en el régimen una fuerza modernizadora. Y, ciertamente, lo era hasta un grado considerable. Las nuevas repúblicas de Asia central (Uzbekistán, Turkmenistán, Kazajstán, Kirghizia y Tajikstán), fueron todas, en un sentido cultural al menos, construidas como naciones modernas durante la década de los años veinte. Se dedicaron vastos recursos a la educación en todas las áreas, lo que mejoró considerablemente las tasas de alfabetización. Se dedicaron esfuerzos especiales a la educación de la élite nativa política y técnica. Hubo un auge de publicaciones en lengua nativa para el nuevo público lector. La mayoría de los periodistas, es cierto, tuvieron que ser reclutados de los tártaros del Volga que estaban culturalmente más avanzados que los del centro de Asia pero que no siempre conocían los matices de la lengua local. Así, un diario uzbeko, *Kyzil bairak*, apareció una vez con el lema siguiente en titulares: ¡VAGABUNDOS DE TODO EL MUNDO, UNÍOS![92] Pero tales errores son inevitables cuando se construye una cultura nacional de la nada.

Las relaciones internacionales complicaron la conquista soviética del Cáucaso. Turquía y Gran Bretaña competían con Rusia por el dominio de esta región vital desde 1918. Los turcos tenían objetivos en Azerbaiján, con cuya población estaban étnica y lingüísticamente emparentados. También querían mantener debilitada Armenia para retener su dominio sobre Anatolia oriental, a la que habían despojado de su población armenia mediante el genocidio de 1915. Por lo que se refiere a los británicos, vieron en el Cáucaso una zona colchón que protegía a Persia y la India de Rusia. También era rica en manganeso y petróleo, que los británicos, en sus mejores tradiciones de piratería colonial, estaban exportando trabajosamente desde los campos petrolíferos de Bakú mientras sus tropas estaban estacionadas allí como una «fuerza protectora». La breve independencia de las tres naciones caucásicas (Armenia, Azerbaiján y Georgia) dependía casi completamente de la debilidad temporal de posguerra que padecían Rusia y Turquía, los poderes tradicionales de la región, y, al menos en el caso de estos dos últimos, también de la protección de Gran Bretaña. Por su parte, estas naciones eran demasiado pequeñas y estaban demasiado divididas étnicamente para mantener su independencia una vez que Rusia y Turquía empezaron a reafirmar su dominio en la región.

Azerbaiján, la primera en caer ante la Rusia soviética, era un ejemplo típico de una nación poscolonial mal preparada para las pruebas de la existencia independiente en medio de todos los conflictos de la época. Durante su breve período de independencia, desde mayo de 1918 hasta abril de 1920, no tuvo menos de cinco gobiernos. La reforma agraria y el conflicto étnico fueron las fuentes principales de inestabilidad. El fracaso de los socialistas *mussavat* para llevar a cabo su reforma agraria contra la resistencia de la burguesía armenia facilitó a los bolcheviques aparecer como los defensores de los pobres campesinos musulmanes. La crisis económica de Bakú, causada por el hundimiento de su principal mercado petrolífero exportador en Rusia, también proporcionó a los bolcheviques una base de apoyo entre los desempleados musulmanes y rusos. En febrero de 1920, el Partido Bolchevique tenía cuatro mil miembros en Bakú y Tiflis, que estaban realizando agitación abiertamente en las calles y urgiendo a Moscú para que enviara tropas. El Ejército azerí era demasiado débil para oponer ninguna resistencia seria contra los setenta mil soldados del XI Ejército Rojo, que entonces se desplazaba hacia el sur en dirección a Azerbaiján a través de las regiones de Terek y Daguestán. La mayoría de su estado mayor veterano, compuesto por turcos y georgianos, había sido infiltrado por los bolcheviques. Pero fue la aquiescencia de Turquía la que zanjó la conquista de Azerbaiján. En marzo de 1920, cuando las tropas británicas ocuparon Constantinopla, los nacionalistas de Kemal Ataturk estaban dispuestos a llegar a un acuerdo con la toma soviética del Cáucaso para asegurar la ayuda de Moscú al movimiento de independencia turca contra Gran Bretaña. El Cáucaso se convirtió así en un canal para el envío de armas soviéticas hacia Turquía. Kemal estuvo de acuerdo en comenzar las operaciones militares contra Armenia para ayudar a conseguir estos fines. La alianza con Turquía permitió a los rojos obtener una notable quinta columna de apoyo turco-musulmán en Azerbaiján durante su invasión. Los oficiales turcos del Ejército azerí dieron la bienvenida a los conquistadores del norte, creyendo ingenuamente que no tenían intención de acabar con la independencia de Azerbaiján y que su objetivo era ayudar al movimiento panturco. El 28 de abril el Ejército Rojo entró en Bakú sin encontrar resistencia armada. Nadie estaba preparado para defender a la nación azerí. Ordzhonikidze y Kirov, los dirigentes de buró del Cáucaso establecido por el Comité Central en Moscú para sovietizar el Cáucaso, llegaron al día siguiente y comenzó un reinado de terror. Varios dirigentes del Gobierno nacional fueron ejecutados, y los levantamientos en el campo azerí fueron brutalmente

sofocados.[93]

La implicación de Turquía fue igualmente vital en la conquista soviética de Armenia. Toda la identidad de esta nación diminuta y valiente quedaba definida por su miedo y su odio hacia los turcos. Los dirigentes dashnakos se apoyaban en esto para mantener unido al país frente a las sobrecogedoras dificultades con las que se enfrentaba después de la declaración de independencia de Armenia en mayo de 1918. El país estaba abarrotado de refugiados procedentes de Anatolia que habían huido de las matanzas turcas, y esto suponía una tremenda presión sobre la economía. Además estaban las amargas disputas territoriales con Georgia en el norte y Azerbaiján por Najichevan, Zangezur y la región montañosa de Nagorno-Karabaj. A diferencia de sus dos vecinos, Armenia no tenía aliados extranjeros. Gran Bretaña, en particular, apoyaba a Azerbaiján en contra suya. Siempre había preferido negociar con «caballeros turcos» que con «cristianos morenos», como señaló Arnold Toynbee en una mordaz crítica de la política de Whitehall.[94] Gran Bretaña, después de todo, era el mayor poder colonial en el mundo musulmán. Aislados internacionalmente y rodeados por poderes hostiles, quizás era natural que los dashnakos apelaran al nacionalismo armenio. Prometieron construir un nuevo imperio armenio que se extendiera del mar Negro al Caspio. Como primer paso en esta dirección, fuerzas armenias ocuparon Anatolia oriental y llevaron a cabo una serie de matanzas de venganza contra la población turca. Fue una estúpida provocación (los nacionalistas de Kemal se vieron obligados a devolver el golpe), y sólo se puede concluir que los dashnakos o bien subestimaron enormemente la fuerza turca o bien, por su propia xenofobia, perdieron la perspectiva. Quizá sucedieron ambas cosas.

Una guerra entre Turquía y Armenia era justo lo que necesitaban los bolcheviques. Su propia organización en Armenia era minúscula (a la Primera Conferencia del Partido en Ereván sólo acudieron una docena de personas), de modo que no resultaba factible una invasión roja. En mayo de 1920, poco después de que el XI Ejército ocupara Bakú, los bolcheviques de Kars descargaron un golpe con la esperanza de provocar una invasión roja que ayudara a las «masas revolucionarias», pero éste fue fácilmente sofocado, y Lenin, que en esta época estaba más preocupado por Polonia, dio instrucciones a Ordzhonikidze para que se mantuviera al margen. Pero seis meses más tarde, en noviembre de 1920, con los armenios a punto de recibir una humillante derrota a manos de los turcos, Lenin ordenó que los rojos marcharan sobre Ereván. Cuando lo hicieron, la misión diplomática soviética en la capital armenia

presentó al Gobierno dashnako un ultimátum para que entregara el poder a un Comité Revolucionario que estaba siguiendo a las tropas rojas procedentes de Azerbaiján. Los dashnakos aceptaron, considerando la rendición ante los soviéticos como una humillación menor a la derrota a manos de los turcos. No podían resistir ninguna de las dos opciones. El 29 de noviembre se declaró la República Soviética de Armenia. «Ya tenemos una república soviética más», cablegrafió Ordzhonikidze a Moscú. Los dashnakos entraron en una coalición con los bolcheviques, pero pronto fueron perseguidos por sus «aliados» rusos y obligados a marchar al exilio, junto con otros muchos nacionalistas e intelectuales armenios. Mientras tanto, los rojos llevaron a cabo una despiadada campaña de requisas, enviando trenes de comida y botín a Rusia. El celo del nuevo régimen era tal que incluso las colmenas y los instrumentos de los barberos fueron expropiados en nombre de la amistad de los pueblos.[95]

La caída de Armenia dejó a Georgia rodeada por los rojos. De las tres naciones del Cáucaso ésta era la más viable como Estado independiente. Los georgianos tenían un claro sentido de su propia historia y cultura nacionales, una amplia inteligencia nativa y unos dirigentes nacionales genuinos en los mencheviques. Durante sus primeros seis meses de independencia, de mayo a noviembre de 1918, Georgia contó con la protección de los alemanes y después con la de los británicos. El Gobierno menchevique, dirigido por Noi Zhordaniia, adoptó el modelo de los socialdemócratas alemanes, anteponiendo la labor de Estado a la revolución social. Fue lo contrario del dogma de los mencheviques que les había impedido tomar el poder en 1917. Pero con el 75 por ciento de los votos en las elecciones a la Asamblea Nacional, sencillamente, no existía otro partido nacional.

La reforma agraria era la base de su poder, al acabar con las explotaciones agrarias y las posesiones de mayor extensión, adquiridas crecientemente por los armenios, y obtuvieron el apoyo de los campesinos georgianos, a los que se permitió comprar la mayor parte de la tierra a precios democráticos. La reforma agraria consagró al pequeño campesino como encarnación de la nación georgiana. Forjó una síntesis de solidaridad nacional y de clase (los campesinos georgianos y los nobles empobrecidos contra la burguesía armenia), lo que permitió al Gobierno menchevique disfrutar de dos años de relativa estabilidad.

Sólo las minorías étnicas, los ossetes y los abjazios, con sus exigencias de autogobierno, provocaron serias dificultades. Su tratamiento altivo llevado a cabo por el Gobierno de Tiflis, que no era inmune al pequeño nacionalismo,

otorgó a los bolcheviques una base real de apoyo. Fue aquí, entre las tribus pobres del norte del Cáucaso, donde levantaron su organización militar destinada a la subversión de la Georgia independiente. Los rebeldes ossetes fueron entrenados por los bolcheviques en Vladikavkaz, justo al otro lado de la frontera con Rusia, y enviados de nuevo a Georgia cruzando las montañas. Dentro de la misma Georgia, los bolcheviques casi no contaban con ningún apoyo. La diminuta fuerza policial georgiana no tuvo dificultad a la hora de suprimir a los dirigentes bolcheviques. En mayo de 1920, cuando los bolcheviques de Tiflis intentaron articular un golpe para persuadir al XI Ejército Rojo (entonces en Bakú) para que desencadenaran una invasión, fue fácilmente sofocado. Lenin ordenó a los rojos que regresaran de Georgia. Se necesitaban tropas en el frente polaco y, al menos, como más tarde afirmó Lenin, Georgia no estaba todavía madura para la sovietización. El 7 de mayo, el Gobierno soviético firmó un tratado con Georgia reconociendo su independencia y aceptando no interferir en sus asuntos internos.[96]

Aquí los mencheviques georgianos cometieron una equivocación fatal. En virtud de una cláusula secreta, aceptaron legalizar al partido bolchevique en Georgia, y centenares de activistas fueron liberados de la cárcel. Sin duda, los mencheviques entendieron esto como el precio de garantizar la independencia de Georgia. Pero, como sus antiguos enemigos, deberían haber conocido mejor los resultados de confiar en los bolcheviques. Los bolcheviques georgianos se convirtieron en una quinta columna del Ejército Rojo con base en Bakú. Las huelgas y las revueltas contra el Gobierno fueron planificadas desde la embajada soviética en Tiflis con la intención de provocar una invasión. Lenin siguió oponiéndose a la opción militar favoreciendo un proceso más gradual de subversión revolucionaria. Como a Trotsky, le preocupaba la posible reacción de los británicos y de los alemanes con los que los bolcheviques tenían esperanzas de comerciar, por no mencionar la reacción de Turquía. Los dirigentes socialistas occidentales habían vitoreado a Georgia como el único país verdaderamente socialista del mundo. Karl Kautsky y Ramsay MacDonald habían realizado una peregrinación a Tiflis durante 1920 y regresaron a Europa entusiasmados. Había también un problema práctico. Kamenev, el jefe del Ejército Rojo, advirtió que las tropas del XI Ejército Rojo estaban demasiado agotadas para desencadenar una nueva ofensiva. Pero Ordzhonikidze estaba impaciente por llevar a cabo la «liberación» de su Georgia natal y, sin conocimiento de Moscú, empezó a situar tropas en las fronteras con Armenia y Azerbaiján. Junto con Kirov, el embajador

soviético en Tiflis, intercedió ante Lenin para que se llevara a cabo una intervención inmediata. «No se puede esperar un levantamiento interno. Sin nuestra ayuda Georgia no puede ser sovietizada», escribieron ambos el 2 de enero. Stalin los apoyó dos días más tarde. Finalmente Lenin estuvo de acuerdo: «No lo retraséis», escribió en respuesta a la carta de Stalin.[97]

El 14 de febrero de 1921 el Politburó ordenó que comenzara la invasión, sin que Kamenev ni Trotsky fueran informados. Contra los cien mil invasores, el diminuto Ejército de Georgia, que siempre había sido más un símbolo que un escudo para la nación, no tenía ninguna oportunidad. Combatió bravamente durante más de una semana antes de rendir Tiflis el día 25, y, aprovechando la caída de Georgia, Turquía la invadió ahora desde el suroeste con la finalidad de capturar el puerto de Batum. Esto evitó que los dirigentes mencheviques llevaran a cabo una última resistencia en su antigua fortaleza rural de Guria, como tenían intención de hacer. El 18 de marzo, finalmente, se rindieron a los rojos y subieron a un barco italiano con destino a Europa. El resto de su organización pasó a la clandestinidad, y continuó siendo una presencia dominante en el campo, donde llevó a cabo la sublevación que sacudió la República Soviética de Georgia en 1924.

Lenin era consciente de la extraordinaria popularidad de los mencheviques en el campo y estaba preocupado porque el «nacionalismo gran-ruso» desplegado por algunos bolcheviques durante la invasión pudiera convertir Georgia en un avispero. El 2 de marzo había escrito a Ordzhonikidze urgiéndole a adoptar «una política especial de concesiones en relación con la *intelligentsia* georgiana y los pequeños comerciantes». Entonces fue cuando se introdujo la NPE. Lenin vio sus concesiones a la agricultura campesina, al mercado libre y al comercio extranjero como esenciales para el régimen en Georgia. Pero le preocupaba que los bolcheviques del buró caucasiano de Ordzhonikidze estuvieran peligrosamente atrapados en la antigua mentalidad del comunismo de guerra y del centralismo ruso. El Cáucaso, explicó en un carta dirigida a los bolcheviques locales el 14 de abril, era «incluso más campesino que Rusia», y esto exigía «más suavidad, precaución y conciliación» en la transición hacia el socialismo que en el resto de Rusia. El ala del partido georgiano de Majaradze abogaba por la causa del nacionalbolchevismo, y gracias en parte a ella se realizaron algunos avances mediante la política de la *korenizatsiia* durante los primeros años de la década de los veinte. Entraron más georgianos en el funcionariado soviético, muchos de ellos antiguos mencheviques, y las publicaciones en lengua georgiana

experimentaron un gran crecimiento y comenzaron a reemplazar al ruso en la esfera pública. Todo esto mostraba que la subyugación de Georgia no tenía por qué significar una derrota cultural. En palabras del poeta georgiano Leo Kiacheli, «el alma georgiana debería gobernar en Georgia».[98]

Sin embargo, seguía habiendo algunos bolcheviques que no estaban siquiera preparados para conceder esto. Resulta irónico que los más importantes entre ellos fueran dos georgianos, Ordzhonikidze y Stalin, cuyo propio bolchevismo se había mezclado de una forma compleja con una especie de nacionalismo gran-ruso. El conflicto se mantuvo soterrado hasta 1922, cuando repentinamente hizo erupción en la escena moscovita. Pero ésa es la historia del último combate de Lenin.

Brusilov se alegró por la reforma del Imperio ruso, aunque fuera bajo la estrella roja en lugar de bajo la cruz. Esto le reconciliaba con su propia decisión de unirse a los rojos y aseguraba su apoyo continuado en su favor después de la guerra con Polonia, cuando volvieron su atención contra los blancos de Crimea. Brusilov estaba furioso con Wrangel porque había atacado a Rusia durante la guerra contra Polonia. Esto demostraba, desde su punto de vista, que los blancos estaban preparados para traicionar a Rusia en la persecución de sus propios fines políticos. El patriotismo era el principal motivo de Brusilov para alinearse con los rojos contra estos últimos guardianes de la vieja Rusia. Debió de provocarle curiosas emociones, porque Brusilov estaba ayudando a destruir a su propia clase.

Resultaba adecuado que los blancos llevaran a cabo su última resistencia en la pintoresca península de Crimea, esa Riviera rusa, con sus palmeras y sus cipreses, con sus viñas y sus montañas. Había sido el lugar de recreo de la aristocracia, cuyos palacios estivales se sucedían a lo largo de la costa sur. En sus mentes nobles, Crimea era un lugar de veraneos infantiles, un símbolo de la buena vida en la antigua Rusia, donde se pensaba que nunca se pondría el sol. Ahora, en el verano de 1920, era el último pedazo de suelo ruso que no había sido tomado por los rojos. Era el último lugar de refugio de duques caídos y generales, de gobernadores provinciales y obispos, de terratenientes sin posesiones, de industriales sin fábricas, de funcionarios estatales sin nombramientos, de abogados sin casos y de actrices sin escenarios. La burguesía ya no tenía ningún otro sitio adonde ir.

Como jefe de esta causa perdida estaba el barón Peter Wrangel, un portaestandarte de casi dos metros de altura, perteneciente a la vieja aristocracia militar, que había ascendido a través de la elite de los guardias imperiales. A diferencia de Denikin, «el hombre del Ejército», Wrangel era bien consciente de la necesidad que existía de combatir la guerra civil por medios tanto políticos como militares. «No es gracias a una marcha triunfal desde Crimea a Moscú como Rusia puede ser liberada —dijo ante su primera conferencia de prensa en abril—, sino por la creación (sobre no importa qué pequeño fragmento de suelo ruso) de un Gobierno tal, con tales condiciones de vida, que el pueblo ruso que ahora gime bajo el yugo rojo inevitablemente se vea sometido a su atractivo.» Los blancos, Wrangel se daba cuenta de ello, nunca podían llegar al poder mientras fueran vistos como combatientes favorables a la restauración del antiguo régimen. Tenían que manifestar su apoyo a las reformas radicales capaces de obtener el apoyo del campesinado, de los obreros y de las minorías nacionales. Wrangel lo denominó «hacer política de izquierdas con manos de derechas».[99]

No sólo se trataba de una respuesta oportunista a la débil posición militar que Wrangel había heredado; surgía de una consciencia genuina de que la derrota del régimen de Denikin había sido provocada tanto por sus obsoletos métodos burocráticos como por su incapacidad para adaptarse a la nueva situación revolucionaria y por sus dificultades militares. Pero el objetivo era contradictorio: las manos derechistas del régimen de Wrangel nunca harían una política izquierdista genuina, y pretender que lo harían era, según la frase de Miliukov, «un torpe intento de engañar al mundo con lemas liberales». El Gobierno y los círculos militares de Sebastopol estaban llenos de figuras del antiguo régimen. Krivoshein, el último ministro de Agricultura zarista, fue colocado a cargo de Interior. Su policía llevó a cabo una masiva caza de brujas contra los «bolcheviques» sospechosos, lo que significaba contra cualquiera que se opusiera al régimen. Centenares de políticos y periodistas liberales fueron arrestados, mientras que los órganos de los *zemstvos* fueron acosados como «semilleros de actividad bolchevique». Un funcionario del *zemstvo* se quejó a Krivoshein—, y la única respuesta que obtuvo fue que «todos los izquierdistas eran lo mismo», ya fueran bolcheviques o liberales. La fuerza policial de Krivoshein estaba llena de funcionarios del antiguo régimen, que utilizaron su posición para llevar a cabo una salvaje venganza contra el campesinado por 1917, o para enriquecerse con sobornos y requisas. La proximidad del frente, lo

que significaba que la mayoría de Crimea estaba colocada bajo la jurisdicción de los tribunales militares, sirvió de pretexto para este Terror blanco. Millares de campesinos y obreros corrientes fueron encarcelados, y centenares fusilados como sospechosos de «espionaje». El terror desencadenado por los soldados (principalmente en forma de saqueos y pogromos) fue un problema de especial importancia que empozoñaba las relaciones con la población local, pues los oficiales blancos toleraban y a veces incluso estimulaban tales acciones para asegurarse la lealtad de sus hombres. Después de tres años de combatir en el frente, los blancos, o el Ejército ruso, como ahora eran llamados, habían desarrollado un fuerte espíritu de casta. Muchos de los oficiales se veían a sí mismos como un Ejército de ocupación en territorio extranjero, y actuaban con impunidad hacia la población de Crimea. Más que actuar como un Gobierno modelo que promoviera la causa de los blancos en el resto de Rusia, las «manos derechistas» de Wrangel contribuían a que avanzara la causa roja en Crimea.[100]

Como sucedió con Denikin, la cuestión de la tierra también era aquí crucial. Wrangel reconoció la necesidad de aprobar una reforma agraria capaz de obtener el apoyo campesino. «La cuestión tenía que quedar solventada por una importante razón psicológica: teníamos que acabar con el arma principal de propaganda con que contaba el enemigo —recordó el barón en sus memorias—. Teníamos que acabar con la sospecha que tenían los campesinos de que nuestro objetivo al combatir a los rojos no era otro que el de restaurar los derechos de los grandes terratenientes y adoptar represalias contra aquellos que habían quebrantado estos derechos.» Pero el comité que Wrangel nombró para llevar a cabo la reforma agraria estaba dominado por esos intereses terratenientes. El resultado fue una ley agraria, aprobada el 25 de mayo, que todavía se quedaba corta en relación con las exigencias de los campesinos. Su objetivo básico era crear una clase de propietarios campesinos entregándoles un pequeño lote de tierra como propiedad privada. Era otra «apuesta por los fuertes». Como las reformas agrarias de Stolypin, iba a materializarse en el establecimiento de un *zemstvo* en el área del *volost* en el cual los campesinos serían dominantes. Pero la ley estaba repleta de complejas regulaciones que habrían exigido años para llevarse a cabo, y había demasiados huecos burocráticos que permitían a los nobles seguir conservando su tierra. Los *zemstvos* de distrito, por ejemplo, que establecían la cantidad de tierra que tenía que ser transferida a los campesinos, seguirían siendo dominados por ellos. También estaba el problema de la compensación: los campesinos tenían que pagar la tierra de la nobleza agraria

entregándoles una quinta parte de su cosecha (en el sistema de división del campo en tres zonas esto era un equivalente al 30 por ciento de la cosecha anual). Después de la revolución y de la guerra civil, cuando las granjas campesinas se habían visto severamente debilitadas, esto habría significado una pesada carga y habría mantenido a los campesinos económicamente dependientes de los nobles durante quizás una generación (y probablemente era su objetivo).[101]

La ley agraria de Wrangel era una solución paternalista y no revolucionaria para la cuestión campesina. En el siglo XIX habría sido considerada progresista; pero después de 1917 era reaccionaria. Evidenciaba que el régimen de Wrangel estaba tan atrapado como el de Denikin en los métodos burocráticos del pasado. Nada simbolizaba mejor esto que la decisión de vender la ley agraria por cien rublos en forma de folleto (se suponía que si los campesinos tenían que pagarla, valorarían más la ley). Comparado con el sencillo Decreto de la Tierra de los bolcheviques, que publicaron en millones de panfletos y entregaron gratuitamente a los campesinos, denotaba un triste fracaso a la hora de entender el propósito propagandístico de tales leyes. El régimen de Wrangel, como el de Denikin, no llegaba a comprender que para ganar la guerra civil tenía que adoptar métodos revolucionarios.[102] El precio que los blancos pagaron fue una amplia indiferencia campesina hacia su causa y, en los distritos cercanos al frente, donde la carga de la requisa de alimentos de transporte era más onerosa, incluso una tremenda hostilidad. Significaba que nunca podrían reclutar las tropas suficientes para trascender su base de Crimea. Incluso los acaudalados campesinos de la región de Táuride, la primera área que los blancos tendrían que cruzar al entrar en el territorio, «nos miraban —en palabras de uno de sus oficiales— como un Ejército de antiguos olímpicos, generales con sus títulos y sus amigotes, hinchados de orgullo y arrogancia». El problema se agudizó más por el hecho de que los cosacos, el recurso principal de los blancos, estaban mostrando crecientes signos de desafección, saqueando las aldeas y pidiendo regresar a sus tierras. Según un oficial, el Ejército del Don se había convertido nada más que «en una turba de gente que sólo pensaba en su propia salvación y en su bienestar material, pero no ciertamente en una lucha contra los rojos». El ala izquierda del Krug del Don, ahora dominada por cosacos jóvenes procedentes de las unidades del frente, estaba desarrollando una activa campaña a favor de la ruptura con el «reaccionario» Wrangel y de establecer negociaciones de paz con los bolcheviques, con la ingenua esperanza de

asegurarse de ellos una promesa de autonomía para el Don.[103]

Para empezar, Wrangel había rechazado la idea de una ofensiva. Los británicos se negaron a apoyarla, y él mismo prefirió levantar su base en la península. Pero con el ataque polaco contra Rusia, Wrangel vio su oportunidad. El 6 de junio desembarcó tropas en la costa del mar de Azov y durante los siguientes días empujó más tropas al norte hacia la región de Táuride. Así quedó establecida una cabeza de puente sobre tierra firme que doblaba el tamaño del territorio de Wrangel y que obtenía en Táuride una fuente de producción agrícola muy necesaria para la hipertrofiada población de Crimea. Durante agosto y septiembre Wrangel intentó avanzar hacia el norte, hacia el Don y el Kubán. Pero sus fuerzas, apresuradamente reclutadas de entre los campesinos de Táuride, pronto desertaron (era la época de la cosecha), y los cosacos tuvieron que emplear la mayor parte de sus energías en la persecución de los desertores. En octubre, cuando concluyó la guerra polaca, los rojos estaban listos para concentrarse contra Wrangel. El día 20 desencadenaron su contraofensiva: necesitaron seis días para que los ciento treinta mil rojos obligaran a los treinta y cinco mil blancos a regresar a Crimea. Los partisanos de Majnó llevaron a cabo la mayor parte del combate y sufrieron la peor parte de las numerosas pérdidas que tuvo el bando rojo, por lo que Trotsky lo recompensó entonces ordenando su captura y ejecución.[104]

Los blancos evitaron el avance rojo en el interior de Crimea construyendo fortificaciones en el istmo de Perekop, mientras se preparaban para la evacuación. Nadie se hacía ilusiones acerca de la posibilidad de sostener durante mucho tiempo aquella situación, y casi todos los que mantenían relaciones con el movimiento blanco deseaban subir a bordo de los barcos aliados. Se produjo una enloquecida desbandada para comprar moneda extranjera: el 28 de octubre seiscientos mil rublos eran el equivalente de una libra esterlina en Sebastopol; el 1 de noviembre la tasa de cambio se había elevado a un millón de rublos; y el 10, cuando comenzó la embarcación, a cuatro o incluso cinco millones. Dadas las enormes cantidades de personas implicadas, la evacuación fue un modelo de buena planificación. No se produjo nada del pánico y el desorden que había acompañado la evacuación de las fuerzas de Denikin desde el Kubán en marzo. Las tropas se retiraron en buen orden, deteniendo a los rojos durante el tiempo suficiente para que casi ciento cincuenta mil refugiados subieran a bordo de una flota de ciento veintiséis barcos británicos, franceses y rusos que los llevaron a Constantinopla. Wrangel estuvo entre los últimos que embarcaron el 14 de

noviembre. Su barco recibió el adecuado nombre de *General Kornilov:* el movimiento blanco llevó a su último dirigente al exilio.[105]

Para Brusilov, la derrota de los blancos tuvo un final trágico. Poco antes de la evacuación, Skliansky, el comisario diputado de asuntos militares de Trotsky, se había acercado a él pretendiendo que un buen número de los oficiales de Wrangel no querían abandonar Rusia, y podían ser persuadidos para desertar al lado de los rojos si Brusilov ponía su nombre en una declaración que les ofreciera una amnistía. Skliansky le ofreció el mando de un nuevo Ejército de Crimea formado con los restos de las fuerzas de Wrangel. Brusilov se sintió atraído por la idea de un Ejército puramente ruso formado por oficiales patriotas, pues le permitiría rusificar la elite del Ejército Rojo, como siempre había estado dispuesto a hacer, y posiblemente salvar las vidas de muchos oficiales. Aceptó la propuesta de Skliansky y preparó, a pesar de su pierna herida, la marcha hacia Crimea. Tres días más tarde se le dijo que los planes habían sido cancelados: los oficiales de Wrangel, según le comunicó Skliansky, no habían demostrado que quisieran desertar en absoluto. Brusilov descubrió más tarde que esto no era verdad. Durante la evacuación final de Sebastopol, los rojos habían distribuido (arrojándolas por avión) millares de octavillas que ofrecían una amnistía en nombre de Brusilov. Centenares de oficiales lo habían creído y se habían quedado para rendirse a los rojos. Todos ellos fueron fusilados.

Cinco años más tarde a Brusilov todavía le costaba vivir con su conciencia. En 1925 escribió en sus memorias (todavía inéditas):

> Que Dios y Rusia me juzguen. La verdad es que no sé si puedo culparme por esta atrocidad, si de hecho sucedió. Nunca he llegado a saber si sucedió realmente como me la relataron. ¿Qué hay de cierto en esta historia? Sólo sé que fue la primera vez en mi vida que me encontré con una maldad y una astucia tan fanáticas y que caí en un estado tan insoportablemente deprimido que, a decir verdad, cualquiera que se encontrara en él descubriría que es incomparablemente más fácil ser fusilado.
>
> Si no hubiera sido yo mismo una persona profundamente religiosa, podría haberme suicidado. Pero mi creencia de que todo individuo es responsable por las consecuencias de sus pecados voluntarios e involuntarios me impidió hacerlo. En la tormenta revolucionaria, en el

> caos enloquecido, no siempre pude actuar de manera lógica, previendo todos los cambios del destino: es posible que cometiera muchas equivocaciones, cosa que admitiré. Pero puedo decir con clara conciencia, ante el mismo Dios, que nunca pensé en mis propios intereses ni en mi propia seguridad, sino que únicamente pensé en mi patria.[106]

Nueve meses después, el anciano general murió.

15 Derrota en la victoria

I Atajos hacia el comunismo

Después de sus aventuras en la guerra civil, Dmitri Os'kin tomó el mando del II Ejército de Trabajadores en febrero de 1920. Formado por las tropas excedentes del II Ejército Rojo después de la derrota de Denikin, recibió el encargo de restaurar las líneas de ferrocarril devastadas del frente sur. En lugar de fusiles, los soldados llevaban palas. «Había un sentimiento general de anticlímax al no verse implicado ya más en la lucha —escribió Os'kin más tarde —. Era una vida extraña en los aledaños del ferrocarril.» La única compensación para el comisario era el conocimiento de que el trabajo era esencial para la restauración de la economía después de las destrucciones derivadas de la revolución y de la guerra civil. Las líneas férreas del sur transportaban suministros vitales de grano y de petróleo a las ciudades industriales del norte. Durante la guerra civil se habían destruido unos cinco mil kilómetros de líneas férreas y había gigantescos cementerios de locomotoras averiadas. Al viajar desde Balashov a Voronezh, Os'kin notó la ruina general: «Las estaciones estaban muertas; raramente pasaban trenes. Por la noche no había luz, sólo una vela en la oficina de telégrafos. Los edificios estaban medio destruidos, las ventanas rotas, y en todas partes se acumulaba la suciedad y la basura». Era un símbolo de la devastación de Rusia. Los soldados de Os'kin limpiaron aquel caos y reconstruyeron los caminos y los puentes, los ingenieros militares repararon los trenes y hacia el verano las líneas férreas comenzaron a funcionar de nuevo; la operación fue declarada un gran éxito. Se habló de utilizar las tropas para gestionar otros sectores de la economía.[1]

Trotsky era el paladín de la militarización. Siguiendo sus órdenes, el I Ejército de Trabajadores había sido organizado a partir de los restos del III Ejército Rojo en enero de 1920. Después de la derrota de Kolchak, los soldados habían sido mantenidos desde sus unidades de combate y desplegados en el «frente

económico»: procurar alimento, cortar madera y manufacturar bienes sencillos, al mismo tiempo que reparar las líneas férreas. El plan era en parte pragmático. Los bolcheviques temían desmovilizar el Ejército en medio de la crisis económica. Si se permitía que millones de soldados desempleados se congregaran en las ciudades, o se unieran a las filas de los campesinos descontentos, podría producirse una revuelta nacional (como sucedió en 1921). Además, resultaba claro que se necesitaban medidas drásticas para restaurar las líneas de ferrocarril, que Trotsky, por una vez, vio como la clave para la recuperación del país después de la devastación de la guerra civil. En enero de 1920 se convirtió en el comisario de Transportes; de hecho, era el primer puesto que había solicitado. Aparte de su mal estado crónico, los ferrocarriles estaban repletos de funcionarios corruptos que eran como una presa rota frente a la oleada de «hombres del saco» que trajeron semejante caos al sistema. El pequeño localismo también paralizó las líneas férreas. Toda línea separada formó su propio comité, y hubo docenas de autoridades ferroviarias de distrito que competían entre sí por un escaso material rodante. En lugar de perder «sus» locomotoras en favor de la autoridad vecina, las desenganchaban antes de que el tren abandonara su jurisdicción, de manera que los trenes quedaban retenidos durante horas, a veces incluso días, mientras las nuevas locomotoras eran llevadas desde el lugar de concentración de la siguiente autoridad. A pesar de los mejores esfuerzos por parte de la dirección de ferrocarriles, se necesitó una semana entera para que uno de los funcionarios de mayor relevancia de Trotsky recorriera los quinientos kilómetros que separan Odesa de Kromenchug.[2]

Pero en el centro de los planes de Trotsky había también una amplia visión del conjunto de la sociedad gobernada según patrones militares. Como muchos bolcheviques en 1920, Trotsky contemplaba el Estado como el comandante de una sociedad igual a como el estado mayor central mandaba el Ejército (movilizando sus recursos de acuerdo con el plan). Quería que la economía fuera gestionada con una disciplina y una precisión de estilo militar. Toda la población tenía que ser reclutada en regimientos y brigadas de trabajadores y despachada como soldados para llevar a cabo las órdenes de producción (tituladas según «batallas» y «campañas») en el frente económico. Aquí estaba el prototipo de la economía dirigida estalisnista. Ambos fueron impulsados por la noción de que en un atrasado país campesino como era el caso de Rusia la coerción estatal podía ser utilizada para proporcionar una manera de avanzar hacia el comunismo, eliminando así la necesidad de un largo estadio de acumulación

capitalista a través del mercado del estilo de la NPE. Ambos se basaban en la fantasía burocrática de imponer el comunismo por decreto (aunque en cada caso el resultado fue más afin al feudalismo que a nada que se pudiera encontrar en Marx). Como habían advertido en el pasado los mencheviques, era imposible completar la transición hacia una economía socialista utilizando los métodos que habían sido usados para construir las pirámides.

Después de sus triunfos en la guerra civil resultaba, sin duda, tentador para los bolcheviques el considerar el Ejército Rojo como un modelo para la organización del resto de la sociedad. *Po voennomy* («a la manera del Ejército») se convirtió en sinónimo de eficacia en el léxico bolchevique. Si los métodos militares habían derrotado a los blancos, ¿por qué no podían ser utilizados para construir el socialismo? Todo lo que había que hacer era utilizar el Ejército de manera que se dirigiera al frente económico; así todos los obreros se convertirían en soldados de infantería de la economía planificada. Trotsky había defendido siempre que las fábricas debían de ser gestionadas sobre patrones militares. Ahora bien, en la primavera de 1920, bosquejó este mundo feliz del trabajo comunista donde el «cuartel general» de la economía planificada «cursaría órdenes al frente del trabajo» y «cada tarde millares de teléfonos sonarían en el cuartel general para informar de las conquistas obtenidas en el frente de trabajo». Trotsky sostenía que la capacidad del socialismo para reclutar la mano de obra forzada era su principal ventaja sobre el capitalismo. Aquello de lo que carecía la Rusia soviética por lo que se refiere al desarrollo económico podía conseguirlo mediante el poder coercitivo del Estado. Era más efectivo obligar a los trabajadores que estimularlos a través del mercado. Donde la libertad laboral conducía a las huelgas y al caos, el control estatal del mercado de trabajo crearía disciplina y orden. Este argumento se basaba en el punto de vista, que Trotsky compartía con Lenin, de que los rusos eran trabajadores malos e indolentes, que no trabajarían a menos que se les obligara con el látigo. El mismo punto de vista sostuvo la nobleza rusa durante la época de la servidumbre, un sistema con el que el régimen soviético tenía mucho en común. Trotsky enfatizó los logros del trabajo de los siervos y los utilizó para justificar sus planes económicos. No tenía la menor intención de atender a las advertencias de sus críticos en el sentido de que la utilización de mano de obra forzada resultaría poco productiva. «Si es así —dijo en el Congreso de Sindicatos en abril de 1920—, ya podéis ir poniendo una cruz encima del socialismo.»[3]

En el centro de este «comunismo de cuartel» estaba el miedo que los

bolcheviques sentían hacia la clase obrera como una fuerza independiente y cada vez más rebelde. De manera significativa, desde esta época aproximadamente los bolcheviques comenzaron a hablar de la «fuerza de trabajo» *(rabochaia sila* o *rabsila)* más que de la «clase trabajadora» *(rabochii klass).* El cambio implicaba la transformación de los obreros de agente activo de la revolución en objeto pasivo del Estado de partido. La *rabsila* no era una clase, ni siquiera un conjunto de individuos, sino simplemente una masa. La palabra para obrero *(rabochii)* estaba regresando a sus orígenes: la palabra para esclavo *(rab).* Aquí estaba la raíz del sistema del gulag: la mentalidad de tiranizar largas filas de campesinos medio muertos de hambre y vestidos de harapos para emplearlos en la construcción de edificios y en las fábricas. Trotsky resumió esto cuando dijo que los ejércitos de trabajadores estaban compuestos de un «material bruto campesino» *(muzhitskoe syr'ie).* Era la idea de que la mano de obra humana, lejos de ser la fuerza creativa que Marx había indicado, no era de hecho nada más que una materia prima que el Estado podía utilizar para «construir el socialismo». Esta perversión estuvo implícita en el sistema desde el principio. Gorky lo había previsto en 1917 cuando escribió que «la clase trabajadora es para Lenin lo que el mineral de hierro es para el metalúrgico».[4]

La experiencia de la guerra civil no había hecho nada para acentuar la confianza de los dirigentes bolcheviques hacia la clase obrera. La escasez de alimentos había convertido a los obreros en pequeños comerciantes y en campesinos temporeros, que alternaban la fábrica y la explotación agrícola. La clase obrera se había convertido en nómada y la industria quedó reducida al caos por la constante ausencia de la mitad de los obreros, que estaban de viaje para comprar alimentos en el campo. Los que estaban en las fábricas pasaban la mayor parte de su tiempo realizando producciones sencillas para comerciar con ellas entre los campesinos; los técnicos especializados, de los que existía una considerable demanda, vagaban de fábrica en fábrica en busca de mejores condiciones. La productividad cayó hasta una reducida fracción de los niveles anteriores a la revolución. Incluso las plantas vitales de fabricación de municiones llegaron a una paralización casi total. Cuando el nivel de vida de los trabajadores cayó, las huelgas y los retrasos se hicieron comunes. Durante la primavera de 1919 hubo un estallido nacional de huelgas; apenas hubo una ciudad que no se viera afectada por el mismo. En todas partes los mejores suministros de alimentos se encontraban en los primeros lugares de las demandas contenidas en la lista de los huelguistas. Los bolcheviques

respondieron con la represión, el arresto y el fusilamiento de los huelguistas por millares, de muchos de los cuales se sospechaba que apoyaban a los mencheviques.[5]

Sin el estímulo del mercado, que seguían rechazando sobre una base ideológica, los bolcheviques no tenían medio de influir en los trabajadores aparte de recurriendo a la amenaza de la fuerza. Intentaron estimular la producción ofreciendo a los trabajadores clave elevados bonos salariales, a menudo unidos a las tasas de producción, volviéndose atrás de esta manera de la promesa igualitaria de la revolución de eliminar las diferencias salariales. Pero, puesto que los obreros no podían comprar mucho con papel moneda, esto no resultó ser un buen incentivo. Para mantener a los obreros en las fábricas los bolcheviques se vieron obligados a pagarles en especie, en bienes o en una participación en la producción de la fábrica que los trabajadores podían utilizar después para comerciar con los campesinos. Los sóviets locales, los sindicatos y las juntas de las fábricas habían bombardeado Moscú con peticiones de permiso para pagar a sus trabajadores de esta manera, y muchos lo habían hecho así por su cuenta y riesgo. En 1920 la mayoría de los trabajadores de las fábricas estaban siendo pagados en parte con una participación de la producción. En lugar de papel moneda se estaban llevando a casa un saco de clavos, o un metro de tela, que después cambiaban por comida. Se quisiera o no, el mercado primitivo estaba reapareciendo lentamente en el centro de la economía planificada. Si este movimiento espontáneo no hubiera sido atajado, la Administración central habría perdido su control sobre los recursos del país y de esta manera el poder para influir en la producción. Así que en lugar de intentar detener el movimiento, algo que había pretendido pero que no había llegado a conseguir en 1918 y 1919, desde 1920 pretendió por el contrario organizar estos pagos naturales aunque sólo fuera para asegurarse de que iban dirigidos en primer lugar a los obreros de las industrias vitales. Ésta fue la base de la militarización de la industria pesada: las fábricas estratégicas quedarían colocadas bajo la ley marcial, con disciplina militar en el taller y con fusilamientos de los obreros que persistentemente practicaran el absentismo por deserción del «frente industrial», a cambio de lo cual se garantizaría a los obreros una ración del Ejército Rojo. A finales de año tres mil empresas, principalmente de municiones y de la industria minera, habían quedado militarizadas de esta manera. Mientras los soldados eran convertidos en obreros, los obreros eran transformados en soldados.

Se produjo, además, un cambio general de poder en la fábrica, desde las juntas

de gestión colegiadas, que en parte habían sido elegidas por los obreros, al sistema de una gestión unipersonal con administradores nombrados por la jerarquía del partido. Trotsky justificó esto comparándolo con la transición de los jefes militares elegidos a los jefes nombrados, pretendiendo que éste había sido el origen del éxito del Ejército Rojo en la guerra civil. Los nuevos administradores se vieron a sí mismos como los comandantes de un ejército industrial. Contemplaron los derechos sindicales como una molestia, un freno innecesario para la disciplina y la eficiencia industriales, como había sucedido con los comités de soldados en el Ejército. Trotsky fue incluso tan lejos como para abogar por la completa subordinación de los sindicatos al aparato del Estado de partido: puesto que éste era un «Estado obrero», no existía ya ninguna necesidad de que los obreros tuvieran sus propias organizaciones independientes.[6]

Durante 1920 el principio de la mano de obra forzada fue aplicado a otros terrenos. Millones de campesinos fueron reclutados en equipos de trabajo para cortar y transportar madera, para construir caminos y ferrocarriles y para recoger la cosecha. Trotsky preveía que toda la población fuera movilizada en regimientos de trabajadores que actuarían como un ejército o una milicia en pie de guerra. Era algo similar al feudalismo militar del conde Arakcheyev, el ministro de la Guerra de la década de los años veinte del siglo XIX, que había establecido una red de colonias que combinaban el trabajo de los siervos con el servicio militar en las fronteras occidentales de Rusia. El plan de Trotsky era heredero de una larga línea de «utopías administrativas» zaristas que llegaban hasta Pedro el Grande, quien recurrió en su totalidad a los métodos militares para racionalizar a los rusos irracionales, para regimentalizar a los campesinos anárquicos, para vestirlos, para utilizarlos y para tiranizarlos a fin de cubrir las necesidades del Estado absolutista. Os'kin, como Trotsky, miraba hacia el día en el que «ningún poder extranjero se atrevería a invadir Rusia porque la totalidad de su población estaría dispuesta, unos en el frente con las armas en la mano, otros en la industria y en la agricultura, a defender la patria. Todo el país sería un campamento militar armado». Todo esto no era más que un sueño burocrático. Los equipos de trabajo campesinos, como los ejércitos de trabajadores, demostraron ser extraordinariamente ineficientes. Se necesitaban cincuenta reclutas durante un día completo, por término medio, para cortar y trocear un solo árbol. Los caminos construidos por los equipos de trabajadores eran tan inadecuados que, en palabras de un observador, «parecían olas heladas de un

océano»; y viajar en ellos era «peor que una cabalgata de recreo». La deserción de los deberes laborales era tan común que en muchos distritos había más gente dedicada a perseguir a los desertores que a cumplir con su propio deber. Las aldeas fueron ocupadas, se impusieron multas y se fusilaron rehenes, incluyendo a los dirigentes del Sóviet, si se sospechaba que ocultaban a los desertores. Millares de campesinos fueron enviados a campos de trabajo, establecidos en todas las provincias como «instituciones correctoras» para aquellos trabajadores a los que se había encontrado culpables de violar la disciplina del trabajo.[7]

Igualmente ineficaces fueron los *subbotniki*, las campañas de trabajo sabatino en que obreros y estudiantes eran tratados tiránicamente como «voluntarios» en deberes socialistas tan nobles como los de limpiar las basuras de las calles y plazas. Durante la semana del día del trabajo de 1920 más de un millón de residentes en Moscú se vieron involucrados en este «festival del trabajo». Desde entonces en adelante llegó a ser un rasgo permanente de la manera de vida soviética: no sólo días, sino semanas enteras fueron designadas para que la gente fuera convocada al trabajo sin recibir ningún pago por ello. Los bolcheviques aclamaron el *subbotnik* como un logro que coronaba el colectivismo soviético. Políticamente, probablemente ayudó a reforzar un sentimiento de disciplina, conformidad y obediencia en la población urbana. No «presentarse voluntario» para el *subbotnik* era, a fin de cuentas, invitar a la sospecha y quizás a la persecución como «contrarrevolucionario». Pero económicamente tuvo muy poco resultado. El profesor Vodovozov registra sus impresiones del *subbotnik* celebrado en Petrogrado el 1 de mayo:

> En la plaza situada entre el Palacio de Invierno y el Almirantazgo había una extraordinaria actividad. Realmente se había congregado un tremendo número de obreros, muchos más de los requeridos para el trabajo en cuestión: estaban limpiando las verjas de hierro y los montones de ladrillos que habían estado yaciendo durante dieciocho meses desde que la verja [del palacio] fue rota. La Rosta [la agencia telegráfica rusa] proclamó que al menos la horrible verja había desaparecido. Pero no era cierto del todo: los ladrillos ciertamente habían desaparecido, pero las piezas de hierro sólo habían sido apiladas en el otro extremo de la plaza. Y allí siguen estando hoy en día. Toda la plaza sigue siendo un montón de basura. Sin duda, costó diez veces más

desmantelar la verja, aunque fuera de manera incompleta, de lo que costó levantarla por primera vez.[8]

Uno de los efectos de la guerra civil fue depreciar el valor del dinero. Durante 19181919 los bolcheviques se vieron atrapados entre dos opiniones. ¿Deberían intentar mantener el valor del rublo o abolirlo? Por un lado reconocían la necesidad de continuar imprimiendo dinero para pagar bienes y servicios. También sabían que la masa de la población juzgaría su régimen por el valor del dinero. Por otro lado, había algunos bolcheviques en la extrema izquierda que pensaban que la inflación debería ser estimulada para acabar aboliendo por completo el dinero. Deseaban reemplazar el sistema monetario por un sistema universal de distribución de bienes sobre la base de cupones emitidos por el Estado. Asumían (erróneamente) que al librarse del dinero automáticamente destruirían el sistema de mercado y el capitalismo con él, de manera que lo que resultaría sería el socialismo. El economista Preobrazhensky dedicó uno de sus libros: «A las imprentas del Comisariado de Finanzas, esa ametralladora que disparó al régimen burgués en su centro, el sistema monetario». En 1920 los bolcheviques del ala más izquierdista se habían salido con la suya: se estaba imprimiendo dinero a una velocidad tan enloquecida que no tenía sentido seguir defendiéndolo. La Casa de la Moneda estaba proporcionando empleo a trece mil obreros y, de manera bastante absurda, utilizando una buena parte de las reservas de oro de Rusia para importar la tinta y el papel necesario para imprimir dinero. Estaba costando más imprimir el rublo de lo que valía realmente. Los servicios públicos tales como el correo y el telégrafo, los transportes y la electricidad, tuvieron que ser convertidos en gratuitos porque el Estado estaba perdiendo dinero al imprimir y pagar rublos por ellos.[9] La situación era surrealista, pero así era Rusia.

Los bolcheviques izquierdistas vieron la cartilla de racionamiento como el hecho fundamental del orden comunista. La clase que tenía cada ración definía el lugar de cada uno en la nueva jerarquía social. La gente se vio clasificada según la utilidad que tenían para el Estado. Así, los soldados del Ejército Rojo, los burócratas y los obreros vitales fueron recompensados con la ración de primera clase (que era escasa pero adecuada); otros obreros recibieron la ración de segunda clase, que era bastante menos que adecuada; mientras que los *burzhoois*, en la base de la pirámide, tenían que arreglárselas con la ración de

tercera clase (que, según la memorable frase de Zinoviev, era «justo el pan suficiente como para no olvidar su olor»). De hecho, a finales de 1920 quedaba tan poca comida en los almacenes estatales y tantísima gente en el sistema de racionamiento que incluso aquellos que pertenecían a la ración de primera clase estaban recibiendo sólo lo suficiente para lentificar la tasa de muerte por hambre. Treinta millones de personas estaban siendo alimentadas, o más bien subalimentadas, por el sistema estatal. La mayoría de la población urbana dependía de las cantinas situadas en su lugar de trabajo, donde la comida cotidiana eran gachas y cartílagos, pero también existía el problema de encontrar una cantina que estuviera abierta y después el de esperar en la cola para recibir su escasa oferta, de modo que probablemente se gastaba más energía haciendo todo esto que la que se obtenía de la comida. Éste no era el único absurdo. En casi todas las áreas donde se introdujo el racionamiento, de la comida y el tabaco a la ropa, el combustible y los libros, se perdía más tiempo y energía distribuyendo el producto de lo que valía en realidad ese producto. Las fábricas y las oficinas se vieron llevadas a un punto muerto mientras los obreros esperaban en la cola para recibir sus raciones. La persona corriente pasaba varias horas cada día transitando de una oficina soviética a otra en el intento de intercambiar los sobados cupones por bienes que prometían entregarle pero que raramente se encontraban. Sin duda, percibían la apariencia de estar bien alimentados y bien vestidos que tenían los burócratas con los que tenían que enfrentarse.

El profesor de Petrogrado Vasilii Vodovozov, un importante liberal de la primera década del siglo XX, y amigo de Lenin en su juventud, en su diario describe un día típico. Los lectores familiarizados con la Unión Soviética pueden encontrar familiares sus observaciones:

> 3 *de diciembre de 1920*
>
> Voy a describir mi día no porque los detalles menores sean de interés en sí mismos, sino porque son típicos de las vidas de casi todos (con la excepción de unos pocos jefes).
>
> Hoy me levanté a las nueve. No hay ninguna razón para levantarse antes porque está oscuro y las luces de la casa no funcionan. Existe escasez de energía. No tengo sirvientes (por qué es otra historia) y tengo que encender el samovar, cuidar de mi esposa enferma (postrada en la cama con la gripe española) y buscar madera para la estufa yo solo. Bebí algo

de café (hecho de recuelo) sin leche ni azúcar, por supuesto, y me comí un trozo de pan de una barra comprada hace dos semanas por mil quinientos rublos. Había incluso un poco de mantequilla, y en eso estoy mejor que la mayoría. A las once estaba listo para salir. Pero después de un desayuno así seguía teniendo hambre y decidí comer en una cantina vegetariana. Es terriblemente cara, pero es el único lugar de Petrogrado que conozco donde se puede comer con relativa facilidad y sin registrarse u obtener el permiso de algún comisario. Resultó que incluso esta cantina estaba cerrada y que no se abriría durante la hora siguiente, de manera que fui a la Tercera Universidad de Petrogrado, de hecho cerrada ahora como universidad, pero donde todavía hay una cafetería en la que estoy registrado para poder comer. Allí tenía la esperanza de conseguir algo para comer yo, mi esposa y nuestros amigos los Vvedensky, que también están registrados para comer allí. Pero tampoco tuve suerte: había una larga cola de esperanzados comensales, con el tedio y la vejación escritos en sus rostros; la cola no se movía en absoluto. ¿Cuál era el problema?: La cocina se había averiado y habría un retraso de al menos una hora.

Cualquiera que lea esto en el distante futuro puede suponer que esta gente esperaba un banquete. Pero toda la comida se reducía a un solo plato, usualmente una sopa aguada con patata o col, por supuesto nada de comida: sólo los privilegiados se las arreglan siempre para conseguirla (es decir, la gente que trabaja en las cocinas).

Decidí marcharme y abandonar la idea de comer hasta después de trabajar. A la una, el tranvía no había llegado todavía, de manera que regresé a la cantina: seguía sin haber comida y no existía ninguna perspectiva de que la hubiera al menos hasta al cabo de otra hora y media. No había otra elección que ir a trabajar con hambre.

Finalmente, en el puente Nikolayev conseguí subir al tranvía número 4. No había fluido en la línea y el tranvía estaba detenido. Sigo sin comprenderlo. Todos los tranvías se habían detenido, pero ¿por qué habían salido si sabían que no existía energía suficiente para completar sus viajes? La gente permanecía sentada; algunos al final renunciaron y bajaron para dirigirse andando hasta su destino, mientras que otros seguían allí sentados con una paciencia digna de Sísifo. Dos horas más tarde vi cómo los tranvías circulaban, pero a las cinco todos habían vuelto a detenerse. A las dos llegué al archivo caminando. Me quedé una

> hora y media y después me dirigí a la universidad, donde se suponía que entregarían una ración de col a las tres. ¿A quién? No lo sabía. Quizás a los profesores, merecía la pena intentarlo. Pero de nuevo no tuve suerte: resultó que la col no había sido entregada y que se dispondría de ella mañana y no se daría a los profesores, sino sólo a los estudiantes.
>
> También descubrí que no habría ración de pan durante una semana: algunas personas decían que todo el pan había sido ya entregado a los comunistas que dirigían todos los comités.
>
> Desde la universidad me marché a casa, vi a mi esposa, hice lo necesario y regresé a la cantina vegetariana con la esperanza de comer. Una vez más, no tuve suerte: toda la comida había desaparecido y no habría más al menos en una hora. Decidí no esperar y me fui a casa de los Vvendensky para preguntarles si podrían hacer cola allí más tarde. Desde allí regresé a casa a las cinco y tuve mi primera manifestación de suerte del día: las luces de nuestro sector habían sido conectadas [Petrogrado estaba dividido en sectores por electricidad y a causa de la escasez de energía había turnos para que cada uno tuviera luz por la noche]. Eso me proporcionó una preciosa hora de lectura, la primera hora del día libre de ir corriendo en busca de comida, pan o coles o de recoger leña. A las seis fui a casa de los Vvendensky a comer (¡por fin!), y regresé para escribir estas líneas. A las nueve se hizo de noche. Afortunadamente, un amigo nuestro vino a cuidar de mi esposa durante dos horas por la noche y eso me proporcionó más tiempo. Después de las nueve encendí una vela, preparé el samovar, bebí té con mi esposa, y a las once nos fuimos a la cama.[10]

La clave para esta utopía comunista era el control del suministro alimentario: sin él el Gobierno no tenía medio de controlar la economía y la sociedad. Los bolcheviques se veían obligados a aceptar que su régimen quedaba a merced del campesinado, considerablemente hostil. Sus pequeñas producciones agrícolas producían poco para el mercado, y en ese clima, cuando no había bienes de consumo para comprar y cualquier excedente alimentario era reclamado por el Estado, se retrajo aún más hacia la producción de subsistencia y la relación autárquica de la aldea. Al carecer de bienes con los que comerciar con los campesinos, los bolcheviques recurrieron a la fuerza bruta en la «batalla por el

grano», enviando escuadras armadas para apoderarse de los alimentos y provocando revueltas campesinas por todo el país. Ésta fue otra guerra civil oculta. Aunque los bolcheviques se ocuparon de alabar verbalmente el sistema de pequeñas explotaciones campesinas consagrado por su propio decreto sobre la tierra (esto, después de todo, era lo que les había proporcionado tantos campesinos en la guerra civil contra los blancos), creían que el futuro de la agricultura soviética descansaba en las gigantescas explotaciones agrarias colectivas y soviéticas, los *koljozy* y los *sovjozy,* que producirían directamente para el Estado. El campesinado problemático, con sus instintos de pequeño propietario, sus supersticiones y su apego a la tradición, quedaría abolido por estas explotaciones agrícolas socialistas, puesto que todos aquellos que trabajaran en ellas serían convertidos en «trabajadores» de *koljoz* o de *sovjoz.* Miliutin soñaba con «fábricas agrícolas que produjeran grano, carne, leche y forraje, que liberarían al orden socialista de su dependencia económica de las explotaciones agrícolas de los pequeños propietarios».

Aquí, una vez más, los bolcheviques se vieron atrapados por su utopismo, creyendo que podrían crear el socialismo por decreto. El campesino ruso era prudente por naturaleza: se requerirían décadas de una educación suave, respaldada por una prueba agrícola visible, para persuadirle de que la explotación agrícola a gran escala con una tecnología moderna y con equipos de trabajo colectivo era realmente tan ventajosa para le que permitera una ruptura con las tradiciones: la granja familiar, la comuna y la aldea que habían defendido su padre y su abuelo. Pero en febrero de 1919 los bolcheviques aprobaron un estatuto sobre la organización socialista de la tierra que, de un golpe, declaró todas las explotaciones agrarias campesinas «obsoletas». Toda la tierra sin cultivar que había pertenecido a la nobleza agrícola fue entregada a las nuevas colectividades, para profundo desagrado del campesinado, que veía sus pretensiones de hacerse con las posesiones de la nobleza agraria como un logro sacrosanto de la revolución. En diciembre de 1920 había más de dieciséis mil explotaciones agrícolas colectivas y estatales con casi cuatro millones de hectáreas de tierra y un millón de empleados, muchos de ellos inmigrantes de las ciudades. Las mayores, los *sovjozy,* establecidos por el Estado, tenían más de cuarenta mil hectáreas; mientras que las más pequeñas, los diversos *koljozy,* establecidos por colectivos de campesinos locales, podían tener menos de veinte.

Muchas de las explotaciones agrarias colectivas más grandes se veían a sí mismas como un microcosmos de la forma de vida comunista experimental. Las

familias unificaron sus posesiones y vivían juntas en dormitorios. La gente comía y trabajaba en sus equipos colectivos. Las mujeres realizaban el pesado trabajo agrícola junto con los hombres, y a veces se establecieron guarderías para los niños. También desapareció la práctica religiosa. Esta forma de vida esencialmente urbana, modelada sobre la base de la fábrica, contribuyó en buena medida a enajenar al campesinado local, que creía que en las colectividades no sólo la tierra y las herramientas, sino también las esposas y las hijas eran compartidas; y que todos dormían juntos bajo una inmensa manta.

Incluso más escandaloso para los campesinos fue el hecho de que la mayoría de las colectividades fueran gestionadas por gente que no sabía nada de agricultura. Los *sovjozy* estaban compuestos en buena medida por obreros desempleados que habían huido de las ciudades; los *koljozy*, por trabajadores sin tierra, artesanos rurales y los campesinos más pobres, que por mala suerte, exceso de bebida o simple holgazanería, nunca habían tenido éxito con sus propias granjas. Los congresos campesinos se vieron inundados de quejas acerca de la manera pobre en que eran gestionadas las explotaciones agrarias colectivas. «Han conseguido la tierra pero no saben cómo cultivarla», se quejaban los campesinos de la provincia de Tambov. Incluso los bolcheviques se vieron obligados a reconocer que las explotaciones agrarias colectivas se habían convertido en «refugios de vagos» que no podían «soportar las agudas críticas de los agricultores campesinos individuales». A pesar de verse exentas de las requisas de alimentos y pese a contar con generosas concesiones estatales de herramientas y ganado, muy pocas colectividades obtuvieron beneficios, y muchas sufrieron graves pérdidas. Menos de una tercera parte de sus ingresos totales derivaba de su propia producción, viniendo el resto principalmente del Estado. Algunas de las colectividades estaban gestionadas tan pésimamente que tenían que reclutar a los campesinos locales para realizar el trabajo de los campos. Los campesinos contemplaron esto como una nueva forma de servidumbre y se alzaron en armas contra las colectividades. La mitad fue destruida en las guerras campesinas de 1921.[11]

No sólo fue el campesinado el que se rebeló contra estos experimentos comunistas. En la industria también la política de militarización provocó huelgas y protestas, resistencia pasiva y un descenso de rendimiento de los trabajadores. La política encaminada a acentuar la disciplina simplemente abrió camino a una indisciplina mayor. Tres cuartas partes de las fábricas de Rusia fueron objeto de huelgas durante los primeros seis meses de 1920; a pesar de las amenazas de

arresto y ejecución, los obreros de las ciudades de todo el país se manifestaron y gritaron airados: «¡Abajo los comisarios!». Existía un sentimiento general de cólera en el sentido de que, mucho después del final de la guerra civil, los bolcheviques estaban manteniendo su política de guerra hacia la clase obrera. Era como si todo el sistema industrial se hubiera visto atrapado en un estado permanente de emergencia, de manera que incluso en tiempo de paz seguía en pie de guerra; y este estado estaba siendo utilizado para explotar y suprimir a la clase obrera.[12]

También dentro del partido la política de Trotsky se estaba encontrando con una creciente oposición derivada de las bases. Sus acusados esfuerzos por quebrantar el sindicato ferroviario, al que culpaba del caos en las líneas férreas, y por reemplazarlo por un sindicato general de transportes (Tsektran) subordinado al aparato del Estado, encolerizó a los dirigentes bolcheviques de los sindicatos, que lo vieron como parte de una campaña más amplia destinada a acabar con todos los derechos de los sindicatos independientes. La controversia acerca del papel de los sindicatos había ido desarrollándose desde el principio de 1919. El programa del partido de ese año había establecido el ideal de que los sindicatos deberían gestionar directamente la economía industrial, pero sólo cuando la clase obrera hubiera sido educada para esta tarea. Hasta entonces, el papel de los sindicatos iba a quedar limitado al terreno de la educación de los trabajadores y a la disciplina en el trabajo. Cuando continuó la tendencia hacia una administración unipersonal, un número creciente de dirigentes sindicales comenzó a preocuparse ante la idea de que la promesa de una gestión directa por parte de los sindicatos estaba siendo aplazada a un futuro lejano. Se las arreglaron para derrotar los esfuerzos de los dirigentes del partido encaminados a imponer el principio de la administración unipersonal en el III Congreso de los Sindicatos de enero de 1920. En el IX Congreso del Partido, en abril, obligaron a los dirigentes a llegar a un compromiso y a ofrecerles una parte de los nombramientos administrativos a cambio de su aceptación del principio.

Este delicado equilibrio entre los sindicatos y el Estado de partido se vio comprometido por los planes de Trotsky, avanzados durante el verano de 1920, para transformar los sindicatos de transporte en una sucursal de la burocracia estatal. Todo el principio de autonomía sindical quedaba ahora en entredicho; no sólo los dirigentes sindicales se oponían a Trotsky: buena parte de la dirección del partido los respaldaba. Zinoviev, un rival personal de Trotsky, denunció sus «métodos policiales de tiranizar a los obreros». Shliapnikov, al que siguió en

enero Kollontai, estableció la denominada Oposición de los Trabajadores para defender los derechos de los sindicatos y, de manera más general, para resistir la expansión del «burocratismo» que, dijeron, estaba acabando con la «autocreatividad espontánea» de la clase obrera. La Oposición de los Trabajadores disfrutaba de un amplio apoyo sindical, especialmente procedente de los obreros metalúrgicos, entre los que los sentimientos de solidaridad de clase (expresados tanto en el ideal del control obrero como en el odio hacia los «especialistas burgueses») estaba enraizado con una enorme firmeza. Se convirtió en portavoz del extendido odio de clase contra los administradores y burócratas de las fábricas, a los que los obreros denunciaban como la «nueva clase dominante» y la «nueva burguesía». Muchos de estos nuevos sentimientos fueron también expresados por la otra facción relevante de la oposición en el seno del partido, los centralistas democráticos. Este grupo, compuesto mayoritariamente por intelectuales bolcheviques, se oponía al centralismo burocrático del partido y a la eliminación de los sóviets como órganos de gobierno directo de los obreros. Algunos de sus camaradas más radicales en Moscú, donde su base era más fuerte, incluso abrieron las puertas de las ejecutivas de distrito del partido a las bases bolcheviques en un esfuerzo de promover el *glásnost,* o apertura en el gobierno local. Fueron los primeros que utilizaron este término.

Estas dos controversias (la relativa a los sindicatos y al Estado de partido) surgieron y se desarrollaron hasta llegar a una crisis general durante el otoño de 1920. En una conferencia especial del partido celebrada en septiembre, las dos facciones de la oposición se combinaron para conseguir la aprobación de una serie de resoluciones cuya finalidad era promover la democracia y el glásnost en el partido: todas las reuniones del partido tenían que quedar abiertas a las bases, los órganos inferiores del partido tenían que intervenir más en relación con el nombramiento de los funcionarios superiores, y los órganos superiores tenían que tener una mayor responsabilidad ante las bases. Fortalecidas por esta victoria, las facciones de oposición se prepararon para la batalla en relación con los sindicatos. En el V Congreso de los Sindicatos de noviembre Trotsky lanzó el desafio de proponer que todos los funcionarios sindicales fueran nombrados por el Estado. Esto provocó un amargo conflicto dentro del partido, con Trotsky presionando para que se produjera la unión inmediata y, si fuera necesario, forzosa de los sindicatos con el aparato del Estado, y con las facciones de la oposición combatiendo a cara de perro a favor de la independencia de los

sindicatos. Lenin apoyó el objetivo de Trotsky, pero abogó por un acercamiento menos arriesgado para su realización con la finalidad de evitar una dañina división dentro del régimen. «Si el partido se enfrenta con los sindicatos —advirtió Lenin—, ciertamente será el final del poder soviético.» El Comité Central estaba desesperanzadamente dividido sobre el tema, y durante los siguientes tres meses el conflicto se acentuó en la prensa del partido a medida que cada una de las facciones intentaba movilizar a sus partidarios para la batalla decisiva, que se produciría en el X Congreso del Partido en mayo.[13] Con un Gobierno tan patentemente en crisis y la totalidad del país anegada por las revueltas y las huelgas, Rusia se encontraba al borde de una nueva revolución.

II Ingenieros del alma humana

En octubre de 1919, según la leyenda, Lenin realizó una visita secreta al laboratorio del gran fisiólogo I. P. Pavlov para descubrir si su obra sobre los reflejos condicionados del cerebro podía ayudar a los bolcheviques a controlar el comportamiento humano. «Quiero que las masas de Rusia sigan un modelo comunista de pensamiento y de reacción —explicó Lenin—. Había demasiado individualismo en Rusia en el pasado. El comunismo no tolera las tendencias individualistas. Son dañinas. Interfieren con nuestros planes. Tenemos que abolir el individualismo.» Pavlov quedó sobrecogido. Parecía que Lenin deseara hacer con los seres humanos lo que él ya había hecho con los perros. «¿Quiere usted decir que le gustaría uniformizar a la población de Rusia? ¿Que le gustaría conseguir que todos se comportaran de la misma manera?», preguntó. «Exactamente —contestó Lenin—. El hombre puede ser corregido. El hombre puede ser convertido en lo que deseamos que sea.»[14]

Sucediera esto o no, la historia ilustra una verdad general: la finalidad última del sistema comunista era la transformación de la naturaleza humana. Era una finalidad compartida por los otros regímenes denominados totalitarios durante el período de entreguerras. Ésta, a fin de cuentas, fue una época de optimismo utópico sobre el potencial de la ciencia para cambiar la vida humana y, paradójicamente, al mismo tiempo, una época de profunda duda e incertidumbre acerca del valor de la misma vida humana a la vista de la destrucción de la

primera guerra mundial. Como uno de los precursores del movimiento eugenésico en la Alemania nazi señaló en 1920, «casi podría parecer que hemos sido testigos de un cambio en el concepto de la humanidad [...]. Nos hemos visto forzados por las terribles exigencias de la guerra a asignar a la vida del individuo un valor diferente del que tenía con anterioridad».[15] Pero también existió una diferencia fundamental entre el programa de construcción humana del comunismo y la ingeniería humana del Tercer Reich. El programa bolchevique se basaba en los ideales de la Ilustración (arrancaba de Kant tanto como de Marx), lo que hace que los liberales occidentales, incluso en esta época de posmodernismo, simpaticen con él, o al menos los obliga a intentar comprenderlo, incluso aunque no compartan sus metas políticas; mientras que los esfuerzos nazis para «mejorar la humanidad», ya sea a través de la eugenesia o del genocidio, significan escupir a la cara de la Ilustración y sólo pueden llenarnos de repulsión. La noción de crear un nuevo tipo de hombre mediante la ilustración de las masas siempre había sido la misión mesiánica de la *intelligentsia* rusa del siglo XIX, de la que surgieron los bolcheviques. La filosofía marxista, de manera similar, enseñaba que la naturaleza humana era un producto del desarrollo histórico y que, por lo tanto, podía ser transformada por una revolución. El materialismo científico de Darwin y Huxley, que tenía el *status* de religión entre la *intelligentsia* rusa durante la juventud de Lenin, igualmente adoptó el punto de vista de que el hombre estaba determinado por el mundo en que vivía. De manera que los bolcheviques fueron arrastrados hacia la conclusión de que su revolución, con la ayuda de la ciencia, podía crear nuevo tipo de hombre.

Tanto Lenin como Pavlov rindieron homenaje a la influencia de Ivan Sechenov (1829-1905), el fisiólogo que mantenía que el cerebro era un complejo electromecánico que respondía a estímulos externos. Su libro *Los reflejos del cerebro* (1863) ejerció una considerable influencia sobre Chernyshevsky, y así sobre Lenin y también sobre el punto de arranque de la teoría de Pavlov acerca de los reflejos condicionados. Aquí es donde se encontraron la ciencia y el socialismo. Aunque Pavlov era un crítico evidente de la revolución y a menudo había amenazado con emigrar, fue patrocinado por los bolcheviques.[37] Después de dos años de cultivar sus propias zanahorias, Pavlov fue recompensado con una ración notable y un espacioso piso en Moscú. A pesar de la escasez crónica de papel, sus conferencias fueron publicadas en 1921. Lenin habló de la obra de Pavlov como de algo «extraordinariamente significativo» para la revolución;

Bujarin la denominó «un arma del arsenal de hierro del materialismo», e incluso Trotsky, que generalmente tenía las ideas claras sobre la política cultural pero que mostró un gran interés por la psiquiatría, se dejó llevar por el lirismo al referirse a la posibilidad de reconstruir al hombre:

> ¿Qué es el hombre? En absoluto se trata de un ser concluido o armonioso. No, todavía es una criatura enormemente horrible. El hombre, como un animal, no ha evolucionado siguiendo un plan, sino espontáneamente, y ha acumulado muchas contradicciones. La cuestión acerca de cómo educar y regular, de cómo mejorar y completar la construcción física y espiritual del hombre, es un problema colosal que sólo puede ser concebido sobre la base del socialismo. Podemos construir una línea férrea que atraviese el Sáhara, podemos levantar la torre Eiffel y hablar directamente con Nueva York, pero seguramente no podemos mejorar a los hombres. No, ¡podemos! Producir una nueva «versión mejorada» del hombre, ésa es la tarea futura del comunismo. Y por eso tenemos que descubrir en primer lugar todo lo relativo al hombre, a su anatomía, a su fisiología y a esa parte de su fisiología que denominamos su psicología. El hombre debe mirar hacia sí mismo y verse como una materia prima o, como mucho, como un producto semimanufacturado, y decir: «al final, mi querido *Homo sapiens*, voy a trabajar sobre ti».[16]

El Nuevo Hombre Soviético, tal como aparece descrito en las novelas futuristas y en los folletos utópicos que aparecieron durante el tiempo de la revolución, era un Prometeo de la edad de las máquinas. Era un ser racional, disciplinado y colectivo que vivía sólo por los intereses de un bien mayor, como una célula en un organismo vivo. No pensaba en términos del «yo» individual, sino en términos del «nosotros» colectivo. En sus dos libros de ciencia ficción, *Estrella roja* (1908) y *El ingeniero Menni* (1913), el filósofo bolchevique Alexander Bogdanov describió una sociedad utópica localizada en el planeta Marte en algún momento del siglo XXIII. Todo vestigio de individualidad había sido eliminado en esta «sociedad marxista marciana»: todo el trabajo estaba automatizado y era controlado por computadoras, todos usaban la misma ropa unisex y vivían en alojamientos idénticos; los niños eran criados en colonias especiales, no había naciones separadas y todos hablaban una especie de

esperanto. En un momento del *Ingeniero Menni* el héroe principal, un médico marciano, compara la misión de la burguesía en la tierra, que ha sido «crear a un individuo humano», con la tarea de los proletarios de Marte de «reunir estos átomos» de sociedad y «fusionarlos en un organismo humano único e inteligente».[17]

El ideal de la liberación individual mediante la colectiva era fundamental para la *intelligentsia* revolucionaria rusa. «No yo sino nosotros, ésta es la base de la emancipación del individuo —había escrito Gorky en 1908—. Entonces, finalmente el hombre se sentirá encarnación de toda la riqueza del mundo, de toda la belleza del mundo, de toda la experiencia de la humanidad y espiritualmente igual a todos sus hermanos.» Para Gorky, el despertar de este espíritu colectivo era esencialmente una tarea humanista: a menudo la comparaba con el espíritu cívico de la Ilustración. Rusia había dejado escapar esa revolución cultural. Siglos de servidumbre y de Gobierno zarista habían alimentado, desde su punto de vista, a un «pueblo servil y torpe», pasivo y resistente a la influencia del progreso, inclinado a repentinos estallidos de violencia destructiva, pero incapaz, sin la intervención del Estado, de llevar a cabo una obra nacional constructiva. Los rusos, en definitiva, eran *nekulturnyi* o «incivilizados» carecían de la cultura suficiente para ser ciudadanos activos. La tarea de la revolución cultural, de la que dependían las revoluciones políticas y sociales, era cultivar este sentido de ciudadanía; era, en palabras de Gorky, «activar al pueblo ruso de acuerdo con patrones de conducta occidentales» y liberarlos de su «larga historia de barbarie y necedad asiáticas».[18]

En 1909 Gorky, Bogdanov y Lunacharsky habían creado una escuela para obreros rusos en la villa que tenía el escritor en la isla de Capri. Trece obreros (uno de ellos un espía de la policía) fueron sacados clandestinamente de Rusia con enormes gastos y obligados a asistir a un árido curso de conferencias sobre la historia del socialismo y la literatura occidental. El único entretenimiento extracurricular fue una visita guiada por Lunacharsky a los museos de arte de Nápoles. Bolonia fue la sede de una segunda escuela de obreros en 1910. El objetivo de este ejercicio era crear un grupo de socialistas proletarios conscientes (una especie de *intelligentsia* de la clase obrera) que diseminaría después su conocimiento a los obreros y, por lo tanto, aseguraría que el movimiento revolucionario creara su propia revolución cultural. Los fundadores de la escuela formaron el grupo Vpered (Adelante) e inmediatamente entraron en un amargo conflicto con Lenin. La concepción de la revolución que tenían los vperiedistas

era esencialmente menchevique en el sentido de que veían su éxito como algo dependiente del desarrollo orgánico de la cultura de la clase obrera. Lenin, por el contrario, despreciaba el potencial de los obreros como una fuerza cultural independiente y enfatizaba su papel como cuadros disciplinados del partido. El grupo Vpered también defendía que el conocimiento, y la tecnología en particular, era la fuerza que movían la historia en una dirección que Marx no había contemplado y que las clases sociales estaban diferenciadas menos por la propiedad que por su posesión de conocimiento. La clase obrera sería liberada por lo tanto no sólo mediante el control de los medios de producción, distribución y cambio, sino también por una revolución cultural simultánea que le entregara el poder del conocimiento mismo. De ahí su compromiso con la ilustración de la clase obrera. Finalmente, e incluso de una manera más herética, los vperiedistas argüían que el marxismo debía ser visto como una forma de religión, sólo que con la humanidad como ser divino y el colectivismo como el Espíritu Santo. Gorky defendió esta visión humanista en su novela *Confesión* (1908), en la que el héroe Matvei encuentra a su dios a través de la camaradería con sus prójimos.

Después de 1917, cuando los bolcheviques más importantes estaban preocupados con cuestiones más urgentes, en el seno del partido la política cultural fue abandonada en manos de estos antiguos vperiedistas. Lunacharsky se convirtió en comisario de la Ilustración (un título que reflejaba la inspiración de la revolución cultural que tenía como meta) y fue responsable tanto de la educación como de las artes. Bogdanov presidió la organización de la Proletkult, fundada en 1917 para desarrollar la cultura proletaria. A través de sus peñas y estudios en las fábricas, que hacia 1919 tenían ochenta mil miembros, organizó teatros de aficionados, coros, bandas, clases de arte, talleres de escritura creativa y acontecimientos deportivos para los obreros. Hubo una universidad proletaria en Moscú y una *Enciclopedia socialista* cuya publicación fue contemplada por Bogdanov como una preparación para la futura civilización proletaria, al igual que, desde su punto de vista, la *Encyclopédie* de Diderot había sido un intento llevado a cabo por la emergente burguesía de la Francia del siglo XVIII a fin de preparar su propia revolución cultural.[19]

Al igual que sucedió con las escuelas de Capri y de Bolonia, la *intelligentsia* de la Proletkult desplegó en ocasiones una actitud paternalista hacia los trabajadores que intentaban cultivar. La premisa básica de la Proletkult era que la clase obrera debería desarrollar de manera espontánea su propia cultura; pero

aquí estaba la *intelligentsia* creándola. Además, la «cultura proletaria» que ellos fomentaban tenía mucho menos que ver con los gustos reales de los obreros (el vodevil y el vodka en la mayoría de los casos, de los que estos intelectuales generalmente se burlaban considerándolos vulgares) de lo que tenía que ver con su propia visión idealizada de lo que los obreros se suponía que eran: incorruptos por el individualismo burgués, colectivistas en sus formas de vida y pensamiento, sobrios; serios y superadores de sí mismos, interesados en la cultura y el deporte; en resumen, los precursores de la propia cultura socialista que había imaginado la *intelligentsia.*

La Revolución de 1917 se produjo a mitad de la denominada Edad de Plata rusa, las tres primeras décadas de este siglo cuando la vanguardia floreció en todas las artes. Muchos de los mejores escritores y artistas del país tomaron parte en la Proletkult y otras aventuras culturales soviéticas durante y después de la guerra civil: Belyi, Gumilev, Mayakovsky y Jodasevich dieron clases de poesía; Stanislavsky, Meyerhold y Eisenstein desencadenaron una «Revolución de Octubre» en el teatro; Tatlin, Rodchenko, El Lissitsky y Malevich desarrollaron una obra precursora en relación con las artes visuales; incluso Chagall llegó a convertirse en comisario de las Artes en su ciudad nativa de Vitebsk y después enseñó pintura en una colonia para huérfanos cercana a Moscú. Esta coalición de comisarios y artistas nació en parte de principios comunes: la idea de que el arte tenía una agenda social y una misión que comunicar a las masas, y un rechazo modernista del antiguo arte burgués. Pero también se trataba de un matrimonio de conveniencia, porque, a pesar de sus reservas iniciales, en su mayor parte relacionadas con la pérdida de su autonomía, estas figuras culturales pronto captaron las ventajas del patrocinio bolchevique dirigido a la vanguardia, por no hablar de las raciones extras y de los materiales de trabajo que necesitaban de una manera tan desesperada en aquellos años de escasez. Gorky fue una figura central en este caso, al actuar como un mecenas soviético para artistas y como un dirigente de artistas para los sóviets. En septiembre de 1918 aceptó colaborar con el comisariado de Lunacharsky en su trabajo relacionado con los mundos artístico y científico. Lunacharsky, por su parte, hizo todo lo que pudo para apoyar las diversas aventuras de Gorky encaminadas a «salvar la cultura rusa» (a pesar de la impaciencia que Lenin sentía ante «asuntos tan triviales»), desde la editora Literatura Mundial, donde tantos intelectuales fueron empleados, a la

Comisión para la Preservación de Edificios y Monumentos Históricos. Lunacharsky se quejaba de que Gorky se había «unido completamente al campo de la *intelligentsia,* haciendo frente común con ella en su desalentadora falta de fe y terror ante la perspectiva de la destrucción de cosas valiosas bajo los golpes de la Revolución».

El ala nihilista de la vanguardia se sentía especialmente atraída hacia el bolchevismo, le agradaba su destrucción del antiguo mundo. Los poetas futuristas, por ejemplo, tales como Mayakovsky, prácticamente se arrojaron a los pies de los bolcheviques, viéndolos como un aliado de su propia lucha contra el «arte burgués» (los futuristas italianos apoyaron a los fascistas por la misma razón). Los futuristas perseguían una línea extremadamente iconoclasta dentro del movimiento de la Proletkult que encolerizó a Lenin (un conservador en materias culturales) y puso en una delicada situación a Bogdanov y Lunacharsky. «Ya es hora de que las balas atraviesen los museos», escribió Mayakovsky. Rechazó a los clásicos como «una vieja basura extendida» y señaló que Rastrelli debería ser puesto contra el muro *(rasstreliat* significa en ruso «ejecutar»). Kirillov, el poeta de la Proletkult escribió:

> En el nombre de nuestro mañana quemaremos a Rafael.
> Destruiremos los museos, pisotearemos las flores del arte.[20]

En buena medida se trataba de una fanfarronada intelectual, la pose vandálica de escritores de segunda fila cuyo deseo de sorprender superaba con mucho su propio talento.

Stalin describió en cierta ocasión al escritor como el «ingeniero de las almas humanas». Los artistas de vanguardia se suponía que iban a convertirse en los grandes transformadores de la naturaleza humana durante los primeros años del régimen bolchevique. Muchos de ellos compartían el ideal socialista de convertir el espíritu humano en algo más colectivista; rechazaron las preocupaciones individualistas del arte «burgués» decimonónico y creían que podían educar a la mente humana para que viera al mundo de una manera diferente a través de formas de expresión artística modernas. El montaje, por ejemplo, con su efecto de *collage* de imágenes fragmentadas pero conectadas, era algo que se pensaba que tenía un efecto didáctico subliminal sobre el que lo contemplaba. Eisenstein, que utilizó la técnica en sus tres grandes películas de propaganda de los años

veinte, *La huelga, El acorazado Potemkin* y *Octubre,* basó toda su teoría del cine en ella. También gozó de un gran predicamento la «revolución psíquica» que se suponía que iba a ser llevada a cabo por el cine, el arte modernista *par excellence,* que, como la psicología del hombre moderno, se basaba en «líneas rectas y esquinas agudas» y en el «poder de la máquina».[21]

Como los precursores de esta «revolución psíquica», los artistas vanguardistas perseguían diversas formas experimentales. En esta época no existía censura de arte (los bolcheviques tenían preocupaciones más acuciantes), y se trataba de un área de libertad relativa. Aquí se producía la paradoja de una explosión artística en un estado policial. Buena parte de este arte soviético primero fue de valor auténtico y perdurable. Los constructivistas, en particular artistas tales como Rodchenko, Malevich y Tatlin, habían tenido un enorme impacto en el estilo moderno. No puede decirse lo mismo del arte nazi, o de lo que sucedió con el arte en los días de Stalin, el triste *kitsch* monumental del realismo socialista. Y sin embargo, casi de manera inevitable, dada la exuberancia juvenil con la que la vanguardia abrazó este espíritu de experimentalismo, muchas de sus contribuciones hoy en día pueden parecer bastante cómicas.

En música, por ejemplo, hubo orquestas sin directores (tanto en la preparación como en la ejecución) que pretendían ser precursoras de la forma de vida socialista basada en la igualdad y en la realización humana en virtud de la obra libre colectiva. Hubo un movimiento de «conciertos en la fábrica», utilizando las sirenas, turbinas y silbatos como instrumentos, o creando nuevos sonidos por medios electrónicos, que algunas personas pensaban que conducirían a una nueva estética musical más cercana a la psique de los trabajadores. Shostakovich, como siempre sin duda con ironía, se unió a la diversión añadiendo el sonido de las sirenas de la fábrica en el clímax de su segunda sinfonía A *Octubre.* Igualmente excéntricos fueron los nuevos nombres dados a óperas famosas y su readaptación con nuevos libretos para convertirlas en «socialistas»: de esta manera *Tosca* se convirtió en *La batalla de la Comuna,* con la acción desplazada al París de 1871; *Los Hugonotes* pasaron a ser *Los decembristas,* y su escenario se convirtió en Rusia; mientras que *La vida por el zar* de Glinka fue reescrita como *La hoz y el martillo.*

Se produjo un intento similar de acercar el teatro a las masas arrancándolo de su contexto «burgués» y situándolo en las calles, las fábricas y los cuarteles. El teatro se convirtió así en una forma de *agitprop.* Su finalidad era derribar las barreras existentes entre actores y espectadores, disolver la línea del proscenio

que dividía el teatro de la realidad. Todo esto fue realizado a partir de las técnicas del teatro experimental alemán, de las que había sido un precursor Max Reinhardt, y que más tarde fueron perfeccionadas por Brecht. Al estimular a la audiencia a expresar sus reacciones ante el drama, Meyerhold y otros directores soviéticos intentaron comprometer sus emociones en alegorías didácticas de la revolución. Los nuevos dramas enfatizaban la lucha revolucionaria tanto a escala nacional como en el ámbito de las vidas humanas privadas, los personajes eran burdos símbolos tópicos: capitalistas codiciosos con sombreros hongos, sacerdotes diabólicos con barbas del estilo de Rasputin y obreros honrados y sencillos. El propósito principal de estas obras era estimular el odio de las masas contra los «enemigos» de la revolución y así unir al pueblo con el régimen. Uno de estos dramas, *¿Escucha Moscú?*, estrenado por Eisenstein en 1924, provocaba tales emociones que en el acto final, cuando los obreros alemanes aparecían asaltando la fortaleza de los fascistas, la misma audiencia intentaba unirse a ellos, y cada fascista muerto era recibido con salvajes ovaciones. Un espectador incluso sacó la pistola para disparar sobre una actriz que representaba el papel de una prostituta fascista, pero las personas que estaban a su lado le hicieron recuperar el sentido.

El ejemplo más espectacular de teatro callejero revolucionario fue la *Toma del Palacio de Invierno*, estrenada en 1920 para celebrar el tercer aniversario de la insurrección de octubre. Este espectáculo de masas terminaba con la separación (que en cualquier caso siempre había sido confusa) entre el teatro y la revolución: las calles de Petrogrado, donde el drama revolucionario de 1917 había sido llevado a cabo, se convirtieron ahora en un teatro. Las escenas clave se volvieron a representar en tres enormes escenarios de la Plaza del Palacio. El Palacio de Invierno era una parte del escenario, con varias ventanas encendidas a su vez para indicar distintas escenas que se producían en su interior. El *Aurora* representaba un papel estelar disparando sus cañones pesados desde el Neva para indicar el inicio del asalto sobre el palacio, al igual que había sucedido en aquella noche histórica. Había también un reparto de diez mil actores, probablemente más de los que habían tomado parte en la insurrección real, que, como el coro en el antiguo teatro griego, parecían encarnar la idea monumental de la revolución como un canto del pueblo. Unos cien mil espectadores aproximadamente contemplaron la acción que se desarrolló desde la Plaza del Palacio, se rieron ante la figura bufonesca de Kérensky y ovacionaron salvajemente el asalto del palacio. Éste fue el inicio del mito del Gran Octubre,

un mito que Eisenstein convirtió en un pseudohecho con su docudrama *Octubre* (1927). Escenas de esta película siguen siendo reproducidas en libros, tanto en Rusia como en Occidente, como si se tratara de fotografías auténticas de la revolución.[22]

El arte fue llevado también a las calles. Los constructivistas hablaban de sacar el arte de los museos y llevarlo a la vida cotidiana; muchos de ellos, como Rodchenko y Malevich, concentraron sus esfuerzos en el diseño de ropa, muebles, oficinas y fábricas destacando lo que ellos denominaban el «estilo industrial», diseños sencillos y colores primarios, formas geométricas y líneas rectas, todas las cuales pensaban que liberarían al pueblo y lo racionalizarían más. Según decían, su objetivo era «reconstruir no sólo objetos, sino también toda la forma de vida doméstica». Varios pintores y escultores de vanguardia relevantes, Chagall y Tatlin, por ejemplo, se entregaron al «arte de agitación»: decorar edificios y tranvías o diseñar carteles para las numerosas celebraciones y festividades revolucionarias, como el Primero de Mayo o el Día de la Revolución, cuando se suponía que todo el pueblo se uniría en una exhibición abierta de alegría y emoción colectivas. La ciudad fue literalmente pintada de rojo (a veces incluso los árboles). Utilizando las estatuas y los monumentos intentaron convertir las calles en un museo de la revolución, en un icono vivo del poder y de la grandeza del nuevo régimen que impresionaría incluso a los analfabetos. No había nada nuevo en tales actos de autoconsagración llevados a cabo por el Estado: el régimen zarista había hecho exactamente lo mismo. Ciertamente, resultaba simpáticamente irónico que el obelisco situado en el exterior del Kremlin y erigido por los Romanov para celebrar su tricentenario en 1913 fuera conservado por orden de Lenin. Su inscripción zarista fue reemplazada con los nombres de los antepasados «socialistas» que se extendían hasta el siglo XVI. Incluía a Tomás Moro, Campanella y Winstanley.[23]

Hasta donde se puede decir, ninguno de estos experimentos artísticos de vanguardia nunca fue realmente efectivo a la hora de transformar los corazones y las mentes; los artistas de izquierdas quizá creyeran que estaban creando una nueva estética de masas, pero estaban creando una estética moderna para sí mismos, aunque se tratara de una en la que «las masas» eran objetivadas como un símbolo de sus propios ideales. Los gustos artísticos de los obreros y campesinos eran esencialmente conservadores. Ciertamente, es difícil sobrestimar el conservadurismo de los campesinos en materia artística: cuando el ballet Bolshoi realizó una gira por provincias durante 1920 se dice que los

campesinos quedaron «profundamente sobrecogidos por la aparición de los brazos y piernas desnudos de las corifeas, y que abandonaron la representación disgustados». Las imágenes poco similares a la vida real del arte moderno resultaban ajenas para un pueblo cuyo conocimiento limitado del arte se basaba en el icono. Habiendo decorado las calles de Vitebsk para el primer aniversario de la insurrección de octubre, los funcionarios comunistas preguntaron a Chagall: «¿Por qué la vaca es verde y por qué esta casa vuela por el aire?, ¿por qué? ¿Cuál es la conexión con Marx y Engels?». Los estudios relacionados con los hábitos de lectura popular durante la década de los años veinte evidenciaron que los obreros y los campesinos continuaban prefiriendo las historias de detectives y las novelas románticas de la misma clase que habían leído antes de la revolución a la literatura de vanguardia. El mismo escaso éxito tuvo la nueva música. En un «concierto en la fábrica» se produjo tal algarabía cacofónica como consecuencia de la utilización de todas las sirenas y silbatos que incluso los obreros fueron incapaces de reconocer la música de *La Internacional*. Las salas de conciertos y los teatros estaban llenas con los nuevos proletarios ricos del régimen bolchevique (el teatro Bolshoi de Moscú quedaba tapizado cada noche con las cáscaras de pipas de girasol que masticaban), pero venían a escuchar a Glinka y a Chaikovsky.[24] Cuando se trata de gusto artístico, no hay nada que el obrero semieducado desee más que imitar a la burguesía.

Junto con las nuevas formas artísticas, los «soñadores de la revolución» intentaron experimentar con las nuevas formas de vida social. Esto también, según se suponía, podía ser utilizado para transformar la naturaleza de la humanidad. O, más precisamente, de la femineidad.

La liberación de la mujer fue un aspecto importante de la nueva vida colectiva, tal como era contemplada por las feministas más importantes del partido: Kollontai, Armand y Balabanoff. Los comedores, las lavanderías y las guarderías comunitarias liberarían a la mujer de la rutina del trabajo doméstico y les permitirían desempeñar un papel activo en la revolución. ¡MUJERES DE RUSIA, TIRAD VUESTROS PUCHEROS Y SARTENES!, proclamaba un cartel soviético. La disolución gradual de la familia «burguesa» mediante la reforma liberal de las leyes sobre el matrimonio, el divorcio y el aborto se suponía que liberaría a la mujer de la tiranía de sus esposos. El departamento de mujeres del Secretariado del Comité Central *(Zhenotdel)*, fundado en 1919, asumió la misión de

«remodelar a las mujeres movilizándolas en el trabajo político local y utilizando la propaganda educativa». Kollontai, que se convirtió en la presidenta del Zhenotdel a la muerte de Armand en 1920, también abogó por una revolución sexual que emancipara a las mujeres. Predicó el «amor libre» o «las amistades eróticas» entre mujeres y hombres como dos partes iguales, liberando así a las mujeres de la «servidumbre» del matrimonio y a los dos sexos de las cargas de la monogamia. Fue una filosofía que ella misma practicó con una larga sucesión de esposos y amantes, incluyendo a Dybenko, el marinero bolchevique diecisiete años más joven que ella con el que se casó en 1917, y al rey de Suecia, con el que mantuvo relaciones cuando fue embajadora soviética (la primera mujer en tal cargo) en Estocolmo durante la década de los años treinta.

Como comisario de Seguridad Social, Kollontai intentó crear las condiciones para esta nueva armonía sexual. Se realizaron esfuerzos para combatir la prostitución y para incrementar la provisión estatal del cuidado infantil, aunque poco progreso se pudo hacer en cualquiera de estas áreas durante la guerra civil. Desafortunadamente, algunos comisariados locales no llegaron a comprender la importancia de la obra de Kollontai. En Saratov el departamento de seguridad social provincial promulgó un Decreto sobre la Nacionalización de las Mujeres: abolió el matrimonio y otorgó a los hombres el derecho de aliviar sus impulsos sexuales en burdeles legales. Las subordinadas de Kollontai fundaron una Oficina del Amor Libre en Vladimir y promulgaron una proclama que exigía que todas las mujeres solteras entre los dieciocho y los cincuenta años se registraran para seleccionar a sus parejas sexuales. La proclama declaró que todas las mujeres de más de dieciocho años eran «propiedad del Estado» y otorgó a los hombres el derecho a elegir una mujer registrada incluso sin su consentimiento para engendrar «en interés del Estado».[25]

Poco de la obra de Kollontai fue comprendido realmente. Mientras que su visión de la revolución sexual era desde muchos puntos de vista altamente idealista, ella fue considerada generalmente como alguien que estimulaba la promiscuidad sexual y la anarquía moral que asoló Rusia después de 1917. El mismo Lenin no tenía tiempo para asuntos de este tipo, siendo él mismo un tanto mojigato, y condenó la denominada «teoría del vaso de agua» sobre las cuestiones sexuales que se atribuía a Kollontai (la que afirmaba que, en una sociedad comunista, la satisfacción de los deseos sexuales de cada uno debería ser tan sencillo como beber un vaso de agua), como completamente antimarxista. «Lo cierto es —escribió—, que hay que apagar la sed, pero ¿una persona normal

se inclinaría al arroyo y bebería de una charca embarrada?» Los bolcheviques locales despreciaban el «trabajo de las mujeres», motejando al Zhenotdel, como el *«babotdel»* (de la palabra *baba*, una esposa campesina). Incluso las mujeres sospechaban de la idea de la liberación sexual, especialmente en el campo, donde las actitudes patriarcales se resistían a desaparecer. Muchas mujeres temían que las guarderías comunitarias se llevaran a sus hijos y los convirtieran en huérfanos del Estado. Se quejaban de que las leyes liberales de divorcio de 1918 sólo habían facilitado a los hombres el escapar de sus responsabilidades para con sus esposas e hijos, y las estadísticas les daban la razón. A inicios de los años veinte la tasa de divorcios en Rusia se había convertido con mucho en la más elevada de Europa, veintiséis veces más elevada que la de la Europa burguesa. Las mujeres de la clase obrera desaprobaron vigorosamente la sexualidad liberal predicada por la Kollontai, juzgándola (no sin razón) como una licencia para que sus hombres se comportaran de mala manera con las mujeres; otorgaban un mayor valor a la noción del matrimonio chapado a la antigua, enraizada en la casa campesina, como una economía compartida con una división sexual del trabajo para mantenimiento de la familia.[26]

Lenin no sólo desaprobaba la experimentación en temas sexuales. En temas artísticos era tan conservador como cualquier otro burgués del siglo XIX. Lenin no tenía tiempo para la vanguardia, pensaba que sus estatuas revolucionarias eran una «burla y distorsión» de la tradición socialista (un proyecto de estatua que iba a representar a Marx de pie encima de cuatro elefantes le había hecho arrojar espuma por la boca) y despreció el famoso poema «150.000.000» de Mayakovsky como «una necedad, una flagrante estupidez y una muestra de pretenciosidad» (muchos lectores seguramente estarán de acuerdo). Una vez que concluyó la guerra civil, Lenin observó más de cerca la obra de la Proletkult y decidió cerrarla. Durante el otoño de 1920 su presupuesto fue drásticamente recortado, Bogdanov fue apartado de la dirección y Lenin desencadenó un ataque contra sus principios básicos; el dirigente bolchevique estaba irritado por el prejuicio iconoclasta de la Proletkult, preferiría enfatizar la necesidad de construir sobre los logros culturales del pasado y vio su autonomía como una creciente amenaza política. La vio como la «facción de Bogdanov». La Proletkult, ciertamente, tenía mucho en común con la Oposición de los Trabajadores, al enfatizar como lo hacía la necesidad de acabar con la hegemonía cultural de la burguesía, según seguía manifestándose en el empleo de los «especialistas burgueses», y poco después en la misma NPE. Existía en

este sentido un vínculo directo entre los sentimientos antiburgueses de la Proletkult y la propia «revolución cultural» de Stalin. Desde el punto de vista de Lenin, la clausura de la Proletkult era un aspecto integral de la transición hacia la NEP. Mientras que la NEP fue un Thermidor en el terreno económico, esta interrupción de la guerra contra el «arte burgués» fue un Thermidor en el cultural; ambos arrancaban del reconocimiento de que en un país atrasado como Rusia los logros de la antigua civilización tenían que ser mantenidos como una base sobre la que construir el orden socialista. No existían atajos hacia el comunismo.

Lenin escribió mucho en esta época sobre la necesidad de una revolución cultural. No era suficiente, sostenía, crear meramente un Estado de los trabajadores, también había que crear las condiciones culturales para la larga transición hacia el socialismo. Lo que enfatizaba en su concepción de la revolución cultural no era el arte y la literatura proletarias, sino la ciencia y la tecnología proletarias. Mientras que la Proletkult consideraba el arte como un medio de liberación humana, Lenin dirigía su mirada hacia la ciencia como un medio de transformación humana que convertiría a la gente en «engranajes» del Estado. Deseaba que los trabajadores rusos «malos» y «analfabetos» fueran «escolarizados en la cultura del capitalismo» (para llegar a convertirse en trabajadores especializados y disciplinados y para que pudieran enviar a sus hijos a la facultad de ingenieros), de manera que el país pudiera vencer su atraso en la transición hacia el socialismo.[27] El bolchevismo no era nada más que una estrategia de modernización.

El énfasis de Lenin sobre la necesidad de una estrecha educación científica quedó reflejado en el cambio de la política educativa durante 1920 y 1921. Los bolcheviques consideraban la educación como uno de los principales canales de transformación humana: a través de las escuelas y de las ligas comunistas para niños y jóvenes (los Pioneros y el Komsomol) adoctrinarían a la siguiente generación en la nueva forma de vida colectiva. Como Lilina Zinoviev, una de las precursoras de la educación soviética, declaró en el Congreso de Educación Pública en 1918:

> Tenemos que convertir a la joven generación en una generación de comunistas. Los niños, como la cera blanda, son muy maleables y deberían ser moldeados para convertirse en buenos comunistas [...].

> Tenemos que rescatar a los niños de la dañina influencia de la vida familiar [...]. Tenemos que nacionalizarlos. Desde los primeros días de sus pequeñas vidas, tienen que encontrarse bajo la influencia benéfica de las escuelas comunistas. Aprenderán el ABC del comunismo [...]. Obligar a la madre a entregar a su hijo al Estado soviético: ésa es nuestra tarea.

El modelo básico de la escuela soviética fue la escuela unificada del trabajo. Fundada en 1918, su finalidad era proporcionar a todos los niños una educación gratuita y general hasta la edad de catorce años. Las dificultades prácticas de la guerra civil, sin embargo, hicieron que, de hecho, muy pocas de estas escuelas pudieran ser abiertas. Durante 1920 un cierto número de dirigentes bolcheviques y sindicales empezó a solicitar un sistema más estrecho de educación vocacional desde una edad temprana. Influidos por los planes de Trotsky para la militarización, subrayaron la necesidad de subordinar el sistema educativo a las exigencias de la economía: las industrias de Rusia necesitaban técnicos especializados, y era labor de la escuela el producirlos. Lunacharsky se opuso a estas demandas, considerándolas una invitación a renunciar a los fines humanistas de la revolución que había defendido tenazmente en sus días de vperedista; tras haber tomado el poder en nombre de los obreros, los bolcheviques, sostenía, estaban obligados a educar a sus hijos, a elevarlos hasta el nivel de la *intelligentsia*, de manera que se convirtieran en los «dueños de la industria». No bastaba simplemente con enseñarles a leer y escribir antes de convertirlos en aprendices, pues esto reproduciría las divisiones de clases del capitalismo, la antigua cultura de amos y hombres separados por su poder sobre el conocimiento. Gracias a los esfuerzos de Lunacharsky, los principios politécnicos de 1918 fueron básicamente retenidos, pero, en la práctica, existió un énfasis creciente en la estrecha educación vocacional de muchos niños, especialmente los huérfanos a cargo del Estado, que fueron forzados a convertirse en aprendices de fábricas desde una edad tan temprana como la de los nueve y los diez años.[28]

El apoyo dispensado por Lenin a las ideas de Taylor discurría en paralelo con esta tendencia. Desde hacía tiempo había manifestado su profunda aprobación de las teorías del ingeniero norteamericano F. V. Taylor sobre una «gestión científica» (utilizar los estudios sobre tiempo y movimiento para subdividir y

automatizar las tareas de la industria) como una manera de remoldear la psique del obrero, convirtiéndole en un ser disciplinado, y así reformar la totalidad de la sociedad según líneas mecanicistas. Lenin estimuló el culto al taylorismo que floreció en Rusia en esta época. Los métodos científicos de Taylor y Henry Ford se decía que tenían la llave que abriría un futuro brillante y próspero. Incluso los habitantes de aldeas remotas conocían el nombre de Ford (algunos de ellos pensaban que era una especie de dios que guiaba la obra de Lenin y Trotsky). Alexei Gastev (1882-1941), el ingeniero y poeta bolchevique, llevó estos principios tayloristas hasta su extremo. Como presidente del Instituto Central del Trabajo, fundado en 1920, llevó a cabo experimentos para educar a los trabajadores de tal manera que acabaran actuando como máquinas. Centenares de educandos vestidos de la misma manera marcharían en columnas hacia su lugar de trabajo y se les darían órdenes mediante zumbidos procedentes de máquinas; los trabajadores serían educados para que golpearan con el martillo de manera correcta sosteniendo un martillo unido y movido por una máquina de martillear de manera que después de media hora hubieran interiorizado su ritmo mecánico. El mismo proceso fue repetido para cincelar, limar y otras especialidades básicas. La finalidad de Gastev, según él mismo admitía, era convertir al obrero en una especie de «robot humano» (una palabra no casualmente derivada del verbo ruso para trabajar, *rabota).* Puesto que Gastev consideraba las máquinas superiores a los seres humanos, pensaba que esto representaría una mejora para la humanidad. Ciertamente, veía en ello el siguiente paso lógico de la evolución humana. Gastev pensaba en un mundo feliz donde «la gente» sería reemplazada por «unidades proletarias» tan desprovistas de personalidad que ni siquiera sería necesario darles nombres. Serían clasificados como «A, B, C, o 325, 075, 0, y otras semejantes». Estos autómatas serían como máquinas, «incapaces de pensar individualmente», y obedecerían simplemente a sus controladores; un «colectivismo mecanizado tomaría el lugar de la personalidad individual en la psicología de proletariado». Ya no habría necesidad de emociones y el alma humana no sería medida «por un grito o una sonrisa, sino por una válvula de presión o un velocímetro». Esta utopía de pesadilla fue satirizada por Zamyatin en su novela *Nosotros* (1924), que inspiró el *1984* de Orwell. Zamyatin retrató un mundo futuro de seres semejantes a robots, los «nosotros», que son conocidos por números en lugar de nombres y cuyas vidas están programadas en todos los detalles. La sátira fue lo suficientemente peligrosa como para que *Nosotros* estuviera prohibido en la

Unión Soviética durante más de sesenta años.

La visión de Gastev de una sociedad mecanizada no fue una fantasía absurda; creía que se encontraba a la vuelta de la esquina. El *ABC del comunismo,* escrito por Bujarin y Preobrazhensky en 1919, auguraba la llegada de un «nuevo mundo» con «nueva gente y costumbres», en el que todo estuviera «calculado con precisión». Los motivos mecanicistas del arte de la Proletkult se suponía que fomentarían este nuevo mundo de la máquina. Incluso existía una Liga del Tiempo, cuyos veinticinco mil miembros en ochocientas sucursales locales en la época en que Zamyatin escribió *Nosotros* llevaban una «cronocarta» en la que registraban como pasaban cada minuto del día («a las siete me levanto de la cama; a las siete y un minuto voy al baño») para poder ser más eficientes en su empleo del tiempo. Los cruzados de este mundo regido por el reloj utilizaban relojes de pulsera de un tamaño extraordinario (esta moda sigue existiendo en Rusia hoy en día). Como una «policía del tiempo» autodesignada, recorrían las fábricas y las oficinas intentando desarraigar el «oblomovismo», ese hábito tan ruso de desperdiciar el tiempo. Otro de sus planes para ahorrar tiempo consistía en reemplazar las largas palabras y los títulos oficiales del lenguaje ruso con otras más cortas o con acrónimos. Se pedía a los políticos que abreviaran sus comentarios verbosos y a los oradores de los congresos que acortaran sus discursos.[29]

La guerra contra la religión desempeñó un papel vital en esta batalla para conquistar el alma del pueblo. Los bolcheviques contemplaban la religión como un signo de atraso (el «opio del pueblo») y a la Iglesia como una rival frente a su poder. En particular, consideraban la religión de los campesinos como una brecha cultural fundamental entre sus propias ideas ilustradas y la gente «oscura» del campo, una gente que ni podía comprender ni realmente esperaban convertir a su causa. La guerra contra la religión fue por lo tanto un aspecto de su campaña más amplia para conquistar la «otredad» del campesinado.

Hasta 1921 la guerra contra la religión fue llevada a cabo principalmente a través de medios propagandísticos. Los bolcheviques estimularon la oleada popular de anticlericalismo que había anegado las tierras de la Iglesia en 1917. El decreto sobre la separación de la Iglesia y el Estado de enero de 1918 pretendía colocar al clero a merced de la población local desproveyéndolo de sus derechos para poseer propiedades (los edificios de la Iglesia, por lo tanto, tenían

que ser alquilados a los sóviets) o para cobrar por los servicios religiosos. La instrucción religiosa en las escuelas fue también proscrita. La propaganda bolchevique caricaturizó al clero como gordos parásitos que vivían a costa del campesinado y que se conjuraban para procurar el retorno del zar. La mayoría de los periódicos provinciales tenían columnas regulares sobre las actividades «contrarrevolucionarias» de los sacerdotes locales, aunque de hecho la mayoría del clero parroquial o se había unido o había sido arrastrada hacia la revolución campesina. No hace falta decir que las prisiones de la Cheka estaban llenas de sacerdotes.

La finalidad de la propaganda bolchevique era reemplazar la adoración a Dios por la veneración al Estado, sustituir los iconos religiosos por los revolucionarios. El comunismo era la nueva religión; Lenin y Trotsky, sus sumos sacerdotes. En este sentido, la guerra bolchevique contra la religión fue un paso más allá que las campañas de descristianización jacobinas: su finalidad no era sólo socavar la religión sino apropiarse de su poder en favor del Estado.

Por un lado estaba la propaganda iconoclasta de los bolcheviques. Los milagros cristianos fueron expuestos como mitos; se abrieron los ataúdes en los que se decía que estaban la reliquias «incorruptibles» de los santos rusos y se descubrió que contenían esqueletos desnudos y, en algunos casos, efigies de cera; se descubrió que los celebrados «iconos plorantes» eran accionados con fumigadores de goma que producían «lágrimas» cuando se hacía una ofrenda; el apoyo del campesinado a las explicaciones religiosas y supersticiosas fue ridiculizado como algo estúpido: las malas cosechas y las epidemias iban a ser evitadas por la ciencia agrícola y meteorológica en lugar de por la oración y los rituales en los campos; «los acres sin Dios» eran cultivados al lado de los «acres de Dios», y trataron los primeros con fertilizantes químicos y los segundos con agua bendita para llegar a esta conclusión. Los campesinos fueron llevados a pasear en avión para que pudieran ver por sí mismos que no había ni ángeles ni dioses en el cielo. La mayoría de la prensa local tenía columnas especiales para esta clase de «ateísmo científico», y se publicaron también centenares de panfletos e historias ateas. La literatura y la música que pretendía ser religiosa fueron suprimidas, las obras de Platón, Kant, Schopenhauer, Nietzsche y Tolstoi fueron todas prohibidas, como sucedió con el *Réquiem* de Mozart, con casi toda la obra de Bach y con *Vísperas* de Rachmaninov. También existía un arte ateo (un cartel especialmente blasfemo mostraba a la virgen María a la espera de que le practicaran un aborto soviético), y un teatro y un cine de los sin Dios

igualmente iconoclasta. Además, había grupos de estudio y clases nocturnas en esta «ciencia» del ateísmo (un buen conocimiento del mismo resultaba esencial para ascender en el Estado de partido). Una Unión de los Sin Dios Militantes fue fundada en 1921 con su propio periódico nacional y centenares de sucursales locales que celebraban «debates» con el clero sobre el tema: «¿Existe Dios?». Estos debates generalmente incluían la conversión escenificada de al menos un sacerdote que repentinamente había sido convencido de que Dios no existía y suplicaba a las autoridades soviéticas que le perdonaran por su error. La mayoría de estos sacerdotes debieron de ser torturados en las cárceles de la Cheka, o amenazados con prisión para hacerles confesar. Incluso así, la victoria de los sin Dios de ninguna manera estaba asegurada. En un debate el sacerdote preguntó a los sin Dios quién había hecho el mundo natural. Cuando le contestaron que la naturaleza se había hecho a sí misma mediante la evolución, se produjeron estallidos de carcajadas por parte de la audiencia campesina, a la que semejante proposición le parecía bastante ridícula, y se declaró que la victoria había sido del sacerdote.[30]

Por otro lado, estaba la propaganda bolchevique que sostenía que el comunismo era la nueva religión. Los festivales, rituales y símbolos del Estado comunista estaban modelados conscientemente siguiendo los equivalentes cristianos que buscaban reemplazar; las festividades soviéticas fueron situadas en los mismos días de las antiguas fiestas religiosas: había una Navidad y una Pascua del Komsomol, el día de la electricidad cayó en el día de Elías; el día del bosque (una marcha atrás hacia el pasado pagano de los campesinos), en el domingo de Trinidad; el 1 de mayo y el día de la revolución fueron cargados pesadamente de simbolismo religioso: la marcha armada ante el Kremlin, el centro religioso de la Rusia ortodoxa, presentaba claras reminiscencias de la antigua procesión religiosa, sólo que con fusiles en lugar de con cruces; el culto a Lenin que floreció durante la guerra civil le proporcionó el *status* de un dios; el mismo símbolo del Estado comunista, la estrella roja, estaba enraizado en un significado religioso y mesiánico profundamente arraigado en el folklore ruso.

Una octavilla del Ejército Rojo de 1918 explicaba a los hombres que servían en el mismo por qué la estrella roja aparecía en la bandera soviética y en sus uniformes. Hubo una vez una hermosa joven llamada Pravda (Verdad) que tenía una ardiente estrella roja en la frente que iluminaba a todo el mundo y llevaba la verdad, la justicia y la felicidad. Un día la estrella roja fue robada por Krivda (Falsedad), que quería traer la oscuridad y la maldad al mundo. Así comenzó el

gobierno de Krivda. Mientras tanto, Pravda apeló al pueblo para recuperar su estrella y «devolver la luz de la verdad al mundo». Un joven bueno venció a Krivda y a sus fuerzas y devolvió la estrella roja a Pravda, de manera que las fuerzas malvadas huyeron de la luz como «lechuzas y murciélagos», y «una vez más el pueblo vivió gracias a la verdad». La octavilla dejaba claro el significado de la parábola: «De manera que la estrella roja del Ejército Rojo es la estrella de Pravda, y los hombres que sirven en el Ejército Rojo son los bravos muchachos que combaten contra Krivda y sus malvados partidarios, de manera que la verdad gobierne en el mundo y que todos aquellos que son oprimidos y engañados por Krivda, todos los pobres campesinos y obreros, vivan bien y en libertad».[31]

Tanto en la vida privada como en la publica, los rituales religiosos fueron bolchevizados. En lugar de bautizados, los niños fueron «octubrizados». Los padres que asistían a estas ceremonias, que fueron muy frecuentes a inicios de los años veinte, prometían criar a sus hijos en el espíritu del comunismo; se entregaban como regalos retratos del niño Lenin y se cantaba *La Internacional*. Los nombres escogidos para estos niños octubrizados (y también para los adultos que cambiaron de nombre) eran extraídos de los anales de la revolución: Marx, Engelina, Rosa (de Rosa Luxemburgo), Vladlen, Ninel, Ilich e Ilina (acrónimos, motes o anagramas de Lenin), Marlen (por Marx y Lenin), Melor (por Marx, Engels, Lenin y la Revolución de Octubre), Pravda, Barricada, Fevral (Febrero), Oktiabrina (Octubre), Revolutsiia (Revolución), Parizhkommuna (Comuna de París), Molot (Martillo), Serpina (Hoz), Dazmir (Viva la Revolución Mundial), Diktatura (Dictadura), y Terrora (Terror). En ocasiones, los nombres eran elegidos según una comprensión equivocada o simplemente porque sonaban a extranjero y por lo tanto eran asociados con la revolución: Traviata, Markiza, Embryo y Vinaigrette. Los matrimonios rojos eran otro ritual bolchevique popular entre la juventud del Komsomol. Usualmente eran celebrados en una fábrica o en algún club local; en lugar del altar la pareja tenía enfrente un retrato de Lenin y pronunciaba sus votos de fidelidad tanto mutuos como hacia los principios del comunismo. En su novela satírica *La boda del perro* (1925), Brykin reprodujo uno de estos votos. «¿Prometéis —pregunta el oficiante— seguir el camino del comunismo con la misma valentía con que os oponéis a la Iglesia y a las antiguas costumbres del pueblo? ¿Haréis que vuestros hijos sirvan como jóvenes pioneros —la organización del Komsomol para los niños más pequeños—, los educaréis, los introduciréis a los métodos de cultivo agrícola

científico y combatiréis por la revolución mundial? Entonces, en el nombre de nuestro dirigente, el camarada Vladimir Ilich Lenin, declaro celebrado el matrimonio rojo.» Finalmente, existía el funeral rojo, principalmente reservado para los héroes bolcheviques, que se basaba en las tradiciones funerales del movimiento revolucionario (con su guardia de honor, el ataúd levantado sobre una plataforma envuelta en rojo, el himno fúnebre *Caíste víctima*, las oraciones junto a la tumba y la salva de fusilería), originalmente utilizadas en el entierro de Bauman, el primer mártir bolchevique, en 1905.[32]

Desde 1921 la guerra contra la religión pasó de las palabras y los rituales a la clausura de iglesias y al fusilamiento de sacerdotes. Lenin instigó este reinado del Terror totalmente gratuito. Aparte de la Academia de Ciencias, la Iglesia era la única institución nacional que quedaba fuera del control del partido. Tres años de propaganda no la habían socavado (de muchas maneras, la guerra civil había hecho que la gente se volviera todavía más religiosa), de manera que Lenin intentó atacarla de manera directa. El hambre de 1921 y 1922 le proporcionó el pretexto que necesitaba. Aunque la Iglesia se había unido de manera activa a la campaña de socorro contra el hambre, ofreciendo vender algunos de sus bienes no consagrados para comprar alimentos en el extranjero, Lenin encontró una estrategia que le permitió acusarla de volver egoístamente la espalda a la crisis. Ordenó que la Iglesia entregara también para la venta sus bienes consagrados, incluso aunque debería saber que estaba obligada a desobedecer la orden (el uso secular de objetos consagrados era sacrílego). Esta provocación hizo que la Iglesia apareciera como aquello de lo que era acusada, como un «enemigo del pueblo». Para unir al pueblo contra ella la prensa pidió de manera vehemente que todos los bienes de la Iglesia fueran vendidos a favor de las víctimas del hambre: «¡Convertid el oro en pan!», fue el emotivo lema. En un último esfuerzo desesperado para evitar el pillaje de las iglesias, el patriarca Tijón ofreció reunir una cantidad de dinero equivalente al valor de los bienes consagrados mediante suscripciones voluntarias y la venta de otras propiedades; pero su ofrecimiento fue rehusado. Lenin no estaba interesado en el dinero; deseaba un pretexto para atacar a la Iglesia.

El 26 de febrero de 1922 fue enviado un decreto a los sóviets locales instruyéndolos para que sacaran de las iglesias todos los bienes de valor, incluyendo aquellos que se utilizaban para la adoración religiosa. El decreto indicaba que su venta era necesaria para ayudar a las víctimas del hambre, pero poco del dinero obtenido de esta manera fue utilizado para este propósito.

Bandas armadas invadieron las parroquias, llevándose los iconos y las cruces, los cálices y las mitras, e incluso los iconostasios en pedazos. En muchos lugares, multitudes airadas tomaron las armas para defender su parroquia; en algunos casos estaban dirigidas por sus sacerdotes; en otros combatieron de manera espontánea. Los registros hablan de mil cuatrocientos catorce enfrentamientos sangrientos durante 1922 y 1923, la mayoría de ellos fueron padecidos claramente por uno de los dos lados. Las tropas con ametralladoras luchaban contra ancianos y mujeres armados con horcas y con fusiles oxidados: siete mil cien miembros del clero fueron asesinados, incluyendo a cerca de tres mil quinientas monjas, pero sólo murió un puñado de soldados soviéticos. Un enfrentamiento de este tipo en marzo de 1922 en la ciudad textil de Shuya, a trescientos veinte kilómetros al noreste de Moscú, impulsó a Lenin a promulgar una orden secreta encaminada al exterminio del clero. El episodio fue bastante característico: el domingo 12 de marzo los creyentes expulsaron a los funcionarios soviéticos que habían ido a saquear la parroquia; cuando los funcionarios regresaron tres días más tarde con soldados y ametralladoras, se produjo una lucha en la que murieron varias personas. El Politburó, en ausencia de Lenin, votó a favor de suspender las confiscaciones ulteriores, pero Lenin, al saber de los acontecimientos en Shuya, dictó unas órdenes contrarias por teléfono desde su residencia en el campo en Gorki con instrucciones estrictas de alto secreto. Este memorándum, publicado por primera vez completo por una publicación soviética en 1990, revela la faceta cruel de la naturaleza de Lenin. Socava la imagen «suave» de Lenin en sus últimos años, creada por los historiadores izquierdistas occidentales que nos habían hecho creer que la década de los años veinte fue un período esperanzado de «democracia soviética» antes de la aparición del estalinismo. Lenin sostenía que los acontecimientos de Shuya deberían ser explotados para relacionar al clero con los Cien Negros, para destruir a la Iglesia «durante muchas décadas» y para «asegurarnos un capital que valga varios centenares de millones de rublos oro [...] para llevar a cabo una obra gubernamental en general y en particular de reconstrucción económica». Era «sólo ahora», en el contexto del hambre, cuando los campesinos hambrientos «o nos apoyarán o en cualquier caso serán neutrales» en esta «feroz» guerra contra la Iglesia; «más tarde no tendremos éxito». Por esta razón, continuaba Lenin:

> He llegado a la inequívoca conclusión de que ahora tenemos que llevar a cabo la guerra más decisiva y despiadada contra el clero de los Cien Negros y suprimir su resistencia con tal crueldad que no la olvidarán en las próximas décadas [...]. Cuantos más miembros de la burguesía reaccionaria del clero lleguemos a fusilar, mejor.

Se ha calculado recientemente que fueron ejecutadas ocho mil personas durante esta brutal campaña sólo durante 1922. El patriarca Tijón aseguraba que diez mil sacerdotes estaban en prisión o en el destierro, incluyendo aproximadamente un centenar de obispos. Sólo después de 1925, bajo la presión que ejercieron los empresarios que comerciaban con Rusia, la persecución experimentó una interrupción temporal.[33]

Según Gorky, los bolcheviques utilizaron deliberadamente a los judíos que había en sus filas para llevar a cabo las confiscaciones de las propiedades de la Iglesia. Los acusó de provocar deliberadamente el antisemitismo para desviar la cólera de la comunidad cristiana de sí mismos. En varias ciudades, como Smolensko y Viatka, hubo pogromos contra los judíos que vinieron a continuación de la confiscación de las propiedades eclesiales. Mientras tanto, los bolcheviques estaban clausurando sinagogas como parte de su campaña contra la religión. La primera que se cerró fue en la ciudad natal de Chagall, Vitebsk, en abril de 1921. Las autoridades soviéticas pretendían que seis de las ochenta sinagogas de la ciudad eran necesarias para convertirlas en escuelas de yidis. Los judíos ocuparon rápidamente esas sinagogas que habían sido designadas para su clausura y celebraron reuniones de oración en ellas; pero las autoridades los expulsaron utilizando tropas, destrozando ventanas, gritando «¡muerte a los yidden!» y matando a varios fieles en el proceso. Ninguna de las sinagogas fue utilizada como escuela: una se convirtió en una universidad comunista, varias fueron transformadas en clubes obreros, y una incluso se convirtió en una fabrica de zapatos. Siguieron más clausuras en Minsk, Gomel, Odesa y Jarkov. En conjunto, ocho mil sinagogas fueron cerradas por los comunistas entre 1921 y 1925.

Había más que una nota de antisemitismo en todo esto. Las filas inferiores del partido estaban llenas, según palabras de Gorky, de «viejos nacionalistas rusos, sabandijas y vagabundos, que desprecian y temen a los judíos». Las Oposiciones Militares y de los Trabajadores, que movilizaban su apoyo a partir de las filas

inferiores del partido, utilizaron en ambos casos la retórica del antisemitismo en su lenguaje de animosidad de clase hacia los «especialistas burgueses». Los primeros años de la NPE, que fueron testigos de un auge en el comercio a pequeña escala donde los judíos eran tradicionalmente dominantes, fortalecieron este antisemitismo. En particular para los bolcheviques de clase baja, resultaba irritante ver a los comerciantes judíos «apoderándose» de Moscú. Durante la guerra civil, estos «especuladores» habrían sido arrestados; ahora vivían mejor que las bases del partido, mientras que la mitad de los obreros rusos estaban sin empleo. La revolución, según les parecía, estaba retrocediendo en los frentes clasista y racial. En este contexto muchos de los bolcheviques más militantes empezaron a afirmar, como el mismo Marx había hecho, que los judíos como grupo social eran sinónimo de capitalismo, que todos los comerciantes eran esencialmente «judíos». Tales ideas prevalecieron en la campaña bolchevique contra el judaísmo que se inició en 1921. El insulto máximo de esta campaña se llevó a cabo durante el Año Nuevo judío de 1921, cuando un «juicio» burlón del judaísmo fue iniciado con propósitos de propaganda. Se escenificó en la misma sala de audiencias de Kiev, donde el inocente Beiliss (léase también judaísmo) había sido juzgado en 1913.[34]

La persecución bolchevique de la religión hizo poco por debilitar la fuerza que este «opio» tenía sobre las mentes de la población. Aunque la década de los años veinte fue testigo de una decadencia de la religión, especialmente entre la juventud rural que acudía a la escuela o dejaba el campo para dirigirse a la ciudad, esto probablemente tuvo menos que ver con los esfuerzos de los bolcheviques que con las tendencias secularizadoras de la vida moderna. Había estado sucediendo en cualquier caso durante décadas. De hecho, las medidas opresoras de los bolcheviques, si acaso, tuvieron el efecto opuesto, el de agrupar a los creyentes en torno a su religión. A pesar de la separación de la Iglesia y el Estado, el clero local continuó siendo apoyado por donaciones voluntarias de sus fieles, así como por salarios y concesiones de tierra procedentes de las comunas campesinas. Irónicamente, esto no andaba lejos de los sueños del clero liberal del siglo XIX que apuntaban hacia una parroquia orgánica que se sostuviera a sí misma. Incluso aquellos que ya no creían en su religión con la misma fe incuestionable a menudo continuaron no sólo observándola, sino también mostrando un fuerte apego a sus rituales. Los niños octubrizados y los

matrimonios rojos no llegaron a suplantar a sus equivalentes religiosos (que además eran más divertidos); la gente continuó enterrando a sus muertos en lugar de incinerarlos a pesar de la escasez de ataúdes y de tumbas y de la provisión gratuita que el Estado entregaba para las incineraciones, porque, en palabras de un funcionario del depósito de cadáveres, «los rusos todavía son o demasiado religiosos o demasiados supersticiosos para abandonar las tradiciones funerarias ortodoxas».[35] Al igual que sucedió con la religión, pasó en las áreas de la vida cultural y social: el intento realizado por los bolcheviques para «crear un mundo y un hombre nuevos» se estrelló contra las rocas de la realidad. En muchos aspectos fue un sueño utópico (uno de los más ambiciosos de la historia) creer que la naturaleza humana podía ser cambiada alterando simplemente el trasfondo social en el que vivía la gente. El hombre no puede ser transformado tan fácilmente: la naturaleza humana se mueve con más lentitud que las ideologías o la sociedad dominante. Ésta es, quizá, la única lección moral perdurable de la Revolución rusa, como lo es, ciertamente, de la terrible historia de este siglo.

III El bolchevismo en retirada

Una carta de Serguei Semyonov:

> Andreevskoe, 21 de enero de 1921
> Querida Ana:
> La vida en la aldea se ha hecho insoportable. Es cierto que estamos mucho mejor que los campesinos del resto de Rusia: ni la requisa de alimentos ni el trabajo obligatorio nos ha afectado todavía; pero seguimos sufriendo los actos diarios de robo, estupidez y falta de honradez de los partidarios locales del poder soviético que hacen que la vida normal resulte imposible. La gente trabajadora, en cuyo nombre se ha hecho todo esto, ya no apoya al nuevo régimen. No voy a escribir otra carta de queja a Kamenev [presidente del Sóviet de Moscú]. Como dice el refrán, «no hay peor sordo que el que no quiere oír».
> A pesar del final de la guerra y de todas la promesas de volver a poner al

> país en pie, nuestra población no cree que las actuales autoridades sean capaces de ello. Está tan harta y encolerizada, tan reconcomida por el sentimiento de opresión, que es incapaz de tener pensamientos positivos y no puede ver una salida para esta situación. Muchos están desesperados porque Wrangel y los polacos fueron derrotados; y sin embargo nadie quiere admitir que la respuesta a nuestros problemas no reside en cambiar las cosas desde fuera, sino en cambiar la manera en que vivimos nosotros mismos.[36]
>
> El sentimiento de cólera y desesperación que la carta de Semyonov expresa era compartido por los campesinos de toda Rusia: todos los ideales de la revolución campesina habían sido destruidos por el régimen bolchevique. Los sóviets campesinos de 1917, que hasta un buen punto habían realizado el antiguo ideal de *volia*, de libertad y autonomía campesinas, habían sido conquistados por los comunistas. Si bien fueron órganos de autogobierno campesino, ahora se habían convertido en órganos burocráticos del Estado. La revolución agraria que había pretendido universalizar las pequeñas explotaciones agrícolas campesinas se veía ahora amenazada por las explotaciones agrarias colectivas. Las posesiones de la nobleza que los campesinos habían pensado que les pertenecerían estaban siendo transferidas al Estado. Y ¿qué clase de Estado era éste? Nadie ayudaba a los campesinos a prosperar, se trataba de un Estado que les quitaba sus hijos y sus caballos para el Ejército, que prolongaba las devastaciones de la guerra civil, que les obligaba a entrar en equipos de trabajo y que les robaba sus alimentos. «La libertad que nos dio la revolución nos ha sido arrebatada por el nuevo régimen —se quejaba un campesino ante un periodista extranjero en enero de 1921—. La vida en la aldea es ahora similar a la que existía bajo el zar.»

En 1921 buena parte de la Rusia campesina había sido llevada al borde de una hambruna terrible. Mientras que las hambrunas de 1921 y 1922 fueron directamente causadas por un año de sequía y de terribles heladas, las áreas que se vieron más afectadas fueron claramente aquellas que habían sufrido más por las requisas de 1918-1921. En la provincia de Samara, por ejemplo, la región más golpeada por la hambruna, la cuantía de las requisas de grano durante 1919 y 1920 rebasó el excedente de la cosecha en un 30 por ciento, con el resultado de

que la familia campesina promedio perdió 118 kg. de alimentos, forraje y semilla de sus posesiones básicas. En las terribles condiciones de 1921, esto a menudo implicó la diferencia entre la vida y la muerte. En el distrito de Balashov de la cercana provincia de Saratov, donde la brigada asesina de Cheremujin realizaba la requisa, la cuantía del grano requisado excedió incluso la cosecha total, de manera que los campesinos se vieron obligados a pagar con las reservas que habían acumulado en los años anteriores, y en el otoño de 1920 no había, en palabras de un funcionario, «ninguna simiente que se pudiera sembrar». En las regiones productoras de grano de Rusia, los bolcheviques habían elevado deliberadamente sus requisas de grano más allá del excedente de cosecha estimado sobre la base de que los campesinos ocultarían hasta una tercera parte de su excedente alimentario total. Partiendo de la misma base, las brigadas de requisa se habían apoderado de manera indiscriminada de cualquier alimento que pudieron encontrar en los graneros de la aldea, a menudo fusilando a los campesinos que se resistían como *kulaks,* incluso aunque, como muchos funcionarios bolcheviques se vieron obligados a admitir, éstos eran generalmente los campesinos más pobres, que simplemente se iban a morir de hambre si perdían sus últimos alimentos vitales por la requisa. Durante 1920, cuando las señales de la crisis inminente se hicieron más claras, los oficiales provinciales encargados de la requisa de alimentos suplicaron al centro que detuviera sus desastrosas requisas. «Simplemente, ya no queda ningún grano que se pueda requisar», advirtió un funcionario de la región alemana del Volga en septiembre de 1920. Y, sin embargo, Moscú seguía presionando para conseguir más. En la región alemana del Volga el 42 por ciento de la miserable cosecha de 1920 fue requisada y enviada al hambriento norte; las aldeas fueron saqueadas, los niños convertidos en rehenes, los campesinos azotados y torturados para arrancarles su último y escaso grano.[37]

Para empezar, los campesinos se defendieron con las «armas usuales de los débiles»: la resistencia pasiva y el subterfugio; enterraron bajo tierra el grano, alimentaron con él su ganado o lo convirtieron en alcohol destilado clandestinamente antes que perderlo entregándoselo a los bolcheviques. También empezaron a tomar las armas en esporádicas revueltas y rebeliones locales cada vez más frecuentes, extensas y violentas. Dos mil miembros de las brigadas de requisa fueron asesinados por campesinos encolerizados durante 1918; en 1919 la cifra creció hasta cerca de cinco mil, y en 1920 superó los ocho mil. En el otoño de 1920 la totalidad del país estaba incendiada con guerras campesinas. El

ejército campesino de Majnó, que todavía contaba con quince mil hombres después de la derrota de Wrangel, cruzó la estepa ucraniana y, junto con incontables bandas locales, tuvo éxito a la hora de paralizar buena parte de la infraestructura soviética rural hasta el verano de 1921. En la provincia de Tambov, en el centro de Rusia, la rebelión de Antonov fue apoyada por casi la totalidad de la población campesina. El poder soviético desapareció en esa región entre el otoño de 1920 y el verano de 1921. En las provincias de Voronezh, Saratov, Samara, Simbirsk y Penza existieron ejércitos rebeldes campesinos más pequeños pero no menos destructivos que crearon el vacío y que limitaron de manera efectiva el poder de los bolcheviques al ámbito de las ciudades. Centenares de reducidos ejércitos de bandidos controlaron las estepas situadas entre Ufa y el mar Caspio. En el Don y en el Kubán, los cosacos y los campesinos se unieron por su odio común hacia los bolcheviques. Los ejércitos rebeldes de las montañas del Cáucaso llegaron a contar con más de treinta mil combatientes. En Bielorrusia los campesinos nacionalistas se apoderaron de la mayor parte del campo y forzaron a los sóviets de Minsk y Smolensko a realizar una evacuación. Con mucho, la mayor (aunque la menos estudiada) de las revueltas campesinas estalló en Siberia occidental: la totalidad de las regiones de Tiumeh, Omsk, Cheliabinsk, Tobolsk, Ekaterinburg y Tomsk, junto con la mayoría de las ciudades más importantes, cayó en manos de los campesinos rebeldes, de los que hasta sesenta mil contaban con armas, y casi la totalidad de la infraestructura soviética quedó paralizada durante los primeros seis meses de 1921. Y, sin embargo, en Rusia estaba sucediendo lo mismo a escala menor: campesinos encolerizados estaban tomando las armas y expulsando a los bolcheviques de las aldeas. A menos de ochenta kilómetros del Kremlin, no lejos del Andreevskoe de Semyonov, había aldeas donde para un bolchevique era peligroso entrar.[38]

Lo que es notable de estas guerras campesinas es que compartían muchos rasgos comunes, a pesar de las enormes distancias entre ellas y los contextos diferentes en que tuvieron lugar. La mayoría de las rebeliones más importantes habían empezado en 1920 como revueltas campesinas a pequeña escala contra la requisa de alimentos que, como resultado de su tratamiento incompetente y a menudo brutal por parte de los comunistas locales, pronto estallaron y se convirtieron en guerras campesinas a escala total. La rebelión de Tambov es un buen ejemplo. Había comenzado en agosto de 1920 en la aldea de Kamenka cuando una brigada de requisa de alimentos llegó para recoger su parte de la

nueva requisa de grano: al quedar fijada en más de once millones de *puds*, la requisa provincial había sido establecida en un nivel demasiado alto. Incluso Lenin se preguntó en septiembre «si no debería reducirse». La cosecha de 1920 había sido muy pobre, y si los campesinos hubieran entregado la requisa, se habrían quedado con un solo *pud* de grano por persona, apenas el 10 por ciento de sus exigencias normales para alimentación, simiente y forraje. Ya en octubre se produjeron motines de hambre. En enero, en palabras del bolchevique Antonov-Ovseenko, enviado para sofocar la revuelta, «la mitad del campesinado se estaba muriendo de hambre». Los campesinos de Kamenka eran relativamente acaudalados (lo que significaba que se morían de hambre con más lentitud que los demás) y se les impuso una requisa extra. Se negaron a entregar esta requisa, mataron a varios miembros de la brigada de requisas y se armaron con escopetas y horcas para combatir a los refuerzos soviéticos enviados desde Tambov para sofocar su revuelta. Las aldeas vecinas se unieron al alzamiento y un rudimentario ejército campesino quedó pronto organizado. Combatió bajo la bandera roja (la reclamación de los símbolos de la revolución era un aspecto importante de estos levantamientos populares) y fue dirigida por el héroe campesino eserista local, Grigorii Plezhnikov, que había organizado la guerra contra las posesiones de la nobleza en 1905 y 1917. Mientras tanto, una red de sindicatos campesinos (STK) comenzó a surgir en las aldeas, a menudo organizada por los eseristas locales, que reemplazó a los sóviets y ayudó a proporcionar suministros al ejército insurgente. Más de cincuenta comunistas fueron fusilados. La rapidez con que se extendió la revuelta sorprendió a los bolcheviques de Tambov, que no estaban preparados para ella. El aparato del Sóviet y del partido en la provincia se habían debilitado extremadamente. La gente había ido abandonando el partido en oleadas (muchos de ellos eran antiguos eseristas que pronto se unieron a los rebeldes), cuando las huelgas industriales y los escándalos de la corrupción habían convertido el pertenecer a él en una fuente tanto de peligro como de vergüenza. A causa de la guerra que se libraba contra Polonia, sólo había tres mil soldados del Ejército Rojo, la mayoría de ellos extremadamente poco fiables, en la guarnición provincial. Tenían sólo una ametralladora para todo el distrito insurgente de Kirsanov. Los rebeldes se aprovecharon de esta debilidad y marcharon contra la capital de la provincia. Millares de campesinos se les unieron a medida que se aproximaban a Tambov, y los bolcheviques fueron presa del pánico. Cuando llegaron los refuerzos obligaron a los rebeldes a retroceder y desataron una campaña de terror en las

aldeas. Varias fortalezas rebeldes fueron quemadas hasta reducirlas a cenizas, se confiscaron manadas enteras de ganado y centenares de campesinos fueron ejecutados, pero esto sólo sirvió para atizar el fuego de la guerra campesina. Según informó un comunista local: «Toda la población huyó a los bosques asustada y se unió a los rebeldes; incluso los campesinos que en otro tiempo nos fueron leales no tenían ya nada que perder y unieron su suerte a la de la revuelta». Desde Kirsanov la rebelión pronto se extendió por toda la mitad sur de la provincia de Tambov y partes de las provincias vecinas de Saratov, Voronezh y Penza. Fue en este punto cuando el activista de los eseristas de izquierda Alexander Antonov asumió la dirección de la revuelta, convirtiéndola, a finales de 1920, en lo que el mismo Lenin reconoció mas tarde que fue la mayor amenaza con la que tuvo que enfrentarse nunca su régimen. [39]

La propaganda soviética retrató a los campesinos rebeldes como *kulaks,* pero las pruebas indican por el contrario que fueron revueltas campesinas generales. Los ejércitos rebeldes estaban básicamente compuestos por campesinos corrientes, como sugiere su empleo de armas agrícolas (horcas, hoces, picas y azadas), aunque los desertores de los ejércitos de la guerra civil también se unieron a sus filas y a menudo desempeñaron una papel dirigente. En la provincia de Tambov había ciento diez mil desertores, sesenta mil en los distritos boscosos en torno a Kirsanov, en vísperas de la revuelta. Muchos de los rebeldes eran jóvenes desposeídos, en su mayor parte de menos de veinticinco años de edad. El ejército campesino de Popov, en la provincia de Saratov, fue descrito como «vestido de harapos» aunque algunos utilizaban ropa robada. Las bandas de la estepa de Orenburg estaban, en palabras del partido de Buguruslan, compuestas por gente que se había visto completamente desplazada por la pobreza y el hambre. Los *kulaks* ayudan a los bandidos de forma material, pero muy raramente toman las armas ellos mismos. Las bandas tienen mucha facilidad para alistar partidarios. La consgina «¡Matad a los comunistas! ¡Acabad con las granjas colectivas!» es muy popular entre los estratos más atrasados e inferiores del campesinado.

Inevitablemente, dado el quebrantamiento general del orden, también hubo elementos criminales que se unieron a los ejércitos campesinos saqueando la propiedad y violando a las mujeres, un factor que más tarde ayudó a los bolcheviques a separar a los rebeldes de la población local.[40]

La fuerza de los ejércitos rebeldes arrancaba de sus estrechos vínculos con la aldea: esto los capacitó para llevar a cabo operaciones guerrilleras que causaron

una enorme confusión a los comandantes del Ejército Rojo. Lo que los norteamericanos aprendieron más tarde en Vietnam (que los ejércitos convencionales, por muy bien armados que estén, están mal equipados para combatir con un ejército campesino bien apoyado) los rusos lo descubrieron en 1921 (y volvieron a redescubrirlo sesenta años más tarde en Afganistán). Los ejércitos rebeldes estaban organizados sobre una base partisana en la que cada aldea era responsable de la movilización, la alimentación y la equipación de sus propias tropas. En Tambov y algunas zonas de Siberia occidental los STK, estrechamente unidos con las comunas de las aldeas, llevaron a cabo estas funciones. En el resto de los sitios fueron las mismas comunas las que cumplieron con ellas. La Iglesia y los eseristas locales, especialmente aquellos situados en el ala izquierda del partido, también ayudaron a organizar la revuelta en algunas regiones, aunque el papel preciso de los dirigentes eseristas todavía está envuelto en el misterio.[41]

Con el apoyo de la población local los ejércitos rebeldes eran, en palabras de Antonov-Ovseenko, «difícilmente vulnerables, extraordinariamente invisibles y, por así decirlo, ubicuos»; los campesinos podían convertirse en soldados y los soldados en campesinos en un abrir y cerrar de ojos. Los aldeanos eran los oídos y los ojos de los ejércitos rebeldes (las mujeres, los niños, e incluso los mendigos actuaban como espías), y en todas partes los rojos eran vulnerables a las emboscadas. Sin embargo, los rebeldes, cuando eran perseguidos por los rojos, se desvanecían repentinamente, o mezclándose con la población local o huyendo en caballos de refresco proporcionados por los campesinos, que superaban con mucho a los perseguidores rojos. Donde los rojos podían viajar cincuenta kilómetros diarios, los rebeldes podían viajar hasta un centenar. Su profundo conocimiento del terreno local, además, les capacitaba para merodear y desencadenar asaltos por la noche. Su gran movilidad compensaba fácilmente su carencia de artillería. Literalmente se movían en círculo en torno a los rojos, cuyos comandantes se quejaban de que estaban «en todas partes». En lugar de enfrentarse con los rojos en campo abierto, los rebeldes se apegaban a las colinas y los bosques remotos a la espera del momento preciso para desencadenar un ataque sorpresa antes de retirarse y perderse de vista. Su estrategia era puramente defensiva: no pretendían marchar contra Moscú (ni siquiera, en su mayor parte, atacar las ciudades locales), sino librarse de su influencia. Volaron puentes, cortaron las líneas telegráficas y levantaron las líneas férreas para paralizar a los rojos. Era difícil enfrentarse a tales tácticas, especialmente porque

ninguno de los comandantes rojos se había encontrado con ellas con anterioridad. Las primeras unidades pequeñas enviadas a combatir contra los rebeldes fueron casi todas derrotadas —Tujachevsky dijo que su «único propósito era armar a los rebeldes»— y pronto se desmoralizaron. Muchos rojos incluso se unieron a los rebeldes.[42]

Los fines y la ideología de la revueltas eran sorprendentemente uniformes y reflejan las aspiraciones comunes de la revolución campesina en Rusia y en Ucrania. Todas las revueltas pretendían restablecer el autogobierno campesino de 19171918, la mayoría expresaban esta finalidad con el lema «¡poder soviético sin los comunistas!» o alguna variación sobre este tema y la misma idea básica quedó expresada en ocasiones en los lemas bastante confusos de «¡Viva Lenin! ¡Abajo Trotsky!» o «¡Vivan los bolcheviques! ¡Muerte a los comunistas!». Muchos campesinos seguían bajo la ilusión de que los bolcheviques y los comunistas eran dos partidos distintos: el cambio de nombre del partido realizado en febrero de 1918 todavía tenía que ser comunicado a las aldeas remotas; los campesinos creían que Lenin y los bolcheviques les habían traído la paz, que les habían permitido apoderarse de las tierras de la nobleza, vender sus productos alimenticios libremente en el mercado y regular sus propias comunidades locales mediante los sóviets elegidos por ellos. Por otro lado, creían que Trotsky y los comunistas les habían traído la guerra civil, les habían quitado la tierra de la nobleza y la habían utilizado para fundar granjas colectivas, habían prohibido el comercio libre con las requisas y habían usurpado sus sóviets locales.

Mediante el lema del poder soviético, los rebeldes campesinos, sin duda, estaban buscando en parte dar a su protesta una forma «legítima». A veces denominaron sóviets a sus órganos rebeldes; su compromiso con el ideal democrático de la revolución no resultaba menos genuino por esta pretensión. Todos los movimientos campesinos eran hostiles a los blancos, y resulta significativo que ninguno de ellos comenzara realmente hasta después de la derrota de los blancos. Muchos de los dirigentes rebeldes (por ejemplo, Majnó, Sapozhkov, Mironov, Serov, Vajulin, Maslakov y Kolesov) habían combatido al lado de los rojos, y a menudo con distinciones, contra los blancos. Otros habían servido como funcionarios soviéticos: Antonov había sido el jefe de la policía soviética en el distrito de Kirsanov hasta el verano de 1918, cuando, como el resto de los eseristas de izquierdas, había roto con los bolcheviques y había convertido el distrito en un bastión de la revuelta; Sapozhkov, que dirigió un

ejército rebelde campesino en el distrito de Novouzensk en Samara durante el verano de 1920, había sido con anterioridad el presidente del Sóviet de Novouzensk, un héroe de su defensa contra los cosacos y un dirigente de la clandestinidad bolchevique en Samara contra el Komuch; Piatakov, un dirigente campesino rebelde en la cercana provincia de Saratov, había sido un comisario soviético de provisiones; Voronovich, uno de los dirigentes rebeldes del Cáucaso, había sido el presidente del Sóviet de Luga en 1917 e incluso había tomado parte en la defensa de Petrogrado contra Kornilov.[43]

Los campesinos a menudo denominaron a sus revueltas «revolución» y eso es lo que pretendían que fueran. Como en 1917, buena parte de la infraestructura estatal en el campo fue anegada por una enorme oleada de cólera y destrucción procedente de los campesinos. Fue una salvaje guerra de venganza contra el régimen comunista. Millares de bolcheviques fueron brutalmente asesinados, muchos fueron víctimas de torturas terribles (y simbólicas): se les cortaron las orejas y las lenguas y les arrancaron los ojos; les cortaron los miembros, las cabezas y los genitales; les abrieron el estómago y se lo llenaron con trigo; les grabaron a fuego cruces en la frente y en la espalda; los comunistas fueron crucificados en árboles, quemados vivos, ahogados bajo el hielo, enterrados hasta el cuello y comidos por perros o ratas, mientras multitudes de campesinos miraban y gritaban. Las oficinas del partido y del Sóviet fueron saqueadas, los puestos de policía y los tribunales rurales fueron reducidos a cenizas, las escuelas y los centros de propaganda soviéticos fueron arrasados; por lo que se refiere a las granjas colectivas, la inmensa mayoría fue destruida, y sus herramientas y ganado resultaron redistribuidos entre los campesinos locales y lo mismo sucedió con los puestos de requisa de granos, los molinos, las factorías, las fábricas de cerveza y las tahonas soviéticas. Una vez que las fuerzas rebeldes se habían apoderado de la instalación, «enormes muchedumbres de campesinos» seguían sus pasos retirando poco a poco el grano requisado y enviándolo en carros de regreso a las aldeas. Esta reclamación de la «propiedad del pueblo» (de hecho un nuevo «saqueo de los saqueadores») ayudó a los ejércitos rebeldes a consolidar el apoyo de la población local. Pero no todos los rebeldes se comportaron como Robin Hoods. El pillaje también desempeñó su papel. La mayoría de los ejércitos rebeldes interceptaban trenes. En la región del Donbass se llegó a firmar que tales acciones eran «un episodio casi cotidiano» durante la primavera de 1921. Los ataques contra las ciudades, y a veces los agricultores campesinos, fueron otra fuente común de provisiones. La aparición de estas

fuerzas rebeldes, con sus enormes manadas de ganado robado y sus largas caravanas de equipo militar, barriles de licor y sacos de grano, debían de resultar muy coloristas. Los partisanos de Antonov partieron de Kniazeva en el distrito de Serdobsk con el conjunto completo del guardarropa y del departamento de *atrezzo* del teatro local, lo que incluía linternas mágicas, títeres y polisones. Un testigo ocular describió el ejército rebelde de Popov en la ciudad del Volga Jvalynsk como un largo tren de cureñas de ametralladora arrastradas cada una de ellas por seis caballos:

> Las cureñas estaban cubiertas de manchas de sangre y los caballos aparecían decorados con cintas y materiales de colores brillantes. Diez de las cureñas llevaban también gramófonos, mientras que otras transportaban barriles de cerveza y de vodka. Durante todo el día los bandidos cantaban y bailaban al son de la música, y la ciudad se vio invadida por un estruendo inimaginable.[44]

En marzo de 1921 el poder soviético había dejado de existir en buena parte del campo. Las organizaciones provinciales bolcheviques enviaron telegramas desesperados a Moscú insistiendo en que carecían de fuerza para resistir a los rebeldes y solicitando refuerzos inmediatos. El envío de grano a las ciudades había sido prácticamente detenido en las zonas controladas por los rebeldes. Cuando la crisis de alimentos en las ciudades se agudizó y cada vez un número mayor de trabajadores fue a la huelga, resultó evidente que los bolcheviques se estaban enfrentando con una situación revolucionaria. Lenin fue víctima del pánico; todos los días bombardeaba a los comandantes rojos locales con violentas exigencias para que se llevara a cabo la supresión lo más rápidamente posible de las revueltas por cualquier medio. «Apenas podemos resistir», reconoció en marzo. Las guerras campesinas, dijo en la sesión de apertura del X Congreso del Partido el 8 de marzo, eran «mucho más peligrosas que todos los Denikin, Yudenich y Kolchak juntos».[45] Junto con las huelgas y el motín de Kronstadt en mayo, iban a forzar al congreso a abandonar finalmente la ampliamente odiada política de comunismo de guerra y a restaurar el comercio libre bajo la NPE. Era una baza desesperada para detener la marea de esta revolución popular. Tras haber derrotado a los blancos, que estaban respaldados por no menos de ocho potencias occidentales, los bolcheviques se rindieron ante

el campesinado.

La oleada de huelgas obreras que anegó Rusia durante febrero de 1921 no fue menos revolucionaria que las revueltas campesinas. Dados los castigos que podían esperar los huelguistas (despido, arresto y encarcelamiento e incluso ejecución instantáneos), fue un acto de valentía, un acto de desafio, convocar la huelga en 1921. Mientras que las primeras huelgas habían sido un medio de regatear con el régimen, las de 1921 fueron un último intento desesperado para derribarlo.

«¡Trabajadores, no tenéis nada que perder más que vuestras cadenas!» La frase de Marx nunca antes había sido tan cierta. La fábrica militarizada había reducido a la servidumbre a la clase obrera. Al carecer de la suficiente comida para estimular a los obreros, los bolcheviques sólo podían recurrir a la coacción. Los obreros se vieron privados de sus magras raciones, encarcelados, incluso fusilados, si las factorías no llegaban a cumplir con las cuotas establecidas de producción. Con la escasa cosecha y el sentimiento reacio del campesinado a la hora de entregar su grano, las reservas alimenticias en las ciudades descendieron hasta unos niveles peligrosamente bajos durante el invierno de 1920-1921. El colapso del transporte a causa de las fuertes nevadas empeoró todavía más la situación. El 22 de enero la ración de pan se vio reducida en una tercera parte en varias ciudades industriales, incluyendo Moscú y Petrogrado. Incluso los obreros más privilegiados sólo recibían mil calorías al día, y centenares de fábricas en todo el país se vieron obligadas a cerrar sus puertas por falta de energía. El menchevique Fedor Dan vio cómo los obreros y los soldados que se morían de hambre mendigaban comida por las calles de Petrogrado. Las mujeres hacían cola durante toda la noche para comprar una barra de pan.[46] Era una situación que recordaba la que había tenido lugar en vísperas de la Revolución de Febrero.

Moscú fue la primera ciudad en estallar. Una oleada de mítines obreros exigieron el final de los privilegios de los comunistas, la restauración del mercado libre y de la libertad de desplazamiento (intentando indicar con esto su derecho a viajar al campo y a comerciar con los campesinos), los derechos humanos y la Asamblea Constituyente. Se colgaron banderas blancas en las fábricas como una señal tradicional de la protesta de la clase obrera. Los impresores moscovitas se pusieron a la cabeza: habían desencadenado una protesta similar en mayo de 1920 y tanto los mencheviques como los eseristas

disponían de fuerza en su sindicato, pero era tal el grado general de descontento que el movimiento de protesta necesitó poco estímulo. Los bolcheviques enviaron emisarios a las fábricas para intentar quitar hierro a la situación; pero fueron tratados con aspereza. Según un informe (bastante cuestionable), el mismo Lenin hizo acto de presencia ante un ruidoso mitin de obreros metalúrgicos y preguntó a los oyentes, que le habían acusado de arruinar el país, si preferirían tener a los blancos. Pero su pregunta provocó una respuesta encolerizada: «Que vengan los que quieran, blancos, negros o demonios, pero tú márchate». El 21 de febrero millares de obreros habían ido a la huelga, enormes manifestaciones desfilaban por las calles del distrito de Jamovniki y, cuando fracasaron los intentos de dispersar a la muchedumbre, se recurrió a las tropas. Pero como en febrero de 1917, los soldados se negaron a disparar sobre la muchedumbre y destacamentos comunistas especiales (ChON) tuvieron que ser llamados, y de esta manera se dio muerte a varios obreros. Durante el día siguiente apareció un gentío aún mayor en las calles; desfiló ante los cuarteles Jamovniki e intentó que los soldados salieran, pero éstos estaban recluidos en su interior y los destacamentos comunistas, una vez más, dispersaron a la muchedumbre por la fuerza. El 23 de febrero, cuando diez mil obreros se manifestaban en protesta por las calles, se declaró la ley marcial en la capital.[47]

Mientras tanto, las huelgas se extendían a Petrogrado. Numerosas fábricas celebraron manifestaciones de protesta el día 22. Como en Moscú, los obreros exigían el final de las raciones privilegiadas de los comunistas, la restauración de la libertad de comercio y de movimientos y, bajo la influencia de los mencheviques y de los eseristas, reelecciones libres a los sóviets y la convocatoria de la Asamblea Constituyente. En los siguientes tres días millares de obreros fueron a la huelga, todas las grandes plantas metalúrgicas (las Putilov, Trubochny, Baltic y Obujovsky) se unieron al movimiento, junto con la mayoría de los muelles y los astilleros. Prácticamente era una huelga general. En la perspectiva Nevsky y en la isla de Vasilevsky se produjeron choques entre los huelguistas y las tropas. Algunos de los soldados dispararon contra los obreros, matando e hiriendo al menos a treinta de ellos; pero varios millares de soldados, incluyendo el regimiento Izmailivsky y el de Finlandia, se unieron a la muchedumbre. Incluso los marinos del *Aurora*, ese símbolo flotante del poder bolchevique, atracado en la ciudad para llevar a cabo las reparaciones de invierno, desembarcaron para unirse a los manifestantes.

No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que ésta era exactamente la

misma situación que, cuatro años antes, había provocado el motín de la guarnición de Petrogrado que condujo al derrocamiento del régimen zarista. Los bolcheviques estaban horrorizados ante la idea de otro motín e hicieron todo lo que pudieron para mantener a los soldados en sus cuarteles; incluso les quitaron el calzado, con el pretexto de que lo iban a reemplazar con otro nuevo, para impedir que los soldados salieran. La ciudad fue colocada bajo ley marcial el día 25. Y todo el poder fue entregado a un Comité Especial de Defensa con Zinoviev a la cabeza. El jefe del partido, que siempre estaba inclinado a dejarse llevar por el pánico en tales situaciones, realizó un llamamiento histérico a los obreros, suplicándoles que regresaran al trabajo y prometiéndoles que su situación económica mejoraría. Mientras tanto, la Cheka estaba arrestando a centenares de huelguistas (junto con la mayoría de los mencheviques y eseristas importantes de la ciudad) al tiempo que otros millares eran expulsados de sus fábricas y privados así de sus raciones. Todo esto iba a exacerbar las huelgas. Los trabajadores reclamaron ahora, de manera abierta, el derrocamiento del régimen bolchevique. El 27 de febrero, el cuarto aniversario de la revolución, apareció la siguiente proclama en las calles. Era un llamamiento a favor de una nueva revolución:

> En primer lugar los obreros y los campesinos necesitan libertad. No desean vivir de acuerdo con los decretos de los bolcheviques. Desean controlar sus propios destinos.
> Exigimos la liberación de todos los trabajadores socialistas y no afiliados a partidos arrestados; la abolición de la ley marcial; la libertad de expresión, de prensa y de reunión para todos los que trabajan; elecciones libres en los comités de fábrica, en los sindicatos y en los sóviets.
> Convocad reuniones, aprobad resoluciones, enviad delegados a las autoridades, conseguid el cumplimiento de vuestras exigencias.[48]

Ese mismo día la revuelta se extendió, cruzando el golfo de Finlandia, a la base naval de Kronstadt: una revolución real avanzaba ahora un paso más. En 1917 Trotsky había denominado a los marineros de Kronstadt el «orgullo y la gloria de la Revolución rusa». Fueron los primeros en exigir el poder para los sóviets, y representaron un papel clave en los sucesos de octubre, pero Kronstadt siempre había sido un turbulento bastión del maximalismo revolucionario; sus

marineros eran anarquistas tanto como bolcheviques. Lo que realmente deseaban era una república soviética independiente de Kronstadt (una especie de versión isleña de la Comuna de París) opuesta a un Estado centralizado. Hasta el verano de 1918 el Sóviet de Kronstadt fue gobernado por una amplia coalición de todos los partidos de extrema izquierda. Su ejecutiva fue elegida por su competencia más que por su partido, y era estrictamente responsable ante los sóviets elegidos (o «colectivos de trabajadores») de la base naval. Semejante democracia resultaba intolerable para los bolcheviques. Purgaron el Sóviet de todos los demás partidos y lo convirtieron en un órgano burocrático de su Estado. Los marineros pronto se sintieron descontentos. Aunque en octubre de 1919 combatieron a favor de los rojos durante la defensa de Petrogrado, sólo lo hicieron para derrotar a los blancos, a los que veían como un mal todavía peor que los bolcheviques. Una vez concluida la guerra civil, los marinos volvieron su cólera contra los rojos; condenaron su tratamiento del campesinado; muchos de los marineros de Kronstadt procedían del campo (Ucrania y Tambov estaban especialmente bien representadas) y se quedaron sorprendidos por lo que encontraron allí cuando regresaron a casa de permiso. «La nuestra es una explotación campesina corriente —escribió un tripulante del *Petropavlovsk* en noviembre de 1920, después de saber que la vaca de su familia había sido requisada—; sin embargo, cuando yo y mi hermano regresemos a casa después de servir a la república soviética, el pueblo acudirá a nuestra arruinada granja y dirá: "¿Con qué finalidad realizasteis vuestros servicios? ¿Qué os ha dado la República Soviética?"». El estilo de vida feudal de los jefes comunistas era otra fuente de resentimiento creciente tanto entre los marineros como entre las bases del partido. Raskolnikov, el dirigente bolchevique de 1917, regresó a Kronstadt en 1920 como el recientemente nombrado comandante en jefe de la flota del Báltico, y vivió allí como un señor con su elegante esposa, la comisaria bolchevique Larissa Reissner; disfrutó de banquetes, de coches conducidos por chóferes y de sirvientes. Reissner incluso tenía un guardarropa de vestidos requisados a la aristocracia para ella. La mitad de los bolcheviques de Kronstadt se sintieron tan desilusionados que rompieron sus carnés del partido durante la segunda mitad de 1920.[49]

Cuando las noticias de las huelgas en Petrogrado llegaron hasta los marineros de Kronstadt, enviaron una delegación a la ciudad para informar acerca de su desarrollo. Cuando regresaron el 28 de febrero, la tripulación del *Petropavlovsk*, previamente un bastión bolchevique, levantó su propia bandera de rebelión con

una proclama que exigía elecciones libres para los sóviets, libertad de expresión, prensa y reunión (aunque sólo para los obreros y campesinos, los partidos izquierdistas y los sindicatos), «raciones iguales para todo el pueblo trabajador», y «libertad para los campesinos para cultivar la tierra como consideren más adecuado», siempre que no utilizaran mano de obra asalariada. Mientras que las resoluciones de los obreros exigían la nueva convocatoria de la Asamblea Constituyente, los marineros siguieron oponiéndose. Había sido un grupo anarquista de marineros de Kronstadt el que había clausurado por la fuerza la Asamblea Constituyente en enero de 1918. Su programa siguió siendo estrictamente soviético en el sentido de que pretendía restaurar su propio Sóviet multipartidista de 1918. Además, a diferencia de los campesinos rebeldes, cuyo lema era «¡Sóviets sin comunistas!», incluso estaban preparados para aceptar a los bolcheviques en esta coalición, siempre que aceptaran los principios de la democracia soviética y renunciaran a su dictadura. Esto contribuye a explicar por qué (de manera única entre las revueltas de 1921) más de la mitad de las bases bolcheviques de Kronstadt decidieron unirse al motín.

En una situación delicada a causa de la pérdida de este antiguo bastión, los bolcheviques intentaron sostener la tesis de que los rebeldes de Kronstadt no eran los mismos que los de 1917, que los mejores marineros proletarios se habían perdido en la guerra civil y habían sido reemplazados por «muchachos campesinos vestidos de marineros» que habían traído consigo desde la aldea actitudes «anarquistas» y «pequeñoburguesas». Sin embargo, como ha puesto de manifiesto Israel Getzler, éste, de hecho, fue un ejemplo de cómo los bolcheviques eran abandonados por sus hijos más famosos. Los rebeldes de Kronstadt en 1921 eran esencialmente los mismos que en 1917; la mayoría de sus dirigentes eran marineros veteranos de la flota de Kronstadt; algunos de ellos, como el eserista maximalista Anatolii Lamanov, ideólogo jefe del motín, habían sido miembros prominentes del Sóviet de Kronstadt en 1917-1918. En los dos barcos principales implicados en el motín, el *Petropavlovsk* y el *Sevastopol*, el 94 por ciento de la tripulación había sido reclutada antes de 1918.[50] Tanto en su personal como en su ideología, el motín era un retorno a los días revolucionarios de 1917.

La cólera y la excitación revolucionarias se esparcieron por las calles el 1 de marzo. Un mitin de masas en la plaza Anchor al que asistieron quince mil personas, casi una tercera parte de la población de Kronstadt, aprobó una resolución que exigía que el Sóviet fuera reelegido. Kalinin, enviado para calmar

a los marineros, fue tratado con aspereza, mientras que Kuzmin, un comisario bolchevique de la flota, fue expulsado del lugar de los oradores entre abucheos. Al día siguiente trescientos delegados procedentes de varios barcos y astilleros se reunieron para elegir a un nuevo Sóviet. Los bolcheviques amotinados constituían una amplia minoría dentro de los delegados. Alarmados por los rumores de que los guardas comunistas iban a irrumpir en el mitin, los delegados optaron en lugar de ello por seleccionar un comité revolucionario de cinco hombres, que apresuradamente se puso a organizar la defensa de la isla. El antiguo espíritu de la improvisación revolucionaria había regresado.

Aunque estos rumores resultaron ser falsos, los bolcheviques de Petrogrado ciertamente se estaban preparando para sofocar el motín. No podían esperar a que aquello quedara en agua de borrajas. Las revueltas en otras ciudades, tales como Kazán y Nizhnyi Novgorod, ya estaban siendo inspiradas por él. El golfo de Finlandia, cubierto por el hielo, estaba a punto de derretirse, y eso convertiría la fortaleza, con toda su flota liberada del hielo, en casi inexpugnable. El 2 de marzo se impuso la ley marcial en toda la provincia de Petrogrado, se reunieron de manera masiva soldados y artillería a lo largo de la costa situada frente a Kronstadt. Y, como en el caso de la defensa de Petrogrado contra los blancos, Trotsky fue despachado a la antigua capital para hacerse cargo del mando de las operaciones. Llegó el 5 de marzo y ordenó a los amotinados que se rindieran inmediatamente. En un ultimátum que podía haber sido emitido por un gobernador provincial del siglo XIX dirigido a los campesinos rebeldes advirtió que a los rebeldes «se les dispararía como a perdices» si no se rendían en veinticuatro horas. Trotsky ordenó que las familias de los marineros que vivían en Petrogrado fueran arrestadas como rehenes, y cuando el jefe de la Cheka de Petrogrado insistió en que el motín era «espontáneo», Trotsky cablegrafió a Moscú para que fuera destituido.[51]

El asalto comenzó el 7 de marzo. Durante un día entero los cañones pesados de los bolcheviques bombardearon la fortaleza desde la costa noroccidental. Era el Día de la Mujer Trabajadora y, en medio del ruido de las granadas que estallaban, la radio de Kronstadt envió saludos a las mujeres de todo el mundo. El distante retumbar de la artillería pesada pudo ser oído por Alexander Berkman a treinta kilómetros de distancia en la perspectiva Nevsky. El anarquista norteamericano, cuya fe en la revolución se había visto repentinamente reavivada por el motín, anotó en su diario a las seis de la tarde de ese día: «¡Kronstadt ha sido atacado! Días de angustia y de cañoneo. Mi corazón está

anegado por la desesperación; algo ha muerto dentro de mí». La finalidad del bombardeo era «suavizar» la fortaleza en preparación de un asalto sobre el hielo. Las tropas tendrían que cruzar una aterradora extensión helada de cinco millas expuesta a los cañones de las embarcaciones y de los fuertes de Kronstadt. La moral era comprensiblemente baja entre las tropas reclutadas, y Tujachevsky, que estaba a cargo de la operación, tuvo que situar tropas especiales de seguridad comunistas entre sus unidades y ametralladoras de la Cheka a sus espaldas para asegurarse de que no huirían. Avanzaron a primera hora de la mañana siguiente: una tormenta de nieve les proporcionó cobertura y algunas de las tropas de vanguardia recibieron camisas blancas. El asalto, sin embargo, terminó en un desastre. La artillería pesada de los amotinados abrió canales de agua en el hielo en el que muchos de los soldados asaltantes, cegados por la tormenta de nieve, cayeron y se ahogaron. Dos mil soldados fueron abatidos por las ametralladoras de los fuertes exteriores. Cuando concluyó la tormenta de nieve se pudo ver que la inmensa extensión de hielo estaba cubierta de cadáveres.[52]

Mientras tanto, en medio de toda esta lucha, los amotinados comenzaron a llevar a cabo su «revolución». Fue una república construida bajo el fuego. En sus dieciocho agitados días de gobierno (del 1 al 18 de marzo) el Comité Revolucionario de Kronstadt desmanteló el aparato comunista, organizó la reelecciones de los sindicatos y se preparó para nuevas elecciones a los sóviets. El 8 de marzo su propia *Izvestiia* publicó una declaración acerca de «aquello por lo que luchamos»; se trataba de un conmovedor documento de protesta que resumía para los marineros (y, ciertamente, para el pueblo ruso en su conjunto) lo que había salido mal en la revolución:

> Al llevar a cabo la Revolución de Octubre la clase trabajadora tenía la esperanza de conseguir su emancipación. Pero el resultado ha sido un esclavizamiento incluso mayor de los seres humanos. El poder de la monarquía, con su policía y su gendarmería, ha pasado a manos de los usurpadores comunistas, que han entregado al pueblo no la libertad sino el miedo constante de la tortura a manos de la Cheka, cuyos horrores exceden con mucho el gobierno de la gendarmería bajo el zarismo [...]. El glorioso emblema del Estado de los trabajadores (la hoz y el martillo) de hecho ha sido reemplazado por los comunistas por la bayoneta y la ventana enrejada, que utilizan para mantener la calma y la vida segura de

> la nueva burocracia los comisarios y funcionarios comunistas.
>
> Pero lo peor y lo más criminal de todo es la servidumbre moral que los comunistas han introducido: han puesto sus manos en la conciencia del pueblo trabajador, obligándolo a pensar de la manera que ellos desean. A través del control estatal de los sindicatos han encadenado a los trabajadores a sus máquinas de tal manera que el trabajo ya no es una fuente de alegría, sino una nueva forma de esclavitud. A las protestas de los campesinos, expresadas en alzamientos espontáneos, y a las de los trabajadores, cuyas condiciones de vida los han obligado a ir a la huelga, han respondido con ejecuciones masivas y con un derramamiento de sangre que excede incluso el de los generales zaristas. La Rusia de los trabajadores, la primera que alzó la bandera roja de la liberación, está anegada en sangre.

Este fue el contexto en el que el X Congreso del Partido se reunió en Moscú el 8 de marzo. La dirección se enfrentaba con dos problemas críticos: la derrota de la Oposición de los Trabajadores (y, en menor grado, la de los centralistas democráticos), con sus dos resoluciones disidentes sobre los sindicatos y la democracia del partido; y la resolución sobre la crisis revolucionaria en el campo.

Lenin, como sucedía siempre en situaciones similares, era presa de la cólera. No se detendría ante nada para asegurar la derrota de la Oposición de los Trabajadores. Kollontai se convirtió en el objetivo de insultos personales; Lenin no le dirigió la palabra y amenazó a aquellos que lo hicieron. Durante los debates utilizó su conocimiento de que Shliapnikov y Kollontai habían sido amantes para ridiculizar sus argumentos en favor de la solidaridad proletaria. «Bueno, gracias a Dios —dijo provocando la carcajada general—, sabemos que la camarada Kollontai y el camarada Shliapnikov son un ejemplo de unión de clase.» Al sarcasmo, Lenin añadió la calumnia, condenando a la Oposición de los Trabajadores como una «desviación sindicalista» y acusándola de compartir los mismos ideales que los amotinados de Kronstadt y los huelguistas obreros. Esto, por supuesto, era falso: mientras que ambos grupos de protesta exigían el derrocamiento de la dictadura bolchevique, la Oposición de los Trabajadores simplemente deseaba reformarla. Pero tales distinciones eran más difíciles de hacer que de señalar. En la atmósfera de pánico histérico, que Lenin ayudó a

crear en el congreso con sus constantes advertencias de que el poder soviético podía ser derribado en cualquier momento, los delegados bolcheviques estaban demasiado aterrorizados para cuestionar la acusación de Lenin. Aceptaron su planteamiento demagógico de que la unidad estricta del partido era imprescindible en ese momento y que tolerar tales facciones de oposición sólo podía beneficiar al enemigo. Sin duda, si se hubiera llegado a votar, la posición de Lenin sobre la cuestión sindical habría recibido una mayoría sustancial. La «plataforma de los diez», como era conocida, ofreció un bienvenido compromiso entre el supercentralismo de Trotsky y el «sindicalismo» de la Oposición de los Trabajadores, restaurando efectivamente la posición del IX Congreso del Partido en virtud del cual el Estado continuaría rigiendo la industria mediante el sistema de gestión unipersonal y consultaría a los sindicatos en relación con los nombramientos administrativos. Pero la táctica de Lenin aseguró la victoria. Sus dos resoluciones condenando a la Oposición de los Trabajadores recibieron mayorías absolutas: no más de 30 de los 694 delegados del congreso votaron en contra de ellas.[54]

Lenin consolidó su victoria con una de las más terribles decisiones de la historia del Partido Comunista, la proscripción de las facciones. Esta resolución secreta, aprobada por el congreso el 16 de marzo, dejó fuera de la ley la formación de todas las agrupaciones del partido independientes del Comité Central. Con el voto de dos tercios del Comité Central y de la Comisión de Control, tales facciones podían ser expulsadas del partido. La proscripción había sido propuesta por Lenin en un momento de cólera vindicativa contra la Oposición de los Trabajadores, y fue aprobada por un congreso aburrido e impaciente por las discusiones faccionales de los últimos meses y que en la presente crisis sólo estaba más que deseoso de alinearse con su dirigente en contra de sus oponentes en el partido. Ni Lenin ni las bases se dieron cuenta del significado potencial de la proscripción. A partir de entonces, el Comité Central iba a gobernar el partido siguiendo la misma línea dictatorial con que el partido gobernaba el país; nadie podría desafiar sus decisiones sin exponerse a la acusación del faccionalismo. El ascenso de Stalin al poder fue producto de la proscripción. Utilizó la misma táctica contra Trotsky y Bujarin que Lenin había utilizado contra la Oposición de los Trabajadores. Ciertamente, fue para reforzar la proscripción y llevar a cabo la purga de la Oposición de los Trabajadores principalmente para lo que Lenin creó el cargo de secretario general del partido, con Stalin como el primer *Gensek*, en abril de 1922. En el XII Congreso del

Partido, en 1923, la purga quedó consumada, como también el ascenso de Stalin en el Comité Central. Shliapnikov y Kollontai, aunque se libraron de la ignominia de verse expulsados del partido, fueron en ambos casos enviados al exilio diplomático, el primero a París y la segunda a Estocolmo. Los partidarios de la Oposición de los Trabajadores fueron apartados de los puestos de responsabilidad del partido y de los sindicatos. La mayoría de ellos fueron acosados, algunos encarcelados; casi todos ellos resultaron más tarde fusilados durante el Terror de Stalin. Shliapnikov fue asesinado en 1937.

No menos decisiva que la proscripción de las facciones fue la histórica segunda resolución del X Congreso del Partido, la sustitución de la requisa de alimentos por el impuesto en especie. Esto significó abandonar la tesis central del comunismo de guerra y colocar los cimientos de la NPE permitiendo a los campesinos, una vez que el impuesto hubiera sido pagado, vender el resto de sus excedentes como desearan, incluyendo el mercado libre. Se trataba de un intento por estimular la producción: la carga general del impuesto era un 45 por ciento más baja que la requisa de 1920 (más tarde se redujo a una tasa general del 10 por ciento de la cosecha); hubo incluso deducciones del impuesto para los campesinos que incrementaran sus siembras y su productividad; el campesino individual fue responsabilizado por su propia parte del impuesto, aboliendo así la responsabilidad colectiva de la comuna, e iba a haber un fondo especial de bienes de consumo y de herramientas agrícolas para el intercambio con los campesinos más productivos. Lenin, al parecer, había estado avanzando hacia este «nuevo trato» con los campesinos durante varias semanas. Un informe sobre el alzamiento de Antonov, entregado por Bujarin al Politburó el 2 de febrero después de su regreso de un viaje a Tambov, había dejado claro que era imposible continuar con las requisas en vista de la fuerza de la resistencia campesina contra ellas, tanto allí como en otras muchas provincias. No cabe ninguna duda de que la época en que se introdujo el impuesto en especie vino determinada por la urgente necesidad de pacificar estas guerras campesinas, que Lenin temía más que a los blancos.[55]

Temeroso de que los delegados denunciaran el impuesto como una restauración del capitalismo, Lenin intentó limitar su discusión retrasando la introducción de la resolución hasta el 15 de marzo, el penúltimo día del congreso, cuando muchos de los delegados ya habían marchado hacia el frente de Kronstadt. El propio discurso de Lenin acerca de la NPE monopolizó la sesión, dejando poco tiempo para otros oradores. Subrayó que el impuesto en

especies era desesperadamente necesario para extinguir las revueltas campesinas y construir una nueva alianza (la *smychka)* con los campesinos, basada en el mercado. El poder soviético no podría sobrevivir sin ella, puesto que el fracaso de la revolución en Occidente dejaba al proletariado sin otros aliados. La política de la guerra civil había sido un sueño utópico (era imposible crear el socialismo por un acto administrativo de la voluntad), y en un país campesino atrasado como Rusia no existía otra manera de restaurar la economía después de las devastaciones de los últimos años salvo la de acumular capital para la transformación socialista del país a través del mercado. Rechazó los miedos de que la restauración del comercio privado devolvería a Rusia al capitalismo: iba a ser un mercado socializado. Las clases capitalistas de Rusia, incluyendo a los *kulaks*, ya habían sido destruidas por la revolución, y en la medida en que controlara «las decisiones de mando» de la economía, de la banca, de la industria pesada, del transporte y del comercio exterior, el Estado podría regular el mercado y utilizar la presión fiscal para dirigir a los pequeños propietarios hacia las granjas colectivas y las cooperativas. La táctica de Lenin funcionó. Su discurso había durado casi tres horas y cuando se sentó la mayoría de los delegados estaban o demasiado cansados o demasiado intimidados como para enzarzarse en un debate teórico serio. Mientras que sobre otras cuestiones hubo hasta doscientos cincuenta oradores distintos, sólo hubo cuatro, aparte del mismo Lenin, en relación con el impuesto en especie. Todos ellos fueron escogidos por el Presidium, se les limitó estrictamente a diez minutos, y ninguno formuló ninguna crítica seria. Ni Trotsky ni Bujarin expresaron el deseo de hablar sobre el nuevo impuesto, aunque ambos habían defendido políticas contrarias hasta entonces, y entre ellos habían hablado no menos de catorce veces durante las otras sesiones del congreso. Incluso Shliapnikov, que más tarde condenó el impuesto como un retroceso ante el campesinado, permaneció extrañamente silencioso después del apaleamiento que había recibido en los últimos días.[56] La política definitoria de la década de los años veinte fue aprobada casi sin discusión. La era del Congreso del Partido manejado por el Estado había llegado.

Mientras tanto, los bolcheviques dirigieron su atención hacia la supresión de las revueltas populares. El 10 de marzo trescientos delegados del X Congreso del Partido se presentaron voluntarios para combatir en el frente de Kronstadt después de escuchar la terrible descripción que Trotsky hizo de la situación allí. Deseosos de probar su lealtad, los miembros de la Oposición de los Trabajadores se encontraron entre los primeros en dar un paso al frente. Los delegados

llegaron a Petrogrado al día siguiente, trayendo consigo noticias del futuro impuesto en especie para estimular la moral de las tropas. Para entonces, las huelgas en Petrogrado habían remitido: los arrestos y las concesiones (incluyendo una promesa formulada por Zinoviev en fecha tan temprana como el 27 de febrero de que iba a restaurarse el comercio libre) demostraron ser suficientes para acabar con ellas. Las huelgas de Moscú siguieron el mismo patrón. El 16 de marzo comenzó el asalto final contra la fortaleza de Kronstadt. Después de varios días de bombardeo a cargo de la artillería pesada de la costa y del bombardeo desde el aire, cincuenta mil soldados pertenecientes a tropas de choque avanzaron cruzando el hielo en las oscuras horas del inicio de la mañana. La batalla duró dieciocho horas, pero a medianoche del día 17 la rebelión había sido derrotada, y la mayoría de los marineros se había rendido. Más de diez mil soldados rojos habían muerto, incluyendo a quince delegados del X Congreso del Partido que se habían sumado al asalto. Cuando concluyó la batalla, el Gobierno de Helsingfors pidió a Moscú que retirara todos los cadáveres a fin de que no fueran arrastrados hasta la costa finlandesa y crearan un problema sanitario después del deshielo.

A la mañana siguiente centenares de prisioneros de la base de Kronstadt fueron obligados a desfilar por Petrogrado camino de la prisión. Cerca del centro vieron a un grupo de obreros que llevaba sacos de patatas a la espalda. «¡Traidores! —gritaron los marineros—. Habéis vendido vuestras vidas a cambio de patatas comunistas. Mañana tendréis que comeros vuestra carne con patatas.» Esa noche unos quinientos rebeldes fueron fusilados sin juicio siguiendo las órdenes de Zinoviev: los ejecutores regulares se negaron a obedecerlas, de manera que una brigada de adolescentes del Komsomol recibió la orden de fusilar a los marineros en su lugar. Algunos de los rebeldes se las arreglaron para huir hasta el piso de Gorky y hablarle de aquellas ejecuciones. Gorky se sintió abrumado (como muchos socialistas, había apoyado la rebelión desde el principio) e inmediatamente llamó a Lenin para quejarse. El dirigente bolchevique ordenó a Zinoviev que explicara sus acciones ante una reunión del partido celebrada en el piso de Gorky; pero durante la reunión, repentinamente, Zinoviev sufrió un ataque cardíaco (Gorky pretendió más tarde que había sido fingido), y el resultado fue que sólo recibió una ligera reprimenda por una acción que, en cualquier caso, probablemente había aprobado Lenin. Durante los meses siguientes fueron ejecutados dos mil rebeldes más, casi todos ellos sin juicio, mientras que otros centenares, siguiendo las órdenes de Lenin, fueron enviados a

la Solovki, el primer gran campo de concentración soviético, situado en una isla del mar Blanco, donde sufrieron una muerte más lenta por hambre, enfermedad y agotamiento. Alrededor de ocho mil rebeldes de Kronstadt escaparon a través del hielo en dirección a Finlandia, donde fueron internados y puestos a trabajar en obras públicas. Algunos de ellos fueron más tarde engañados para regresar a Rusia bajo la promesa de una amnistía, sólo para ser fusilados o enviados a campos de concentración a su regreso.[57]

La supresión de la rebelión de Kronstadt tuvo un efecto demoledor sobre los socialistas de todo el mundo. No podía haber una prueba más concluyente de que los bolcheviques se habían convertido en tiranos. Alexander Berkman, con «el último hilo de su fe en los bolcheviques roto», vagó desesperado por las calles de Petrogrado, la ciudad donde la revolución había nacido y donde ahora acababa de morir. El 18 de marzo anotó con amarga ironía en su diario: «los vencedores están celebrando el aniversario de la comuna de 1871. Trotsky y Zinoviev denuncian a Thiers y a Gallifet por la matanza de los rebeldes de París».[58]

El terror militar y el poder despiadado también fueron la clave para la supresión de las mayores revueltas campesinas, aunque en algunos lugares, como en la región del Volga, el hambre y el agotamiento fueron los que llevaron a cabo este trabajo. El punto de inflexión se produjo a inicios del verano, cuando los bolcheviques volvieron a repensar su estrategia militar: en lugar de enviar pequeños destacamentos para que combatieran a los rebeldes, anegaron las áreas rebeldes con tropas y desencadenaron una campaña de terror de masas contra aquellas aldeas que ayudaban a los rebeldes, mientras intentaban someter a las otras con propaganda. La nueva estrategia fue aplicada primero en la provincia de Tambov, donde Tujachevsky, que acababa de triunfar contra Kronstadt, fue enviado en abril para aplastar la revuelta de Antonov. En el punto álgido de la operación, en junio, las áreas insurgentes fueron ocupadas por una fuerza de más de cien mil hombres, la mayoría de ellos tropas de choque procedentes de las unidades de seguridad de elite comunistas y del Komsomol, junto con varios centenares de cañones pesados y de carros acorazados. Se utilizaron aeroplanos para seguir el movimiento de las bandas y para arrojar bombas y propaganda sobre sus bastiones. Se utilizó también gas venenoso para «obligar a las bandas a salir de los bosques». Gracias a informadores pagados, los rebeldes y sus familias fueron seleccionados para verse arrestados como rehenes y encarcelados en campos de concentración especialmente construidos: a finales de junio había

cincuenta mil campesinos en los campos de concentración de Tambov, incluyendo a más de mil niños. No era raro que la población de aldeas enteras fuera internada y más tarde fusilada o deportada al círculo polar ártico si los rebeldes no se rendían. En ocasiones las aldeas rebeldes fueron simplemente reducidas a cenizas. En un solo *volost* del distrito de Tambov (y ni siquiera se destacaba particularmente como bastión rebelde) fueron fusilados ciento cincuenta y cuatro campesinos, doscientas veintisiete familias se convirtieron en rehenes, se redujeron a cenizas diecisiete casas y otras cuarenta y seis fueron derribadas o transferidas a informadores. En conjunto, se ha estimado que cien mil personas fueron encarceladas o deportadas y quince mil fusiladas durante la supresión de la revuelta.[59]

Junto con el gran palo también había una pequeña zanahoria para inducir a los campesinos a abandonar su apoyo a los rebeldes. Las aldeas que aprobaron una resolución condenando a los «bandidos» fueron recompensadas con un fondo especial de sal y bienes manufacturados. Los bolcheviques contaban con que los rebeldes, una vez conocieran estas resoluciones, desencadenarían represalias contra las aldeas traidoras de tal manera que pudieran introducir una cuña entre ellas y socavar la base social de los rebeldes. También hubo una amnistía para los rebeldes, aunque los que fueron lo suficientemente estúpidos para rendirse, unos seis mil en total, en casi todos los casos resultaron encarcelados o fusilados. Finalmente, hubo una utilización masiva de propaganda acerca de los beneficios de la NPE, aunque su más que cuestionable eficacia apenas garantiza las pretensiones sostenidas posteriormente por los bolcheviques. Muchos campesinos, incluso de la región de Moscú, nunca habían oído hablar del impuesto en especie, mientras que la mayoría de aquellos que sí lo conocían, como reconoció Tujachevsky en aquella época, «definitivamente, no se sentían inclinados a creer en la sinceridad del decreto».[60]

A finales del verano de 1921, cuando buena parte del campo era víctima del hambre, la mayoría de las revueltas campesinas habían sido derrotadas en un sentido militar. El ejército de Antonov fue destruido en junio, aunque él escapó y, con fuerzas guerrilleras menores, continuó dificultando la vida del régimen soviético en el campo de Tambov hasta el siguiente verano, cuando finalmente fue capturado y asesinado por la Cheka. En Siberia occidental, el Don y Kubán todas las bandas campesinas salvo las más pequeñas habían sido destruidas a finales de julio, aunque la resistencia campesina contra el régimen soviético continuó a una escala menor, y de manera menos activa, hasta 1923. Por lo que

se refiere a Majnó, abandonó la lucha en agosto de 1921 y huyó con sus últimos seguidores a Rumania, aunque sus bastiones en Ucrania suroriental continuaron siendo una región rebelde durante varios años después. Para muchos ucranianos Majnó siguió siendo un héroe popular (se cantaban canciones sobre él en las bodas y en las fiestas en una fecha tan tardía como la década de los años cincuenta), pero para otros era un hombre terrible. «Batko Majnó te llevará si no te duermes», decían las madres soviéticas a sus hijos.[61]

Los mencheviques y los eseristas fueron suprimidos al mismo tiempo que los rebeldes. Resultaba axiomático para la propaganda bolchevique que las revueltas campesinas y las huelgas obreras hubieran sido organizadas por estos partidos. Era cierto que habían simpatizado con ellas y en algunos casos incluso las habían apoyado, pero resultaba mucho más relevante el hecho de que, a medida que la popularidad de los bolcheviques caía en picado, la de los eseristas y los mencheviques había aumentado: constituían una amenaza para el régimen. Al pretender que los eseristas y los mencheviques habían organizado las huelgas y las revueltas de 1921, los bolcheviques buscaban tanto un pretexto para destruir a sus últimos rivales políticos como una explicación por las protestas que negaban su base popular. El arresto de los mencheviques «contrarrevolucionarios», unos cincuenta mil en total, durante 1921, y el grotesco juicio público a los dirigentes eseristas el año siguiente, cuando todo el partido fue condenado efectivamente como «enemigos del pueblo»,[62] fueron las últimas medidas desesperadas de los bolcheviques para intentar demostrar que existía una legitimidad popular en su revolución en bancarrota.

La Nueva Política Económica fue concebida originalmente como una retirada temporal. «Estamos realizando concesiones económicas para evitar las políticas», dijo Bujarin a la Komintern en julio. «La NPE es sólo una desviación temporal, una retirada táctica, un despeje de la tierra para un nuevo y decisivo ataque de la mano de obra contra el frente del capitalismo internacional», añadió Zinoviev en diciembre. Lenin también la vio de esta manera. La NPE era un «BrestLitovsk campesino», dando un paso atrás para luego dar dos pasos adelante. Pero, a diferencia de otros muchos dirigentes del partido, Lenin aceptó que el período de retirada tenía visos de ser bastante largo (habló vagamente de «no menos de una década y probablemente más») para constituir no sólo una acción táctica sino toda una reestructuración de la revolución. La NPE, recordó

al partido en mayo, iba a ser adoptada «seriamente y por largo tiempo, tenemos que meternos esto definitivamente en la cabeza y recordarlo bien porque se están esparciendo rumores de que ésta es sólo una política de boquilla; en otras palabras, una forma de engaño político que sólo se está llevando a cabo coyunturalmente. Y esto no es verdad».[63]

Tal como lo veía Lenin, la NPE era más que una concesión temporal al mercado con la finalidad de que el país se pusiera en pie; era un esfuerzo fundamental, aunque mal formulado, encaminado a redefinir el papel del socialismo en un país campesino atrasado donde, en buena medida como resultado del *coup d'État* de su propio partido en 1917, la «revolución burguesa» no había sido concluida. Sólo «en países de capitalismo desarrollado» era posible realizar una «transición inmediata hacia el socialismo», había dicho Lenin ante el X Congreso del Partido. La Rusia soviética se vio así enfrentada con la tarea de «edificar el comunismo con manos burguesas», de basar el socialismo en el mercado. Lenin, por supuesto, siguió lleno de dudas: en ocasiones expresaba sus temores de que el régimen se viera anegado en un mar de capitalismo pequeñocampesino, pero en general vio el mercado (regulado por el Estado y gradualmente socializado a través de las cooperativas) como el único camino hacia el socialismo. Mientras que hasta entonces los bolcheviques habían vivido con la máxima «Cuanto menos mercado, más socialismo», Lenin se estaba desplazando hacia el lema «Cuanto más mercado, más socialismo».[64]

Pero los bolcheviques no pudieron borrar su innata desconfianza hacia el comercio privado. Incluso Bujarin, que más tarde se convirtió en el principal defensor de la NPE, la fue aceptando sólo lentamente durante el curso de 1921-1923. Muchos de los bolcheviques de base vieron el florecimiento del comercio privado como una traición a la revolución. Lo que, sólo meses antes, había sido condenado como un crimen contra la revolución, ahora estaba siendo apoyado y estimulado. Además, una vez abiertas las puertas al mercado, era difícil detener la afluencia de comercio privado, que estaba casi obligada a seguir después de las escaseces de los cuatro años anteriores. En 1921 toda la población estaba viviendo con ropa y calzado remendado, cocinando con utensilios de cocina rotos, bebiendo en tazas quebradas. Todos necesitaban algo nuevo. La gente se colocaba en la calle para vender o cambiar sus bienes básicos domésticos, igual que lo siguen haciendo en buena medida hoy en las ciudades rusas; los rastros florecieron, mientras que el «andar con el saco» arriba y abajo del país volvió a convertirse en un fenómeno de masas. Permitidos por las nuevas leyes de 1921-

1922 los cafés privados, las tiendas y los restaurantes, los clubs nocturnos y los burdeles, los hospitales y las clínicas, las entidades de crédito y ahorro, incluso los fabricantes de manufacturas a pequeña escala surgieron como las setas después de la lluvia. Los observadores extranjeros se quedaron sorprendidos por la repentina transformación. Moscú y Petrogrado, ciudades cementerio durante la guerra civil, volvieron repentinamente a la vida, con comerciantes ruidosos, taxistas ocupados y brillantes señales luminosas en las tiendas que llenaban las calles como lo habían hecho antes de la revolución. «La NPE convirtió Moscú en un vasto mercado», recordó Emma Goldman:

> Aparecieron de la noche a la mañana tiendas y almacenes, misteriosamente abarrotados con delicias que Rusia no había visto durante años. Enormes cantidades de mantequilla, queso y carne se mostraban a la venta; se podían comprar pasteles, frutas raras y dulces de todas clases. Hombres, mujeres y niños con rostros cansados y ojos hambrientos permanecían mirando los escaparates y discutiendo el gran milagro: lo que ayer era considerado un delito terrible ahora aparecía ante ellos de una manera abierta y legal.[65]

Pero ¿podía esta gente hambrienta hacerse con estos bienes? Ése era el temor de las bases blocheviques. Les parecía que el florecimiento en el mercado privado conduciría inevitablemente a una ampliación del abismo existente entre ricos y pobres. «Nosotros, los jóvenes comunistas, habíamos crecido en la creencia de que el dinero iba a desaparecer de una vez y para siempre —recordó un bolchevique en la década de los años cuarenta—. Si el dinero estaba volviendo a aparecer, ¿reaparecería también la gente rica? ¿Estábamos en la cuesta que se deslizaba de regreso hacia el capitalismo? Nos planteamos estas cuestiones con angustia.»Tales dudas se vieron fortalecidas por el repentino aumento del desempleo en los primeros dos años de la NPE. Mientras que estos desempleados estaban viviendo en el límite de la subsistencia, los campesinos estaban engordando y enriqueciéndose. «¿Para esto hicimos la revolución?», preguntó un bolchevique a Emma Goldman. Había un sentimiento creciente entre los trabajadores, expresado con mayor claridad por la Oposición de los Trabajadores, de que la NPE estaba sacrificando sus intereses de clase en favor del campesinado, de que el *kulak* estaba siendo rehabilitado y que se le estaba

permitiendo enriquecerse a costa de los obreros. En 1921-1922 decenas de millares de trabajadores bolcheviques rompieron sus carnés del partido disgustados con la NPE: según ellos, sus siglas significaban Nueva Explotación del Proletariado.[66]

Buena parte de esta cólera se dirigió contra los *nepmen*, la nueva y vulgar clase de comerciantes privados enriquecidos rápidamente que introdujeron los Felices Veinte en Rusia. Quizá resultaba inevitable que después de siete años de guerra y escasez estos negociantes ocuparan el vacío. Algo similar sucedió con los *spivs* en Gran Bretaña después de 1945 o, dado el caso, con las denominadas «mafias» en la Rusia postsoviética. Ciertamente, los campesinos se vieron estimulados a vender su producción alimenticia al Estado y a las cooperativas bajo el ofrecimiento de recibir a cambio bienes manufacturados baratos. Pero hasta que el sistema socializado comenzó a funcionar adecuadamente (y eso no sucedió hasta mediados de los años veinte) siguió siendo más fácil y más provechoso venderlos a los *nepmen*. Si algún producto era particularmente escaso, estos arribistas lo tendrían con seguridad, generalmente porque habrían sobornado a algún funcionario soviético. El licor, la heroína y la cocaína de contrabando, todo lo vendían. Los *nepmen* eran un símbolo viviente de este capitalismo nuevo y terrible. Vestían a sus esposas y amantes con diamantes y pieles, conducían enormes coches importados, roncaban en la ópera, cantaban en los restaurantes y se jactaban a voces en los bares de los hoteles caros de las fortunas en dólares que se habían gastado en las carreras y en los casinos recién abiertos. El gasto ostentoso de este nuevo y vulgar rico, desvergonzadamente situado en el contexto de hambre y sufrimiento terribles de aquellos años, dio nacimiento a un sentimiento generalizado y amargo de rencor entre toda la gente corriente, especialmente los trabajadores, que habían pensado que la revolución tendría que acabar con semejantes desigualdades.

Esta profunda sensación de resentimiento plebeyo (contra los *nepmen*, los «especialistas burgueses», los judíos y los *kulaks)* permaneció profundamente enterrada en los corazones de muchas personas, especialmente los obreros manuales y las bases del partido. Aquí se encontraba la atracción emocional básica de la «revolución desde arriba» de Stalin, el impulso forzoso hacia la industrialización durante el primero de los planes quinquenales. Fue un llamamiento a una segunda oleada de guerra de clases contra la «burguesía» de la NPE, los nuevos «enemigos del pueblo», la idea de un regreso al espíritu duro pero romántico de la guerra civil, aquel «período heroico de la revolución», en

que los bolcheviques, tal y como decía la leyenda, habían conquistado todas las fortalezas y avanzado sin miedo ni compromiso. Rusia en la década de los años veinte siguió siendo una sociedad en guerra consigo misma, repleta de tensiones sociales y de resentimientos irresueltos que se mantenían soterrados. En este sentido, el legado más profundo de la revolución fue su fracaso para eliminar las desigualdades sociales que la habían provocado.

16 Muertes y marchas

I Huérfanos de la revolución

No, no estoy bien —escribió Gorky a Romain Rolland al llegar a Berlín—; me ha vuelto la tuberculosis, pero a mi edad no es peligrosa. Mucho más difícil es soportar la triste enfermedad del alma, me siento muy cansado: durante los últimos siete años en Rusia he visto y vivido demasiados dramas tristes, los más tristes por no ser producidos por la lógica de la pasión y del libre albedrío, sino por el cálculo ciego y frío de fanáticos y cobardes [...]. Todavía creo fervientemente en la felicidad futura de la humanidad, pero estoy enfermo y agobiado por la creciente suma de sufrimiento que el pueblo tiene que pagar como precio de sus mejores esperanzas.[1]

La muerte y la desilusión quedaban atrás con la salida de Rusia de Gorky en el otoño de 1921. Tantísimas personas habían sido asesinadas en los cuatro años anteriores que incluso él ya no podía aferrarse con firmeza a sus esperanzas e ideales revolucionarios. Nada merecía semejante sufrimiento humano.

Nadie conoce el coste humano total de la revolución. Según cualquier cálculo, fue catastrófico. Contando sólo las muertes de la guerra civil, el terror, el hambre y la enfermedad, debió de situarse en torno a los diez millones de personas. Pero esto excluye la emigración (unos dos millones) y los efectos demográficos de una tasa de natalidad enormemente reducida (nadie quería tener hijos en aquellos terribles años) que los estadísticos dicen que habría que añadir a los diez millones de vidas. Las tasas de mortalidad más elevadas se produjeron entre los hombres adultos (en Petrogrado había sesenta y cinco mil viudas en 1920), pero la muerte era tan común que afectó a todos. Nadie vivió la era revolucionaria sin perder amigos y parientes. «¡Dios mío, cuántas muertes! —escribió Serguei Semyonov a un antiguo amigo en enero de 1921—. La mayoría de los ancianos (Boborykin, Linev, Vengerov, Vorontsov, etc.) han muerto. Incluso Grigory Petrov ha desaparecido; no se sabe cómo ha muerto;

sólo podemos decir que probablemente no fue de alegría por el progreso del socialismo. Lo que me duele especialmente es que ni siquiera se sabe dónde están enterrados los amigos de uno.» La manera en que la muerte podía afectar a una familia queda bien ilustrada por el caso de los Tereshchenkov. Nikitin Tereshchenkov, un médico del Ejército Rojo, perdió tanto a su hija como a su hermana durante la epidemia de tifus de 1919; su hijo mayor y su hermano murieron en el frente del sur combatiendo en el Ejército Rojo ese mismo año; su cuñado fue misteriosamente asesinado. La mujer de Nikitin estaba muriendo de tuberculosis, mientras él mismo contrajo el tifus. Denunciado por la Cheka local como «enemigo del pueblo» (como tantos otros miembros de la *intelligentsia* rural), perdieron su casa en la ciudad de Smolensko y vivían, en 1920, en una pequeña granja en la que trabajaban sus dos hijos supervivientes: Volodya, de quince años, y Misha, de trece.[2]

Morir en Rusia en aquella época era fácil, pero ser enterrado era muy difícil. Los servicios funerarios habían sido nacionalizados, de manera que todo entierro necesitaba un papeleo interminable. Además, había escasez de madera para los ataúdes. Algunas personas envolvían a sus seres queridos en esteras, o los introducían en ataúdes alquilados (con la señal POR FAVOR, DEVOLVER) con la finalidad de llevarlos sólo hasta la tumba. Un viejo profesor era demasiado grande para su ataúd alquilado y tuvo que ser encajado en él rompiéndole varios huesos. Por alguna extraña razón, incluso había escasez de tumbas (¿podría creerse alguien esto si no fuera en Rusia?), lo que hacía que la gente tuviera que esperar durante varios meses para tener una. El depósito de cadáveres principal de Moscú tenía centenares de cadáveres en estado de putrefacción esperando ser enterrados. Los bolcheviques intentaron aliviar el problema impulsando las incineraciones gratuitas, y en 1919 decidieron construir el mayor crematorio del mundo, pero el apego de los rusos a los ritos funerarios ortodoxos acabó con esta iniciativa.[3]

La muerte era tan común que la gente se acostumbró a ella. La visión de un cuerpo muerto en la calle ya no llamaba la atención; los asesinatos se producían por el menor motivo, el robo de unos pocos rublos, el colarse en una cola o simplemente por entretenimiento de los asesinos. Siete años de hambre habían embrutecido a la gente y la habían convertido en insensible al dolor y al sufrimiento ajenos. En 1921 Gorky preguntó a un grupo de soldados del Ejército Rojo si se sentían incómodos cuando mataban a la gente. «En absoluto. Él tiene un arma, yo tengo un arma, así que somos iguales; tal como están las cosas, si

nos matamos el uno al otro habrá más sitio en la tierra.» Un soldado que había combatido en Europa durante la primera guerra mundial, incluso dijo a Gorky que era más fácil matar a un ruso que a un extranjero: «Nuestra gente es tan numerosa, nuestra economía es tan pobre; bueno, si se quema un granero, ¿qué se pierde? Igualmente se habría quemado en su momento». La vida había llegado a ser tan barata que la gente se pensaba poco el matarse, o matar a millones en su nombre. Un campesino preguntó a una expedición científica que trabajaba en los Urales durante 1921: «Ustedes son personas educadas; díganme entonces lo que me va a suceder. Un bashkir me mató la vaca, así que por supuesto yo maté al bashkir y después le quité a su familia la vaca. Ahora díganme: ¿Me van a castigar por la vaca?». Cuando le preguntaron si no esperaba más bien ser castigado por el asesinato del hombre, el campesino respondió: «Eso no es nada, la gente es muy barata en todas partes».

Se relataban otras historias, como la de un esposo que había asesinado a su esposa sin ninguna razón aparente. «Ya estaba harto de ella y ese era el final», fue la explicación del asesino. Era como si toda la violencia de los años inmediatamente anteriores hubiera arrancado la delgada pátina de civilización que cubre las relaciones humanas y hubiera dejado al descubierto los primitivos instintos zoológicos del hombre. La gente empezó a gustar del olor de la sangre. Desarrollaron un gusto por las formas sádicas de dar muerte, un tema en el que Gorky era un experto:

> Los campesinos de Siberia cavaban zanjas y enterraban a los prisioneros del Ejército Rojo cabeza abajo, dejando sin enterrar sus piernas de rodilla para abajo; después llenaban la zanja con tierra, observando por las convulsiones de las piernas cuál de sus víctimas era más resistente, vivía más tiempo, y cuál sería la última en morir.
>
> En la provincia de Tambov los comunistas fueron clavados con remaches de tren por la mano izquierda y el pie izquierdo a árboles un metro por encima del suelo y contemplaron los tormentos de esta gente deliberadamente crucificada de manera extraña.
>
> Abrían los vientres de los prisioneros, les arrancaban el intestino delgado y lo clavaban a un árbol o a un poste de telégrafos mientras obligaban al hombre a dar vueltas alrededor del árbol a golpes, contemplando cómo el intestino iba saliéndole por la herida. Desnudaban a un oficial capturado,

> le arrancaban tiras de la piel de los hombros en forma de charreteras, y se la clavaban con clavos en lugar de remaches; le arrancaban la piel por los lugares donde estaba el cinto del que colgaba la espalda y las franjas de las perneras; esta operación era denominada «vestir de uniforme». Sin duda, exigía mucho tiempo y una habilidad considerable.[4]

El mayor asesino de estos años (responsable de unos cinco millones de vidas) fue la hambruna de 1921-1922. Como todas las hambrunas, la gran hambruna del Volga fue causada en parte por el hombre y en parte por Dios. Las condiciones naturales de la región del Volga la hacían vulnerable a las malas cosechas, y hubo muchas en los años anteriores, 1891-1892, 1906 y 1911, por mencionar sólo unas pocas. Las sequías estivales y las heladas extremas eran características regulares del clima estepario; los vientos abrasadores en la primavera arrancaban la capa superficial y arenosa del terreno y dañaban las cosechas incipientes. Ésas fueron las condiciones previas a la hambruna del Volga en 1921: la mala cosecha de 1920 fue seguida por un año de fuertes heladas y una abrasadora sequía de verano que transformó la estepa en una inmensa olla de polvo. En primavera resultaba obvio que a continuación los campesinos iban a sufrir una mala cosecha. Buena parte de la simiente había sido destrozada por las heladas, mientras que las nuevas espigas de trigo que crecieron tenían la apariencia de ser enclenques y pronto se vieron destruidas por las langostas y los ratones de campo. Pero por malos que fueran, estos deterioros del desarrollo natural no bastaban para producir una hambruna. Los campesinos estaban acostumbrados a las malas cosechas y siempre habían conservado amplias reservas de grano, a menudo en graneros comunales, para emergencias de este tipo. Lo que hizo que esta crisis resultara tan desastrosa fue el hecho de que la economía campesina ya había sido llevada al borde del desastre, incluso antes de que la naturaleza contribuyera a ello, por las requisas de la guerra civil. Para evadir las requisas los campesinos se retrajeron a una producción de subsistencia, cultivaron el grano suficiente para alimentarse y para dar de comer a su ganado y contar con simiente. En otras palabras, no dejaron ningún margen de seguridad, ni reservas de la clase que habían almacenado para el tiempo malo en el pasado, puesto que temían que los bolcheviques se hicieran con ellas. En 1920 el área sembrada de la región del Volga se había reducido en una cuarta parte desde 1917. Sin embargo, los bolcheviques continuaron llevándose más, no

sólo excedentes sino también cantidades almacenadas de alimento y simiente que resultaban vitales, de manera que cuando la cosecha fue mala el único resultado posible era la ruina de los campesinos.[5]

En la primavera de 1921 una cuarta parte del campesinado de la Rusia soviética se estaba muriendo de hambre. La hambruna no sólo afectó a la región del Volga, sino también los Urales y las cuencas del Kama, el Don, Bashkiria, Kazajstán, Siberia Occidental y el sur de Ucrania. La hambruna vino acompañada por el tifus y la cólera que mataron a centenares de miles de personas ya debilitadas por el hambre. Las regiones más afectadas estaban en las estepas del Volga. En la provincia de Samara casi dos millones de personas (tres cuartas partes de la población) murieron de hambre en el otoño de 1921 según se dice: setecientos mil murieron, de hecho, a final de la hambruna. En un *volost* típico, Bulgakova, con una población de dieciséis mil personas en enero de 1921, mil personas habían muerto, dos mil doscientas habían abandonado sus hogares y seis mil quinientas habían quedado paralizadas por el hambre o la enfermedad en el mes de noviembre siguiente. En toda la región del Volga los campesinos hambrientos recurrieron a comer hierba, maleza, hojas, musgo, cortezas de los árboles, cubiertas de tejados y harina hecha con bellotas, serrín, barro y estiércol de caballo. Mataron el ganado y cazaron roedores, gatos y perros. En las aldeas había un silencio mortal. Los esqueletos de la gente, los niños con sus vientres hinchados, yacían silenciosamente como perros que van a morir. «Los aldeanos habían renunciado a la vida —señaló un trabajador destinado a proporcionar ayuda en Saratov—. Estaban demasiado débiles incluso para quejarse.» Los que tenían la fuerza suficiente abandonaban sus arruinadas granjas, colocaban sus escasas pertenencias en carros y huían hacia las ciudades en busca de comida. En los mercados de las ciudades se cambiaban unas pocas barras de pan por un caballo. Muchas personas no lo consiguieron y murieron en el camino. Enormes multitudes convergían en las estaciones de ferrocarril con la vana esperanza de coger un tren que los llevara a otras regiones, Moscú, el Don, Siberia, casi a cualquier parte, en la medida en que se rumoreaba que allí había comida. No sabían que todos los transportes procedentes de la región de la hambruna habían sido detenidos siguiendo órdenes de Moscú para limitar la extensión de las epidemias. Éste era el escenario en la estación de ferrocarril de Simbirsk en el verano de 1921:

> Imagine una masa compacta de sórdidos harapos, entre los que aparecen visibles aquí y allí brazos delgados y desnudos, rostros que ya tienen sobre sí el sello de la muerte. Sobre todo se es consciente de un hedor venenoso. Es imposible pasar. La sala de espera, el pasillo, cada palmo aparece totalmente cubierto con gente, desparramada, sentada, apretada en cualquier posición imaginable. Si se les mira de cerca se ve que sus sucios harapos están cuajados de piojos. Los enfermos de tifus se arrastran y tiemblan de fiebre, sus niños con ellos. Los niños de pecho ya no tienen voz y no pueden siquiera llorar. Cada día son sacados más de veinte muertos, pero no es posible llevárselos a todos. Algunos cadáveres permanecen entre los vivos durante más de cinco días [...].
>
> Una mujer intenta consolar a un niño pequeño que yace en su regazo. El niño llora pidiendo comida. Durante un rato la mujer sigue meciéndolo en sus brazos. Después, de repente, lo golpea. El niño llora de nuevo. Esto parece enloquecer a la mujer. Comienza a golpearlo furiosamente, con el rostro desencajado por la cólera. Le descarga una lluvia de puñetazos en la cara, en la cabeza y finalmente lo arroja contra el suelo y le da patadas. Un murmullo de horror surge en torno a ella. El niño es levantado del suelo, se mascullan maldiciones contra la madre, que, después de su furiosa excitación, se ha calmado, ha vuelto en sí, profundamente indiferente a todo lo que la rodea. Sus ojos miran fijamente pero en apariencia no contemplan nada.[6]

El hambre convirtió a algunas personas en caníbales. Éste era un fenómeno mucho más común de lo que los historiadores han asumido hasta ahora. En la región bashkir y en las estepas en torno a Pugachov y Buzuluk, donde la hambruna llegó a su grado peor, se informó de millares de casos. También resulta claro que la mayor parte de los casos de canibalismo no fueron señalados. Un hombre acusado de comer a varios niños confesó: «En nuestra aldea todos comen carne humana, pero lo ocultan. Hay varias cafeterías en la aldea, y todas ellas sirven niños pequeños». El fenómeno realmente comenzó con el inicio del invierno, en torno a noviembre de 1921, cuando las primeras nieves cubrieron los últimos sucedáneos alimenticios que había en la tierra y ya no quedó nada para comer. Las madres, desesperadas por alimentar a sus hijos, cortaron miembros de los cadáveres y cocieron la carne en cazuelas. La gente se comía a

sus propios parientes, a menudo a sus hijos pequeños, que eran generalmente los primeros que morían y cuya carne resultaba particularmente tierna. En algunas aldeas los campesinos se negaron a enterrar a sus muertos: almacenaron los cadáveres, como tanta comida, en sus graneros y establos. A menudo pidieron a los trabajadores que proporcionaban ayuda que no se llevaran los cadáveres y que, por el contrario, les permitieran comérselos. En la aldea de Ivanovka, cerca de Pugachov, una mujer fue descubierta comiéndose a su marido muerto junto con su hijo, y cuando las autoridades policiales intentaron quitarle sus restos gritó: «No lo dejaremos, lo necesitamos para comérnoslo, es un miembro de nuestra propia familia y nadie tiene derecho a quitárnoslo». El robo de cadáveres en los cementerios llegó a ser tan común que en muchas regiones tuvieron que situarse guardias armados en sus puertas. La cacería y el asesinato para obtener carne fue también un fenómeno común. En la ciudad de Pugachov era peligroso que los niños salieran después del anochecer, puesto que se sabía de bandas de caníbales y de comerciantes que los mataban para comer o vender su carne tierna. En la región de Novouzensk había bandas de niños que mataban a adultos para hacerse con su carne. Las personas que trabajaban en tareas de asistencia estaban armadas por esta razón. Incluso hubo casos de padres que mataron a sus propios bebés (generalmente niñas) para comerse su carne o alimentar con ella a sus otros hijos.

Es fácil decir que actos semejantes eran, sencillamente, una señal de depravación moral o de psicosis. Pero fue a menudo la compasión la que arrastró a la gente al canibalismo. El sufrimiento de contemplar cómo los hijos morían lentamente de hambre puede impulsar a la gente a hacer cualquier cosa, y en circunstancias tan extremas pueden parecer ajenas las reglas normales acerca de lo que está bien y lo que está mal. Ciertamente, cuando se les entrevistaba, los devoradores de carne parecían bastante racionales y a menudo habían desarrollado un nuevo código moral para legitimar su comportamiento. Muchos de ellos afirmaban que comer carne humana no podía ser un crimen porque el alma viviente ya había abandonado los cuerpos y lo que quedaba era «sólo alimento para los gusanos de la tierra». Además, el deseo de carne humana que la gente que se muere de hambre puede desarrollar con facilidad una vez que la ha comido no era patrimonio exclusivo de ninguna clase social. Los médicos hambrientos a menudo sucumbieron al hecho de comerla después de largos períodos de trabajo asistencial en la región de la hambruna, y también señalaron que la peor parte de la experiencia era «el deseo insuperable e incómodo» de

carne humana que adquirieron.[7]

Hasta julio de 1921 el Gobierno soviético se negó a reconocer la existencia de la hambruna. Era un motivo importante de vergüenza. Como en la crisis de 1891, se prohibió a la prensa incluso que utilizara la palabra «hambre». Se siguió informando de que todo estaba bien en el campo después de la introducción de la NPE. Esta política deliberada de descuido resultó incluso más pronunciada en Ucrania: aunque la hambruna era generalizada allí en otoño de 1921, Moscú continuó exportando grandes cantidades de grano al Volga hasta el verano siguiente. Por supuesto, esto era quitar a una región hambrienta para dar a otra, todavía más hambrienta. Pero puede ser también, como ha señalado Roben Conquest de manera convincente en relación con la hambruna de 1930-1932, que Moscú intentara castigar a los campesinos ucranianos por su oposición al régimen bolchevique.[8]

Como en 1891, se dejó que la gente y los organismos extranjeros organizaran la campaña de asistencia. Gorky asumió la dirección. El 13 de julio lanzó una llamada «A toda la gente honrada», que apareció posteriormente en la prensa occidental:

> La tragedia ha llegado al país de Tolstoi, de Dostoyevsky, de Mendeleyev, de Pavlov, de Mussorgsky, de Glinka y de otros hombres apreciados mundialmente. Si las ideas y los sentimientos humanitarios (la fe en cuya importancia social quedó tan conmovida por la condenable guerra y por la falta de misericordia de los vencedores hacia los vencidos), si la fe en la fuerza creativa de estas ideas y sentimientos debe y puede ser restaurada, la desgracia de Rusia ofrece una espléndida oportunidad para demostrar la vitalidad del humanitarismo. Pido a todos los hombres honrados de Europa y América una inmediata ayuda en favor del pueblo ruso. Dad pan y medicinas.
>
> MÁXIMO GORKY

Con un grupo de otros personajes públicos, Gorky pidió a Lenin permiso para organizar un organismo voluntario de asistencia contra el hambre. El Comité Público Panruso de Ayuda a los Hambrientos, o Pomgol en abreviatura, quedó establecido el 21 de julio, y fue el primer y último organismo público e

independiente establecido bajo el comunismo. En parte como concesión a Gorky y en parte como una forma de asegurar la ayuda extranjera, Lenin estuvo de acuerdo en su creación. Los setenta y tres miembros del Pomgol incluían importantes figuras culturales (Gorky, Korolenko, Stanislavsky), políticos liberales (Kishkin, Prokopovich, Kuskova), un ex ministro zarista (N. N. Kutler) y una populista veterana (Vera Figner), agrónomos famosos (Chayanov, Krondatev) e ingenieros (PI. Palchinsky), doctores y tolstoyanos. Incluso tuvo un lugar para Alexandra Tolstaya, la hija del escritor, que se había pasado los últimos cuatro años entrando y saliendo de las cárceles de la Cheka y de los campos de trabajo. El Pomgol intentó revivir el espíritu público que había salvado al país en 1891: apeló al pueblo dentro y fuera del país para que contribuyera a la campaña de asistencia. El príncipe Lvov, que había tomado parte en los esfuerzos de asistencia de treinta años antes, recaudó dinero y envió suministros de alimentos a través de la organización parisina del Zemgor (incluso en el exilio continuaba con su labor de *zemstvo).* Para asegurarse de que el Pomgol no se implicaba en la política, los bolcheviques le asignaron una «célula» de doce importantes comunistas dirigidos por Kamenev. Lenin temía que la hambruna provocara la misma oposición pública que había provocado la de 1891.[9]

En respuesta a la petición de Gorky, Herbert Hoover ofreció enviar a la American Relief Administration a Rusia. Hoover había establecido la ARA para proporcionar alimentos y medicinas a la Europa de posguerra. Las dos condiciones de Hoover eran que se le debería permitir actuar de manera independiente, sin intervención de los funcionarios comunistas, y que todos los ciudadanos norteamericanos internados en las cárceles soviéticas deberían ser liberados. Lenin estaba furioso («hay que castigar a Hoover, hay que abofetearle en público de manera que lo vea todo el mundo», refunfuñó), pero, como todo mendigo, no podía escoger. Una vez que el Pomgol aseguró la ayuda norteamericana Lenin ordenó que fuera clausurado, a pesar de las enérgicas protestas de Kamenev y Gorky. El 27 de agosto todos sus miembros públicos, excepto Gorky y Korolenko, fueron arrestados por la Cheka, acusados de todo tipo de «actividades contrarrevolucionarias», y más tarde enviados al exilio en el extranjero o a zonas restringidas en el interior. Incluso Gorky recibió presiones de Lenin para que se marchara al extranjero «por motivos de salud».[10]

En el verano de 1922, cuando sus actividades se encontraban en un punto álgido, la ARA estaba alimentando a diez millones de personas cada día.

También envió enormes suministros de medicinas, ropa, herramientas y semillas, permitiendo estas últimas las dos grandes cosechas sucesivas de 1922-1923 que finalmente aseguraron la recuperación de Rusia de la hambruna. El coste total de la operación del ARA fue de sesenta y un millones de dólares. Los bolcheviques recibieron esta ayuda con una extraordinaria falta de gratitud: nunca se ha regalado un caballo tan generoso al que se le haya mirado de manera más vergonzosa el diente. Acusaron a la ARA de espiar, de intentar desacreditar y derribar el régimen soviético, y constantemente interfirieron en sus operaciones, registrando convoyes, deteniendo trenes, apoderándose de los suministros e incluso arrestando a los que trabajaban en el plan de asistencia. Las dos condiciones para la ayuda establecidas por Hoover (libertad de la intervención y liberación de todos los americanos de prisión) fueron, por lo tanto, descaradamente violadas por los bolcheviques. Una mayor sensación de ofensa se produjo en Estados Unidos cuando se descubrió que al mismo tiempo que se recibía ayuda alimenticia de Occidente, el Gobierno soviético estaba exportando millones de toneladas de sus propios cereales para venderlos en el extranjero. Cuando se le interrogó al respecto, el Gobierno soviético alegó que necesitaban las exportaciones para comprar equipo industrial y agrícola en el exterior. Pero el escándalo imposibilitó recaudar más fondos norteamericanos para el ARA en Rusia, y en junio de 1923 suspendió sus operaciones.[11]

Para Gorky, la manera en que el Gobierno soviético había manejado la hambruna era a la vez vergonzosa y embarazosa. Fue un factor importante en su decisión de abandonar Rusia. Cuando concluyó la peor época del hambre, los bolcheviques enviaron una breve nota formal de agradecimiento al pueblo norteamericano, pero Gorky fue más generoso en su agradecimiento. En una carta que se hacía eco de muchos de sus ideales más profundos, Gorky escribió a Hoover el 30 de julio de 1922:

> En toda la historia del sufrimiento humano no conozco nada que haya sometido a una prueba mayor las almas de los hombres que los acontecimientos por los que está pasando el pueblo ruso, y en la historia del humanitarismo práctico no conozco ninguna realización que en términos de magnitud y generosidad pueda compararse a la asistencia que usted ha llevado a cabo. Su ayuda entrará en la historia como un logro único y gigantesco, digno de la mayor de las glorias, que

> permanecerá durante mucho tiempo en la memoria de millones de rusos a los que usted ha salvado de la muerte. La generosidad del pueblo norteamericano resucita el sueño de fraternidad entre la gente en una época en que la humanidad necesita enormemente de caridad y de compasión.[12]

Uno de los legados más tristes de la revolución fue la inmensa población de huérfanos que vagabundeaba por las calles de todas las ciudades. En 1922 se estimaba en siete millones el número de niños que vivían a la intemperie en estaciones, casas abandonadas, lugares en construcción, vertederos, sótanos, alcantarillas y otros agujeros miserables. Estos niños vestidos con harapos y descalzos, cuyos padres habían muerto o los habían abandonado, eran un símbolo del hundimiento social de Rusia; incluso la familia había sido destruida.

Estos huérfanos de la revolución eran una terrible caricatura de la infancia que habían perdido. La lucha por la supervivencia en las calles les obligaba a vivir como adultos. Tenían su propia jerga, grupos sociales y códigos morales; niños de apenas doce años de edad se «casaban» y tenían sus propios hijos; muchos eran alcohólicos crónicos, heroinómanos o cocainómanos; la mendicidad, el juego, los pequeños delitos y la prostitución eran los medios gracias a los que sobrevivían. En las estaciones se agitaban como las moscas, lanzándose instantáneamente sobre cualquier resto de comida que se les arrojara desde los trenes. Algunos niños mendigos se mutilaban o se humillaban en público para obtener algún pequeño beneficio. Un niño que vivía en la estación de omsk restregaba su cara contra sus propios excrementos si la gente le daba cinco kopecks. Había una estrecha relación entre ellos y el mundo criminal; bandas de niños robaban de los puestos del mercado, asaltaban a los transeúntes, vaciaban los bolsillos de la gente e irrumpían en las tiendas y en las casas. Aquellos que eran capturados presumiblemente acababan siendo golpeados en la calle por miembros del pueblo, que tenían muy poca simpatía hacia los huérfanos. Pero parecía que ni siquiera esto los detenía. La siguiente escena en una plaza de mercado fue contemplada por un observador:

> Yo mismo vi a un niño de unos diez o doce años de edad agarrar, mientras era golpeado con un bastón, un trozo de pan ya cubierto de moho y metérselo vorazmente en la boca. Los golpes llovían sobre su

> espalda, pero el niño, apoyándose en las manos y las rodillas, continuó apresuradamente mordiéndolo pedazo tras pedazo para no perder el pan. Esto fue cerca de la zona de las panaderías en el bazar. Los adultos, las mujeres, se reunieron en torno a él y gritaron: «Eso es lo que se merece esta sabandija: ¡golpéale más! No hay manera de librarse de estos piojos».

Casi todos estos huérfanos se prostituyeron ocasionalmente. Un estudio de 1920 puso de manifiesto que el 88 por ciento de las chicas habían estado relacionadas en algún momento con la prostitución, cifra similar a la de los chicos. Algunas de las niñas tenían tan sólo siete años. La mayoría de los actos sexuales tenían lugar en las calles, en las plazas de mercado, en las salas de las estaciones y en los parques. Las niñas tenían chulos, generalmente adolescentes, que a menudo las utilizaban para robar a sus clientes. Pero también existían los burdeles para pedófilos gobernados por las denominadas «tías», que daban a los niños comida y un rincón en una habitación, a la vez que los ponían a trabajar y vivían de sus ingresos.[13] Para millones de niños esto fue lo más aproximado al cariño maternal que tuvieron.

«Hay niños de doce años que ya han cometido tres homicidios», escribió Gorky a Lenin en abril de 1920. En otro tiempo huérfano de las calles, Gorky fue uno de los primeros en defender la lucha contra la «delincuencia juvenil». Ese verano estableció una comisión especial para combatir el problema, que proporcionó colonias y albergues para los niños y les enseñó a leer y escribir. Iniciativas similares fueron llevadas a cabo por la Liga para el Rescate de los Niños, fundada en 1919 por Kuskova y Korolenko con la aprobación del Sovnarkom. Pero con sólo medio millón de plazas entre todas las instituciones, y siete millones de huérfanos en la calle, sólo podía arañar la superficie del problema. Progresivamente, los bolcheviques se dirigieron hacia las soluciones penales, a pesar de su propio principio proclamado en 1918 de que no debería haber «ni tribunales ni prisiones para los niños». Las prisiones y los campos de trabajo contenían millares de niños, muchos de ellos de menos de catorce años, la edad de responsabilidad penal. Otra manera de combatir el problema fue permitir que las fábricas emplearan a los niños como mano de obra no especializada. Incluso durante la guerra civil, cuando millares de trabajadores adultos eran despedidos, existió un extraordinario crecimiento del empleo

infantil, con algunos trabajadores de seis años de edad, especialmente en las fábricas más pequeñas donde las prácticas explotadoras se resistían a desaparecer. A pesar de los repetidos llamamientos para limitar el trabajo de los niños a seis horas y para obligar a los patronos a proporcionarles dos horas de escolarización, las autoridades decidieron no intervenir, afirmando que era «mejor tener a los niños trabajando que viviendo del crimen en las calles», con el resultado de que muchos menores de edad acabaron trabajando doce o catorce horas diarias.[14]

Los niños también se convirtieron en excelentes soldados. El Ejército Rojo tenía a muchos adolescentes jóvenes en sus filas. Tras haber pasado la totalidad de sus vidas conscientes rodeados por la violencia de la guerra y la revolución, muchos de ellos habían llegado sin duda a pensar que matar gente era parte de la vida normal. Estos soldaditos se destacaban por su disposición para hacer lo que les ordenaban (sus comandantes a menudo representaban el papel de padres subrogados), así como por su capacidad despiadada para matar al enemigo, especialmente cuando se les hacía creer que estaban vengando el asesinato de sus padres. Irónicamente, muchos de estos niños se encontraban mucho mejor en el Ejército (que les trataba como a sus propios hijos, vistiéndolos y alimentándolos y enseñándolos a leer) de lo que habrían estado viviendo en las calles.

Según Nina Berberova, Gorky llegó a Europa no sólo encolerizado por lo que se había hecho en Rusia, sino profundamente conmovido por lo que había visto y experimentado. Berberova recuerda una conversación que tuvo con su esposo, el poeta Jodasevich:

> Los dos (aunque en ocasiones distintas) acudieron en 1920 a un hogar infantil, o quizás a un reformatorio para niños. En su mayor parte eran niñas, sifilíticas, sin hogar, cuya edad iba de los doce a los quince años; nueve de cada diez eran ladronas, la mitad estaban embarazadas. Jodasevich [...], con una especie de piedad y repulsión, recordaba cómo estas niñas cubiertas de harapos y de piojos se habían agarrado a él, dispuestas a desnudarlo allí mismo en la escalera, y se habían levantado sus desgarradas faldas por encima de la cabeza gritándole obscenidades. Con dificultad consiguió separarse de ellas. Gorky pasó por una escena

> similar: cuando comenzó a hablar de ella, el horror se apoderó de su rostro, apretó las mandíbulas y repentinamente se sumió en el silencio. Resultaba obvio que aquella visita le había conmovido profundamente; más, quizá, que sus anteriores impresiones de los vagabundos, de los horrores de los bajos fondos de los que había tomado sus primeros temas. Tal vez ahora, en Europa, estaba curando algunas heridas que tenía miedo de admitir; y en ocasiones [...] se preguntaba a sí mismo y sólo a sí mismo: ¿Merecía la pena?

Gorky mismo fue un huérfano de la revolución. Todas sus esperanzas centradas en la revolución, esperanzas por las que se había definido a sí mismo, fueron abandonadas en los últimos cuatro años. En lugar de ser una fuerza cultural constructiva, la revolución había destruido casi la totalidad de la civilización rusa; en lugar de la liberación humana, había provocado simplemente la esclavización humana; y en lugar de la mejora espiritual de la humanidad, había conducido a la degradación. Gorky había quedado profundamente desilusionado. Se describió en 1921 como pasando «un estado de ánimo misántropo». No podía reconciliar su propio socialismo humanista y democrático con las realidades de la Rusia de Lenin. No podía «hacer oídos sordos» a las faltas del régimen con la esperanza de mejorarlo y reformarlo después: todos sus esfuerzos habían quedado reducidos a nada. Si sus propios ideales habían sido abandonados en Rusia, no podía hacer otra cosa que abandonar Rusia.[15]

La decisión que Gorky tomó de emigrar de Rusia fue precedida por un conflicto creciente con los bolcheviques. El terror absurdo de los últimos cuatro años, la destrucción de la *intelligentsia*, la persecución de los mencheviques y los eseristas, la represión de los rebeldes de Kronstadt y la dureza de los bolcheviques en relación con la hambruna habían convertido a Gorky en un amargo enemigo del nuevo régimen. Buena parte de la enemistad de Gorky se centró en Zinoviev, el jefe del partido en su propio Petrogrado. A Zinoviev le disgustaba Gorky, veía su casa como un «nido de la contrarrevolución», y le colocó bajo una vigilancia constante: se abría el correo de Gorky, su casa era registrada constantemente y sus amigos íntimos eran amenazados con el arresto. Las cartas de denuncia más encolerizadas de Gorky durante el Terror rojo fueron dirigidas en su totalidad a Zinoviev. En una pretendía que sus arrestos constantes

habían hecho «que el pueblo odiara no sólo al poder soviético, sino, en particular, a usted en persona»; pero pronto quedó de manifiesto que detrás de Zinoviev estaba el mismo Lenin. El dirigente bolchevique se mostraba mordaz en relación con las denuncias de Gorky. En una carta amenazadora de julio de 1919 pretendió que todo el «estado mental» del escritor había «enfermado bastante» a causa de los «amargados intelectuales burgueses» que le «rodeaban» en Petrogrado. «No quiero darle consejos —amenazó Lenin—, pero no puedo evitar decírselo: cambie radicalmente sus circunstancias, su entorno, su residencia, su ocupación; de lo contrario, la vida puede darle grandes disgustos.»[16] La desilusión que Gorky había experimentado en relación con Lenin se agudizó durante 1920. El dirigente bolchevique se oponía a la independencia de la editora de Gorky, Literatura Mundial, y amenazó con dejar de apoyarla financieramente. Gorky se quejó amargamente a Lunacharsky. Sospechaba con razón que Lenin estaba intentando colocar todas las publicaciones bajo control estatal, algo que consideraba anatema, y pretendió (o amenazó) que la única manera de permitir que el proyecto siguiera adelante era dirigirlo desde fuera. Pero con el implacable Lenin mirándole por detrás había poco que pudiera hacer el comisario. En su obra *Don Quijote* (1922) Lunacharsky representó la tirante relación triangular que existía entre él mismo (el personaje de don Baltasar), Gorky (don Quijote) y Lenin (don Rodrigo). Éstas son las palabras de despedida que dirige don Baltasar a don Quijote, que resumen el choque entre Gorky y Lenin, entre los ideales de la revolución y sus feroces «necesidades»:

> Si no hubiéramos aplastado las conjuras en la retaguardia, habríamos llevado a nuestro ejército a la ruina. ¡Ah, don Quijote! No deseo agravar su culpa, pero aquí representó usted un papel fatal. No ocultaré el hecho de que pasó por la cabeza del implacable Rodrigo el descargar el amenazador brazo de la ley sobre usted, como una lección para toda la gente de corazón tierno que se arroja a sí misma y su filantropía en la vida, que es dura y complicada y llena de responsabilidad.[17]

Las muertes de dos de los mayores poetas rusos, Alexander Blok y Nikolai Gumilev, fueron la gota que colmó el vaso para Gorky. Blok se había visto afectado en 1920 por la fiebre reumática como resultado de vivir durante la

guerra civil en alojamientos sin calefacción y pasando hambre, pero la aflicción real de Blok fue la desesperación y la desilusión con el resultado de la revolución. Para empezar, él había dado la bienvenida a su violencia destructiva como un purgatorio para el antiguo mundo podrido de Europa, del cual surgiría un mundo más nuevo y puro de asiáticos, los escitas. Su poema épico *Los doce*, escrito en 1918, había descrito a doce rudos guardias rojos que marchaban «al paso de la revolución» a través de una cegadora nevasca que destruía el mundo antiguo y hacia uno nuevo. A su cabeza, llevando la bandera roja, envuelto en rosas blancas y caminando suavemente sobre la nieve, estaba la figura de Jesucristo. Blok anotó más tarde que mientras escribía este poema excepcional, «seguí escuchando —quiero decir escuchar literalmente con mis oídos— un gran ruido que había alrededor de mí, un ruido formado por muchos sonidos (probablemente era el ruido del viejo mundo que se desplomaba)». Por un tiempo Blok continuó creyendo en la misión mesiánica de los bolcheviques, pero en 1921 quedó desilusionado. Durante tres años no hubo poesía. Gorky, un amigo íntimo, le comparó con un «niño perdido». Blok le asediaba con preguntas acerca de la muerte y le decía que había perdido toda «la fe en la sabiduría de la humanidad». Kornei Chukovsky recordó la apariencia de Blok en un recital de poesía en mayo de 1921: «Estaba sentado en la parte de atrás con él. En el escenario un "orador" u otro [...] estaba animadamente dejando de manifiesto a la multitud que un poeta como Blok ya estaba muerto [...]. Blok se inclinó hacia mí y dijo: "Es verdad. Está diciendo la verdad: estoy muerto"». Cuando Chukovsky le preguntó por qué ya no escribía poesía, Blok le dijo: «Todos los sonidos se han detenido. ¿No puede usted oír como ya no hay más sonidos?». Ese mismo mes Blok cayó en su lecho de muerte. Su médico le insistió en que necesitaba ser enviado al extranjero para recibir tratamiento en un sanatorio especial. El 29 de mayo Gorky escribió a Lunacharsky en favor suyo: «Blok es el poeta vivo más importante de Rusia. Si le prohíbe marchar al extranjero, y muere, usted y sus camaradas serán culpables de su muerte». Durante varias semanas Gorky continuó suplicando la concesión de un visado. Lunacharsky escribió apoyándolo al Comité Central el 11 de julio, pero no se hizo nada. Entonces, finalmente, el 10 de agosto llegó un visado. Sólo se retrasó un día: la noche anterior el poeta había muerto.[18]

Si Blok había muerto de desesperación y de descuido, la muerte de Gumilev, sólo dos semanas después, fue mucho más directa. Fue arrestado por la Cheka de Petrogrado, encarcelado durante unos días y después fusilado sin juicio. Gumilev

fue acusado de estar implicado en una conspiración monárquica, una acusación falsa con casi toda certeza, aunque era monárquico de corazón. Un comité de intelectuales constituido en el funeral de Blok había pedido su liberación. La Academia de Ciencias había ofrecido garantizar su comparecencia ante un tribunal. Se pidió a Gorky que interviniera, y éste se apresuró a dirigirse a Moscú para ver a Lenin; pero cuando regresó a Petrogrado con una orden para que fuera liberado, Gumilev ya había sido fusilado. Gorky quedó tan apesadumbrado que tosió sangre. Zamyatin dijo que nunca le había visto «tan encolerizado como lo estuvo la noche en que Gumilev fue fusilado».[19]

Gumilev fue el primer gran poeta ruso ejecutado por los bolcheviques. Su muerte y la de Blok simbolizaron para Gorky, como para la *intelligentsia* en su conjunto, la muerte de la revolución. Centenares de personas («todo lo que quedaba del San Petersburgo literario», en palabras de Zamyatin) asistieron al funeral de Blok. Nina Berberova, entonces sólo una joven, recuerda cómo al ver el anuncio de la muerte de Blok se sintió «poseída por el sentimiento, que nunca experimenté otra vez, de que me había quedado huérfana de manera repentina y terrible. [...] El fin se acercaba. Estábamos perdidos». Anna Ajmatova, la primera esposa de Gumilev, se vistió de luto, no sólo por un poeta, sino por los ideales de una generación, en el funeral de Blok:

> En un ataúd de plata lo llevamos,
> Alexander, nuestro cisne puro,
> Nuestro sol extinguido en la tormenta.[20]

Dos meses más tarde, afectado también él mismo por la mala salud, Gorky abandonó Rusia, aparentemente para bien.

II El campo sin conquistar

Cuatro años de revolución no habían unido a los aldeanos de Andreevskoe. Seguían divididos entre los dos antiguos rivales. En un bando estaba Serguei Semyonov, el agricultor y reformador progresista, que soñó con traer los avances del mundo moderno a este agujero pobre y olvidado de Dios; en el otro seguía

Grigorii Maliutin, el anciano y corpulento campesino alcohólico, antiguo creyente y opositor de todo cambio, que se había resistido a los esfuerzos reformistas de Semyonov durante la mayor parte de treinta años.

El conflicto entre ellos había comenzado en la última década del siglo XIX cuando la hija de Maliutin, Vera, había matado a su hijo ilegítimo y lo había enterrado en el bosque cercano. La policía había llegado para investigar, y el rico Maliutin se había visto obligado a sobornarlos. Acusó a Semyonov de informar a la policía y comenzó una campaña de intimidación (quemó su granero, mató su ganado, lo acusó de brujería) para expulsarlo de la aldea. Maliutin, finalmente, consiguió su objetivo en 1905 cuando Semyonov estableció una sucursal de la Unión Campesina en Andreevskoe; esto fue suficiente para convertirle en un peligroso revolucionario a los ojos de la judicatura local, y fue enviado al exilio en el extranjero. Pero tres años más tarde regresó a Andreevskoe como un precursor de las reformas agrarias de Stolypin. Intentó introducir los métodos agrícolas avanzados que había aprendido en Europa occidental en los terrenos privados separados de la comuna, y algunos de los campesinos más jóvenes y progresistas se unieron al movimiento de roturación, pero Maliutin, una vez más, se encolerizó (dentro de la comuna era el jefe) y junto con los otros ancianos de la aldea consiguió bloquear sus reformas. «Todos mis sueños de una vida mejor —escribió Semyonov a un amigo en 1916— han sido destruidos por este hombre obstinado y envidioso.»

La revolución alteró la balanza en favor de Semyonov. La vieja estructura de poder de la que había dependido Maliutin, la del anciano del *volost,* la de la policía local y la del capitán de la tierra de la nobleza, quedó desmantelada de la noche a la mañana. Dentro de la aldea la voz de los campesinos más jóvenes y más progresistas también se iba haciendo dominante, mientras que la de los antiguos dirigentes patriarcales como Maliutin, que no veían nada bueno en la revolución, fue cada vez menos escuchada. Como triunfador de la reforma, Semyonov se convirtió en una figura dominante en la asamblea de la aldea. Siempre hablaba contra el antiguo orden patriarcal y la influencia de la Iglesia. En 1917 ayudó a organizar la redistribución de la tierra en Andreevskoe, reduciendo la granja de Maliutin a la mitad de su tamaño. Era activo tanto en el departamento agrícola del Sóviet del distrito como en las cooperativas locales; estableció asociaciones para la adquisición de herramientas modernas, para el cultivo destinado al mercado, mejoró la explotación lechera y el cultivo de lino, escribió panfletos y dio conferencias sobre agronomía; participó en campañas

contra el alcoholismo; abrió una escuela y una biblioteca en la aldea, y llegó a escribir obras para el «teatro del pueblo» que había creado con su amigo el maestro de escuela en la cercana localidad de Bujolovo. Incluso trazó planes sobre la forma en que había que cubrir las aldeas de Volokolamsk con cables eléctricos y telefónicos, que envió al Sóviet de Moscú. Aunque las creencias tolstoyanas de Semyonov le impidieron aceptar un cargo en la aldea o en el Sóviet del *volost*, no había ninguna duda, como lo expresó un habitante de la localidad, «de que los campesinos, no sólo de Andreevskoe, sino de toda la región también, le veían como su dirigente y líder».

Mientras tanto, Maliutin y sus compañeros ancianos continuaban oponiéndose a cada uno de sus movimientos. Pretendieron que era comunista y que sus reformas en la aldea habían traído sobre ella todos los males del nuevo régimen; el párroco local le acusó de brujería, y advirtió de que su «ateísmo» traería al diablo; el archidiácono Tsvetkov de Volokolamsk se unió a las denuncias defendiendo que Semyonov era el Anticristo. La nueva escuela de la aldea, organizada por Semyonov en 1919, los encolerizaba de manera especial, puesto que se había edificado con madera extraída de los bosques que habían pertenecido a Maliutin y a la Iglesia antes de ser nacionalizados. Además, la escuela no tenía educación religiosa; en lugar de la cruz, en la pared de la clase estaba el obligatorio retrato de Lenin. Una noche el granero de Semyonov fue quemado; otra, sus herramientas de cultivo fueron robadas y arrojadas al lago; se enviaban denuncias anónimas a la Cheka local acusando a Semyonov de «contrarrevolucionario» y de «espía alemán»: en más de una ocasión Semyonov tuvo que comparecer ante la Cheka para responder por sus acciones, aunque una breve llamada a Kamenev, el presidente del Sóviet de Moscú, al que Semyonov conocía vagamente, siempre era suficiente para ponerle en libertad. Durante 1921, cuando Rusia se vio afectada por varias epidemias de ganado, Maliutin y sus aliados culparon de la muerte del ganado en la aldea a las «malas reformas» de Semyonov. Incluso se dijo que había «hecho enfermar al ganado mediante brujería». Algunos de los campesinos se sintieron ahora confusos; aunque sabían que por toda Rusia estaba muriendo el ganado de enfermedades similares, querían explicaciones por sus propias pérdidas, y algunos empezaron a sospechar de Semyonov.

Finalmente, Maliutin organizó el asesinato de su antiguo rival. Durante la noche del 15 de diciembre de 1922, cuando caminaba en dirección a Bujolovo, Semyonov cayó en una emboscada preparada por varios hombres, incluyendo a

dos de los hijos de Maliutin, que repentinamente salieron de la casa de su hermana Vera, situada en los confines de la aldea. Uno de ellos disparó a Semyonov en la espalda. Cuando se volvió para enfrentarse con sus atacantes, le dispararon varios tiros más, y después, cuando yacía muerto en el suelo, le volaron la cabeza. Marcaron la señal roja de sangre de una cruz en su pecho.

Fue un asesinato cobarde. Semyonov siempre se había enfrentado con sus rivales abiertamente y había sido honrado con sus puntos de vista, pero ellos le calumniaron y le dispararon por la espalda. Más tarde, cuando se arrestó a los asesinos, adujeron que Semyonov había estado «trabajando para el diablo» y que había provocado la epidemia del ganado. También confesaron que Grigorii Maliutin y el archidiácono Tsvetkov les habían ordenado matar a Semyonov «en el nombre de Dios», según les había dicho. Todos fueron condenados por asesinato premeditado y sentenciados a diez años de trabajos forzados en el círculo polar ártico.

Semyonov fue enterrado en su propio querido terreno de Andreevskoe: se convirtió en parte del suelo por el que había vivido y combatido todos estos años. Millares de personas de las aldeas cercanas asistieron al funeral, incluyendo centenares de párvulos a los que Semyonov había enseñado personalmente. «Es trágico perder una vida así —dijo su amigo Belousov en su discurso—, justo en el momento en que su obra y sus enseñanzas se han hecho tan terriblemente necesarias para el pueblo.» Para conmemorar los logros de Semyonov, la escuela de la aldea recibió su nombre, mientras que su granja fue preservada por el Estado, y gestionada por su hijo hasta 1929, como una granja modelo que sirviera para demostrar a los campesinos los beneficios de las últimas innovaciones agrícolas. Semyonov se habría conmovido profundamente: era algo con lo que había soñado toda su vida.[21]

Nunca conocida por desperdiciar una oportunidad para hacer propaganda en favor del partido, *Pravda* se centró en este pequeño relato de provincias. Presentó a Maliutin como el *kulak* perverso y a Semyonov como el campesino pobre pero políticamente consciente. Todo eso, por supuesto, era una estupidez: Semyonov no era más pobre de lo que Maliutin era *kulak*, y, en cualquier caso, no era la clase lo que los había dividido. Lo que el asesinato ponía realmente de manifiesto era que a menos de un centenar de millas de Moscú había aldeas, como Andreevskoe, que no habían sido alcanzadas por la civilización moderna todavía; era un mundo aparte donde la gente aún creía en la brujería y vivía como si estuvieran atrapados en la Edad Media. Los bolcheviques todavía tenían

que conquistar este campo desconocido. Lo contemplaban con aprehensión, como si se tratara de un ejército en territorio extranjero. Los primeros etnógrafos soviéticos, que partieron hacia el campo situado en torno a Moscú como los exploradores hacia las selvas del Amazonas, descubrieron que muchos de sus paisanos rusos todavía creían que la tierra era plana, que los ángeles vivían en las nubes y que el Sol giraba alrededor de la Tierra. Descubrieron una extraña cultura aldeana enraizada en sus formas de vida arcaicas y patriarcales, un mundo donde el tiempo todavía era medido por las estaciones y las fiestas religiosas en oposición a los meses, un mundo lleno de rituales y supersticiones paganas, de palizas propinadas a las esposas, de ley tumultuaria, de combates a puñetazos y de borracheras que duraban días.

Los bolcheviques fueron incapaces de comprender este mundo (Marx no había dicho nada acerca de la brujería) y mucho más de gobernarlo. Su infraestructura estatal sólo había llegado a las ciudades con *volost*. La mayoría de las aldeas seguían siendo gobernadas por su propia comuna, cuya naturaleza de pequeño «campesino» se había visto enormemente fortalecida por la revolución y la guerra civil. Ciertamente, Rusia en su conjunto se había hecho mucho más «campesina» en los años inmediatamente anteriores; las grandes poblaciones urbanas en buena medida se habían desintegrado, la industria había sido destruida casi completamente, y la escasa pátina de civilización provincial había sido liquidada por la revolución. Los pequeños campesinos era todo lo que quedaba. No es extraño que muchos bolcheviques se sintieran amenazados por la masa campesina. Gorky, que era igualmente hostil a los «bárbaros campesinos», expresó sus temores. «La inmensa marea campesina acabará por anegarlo todo —dijo a un visitante extranjero poco antes de marchar a Berlín—. El campesino se convertirá en el dueño de Rusia por la fuerza desnuda del número. Y será un desastre para nuestro futuro.»[22] Este temor hacia el campesino fue la gran tensión irresuelta de la década de los años veinte, una tensión que condujo de manera inexorable hacia la tragedia de la colectivización.

Es cierto que no todo era siniestro en la vida rural. Bajo la NPE algunos de los avances del mundo moderno comenzaron a abrirse camino hacia las aldeas. Llegó la energía eléctrica; incluso Andreevskoe tuvo su primer tendido eléctrico en 1927, realizándose así el sueño de Semyonov. Lenin había presentado la nueva tecnología como una panacea para el atraso de Rusia. «El comunismo es igual al poder soviético más la electrificación de todo el país», decía su famoso lema. Parecía igualarla con poderes mágicos, incluso profetizando en cierta

ocasión que la bombilla eléctrica (o las «lamparitas Ilich», como llegaron a ser conocidas) reemplazaría el icono en las chozas de los campesinos. En la propaganda soviética la bombilla se convirtió en un símbolo de la antorcha de la ilustración: la luz era una metáfora de todo lo bueno, al igual que las tinieblas lo eran de la pobreza y el mal. Las fotografías mostraban a los campesinos maravillándose con un arrobo casi religioso ante las nuevas esferas de luz eléctrica. Tal como lo veía Lenin, un tendido nacional integraría el mundo de las aldeas remotas en la cultura moderna de las ciudades; la atrasada Rusia campesina sería arrebatada de las tinieblas por la luz de la industria, y llegaría a disfrutar de un brillante futuro nuevo de rápido progreso económico, educación de masas y liberación de la rutina del trabajo manual. Buena parte de esto era fantasía: los siglos de atraso no podían ser vencidos por un simple interruptor. Lenin, durante tanto tiempo crítico del utopismo, al final había sucumbido, tal como lo manifestó H. G. Wells, a esta «utopía de los electricistas» y, en contravención de toda la doctrina marxista, había colocado su fe en la tecnología para vencer los profundamente arraigados problemas sociales de Rusia.[23]

Hubo otras señales de civilización rural en los años veinte. Los hospitales, los teatros, los cines y las bibliotecas comenzaron a aparecer en el campo. El período de la NPE fue testigo de una amplia gama de mejoras agrarias que se convirtieron en nada menos que una revolución agrícola. Las estrechas y entremezcladas franjas de terreno arable que habían convertido en tan ineficiente el cultivo agrícola comunal fueron reestructuradas o ampliadas en casi un centenar de millones de hectáreas de tierra cultivable. Los cultivos rotatorios en distintos campos, similares a los de Europa occidental, fueron introducidos en casi una quinta parte de toda la tierra comunal. Los fertilizantes químicos, las semillas cruzadas y las herramientas avanzadas fueron utilizados de manera creciente por los campesinos. La explotación lechera se modernizó, y muchos campesinos se dedicaron a los cultivos destinados al mercado, tales como las verduras, el lino y la remolacha azucarera, que antes de la revolución habían sido cultivados de manera exclusiva por las explotaciones agrarias comerciales de la nobleza. Semyonov, que en su época había sido un precursor de tales reformas, se habría sentido no menos complacido por las cooperativas rurales; tanto por el intercambio de producción con las ciudades como con el crédito para comprar herramientas y ganado, que crecieron de manera impresionante durante la década de los años veinte. En 1927, la mitad de las explotaciones campesinas pertenecían a una cooperativa agrícola. Como resultado de estas mejoras, se

produjo un crecimiento sostenido en la productividad, los niveles de producción agrícola de 1913 fueron recuperados en 1926 (y sobrepasados en los dos años siguientes) y los rendimientos de las cosechas de mediados de los años veinte fueron un 17 por ciento más elevados que los de la primera década del siglo XX, la denominada «edad de oro» de la agricultura rusa.[24]

También se produjeron avances reales en la alfabetización, retomando la tendencia de la primera década del siglo, a medida que se abrieron más escuelas rurales en los años veinte. En 1926, el 51 por ciento de la población soviética se consideraba alfabetizado (comparado con el 43 por ciento de 1917, y el 35 por ciento de 1907). Los mayores beneficios se produjeron entre la juventud de las aldeas: los hijos de los campesinos de inicios de los años veinte tenían dos veces más posibilidades de saber leer y escribir que la generación de sus padres; mientras que las jóvenes campesinas de la misma edad tenían cinco veces más posibilidades de saber leer y escribir que sus madres. Este creciente abismo generacional fue tanto demográfico como cultural. En 1926, más de la mitad de la población rural tenía menos de veinte años, y más de dos terceras partes superaba los treinta. Éstos eran en su mayoría campesinos alfabetizados. Muchos de ellos conocían el mundo que había fuera de la aldea gracias a haber servido en el Ejército. Desafiaban la autoridad de los ancianos campesinos, rara vez iban a la iglesia y desplegaban una visión fuertemente individualista que se reflejaba en un agudo incremento de las divisiones de las posesiones agrarias durante los años veinte, cuando los hijos se separaron de los padres y establecieron familias nucleares propias. Los hijos de los campesinos estaban separando de manera creciente a sus padres de la dirección de la familia y obteniendo una voz cada vez mayor en la administración de la explotación agraria.[25] La aldea rusa se encontraba mucho menos dividida entre ricos y pobres, como habían creído los bolcheviques erróneamente, de lo que estaba dividida entre padres e hijos.

Este conflicto generacional ayudó a los bolcheviques a basar su influencia en el campo en la organización de su inquieta juventud. El Komsomol creció mucho más rápidamente que el partido en el campo: de ochenta mil miembros en 1922 a más de medio millón, tres veces el número de los bolcheviques rurales, en 1925. El Komsomol, que era un club social para los adolescentes aburridos de la aldea, se organizó en una cruzada contra la Iglesia y el antiguo orden patriarcal; su finalidad era «poner la aldea patas arriba». Mediante su reclutamiento para el partido también ofrecía a estos jóvenes ambiciosos la oportunidad de promocionarse y dejar la atrasada aldea, que tantos de ellos habían llegado a

despreciar, por las brillantes luces del mundo urbano. Un estudio del Komsomol en uno de los distritos más agrícolas de la provincia de Voronezh durante mediados de los años veinte puso de manifiesto que el 85 por ciento de sus miembros procedían de familias campesinas; pero sólo el 3 por ciento expresó deseos de trabajar en la agricultura. En 1923 un joven estudiante de etnografía resumió las actitudes de sus contemporáneos en su aldea de Volokolamsk, no lejos del Andreevskoe de Semyonov:

> Esto es lo que la gente joven dice de sus ancianos: «Los viejos están locos. Trabajan hasta quedarse exhaustos y no sacan nada de ello. No saben nada excepto cómo arar, lo que es decir que no saben nada en absoluto [...]. Dejad la granja. No crea beneficios y no justifica el trabajo que se le dedica» [...]. [La gente joven quiere] marcharse, marcharse tan rápidamente como sea posible. A cualquier sitio con tal de poder marcharse, a la fábrica, al Ejército, a estudiar, a convertirse en funcionario, no importa.[26]

Semyonov y Kanatchikov habían percibido las mismas actitudes treinta años antes. El rechazo de la aldea por parte de su juventud fue, al parecer, una fuente constante de reclutamiento bolchevique.

El Ejército Rojo, junto con el Komsomol, fue un medio de organizar a esta inquieta juventud aldeana. Los jóvenes que habían regresado del Ejército a menudo asumieron el mando en los sóviets rurales y en la cruzada del Komsomol contra el antiguo orden rural. Un grupo de veteranos celebró un «congreso» en su aldea para discutir las maneras de organizar una «lucha contra las tinieblas, la religión, el alcohol destilado caseramente y otros males». Habiéndose acostumbrado a la vida del Ejército, estos jóvenes veteranos pronto se aburrían de la vida de la aldea, donde, como uno de ellos dijo, «no existe ninguna cultura de ninguna clase». Despreciaban las antiguas formas de vida rurales de la aldea y, si no las abandonaban del todo, buscaban en cierta medida apartarse mediante la adopción de una forma de vestir urbana y militar. Una fuente notó que todos los «antiguos soldados, activistas rurales y Komsomoles (es decir, todos aquellos que se consideraban gente progresista) iban vestidos con uniformes militares y semimilitares». Muchos de estos jóvenes desempeñaron más tarde un papel activo en la campaña de colectivización de Stalin. Se unieron

a las escuadras de requisa de grano que reiniciaron la guerra civil contra las aldeas después de 1927; establecieron «grupos de iniciativa» para organizar las granjas colectivas; tomaron parte en los renovados ataques contra la Iglesia; ayudaron a suprimir la resistencia campesina, y más tarde se convirtieron en funcionarios o en operadores en las nuevas granjas colectivas.[27]

Y sin embargo, dentro de la aldea los bolcheviques seguían careciendo de una autoridad real y ésta fue la causa fundamental del fracaso de la NPE. Incapaces de gobernar el campo mediante medios pacíficos, los bolcheviques recurrieron a atemorizarlo, terminando en la colectivización. Los acontecimientos de 1918-1921 habían dejado una profunda herida en las relaciones campesinado-Estado. Aunque la guerra civil entre ambos había finalizado, los dos bandos se miraban entre sí con una profunda sospecha y desconfianza durante la incómoda tregua de los años veinte. A través de formas pasivas y cotidianas de resistencia (rezagamiento, una incapacidad habitual para comprender las instrucciones, apatía e inercia), los campesinos esperaban mantener a raya a los bolcheviques. Cuando el partido se apoderó de la administración de los sóviets en las ciudades de los *volosts,* los campesinos se retiraron inmediatamente de los sóviets y se reagruparon políticamente en las comunas de las aldeas. La resurrección del estado absolutista recreó así la antigua división entre el *volost* como sede del poder del estado de la nobleza («interesados sólo en recoger impuestos», como señaló un campesino) y la aldea como dominio de los campesinos. Fuera de las ciudades del *volost,* los bolcheviques carecían de autoridad. Casi todos sus miembros estaban concentrados ahí, donde eran necesarios para gestionar los órganos inexpertos del Estado. Muy pocos bolcheviques rurales vivían en las aldeas o tenían algún vínculo real con el campesinado. Sólo el quince por ciento de los miembros rurales del partido se ocupaban de la agricultura; mientras que menos del diez por ciento procedía de la región en la que estaban destinados. Por lo que se refiere a las reuniones rurales del partido, se ocupaban principalmente de la política estatal, de los acontecimientos internacionales e incluso de la ética sexual, pero muy raramente de asuntos agrarios.

Los sóviets rurales padecían de la misma impotencia. Aunque técnicamente subordinados a la administración de los *volosts,* sus miembros campesinos eran decididamente reacios a ir en contra de los intereses de las comunas de la aldea, de cuyos impuestos dependían para sus presupuestos. Ciertamente, los aldeanos a menudo elegían a un simple o a un alcohólico, o quizás a algún campesino pobre endeudado con los ancianos de la aldea, para sabotear el trabajo del

Sóviet. Era un viejo truco de los campesinos y había sido aplicado a la administración del *volost* antes de 1917. Los bolcheviques, siguiendo la ineptitud habitual que los caracterizaba, respondieron centralizando el poder, reduciendo el número de sóviets rurales; pero esto empeoró las cosas, porque dejó a la inmensa mayoría de las aldeas sin ningún Sóviet. En 1929, el Sóviet rural promedio estaba intentando gobernar a nueve aldeas separadas con una población conjunta de mil quinientas personas. Sin teléfonos, y a veces incluso sin medios de transporte, los funcionarios soviéticos se vieron sumidos en la impotencia. Los impuestos no podían ser recaudados adecuadamente, las leyes soviéticas no podían ser implantadas, la fuerza de policía rural era minúscula, con un policía responsable de veinte mil personas en dieciocho o incluso veinte aldeas por término medio.[28] Una década después de 1917 la inmensa mayoría del campo todavía tenía que experimentar el poder soviético.

Existía una presuposición común entre aquellos bolcheviques que escribieron acerca de la NPE (Bujarin fue un ejemplo clásico) en el sentido de que la creciente prosperidad y el avance cultural del campo acabarían de alguna manera con este problema político. Fue una equivocación. Bajo el sistema de pequeña propiedad de la NPE, la cultura política de la aldea todavía llegó a ser más distintivamente «campesina», en oposición fundamental al Estado, y no hubo grado suficiente de propaganda o de educación que pudiera tener nunca la esperanza de salvar este abismo. ¿Por qué, a fin de cuentas, debería ser un campesino mejor educado más susceptible de aceptar el control o el adoctrinamiento comunista? La *intelligentsia* rural, que sólo podía haber desempeñado un papel intermediario entre el campesinado y el régimen, era una isla diminuta en medio de este océano campesino, con su propia cultura urbana distintiva y, según todos los relatos, crecientemente sometida a la desconfianza de los campesinos.[29] Cuanto más se prolongaba la NPE, mayor era la distancia entre las ambiciones del régimen soviético y su impotencia en el campo. Los bolcheviques militantes temían cada vez más que la revolución degeneraría, que se hundiría en el barro *kulak*, a menos que se desencadenara una nueva guerra civil para subyugar la aldea a la ciudad. Aquí se encuentran las raíces de la guerra civil desencadenada por Stalin contra la aldea, la guerra civil de la colectivización. Sin medios para gobernar la aldea, no digamos ya para transformarla de acuerdo con los presupuestos socialistas, los bolcheviques intentaron abolirla.

III La última lucha de Lenin

Las primeras señales de que Lenin no se encontraba bien quedaron de manifiesto en 1921, cuando comenzó a quejarse de dolores de cabeza y de agotamiento. Los médicos no podían diagnosticar la enfermedad; era tanto el resultado de un colapso mental como de uno físico. Durante los últimos cuatro años, Lenin había estado trabajando casi sin interrupción hasta dieciséis horas diarias, y los únicos períodos reales de descanso habían sido en el verano de 1917, cuando huía del Gobierno de Kerénsky y durante las semanas de recuperación tras el intento de asesinato de Kaplan en agosto de 1918. La crisis de 1920-1921 se había cobrado un pesado tributo en la salud de Lenin. Los síntomas fisicos de la «cólera de Lenin», como la describió una vez Krupskaya, insomnio e irritación, dolores de cabeza y agotamiento depresivo, volvieron a atormentarlo durante sus amargas luchas contra la Oposición de los Trabajadores y las revueltas en el campo. Los rebeldes de Kronstadt, los obreros y los campesinos, los mencheviques, los eseristas y el clero, que fueron todos arrestados y fusilados en cifras enormes, se convirtieron en víctimas de su cólera. En el verano de 1921, Lenin había vuelto a emerger victorioso, pero las señales de su agotamiento mental eran evidentes para todos; mostraba lapsus de memoria, dificultades al hablar y movimientos erráticos. Algunos doctores lo atribuyeron al envenenamiento causado por las dos balas de la Kaplan, que todavía estaban alojadas en el brazo y en el cuello de Lenin (la que estaba en el cuello fue extraída quirúrgicamente durante la primavera de 1922), pero otros sospechaban de parálisis. Sus sospechas quedaron confirmadas el 25 de mayo de 1922, cuando Lenin sufrió su primer ataque de importancia, que dejó su lado derecho casi paralizado y le privó del habla durante un tiempo. En palabras de su hermana, Maria Ul'ianova, que iba a cuidarle hasta su muerte, Lenin se dio cuenta entonces de «que todo se había acabado para él». Suplicó a Stalin que le proporcionara veneno para que pudiera matarse. «No quiere vivir y ya no puede vivir», le dijo Krupskaya. Había intentado dar cianuro a Lenin pero le fallaron los nervios, de manera que las dos habían decidido pedírselo a Stalin, ya que se trataba de un «hombre firme y acerado desprovisto de sentimentalismos». Aunque Stalin más tarde desearía que muriera, se negó a ayudarle a morir; y el Politburó votó en contra. De momento, para Stalin, Lenin resultaba más útil vivo.[30]

Durante el verano de 1922, mientras se recuperaba en su casa de campo en

Gorki, Lenin se preocupó con la cuestión de su sucesión. Debió de ser una tarea dolorosa para él puesto que, como todos los dictadores, se sentía ferozmente celoso de su propio poder y evidentemente pensaba que nadie era lo suficientemente bueno para heredarlo. Todos los últimos escritos de Lenin dejan claro que favorecía una dirección colectiva para sucederle. Temía de manera particular la rivalidad personal entre Trotsky y Stalin, que comprendía que podía dividir el partido cuando él desapareciera de escena, y buscó evitarlo equilibrando a uno frente al otro.

Desde su punto de vista los dos hombres tenían virtudes. Trotsky era un orador y un administrador brillante: él más que nadie había ganado la guerra civil, pero su orgullo y arrogancia (por no hablar de su pasado como menchevique o de su aspecto de intelectual judío) le convertían en alguien impopular en el partido (tanto la Oposición Militar como la Oposición de los Trabajadores habían estado en buena medida en contra de él de forma personal). Trotsky no era un «camarada» natural; siempre sería más el general de su propio ejército que un coronel en un mando colectivo, y fue esto lo que le otorgó la posición de «extraño» para las bases. Aunque miembro del Politburó, Trotsky nunca había tenido un puesto en el partido, y rara vez asistía a sus reuniones del partido. Los sentimientos de Lenin hacia Trotsky quedaron resumidos por Maria Ul'ianova: «No sentía simpatía por Trotsky; tenía demasiadas características que hacían que fuera extraordinariamente difícil trabajar en equipo con él. Pero era un trabajador industrioso y una persona de talento, y para V. I. ésa era la razón principal para intentar conservarlo a bordo. Si merecía la pena es otra cuestión».[31]

Stalin, por el contrario, parecía a primera vista mucho más adecuado para las necesidades de una dirección colectiva. Durante la guerra civil había tomado sobre sí mismo una extraordinaria cantidad de tareas mundanas que nadie más había querido (era comisario para las Nacionalidades, comisario del Rapkrin, miembro del Consejo Militar Revolucionario, del Politburó y Orgburó, y presidente de la Secretaría), con el resultado de que pronto se había ganado una reputación de mediocridad modesta e industriosa. Ésta era la «mancha gris» que Sujanov había descrito en 1917. Todos los dirigentes del partido cometieron el mismo error al subestimar el poder potencial de Stalin, y su ambición para ejercerlo, como resultado del patronazgo que había conseguido al desempeñar todos estos puestos. Lenin fue tan culpable como el resto. Para un hombre de tamaña intolerancia, demostró ser notablemente tolerante hacia los muchos pecados de Stalin, de los cuales no era el menor su creciente rudeza hacia sí

mismo, al creer que necesitaba a Stalin para mantener la unidad en el partido. Fue por esta razón que, por impulso de Stalin, y aparentemente respaldado por Kamenev, estuvo de acuerdo en convertir a aquél en el primer secretario general del partido en abril de 1922. Esto iba a revelarse como un nombramiento crucial, el que capacitó a Stalin para llegar al poder. Sin embargo, cuando Lenin llegó a darse cuenta de esto e intentó que Stalin fuera desplazado del puesto, ya era demasiado tarde.[32]

La clave para el creciente poder de Stalin fue su control del aparato del partido en provincias. Como presidente de la Secretaría, y único miembro del Politburó en el Orgburó, pudo promover a sus amigos y deshacerse de sus oponentes. Sólo durante 1922 más de diez mil funcionarios provinciales fueron nombrados por el Orgburó y la Secretaría, la mayoría de ellos siguiendo la recomendación personal de Stalin. Iban a ser sus principales partidarios durante la lucha por el poder contra Trotsky en 1922-1923. La mayoría de ellos tenían, como el mismo Stalin, orígenes muy humildes y habían recibido poca educación formal. Al desconfiar de intelectuales como Trotsky, preferían depositar su confianza en la sabiduría de Stalin, con sus apelaciones sencillas a la unidad proletaria y a la disciplina bolchevique, cuando se trataba de asuntos ideológicos.

Lenin había consentido los crecientes poderes de «nombramientos» ejercidos por Stalin desde Moscú como un antídoto para la formación de facciones opositoras provinciales (la Oposición de los Trabajadores, por ejemplo, siguió siendo fuerte en Ucrania y en Samara hasta 1923). Como presidente de la Secretaría, Stalin pasó mucho de su tiempo desarraigando a los creadores potenciales de problemas del aparato provincial del partido. Recibía informes mensuales de la Cheka (denominada GPU en 1922) acerca de las actividades de los dirigentes provinciales. Boris Bazhanov, el secretario personal de Stalin, recuerda su hábito de recorrer dando zancadas arriba y abajo su gran oficina del Kremlin, fumando en pipa, y después dando la orden terminante de deponer a tal o cual secretario del partido y de enviar a fulano de tal a reemplazarle. Hubo pocos dirigentes del partido, incluyendo los miembros del Politburó, a los que Stalin no tuviera bajo vigilancia a finales de 1922. Con el pretexto de apoyar la ortodoxia leninista, Stalin pudo así reunir información sobre todos sus rivales, incluyendo muchas cosas que deberían haber mantenido en secreto, y que él pudo utilizar para asegurar su lealtad en favor propio.[33]

Mientras Lenin se recuperaba de su ataque, Rusia fue gobernada por el triunvirato (Stalin, Kamenev y Zinoviev) que había surgido como un bloque

anti-Trotsky durante el verano de 1922. Los tres se reunían antes de las sesiones del partido para acordar su estrategia e instruir a sus seguidores acerca de la manera de votar. Kamenev había tenido desde hacía tiempo una debilidad por Stalin: habían estado juntos en el exilio en Siberia, y Stalin había salido en su defensa cuando Lenin intentó expulsarle del partido por su oposición al golpe de octubre. Kamenev tenía ambiciones de dirigir el partido y eso le había llevado a aliarse con Stalin en contra de Trotsky, al que consideraba la amenaza más seria. Puesto que Trotsky era el cuñado de Kamenev, eso significaba introducir una facción en la familia. Por lo que se refiere a Zinoviev, apreciaba poco a Stalin, pero su odio por Trotsky era tan devorador que se habría aliado con el diablo si le hubiera asegurado la derrota de su enemigo. Ambos hombres pensaban que estaban utilizando a Stalin, al que consideraban una mediocridad, para promover sus propias pretensiones a la dirección; pero Stalin los estaba utilizando, y, una vez que Trotsky hubo sido derrotado, fue a destruirlos.

En septiembre, Lenin se había recuperado y había regresado al trabajo. Ahora sospechaba de las ambiciones de Stalin y, en un esfuerzo por contrarrestar su creciente poder, propuso nombrar a Trotsky como su delegado en el Sovnarkom. Los seguidores de Trotsky siempre han afirmado que esto habría convertido a su héroe en el heredero de Lenin, pero de hecho muchas personas consideraban ese puesto un cargo de menor importancia (el poder estaba concentrado en los órganos del partido más que en los del Gobierno), y sin duda por esta razón Stalin se sintió feliz votando a favor de la resolución de Lenin en el Politburó. Ciertamente, fue Trotsky el que más se opuso a ella escribiendo en su papeleta de voto: «Me niego categóricamente». Pretendió que sus objeciones descansaban sobre la base de que ya había criticado el puesto en principio cuando había sido creado en mayo último. Después también pretendió que había rechazado el puesto sobre la base de que era judío y esto podía echar leña al fuego de la propaganda de los enemigos del régimen (véanse las págs. 873-874); pero su negativa se debió probablemente al hecho de que pensaba que estaba por debajo de sus posibilidades el ser simplemente un «presidente de los delegados».

Esto no significa que Lenin compartiera esta pobre visión del trabajo en el Sovnarkom. Ni significa que se lo ofreciera a Trotsky, en palabras de la hermana de Lenin, simplemente como un «gesto diplomático» para compensar el hecho de que «Ilich estaba al lado de Stalin». Lenin siempre había otorgado un valor mayor al trabajo del Sovnarkom que al del mismo partido. El Sovnarkom era el niño de Lenin, donde él concentraba todas sus energías, incluso hasta el punto de

que, sorprendentemente, llegó a dejar de lado la vida del partido. «Debo admitir que no estoy familiarizado con la escala de la labor de "nombramientos" del Orgburó», confesó a Stalin en octubre de 1921. Ésa fue la tragedia de Lenin. Durante sus últimos meses de política activa, cuando fue a ocuparse del problema del poder creciente de los órganos dirigentes del partido, progresivamente contempló el Sovnarkom como una forma de dividir el poder entre el partido y el Estado. Pero el Sovnarkom, como la sede personal del poder de Lenin, estaba condenado a entrar en decadencia cuando él enfermó y se retiró de la política. Incluso con Trotsky actuando como su presidente, casi con certeza era demasiado tarde para detener el paso del poder en los órganos del partido a las manos de Stalin, y Trotsky debió de saberlo.[34]

Las sospechas que Lenin sentía hacia Stalin se acentuaron cuando, en octubre, Stalin le propuso expulsar a Trotsky del Politburó en castigo por su arrogante rechazo del puesto en el Sovnarkom. Para Lenin resultó claro, cuando se familiarizó con las actividades del triunvirato, que estaba actuando como un grupo gobernante y que pretendía apartarle del poder. Esto quedó confirmado cuando Lenin descubrió que en cuanto se retiró de las reuniones del Politburó, que a menudo tenía que abandonar pronto a causa del agotamiento, el triunvirato aprobaba resoluciones vitales de las que él sólo se enteraba al día siguiente. Lenin ordenó entonces (el 8 de diciembre) que las reuniones del Politburó no continuaran por un período mayor de tres horas, y que todos los asuntos que quedaran sin resolver fueran aplazados hasta el día siguiente. Al mismo tiempo, o así lo aseguró más tarde Trotsky, Lenin se le acercó con un ofrecimiento para unirse a él en un «bloque contra la burocracia», queriendo dar a entender con esto una coalición contra Stalin y su base de poder en el Orgburó. La interpretación de Trotsky es verosímil. Esto, después de todo, sucedió en la víspera del testamento de Lenin, que se ocupaba principalmente del problema de Stalin y de su control sobre la burocracia. Trotsky ya había criticado a la burocracia del partido, el Rabkin y el Orgburó en particular, y sabemos que Lenin compartía su oposición a Stalin tanto en relación con el comercio exterior como en la cuestión georgiana. En resumen, parece que hacia mediados de diciembre Lenin y Trotsky se estaban uniendo contra Stalin. Y entonces, repentinamente, la noche del 15 de diciembre, Lenin sufrió su segundo ataque de importancia.

Stalin se hizo cargo inmediatamente de los médicos de Lenin y, con el pretexto de acelerar su recuperación, obtuvo del Comité Central una orden que le

permitía mantenerle «aislado» de la política restringiendo sus visitas y su correspondencia. «Ni amigos ni los que están cerca de él —rezaba una orden ulterior del Politburó del 24 de diciembre— están autorizados para dar a Vladimir Ilich ninguna noticia política, puesto que esto podría hacerle reflexionar y excitarse.» Confinado en su silla de ruedas, y con el permiso para dictar sólo durante «cinco o diez minutos al día», Lenin se había convertido en el prisionero de Stalin. Sus dos principales secretarias, Nadezhda Alliluyeva (la esposa de Stalin) y Lydia Fotieva, informaban a Stalin de todo lo que decía. Lenin, evidentemente, no lo sabía, como los acontecimientos posteriores iban a revelar. Stalin, mientras tanto, se convirtió en un experto en medicina, ordenando que le enviaran manuales. Llegó a la convicción de que Lenin moriría pronto y manifestó un abierto desprecio hacia él. «Lenin kaput», dijo a sus colegas en diciembre. Las palabras de Stalin llegaron a Lenin a través de Maria Ul'ianova. «Todavía no me he muerto —le dijo su hermano—, pero ellos, dirigidos por Stalin, ya me han enterrado.» Aunque Stalin basaba su reputación en su especial relación con Lenin, sus sentimientos reales hacia él quedaron de manifiesto en 1924, cuando, teniendo que esperar todo un año para que se consumiera y muriera, se oyó que murmuraba: «¡No se podía ni siquiera morir como un dirigente *real!*». De hecho, Lenin podía haber muerto mucho antes. Hacia finales de diciembre estaba tan frustrado con las restricciones impuestas a sus actividades que una vez más pidió veneno para poder acabar con su vida. Según Fotieva, Stalin se negó a proporcionarle el veneno. Pero, sin duda, poco después llegó a lamentarlo, porque en los breves intervalos en que se permitía trabajar a Lenin éste dictó una serie de notas para el futuro Congreso del Partido en las que condenó el creciente poder de Stalin y pidió su destitución.[36]

Estas notas fragmentarias, que más tarde llegaron a ser conocidas como el Testamento de Lenin, fueron dictadas a breves intervalos (algunas de ellas, por teléfono a una taquígrafa que estaba sentada en la habitación de al lado con un par de auriculares) entre el 23 de diciembre y el 4 de enero. Lenin ordenó que fueran mantenidas en el más estricto de los secretos, guardándolas en sobres sellados que sólo debían ser abiertos por él mismo o por Krupskaya; pero sus secretarias eran también espías de Stalin y le mostraron las notas.[37] A lo largo de estos últimos escritos hace acto de presencia una abrumadora sensación de desesperación por el sendero que había tomado la revolución. El estilo frenético de Lenin, su hipérbole y su repetición obsesiva, evidencian una mente que no sólo se estaba deteriorando por la parálisis, sino que también estaba siendo

torturada, quizás al darse cuenta de que la única meta hacia la que se había dirigido durante las últimas cuatro décadas ahora había resultado ser una equivocación monstruosa. En estos últimos escritos Lenin aparece angustiado por el atraso cultural de Rusia. Era como si reconociera, quizá sólo ante sí mismo, que los mencheviques habían tenido razón, que Rusia no estaba preparada para el socialismo puesto que sus masas carecían de la educación necesaria para tomar el lugar de la burguesía, y que el intento de acelerar este proceso mediante la intervención del Estado estaba condenado a concluir en tiranía. ¿Fue esto lo que quería dar a entender cuando advirtió a los bolcheviques de que todavía era necesario que «aprendieran a gobernar»?

Las últimas notas de Lenin se ocupaban de tres problemas principales, con Stalin en cada una de ellas como el villano principal. El primero de ellos era el asunto de Georgia y la cuestión referente a la clase de tratado de unión que Rusia debía firmar con sus fronteras étnicas. A pesar de sus propios orígenes georgianos, Stalin era el principal de entre aquellos bolcheviques a los que Lenin había criticado durante la guerra civil por su nacionalismo panruso. La mayoría de los partidarios de Stalin en el partido eran igualmente imperialistas en sus puntos de vista, igualaban la colonización de los territorios fronterizos, de Ucrania especialmente, a través de los obreros rusos, y la supresión de la población campesina nativa («nacionalistas pequeñoburgueses»), con el avance del poder comunista. Como comisario para las Nacionalidades, Stalin propuso a finales de septiembre que las tres repúblicas no rusas que habían avanzado considerablemente en su constitución (Ucrania, Bielorrusia y Transcaucasia) deberían unirse a Rusia sólo en calidad de regiones autónomas, dejando el peso del poder al Gobierno federal en Moscú. El «plan de autonomía», como llegaron a ser conocidas las propuestas de Stalin, habría restaurado la «Rusia unida e indivisible» del Imperio zarista. Eso no era en absoluto lo que Lenin se proponía cuando había asignado a Stalin la tarea de trazar los planes para una unión federal. Lenin subrayó la necesidad de pacificar lo que él veía como quejas históricas justificadas de los no rusos contra Rusia concediéndoles el *status* de repúblicas «soberanas» (para los grupos étnicos principales) o «autónomas» (para los más pequeños), con amplias libertades culturales y el derecho formal (valiera lo que valiese) de separarse de la unión.

Los planes de Stalin fueron objeto de la amarga oposición de los bolcheviques georgianos, cuyos intentos para construir su propia base política frágil dependía de la concesión de estos derechos nacionales. Ya en marzo de 1922, Stalin y su

paisano georgiano Ordzhonikidze, presidente del Buró Caucásico de Moscú, habían obligado a Georgia, en buena medida contra la voluntad de sus dirigentes, a unirse con Armenia y Azerbaiján en una Federación Transcaucásica. A los dirigentes de Georgia les pareció que Stalin y su esbirro estaban tratando a Georgia como su feudo y pasándoles por alto. Rechazaron el plan de autonomía y amenazaron con dimitir si Moscú lo imponía.

En este punto exactamente intervino Lenin. Para empezar adoptó la posición de Stalin. Aunque sus propuestas eran indeseables (Lenin impuso que fueran rechazadas en favor de la unión federal que más tarde llegó a ser conocida como el Tratado de la Unión Soviética, ratificado en 1924), los georgianos se habían equivocado al plantear ultimatos, y así se lo dijo en un encolerizado telegrama de 21 de octubre. Al día siguiente todo el Comité Central del Partido Comunista

Georgiano dimitió en señal de protesta. Nada similar había sucedido nunca antes en la historia del partido. Desde finales de noviembre, sin embargo, cuando Lenin estaba generalmente empezando a volverse contra Stalin, su posición cambió. Las nuevas noticias procedentes de Georgia le hicieron repensar la situación. Despachó una comisión investigadora a Tiflis, encabezada por Dzerzhinsky y Rykov, por la cual supo que durante el curso de una discusión, Ordzhonikidze había golpeado a un prominente bolchevique georgiano (que le había llamado «ojo del culo estalinista»). Lenin se sintió ofendido. Confirmó sus impresiones acerca de la creciente rudeza de Stalin y le hizo ver la cuestión georgiana bajo una luz diferente. En sus notas al Congreso del Partido de 30 y 31 de diciembre comparó a Stalin con el nacionalista ruso a la antigua usanza, un «canalla y un tirano» que sólo podía subyugar y someter a las naciones pequeñas, tales como Georgia, mientras que lo que era necesario en los gobernantes de Rusia era una «profunda precaución, sensibilidad y disposición al compromiso» en relación con sus aspiraciones nacionales legítimas. Lenin pretendió incluso que en una federación socialista los derechos de «las naciones oprimidas», como Georgia, deberían ser mayores que los de las «naciones opresoras» (es decir, Rusia), para así «compensar la desigualdad que se produce en la práctica habitual». El 8 de enero, en la que iba a ser la última carta de su vida, Lenin prometió a la oposición georgiana que iba a defender su causa «con todo mi corazón».[38]

La segunda mayor preocupación de Lenin en su testamento fue contrarrestar los poderes crecientes de los órganos directivos del partido, que ahora se encontraban bajo el control de Stalin. Dos años antes, cuando su propio poder

había sido supremo, Lenin había condenado las propuestas de los centralistas democráticos en favor de una mayor democracia y *glásnost* en el partido; pero ahora que Stalin era el gran dictador, Lenin planteó unos planes similares. Propuso democratizar el Comité Central añadiendo de cincuenta a cien nuevos miembros reclutados entre los obreros y campesinos ordinarios que estuvieran en los órganos inferiores del partido. Para responsabilizar más al Politburó también sugirió que el Comité Central debía tener el derecho a asistir a todas sus reuniones y a inspeccionar sus documentos. Además, la Comisión Central de Control, unida con el Rabkrin y renovada con trescientos o cuatrocientos obreros conscientes, debería tener el derecho de controlar los poderes del Politburó. Estas propuestas fueron un último esfuerzo (similar en muchos aspectos a la *Perestroika* de Gorbachov) para construir un puente sobre la brecha cada vez más amplia existente entre los jefes y las bases del partido, para democratizar la dirección, para hacerla más abierta y eficiente, sin debilitar el control general que el partido ejercía sobre la sociedad.

La cuestión final de los últimos escritos de Lenin (y por tanto también la más explosiva) era la cuestión relativa a la sucesión. En sus notas de 24 de diciembre Lenin expresaba su preocupación acerca de una división entre Trotsky y Stalin (en parte era por esta razón por lo que había propuesto ampliar las dimensiones del Comité Central) y, como si se tratara de subrayar su preferencia por una dirección colectiva, señalaba las faltas de los dirigentes más importantes del partido. Kamenev y Zinoviev habían quedado comprometidos por haberse opuesto a él en octubre; Bujarin era «el favorito de todo el partido, pero sus puntos de vista teóricos sólo podían ser clasificados con reservas como marxistas»; en cuanto a Trotsky, era «personalmente quizás el hombre más capaz del actual Comité Central, pero había desplegado una autoseguridad excesiva y mostrado una preocupación excesiva por el aspecto puramente administrativo del trabajo»; pero las críticas más devastadoras de Lenin quedaron reservadas para Stalin, quien, tras haberse convertido en secretario general, había «acumulado un poder ilimitado en sus manos, y no estoy seguro de que siempre sabrá cómo utilizar este poder con la suficiente precaución». El 4 de enero Lenin añadió la siguiente nota:

> Stalin es demasiado rudo, y este defecto, aunque bastante tolerable en nuestro medio y en el trato entre comunistas, se hace intolerable en un

> secretario general. Por esta razón sugiero que los camaradas piensen en una forma de destituir a Stalin de ese puesto y reemplazarle por alguien que tenga sólo una ventaja sobre el camarada Stalin, la de una tolerancia mayor, la de una mayor lealtad, la de una mayor cortesía y consideración hacia los camaradas, la de un talante menos caprichoso, etcétera.[39]

Lenin estaba dejando claro que Stalin tenía que marcharse.

La resolución de Lenin quedó fortalecida a inicios de marzo, cuando se enteró de un incidente que había tenido lugar entre Stalin y Krupskaya varias semanas antes pero que se le había mantenido en secreto. El 21 de diciembre Lenin había dictado a Krupskaya una carta dirigida a Trotsky felicitándole por su éxito en la batalla contra Stalin en relación con el monopolio del comercio exterior. Los informadores de Stalin le hablaron de la carta, de la que se apoderó como de una prueba del «bloque» que estaba formando Lenin con Trotsky en su contra. Al día siguiente telefoneó a Krupskaya y, tal como ella señaló, la sometió «a una tormenta de groseros insultos», pretendiendo que había roto las reglas del partido en relación con la salud de Lenin (aunque los doctores habían autorizado el que la dictara), y amenazando con comenzar una investigación relacionada con ella y llevada a cabo por la Comisión de Control Central. Cuando colgó el teléfono, Krupskaya palideció, sollozó histéricamente y se tiró por el suelo. El reinado de terror de Stalin había comenzado. Cuando finalmente se comunicó a Lenin este incidente, el

5 de marzo, dictó una carta a Stalin exigiendo que se disculpara por su «rudeza» o, por el contrario, que se arriesgara a una «ruptura de relaciones entre nosotros». Stalin, que se había convertido en un ser completamente arrogante por el poder, apenas pudo disimular su desprecio hacia el Lenin moribundo en su desagradable respuesta. Krupskaya, le recordó, «no sólo es tu esposa sino mi antigua camarada de partido». En su «conversación» no había sido «rudo», y todo el incidente no fue más «que un estúpido malentendido [...]. Sin embargo, si consideras que por la preservación de las "relaciones" debo "retirar" las palabras anteriores, puedo retirarlas, aunque no llego a entender cuál es la supuesta razón para todo esto, o en qué he cometido una "falta", o qué, exactamente, se exige de mí».[40]

Lenin se sintió muy alterado por el incidente. Enfermó de la noche a la mañana. Uno de sus médicos describió su condición el 6 de marzo: «Vladimir

Ilich yace con un aspecto de deterioro, con una expresión aterrorizada en su rostro, con los ojos tristes y una mirada interrogante, con lágrimas que se deslizan por su rostro». Vladimir Ilich se agitaba, intentaba hablar, pero las palabras no le venían y sólo podía decir: «Oh infierno, oh infierno. La antigua enfermedad ha regresado». Tres días después Lenin sufrió su tercer ataque de importancia. Le privó de la capacidad de hablar y de contribuir así a la política. Hasta su muerte, diez meses más tarde, sólo pudo balbucir sílabas sueltas: *«vot, vot»* («aquí, aquí») y *«s'ezd, s'ezd»* («congreso, congreso»).[41]

En mayo Lenin fue trasladado a Gorki, donde fue puesto a su disposición un equipo de doctores. Cuando hacía buen tiempo se sentaba en el exterior. Allí un sobrino se lo encontró un día «sentado en su silla de ruedas con una blusa blanca de verano de cuello abierto [...]. Una gorra bastante vieja le cubría la cabeza y su brazo derecho descansaba de una forma un tanto carente de naturalidad en su regazo. Apenas se dio cuenta de que estaba allí, aun cuando yo estaba de pie de manera bastante evidente en medio del claro». Krupskaya le leía (Gorky y Tolstoi le proporcionaban el mayor consuelo) e intentaba en vano enseñarle a hablar. En septiembre, con la ayuda de un bastón y de un par de botas ortopédicas, pudo volver a caminar. A veces empujaba su silla de ruedas por los alrededores, comenzó a leer periódicos enviados desde Moscú y, con la ayuda de Krupskaya, aprendió a escribir un poco con la mano izquierda. Bujarin le visitó en otoño y, como relató más tarde a Boris Nikolaevsky, encontró a Lenin profundamente preocupado por la cuestión de quién iba a sucederle y por los artículos que no podía escribir. Pero no existía ninguna posibilidad de que regresara a la política. Lenin, el político, ya había muerto.[42]

El quitarse a Lenin de en medio era justo lo que necesitaba Stalin. Mediante sus espías, se había enterado de la carta secreta dirigida por Lenin al XII Congreso del Partido. Si quería permanecer en el cargo, tenía que evitar que fuera leída allí. El 9 de marzo Stalin utilizó su poder como secretario general para aplazar el congreso desde mediados de marzo a mediados de abril. Trotsky, aunque era el que tenía más que ganar de un posible derrocamiento de Stalin en el congreso, aceptó de buena gana el retraso. Incluso aseguró a Kamenev que, aunque estaba de acuerdo «con Lenin en sustancia» (es decir, en la cuestión georgiana y en la reforma del partido), era favorable a «preservar el *statu quo*» y «contrario a deponer a Stalin» siempre que se produjera un «cambio radical» de política.

Trotsky concluyó con la esperanza de que «no habría más intrigas, sino una honrada cooperación». El resultado de este «podrido compromiso», justo lo que Lenin le había advertido que no hiciera, fue que el Congreso del Partido fue testigo del triunfo de Stalin en lugar de presenciar su derrota final. Las notas de Lenin sobre la cuestión de las nacionalidades y la reforma del partido fueron distribuidas entre los delegados, discutidas y después rechazadas por la dirección. La mayoría de los delegados, en cualquier caso, probablemente compartían el punto de vista expresado por Stalin de que, en una época en que la unidad era necesaria en el partido sobre cualquier otra cosa, no había necesidad de perder tiempo discutiendo sobre la democracia. La urgencia por silenciar a Lenin, y todas las críticas del Politburó, fue en sí misma un factor crucial en el ascenso de Stalin al poder.[43] Las notas de Lenin sobre la cuestión de la sucesión, incluyendo su petición de que Stalin fuera destituido, no fueron leídas ante el congreso y permanecieron ocultas hasta 1956.

Es difícil explicar la conducta de Trotsky. En este momento crucial de la lucha por el poder, cuando podría haber obtenido una extraordinaria victoria, de alguna manera labró su propia derrota. Entre los cuarenta miembros del nuevo Comité Central, elegido en el congreso, sólo podía contar con tres partidarios. Quizá, consciente de su creciente aislamiento, especialmente después del ataque de Lenin, Trotsky había decidido que su única esperanza era intentar apaciguar al triunvirato. Sus memorias aparecen repletas de la convicción de que había sido derribado por una conspiración de sus tres dirigentes. Ciertamente, existía un peligro muy real de que, si hubiera decidido desafiarlos, Trotsky habría sido acusado de «faccionalismo», y después de 1921 ésta era una sentencia de muerte política. Pero también hay algo de verdad en la pretensión de que Trotsky careció de agallas para combatir; había una debilidad interior en su carácter que arrancaba de su orgullo. Enfrentado con la perspectiva de la derrota, Trotsky prefirió no competir. Uno de sus amigos más antiguos cuenta la historia de un juego de ajedrez en Nueva York. Trotsky le había desafiado a jugar, «evidentemente considerándose un buen ajedrecista». Pero resultó que era débil, y tras haber perdido el juego, se acaloró y se negó a jugar otra vez.[44] Este episodio insignificante era típico de Trotsky: cuando se enfrentaba con un rival superior, uno que podía vencerle, elegía retirarse y sumergirse en un glorioso aislamiento en lugar de ser derrotado al intentar enfrentarse con él en condiciones desventajosas.

Eso fue, en cierto sentido, lo que Trotsky hizo a continuación. En lugar de

luchar con Stalin en los órganos superiores del partido, asumió el modelo de las bases bolcheviques, presentándose como el paladín de la democracia del partido contra «el régimen policial» de la dirección. Se trataba de un juego desesperado (Trotsky apenas era conocido por sus hábitos democráticos y corría el riesgo mortal de «faccionalismo»), pero entonces se encontraba en una situación desesperada. El 8 de octubre dirigió una carta abierta al Comité Central en la que lo acusaba de suprimir toda la democracia en el seno del partido:

> La participación de las masas del partido en la formación real de la organización del partido se está convirtiendo en algo crecientemente marginal. Una peculiar psicología de la Secretaría ha sido establecida en el último año aproximadamente; su rasgo principal es la creencia en que el secretario [del partido] es capaz de decidir sobre todas y cada una de las cuestiones, sin conocer siquiera los hechos básicos [...]. Existe un estrato muy amplio de trabajadores del partido, tanto en el Gobierno como en el aparato del partido, que obvian completamente su propia opinión del partido, al menos expresada abiertamente, como si se asumiera que es el aparato de la jerarquía secretarial el que formula la opinión y la política del partido. Debajo de este estrato de gente que se abstiene de manifestar su opinión yacen las amplias masas del partido, para las que toda decisión ya aparece en forma de recomendaciones o de órdenes.

El apoyo en favor de Trotsky vino del denominado «Grupo del 46» (AntonovOvseenko, Piatakov y Preobrazhensky eran los más conocidos), que también escribió protestando al Comité Central. El clima de miedo en el partido era tal, afirmaban, que incluso antiguos camaradas habían llegado a «tener miedo de conversar entre sí».[45] Predeciblemente, la dirección del partido acusó a Trotsky de instigar una «plataforma» peligrosa que podía conducir a la creación de una «facción» ilegal en el seno del partido. Sin responder a sus críticas políticas, el Politburó desencadenó un canallesco ataque personal contra Trotsky el 19 de octubre. Trotsky era arrogante, se consideraba por encima del trabajo cotidiano del partido, y actuó siguiendo la máxima de «todo o nada» (es decir «dadme todo o no os daré nada»). Cuatro días más tarde Trotsky dirigió una negativa desafiante en relación con las acusaciones de «faccionalismo» al pleno

del Comité Central. El 26 de octubre compareció ante el pleno mismo.

Hasta hace poco se ha pensado que Trotsky no había asistido a esta reunión crucial. Deutscher y Broué, sus dos principales biógrafos, habían señalado que estuvo ausente a causa de la gripe. Pero asistió y, ciertamente, articuló una defensa tan poderosa que Bazhanov, el secretario de Stalin encargado de transcribir el discurso de Trotsky, llegó a enterrar el registro de la misma en sus archivos personales. Allí fue encontrado en 1990. El discurso de Trotsky fue una negativa apasionada de las alegaciones de «bonapartismo» que pretendía que habían sido dirigidas contra él. En este punto fue cuando sacó a relucir la cuestión de sus orígenes judíos. Para demostrar que carecía de ambición, Trotsky citó las dos ocasiones en que había rechazado el ofrecimiento que le había hecho Lenin de un alto cargo, una vez en octubre de 1917 (comisario del Interior) y otra vez más en septiembre de 1922 (presidente delegado del Sovnarkom), sobre la base de que no sería inteligente, dado el problema del antisemitismo, tener a un judío en un cargo tan elevado. En la primera ocasión, Lenin lo había rechazado como algo «trivial»; pero en la segunda «coincidió conmigo».[46] La implicación de Trotsky era obvia: la oposición dirigida contra él en el partido (y Lenin lo había reconocido) surgía en parte del hecho de que era un judío. Fue un momento trágico para Trotsky, no sólo como político sino también como hombre, que en este punto crucial de su vida, soportando una condena del partido, tuviera que regresar a sus raíces judías. Para un hombre que nunca se había sentido judío, era una señal de lo solo que se encontraba ahora.

El llamamiento emocional de Trotsky causó poca impresión en los delegados, la mayoría de los cuales habían sido elegidos por Stalin. Por ciento dos votos contra dos, el pleno presentó una moción de censura contra Trotsky por dedicarse al «faccionalismo». Kamenev y Zinoviev presionaron para que Trotsky fuera expulsado del partido, pero Stalin, siempre dispuesto a aparecer como la voz de la moderación, pensó que esto no era inteligente, y la moción fue rechazada.[47] Stalin, en cualquier caso, no tenía necesidad de apresurarse. Trotsky estaba acabado como fuerza de importancia y su expulsión del partido, que finalmente se produjo en 1927, podía esperar a que llegara su hora. El único hombre capaz de detener a Stalin ya había sido desechado.

A la gente no se le había informado de que Lenin estaba muriéndose. La prensa continuó informando de que estaba recuperándose de una grave enfermedad; una

enfermedad de la que cualquier hombre mortal habría fallecido. Al inventar esta recuperación «milagrosa» el régimen intentó mantener vivo el culto a Lenin, del cual ahora dependía crecientemente su propio sentido de legitimidad. El termino «leninismo» fue utilizado por primera vez en 1923: el triunvirato buscaba encontrarse a sí mismo como sus verdaderos defensores contra Trotsky, el «antileninista». Ese mismo año vio comenzar la labor de la primera edición de sus obras escogidas (el *Leninskii sbornik),* las santas escrituras de esta ortodoxia, y la fundación del Instituto Lenin (formalmente inaugurado en 1924), junto con un archivo, una biblioteca y un museo de Leninania. Hubo una erupción de hagiografías cuya meta principal era crear mitos y leyendas (Lenin como pobre campesino o como obrero, Lenin como amante de los animales y los niños, Lenin como el incansable trabajador en pro de la felicidad del pueblo) que podían ayudar a convertir al régimen en más popular. También desde esta época en adelante los enormes retratos de Lenin comenzaron a aparecer en las fachadas de los edificios públicos (un parque de Moscú tenía incluso un «retrato vivo» de él hecho con macizos de plantas), mientras que dentro de muchas fábricas y oficinas había «rincones de Lenin» con fotografías y artefactos aprobados para ilustrar sus logros.[48] Cuando Lenin el hombre murió, nació Lenin el dios. Su vida privada fue nacionalizada. Se convirtió en una sagrada institución para consagrar el régimen estalinista.

Lenin murió el 21 de enero de 1924; a las cuatro de la tarde sufrió un ataque total, entró en un coma profundo y murió poco antes de las siete de la tarde. Aparte de su familia y de los médicos que lo atendían, el único testigo de su muerte fue Bujarin. En 1937, suplicando para salvar su propia vida, pretendió que Lenin había «muerto en mis brazos».[49]

El anuncio fue realizado por Kalinin al día siguiente ante los delegados del XI Congreso Soviético, que estaba entonces reunido en sesión. Hubo gritos y sollozos en la sala. Quizás a causa de lo inesperado, el público mostró señales de genuino pesar: los teatros y las tiendas cerraron durante una semana; los retratos de Lenin, envueltos en cintas rojas y negras, fueron desplegados en muchas ventanas; los campesinos acudieron a su lugar de descanso en Gorki para presentar sus últimos respetos; millares de personas enlutadas se enfrentaron con las temperaturas árticas para hacer cola en las calles de Moscú que iban de la estación de Paveletsky a la Sala de Columnas, donde se estableció la capilla ardiente para el cuerpo de Lenin. Durante los siguientes tres días, medio millón de personas hicieron cola durante varias horas para desfilar ante el féretro.

Millares de coronas mortuorias y de declaraciones de luto fueron enviadas por escuelas y fábricas, regimientos y buques, ciudades y aldeas de toda Rusia. Después, en los meses que siguieron al funeral, se produjo un impulso enloquecido de levantar monumentos y estatuas a Lenin (una, en Volgogrado, representaba a Lenin de pie encima de un destornillador gigante), y denominar calles e instituciones con su nombre. Petrogrado recibió el nuevo nombre de Leningrado. Fábricas enteras manifestaron su compromiso de afiliarse al partido (un agitador dijo que ésa «sería la mejor corona sobre el ataúd del dirigente muerto»), y en las semanas siguientes a su muerte cien mil proletarios fueron incluidos en este denominado «reclutamiento de Lenin». Muchos periodistas occidentales vieron este «luto nacional» como un «voto de confianza *post mortem*» en favor del régimen. Otros lo vieron como una liberación catártica de pesar colectivo después de tantísimos años de sufrimiento humano. La gente sollozaba histéricamente, centenares de personas se desmayaban, de una manera que desafía la explicación racional. Quizá muestra que el culto a Lenin ya había lanzado su hechizo: que por mucho que hubieran podido odiar su régimen la gente todavía amaba al «buen Lenin», al igual que en el pasado habían despreciado a los boyardos pero amado al «padre zar».

El funeral de Lenin tuvo lugar el siguiente domingo en medio de temperaturas árticas de menos de -35°. Stalin condujo a la Guardia de honor, que llevó el ataúd abierto desde la Sala de Columnas hasta la Plaza Roja, donde fue colocado sobre una plataforma de madera. La orquesta del Teatro Bolshoi interpretó la *Marcha fúnebre* de Chopin, seguida por el antiguo himno revolucionario, *Caíste víctima*, y *La Internacional*. Después, durante seis horas, columna tras columna, un total estimado de medio millón de personas desfilaron ante el ataúd en medio de un profundo silencio, bajando sus estandartes a medida que pasaban ante él. A las cuatro en punto de la tarde, cuando el ataúd fue descendido lentamente a su panteón, las sirenas y los pitos de las fábricas, los cañones y los fusiles resonaron por toda Rusia, como si se tratara de un inmenso lamento nacional. Por la radio se emitió un solo mensaje: «En pie, camaradas, Ilich está siendo descendido a su tumba». Entonces se produjo un silencio y todo se detuvo (trenes, barcos, fábricas) hasta que la emisora de radio señaló otra vez: «Lenin ha muerto, ¡pero el leninismo vive!».

En su testamento Lenin había expresado el deseo de ser enterrado cerca de la tumba de su madre en Petrogrado. Ese era también el deseo de su familia. Pero Stalin deseaba embalsamar el cuerpo. Si iba a mantener vivo el culto de Lenin, si

iba a probar que «el leninismo vive», tenía que haber un cuerpo expuesto; un cuerpo que, como las reliquias de los santos, resultara inmune a la corrupción. Impuso su plan al Politburó contra las objeciones de Trotsky, Bujarin y Kamenev. La idea del embalsamamiento en parte estuvo inspirada por el descubrimiento de la tumba de Tutankamon en 1922. El funeral de Lenin fue comparado en *Izvestiia* a los de «los fundadores de los grandes Estados en tiempos remotos», pero probablemente debió mucho a la interpretación bizantina que Stalin tenía de los ritos rusoortodoxos. Trotsky, que se sintió horrorizado por el plan de Stalin, lo comparó con los cultos religiosos de la Edad Media: «Antes existían las reliquias de Sergio de Radonezh y de Serafin de Sarov; ahora las quieren reemplazar con las reliquias de Vladimir Ilich». Al principio intentaron conservar el cuerpo de Lenin por refrigeración, pero pronto comenzó a descomponerse. Un equipo especial de científicos (conocido como la Comisión para la Inmortalización) fue designado el 26 de febrero, cinco semanas después de la muerte de Lenin, con la tarea de encontrar un fluido embalsamador. Después de trabajar veinticuatro horas diarias durante varias semanas, los científicos dieron finalmente con una fórmula que se decía que contenía glicerina, alcohol y otros productos químicos (su composición exacta todavía se mantiene en secreto). El cuerpo encogido de Lenin fue colocado en una cripta de madera (más tarde reemplazada por el mausoleo de granito que sigue existiendo en el día de hoy) al lado de la muralla del Kremlin en la Plaza Roja. Fue abierto al público en agosto de 1924.[50]

El cerebro de Lenin fue retirado de su cuerpo y transferido al Instituto Lenin. Allí fue estudiado por un equipo de científicos, encargados de la tarea de descubrir la «sustancia de su genio». Tenían que demostrar que el cerebro de Lenin representaba un «estadio superior de la evolución humana». Fue troceado en treinta mil segmentos, cada uno de ellos almacenado entre planchas de cristal en unas condiciones cuidadosamente vigiladas, de manera que las futuras generaciones de científicos pudieran estudiarlo y descubrir sus secretos esenciales. Los cerebros de otros «genios indiscutidos» (Kirov, Kalinin, Gorky, Mayakovsky, Eisenstein y el mismo Stalin) se añadieron más tarde a esta colección cerebral. Formaron los inicios del Instituto del Cerebro, que sigue existiendo en Moscú todavía en el día de hoy. En 1994 se publicó su autopsia final sobre Lenin: el suyo era un cerebro perfectamente corriente.[51] Lo que permite dejar de manifiesto que los cerebros ordinarios a veces pueden inspirar un comportamiento extraordinario.

¿Qué hubiera sucedido si Lenin hubiera vivido? ¿Estaba ya situada Rusia en el camino del estalinismo? ¿O la NPE y los últimos escritos de Lenin le ofrecían un punto de partida distinto? Los historiadores, ciertamente, no deberían preocuparse con preguntas hipotéticas. Ya es suficientemente difícil establecer lo que sucedió en realidad como para profetizar lo que podría (o en este caso no podría) haber sucedido. Pero las consecuencias de la sucesión de Lenin son quizá suficientes para permitir unas pocas palabras de especulación. Después de todo, una parte tan considerable de la historia de la revolución ha sido escrita desde la perspectiva de lo que sucedió en el interior de la Rusia de Stalin, que uno se puede muy bien preguntar si existía alguna alternativa real.

Por un lado, parece claro que los elementos básicos del régimen estalinista (el estado unipartidista, el sistema de terror y el culto a la personalidad) existían ya en 1924. El aparato del partido era, en su mayor parte, un instrumento obediente en manos de Stalin; la mayoría de sus jefes provinciales habían sido designados por el mismo Stalin, como cabeza del Orgburó, durante la guerra civil; compartían su odio plebeyo por los especialistas y la *intelligentsia,* estaban impulsados por su retórica de la solidaridad proletaria del nacionalismo ruso, y sobre la mayoría de las cuestiones ideológicas se sentían deseosos de agradar a su gran dirigente. Después de todo, eran los antiguos súbditos de los zares. La última lucha de Lenin por la reforma «democrática» del partido nunca parece que hubiera podido tener éxito en su intento de cambiar esta cultura básica. Las reformas propuestas por él eran puramente burocráticas, se ocupaban sólo de la reforma de la estructura interna de la dictadura, y como tales eran incapaces de enfrentarse con el problema real de la NPE: la enajenada relación política existente entre el régimen y la sociedad, en particular el campo sin conquistar. Sin una genuina democratización, sin un cambio básico en las actitudes de gobierno de los bolcheviques, la NPE siempre estaba condenada a fracasar. La libertad económica y la dictadura son incompatibles a largo plazo.

Por otro lado, había diferencias fundamentales entre el régimen de Lenin y el de Stalin. Menos personas fueron asesinadas inicialmente. Y, a pesar de la proscripción de las facciones, el partido todavía dejó espacio para un debate entre camaradas. Trotsky y Bujarin discutieron apasionadamente entre sí acerca de la estrategia de la NPE (el primero defendía arrebatar los alimentos al campesinado siempre que el colapso del sistema de mercado amenazara con

lentificar la industrialización, mientras que Bujarin estaba dispuesto a permitir un ritmo más lento de la industrialización para mantener una relación con el campesinado basada en el mercado), pero éstos seguían siendo debates intelectuales, puesto que ambos eran partidarios de la NPE, y, a pesar de sus diferencias, ninguno habría soñado con utilizar estos debates como un pretexto para asesinar al otro o para enviar a sus oponentes a Siberia. Sólo Stalin era capaz de hacerlo. Sólo él vio que Trotsky y Bujarin habían quedado tan cegados por sus propios debates políticos y por su rivalidad que podía utilizar a uno para destruir al otro.

En este sentido el papel personal de Stalin fue en sí mismo el factor crucial; como lo fue, por su ausencia, también el papel de Lenin. Si el ataque final de Lenin no le hubiera impedido hablar en el congreso de 1923, el nombre de Stalin hoy en día ocuparía un lugar sólo en las notas a pie de página en los libros rusos de historia. Pero ese «si» estuvo, si se quiere, en manos de la providencia, y esto es historia y no teología.

Conclusión

«No creo que en el siglo XX exista una cosa tal como un "pueblo traicionado" —escribió Gorky a Romain Rolland en 1922—. La idea de un "pueblo traicionado" no es sino una leyenda. Incluso en África, sólo hay pueblos que todavía no están organizados y que, por lo tanto, son impotentes políticamente.»[1] El punto de vista de Gorky acerca de la Revolución rusa negaba que el pueblo hubiera sido traicionado por ella, su tragedia revolucionaria descansaba en los legados de su propio atraso cultural más que en la maldad de algunos bolcheviques «extraños». No eran las víctimas de la revolución, sino los protagonistas de su tragedia. Ésta puede ser una lección dolorosa para que el pueblo ruso la aprenda a finales del siglo XX. Se puede pensar que setenta años de opresión comunista les han hecho merecer el derecho a verse a sí mismos como víctimas; pero el futuro de Rusia como una nación democrática depende en buena medida de hasta dónde los rusos sean capaces de enfrentarse con su propia historia reciente, y esto debe implicar el reconocimiento de que el sistema soviético creció en cielo ruso por mucho que el pueblo fuera oprimido por él. Fue la debilidad de la cultura democrática de Rusia la que capacitó al bolchevismo para arraigar. Éste fue el legado de la historia rusa, de siglos de servidumbre y gobierno autocrático, que habían mantenido al pueblo llano impotente y pasivo. «Y la gente siguió en silencio», era un proverbio ruso, y describe buena parte de la historia rusa. Por supuesto, se trató de la tragedia de un pueblo, pero fue una tragedia que éste contribuyó a causar; el pueblo ruso se vio atrapado por la tiranía de su propia historia.

«Somos esclavos porque somos incapaces de liberarnos», escribió en cierta ocasión Herzen. Si hubo una lección que pueda extraerse de la Revolución rusa, fue la de que el pueblo había fracasado a la hora de emanciparse a sí mismo. Había fracasado a la hora de convertirse en su propio amo político, de liberarse de emperadores y de convertirse en ciudadanos. El discurso de Kérensky de 1917, en el que pretendía que el pueblo ruso no era quizá más que un «esclavo

rebelde», iba a perseguir a la revolución en los años siguientes, porque mientras que el pueblo podía destruir el antiguo sistema, no podía reconstruir uno nuevo por su cuenta. Ninguna de las organizaciones democráticas establecidas antes de octubre de 1917 sobrevivió más que unos pocos años de Gobierno bolchevique, al menos no en su forma democrática. En 1921, si no antes, la revolución había descrito un círculo completo, y una nueva autocracia que desde muchos puntos de vista se asemejaba a la antigua había sido impuesta en Rusia.

Para explicar este fracaso de la democracia hay que volver a la historia rusa. Siglos de servidumbre y dominio autocrático habían evitado que la gente corriente adquiriera la conciencia de ser ciudadanos. Se puede trazar una línea directa desde esta cultura servil al despotismo de los bolcheviques. El concepto abstracto de la «nación política», de una estructura constitucional de derechos cívicos, que había subyacido en la Revolución francesa, seguía siendo considerablemente ajeno al campesinado ruso, confinado en sus mundos aislados aldeanos. La noción popular de poder en Rusia continuó estando articulada en términos de dominio coactivo y de autoridad casi religiosa derivada de las tradiciones de servidumbre y autocracia más que en términos de un Estado moderno basado en la ley que asignara derechos y obligaciones a los ciudadanos. El poder cotidiano que conocía el campesino (el poder del capitán de la nobleza y de la policía) era arbitrario y violento. La posibilidad de defenderse de este despotismo descansaba no en la apelación a los derechos legales (ciertamente reproducía esta violencia despótica en su tratamiento brutal a la esposa e hijos), sino en la evasión del funcionariado. El poder para el campesino significaba autonomía, significaba libertad del Estado, lo que en sí mismo estaba casi condenado a dar a luz a un nuevo Estado coactivo, y no poco, porque el efecto de este impulso anarquista iba a convertir la aldea en algo prácticamente ingobernable. Ciertamente, hubo ocasiones en 1917 cuando los mismos campesinos pidieron una «mano de señor», una «autocracia popular» de los sóviets, para que implantara el orden en la aldea revolucionaria.[2] El anarquismo del campesino a menudo estaba envuelto en una crisálida de autoritarismo. La cultura rusa era una cultura en la que el poder era concebido no en términos de ley, sino en términos de coacción y hegemonía. Era una cuestión de señores y hombres, de qué lado prevalecería y dominaría al otro. Lenin la describió una vez como «¿Quién a quién?». En este sentido la revolución fue la «venganza de los siervos», como el príncipe Lvov puso de manifiesto en el verano violento de 1917, y condujo al terror de masas de la guerra civil.

El resultado podía haber sido diferente. Durante las últimas décadas del antiguo régimen estaba surgiendo una esfera pública que, de haber tenido el suficiente tiempo y libertad para desarrollarse, podría haber transformado Rusia en una sociedad constitucional moderna. Las instituciones de esta sociedad civil (organismos públicos, periódicos, partidos políticos) estaban todas creciendo a una enorme velocidad. Los conceptos occidentales de ciudadanía, de ley y de propiedad privada estaban comenzando a arraigar. Ni siquiera los campesinos dejaron de verse afectados, como la historia de los esfuerzos reformistas de Semyonov en la aldea de Andreevskoe pone de manifiesto. Por supuesto, la nueva política cultural era frágil y en buena medida estaba confinada a las reducidas clases urbanas liberales, y, como demostraron los acontecimientos de 1905, siempre existía la posibilidad de que fuera anegada por la violencia sanguinaria de la «venganza de los siervos»; pero existían suficientes signos de una evolución social moderna para pensar que la cuestión del poder en Rusia podía haber sido resuelta de manera pacífica. Todo dependía de la voluntad del régimen zarista para introducir reformas; pero ése era el problema. Los últimos dos zares de Rusia eran profundamente hostiles a la idea de un orden constitucional moderno. A medida que Rusia avanzaba hacia el siglo XX, intentaron hacerla regresar al XVII, gobernando Rusia desde la corte e intentando revertir la influencia modernizadora de la burocracia. Los privilegios arcaicos del Estado nobiliario eran crecientemente defendidos por la corte y sus partidarios contra la lógica de un moderno orden social basado en la posesión de la propiedad, que Stolypin había intentado introducir. En consecuencia, la revolución campesina violenta se convirtió en algo casi inevitable. Las libertades civiles y los derechos parlamentarios arrancados al zar en octubre de 1905 fueron sucesivamente retirados por la autocracia una vez que pasó el peligro revolucionario, con el resultado de que una resolución constitucional de la cuestión del poder se convirtió en algo casi imposible. Una y otra vez, la obstinada negativa del régimen zarista a conceder reformas convirtió lo que debería haber sido un problema político en una crisis revolucionaria: los liberales de mente decente, como el príncipe Lvov, se vieron arrojados al campo revolucionario por la estúpida política del régimen de bloquear las iniciativas de los organismos públicos patrióticos tales como los *zemstvos;* los trabajadores que se habían superado a sí mismos, como Kanatchikov, privados del derecho de defender sus intereses de clase a través de los partidos y de los sindicatos legales, se vieron obligados a pasar a la clandestinidad revolucionaria, y aquellos

no rusos que habían deseado más derechos para su cultura nacional se vieron arrastrados por la política zarista de rusificación a exigir la independencia de su nación en relación con Rusia. La caída del régimen zarista no era inevitable, pero su propia estupidez consiguió que lo fuera.

La primera guerra mundial fue una prueba gigantesca para el Estado moderno y, como único Estado europeo de importancia que había fracasado a la hora de modernizarse antes de la guerra, fue una prueba que la Rusia zarista estaba condenada a no superar. El *establishment* militar estaba demasiado dominado por los propios aristócratas leales de la corte para que generales más competentes como Brusilov asumieran el mando del esfuerzo bélico de la nación; el complejo militar industrial, para adoptar un término de la guerra fría, estaba demasiado estrechamente (y corruptamente) vinculado a la burocracia para crear una economía de guerra competitiva; mientras que el régimen zarista era demasiado celoso de sus poderes para permitir el tipo de iniciativas bélicas públicas de las que otras potencias extrajeron una fuerza considerable. Pero la deficiencia abrumadora del régimen fue su profundo fracaso a la hora de potenciar el patriotismo de sus soldados campesinos, que en su mayor parte sintieron escasa obligación de luchar por Rusia fuera de los confines de su propia región nativa, e incluso menos de luchar por el zar. Ésta fue la última prueba del fracaso del régimen para construir un Estado moderno: el campesino corriente no sentía que estuviera sometido a sus leyes. El régimen zarista pagó el precio de esto con su propia caída; como, a su manera, lo hicieron los dirigentes democráticos de 1917. Vincularon sus fortunas al esfuerzo de guerra en la ingenua creencia de que las «masas patrióticas» podrían ser convocadas finalmente para cumplir con su deber para con la nación, ahora que era libre. Pero su creencia en la «nación democrática» resultó ser igualmente ilusoria; y la ofensiva de verano, al igual que todos los combates anteriores, subrayó el hecho de que había dos Rusias, la Rusia privilegiada de los oficiales y la Rusia campesina de los reclutas, que iban a luchar entre sí en la guerra civil.

1917 se resumió especialmente en torno al despedazamiento de los ideales mal colocados. Los liberales como Lvov situaron toda su fe en el imperio de la ley. Creían que los problemas de toda Rusia podían ser resueltos pacíficamente gracias a medios parlamentarios. Esto significaba esperar contra toda esperanza, incluso para un optimista como Lvov. La breve experiencia de Rusia en el terreno del parlamentarismo entre 1906 y 1914 había hecho poco para convencer al pueblo llano de que un parlamento nacional podría trabajar en su favor. Se

sentían mucho más inclinados a depositar su confianza en sus propias organizaciones locales de clase, tales como los sóviets, como descubrieron los eseristas cuando el pueblo no llegó a agruparse en la defensa de la Asamblea Constituyente después de enero de 1918. La fase constitucional de la revolución había quedado esencialmente fuera de juego en 1914: los partidos de la Duma liberal habían fracasado a la hora de satisfacer las demandas de los obreros y campesinos en relación con las reformas sociales; su base electoral estaba sometida a una decadencia terminal, y los partidos de izquierdas que basaban su poder de convocatoria en un rechazo militante de una coalición de la Duma con la burguesía aumentaron su apoyo después de 1912. Como el ministro reaccionario (pero no menos visionario) Durnovo había advertido al zar en 1914, conceder poder a la Duma, que sería el coste de una derrota en la guerra, estaba casi condenado a concluir en una revolución social violenta, puesto que las masas despreciaban a la burguesía liberal y no compartían su creencia en las reformas políticas. La polarización social de la guerra convirtió esta profecía en algo todavía más seguro. Para la Ojrana resultaba obvio a finales de 1916 que el proyecto de la Duma liberal era superfluo, y que las únicas dos opciones que quedaban eran la represión o la revolución social. Y sin embargo, a pesar de todas las pruebas, los dirigentes liberales de 1917 y los socialistas democráticos que los obligaron a asumir el poder continuaron creyendo que un sistema constitucional occidental podía ser impuesto en Rusia y, de manera incluso más improbable, que se podía esperar que arraigara y que proporcionara una estructura viable para la resolución de los problemas del país en medio de una guerra total y de un colapso social. ¿Hasta dónde pueden ser ingenuos los políticos?

Con razón pudo Lenin denominar a esto la «ilusión constitucional» de los liberales. Iba a depositar una fe casi mística (detentada religiosamente por el príncipe Lvov) en los ideales occidentales de democracia, que eran bastante inadecuados para la Rusia revolucionaria. Y los esfuerzos liberales para imponer la disciplina del Estado en la Rusia de 1917, para hacerla encajar en los patrones de 1789, sólo aceleraron el colapso de toda autoridad, cuando la gente corriente, como reacción, desencadenó sus propias revoluciones locales: el intento de llevar a cabo una ofensiva militar condujo a la desintegración del Ejército; el intento de regular las relaciones de propiedad mediante leyes nacionales simplemente tuvo el efecto de acelerar las ocupaciones de tierras llevadas a cabo por los campesinos. Esta revolución social contra un Estado que cada vez más

era visto como «burgués» fue el principal elemento de convocatoria del poder soviético, al menos en sus primeros estadios antes de que los bolcheviques se apoderaran de los sóviets locales. Fue el autogobierno directo de los trabajadores en sus fábricas, de los soldados en sus regimientos y de los campesinos en sus aldeas; y ése fue el poder que a su vez les proporcionó la posibilidad de dominar a sus antiguos señores y enemigos de clase.

Sólo una democracia que contuviera elementos de esta revolución social tenía alguna posibilidad de mantener el poder en las condiciones de 1917. Los dirigentes soviéticos, a causa de sus propias preconcepciones dogmáticas sobre la necesidad de una «revolución burguesa», perdieron una oportunidad única de establecer un sistema así asumiendo el poder en los sóviets; y quizás una oportunidad de evitar una guerra civil a escala total combinando el poder de los sóviets con el de otros organismos públicos, tales como los *zemstvos* y las dumas de las ciudades, bajo la Asamblea Constituyente. Este tipo de revolución habría resultado aceptable para los bolcheviques moderados como Kamenev, para los mencheviques de izquierdas como Martov y para un cierto número de eseristas de izquierdas. Indudablemente, habría sido una resolución precaria: ni Lenin ni Kérensky la habrían aceptado, y hubiera estado condenada a enfrentarse con una oposición armada procedente de la derecha. Algún tipo de guerra civil resultaba inevitable, pero tal arreglo democrático, uno que satisficiera las demandas sociales de las masas, era quizá la única solución que tenía alguna oportunidad de minimizar la escala a la que se desarrolló la guerra civil. Era lo único que podía haber detenido a los bolcheviques.

El bolchevismo fue algo muy ruso. Su creencia en la acción militante, su insistencia, contraria a las tesis de Hegel y Marx, en que una revolución podía «saltar por encima» de las contingencias de la historia, lo situaba firmemente en la tradición mesiánica rusa. Su llamamiento en favor de entregar todo el poder a los sóviets, que en los primeros meses de Gobierno bolchevique implicó el autogobierno directo del campesinado, de los soldados y de los obreros, legitimó las tendencias anárquicas de las masas rusas, e institucionalizó una nueva *pugachevshchina*, una despiadada rebelión contra el Estado y su civilización, que Gorky, como Pushkin un centenar de años antes, contempló con horror como una expresión de la barbarie rusa. El Terror bolchevique emergió desde las profundidades; comenzó como una parte de la revolución social, como un medio utilizado por las clases bajas para llevar a cabo su propia venganza sanguinaria contra sus antiguos señores y enemigos de clase. Como señaló Denikin, existía

un casi «ilimitado odio» contra las ideas y la gente más elevada que la turba, contra cualquier cosa que tuviera la más ligera traza de abundancia, y este sentimiento expresaba una envidia y un odio que habían sido acumulados por las clases inferiores no sólo durante los tres últimos años de guerra, sino también en los siglos anteriores. Los bolcheviques estimularon (pero no crearon) este odio a los ricos a través de su lema «¡saquead a los saqueadores!». Lo utilizaron para destruir el antiguo sistema social, para movilizar a las clases inferiores contra los blancos y los imperialistas, y para construir su dictadura basada en el terror. A su vez, les proporcionó una poderosa fuente de apoyo emocional entre aquella gente de baja condición y embrutecida por la guerra que se sentía satisfecha al saber que las clases acomodadas del antiguo régimen estaban siendo destruidas y se veían obligadas a sufrir, como ellos mismos habían sufrido, sin tener en cuenta si aquello mejoraba en algo su suerte.

Como una forma de gobierno absolutista, el régimen bolchevique era distintivamente ruso. Era una imagen en el espejo del Estado zarista. Lenin (y más tarde Stalin) ocupó el lugar del zar-Dios; sus comisarios y esbirros de la Cheka desempeñaron los mismos papeles que los gobernadores provinciales, los *oprichniki*, y los otros plenipotenciarios del zar; mientras que sus camaradas de partido tenían el mismo poder y la misma posición privilegiada que la aristocracia bajo el antiguo régimen. Pero existía una diferencia crucial entre los dos sistemas: mientras que la elite del régimen zarista era socialmente ajena a la gente corriente (y en las tierras fronterizas no rusas era étnicamente extraña también), la elite soviética estaba formada en su mayor parte por rusos corrientes (y por los nativos de las tierras no rusas), que hablaban, se vestían y actuaban de una manera muy similar a la de todos los demás. Esto proporcionó al sistema soviético una ventaja decisiva sobre los blancos durante la guerra civil: les permitió detentar los símbolos emotivos de la «revolución», la bandera roja por encima de todos, y así presentarse como el adalid de la causa del pueblo. La imagen del «antiguo régimen» de los blancos, que era ampliamente merecida por su mentalidad del antiguo régimen, y su negativa obstinada a apoyar la revolución agraria campesina o a reconocer la ruptura con el Imperio zarista, fortaleció el poder de convocatoria de los bolcheviques. El rechazo enfático de los blancos por parte del campesinado y de los no rusos determinó el resultado de la guerra civil.

Durante los primeros cinco años del régimen soviético, más de un millón de rusos corrientes se unieron al partido bolchevique. La mayoría de ellos eran hijos

de campesinos, jóvenes con cierta educación como Kanatchikov y Os'kin, que habían abandonado la aldea para trabajar en la industria o para unirse al Ejército antes de 1917, y que en el proceso llegaron a rechazar las formas de vida «tenebrosas» y «atrasadas» de la vieja Rusia campesina. Algunos de ellos regresaron a sus aldeas nativas y fueron reclutados por los bolcheviques como parte de la burocracia rural emergente. En su mayor parte, estaban comprometidos con una revolución cultural que acercaría la aldea a las ciudades: la agricultura campesina sería modernizada; los adelantos de la civilización moderna, tales como las escuelas, los hospitales y la luz eléctrica, serían llevados al campo, y la influencia de la Iglesia se vería reducida. El avance, no obstante muy gradual, del bolchevismo en el campo durante los años veinte se basó en esta revuelta desencadenada por los campesinos más jóvenes contra la vieja (y todavía enormemente dominante) aldea patriarcal, y fue desde muchos puntos de vista una continuación del tipo de reformas del que los campesinos como Semyonov habían sido precursores durante los últimos treinta años. Pero la mayoría de estos hijos de campesinos, incluyendo a Os'kin y a Kanatchikov, fueron arrastrados hacia el bolchevismo desde fuera de la aldea (o a través del Ejército, o a través de la industria), y no fue tanto la reforma de la vieja Rusia campesina como su abolición lo que los atrajo hacia la causa del partido. Su lealtad para con el bolchevismo estaba íntimamente ligada con su propia autoidentidad como «proletarios», lo que desde su punto de vista (y según la retórica del partido) significaba en primer y más absoluto lugar que *no eran campesinos.* Veían el bolchevismo como una fuerza de progreso, tanto para Rusia como para sí mismos, como un medio de deshacerse del mundo brutal de la aldea del que habían salido y de reemplazarlo por la cultura urbana de la escuela y de la industria a través de la cual ellos mismos habían llegado a convertirse en una parte de la elite oficial. Casi la totalidad de la autoidentidad e ideología del partido iba a llegar a basarse en la retórica militante del progreso industrial, de la victoria sobre la embriaguez y la superstición, y del hecho de que Rusia alcanzara a Occidente.

Este impulso para vencer el atraso fue el corazón de la «revolución desde arriba» de Stalin, el impulso forzado hacia la industrialización durante el primero de los planes quinquenales (1928-1932). Como el mismo Stalin manifestó en un apasionado discurso de 1931, Rusia había sido derrotada a lo largo de su historia porque estaba atrasada, había sido derrotada por los kanes mongoles, por los señores feudales suecos, por los *pani* polaco-lituanos, por los capitalistas

anglofranceses, por los imperialistas japoneses y alemanes: «Estamos a una distancia por detrás de los países avanzados que se encuentra entre los cincuenta y los cien años. Tenemos que cubrir esa distancia en diez años. O lo hacemos, o nos aplastarán». Este gran salto hacia delante tuvo un enorme poder atractivo para todos aquellos bolcheviques de clase baja que cuando eran jóvenes habían huido del atraso del mundo campesino ruso y que veían la revolución como una revuelta nacional contra esa herencia de pobreza. En los años veinte las bases del partido habían llegado a estar dominadas por estos sujetos semieducados. La mayoría de ellos se habían unido al partido durante la guerra civil y, de una forma u otra, manifestaban su lealtad al aparato de Stalin. Tenían una escasa comprensión de la teoría marxista, y los argumentos de Lenin, Trotsky y Bujarin, los tres grandes intelectuales del partido, acerca de la mejor estrategia de la NPE dejaban fríos a la mayoría de ellos. La NPE en general les parecía una retirada después de los grandes avances de la guerra civil, y en este sentido el fracaso de la NPE tuvo sus raíces en la propia política cultural del partido. Uno de los trabajadores de choque de Stalin recuerda cómo la juventud del partido se sentía frustrada con la NPE:

> Los komsomoles de mi generación (aquellos que tenían diez años o menos cuando se produjo la Revolución de Octubre) abrigaban un resentimiento contra nuestro destino. Cuando nos convertimos en políticamente conscientes y nos unimos al Komsomol, cuando íbamos a trabajar a las fábricas, lamentábamos que no quedara nada que pudiéramos hacer porque el espíritu de la revolución había desaparecido, porque los años duros pero románticos de la guerra civil no regresarían, y porque la generación más vieja nos había dejado una aburrida vida mundana sin lucha ni emoción.[3]

La revolución de Stalin contra la NPE prometía un regreso al «período heroico» de la guerra civil en que los bolcheviques habían conquistado todas las fortalezas y avanzado en el camino hacia el socialismo sin temor ni compromiso. Prometía una reasunción de la guerra de clases contra los *kulaks* y los «especialistas burgueses» ante los cuales se había retirado la NPE, combinada con una retórica militante (aunque mendaz) de hegemonía proletaria.

Stalin siempre presentó su revolución como una continuación de la tradición

leninista, la creencia de que la voluntad y la energía subjetivas de la vanguardia del partido podrían vencer todas las contingencias objetivas adversas, como el mismo Lenin había sostenido durante la toma del poder en Octubre. Y en cierta medida Stalin tenía razón. Su empuje hacia la industrialización, dejando a un lado al mercado y al campesinado, no era esencialmente distinto del propio impulso de Lenin hacia el poder soviético que había anegado la democracia. Se podía discutir que el sistema de mando era en sí mismo un resultado inevitable de la contradicción de Octubre (una dictadura proletaria en un país campesino), una contradicción con la que el mismo Lenin llegó a enfrentarse en sus trágicos años finales. El aislamiento internacional de la Rusia soviética, que arrancaba directamente de Octubre y que, como resultado de la intervención aliada en la guerra civil, provocó una paranoia xenófoba sobre el «cerco capitalista» de Rusia, reforzó el argumento de los estalinistas de que el «paso de carreta campesina» de la industrialización favorecido por Bujarin bajo la NPE resultaría demasiado lento para que Rusia pudiera alcanzar a Occidente (y defenderse contra él). El aislamiento social del régimen de la guerra civil, que arrancaba igualmente de Octubre, le obligó a adoptar el sistema de mando que, aunque relajado brevemente durante la década de los años veinte, estaba casi condenado a ser retomado de nuevo en vista de los problemas del partido con el campesinado y el sentimiento creciente de rechazo que tenían sus bases ante la posibilidad de sacrificar el ideal de una industrialización rápida a la relación del mercado con ella. Finalmente, estaba el problema de la cultura del partido que angustió a Lenin en sus últimos años. Al haber tomado el poder en un país atrasado, sus reclutas procedentes de la clase baja estaban condenados a carecer de la pericia técnica para dominar la gestión del Estado y de la industria; y, sin embargo, su retórica de la igualdad que los había atraído hacia él en primer lugar también estaba condenada a colocarlos en oposición a los «especialistas burgueses» de los que el Estado de partido se veía obligado a depender. La NPE, en este sentido, era un equilibrio precario y quizás imposible entre la necesidad de la revolución de preservar la antigua cultura y de aprender de ella (lo que Lenin denominó su «escuela de capitalismo») y la iniciativa proletaria de destruirla que, más que cualquier otra cosa, se encontraba en el corazón de la revolución cultural de Stalin.

«Rusia ha cambiado completamente en los últimos y recientes años», escribió el

príncipe Lvov a Bajmetev en noviembre de 1923.

> Se ha convertido en una Rusia completamente nueva. El pueblo y el poder son, como de costumbre, dos cosas diferentes. Pero Rusia más que nunca antes pertenece al pueblo [...]. Por supuesto, el Gobierno es hostil al pueblo y a sus sentimientos nacionales, al defender como lo hace metas internacionales, engaña al pueblo y lo convierte en esclavo; pero no obstante sigue recibiendo el apoyo de este pueblo oprimido y esclavizado. Seguirían defendiendo el régimen si fuera atacado por una intervención o por una organización en el interior de Rusia que combatiera bajo los antiguos lemas o en nombre de una restauración [...].
> El pueblo apoya el poder soviético. Eso no significa que sean felices con él. Pero, a la vez, cuando sienten su opresión también ven que su mismo tipo de gente está entrando en el aparato, y esto les hace sentir que el régimen es «suyo».

El reconocimiento del régimen soviético por el príncipe era un extraordinario *volteface* para un hombre que sólo cinco antes había dicho confidencialmente al presidente de Estados Unidos que el pueblo ruso se uniría a los blancos. Su opinión había cambiado por la derrota de los blancos (una derrota que, como ahora reconocía, había sido llevada a cabo «por la elección del pueblo») y por la introducción de la NPE, que desde su punto de vista había satisfecho las principales demandas de sus amados campesinos. «La cuestión agraria —escribió Lvov a Bajmetev— todavía no ha sido resuelta. Dará lugar a sangrientos conflictos, pero en la mente del campesino corriente ha sido decidida de una vez por todas: la tierra ahora le pertenece.»

Para el príncipe exiliado, que ahora vivía en París, la revolución había cerrado su ciclo. En 1923 recibió una carta de Popovka, que estaba en Rusia, diciéndole que los campesinos habían dividido la tierra de las posesiones de Lvov. Los mismos campesinos que cuarenta años antes habían ayudado al joven príncipe y a sus hermanos a restaurar la economía de la decaída explotación agraria, ahora habían tomado posesión por sí mismos de esta propiedad. Seguramente no sería demasiado generoso suponer que Lvov no se disgustó por esta noticia. Toda su larga vida al servicio público había estado dedicada al campesinado. Incluso en sus años finales, le dedicó cada día desde su pequeño apartamento en Boulogne-

sur-Seine en París, donde trabajaba para un comité de ayuda rusa que recaudaba dinero para las víctimas del hambre y que ayudaba a ubicar a los refugiados rusos. Era una especie de Zemgor parisino.

Una noche de viernes de marzo de 1925 Lvov regresó de París sintiéndose enfermo. Se fue a la cama y murió de un ataque cardíaco mientras dormía. El funeral fue celebrado en la iglesia ruso-ortodoxa de la calle Daru en París. Toda la comunidad de emigrados asistió, y la prensa se llenó de tributos dirigidos a este «sincero servidor del pueblo».[4]

En un país más sosegado y pacífico, un hombre con la formación y el talento del príncipe Lvov podía haber esperado servir durante muchos años como ministro de Agricultura o, digamos, de Educación. En Inglaterra habría servido en el Gobierno liberal de Gladstone o de Lloyd George, y hoy sin duda habría una estatua suya en uno de los muchos parques y plazas de Londres. Pero en la Rusia de la época de Lvov, los personajes como él estaban destinados a no permanecer en medio de la tormenta revolucionaria, y hoy en día no existe ninguna estatua suya en ninguna ciudad rusa.

El nacionalismo gran-ruso hizo por Brusilov lo que la NPE había hecho por el príncipe Lvov: los reconcilió, a pesar de su hostilidad hacia el comunismo, con el régimen bolchevique. Para Brusilov el colapso del Imperio ruso más que el derrocamiento de la monarquía había sido la tragedia real de 1917; y ahora que el Imperio había sido reconstruido, con la pérdida sólo de Polonia, los países del Báltico y Finlandia, podía mantener la seguridad de que el espíritu nacional ruso también sería restaurado. «El bolchevismo desaparecerá un día —le gustaba profetizar al general—, y todo lo que quedará será el pueblo ruso y aquellos que han permanecido en Rusia para dirigir al pueblo por el camino recto.» Ésta era la base de su bolchevismo nacional: que los patriotas rusos como él podrían volver a dirigir la revolución hacia fines nacionales si un número suficiente de ellos se unía al régimen rojo para convertirlo en blanco desde dentro.

Después de las campañas contra los polacos y Wrangel, el antiguo general fue puesto a trabajar en el Comisariado del Pueblo para la Agricultura, donde fue responsable de aumentar el número de caballos de raza destinados a la caballería. Fue una tarea ingrata (la mayoría de los denominados «expertos militares» de los rojos parecían pensar que se podía tener una caballería basada en caballos de tiro campesinos), y se sintió aliviado al ser pronto transferido a la Jefatura de la Inspección de Caballería, donde las habilidades adquiridas como guardia zarista de elite resultó mucho mejor empleada. Durante la última mitad

de 1921 la salud de Brusilov comenzó a empeorar de manera aguda: su pierna rota había terminado por padecer gota; se mantenía despierto por la noche a causa de la bronquitis crónica, y su modesto salario no bastaba para mantener caldeado su pequeño piso. En los siguientes tres años suplicó constantemente que se le permitiera retirarse (cumplió los setenta en 1923), pero sus amos soviéticos no se lo concedieron. Sólo en 1924, cuando Budenny estaba dispuesto a purgar la caballería de todos sus «huesos blancos», se le dejó finalmente en libertad.

Para recuperarse de su creciente lista de dolencias, Brusilov y su esposa, Nadezhda, pasaron la siguiente primavera en la ciudad checa de Karlsbad, donde había un famoso sanatorio. El héroe de guerra de 1916 fue bienvenido por los checos; el presidente Masaryk, un viejo amigo, celebró una cena especial para él en el castillo de Praga y (quizá más importante) le otorgó una ayuda económica que le permitió superar el golpe provocado por la manera en que se habían encarecido las cosas en la Europa de posguerra. Brusilov encontró «extremadamente agradable encontrarse de nuevo entre europeos civilizados», después de los largos años de guerra civil en Rusia que tanto habían contribuido a amargar las relaciones personales. Ciertamente, la única hostilidad con la que se enfrentó fue la procedente de la comunidad emigrada rusa, que no le perdonó el haberse unido a los rojos. Quizá fue esto lo que finalmente le convenció para regresar a Rusia, a pesar de la promesa presidencial de Masaryk de que los checos le adoptarían. Los emigrados, tal como lo vio Brusilov, eran los verdaderos traidores, porque habían colocado sus propios intereses de clase por encima de los de Rusia e, incluso si hubieran estado dispuestos a aceptarlo, él no podía adaptarse a vivir con ellos. Más tarde, durante ese mismo verano, él y su esposa regresaron a Moscú. Como explicaría Nadezhda, «deseaba ser enterrado en suelo ruso».[5]

Brusilov murió tranquilamente mientras dormía el 17 de marzo de 1926. El funeral fue un acontecimiento grandioso, que sólo resultaba adecuado para un héroe nacional de guerra. Las delegaciones del Ejército Rojo formaron cola en las calles de Moscú, las bandas militares tocaron la marcha fúnebre, y los coros eclesiales cantaron a medida que su ataúd era llevado a hombros de seis soldados al monasterio de Novodechie, en cuyo cementerio iba a descansar. Centenares de veteranos de la primera guerra mundial acudieron a Moscú para el funeral desde lugares tan lejanos como Nizhnyi Novgorod y Tver, y la iglesia principal resultó demasiado pequeña para dar cabida a todos los enlutados. Los tres jefes del

Ejército Rojo, Voroshilov, Egorov y Budenny, leyeron individualmente un discurso elogiando a Brusilov, aunque se negaron a inclinarse ante los sacerdotes o a participar en las oraciones. Fue una extraña mezcla de lo antiguo y de lo nuevo (emblemas soviéticos mezclados con iconos y cruces), como quizá correspondía a este hombre extrañamente mezclado. Nadezhda pensó que todo era simbólico: «La nueva Rusia estaba enterrando a la antigua».[6]

Dmitri Os'kin era un hijo de la nueva Rusia. Se unió al ejército de Brusilov durante la primera guerra mundial como soldado raso; y, sin embargo, cuando se produjo la muerte del general este muchacho campesino era una figura de importancia en el *establishment* militar soviético. Después de su mando en el II Ejército de Trabajadores durante 1920, Os'kin recibió otro en el Ejército de Reserva de la República Soviética, un puesto de importancia que le colocó a cargo de casi medio millón de hombres. Fue mantenido por el régimen como un ejemplo rutilante de un comandante rojo al que siempre se había prometido ascender desde las filas de los obreros y campesinos al unirse al Ejército Rojo durante la guerra civil. Se trataba de un soldado que había llevado en su mochila el bastón de un general, si es que no el de un mariscal, y esto había sucedido gracias a su propia imagen de muchacho campesino que escribió su trilogía de memorias militares de los años veinte. Los últimos años de Os'kin son oscuros. Durante el final de la década de los años veinte se convirtió en un burócrata militar en Moscú. Murió en 1934, posiblemente como víctima del Terror de Stalin, a la temprana edad de cuarenta y dos años.

Ese fue sin duda el destino de Kanatchikov. Como Os'kin, era hijo de la nueva Rusia, y su servicio al partido durante la guerra civil le proporcionó un rápido ascenso en sus filas. Resultaba completamente adecuado que este hijo de campesino-obrero, cuya conversión a la causa había estado tan relacionada con su propia educación política, concentrara su carrera en el partido en esa área. En 1921, a la edad de cuarenta y dos años, fue nombrado para el rectorado de la Universidad Comunista en Petrogrado, un cargo prestigioso que mantuvo durante los siguientes tres años. En 1924 se convirtió en presidente de la Oficina de Prensa del Comité Central, y al año siguiente pasó a dirigir el Departamento de Investigación Histórica. No estaba nada mal para un hombre que sólo había recibido cuatro años de educación primaria. Kanatchikov se convirtió en uno de los publicistas más importantes del partido en su campaña contra los trotskystas: su *Historia de una desviación* (1924) se convirtió en el modelo de la diatriba antitrotskysta, y a lo largo de los años veinte produjo una larga sucesión de obras

de ataque similares. Pero esto no lo salvó de los pelotones de ejecución de Stalin en su guerra contra los antiguos bolcheviques. En 1926 Kanatchikov se unió a la «oposición de izquierdas» de Zinoviev y Kamenev, que criticaba la política de Stalin y de Bujarin sobre la base (y esto tenía su significado para Kanatchikov) de que eran demasiado suaves con el campesinado. Por esta «desviación» Kanatchikov fue castigado con un puesto en Praga como corresponsal de TASS. Dos años más tarde se le permitió regresar a Rusia después de haber escrito una carta rastrera al Comité Central en la que confesaba sus «equivocaciones políticas». Su apoyo ardiente a la colectivización (la conclusión lógica de su rechazo hacia la antigua Rusia campesina) le granjeó una «rehabilitación» temporal. En 1929 fue nombrado editor de la recién fundada *Noticias literarias,* la publicación semanal de la Unión Soviética de Escritores. Durante los siguientes años escribió una sucesión de panfletos del partido en favor de Stalin, por lo que fue recompensado con un piso mayor, todos los privilegios usuales del partido y un rápido aumento salarial. Pero en la Rusia de Stalin todos los miembros del partido se veían acosados por su pasado y cuando, desde finales de 1935, Stalin comenzó a barrer a los «zinovievistas», la estrella de Kanatchikov volvió a declinar. Fue arrestado en 1936 y sentenciado a ocho años de trabajos forzados en el gulag. Como tantos bolcheviques víctimas del Gran Terror, suplicó a Stalin que interviniera y que le otorgara gracia sin darse cuenta de que era el mismo Stalin el que había ordenado su arresto. Kanatchikov había cumplido ya la mitad de su condena en la época en que murió, en 1940.[7]

Para Gorky, el exilio fue una forma de tortura. Aunque no podía soportar vivir en la Rusia soviética, tampoco podía soportar el vivir en el extranjero. Durante varios años vaciló en este estado esquizofrénico, sintiendo la nostalgia de Rusia pero también encontrándose demasiado enfermo como para regresar a casa. Desde Berlín, Gorky vagabundeó inquietamente a través de las ciudades balneario de Alemania y Checoslovaquia antes de establecerse en la estación de descanso italiana de Sorrento. «No, no puedo ir a Rusia —escribió a Rolland en 1924—. Me siento como una persona sin patria. En Rusia sería el enemigo de todo y de todos, sería como estrellar la cabeza contra un muro de ladrillo.»

No era tanto la naturaleza del régimen soviético como su política hostil hacia las artes y su política hacia el campesinado lo que le mantuvo en el exilio durante los años de la NPE. Aunque siempre se había opuesto al surgimiento de la dictadura bolchevique, también había encontrado un medio de justificarla como un antídoto necesario contra el anarquismo instintivo del campesinado.

Gorky era completamente contradictorio. Su racionalización del régimen soviético se acentuó todavía más después de la muerte de Lenin, que le llenó de remordimientos. Gorky había amado y odiado a Lenin, y su relación ahora no podía ser resuelta. «Sí, querido amigo —escribió Gorky a Rolland—, la muerte de Lenin ha sido un golpe muy duro para mí. Le amaba. Le amaba con ira.» Nina Berberova, que conoció bien a Gorky durante sus años en Berlín y en Marienbad, escribió más tarde que la muerte de Lenin le había hecho «muy llorón», y que no dejó de llorar durante las semanas siguientes mientras escribió sus elogiosos *Recuerdos* de él. «Gorky estaba abrumado por el arrepentimiento —recordó Berberova—. Reafirmó su actitud hacia la Revolución de Octubre y los primeros años del bolchevismo, hacia el papel de Lenin, hacia su estar en lo correcto y Gorky en lo erróneo [...]. Creía bastante sinceramente que la muerte de Lenin le había dejado huérfano a él junto al resto de Rusia.» Los recuerdos de Lenin escritos por Gorky fueron el primer paso hacia su reconciliación con los sucesores de Lenin en el Kremlin. En 1926, al producirse la muerte de Dzerzhinsky, incluso escribió alabando al dirigente de la Cheka («un hombre dotado de un corazón sensible y de un acusado sentido de la justicia»). Y, sin embargo, todavía no estaba dispuesto a regresar a Rusia. Sin duda, estaba asustado ante la perspectiva de lo que podría encontrarse allí, porque la Rusia que llevaba en la mente siempre era mucho más apacible que la Rusia real, e incluso Gorky, a pesar de su capacidad para engañarse a sí mismo, tenía que ser consciente de esto. Ciertamente, su compromiso de por vida con los principios de la libertad individual y de la dignidad humana seguía siendo lo suficientemente fuerte como para retraerle, especialmente como un artista creativo cuya propia capacidad para continuar escribiendo había dependido crecientemente de las libertades y de las comodidades que sólo podía disfrutar en Occidente. Su labor en Europa pasaba por un período de florecimiento, con *Los Artamonov,* seguida por los dos primeros volúmenes de *La vida de Klim Samgin,* sus dos grandes novelas didácticas, escritas entre 1925 y 1928. Mientras tanto, en Rusia el régimen soviético había redactado un índice de libros «contrarrevolucionarios» (que incluían a Platón, Kant, Ruskin, Nietzsche y Tolstoi) para que fueran retirados de todas las bibliotecas públicas. Gorky se sintió ofendido por esta censura y comenzó a escribir una carta al Gobierno renunciando a su ciudadanía soviética. Pero después, encolerizado, desgarró la carta: por mucho que pudiera despreciar el «vampirismo espiritual» del régimen soviético, no podía aceptar la idea de romper sus vínculos con él.[8]

Finalmente, como había sucedido con Brusilov, fue un nacionalismo ruso a la antigua usanza lo que persuadió a Gorky para que regresara a casa. Además, no podía vivir al lado de los emigrados rusos (ni ellos podían vivir con él). «Para nosotros, los rusos —escribió un exiliado en París en 1922—, es uno de aquellos que son moral y políticamente responsables de las grandes calamidades que el régimen bolchevique ha traído a nuestro país. Los años pasarán, pero él nunca será olvidado.»[9] Cuanto más antisoviéticos se hacían los emigrados, más reaccionaba Gorky alineándose con el régimen soviético. Además, el surgimiento del fascismo en su patria adoptiva italiana hizo que Gorky rechazara todos sus ideales primitivos (ideales que habían formado la base de su oposición hacia los bolcheviques) acerca de Europa como una fuerza histórica de progreso y civilización moral. Cuanto más desilusionado llegó a estar con la Europa fascista, más inclinado se sintió a ver a la Rusia soviética como un sistema moralmente superior. Sin duda, se trataba de una actitud voluntarista, pero en el contexto de la época resulta comprensible.

Gorky regresó a Rusia en 1928. Después de cinco viajes estivales, se estableció allí en 1932. Su regreso fue aplaudido por el régimen soviético como una gran victoria en su guerra propagandística contra Occidente. El hijo pródigo recibió una lluvia de honores: se le confirió la Orden de Lenin; se le entregó la casa de Riabushinsky en Moscú, una pieza maestra del *style moderne* que llenó con tesoros a expensas del Estado; se realizó una trilogía de películas sobre su vida; la calle Tverskaia de Moscú se convirtió en la calle Gorky, y su ciudad nativa de Nizhnyi Novgorod recibió el nuevo nombre de Gorkii. Todos estos honores tenían la finalidad de comprar el apoyo político de Gorky. El régimen soviético al que él había regresado estaba profundamente dividido entre los partidarios de Stalin y los derechistas como Bujarin, Rykov y Tomsky, que se oponían a la política extrema de Stalin en relación con la colectivización y la industrialización. Para empezar, Gorky ocupó un lugar entre los dos, y esto le convertía en un valioso objetivo para ambos bandos. Por un lado, Gorky veía la política de Stalin como la única manera que tenía Rusia de escapar de su atrasado pasado campesino; sin embargo, por otro, no le gustaba Stalin como ser humano (a la vez que era un amigo íntimo de Bujarin y Rykov) y se oponía a su política relativa a la literatura. Entre 1928 y 1932, partiendo de fuentes fragmentarias, se puede decir que Gorky otorgó su apoyo a Stalin aunque intentando frenar su política extrema. Fue el mismo papel que había desempeñado con Lenin entre 1917 y 1921. Gorky consiguió la liberación de

muchas personas de los campos de trabajo y, al parecer, persuadió a Stalin para que en marzo de 1930 escribiera su famoso artículo «Mareados por el éxito», en el que el dirigente condenaba los excesos de sus funcionarios locales por la primera campaña homicida de colectivización.[10]

Para sus antiguos camaradas, para aquellos socialistas que se habían enfrentado con los bolcheviques o que habían roto completamente con la Rusia soviética, el regreso de Gorky a Moscú pareció una traición. Viktor Sergue, que vio a Gorky en 1930, le recordó después como una figura trágica, como a alguien que en otro tiempo había sido un crítico evidente del régimen soviético y que ahora de alguna manera había permitido que le silenciaran:

> ¿Qué está sucediendo en su interior? Sabíamos que todavía gruñía, que todavía se sentía incómodo, que su dureza tenía un anverso de pesar y protesta. Nos decíamos los unos a los otros: «¡Uno de estos días explotará!». Y ciertamente lo hizo, un poco antes de su muerte, rompiendo finalmente con Stalin. Pero todos sus colaboradores de *Novaia zhizn'* de 1917 estaban desapareciendo en la cárcel y no dijo nada. La literatura se estaba muriendo y no dijo nada [...]. Le eché un vistazo en la calle. Recostado solo en el asiento trasero de un gran coche Lincoln, parecía estar a una remota distancia de la calle, a una distancia remota de la vida de Moscú, reducido a una cifra algebraica de sí mismo. No había envejecido, sino que más bien había adelgazado y secado, su cabeza era huesuda y se encerraba en el interior de un solideo turco, su nariz y sus pómulos sobresalían, las cuencas de sus ojos eran huecas como las de un esqueleto.

Pero la verdad era más compleja; y ésta fue la tragedia final de Gorky. Poco después de su regreso en 1932 comenzó a pensar que quizá se equivocaba al permanecer en Rusia. Cada vez se encontraba más opuesto al régimen estalinista, pero al mismo tiempo no podía escapar de él. Se había convertido en una institución soviética, allí donde iba la gente le adoraba, y aunque él se sentía un prisionero de esto, ni podía ni quería huir de nuevo. Por una parte, sus ventas en Europa se habían reducido y había pasado a ser financieramente dependiente del régimen soviético; por otra, Stalin no iba a permitirle marcharse al extranjero.[11]

Durante estos últimos años de encarcelamiento virtual en la Rusia soviética, Gorky se convirtió en una china en el zapato de Stalin. Presentó objeciones al culto estalinista de la personalidad y, después de mucha prevaricación, finalmente tuvo el valor de rehusar el encargo de escribir un retrato hagiográfico de Stalin, como había hecho una vez con Lenin. Leyendo entre líneas los escritos públicos de Gorky, se puede detectar un creciente cinismo hacia el régimen estalinista (sus ensayos contra el fascismo, por ejemplo, pueden interpretarse como una condena de todas las formas de totalitarismo, ya sea en Europa o en la Unión Soviética), mientras que en lo que queda de sus escritos privados no se puede perder de vista su desprecio por Stalin. Después de la muerte de Gorky se encontró entre sus pertenencias un gran libro con notas. En él comparaba a Stalin con una «pulga monstruosa» que «la propaganda y la hipnosis del miedo han aumentado hasta proporciones increíbles». Existen pruebas para sugerir que en 1934 Gorky se había implicado en una conjura contra Stalin con los dos derechistas, Rykov y Bujarin, junto con Yagoda, el jefe del NKVD, y Kirov, el jefe del partido en Leningrado, que fue asesinado en 1934. Esto explicaría el asesinato de Maxim, el hijo de Gorky, casi con certeza siguiendo órdenes de Stalin, puesto que Maxim había estado actuando de mensajero entre su padre y Kirov. También podría explicar el asesinato de Kirov (también muy posiblemente siguiendo órdenes de Stalin) y quizás el asesinato del mismo Gorky.[12]

Las circunstancias de la muerte de Gorky continúan siendo un misterio. Su salud había estado empeorando durante varios años. Junto con el antiguo problema de sus pulmones había una creciente lista de dolencias, que incluía una enfermedad cardíaca y una gripe crónica. En 1936 hizo un intenso esfuerzo para concluir su gran epopeya *La vida de Klim Samgin* antes de morir. «Fin de la novela, fin del héroe, fin del autor», dijo Gorky en junio. Poco después, el día 17, entró en un estado febril, comenzó a escupir sangre y murió al día siguiente. Los que estaban con él en sus días finales testifican que Gorky murió de muerte natural. Pero dos años más tarde, durante el juicio espectáculo de marzo de 1938, dos de los médicos de Gorky fueron encontrados culpables de su «asesinato médico» (es decir, de administrar dosis fatales de medicinas inadecuadas), siguiendo las órdenes de Yagoda como parte de la «confabulación contra el poder soviético» del que se decía que Bujarin y Rykov habían sido los dirigentes principales. Ahora bien, pudiera ser que Stalin utilizara lo que de hecho había sido la muerte natural del escritor como un pretexto para destruir a sus enemigos.

Pero la relación de Gorky con la oposición convierte en igualmente verosímil la posibilidad de que Stalin lo asesinara. Ciertamente, su muerte se produjo en un momento considerablemente conveniente para Stalin (sólo dos meses antes del juicio espectáculo de Zinoviev y Kamenev que Gorky tenía la intención de presentar como una farsa), y todos sabemos lo que el carnicero del Kremlin hacía con la gente que se le cruzaba en el camino. Muchos años más tarde se pretendió que los doctores relacionados con la autopsia de Gorky habían descubierto restos de veneno en el cadáver. Ekaterina, la viuda de Gorky, estaba bastante segura de que su marido había sido asesinado cuando le preguntaron al respecto en 1963; y ahora muchos rusos están de acuerdo con ella.[13] Probablemente, nunca se sabrá la verdad.

Gorky fue enterrado con plenos honores soviéticos, con el mismo Stalin abriendo el cortejo fúnebre. Hubo un desfile en la Plaza Roja y las cenizas del escritor fueron colocadas en un nicho en el muro del Kremlin detrás del mausoleo de Lenin. De esta manera, Gorky se convirtió en una institución estalinista.

La Revolución rusa desencadenó un vasto experimento en ingeniería social, quizás el mayor de la historia de la humanidad; fue supuestamente un experimento en virtud del cual la raza humana estaba obligada a realizar, en algún punto de su evolución, la lógica conclusión de la búsqueda histórica de la humanidad en pro de la justicia social y la camaradería. Sin embargo, habiendo nacido como nació durante la primera guerra mundial, cuando Europa había sido arrastrada al borde de la autodestrucción, lo fue también de algo que muchas personas creyeron que era esencial en aquella época. En 1918 la mayoría de los partidos socialistas europeos suscribían el punto de vista de que el capitalismo y la competencia imperial habían sido las causas fundamentales de la guerra y que para evitar otra guerra como ésa tendrían que ser de alguna manera aniquilados. Les parecía, en resumen, que el antiguo mundo estaba condenado, y que sólo el socialismo, en palabras de la Internacional, podía «crear un mundo nuevo».

El experimento fracasó horriblemente, no tanto a causa de la maldad de sus dirigentes, muchos de los cuales lo habían iniciado con los más elevados ideales, sino a causa de que sus ideales eran en sí mismos imposibles. Algunas personas podrían decir que fracasó porque en 1917 Rusia no había avanzado lo suficiente en dirección al socialismo, al menos no para lograrlo por sí sola sin el apoyo de

las sociedades industriales más avanzadas. Así, desde este punto de vista, fueron el atraso y el aislamiento internacional de Rusia los que abrieron el camino al estalinismo, más que la lógica del sistema en sí mismo. Esto, sin duda, es verdad en parte. Ninguno de los bolcheviques de 1917 esperaba que la Rusia soviética subsistiera por sí sola; e incluso menos que sobreviviera si ése era el caso. Su toma del poder en octubre había sido defendida asumiendo que proporcionaría la chispa para una revolución socialista en toda Europa, y quizás en todo el mundo colonial. Cuando esta revolución no llegó a producirse, se sintieron casi inevitablemente obligados a adoptar una estrategia que, aunque sólo fuera en interés de la defensa, colocó la industrialización por encima de cualquier otra cosa. Y, sin embargo, puesto que el modelo soviético ha conducido tan a menudo a los mismos fines desastrosos (a pesar de haber sido aplicado en diferentes formas locales y en lugares tan diversos, como China, el sureste asiático, Europa oriental, el África subsahariana y Cuba), sólo se puede llegar a la conclusión de que su problema fundamental tiene que ver más con los principios que con las contingencias.

El Estado, por muy grande que sea, no puede homogeneizar a la gente ni mejorar a los seres humanos. Todo lo que puede hacer es tratar a sus ciudadanos de manera equitativa, e intentar asegurar que sus actividades libres se dirijan hacia el bien común. Después de un siglo dominado por los totalitarismos gemelos del comunismo y el fascismo, sólo se puede esperar que se haya aprendido esta lección. Cuando entramos en el siglo XXI tenemos que intentar fortalecer nuestra democracia, tanto como una fuente de libertad como de justicia social, so pena de que los que no disfrutan de ventajas y los desilusionados vuelvan a rechazarla. No es en absoluto una conclusión establecida que la sociedades civiles que emerjan del antiguo bloque soviético intentarán emular el modelo democrático. No hay tiempo para esa especie de triunfalismo liberal democrático con el que el hundimiento de la Unión Soviética fue acogido en muchos lugares de Occidente. Puede esperarse que los comunistas reformados (y no tan reformados) se las arreglen bien electoralmente (e incluso puedan regresar al poder apoyados por los votos), en la medida en que las masas del pueblo llano permanezcan alienadas del sistema político y se sientan excluidas de los beneficios del capitalismo emergente. Quizás incluso de manera más preocupante, el nacionalismo autoritario ha empezado a llenar el vacío dejado por el hundimiento del comunismo y en cierta manera lo ha reinventado, no sólo en el sentido de que los nacionalistas de hoy son, en su

mayor parte, comunistas reformados, sino también en el sentido de que su retórica violenta, con sus llamamientos en favor de la disciplina y del orden, su encolerizada condena de las desigualdades producidas por el crecimiento del capitalismo y su rechazo xenófobo de Occidente, ha sido en sí misma adaptada de la tradición bolchevique.

Los fantasmas de 1917 todavía no descansan.

NOTAS

I La dinastía

1 *Novoe vremia*, 17, 18, 20-28 feb. 1913; Romanov, *V mramornom,* 174-7; Taneeva, *Stranitsy,* 98-101; Buchanan, *Dissolution*, 36-7.

2 *Novoe vremia*, 18-28 mayo 1913; *Niva,* 24, 1913, 477-479; Mossolov, *At the Court*, 240-241; Romanov, *V mramornom*, 178; Kokovtsov, *Out*, 361.

3 Whelan, *Alexander III*, 32-33.

4 «Dnevnik A. A. Polovtsova» (1902), 3, 1923: 136; Iswolsky, *Memoirs,* 264265; Wortman, «Moscow and St. Petersbourg», 253-254; Verner, *Crisis*, 79.

5 Wortman, *Scenarios,* 381-387; Wortman, «Moscow and St. Petersbourg», 250-251; Spiridovitch, *Les Dernieres*, 2: 253-262.

6 Wortman, «Moscow and St. Petersbourg», 254-257, 260-262.

7 Rodzianko, *Reign*, 75-77.

8 Kokovtsov, *Out of My Past,* 361; Miliukov, *Political Memoirs*, 236.

9 Wortman, «Invisible Threads», 392-393.

10 Elchaninov, *Tsar,* 149; Wortman, «Invisible Threads», 392-393.

11 Elchaninov, *Tsar,* 2-3, 121.

12 Massie, *Nicholas*, 227; *The Times*, 22 febrero, 6 marzo 1913; *British Documents on Foreign Affairs,* 1, A, 6; 323.

13 *Memoirs of Count Witte*, 201, 710-713; Serge, *Ville en danger,* 37.

14 Pasternak Slater, ed., *Vanished Present*, 185-187.

15 Romanov, *Once a Grand Duke,* 168; *Memoirs of Count Witte,* 95; Zaionchkovsky, *Russian Autocracy,* 18-19.

16 Gurko, *Tsar,* 8; Wolfe, «Autocracy», 68; Essad-Bey, *Nicholas*, 26.

17 Iswolsky, *Memoirs,* 248-250; Romanov, *Once a Grand Duke,* 178; Ferro, *Nicholas.*

18 Wolfe, «Autocracy», 66-67; Romanov, *Once a Grand Duke,* 168-169.

19 Salisbury, *Black Night*, 50-58; Iswolsky, *Memoirs,* 259-260.

20 Massie, *Nicholas,* ix; Pares, *The Fall,* 57.

21 Pares, ed., *Letters of The Tsaritsa,* 409; Chernov, *Great Russian,* 1; Trotsky, *History,* 73-74; Gurko, *Tsar,* 23-24.

22 Rogger, *Russia,* 20; Verner, *Crisis,* 64-67; Lieven, *Nicholas,* 113; Wolfe, «Autocracy», 72.

23 Pares, *The Fall,* 157; Verner, *Crisis,* 45-49; Lieven, *Russia's Rulers,* 287289; Lieven, *Nicholas*, 105-106, 115-116.

24 Buchanan, *Dissolution,* 36.

25 Romanov, *Once a Grand Duke,* 169; Mossolov, *At the Court,* 31; Romanov, *Vmramornom,* 60; De Jonge, *Life of Times,* 110; Pares, ed., *Letters and the Tsa-ritsa,* xii.

26 Chernov, *Grand Russian Revolution,* 16; Gurko, *Tsar,* 69-70; Gilliard, *Thirteen Years,* 50, 83.

27 Gurko, *Tsar,* 34, 48-49; Pipes, *Russian Revolution,* 60.

28 Gilliard, *Thirteen Years,* 52.

29 Smiten, «Poslednyi», 10: 119-120; De Jonge, *Life and Times,* 36, 4. 5, 54; Kotsiubinskii, «Sekret», 2 dic. 1994; Curtiss, *Church and State,* 175-177; Graham, *With the Russian Pilgrims,* 180.

30 Fuhrmann, *Rasputin,* 13-14; De Jonge, *Life and Times,* 64-65.

31 Fuhrmann, *Rasputin,* 94-98; De Jonge, *Life and Times,* 214-215.

32 Massie, *Nicholas,* 318.

33 Kotsiubinskii, «Sekret», 2, 9 y 16 diciembre 1994; De Jonge, *Life and Times,* 78, 224; Fuhrmann, *Rasputin,* 35; Pipes, *Russian Revolution,* 259-260.

34 Fuhrmann, *Rasputin,* 51, 119-120; Lockhart, *Diaries,* 1: 128-129.

35 De Jonge, *Life and Times,* 204. Sobre María Antonieta, véase Hunt, *Family Romance,* capítulo 4.

36 De Jonge, *Life and Times,* 187, 201-202.

37 Simanovich, *Rasputine,* 23-24; *Moscow News,* 9, 1991; Gilliard, *Thirteen Years,* 64-65; Gurko, *Tsar,* 90; Mamantov, *Na gosudarevoi sluzhbe,* 233.

2 Los pilares inestables

1 «Dnevnik A. A. Polovtsova»; *Memoirs of Count Witte,* 88-89, 199.

2 Becker, *Nobility and Privilege*, 64; Lieven, «Russian Civil Service», 371; Zaionchkovskii, *Pravitel'stevennyi*, 223; Raeff, «Bureaucratic Phenomena», 401402; Raeff, *Understying*, 608; Mosse, «Bureaucracy», 605-606; Ferro, *Nicholas*, 15.

3 Pipes, *Russia Under the Old Regime*, 286-287; Lieven, *Russia's Rulers*, 125-129.

4 Lieven, *Russia's Rulers*, 198-199.

5 Raeff, «Bureaucratic Phenomena», 403-404; Verner, Crisis, 51-59; Rie-ber, «Sedimentary Society», 358-359; Lieven, *Russia's Rulers*, 133-136; Pearson, *Russian Officialdom*, 14-15; Trubetskaia, *Kniaz*, 38.

6 Lincoln, *In the Vanguard*, 107; Whelan, *Alexander III*, 83-7.

7 Saunders, *Russia*, 213.

8 Whelan, *Alexander III*, 91; Lieven, *Russia's Rulers*, 192; Wcislo, «Bureaucratic», 382-383.

9 Lieven, *Russia's Rulers*, 68-72, 185-92, 385.

10 Whelan, *Alexander III*, 32-33.

11 Urussov, *Memoirs*, 1, 12; Robbins, *Tsar's Viceroys*, 1-2.

12 Urussov, *Memoirs*, 96; Judge, «Urban Growth», 48-50.

13 Clowes, Kassow, West, eds., *Between Tsar and People*, 3-27, 41-56, 7589; Pipes, *Struve: Liberal on the Left*, 195.

14 Chejov, *Plays*, 322; Urussov, *Memoirs*, 100; Bok, *Reminiscences*, 100.

15 Urussov, *Memoirs*, 98; Rogger, *Russia*, 52-53

16 Robbins, «His Excellency», 76; *Padenie*, 1: 33, 49; Robbins, *Tsar's Viceroys*, 244-245. Para un punto de vista contrario sobre los gobernadores, que se centra en la subordinación a los ministerios centrales, Yaney, *Systematization*, 330.

17 Pipes, *Russian Revolution*, 68; Polner, *Zhiznennyi*, 55-56.

18 Rogger, *Russia*, 49; Robbins, *Tsar's Viceroys*, 183-184; Weissman, «Regular». 46-50, 56-58; Yaney, *Systematization*, 333-337.

19 Manning, *Crisis*, 9-10; Shanin, *Russia as a «Developing Society»*, 147.

20 BA, Bajmeteff Collection, caja 39, Lvov, «Moi vospominaniia», 2-4, 10, 13, 15-16, 83; Polner, *Zhiznennyi*, 24-30.

21 *Dni*, 21 mayo 1925; Poiner, *Zhiznennyi*, 62; Obolenskii, *Moia zhizn»*, 373374.

22 Mackenzie Wallace, *Russia*, 2: 249.

23 «Dnevnik A. A. Polovtsova» (1901), 3, 1923: 97; McKenzie, «Zemstvo»;

Stone, *Europe,* 204; Tyrkova-Williams, *To, chego,* 25.

24 Yaney, *Urge,* 51, 98, 102-108; Macey, «Land Captains»; Semyónov, *Dvad-sat,* 86; *A Radical Worker,* 151-152.

25 *Polnoe sobranie zakonov,* 14, 1894: 11, 014.

26 Keep, «Military Style»; Verner, Crisis, 22-23; Elchaninov, *Tsar,* capítulo 8.

27 Bushnell, *Mutiny,* 1-2.

28 Fuller, *Civil Military,* 49, 144-153; Bushnell, *Mutiny,* vii, 15-21.

29 Wildman, *End,* 1: 33-5; Bushnell, *Mutiny,* 10-11.

30 McNeal, *Tsar and Cossack;* Rieber, «Lyed», 36; Bushnell, *Mutiny,* 110-111.

31 Oberuchev, «V dni», 60; BA, Brusilov Collection, mss. «Gazeta 'Dni. 94'».; Grondijs, *La Guerre,* 84, 263; Shabanov, «Kratkii», 5-9; GARF, f. 5972, *op.* 1, d. 21a, 1. 11-12; *op.* 3, d. 70, l.148.

32 Brusilov, *A Soldier's Notebook,* 17.

33 Ibíd., 9-10.

34 Cherniavsky, *Tsar and People,* 111-116, 119-120, y capítulo 1, sobre príncipes santos; Billington, *Icon,* 47, 64.

35 Curtiss, *Church and State,* 3-32, 71-72, 345-346; Freeze, «Handmaiden».

36 Morrison, «Church Schools», 193; Curtiss, *Church and State,* 186.

37 Waldron, «Religious Toleration», 104-115; Freeze, «Handmaiden», 89-90; Freeze, «Bringing Order»; Engelstein, *Keys to Happiness,* 27-28, 34, 51-52.

38 Freeze, «Going», 215-232; Dixon, «Church's Social Role», 167-92.

39 *A Radical Worker,* 27-34.

40 Gorky, *My Universities,* 122; Matossian, «Peasant Way of Life», 19-20; Belinskii, *Izbrannye,* 2: 516.

41 Lewin, *Making,* capítulo 2; Ramer, «Traditional Healers».

42 Stepniak, *Russian Peasantry,* 372; Freeze, *Parish Clergy;* Belliutsin, *Descrip-tion,* 189.

43 Curtiss, *Church and State,* capítulo 5; Freeze, *Parish Clergy,* 330 ss., 389 ss.; Meyendorff, «Russian Bishops»; Simon, «Church», 206-212.

44 Curtis, *Church and State,* 237 ss., 405.

45 Gellner, *Nations,* 6 y pássim.

46 Lenin, *PSS,* 25: 66.

47 Hofer, «Creation of Ethnic Symbols»; Anderson, *Imagined Communities;* Gellner, *Nations,* 57-58.

48 Hofer, «Creation and Ethnic Symbols», 124.

49 Hobsbawm, *Nations,* 54; Uustalu, *History,* 121-124.

50 Davies, *God's Playground*, 2: 6-7, 19-27, 37, 352-357.

51 Seton-Watson, *Russian Empire,* 411; Reshetar, *Ukrainian,* 6-10; Sheve-lov, «Language Question», 74-79, 92-93.

52 Suny, *Making,* capítulos 4-6; Swietochowski, *Russian Azarbaijan*, 23-26.

53 Hobsbawm, *Nations,* 48-49; Slomka, *From Serfdom,* 171.

54 Suny, «Nationality», 232; Swietochowski, *Russian Azerbaijan,* II.

55 Suny, *Making*, 116 ss.; Swietochowski, *Russian Azerbaijan,* 21; Rorlich, *Volga Tatars,* capítulo 8.

56 Himka, *Galician,* XII, capítulos 2-4.

57 Guehier, «Popular Base»; Krawchenko, Social, 21; Shevelov, «Language Question», 79; Guthier, «Ukrainian Cities», 158-159; Himka, *Galician,* 158-175.

58 Krawchenko, *Social*, 264; Himka, *Galician*, 36-40.

59 Himka, *Galician,* 199-202; Trotsky, *History,* 898.

60 Maynard, *Russian Peasant,* 379.

61 Davies, *God's Playground,* 84; Rogger, *Jewish Policies,* 106.

62 *Pervaia vseobshchaia perepis',* 1-19.

63 Pares, *Fall,* 64; Krawchenko, *Social*, 26; Lehovieh, *White,* 25.

64 Rogger, *Jewish Policies*, 16, 29, 30-32; Aronson, *Troubled,* esp. 67-81, 145160. Véase también Klier y Lambroza, eds., *Pogroms.*

65 *The Diaries of Theodor Herzl,* 395; Rogger, *Russia,* 203; Rogger, «Russian Ministers», 42.

3 Iconos y cucarachas

1 Gorky, *My Universities,* 101; Troyat, *Tolstoy,* 789.

2 Wortman, *Crisis of Russian Populism,* 10; Engeistein, *Key to Happiness,* capítulo 5.

3 Gorky, *My Universities,* 107-109, 124-125, 134, 140-150.

4 Herzen, *From The Order Shore,* 166; Dostoyevsky, *Polnoe sobranie sochinenii*, 22: 44. Sobre este tema, véase también Frierson, *Peasant Icons.*

5 Aksakov, *Polnoe sobranie sochinenii,* 1: 292; Fanger, «Peasant in Literature», 252-6.

6 Wortman, *Crisis of Russian Populism;* Glickman, «Alternative View»,

693704; Pipes, *Russian Revolution*, 113.

7 Gorky, *Letters*, 54.

8 Dal, *Poslovitsy*, 404-405.

9 Rittij, *Krest'ianskoe*, 135.

10 Frierson, «Razdel», 80, 83; «Peasant Family Divisions», 309-310.

11 Brooks, *When*, 4; Rashin, «Gramotnost», 46; Eklde, *Russian*, 285, 287.

12 Eklof, *Russian*, 423.

13 Rashin, «Gramotnost»», 37.

14 Mironov, «Russian Peasant Commune», 450-451; Matossian, «Peasant Way of Life», 14-16; Engelstein, *Keys to Happiness*, 118-119, 180.

15 Matossian, «Peasant Way of Life», 4-8; *Some Notes on Social Conditions*, 7; Garrell, *Tsarist Economy*, 33.

16 Frank, «Popular Justice»; Frierson, «Crime y Punishment».

17 Gorky, «On the Russian», 25; Frieden, *Russian Physicians*, 189-190.

18 Gorky, «On the Russian», 17-18; Worobec, «Victims», 199; Gorky, *My Universities*, 119.

19 Czap, «Peasant-Class Courts»; Frierson, «Rural Justice»; Burds, «Social Control», 56-59, 70-81.

20 Pipes, *Russian Revolution*, capítulo 3; Herzen, *Front the Other Shore*, 180.

21 Pajman, *Obychnoe*, 1: 7-8; Efimenko, *Issledovaniia*, 2: 55-62.

22 Efimenko, *Issledovaniia*, 2: 139-141, 153-9; Pajman, *Obychnoe*, 2: 209-211.

23 Semyónov, *Dvadsat'*, 35-40; Efimenko, *Issledovaniia*, 2: 176-179.

24 Gorky, «On the Russian», 12; Stites, *Revolutionary Dreams*, 15-16.

25 Tsytovich, *Sel'skoe obshchestvo*, 64.

26 Pipes, *Old Regime*, 157.

27 Berberova, *Italics Are Mine*, 12-13.

28 Para una defensa clásica del punto de vista tradicional (que los campesinos se vieron reducidos a la indigencia por la superpoblación, los métodos de cultivo ineficaces y los aumentos de los impuestos indirectos), Gerschenkron, «Agrarian Policies». Para el principal argumento revisionista (que el aumento en los ingresos del Gobierno procedentes de los impuestos indirectos reflejaba el creciente poder adquisitivo de los campesinos, procedente de una mayor productividad), Simms, «Crisis in Russian Agriculture». Simms también ha atacado el punto de vista tradicional de que la hambruna de 1891 se debió al agotamiento del suelo y a los atrasados métodos de cultivo: «Crop Failure». Sus

argumentos son ligeramente apoyados por Gregory en «Grain Marketings» y «Russian Living Standards». Sobre las variaciones regionales, Wheatcroft, «Crises and the Condition».

29 Kushner, ed., *Selo Viriatno,* 24; Semyónov, *Dvadsat',* 1; Stepniak, *Russian Peasantry,* 55.

30 Shanin, *Russia as a «Developing Society»,* 93-102.

31 Gatrell, *Tsarit Economy,* 50-51; Robinson, *Rural Russia,* 94-97; Figes, *Peasant Russia,* 11-12.

32 Shanin, *Awkward Class,* 48.

33 Polner, *Zhiznennyi put',* 38; Shanin, *Russia as a «Developing Society»,* 137, 147; Anfimov, *Zemel'naia arenda,* 15.

34 Mixter, «Peasant Collective Action», 196-197; Manning, *Crisis,* 20-21.

35 Semyónov, *Dvadtsat,* 67.

36 Rashin, *Formirovanie,* 327. Ése fue el número anual de pasaportes internos entregados a trabajadores campesinos emigrantes. Probablemente no corresponde a los cinco millones de «campesinos» registrados como habitantes de las ciudades según el censo de 1897.

37 Koenker, «Urbanization», 85-90; Bater, *St Petersburg,* 47, 308-309; Smith, *Red Petrograd,* 15-23.

38 *A Radical Worker,* 4, 6. Una excelente discusión de los temas planteados en el relato de Kanatchikov puede verse en Zelnik, «Russian Rebels».

39 Semyónov, *Dvadtsat,* 5-6; Tsarev, *Samouchka,* 17.

40 Brooks, *When,* 13, 55-56.

41 Johnson, *Peasant and Proletarian;* Bradley, *Muzhik and Muscovite,* 16-18, 27; Von Laue, «Russian Labour», 48; *A Radical Worker,* 21.

42 *A Radical Worker,* 9; Bonnell, *Roots of Rebellion,* 124; Bradley, *Muzhik and Muscovite,* capítulo 6; Glickman, *Russian Factory Women,* 11-14; McKean, *St Petersburg,* 39.

43 Zelnik, *Labour and Society,* 241; Bater, *St Petersbourg,* 342-344, 352-563.

44 *A Radical Worker,* 8, 21.

45 Von Laue, «A Secret Memorandm», 71; Glickman, *Russian Factory Women,*

145.

46 Tugan-Baranovsky, *The Russian Factory,* 324; McDaniel, *Autocracy,* 171.

47 Éste fue el argumento de los historiadores soviéticos determinados a mostrar que la revolución había sido apoyada por un «proletariado» genuino,

nacido en las ciudades y con plena «conciencia de clase». La mayoría de los historiadores occidentales están de acuerdo, en mayor o menor grado, en que los obreros más urbanizados eran los más militantes. Al respecto, obras de Bonnell, Koenker, Smith y McKean.

48 La defensa clásica en Haimson, «Problem of Social Stability». El argumento fue desarrollado originalmente por los mencheviques para explicar por qué habían perdido terreno en las ciudades después de 1905 en favor de los bolcheviques. Se pretendió que, mientras que los mencheviques habían mantenido. su apoyo entre los obreros especializados y sindicados, los bolcheviques encontraron una audiencia receptora para su propaganda más militante entre los obre-roscampesinos más jóvenes e impulsivos, que habían acudido a las ciudades durante el auge industrial. De aquí se desprendía que los bolcheviques no eran apoyados por la clase obrera genuina, sino por una masa turbulenta medio campesina susceptible de entregarse a esporádicos estallidos de violencia y a llamamientos demagógicos.

49 Brower, «Labour Violence». Para algunas críticas, las contribuciones al final del artículo de Johnson, Suny y Koenker.

50 *A Radical Worker,* 59, 63, 71.

51 Babushkin, *Recollections,* 51; *A Radical Worker,* 102.

52 *A Radical Worker,* 105.

53 Gorky, *My Childhood,* 9; *A Radical Worker,* 129.

54 *A Radical Worker,* 115.

55 Sapronov, *Iz iatorii rabochego dvizheniia,* 35.

56 ZeInik, «Russian Rebels», 443; Shapovalov, *Po doroge k marksizmu,* 53-54.

4 Tinta roja

1 Gernet, *Istoriia,* 3: 169; 4: 43, 45, 139.

2 Custine, *Empire,* 334; Rogger, *Russia,* 69.

3 Gerner, *Istoriia* 5: 260-261, 306; Galili, *Menshvik,* 195; Trotsky, *History,* 812; Zelnik, «Fate», 21.

4 Haimson, ed., *Making,* 189.

5 Berdyaev, *Origin,* 3-5, 48-49; Tyrkova-Williams, *To, chego,* 98.

6 Hamburg, *Politics,* 14; Geifman, *Thou,* 173. Estoy en deuda con Boris Kolonitskii por la historia de Dubois.

7 Berlin, *Russian Thinkers,* 122-125.

8 Szamuely, *Russian,* 201-202; Raeff, *Origins,* 123-124.

9 Blok, «People», 359; Kelly, *Bakunin,* 97; Berdyaev, *Origin,* 32-33; Szanuely, *Russian,* 222-223.

10 Belinskii, *Polnoe sobranie sochineii,* 10: 217-218; Lotman, «The Poetics of Everyday Behaviour» y «The Decembrists in Daily Life».

11 Marthewson, *Positive Hero,* 74-77; Besancon, *Intellectual,* 118-119.

12 Ulam, *Bolsheviks,* 65; Gleason, *Young,* 296; Szarnuely, *Russian,* 288; Valen-tinov, «Chernyshevskii», 194; Valentinov, *Encounters,* 67-68.

13 Gleason, *Young,* 75; Szamuely, *Russian,* 321-325; Pipes, *Russia Under the Old Regime,* 271; Kelly, *Bakunin,* 94; Verituri, *Roots,* 136.

14 Koz'min, «Molodaia Rosiia», 92, 103-104.

15 Gleason, Young, 341; *Pravitel'stvennyi Vestnik,* 2 jul. 1871; Steklow, *Bakunin,* 3: 542.

16 Malia, *Herzen,* 396, 407-408; Berlin, *Russian Thinkers,* 199.

17 Ventun, *Roots,* XXVI.

18 Bogucharskii, *Aktivnoe,* 128-129.

19 Tchev, *Izbrannye,* 3: 64-85; Szarmuely, *Russian,* 338-395.

20 Geifman, *Thou,* 21.

21 «Karl Marks», 6-10; Resis, *«Das Kapital»,* 221-222.

22 Kizhnik, «Poliakov», 76-77; Haimson, ed., Making, 33; Resis, *«Das Kapital»,* 226 (n. 22).

23 Haimson, ed., *Making,* 31-33, 458; Valentinov, *Encounters,* 23; Pipes, *Stuve: Liberal on the Left,* 57, 59, 61.

24 Kérensky, *Crucifixion,* 13; Volkogonov, *Lenin,* 6, 8-9, 13.

25 RTsJIDNI, f. 2, *op.* 2, d. 125, 1. 1; Volkogonov, *Lenin,* xxxvii, 6, 52; Valentinov, *Maloznakornyi,* 34.

26 Valentinov, *Encounters,* 107; *NZh,* 7 nov. 1917.

27 Ulam, *Bolsheviks,* 12, 162; Gorev, *Iz partiinigo,* 10; Potresov, *Posmertnyi,* 21.

28 Potresov, *Posmertnyi,* 294; Ulam, *Bolsheviks,* 118.

29 McNeal, *Bride,* 65.

30 Krupskaya, *Vospominaniia,* 35.

31 Lenin, *PSS,* 6: 9; Haimson, ed., *Making,* 103, 105, 126.

32 Ulam, *Bolsheviks,* 178, 186; Valentinov, *Encounters,* 112-114; Haimson, ed., *Making,* 170-171.

33 Valentinov, *Encounters,* 40.

5 Bautismo de sangre

1 Robbins, *Famine,* 1-2, 11-12, 59-64, 171; Simms, «Crop Failure», 237.

2 Bogdanovich, *Tri Poslednij,* 149; Petrunkevich, «Iz zapisok», 275.

3 Wildman, *Making,* 6-7; Polner, *Zhiznennyi put',* 52; Frieden, *Russian Phsysicians,* capítulo 6; Petrunkevich, *«Iz zapisok»,* 276.

4 *Letters ofAnton Chejov,* 237.

5 Tolstoi, *Pis'ma L. N. Tolstogo k zhene,* 208, 363; Semyónov, «Vospominaniia o L. N. Tolstogom», 55-56.

6 Robbins, *Famine,* 77-83; Frieden, *Russian Physicians,* capítulo 6; Blazer, «Problem of Pressions», 189-90; Seregny, *Russian Teachers,* 10-11.

7 Haimson, ed., *Making,* 101.

8 Simms, «Famine and the Radicals», 16; Martov, *Zapiski,* 94, 137.

9 Haimson, ed., *Making,* 68.

10 Freeze, «Soslovie», 11-36; Haimson, «Problem of Social Identities», 1-20.

11 Kassow, *Students,* 16-22.

12 Para una excelente discusión de los problemas referentes a la formación de una identidad de clase media, Clowes, Kassow y West, eds., *Between Tsar and People.*

13 Galai, *Liberation,* 54.

14 Manning, «Zemstvo and Politics», 139-140; Emmons, «Zemstvo», 433437; Galai, *Liberation,* 24-55.

15 Kérensky, *Crucifixion,* 78-79.

16 *Istochnik,* 3, 1994: 5; *GARF,* f. 1.807, *op.* 1, d. 382, l.14.

17 *GARF,* f. 1.807, op.1, d. 382, l.56.

18 Svobodov, «Gor'kii i studencheskoe», 71; Pipes, *Stuve: Liberal on the Left,* 271-272; Tyrkova-Williams, *Na putiaj,* 72-73; Ivanov-Razumnik, *Memoirs,* 3.

19 *Memoirs of Count Witte,* 369; White, *Diplomacy,* 78-81.

20 *Memoirs of Count Witte,* 384; Pasternak Slater, ed., *Vanished Present,* 88;

Ascher, *Revolution*, 47; Galaii, *Liberation*, 198-205; Polner, *Zhiznennyi'*, 67.

21 *Memoirs of Count Witte*, 382-383.

22 Bar-Yaacov, *Handling*, 70; Owen, *Capitalism*, 69; Petrunkevich, «Iz zapisok», 343; Gurko, *Figures and Features*, 253.

23 Ascher, *Revolution*, 54.

24 «Dnevnik kn. Ekateriny Alexeevny Sviatopolk-Mirskoi», 243, 251; Ver-ner, *Crisis*, 115-117.

25 Galai, *Liberation*, 214-219; Manning, *Crisis*, 74-75, 83-85; Gorky, «Pis'ma k E. P. Peshkovoi», 132.

26 Verner, *Crisis*, 137-140; *Memoirs of Count Witte*, 399; Gurko, *Figures and Features*, 304.

27 Sablinsky, *Road to Bloody Sunday*, 222.

28 McDaniel, *Autocracy*, 64-89; Sablinsky, *Road to Bloody Sunday*, 103-105.

29 Sablinsky, *Road to Bloody Sunday*, 126, 344.

30 Ibíd., 212-213, 218.

31 Ibíd., 241-243.

32 M. *Gor'kii v epoju revoliutsii*, 1905-1907, 30.

33 Sablinsky, *Road to Bloody Sunday*, 251-252, 273.

34 *M. Gor'kii v epoju revoliutsii*, 1905-1907, 33; Gippius, *Dmitrii*, 132; Ascher, *Revolution*, 98.

35 Gor'kii, «Pis'ma k E. P. Peshkovoi», 148.

36 Gogol, «Maksim Gor'hii», 7-19.

37 Levin, *Stormy*, 98-100; Gorky, *Letters*, 32; *NZh*, 25 abril 1917.

38 *GARF*, f. 1807, op. 1, d. 382, 1. 250; Pasternak Slatter, ed., *Vanished Present*, 110; Ascher, *Revolution*, 94.

39 Galai, *Liberation*, 245-248; Stites, *Women's Liberation*, 189; Balzer, «Problem of Pressions», 191-193; Ascher, *Revolution*, 129.

40 *M. Gor'kii v epoju revoliutsii 1905-1907*, 55; 12; Gorky, *Letters*, 13.

41 Perrie, «Russian Peasant», 123-55; Bok, *Reminiscences*, 122-125; Shanin, *Russia*, *1905-7*, 94; Mixter, «Peasant Collective Action», 215; Manning, *Crisis*, capítulo 8.

42 Seregny, «Peasants and Politics», 341-377; Mixter, «Peasants Collective Action», 194; Shanin, *Russia, 1905-7*, 99-119.

43 Pavlov, *Markovskaya*, 13-14, 18-22, 44, 53; Shanin, *Russia, 1905-1907*, 109-111; TsGALI, f. 66, *op.* 1, d. 296, l. 2; d. 312.

44 Bushnell, *Munity*, 52.

45 Ibíd., 55-56, 60-65; Ascher, *Revolution,* 170-172.

46 Ascher, *Revolution,* 157, 159-160; Galai, *Liberation,* 205-6.

47 *Memoirs of Count Witte,* 406-407; Sablinsky, *Road to Bloody Sunday,* 277278, 280-281; Verner, *Crisis,* 163; Ascher, *Revolution,* 112.

48 Verner, *Crisis,* 179-180; *GARF,* f. 1.807, *op.* 1, d. 382, 1.202.

49 Gorky, «Pis'ma k E. P. Peshkovoi», 162.

50 Suhr, *1905,* 342-344; Ascher, *Revolution,* 132.

51 Para un brillante estudio sobre la relación entre la «violencia revolucionaria» y el «gamberrismo» en 1905, Neuberger, *Hooliganism,* capítulo 2.

52 Ascher, *Revolution,* 211-217; Engelstein, *Moscow,* 123; «Jar'kov v oktiabre»; «Lvov-Rogachevskii, «Oktiabr'skie dni», 80.

53 Ascher, *Revolution,* 217-221; Trotsky, *My Life,* 186. Existe un cierto desacuerdo sobre si Lenin habló ante el Sóviet de Petrogrado en 1905. Algunas fuentes señalan que habló dos o tres veces, pero no existe una corroboración definitiva.

54 Trotsky, *My Life,* 172-174; Haimson, ed., *Making,* 324.

55 Verner, *Crisis,* 227; *Letters of Tsar Nicholas and the Empress Marie,* 188.

56 *Memoirs of Count Witte,* 515.

57 Petrukevich, «Iz zapisok», 410.

58 Obolenskii, *Moia zhizn,* 373-374; Polner, *Zhiznennyi,* 97, 110.

59 Emmons, *Formation,* 41-44, 62-72, 146-147; Rosenberg, *Liberals,* 12-24.

60 Emmons, *Formation,* 147, 217-222.

61 *Memoirs of Count Witte,* 501-502; Gurko, *Figures and Features,* 404-405.

62 Miliukov, *Political Memoirs,* 65.

63 Rawson, *Russian Rightists,* 21-33, 46-72, 142-148.

64 Ibíd., 137-138; Lambroza, «Pogroms», 227-228, 233-237; Weinberg, «Pogrom», 262, 268-269. *Letters of Tsar Nicholas and the Empress Marie,* 190-191.

65 Haimson, ed., *Making,* 180-183; Engelstein, *Moscow,* 140; Baring, *A Year in Russia,* 29-30.

66 Zenzinov, *Perezhiyoe,* 225; Gul, «Byloe».

67 Haimson, ed., *Making,* 203; Gorky, «Pis'ma k K. P. Piatnitskomu», 193.

68 Engelstein, *Moscow,* 205, 222; Ascher, *Revolution,* 315-322.

69 «Dnevnik A. A. Polovtsova», (1906), 4, 1923: 99; Bing, ed., *Secret Letters,* 206; Maning, *Crisis,* 173; Shanin, *Russia, 1905-1907,* 95; Ferro, *Nicholas II,*

118119; Gurko, *Figures and Features,* 446.

70 Gorky, «Pis'ma k E. P. Peshkovoi», 170.

71 Troyat, *Gor'kii,* 100-106.

72 Gorky «Pis'ma k pisatel'iam», 132; Pasternak, *Stijotvoreniia,* 204.

73 Pares, *My Russian Memoirs,* 161-162.

74 Miliukov, *Political Memoirs,* 42; Trotsky, *My Life,* 194-195; Deutscher, *Pro-phet Armed,* 148.

75 Deutscher, *Prophet Armed,* 168.

76 Naumov, *Iz ustelevshij,* 2: 72; Manning, *Crisis,* 146; Neuberger, *Hooliga-nism,* 114, 118-119. Véase también Weissman, «Rural Crime».

77 Shanin, *Russia,* 1905-1907, 198; Polner, *Zhiznennyi,* 110-111; BA, Polner Collection, caja 2, Death of Lvov.

78 Neuberger, *Hooliganism,* 237 (y capítulos 4 y 5); Bely, *Petersburg,* II; Engelstein, *Keys to Happiness,* 240, 257-260.

79 *Russkie vedomosti,* 16 nov. 1905.

80 *M. Gor'kii v epoju revoliutsii,* 52.

81 Kelly, «Self-Censorship», 201; *Veji,* 89.

82 Lenin, *PSS,* 41: 8-9.

6 Las últimas esperanzas

1 Obolenskii, *Moia zhizn',* 338-339; Kokovtsov, *Out of my Past,* 129-131.

2 Szeftel, *Russian Constitution,* 119-120, 177-178, 260; Verner, *Crisis,* 300-302.

3 Gurko, *Figures and Features,* 23-25, 27-30. Para una visión más positiva del Consejo de Estado, Lieven, *Russia's Rulers.*

4 Obolenskii, *Moia zhizn',* 350.

5 Kryzhanovskii, *Vospominaniia,* 81-82; TsGALI, f. 66, *op.* 1, d, 324.

6 Baring, *What I Saw in Russia,* 255.

7 Obolenskii, *Moia zhizn',* 341.

8 Manning, *Crisis,* 199, 218; Hosking y Manning, «What Was the United Nobility?»; Atkinson, *End,* 53.

9 BA, Polner Collection, caja 2, Lvov's Death; Rossenberg, *Liberals,* 17-38.

10 Pares, *Fall,* III.

11 Bok, *Reminiscences,* 122-125.

12 Ibíd., 128.

13 Stolypine, *L'Homme,* 144.

14 Pares, *Memoirs,* 126; Kryzhanovskii, *Vospominaniia,* 210, 219.

15 Leontovitsch, *Geschichte,* 400.

16 Pares, *Memoirs,* 139.

17 Hosking, *Costitutional Experiment,* capítulo 4.

18 Edelman, *Gentry Politics,* 10.

19 Korros, «Landed Nobility», 134-138; Weissman, *Reform in Tsarist Russia,* 198-202; Edelman, *Gentry Politics,* 118-123; Bok, *Reminiscences,* 263.

20 Kokovtsov, *Out of My Past,* 267-268; Miliukov, *Political Memoirs,* 229-230.

21 BA, Colección Kryzhanovsky caja 2, mss. sobre Stolypin; Serebrennikov, *Ubiistvo,* 191; Bok, *Reminiscences,* 278-280.

22 Haimson, «Social Stability», I: 619-642. Para un punto de vista muy diferente sobre la política de la clase obrera en estos años, McKean, *St Petersburg,* especialmente capítulos 4-5.

23 La historia de Semyónov se basa en su propio relato en «Legko»; «Novye joziaeva»; «Obnovlenie»; «Dvadsat' piat' let», y en sus documentos personales. En TsGALI.

24 TsGALI, f. 200, *op.* I, d. 80, 1.3.

25 Ibíd., f. 2.226, *op.* I, d. 13, 1. 354, 360; Narodny pisatel', 7.

26 TsGALI, f. 66, *op.* I, d. 312, 1.4-5.

27 Ibíd., f. 200, *op.* I, d. 80, 1.3; f. 2.226, *op.* I, d. 1.067; f. 66, *op.* I, d. 296, 1.5; f. 122, *op.* 3, d. 13, 1.5-7; Semyónov, «Legko», 253.

28 Robinson, *Rural Russia,* 194.

29 TsGALI, f. 122, *op.* I, d. 1197, 1.42.

30 *Agrarnoe dvizhenie v Rossii v 1905-1906,* 151.

31 Figes, *Peasant Russia,* 57-61; Macey, «Peasant Commune», 221-228; Yaney, *Urge,* 178-184.

32 Yaney, *Urge,* 156-160. Las estadísticas de las reformas son notoriamente difíciles. El mejor examen general es el de Atkinson, «Statistics». Para un examen más reciente en el área local, Pallot y Shaw, *Landscape,* capítulo 7.

33 Sternheimer, «Administering», 286-298; Macey, «Peasant Commune», 228230.

34 Danilov, «Ob istoricheskih», 106. Las primeras cifras que tendieron a ser más elevadas fueron, según muestra Danilov, derivadas de errores de cálculo.

35 Semyónov, «Novye joziaeva», 275.

36 Samuel, *Blood Accusation*, 17.

37 Cohn, *Warrantfor Genocide*, 90-98, 108-125; Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, 255-257; Engelstein, *Keys to Happiness*, 299-300, 321-326; *Diaries of Theodor Herzl*, 394.

38 Tager, *Decay*, 29; Samuel, *Blood Acussation*, 55.

39 Tager, *Decay*, 39-40, 206; Samuel, *Blood Acussation*, 55.

40 Rogger, *Jewish Policies*, 40-55; Gruzenberg, *Yesterday*, 107; Tager, *Decay*, 147-165, 178.

41 Hosking, *Constitutional Experiment*, capítulo 7; Haimson, «Social Stability», I: 619-642; McKean, *St Petersburg*, 149.

42 Edelman, *Gentry Politics*, 176-177; Rogger, *Jewish Policies*, 208-209; Traw-son, *Russian Rightists*, 65-72.

43 Pares, *Fall*, 122.

44 Rogger, *Russia*, 168.

45 Hosking, *Constitutional Experiment*, 223; Struve, «Velikaia Rossiia», 144146, Seletskii, «Obrazovanie», 32-48.

46 Lieven, *Russia and the Origins*, 37, 131-133; *Novoe vremia*, 6 marzo 1914; Hutchinson, «Octobrists», 225.

47 Lieven, *Russia and the Origins*, 71-72, 92-101; Brusilov, *A Soldier's Notebook*, 38.

48 Lieven, *Russia and the Origins*, 65; Kérensky, *Crucifixion*, 172.

49 Golder, *Documents*, 21.

50 Bark, «Iiul» 1914», 22; Spring, «Russia and the Coming de War». 66.

51 Sazonov, *How the War Began*, 46-47; Paléologe, *An Ambassador's Memoirs*, I: 43-44.

52 Brusilov, *A Soldier's Notebook*, 40-41; Gilliard, *Thirteen Years*, III.

53 Gippius, *Siniaia kniga*, 9; *Russian Schools*, 166-167; Troyat, *Gorky*, 123.

54 Pearson, *Russian Moderates*, 12-13, 15-16.

7 Una guerra con tres frentes

1 GARF, f. 5.972, *op.* 1, d. 26, 11.3-5.

2 Stone, *Eastern Front*, 13-14.

3 RGVIA, f. 162, *op.* 1, d. 17, 1.97; d. 4, 1. 108-110; Gourko, *Memories*, II; Oberuchev, *V dni revoliutsii*, 62; Sokolov, «Aleksei», 83; BA, Brusilov Collection, rnss. «Gazeta dni».

4 Lincoln, *Passage*, 83; GARF, f 5.972, *op.* 3, d. 70, 1. 11-13.

5 Stone, *Eastern Front*, 61-68; Lincoln, *Passage*, 63-66, 69-78; Ironside, *Tannenberg*, 245.

6 Knox, *With the Russian Army*, I: 90.

7 Golovin, *Russian Army*, 45-74; Brusilov, *A Soldier's Notebook*, 93-94.

8 Denikin, *Ocherki*, I: 19; Heenan, *Russian*, 90; Brusilov, *A Soldier's Notebook*, 37, 39.

9 Brusilov, *A Soldier's Notebook*, 98; Lincoln, *Passage*, 124.

10 Stone, *Eastern Front*, 52; Knox, *With the Russian Army*, I: 42, 46.

11 Brusilov, *A Soldier's Notebook*, 133, 330.

12 Ibíd., 143.

13 Knox, *With the Russian Army*, I: xxv; Lincoln, *Passage*, 71-72; Os'kin, *Zapi-ski soldata*, 259-260; Brusilov, *A Soldier's Notebook*, 64-65; Stone, *Eastern Front*, 5051, 148, 167-168.

14 Sidorov, *Ekonomicheskoe*, 11-12; Lincoln, *Passage*, 106; Knox, *With the Rus-sian Army*, I: 220; Chaadaeva, ed., «Soldatskie pis'ma», 127-128.

15 Brusilov, *A Soldier's Notebook*, 126-127; Lincoln, *Passage*, 105; Chaadaeva, ed., «Soldatskie pis'ma», 124-125.

16 GARF, f. 5.972, *op.* 3, d. 70, 1. 13-14; Rodzianko, *Reign ofRasputin*, 115-117.

17 Wildman, *End*, I: 100-102.

18 RGVA, f. 37.976, *op.* 9, d. 4.218.

19 Os'kin, *Zapiski soldata*, 143-144, 171, 212-213, 218-221, 243-245.

20 Chaadaeva, ed., «Soldatskie pis'ma», 158; Os'kin, *Zapiski soldata*, 223.

21 Chaadaeva, ed., «Soldatskie pis'ma», 126-127.

22 Lincoln, *Passage*, 127; Denikin, *Ocherki*, l: 2: 29-30; Knox, *With the Russian Army*, I: 317-318; 2: 410.

23 GARF, f. 5.972, *op.* 3, d. 70, 1.82.

24 Lemke, *250 dnei*, 223-255; Knox, *With the Russian Army*, I: 324-328.

25 Lincoln, *Passage*, 152; Iajontov, «Tiazhelye dni», 33, 37, 74.

26 Os'kin, *Zapiski soldata*, 234; RGVIA, f. 162, *op.* 1, d. 18, 1. 4; d. 17; Pirei-

ko, *Na fronte,* 35-36.

27 Golovin, *Russian Army,* 121-122; Os'kin, *Zapiski soldata,* 276-302, 318333; Lincoln, *Passage,* 146-147.

28 Brusilov, *A Soldier's Notebook,* 170-171, 185.

29 Iajontov, «Tiazhelye dni», 54, 98.

30 RGVIA, f. 162, op. 1, d. 15, 1. 6; HLRO, 206: Stow Hill Papers. DS 2/2, caja 8, O. L. Kerenskaia, «Obryvki vospominaniia», 2.

31 Polner, Obolenskii y Turn, eds., *Russian Local Government,* 54 ss., 100-101; Gleason, «All-Russian», 365-382; Cherniavsky, ed., *Prologe,* 228.

32 Polner, *Zhiznennyi,* 174-188; Obolenskii, *Moia zhizn',* 374.

33 Grave, ed., *Burzhuazia,* 29-31; Polner, Obolenskii y Turn, eds., *Russian Local Government,* 300-303; Polner, *Zhiznennyi,* 210.

34 Stone, *Eastern Front,* 156, 199-202; Seigelbaum, *Politics of Industrial Mobi-lization,* 38; Pearson, *Russian Moderates,* 24-47.

35 Pearson, *Russian Moderates,* 46-53; Hanun, «Liberal Politics»; Rosenberg, *Liberals,* 39-42.

36 Pares, ed., *Letters of the Tsaritsa,* 125; Iajontov, «Tiazhelye dni», 107-136.

37 Grave, ed., *Burzhuazia,* 59-60; Pares, ed., *Letters of the Tsaritsa,* 100, 166.

38 *Ruskie vedomosti,* 27 septiembre 1915.

39 Grave, ed., *Burzhuazia,* 62-63.

40 Pares, ed., *Letters of the Tsaritsa,* 114, 152, 221, 409.

41 Pares, *Fall,* 317; Rodzianko, *Reign of Rasputin,* 178.

42 Knox, *With the Russian Army,* 2: 412; Pares, ed., *Letters of the Tsaritsa,* 134,

301.

43 Knox, *With the Russian Army,* 2: 416.

44 Stone, *Easter Front,* 234; Brusilov, *A Soldier's Notebook,* 199-200.

45 Brusilov, *A Soldier's Notebook,* 215; GARF, f. 5.972, *op.* 3, d. 70, l.80.

46 Stone, *Eastern Front,* 235.

47 Sokolov, «Aleksei», 213-214; Golovin, «Brusilov Offensive», 577-581.

48 GARF, f. 5.872, *op.* 3, d. 70, 1. 49, 155; Stone, *Eastern Front,* 249; RGVIA, f. 162, *op.* 1, d. 17, 1. 159-160.

49 Hindenburg, *Out of My Life,* 158; Brusilov, *A Soldier's Notebook,* 228-51, 267; Pares, ed., *Letters of the Tsaritsa,* 346.

50 Brusilov, *A Soldier's Notebook,* 256; Pares, *Fall,* 364-370; Lincoln, *Passa-ge,* 257-258.

51 RGVIA, f. 162, *op.* 1, d. 10; Brusilov, A *Soldier's Notebook*, 248, 272.

52 Knox, *With the Russian Army,* 2: 466-467, 472.

53 RTsJIDNI, f. 75, *op.* 1, d. 14; Golovin, *Russian Army,* 246.

54 CUL, Templewood Papers, XXI: 24; Pares, *Fall,* 301-302.

55 Katkov, *Russia* 1917, 157-160; Massie, *Nicholas,* 152, 299, 346-347; Kérensky, *Crucifixion,* 196-198.

56 Florinsky, *End,* 141; Pearson, *Russian Moderates,* 109-110; Katkov, *Russia* 1917, 218.

57 Pares, ed., *Letters of the Tsaritsa,* 394; BA, Colección Memorias Brusilov, 3: 46; Pares, *Fall,* 318.

58 Pearson, *Russian Moderates,* 117-118. Estoy en deuda con Boris Kolonit-skii por el aspecto relativo a los maestros.

59 Voeikov, *S tsarem,* 185.

60 Pearson, *Russian Moderates,* 122, 137; Hasegawa, *February,* 182.

61 GARF, f. 5.972, *op.* 1, d. 219, 1. 161. Sobre la historiografía de estas conjuras, Hasegawa, *February,* 187-188.

62 Kotsiubinskii, «Sekret», 27, 29 diciembre 1994; Purishkevich, Ubiistvo, 81; Purishkevich, *Dnevnik,* 141.

63 Romanov, *V mramornom,* 307; Lincoln, *Passage,* 310-311.

64 Trotsky, *My Life,* 276; Deutscher, *Prophet Armed,* 241.

65 Serge y Sedova, *Live and Death,* 30.

66 Trotsky, *My Life,* 283.

67 Ibíd., 219.

68 Cohen, *Bujarin,* 22; Trotsky, *My Life,* 243; Kollontai, *Iz moei zhizni,* 146; Clements, *Bolshevik Feminist,* 84.

69 Ermanskii, *Iz perezhitogo,* 119.

70 Gankin y Fisher, eds., *Bolsheviks and the World War,* 322.

71 Dazhina y Tsivlina, *«Iz arjiva A. M. Kollontai»,* 1: 227; 2: 27.

72 Trotsky, *Sochineniia,* 8: 66-67; Deutscher, *Prophet Armed,* 216-223.

73 Trotsky, *My Life,* 280; Dazhina, «Amerikanskie dnevniki»; Ziv, *Trotskii,* 67; Draper, *Roots,* 77.

74 Shliapnikov, *On the Eve,* 27-28, 38; Burdzhalov, *Russia's Second Revolution,* 26; McKean, *St Petersburg,* capítulo 12.

75 RGIA, f. 806, *op.* 5, d. 10.313, 11. 12-13; Voronov, «Analiz», 56-7; Minor, *Novye formy,* 1-16; Mendel'son, *Itogi,* 22-24; Binshtok y Kaminskii, *Narodnoe pita-nie,* 45-52.

76 Antsiferov y otros, eds., *Russian Agriculture,* 140, 151-152; Anfimov, *Rossiiskaia derevnia,* 241-2, 280 ss.

77 Antsiferov y otros, eds., *Russian Agriculture,* 222.

78 Leiberov y Rudachenko, *Revoliutsiia i jleb,* 17-20.

79 Strumilin, *Izbrannyeproizvedeniia,* 5: 187; McKean, *St Petersburg,* 337-378; Koenker, *Moscow Workers,* 84-87; Hasegawa, *February Revolution,* 67-69; Binshtok y Kaminskii, *Narodnoepitanie,* 24-35; Gernet, *Moral'naia statistika,* 97; Gorky, «Pis'ma k E. P. Peshkovoi», 176.

80 Shliapnikov, *On the Eve,* 75, 94; Hasegawa, *February Revolution,* 87ss.; Smith, *Red Petrograd,* 48-53; Koenker, *Moscow Workers,* 88-90; McKean, *St. Petersburg,* capítulos 13 y 14; Strumilin, *Izbrannye proizvedeniia,* 5: 186-187.

81 Siegelbaum, *Politics of Industrial Mobilization,* capítulo 7; Hasegawa, *February Revolution,* 123-132.

82 Ivanov, «Volnenie», 171-172.

83 Hasegawa, *February Revolution,* 159-168; Shklovsky, *Sentimental Journey,* 8.

84 Wildman, *End,* 1: 105ss.; Chaadaeva, *Armiia nakanune,* 65-69; «Soldatskie pis'ma», 134-159; Brusilov, *A Soldier's Notebook,* 282.

85 Sidorov, *Revoliutsionnoe,* 221.

8 Febrero glorioso

1 Balk, «Poslednie», 28; Hasegawa, *February Revolution,* 199; Heald, «Witness», 45; *Trudy tsentral'nogo,* 7: 1: 252; Gorky, «Pis'ma k E. P. Peshkovoi», 192.

2 Lih, *Bread,* 12; Balk, «Poslednie», 28; Hasegawa, *February Revolution,* 200.

3 Balk, «Poslednie», 26-29; Hasegawa, *February Revolution,* 21-24.

4 Hasegawa, *February Revolution,* 232-238; Balk, «Poslednie», 31; LRA, ms. 790/20 (carta de Marguerite Bennet, 15 marzo 1917); BC, Ransome Papers, Tele-graph 50, 10 marzo 1917; RGIA, f. 1.282, op. 1, d. 741, 1. 41-42.

5 Hasegawa, *February Revolution,* 247-253; Balk, «Poslednie», 35-36.

6 BA, Finland Regiment Collection, caja 10, D. I. Jodnev, «Fevral'skaia revoliutsiia 1917 g. i zapasnyi battalion leib-gvardii finlandskago polka»; Hasegawa,

February Revolution, 253-235; RGIA, f. 1.282, *op.* 1, d. 741, 1.89.

7 Balk, «Poslednie», 39-42; Sujanov, *Russian,* 5; Hasegawa, *February Revolution,* 258.

8 *Padenie,* I: 190.

9 Hasegawa, *February Revolution,* 267-269; Martynov, *Tsarkaia armiia,* 85; Kirpichnikov, «Vosstanie», 7-9.

10 Cherniaev, «Vosstanie»; Martynov, *Tsarskaia armiia,* 87-89; Padenie, I: 195200.

11 Kirpichnikov, «Vosstanie», 10-15.

12 Kantorovich, «Fedor Linde», 221-238; Kievskaia mysl', 3 sept. 1917; Sokolov, *White Nights,* 21-22.

13 Balk, «Poslednie», 45; Hasegawa, *February Revolution,* 404-405; Kantorovich, «Fedor Linde», 239.

14 Jones, *Russia in Revolution,* 105-106; Shklovsky, *Sentimental,* 15.

15 Kantorovich, «Fedor Linde», 238; Romanov, *V mramornom,* 318; Gorky, *Fragments,* 167; Bulgakov, «Revoliutsiia», 9-10; Jones, *Russia in Revolution,* 123124; Raskolnikov, *Kronstadt,* 4; Shklovsky, *Sentimental,* 16.

16 Jones, *Russia in Revolution,* 108; Zenzinov, «Fevral'skie dni», 5: 219-220; Gorky, *Fragments,* 164; Berkman, *Bolshevik Myth,* 203.

17 Balk, «Poslednie», 55; Shulguin, *Dni,* 162-167; *Petrogradoskii sovet* I: 34-35, 46.

18 Sujanov, *Russian,* 16; *The Times,* 17 marzo 1917; Jones, *Russia in Revolution,* 127; Bulgakov, «Revoliutsiia», 28.

19 BA, Finland Regiment Collection, caja 10, D. I. Jodnev, «Fevral'skaia revoliutsiia 1.917 g. i zapasnyi battalion leib-gvardii finlandskogo polka», 63.

20 Sobre el lenguaje corporal de las masas, véase nuestro libro de próxima aparición (con Boris Kolonitskii), *Interpreting the Russian Revolution: Essays on the Lan-guage, Rites and Symbols of 1917.*

21 Pitcher, ed., *Witnesses,* 14; *The Times,* 16 marzo 1917.

22 RGIA, f. 1.278, *op.* 10, d. 7, 1. 1; Bulgakov, «Revoliutsiia», 7, 9-10; Jones, *Russia in Revolution,* 134.

23 Jones, *Russia in Revolution,* 119; GARF, f. 102, *op.* 341, d. 57, 1. 24-9; f. 5.849, *op.* 2, d. 33, 1.4-5; Bulgakov, «Revoliutsiia», 14-17; RPG, I: 140; Anet, *Révolution,* I: 129-130.

24 Sujanov, *Russian,* 78, 95; Gorky, «Pis'ma k E. P. Peshkovoi», 194.

25 Véase, por ejemplo, la condena de la violencia de las turbas por Simon

Schama (y por implicación de toda la revolución) en *Citizens: A Chronicle of French Revolution*, Londres, 1989. El enfoque de Richard Pipes en *The Russian Revolution* está coloreado por el mismo prejuicio contra la violencia.

26 Sujanov, *Russian*, 96.

27 Sorokin, *Leaves*, 14-16; Bulgakov, «Revoliutsiia», 19; Jones, *Russia in Revolution*, 163.

28 Mstislavskii, *Five Days*, 23; Sujanov, *Russian*, 21; Krupskaya, *Vospominaniia*, 271; Aronson, *Rossiia*, 4.

29 Sujanov, *Russian*, 43, 177; Trotsky, *History*, 18.

30 Hasegawa, *February Revolution*, 330-345, 380; Sujanov, *Russian*, 59-62, 8387; Zenzinov, «Fevral'skie dni», 215-218.

31 Hasegawa, *February Revolution*, 348-359; *RPG*, I: 45-47; Shulguin, *Dni*, 179.

32 Mstislavskii, *Five Days*, 30-31; Shklovsky, *Sentimental*, 15-16; Bulgakov, «Revoliutsiia», 21; Nabokov, *Provisional*, 43-44.

33 Jones, *Russia in Revolution*, 165-166; NLW, Lord Davies Papers, C3/23.

34 Pipes, *Russian Revolution*, 303; RPG, I: 47-48; Cantacuzene, *Revolutionary Days*, 147-149.

35 Zenzinov, «Fevral'skie dni», 1: 237-239.

36 *RPG*, 2: 846-849; *Petrogradskii sovet*, I: 49-50; Sujanov, *Russian*, 113.

37 *RPG*, 3: 1.223-4.

38 Mstislavskii, *Five Days*, 64-65.

39 Hasegawa, *February Revolution*, 410-416; Sujanov, *Russian*, 116-125; *RPG*, 1: 135-136.

40 *RPG*, I: 136; Mstislavskii, *Five Days*, 65.

41 Trotsky, *History* 201; Sujanov, *Russian*, 140-144; *RPG*, 1: 128-129.

42 Kolonitskii, «Zagadka», 164-167; Wilcox, *Russia's Ruin*, 191; Nabokov, *Provisional Government*, 75; Gippius, *Peterburgskie*, 15.

43 «Dnevnik Nikolaia Rornanova», 136; Mordvinov, «Otryvki», 86; Hasegawa, *February Revolution*, 274.

44 Kokovtsov, *Out of My Past*, 408; Paléologue, *Ambassadors' Memoirs*, 3: 151-152.

45 Hasegawa, *February Revolution*, 434-440.

46 Padenie, I: 203-207; Balk, «Poslednie», 54-5; Martynov, *Tsarskaia armiia*, 107-108; Benckendorff, *Last Days*, 6-9.

47 Hasegawa, *February Revolution*, 473-479; Martynov, *Tsarkaia armiia*, 144-

145.

48 *RPG,* I: 83-9; Hasegawa, *February Revolution,* 495-502.

49 Hasegawa, *February Revolution,* 503-505; RPG, I: 95-96.

50 Mordvinov, «Otryvki», 113.

51 Pares, *Fall,* 420-421; Paley, *Memories,* 26.

52 *Perepiska Nikolaia i Aleksandry,* 5: 225; Hasegawa, *February Revolution,* 510; Shulguin, *Dni,* 269.

53 Shulguin, *Dni*, 270-271; Padenie, 6: 265-268.

54 Paley, *Memories,* 60-61; Benckendorff, *Last Days,* 16-17.

55 Sujanov, *Russian,* 146-147; Hasegawa, *February Revolution,* 531-533.

56 Miliukov, *Istoriia,* I: 53-55; Kérensky, *Catastrophe,* 70; Padenie, 6: 266-268; Hasegawa, *February Revolution*, 556-560.

57 Nabokov, «Provisional Government», 18-20, 46-55; Hasegawa, *February Revolution*, 561-563.

58 *Izvestiia,* 4-16 marzo 1917; Kornakov, «Simvolika», 360; Paustovsky, *Story,* 474-475; TsGASP, f. 1.000, *op.* 74, d. 13, 1.64; TsGAVMF, f. 2.023, *op.* 1, d. 7, 1.1.

59 Iusupov, *Prered izgnaniem*, 187; *War, Revolution and Peace*, 50; RGIA, f. 1278, *op.* 10, d. 4, 1. 241-242.

60 *1917 god v derevne,* 40, 64; TsGASP, f . 8558, *op.* 1, d.5, 1.30; RGIA, f. I278, *op.* 10, d. 11, 1.332.

61 Kornakov, «Simvolika», 361.

62 Heald, «Witness», 64-6; Stites, «Iconoclastic», 7-9; Sujanov, *Russian,* 74; Nazhivin, *Zapiski,* 32-33; Bulgakov, «Revoliutsiia», 24, 28-29.

63 RGIA, f. 1.4I2, op. 16, d. 534, 1. 4. Véase también d. 101-112, 529-544.

64 Kolonitskii, «Kul't vozhdia», 17-18; Swift, «Kul'turnoe», 403.

65 RGIA, f. 1.278, *op.* 10, d. 4, 1. 242; *RPG,* 1: 216-221; 2: 803-819, 862865; Buryshkin, *Moskva,* 319; Peshejonov «Pervye nedeli», 290-291; Silver, *Russian Workers',* 38.

66 Trotsky, *History*, 193.

67 Buchanan, *My Mission,* 2: 86, 114; *War, Revolution and Peace,* 46; Kolonitskii, *«Kul't vozhdia»,* 24-26.

68 Pyman, *Life,* 2: 243, 247; Zhokovskii-Zhuk, «Kogda», 64; Schweitzer, *Tsve-taeva,* 138.

69 Kolonitskii, «The "Russian Idea"», 4, 9, 13-14; TsGAVMF, f. r-2.063, *op.* 1, d. 7, 1. 12; Oberuchev, *V dni,* 49; Sorokin, *Chelovek,* 228; *Gubernsii,* 54;

TsGASP, f. 7.384, *op.* 9, d. 76, 1. 23-24; Kolonitskii, «Kul't vozhdia», 7.

70 Paustovsky, *Story'*, 474; NLW, Lord Davies Papers, C3/23; BC, Ranso-me Papers, Telegraph 53, 15 marzo 1917

71 Polner, *Zhiznennyi*, 245.

9 El país más libre del mundo

1 Nabokov, «Provisional Government», 44.

2 Hoare, *Fourth Seal*, 256; BA, Polner Collection, caja 2, Death de Lvov; Tsereteli, *Vospominaniia*, 2: 63-64; Gorky, «Pis'ma k E. P. Peshkovoi», 195.

3 IM, f. 454, op. 3, d. 70; Tsereteli, *Vospominaniia*, I: 63-4; Nabokov, «Provisional Government», 84; Bublikov, *Russkaia*, 33-34.

4 Polner, *Zhiznennyi*, 231-245; Tsereteli, *Vospominaniia*, I: 114; IM, f. 454, *op.* 3, d. 70.

5 Kérensky, *Memoirs*, 227-228.

6 Chernov, *Grand Russian*, 103; Shlapentoj, «Images», 34-35; Sorokin, *Lea-ves*, 39; Heald, *Witness*, 89-90; IM, f. 454, *op.* 3, d. 70.

7 *RPG*, 1: 191-242; Polner, *Zhitnennyi*, 247.

8 Shliapnikov, *Semnadtsatyigod*, 2: 236.

9 Sujanov, *Russian*, 145; Schapiro, «Political Thought», 106-107; Nabokov, «Provisional Government», 135-136; Rosenberg, *Liberals*, 146-147; *RPG*, 1: 435-447, 451.

10 TsGALI, f. 66, *op.* 1, d. 312, 1.8.

11 Ibíd., f. 122, *op.* 3, d. 13; Tsarev, *Samouchka*, 37-38.

12 TsGALI, f. 66, *op.* 1, d. 312; f. 122, *op.* 3, d. 13; f. 200, *op.* 1, d. 80.

13 Figes, *Peasant Russia*, 56-61.

14 GARF, f. 393, *op.* 3, d. 359, 1.202; Figes, *Peasant Russia*, 47-56, 122-124.

15 Chernov, *Rozhdenie*, 313; Galynskii, *Ocherki*, 116.

16 GARF, f. 398, *op.* 2, d. 144, 1. 158-159; Galynskii, *Ocherki*, 117, 141, 172.

17 GARF, f. 1.79I, *op.* 2, d. 144, 1.82; RGIA, f. 1.278, *op.* 10, d. 4, l. 270-272.

18 IM, f. 454, *op.* 3, d. 70.

19 Figes, *Peasant Russia*, 33-37, 40-46; GARF, f. 406, *op.* 2, d. 237, 1. 133, 160; Trotsky, *History*, 882.

20 Koenker y Rosenberg, *Strikes*, 82, 87, 156, 229.

21 Keep, *Russian Revolution*, 69; Smith, *Red Petrograd*, 65-88; Koenker, *Moscow Wokers*, 107-109; *RPG*, 2: 712-713.

22 Koenker y Rosenberg, *Strikers*, 102, 137-139, 172-173, 231; BC, Ran-some Papers, Telegram 91, 3 abril 1917; Ferro, *Russian Revolution*, 112-113.

23 Pitcher, ed., *Witnesses*, 101-102; Reed, *Ten Days*, 40; Paustovsky, *Story*, 481. Sobre esa idea, véase M. Perrot, *Les Ouvriers*, París, 1974, 2: 548.

24 *Ekonomicheskoe polozhenie*, 2: 201; Smith, *Red Petrograd*, 80-98, 139-167.

25 Wade, *Red Guards*, 80-114, 173-182; Dune, *Notes of a Red Guard*, 51-57.

26 Rosenberg, «Social Mediation», 173-178; Hogan, «Conciliation», 49-66; Galili, *Menshevik Leaders*, 119-123.

27 Rosenberg, «Social Mediation», 181-183; Galili, *Menshevik Leaders*, capítulo 6; Koenker y Rosenberg, *Strikes*, 200-202.

28 *RPG*, 1: 317; Radkey, *Agrarian Foes*, 40, 216-218.

29 Suny, *Revenge*, 29-30, 45, 54, 63, 75; Guthier, «Popular Base», 40.

30 Reshetar, *Ukrainian*, 320-321; Suny, *Revenge*, 48.

31 Jrystiuk, *Zametky*, 1: 46; Bociurkiw, «Rise», 222-224; Frenkin, *Russkaia armiia*, 211-256.

32 RGVIA, f. 162, *op.* 1, d. 18.

33 *RPG*, 1: 334-5; Upton, *Finnish Revolution*, capítulos 1-6; Ketola, «Russkaia», 293-296; *Den'*, 12 mayo 1917.

34 *RPG*, 1: 344-355; *NZh*, 21 julio 1917.

35 *RPG*, 1: 374-377, 383-388; Stojko, «Ukrainian», 9 ss.; Tsereteli, *Vospo-minaniia*, 2: 89.

36 *RPG*, 1: 389-392; Reshetar, *Ukainian*, 57; IM, f. 454, *op.* 3, d. 70.

37 RGVIA, f. 162, *op.* 1, d. 17, 1. 199; GARF, f. 5.972, *op.* 1, d. 21a, 1. 12.

38 Wildman, *End*, 1: 228-245; BA, Brusilov Collection, mss., «Gazeta *Dni*»; RGVIA, f. 162, *op.* 2, d. 18.

39 «Iz ofitserskij pisem», 200; Kal'nitskii, *Ot fevralia*, 43.

40 RGVIA, f. 162, *op.* 2, d. 18; Polovtsov, *Glory*, 206; Heenan, *Russian*, 97-98; Ferro, *October*, 84-85; GARF, f. 1.791, *op.* 2, d. 629, 1. 73.

41 *Trud*, 27 mayo 1917.

42 *RPG*, 2: 1.044-1.046, 1.077-1078, 1.098; Wade, *Russian Search*, 26-38.

43 *NZh*, 23 abril 1917; Kantorovich, «Fedor Linde», 242-243; *Kievskaia mysl'*, 3 sept. 1917; *RPG*, 3: 1.242-1.244.

44 Roobol, *Tsereteli,* 133; Galili, *Menshevik Leaders,* 134-140, 179-185.

45 *RPG,* 3: 1.241-1.242, 1.267-1.269; Rosenberg, *Liberals,* 109-113; Wade, *Russian Search,* 47; IM, f. 454, *op.* 3, d. 70.

46 *RPG,* 3: 1.276-1.278; Roobol, *Tsereteli*, 123-124; IM, f. 454, *op.* 3, d. 70.

47 Sujanov, *Russian,* 269-270; Service, *Lenin,* 2: 154-155.

48 Karpinskii, «Vladimir», 105-106; Valentinov, *Encounters,* 21.

49 Para la última prueba (no concluyente) sobre el tema, Volkogonov, *Lenin*, 109-108.

50 Getzler, *Martov,* 147-148; Service, *Lenin,* 2: 151-153.

51 Gorky, *Lenin*, 35; Service, *Lenin*, 2: 187; *NZh*, 10 nov. 1917.

52 Lenin, *PSS,* 31: 9-59, 99-100; Sujanov, *Russian*, 274-275.

53 Sujanov, *Russian,* 285-288; Lenin, *PSS,* 31: 113-116; Service, *Lenin,* 2: 155-160, 165-166. Lenin, *Leninskii sbornik,* 7: 307-308; RTsJIDNI, f. 72, *op.* 3, d. 687, 1. 2; Shub, *Lenin,* 109.

54 Trotsky, *History,* 300-307; Zelnik, «Fate», 6; Rabinowitch, «Bol'sheviki.», 116-119.

55 Valentinov, *Encounters,* 148; Besanfon, *Intellectual,* 193-196; Volkogonov, *Lenin*, 62.

56 Struve, «My Contacts», 593; Volkogonov, *Lenin*, 35-49; Fischer, *Life*, 329.

57 Valentinov, *Encounters,* 50.

58 Gul, «Byloe»; *RPG,* 2: 1.209.

59 Voline, *Unknown,* 244; Rolland, *Journal,* 1.168; Valentinov, *Encounters,* 148-151.

60 Trotsky, *History,* 303, 558; «Pis'ma moi», 11: 35.

61 Fischer, *Life,* 57-58; Aronson, *Rossiia,* 47-52; Valentinov, *Encounters,* 42.

62 Service, *Lenin,* 2: 169-177, 185; Rabinowitch, *Prelude,* 46-47; Trotsky, *History,* 340.

63 Rabinowitch, *Prelude,* 42-45. Para la opinión de que el Comité Central había estado planeando un golpe, Pipes, *Russian Revolution,* 401-405.

64 Mawdsley, *Baltic Fleet*, 6-7, 21, 34, 51-53; *RPG*, 3: 1.296-1.299; Raskolnikov, *Kronstadt,* 34.

65 Rabinowitch, *Prelude,* 260.

66 Rabinowitch, *Prelude,* capítulo 3; Sujanov, *Russian,* 402-406; Lenin, *PSS,* 31: 267.

67 *RPG,* 3: 1.322-1.326; Sujanov, *Russian,* 415-419.

68 AG, Pg-R1, 30-19-603 (publicado aquí por primera vez).

69 *NZh*, 18, 20 abril, 18 mayo 1917; AG, Pg-Rl, 30-19-603.

70 Trotsky, *Military Writings*, 1: 215; Agursky, *Third Rome*, 171-172; Pyman, *Life*, 2: 268-305.

71 *NZh*, 27 abril, 9 mayo, 18 mayo 1917; Taneeva, *Stranitsy*, 292; RGIA, f. 794, *op*. 1, d.4, 1.4.

72 AG, Pg-Rl, 30-19-601 (publicado aquí por primera vez).

73 *NZh*, 7 dic. 1917.

74 RTsJIDNI, f. 75, *op*. 1, d. 67, 1. 1-3 (publicado aquí por primera vez).

75 Gorky, «Pis'ma k E. P. Peshkovoi», 196.

76 *NZh*, 25 abril, 18 mayo 1917; AG, Pg-In.

77 Gorky, «On the Russian Peasantry», 25; AG, Pg-R1.

78 *NZh*, 18 abril, 19 noviembre, 6 diciembre, 7 diciembre 1917.

79 Gorky, *Lenin*, 30.

80 *NZh*, 23 abril 1917.

81 AG, Pg-R1, 30-19-601.

82 *NZh*, 20 abril 1917; AG, Pg-R1, 30-19-603.

10 La agonía del Gobierno provisional

1 Kérensky, *Memoirs*, 278-279.

2 Ibíd., 271.

3 RGVIA, f. 162, *op*. 1, d. 18; BA, Colección Pronin, caja 1, «Miting generala Brusilova».

4 RGVIA, f. 162, *op*. 1, d. 17, 1. 202

5 *RPG*, 2: 925-9266, 927-928; Heenan, *Russian*, 38-42, 44.

6 *RPG*, 3: 1.739; Lockhart, *Memoirs*, 180.

7 Kolonitskii, «A. E Kerenskii», 98; Tsvetaeva, *Stijotvorenie*, 2: 63 («To the Tsar at Easter [21 mayo 1917]»).

8 Stepun, *Byvshee*, 2: 33-35; Kérensky, *Izdaleka*, 204; Heenan, *Russian*, 103; RGVIA, f. 162, *op*. 1, d. 18.

9 *RPG*, 2: 913-915.

10 Rosenberg, «Russian Municipal», 161; AG, Pg-R1, 30-19-603; Rougle, «Intelligentsia», 72; *RPG*, 2: 486-487.

11 Paustovsky, *Story,* 486.

12 Pares, *My Russian Memoirs,* 459.

13 Botchkareva, *Yashka,* 151-168.

14 *RPG,* 2: 880-3; RGVIA, f. 162, *op.* 1, d. 18; Wildman, *End,* 2: 22-23.

15 Abraham, *Kérensky,* 199-200; Farmborough, *Nurse,* 269-270.

16 Kérensky, *Memoirs,* 274, 282.

17 RGVIA, f. 162, *op.* 1, d. 17, 1. 200; BA, Colección Pronin, caja 1, «Miting generala Brusilova».

18 RGVIA, f. 162, *op.* 1, d. 18.

19 RGVIA, f. 162, *op.* 1, d. 18; Wildman, *End,* 2: capítulo 2.

20 Stepun, *Byvshee,* 2: 10; Brusilov, *Soldier's Notebook,* 290-291, 307-308, 340.

21 Golovin, *Russian Army,* 197; Heenan, *Russian,* 97-98.

22 RGVIA, f. 162, *op.* 1, d. 18; Bauermeister, *Spies,* 128-137.

23 RGVIA, f.162, *op.* 1, d.18.

24 Wildman, *End* 2: 89 ss.; Stankevich, *Vospominaniia*, 155-156, 160.

25 Botchkareva, *Yashka,* 208-218.

26 Miliukov, *Russian,* 1: 195.

27 Polner, *Zhiznennyi*, 254; IM, f. 454, d. 3, 1. 70.

28 Trotsky, *History,* 518.

29 Heenan, *Russian*, 54-55; Kérensky, *Catastrophe,* 207-210.

30 IM, f. 454, d. 3, 1. 47-67.

31 Rabinowitch, *Prelude,* 117-118, 121-122.

32 Rabinowitch, *Prelude,* 122-140; *Pravda,* 4 julio 1917; *RPG,* 3: 1.338-1.340.

33 *RPG,* 3: 1.335-1.336; Trotsky, *History,* 529-530; Sujanov, *Russian,* 429430; Buchanan, *Petrograd,* 134; Blok, *Sobranie sochinenii,* 7, 273.

34 Sujanov, *Russian*, 431; Trotsky, *History,* 525.

35 «Pis'ma moi», 2: 35; *RPG,* 3: 1.339-1.344; Rabinowitch, *Prelude,* 167-170; Sujanov, *Russian,* 431-432; Woytinsky, *Stormy,* 300.

36 Sujanov, *Russian*, 432; Buchanan, *Petrograd*, 135-136.

37 Rabinowitch, *Prelude,* 174-176.

38 Pipes, *Russian Revolution,* 419; Rabinowitch, *Prelude.*

39 Sujanov, *Russian,* 479; *Krasnaia Gazeta,* 16 julio 1920; Zinoviev, «Lenin», 62.

40 Buchanan, *Petrograd,* 139; Raskolnikov, *Kronstadt,* 153-172; Pares, *My Rus-sian Memoirs,* 465.

41 Sujanov, *Russian,* 441-442; *Rabochy i soldat,* 26-27 julio 1917; Rabinowitch, *Prelude,* 181-184.

42 Krupskaya, *Vospominaniia,* 166 y pássim.

43 AG, Pg-R1, 30-19-605 (publicado aquí por primera vez).

44 Woytinsky, *Stormy,* 301-302; RPG, 3: 1.356.

45 Sujanov, *Russian,* 444-447; Raskolnikov, *Kronstadt,* 166-167.

46 Sujanov, *Russian,* 448-449; Woytinsky, *Stormy,* 305-306.

47 RPG, 3: 1.347.

48 Sujanov, *Russian,* 450.

49 Nikitine, *Fatal Years,* 155-157; Sujanov, *Russian,* 462-464.

50 Sujanov, *Russian,* 455.

51 *RPG,* 3: 1.364-1.365; Nikitine, *Fatal Years,* 119-122; Zeman, ed., *Germany,* 94-95; Rabinowitch, *Prelude,* 206-207.

52 Polovtsov, *Glory,* 258.

53 Trotsky, *History,* 570; Sujanov, *Russian,* 469-470.

54 *NZh,* 15 agosto 1917.

55 Zinoviev, «Lenin», 70.

56 Lenin, *PSS,* 32: 433-434.

57 AG, Pg-R1, 30-19-605 (publicado aquí por primera vez).

58 *NZh,* 9 julio 1917.

59 *RPG,* 3: 1.350.

60 Polovtsov, *Glory,* 259-260; IM, f. 454, d. 3, 1. 18; Polner, *Zhiznennyi,* 258.

61 Kolonitskii, «A. E Kérensky», 98-106.

62 Krasnov, «Na vnutrennom fronte», 106. El siguiente relato de la muerte de Linde está compilado de las páginas 105-112 de Krasnov, «Na vnutrennom», y Sokolov, *White Nights,* 15-40. El incidente aparece también relatado, con bastante licencia artística, en Pasternak, *Doctor Zhivago,* capítulo 5.

63 Kantorovich, «Fedor Linde», 251; *Kievskaia mysl',* 3 septiembre 1917; Gippius, *Siniaia kniga,* 169-171; *RPG,* 3: 1.390-1.391.

64 Cantacuzene, *Revolutionary Days,* 30; Rabinowitch, *Bolsheviks,* 39-42.

65 Brusilov, A *Soldier's Notebook,* 317; RGVIA, f. 162, *op.* 1, d. 4, 1. 79, 83.

66 Vertsinskii, *God,* 18; Bogaevskii, *Vospominaniia,* 39; Katkov, *Kornilov,* 39-41; Brusilov, *A Soldier's Notebook,* 100-102, 321; Grondijs, *La Guerre,* 264.

67 GARF, f. 5.849, *op.* 2, d. 35, 1. 2-3.

68 White, «Kornilov», 187-189; Katkov, *Kornilov,* 138-139.

69 Martynov, *Kornilov,* 16-20.

70 Abraham, *Kerensky,* 255; Stepun, *Byvshee,* 2: 144-145.

71 Brusilov, *A Soldier's Notebook,* 320; *RPG,* 2: 989-1.010.

72 Martynov, *Kornilov,* 33-34; Savinkov, *K Delu*, 13-14.

73 Martynov, *Kornilov,* 20; PRO, FO 371, 3015, N 165148/17, 93-94; Ste-pun, *Byvshre,* 2: 143-144.

74 Katkov, *Kornilov*, 56-57, 171-172; Botchkareva, *Yashka*, 225; Lukomskii, *Vospominaniia,* 228.

75 Vladimirova, *Kontrrevoliutsiia,* 84; Stepun, *Byvshee*, 2: 162-163; *RPG,* 3: 1.510-1.515.

76 Gippius, *Siniaia,* 162, 164.

77 Karkov, *Kornilov* 50-51, 74-79, 84-88, 136-137, 159; RPG, 3: 1.558-1.571.

78 *NZh*, 3 sept. 1917; *RPG,* 3: 1.574-1.575; Katkov, *Kornilov,* 92.

79 Katkov, *Kornilov,* 97; Martynov, *Kornilov,* 110-111.

80 Pipes, *Russian Revolution,* 459-460; RGVIA, f. 162, *op.* 1, d. 4, 1. 53.

81 Rabinowitch, *Bolsheviks,* 132-144.

82 Ibíd., 144-50; *RPG,* 3: 1586-1589.

83 Denikin, *Ocherki,* 2: 86; Katkov, *Kornilov,* 130-134.

84 Trotsky, *My Life,* 331.

85 HLRO, 206, Stow Hill Papers, DS 2/2, caja 8, O. L. Kerenskaia, «Obryv-ki vospominanii», 8.

86 McCauley, ed., *The Russian Revolution,* 36-37.

87 Smith, *Red Petrograd,* 110-116, 160-167; Koenker, *Moscow Workers,* 194195, 198-200, 222-224.

88 Rosenberg, «Russian Municipal», 159-161.

89 Keep, *Russian Revolution,* 146.

90 Rabinowitch, *Bolsheviks,* 174-175; Trotsky, *History,* 804-806; Sujanov, *Russian,* 528.

91 Ziv, *Trotskii*, 69-74; Deutscher, *Prophet Armed,* 284-285; Lunacharsky, *Revolutionary,* 65.

92 Rabinowitch, *Bolsheviks*, 154-158.

93 Smith, *Red Petrograd,* capítulo 7; Koenker, *Moscow Workers,* 184-186, 320325; Koenker y Rosenberg, *Striikes*, 254-260, 280-286; *RPG,* 3: 1.640-1.652.

94 *Delo derevni,* 27 agosto 1917; Lutskii, «Krest'ianskoe», 49-78.

95 TsGANJ, f. 478, *op.* 1, d. 149-150; d. 202, 1. 7-8; Edwards, *Sonya,* 466.

96 Figes, *Peasant Russia*, 61-84.

97 Galili, *Menshevik*, 384; Radkey, *Agrarian,* 403 ss.; Raleigh, *Revolution,*

235237, 267-270.

98 Lenin, *PSS,* 32: 433-434; 33: 5-120; 34: 10-17.

99 Ibíd., 34: 133-139.

100 *RPG,* 3: 1.684-1.691, 1.714-1.721; Trotsky, *History,* 916-917.

101 Haimson, ed., *Maeing,* 18; Galili, *Menshevik,* 302, 327-328, 336-337.

102 Trotsky, *History,* 1.156; Gorky, *Lenin,* 46.

103 Lenin, *PSS,* 34: 239-241.

104 Ibíd., 34: 214-228, 242-247, 272-283.

105 Sujanov, *Russian,* 556; Rabinowitch, *Bolsheviks,* 202; RTsJIDNI, f. 17, *op.* 1, d. 33.

11 La revolución de Lenin

1 Sujanov, *Russian,* 498-499; Reed, *Ten Days,* 54-55, 87.

2 Rabinowitch, *Bolsheviks,* 209-216, 219; Lenin, *PSS,* 34: 264-268.

3 RTsJIDNI, f. 17, *op.* 1, d. 34, 1. 1-15.

4 Ibíd., 1. 16-17; *NZh,* 18 oct. 1917; Lenin, *PSS,* 34: 423-427.

5 Rabinowitch, *Bolsheviks,* 215.

6 *Russkaia revoliutsiia glazami Petrogradskogo chinovnika,* 15 oct. 1917; PRO,

War Office, 158/964: 6; FO 371, 2997, N 142922, 126; Reisner, *Izbrannye,* 489490; CUL, Hardinge Papers, 35: 27; HLRO, 206: Stow Hill Papers, DS 2/2, caja N 18: 15-16; Ferro, *October,* 285; Gippius, *Siniaia,* 175, 187.

7 PRO, FO 371, 3016, N 205925: 542-545; N 210021: 582; N 208373: 577-578; 3017 N 209501: 10-11; N 208214: 567-570; N 210844: 572-573; Nabokov, *Ispytaniia,* 97, 99-100, 102, 139-140.

8 Gippius, *Siniaia,* 210; RGVIA, f. 162, *op.* 1, d. 18.

9 Nabokov, «Provisional Government», 78.

10 Rabinowitch, *Bolshevik,* 253-254.

11 TsGASP, f. 131, *op.* 1, d. 8, 1.6; f. 54, op. 1, d. 2, 1.48; f. 148, op. 1, d. 24, 1. 1; Startsev, «Voenno-revoliutsionnyi komitet», 134; Ignat'ev, «V noch», 314.

12 Melgunov, *Bolshevik,* 81.

13 Rabinowitch, *Bolsheviks,* 272; *Izvestiia TsK KPSS,* 1.989, 1: 226.

14 Rabinowitch, *Bolsheviks,* 274-281; Lenin, *PSS,* 35: 1.

15 Kostiukov, «Kak my opozdali», 32-37; *Oktiabr'skoe,* 2: 346; Rabinowitch, *Bolsheviks,* 282; Trotsky, *History,* 1.108-1.109; Blagonravov, «Fortress», 206.

16 Rabinowitch, *Bolsheviks,* 290-291.

17 GARF, f. 543, *op.* 1, d. 1, 1.24-25; Sujanov, *Russian,* 617-618; Melgunov, *Bolshevik*, 58-61.

18 GARF, f. 3.348, *op.* 1, d. 149, 1. 2; Melgunov, *Bolshevik,* 68-70; Pal'-chinskii, «Poslednye chasy», 137; Reed, *Ten Days,* 92-93.

19 Sinegub, «Zashchita», 152; Melgunov, *Bolshevik,* 76; GARF, f. 3.348, *op.* 1, d. 149, 1.3.

20 Reed, *Ten Days,* 106-107, 110-111.

21 Maliantovich, «V zimnem», 120-121; Reed, Ten Days, 112; Melgunov, *Bolshevik,* 80; Buchanan, *My Mission,* 2: 208.

22 Reed, *Ten Days,* 98-99; Sujanov, *Russian,* 616, 635 y pássim, *Oktiabr'skoe,* 2: 353; Pipes, *Russian Revolution,* 498.

23 *Vtoroi vserossiiskii* s'ezd, 2-4, 33-35.

24 Citado en Rabinowitch, *Bolsheviks,* 294.

25 *Vtoroi vserossiiskii s'ezd,* 43-44; Getzler, *Martov,* 163.

26 *Vtoroi vserossiiskii s'ezd,* 43-44; Rabinowitch, *Bolsheviks,* 297.

27 GARF, f. 3.348, *op.* 1, d. 149, 1. 2-3; Melgunov, *Bolshevik,* 89-91; Rabi-nowitch, *Bolsheviks,* 299-301.

28 *Vtoroi vserossiiskii s'ezd,* 47-54; Reed, *Ten Days,* 113-116.

29 Trotsky, *History,* 1.140; Startsev, *Ocherki*, 195; Mawdsley, *Baltic Fleet,* 112-113.

30 Trotsky, *History,* 1.079; Korenev, «Chrezvychainaia», 29; Melgunov, *Bolshevik,* 67; Reed, *Ten Days,* 94-95, 106; Averbaj, «Revoliutsionnoe», 25-26.

31 TsGASP, f. 131, *op.* 1, d. 7, 11. 2, 7, 13, 24; d. 8, 11. 6, 17, 22, 54, 57, 59.

32 GARF, f.1.236, *op.* 1, d.1, 1.70, 81, 83-85, 119, 136, 147, 154, 157; d.12, 1.14, 153-154; d. 13, 1. 56; d. 37, 1. 6; d. 39, 11. 5, 20, 28; f. 1.791, *op.* 2, d. 594, 596; TsGASP, f. 131, *op.* 1, d. 8, 1. 54; Bonch-Bruevich, «Strashnoe», 180-192; Korolenko, «Iz dnevnikov», 378-380.

33 *NZh*, 2 enero 1918.

34 *NZh,* 18 octubre 1917.

35 GARF, f. 1.236, *op.* 1, d. 1, 11. 28, 53-54, 58, 62; d. 12, 1. 77; Koenker, *Moscow Workers,* 345; Mandel, *Petrograd Workers,* 328-332; *Znamia truda,* 2 noviembre 1917.

36 RGVIA, f. 162, *op.* 1, d. 18.

37 RTsJIDNI, f 17, *op.* 1, d. 39.

38 Bone, ed., *Bolsheviks,* 136-142; Trotsky, *Stalinskaia shkola,* 123.

39 Clements, *Bolshevik Feminist,* 124-126; Bunyan y Fisher, eds., *Bolshevik,* 226; Iroshnikov, *Sozdanie,* 161-167.

40 Bunyan y Fisher, eds., *Bolshevik,* 323.

41 Melgunov, *Bolshevik:* 127-128, 170, 180-181; «Pis'ma moi», 2: 43.

42 *NZh*, 7 nov. 1917.

43 Liubovitch, «Kak», 65-69; Rigby, *Lenin's,* 45-51, 62-63.

44 Rigby, *Lenin's,* 14-19, 30 ss.; Bunyan y Fisher, eds., *Bolshevik,* 185-186; Liberman, *Building,* 13.

45 *The Debate on Soviet Power,* 68-89, 140-142, 200-201.

46 GARF, f. 1.236, *op.* 1, d. 1, 11.59, 102, 104, 107-108; Sorokin, *Leaves,* 105-106.

47 Radkey, *Election,* apéndice; Radkey, *Sickle,* 248-249, 281-306.

48 *The Debate on Soviet Power,* 147.

49 Bunyan y Fisher, eds., *Bolshevik,* 356-362; Dolgorukov, *Velikaia,* 57ss.; *NZh,* 6 diciembre 1917; *The Debate on Soviet Power,* 174, 177.

50 Gippius, *Peterburgskie dnevniki,* 365.

51 Leggett, *Cheka,* 17.

52 AG, Pg-R1, 30-19-616 (publicado aquí por primera vez).

53 *The Debate on Soviet Power,* 154.

54 Lenin, *PSS* 35: 162-166, 221-223; *Nash vek,* 6 enero 1918.

55 Bunyan y Fisher, eds., *Bolshevik,* 369-370; *NZh,* 9 y 11 enero 1918.

56 Sorokin, *Leaves,* 125; Sokolov, «Zashchita», 67; Roobol, *Tsereteli,* 180-181, Bonch-Bruevich, *Na boevyj,* 250.

57 *Vserossiiskoe uchreditel'noe,* 110-111.

58 Sokolov, *White Nights,* 210.

59 Sokolov, «Zashchita», 24, 26, 32-33.

60 AG, Pg-Rl, 30-19-617 (publicado aquí por primera vez).

61 Al respecto, véase mi próximo artículo, «The Russian Revolution of 1917 and Its Language in the Village», *Russian Review.*

62 Figes, *Peasant Russia,* 68; Sokolov, «Zashchita», 16.

63 Denikin, *Ocherki,* 2: 147-148; *Izvestiia vserossiiskogo soveta krest'ianskij depu-tatov,* 28 mayo 1917; *Pravda,* 1 enero 1919.

64 Kolonitskii, «Antibourgeois», 190; Nazhivin, *Zapiski,* 15, 28; GARF, f.

551, *op.* 1, d. 108, 1. 2.

65 Kolonitskii, «Antibourgeois», 184-185, 191; Libknecht, *Pauki,* 4; TCL, Colección Margoulis, «Protokoly fabzavkoma», 8.

66 Lenin, *PSS,* 35: 204.

67 Ibíd., 327; *NZh,* 16 marzo 1918.

68 Stites, *Revolutionary Dreams,* 127; GARF, f. 1.236, *op.* 1, d. 1, 1. 47, 67; Krasnov, «Iz vospominanii», 162-165; Melgunov, *Red Terror,* 113 ss.; Obolenskii, «Krym», 216.

69 Bunyan y Fisher, eds., *Bolshevik,* 324; Meshcherskaya, «Trudovoe», 205-206.

70 GARF, f. 393, *op.* 2, d. 59, 1. 35-38.

71 Clements, *Bolshevik Feminist,* 131-133; Bunyan y Fisher, eds., *Bolshevik,* 587; GARF, f. 130, *op.* 2, d. 155, 1. 22; d. 167, 1.3.

72 Gor'ky, *Polnoe sobranie sochinenii,* 17: 212; Lenin, *PSS,* 35: 203; Trotsky, *Sochineniia,* 17, 1: 290-291.

73 Arbenina (Meyendorff), *Through Terror,* 102; Pozner, *Dela,* 26-27; RGVIA, f. 162, *op.* 1, d. 18; Wrangel, *From Serfdom,* 301-304.

74 Nazhivin, *Zapiski,* 14.

75 Figes, *Peasant Russia,* 101 ss., 132-135; Channon, «Tsarist Landowners», 584; Rudnev, *Pri vechernyj,* 112-129.

76 GARF, f. 4.390, op.14, d. 80, 1.8-10.

77 *NZh,* 19 noviembre 1917.

78 GARF, f. 1.791, *op.* 2, d. 629, 1. 18; Karich», «O narodnom», 23-32; GARF, f. a-353, *op.* 3, d. 59, 60, 91, 95, 99, 108; Bunyan y Fisher, eds., *Bolshevik,* 289291; *Narodnoe pravo,* 3-4, 1918: 209-210; Speranskii, «Narodnoe», 25-30.

79 Lenin, *PSS,* 35: 357-358. Pruebas recientemente descubiertas sugieren que Trotsky escribió el decreto (véase *Moscow News,* noviembre 1991).

80 *Izvestiia,* 23 agosto 1918.

81 *Materialy narodnogo kommissariata iustitsii,* 1: 29.

82 Melgunov, *Red Terror,* 22-23.

83 *NZk,* 17 enero 1918; Steinberg, *In the Workshop,* 145.

84 Reed, *Ten Days,* 133.

85 Trotsky, *My Life,* 355; Reed, *Ten Days,* 132; Kennan, *Russia Leaves the War,* 75-76.

86 Fokke, «Na stene», 15-17, 36-38.

87 Trotsky, *My Life,* 378; Deutscher, *Prophet Armed,* 366.

88 RTsJIDNI, f. 17, *op.* 1, d. 405, 1. 1-13.

89 Fokke, «Na stene», 207.

90 RTsJIDNI, f. 17, *op.* 1, d. 409.

91 Hoffman, *War Diaries,* 1: 206-207.

92 RTsJIDNI, f. 17, *op.* 1, d. 410, 1.3-17.

93 Trotsky, *My Life,* 406.

94 RTsJIDNI, f. 17, *op.* 1, d. 412, 1. 9; Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk,* 258-262.

95 Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk,* 269.

96 *Istochnik,* I, 1994: 26; RGVIA, f. 162, *op.* 1, d. 5, 1. 136.

97 RTsJIDNI, f. 4, *op.* 2, d. 3734, 1. 1-2.

98 Trotsky, *My Life,* 366-369.

12 Los últimos sueños del antiguo mundo

1 Bulgakov, *White Guard,* 51-52.

2 Ibíd., 54.

3 Gul', *Ledianoi pojod,* 8-10.

4 Kenez, *First Year,* 41-42, 55-64.

5 Trotsky, *HRA,* 2: 287-288; *Hasek, Red Commissar,* 23.

6 Denikin, *Ocherki,* 2, 1: 94-100; Bogaevskii, *Vospominaniia,* 23-27; Suvo-rin, *Za rodinoi,* 15.

7 Gul', *Ledianoi pojod,* 15; Tsvetaeva, *Selected Poems,* 62.

8 Bechhofer, *In Denikin's Russia,* 78; *Moscow News,* 16 abril 1922; Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime,* 14.

9 Grondijs, *La Guerre,* 262-266; RGVLA, f. 162, op. 1, d. 18. Meinecke's dictum from Faulenbach, ed., *Geschichtswissenschaft,* 69.

10 Kenez, *First Year,* 100-101.

11 Gul', *Ledianoi pojod,* 16-17; Nesterovich-Berg, *V bor'be s bol'shevikami,* 97.

12 Holquist, «Russian Vendée», 131 ss.; Kenez, *First Year,* 89-92; Medvedev y Starikov, *Mironov,* 45; Suvorin, *Za rolinoi,* 21, 29-30.

13 Denikin, *Ocherki,* 2, 1: 224; Lukomskii, *Vospominaniia,* 1, 156-164.

14 Wrangel, *Memoirs,* 185; Denikin, *Ocherki,* 2, 1: 237; Gul', *Ledianoi pojod,* 65-69, 72-74, 145-147.

15 Kenez, *First Year,* 103-113; Denikin, *Ocherki,* 2, 1: 295.

16 Denikin, *Ocherki,* 2, 1: 298.

17 Holquist, «Russian Vendée», 211-226; Kenez, *First Year,* 119-127.

18 Kenez, *First Year,* 141.

19 Ibíd., 169-171; Skobtsev, *Tri goda*, 144.

20 Denikin, *Staraia,* 2: 89; *Ocherki,* 3: 128.

21 Kenez, *Defeat,* 55-58, 80-84.

22 Sokolov, *Pravlenie,* 93-115; Denikin, *Ocherki,* 4: 233; Dolgorukov, *Velikaia*, 129-130.

23 Kenez, *Defeat,* 112-120.

24 Denikin, *Ocherki* 3: 61; Krasnov, «Vsevelikoe», 223-227, 232-235; Kenez, *First Year,* 166-175.

25 Denikin, *Ocherki*, 4: 221-224; Sokolov, *Pravlenie*, 187-188, 286-287; Pokrovskii, *Denikinshchina*, 173-175; Kin, *Denikinshchina,* 82, 89, 95-109.

26 Kenez, *Defeat,* 60-62; Lehovich, *White,* 331; Denikin, *Ocherki,* 4: 218.

27 Maiskii, *Demokraticheskaia,* 46.

28 *Jronika grazhdanskoi voiny v Sibiri,* 168.

29 Figes, *Peasant Russia*, 163-164.

30 Maiskii, *Demokraticheskaia,* 72-74, 84, 178-180.

31 Ibíd., 84-88, 92-93, 126-131, 144-146.

32 Figes, *Peasant Russia,* 167-172.

33 Ibíd., 175-178.

34 *Krasnaia byl'* 3: 53; *Vestnik komiteta uchrelitel'nogo sobraniia*, 23 agosto 1918.

35 Mel'gunov, *Tragediia,* 1: 99; Petrov, *Ot Volgi*, 50; Figes, *Peasant Russia,* 179.

36 Figes, *Peasant Russia*, 178-182.

37 GARF, f. 5.975, *op.* 1, d. 13, 1.9.

38 Maiskii, *Demokraticheskaia,* 141-142; Melgunov, *Tragediia,* 1: 206.

39 Gins, *Sibir',* 1, 1: 259; Churchill, *Aftermath,* 97.

40 Budberg, *«Dnevnik»,* 15: 331-332.

41 Varneck y Fisher, eds., *Testimony,* 173.

13 La revolución va a la guerra

1 RGVA, f. 37.976, *op.* 9, d. 4.218; Os'kin, *Zapiski voenkoma,* 5-7.

2 Trotsky, *HRA,* 1: 5; Figes, «Red Army», 174-175.

3 Kavtaradze, *Voennye,* 175-178; Hagen, *Soldiers,* 23-26.

4 *Trotsky Papers,* 1: 149; Trotsky, *HRA,* 1: 196.

5 Benvenutti, *Bolsheviks,* 66-68, 70, 76; Os'kin, *Zapiski voenkoma,* 118-119.

6 *Pravda,* 29 noviembre y 25 diciembre 1918.

7 Trotsky, *HRA* 1: 199-210, 220-226.

8 Benvenutti, *Bolsheviks,* 92-108.

9 Figes, «Red Army», 176-177; Os'kin, *Zapiski voenkoma,* 147.

10 Figes, «Red Army», 177-179.

11 Ibíd., 199-202.

12 GARF, f. 130, *op.* 2, d. 120, 1. 45, 54; d. 277, 1. 175-186; Os'kin, Zapi-*ski voenkorna,* 113.

13 Figes, «Red Army», 182-186.

14 Trotsky Papers, 1: 797; Figes, «Red Army», 183-184.

15 White, *Growth of the Red Army,* 118; Figes, *Peasant Russia,* 293; Trotsky, *HRA,* 1: 13.

16 Trotsky, *HRA,* 2: 109, 298; Figes, «Red Army», 193.

17 Figes, «Red Army», 195-198.

18 Ibíd., 198-206; Os'kin, *Zapiski voenkoma,* 147-150; RGVIA, f. 7, *op.* 2, d. 483, 1. 2; Brovkin, *Behind,* 145-155; *Antonovshchina,* 45-46.

19 Wildman, *End,* 1: 101.

20 GARF, f. 2.314, *op.* 9, d. 2, 1. 15-16.

21 Elkina, «Likvidatsiia», 52-56.

22 Mayakovsky, *Polnoe sobranie sochinenii,* 2: 92-95.

23 GARF, f. 2.313, *op.* 3, d. 26, 1.27.

24 Goldman, *My Disillusionment,* 8-9.

25 AG, Pg-R1, 30-19-619 (publicado aquí por primera vez).

26 GARF, f. 539, *op.* 1, d. 3190, 1.24, 29-30, 35-6; *Izvestiiagosudarstvennogo kontrolia,* 5, 1919: 20; *NZh,* 1 junio 1918; Pozner, *Dela,* 41; GARF, f. 551, *op.* 1, d. 20, 1.19.

27 GARF, f. 539, *op.* 1, d. 3.190, 1. 18; Pozner, *Dela,* 42; Sorokin, *Leaves,* 209, 217-218; Berkman, *Bolshevik Myth,* 266.

28 Sorokin, *Leaves,* 219-220; *Materialy po statistike Petrogradoa,* 1, 1920: 10; McAuley, *Bread,* 276-278.

29 *NZh,* 1 junio 1918; Babine, *Diary,* 33; Strumilin, *Zarabotnaia plata,* 5, 17-18; Strumilin, «Prozhitochnoi», 4-8; Strumilin, «Biudzhet», 1-5; McAuley, *Bread,* 280; Stites, *Women's,* 372; Goldman, *My Disillusionment,* 11.

30 Harrison, *Marooned,* 99; GARF, f. 5.692, *op.* 1, d. 101, 1.23.

31 *NZh,* 21 mayo, 1 junio 1918; Levin, *Stormy,* 203; Wolfe, *Bridge,* 77-78, 88-92; Scherr, «Notes», 260-261; Rozhdestvenskii, *Stranitsy,* 264; Fizpatrick, *Commissariat,* 132-133.

32 Jodasevich, *Nekropol;* 231-232; Berberova, *Italics,* 169-170; Romanov, *V. mramornom,* 357-358.

33 Levin, *Stormy,* 206, 210.

34 GARF, f. 5.469, *op.* 2, d. 50, 1. 116; Figes, *Peasant Russia,* 255-257.

35 *Kooperativnaya mysl'* (Saratov), núm. 4 (35), 19 enero 1919; Figes, *Peasant Russia,* 284-295.

36 GARF, f. 130, *op.* 2, d. 441, 1. 35; TsGALI, f. 66, *op.* 1, d. 913, 1.9.

37 Serge, *L'an* 1, 119; McAuley, *Bread,* 89.

38 Edwards, *Sonya,* 447-450; GARF, f. 5.972, *op.* 1, d. 101, 1.29; Schweit-zer, *Tsvetaeva,* 162-163; Meshchershia, «Trudovoe kreshchenie».

39 Isaev, *Bezrabotitsa,* 6; Kleinborg, *Istoriia,* 285; McAuley, *Bread,* 88-89, 188; Rabinowitch, «Bol'sheviki», 124-125; *Odinnadtsatyi s'ezd RKP (b),* 103-104.

40 Koenker, «Deurbanization», 90-95; Brower, «"City"», 62-63; Figes, *Peasant Russia,* 138-144; Okninskii, *Dva goda,* 176.

41 GARF, f. 130, *op.* 3, d. 443, 1. 35, 36, 55, 93, 98.

42 Chase, *Workers,* 19-20; Brower, «City», 72-73; 24; GARF, f. 5.451, *op.* 3, d. 475.

43 TsGANJ, f. 1.943, *op.* 4, d. 116, 1.17; GARF, f. 5.451, *op.* 4, d. 148, 1.

175; f. 3.429, *op.* 1, d. 305, 1. 141; *Izvesttia samarskogogubprodkomiteta,* 7-8, 1918: 22-23; Figes, *Peasant Russia,* 95-96; Vaisberg, *Den'gi i tseny,* 109-113.

44 Kabanov, *Oktiabr'skaia,* 210-211.

45 Trotsky, *HRA,* 1: 85.

46 Suny, *Baku,* 208.

47 GARF, f. 393, *op.* 11, d. 199, 1.60.

48 Figes, *Peasant Russia,* 66-67, 81-83, 188.

49 Lenin, *PSS,* 37: 40-41.

50 GARF, f. 130, *op.* 2, d. 442; d. 443, 11. 22, 38, 52, 75, 122.

51 TsGANJ, f. 1.943, *op.* 1, d. 448, 1.70; *op.* 6, d 376, 1. 85; GARF, f. 4.390, 0p. 2, d. 327, 1. 38; f. 130, *op.* 2, d. 443, 1.53; GAVO, f. 503, op. l, d. 49, l. 24.

52 GAKO, f. 7, op. 1, d. 535, l.23.

53 *Protolroly zasedanii,* 294.

54 Figes, *Peasant Russia*, 188-199.

55 Aver'ev, ed., *Komitety,* 1: 21-22; GARF, f. 393, *op.* 3, d. 336, 1.285.

56 GARF, f. 130, *op.* 2, d. 277, 1. 177.

57 *Lenskii sbornik,* 18: 144, 206.

58 Figes, *Peasant Russia*, 249-261.

59 Harrison, *Marooned*, 150-157; Banerji, «Commissars», 271.

60 Trotsky, *Sochineniia*, 12: 136-137.

61 AG, Pg-R1, 30-19-621; McAuley, *Bread,* 280.

62 Para el punto de vista de que los obreros apoyaron conscientemente a los partidos de la oposición, Brovkin, «The Mensheviks' Political Comeback». Para el punto de vista opuesto (y generalmente más persuasivo) de que el movimiento de protesta de los trabajadores no estaba politizado en términos partidistas, Rosenberg, «Russian Labor».

63 GARF, f. 130, *op.* 2, d. 616, 1. 2; Rabinowitch, «Bol'sheviki», 126-127.

64 Lenin, *PSS,* 36: 175-184.

65 Malle, *Economic,* capítulo 2.

66 Gorky, *«Pis'ma k E. P. Peshkovoi»,* 199.

67 *O Lenine,* 54.

68 *Pravda,* 1 septiembre 1918; Tumarkin, *Lenin Lives!,* 82-90.

69 Tumarkin, *Lenin Lives!,* 83-85, 91-95; Seifullina, «Muzhitskii».

70 *Proletarskaia Revoliutsiia,* 6-7, 1923: 284; Lockhart, *Memoirs,* 320; Balaba-noff *My Life as a Rebel,* 209.

71 *Krasnaiagazeta,* 1 septiembre de 1918; *Izvestiia,* 3 septiembre 1918; *Ezhe-nedel'nik chrezvychainyj komissii,* I, 1918: 11.

72 Trotsky, *O Lenine*, 101; Ferro, *October,* 265.

73 Leggett, *Cheka,* 30-34.

74 Latsis, *Chrezvychainye,* 8.

75 Melgunov, *Red Terror,* 27-28; Peters, «Vospominaniia», 9.

76 GARF, f. 1.236, *op.* 1, d. 5; Polner, *Zhiznennyi,* 262; *Moscow News,* 14-21 junio 1992.

77 *Piatyi vserossiiski s'ezd,* 5-37; Rabinowitch, «Maria», 426-427; Leggett,

Che-ka, 72-76.

78 Hoover, Steinberg, «The Events ofJuly 1918», 22; Rabinowitch, «Maria», 429.

79 Benckendorff, *Last Days*, 88.

80 Kérensky, *Catastrophe,* 268-269.

81 Massie, *Nicholas,* 449.

82 Trotsky, *Dnevniki i Pis'ma,* 100-101.

83 Radzinsky, *Last Tsar,* 239.

84 Ibíd., 248.

85 GARF, f. 601, *op.* 2, d. 32, 1. 71; *Sovetkaia Rossiia,* 12 julio 1987.

86 Trotsky, *Dnevnilri i Pis'ma,* 100-101.

87 GARF, f. 130, *op.* 2, d. 653, 1. 12.

88 Radzinsky, *Last Tsar,* 313-315.

89 *Literaturnaia Rossiya,* 28 septiembre 1990.

90 Radzinsky, *Last Tsar,* capítulo 15; Steinberg y Jrustalev, *Fall,* 357-360.

91 Para la historia de los huesos, Massie, *Romanovs.*

92 Miliutin, «Stranitsy iz dnevnika», 10.

93 *Izvestiia*, 19 julio 1918; Lockhart, *Memoirs,* 304; GARF, 1. 5.972, *op.* 1, d. 22b, 1. 365; Sokolov, *Ubiistvo.*

94 Carr, *Bolshevik,* 1: 174; Radzinsky, *Last Tsar,* 278; Radek, *Portrety,* 1: 50.

95 *Cheka,* 47, 90-91, 158-163; *Pamiat'* 4: 379.

96 Peshejonov, «Pered», 205; GARF, f. 130, *op.* 2, d. 67, 1. 525, 546.

97 Peshejonov, «Pered», 205-206.

98 GARF, f. 130, *op.* 2, d. 67, 1. 20.

99 Ibíd., 1.263 ss.

100 Ibíd., f. 5.972, *op.* 3, d. 121, 1. 2; d. 350; RGVIA, f. 162, *op.* 1, d. 18, 1. 42-43.

101 *Izvestiiagosudarstvennogo kontrolia*, I, 1919: 16-17; Dan, *Dvagoda skitanii*, 126-133.

102 Melgunov, *Red Terror*, 162-200; Steinberg, *In the Workshop,* 145.

103 Gul', «Byloe».

104 GARF, f. 130, *op.* 2, d. 751, 1. 151; f. 1. 129, *op.* 2, d. 105, 1. 16-17; Bunyan, *Intervention,* 253-257.

105 AG, Pg-R1, 16-40-1; Pg-R1, 13-51-2.

106 GARF, f. 4.390, *op.* 14, d. 133.

107 Lenin, *PSS,* 51: 47-48.

14 El nuevo régimen triunfante

1 GARF, f. 6.028, *op.* 1, d. 20, 1. 9-10; *Istochnik*, I, 1994: 24.

2 Polner, *Zhiznennyi*, 259-265; *Rus'*, 19 marzo 1925.

3 Fleming, *Fate*, 92-94, 105-106.

4 GARF, f. 6.028, *op.* 1, d. 10, 1. 5.

5 Ibíd., d. 20, 1. 8; Polner, *Zhiznennyi'*, 272.

6 GARF, f. 6.028, *op.* 1, d. 17; *Grazhdanskaia voina*, 229.

7 Kiriukhin, *Iz dnevnika*, 71-72.

8 Figes, *Peasant Russia*, 324-333.

9 Ibíd., 313-314; Lincoln, *Red*, 261-265; Fleming, *Fate*, 139.

10 Budberg, «Dnevnik», 15: 281, 290, 326.

11 Graves, *America's*, 200; Budberg, «Dnevnik», 14: 225.

12 Fleming, *Fate*, 136; Budberg, «Dnevnik», 14: 262.

13 Gins, *Sibir'*, 2, 2: 151-157.

14 Graves, *America's*, 147, 153-155, 160-161.

15 Mel'gunov, *Tragediia*, 3, 1: 167-168; Maksakov, ed., *Partizanskoe*, 1: 129-143.

16 GARF, f 1.805, *op.* 1, d. 12; Maksakov, ed., *Partizanskoe*, 1: 145-172, 289.

17 Fleming, *Fate*, 157.

18 GARF, f. 439, *op.* 1, d. 108, 1.58; Medvedev y Starikov, *Philip Mironov*, 110-115; Brovkin, *Behind*, 101-106; Holquist «Russian Vendée», capítulo 5.

19 Kenez, *Defeat*, 27-34; Malet, *Majno*, 30-32; Wrangel, *Memoirs*, 88.

20 Kenez, *Defeat*, 20-21; Mawdsley, *Russian*, 170; *Trotsky Papers*, 2: 650; Figes, «Red Army», 182, 188.

21 Wrangel, *Memoirs*, 89.

22 Denikin, *Ocherki*, 5: 118.

23 *Revvoensovet respubliki*, 177; Stankevich, *Vospominaniia*, 149; Soloman, *Sre-di krasnyj vozhdei*, 214-218; *Istochnik*, I, 1.994: 3.

24 Kin, *Denikinshchina*, 115-116, 142-146; Friedgutt, *Iuzovka*, 2: 373.

25 Denikin, *Ocherki*, 4: 86-88.

26 Rakovskii, *V stane belyj*, 25, 38; Lehovich, *White*, 324-325; Denikin,

Ocher-ki, 4: 93-94; Sokolov, *Pravlenie*, 192-194; GARF, f. 439, *op*. 1, d. 108, 1. 59.

27 Trotsky, *My Life*, 473.

28 GARF, f. 130, *op*. 3, d. 363; Brovkin, *Behind*, 73-77, 167-168; Os'kin, *Zapiski voenkoma*, 179; *Revvoensovet respubliki*, 180; Hoover, Colección Martov, «Oborona revoliotsii i sotsial-demokrariia», 3.

29 *Revvoensovet respubliki*, 177; Os'kin, *Zapiski voenkoma*, 187, 202-203.

30 GARF, f. 130, *op*. 3, d. 198, Danilov, «Pereraspredelenie», 284-287; Figes, «Red Army», 206-209.

31 Egorov, *Razgrom*, 144; Os'kin, *Zapiski voenkoma*, 233.

32 Trotsky, *HRA*, 3: 412-414.

33 Ruhl, *New Masters*, 109; Mannerheim, *Memoirs*, 221.

34 Trotsky, *My Life*, 440-448, 473-474; Serge, *Memoirs*, 93; *Trotsky Papers*, 1: 718-719.

35 McAuley, *Bread*, 255; Serge, *Memoirs*, 91-93

36 Os'kin, *Zapiski voenkoma*, 237; *Vospominaniia V. I. Lenine*, 2: 262.

37 Bechhdeer, *In Denikin's Russia*, 121; Sokolov, *Pravlenie*, 191.

38 Bechhdeer, *In Denikin's Russia*, 101.

39 Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime*, 99-114; Maslov, *Rossiia*, 2: 37.

40 Knei-Paz, *Trotsky*, 546; Shulguin, *1920 god*, 28.

41 GARF, f. 6.764, *op*. 1, d. 775, l. 19.

42 Ibíd., 1.20-23; Poliak, «Zhutkie dni», 17-36; Shejtman, *Pogromy*, 368.

43 Maleev, *Tridtsat' dnei;* GARF, f. 6.764, *op*. 1, d. 775.

44 GARF, f. 6.764, *op*. 1, d. 775, l.3-4.

45 Sokolov, *Pravlenie*, 253; Miliukov, *Russia Today and Tomorrow*, 230.

46 Véase, por ejemplo, Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, 9-14.

47 Babel, 1920 *Diary*, 7.

48 Wrangel, *Memoirs*, 185.

49 BA, Colección Bajmeteff, caja 5.

50 GARF, f. 4.390, op. 13, d. 38.

51 Fischer, *Lenin*, 121.

52 GARF, f. 551, *op*. 1, d. 20, 21, 27, 29, 39; Pascal, *En Communisme*, 93-96.

53 GARF, f. 551, *op*. 1, d. 59.

54 RGVA, f. 33.987, *op*. 3, d. 46, 1.142-143; GARF, f. 4.085, *op*. 1, d. 14; 1. 130, *op*. 2, d. 71, 1.332; f. 4.390, *op*. 2, d 327; *op*. 4, d. 109; *Deviataia konferent-siia RKP(b)*, 168; Harrison, *Marooned*, 124.

55 Bonch-Bruevich, *Na boevyjpostaj,* 115.

56 Rigby, *Lenin's Government,* 176-178, 184-185; Service, *Bolshevik,* 120-122; Zelnik, «Fate», 26-27.

57 Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime,* 446; Sakwa, *Soviet Communists,* 4953, 191-193; Lenin, *PSS,* 52: 65.

58 GARF, f. 5.469, *op.* 2, d. 50, 1.81.

59 *Structura i sostav organov,* 68; Goldman, *My Disillusionment,* 54.

60 Solomon, *Sredi,* 222-227; Orlovsky, «State», 185-192; *Struktura i sostav organov,* 79.

61 Figes, *Peasant Russia,* capítulo 5.2.

62 Adelman, «Development», 93; Rigby, *Political Elites,* 49; Rapoporta, «Poltora goda», 103.

63 Kitaev, «Stroitel'stvo», 104.

64 Rigby, *Political Elites,* 28-29; Dukes, *Red Dusk,* 23.

65 Sakwa, *Soviet Communists,* 154; GARF, f. 539, *op.* 1, d. 3.190, l. 53.

66 Rigby, *Political Elites,* 47-61.

67 Adelman, «Development», 93, 96-98.

68 GARF, f. 4.085, *op.* 1a, d. 139, l. 30.

69 AG, Pg-R1, 30-19-630; Sorokin, *Sovremennoe,* 52; GARF, f. 130, *op.* 3, d. 158, 1.414; *Petrogradskia pravda,* 19 enero 1919.

70 RGVIA, f. 162, *op.* 2, d. 18.

71 GARF, f. 130, *op.* 4, d. 245, 1. 397-398; RGVA, f. 33.987, *op.* 3, d. 46, 1. 143.

72 Arbatov, «Ekaterinoslav», 113; GARF, f. 5.972 *op.* 1, d.101; *op.* 3, d. 170, 1.3-4; RGVA, f. 33.987, *op.* 1, d. 278; RGVIA, f. 162, *op.* 2, d. 18.

73 BA, Colección de manuscritos Brusilov, «Gazeta "Dni"», 42; RGVIA, f. 162, *op.* 2, d. 18; Grondijs, *La Guerre,* 265.

74 GARF, f. 5.972, *op.* 1, d 226, 1.208-10.

75 RGVIA, f. 162, *op.* 2, d. 18; RGVA, f. 33.988, *op.* 1, d. 267, 1. 1-2.

76 GARF, f. 5.972, *op.* 3, d. 170, 1. 1; Trotsky, *HRA,* 3: 158; *Pravda,* 11-12 mayo 1920.

77 GATO, f. 1.832, *op.* 1, d. 834, 1. 9; Stites, *Revolutionary* 95-96; Arbatov, «Ekaterinoslav», 113.

78 Agursky, *Third Rome,* 185 ss.; Burbank, *Intelligentsia,* 219-225; Ustrialov, *V bor'be,* 13; Gorky, *Perepiska A. M Gor'kogo s zarubezhnymi,* 67.

79 Davis, *White Eagle,* 187; Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime,* 182.

80 Kommunisticheskii internatsional', 1 mayo 1919; Zinoviev, *Sochineniia,* 15: 281; Carr, *Bolshevik,* 3: 180-181, 192.

81 *Istoricheskii arjiv,* I 1992: 12-30.

82 Ibíd., 16-17.

83 *Trotsky Papers,* 1: 623, 625; Agabekov, *OGPU,* 16.

84 Wells, *Russia in the Shadows,* 99; *Congress of Peoples of the East*, 34.

85 Lenin, *PSS*, 48: 163.

86 Bulgakov, *White Guard*, 266; Graziosi, «Piatakov», 121-124.

87 Ordzhonikidze, *Stat'i i rechi,* 1: 106-107; *Resolution and Decisions of the Com-munist Party,* 2: 102.

88 Majstrenko, *Borot'bism,* 191.

89 Krawchenko, *Social Change,* 55; Mace, *Communism,* 69.

90 Rorlich, *Volga Tatars,* 138.

91 Pipes, *Formation,* 182; Park, *Bolshevism in Turkestan,* 36.

92 Becker, *Russia's Proterctorates,* 299-301; Park, *Bolshevism in Turkestan,* 133134, 375.

93 Gokay, «Turkish»; Swietochowski, *Russian Azerbaidzhan,* 147ss.

94 PRO, FO 371/3404.

95 Hovannisen, *Republic*, 2: 249-250, 291.

96 Suny, *Making,* 192-199, 205-206.

97 Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime*, 164.

98 Suny, *Making,* 210; Lenin, *PSS,* 42: 367; 43: 199; Jones, «Establishment», 623-628.

99 Wrangel, *Memoirs,* 171-175.

100 Miliukov, *Russia Today and Tomorrow*, 181; Obolenskii, «Krym», 27, 31-32, 35, 41-42; Rakovskii, *Konets,* 84-85, 147-150.

101 Wrangel, *Memoirs,* 175, 191; Obolenskii, «Krym», 11-15, 30-32; Miliukov, *Russia Today and Tomorrow,* 178-179; Gukovskii, ed., «Agrarnaia», 52-53, 69-72.

102 Valentinov, «Krymskaia», 15-16.

103 Kalinin, *Pod znamenem,* 104; Rakovskii, *Konets,* 9, 158.

104 Wrangel, *Memoirs,* 274-275; Obolenskii, «Krym», 17; Rakovskii, *Konets*, 82-84.

105 Valentinov, «Krymskaia», 85-86; Bechhofer, *In Denikin's,* capítulo 7; Kenez, *Defeat,* 306-308.

106 RGVIA, f. 162, *op.* 2, d. 18.

15 Derrota en la victoria

1 Os'kin, *Joziaistvennaia,* 16-20, 24; TsGANJ, f 3.429, *op.* 1, d. 1.527, 1. 16, 190.

2 TsGANJ, f. 3.429, *op.* 1, d. 1.487, 1.25; d. 11527, 1.5; f. 1884, *op.* 28, d. 1; *Doklad ot narodnogo komissara putei soobshcheniia,* 5-9; *Narodnyi komissariat putei soobshcheniia,* 6; Rosenberg, «Social Background», 364-367.

3 *Krasnoarmeets,* 16-20 feb. 1920, 8; *Tretii Vserossiiskii s'ezdpressional'nyj soiu-zov,* 1: 87-90, 97.

4 *Deviatyi s'ezd RKP(b),* 94, *NZh,* 11 noviembre 1917.

5 GARF, f. 5.451, *op.* 3, d. 336; *op.* 4, d.148, 289; f. 382, *op.* 4, d. 477; f. 130, *op.* 3, d. 363; TsGANJ, f. 1.637, *op.* 1, d. 359, 361; f. 3.429, *op.* 1, d. 857; Brovkin, *Behind,* capítulo 2.

6 *Dvagoda deiatel'nosti TsKpo snabzheniiu rabochij;* Malle, *Economic,* 123-135, 182-184.

7 Trotsky, *HRA,* 3: 47-52, 65-67; GAKO, f. 193, *op.* 2, d. 159, l. 102; Sti-tes, *Revolutionary,* 19-24; Os'kin, *Joziaistvennaia,* 78-79; Donskii, «Ot Moskvy», 208; GARF, f. 130, *op.* 5, dl. 1.037, 1. 19-20; *op.* 3, d. 104, 1.30, 68; TsGANJ, f. 3.429, *op.* 1, d. 1.527, 1. 1-6; d. 857, 1. 148; Bunyan, ed., *Origin,* 71-74.

8 Chase, «Voluntarism», 115; GARF, f. 539, *op.* 1, dl. 3.190, 1. 30.

9 Banerji, «Commissars», 264; Ransome, *Six Weeks,* 80-92; Malle, *Economic,* 153-185.

10 McAuley, *Bread,* 286-295; Sorokin, *Leaves,* 220; GARF, f. 539, *op.* 1, d. 3.190, 112-115.

11 Figes, *Peasant Russia,* 295-308; TsGANJ, f. 478, *op.* 3, dl. 1.157, 1. 58; *op.* 4, d. 69, 1. 60; Kabanov, *Krest'ianskoe,* 240-273.

12 GARF, f. 130, *op.* 3, d. 414; Brovkin, *Behind,* 287-299.

13 Rosenberg, «Social Background»; Schapiro, *Origin,* 256-292; Fitzpatrick, *Cultural Front*, 25-30; Sakwa, *Soviet,* 216-260.

14 Sokolov, *White Nights,* 67-72.

15 Burleigh, *Death,* 11.

16 Joravsky, *Russian Psychology,* 53-63, 207-213; Trotsky, *Sochineniia,* XXI:

110-112.

17 Stites, *Revolutionary,* 32-33; Bogdanov, *Red Star,* 60-77, 196.

18 Gorky, *Polnoe sobranie sochineniia*, 24: 18-19; AG, Pg-In.

19 Scherrer, «Écoles», 265; RTsJ1DNI, f. 17, *op.* 60, d. 43, 1. 19.; Read, *Culture,* 113-114

20 Mally, «Intellectuals»; Read, *Culture*, 89-90, 111-133; Fitzpatrick, *Commissariat*, 129-133; Stites, *Revolutionary,* 70-71; McClelland, «Utopianism», 411.

21 Micheison, «Wings», 61-69; Taylor, *Politics,* 36.

22 Stites, *Revolutionary,* 94-95, 136; Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime,* 305-308.

23 Bowlt, «Constructivism», 204; Stites, *Revolutionary,* 90.

24 Harrison, *Marooned,* 125-126; Chagall, *My Life,* 137; Pethybridge, *Social;* 149; Donskii, «Ot Moskvy», 199.

25 Clements, «Effects», 105.

26 Stites, *Women's*, 362, 377; Goldman, *Women,* 7; Farnsworth, «Village», 246; Fitzpatrick, «Sex», 268-269; Goldman, «Working-Class», 129-130, 134-139.

27 Bonch-Bruevich, *Vospominaniia*, 380; Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime,* 299.

28 Zenzinov, *Deserted*, 27; Fitzpatrick, *Commissariat*, 31-33, 67, 218; McClelland, «Utopianism», 119-124.

29 Stites, *Revolutionary,* 146-157; Toller, *Which*, 114; Gastev, «O tendentsiiaj», 44-45; *ABC,* 75.

30 GARF, f. 130, *op.* 2, d. 153, 1. 12; d. 163, 1. 60; Stites, *Revolutionary,* 105109; *Moscow News,* 19-26 ago. 1990; Karpov, «Po volnam», 40-41; Hindus, *Red*, 275-276.

31 Stites, *Revolutionary,* 110; Tumarkin, *Lenin,* 71-72.

32 Stites, *Revolutionary,* 111-113; Kolonitskii, «Revolutionary Names», 211212, 223; Stites, *Women's,* 364.

33 Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime,* 347-349; Vasil'eva, «Russkaia», 4344; RTsJIDNI, f. 5, *op.* 2, d. 48, 1. 29, 81-82; *Izvestiia TsK,* 4, 1990, 190-193; *Moscow News,* 19-26 agosto 1990.

34 Agursky, *Third Rome,* 266-267; Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime,* 356; Yodfat, «Closure»; GARF, f. 353, *op.* 3, d. 755, 1. 125-131, 167-169, 201202, 237-239; Gitelman, *Century,* 118.

35 Figes, *Peasant Russia*, 147-150; GARF, f. 4.390, *op.* 12, d. 40, 1. 17, 24.

36 TsGALI, f. 552, *op.* 1, d. 3.827, 1. 49.

37 *Volia Rossii*, 18 enero 1921; Figes, *Peasant Russia*, 269-272.

38 GARF, f. 5.556, *op.* 1, d. 35a, 50; f. 130, *op.* 3, d. 414, 1. 7-8; *op.* 5, d. 712, 1.53; *Volia Rossii*, 22 marzo, 27 julio 1921; *Trotsky Papers*, 2: 386-387.

39 *Trotsky Papers*, 2: 492-495; RGVA, f. 7, *op.* 2, d. 483, 1. 8; f. 235, *op.* 5, d. 63, 1. 5, 6, 9, 10, 19-21, 25, 37, 38; d. 217, 1. 15; GATO, f. 1.832, *op.* 1, d. 631, 1. 16, 26, 84; *Antonovshchina*, 95-96, 150-159; Radkey, *Unknown*, 38, 139143, 192-196; Trifonov, *Klassy*, 37, 246; BA, Lidin Collection, «Antonovshchina», 6.

40 GATO, f. 1.832, *op.* 1, d. 834, 1. 9; GARF, f. 130, *op.* 3, d. 414, 1. 35, 61; Figes, *Peasant Russia*, 329, 349.

41 *Antonovshchina*, 198-210; Brovkin, *Behind*, 363-368; *Trotsky Papers*, 2: 4651; Figes, *Peasant Russia*, 326, 348-349.

42 *Trotsky Papers*, 2: 504-507; GARF, f. 130, *op.* 5, d. 712, 1.34; Trifonov, *Klassy*, 80, 111; *Krasnaia armiia*, 3-4, 1921, 35-39.

43 Figes, *Peasant Russia*, 329-331, 334, 339, 344; GARF, f. 130, *op.* 5, d. 712, 1.27; *Trotsky Papers*, 2: 404-405; *Volia Rossii*, 21 dic. 1920.

44 *Trotsky Papers*, 2: 480; Figes, *Peasant Russia*, 346-347, 351; Radkey, *Unknown*, 319-320; Gorky, *Russian*, 18; GARF, f. 130, *op.* 5, d. 712, 1. 23.

45 Lenin, *PSS*, 43: 18, 82.

46 *Pravda*, 22 ene. 1921; Dan, *Dva*, 104-105.

47 *New York Times*, 6 marzo 1921; Sakwa, *Soviet*, 244-245.

48 Brovkin, *Behind*, 391-394; Dan, *Dva*, 106; *Kronshtadtsitkii miatezh*, 26.

49 Sujanov, *Russian*, 446; Getzler, *Kronstadt*, 173-176, 209-211; Radkey, *Unknown*, 404; *Pravda o Kronshtadte*, 145.

50 *Pravda o Kronshtadte*, 46-47; Getzler, *Kronstadt*, 205-208, 218-219, 223-229.

51 *Volia Rossii*, 17 marzo 1921; Avrich, *Kronstadt*, 76-87; *Kronshtadtskii miatezh*, 146-147; Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime*, 382.

52 Avrich, *Kronstadt*, 151-154; Berkman, *Bolshevik*, 303.

53 *Pravda o Kronshtadte*, 82-84.

54 Balabanoff, *Impressions*, 97-98; Balabanoff, *Life*, 252; Lenin, *PSS*, 43: 41.

55 Carr, *Bolshevik*, 2: 280-286; Schapiro, *Origin*, 307, 309; *Antonovshchina*, 109-110, 307; RTsJIDNI, f. 17, *op.* 3, dl. 128, 1. 1.

56 *Desiaty s'ezd*, 403-415; Mikoian, *Mysli*, 156.

57 Avrich, *Kronstadt*, 46-51, 202-216; Sakwa, *Soviet*, 245-246; Sorokin, *Lea-*

ves, 268-269; Levin, *Stormy*, 210; RTsJIDNI, f. 76, *op*. 3, d. 167.

58 Berkman, *Bolshevik*, 303.

59 Esikov y Protasov, «Antonovshchina», 52; RGVA, f. 235, *op*. 2, dl 82, 1.40; *op*. 5, d. 133, 1. 70; f. 33.988, *op*. 2, d. 315, 1. 256; *Trotsky Papers*, 2: 537; *Volia Rossii*, 27 jul. 1921.

60 *Trotsky Papers*, 2: 482, 518, 529; *Volia Rossii*, 28 abril 1921.

61 Arbatov, «Batko», 112.

62 Schapiro, *Origin*, 205; Jansen, *Show*, 128.

63 *New Economic*, 58; Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime*, 369; Lenin, *PSS*, 43: 27, 329.

64 Lenin, *PSS*, 43: 25; 44: 163; 45: 82, 387-388.

65 Cohen, *Bujarin*, 138-41; Goldman, *My Further*, 23.

66 Barmine, *One*, 124-125; Goldman, *My Further*, 201-202; Ball, *Russia's*, 16.

16 Muertes y marchas

1 *Correspondence*, 26: 56.

2 Mawdsley, *Russian*, 285-287; Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime*, 508509; Fisher, *Famine*, 83; TsGALI, f. 552, *op*. 1, dl. 3.827, 1. 48; GARF, f. 130, *op*. 4, d. 245, 1. 174-180.

3 Donskii, «Ot Moskvy», 205; Sorokin, *Sovremennoe*, 229-232; Shklovsky, *Sentimental*, 170; *Izvestiia gosudarstvennogo kontrolia*, 3-4, 1919, 33; GARF, f. 4.390, *op*. 12, dl. 40, 1. 17, 24, 53.

4 GARF, f. 5.972, *op*. 1, dl. 21a, 1.65; *Cheka*, 11; Fisher, *Famine*, 97; Gorky, «On the Russian», 16, 18.

5 Figes, *Peasant Russia*, 267-273, 274-276.

6 *Kniga ogolode*, 7, 16, 38-42, 48-53, 119, 123; *Volia Rossii*, 28, 29 sep. 1921; BA, ARA, Information Relative to Relief Work in Russia, Memo abril 1922; Fisher, *Famine*, 90.

7 *Itogi bor'by*, 196; *Kniga o golode*, 52, 131-132, 140; Zenzinov, *Deserted*, 7274; Fisher, *Famine*, 98; Raleigh, ed., *Russian*, 209-210.

8 Conquest, *Harvest*.

9 AG, Pg-In; BA, Colección Polner, caja I, Carta de Lvov a F. Rodichev, 10

septiembre 1921; Wolfe, *Bridge,* 108-109; Heller, «Premier», 131-144.

10 *PSS,* 53: 110-111; Heller, «Premier», 147ss.; Wolfe, *Bridge,* 112.

11 Fisher, *Famine,* 195-210, 308-332, 553, 557.

12 *ARA Bulletin,* ser. 2, 28: 6.

13 Ball, «Survival», 34, 36-37, 41-42, 47; Ball, *And Now My Soul,* capítulos 1-3; Sorokin, *Sovremennoe,* 66.

14 *Lenin and Gorky,* 163; Zenzinov, *Deserted,* 10-17; Juviler, «Contradictions», 263-265; Serge, *Memoirs,* 98, *Biulleten' otdela sotsial'nogo obezpecheniia i ojrana truda,* I, 1919: 17, 44-45.

15 Berberova, *Italics,* 188-189; Shub, «Maksim», 244.

16 Jodasevich, *Nekropol,* 233-234; Jodasevich, *Belyi koridor,* 227-234, RTsJIDNI, f. 75, *op.* 1, d. 149; *Lenin and Gorky,* 145-148.

17 AG, Pg-R1, 23-44-35; RTsJIDNI, f. 75, *op.* 1. d. 70: Fitzpatrick, *Commisariat,* 131.

18 Pyman, *Life,* 2: 274, 290-291, 374-375; Gorky, *Fragments* 142-143; Vogel, ed., *Alexander,* 75; AG, Pg-R1, 23-44-3; Rg-P, 46-1-40.

19 Jodasevich, *Nekropol,* 113-140; Wolfe, *Bridge,* 121-122. Nadezhda Mandelstam, hostil a Gorky, sostiene que no hizo nada en favor de Gumilev *(Hope Aban-doned,* 88).

20 Pyman, *Life,* 2: 379; Berberova, *Italics,* 123.

21 TsGALI, f. 200, *op.* 1 d. 80, l. 3; f. 2.226, *op.* 1, d. 1.067; f. 66, *op.* 1, d. 296, 1. 5; d. 312, 1.4,-5; d. 324, 1. 1-2; d. 913, 1. 18; f.122, *op.* 3, d. 13, 1. 1, 5-7.

22 *Pravda,* 2 enero 1923; Morizet, *Chez,* 241-242.

23 Lenin, *PSS,* 42: 159; Liberman, *Building,* 60; Stites, *Revolutionary,* 48-50; Wells, *Russia,* 135.

24 Danilov, *Rural,* 160-172, 271-291; Danilov, *Sovetskaia,* 212.

25 Mironov, «Gramotnost»; Danilov, *Rural,* 42-44, 231-243.

26 Shanin, *Awkward,* 189-190; Kenez, *Birth,* 173, 186; *Ocherki byta,* 10-12.

27 Hagen, *Soldiers,* 300-302, 314-315; Fitzpatrick, *Stalin's,* 36.

28 Iakovlev, *Derevnia,* 74; Jataevich, «Partiia», 106; Iakovlev, *Nasha,* 33, 163; Male, *Russian,* 93-94; Weissman, «Policing», 179.

29 GARF, f. 130, *op.* 4, d. 245, 1.377; Gorky, «On the Russian», 23, 74; *Izvestiia TsK,* 2, 1898: 204.

30 Volkogonov, *Lein.*

31 *Izvestiia TsK,* 12, 1989: 197.

32 Volkogonov, *Stalin,* 69; Antonov-Ovseenko, *Time,* 25-26.

33 Fainsod, *How,* 182; Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime,* 462; Antonov-Oveenko, *Time,* 27-29.

34 Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime,* 467; *Izvestiia TsK,* 12, 1989: 198; Lenin, *PSS,* 53: 300.

35 Naumov, «1923 god», 36; Lenin, *PSS,* 45: 327; Trotsky, *My Life,* 498-499.

36 RysJIDNI, f. 5, *op.* d.27, 1.88; Lenin, PSS, 40: 710; Volkogonov, *Stalin,* 80; Valentinov, *Novaia,* 185-187; Antonov-Ovseenko, *Time,* 23; *Moscow News,* 23 abril 1989.

37 Fotieva, *Iz zhizni,* 279; *Moscow News,* 22 enero 1989.

38 *Izvestiia TsK,* 9, 1989: 191, 196, 199-200, 205-206; Lenin, *PSS,* 45: 211213, 356-362, 557-558; 54: 299-300, 330; *Pravda,* 12 agosto 1988

39 Lenin, *PSS,* 45: 344-346

40 Pipies, *Russia under the Bolshevik Regime,* 478; Lenin, *PSS,* 45: 327-330; 54: 674-675; *Izvestiia Tsk,* 12, 1989: 193, 198.

41 *Izvestiia Tsk,* 4, 1990: 109; Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime,* 479; Volkogonov, *Lenin,* 428-429.

42 Weber y Weber, *Lenin,* 197; Nicholaevsky, *Power,* 12.

43 Esto se desprende con claridad de las recientemente publicadas *Stalin's Letters to Molotov.*

44 Deutscher, *Prophet Unarmed,* 106; Trotsky, *My Life,* capítulo 40; Ziv, *Trotsky,*

76.

45 *Izvestiia TsK,* 5, 1990: 169-170; 6, 1990: 190. La expresión «régimen policial» fue tomada de Bujarin (*Izvestiia TsK,* 10, 1990: 168)

46 *Izvestiia TsK,* 5, 1990: 176-189; Deutscher, *Prophet Unarmed,* 118.

47 *Izvestiia TsK,* 10, 1989: 188-189; Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime,*

485.

48 Tumarkin, *Lenin Lives!,* 119-133.

49 *New York Times,* 15 junio 1992.

50 Tumarkin, *Lenin Lives!,* 139-149, 160-164, capítulo 6.

51 *Argumenty ifakty,* 576 (noviembre 1991), 1; *The Times,* 19 enero 1994.

Conclusión

1 AG, PG-In.

2 *Delo derevni*, 20 septiembre, 3 noviembre 1917.

3 Kuromiya, *Stalin's* xi; Vorobei, *Odin*, 13.

4 BA, Colección Bajmeteff, caja 5; *Poslednie novosti*, 8 marzo 1925.

5 GARF, f. 5.972, *op.* 1, d. 21a, 1. 22-24; RGVIA, f. 162, *op.* 1, d. 18; BA, Colección Brusilov, mss «Gazeta "Dni. 94"».

6 GARF, f. 5.972, *op.* 1, d. 219, 1. 197-215.

7 *A Radical Worker,* 389-391; RTsJIDNI, f. 72, *op.* 3, d. 687; Zelnik, «Fate»,

9-11.

8 AG, Pg-In; Berberova, *Italics*, 189; Troyat, *Gorky,* 156, 160; *Moscow News*, 25 enero 1990

9 Troyat, *Gorky*, 154

10 Ivanov, «Pochemu», 105-106, 109-110, 116, 129; Spiridonova, «Gorky and Stalin», 417-418.

11 Serge, *Memoirs*, 268; Ivanov, «Pochemu», 101-102, 127-128, 131.

12 Spiridonova, «Gorky and Stalin», 418-423; Ivanov, «Pochemu», 120-126.

Para

un punto de vista diferente sobre la muerte de Gorky, Shentalinsky, *The KGB's Literary Archive*, 262-266.

13 Tucker, *Stalin in Power,* 362-365; Conquest, *Grand Terror,* 387-389; Ivanov, «Pochemu», 133.

Notas del traductor

1* Bertrand Russell utilizó una idea similar cuando, intentando explicar la Revolución rusa a lady Ottoline Morrell, señaló que, por terrible que fuera el despotismo bolchevique, parecía la clase correcta de gobierno para Rusia: «Si se pregunta cómo habría que gobernar a los personajes de Dostoyevsky, lo comprenderá».

2* *Rasputín* constituye una transcripción al castellano de la transcripción francesa y altera la acentuación original. Hemos preferido mantener esta última por ser la propia del ruso. *(N. del T.)*

3* Hemos retenido el término Potemkin en lugar del más correcto Potiomkin por disfrutar ya de un uso corriente en castellano. *(N. del T.)*

4* Después de más de cincuenta años guardada en un almacén, la estatua fue devuelta a las calles de la ciudad en 1994. Irónicamente, el caballo se encuentra ahora situado enfrente del antiguo Museo Lenin, donde ha tomado el lugar del coche armado que, en abril de 1917, transportó a Lenin desde la estación de Finlandia.

5* Existía un gracioso chiste soviético que afirmaba que el Sóviet Supremo había decidido recompensar con la Orden de la Bandera Roja a Nicolás II «por sus servicios a la revolución». Se decía que el logro del último zar había consistido en provocar una situación revolucionaria.

6* Los títulos completos de Nicolás II eran: emperador y autócrata de todas las rusias, zar de Moscú, Kiev, Vladimir, Novgorod, Kazán, Astrakán, Polonia, Siberia, el Quersoneso Taurico y Georgia; señor de Pskov; gran príncipe de Smolensk, Lituania,Volynia, Podolia y Finlandia; príncipe de Estonia, Livo-nia, Curlandia y Semigalia, Samogatia, Belostok, Carelia, Tver,Yugria, Perm, Viatka, Bulgaria y otras tierras; señor y gran príncipe de Nizhnyi Novgorod y Chernigov; gobernante de Riazan, Polotsk, Rostov,Yaroslav, Belo-Ozero, Udoria, Obdoria, Kondia,Vitebsk, Mstislavl y todos los territorios del norte; señor y soberano de las tierras de Iveria, Kartalinia y Kabardinia y de las provincias armenias; señor hereditario y soberano de los príncipes circasianos y de los príncipes de las Altas Tierras y de otros; señor de Turquestán; heredero al

trono de Noruega; duque de Schleswig-Holstein, Stormarn, la Dithmarschenn y Oldenburg.

7* Era común para los campesinos dirigirse entre sí con motes que describían sus características: Astuto, Ternero, Lobo, Corazón, etcétera.

8* En castellano es más conocido como *El jardín de los cerezos.* Hemos preferido en este caso ser más fieles al título original. *(N. del T.)*

9* Según los términos de la emancipación, los siervos se vieron forzados a pagar su tierra recientemente adquirida mediante un acuerdo hipotecario con el Estado, que la pagó a la nobleza de manera completa y directa. Así, en realidad, los siervos compraron su libertad pagando las deudas de sus amos.

10* La pronunciación de Semyonov es llana (Semyónov), mientras que la de Semyon es aguda (Semyón).

11* La diferencia entre *Rus* y *Rossiia* era similar a la existente entre Inglaterra y Gran Bretaña.

12* A diferencia de sus homólogos católicos, los sacerdotes ruso-ortodoxos podían casarse. Sólo estaba vetada esa posibilidad al clero monástico.

13* Los antiguos creyentes rechazaban las reformas litúrgicas llevadas a cabo por el patriarca Nikón durante los años sesenta del siglo XVII, al igual que al gobierno que las imponía. Huyendo de la persecución, la mayoría de ellos se establecieron en áreas remotas de Siberia, donde permanecen hasta el día de hoy. A finales de siglo se calculaba que había unos dieciocho millones de antiguos creyentes. Los otros movimientos religiosos principales, más cercanos en espíritu a la doctrina evangélica, eran los *stundistas* (bautistas), los *dujobortsy* (combatientes del espíritu) y los *molokanos* (bebedores de leche). Entre todos contaban aproximadamente con un millón de seguidores. Muchos de estos movimientos tenían una tradición radical de disidencia que se explica por la persecución a la que los había sometido el Estado, y que también ayuda a explicar dicha persecución.

14*Cuando uno compara esto con el respeto y la deferencia mostradas por los campesinos de la Europa católica hacia sus sacerdotes se empieza a entender por qué la Rusia campesina tuvo una revolución y, por ejemplo, la España campesina una contrarrevolución.

15* Varsovia abrió el primer Museo Etnográfico en 1888. Le siguieron Sarajevo, en 1888; Helsinki, en 1893; Praga y Lvov, en 1895; Belgrado, en 1901; San Petersburgo, en 1902, y Cracovia, en 1905.

16* Aunque, por supuesto nunca debe olvidarse que, mientras que muchos

revolucionarios eran judíos, relativamente pocos judíos eran revolucionarios. Fue un mito de los antisemitas que todos los judíos eran bolcheviques. De hecho, según se puede ver por las elecciones a la Asamblea Constituyente de 1917, la mayoría de la población judía favoreció a los partidos sionistas y socialistas democráticos. Como el rabino jefe de Moscú señaló una vez, no sin su habitual humor judío: «Los Trotskys hacen las revoluciones y los Bronsteins pagan las cuentas» (Melamed, «Saint Paul and Leon Trotsky», p. 8).

17* A la edad de veintitrés años Gorky fue golpeado por un grupo de campesinos hasta quedar inconsciente, cuando intentó intervenir en defensa de una mujer campesina que había sido desnudada y azotada con un látigo de caballo por su esposo y una turba que aullaba después de haberla encontrado culpable de adulterio.

18* Puesto que no había cercas entre los terrenos cultivados en barbecho ni los campos, resultaba esencial para cada familia sembrar las mismas cosechas al mismo tiempo (es decir, una rotación triple de invierno-primavera-otoño), de otra manera, el ganado al que se permitía pastar en el rastrojo de una parcela pisaba las cosechas de la parcela vecina.

19* El término *kulak*, derivado de la palabra para «puño», fue utilizado originalmente por los campesinos para señalar a los elementos explotadores (usureros, subarrendadores de la tierra, etcétera), separándolos del campesinado agrícola. Un hacendado empresarial campesino, desde su punto de vista, no podía ser un kulak incluso aunque contratara trabajadores. Los bolcheviques, por el contrario, malu-tilizaron el término en un sentido marxista para describir a cualquier campesino acaudalado. Lo convirtieron en sinónimo de «capitalista» basándose en la asunción falsa de que la utilización de trabajo alquilado en el laboreo campesino era una forma de «capitalismo». Bajo Stalin, el término fue utilizado contra el pequeño campesinado en términos generales. En virtud de la colectivización, el régimen tuvo como objetivo la «destrucción de los kulaks como clase».

20* La palabra rusa para «rojo» *(krasnyi)* está relacionada con la palabra para hermoso *(krasivyi)*, un hecho de poderoso significado simbólico para el movimiento revolucionario.

21* Incluso en las comunas con tenencias hereditarias (principalmente en el noroeste y en Ucrania) era apenas más fácil. Allí, una familia que deseara separarse tenía que pagar su parte de la deuda fiscal comunitaria en bloque (un cometido casi imposible para la gran mayoría de los campesinos) o encontrar

otra familia que deseara asumir la carga fiscal a cambio de su lote de tierras. Puesto que los impuestos excedían por lo general el coste de la tierra arrendada fuera de la comuna, era difícil encontrar una familia que deseara hacerlo.

22* La única excepción de importancia eran la dote de la esposa del campesino y otros efectos personales (por ejemplo, la ropa y los utensilios domésticos), que eran considerados como la propiedad privada de la esposa y podían ser dejados a su hija.

23* Mientras que el reparto de la propiedad de la hacienda quedaba enteramente controlado por la ley consuetudinaria local, las nuevas leyes de herencia de Stolypin estaban en el Código Civil. Los casos referentes a la herencia campesina de la tierra eran así conocidos en los tribunales civiles (es decir, no campesinos). Fue el primer ejemplo relevante de la integración del campesinado en el sistema legal nacional.

24* Por ejemplo, bajo la ley consuetudinaria un campesino que era encontrado culpable de cultivar la tierra de otro hombre siempre era compensado por su trabajo, aunque el producto de la cosecha fuera a parar al poseedor legítimo de la tierra. Los campesinos, en palabras de un observador, «contemplaban el derecho a poseer el producto del trabajo de uno sobre la tierra con un respeto casi religioso» y consuetudinariamente esto tenía que ser equilibrado contra el derecho formal de la posesión de la tierra (Efimenko, *Issledovaniia*, 2, 143).

25* Ésta era en parte la razón por la que los campesinos tenían tan pocos escrúpulos a la hora de perjurar ante un tribunal y, sin duda, por la que tendían a simpatizar con los delincuentes convictos. Era común que los campesinos proporcionaran comida a las cadenas de presos cuando atravesaban las aldeas en su camino hacia Siberia.

26* Esto se relacionaba con la creencia religiosa de los campesinos de que ser pobre equivalía a ser virtuoso.

27* Así, por ejemplo, un estudio realizado en la provincia de Tula puso de manifiesto que el 64 por ciento de las explotaciones campesinas con cuatro o más caballos habían dividido su propiedad entre 1899 y 1911, comparado con sólo el 23 por ciento de aquellas con un caballo (Shanin, *Awkward Class*, 83). Estadísticos como Chayanov creían que el ciclo vital de la explotación campesina explicaba ampliamente las desigualdades económicas que existían dentro de la aldea. La explotación recientemente repartida, consistente en una pareja casada y uno o dos hijos, tendía a tener solamente una pequeña parcela de tierra y muy poco ganado. Pero cuando los niños crecían y empezaban a

contribuir como trabajadores a la economía familiar, la explotación era capaz de acumular más tierra y ganado, hasta que se dividía. Chayanov sostenía que los estudios estadísticos utilizados por los marxistas para mostrar la diferenciación económica en el seno del campesinado no eran más que «instantáneas» de las explotaciones campesinas en diferentes períodos de este ciclo vital.

28* Según un estudio de 1881, más del 90 por ciento de los trabajadores de la industria textil y el 71 por ciento de todos los trabajadores industriales regresaban a sus aldeas durante el verano. La proporción descendió a finales de siglo, cuando la mano de obra urbana se estableció de una manera más firme. Las fábricas se adaptaron a la situación deteniendo el trabajo durante la estación agrícola o desplazándose al campo. El Gobierno estimuló la última opción, temiendo la aparición de una clase obrera urbana. Sólo el 40 por ciento de los trabajadores industriales del Imperio vivía en las ciudades a finales de siglo.

29* El porcentaje de participación extranjera en las sociedades anónimas pasó del 25 por ciento en 1890 a cerca de un 40 por ciento en vísperas de la primera guerra mundial.

30* Aquí radica el origen del peculiar concepto ruso del *kul'turnost'*, que se refiere al hecho de comportarse correctamente más que al significado occidental de «tener buena educación» al que alude el término *culto*, del que procede. Este desvío etimológico sólo podía haber sucedido en un país como Rusia, que luchaba por deshacerse de su pasado campesino y adoptar los afeites, si no la sensibilidad moral más profunda, de la civilización occidental.

31* La novela de Chernyshevski fue publicada cuando todavía estaba en la fortaleza de San Pedro y San Pablo (¡sólo para ser prohibida después!).

32* El padre de Lydia Dan tenía una divertida forma de burlarse de estos personajes que se consideraban a sí mismo radicales. Los muchachos, decía, no se cortaban el pelo porque no tenían tiempo; pero las mujeres se cortaban el pelo también para tener tiempo. Las mujeres iban a la universidad porque era una señal de progreso; pero los hombres abandonaban el sistema educativo porque también eso era progresista.

33* Estas niñeras campesinas y sirvientes domésticas ni siquiera eran llamadas por sus nombres propios, sino mediante motes como Masha o Vanka. Así se les negaba el reconocimiento más básico de su personalidad.

34* Era una doctrina que iba a seguir Lenin. Durante el hambre de 1891 se opuso a la idea de la ayuda humanitaria con el argumento de que el hambre forzaría a millones de campesinos pobres a huir a las ciudades y a unirse a las

filas del proletariado: esto haría avanzar la revolución un paso más.

35* Los periódicos literarios «espesos» tenían una influencia similar en el período soviético a la de las publicaciones como *Novyi Mir*, que eran leídas por decenas de millones de personas. También eran vehículos de ideas políticas en un sistema donde el debate político abierto había sido prohibido.

36* Dostoyevsky, que había pertenecido personalmente al círculo revolucionario de Petrashevsky en la década de los cincuenta del siglo XIX, utilizó esta novela para atacar la mentalidad de los revolucionarios, especialmente los nihilistas. Petr Verkhovensky, su protagonista principal, está claramente basado en Nechayev. En un punto de la novela dice que estaría justificado matar un millón de personas en la lucha contra el nepotismo porque en el curso de cien años los déspotas matarían a muchos más.

37* Los judíos desempeñaron un papel destacado en el movimiento socialdemócrata, proporcionando algunos de sus dirigentes más importantes (Axelrod, Deich, Martov, Trotsky, Kamenev y Zinoviev, por mencionar sólo algunos). En 1905 el Partido Socialdemócrata de Rusia tenía 8.400 miembros. El Bund, el partido obrero judío de la zona de reclusión, tenía 35.000 miembros.

38* El alias y pseudónimo *Lenin* derivó probablemente del río Lena en Siberia. Lenin lo utilizó por primera vez en 1901.

39* Los comerciantes de Yaroslav tenían una reputación, establecida desde hacía mucho tiempo, desde la Edad Media, de ser mucho más astutos que el resto.

40* Para los marxistas de la última década del siglo XIX, «propaganda» significaba la educación gradual de los trabajadores en pequeños grupos de estudio, con la meta de inculcar en ellos un entendimiento general del movimiento y de la conciencia de clase; «agitación» significaba una campaña de masas sobre aspectos específicos del trabajo y de la política.

41* El Primer Congreso del Partido Socialdemócrata Ruso de los Trabajadores se celebró en 1898. Este momento fundador de la historia del partido que al cabo de diecinueve años llegaría a gobernar el país más grande del mundo contó con la asistencia de nueve socialistas. Se reunieron en secreto en la ciudad de Minsk, aprobaron una declaración de metas marxistas normales y después casi todos fueron arrestados por la policía.

42* La Iglesia ortodoxa, que había excomulgado recientemente aTolstoi, prohibió a los campesinos hambrientos que aceptaran comida de su campaña de ayuda.

43* Como seguiría haciéndolo a lo largo de toda su vida.

44* Por esta razón Struve fue tratado por el Gobierno como un derrotista. Incluso sufrió el acercamiento de un espía japonés.

45* Fue organizado por Boris Savinkov (1879-1925), que más tarde se convertiría en ministro del Gobierno Provisional.

46* A finales de enero Gapón se encontraba en Ginebra, donde se puso en contacto con los revolucionarios del exilio. Sus discusiones teóricas giraban en torno a él y, seducido por la fama internacional, pronto abandonó Londres para escribir su autobiografía; tras haberse convertido en una celebridad, Gapón ya no tenía ninguna utilidad para el movimiento revolucionario. En diciembre regresó a Rusia, donde apoyó al gobierno de Witte e incluso cooperó con la policía secreta contra los socialistas. En marzo de 1906, por razones que no resultan claras, fue brutalmente asesinado por agentes de la policía secreta, incluyendo a su compañero más cercano, que el 9 de enero le había rescatado de la matanza en las puertas de Narva.

47* Los bolcheviques y los mencheviques probablemente tenían unos diez mil afiliados cada uno a finales de 1905, aunque en este estadio intermedio el número de miembros del partido no estaba claramente definido. No hay cifras fiables en relación con los miembros que tenía el partido de los eseri-tas en 1905; pero en noviembre de 1906 había cincuenta mil miembros, comparados con un total de cuarenta mil entre las dos facciones marxistas.

48* Puesto que las profesiones habían sido las primeras en constituir estos sindicatos, otros sindicatos obreros, incluso en la Rusia comunista, continuaron llamándose «sindicatos» profesionales *(profsoyu-zi)* en lugar de sindicatos industriales o de trabajadores.

49* El «rincón del orador», lugar de algunas ciudades anglosajonas caracterizado porque en él cualquier persona puede tomar la palabra sobre el tema que desee. *(N. del T.)*

50* En 1893, cuando trabajaba en el Departamento de Policía, Durnovo había ordenado a sus agentes que robaran la correspondencia del embajador español con su amante prostituta, de la que también estaba enamorado Durnovo. El embajador se quejó a Alejandro III, que ordenó la inmediata destitución de Durnovo. Pero después de la muerte de Alejandro se las arregló para reavivar su carrera.

51* El nombre era un mote adaptado del término los Cien Blancos, que era utilizado en la Rusia medieval para referirse a la casta privilegiada de nobles y

acaudalados comerciantes. La gente de clase baja que se unió a los Cien Negros no pertenecían a aquélla, y de ahí la denominación irónica.

52* Entre ellos, irónicamente, estaba A. A. Zarudny, que en 1917, como ministro de Justicia en el Gobierno de Kérensky, encarceló a Trotsky bajo la acusación de alta traición.

53* F. I. Dan y E. I. Martinov también habían roto con este antiguo punto de vista menchevique (que se retrotraía a la penúltima década del siglo XIX). Su teoría de la «revolución inquebrantada», que avanzaron en el periódico *Nachalo* en el otoño de 1905, difería poco de la teoría de la «revolución permanente».

54* Lvov enfermó durante su camino a Vyborg, y tuvo que regresar a San Petersburgo. Por tanto, nunca firmó el Manifiesto, aunque simpatizaba claramente con él.

55* Al igual que los grandes nacionalistas rusos, Stolypin consideraba a los ucranianos y bielorrusos portadores de la idea nacional rusa.

56* Este último aspecto cultural fue crucial (y en sí mismo el ejemplo del camino que había que recorrer) para la introducción de un orden constitucional en un país como Rusia, que entonces (igual que en la actualidad) no poseía ninguna tradición de constitucionalismo. Mientras que en los países occidentales la constitución sólo tenía que garantizar los derechos de una sociedad y cultura civil preexistentes, en Rusia también tenía que crearlas. Tenía que educar a la sociedad, y al mismo Estado, en los valores e ideas del constitucionalismo liberal.

57* Los partidos de la derecha (los nacionalistas y los derechistas) tenían 154 diputados en la cuarta Duma; los del centro (octubristas y Grupo de Centro), 126, y los de la izquierda (kadetes, progresistas y socialistas), 152.

58* Tsushima fue el lugar donde ocurrió la mayor derrota de Rusia durante la guerra contra Japón.

59* Nos sentimos felices de realizar sacrificios semejantes por nuestros aliados. *(N. del T.)*

60* El mayor almacén de Moscú.

61* Este viejo está loco. *(N. del T.)*

62* Zinovy Peshkov (1884-1966) fue el hermano de Yakov Sverdlov, el dirigente bolchevique y primer presidente del Sóviet. Después de recuperarse de su herida, se alistó en la inteligencia militar francesa. Apoyó el movimiento de Kornilov contra el Gobierno provisional. En 1918 se unió al ejército antibolchevique de Semyonov en Extremo Oriente y después, al Gobierno

blanco de Kolchak en Omsk. En 1920 fue enviado a Crimea como agente militar francés en el Gobierno de Wrangel y abandonó Rusia con el ejército de éste. Más tarde se convirtió en un estrecho colaborador de Charles de Gaulle y en un prominente político francés. Lo que es extraño es que hasta 1933 Peshkov mantuviera buenas relaciones con Gorky en Rusia, y que Gorky conociera sus actividades de inteligencia. Véase Delmas, «Légionnaire et diplomate».

63* Las grandes fabricas metalúrgicas de Petrogrado, por citar el ejemplo más extremo, disfrutaron de un incremento quíntuple de beneficios durante la guerra.

64* En esa época (octubre de 1918) había ocho mil oficiales en calidad de «rehenes» en las cárceles de la Cheka *(Revvoensovet Respubliki*, p. 36).

65* El ascenso al poder de Stalin dependió en parte de la movilización de este antiintelectualismo contra los antiguos bolcheviques (aquellos que se habían afiliado al partido antes de 1917) entre los comunistas de las bases. Muchos de sus aliados más importantes en los años veinte eran antiguos miembros de la oposición militar. Voroshilov, por ejemplo, entró en el Politburó en 1925.

66* Todos los miembros del partido tenían derecho a llevar armas. Se veía como una señal de igualdad entre camaradas. No fueron desarmados hasta 1935, después del asesinato de Kirov.

67* Sin duda, una referencia a *Arañas y moscas*, el panfleto que se vendió extraordinariamente en 1917 y que hizo tanto por perfilar el mito popular de los *burzhooi* (véase el apartado «El saqueo de los saqueadores»).

68* Una excepción eran las cebollas, sin duda como resultado de un descuido burocrático. Pronto se produjo un auge de la producción de cebollas, en la medida en que los campesinos intentaron explotar esta última área legal que quedaba de comercio libre.

69* Otra consideración fue que muchas de las compañías de capital social afectadas por el decreto eran propiedad alemana, y que bajo el Tratado de Brest-Litovsk algunas de estas compañías que fueron nacionalizadas después del 1 de julio tendrían que ser completamente indemnizadas (Malle, *Economic*, pp. 59-61).

70* El primer retrato oficial de Lenin apareció en enero de 1918.

71* Según Bonch-Bruevich, Lenin desaprobaba ese culto (la ideología marxista negaba el significado de cualquier individuo en la historia) y le puso freno cuando se recuperó (Bonch-Bruevich, *Vospo-minaniia o Lenine*, pp. 337-340).

72* Más tarde, en el proceso contra los eseristas de 1922, salió a la luz que

Kaplan había sido reclutada por la Organización de Combate Eserista, un grupo terrorista clandestino que no estaba vinculado oficialmente con el Comité Central eserista (la mayor parte del cual se había trasladado a Samara en agosto de 1918), pero que era apoyado por algunos de sus miembros que permanecieron en Moscú (por ejemplo, Gots). La Organización de Combate asesinó al comisario bolchevique Volodarsky el 20 de junio. También intentó asesinar a Trotsky cuando se dirigía al frente oriental, pero éste malogró su plan al cambiar de tren en el último momento.

73* La Rusia soviética estableció su primera embajada extranjera en Berlín en esa época.

74* La negativa de la familia real británica a visitar Rusia durante los siguientes setenta y cinco años a causa del asesinato de los Romanov puede, por lo tanto, parecer a muchos lectores un gesto con una gran dosis de la típica hipocresía británica.

75* Hasta hace poco el papel de Yakovlev ha resultado un tanto misterioso. Se ha defendido tanto que estaba trabajando en favor de los bolcheviques como que era un agente secreto blanco que planeaba rescatar a la familia imperial. Las nuevas pruebas indican ahora su papel como agente de Moscú más allá de cualquier discusión, aunque es verdad que en julio, mientras estaba al mando del Segundo Ejército Rojo en el frente oriental, desertó a los blancos (véase Radzinsky, *Last Tsar,* capítulo 11).

76* La familia imperial temía que sería llevado a Moscú y obligado a firmar el Tratado de Brest-Litovsk. El hecho de que creyeran que los bolcheviques o necesitarían o querrían su firma para esto es una señal elocuente de lo alejados que habían llegado a estar de la realidad política (véase Wilton, *Last Days of the Romanovs,* p. 206).

77* El único superviviente cierto fue el *spaniel Joy.*

78* El gran duque Miguel, el hermano de Nicolás, había sido asesinado en junio.

79* Boris Savinkov, ministro delegado de la Guerra de Kérensky durante el episodio de Kornilov, dirigió un alzamiento de oficiales del Ejército en la ciudad de Yaroslavl, al norte de Moscú, el 6 de julio. Obtuvo el apoyo de los obreros y campesinos locales y se extendió a las ciudades cercanas de Murom y Rybinsk. Las tropas soviéticas recuperaron Yaroslavl el 21 de julio. Fusilaron a trescientos cincuenta oficiales y civiles en represalia por la revuelta, que se dijo que había sido obra conjunta de los eseristas, los guardias blancos, los checos y los aliados.

La organización clandestina de Savin-kov, la Unión por la Defensa de la Patria y la Libertad, estaba relacionada con el Centro Nacional en Moscú, que apoyaba al Ejército Voluntario. También recibía dinero de los checos y de los aliados, que tenían la ilusión de que el único propósito de Savinkov era levantar un nuevo ejército ruso para reanudar la guerra contra las potencias centrales. No existe ninguna prueba que vincule a los aliados con la conjura de Savinkov para derrocar a los bolcheviques.

80* Una inspección gubernamental de las cárceles de Moscú en marzo de 1920 descubrió que los niños de menos de diecisiete años comprendían el cinco por ciento de la población carcelaria *(Izvestiia gosu-darstvennogo kontrolia,* 4 [1920], pp. 7-10).

81* El hermano de Brusilov, Boris, también fue arrestado en esa época junto con otros tres miembros de su familia. Eran «rehenes», y se ordenó que se les ejecutara si Brusilov se unía a los antibolcheviques. Boris estaba enfermo de gripe y había sido literalmente arrancado de su lecho de enfermo. Murió en la prisión unos pocos días después de su arresto. Mientras estuvo en la cárcel no recibió ningún tratamiento médico.

82* Durante los años ochenta el KGB seguía entrenando a sus reclutas con los manuales de la Ojrana (véase Kalugin, *Vid s Lubianki*, p. 35).

83* Se dirigía a Inglaterra, donde tenía buenos contactos con el movimiento sindical, para llevar a cabo una campaña destinada a recoger alimentos en favor de los niños hambrientos de Rusia, cuando fue arrestada en Yamburg (GARF, f. 4390, op. 14, d. 57, 1. 7).

84* Los otros delegados fueron V. A. Maklakov (el embajador de Kérensky en París), Sazonov (ministro de Asuntos Exteriores de Kolchak y de Nicolás II) y el veterano populista N. V. Chaikovsky (presidente del gobierno de la región del norte con capital en Arjangelsk). La Conferencia Política Rusa era un gobierno en el exilio formado por antiguos diplomáticos y otros hombres públicos en París. Savinkov, Navokov, Struve y Konovalov se encontraban entre sus miembros.

85* Existe una orden procedente de Lenin y dirigida a Smirnov, presidente del CMR Siberiano, instruyéndole para explicar la ejecución de Kolchak como una respuesta a la amenaza de los blancos (RTsKhIDNI, f. 2, op. I, d. 24.362). Pero la fecha de esta orden no está clara. Richard Pipes cree que fue escrita antes del 7 de febrero, sugiriendo así una conjura de Lenin para camuflar las razones de la ejecución *(Russia Under the Bolshevik Regime*, pp. 117-118). Pero no existe una

corroboración de esto.

86* Este fue el primer desacuerdo estratégico de importancia entre los dirigentes bolcheviques. Trotsky y Vatsetis, su comandante en jefe, argumentaban en contra de perseguir a Kolchak más allá de los Urales, de manera que las tropas pudieran ser retiradas hacia el frente sur. Pero Kamenev, el comandante del frente oriental, respaldado por Lenin y Stalin, insistió en la necesidad de perseguir a Kolchak hasta el final. El conflicto se extendió a lo largo del verano, debilitando a la dirección del Ejército Rojo en este momento crítico de la guerra civil. Puso de manifiesto, sobre todo, que la autoridad de Trotsky estaba pasando un momento de declive. Su estrategia, tanto en el frente oriental como en el del sur, fue rechazada en favor de la de Kamenev, que reemplazó a Vatsetis el 3 de julio. Trotsky estaba furioso sospechando que Stalin y la oposición militar estaban intentando apartarle del mando. Escribió una carta de dimisión que fue rechazada por el Comité Central el 5 de julio. La autoridad de Trotsky se vio más adelante debilitada por la reconstitución del RVSR con cuatro nuevos miembros (Kamenev, Gusev, Smilga y Rykov), que en todos los casos tenían diferencias con su presidente.

87* Es verdad que los partisanos de Majnó a menudo se desbandaron bajo la presión de los blancos. Pero dado lo pobremente que eran suministrados por los rojos, apenas puede sorprendernos. Ciertamente, no merecían el vilipendio que recibieron de Trotsky. Éste, de hecho, tenía menos que ver con Majnó de lo que tenía que ver con Stalin. Al culpar de las derrotas rojas a los métodos guerrilleros de los partisanos de Majnó, Trotsky podía atacar el «guerrillerismo» de la oposición militar y así reforzar su defensa de la disciplina y la centralización militar.

88* La estrategia original roja, establecida en julio, había sido atacar desde el Volga en dirección hacia el Don; pero esto se cambió el 15 de octubre, el día después de que cayera Orel, cuando el Politbu-ró tomó la resolución de concentrar todas las fuerzas rojas en torno a Tula. Kamenev, el comandante en jefe, ni siquiera fue consultado sobre el cambio.

89* Cada piedra pesa 14 libras o 6 kilos y 350 gramos. *(N. del T.)*

90* Y sus oponentes, principalmente Stalin, advirtieron por primera vez de los peligros del bonapartismo.

91* El mito se popularizó en los círculos occidentales. El general Holman, por ejemplo, el jefe de la misión militar británica al lado de Denikin, dijo a una delegación judía que, de los treinta y seis comisarios de Moscú, sólo Lenin no

era judío (Shejtman, *Pogromy*, p. 298).

92* Desde 1918 hasta 1922, 1a prohibición de los mencheviques y los eseristas fue de vez en cuando brevemente levantada. Pero incluso durante estos períodos los bolcheviques persiguieron a sus activistas.

93* Brusilov intentó lograr la liberación de los oficiales a condición de que sirvieran a los rojos. Trotsky aceptó hacer lo que pudiera, pero admitió que él mismo no estaba «en buenas relaciones con la Che-ka, y que Dzerzhinsky podía incluso arrestarlo». Brusilov estableció más tarde una oficina especial para solicitar la liberación de los oficiales, y como resultado de sus esfuerzos varios centenares de oficiales fueron liberados (RGVIA, f. 162, op. 2, d.18).

94* Los doce cambios de régimen en Kiev fueron los siguientes: 1) 3 de marzo-9 de noviembre: Gobierno provisional; 2) 9 de noviembre de 1917-9 de febrero de 1918: República Nacional Ucraniana (RNU); 3) 9-29 de febrero de 1918: primera República Soviética Ucraniana; 4) 1 de marzo de 1918: ocupación por el Ejército de la República Nacional Ucraniana; 5) 2 de marzo-12 de diciembre de 1918: ocupación alemana; 6) 14 de diciembre de 1918-4 de febrero de 1919: directorio de la RNU; 7) 5 de febrero-29 de agosto de 1919: segunda República Soviética Ucraniana; 8) 30 de agosto de 1919: ocupación por fuerzas del directorio de RNU; 9) 31 de agosto-15 de diciembre de 1919: ocupación por fuerzas blancas; 10) 15 de diciembre 1919-5 mayo de 1920: tercera República Soviética Ucraniana; 11) 6 de mayo-11 de junio de 1920: ocupación polaca; 12) 2 junio de 1920: última República Soviética Ucraniana.

95* Aparte de Brusilov, la conferencia incluía a dos de sus amigos más cercanos procedentes del Ejército zarista, los generales Klembovsky y Zaionchkovsky, así como a su antiguo aliado Polivanov, el antiguo ministro de la Guerra.

96* Con esto quería dar a entender a los obreros y campesinos que todavía no habían avanzado lo suficiente en la dirección del bolchevismo.

97* La región de Nagorno-Karabaj, que sigue siendo objeto de disputas hoy en día, era un territorio para pastos estivales de los nómadas azeríes. Armenia reclamó la región en 1918. Había enclaves armenios allí, de los que procedían muchos de los principales intelectuales de la nación, y así, como el monte Ararat, la región se convirtió en un símbolo de Armenia. El Gobierno armenio intentó impedir que los azeríes entraran en la región estableciendo guardias fronterizos. Esto tuvo como resultado una amarga lucha local. Tanto los soviéticos como los británicos favorecieron la idea de entregar Karabaj a los

azeríes.

98* La misma idea fue expresada al mismo tiempo por Gastev y los otros precursores del movimiento taylorista en la Rusia soviética.

99* Trotsky presentó unas propuestas tentativas de una reforma del mercado similar a la de la NPE en febrero de 1920, pero fueron rechazadas por el Comité Central. Regresó entonces inmediatamente a la política de militarización: las reformas radicales, ya fuera mediante el libre comercio o la coerción, eran necesarias para restaurar la economía.

100* Resulta tentador concluir que Pavlov fue el objetivo de la sátira de Bulgakov titulada *Corazón de perro* (1925), en la cual un científico experimental mundialmente famoso, que desprecia a los bolcheviques pero acepta su apoyo, trasplanta el cerebro y los órganos sexuales de un perro a un ser humano.

101* El realismo socialista de la década de los años treinta, con sus cualidades icónicas obvias, resultó mucho más efectivo como propaganda.

102* Stalin se refería a menudo a la gente como los «engranajes» *(vintiki)* dentro de la vasta maquinaria del Estado.

103* Nombre derivado del protagonista de la novela del mismo título de Goncharov, *Oblomov,* cuyo protagonista es un ejemplo de indolencia. *(N. del T.)*

104* El término originalmente había sido utilizado por la prensa liberal para describir a Kérensky en 1917.

105* También excluye la reducida esperanza de vida de aquellos que sobrevivieron, debido a la malnu-trición y a la enfermedad. Los niños que nacieron y se criaron en estos años fueron considerablemente más pequeños que las generaciones anteriores, y el 5 por ciento de todos los recién nacidos padecía sífilis (Sorokin, *Sovremennoe,* pp. 16 y 67).

106* Las motivaciones de Hoover no resultan completamente claras. Profundamente hostil al régimen soviético, quizás había buscado utilizar la asistencia contra el hambre como una forma de nivelación diplomática y de influencia política en Rusia. Pero esto no niega la genuina preocupación humanitaria de Hoover. Ni merece la acusación bolchevique. Véase Weissman, *Herbert,* capítulo 2.

107* La oposición de las otras repúblicas era más circunspecta: los ucranianos se negaron a dar su opinión en relación con las propuestas de Stalin, mientras que los bielorrusos anunciaron que se guiarían por la decisión de Ucrania.

108* No fue publicada hasta 1989.

109* El contenido del testamento fue dado a conocer a los delegados del XIII

Congreso del Partido en 1924. Stalin ofreció su dimisión, pero su ofrecimiento fue rechazado a sugerencia de Zinoviev de «dejar que lo pasado quede pasado». El conflicto con Lenin fue reducido a un choque personal, con la implicación de que Lenin había estado enfermo y no estaba mentalmente sano. Ninguno de estos últimos escritos fue publicado por completo en Rusia en vida de Stalin, aunque aparecieron fragmentos en la prensa del partido durante la década de los años veinte. Sin embargo, Trotsky y sus seguidores divulgaron su contenido en Occidente (Volkogonov, *Stalin*, capítulo 11).

110* Se rumoreó que Protopopov había prometido a cada policía quinientos rublos por cada herida recibida de la multitud.

111* La gente dijo lo mismo en 1989 después de que las autoridades de Alemania Oriental dispararan contra los manifestantes en Leipzig. Las multitudes tienen miedo de la amenaza del derramamiento de sangre, pero se envalentonan después de ocurrido.

112* Como Kolchak reconoció más tarde, durante su interrogatorio en 1920: «La opinión general [...] era que sólo un gobierno autorizado por la Asamblea Constituyente podía ser real; pero la Asamblea Constituyente que teníamos [...] y que desde el mismo principio comenzó cantando *La Internacional* bajo la dirección de Chernov, provocó una actitud hostil [...]. Se consideraba que había sido una asamblea artificial y partidista. Ésa era también mi opinión. Creía que, incluso aunque los bolcheviques tenían pocos rasgos dignos, al dispersar la Asamblea Constituyente realizaron un servicio y este acto debería ser considerado en favor suyo» (Varneck y Fisher, ed., *Testimony*, pp. 106-107).

Bibliografía

Archivos en Russia

AG Archivo Gorky, Instituto de Literatura Mundial (Moscú)
GAKO Archivo Estatal de Kuibyshev Oblast'
GARF Archivo Estatal de la Federación Rusa (Moscú)
GATO Archivo Estatal de Tambov Oblast'
GAVO Archivo Estatal de Voronezh Oblast'
IM Museo Histórico (Moscú)
RGAE Archivo Estatal Ruso de Economía (Moscú)
RGIA Archivos Estatales Históricos Rusos (San Petersburgo)
RGVA Archivo Estatal Militar Ruso (Moscú)
RGVIA Archivo Estatal Ruso de Historia Militar (Moscú)
RTsJIDNI Centro Ruso para la Preservación y el Estudio de los Documentos Relativos a la Historia Reciente (Moscú)
TsGALI Archivo Estatal Central de Literatura y Arte (Rusia)
TsGASP Archivo Estatal Central de San Petersburgo
TsGAVMF Archivo Estatal Central de la Marina de Guerra (San Petersburgo)
Archivos en Europa y Estados Unidos
BA Archivo Bajmeteff Columbia University (EE UU)
BC Colección Brotherton, University of Leeds (Inglaterra)
CUL Cambridge University Library, Manuscripts Room (Inglaterra)
HLRO House of Lords Record Office, Historical Collection (Londres)
Hoover Hoover Institution on War, Revolution and Peace, Stanford, California (EE UU) LRA Archivo Leeds Russian (Inglaterra)
NEW National Library of Wales, Department of Manuscripts and Records (Aberystwyth) PRO Public Records Defice (Londres)
TCL Trinity College Library Cambridge (Inglaterra)

Periódicos contemporáneos

Delo derevni
Den'
Izvestiia
Izvestia gosudarstvennogo kontrolia
Izvestiia vserossiiskogo soveta krest'ianskij deputatov
Kievskaia mysl' Krasnaia armiia Krasnaia byl' Krasnaia gazeta Krasnoarmeets Narodnoe pravo Narodnyi pisatel' New York Times Novaia zhizn' [NZh] Novoe vremia Pamiat'
Petrogradoskaia pravda Poslednie novosti Pravda
Pravitel'stvennyi vestnik Proletarskaia revoliutsiia Rabochii i soldat Rus'
Russkie vedomosti Sovetskaia Rossiia The Times
Trud Veji
Vestnik komiteta uchreditel'nogo sobraniia Volia Rossii Znamia truda

Libros y artículos

ABC of Communism, The, Ann Arbor, 1966.

Abraham, R., *Alexander Kerensky: The First Love of the Revolution,* Londres, 1987. Adelman, J. R., «The Development of the Soviet Party Apparatus in the Civil War: Centre, Localities and the National Areas», *Russian History,* 9, I, 1982.

Agabekov, G., *OGPU, The Russian Secret Terror,* Nueva York, 1931. *Agrarnoe dvizhnie v Rossii v 1905-1906gg.,* San Petersburgo, 1908. Agursky, M., *The Third Rome: National Bolshevism in the USSR,* Boulder, 1987. Aksakov, K. S., *Polnoe sobranie sochinenii,* 2 vols., San Petersburgo, 1861. *Anatomiia revoliutsii. 1917god v Rossii: massy, partii, vlast',* San Petersburgo, 1994. Anderson, B., *Imagined Communities,* Londres, 1983. Anet, C., *La Révolution Russe*, 4 vols., París, 1927.

Anfimov, A. M., *Zemel'naia arenda v Rossii v nachale xx veka,* Moscú, 1961. Anfimov, A. M., *Rossiiskaia derevnia v gody pervoi mirovoi voiny,* Moscú, 1962. Antonov-Ovseenko, A., *The Time of Stalin: Portrait of Tyranny,* Nueva

York, 1983. *Antonovshchina Krest'ianskoe vosstanie u Tambovskoigubernii v 1919-1921 gg. Dokumenty i materialy,* Tambov, 1994. Antsiferov, A. N. y otros, *Russian Agriculture During the War,* New Haven, 1930. Arbatov, Z., «Ekaterinoslav 1.917-1.920 gg.», *Arjiv russkoi revoliutsii* 12 (Berlín), (1923). —«Batko Majno», *Vozrozhdenie* (París), 29 (1953).

Arbenina, S. (Baronesa Meyendorff), *Through Terror to Freedom,* Londres, 1929. Aronson, G., *Rossiia v epoju revoliutsii,* Nueva York, 1966.

Aronson, I. M., *Troubled Waters: The Origins of the 1881 Anti-Jewish Pogroms in Russia,* Pittsburgh, 1990.

Ascher, A., *The Revolution of 1905: Russia in Disarray,* Stanford, 1988. Atkinson, D., «The Statistics on the Russian Land Commune, 1905-1917», *Slavic Review,* 4 (1973).

—*The End of the Russian Land Commune,* 1905-1920, Stanford, 1983.

Averbaj, V. A., «Revoliutsionnoe obshchestvo po lichym vospominaniiam», en *Arjiv russkoi revoliutsii,* 14 (Berlín), 1924. Aver'ev, V. N., ed., *Komitety bednoty: Sbornik materialov,* 2 vols., Moscú-Leningrado, 1933. Avrich, P., *Kronstadt 1921,* Princeton, 1970. Babel, I., *1920 Diary,* Londres, 1995.

Babine, A., *A Russian Civil War Diary: Alexis Babine in Saratov, 1917-1922,* ed. de

D. J. Raleigh, Durham, 1988. Babushkin, I., *Recollections (1893-1900),* Moscú, 1957. Bajtin, M. M., *The Dialogic Imagination,* Austin (Tejas) 1981. Balabanoff, A., *My Life as a Rebel,* Londres, 1938. —Impressions of Lenin, *Ann Arbor,* 1964.

Balk, A. P., «Poslednie piat' dnei tsarskogo Petrograda (23-28 fevralia 1917 g.)», *Russkoe proshloe,* 1 (1991). Ball, A., *Russia's Last Capitalists,* Berkeley, 1987.

—«Survival in the Street World of Soviet Russia's Bezprizornye», *Jahrbücherfür Geschichte*

Osteuropas, 39, 1 (1991). *—And Now My Soul Is Hardened: Abandoned Children in Soviet Russia, 1918-1930,* Berkeley, 1994.

Balzer, H., «The Problem of Professions in Imperial Russia», en E. Clowes y otros, eds., *Between Tsar and People.*

Banerji, A., «Commissars and Bagmen: Russia during the Civil War, 1918-1921», *Stu-dies in History,* 3 (1987).

Baring, M., *A Year in Russia,* Londres, 1907.

Baring, M., *What I Saw in Russia,* Londres, 1927.

Bark, P., «Iiul' 1914», *Vozrozhdenie*, 22 (París), 1959.

Barmine, A., *One Who Survived: The Life Story of a Russian under the Soviets,* Nueva York, 1945.

Bartlett, R., ed., *Land Cornmune and Peasant Community in Russia Communal Farms in Imperial and Early Soviet Society,* Londres, 1990.

Bar-Yaacov, N., *The Handling of International Disputes by Means of Inquiry,* Londres, 1974.

Bater, J. H., St Petersburg: *Industrialization and Change,* Londres, 1976.

Bauermeister, A., *Spies Break Through: Memoirs of a German Secret Service Officer,* Londres, 1934.

Bechhofer, C. E., *In Denikin's Russia,* Londres, 1921.

Becker, S., *Russia's Protectorates in Central Asia: Bukhara and khiva, 1865-1924,* Cambridge 1968.

—*Nobility and Privilege in Late Imperial Russia,* Dekalb (Illinois), 1985.

Belinsky, V. G., *Izbrannye filosofskie sochineniia,* Moscú, 1948.

—*Polnoe sobraniie sochinenii,* Moscú, 1953-1956.

—*Description of the Clergy in Rural Russia,* Cornell, 1985.

Bely, A., *Petersburg,* Harmondsworth, 1983.

Benckendorff, conde Paul, *Last Days at Tsarskoe Selo (March-August 1917),* Londres, 1927.

Benvenutti, E, *The Bolsheviks and the Red Army, 1918-1922*, Cambridge, 1988.

Berberova, N., *The Italics Are Mine,* Londres, 1991.

Berdyaev, N., *The Origin of Russian Communism,* Glasgow, 1937.

Berkman, A., *The Bolshevik Myth: Diary, 1920-1922,* Londres, 1925.

Berlin, I., *Russian Thinkers,* Londres, 1978.

Besanfon, A., *The Intellectual Origin of Leninism,* Oxford, 1981.

Billington, J., *The Icon and the Axe: An Interpretative History of Russian Culture,* Nueva York, 1966.

Bing, E. J., ed., *The Secret Letters of the Last Tsar,* Nueva York, 1938.

Binshtok, V. I., y L. S. Kaminskii, *Narodnoe pitanie i narodnoe zdorov'e,* Moscú, 1929.

Blagonravov, G. I., «The Fortress of Peter and Paul, October 1917», en *Petrograd: Octo-ber 1917,* Moscú, 1957.

Blok, A., *Sobranie sochinenii v vos'mi tomaj,* Moscú-Leningrado, 1960-1963.

Blok, A., «The People and the Intelligentsia», en M. Raeff, ed., *Russian*

Intellectual History: An Anthology, Nueva Jersey, 1978.

Bociurkiw, B., «The Rise of the Ukrainian Autocephalous Orthodox Church, 19191922», en G. Hosking, ed., *Church.*

Bogaevskii, A. P., *Vospominaniia 1918goda,* Nueva York, 1963.

Bogdanov, A. V., *Red Star: The First Bolshevik Utopia,* ed. de L. Graham y R. Stites, Bloomington, 1984.

Bogdanovich, A. A., *Tri poslednj samoderzhtsa. Dnevnik,* Leningrado, 1924.

Bogucharskii, V., *Aktivnoe narodnichestvo semidesiatyj godov,* Moscú, 1912.

Bok, M., *Reminiscences of my Father, P. A. Stolypin,* Nueva Jersey, 1970.

Bonch-Bruevich, V. D., «Strashnoe v revoliutsii», en *Na boevyjpostaj fevral'skoi i oktiabr's-koi revoliutsii,* Moscú, 1930.

— *Vospominaniia o Lenine,* Moscú, 1969.

Bone, A., ed., *The Bolsheviks and the October Revolution: Minutes of the Central Commit-tee of the RSDLP(b), August 1917-February 1918,* Londres, 1974.

Bonnell, V. E., *Roots of Rebellion: Workers' Politics and Organization in St Petersburg and Moscow, 1900-1914,* Berkeley, 1983.

Botchkareva, M., *Yashka: My Life as a Peasant Soldier and Exile,* Londres, 1919.

Bowlt, J. E., «Constructivism and Early Soviet Fashion Design», en A. Gleason y otros, eds., *Bolshevik Culture.*

Bradley, J., *Muzhik and Muscovite: Urbanization in Late Imperial Russia,* Berkeley, 1965.

British Documents on Foreign Affairs: Reports and Papers from the Foreign Office Confiden-tial Print, parte I, serie A, vol. 6, University Publications of America, 1983.

Brooks, J., *When Russia Learned to Read: Literary and Popular Literature, 1861-1917,* Prin-ceton, 1985.

Broué, P., *Trotsky,* París, 1988.

Brovkin, V., «The Mensheviks' Political Comeback: The Elections to the Provincial City Soviets in Spring 1918», *Russian Review,* 42 (1983).

—*Behind the Front Lines of the Civil War: Political Parties and Social Movements in Russia 1918-1922,* Princeton, 1994.

Brower, D., «Labour Violence in Russia», *Slavic Review,* 11 (1982).

—«The City in Danger»: The Civil War and the Russian Urban Population», en D. P. Koenker y otros, eds., *Party, State, and Society.*

—*The Russian City betwen Tradition and Modernity 1850-1900,* Berkeley, 1990.

Brusilov, A., *A Soldier's Notebook, 1914-1918,* Londres, 1930.

Bublikov, A. A., *Russkaia revoliutsiia: vpechatleniia i mysliochevidtsa i uchastnika*, Nueva York, 1918.

Buchanan, G., *My Mission to Russia and Other Diplomatic Memories,* 2 vols., Londres, 1923.

Buchanan, M., *Petrograd: The City of Trouble, 1914-1918,* Londres, 1918.

—*The Dissolution of an Empire,* Londres, 1932.

Budberg, A., «Dnevnik», *Arjiv russkoi revoliutsii,* 12-15 (Berlín, 1923).

Bulgakov, M., *The White Guard,* Harmondsworth, 1973. (Existe edición en castellano: Destino.)

Bulgakov, V., «Revoliutsiia na avtomobiliaj (Petrogrado v fevrale 1917 g.)», *Na chuz-hoi storone,* 6 (Berlín-Praga), 1924.

Bunyan, J., ed., *The Origin de Forced Labour in the Soviet State, 1917-1921: Documents and Materials,* Baltimore, 1967.

—*Intervention, Civil War, and Communism in Russia: April-December 1918: Documents and Materials,* Nueva York, 1976.

Bunyan, J., y H. Fisher, eds., *The Bolshevik Revolution, 1917-1918: Documents and Materials,* Stanford, 1961.

Burbank, J., *Intelligentsia and Revolution: Russian Views of Bolshevism, 1917-1922,* Oxford, 1986.

Burds, J., «The Social Control of Peasant Labor in Russia: The Response of Village Communities to Labor Migration in the Central Industrial Region, 1861-1905», en E. Kingston-Mann y T. Mixter, eds., *Peasant Economy.*

Burdzhalov, E. N., *Russia's Second Revolution,* Bloomington, 1988.

Buryshkin, P. A., *Moskva kupecheskaia,* Nueva York, 1954.

Burleigh, M., *Death and Deliverance: «Euthanasia» in Germany, 1900-1945,* Cambridge, 1994.

Bushnell, J., *Mutiny Amid Repression: Russian Soldiers in the Revolution of 1905-1906,* Bloomington, 1985.

Cantacuzene, princesa, *Revolutionary Days,* Londres, 1920.

Carr, E. H., *The Bolshevik Revolution, 1917-1923,* 3 vols., Londres, 1950. (Existe edición en castellano: Alianza Editorial.)

Chaadaeva, O. A., ed., «Soldatskie pis'ma v gody mirovoi voiny (1914-1917 gg.)», *Krasnyi Arjiv,* 65-66 (1934).

—*Armiia nakanunefevral'skoi revoliutsii,* Moscú-Leningrado, 1935.

Chagall, M., *My Life*, Londres, 1965.

Channon, J., «Tsarist Landowners after the Revolution: Former Pomeshchiki in Rural Russia During NEP», *Soviet Studies,* 39 (1987).

Chase, W. J., *Workers, Society and the Soviet State: Labor and Life in Moscow, 1918-1929,* Urbana, 1987.

Chase, W. J., «Voluntarism, Mobilization and Coercion: Subbotniki, 1919-1921», *Soviet Studies,* 41 (1989).

Chejov, A., *Plays,* Harmondsworth, 1972.

—*Letters of Anton Chekhov,* edición de S. Karlinsky, Londres, 1973.

Cheka: materialy po deiatel'nosti chrezvychainyj komissii, Berlín, 1922.

Cherniaev, V., «Vosstanie pavlovskogo polka 26-go fevralia 1917 g.», en *Rabochii klass Rossi, ego soiuzniki i politicheskie protivniki v 1917 godu. Sbornik nauchnyj trudov,* Leningrado, 1989.

Cherniavsky, M., *Tsar and People: Studies in Russian Myths,* New Haven, 1961.

Cherniavsky, M., ed., *Prologue to Revolution,* Englewood, 1967.

Chernov, V., *Rozhdenie revoliutsionnoi Rossii (fevral'skaia revoliutsiia),* París-Praga-Nueva York, 1934.

—*The Grand Russian Revolution,* New Haven, 1936.

Churchill, W. S., *The Aftermath,* Londres, 1929.

Clements, B., *Bolshevik Feminist: The Life of Alexandra Kollontai,* Indiana, 1979.

—«The Effects of the Civil War on Women and Family Relations», en A. Gleason y otros, eds., *Bolshevik Culture.*

Clowes, E., D. Kassow y J. West, eds., *Between Tsar and People: Educated Society y the Quest for Public Identity in Late Imperial Russia,* Princeton, 1991.

Cohen, S., *Bukharin and the Bolskevik Revolution,* Oxford, 1980.

Cohn, *Warrant for Genocide,* Nueva York, 1966. (Existe edición en castellano: Alianza Editorial.)

Congress of Peoples of the East: Baku, September 1919: Stenographic Report, Londres, 1977.

Conquest, R., *The Harvest of Sorrow,* Londres, 1986.

—*The Grand Terror: A Reassessment*, Londres, 1990.

Correspondence Romain Rolland—Maxime Gorki en Cahiers Romain Rolland, París, 1991.

Curtiss, J., *Church and State in Russia: The Last Years of the Empire,* Nueva York, 1940.
—*The Russian Church and the Soviet State, 1917-1950*, Boston, 1953.
Custine, marqués de, *Empire of the Tsar: A Journey through Eternal Russia,* Nueva York, 1989.
Czap, P, «Peasant-Class Courts y Peasant Customary Justice in Russia, 1861-1912», *Journal of Social History,* 1 (1967).
Dal', V., *Poslovitsy russkogo naroda,* Moscú, 1957.
Dan, E., *Dva goda skitanii,* Berlín, 1921.
Danilov, V. P., «Ob istoricheskij sud'baj krest'ianskoi obshchiny v Rossii», *Ezhegodnik po agrarnoi istorii,* vyp. 6, *Problemy istorii russkoi obshchiny,* Vologda, 1976.
—«Pereraspredelenie zemel'nogo fonda Rossii v rezul'tate velikoi oktiabr'skoi revo-liutsii», en *Leninskii dekret o zemle: sbornik statei,* Moscú, 1979.
—*Sovetsikaia dokoljoznaia derevnia: sotsial'naia struktura, sotsial'nye otnosheniia*, Moscú, 1979
—*Rural Russia under the New Regime*, Londres, 1988.
Davies, N., *White Eagle, Red Star: The Polish-Soviet War, 1919-1920,* Londres, 1972.
—*God's Playground: A History of Poland,* 2 vols., Londres, 1981.
Dazhina, I. M., ed., «Amerikanskie dnevniki A. M. Kollontai (1915-1916 gg.)», *Isto-richeskii arjiv,* I (1962).
Dazhina, I. M., y R. Tsivlina, «Iz arjiva A. M. Kollontai (Dnevniki, pis'ma, stat'i 19151917 gg.)», *Inostrannaia Literatura,* 1-2 (1970).
Debate on Soviet Power, The: Minutes of theAll-Russian Central Committee of Soviets Second Convocation, October 1917-January 1918, ed. de J. Keep, Oxford, 1979.
De Jonge, A., *The Life and Times of Grigorii Rasputin,* Nueva York, 1982.
Delmas, J., «Légionnaire et diplomate: Le capitaine Z. Peshkoff», *Revue historique de l'Armée,* 10, 1968.
Denikin, A. I., *Ocherki russkoi smuty,* 5 vols., París, 1921-1926.
—*Staraia armiia,* París, 1929-1931.
Desiaty s'ezd RKP(b). Stenograficheskii otechet, Moscú, 1963.
Deutscher, I., *The Prophet Armed: Trotsky, 1879-1921,* Oxford, 1954.
Deviataia konferentsiia RKP(b). Protokoly, Moscú, 1972.
Deviatyi s'ezd RKP(b). Protokoly, Moscú, 1960.

Diaries of Theodor Herzl, The, ed. de Marvin Lowenthal, Londres, 1958.

Dixon, S., «The Church's Social Role in St Petersburg», en G. Hosking, ed., *Church.*

«Dnevnik A. A. Polovtsova», *Krasnyi arjiv,* 3-4 (1923); 33 (1929); 46 (1931); 67 (1934).

«Dnevnik Nikolaia Romanova», *Krasnyi arjiv,* 20-22 (1927).

«Dnevniki kn. Ekateriny Alekseevny Sviatopolk-Mirskoi za 1904-1905. gg.», *Istori-cheskie zapiski,* 77 (1965).

Doklad ot narodnogo komissara putei soobshcheniia, Moscú, 1919.

Dolgorukov, príncipe P. D., *Velikaia razruja,* 1916-1926, Madrid, 1964.

Donskii, R., «Ot Moskvy do Berlina», Arjiv russkoi revoliutsii, I (Berlín, 1923).

Dostoyevsky F. M., *Polnoe sobranie sochinenii v tridtsati tomaj,* Leningrado, 19801984.

Draper, T., *The Roots of American Communism,* Nueva York, 1967.

Dukes, P., *Red Dusk and the Morrow,* Londres, 1922.

Dune, E., *Notes of a Red Guard,* Urbana, 1993.

Dvagoda deiatel'nosti tsentral'noi komissii po snabzheniiu rabochij i ee mestnyj organov, (19191921 gg.), Moscú, 1921.

Edelman, R., *Gentry Politics on the Eve of the Russian Revolution: The Nationalist Party, 1907-1917,* New Brunswick, 1980.

Edwards, A., *Sonya: The Life of Countess Tolstoi,* Londres, 1981.

Efimenko, A., *Issledovaniia narodnoi zhizni,* 2 vols., Moscú, 1884.

Egorov, A. I., *Razgrom Denikina 1919,* Moscú, 1931.

Eklof, B., *Russian Peasant Schools: Officialdom, Village Culture and Popular Pedagogy, 15611914,* Berkeley, 1986.

Ekonomicheskoe polozhenie Rossii nakanune velikoi oktiabr'skoi sotsialisticheskoi revoliutsii, Leningrado, 1967.

Elchaninov, A., *Tsar Nicholas II,* Londres, 1913.

Elkina, D., «Likvidatsiia negramotnosti v Krasnoi Armii na frontaj grazhdanskoi voiny», *Narodnoe obrazovanie,* 12 (1957).

Emmons, T., *The Formation of Political Parties and the First National Elections in Russia,* Cambridge (Massachusetts), 1983.

—«The Zemstvo in Historical Perspective», en T. Emmons y W. Vucinich, eds., *The Zemstva.*

Emmons, T. y W. Vucinich, eds., *The Zemstva in Russia: An Experiment in*

Local Self-

Government, Cambridge (Massachusetts), 1982. Engelstein, L., *Moscow 1905: Working Class Organisation and Political Conflict,* Stan-ford, 1982.

— *The Keys to Happiness: Sex and the Search for Modernity in Fin-de-Siecle Russia,* Cornell, 1992.

Ermanskii, O. A., *Iz perezhitogo,* Moscú-Leningrado, 1927.

Esikov, S. y L. Protasov, «"Antonovshchina": novye podjody», *Voprosy istorii,* 6/7 (1992).

Essad-Bey, M., *Nicholas II: Prisoner of the Purple,* Londres, 1936. Fainsod, M., *How Russia Is Ruled,* Cambridge (Massachusetts), 1963. Fanger, D., «The Peasant in Literature», en W. Vucinich, ed., *The Peasant.* Farmborough, F., *Nurse at the Russian Front,* Londres, 1977.

Farnsworth, B., «Village Women Experience the Revolution», en A. Gleason y otros, eds., *Bolshevik Culture.* Faulenbach, B., ed., *Geschichtwissenschaft in Deutscthland,* Múnich, 1974. Ferro, M., *The Russian Revolution of February 1917,* Londres, 1972.

— *October 1917: A Social History of the Russian Revolution,* Londres, 1980.

— *Nicholas II: The Last of the Tsars,* Londres, 1991.

Figes, O., *Peasant Russia, Civil War: The Volga Countryside in Revolution (1917-1921),* Oxford, 1989.

—«The Red Army and Mass Mobilization during the Russian Civil War», *Past and Present,* 129 (1990), 206-209. Fischer, L., *The Life of Lenin,* Londres, 1965.

Fisher, H., *The Famine in Soviet Russia,* 1919-1923, Nueva York, 1927. Fitzpatrick, S., *The Commissariat of Enlightenment: Soviet Organization of Education and the Arts under Lunacharsky,* Cambridge, 1970.

— «Sex and Revolution: An Examination of Literary and Statistical Data on the Mores of Soviet Students in the 1920s», *Journal of Modern History,* 50 (1978).

— *The Cultural Front: Power and Culture in Revolutionary Russia,* Cornell, 1992.

— *Stalin's Peasants: Resistance and Survival in the Russian Village after Collectivization,* Oxford, 1994.

— A. Rabinowitch, y R. Stites, eds., *Russia in the Era of NEP: Explorations in Soviet Society and Culture,* Bloomington, 1991. Fleming, P., *The Fate of Admiral Kolchak,* Londres, 1963. Florinsky, M., *The End of the Russian Empire,* New Haven, 1931. Fokke, D. G., «Na stene i za kulisami brestskoi

tragikomedii», *Arjiv russkoi revoliutsii, 20 (Berlín), 1930. Fotieva, L., Iz zhizni Lenina,* Moscú, 1959

Frank. S., «Popular Justice, Community and Culture among the Russian Peasantry, 1870-1900», *Russian Review,* 46 (1987).

Freeze, G., «"Going to the Intelligentsia": the Church and its Urban Mission in Post-Reform Russia», en E. Clowes, S. Kassow y J. West, eds., *Between Tsarand People.*

— *The Parish Clergy in Ninlteenth-Century Russia: Crisis, Reform, Counter-Reform,* Princeton, 1983.

— «Handmaiden of the State? The Church in Imperial Russia Reconsidered», *Journal of Ecclesiastical History,* 36, I (1985).

— «The Soslovie (Estate) Paradigm and Russian Social History», *American Historical Review,* 91 (1986), ss. 11-36.

— «Bringing Order to the Russian Family: Marriage and Divorce in Imperial Russia, 1760-1860», *Journal ofModern History,* 62 (1990). Frenkin, M., *Russkaia armiia i revoliutsiia 1917-1918,* Múnich, 1970. Frieden, N. M., *Russian Physicians in an Era of Reform and Revolution, 1856-1905,* Prin-ceton, 1981.

Friedgutt, T., *Iuzovka and Revolution,* 2 vols., Princeton, 1989 y 1993. Frierson, C., «Rural Justice in Public Opinion: The Volost» Court Debate, 1861-1912», *Slavonic and East European Review,* 64 (1986).

— «Crime and Punishment in the RussianVillage: Rural Concepts of Criminality at the End of the Nineteenth Century», *Slavic Review,* 46 (1987).

— «Razdel: The Peasant Family Divided», *Russian Review,* 46 (1987).

— «Peasant Family Divisions and the Commune», en R. Bartlett, ed., *Land.*

— *Peasant Icons: Representations of Rural People in Late 19th Century Russia,* Oxford, 1993. Fuhrmann, J., *Rasputin: A Life,* Nueva York, 1990.

Fuller, W., *Civil-Military Conflict in Imperial Russia, 1881-1914,* Princeton, 1985. Galai, S., *The Liberation Movement in Russia 1900-1905,* Cambridge (Massachusetts), 1973.

Galili, Z., *The Menshevik Leaders in the Russian Revolution: Social Realities and Political*

Strategies, Princeton, 1989. Galynskii, T., *Ocherki po istorii agrarnoi revoliutsii Serdobskogo uezda, Saratovskoi gubernii,* Serdobsk, 1924.

Gankin, O. y H. Fisher, eds., *The Bolsheviks and the World War: The Origins of the Third*

International, Stanford, 1940 . Gatrell, P., *The Tsarist Economy,* 1850-1917, Londres, 1986.

Geifman, A., *Thou Shalt Kill: Revolutionary Terrorism in Russia, 1894-1917,* Prince-ton, 1993.

Gellner, E., *Nations and Nationalism,* Oxford, 1983.

Gernet, M. L., *Istoriia tsarskoi tiur'my,* 5 vols., Moscú, 1961-1962.

—*Moral'naia statistika,* Moscú, 1972.

Gerschenkron, A., «Agrarian Policies and Industrializacion in Russia, 1861-1917», en

Cambridge Economic History of Europe, 6/2, Cambridge, 1965. Getzler, I., *Martov: A Political Biography of a Russian Social Democrat,* Londres, 1967. Getzler, I., *Kronstadt, 1917-1921: The Fate of a Soviet Democracy,* Cambridge, 1983.

Gilliard. P., *Thirteen Years at the Russian Court,* Londres, 1921.

Gins, G. K., *Sibir', soiuzniki i Kolchak: povorotnyi moment russkoi istorii 1918-1920gg.,*

Pekín y Jarbin, 1921 Gippius, Z., *Siniaia kniga,* Belgrado, 1929.

— *Dmitrii Merezhkovskii,* París, 1951.

— *Peterburgskie dnevniki (1914-1919),* Nueva York, 1982. Gitelman, Z., *A Century of Ambivalence,* Nueva York, 1988. Gleason, A., *Young Russia,* Nueva York, 1980.

Gleason, A., P. Kenez, y R. Stites, eds., *Bolsheviks Culture,* Bloomington, 1985. Gleason, W., «The All-Russian Union of Zemstvos and World War I», en T. Emmons y W. Vucinich, eds., *The Zemstva.* Glickman, R., «Alternative View of Peasantry», *Slavic Review,* 32 (1973).

— *Russian Factory Women: Workplece and Society, 1880-1914,* Berkeley, 1988. Gogol', D., «Maksim Gor'kii v petropavlovskoi kreposti», *Katorga i ssylka,* 8/9 (1932). Golder, F., *Documents on Russian History, 1914-1917,* Nueva York, 1927. Goldman, E., *My Disillusionment in Russia,* Garden City, 1923.

— *My Further Desillusionment in Russia,* Garden City, 1924.

Goldman, W., «Working-Class Women and the "Withering Away" of the Family: Popular Responses to Family Policy», en S. Fitzpatrick y otros, eds., *Russia in the Era of NEP.*

— *Women, the State and Revolution: Soviet Family Policy and Social Life,* 1917-1936, Cambridge, 1993.

Golovin, N., *The Russian Army in the World War,* Nueva York, 1931. Gorev,

B., *Iz partiinogo proshlogo. Vospominaniia, 1895-1905,* Leningrado, 1924. Gorkay, B., «Turkish Settlement and the Caucasus (October 1918-March 1921)», artículo presentado a la Universidad de Birmingham, 1993. Gorky, A. M., «Pis'ma k K. P. Piatnitskomu», en *Arjiv A. M. Gor'kogo,* vol. 4, Moscú, 1954.

— «Pis'ma k E. P. Peshkovoi, 1895-1926», en *Arshiv A. M. Gor'kogo,* vol. 5, Moscú, 1955

— «Pis'ma k pisatel'iam i I. P. Ladyzhnikovu», en *Arkhiv A. M. Gor'kogo*, vol. 7, Moscú, 1959.

— *Perepiska A. M. Gor'goko s zarubezhnymi literatorami,* Moscú, 1960.

— *Polnoe sobranie sochinenii*, Moscú, 1968.

A. M Gor'kii v epoju revoliutsii, 1905-1907gg. Materialy, vospominaniia, isslelovaniia, Moscú, 1957.

— *Letters,* Moscú, 1964.

— *My Childhood,* Harmondsworth, 1966.

— *My Universities,* Harmondsworth, 1966.

— *Lenin*, Edimburgo, 1967.

Gorky, A. M., *Fragments from My Diary,* Londres, 1972.

— «On the Russian Peasantry», en R. E. F. Smith, ed., *The Russian Peasantry 1920 and*

1984, Londres, 1977.

Gourko, G., *Memories and Impressions of War and Revolution in Russia, 1914-1917*, Londres, 1918.

Graham, S., *With the Russian Pilgrims to Jerusalem*, Londres, 1914. Grave, B. B., ed., *Burzhuazia nakanune revoliutsii,* Moscú, 1927. Graves, W. S., *America's Siberian Adventure, 1918-1920,* Nueva York, 1941. *Grazhdanskaia voina na Volge v 1918godu. Sbornik pervyi,* Praga, 1930. Graziosi, A., «G. L. Piatakov (1890-1937): A Mirror of Soviet History», *Harvard Ukrainian Studies,* 14 (1990). Gregory, P., «Grain Marketings and Peasant Consumption, Russia, 1885-1913», *Explo-rations in Economic History,* 17 (1980).

— «Russian Living Standards During the Era of Industrialisation, 1885-1913», *Review of*

Income and Wealth, 26 (1980). Grondijs, L. H., *La Guerre en Russie et en Sibérie*, París, 1922. Gruzenberg, O., *Yesterday: Memoirs of a Russian-Jewish Lawyer,* Berkeley, 1981. *Gubernskii s'ezd kretst'ianskij deputatov Tomskoigubernii*, Tomsk, 1917. Gukovskii, A. I., ed., «Agrarnaia politika Vrangelia», *Krasnyi Arjiv,* 26 (1928). Gul', R., «Byloe», *Ogonek*, 7 (febrero

1992).

— *Ledianoi pojod,* Berlín, s. f.

Gurko, V.I., *Figures and Features of the Past: Government and Opinion in the Reign of Nicholas II,* Stanford, 1939. —*Tsar i Tsaritsa,* París, s. f.

Guthier, S., «The Popular Base of Ukrainian Nationalism in 1917», *Slavic Review,* 38 (1979).

— «Ukrainian Cities During the Revolution and Inter-War Period», en I. Rudnytsky, ed., *Rethinking Ukrainian History,* Edmonton, 1981.

— «The Roots of Popular Ukrainian Nationalism: A Demographic, Social and Politi-

cal Study of the Ukrainian Nationality to 1917», Universidad de Michigan, 1990. Hagen, M. von, *Soldiers in the Proletarian Dictatorship: The Red Army and the Soviet Socialist State, 1917-1930,* Ítaca y Londres, 1990. Haimson, L., «The Problem of Social Stability in Urban Russia, 1905-1917», *Slavic Review,* 23-24 (1964-1965).

— ed., *The Politics of Rural Russia, 1905-1914,* Bloomington, 1979.

— ed., *The Making of Three Russian Revolutionaries: Voices from the Menshevik Past,* Cambridge, 1987.

— «The Problem of Social Identities in Early Twentieth-Century Russia», *Slavic Review, 47 (1988).*

Hamburg, G., *Politics of the Russian Nobility, 1881-1905,* New Brunswick, 1984. Hamm, M., «Liberal Politics in Wartime Russia: An Analysis of the Progressive Bloc», *Slavic Review,* 53 (1974).

Harrison, M. E., *Marooned in Moscow,* Nueva York, 1921.

Hasegawa, T., *The February Revolution: Petrograd 1917,* Seattle, 1981.

Hasek, J., *The Red Commissar,* Londres, 1983.

Heald, E., «Witness to Revolution: Letters from Russia, 1916-1919», Kent State Uni-versity Press, 1974.

Heenan, L. C., *Russian Democracy's Fateful Blunder: The Summer Offensive of 1917,* Nueva York, 1987.

Heller, M., «Premier avertissement: un coup de fouet. L'histoire de l'expulsion des per-sonnalités culturelles hors de l'Union Soviétique en 1922», *Cahiers du Monde Rus-se et Sovietique,* 20-21 (1974).

Herzen, A., *From the Other Shore,* Oxford, 1979.

Himka, J. P., *Galician Villagers and the Ukrainian National Movement in the Nineteenth Century,* Nueva York, 1988.

Hindenburg, P. von, *Out of My Life*, Londres, 1920.

Hindus, M., *Red Bread*, Bloomington, 1988.

Hoare, S., *The Fourth Seal*, Londres, 1930.

Hobsbawm, E. J., *Nations and Nationalism since 1870: Programme, Myth, Reality*, Cambridge, 1990.

Hofer, T., «The Creation of Ethnic Symbols from the Elements of Peasant Culture», en P. Sugar, ed., *Ethnic Diversity and Conflict in Eastern Europe*, Santa Bárbara, 1980.

Hoffman, M. von, *War Diaries and Other Papers*, Londres, 1929.

Hogan, H., «Conciliation Boards in Revolutionary Russia: Aspects of the Crisis of Labor-Management Relations in 1917», *Russian History*, 9 (1982).

Holquist, P., *A Russian Vendée: The Practise of Revolutionary Politics in the Don Country-side, 1917-1921*, tesis inédita, Columbia, 1995.

Hosking, G., *The Russian Constitutional Experiment: Government and Duma, 1907-1914*, Cambridge, 1973.

Hosking, G., y R. T. Manning, «What Was the United Nobility?», en L. Haimson, ed., *The Politics of Rural Russia*.

Hosking, G., ed., *Church, Nation and State in Russia and Ukraine*, Londres, 1991.

Hovannisen, R., *The Republic of Armenia*, 2 vols., Berkeley, 1971 y 1982.

Hunt, L., *The Farnily Romance of the French Revolution*, Londres, 1992.

Hutchinson, J. E, «The Octobrists and the Future of Russia as a Grand Power», *Sla-vonic and East European Review*, 50 (1972).

Iajontov, A., «Tiazhelye dni», *Arciv russkoi revoliutsii*, 17 (Berlín) 1926.

Iakovlev, Y., *Derevnia kak ona est'*, Moscú, 1924.

— *Nasha derevnia: Novoe v starom i staroe v novom*, Moscú, 1924.

Ignat'ev, A., «V noch' na 25 oktiabria 1917 goda», *Krasnaia letopis'*, 6 (1923).

Ironside, E., *Tannenberg: The First Thirty Days in East Prussia*, Londres, 1925.

Iroshnikov, M., *Sozdanie sovetskogo tsentral'nogo gosudarstvennogo apparata*, Moscú-Leningrado, 1966.

Isaev, A., *Bezrabotitsa v SSSR i bor'ba s neiu, 1917-1924*, Moscú, 1924.
Iswolsky, M., *Memoirs*, Londres, 1920.

Itogi bor'by sgolodom v 1921-1922 gg. Sbornik statei i otchetov, Moscú, 1922.
Iusupov, F., *Pered izgnaniem, 1887-1919*, Moscú, 1993.

Ivanov, A., «Volnenie v 1916 g. v 181-om zapasnom pejotnom polku»,

Krasnaia leto-pis', 10 (1924).

Ivanov, V. V., «Pochemu Stalin ubil Gor'kogo?», *Voprosy literatury*, 1 (1993).

Ivanov-Razumnik, V. R., *The Memoirs of Ivanov-Razumnik*, Oxford, 1965.

«Iz ofitserskij pisem c fronta v 1917 g.», *Krasnyi Arjiv*, 50-51, 1932.

Jansen, M., *A Show Trial under Lenin*, La Haya, 1982.

Jodasevich, V. F., *Nekropol: Vospominaniia*, Bruselas, 1939.

Jodasevich, V. F., *Belyi koridor. Vospominaniia*, Nueva York, 1982.

Johnson, R., *Peasant and Proletarian: The Working Class of Moscow in the Late Nineteenth Century*, New Brunswick, 1979. Jones, S., *Russia in Revolution, Being the Experience of an Englishman in Russia during the*

Upheaval, Londres, 1917. — «The Establishment of Soviet Power in Transcaucasia: The Case of Georgia, 19211928», *Soviet Studies*, 40 (1988). Joravsky, D., *Russian Psychology: A Critical History*, Oxford, 1989. *Jronika grazhdanskoi voiny v Sibiri*, Moscú-Leningrado, 1926.

Jrystiuk, P., *Zametki i materialy do istorii ukrainskoi revoliutsii, 1917-1920gg.*, 2 vols., 1, Viena, 1921.

Judge, E. H., «Urban Growth and Anti-Semitism in Russian Moldavia», en L. H. Judge y J. Y. Simms, eds., *Modernization and Revolution*. Judge, E. H. y J. Y. Simms, *Modernization and Revolution: Dilemmas of Progress in Late*

Imperial Russia: Essays in Honor of Arthur P. Mendel, Nueva York, 1992. Juviler, P., «Contradictions of Revolution: Juvenile Crime and Rehabilitation», en A. Gleason y otros, eds., *Bolshevik Culture*. Kabanov, V. V., *Oktiabr'skaia revoliutsiia i kooperatsiia (1917-mart 1919)*, Moscú, 1973. —, *Krest'ianskoe joziaistvo v usloviiaj «voennogo kommunizma'*, Moscú, 1988. Kalinin, I., *Pod znamenem Vrangelia*, Leningrado, 1925. Kal'nitskii, Y., *Ot fevralia k Oktiabriu: Vospominaniia frontovika*, Jartún, 1924. Kalugin, O, *Vid s Lubianki*, Moscú, 1990. Kantorovich, V., «Fedor Linde», *Byloe*, 24 (1924).

«Kar'kov v oktiabre 1905 g. (pis'mo uchastnika sobytii)», *Katorga i ssylka*, 19 (1925). «Karl Marks i tsarskaia tsenzura», *Krasnyi Arjiv*, 1933, 1.

Karpinskii, V. A., «Vladimir Il'ich za granitsei v 1914-1917 gg.», *Zapiski Instituta Lenina*, vol. 2, Moscú, 1927. Karpov, U., «Po volnam zhiteinogo moria. Vospominaniia» *Novyi mir*, 1, (1992). Kassow, S., *Students, Professors and the State in Tsarist Russia*, California, 1969. Katkov, G., *Russia 1917: The February Revolution*, Londres, 1967.

— *The Kornilov Affair Kérensky and the Break-up de the Russian Army*, Londres, 1980. Kavtaradze, A., *Voennye spetsialisty na sluzhbe Respubliki*

Sovetov 1917-1920gg., Moscú, 1988.

Keep, J. L. H., *The Russian Revolution: A Study in Mass Mobilization,* Londres, 1976.

— «The Military Style de the Romanov Rulers», *War and Society,* I, 2, (1983). Kelly, A., *Mikhail Bakunin: A Study in the Psychology and Politics of Utopianism,* Yale, 1987.

— «Self-Censorship and the Russian Intelligentsia, 1905-1914», *Slavic Review,* 46 (1987). Kenez, P., *Civil War in South Russia, 1918: The First Year of the Volunteer Army,* Berkeley, 1971.

— *Civil War in South Russia, 1919-1920: The Defeat of the Whites,* Berkeley, 1977.

— *The Birth of the Propaganda State,* Cambridge, 1985. Kennan, G. F., *Russia Leaves the War,* Princeton, 1956. Kérensky, A. F., *Izdaleka,* París, 1922.

— *The Catastrophe: Kérensky's Own Story of the Russian Revolution,* Londres, 1927.

— *The Crucifixion of Liberty,* Londres, 1934.

— *The Kerensky Memoirs: Russia and History's Turning Point,* Londres, 1965. Ketola, E., «Russkaia revoliutsiia i nezavisimost' Finlandii», en *Anatomiia.* Kin, D., *Denikinshchina,* Leningrado, 1927.

Kingston-Mann, E. y T. Mixter, eds., *Peasant Economy, Culture, and Politics of European*

Russia, 1800-1921, Princeton, 1991. Kiriujin, N., *Iz dnevnika voennogo komissara: grazhdanskaia voina, 1918-1919gg.,* Moscú, 1928.

Kirpichnikov, T., «Vosstanie I-go volynskogo polka v fevrale 1917», *Byloe,* 27-28 (1917). Kitaev, M., «Stroitel'stvo sel'skij partiinyj organizatsii v gody grazhdanskoi voiny»,

Voprosy istorii KPSS, 7 (1975). Kleinborg, L., *Istoriia bezrabotitsy v Rossii, 1857-1919gg.,* Moscú, 1925. Klier, J. y D. Lambroza, eds., *Pogroms: Anti-Jewish Violence in Modern Russian History,* Cambridge, 1992.

Knei-Paz, B., *The Social and Political Throught of Leon Trotsky,* Oxford, 1978. *Kniga o golode,* Moscú, 1922.

Knizhnik, I., «N. P. Poliakov-izdatel' *Kapitala* Karla Marksa», *Voprosy istorii,* 6 (1947). Knox, A., *With the Russian Army, 1914-1917,* 2 vols., Londres, 1921. Koenker, D. P, *Moscow Workers and the 1917 Revolution,* Princeton, 1981.

— «Urbanization and Deurbanization in the Russian Revolution and Civil War», *Journal of Modern History,* 57 (1985). Koenker, D. P., W. G. Rosenberg y

R. G. Suny, eds., *Party, State and Society in the*

Russian Civil War: Explorations in Social History, Bloomington, 1988. —W. G. Rosenberg, *Strikes and Revolution in Russia, 1917,* Princeton, 1989. Kokovtsov, Conde V. N., *Out of My Past: The Memoirs of Count Kokovtsov,* Stanford, 1935.

Kollontai, A. M., *Iz moei zhizni i raboty,* Moscú, 1974.

Kolonitskii, B., «A. F. Kérensky i Merezhkovskie v 1917 godu», *Literaturnoe obozre-nie*, 3 (1991).

Kolonitskii, B., «"Revolutionary Names": Russian Personal Names and Political Cons-ciousness in the 1920s and 1930s», *Revolutionary Russia,* 6 (1993).

— «Antibourgeois Propagya y Anti— «Burzhui» Consciousness in 1917», *Russian Review, 53 (1994).*

— «Zagadka Kerenskogo», *Zvezda,* 6 (1994).

— *Kul'tvozhdia,* manuscrito inédito.

— «The «Russian Idea» and the Ideology of the February Revolution», manuscrito iné dito.

Korenev, S. A., «Chrezvychainaia kommissiia po delam byvshij ministrov», *Arjiv russkoi revoliutsii,* (Berlín), 7 (1922). Kornakov, P., «Simvolika i ritualy revoliutsii 1917 g.», en *Anatomiia.* Korolenko, V. G., «Iz dnevnikov 1917-1921 gg.», en *Pamiat'. Istoricheskii sbornik* (París), 2 (1979).

Korros, A. S., «The Landed Nobility, the State Council and P. A. Stolypin, 1907-1911», en L. Haimson, ed., *The Politics of Rural Russia.* Kostiukov, «Kak my opozdali ko vziatiu zimnego dvortsa», *Krasnyi balteets,* 6 (1920). Kotsiubinskii, A., «Sekret liubvi Grigorii Rasputina», *Smena,* 2, 9, 16, 23, 27, 29 (diciembre de 1994).

Koz'min, B., «Molodaia Rossiia», en B. Koz'min, *P. G. Zaichnevskii i «Molodaia Ros-siia»,* Moscú, 1913.

Krasnov, P, «Na vnutrennom fronte», *Ajiv russkoi revoliutsii,* (Berlín), 1, 1922.

— «Vsevelikoe voisko donskoe», *Arjiv russkoi revoliutsii* (Berlín), 5/8 (1922-1923). Krasnov, V., «Iz vospominanii o 1917-1920 gg.», *Arjiv russkoi revoliutsii* (Berlín), 8 (1923). Krawchenko, B., *Social Change and National Consciousness in Twentieth-Century Ukraine,* Nueva York, 1985. *Kronshtadtskii miatezh: sbornik statei, vospominanii i dokumentov,* Leningrado, 1931. Krupskaya, N., *Vospominaniia o Lenine,* Moscú, 1968. Kryzhanovskii, S., *Vospominaniia,* Berlín, 1938.

Kuromiya, H., *Stalin's Industrial Revolution: Politics and Workers, 1928-1932,* Cambridge, 1988.

Kushner, P, ed., *Selo viriatno vproshlom i nastoiashem*, Moscú, 1958. Lambroza, S., «The Pogroms of1903-1906», en J. D. Klier y S. Lambroza, eds., *Pogroms.* Latsis, M., *Chezvychainye komissii po bor'be s kontrrevoliutsiei,* Moscú, 1921. Laue, T. von, «A Secret Memorandum of Sergei Witte on the Industrialization of Imperial Russia», *Journal of Modern History,* 26 (1954). Laue, T. von, «Russian Labour between Field and Factory, 1892-1903», *California Slavic Studies,* 3 (1964). Leggett, G., *The Cheka: Lenin's Political Police,* Oxford, 1981.

Lehovich, D., *White against Red: The Life of General Anton Denikin,* Nueva York, 1974. Leiberov, I. P., y S. D. Rudachenko, *Revoliutsia i jleb,* Moscú, 1990. Lemke, M. K., *250 dnei v tsarskoi stavke,* Petrogrado, 1920. Lenin, V. I., *Polnoe sobranie sochinenii,* Moscú, 1958-1965 [PSS].

— *Leninskii sbornik,* 39 vols., Moscú-Leningrado, 1924-1980. *Lenin and Gorky: Letters, Reminiscences, Articles,* Moscú, 1973. Leontovitsch, V, *Geschichte des Liberalismus in Russland,* Francfort, 1957. Leslie, R., *Reform and Insurrection in Russian Poland,* Londres, 1963.

Letters of Tsar Nicholas and the Empress Marie, edición de E. Bing, Londres, 1937. Levin, D., *Stormy Petrel,* Londres, 1967.

Lewin, M., *The Making of the Soviet System*, Nueva York, 1985. Liberman, S., *Building Lenin's Russia,* Chicago, 1945. Libknecht, V., *Pauki i muji,* Samara, 1917.

Lieven, D., «The Russian Civil Service Under Nicholas II: Some Variations on the Bureaucratic Theme», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas,* 29 (1981).

— *Russia and the Origins of the First World War,* Londres, 1983.

— *Russia's Rulers Under the Old Regime*, Nueva York, 1989.

— *Nicholas II: Emperor of All the Russias,* Londres, 1993.

Lih, Lars T., *Bread and Authority in Russia 1914-1921,* Berkeley, 1990. Lincoln, W. B., *In the Vanguard of Reform: Russia's Enlightened Bureaucrats 1815-1861,* Dekalb (Illinois), 1982.

— *Passage through Armageddon: The Russians in War and Revolution,* Nueva York, 1986.

— *Red Victory: A History of the Russian Civil War,* Nueva York, 1989.

Liubovich, A., «Kak organizovalsia i rabotal narodnyi kommissariat pocht i telegrafov

v pervyi period oktiabr'skoi revoliutsii», *Proletarskaia revoliutsiia,* 5 (1926). Lockhart, R. H. B., *Memoirs of a British Agent,* Londres, 1933.

— *The Diaries of Sir Robert Bruce Lockhart,* Londres, 1973.

Longley, D. A., «Some Historiographical Problems of Bolshevik Party Unity», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas,* 22, 1974. Lotman, Y., «The Decembrists in Daily Life», en Y. Lotman y B. Uspenskii, *Semiotics.*

— «The Poetics of Everyday Behaviour», en Y. Lotman y B. Uspenskii, *Semiotics.* Lotman, Y., y Uspenskii, B., *The Semiotics of Russian Culture,* Ann Arbor, 1984. Lukomskii, A. E, *Vospominaniia,* 2 vols., Berlín, 1922.

Lunacharsky, A. V., *Revolutionary Silhouettes,* Londres, 1967.

Lutskii, E. A., «Krest'ianskoe vosstanie v Tambovskoi gubernii v 1917 g.», *Istoriches-kie zapiski,* 2 (1938).

L'vov-Rogachevskii, «Oktiabr'skie dni 1905 goda v Jar'kove», *Katorga i ssylka,* 19 (1925). McAuley, M., *Bread and Justice: State and Society in Petrograd, 1917-1922,* Oxford, 1991.

— ed., *The Russian Revolution and the Soviet State, 1917-1921: Documents,* Londres, 1988. McClelland, «Utopianism versus Revolutionary Heroism in Bolshevik Policy: The Pro-

letarian Culture Debate», *Slavic Review,* 39 (1980).

McDaniel, T., *Autocracy, Capitalism and Revolution in Russia,* Berkeley, 1988. Mace, J., *Communism and the Dilemmas of National Liberation: National Communism in*

Soviet Ukraine, 1918-1933, Cambridge, 1983. Macey, D. J., «The Land Captains: A Note on their Social Composition, 1889-1913»,

Russian History, 16 (1989). —«The Peasant Commune and the Stolypin Reforms: Peasant Attitudes, 1906-1914»,

en R. Bartlett, ed., *Land Commune.* McKean, R. B., *St Petersburg between the Revolutions: Workers and Revolutionaries, June*

1907-February 1917, New Haven, 1990. McKenzie, K. E., «Zemstvo Organizations and their Role within the Administrative

Structure», en T. Emmons y W. Vucinich, eds., *The Zemstva.* Mackenzie Wallace, D., *Russia,* 2 vols., Londres, 1905.

McNeal, R. H., *Bride of the Revolution: Krupskaya and Lenin,* Ann Arbor, 1972.

— *Tsar and Cossack, 1855-1914,* Nueva York, 1967. Maiskii, I., *Demokraticheskaia kontrrevoliutsiia,* Moscú, 1923.

Majstrenko, I., *Borot'bism: A Chapter in the History of Ukrainian Communism,* Nueva York, 1954.

Maksakov, V., ed., *Partizanskoe dvizhenie v Sibiri,* Moscú-Leningrado, 1925. Male, D., *Russian Peasant Organization Before Collectivization,* Cambridge, 1971. Maleev, A. F., *Tridtsat' dnei evreiskogo pogroma v mestechke Krivoe Ozero,* Moscú, 1921. Malet, M., *Nestor Makhno in the Russian Civil War,* Londres, 1982. Malia, M., *Alexander Herzen and the Birth of Russian Socialism, 1812-1855,* Harvard, 1961.

Maliantovich, P. N., «V zimnem dvortse 25-26 oktiabria 1917 goda», *Byloe,* 12 (1918). Malle, S., *The Economic Organization of War Communism, 1918-1921,* Cambridge, 1985. Mally, L., «Intellectuals in the Proletkult: Problems of Authority and Expertise», en

D. P. Koenker, W. G. Rosenberg y R. G. Suny, eds., *Party.* Mamantov, V. I., *Nagosudarevoi sluzhbe,* Tallin, 1926.

Mandel, D., *The Petrograd Workers and the Soviet Seizure of Power,* Nueva York, 1984. Mandelstam, N., *Hope Abandoned,* Londres, 1974.

Mannerheim, C. G. E., *The Memoirs of Marshal Mannerheim,* Nueva York, 1954. Manning, R. T., *The Crisis of the Old Order in Russia: Gentry and Government,* Prince-ton, 1982.

— «The Zemstvo and Politics, 1904-1914», en T. Emmons y W. Vucinich, eds., *The Zemstva.*

Martov, Y., *Zapiski sotsialdemokrata,* Berlín, 1922.

Martynov, E. I., *Kornilov: Popytia voennogo perevorota,* Leningrado, 1927.

— *Tsarskaia armiiav fevral'skom perevorote,* Leningrado, 1927. Maslov, S. S., *Rossiaposle chetyrej let revoliutsii,* 2 vols., París, 1922. Massie, R. K., *Nicholas and Alexandra,* Londres, 1968.

— *The Romanovs: The Final Chapter,* Londres, 1995.

Materialy narodnogo kommissariata iustitsii (Moscú), I (1918).

Materialy po statistike Petrograda (Petrogrado), I (1920).

Matossian, M., «The Peasant Way of Life», en W. Vucinich, ed., *The Peasant.*

Matthewson, R. W., *The Positive Hero in Russian Literature,* Stanford, 1975.

Mawdsley, E., *The Russian Revolution and the Baltic Fleet: War and Politics, February 1917-April 1918,* Londres, 1978.

— *The Russian Civil War,* Londres, 1987.

Mayakovsky, V., *Polnoe sobranie sochinenii,* Moscú, 1955-1961.

Maynard, J., *The Russian Peasant and Other Studies,* Londres, 1942.

Medvedev, R., y S. Starikov, *Philip Mironov and the Russian Civil War,* Nueva York, 1978.

Melamed, S. M., «St Paul and Leon Trotsky», *Reflex,* noviembre de 1927.

Melgunov, S. P., *The Red Terror in Russia,* Londres, 1925.

— *Tragediia Admiraca Kolchaka,* Belgrado, 1930.

— *The Bolshevik Seizure of Power,* Oxford, 1972.

Mendel'son, A. L., *Itogoprinulitel'noi trezvosti i novye formy p'ianstva,* Leningrado, 1916.

Meshcherskaia, E., «Trudovoe kreshchenie», *Novyi mir,* 4 (1988).

MeyendorffJ., «Russian Bishops and Church Reform in 1905», en G. Hosking, ed., *Church.*

Michelson, A., «The Wings of Hypothesis», en *Montage and Modern Life, 1919-1942,* Boston, 1992.

Mikoian, A., *Mysli i vospominaniia o Lenine,* Moscú, 1970.

Miliukov, P. N., *Istoriia vtoroi russkoi revoliutsii,* Sofia, 1921.

— *Russia Today and Tomorrow,* Londres, 1922.

— *Political Memoirs, 1905-1917,* Ann Arbor, 1967.

— *The Russian Revolution,* 3 vols., Florida, 1987.

Miliutin, A, «Stranitsy in dnevnika», *Prozhektor,* 4 (1924).

Minor, A. S., *Novye formy p'ianstva denaturom i spirtosoderzhashchimi zlidkostiami,* Moscú, 1915.

Mironov, B., «The Russian Peasant Commune After the Reforms of the 1860s», *Sla-vic Review,* 44 (1985).

Mixter, T., «Peasant Collective Action in Saratov Province, 1902-1906», en R. Wade y S. Seregny, *Politics and Society in Provincial Russia: Saratov, 1590-1917,* Colum-bus (Ohio), 1989.

Mordvinov, A., «Otryvki in vospominanii», *Russkaia letopis',* 5 (1923).

Morizet, A., *Chez Lénine et Trotski a Moscou,* París, s. f

Morrison, J. D., «The Church Schools and Seminaries in the Russian Revolution of 1905», en G. Hosking, ed., *Church.*

Mosse, W. E., «Bureaucracy and Nobility in Russia at the End of the Nineteenth Cen-tury», *HistoricalJournal,* 24 (1981).

Mossolov, A. A., *At the Court of the Last Tsar,* Londres, 1935.

Mstislavsky, S., *Five Days Which Transformed Russia,* Londres, 1988. Nabokov, K. D., *Ispytaniia diplomata,* Estocolmo, 1921.

— «The Provisional Government», en U. D. Medlin y S. L. Parsons, eds., *V. D.*

Nabokov and the Russian Provisional Government, 1917, New Haven, 1976. *Narodnyi komissariat putei soobshcheniia za dva gola revoliutsii. Otchet VII-my vserossiiskomu s'ezdy sovetov,* Moscú, 1919. *Narodnyi pisatel' Sergei Terent'evich Semyonov,* Moscú, 1968.

Naumov, A. N., *Iz ustelevshij vospominanii, 1868-1917,* 2 vols., Nueva York, 1954. Naumov, V., «1923 god: sud'ba leninskoi al'ternativy», *Kommunist,* 5 (1991). Nazhivin, I., *Zapiski o revoliutsii,* Viena, 1921. Nesterovich-Berg, M. A., *V bor'be s bol'shevikami,* París, 1931.

Neuberger, J., «Stories of the Street: Hooliganism in the St Petersburg Popular Press, 1900-1905», *Slavic Review,* 48 (1989).

— *Hooliganism: Crime, Culture and Power in St. Petersburg, 1900-1914,* Berkeley, 1993.

New Economic Policits of Soviet Russia, The, Chicago, 1921. Nikitine, B. V., *The Fatal Years,* Londres, 1938.

Nikolaevsky, B. I., *Power and the Soviet Elite: «The Letter of an Old Bolshevik» and other Essays,* Nueva York, 1965. Oberuchev, K., *V dni evoliutsii: vospominaniia uchastnika velikoi russkoi revoliutsii 1917*

goda, Nueva York, 1919. Obolenski, V. A., «Krym pri Vrangele», *Na chuzhoi storone,* 9 (1925).

— *Moia zhizn', moi sovremenniki,* París, 1988. *Ocherki byta derevenskoi molodezhi*, Moscú, 1924. *Odinnadtsatyi s'ezd RKP(b). Stenograficheskii otchet,* Moscú, 1922.

Okninskii, A., *Dva goda sredi krest'ian: videnno, slyshannoe, perezhitoe v Tambovskoi guber-nii s noiabria 1918goda do noiabria 1920goda,* Newtonville (Massachusetts), 1986. *Oktiabr'skoe vooruzhennoe vosstanie v Petrograde: Dokumenty i materialy,* ed. de G. N. Goli-

kov y otros, Moscú, 1957. *O Lenine: sbornik statei i vystuplenii,* Moscú, 1965. Ordhonikidze, F.K., *Stat'i i rechi,* Moscú, 1956.

Orlovsky, D. T., «State-Building in che Civil War: The Role of the Lower-Middle Strata», en D. P. Koenker y otros, eds., *Party.* Os'kin, D. P., *Joziaistvennaia rabota 2-oi osoboi armii,* Moscú, 1926.

— *Zapiski soldata,* Moscú, 1926.

— *Zapiski voenkoma,* Moscú, 1931.

— *Vospominaniia o Vlalimire Il'iche Lenine,* Moscú, 1957.

Owen, T. L., *Capitalism and Politics in Russia: A Social History of the Moscow Merchants, 1855-1905,* Cambridge, 1981. *Padenie tsarskogo rezhima,* 7

vols., Leningrado, 1924-1927.

Pajman, S. V., *Obychnoegrazhdanskoe pravo v Rossii,* 2 vols., San Petersburgo, 1877 y 1879.

Pal'chinskii, P. I., «Poslednye chasy vremennogo pravitel'stva v 1917 godu», *Krasnyi Arjiv,* 1 (1933).

Paléologue, M., *An Ambassador's Memoirs,* vol. I, Londres, 1923. Paley, princesa, *Memories of Russia, 1916-1919,* Londres, s. f

Pallot, J., y D. Shaw, *Landscape and Settlement in Romanov Russia, 1613-1917,* Oxford, 1990.

Pamiat': istoricheskii sbornik, París, 1981.

Pares, B., ed., *Letters of the Tsaritsa to the Tsar,* Londres, 1923.

— *My Russian Memoirs,* Londres, 1931.

— *The Fall of the Russian Monarchy,* Londres, 1939.

Park, A. G., *Bolshevism in Turkestan, 1917-1927,* Nueva York, 1957. Pascal, P., *En Communisme: Mon journal de Russie, 1918-1921,* Lausana, 1977. Pasternak, B., *Stijotvoreniia i poemy,* Moscú-Leningrado, 1965.

Pasternak Slater, Ann, ed. y trad., *A Vanished Present: The Memoirs ofAlexander Paster-*

nak, Oxford, 1994. Paustovsky, K., *Story of My Life,* Nueva York, 1964. Pavlov, I., *Markovskaia respublika,* Moscú, 1926.

Pearson, R., *The Russian Moderates and the Crisis of Tsarism, 1914-1917,* Londres, 1977. Pearson, T., *Russian Officialdom in Crisis,* Cambridge, 1990. *Perepiska Nikolaia i Aleksandry Romanovyj,* vol. 5, Moscú-Leningrado, 1927. Perrie, M., «The Russian Peasant Movement of 1905-1907: Its Social Composition

and Revolutionary Significance», *Past and Present,* 57 (1972). Perrot, M., *Les Ouvriers en Greve: France, 1871-1890,* París, 1974. Peshejonov, A. V., «Pered krasnym terrorom», *Na chuzhoi storone,* 2 (1923).

— «Pervye nedeli (iz vospominanii russkoi revoliutsii)», *Na chuzboi storone*, 1 (1923). Peters, «Vospominaniia o rabote vVChK v pervyi god revoliutsii», *Proletarskaia revoliutsiia,* 10 (1924). Pethybridge, R., *The Social Prelude to Stalinism*, Londres, 1974.

Petrogradskii sovet rabochij i soldatskij deputatov v 1917 godu. Dokumenty i materialy Petersburgo), vol. 1, 1993. Petrov, P. P., Ot Volgi lo Tijogo Okeana v riadaj belyj (1918-1922 gg.), Riga, 1930. Petrunkevich, I. I., «Iz zapisok obshchestvennogo deiatelia», *Arjiv russkoi revoliutsii,* Berlín, 21, 1934.

Piatyi vstrossiiskii s'ezd sovetov rabochj i kazachij deputatov. Stenograficheskii otchet, Moscú, 1918.

Pipes, R., *The Formation of the Soviet Union: Communism and Nationalism, 1917-1923,*

Harvard, 1954. Pipes, R., ed., *Revolutionary Russia,* Harvard, 1968.

— *Struve: Liberal on the Left,* Cambridge (Massachusetts), 1970.

— *Russia under the Old Regime,* Londres, 1982.

— *The Russian Revolution, 1899-1919,* Londres, 1990.

— *Russia under the Bolshevik Regime, 1919-1924,* Londres, 1994. Pireiko, A., *Na fronte imperialisticheskoi voiny,* Moscú, 1925.

«Pis'ma moi k tebe, konechno, istoricheskie», *Voprosy istorii KPSS,* 2 (1991). Pitcher, H., ed., *Witnesses of the Russian Revolution,* Londres, 1994. Pokrovskii, G., *Denikinshchina,* Berlín, 1923.

Poliak, V., «Zhutkie dni na Ukraine», *Evreiskaia letopis'* (Moscú), 2 (1923). Polner, T. I., *Zhiznennyiput' kniazia G. E. Lvova,* París, 1932.

Polner, T. I., V. Obolenskii y S. Turn, ed., *Russian Local Governmet during the War and the Union of Zemstvos,* New Haven, 1930. Polovtsov, general P. A., *Glory and Downfall: Reminiscences of a Russian General Staff Officer,* Londres, 1935. Potresov, A. N., *Posmertnyi sbornik proizvedenii,* París, 1937.

Pozner, V., *Dela i dni Petrograda: vospominaniia i razmyshleniia, 1917-1921,* Berlín, 1923. *Pravda o Kronshtadte,* Praga, 1921.

Protokoly zasedanii vserossiiskogo tsentral'nogo ispolnitel'nogo komiteta (4 soyva), Moscú, 1920. Purishkevich, V. M., *Dnevnik,* Riga, 1924.

— *Ubiistvo Rasputina,* París, s. f.

Pyman, A., *The Life of Alexander Blok,* vol. 2, *The Release of Harmony, 1908-1921,* Oxford, 1980.

Rabinowitch, A., *Prelude to Bolshevism: The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 Upris-ing,* Bloomington, 1968.

— *The Bolsheviks Come to Power: The Revolution of 1917 in Petrograd,* Nueva York, 1978.

— «Bol'sheviki, nizy i sovetskaia vlast': Petrograd, fevral' 1917-iiul' 1918», en *Anatomiia.*

— «Maria Spiridonova's «Last Testament»», *Russian Review,* 54, 3 (1995). Radek, K., *Portrety i pamflety,* Moscú, 1933.

Radical Worker in Tsarist Russia, A: The Autobiography of Semeon Ivanovich Kanatchikov, ed. de R. E. Zelnik, Stanford, 1986. Radkey, O. H., The Election to

the Russian Constituent Assembly of 1917, Cambridge (Massachusetts), 1950.

— *The Agrarian Foes of Bolshevism*, Nueva York, 1958.

— *The Sickle Under the Hammer: The Russian Socialist Revolutionaries in the Early Months*

of Soviet Rule, Nueva York, 1973.

— *The Unknown Civil War in Soviet Russia*, Stanford, 1976.

Radzinsky, E., *The Last Tsar: The Life and Death of Nicholas II,* Londres, 1992. Raeff, M., *Origins of the Russian Intelligentsia: The Eighteenth-Century Nobility,* Nueva York, 1966.

— «The Bureaucratic Phenomena of Imperial Russia», *American Historical Review,* 84 (1979).

— *Understanding Imperial Russia State and Society in the Old Regime,* Columbia, 1984. Rakovskii, G. N., *V stane belyj (ot Orla lo Nowrossiiska),* Constantinopla, 1920.

— *Konets belyj (ot Dnepra do Bosfora),* Praga, 1921.

Raleigh, D. J., *Revolution on the Volga: 1917 in Saratov,* Cornell, 1986. Ransome, A., *Six Weeks in Russia in 1919,* Londres, 1919.

Rapoporra, Y. K., «Poltora goda v sovetskom glavke», *Arjiv russkoi revoliutsii,* 2 (1921). Rarner, S. C., «Traditional Healers and Peasant Culture in Russia, 1861-1917», en

E. Kingston-Mann y T. Mixter, eds., *Peasant Economy.* Rashin, A., «Gramotnost' i narodnoe obrazovanie v Rossi v xix i nachale xx v.», *Isto-richeskie zapiski,* 37 (1951).

— *Formirovanie, rabochego klassa Rossii,* Moscú, 1958. Raskolnikov, F. F., *Kronstadt and Petrograd in 1917,* Londres, 1982. Rawson, D., *Russian Rightists and the Revolution of 1905,* Cambridge, 1995. Read, C., *Culture and Power in Revolutionary Russia,* Londres, 1990. Reed, J., *Ten Days that Shook the World,* Londres, 1977.

Reisner, L., *Izbrannye proizvedeniia,* Moscú, 1958.

Reshetar, J., *The Ukrainian Revolution, 1917-1920,* Princeton, 1950.

Resis, A., *«Das Capital* Comes to Russia», *Slavic Review,* 24 (1970).

Resolutions and Decisions of the Communist Party of the Soviet Union, vol. 2, *The Early Soviet Period,* Toronto, 1976. *Revvoensovet respubliki,* Moscú, 1991.

Rieber, A., «Landed Property, State Authority, and Civil War», *Slavic Review,* 47 (1988).

— «The Sedimentary Society», en E. Clowes y otros, eds., *Between Tsar and*

People. Rigby,

T. H., *Lenin's Government: Sovnarkom, 1917-1922,* Cambridge, 1979.

— *Political Elites in the USSR: Central Leaders and Local Cadres from Lenin to Gorbachev, Aldershot, 1990. Rittij, A. A., Krest'ianskoe, pravoporiadok,* San Petersburgo, 1902. Robbins, R., *Famine in Russia, 1891-1892,* Nueva York, 1975. Robbins, R., *The Tsar's Viceroys: Russian Provincial Governors in the Last Years of the Empire,* Cornell, 1987.

— «His Excellency the Governor: The Style of Russian Provincial Government at the

Beginning of the Twentieth Century», en *Imperial Russia, 1700-1917: State, Society, Opposition,* Dekalb (Ilinois), 1988. Robinson, G. T., *Rural Russia under the Old Regime,* Londres, 1932. Rodzianko, M. A., *The Reign of Rasputin: An Empire's Collapse,* Londres, 1927. Rogger, H., «Russian Ministers and the Jewish Question, 1881-1917», *California Slavic Studies,* 8 (1975).

— *Russia in the Age of Modernization and Revolution, 1881-1917,* Londres, 1983. —*Jewish Policies and Right-Wing Politics in Imperial Russia,* Berkeley, 1986. Rolly, R., *Journal des années deguerre,* París, 1952.

Romanov, gran-duque A. M., *Once a Grand Duke,* Londres, 1932. Romanov, gran-duque G. K., *V mramornom dvortse,* Nueva York, 1955. Roobol, W. H., *Tsereteli-A Democrat in the Russian Revolution: A Political Biography,* La Haya, 1976.

Rorlich, A. A., *The Volga Tatars: A Profile in National Resistence,* Stanford, 1986. Rosenberg, W. G., «The Russian Municipal Duma Elections de 1917: A Preliminary Computation of Returns», *Soviet Studies,* 21-22 (1969).

— *Liberals in the Russian Revolution: The Constitutional Democratic Party, 1917-1921,* Princeton, 1974.

— «The Social Background to Tsektran», en D. P. Koenker, W. G. Rosenberg y R. G.

Suny, eds., *Party.*

— «Russian Labor and Bolshevik Power: Social Dimensions of Protest in Petrograd after October», *Slavic Review,* 44 (1985).

— «Social Mediation and State Construction(s) in Revolutionary Russia», *Social History, 19, 2 (1994).*

Rougle, C., «The Intelligentsia in Russia, 1917-1918», en Nils A. Nilsson, ed., *Art,*

Society, Revolution: Russia, 1917-1918, Estocolmo, 1979. Rozhdestvenskii, V.

A., *Stranitsy zhizni in literaturnyj vospominanii,* Moscú, 1974. *RPG:* véase *Russian Provisional Government.*

Rudnev, S., *Pri veckernyj ogniaj: vospominaniia,* Newtonville (Massachusetts), 1978. Ruhl, A., *New Masters of the Baltic,* Nueva York, 1921.

Russian Provisional Government 1917, The: Documents, ed. de R. G. Browder y A. F.

Kérensky, 3 vols., Stanford, 1961 [RPG]. *Russian Schools and Universities in the World War,* New Haven, 1929. *Russkaia revoliutsiia glazami Petrogradskogo chinovnika: Dnevnik 1917-1918,* Oslo, 1986. Sablinsky, W., *The Road to Bloody Sunday: Father capon and the St Petersburg Massacre of 1905,* Princeton, 1976. Sakwa, R., *Soviet Communists in Power: A Study of Moscow During the Civil War, 19181921,* Londres, 1988.

Salisbury, H. E., *Black Night, White Snow: Russia's Revolutions, 1905-1917,* Nueva York, 1978.

Samuel, M., *Blood Accusation,* Londres, 1966.

Sapronov, T., *Iz istorii rabochego dvizheniia,* Newtonville (Massachusetts), 1976. Saunders, D., *Russia in the Age of Reaction and Reform,* Londres, 1992. Savinkov, B. S., *K delu Kornilova,* París, 1919. Sazonov, J. D., *How the War Began in 1914,* Londres, 1925.

Schapiro, L., *The Origin of the Communist Autocracy: Political Opposition in the Soviet State, First Phase,* 1917-1922, Londres, 1977.

— «The Political Thought of the First Provisional Government», en R. Pipes, eds., *Revolutionary Russia.*

Scherr, B., «Notes on Literary Life in Petrograd, 1918-22: A Tale of Three Houses», Slavic Review, 36 (1977). Scherrer, J., «Les écoles du parti de Capri et de Bologne: La formation de l'intelligence du parti», *Cahiers du Monde Russe et Sovietique,* 19 (1978). Schweitzer, V., *Tsvetaeva,* Londres, 1988.

Seifullina, L., «Muzhitskii skaz o Lenine», *Krasnyi nov',* 1 (1924).

Seletskii, V, «Obrazovanie Partii Pogressistov», *Vestnik moskovskogo gosudarstvennogo universiteta, Istoricheskaia Seriia,* 5 (1970). Semyónov, S. T., «Legko li u nas vydeliat'sia iz obshchiny?», *Sovremennik,* 5-6 (1911).

— *Vospominaniia o L. N. Tolstogo,* San Petersburgo, 1912.

— «Novye joziaeva», *Sovremennik* 10 (1913).

— *Dvadtsat' piat' let v derevne,* Petrogrado, 1915.

— «Obnovlenie chernozema», *Russkaia mysl',* 2 y 4 (1917). Senn, A., *The Emergence of Modern Lithuania,* Princeton, 1959. Serebrennikov, A., *Ubiistvo*

Stolypina: svidetel'stva i dokumenty, Nueva York, 1986. Seregny, S. J., «Peasants and Politics: Peasant Unions During the 1905 Revolution», en E. Kingston-Mann y T. Mixter, eds., *Peasant Economy.*

— *Russian Teachers and Peasant Revolution: The Politics of Education in 1905,* Bloomington, 1989.

Serge, V., *La Ville en danger: Petrograd l'an II de la révolution,* París, 1924.

— *Memoirs of a Revolutionary, 1901-1941,* Oxford, 1967.

— *L'an I de la révolution,* París, 1971.

— y N. S. Sedova, *The Life and Death of Leon Trotsky,* Londres, 1973.

Service, R., *The Bolshevik Party in Revolution: A Study in Organizational Change, 19171923,* Londres, 1979.

— *Lenin: A Political Life,* 3 vols., Londres, 1985, 1991 y 1995. Seton-Watson, H., *The Russian Empire, 1801-1917,* Oxford, 1967. Shabanov, V., *«Kratkii Biograficheskii Ocherk»,* manuscrito inédito. Shanin, T., *The Awkward Class,* Oxford, 1972.

Shanin, T., *Russia as a «Developing Society»,* vol. 1, *The Roots of Otherness: Russia's Turn of Century,* Londres, 1985.

— *Russia, 1905-1907: Revolution as a Moment de Truth,* vol. 2, *The Roots of Otherness:*

Russia's Turn de Century, Londres, 1986. Shapovalov, A. I., *Po doroge le marksismu: vospominaniia rabochego revoliutsionera,* Moscú, 1922.

Shejtman, I. B., *Pogromy dobrovol'cheskoi armii na Ukraine,* Berlín, 1932. Shentalinsky, V., *The KGB's Literary Archive,* Londres, 1995.

Shevelov, G., «The Language Question in the Ukraine in the Twentieth Century (19001941)», *Harvard Ukrainian Studies,* 10 (1986). Shklovsky, V., *SentimentalJourney,* Itaca, 1970.

Shlapentoj, D., «The Images of the French Revolution in the February and Bolshevik Revolutions», *Russian History,* 16, I (1989). Shliapnikov, A., *On the Eve of 1917: Reminiscencesfrom the Revolutionary Underground,* Londres, 1982.

— *Semnadsatyigod,* 4 vols., Petrogrado, 1923.

Shub. D. «Kropotkin and Lenin», *Russian Review,* 12 (1953).

— «Maksim Gorkii i kommunisticheskaia diktatura», *Mosty,* 1 (1958).

— *Lenin,* Londres, 1966.

Shulguin, V. V., *Dni,* Leningrado, 1926.

— *1920 god,* Leningrado, 1927.

Sidorov, A. L., *Revoliutsionnoe dvizhenie v armii i flote vgody pervoi mirovoi voiny 1914-fevr. 1917,* Moscú, 1966.

— *Ekonomicheskoe polozhenie Rossii vgody pervoi mirovoi voiny,* Moscú, 1973. Siegelbaum, L. H., *The Politics of Industrial Mobilization in Russia, 1914-1917: A Study of the War-Industry Committees,* Londres, 1983. Silver, B., *The Russian Workers' Own Story,* Londres, 1938. Simanovich, A., *Rasputine,* París, 1930.

Simms, J. Y., «The Famine and the Radicals», en E. H. Judge y J. Y. Simms, eds., *Moder-nization.*

— «The Crisis in Russian Agriculture at the End of the Nineteenth Century: A Different View», *Slavic Review,* 36 (1977).

— «The Crop Failure of 1891: Soil Exhaustion, Technological Backwardness, and Russia's «Agrarian Crisis»», *Slavic Review,* 41 (1982). Simon, G., «Church, State and Society», en G. Katkov y otros, eds., *Russia Enters the*

Twentieth Century, Londres, 1971. Sinegub, A., «Zashchita zimnego dvortsa v den' 25 oktiabria 1917», *Arjiv russkoi revoliutsii,* 4 (1922).

Skobtsev, D. E., *Trigoda revoliutsii igrazhdanskoi voiny na Kubany,* París, s. f Slomka, J., *From Serfdom to Self-Government: Memoirs of a Polish Village Mayor,* Londres, 1941.

Smith, S. A., *Red Petrograd: Revolution in the Factories, 1917-191g,* Cambridge, 1983. Smitten, B. N., «Poslednyi vremenshchik poslednego tsaria. Materialy chrezvychai-noi sledstvennoi komissii vremennogo pravitel'stva o Rasputine i razlozhenii samo-derzhaviia», *Voprosy istorii,* 10, 12 (1964); 1, 2 (1965). Sokolov, B. F., «Zashchita vserossiiskogo uchreditel'nogo sobraniia», *Arjiv russkoi revoliutsii,* 12 (1924).

— *The White Nights: Pages from a Russian Doctor's Notebook,* Londres, 1959. Sokolov, K. N., *Pravleniegenerala Denikina (iz vospominanii),* Sofía, 1921. Sokolov, N. A., *Ubiistvo tsarskoi sem'i,* París, 1925.

Sokolov, Y. V., «Aleksei Alekseevich Brusilov», *Voprosy istorii,* 11 (1908). Solomon, G. A., *Sredi krasnyj vozhdei Lichnoe, perezhitoe i videnoe na sovetskoi sluzhbe, 2 vols., París, 1930. Some Notes on Social Conditions in Soviet Russia,* Londres, 1925. Sorokin, P, *Sovremennoe sostoianie Rossii,* Praga, 1922.

— *Leavesfrom a Russian Diary,* NuevaYork, 1924.

— *Chelovek, tsivilizatsiia, obshchestvo,* Moscú, 1992.

Speranskii, «Narodnye zasedateli», *Proletarskaia revoliutsiia i pravo,* 5

(1918).

Spiridonova, L., «Gorky and Stalin. (According to New Materials from A. M. Gorky's Archive)», *Russian Review,* 54, 3 (1995). Spiridovitch, A., *Les Dernieres Années de la cour de Tsarskoe Selo,* 2 vols., París, 19281929.

Spring, D. W., «Russia and the Coming of War», en R. J. W. Evans y H. Pogge von

Strondmann, eds., *The Coming of the First World War,* Oxford, 1988. *Stalin's Letters to Molotov,* ed. de L. T. Lih, O. V. Naumov y O. V. Jlevniuk, New Haven, 1995.

Stankevich, V., *Vospominaniia, 1914-1919* g., Berlín, 1920.

Startsev, V. I., «Voenno-revoliutsionnyi komitet i krasnaia gvardiia», en *Oktiabr'skoe vooruzhennoe vosstanie v Petrograde: sbornik statei,* Moscú-Leningrado, 1957.

— *Ocherki po istorii Petrogradskoi krasnoi gvardii i rabochei militsii,* Moscú-Leningrado, 1965. Steinberg, I. N., *In the Workshop of the Revolution,* Nueva York, 1953.

Steinberg, M. D., y V. M. Jrustalev, *The Fall of the Romanovs, Political Dreams and Personal Struggles in a Time of Revolution,* New Haven, 1995. Steklow, G., *Mikhail Bakunin,* Stuttgart, 1913.

Stepniak (Kravchinskii), S. M., *The Russian Peasantry: Their Condition, Social Life, and Religion*, Londres, 1905. Stepun, F., *Byvshee i nesbyvsheesia,* 2 vols., Nueva York, 1956.

Sternheimer, S., «Administering Development and Developing Administration: Orga-nizational Conflict in Tsarist Bureaucracy, 1906-1914», *Canadian-American Slavic Studies*, 9 (1975).

Stites, R., *The Women's Liberation Movement in Russia: Feminism, Nihilism and Bolshe-vism, 1860-1930,* Princeton, 1978.

— *Revolutionary Dreams: Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution, Oxford, 1989.*

— «Iconoclastic Currents in the Russian Revolution: Destroying and Preserving the

Past», en A. Gleason y otros, eds., *Bolshevik Culture.* Stojko, W., «Ukrainian National Aspirations and the Russian Provisional Government», en T. Hunczak, ed., *The Ukraine, 1917-1921: A Study in Revolution,* Harvard, 1977.

Stolypin, A., *L'Homme du dernier tsar,* París, 1931. Stone, N., *The Eastern Front, 1914-1917,* Londres, 1978.

— *Europe Transformed, 1878-1918,* Londres, 1983.

Struktura i sostav organov VSNKh v tsentre i na mestaj v 1921 g., Moscú, 1922. Strumilin, S. G., «Prozhitochnoi minimum i zarabotki chernorabochij v Petrograde», *Statistika truda,* 2-3 (1918).

— «Biudzhet moskovskogo rabochego», *Statistika truda*, 1-4 (1919).

— *Zarabotnaiaplata i proizvoditel'nost'truda v russkoipromyshlennosti v 1913-1922gg.*, Moscú, 1923.

— *Izbrannye proizvedeniia,* vol. 1, Moscú, 1963.

Struve, P. B., «Velikaia Rossia: iz razmyshlenii o probleme russkogo moguchestva», *Russkaia mysl',* 28 (1908).

— «My Contacts and Conflicts with Lenin», Slavic Review, 12 (1933-1934). Stulov, P. M., «Pervyi pulemetnyi polk i iiulskie dni 1917 g.», *Krasnaia letopis',* 3 (1930). Suhr, G., *1905 in St Petersburg: Labor, Society and Revolution,* Stanford, 1989. Sujanov, N. N., *The Russian Revolution: A Personal Record,* ed. de J. Carmichael, Princeton, 1984.

Suny, R. G., *The Baku Commune, 1917-1918*, Princeton, 1972.

— *The Making of the Georgian Nation,* Indiana, 1988.

— «Nationality and Class in the Revolutions of 1917: A Re-examination of categories», en N. Lampert y G. Rittersporn, eds., *Stalinism: Its Nature and Aftermath,* Londres, 1992.

— *The Revenge of the Past: Nationalism, Revolution, and the Collapse of the Soviet Union,*

Stanford, 1993.

Suvorin, B., *Za rodinoi: geroicheskaia epoja dobrovol'cheskoi armii,* París, 1922. Svobodov, A., «A. M. Gor'kii i studencheskoe dvizhenie 1901 goda. (Po delam arji-va Nizhegorodskogo gubernskogo zhandarmskogo upravleniia)», *Katorga i ssyl-ka,* 6 (1927).

Swietochowski, T., *Russian Azerbaijan, 1905-1920: The Shaping of a National Identity in a Muslim Community,* Cambridge, 1988. Swift, A., «Kul'turnoe stroitel'stvo ili kul'turnaia razruja? (Nekotorye aspekty teatral'noi zhizni Petrograda i Moskvy v 1917 g.)», en *Anatomiia.* Szamuely, T., *The Russian Tradition*, Londres, 1988. Szeftel, M., *The Russian Constitution of April 23, 1906,* Bruselas, 1976. Tager, A. B., *The Decay of Czarism: The Beiliss Trial,* Filadelfia, 1935. Taneeva (Vyrubova), A., *Stranitsy iz moei zhizni*, Berlín, 1923. Taylor, R., *The Politics of the Soviet Cinema, 1917-1929,* Cambridge, 1979. Tkachev, P., *Izbrannye sochineniia na sotsial'no-politicheskie temy,* Moscú,

1932. Toller, E., *Which World? Which Way?*, Londres, 1931. Tolstoy, L. N., *Pis'ma L. N. Tolstogo, 1848-1910gg.*, Moscú, 1910.

— *Pis'ma L. N. Tolstogo k zhene, 1862-1910gg.*, Moscú, 1915. *Tretii vserossiiskii s'ezd professional'nyj soiuzov*, Moscú, 1921.

Trifonov, I., *Klassy i klassovaia bor'ba v SSSR v nachale NEPa*, Leningrado, 1964. Trotsky, L. D., *O Lenine*, Moscú, 1924.

— *Sochineniia*, Moscú, 1925-1927.

— *Stalinskaia shkola falsifikatsii*, Berlín, 1932.

— *Dnevniki i pis'ma*, ed. Y. G. Fel'shtinskii, New Jersey, 1986.

— *My Life*, Harmondsworth, 1975.

— *The History of the Russian Revolution*, traducción al inglés de M. Eastman, Londres, 1977.

— *How the Revolution Armed*, en *The Military Writings and Speeches of Leon Trotsky*, 5 vols., traducción al inglés de B. Pearce, Londres, 1979 [HRA].

Trotsky Papers, The, ed. de J. M. Meijer, 2 vols., La Haya, 1964-1971. Troyat, H., *Tolstoi*, Harmondsworth, 1980.

— *Gorky*, Londres, 1991.

Trubetskaia, O., *Kniaz S. N. Trubetskoi (vospominaniia sestry)*, Nueva York, 1953.

Trudy tsentral'nogo statisticheskogo upravleniia, 7, I, Moscú, 1921.

Tsarev, B., *Samouchkapisatel' S. T. Semenov*, Moscú, 1925.

Tsereteli, L G., *Vospominaniia o fevral'skoi revoliutsii*, 2 vols., La Haya, 1963.

Tsvetaeva, M., *Stijorvorenie ipoemy*, 5 vols., Nueva York, 1982.

— *Selected Poems*, traducción al inglés de D. McDuff, Newcastle, 1987. Tsytovich, N., *Sel'skoe obshchestvo kak organ mestnogo upravleniia*, Kiev, 1911. Tucker, R. C., *Stalin in Power: The Revolution from Above, 1928-1941*, Nueva York, 1990. Tugan-Baranovsky, M. I., *The Russian Factory in the Nineteenth Century*, Homeward (Illinois), 1970.

Tumarkin, N., *Lenin Lives! The Lenin Cult in Soviet Russia*, Cambridge (Massachusetts), 1983.

Tyrkova-Williams, A. V., *Na putiaj le svobode*, Nueva York, 1952.

— *To, chego bol'she ne bydet*, París, s. f Ulam, A., *The Bolsheviks*, NuevaYork, 1965.

Upton, A., *The Finnish Revolution, 1917-1918*, Minneapolis, 1980. Urussov, S. D., *Memoirs of a Russian Governor*, Londres, 1908. Ustrialov, N. I., *Vbor'be za Rossiiu*, Jarbin, 1920. Uustalu, E., *The History of the Estonian People*,

Londres, 1952.

Vaisberg, R. E., *Den'gi i tseny (polpol'nyi rynok vperiod 'Voennogo Kommunizma)*, Moscú, 1925.

Valentinov, A. A., «Krymskaia epopeia (po dnevnikam uchastnikov i po dokumentam», *Arjiv russkoi revoliutsii*, 5 (1922). Valentinov, N., «Chernyshevskii i Lenin», *Novyi zhurnal*, 26 (1951).

— *Encounters with Lenin*, Londres, 1968.

— *Maloznakomyi Lenin*, París, 1972.

— *Novaia ekonomicheskaia politika i krizis partii posle smerti Lenina. Gody raboty v VSNJvo vremia NEP: vospominaniia*, Stanford, 1971. Varneck, E y H. Fisher, ed., *The Testimony of Kolchak and Other Siberian Materials*, Stanford, 1935.

Vasil'eva, D. Y., «Russkaia pravoslavnaia tserkov' i sovetskaia vlast' v 1912-1927 gg.»,

Voprosy istorii, 8 (1993). Venturi, F., *Roots of Revolution: A History of the Populist and Socialist Movements in Nineteenth Century Russia*, Nueva York, 1960. Verner, A., *The Crisis of Russian Autocracy: Nicholas II and the 1905 Revolution*, Prince-ton, 1990.

Vertsinskii, E. A., *God revoliutsii: vospominaniia ofitserageneral'nogo shtaba za 1917-1918gg.*, Tallin, 1929.

Vladimirova, V., *Kontrrevoliutsiia v 1917g. (Kornilovshchina)*, Moscú, 1924. Voeikov, V. N., S *tsarem i bez tsaria*, Helsingfors, 1936.

Vogel, L., ed., *Alexander Blok: An Anthology of Essays and Memoirs*, Ann Arbor, 1982. Voline, *The Unknown Revolution*, Nueva York, 1975. Volkogonov, D., *Stalin: Triumph and Tragedy*, Londres, 1992.

— *Lenin: Life and Legacy*, Londres, 1994.

Vorobei, K., *Olin za vsej, vse za odnogo*, Leningrado, 1961.

Voronov, D. N., «Analiz derevenskogo alkogolizma i samogonnogo promysla», *Voprosy narkologii* (Moscú), 1 (1926). *Vserossiiskoe uchreditel'noe, sobranie*, Moscú-Leningrado, 1930. *Vtoroi vserossiiskii s'ezd sovetov rabochij i soldatskij deputatov*, Moscú, 1957. Vucinich, W., ed., *The Peasant in Nineteenth-Century Russia*, Stanford, 1968. Wade, R., *The Russian Search for Peace, February-October 1917*, Stanford, 1969.

— *Red Guards and Workers' Militias in the Russian Revolution*, Stanford, 1984. Waldron, P., «Religious Toleration in Late Imperial Russia», en O. Crisp y L. Edmondson, eds., *Civil Rights in Imperial Russia*, Oxford, 1989. *War,*

Revolution, and Peace in Russia: The Passages of Frank Golder, 1914-1927, ed. de

T. Emmons y B. Patenaude, Stanford, 1992. Wcislo, F. W., «Bureaucratic Reform before World War I», *Russian History,* 16 (1989). Weber, G. y H. Weber, *Lenin: Life and Works,* Londres, 1980.

Weinberg, R., «The Pogrom of 1905 in Odessa: A Case Study», en J. Klier y D. Lambroza, eds., *Pogroms.* Weissman, B., *Herbert Hoover and Famine Relief to Soviet Russia,* Stanford, 1974. Weissman, N., «Rural Crime in Tsarist Russia: The Question of Hooliganism», *Slavic Review,* 37 (1978).

— *Reform in Tsarist Russia: The State Bureaucracy and Local Government, 1900-1909,* New Brunswick, 1981.

— «Regular Police in Tsarist Russia, 1900-1914», *Russian Review,* 20 (1985).

— «Policing the NEP Countryside», en S. Fitzpatrick, A. Rabinowitch y R. Stites,

eds., *Russia in the Era of NEP: Explorations in Soviet Society and Culture,* Indiana, 1991.

Wells, H. G., *Russia in the Shadows,* Londres, 1920.

Wheatcroft, S. G., «Crises and the Condition of the Peasantry in Late Imperial Russia», en E. Kingston-Mann y T. Mixter, eds., *Peasant Economy.* Wheeler-Bennett, J., *Brest-Litovsk: The Forgotten Peace,* Nueva York, 1938. Whelan, H. W., *Alexander III and the State Council,* New Brunswick, 1982. White, D. D. F., *The Growth of the Red Army,* Princeton, 1944. White, J. A., *The Diplomacy of the Russo-Japanese War,* Princeton, 1964. White, J. D., «The Kornilov Affair: A Study in Counter-Revolution», *Soviet Studies,* 20 (1968).

Wilcox, E. H., *Russia's Ruin,* Londres, 1919.

Wildman, A., *The Making of a Workers' Revolution Russian Social Democracy, 1891-1903,* Stanford, 1967.

— *The End of the Russian Imperial Army,* 2 vols., Princeton, 1980, 1987. Wilton, R., *Russia's Agony,* Londres, 1918.

— *Last Days of the Romanovs,* Londres, 1920.

Witte, S. I., *The Memoirs of Count Witte,* ed. y traducción al inglés de S. Harcave, Londres, 1990.

Wolfe, B. D., *The Bridge and the Abyss: The Troubled Friendship of Maxim Gorky and V. I. Lenin,* Londres, 1967.

— «Autocracy Without an Autocrat», en *Revolution and Reality: Essays on the Origin and Fate of the Soviet System,* Chapel Hill, 1981. Worobec, C. D.,

«Victims or Actors? Russian Peasant Women and Patriarchy», en E.

Kingston-Mann y T. Mixter, eds., *Peasant Economy.* Wortman, R., *The Crisis of Russian Populism*, Cambridge, 1967.

— «Moscow and Petersburg: The Problems of Political Center in Tsarist Russia, 1881-1914», en S. Wilentz, ed., *Rites of Power: Symbolism, Ritual, and Politics Since the Middle Ages*, Filadelfia, 1985.

— «Invisible Threads: The Historical Imagery of the Romanov Tercentenary», *Russian History*, 16, 2-4 (1989).

— *Scenarios of Power: Myth and Ceremony in Russian Monarchy,* Princeton, 1995. Woytinsky, W. S., *Stormy Passage,* Nueva York, 1961.

Wrangel, N., *From Serfdom to Bolshevism: The Memoirs of Baron N. Wrangel,* Londres, 1927.

Wrangel, P. N., *The Memoirs of General Wrangel,* Londres, 1929. Yaney, G., *The Systematization of the Russian Government*, Urbana, 1973.

— *The Urge to Mobilize: Agrarian Reform in Russia, 1801-1930,* Urbana, 1982. Yodfat, A. Y., «The Closure of Synagogues in the Soviet Union», en *Soviet Jewish Affairs, 3 (1973).*

Zaionchkovsky, P. A., *The Russian Autocracy under Alexander III*, Gulf Breeze, 1976. Zelnik, R. E., *Labor and Society in Tsarist Russia: The Factory Workers of St. Petersburg, 1855-1890,* Stanford, 1971.

— «Russian Bebels: An Introduction to the Memoirs of Semen Kanatchikov and Matvei Fischer», *Russian Review,* 3-4 (1976).

— «The Fate of a Russian Bebel: Semen Ivanovich Kanatchikov, 1905-1940», *The Carl*

Beck Papers in Russian and East European Studies, 1105, Pittsburgh, 1995. Zeman, Z., *Germany and the Revolution in Russia, 1915-1918,* Londres, 1958. Zenzinov, V., *Deserted: The Story of the Children Abandoned in Soviet Russia*, Londres, 1931.

Zenzinov, V., «Fevral'skie dni», *Novyi zhurnal*, 34-43, 1953.

— *Perezhitoe*, Nueva York, 1953.

Zhukovskii-Zhuk, «Kogda otkrylis' t'iuremnye dveri», *Katorga i ssylka*, 15, 1925.

Zinoviev, G. E., «Lenin i iiul'skie dni», *Proletarskaia revoliutsiia,* 8-9, 1927. — *Sochineniia,* Leningrado, 1923-1929.

Ziv, G., *Trotskii: po lichnym vospominaniiam*, Nueva York, 1921. Zozulia, *Tsar' (cherezgod),* Petrogrado, 1918. *1917god v derevne: vospominaniia*

krest'ian, Moscú-Leningrado, 1929.